

# STALIN

JEAN-JACQUES MARIE



2ª Edición

PALABRA

Título original: *Staline* de Jean-Jacques MARIE

Colección: Ayer y Hoy de la Historia

World copyright © LIBRAIRIE ARTHÈME FAYARD 2001

© Ediciones Palabra, S.A., 2003

Paseo de la Castellana, 210 - 28046 MADRID (España)

© Traducción: Mercedes Villar Ponz

Diseño de cubierta: Carlos Bravo

I.S.B.N.: 84-8239-805-9

Depósito Legal: M. 51.580-2003

Impresión: Gráficas Rógar, S.A.

Printed in Spain - Impreso en España

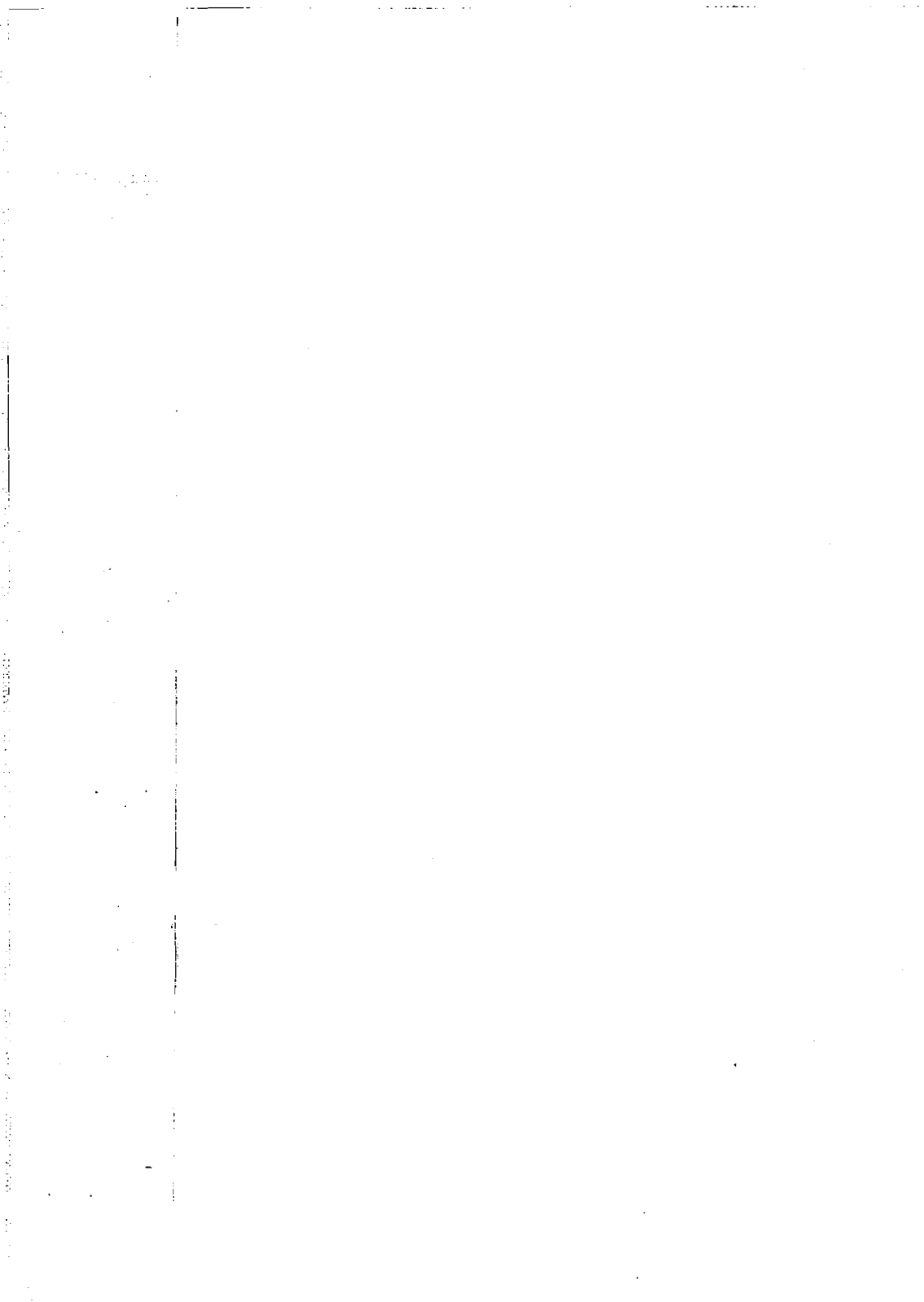
Todos los derechos reservados.

No está permitida la reproducción total o parcial de este libro, ni su tratamiento informático, ni la transmisión de ninguna forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, por fotocopia, por registro u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor.

**JEAN-JACQUES MARIE**

# **STALIN**

**AYER Y HOY**  
**DE LA HISTORIA**



## PREFACIO

Hace unos cuarenta años comencé a estudiar la vida de Stalin y el estalinismo a partir de algunos documentos y recuerdos cuidadosamente seleccionados por el equipo de Jruschov. Estos, indudablemente, esclarecían algunas páginas de la vida del Guía: el año 1917, las consecuencias del asesinato de Kirov, la eliminación de sus propios seguidores, la guerra y los últimos días –así como algunos aspectos– del estalinismo<sup>1</sup>. Después trabajé sobre el Estado Mayor bolchevique con la publicación, en colaboración con Georges Haupt, de una serie de autobiografías y biografías comentadas de sus principales miembros<sup>2</sup>. Diez años atrás, después de varios breves estudios sobre Trotski y el trotskismo –la obsesión de Stalin<sup>3</sup>–, y a raíz de la apertura de los archivos y las bocas moscovitas, me vi tentado de estudiar algunos períodos de la existencia y la actividad de Stalin: su juventud<sup>4</sup>, que permanecía en la oscuridad; las deportaciones en masa de 1937, 1941 y 1943-44<sup>5</sup>; la eliminación del Comité antifascista judío en 1948-1952; y la conspiración de las Batas blancas en 1952-1953<sup>6</sup>. Por otro lado, los archivos procedentes del Ministerio del Interior suministrados por el historiador ruso Podchtchekoldin me permitieron conocer algunos aspectos nuevos del Gulag y su función en la economía de la URSS de Stalin<sup>7</sup>.

Hoy en día, y a pesar de que todavía no todos los 16.174 expedientes de los fondos Stalin que existen en Moscú son accesibles, la progresiva apertura de los archivos de la época soviética y la publicación de un conjunto de documentos, recuerdos y testimonios han enriquecido y renovado el conocimiento de la vida y la actividad de

---

<sup>1</sup> J.-J. MARIE, *Staline*, París, Seuil, 1967.

<sup>2</sup> *Les Bolcheviks par eux-mêmes*, París, Maspéro, 1969.

<sup>3</sup> *Le Trotskisme*, París, Flammarion, col. «Champs», 1977. *Trotski*, París, LGF, 1984.

<sup>4</sup> *La jeunesse de Staline*, París, Autrement, 1998.

<sup>5</sup> *Les Peuples déportés d'Union soviétique*, París, Complexe, 1996.

<sup>6</sup> *Les Derniers complots de Staline*, París, Complexe, 1993.

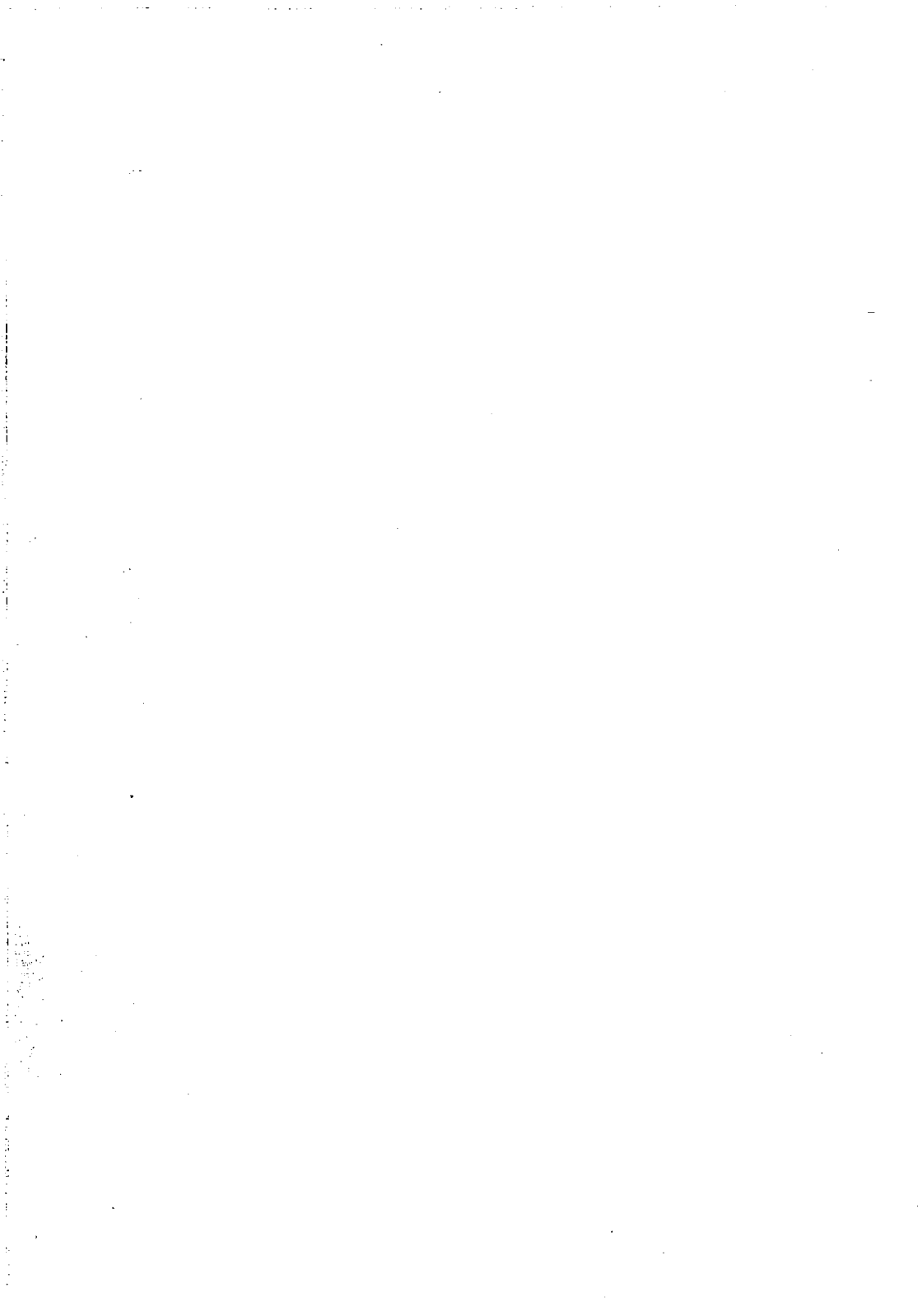
<sup>7</sup> *Le Goulag*, París, PUF, col. «Que sais-je?», 1999.

Stalin: la correspondencia mantenida con su madre, su mujer, sus hijos y sus lugartenientes; las actas del Comité Central que organiza el gran Terror de 1936-1938; los añadidos y correcciones efectuadas en su biografía oficial por su propia mano; las actas de sus conversaciones con los grandes y menos grandes de este mundo; los recuerdos de Alexis Balachov, antiguo miembro de su secretaría, del húngaro Mathias Rakosi, el fiel secretario del PC húngaro, de Valentin Berejkov, su intérprete, de Dmitri Chepilov, a quien elevó dentro del aparato político en vísperas de su muerte; los documentos sobre su devoto Lev Mejlis; el diario del Secretario General del Komintern entre 1935 y 1943, Gueorgui Dimitrov, o el del comisario del pueblo para la Construcción mecánica, Vladimir Malychev, adorador del Mariscal; el texto completo de las memorias de Gueorgui Jukov —previamente expurgadas de un centenar de páginas consagradas a Stalin—; las cerca de 3.000 páginas del texto íntegro de las memorias de Jruschov; el relato proporcionado en 1956 por Mao Tsé-tung de sus encuentros con Stalin en 1949; las actas del Secretariado del Comité Central; o el diario de Vladimir Antonov-Ovseenko, cónsul general en Barcelona en 1936-1937. Este nuevo conjunto de informaciones, unido a los documentos aportados por los descendientes de viejos militantes y dirigentes soviéticos (en especial, las cartas del joven protegido de Stalin, Beso Lominadzé, a Sergo Ordjonikidzé; las actas completas del interrogatorio de Nicolas Muralov, acusado en el segundo juicio de Moscú; los recuerdos de la hija de Alexis Rykov, miembro del Politburó, acusado en el tercer juicio de Moscú; las memorias inéditas del anciano militante de la Oposición obrera Mijail Baitalski), me han permitido escribir esta biografía. Por último, he podido utilizar la abundante documentación acumulada a lo largo de seis años por el historiador Vadim Rogovin, de la cual dan testimonio sus seis trabajos sobre la política de Stalin entre 1923 y 1939, una obra monumental que ha permanecido oculta tanto en Rusia como en Occidente por no considerarla de acuerdo con los cánones del pensamiento comúnmente admitido sobre esta cuestión.

Actualmente resulta de buen tono presentar la ideología como el motor de una historia reducida con demasiada facilidad a un conflicto entre buenos y malos, entre demócratas y totalitarios. Por eso, ver en la ideología el móvil de unas decisiones que en realidad obedecen a motivos económicos, sociales y políticos escondidos ba-

jo ella, es tomar la paja de la propaganda por la realidad de las cosas. Stalin jugó con millones de hombres y mujeres. No hace tanto que dejara de «desenmascarar» a los «individuos de dos caras» acusados de haberse pasado la vida disimulando su auténtico rostro. Esta imputación de sus propias maniobras contra quienes se oponían a él, real o imaginariamente, confirma que la naturaleza de su poder difería radicalmente de la imagen que ofrecía. Esta es la realidad de su vida.

Y es esta vida la que me he propuesto contar.





## Capítulo I

### EL HIJO DEL ZAPATERO

¿Quién recuerda aún esos versos alados que, exhalando un aroma a incienso y sangre, cantaban hace tres cuartos de siglo el genio sobrehumano de Iosiv Stalin? Un poeta, extraviado en su loca carrera en pos de los epítetos, abrumado por la impotencia de hallar imágenes dignas de su modelo, exclamaba:

*«Los narradores ya no saben a quién compararte,  
ni tienen los poetas perlas suficientes para describirte?»<sup>1</sup>.*

En efecto, ¿a quién comparar lo incomparable? Algunos esquivaban esta dificultad insuperable alzando al Secretario general hasta las alturas del Creador del universo:

*«Oh tú, Stalin, gran jefe de los pueblos,  
tú que hiciste nacer al hombre,  
tú que fecundas la tierra,  
tú que renuevas los siglos,  
tú que trenzas la primavera...»<sup>2</sup>.*

Otro trovador arrodillaba al universo entero ante este dios pantocrátor:

*«Las estrellas del alba obedecen a tu voluntad.  
Tu genio incomparable se eleva hasta los cielos,  
Tu clarividencia sondea las profundidades del océano»<sup>3</sup>.*

Es difícil hacerlo mejor; pero para la emulación socialista nada hay imposible y, bajo el látigo del halago, un cuarto petraastro, en un último esfuerzo, eleva a este nuevo señor del cosmos más allá incluso de las esferas galácticas:

*«Tú, Stalin, estás más alto  
que los altos espacios celestes,*

<sup>1</sup> *Izvestia*, 15-agosto-1936.

<sup>2</sup> *Pravda*, 28-agosto-1936.

<sup>3</sup> *Pravda*, 27-noviembre-1936.

y sólo tus ideas  
son más altas que tú...  
Tu espíritu, Stalin, es más luminoso que el sol»<sup>4</sup>.

Un tal Prokofiev, homónimo del compositor, exclamaba:

«Stalin... y no añadido más... Todo está contenido en nombre tan inmenso. Todo: el partido, la patria, el amor, la inmortalidad. Todo»<sup>5</sup>.

En 1936, durante el VII Congreso de los soviets, el escritor proletario Adveenko se extasiaba en una letanía lírica:

«Cultivo en mí el amor, la devoción, la honestidad, la abnegación, el heroísmo, el desinterés: y todo ello gracias a ti, gran educador Stalin (...) Amo a la mujer con un amor nuevo (...) Viviré cien años (...) y todo ello gracias a ti, gran educador Stalin (...) Puedo volar hasta la Luna, viajar sobre al Ártico, hacer un gran descubrimiento, inventar una máquina nueva (...) y todo ello gracias a ti, gran educador Stalin»<sup>6</sup>.

Este delirio no tendría más que un valor anecdótico de no haber sido retomado y orquestado a través del mundo entero por todos los partidos comunistas y por quienes se reivindicaban a sí mismos como los intelectuales del materialismo y del racionalismo; o si no reflejara los cambios radicales de una revolución igualitaria ni expresara la desmesura de un culto que ha pesado enormemente sobre la propia biografía de Stalin. En Francia, por ejemplo, el semanario *Commune* reproduce el discurso de Adveenko y saluda con esta prosa parareligiosa las señales de un nuevo humanismo; trece años más tarde, en marzo de 1949, la revista *Europe* publica un artículo de Francis Cohen titulado «La edad de oro, objetivo número 1 de la URSS». En la universidad de Moscú, su autor escucha declarar a un discípulo del biólogo estalinista Trofime Lyssenko: «Hacemos cuanto queremos», y se pregunta: «¿Es este el dios de Jean Effel esmerándose en su última creación?». Los biólogos soviéticos han logrado vacas con ubres de dos metros de perímetro; y, no querien-

<sup>4</sup> ZOZULIA, LAJOUTI y TCHATCHIKOV, *Stiji i pjesni o Statine*, Moscú, 1937, pp. 52-53.

<sup>5</sup> *Literaturnaia Gazeta*, 30-diciembre-1936.

<sup>6</sup> Citado en *Commune*, n° 20, 1935, y en *NRF*, n° 1 de mayo - 1935, p. 795.

do agrandarlas más, dudan entre alargarles las patas o bien estirar hacia delante esas ubres de las que manarán ríos de leche sobre la patria del socialismo. El autor de tanta estupidez expresa su deseo de que «todos los incrédulos» se reúnan con él en el laboratorio, antes de concluir beatíficamente: «es la abundancia para todos, ilimitada, autora del bienestar, de la libertad, de la felicidad. La edad de oro, ese sueño impreciso que mece desde siempre a los pueblos como el recuerdo de un paraíso perdido, es para nosotros una realidad al alcance de la mano. La edad de oro [...] es mañana»<sup>7</sup>. Stalin, el nuevo Saturno, la anuncia hoy. Un año más tarde, faltará el pan en numerosas regiones de la Unión Soviética.

Este culto primitivo, fabricado por el aparato dirigente del Partido y por el propio Stalin para sublimar su dominio político, ha transformado la biografía de Stalin en hagiografías o en panfletos que ignoran la realidad. Su biografía oficial, publicada en la URSS en 1948, es la de un ser sin infancia, sin juventud ni familia, cuyos innumerables retratos oficiales sugieren que escapa al envejecimiento. Si los cantos de los Jóvenes comunistas proclaman: «Lenin ha vivido, vive y vivirá», es Stalin quien encarna esta eternidad fáctica. Un dios auténtico ni nace ni muere. Como Atenea saliendo armada de la cabeza de Zeus, o el Dalai-lama, reencarnación repetida de su predecesor, lleva en él la imagen de su destino. No podría tener más que una infancia mítica; su aparente aprendizaje es solo el embrión de su omnisciencia y de su omnipotencia futuras.

Al no poder borrarla por entero, Stalin reduce su infancia a su expresión más simple o la envuelve bajo el velo del misterio. A principios de los años 30, Bujarin, director de *Pravda*, publica una serie de ditirambos, uno de los cuales evoca cómo la madre del Secretario general lo llamaba Soso (diminutivo georgiano de Iosiv). Stalin descuelga el teléfono y apostrofa con violencia a Bujarin: «¿Qué es esa historia de Soso?»<sup>8</sup>, y lo llena de insultos.

Stalin ha cubierto con un velo el principio de su vida, haciendo difíciles hasta las pesquisas mejor intencionadas. En 1938, los editores del Komsomol le envían las pruebas de un volumen sobre las *Narraciones de la infancia de Stalin*, que obtienen un amenazador rechazo. En carta de 16 de febrero de 1938, Stalin denuncia esta obra

<sup>7</sup> *Europe*, marzo-1949, p. 105.

<sup>8</sup> A. LARINA, *Boujarine ma passion*, París, Gallimard, 1990, p. 55.

«abarrota de inexactitudes, de deformaciones, de exageraciones, de elogios inmerecidos. Los amantes de los cuentos, los fabuladores (quizá llenos de buenas intenciones), los aduladores han inducido a error al autor». De ahí que «este librito vierte agua en el molino de los socialistas revolucionarios haciendo arraigar en las conciencias de los niños soviéticos (y de la gente en general) el culto a la personalidad, a los jefes, a los héroes infalibles»<sup>9</sup>, y aconseja a los editores de estas *Narraciones* que las quemen. Dicho y hecho. Verdaderamente, en la URSS de 1938 verter agua en el molino de los socialistas-revolucionarios, prohibidos desde 1922, es muy peligroso.

En agosto de 1939, Bulgakov, que está ultimando *Batum*, una obra de teatro sobre la juventud del Guía, toma el día 14 un tren a Tiflis con intención de consultar sus archivos. En la primera estación recibe un telegrama urgente de Moscú: «Regrese inmediatamente; han prohibido su obra». Su curiosidad es sacrílega. A Stalin no le parece conveniente la evocación de aquellos años, ni siquiera si es mitológica. Sin embargo, en diciembre de 1939, la revista *Molodaia Gvardia* publica un ramillete de testimonios de admiración sobre su primera juventud y ofrece un retrato de color de rosa de ese alumno modelo que a su incontestable autoridad sobre sus camaradas une una inagotable gentileza. Se trata de un hecho excepcional, ligado sin duda a su deseo de distanciarse públicamente de la represión salvaje atribuida a Iejov, el jefe del NKVD caído en desgracia. Su repugnancia ante la evocación de su juventud es real. En su biografía oficial —243 páginas revisadas y corregidas por él mismo—, el relato de sus primeros veinte años se reduce a una lacónica cronología de unas cuarenta líneas. Stalin hizo anotaciones en la maqueta y contribuyó con cerca de 300 correcciones, de las cuales solo dos se refieren a aquellos años. Una de ellas es puramente estilística; la otra, acerca de la época en que Stalin coqueteaba con la Iglesia, subraya por dos veces que el seminario de Tiflis en el que estudió era un seminario «ortodoxo»<sup>10</sup>.

Así es como hace desaparecer una juventud de la cual no hablaba ni con sus colaboradores políticos ni con sus más allegados, salvo quizá con su hija Svetlana, quien no logrará llenar con sus relatos

<sup>9</sup> Carta de 16-febrero-1938. Debería haber sido publicada en el n° 14 de las *Oeuvres complètes*, de las cuales solo se corrigieron las pruebas. Finalmente fue publicada en *Vetchernaia Moskva*, 12-mayo-1988.

<sup>10</sup> «I Stalin sam o siebie» (Stalin por él mismo), *Izvestia TS K KPSS*, n° 9, 1990, p. 115.

más de media página. Un día de marzo de 1945, llevado quizá por la euforia de una victoria ya próxima y mientras pasea junto al mariscal Jukov, repentinamente le abre a este último su corazón y le habla de su infancia durante «más de una hora». Una conversación que Jukov resumirá en sus *Memorias* en cinco escuetas líneas, que en la época de Brezhnev se consideraron indiscretas: «Me dijo que había sido un niño enfermizo. Hasta casi los seis años, su madre no le dejó separarse de ella; le quería mucho. Fue en respuesta a sus deseos por lo que estudió en el seminario para ser ministro sagrado. Pero como, pasada la infancia, su carácter se hizo más rebelde, no se entendió con la dirección y lo expulsaron del seminario»<sup>11</sup>.

El futuro mariscal nace en el extremo sur del Imperio, en el mismo corazón de Georgia. Gori es un extenso y tranquilo poblado de unos 6.000 habitantes, sin industria ni vida intelectual, agazapado en lo hondo de un valle y junto a una cadena montañosa del Cáucaso de cumbres perpetuamente nevadas. Lo atraviesa el río Kura, cuyas fangosas y rugientes aguas fueron celebradas por Gorkí, antes de bañar Tiflis y continuar su curso a través de Armenia y Azerbaiyán para llegar al mar Caspio. Algunas calles de la ciudad están empedradas con guijarros de río, otras son de tierra. Desde hace diez años se detiene en ella el ferrocarril de la línea Tiflis-Poti, acabada en 1871.

Esta somnolienta ciudad de provincias pertenece a una historia plagada de leyendas, de continuas invasiones y guerras permanentes. Desde el de Prometeo, clavado a un peñasco por Zeus, hasta el del arca de Noé abandonada después del diluvio, las montañas y los valles del Cáucaso están repletos de mitos. La parte occidental, la Cólquida, fue en la época helenística el reino del Toisón de Oro y de Medea, la hechicera que asesinó a sus propios hijos para castigar la infidelidad de Jasón, lejana antecesora de quien tiempo después declarará: «Elegir la víctima, preparar minuciosamente el golpe, llevar a cabo una implacable venganza y luego echarse a dormir, no hay nada más dulce en el mundo»<sup>12</sup>.

La historia de Georgia, en la encrucijada de las invasiones, es una larga tragedia. Tras la conquista de Roma, fue cristianizada des-

<sup>11</sup> G. JUKOV, *Vospominania i razmychlenia* (Recuerdos y reflexiones), Moscú, Novosti, 1992, t. 3, p. 215.

<sup>12</sup> Conversación entre Stalin, Djerzinski y Kamenev, relatada por este último a Trotski en TROTSKI, *Staline*, París, Grasset, 1948, reed. 1979, p. 518.

de principios del siglo IV durante el reinado de Constantino, en Bizancio, cinco siglos antes de la «Rus» kievina. Fue en Georgia donde santa Nino encontró una túnica de Cristo —depositada allí al día siguiente de la Crucifixión— que la Providencia divina le llevó a descubrir haciendo brotar un gran ciprés de la gruta en donde se encontraba. En ese mismo lugar, y en respuesta a su súplica, un ángel edificó una columna de vida luminosa que multiplica los milagros. Nino logró la conversión de Mirian, el rey de Georgia, de su esposa Nana y, finalmente, de todo el país. Muy pronto en Georgia abundarán los santos taumaturgos como san Peteré Murvanos, que hace llover en época de sequía, concede fecundidad a las mujeres estériles, sana a los enfermos, llena de peces las redes de los pescadores y goza del don de profecía y del increíble poder de contemplar de cuando en cuando las almas de los justos; además, oye de forma habitual una voz que desciende del cielo e incluso ha tenido una visión de Cristo rodeado de ángeles.

Ni el milagro ni la conversión ni san Peteré Murvanos impiden que las hordas procedentes del este o del sur saqueen de tanto en tanto el país. Desde el siglo V, Georgia sufre las invasiones de los persas y, en el siglo VII, las de los árabes, deseosos de convertir el país al Islam. Tanto unos como otros deportan y masacran a placer a la población. En el siglo XII, durante el reinado de Thamar, Georgia conoce una breve edad de oro, barrida de un plumazo por las hordas de mongoles y tártaros que, entre los siglos XIII y XV, atraviesan al galope la región quemando, saqueando y asesinando. Más tarde, turcos y persas se repartirán el país diezmando a sus habitantes y entregándose al pillaje hasta que, en el siglo XVIII, los persas ocupan el este y los turcos el oeste. A lo largo de quince siglos, Tiflis, capital de Georgia, situada al sur de Gori, ha sido destruida y quemada en 18 ocasiones. A finales del siglo XVIII apenas sobreviven un millón de georgianos.

En un intento de escapar a este carrusel de invasiones, Georgia se vuelve hacia Rusia, que está deseando abrir la ruta del Cáucaso. En 1783, el rey Irakli II y Catalina de Rusia firman un tratado que hace del pequeño país un protectorado ruso; en 1801, Pablo I lo transforma en provincia del Imperio. La Iglesia georgiana, autónoma desde el siglo IV, se somete al Santo Sínodo de la Iglesia ortodoxa rusa y sus bienes son confiscados. Alejandro I consolidará la aneación y colocará a Georgia, como a Polonia, bajo la férula de un

virrey, representante personal del zar. En el momento del nacimiento de Stalin, es Galitsyn, un príncipe arrogante, orgulloso y cruel, quien ocupa el cargo.

El número de *Estudios soviéticos* publicado al día siguiente de la muerte de Stalin intenta elevar su infancia a la misma categoría de este pasado histórico y legendario; los redactores procuran transformar lo banal presentándolo desde la infancia como la encarnación misma del proletariado oprimido, ese Prometeo colectivo que carga sobre sus espaldas el destino de la humanidad: «Stalin descende de lo más profundo del pueblo trabajador. A él se pueden aplicar los términos con que describió a los comunistas: *Hijos de la clase obrera, hijos de la necesidad y de la lucha, hijos de increíbles privaciones y esfuerzos heroicos*»<sup>13</sup>.

Pero la realidad resulta más vulgar. El padre de Iosiv, Visarion Djugachvili, es un campesino-zapatero nacido en 1850 en Didi-Lilo, un pueblo situado en medio de viñedos no lejos de Tiflis; la madre, Ekaterina Gueorguievna Gueladzé, a quien llaman Keké, hija también de campesinos, nace en la aldea de Gambareuli, cerca de Gori, en 1858; uno y otro son siervos de nacimiento que no se emanciparán hasta alcanzar una edad ya avanzada. Visarion descendía de siervos campesinos-zapateros al servicio de su señor, quien los empleaba en verano para la cosecha y la vendimia, y en invierno les hacía remendar botas, sandalias y zapatos, embolsándose el importe de las reparaciones. El pueblo no ofrecía a sus habitantes más que una penosa existencia vegetativa y desde tiempo atrás entre los siervos existía el proyecto de montar una barbería, una zapatería, una tienda de ultramarinos o una posada. La emancipación les proporciona una nueva movilidad, permitiéndoles vender libremente sus fuerzas para el trabajo y convertirse en asalariados; Visarion –Beso para los amigos– partirá enseguida a Tiflis para contratarse en la gran fábrica de zapatos de la ciudad, Adeljanov; más tarde, su afán de independencia le hace instalarse por cuenta propia en Gori, donde la leyenda le atribuye la propiedad de un taller que cuenta con una decena de obreros. Ekaterina, que es huérfana, ha dejado la aldea para emplearse como criada de una familia de funcionarios o comerciantes. En mayo de 1874 contraen matrimonio; en el registro municipal queda anotado: «El 17 de mayo han contraído matrimo-

<sup>13</sup> *Études soviétiques*, nº 61, abril 1953, número especial Iosiv Stalin, p. 74.

nio el campesino Visarion Ivanovitch Djugachvili, de religión ortodoxa, con domicilio provisional en Gori, primer matrimonio, de 24 años de edad, y la hija de un campesino de Gori fallecido, Ekaterina Glaja Gueladzé, de religión ortodoxa, primer matrimonio, de 16 años de edad»<sup>14</sup>. Visarion cuenta con un oficio y Ekaterina carece de dote.

Entre 1874 y 1877, Ekaterina trae al mundo tres hijos que fallecen a edad temprana: Mijail, Gueorgui y un tercero cuyo nombre se ha perdido. El 6 de diciembre de 1878 nace Iosiv, el último hijo y único superviviente, a quien se registrará en su documento de identidad como «campesino de Didi-Lilo», lugar de nacimiento de su padre. Iosiv sufre varias malformaciones: tiene unidos los dedos segundo y tercero del pie derecho, y el brazo izquierdo más corto que el derecho. Ekaterina no volverá a quedar embarazada: a Visarion le bastaba con tener un niño en brazos.

A partir de 1921, Stalin renegará de su fecha de nacimiento y la fijará oficialmente el 9 de diciembre del calendario juliano ruso (es decir, el 21 del calendario gregoriano occidental) del año 1879. Pero el registro de la iglesia de Gori data el nacimiento de Iosiv Djugachvili el 6 de diciembre de 1878 y su bautismo, el día 17; también aparece el nombre del padrino y el del arcipreste que lo bautizó. Al acabar la escuela primaria, el pequeño seminario de Gori le facilitará un certificado según el cual habría nacido «el sexto día del mes de diciembre del mil ochocientos setenta y ocho». Así pues, la fecha del 21 de diciembre es doblemente errónea: tanto por el día, como por el año. Al parecer, una creencia persa recomendaba matar a los niños nacidos el 21 de diciembre, calificados de «hijos del mal».

No es Stalin el único que se dedica a alterar su fecha de nacimiento. Estas prácticas, fomentadas por la negativa de algunas sectas religiosas a declarar los nacimientos ante las autoridades, así como la no existencia de un estado civil real, están destinadas a rejuvenecer o envejecer al interesado para permitirle el acceso a la escuela o a la fábrica, o para diferir su marcha al ejército. En el caso de Stalin, que no se pronunció al respecto, el motivo permanece oculto. Por otro lado, él mismo proporcionó datos erróneos en

<sup>14</sup> CRCEDHC (centro de archivos del antiguo Instituto del marxismo-leninismo, hoy llamado RGASPI), fondos 558, inventario 4, expediente 1.



otras ocasiones sin razón aparente. Así, el 12 de julio de 1912 manifiesta tener 31 años, lo que fijaría su nacimiento en 1881. El porqué de acabar eligiendo el año 1879 es un misterio: el primero de una larga serie de enigmas en torno a su vida.

Según el historiador americano Adam Ulam —que se excede al generalizar la situación de Lenin, Trotski, Zinoviev o Kamenev—, de entre los dirigentes comunistas, Stalin será uno de los pocos que puedan evocar una infancia de pobreza y privaciones, pero, de hecho, los bolcheviques hijos del pueblo son legión. Lo cierto es que Drobnis, por ejemplo, miembro del Comité Central, hijo y sobrino de zapateros, trabaja como aprendiz desde los diez años; el padre de Chliapnikov, miembro del Comité Central y comisario del pueblo, será sucesivamente molinero, albañil, carpintero y empleado de comercio; el padre de Andreiev, miembro del Politburó y secretario del Comité Central, obrero textil y después conserje; los padres de Dybenko, comisario del pueblo, y de Kalinin, miembro del Politburó y presidente de la República soviética, son pobres campesinos cuyos dos hijos trabajan en el campo desde los seis o siete años; Kossior, miembro del Politburó y Primer secretario del PC ucraniano, es hijo de un obrero polaco; Lozovski, presidente de la Internacional sindical roja, es hijo de un mísero maestro judío y desde los ocho años se dedica a vender cerillas, tabaco y limones en ferias y mercados. Por lo tanto, la situación de Stalin no lo distingue en nada de otros futuros dirigentes: sus orígenes no nos proporcionan la clave de su destino.

Al igual que sus futuros compañeros y adversarios, Stalin viene al mundo en el momento en que el régimen zarista sufre las primeras convulsiones que anuncian su agonía. El reinado de Alejandro II, iniciado en medio de la euforia, llega a su fin entre la desilusión y el desorden. Tras la abolición de la servidumbre en 1861, los campesinos, condenados a pagar durante 49 años el precio de las estériles tierras que les habían sido asignadas y que ellos consideraban pagadas ya con su sudor y el de sus antepasados, con su fatiga y sus impuestos, se doblan bajo una carga demasiado pesada. Al acabar el reinado de Alejandro II, el rendimiento de sus tierras apenas cubre la suma total de sus impuestos; según las provincias, el conjunto de cargas de un campesino representa entre el 150% y el 280% de sus beneficios; y hasta el 500% en la zona fértil de las tierras negras. Sobre un rendimiento neto anual de sus tierras, estimado en 45 rublos

de media, deberá pagar 22 rublos de impuestos directos y 44 de indirectos. Después de trabajar su tierra, lo hace por cuenta ajena, pero no logra saldar más que una parte de la deuda. Y el hambre acecha a la espera de la primera catástrofe climatológica.

A pesar de sentirse víctimas de estos abusos, los campesinos no manifiestan todavía su acritud y su descontento más que en las conversaciones de taberna; los propietarios aristócratas, por su parte, están convencidos de haber sido expoliados; y, a ojos de unos y otros, los funcionarios han saboteado la que hubiera sido una buena reforma secundada por el zar. Además, todos son víctimas de la corrupción generalizada de la administración, que Catalina II denunciara ya en 1762 en un famoso ukase (decreto): «La falta de honestidad ha hecho tantos progresos que apenas se podría citar una administración o un tribunal que no estén infectados». Y los esfuerzos que despliegan los zares para contener esta plaga no hacen más que agravarla.

La burocracia del Estado reina descontrolada sobre una masa social indiferenciada. El artesanado campesino, la burocracia del Estado y la reducida clase media de los comerciantes, pálido sucedáneo de la burguesía que en Europa forma el tercer estado, no ofrece ningún apoyo social o político a una intelectualidad al margen de la sociedad. Los estudiantes, sin presente ni futuro, sin otra salida que una gris carrera de funcionario en la corrupta y servil burocracia del Estado, y sin perspectiva política, nutren los mayores contingentes de revolucionarios.

Esta intelectualidad marginada, que se denomina a sí misma populista, ve en el campesino al revolucionario del mañana. Para los populistas, los fundamentos del comunismo ya existen en Rusia: es la «*mir*» (comunidad rural) que descansa sobre la «*obchtchina*» (propiedad rural común). Por lo tanto, Rusia puede soslayar la fase europea del capitalismo industrial y la dolorosa transformación del campesinado en proletariado. Con el fin de aguijonearlo y sacarlo de su sopor, en 1874 y 1875 cerca de dos mil jóvenes populistas se lanzan a la alfabetización del campesinado, que, a golpe de hoz, caza, apalea y denuncia ante la policía a estos profanadores del venerado zar. Desengañada, parte de esa *intelligentzia* democrática pasa de la propaganda a las bombas.

El zar, de hecho, no puede responder a sus expectativas; quiere modernizar el Imperio y sus instituciones sin tocar sus fundamen-

tos, sin democratizar ni liberalizar el sistema. Su aparente falta de decisión refleja una dificultad insuperable: impedir las reformas de abajo permitiéndolas desde arriba, sin tocar el mismo sistema autocrático, es obstaculizar cualquier reforma auténtica. Treinta años más tarde, Nicolás II se encontrará con idénticos problemas por idénticas razones.

El gradual endurecimiento del régimen decepciona a los liberales menos entusiastas. La Voluntad del pueblo, fundada en 1878, y su comité ejecutivo de una veintena de jóvenes desafían al gobierno y su política y exigen del zar las libertades políticas y una constitución so pena de derrocarlo. En medio del desencanto general, sus atentados se benefician de la pasiva complicidad de la sociedad liberal. La absolución en julio de 1878 de la joven Vera Zassulitch, que disparara contra Trepov, el jefe de policía, hiriéndole, confirma el aislamiento de la Corte. El zar encomienda todos los delitos políticos a los tribunales militares y, después de un atentado fallido de la Voluntad del pueblo contra él, otorga poderes dictatoriales excepcionales a los gobernadores generales de las seis principales provincias de la Rusia europea, que pueden encarcelar y exiliar mediante una sencilla decisión administrativa. Esta medida hace más profundo aún el abismo entre el régimen y sus pilares naturales. En marzo de 1880, la Voluntad del pueblo promete «no cesar en la lucha hasta que Alejandro II abdique de su autoridad poniéndola en manos del pueblo para dejar que una asamblea nacional constituyente se encargue de sentar las bases de la reforma social».

Georgia, provincia occidental de un Cáucaso a duras penas sometido bajo la bota rusa, está a la cola del Imperio al que abastece ya de funcionarios y policías. Bajo Alejandro II se esboza un cierto desarrollo industrial: en 1867 comienza la construcción del ferrocarril Tiflis-Potí con obreros rusos especializados y con mano de obra reclutada entre el campesinado local. Un poco más tarde se inicia la extracción de manganeso en la región de Tchiaturi, y en el otro extremo del Cáucaso, en Azerbaiyán, se pone en marcha la explotación del petróleo de Baku. En 1883, las obras del ferrocarril Tiflis-Baku han terminado. Cuando nace Iosiv Djugachvili, Georgia es un país de escasa cultura, impregnado de tradiciones feudales y costumbres patriarcales, poblado de hidalgos arruinados y de príncipes mediocres que alimentan ilusiones nacionalistas; en medio del aparato burocrático ruso pululan grupos familiares, clanes y faccio-

nes estrechamente relacionadas entre sí cuyos jefes se adornan a menudo con sonoros títulos nobiliarios cuando no principescos.

Las cuatro quintas partes de la población están formadas por míseros campesinos supersticiosos, iletrados y piadosos, y de hidalgos muy parecidos. Los pequeños agricultores cultivan con arados de madera unas minúsculas explotaciones encajadas entre los latifundios de los príncipes y los clérigos para los que han de trabajar también gratuitamente. Los aparceros entregan al propietario la mitad de la recolección; los derechos de pasto para el ganado son exorbitantes y la usura crece a un interés del 40 al 50%. La viticultura y un pequeño artesanado que fabrica un primitivo utillaje agrícola ocupan también a esta población salida apenas de la Edad Media.

A excepción de una frágil clase intelectual reunida en torno a tres revistas literarias imprimidas en secreto, el resto de la mísera población vive en un universo mental y espiritual de fábulas milagrosas en las que busca desde hace siglos su fuerza y el consuelo de su trágica historia. Pero el fulgor de ese pasado mítico no compensa la mediocridad del presente. La infinita distancia que separa la realidad de ese esplendor legendario se expresa en la epopeya nacional de Chota Rustaveli escrita a principios del siglo XIII, *Tariel, o el héroe de la piel de tigre*, que se bate siempre en la distancia, en la India o en Arabia, entre árabes, indios y chinos. El interés de Stalin por este héroe disfrazado de fiera será constante. En 1940, la editorial del Estado publica una nueva traducción en ruso que Stalin revisa, corrige y controla personalmente; a primeros de febrero de 1941, el director adjunto le envía el borrador de un prólogo en el que menciona su intervención en la publicación de la obra. El día 14 del mismo mes, Stalin exige que se suprima cualquier alusión a su labor: el papel de simple traductor no sería adecuado.

Iosiv tiene menos de tres años cuando, en la mañana del día 1 de marzo de 1881, Alejandro II firma un documento por el que se crea el Consejo Consultivo del zar, un tímido primer esbozo de monarquía constitucional sin Constitución; sin dar tiempo a que se seque la tinta, el zar sale a hacer un recorrido en carroza junto al Neva donde le espera un miembro de la Voluntad del pueblo. Una bomba casera derriba a los caballos, hace saltar a la carroza por los aires y mutila las piernas del zar, que muere desangrado tres horas más tarde.

Su hijo, Alejandro III, decide dar la vuelta a la tímida política liberal que juzga funesta. Educado por el Procurador del Santo Sínodo

do (el organismo dirigente de la Iglesia ortodoxa, designado por el Estado) y firme partidario de la unión indisoluble entre la autocracia, el nacionalismo ruso y la ortodoxia religiosa, Alejandro se considera monarca por derecho divino y padre de un rebaño de súbditos que le deben respeto y obediencia. En consecuencia, anula el efímero decreto paterno, y en su manifiesto del 29 de abril de 1881 declara su imperial voluntad de mantener y consolidar el poder autocrático.

El 14 de agosto de 1881, Alejandro promulga el «estado de protección reforzada» por tres años, que permite suspender todas las libertades individuales por un simple decreto y llevar las causas civiles ante los tribunales militares. Este estado provisional se prolongará hasta el mes de febrero de 1917. Al año siguiente crea las «secciones de protección del orden y la seguridad pública», la «Ojrana», que se infiltra en los grupos revolucionarios. En 1887, la policía arresta en San Petersburgo a un pequeño grupo de estudiantes que prepara un atentado contra Alejandro III. Los aprendices de terroristas apresados, uno de los cuales es Alejandro Uliánov, el hermano mayor del futuro Lenin, son condenados a muerte y ahorcados por conspiradores. La sociedad entera se encuentra bajo la vigilancia de una policía omnipresente y las delaciones se convierten en una institución. En 1884, el gobierno triplica los costes de las matrículas para quitar de en medio a los estudiantes más necesitados y coloca las escuelas elementales bajo el control del Santo Sínodo; en 1887, el ministro de la Instrucción ordena «excluir de los liceos a los hijos de cocheros, lacayos, cocineros y gente de su misma clase» que, a sus ojos, son un semillero de revolucionarios.

Alejandro III continúa por modernizar el ejército. Por término medio, un tercio del presupuesto —la principal inversión económica del Estado— se dedica a gastos militares; otro tercio, a liquidar la deuda pública (un 32% en 1887); y la tercera, a la construcción de líneas férreas cuyo trazado responde sobre todo a objetivos militares y al mantenimiento del aparato del Estado. El miserable presupuesto para Instrucción se estanca (2% en 1887); entre 1857 y 1887, el Ministerio del Interior ve doblarse sus créditos (de 4,2% a 8,5%); y los del Santo Sínodo son tres veces superiores a los del Ministerio de Asuntos Exteriores. Así pues, el mantenimiento del ejército, de la flota y del aparato del Estado alcanza cerca de los 2/3 del presupuesto. Con objeto de obtener créditos, la Corte Imperial se dirige

a la vilipendiada República de Francia y, en noviembre de 1888, recibe de París un préstamo de 125 millones de rublos, el primero de una larga serie que hará de los prestamistas y banqueros franceses sus principales acreedores.

En veinticinco años, la industrialización duplica el número de obreros de las fábricas que, a principios de la década de los 90, supera el millón y medio. Este proletariado, recién salido del campo y de la servidumbre, y que acaba de pasar del arado a las máquinas, se ve embrutecido por el ritmo de los talleres y por una jornada laboral de 14 a 16 horas en unos locales insalubres. Hacinaados en cuchitriles o en inmensos barracones construidos junto a las fábricas, los obreros contemplan cómo su exiguo salario, parte del cual reciben en especie, disminuye de forma considerable a causa de un complicado sistema de multas. Los hombres ganan entre 10 y 18 rublos, las mujeres de 5 a 8, los adolescentes entre 3 y 5 (un kilo de pan cuesta de 5 a 8 kopecks, medio kilo de manteca de 30 a 35, la tercera parte de 1 rublo). Los golpes llueven sobre los aprendices y, en ocasiones, los sumisos obreros se rebelan, estropean las máquinas, destrozan las oficinas y atacan a los capataces antes de acabar molidos a golpes por las porras y los fusiles de la policía o de los soldados. Estos hechos salvajes, prolongación de las revueltas sangrientas y destructoras de los siervos del pasado, constituyen también el comienzo de la conciencia obrera. Entre 1882 y 1886, el gobierno traza las líneas maestras de una legislación social destinada a convencer a los obreros de que el zar los protege; pero la mayoría de estas medidas se quedarán en simple teoría y no impiden el desarrollo de la protesta obrera espontánea. Desde 1881 hasta 1886, la policía registra 80.000 huelguistas.

En septiembre de 1883, cinco antiguos populistas (entre ellos Plejanov, el primer discípulo de Marx en Rusia), crean en Ginebra la primera organización marxista rusa, La Emancipación del trabajo. Surgidos rápidamente, los pequeños círculos de obreros organizan reuniones de estudio, de formación, de propaganda y de educación, cajas de ayuda mutua y bibliotecas clandestinas, pero estos embriones de instituciones obreras son desmanteladas enseguida por la policía. Los ecos de esta modesta actividad no resuenan todavía en la lejana Gori.

Iosiv pasa los cinco primeros años de su vida en una casita de ladrillo compuesta por una cocina y una oscura habitación de seis me-

tros cuadrados solada también con ladrillos cuya única ventana está flanqueada por un alero y rematada por un cerco fabricado con planchas. Una mesita, un taburete, una especie de cama plegable cubierta con una esterilla y una vieja máquina de coser en la que trabaja Catalina constituyen todo el mobiliario. Un pequeño sótano sirve de taller a Beso. La casita da a una callejuela pomposamente llamada calle de la Catedral, pavimentada con burdos guijarros irregulares dispuestos sencillamente a modo de suelo. La atraviesa un canalillo por el que circulan perezosamente las aguas residuales, el agua de lluvia y los desechos. Catalina Gueladzé comentará tiempo después: «El agua se colaba por el interior de nuestra oscura casita. Había mucha humedad»<sup>15</sup>. En ella contraerá Iosiv la tuberculosis. Cuando Mathias Rakosi, secretario del PC húngaro, visite la reducida vivienda donde nació y vivió Stalin con su «feroz ambiente de pobreza», enseguida verá, escribe, el carácter de Stalin desde otro ángulo<sup>16</sup>.

En efecto, Stalin crece rodeado de una miseria que lo endurece rápidamente. Keké desempeña tareas domésticas para algunas personas acomodadas de la ciudad, les cuece el pan, y corta, cose y remienda su ropa. A veces, lleva consigo a Soso a casa de sus patronos, pero las visitas a estos ricos desdeñosos suscitan en él una envidiosa aversión, agravada por las humillaciones tradicionalmente infligidas a los hijos de los criados. Mientras Visarion gasta buena parte de sus míseros ingresos en bebida, la existencia material de la reducida familia Gueladzé descansa en Ekaterina, una situación insólita en la Georgia tradicional y devota. Es ella quien paga mensualmente un rublo y medio de alquiler de los apenas diez rublos que ingresa al mes. Keké dirá también que en su casa se comía mal: pan, cebollas, patatas cocidas y alubias. Visarion no paga nada: se pasa el día reparando zuecos y sandalias en un sótano oscuro y bebiendo en la taberna por las noches y también los domingos. El vino y el vodka, de uso común en Georgia desde mediados del siglo XIX, devoran la totalidad de sus escasas ganancias. En la ciudad hay 92 zapateros remendones para 6.000 habitantes; y los campesinos de los alrededores, que suelen andar descalzos o en sandalias, no frecuentan demasiado su taller. La competencia es dura, el trabajo fatigoso y Visarion se ajusta muy bien a los re-

<sup>15</sup> Entrevista a Ekaterina Gueladzé, en *Pravda*, 20 de octubre de 1935.

<sup>16</sup> MATHIAS RAKOSI, «Souvenirs», *Istoncheski Arjiv*, n.º 3, 1997, p. 119.

cuerdos del bolchevique Drobnis, hijo también de un zapatero: «El ambiente de los zapateros se distinguía por la ignorancia, la embriaguez y el desenfreno»<sup>17</sup>. Los refranes rusos lo explican con las siguientes comparaciones: «borracho como un zapatero», «borracho como la suela de un zapatero» (es decir, «borracho perdido»), «sastre ladrón, zapatero borracho». La sabiduría popular también se hace eco de su miseria: «A sastre sin tela, zapatero sin botas». El vivo retrato de Visarion.

Tiempo después, Stalin contará a sus compañeros de banquetes nocturnos: «Cuando era muy pequeño y estaba aún en la cuna, se acercaba a mí, mojaba el dedo en un vaso de vino y me lo daba a chupar. Así me habituó desde la cuna»<sup>18</sup>. Iosiv no pudo escapar a esta primera etapa ritual de la formación de un hombrecito propia de campesinos, viñadores y zapateros.

Sobrio o ebrio, Visarion pega habitualmente a Soso. Su camarada Iosiv Iremachvili, que visita la casa con frecuencia, es testigo de los severos correctivos infligidos por el borracho a su hijo y ve en ellos el origen de su futuro rigor, de su implacabilidad y de su falta de religiosidad posteriores. Svetlana repite lo que el propio Stalin le contó al recordar «los castigos que le aplicó su padre, al que le gustaba mucho beber»<sup>19</sup>. En los años 20, la madre de Stalin contará a su médico, Kipachidzé, que un día, en medio de una borrachera, cogió a su hijo y lo arrojó brutalmente contra el suelo. Soso se pasó varios días sangrando.

Sin embargo, Stalin, en respuesta al escritor alemán Emil Ludwig, negará toda violencia paterna: «Mis padres eran gente sencilla, pero no me trataban mal del todo»<sup>20</sup>. No hay duda de que su imagen de niño maltratado le debía parecer poco conveniente justo en el momento en que se estaba creando el culto al todopoderoso Secretario general. Pero Visarion, como todos sus iguales, pegaba también a su mujer. Consideraba que los puñetazos y pescozones eran la base de la educación. Soso tuvo que darse prisa en aprender a esquivarlos y a evitar cruzarse con su padre cuando este estaba borra-

<sup>17</sup> Autobiografía de Drobnis en *Encyclopédie Granat*, reedición, Moscú, reimpresso en 1989, p. 126, texto francés en G. HAUPT y J.-J. MARIE, *Les Bolchéviques par eux-mêmes*, París, Maspero, 1969, p. 116.

<sup>18</sup> N. JURSCHOV, *Vospominania*, Moscú, Novosti, 2000, t. 2, p. 118.

<sup>19</sup> S. ALLILUIEVA, *Vingt lettres à un ami*, París, Seuil, 1967, p. 169, y S. ALLILUIEVA, *En une seule année*, París, Robert Laffont, 1970, p. 319.

<sup>20</sup> STALIN, *Conversation avec Emil Ludwig*.



cho, sobre todo por la noche, que era el rato en que repartía alguna que otra bofetada antes de acostarse.

No sabemos gran cosa de este personaje medio fantasmal, pero perturbador, que los recuerdos autorizados tratan de escamotear. La única fotografía que se conserva muestra un rostro enjuto de frente estrecha, adornado de un bigote y rodeado de un collarín de barba negra. Su bisnieta Nadedja sostiene —sin prueba alguna— que la foto está trucada, que Visarion no se fotografió jamás, y que se trata de una foto de Stalin que luce una ridícula barba postiza para lograr un parecido perfecto. ¿Quién sería ese «alguien» lo bastante audaz como para manipular una foto de Stalin? En 1939, los responsables del museo de Gori se la envían con objeto de verificar su autenticidad; el Secretario general no responde: ahora que el culto oficial lo diviniza, su silencio equivale a su aprobación.

Esta ignorancia no impide a los biógrafos de Stalin especular con la herencia paterna. Isaac Deutscher le atribuye «el espíritu reflexivo» del hijo; Boris Suvarin, algunas anomalías físicas, entre otras la unión de los dedos segundo y tercero del pie derecho; y Robert Tucker, su futuro carácter reivindicativo. Iosiv Iremachivili, que conoció a los dos hombres, ve en la brutalidad paterna el origen de la aversión de Stalin hacia todo representante de la autoridad, encarnación de la imagen del padre y fuente de la sed de venganza que le dominó desde la infancia.

No obstante, es dudoso este rechazo de la imagen paterna. Iosiv adoptará su primer seudónimo, Besochvili, a partir de Beso, diminutivo de Visarion, y lo utilizará durante varios años; por otra parte, su padre le sirve de modelo idealizado en un largo artículo de 1906; y, recuperando luego el calificativo tradicional del zar autócrata, se otorgará a sí mismo el sobrenombre de «padre de los pueblos». Su actitud hacia el Padre, cuya imagen no suscita en él un rechazo sublimado en rebelión, es, pues, ambigua. En todo caso, ha contribuido a distinguirlo del arquetipo del georgiano, un personaje impulsivo, generoso, sentimental, fácilmente emocionable, entusiasta o exaltado, lírico, devoto de su familia y de sus amigos. Un retrato idealizado, por cierto: la «vendetta» es una antigua tradición en Georgia, donde un honor quisquilloso resuelve con sangre las viejas rencillas familiares. El «*abrek*», o fuera de la ley, es de gatillo fácil y los granujas de Tiflis manejan a sus anchas la navaja. Sea como sea, el Stalin adulto no posee ninguno de los rasgos del georgiano típico;

su hija Svetlana lo confirma: «Mi padre era justamente todo lo contrario [...] no era fogoso, ni abierto, ni emotivo, ni sentimental»<sup>21</sup>. En efecto, Stalin es taciturno, frío, seco, vengativo, desconfiado, rencoroso, grosero, intolerante y despiadado, incluso con sus amigos y su familia.

Hay quien se ha sentido tentado de explicar esta discordancia haciendo nacer a Visarion en los Osetes, una región del norte de Georgia famosa por su rudeza, su brutalidad, su salvajismo y su ignorancia. Un oficial de *Un héroe de nuestro tiempo*, de Lermontov, los considera peores que los tártaros, esos salvajes insaciables y analfabetos. En 1933, un poema satírico de Ossip Mandelstam presenta a Stalin con los rasgos de un osete bigotudo ávido de sangre, de pecho fornido y gruesos dedos. Osete o no, Visarion transmitió a su hijo una serie de malformaciones y su gusto por la violencia y la crueldad y, según el articulista ruso Radzinski, el veneno del antisemitismo. En Georgia, los judíos eran posaderos, sastres, usureros, comerciantes y zapateros. Seguramente el fracasado Beso no era capaz de soportar el éxito de sus competidores más hábiles; sin embargo, en Georgia no se conocía el antisemitismo y no existe el término «yupin» («Jid»).

Visarion es el hombre que está de más; su mujer, en sus testimonios, pasa en silencio por encima de él; tampoco lo menciona Stalin ni sus camaradas de infancia o sus descendientes... todo el mundo hace desaparecer a ese molesto personaje. Algunos hasta niegan su paternidad. Ciertos rumores insistentes surgidos en torno a los años 30 hacen descender a Stalin a saber: de un príncipe, de un conde, de un general e incluso de un clérigo. El general Prjevalski, con quien Stalin tiene un leve parecido, es el favorito; pero Keké ya estaba encinta cuando este pasó por Gori. Por su parte, el conde Egnatavili es el favorito del novelista georgiano Tchabua Amuredjibi—autor de la novela *Gora Mgorbali*— y de la nieta de Stalin, Nadejda, según la cual, Iosiv «sabía» quién era su verdadero padre, pero apoyó la leyenda de Visarion para salvar el honor de su madre. Pero ¿cómo podía saber ella lo que «sabía» Stalin cuando no lo había dicho ni a su hija, su única confidente? Los rumores sugieren así una Ekaterina Gueladzé en las antípodas de la mujer austera y devota que conocieron los camaradas de Soso. Una vez liberada, la imagi-

<sup>21</sup> S. ALLILUIEVA, *En une seule année* (En un solo año), *op. cit.*, p. 319.

nación galopa... Los americanos Fishman y Hutton afirman: los judíos georgianos, procedentes de la isla de Dju, fueron denominados «Djuga» y, cuando en Georgia se estableció el uso de los apellidos, se les llamó hijos de Dju; es decir, ¡Djugachvili! Así pues, ¡Stalin era judío!

Keké vuelca todo su cariño en el pequeño Iosiv. Las raras fotografías que se conservan de ella cuando ya era abuela, vestida toda de negro, el severo rostro enmarcado por un tupido velo que oculta sus cabellos, sus orejas o su barbilla, a duras penas dejan adivinar a la joven de esta época. Su existencia no era de color de rosa. Maltratada por su marido, también ella maltrata a Soso. Svetlana da testimonio de ello: «A veces mi padre nos contaba cómo su madre le zurraba cuando era niño»<sup>22</sup>. Al parecer, durante la última visita que hizo a su madre, Stalin le preguntó: «¿Por qué me pegabas tan fuerte? —«Así es como te hiciste tan bueno», le respondió ella. De todos modos, Soso conservará un rastro imborrable de esta infancia marcada por los golpes. Más tarde, durante los interrogatorios de sus víctimas, aconsejará a los miembros del NKVD: «¡Pegad! ¡Pegad!».

Al mismo tiempo, su madre intenta protegerlo y consagra todas sus energías a su educación. En 1930 lo describirá ante un periodista americano, Knickerbocker, como un niño modelo: «Soso siempre fue bueno. Nunca tuve que castigarlo. Estudiaba mucho, y siempre estaba leyendo o hablando, e intentaba aprender de todo». Y añade: «Era mi único hijo y yo lo mimaba»<sup>23</sup>. Iosiv no tiene hermanas ni hermanos; en esta época de familias numerosas —a pesar de los estragos que causa la mortalidad infantil, los hijos únicos son muy poco frecuentes—, la situación de Stalin, un hijo único maltratado por su padre y sin otro lazo afectivo que el tosco amor de una madre abrumada por el trabajo y las tareas domésticas, es bastante excepcional. Nunca conoció el afecto ni las rivalidades que pueden unir a los hermanos. El universo del sentimiento se reduce al solo amor de una madre piadosa, entregada y obstinada, pero poco expansiva. Esta mujer analfabeta, capaz apenas de garabatear su nombre, sueña con sacar a su hijo de ese ambiente y hacerlo sacerdote, el único modo de ascenso social posible para el hijo de un zapatero y una

<sup>22</sup> S. ALLILUIEVA, *Vingt lettres à un ami*, op. cit., p. 169.

<sup>23</sup> H. KNICKERBOCKER, *Les progrès du plan quinquennal* (Los progresos del plan quinquenal), Librería Valois, 1931, p. 159.

criada. Para lograr sus fines, Catalina lucha con un encarnizamiento que marcará a Soso y le transmitirá, como subraya Svetlana, «su firmeza, su testarudez, su severidad, su moral puritana, su carácter viril [...]». A su manera, concluye, él la quiso y la respetó toda su vida»<sup>24</sup>. Pero le costaba manifestarlo. Las dieciocho cartas que en quince años, de 1922 a 1937, enviará a su madre, sola y reclusa, son extremadamente secas. Es cierto que Stalin siempre vivió encerrado en sí mismo, pero esas cartas telegráficas que repiten incansablemente fórmulas estereotipadas alcanzan un extraño grado de laceración. La hipérbola de los rituales deseos de larga vida («que vivas mil años») esconde difícilmente la incapacidad para expresar un sentimiento real<sup>25</sup>. No sabía qué decir a una mujer ajena a su universo y a sus anhelos: una indiferencia, sin duda, que refleja también su voluntad de cortar cualquier lazo con la etapa ya concluida de su infancia.

En 1883, Visarion deja a su mujer y a su hijo. Incapaz de mantener su propio taller a punto de desmoronarse, parte a emplearse en la fábrica de calzado Adeljanov, en Tiflis. Según el novelista Radzinski, Keké, endurecida por su trabajo, se defiende cada vez mejor de su ignorante marido y le devuelve golpe por golpe. Beso acaba por sentirse a disgusto en un hogar del que ya no es el dueño y pone tierra por medio. Sin embargo, no hay testigos de estos imaginarios altercados. Un burdo rumor extendido por el hijo de Beria en la edición francesa (¡pero no en la rusa!) de sus memorias convierte a Keké en una mujer de costumbres ligeras. La realidad es que Keké se emplea como criada en casa del sacerdote ortodoxo Tcharviani y se instala junto con su hijo en un pequeño apartamento contiguo a la vivienda. De vez en cuando, Visarion regresa al domicilio conyugal a pegar a su esposa. Un día, Iosiv, indignado, le lanza un cuchillo, pero falla y Visarion se abalanza sobre él. El muchacho huye a casa de unos vecinos, que se encargan de albergarle hasta la marcha de su enfurecido padre.

En 1906, Stalin difundirá una imagen mítica de los años pasados por Visarion en los sombríos y malolientes talleres de la fábrica Adeljanov, en la que los obreros trabajan 14 o 15 horas diarias. Lo

<sup>24</sup> S. ALLILUIEVA, *Vingt lettres à un ami*, op. cit., p. 214.

<sup>25</sup> Todas las cartas de Stalin a su madre están traducidas en J.-J. MARIE, *La jeunesse de Staline*, París, Autrement, 1998, pp. 60-64.

que cuenta Stalin es la historia edificante de un zapatero propietario de un pequeño taller que se ve obligado a cerrar, arruinado por la competencia, y que marcha a Tiflis a contratarse en Adeljanov soñando con conseguir un pequeño capital que le permita reabrir su taller. «La situación de este zapatero ya es proletaria, pero su conciencia no; su conciencia aún es completamente pequeño-burguesa»<sup>26</sup>. Este zapatero proletarizado se enfrenta con la dura realidad que le hace madurar; trabaja, pero no amasa nada porque su salario a duras penas le llega para vivir. Al mismo tiempo, se ha liberado de los problemas del amo de taller, y los sábados se embolsa la paga. Todo esto barre sus sueños pequeño-burgueses. Como su salario es insuficiente, reflexiona sobre el mejor modo de conseguir un aumento; oye a sus camaradas hablar de huelgas y sindicatos; toma conciencia de la necesidad de luchar contra el patrono; acaba afiliándose al sindicato; va a la huelga y pronto se convierte en socialista.

Esta visión idílica de un Visarion anónimo y sobrio, que pasa de las borracheras y los golpes a la actividad socialista, es completamente imaginaria. En aquella época, el movimiento obrero georgiano se encuentra en el limbo. Aún no existe sindicato, círculo socialdemócrata ni huelgas. Así pues, es imposible que Visarion haya podido vivir ese paso ejemplar desde el espíritu pequeño burgués a la conciencia proletaria: un padre ideal ha sustituido al padre real, cuya historia, revisada y corregida, utiliza Iosiv para ilustrar el aforismo marxista según el cual la existencia determina la conciencia. Visarion no ha combatido el embrutecimiento del trabajo en la fábrica más que con el alcohol. Su existencia ha determinado su conciencia, sí, pero justamente en sentido inverso al de este cuento rosa.

A los 7 años, Iosiv contrae la viruela. Su rostro quedará para siempre acribillado de agujeros. Los fotógrafos oficiales se emplearán a fondo para presentar un cutis liso, pero los estigmas de la enfermedad le valdrán entre la policía el sobrenombre de «el picado». Hasta la edad de 9 años, pasará la mayor parte del tiempo en la calle con los demás chicos del barrio, que no hablan más que el georgiano como su madre. Un día, un coche lo atropella, y lo llevan a casa todo ensangrentado. Él se incorpora un poco en las parihuelas y, antes de desmayarse, musita a su madre que está fuera de sí: «no te preocupes, todo irá bien». Pero la herida se infecta y produce un

<sup>26</sup> STALIN, *Oeuvres complètes*, t. 1, p. 314. «Anarchisme ou socialisme».

envenenamiento de la sangre; el accidente y la infección le deforman del todo el brazo izquierdo, ya atrofiado desde su nacimiento.

Según sea el talante de los testigos, se presenta a Soso como un muchacho alegre o malhumorado, buen camarada o colérico cabe-cilla. Hanna Mochiachvili, que se declara amiga de Keké, afirma: «Su siniestra vida familiar había endurecido a Soso. Era un niño insolente, grosero y testarudo». Pero incomprensiblemente añade: «Era para nosotros como nuestro propio hijo...»<sup>27</sup> a pesar de todos sus defectos.

La calle, con sus juegos y sus peleas para las que carece de la corpulencia y de los puños suficientes para imponerse como jefe, es su primera escuela. Enclenque como es, y en plena neumonía, Stalin incuba la tuberculosis. En la última fila de condiscípulos de una fotografía tomada a los alumnos del seminario menor que le sacan una buena cabeza, destaca por su pequeña estatura y su aspecto esmirriado. El miedo a verse derribado por los golpes en las rituales peleas callejeras a causa de su pequeñez y de su frágil constitución le hacen aún más introvertido y rencoroso.

Cuando lleguen los tiempos de la leyenda, este chiquillo enclenque se transformará en un campeón de todas las categorías. Un lejano camarada de infancia lo describe como un nadador sin rival que, desde los 6 años, cruzaba el Kura de un tirón, sin detenerse siquiera a coger aire, igualando así el récord de un Mao Tse-tung que, con más de 60 años, atravesaba las aguas del Yang-Tsé, un río no tan rápido como el Kura pero mucho más caudaloso. La realidad es que Stalin no sabía nadar, contentándose con chapotear en el agua, ni practicaba ningún otro deporte. Su mítica superioridad se establece en todos los órdenes: «Con el balón, dice uno, sabía seleccionar a los mejores jugadores, de modo que nuestro equipo ganaba siempre»; saber elegir a los miembros del equipo es una característica del líder. Otro alaba su «voz dulce y sonora» que impulsará a la dirección del seminario a escogerlo para el coro; en 1892 llegará a cantar un solo durante una misa en honor del zar.

Stalin crece poco y despacio: nunca superará el 1,62 m, lo cual le hace sufrir. Al igual que Luis XIV, se hará fabricar alzas para los zapatos y, en lo posible, procurará elegir colaboradores de baja estatura.

<sup>27</sup> Citado por E. RADZINSKI, *Staline*, Moscú, Vagrius, 1997, p. 30.

Le encanta gastar bromas. Un día se sube al tejado de una casa y mete por la chimenea un ladrillo que acaba cayendo en la lumbre y proyectando las brasas sobre los ocupantes. Con los pájaros, que caza a pedradas, o con el resto de los animales, no muestra más piedad que los pequeños camaradas de su entorno. En esta crueldad con respecto a los animales, banal a su edad, hay quien ve exageradamente la señal —que no parece una prueba suficiente— de una psicopatía paranoica. Parece excesivo buscar en el joven Stalin los indicios del futuro tirano. En efecto, demasiado frágil para imponerse por la fuerza, y demasiado introverso para dominar mediante la palabra, Stalin, igual que miles de niños más, no llegó a ser jefe de una banda, ni reinó sobre los muchachos de la calle Sobornaia, ni conoció los placeres embriagadores de esa autoridad efímera, pero absoluta.

En septiembre de 1888, a la edad de 10 años, Soso entra en el seminario menor de Gori, algo así como una escuela primaria ortodoxa. La pobreza de Keké, que acepta realizar las faenas domésticas en la institución, y el apoyo del padre Tcharviani, que es quien la contrata, permiten a Soso —considerado como «uno de los alumnos más pobres y más dotados»— obtener una beca completa de 3 rublos mensuales. Su madre echa la casa por la ventana: el día del ingreso, 1 de septiembre de 1888, Soso llega a la escuela vestido con un abrigo azul nuevo, la cabeza cubierta con una gorra de fieltro y un pañuelo rojo al cuello. No tiene nada que envidiar a los hijos de las familias más adineradas. De este modo, desde el primer día, la escuela le parece un lugar donde tomarse la revancha y ascender socialmente.

Por entonces, Rusia atraviesa una etapa de fuerte reacción. Alejandro III refuerza el carácter policial de la organización religiosa rusa: todo súbdito del Imperio se inscribe como miembro de una confesión autorizada; el estado civil y el matrimonio se consideran competencia del clero, y el ateísmo queda oficialmente prohibido. A los ortodoxos se les prohíbe también cambiar de religión; a los demás cristianos, la conversión a una religión no cristiana; y al judío o al musulmán convertidos a la ortodoxia, volver a su antigua religión. La conversión de un cristiano no ortodoxo y de un judío a otra confesión que no sea la ortodoxa queda bajo la autorización del Ministerio del Interior. Y la de un no cristiano (a excepción de los judíos)... bajo la del Ministerio de Asuntos Exteriores. El matri-

monio entre cristianos y judíos o musulmanes solamente se permite en el caso de luteranos. El clero ortodoxo está financiado por el Estado, del que es la policía espiritual; y sus presupuestos aumentan sin cesar, mientras el clero restante será mantenido por sus fieles. La educación religiosa es obligatoria en la escuela. El gobierno multiplica las escuelas parroquiales para favorecer la conversión a la ortodoxia y la rusificación.

Soso trabaja sin descanso; pero en el verano de 1889 reaparece Visarion y se lleva a su hijo a la fábrica Adeljanov. Visarion le dice a Keké: «Quieres que mi hijo sea sacerdote y te haces ilusiones. Yo soy zapatero y mi hijo será zapatero como yo»<sup>28</sup>. Keké protesta: él le da una paliza y se lleva a Soso. Keké no cede y hace intervenir a los sacerdotes de la escuela, que alertan a los hermanos de Tiflis. Ante esta coacción eclesiástica, Visarion se da por vencido. «Un poco más tarde, dice Keké, conseguí que el niño volviera a la escuela»<sup>29</sup>. ¿Cuándo? Keké no da detalles, pero seguramente le ha hecho falta algún tiempo para convencer al obstinado zapatero, que ya ha hecho perder a su hijo un año de estudios. Visarion, vencido por su esposa y herido en su autoridad, abandona a su familia y pone tierra por medio. Soso jamás evocará este breve y único momento de su existencia en el que trabajó con las manos, ni siquiera cuando la propaganda oficial ensalce el pasado proletario y las manos encallecidas de los dirigentes. Aquel recuerdo le resultaba demasiado desagradable.

Este episodio de Adeljanov ha originado una de las leyendas que lo rodean. Un biógrafo poco ortodoxo lo incluye entre las hordas de «kintos», esos granujas marginados de navaja fácil que le habrían enseñado a manejar el puñal caucásico y a pelear en oscuros cuchitriles y en las callejuelas de la ciudad. No obstante, nada confirma estos conocimientos del puñal, de los que Stalin no habría dejado de jactarse ante sus camaradas de Gori. Con todo, en 1923, un comunista georgiano equipara sus brutales métodos a los de un «kinto». Trotski, por su parte, titula un capítulo de la biografía del Secretario General «Kinto al poder». Pero 1923 no es 1890. Una vez más, proyectar al Secretario General sobre el adolescente para mos-

<sup>28</sup> V. KAMINSKI y I. VERECHTCHAGUIN, «Detstvo i Iounost Vojdia: dokumenty, zapissi, ras-kazy» (La infancia y la juventud del guía: documentos, notas y relatos), *Molodaia gvardia*, n° 12, 1939, p. 44.

<sup>29</sup> *Pravda*, 27 de octubre de 1935.



trar las primicias del hombre de Estado, hacer de un joven un granuja porque de adulto será cruel, feroz, artero y cínico, es utilizar un método retroactivo bastante dudoso.

Soso acaba de regresar de la fábrica de calzado cuando se presenta ante él un nuevo obstáculo: el gobierno, con el fin de rusificar las provincias periféricas, declara el ruso lengua oficial para la enseñanza en Georgia. La dirección de la escuela pasa a manos rusas. El georgiano que Soso ha hablado durante diez años queda relegado al rango de lengua extranjera y reducido a dos horas de clase. Con objeto de imponer el ruso a aquellos niños acostumbrados a hablar en georgiano, la dirección castiga a los reticentes a estar de pie o de rodillas durante los recreos o les golpea en los dedos con la regla. A sus 10 años, Soso se ve obligado a renunciar a su lengua materna para adoptar otra completamente distinta. En su caso, este cambio, llevado a cabo por la fuerza —y de modo defectuoso, ya que Stalin conservará toda la vida el acento georgiano—, quedará asociado a la violencia.

Soso trabaja intensamente. Más tarde demostrará una excelente memoria para lo concreto, aunque le cuesta bastante retener las ideas. Como la enseñanza en el seminario se fundamenta sobre la memoria, tendrá que hacer un doble esfuerzo. Soso devora la biblioteca de la escuela, cuidadosamente depurada por una vigilante censura eclesiástica, y completa sus lecturas con obras no autorizadas procedentes de la biblioteca privada de la localidad. A menudo, con un libro entre las manos incluso en verano, si un compañero le invita a la granja de su familia, renuncia a lo que otro denomina «travesuras y pillerías». Después de la escuela, vuelve inmediatamente a casa. Obtiene buenas notas, sobre todo en aritmética, en dibujo y en canto. Pero este alumno trabajador y aplicado muestra también una gran testarudez. Acepta mal que sus maestros hagan notar sus faltas y se niega a reconocerlas, empeñándose en repetir las respuestas erróneas. Soso solamente se inclina ante la ley del maestro, es decir, del más fuerte, y cede a la autoridad, no a la verdad. Es un muchacho tranquilo y piadoso que asiste a todos los servicios religiosos e invita a sus compañeros a observar —como él— todos los ritos; un auténtico monaguillo que, como dijimos antes, participa en el coro del seminario menor.

Un día presencia el ahorcamiento de tres delincuentes. Conmociónado por el espectáculo, discute con otro alumno acerca de la

suerte que aguarda a sus almas. ¿Están destinados al infierno? Iosiv propone una elocuente respuesta: puesto que ya han pagado sus crímenes en la tierra, sería injusto un segundo castigo después de la muerte: no se debía pagar dos veces, insiste, por el mismo delito. Cambiará de opinión más tarde...

Encerrado en sí mismo, cegado por la obstinación, todo su ser se dirige hacia la consecución del sueño materno. Sus antiguos compañeros no recuerdan ninguna aventura sentimental. Iremachvili, que nunca lo ha visto llorar, subraya la irónica distancia que lo separa de los demás, cuyas alegrías y tristezas no despiertan en él más que una sonrisa sarcástica. Sin embargo, guardará el recuerdo de algunos condiscípulos. Un día de 1944 hará llegar a tres camaradas de la infancia la suma de 40.000 rublos a uno y 3.000 rublos a cada uno de los otros dos. En uno de los casos, el envío va acompañado de un breve y lacónico mensaje: «Gricha, acepta este pequeño regalo de mi parte. 9-5-44. Tuyo, Soso»<sup>30</sup>.

Uno de sus antiguos compañeros nos presenta a un Soso portavoz de «los hijos de los pobres y los desheredados»; un esbozo del futuro jefe del proletariado mundial. El adulator Jaroslavski llegará a describirlo como un marxista en ciernes que recorre los suburbios y los campos para convencer a obreros y campesinos de que los grandes propietarios y los capitalistas los explotan. Pura invención: las autoridades de la escuela habrían expulsado al agitador cerrándole las puertas del seminario mayor. La imagen de Soso alzando a sus camaradas contra un monje ruso que ultraja el georgiano y a los georgianos en medio de un gran escándalo es igualmente inverosímil, y por la misma razón, esta primera rebelión de Soso, de ser real, se produjo más tarde.

En marzo de 1894, a la edad de 16 años, finaliza sus estudios siendo el primero de la clase; no obstante, ha repetido dos cursos, empleando seis años en lugar de los cuatro establecidos para completar el ciclo. En 1924, Tovstuja, su secretario particular, redactor de su biografía oficial, fija en 1893 la fecha de salida del seminario con el fin de camuflar la realidad; el hecho de retrasar un año la fecha de su nacimiento tiene sin duda idéntico objetivo: hacerle terminar oficialmente en la escuela primaria con 15 años, incluso con 14, en lugar de con 16.

<sup>30</sup> D. VOLKOGONOV, *Staline, Triomphe et Tragédie*, Paris, Flammarion, 1991, p. 30.

Hace ya cuatro años que se ha liberado de la tutela paterna. Una tradición bien fundada hace morir a Visarion en 1890, apuñalado en Tiflis en el transcurso de una pelea entre borrachos. Pero seguramente no fue así. Se dice que en 1902, durante su primera estancia en prisión, Iosiv recibió la visita de su padre, que lo sermoneó en estos términos: «¿Así que estás en contra del zar? ¿Qué quieres: echar a Nicolás y ponerte tú en su lugar?»<sup>31</sup>. La anécdota, aunque dudosa, confirma la tesis que hace vivir a Visarion más allá de la fecha generalmente admitida. Un estudio sobre la infancia de Stalin publicado en 1939 en *Molodavia Guardia* hace morir a Visarion en 1906. Por otra parte, los documentos de la policía referentes a Stalin certifican en 1909: «El padre lleva una vida de vagabundo»<sup>32</sup>. Pero la muerte de este vagabundo aún no figura registrada. Hay que esperar a 1912 para leer: «Padre fallecido»<sup>33</sup>, sin precisar la fecha.

Entre 1890 –presunta fecha de su muerte– y 1906 –probable fecha de la misma–, Visarion ha errado por las carreteras de aquí para allá, mendigando el pan o viviendo de hurtos y otras argucias, convertido en un personaje de los bajos fondos, un vagabundo ajeno a ese proletariado del cual se hace salir a Iosiv. Desaparecido para siempre de las vidas de su mujer y de su hijo, Visarion muere en un albergue nocturno de Tiflis y, como nadie reclama su cadáver, el Estado lo entierra a sus modestas expensas. En 1918, en un último –aunque escasamente lisonjero– recuerdo a su padre, Stalin calificará de «zapateros» a los generales zaristas incorporados al ejército rojo, lo que da una medida de su desprecio.

Sin duda, Ekaterina Gueladzé afirmó que su marido había fallecido en 1890 con el fin de disimular un abandono deshonesto, o quizá también para no hipotecar la carrera religiosa de Iosiv. En efecto, los hijos de campesinos tenían que obtener la autorización del gobernador para ser sacerdotes, pues la cancillería desconfiaba de los sentimientos anti-rusos de un bajo clero extraído de entre el campesinado local, y examinaba la conducta del padre. Así que enviándolo verbalmente al más allá se reducía bastante el riesgo de complicaciones.

<sup>31</sup> E. TCHUEV, *Conversations avec Molotov. Cent quarante conversations avec le bras droit de Staline*, París, Albin Michel, 1996, p. 208.

<sup>32</sup> Circular de la sección del departamento de policía del Ministerio de Asuntos Interiores de la Biblioteca Hoover, citada por E. E. SMITH, *La jeunesse de Staline* (La juventud de Stalin), París, Stock, 1968, p. 33.

<sup>33</sup> CRCEDHC, fondos 551, inventario 1, dossier 4356.

Durante el invierno de 1891-1892, mientras Iosiv estudia con denuevo, un hambre terrible asola la cuenca del Volga. Afecta a cerca de 30 millones de personas, propaga el cólera y causa la muerte de varios cientos de miles de personas. Por entonces, Vychnegradski, ministro de Finanzas, declarará: «No comemos hasta hartarnos, pero exportamos»<sup>34</sup>. Un método que Stalin mejorará sin repetir la fórmula. La hambruna, la otra cara de la creciente exportación de cereales, se repetirá –con menor gravedad– en 1899 y 1902. Estos episodios de hambre que diezman la población del campo hacen tambalearse los fundamentos mismos del Estado. Con buena o mala cosecha, los campesinos han de pagar cerca de un 45% de impuestos directos. Además, alimentan las arcas del Estado a través de múltiples gravámenes sobre los productos básicos (sal, tabaco, té, carburo, vodka). En 1891, casi treinta años después de la abolición de la servidumbre, los campesinos no han devuelto al Estado más que un 1,2% de las indemnizaciones por redención adelantadas por él. La emancipación-redención de la servidumbre decidida en 1861 se convierte en un fardo para el Estado, al tiempo que para los campesinos el lastre es cada vez más insoportable.

---

<sup>34</sup> Citado por J.-L. Van REGEMORTER, *La Russie et le monde au XX siècle* (Rusia y el mundo del siglo XX), París, Masson, 1995, p. 10.

## Capítulo II

### KOBA EL REBELDE

A finales del mes de mayo de 1894, la dirección de la escuela de Gori envía al seminario mayor de Tiflis una breve lista con los nombres de los alumnos aptos para proseguir sus estudios; a la cabeza figura Iosiv Djugachvili. Queda por pasar el examen de ingreso. A finales de agosto de 1894 supera con éxito las pruebas, y el 2 de septiembre entra en el seminario mayor. ¿Qué es lo que siente al entrar en ese gran edificio de cuatro pisos, gris y maloliente en el que se hacían cerca de ochocientos estudiantes, distribuidos en dormitorios mal ventilados con veinte o treinta camas en cada uno, y en cuyas aulas se mantienen las ventanas cerradas? Iosiv no habló de ello nunca.

Cerca del seminario se levanta el edificio del liceo, cuyos alumnos no se mezclan con los seminaristas; por lo tanto, no pudo ser entonces cuando conoció al joven León Rosenfeld, el futuro Kame-nev, inscrito en el liceo en 1896 por sus padres, que acaban de instalarse en la capital.

Antes de nada, al igual que los restantes 163 alumnos admitidos en el seminario, debe firmar el compromiso —impuesto por el Santo Sínodo mediante decreto de 31 de enero de 1894— de «cumplir sin condiciones todas las exigencias de la dirección del Seminario y someterse a las disposiciones comunes establecidas bajo pena [...] de expulsión inmediata»<sup>1</sup>. Lo firman los 164 alumnos, pero solo uno de los nombres aparece acompañado del comentario: «pide que le sea comunicado el texto del reglamento»: el de Iosiv Djugachvili. Quiere saber cuáles son las obligaciones a las que ha de plegarse. El primer acto de su vida de seminarista, ligado al paso de una infancia semi-rústica a un futuro como adulto, es un compromiso de sumisión incondicional. Así pues, por segunda vez, el cambio se le presenta directamente unido a la coacción.

<sup>1</sup> CRCEDHC, fondos 558, inventario 1, dossier 4322.

Su primer afán es de orden material: en una «muy humilde» solicitud al rector, el archimandrita Serafim, pide una beca. Después de mencionar que siempre la obtuvo en el seminario de Gori del que, además, salió siendo el primero de la clase, añade: «No disponiendo de bienes materiales para proseguir mis estudios, he tenido —con la autorización de Vuestra Eminencia— la audacia de presentarme al examen de ingreso en el Seminario de Tiflis, y afortunadamente lo he superado con éxito [...]. No obstante, ya que mis padres no pueden atender a mis necesidades en Tiflis, humildemente solicito de Vuestra Eminencia que me acepte, aunque sea con media beca»<sup>2</sup>.

Obtiene la beca, así como otros diecisiete alumnos de su clase (es decir, la mitad). Al cabo de cuatro años, y en virtud de un decreto de 30 de octubre de 1890, en el seminario los estudios pasan a ser de pago y cuestan 40 rublos anuales; la media beca no cubre más que la mitad de los gastos del internado (la comida, el uniforme y el material escolar). Además, el otoño es frío; por eso, el 29 de septiembre, losiv, en una nueva «muy humilde solicitud» al rector, le pide ropa de invierno: «Mi madre se encuentra en una situación de extrema pobreza. No disponiendo de bienes muebles ni inmuebles, vive del trabajo de sus manos y de este modo asegura mi manutención, pero a veces no tiene con qué [...]. Por eso, muy humildemente os ruego, Eminencia, que me proporcionéis ropa de invierno para así aliviar la mísera situación de mi madre. Tengo plena esperanza en que no dejaréis de manifestarme vuestra paternal bondad y que me protegeréis de los resfriados y del frío»<sup>3</sup> [*sic!*]. Y debió de obtenerlo, porque no volverá a presentar esta solicitud a lo largo de inviernos sucesivos.

En esta penitenciaría religiosa, el ritmo de vida es fatigoso: levantarse a las 7, rezos, clase, rezos, comida, más rezos, una salida diaria de 15 h a 17 h, asamblea, vísperas, té vespertino, estudio, cena, rezos, luces apagadas a las 22 h. Las intoxicaciones alimenticias son frecuentes. Todos los domingos y fiestas religiosas, los estudiantes, calzados con zuecos, asisten en pie a unos oficios interminables bajo la mirada inquisidora de unos frailes que vigilan. El programa semanal de clases también es cargado: Sagradas Escrituras, lenguas

<sup>2</sup> *Ibid.*, dossier 4323.

<sup>3</sup> *Ibid.*, dossier 4524.

clásicas, canto eslavo (lengua litúrgica), canto georgiano, historia de la Biblia, literatura, historia civil (del Imperio ruso), matemáticas, lengua georgiana, aparte de una redacción en ruso y... una nota de conducta. El ritmo de la jornada lo marca el ruido de los zuecos en los pasillos al cambiar de actividad.

Según Iremachvili, que ha pasado de la escuela religiosa de Gori al seminario mayor al mismo tiempo que Soso, «la vida era triste y aburrida. Encerrados noche y día dentro de aquellos muros de cuartel, nos sentíamos como presos condenados —a pesar de su inocencia— a pasar allí años enteros. Vivíamos agobiados y encerrados en nosotros mismos»<sup>4</sup>. Monjes y celadores temen que en estos jóvenes, a los que tratan como si fueran animales, se despierten sentimientos nacionalistas o el interés por las nuevas doctrinas socialistas. En las clases, la atmósfera es pesada y la disciplina, agobiante.

Las autoridades civiles y religiosas seleccionan la literatura con arreglo a extraños criterios: así, prohíben a Dostoievski, Tolstoi, Turgueniev y al satírico Saltykov-Chtchedrine, pero admiten a Lomonosov, el fundador de las ciencias y las letras rusas, a Ostrovski, que describe el ambiente obtuso y codicioso de los comerciantes, a Griboiedov y al libertino Puchkin, revisado y corregido. La lectura de periódicos, el teatro y los conciertos también están prohibidos.

Los rezos, los oficios y las ceremonias repetidas, la pesadez de los ritos, esenciales en la Iglesia ortodoxa, y la vigilancia constante de los monjes abruman a los jóvenes seminaristas. Frailes y celadores registran sus pertenencias, sus pupitres, sus baúles, los bolsillos de sus ropas, sus diarios y cuadernos, y hurgan debajo de sus colchones. El descubrimiento de un diario íntimo o de un libro obtenido de la biblioteca de la ciudad y prohibido por la dirección envía al culpable a la cantina castigado a permanecer allí en pie; o lo que es peor, a pasar dos, tres y a veces cinco horas en una celda húmeda y fría. «Nos sentíamos como si estuviéramos en las mazmorras», escribe Gogojia, otro de los trasladados de Gori al seminario mayor, «bajo nuestros rostros inocentes ocultábamos nuestros pensamientos a los monjes que nos vigilaban»<sup>5</sup>. Del disimulo a la tentación del desafío la distancia es muy corta. Durante las clases y servicios religiosos, los seminaristas más rebeldes colocan las Biblias abiertas encima de

<sup>4</sup> J. IREMACHVILI, *Dir Tragödie Georgiens*, p. 8, citado por TROTSKI, *Staline, op. cit.*, p. 25.

<sup>5</sup> Gogojia, citado por TROTSKI, *Staline, op. cit.*, pp. 20-21.

sus pupitres, pero esconden sobre sus rodillas a Darwin, padre del evolucionismo, y algo más tarde a Marx y a Plejanov, divulgador ruso del primero.

Ya falta solamente que el ingreso de Iosiv Djugachvili en el seminario de Tiflis lo proyecte desde su aldea provinciana y su limitado universo hacia una capital cosmopolita en la que la férula del virrey no logra sofocar el hervidero de unas ideas que se hacen sentir incluso en el mismo interior del seminario. Más del 40% de los 150.000 habitantes de Tiflis son armenios que controlan el comercio y la industria; la cuarta parte son rusos, núcleo de la administración, de la policía y del ejército; los georgianos, artesanos, pequeños comerciantes o empleados de la administración civil y militar, forman la otra cuarta parte. El incipiente proletariado está constituido a la vez por rusos (especialmente, ferroviarios) y por campesinos georgianos desarraigados. La ciudad alberga también a judíos y alemanes, y a un sub-proletariado de persas y de tártaros.

Hacia tiempo que la cerrada disciplina del seminario había creado sacerdotes dóciles. La mayoría de los alumnos eran hijos de sacerdotes, y el seminario constituía un coto cerrado de reproducción de una casta, ciertamente pobre, pero que disfrutaba de diversos privilegios, como la exención del servicio militar y de los latigazos aplicados a los campesinos gruñones o reacios. Sin embargo, en los años 1870, la ebullición revolucionaria de la juventud intelectual transformó los seminarios en semillero de rebeldes. «Mal alimentados, insuficientemente vestidos, amargados por precoces sufrimientos, no conociendo de la religión más que unas prácticas fastidiosas, escribe Anatole Leroy-Beaulieu, los seminaristas sentían aversión por sus maestros y su vocación, por la sociedad y por la Iglesia»<sup>6</sup>. La situación aún era peor en Georgia. En otras ciudades, los estudiantes jóvenes elegían sistemáticamente la universidad. Pero la autocracia, temiendo la agitación estudiantil, no había abierto universidad en Tiflis. ¡Las más cercanas se encontraban en Kiev o en Odessa! A pesar de su escasa vitalidad, el seminario seguía siendo el único lugar de formación, de desarrollo intelectual y, por lo tanto, de protesta.

El orgullo nacional de los georgianos favorece allí el desarrollo del espíritu subversivo. En 1884, el joven seminarista Sylvestre Dji-

<sup>6</sup> A. LEROY-BEAULIEU, *L'Empire des tsars et les russes*, París, Laffont, «Bouquins», 1990, p. 1080.



bladzé abofetea al rector ruso del establecimiento, culpable de haber calificado al georgiano de «lengua buena para perros». Expulsado, participa en 1885 en la fundación del primer círculo socialista en Tiflis, y diez años más tarde, en la constitución de la socialdemocracia georgiana. En junio de 1886, otro estudiante, Iosiv Lagiachvili, hijo de un sacerdote, apuñala al rector, igualmente despectivo hacia los georgianos y su lengua. Muere ahorcado y se convierte en un héroe nacional.

Nada sorprendente, pues, que un informe de la policía afirme: «Comparado con los otros seminarios rusos, el de Tiflis parece encontrarse en las peores condiciones. Los alumnos suelen manifestar una mentalidad antirreligiosa y se muestran hostiles a lo que es ruso. Con frecuencia resulta imposible corregir a tales alumnos»<sup>7</sup>. En el otoño de 1893, una huelga de una semana conmociona al establecimiento. Los alumnos exigen la mejora de la alimentación, el derecho de ir al teatro y de entrar en la universidad al acabar los estudios en el seminario, el aumento de materias no religiosas y una enseñanza impartida en georgiano. La dirección cierra el establecimiento y expulsa a 87 alumnos; la policía destierra a 23, entre ellos, un tal Lado Kethskoveli, cuyo hermano menor, Vado, será compañero de estudios de Iosiv Djugachvili. Esta huelga incita al Santo Sínodo a redactar, el 31 de enero de 1894, el texto del compromiso antes citado que tendrán que firmar los alumnos en septiembre. Pero ¿qué valor tiene una firma obligada? Formado en esta escuela, Stalin, en el futuro, solo verá hipocresía en los juramentos solemnes de sus adversarios vencidos.

Los alumnos podían salir del seminario de 15 h a 17 h y deambular por los dos barrios de la capital: en la orilla izquierda del Kura, la ciudad administrativa, la cárcel, los cuarteles, el hospital en la cumbre de una muralla contra la que se alinea la hilera de casas del barrio de Avlabar; en la orilla derecha, la ciudad antigua donde, a lo largo de las calles sinuosas que descienden hasta el pie de la montaña, se apiñan bazares, iglesias y casas de muros abigarrados, coronadas por torres, terrazas y cúpulas, adornadas con balcones esculpidos y escaleras exteriores. El georgiano Aduanero Rousseau,

<sup>7</sup> Informe de la policía sobre el seminario de Tiflis, *Istoria Klasovi Borby v Zakavkazyi* (Historia de la lucha de clases en Transcaucasia), vol. 1, pp. 89-90, citado por I. DEUSCHER, *Staline*, París, Gallimard, 1953, p. 15.

Niko Pirosmani, antiguo empleado de ferrocarriles de la ciudad, pintó con motivos naïf de vivos colores los letreros de numerosos cafetines.

Desde el alba hasta el crepúsculo, la ciudad antigua se anima con un movimiento perpetuo; campesinos con albornoces negros; kintos de torso enfundado en camisetas rojas bajo el caftán azul, las piernas cubiertas con pantalones bombachos, la gorra plana atornillada al cráneo, un pañuelo de vivos colores anudado negligentemente en torno al cuello; cargadores doblados bajo su fardo; los aguadores encorvados bajo los odres recorren las callejas y pasajes donde guarnicioneros, joyeros, cinceladores y alfareros vocean durante todo el día para hacer el artículo, lanzando, en todas las lenguas del Cáucaso y del ruso, unos alaridos ritmados por los golpes de mazo de los hojalateros y caldereros, el rebuzno de los asnos y los gritos de los camellos. Las sillas, mesas y barricas de vino de los cafés atascan las aceras y las calzadas, invadidas por el olor del queso, las cebollas, las hierbas, las frutas, el cordero asado, las basuras y los desechos. La pintoresca Tiflis es también una ciudad polvorienta y embarrada, formada en sus tres cuartas partes por un entrelazamiento de callejuelas tortuosas, sucias y malolientes. Únicamente está iluminado con gas el centro de la ciudad. En cuanto cae la noche, los barrios oscuros son el reino de los mendigos y de los kintos.

Por el día, la ciudad ofrece una multitud de espectáculos rituales: peleas de carneros sobre los que apuestan los jugadores empedernidos y alborotadores; agarradas de luchadores que se aferran uno a otro sobre el polvo de las plazas; bendición de las aguas, y en marzo purificación de los pecados en las heladas aguas del Kura; el Keenoba (o carnaval), cuyos participantes disfrazados y enmascarados recorren la ciudad bailando y representando diversas pantomimas dirigidas por jinetes que simbolizan al opresor nacional que acaba en el río a manos de la muchedumbre; o el oficio de los difuntos musulmanes, el Chaksei-Vajsei, en el curso del cual los hombres, con el torso desnudo, se flagelan con cadenas y se desgarran la carne con puñales. Excepto cuando se refiera al Chaksei-Vajsei, Stalin nunca aludirá a la exuberancia de Tiflis, como tampoco hablará de las escasas ciudades extranjeras que recorrerá más tarde. La ciudad y su arquitectura le dejan indiferente. Y sin el menor escrúpulo, en los años 1930 hará dinamitar en Moscú los monumentos del pasado que estorban la vista o la circulación.

El 1 de noviembre de 1894, un mes después de la entrada de So-so en el seminario mayor, muere Alejandro III. La generala Bogdanovitch, monárquica convencida, escribe en su Diario: «Solo inspiraba temor. Su desaparición, acogida fríamente, no deja huella alguna. Únicamente lo lamentan los que pretenden conservar sus carteras<sup>8</sup>... y su hijo el zarevitch. Muy pocas personas, en total. Con objeto de restaurar en su integridad el régimen autocrático, este emperador de ideas cortas mutiló o anuló las reformas de su padre. La historia parece haberse detenido bajo su reinado.

Tras once años de reacción estricta, la espera de su sucesor despierta unas vagas ilusiones de cambio. Pero la formación política del nuevo emperador es nula, sus motivos de interés limitados, su inteligencia mediocre y su voluntad variable. Tiene pocas ideas en la cabeza, y vive con la certeza de que es todopoderoso por voluntad de Dios; en efecto, por ser zar es el representante de la voluntad de Dios, que inspira sus decisiones. Mantendrá hasta el final su confianza en los charlatanes, curanderos, mediums y «hombres de Dios» como Rasputín. En 1891, su padre le había enviado a dar la vuelta al mundo; en Egipto le interesaron más las danzas del vientre que Luxor; en el Japón pasó las noches en los lupanares junto con su escolta. Le gusta la caza, los desfiles militares, los bailes, el ballet... y sobre todo, las bailarinas. Su padre, que manifestaba un amable desprecio por él, dijo un día de 1892: «Es un completo niño, no tiene más que opiniones pueriles»<sup>9</sup>. Dos años más tarde, este niño inmaduro, casado con una duquesa alemana anglicana convertida urgentemente a la ortodoxia, histérica y despótica, sube al trono a los 26 años. El 16 de enero de 1895, aquel joven zar, que ignora todo sobre la realidad de su país y del mundo, pone fin a «los sueños insensatos sobre la participación de los representantes de los zemstvos en el gobierno del país»; y añade: «Mantendré el principio de la autocracia sin vacilar, y tan firmemente como lo había mantenido mi inolvidable padre»<sup>10</sup>. Los liberales se sienten decepcionados.

La catástrofe que marca las fastuosas ceremonias de la coronación es un mal augurio de su reinado: el 6 de mayo de 1896, en la explanada de la Jodynka, horadada por las obras y luego mal rre-

<sup>8</sup> Citado por M. FERRO, *Nicolás II*, París, Payot, 1990, p. 38, y H. TROYAT, *Nicolás II*, París, Flammarion, 1991, p. 37.

<sup>9</sup> 26 de noviembre de 1894. Citado por H. TROYAT, *Nicolás II*, op. cit., p. 55.

<sup>10</sup> M. FERRO, *Nicolás II*, op. cit., p. 52.

nada, una avalancha y el pánico provocan en Moscú 1.282 muertos y 10.000 heridos. A pesar de la proximidad de los cadáveres y de los moribundos, se celebra el baile previsto. La investigación acusará de la catástrofe al indolente gran-duque Sergio, el maestro de ceremonias, pero la familia imperial se indigna al ver imputado a uno de sus miembros. Inmediatamente, el zar declara inocente al culpable.

Sin embargo, Rusia se mueve y cambia. Serge Witte, ministro de Finanzas desde 1892, sigue una política de desarrollo industrial fundado en la máxima explotación de la población obrera y campesina, y en los empréstitos masivos en el extranjero, especialmente en Francia, de la que, más tarde, Nicolás dirá elegantemente: «Francia es la caja». En junio instaura el monopolio del Estado sobre la venta de alcohol, pilar del presupuesto nacional, llamado desde entonces «el presupuesto de la borrachera»; de 1893 a 1900 lanza unos préstamos obligatorios, el equivalente a 30 mil millones de dólares actuales en números redondos. A finales de siglo, los dos tercios de las acciones de los sectores minero y metalúrgico están en manos de capital extranjero, especialmente francés. Con la ayuda de los bancos extranjeros, Witte intenta crear un capital nacional así como una burguesía industrial y comerciante nacionales (a las que el zar niega cualquier derecho político); en resumen, de desarrollar en dos o tres decenios un proceso que ha llevado dos siglos en Europa occidental. El choque convulsionará a Rusia.

Esta inyección masiva de capital triplica en diez años la extracción de carbón y de petróleo así como la producción de hierro y acero. Los campesinos, que, según el censo de 1897, representan más del 80% de los 129 millones de habitantes del Imperio, viven en medio de una miseria y de un endeudamiento que impide cualquier crecimiento del mercado interior. El auge industrial crea un proletariado urbano cuyo desarrollo y la superexplotación subrayan el carácter utópico de la idea populista, según la cual, existiría una vía rusa y campesina hacia el socialismo que permitiría evitar el capitalismo industrial. Dichas condiciones favorecen la difusión de los análisis marxistas que la censura gubernamental deja expresar al principio considerándolos abstractos hasta que se mezcla la policía. De este modo, aparece un marxismo «legal» depurado de la lucha de clases y reducido a una teoría de la evolución económica, base del ineludible desarrollo capitalista de Rusia.

En diez años, el movimiento obrero pasa de la educación teórica y la propaganda a la acción, de los círculos de formación a la huelga. El movimiento, incipiente en Rusia, se organiza a escala internacional: trece años después de la disolución de la Primera Internacional, 394 delegados, 6 rusos entre ellos, reunidos en París del 4 al 21 de junio de 1889, refundan la Internacional y proclaman el 1º de mayo como día de la manifestación universal para las reivindicaciones obreras. A imagen del partido alemán, otros muchos, como el ruso, toman el nombre de «partido socialdemócrata».

A finales de 1895, Lenin y Martov crean en San Petersburgo la Unión de lucha por la liberación de la clase obrera; son detenidos inmediatamente y exiliados. Las Uniones de lucha, formadas en distintas ciudades, pasan rápidamente de la educación y la formación a la agitación. En 1898, nueve delegados de cuatro Uniones y el Bund (partido obrero socialista judío fundado en Polonia en 1897), reunidos en Minsk, proclaman el partido obrero socialdemócrata ruso (POS DR). La policía los detiene al momento.

Durante estos sucesos, al otro lado del Imperio, el seminario moldea y luego transforma lentamente el carácter de Soso. Es taciturno y le gusta leer en soledad. Quiere aprender, trabaja escrupulosamente y durante tres años ocupa el primer lugar de la clase. El primer año saca buenas notas en todas las asignaturas y recibe la autorización para pasar las vacaciones con su madre en Gori a finales de diciembre. Sin embargo, el registro disciplinario anota algunas faltas de conducta; así, el 21 de octubre: «Iosiv Djugachvili habla y ríe fuerte y no deja dormir a sus compañeros»<sup>11</sup>. Ni jaleo ni indisciplina deliberada; Soso se comporta como un pequeño campesino acostumbrado al aire libre y a los gritos. Por otra parte, tiene 5 sobre 5 en conducta.

En mayo de 1895, termina el octavo de su sección y queda admitido en la primera división (la de los alumnos mejores) de la clase siguiente. Se dirige de nuevo al archimandrita Serafim. Recordando su petición del año anterior, insiste en el estado de salud de su madre y en la firme oposición de su padre a su escolaridad: «Vuestra Eminencia conoce la situación de pobreza en la que se encuentra mi madre a cuyo cargo estoy; hace ya tres años que mi padre (que sigue vivo) no se ocupa de ninguno de mis gastos para castigarme por haber continuado mis estudios en contra de su voluntad. La vista de mi madre se

<sup>11</sup> CRECEHC, fondos 558, inventario 4, dossier 13.

ha deteriorado últimamente; ya no puede realizar los trabajos manuales que constituían hasta ahora su única fuente de ingresos, ni pagar los 40 rublos que quedan a mi cargo. Por eso, me pongo por segunda vez a los pies de Vuestra Eminencia y solicito humildemente que me manifieste su ayuda concediéndome una beca completa»<sup>12</sup>.

Pero se prosterna en vano. A pesar de los buenos resultados y de la miseria de su madre, su petición es rechazada, así como la de los dos tercios de los otros 39 peticionarios, sin duda tan desprovistos de medios como él. Este año escolar de 1895-1896 transcurre, sin embargo, lo mismo que el precedente.

Entonces se apodera de él un auténtico frenesí de lectura. Lee continuamente, incluso en la mesa, y a la luz de una vela por la noche cuando llega el momento de apagarlas. Su salud, ya bastante frágil, se resiente un poco más. Comienza a toser. Iremachvili suele quitarle el libro de las manos y apagar su vela. El aire malsano de las celdas y de los dormitorios debilita a los seminaristas y favorece la difusión de la tuberculosis. Se reaviva su enfermedad del pecho, agravada por esas noches de vigilia.

Su pasión le impulsa durante unos momentos hacia la poesía. En 1895, los números 123, 203, 218, 234 y 280 de la revista literaria *Iveria* (Iberia) publican cinco poemas escritos en georgiano. El primero, aparecido el 14 de junio de 1895, va firmado por I. Djchvili, y los otros con Soselo, diminutivo de Soso. El año siguiente, el diario *Kvali* publica otro poema firmado por Sozeli. Estos poemas cantan la belleza de la naturaleza y de la patria, los problemas y las esperanzas del poeta, su vocación de bardo, la luna, las flores, los pájaros, los sufrimientos del pueblo y la tragedia del bardo bienhechor del pueblo ingrato. *Le Matin*, editado en Tiflis en 1912, en un manual de georgiano ilustrado con dibujos que representan una flor, un pájaro carpintero y un ruiseñor -10.100 ejemplares reeditados en 1948- canta «al viento [...] que huele a violetas, las hierbas [...] que relucen de rocío, el brillo luminoso de las rosas [...] / el canto del ruiseñor que comparte / su alegría con el universo entero», para terminar con un arrebato patriótico:

*¡Oh, tú, patria mía! el arco iris  
De tu belleza nos llena de gozo*

<sup>12</sup> CRECEHC, fondos 558, inventario 1, dossier 4326.

*Y cada uno debe, con su trabajo  
Colmar de alegría a nuestra patria.*

La *Lune* entrelaza más hábilmente el sentimiento de la naturaleza y de la protesta social:

*Recuerda que el oprimido, el esclavo siempre pisoteado  
Un día se alzará más alto que los montes  
Sobre las alas de la esperanza.*

Este optimismo se mezcla con una visión romántica del poeta, profeta y perseguido por ser portador de la verdad:

*La multitud ha tendido al perseguido un frasco de veneno  
Y le ha gritado: «¡Bebe, pues, maldito!  
Es tu destino, la recompensa por tus canciones.  
Tu verdad y tus sonidos celestes son inútiles»<sup>13</sup>.*

Estos convencionales temas románticos no traslucen rebeldía interior alguna en contra del régimen del seminario: Soso no manifiesta todavía ningún signo de rebelión. El reglamento del seminario prohibía a los alumnos publicar cualquier escrito con su firma. I. Djchvili, Soselo y Sozeli son unos seudónimos transparentes, pero los versos son lo suficientemente inofensivos como para que el archimandrita los ignore. Algunos historiadores niegan la paternidad de Stalin. Ahora bien, en 1948, Chelepin, secretario de los komso-mols, pedirá a Arseni Tarkovski que los traduzca al ruso para el 70 cumpleaños del Guía, confirmando así que es su autor. Pero su carrera poética se interrumpe ahí. Jamás hablará de estos textos, que no se incluirán en sus *Obras Completas*. Para él, la poesía no fue más que una distracción pasajera.

Durante este segundo año de estudios sigue coleccionando buenas notas: 5 sobre 5 de media en canto coral en eslavo, así como en conducta, y 4 sobre 5 en las demás disciplinas (Sagrada Escritura, lenguas clásicas, canto coral en georgiano, historia bíblica, literatura, historia profana, matemáticas y georgiano). En mayo de 1896 termina el quinto de su sección y pasa a la primera división del tercer año. El año siguiente (1896-1897), el cuaderno de disciplina menciona algunas travesuras, muy ajenas a la rebelión que nos anti-

<sup>13</sup> Estos poemas están reproducidos en E. KELENDJZRIDZÉ «Los versos del joven Stalin», en E. KELENDJZRIDZÉ, *Razhazy o velhom Staline* (Cuentos sobre el gran Stalin), Moscú, pp. 67-70.

cipa la leyenda. El 20 de septiembre de 1896, un vigilante se lo encuentra en el dormitorio después de la comida, lo que está prohibido. Iosiv confiesa haber entrado por la ventana; lo castigan a permanecer en pie en el refectorio durante la comida. Tres días después, forma parte de un grupo de alumnos que, después de la misa de la mañana, osan permanecer en clase con la gorra encasquetada. El buen alumno empieza a rezongar.

Al mismo tiempo, empieza a despertarse en él una curiosidad intelectual que lo lleva más allá del limitado universo de las asignaturas tal y como las explican en el seminario. El 30 de noviembre, un vigilante le confisca un formulario de abono a la Biblioteca de la ciudad. El libro que había tomado prestado, *Les travailleurs de la mer*, de Víctor Hugo, le cuesta una prolongada estancia en la celda. Poco antes había recibido ya una advertencia a propósito de la lectura de *Quatrevingt-Treize*. La exaltación de la Convención, el retrato épico del revolucionario encarnado en la doble figura del apuesto y generoso Gauvin y de su padre espiritual, el justo e inflexible Cimourdain —ese sacerdote que odia a la nobleza y al clero—, fascinan a las jóvenes almas asqueadas del conformismo del seminario y del Imperio. Pero esos dos héroes, que sacrifican su vida a un ideal más moral que político, serán totalmente ajenos al Stalin adulto. Iremachvili y él se entusiasman también con las obras de Chota Rustaveli y se enardecen con el «trágico destino» de Georgia. Este efímero ardor nacionalista es la primera forma que adopta su rechazo del orden existente.

Estas lecturas reflejan su estado de ánimo en el momento en que se inicia su ruptura con el seminario. Trata de expresar literariamente el sentimiento de insatisfacción y, luego, de rebelión que se afirma en él. La estancia prolongada en la celda le hace más prudente. Sus siguientes despropósitos son mucho más anodinos: le castigan por charlar, luego por no quitarse la gorra en cuanto entra en el comedor en contra del reglamento, y por último, por llegar tarde a la oración de la mañana. Sin embargo, en marzo de 1897 hace de nuevo una prolongada visita a la celda a la que se añade una «severa advertencia» a causa de la lectura de la escasamente subversiva *Evolución literaria de las distintas naciones*, de Letourneau. Aquel prolífico divulgador publicaba extensos volúmenes de un racionalismo bastante anodino sobre la evolución de las costumbres, de la propiedad, del matrimonio, de la política, de la religión y de la li-



teratura. Para la Iglesia ortodoxa, como para sus ramas, la sola palabra «evolución» recordaba a Darwin, olía a azufre; además, el vigilante había encontrado entre las páginas del libro —por tercera vez— un recibo de abono a la diabólica biblioteca del lugar.

Aquel mismo año, una decena de seminaristas contestatarios, entre los que se encuentra Iosiv, alquilan una habitación en la ciudad por cinco rublos obtenidos del dinero de bolsillo de los alumnos más desahogados económicamente. Allí, aprovechando la salida de la tarde, se reúnen de vez en cuando para discutir. En aquel modesto club de debate clandestino, pero en absoluto revolucionario, Iosiv pronuncia la mayor parte de unas conferencias que prepara escrupulosamente. Desea ser apreciado, admirado y obedecido; según Iremachvili, no puede aceptar que otro estudiante se imponga como jefe y organizador del grupo. Los que critican sus palabras se atraen su antipatía, su cólera y sus burlas; pero esa agresividad atestigua una falta de seguridad en sí mismo. Iosiv, un trabajador cuidadoso y constante, no soporta la crítica. Sus antiguos amigos del seminario se quejarán, además, de su incapacidad para bromear; aquel georgiano tan especial responde con puñetazos a la más inocente de las bromas.

Aquel año descubre *El Parricida*, de Alexandr Kazbegui, una novela histórica de aventuras que le enardece. El héroe, Koba, un bandido generoso, es amigo de una pareja de jóvenes pueblerinos, Iago y Nunú, dos enamorados que sufren de un amor contrariado. Caen dentro del torbellino de la guerra que durante más de veinte años dirige el imán Chamil, jefe nacional y religioso checheno, contra los ocupantes rusos. Un traidor hace prisionero a Iago y rapta a Nunú. Entonces, Koba mata a uno de los raptos y después libera a Iago. Perseguidos, los dos hombres se refugian en la montaña, se hacen guerrilleros, disparan contra los rusos e intentan reunirse con las tropas de Chamil que penetran en Georgia. Kazbegui no es Dumas; el Cáucaso, con sus siervos y sus pueblos asolados y quemados por las tropas rusas, no es la Francia bien alimentada de Luis Felipe, la que ve el futuro color de rosa. No hay final feliz: Iago y Nunú mueren y Koba castiga al traidor, que confiesa sus fechorías. Pero el amor resulta vencido, como lo será Chamil, capturado en 1856.

Koba, el amigo abnegado, encarna al vengador solitario que castiga a los traidores y a los perversos servidores del enemigo. El sentido político y social de la aventura es muy claro: la justicia está de

parte de los rebeldes; la opresión, la deslealtad, la perfidia, del lado de los ricos, de los poderosos y de los rusos. «Koba era el modelo, el ideal de Soso, afirma Iremachvili. Se había convertido en su dios, en su sentido de la vida. A partir de ese momento, se llamó a sí mismo Koba y no aceptaba que lo llamáramos de otro modo. Su rostro brillaba de orgullo cada vez que lo llamábamos Koba»<sup>14</sup>. Su pasión por ese personaje da pruebas de un rechazo virulento del poder y del dinero.

En 1900 adoptará el nombre de Koba como seudónimo militante. Incluso cuando en 1912 ocupe una vacante en el Comité Central del partido bolchevique elegirá un seudónimo ruso menos juvenil, pero se vinculará por un hilo al Robín de los Bosques georgiano añadiendo durante algún tiempo la inicial «K» delante de Stalin. Los otros rasgos psicológicos que ya se manifiestan en el futuro revolucionario (autoritarismo, brutalidad, duplicidad, incluso cinismo) no podrán borrar en todo caso el carácter novelesco de esta identificación imaginaria. Durante un momento, Iosiv Djugachvili se proyecta en el personaje del justiciero rebelde que desafía a la autoridad. En resumen, su pasión por *El Parricida* indica su rechazo a una arbitraria autoridad paterna que había deseado rebajarle al rango de zapatero remendón.

Posteriormente, le molestarán las referencias al héroe de Kazbegui. El año 1949, en su setenta cumpleaños, aparece en Moscú un volumen de las obras escogidas de este autor. No figura *El Parricida* y el prólogo no lo menciona. La novela no volverá a publicarse en Tiflis hasta 1957, después de la muerte de Stalin. La biografía oficial de 1948 no alude a seudónimo alguno: es Stalin desde el primer día. El Jefe del Estado borra cualquier huella de su rebelde adolescencia.

Evidentemente, la elección del seudónimo tiene un significado psicológico. Para el historiador Pojlebkín, Koba no procede del bandido caucásico, sino del rey sasánida Kobades I, que reinó en Persia desde el 488 al 531. Hizo construir canales y edificar ciudades; al principio apoyó a la secta disidente comunista e igualitarista de los mazdakites, favorable al reparto de las tierras y de las riquezas en contra de la aristocracia terrateniente y el clero, pero luego se volvió contra aquellos «comunistas» y los aplastó, lo mismo que Sta-

<sup>14</sup> J. IREMACHVILI, *Die Tragödie Georgiens*, op. cit.; citada por TROTSKI, *Staline*, op. cit., p. 23.

lin liquidará a los antiguos jefes bolcheviques<sup>15</sup>. Iosiv conocería la existencia de Kobades a través de las clases de historia, ya que fue el invasor de Georgia. Sin embargo, los condiscípulos de Soso nunca le oyeron aludir a aquel modelo ni a su increíble aspiración a un destino real.

Todo en su nacimiento, en su infancia y en su adolescencia debía suscitar la rebelión en él; pues ya no se planteaba el sacerdocio. La elección de Koba es, pues, la prueba de un giro en su existencia. Ese seudónimo le duró hasta finales de los años 1930 dentro del reducido círculo de los dirigentes bolcheviques. En 1938, en una carta desde la cárcel, Bujarin aún le llama Koba, en un vano intento por resucitar el fantasma del joven revolucionario de otros tiempos.

En aquella época se extingue su ya moribunda fe. Declara a uno de sus condiscípulos: «¿Sabes? Se están burlando de nosotros; Dios no existe»<sup>16</sup>. Esta frase anuncia al futuro Stalin: el punto de partida de su razonamiento no es la revelación de que Dios no existe, sino el descubrimiento de un fraude: en el seminario se engaña a los seminaristas, como pensará serlo él posteriormente por parte de los astutos delegados que le aplauden a pesar de odiarle, o por sus hipócritas camaradas. Entonces descubre a Darwin. La lectura de este apestado de las Iglesias es la señal patente de que ha perdido la fe.

Sin embargo, hasta el final del año escolar (mayo de 1897) se comporta prudentemente y no se permite más que algunas travesuras (por otra parte no sancionadas): dos retrasos en la oración de la tarde y una ausencia a las primeras vísperas. Considerado todavía como un buen alumno, está admitido en la primera división de la cuarta clase.

El siguiente año escolar (1897-1898) revela un cambio de actitud y un descenso en sus notas de Sagrada Escritura (¡un 2 de media anual!). Su comportamiento se va haciendo cada vez más provocador. El 15 de noviembre de 1897 aparece en el registro: «Ha salido de la iglesia durante las primeras vísperas, y no ha vuelto. Más tarde ha explicado que le dolían las piernas, y que por esa razón no ha vuelto a la iglesia». El vigilante no cree esta excusa ni por un momento: «En todo este año, Djugachvili no ha indicado al médico del seminario que

<sup>15</sup> V. POJLEBKIN, *Veliki pseudonym*, Moscú, Ioudit, 1996, pp. 48-49.

<sup>16</sup> Glourdjizidzé citado por TROTSKI, *Staline*, op. cit., p. 17.

le dolían las piernas ni una sola vez»<sup>17</sup>. En las redacciones obtiene unas notas tan bajas como en Sagrada Escritura: ¡2, 3, 2, 2 y 3! Al final del curso ocupa el puesto 26 en una clase de 37 alumnos y pasa a la segunda división de la quinta clase, la penúltima del ciclo de estudios.

En mayo de 1898 obtiene un 3 en el examen final de Sagrada Escritura; la media global del control continuo y del examen: 2,5. Tiene que repetirlo; se niega. El 3 de junio, en una desenvuelta súplica al rector del seminario, pide dispensa por su estado de salud: «Como consecuencia de una enfermedad del pecho que padezco desde hace mucho tiempo y que se ha agravado durante el período de exámenes, necesito una prolongación de mi reposo y unos cuidados bastante penosos, y solicito humildemente que me dispenséis de la necesidad de repetir el examen de Sagrada Escritura y me deis así la posibilidad de acabar con la enfermedad indicada más arriba y que agota lentamente mis fuerzas ya desde mi primer año de estudios»<sup>18</sup>. La dispensa del examen de Sagrada Escritura le curaría de una enfermedad que padece desde hace cuatro años. A pesar de lo burdo del argumento, el archimandrita se la concede.

Su penúltimo año está marcado por una ruptura lenta pero definitiva con el seminario, cuya disciplina puntillosa soporta cada vez menos. El 17 de septiembre, junto a otros cinco alumnos de quinto, llega a clase de liturgia con algunos minutos de retraso. Sanción: media hora en la celda. El 28 de septiembre, un inspector observa en la cantina a un grupo de alumnos que escuchan leer a Djugachvili. A pesar del intento de Iosiv por ocultarlo, el inspector se apodera del cuaderno en el que aparecen resúmenes de «obras no aprobadas por la dirección del seminario» y «anotaciones sobre los artículos leídos por él». En el registro de las pertenencias de los cinco culpables no aparece nada prohibido. La dirección del seminario discute ahora el «caso de Iosiv Djugachvili»<sup>19</sup>. El 9 de octubre no se presenta a la oración de la mañana. Sanción: una hora de celda. El 11 sale de la iglesia en compañía de un camarada durante la misa a pesar de la prohibición del sacerdote. Sanción: dos horas de celda.

En ese año, un inspector redacta un extenso informe mensual sobre la conducta de los 246 alumnos del seminario. En septiembre,

<sup>17</sup> CRCEDHC, fondos 558, inventario 4, dossier 32.

<sup>18</sup> *Ibid.*, inventario 1, dossier 4327.

<sup>19</sup> *Ibid.*, dossier 53.

de 235 alumnos calificados, 202 –es decir, cerca del 90%– tienen la nota máxima: 5; 4 obtienen un 3, y 2 la nota 2. En octubre, de 238 alumnos calificados, 189 obtienen un 5, 8 un 3 y solamente 1 un 2. Djugadchvili pertenece al reducido grupo de malas cabezas que sacan habitualmente un 3. En septiembre, ese 3 se justifica por «la lectura de libros no autorizados y sus protestas en contra de los registros efectuados en las pertenencias de algunos alumnos»<sup>20</sup>. A mediados de octubre, su «estado de salud» le permite pasar unos días en casa de su madre en Gori. Vuelve con tres días de retraso. Castigo: cinco horas de celda.

Lejos de calmarlo, aquellas sanciones le enervan. Dos días más tarde, llega con retraso a la oración de la tarde donde se canta el acathisto (un cántico en honor de Cristo y de la Santísima Virgen); omite el saludo a un profesor con el que se cruza por la calle; ríe en la iglesia durante los rezos de la noche; en las dos ocasiones recibe una severa reprimenda. El 10 de noviembre de 1898 obtiene un 3 en conducta por la lectura de libros prohibidos y por «muy mal comportamiento en la iglesia»<sup>21</sup>. En diciembre recibe de nuevo un 3 en conducta por «comportarse groseramente» frente a la inspección del seminario. Durante un registro en su casillero, el vigilante descubre un cuaderno en el que ha copiado unos versos de Dobroliubov, el hijo de un sacerdote muerto a los 25 años –el año de la abolición de la servidumbre en Rusia–, un auténtico maestro de pensamiento de los jóvenes revolucionarios populistas, célebre por sus artículos y sus versos críticos. Koba se enfurece. La sanción llega inmediatamente: ¡a la celda!<sup>22</sup>.

¿Cuándo pasa del hartazgo del seminario y de su club de debates estudiantiles a la actividad política? En 1931, en respuesta a Emil Ludwig, adelanta en cuatro años su compromiso militante: «A los 15 años me adherí al movimiento revolucionario entrando en contacto con los grupos clandestinos que entonces vivían en Transcaucasia»<sup>23</sup>. En efecto, fueron muchos los revolucionarios rusos que comenzaron a militar a los 15 años. Pero nada confirma en Soso una tan precoz adhesión política, desmentida, por otra parte, por su ex-

<sup>20</sup> *Ibid.*

<sup>21</sup> *Ibid.*, dossier 55.

<sup>22</sup> *Ibid.*, dossier 58.

<sup>23</sup> STALIN, *Oeuvres complètes*, t. 13, p. 113, y E. LUDWIG, *Staline*, París, ediciones Deux Rives, 1995, p. 18.

celente escolaridad de entonces. No dio el paso definitivo hasta comienzos de 1898, cuando una noche saltó el muro con Iosiv Iremachvili para acudir a la casa de un ferroviario socialista situada en un suburbio de la ciudad. Allí se reunieron con otros ferroviarios y con militantes socialdemócratas convocados por Lado Ketsjoveli, el organizador de la huelga del seminario de 1893, que había regresado a Tiflis en 1897 y al que su hermano pequeño, Vado, presentó a los seminaristas revoltosos. Ambos Iosiv escuchan atentamente. En su calidad de estudiante, muy pronto le invitan a dar conferencias: en efecto, en esa época, los grupos socialdemócratas son círculos de estudio y también órganos de lucha.

El 8 de junio de 1926, durante un mitin organizado en el taller de los ferrocarriles de Tiflis en presencia de los ferroviarios que lo habían conocido, recordará «aquel año de 1898, cuando me confiaron por primera vez un círculo de ferroviarios de talleres. [...] Recibí mis primeras clases de trabajo práctico. [...] Indudablemente, como militante solo era un novato. Allí, en el círculo de camaradas, recibí mi primer bautismo de revolucionario combatiente, [...] me convertí en un aprendiz de revolucionario»<sup>24</sup>. Al convertirse en un «aprendiz de revolucionario» (y no en dirigente) descuida los estudios y sus notas caen. ¿Acaso es ya un «miembro del partido socialdemócrata» proclamado en Minsk en marzo de 1898, pero aún en gestación? Es poco probable. Su primer escrito, de dudosa paternidad por cierto, que se le atribuye en las *Obras Completas*, se remonta a 1901. El prologuista intenta colmar ese vacío afirmando la existencia de un «Programa de estudios en los círculos marxistas obreros» escrito por Stalin en 1898 y desgraciadamente desaparecido<sup>25</sup>. Sin embargo, un principiante no podía, evidentemente, ser el autor de un manual destinado a conferenciantes jóvenes.

Hasta agosto de 1898, a los 19 años y medio, no se adhiere al grupo de intelectuales marxistas llamado *Messamé Dassy* o Tercer Grupo, creado seis años antes, el 25 de diciembre de 1892, por trece intelectuales jóvenes que, al formar su propio círculo, pretendían distinguirse del primer grupo de intelectuales nacionalistas, fundado al principio de los años 1860, y del segundo, creado por in-

<sup>24</sup> *Ibid.*, t. 8, p. 174. Respuesta a los saludos de los obreros de los talleres de ferrocarriles en Tiflis.

<sup>25</sup> Prólogo del t. 1, p. X.

telectuales liberales veinte años después. Su marxismo puramente literario, sin lazo alguno con el incipiente movimiento obrero, les permite acceder en 1896 a la dirección del semanario liberal *Kvali* (*El Surco*). Los primeros círculos obreros se forman al margen de *Messamé Dais*, pero el grupo, confrontado a los problemas de la actualidad y por tanto a la acción, se divide muy pronto en dos campos: el uno, el de los legalistas que propugnan en primer lugar el análisis económico objetivo, el otro, el de los partidarios de la agitación política que se vuelven hacia los obreros. Iosiv se une a los últimos.

Un día lo recibe Noe Jordania, futuro presidente de la Georgia independiente menchevique (1918-1921), redactor-jefe de *Kigali* y co-dirigente de la joven organización socialdemócrata de Tiflis. Koba le comunica su deseo de dejar el seminario para dedicar su tiempo a los obreros. Koba cae de pie: la organización está necesitada de propagandistas, pero Jordania detecta en el joven unos conocimientos meramente superficiales de historia, sociología y economía política, extraídos de los artículos de *Kvali* y del teórico socialdemócrata alemán Karl Kautsky. Pero los obreros, ávidos de saber, no escuchan a los propagandistas ignorantes. Le aconseja, pues, que, con objeto de completar su instrucción, permanezca un año más en el seminario. Pero ¿cómo podría Koba profundizar en tales materias si solamente se las enseñan un poco o no se las enseñan en absoluto? Los consejos de Jordania le irritan y no se priva de describir a sus camaradas la pésima opinión que ha formado del ídolo de la juventud estudiantil.

El 16 de diciembre de 1898, durante una inspección de su cuarto, protesta contra los registros a los que están sometidos periódicamente los alumnos del seminario y pretende que en los otros seminarios no se llevan a cabo tales prácticas. «En general, añade el informe del vigilante, el alumno Djugachvili se muestra grosero e irrespetuoso con las autoridades, y se niega sistemáticamente a saludar a uno de los profesores»<sup>26</sup>. Sanción: una severa reprimenda y cinco horas de celda.

Lejos de calmarse, Soso multiplica sus insolencias: a comienzos de abril, sale de la iglesia durante las primeras vísperas a pesar de la prohibición del sacerdote. Al día siguiente, instalado en el lugar de otro, charla con sus vecinos y responde descaradamente cuando le

<sup>26</sup> CRCEDHC, fondos 558, inventario 4, dossier 53.

instan a ocupar su puesto... al que se dirige arrastrando los pies. El 6 de abril llega a las vísperas con veinticinco minutos de retraso. El 7 de abril de 1899 se cruza con el profesor despreciado sin saludarlo<sup>27</sup>. Cuando este le llama la atención, replica riendo: «No le había visto». Más tarde, un inspector le arranca de las manos uno de los libros prohibidos: Iosiv se lo arrebató y responde al sorprendido monje que exclama: «Pero ¿no ves a quién tienes delante?»: «Solo veo una mancha negra, eso es todo»<sup>28</sup>. Insolencia, impertinencia, risotadas groseras: su actitud ya no es la de un cabeza loca, sino la de un rebelde. Tal es su modo de protesta y de rechazo: no rompe, se burla, se ríe, provoca y después esquiva. Dejar el seminario sería dar un salto hacia lo desconocido. Prudentemente, todavía se niega a hacerlo.

Pero cada vez soporta peor los registros, los rezos y las misas. Entonces se fragua la opinión que en 1931 manifestará a Emil Ludwig: «Aquel seminario era un nido de espionaje y de trapicheo. A las 9 h de la mañana nos reunían para el té, y cuando volvíamos a los dormitorios, comprobábamos que todos nuestros cajones y todos nuestros efectos personales habían sido registrados; y lo mismo que hurgaban diariamente en nuestros papeles, hurgaban todos los días en nuestras almas. Yo no podía soportarlo. Todo aquello me encolerizaba»<sup>29</sup>.

A mediados de enero de 1899, el rector concede un mes de permiso en la ciudad a aquella contagiosa oveja negra. Koba no asiste, pues, a la conferencia del sacerdote Antipov dedicada a la profunda religiosidad del volteriano Puchkin. Por fin cae la cuchilla: el 29 de mayo de 1899, en la página 7 del registro del seminario aparece: «Expulsar del seminario a Iosiv Djugachvili. Motivo: no se ha presentado a los exámenes por razones desconocidas»<sup>30</sup>. No ha roto, ha abandonado el campo sin decir palabra; el seminario lo tacha de sus registros y transforma el abandono en expulsión. Desde esta edad se dibuja uno de sus rasgos característicos: jamás da un portazo, evita las frases vengativas y las proclamas sonoras, provoca astutamente al adversario, le impacienta, le irrita y luego, en el último

<sup>27</sup> *Ibid.*

<sup>28</sup> V. KAMINSKI y J. VERECHTCHAGUIN, «Detstvo i Iounost Vojdia», art. cit., pp. 66-67.

<sup>29</sup> STALIN, *Oeuvres complètes*, t. 13, p. 113; una versión ligeramente distinta en E. LUDWIG, *Staline, op. cit.*, p. 18. Conversación con Emil Ludwig.

<sup>30</sup> CRCEDHC, fondos 558, inventario 4, dossier 62.



momento, se escurre y evita el obstáculo. Ese sentido del regate anuncia su gusto por la acción entre bastidores.

El 29 de octubre de 1899, la dirección del seminario envía a su madre una factura de 200 rublos por los cinco años de estudios transcurridos. Keké es incapaz de abonar aquella enorme suma que equivale a sus ingresos de veinte meses. Iosiv tampoco: la factura permanece impagada. Sin embargo, la dirección envía al alumno tachado de los registros un informe de sus cinco años de estudios, insuficiente, por cierto, para acceder al sacerdocio, que exige un ciclo completo de seis años.

Cuando se instaure el culto de Stalin, aquella banal expulsión administrativa se transformará, gracias a una mutación épica, en expulsión por propaganda marxista y organización de círculos revolucionarios. Su biografía oficial de 1948 afirma lacónicamente: «El 29 de mayo de 1899 fue expulsado del seminario por propaganda del marxismo»<sup>31</sup>. Los historiadores discutirán extensamente y durante largo tiempo. En una confidencia a Jukov en 1945, el mismo Stalin hizo caso omiso de aquella leyenda afirmando que su mal carácter lo había enfrentado con la administración que le puso en la calle. Keké, indignada por aquella expulsión infamante, y herida al ver roto su sueño, jurará que ella misma lo sacó del seminario por motivos de salud. Esta mentira piadosa oculta mal su decepción.

En *Batum*, Bulgakov tiñe el episodio con una coloración épica. Se levanta el telón ante la arenga de un rector que maldice a Iosiv Djugachvili por haber difundido en el seminario las enseñanzas de los «depravados y falsos profetas populares que se esfuerzan por minar el poder del Estado extendiendo por doquier las teorías envenenadas y pseudo-científicas de la socialdemocracia». Luego afirma que su expulsión se debe a «su pertenencia a círculos antigubernamentales»<sup>32</sup>. Este retrato de Koba como víctima revolucionaria del oscurantismo clerical es imaginario. En la leyenda se ha enfrentado con la institución, en la realidad la ha esquivado. Stalin no cederá jamás al placer de los grandes gestos y de la teatralidad gratuita.

La heroica imagen artística de la expulsión adquiere a veces carácter caricaturesco. Según un futuro vecino de celda, Koba entregó a la dirección los nombres de todos los miembros del círculo so-

<sup>31</sup> *Biographie de Staline*, París, Ediciones sociales, 1950, p. 7.

<sup>32</sup> *Neizdannii Boulgakov* (Bulgakov inédito), Chicago, Ardis/Ann Arbor, 1977, p. 141.

cialdemócrata clandestino con el fin de cerrarles el camino del sacerdocio y orientarlos definitivamente por el de la revolución. Pero durante los siguientes meses, sus camaradas ayudaron con sus escasos medios a un Koba que vagaba sin recursos por Tiflis y no se habrían sacrificado por un delator.

En su entrevista de 1931 con Emil Ludwig, Stalin hará de esos años la clave de su transformación o de su formación política: «Me convertí en socialista en el seminario porque allí reinaba una clase de disciplina que me ponía fuera de mí»<sup>33</sup>. El rechazo de los métodos inquisitoriales del clero, unido a las lecturas subversivas, no habría bastado para hacerle socialista, pero aquellas lecturas alimentaron su rebelión individual y la transformaron en protesta social. Según Iremachvili, Koba dejó el seminario en medio de una «hostilidad interna, pero enfurecida, contra la escuela, contra la burguesía, contra todo lo que existía en el país y encarnaba el zarismo, contra cualquier autoridad»<sup>34</sup>. Ni una palabra sobre el sentimiento de opresión nacional. El odio de Koba es ante todo social. Sus primeros escritos jamás aluden al problema nacional georgiano. En *Marxismo y cuestión nacional*, escrito en 1913, Stalin afirmará desdeñosamente que Georgia, «reunión efímera y accidental de principados [...]», no aparece como nación hasta la segunda mitad del siglo XIX<sup>35</sup>. Y negará la existencia de un sentimiento nacional georgiano anti-ruso a causa de la ausencia de «los grandes terratenientes rusos o de una gran burguesía rusa susceptible de alimentar en las masas un nacionalismo de ese género»<sup>36</sup>.

Nunca consideró alienante la necesidad de efectuar sus estudios en ruso y de renunciar al empleo de su lengua nativa, incluso si, como hemos dicho, sus poemas románticos de 1895 fueron compuestos en georgiano. Por otra parte, todos sus escritos, desde 1901 al 1 de enero de 1905, y todos sus artículos desde 1905 a 1907, están redactados en esta lengua. Su primer texto en ruso es un panfleto del 13 de febrero de 1905. Así, hasta la edad de 29 años, Koba escribe y piensa en georgiano, la lengua de su héroe epónimo. Pero su fibra georgiana no le conducirá jamás por la vía de la reivindicación na-

<sup>33</sup> STALIN, *Oeuvres complètes*, t. 13, p. 113.

<sup>34</sup> Iremachvili, citado por TROTSKI, *Staline*, *op. cit.*, p. 33.

<sup>35</sup> STALIN, «El marxismo y la cuestión nacional», en *Oeuvres complètes*, t. 2, p. 295.

<sup>36</sup> *Ibid.*, p. 307.

cional. Su hija lo subraya del siguiente modo: «Mi padre solo se acordó de Georgia cuando comenzó a envejecer»<sup>37</sup>.

No considera a la administración zarista como el aparato de una potencia extranjera y colonial; en la burguesía armenia comerciante ve al explotador, pero en la burocracia zarista rusa no ve al opresor. Se siente más ruso que georgiano. Sin embargo, maneja la lengua de Puchkin con rigidez y monotonía. Aunque lo escribe correctamente, su dominio literario de los múltiples recursos de la lengua rusa, que habla lentamente y en tono monocorde, es muy restringido.

Según Trotski, Stalin no asimiló jamás el espíritu de esta lengua, aprendida tardíamente y por obligación, en medio de la atmósfera asfixiante del seminario y a través de las fórmulas de la escolástica clerical, donde la palabra no era para él la expresión natural de los pensamientos y sentimientos de las personas, sino «la expresión artificial, exterior, de una mística, al principio extraña y luego aborrecida. [...] la lengua rusa fue siempre para él una lengua medio extranjera, aproximativa, y lo que es más grave para dominarla, convencional y forzada»<sup>38</sup>. Eso es olvidar que, para Koba, el ruso es también la lengua de los libros prohibidos que nutren su rebeldía, de las novelas de Víctor Hugo y los primeros textos marxistas, de los primeros escritos de Lenin y de los círculos socialdemócratas cuyos militantes rusos ignoran el georgiano; la lengua que le proyecta fuera del reducido círculo provinciano donde le hubiera encerrado su origen; en resumen, la de su afirmación como revolucionario. En 1950, en *El marxismo y los problemas lingüísticos*, jamás nombrará el georgiano.

El seminario fue para él la ocasión de adquirir unos conocimientos de historia, de literatura, de griego clásico especialmente, cuyo recuerdo guardará hasta el final de sus días. Sobre todo ha marcado su visión de los hombres y el vocabulario con el que se refiere a ellos. Por este motivo asimila sistemáticamente los errores y las faltas a los pecados. En 1927 aconseja a Jruschov, culpable de haber votado por Trotski en 1923, que reniegue públicamente de sus «pecados pasados»<sup>39</sup>. En 1937, diez años después, un apparatchik jura por escrito no haber «pecado ni de pensamiento ni de obra en con-

<sup>37</sup> S. ALLILUIEVA, *Vingt lettres à un ami*, op. cit., p. 80.

<sup>38</sup> TROTSKI, *Staline*, op. cit., p. 31.

<sup>39</sup> L. KAGANOVITCH, *Pamiatnyye Zapiski* (Notas recordatorias), Moscú, Vagrius, 1996, p. 566.

tra del Comité Central ni del camarada Stalin»<sup>40</sup>. La fórmula religiosa le basta.

El seminario dejó en Stalin una huella indeleble que no llegó a borrar su rebeldía. Los seminarios rusos, escribe Anatole Leroy-Beaulieu, tienen un carácter de casta. Así, de entrada ve en el Partido —al que posteriormente definirá como «una orden guerrera»— una clase cerrada, reservada para una élite. Ahí no entra quien quiere: es necesario ser digno además de estar iniciado en ella.

Durante años, Stalin ha estado inmerso en un microcosmos humano donde todo el mundo disimula y miente; los monjes inculcan unas virtudes que no practican; los alumnos fingen aceptar una institución que aborrecen; reina la hipocresía; las palabras no expresan el pensamiento real de la persona, lo disimulan: tras esa aparente expresión late una secreta segunda intención. Ha observado esta dicotomía generalizada entre las palabras y los pensamientos y, para permanecer en el seminario, ha fingido ser dueño de una fe perdida, aceptar unas reglas vergonzosas y prestarse a un ceremonial vacío de sentido. Ha aprendido a tener dos caras, la engañosa, que muestra a las autoridades, y la cara real, que solamente descubre a sus camaradas. Su hija insiste en la enorme influencia que esta escuela de la Iglesia ejerció sobre él: «De su experiencia del seminario sacó la conclusión de que las personas son intolerantes, groseras, engañan a su “rebaño” para tenerlo en su poder, intrigan, mienten y, a fin de cuentas, tienen enormes debilidades y escasas virtudes»<sup>41</sup>. Una vez llegado al poder, incensado, aclamado, aplaudido, se dedicará obstinadamente a descubrir el sentimiento real que se oculta bajo la máscara. El vocabulario estalinista se articulará en torno a dos términos clave: «desenmascarar» y «el individuo de dos caras», la cara visible, falsa, y la cara repelente, disimulada.

El seminario le enseñó el poder del silencio: dejar hablar a los demás y callar para no traicionarse; más vale escuchar que hablar. Intervendrá muy poco en los congresos, excepto cuando se convierta en el jefe omnipotente del Partido y del Estado, pero en esta época apenas asistirá a reuniones. Nunca será hombre de debates o discusiones. No le formó en ello la enseñanza dogmática del semi-

<sup>40</sup> V. ROGOVINE, 1937, pp. 439-440, tomado de los *Cahiers du mouvement ouvrier*, n. 1, 1998, p. 53.

<sup>41</sup> S. ALLILUIEVA, *En une seule année*, *op. cit.*, p. 321; traducción revisada del texto ruso *Tolko odin god*, p. 314.

nario, fundada sobre la verdad revelada y la aceptación obligatoria de la palabra sagrada.

El seminario le enseñó también la disciplina y el dominio de sí mismo, el control estricto de sus sentimientos y reacciones. Desconfía de su espontaneidad y de la espontaneidad de las masas. En él, cualquier manifestación externa es calculada. El seminario le ha enseñado un vocabulario, una forma de exposición y un estilo. Ignorando el sentido de la demostración, la exposición adquiere en él la forma del catecismo, con el juego de interrogaciones y de respuestas contenidas en la misma pregunta; por la repetición, la letanía de la misma idea orquestada con ínfimas variaciones donde la acumulación desempeña el papel de argumentación. Uno de sus (raros) escritos de 1904, desaparecido, se titulaba de forma significativa «El credo».

Stalin no es elocuente ni tiene facilidad para escribir. Esta doble dificultad desarrolla en él la desconfianza y la aversión hacia los intelectuales y los oradores. Muy pronto opondrá su sentido práctico, del que alardea, a los teóricos y a los picos de oro. Para él, un intelectual es un ilusionista y un hombre vacío.

Por último, el ceremonial religioso aceptado, sufrido y luego rechazado ha dejado una profunda huella en él. La Iglesia ortodoxa concede una enorme importancia a la ceremonia y al rito. Stalin perpetuará la tradición. Ante el ataúd de Lenin pronunciará un extenso juramento religioso, y cuando llegue a ser el dueño de la organización, transformará los congresos en ceremonias y las manifestaciones en procesiones.



### Capítulo III

#### EN LA AURORA DEL GRAN DÍA...

Koba entra en el movimiento obrero georgiano en el momento en que este toma forma. A finales de los años 1860, después de la abolición de la servidumbre, Georgia se industrializa modestamente. En 1883, tras el final de la construcción de la línea de ferrocarril Tiflis-Baku (capital de Azerbaiyán, donde se desarrolla la extracción del petróleo desde hace diez años), Tiflis se convierte en un gran nudo ferroviario que exige un importante taller de reparaciones, la mayor concentración obrera de la capital.

A finales de 1892, un ferroviario, antiguo oyente de un círculo de estudios marxistas fundado tres años antes por unos seminaristas, crea un círculo de estudios y de lectura que agrupa a una decena de obreros de las cocheras de ferrocarriles de Tiflis, entre ellos el ajustador Sergue Alliluiev —futuro suegro de Stalin— y el obrero itinerante Alexis Pechkov, futuro Gorki. En agosto de 1896, los obreros de los talleres del almacén del ferrocarril paran para reclamar una mejora en sus condiciones de trabajo. La dirección, estupefacta, cede. Este mismo año, en la ciudad que, de 150.000 habitantes, cuenta con 25.000 trabajadores manuales, se crean círculos socialdemócratas. En 1897 aparece la primera edición en georgiano del *Manifiesto del partido comunista*. En diciembre del año siguiente, los ferroviarios de Tiflis se ponen en huelga por segunda vez. Los cosacos cargan contra los manifestantes y detienen a veintiuno, pero no pueden ahogar el movimiento que se reanuda. La policía se inquieta. «Esta huelga no es espontánea. Los huelguistas han obrado conforme a un plan y según unas directrices que emanan de una organización interior.» Koba participa en un círculo clandestino de ferroviarios socialdemócratas. Durante una discusión sobre la huelga, les lanza: «¡Pelead!»<sup>1</sup>. ¿Es aquel consejo lapidario, pero ambi-

<sup>1</sup> Citado en V. KAMINSKY y I. VERECHTCHAGUIN, «Detsivo i lounost vojdia», art. cit., p. 77.

guo, una invitación a continuar la huelga o a llegar a las manos con los cosacos? Que lo interpreten los militantes. Stalin adulto jugará sistemáticamente con esta ambigüedad que deja caer sobre el ejecutor la responsabilidad de la elección.

Los comienzos de Koba en el movimiento revolucionario georgiano han sido objeto de leyendas heroicas o policíacas. El americano Edward Ellis Smith, agente de la CIA reconvertido a la historia, pretende que desde los 20 años Koba fue un agente de la policía. Su expulsión del seminario debió atraer la atención de la Ojrana sobre aquel joven sin oficio cargado con una madre indigente, «hambriento, amargado y solitario, sin dinero, sin empleo y sin amigos», como muchos jóvenes marginados sin futuro procedentes de las universidades y de las escuelas religiosas. «En esas condiciones, escribe Smith, es fácil suponer que en junio o julio de 1899 un oficial de la policía de Tiflis haya propuesto a Soso que trabaje para ella en el seno del movimiento socialdemócrata»<sup>2</sup>. Convierte estas suposiciones en certeza sin nada que las apoye: «Probablemente sus artículos estuvieran redactados en el cuartel general de la policía». Además, «solamente la Ojrana [...] una de cuyas viejas estrategias consistía en financiar los periódicos revolucionarios [...] podía proporcionar los medios necesarios para instalar una imprenta clandestina». Su comportamiento ulterior se explicaría por esta pretendida pertenencia a la policía política, muy complaciente, en realidad, con los movimientos revolucionarios y que «indudablemente le incitó también a formar parte del comité de huelga»<sup>3</sup>. Si ignoramos lo que hizo desde agosto de 1900 a marzo de 1901, se debe a que durante esos siete meses se dedicó a servir en la policía sin que sepamos en qué y cómo... Es el agente fantasma.

Este conjunto de probabilidades imaginarias y de hipótesis fantásticas solo merecería un cortés silencio si esta versión de un Stalin agente de la Ojrana no reapareciera a intervalos regulares, adornada de falsedades, como la pretendida carta del coronel Eremin, de la Ojrana, publicada en la revista *Life* el 12 de julio de 1913, y que, a pesar de los claros signos de manipulación, renace periódicamente de sus cenizas. La leyenda se alimenta siempre de los mismos fantasmas, de las mismas falsificaciones, de los mismos rumores y dudosas

<sup>2</sup> E. E. SMITH, *La jeunesse de Staline*, op. cit., p. 62.

<sup>3</sup> *Ibid.*, pp. 64-65.



confidencias, y de sospechas favorecidas por la actitud del mismo Stalin, el hombre de las sombras y de los bastidores. En realidad, la infiltración policíaca en el movimiento revolucionario era grande; durante siete años, la Ojrana colocó a la cabeza de la sección terrorista del partido socialista-revolucionario a su agente Yevno Azef, quien, para jugar el juego, envió al otro mundo a varios ministros del gobierno, entre ellos a dos del Interior y al gran-duque Sergio, tío del zar; el agente infiltrado Roman Malinovski entró en el Comité Central del partido bolchevique en 1912 y fue diputado bolchevique en la Duma de 1912 a 1914. Desde 1903 a 1917, la Ojrana infiltró a 2.070 agentes entre los bolcheviques y los socialdemócratas de Polonia, de Lituania y de Letonia. Pero esta realidad no prueba que Stalin fuera uno de ellos, ni que, por el afán por exorcizar su pasado de hombre de dos caras, más tarde se haya dedicado encarnizadamente a «desenmascarar» una cohorte continuamente renovada de «enemigos del pueblo» disfrazados.

Poco después de su salida del seminario, Iosiv vuelve a Gori con su madre y trata de dar clases particulares. Durante unos meses es el preceptor del hijo de un rico comerciante armenio. En el otoño de 1897, Simón Ter-Petrossian, un pillote ladrón de manzanas, vago y reacio a los estudios, había sido admitido por medio de influencias en el seminario de Tiflis donde conoció a un tal Iosiv Djughachvili entonces en plena rebelión contra la institución. Simón se destacó allí por una actitud provocadora que los monjes tomaron al principio por necedades antes de expulsarle por ofensas a la religión. Su tacaño padre contrata a bajo precio a Koba, el compañero de seminario de su hijo, pero pronto advierte que las lecciones centradas en la lucha de clases y el derrocamiento del zarismo tienen muy poco que ver con los programas escolares. Despide a Koba, pero Simón, ganado para la causa revolucionaria, abandona a su familia y se introduce en cuerpo y alma en la clandestinidad. Gracias al empleo de múltiples disfraces será repartidor de panfletos y de periódicos, organizador de manifestaciones, atracador de bancos, agente de contacto, transportador de armas, simulador. Debe su apodo a una broma de Koba al que preguntó un día «a quién (*kamú*) entregar un paquete de panfletos. Por ignorancia o por torpeza, transformó el "kamu" en "kamo". Koba se echó a reír: "¡Kamo! ¡Kamo!" ¡Tú sí que estás hecho un Kamol!».

Privado de alumno y de clases particulares, Koba vuelve a Tiflis. El 28 de diciembre de 1899, el círculo socialdemócrata le hace en-

trar en el Observatorio de Geofísica de la ciudad. Hasta finales de marzo de 1901 se aloja en una pequeña habitación en el último piso de un inmueble y trabaja por una suma insignificante. Desde enero de 1900, el boletín mensual del Observatorio contiene los datos de sus observaciones nocturnas. Las obligaciones profesionales le dejan mucho tiempo libre para sus actividades militantes. Su aspecto es el de un joven revolucionario de la época: una blusa de obrero, generalmente sucia, acompañada de una corbata roja, zapatos embarrados o polvorientos, una gorra de visera echada hacia atrás, sobre la nuca. El descuido en su vestimenta, el desprendimiento, el sacrificio de su vida personal caracterizan al joven revolucionario ruso. Iosiv había renunciado al sacerdocio; el servicio del Estado le repugnaba y solamente le quedaba la acción clandestina.

En la ciudad malviven algunas decenas de círculos socialdemócratas. Organizan conferencias y debates que la policía, preocupada por los nacionalistas, considera inofensivos, y disfrutaban de una relativa tranquilidad hasta la tercera huelga de ferroviarios en agosto de 1900. Entonces, el movimiento obrero sale en Rusia del limbo de la propaganda para entrar en el mundo de la acción. En efecto, el comienzo de siglo está marcado por una violenta crisis económica: la brutal reducción del mercado mundial y la caída de las exportaciones golpean de lleno a la industria rusa cuyas notas de pedido se vacían y, a pesar de la generosidad de los proveedores franceses de fondos, el capital escasea. El crecimiento de una industria protegida por elevados derechos aduaneros, dependiente de los encargos masivos del gobierno y de las volátiles inversiones del capital extranjero, tropieza con la exigüidad del mercado interior donde los campesinos consumen poco o nada: la miseria del pueblo amenaza el equilibrio de la economía.

Entre 1900 y 1903, la metalurgia despide a un tercio de su mano de obra: cierran 3.000 empresas. El rendimiento de los cereales disminuye a lo largo de esos años, pero aumentan las exportaciones. El temor ancestral de la hambruna obsesiona a los campesinos rebeldes (entre 1901 y 1903 tienen lugar cerca de 150 incautaciones de tierras e incendios de fincas señoriales). En 1901, un propietario de Voroneje escribe a un amigo: «El aire está cargado de imágenes inquietantes; todos los días resplandece en el horizonte el reflejo de los incendios; una bruma sangrienta corre a ras del suelo; resulta difícil respirar, como antes de una tor-

menta. El mujik está huraño y silencioso, y si abre la boca, te pone la carne de gallina»<sup>4</sup>.

Llueven los despidos; estallan las huelgas; se forman organizaciones clandestinas, generalmente con sede en el extranjero. El 11 de diciembre de 1900, Lenin, Martov y Plejanov publican en Leipzig el primer número de *Iskra*; en 1901, los herederos del populismo fundan una Unión de socialistas revolucionarios y luego, en 1902, el Partido socialista-revolucionario (SR), que propugna el terror para derribar el zarismo, entregar la tierra a los campesinos y «acceder al reinado socialista del trabajo y la solidaridad». En febrero de 1901, un estudiante mata al ministro de Educación Bogolepov; en abril de 1902, otro mata a Sipiaguin, ministro del Interior.

Koba se introduce en la militancia en el momento en que se constituye en Tiflis un comité socialdemócrata que imprime y reparte panfletos entre los obreros, crea círculos ilegales y coordina la actividad. Se integra enseguida. Los miembros del «comité», un nombre nuevo en el vocabulario político, son jóvenes entusiastas, embriagados por la esperanza de derrocar al zarismo, seguros de caer rápidamente en manos de la policía y de conocer la prisión y el exilio. Su trepidante existencia clandestina envía cualquier proyecto de futuro individual a un mañana incierto.

Como los demás, Koba distribuye clandestinamente unos panfletos multicopiados, reúne a algunos obreros, impulsa uno o dos círculos de militantes o simpatizantes, prepara el 1º de mayo clandestino y luego, a partir de enero de 1901, hace circular los números de *Iskra* que llegan a Batum. Colma de violentas críticas al fundador y dirigente de la socialdemocracia en Tiflis, el antiguo seminarista expulsado, Sylvestre Djibladzé, al que considera demasiado moderado. Pero los editores de sus *Obras Completas* afirmarán que los escritos que se le atribuyen en aquella época han desaparecido.

El 21 de abril de 1900 es su primer gran día: la manifestación del 1º de mayo, llamada *maievka* (celebrada previamente en Rusia a causa del retraso del calendario juliano sobre el calendario gregoriano occidental), prohibida y clandestina, ha sido preparada cuidadosamente. Al alba, los manifestantes, en pequeños grupos de dos o tres, se dirigen hacia el lago salado a doce kilómetros de la ciudad; de camino, los piquetes les piden la contraseña. Cerca de 500 manifestantes conver-

<sup>4</sup> Citado por B. D. WOLFE, *Lenine, Staline et Trotski*, París, Calmann-Lévy, 1951, p. 159.

gen hacia el lago mientras el sol se levanta en el horizonte. Por encima de sus cabezas se despliega una enorme bandera roja en la que aparecen los retratos de Marx y Engels. Entonces, los manifestantes entonan una vibrante *Marsellesa*, y luego escuchan en silencio a cuatro oradores cuya silueta se dibuja ante el sol naciente. Koba es uno de los cuatro. En 1898, la primera *maievka* había reunido a 13 manifestantes en las afueras de la ciudad; en la de 1899 fueron 67 los que arrojaron la bandera roja y echaron a correr al ver a un pastor a caballo al que tomaron por un policía. La de 1900 inaugura una nueva era.

El éxito entusiasma a los socialdemócratas de la ciudad, a los que la policía deja tranquilos durante unas semanas. El 1 de agosto de 1900, paran los ferroviarios de Tiflis, hartos de horas extraordinarias impuestas sistemáticamente al final de la jornada y pagadas al precio de las tarifas normales. La dirección amenaza con el despido y pide ayuda a la policía, que detiene a varios centenares de huelguistas a los que hacina inmediatamente en la cárcel de la ciudad. La huelga paraliza las cocheras durante quince días. Los socialdemócratas distribuyen y pegan panfletos de apoyo, mientras Koba y los demás «miembros de la comisión» reúnen círculos de obreros. El 15 de agosto reanudan el trabajo. Su reivindicación no ha sido satisfecha pero, a partir de esta primera huelga, los ferroviarios adquieren el sentimiento de su fuerza.

La policía considera responsables de los problemas a los socialdemócratas. El 22 de marzo de 1901 detiene a los principales dirigentes y registra el cuarto de Koba cuando, afortunadamente, estaba en el Observatorio; los agentes no vuelven por considerarlo poco importante, pero él prefiere esfumarse. Espera pacientemente a fin de mes para cobrar su salario y el 28 de marzo deja el Observatorio. Entonces comienza su existencia de revolucionario profesional clandestino. Se convierte en agente itinerante de la socialdemocracia y luego, a finales de 1904, de su facción bolchevique. Cambia de alojamiento con tanta frecuencia como de seudónimo: Besochvili, David, Nijeradzé, Tchijikov, Ivanovitch, Kato, Melijants, Vassiliev, K. Salin, Stepin, K. Solin... Enseguida, la policía pone un espía a sus espaldas. Un informe le describe «constantemente al acecho, volviéndose continuamente cuando camina por la calle»<sup>5</sup>. Una actitud típica del principiante clandestino...

<sup>5</sup> CRCEDHC, inventario 1, dossier 84.

¿Cuáles son sus medios de existencia en esos momentos? Koba no se encuentra en la misma situación que Lenin, que vivía modestamente, pero tranquilo, de los ingresos de la herencia paterna administrados por su madre. Trotski, por su parte, se mantenía más humildemente de la pluma (la prensa socialdemócrata del país pagaba honorarios a los autores de los artículos) y de la pensión de su padre, lo mismo que Zinoviev y Kamenev. Koba, por su parte, no cuenta más que con Keké y sus diez rublos mensuales. Vive al día, da clases, se aloja en las casas de camaradas y amigos o alquila por dos o tres rublos una habitación en un suburbio y se larga sin pagar. En la cárcel, el Estado le aloja y le alimenta, y en el exilio, le pasa una pequeña asignación mensual para cubrir sus escasas necesidades. Una vez convertido en uno de los cuadros, el Partido costea parcialmente sus gastos a partir del dinero que obtiene de los ambientes hostiles al absolutismo: de la intelligenzia democrática, de industriales como Savva Morozov, célebre empresario del textil, o de escritores revolucionarios como Máximo Gorki, que le cede parte de sus derechos de autor. En resumen, las discrepancias no impiden la «solidaridad» entre socialistas. Cuando Koba, sin un kopeck, deja Batum en 1904, dos mencheviques le pagan el billete del tren. Más tarde, Stalin enviará al Gulag a Gogua, uno de ellos. La gratitud no será una de sus principales virtudes.

Stalin no es el único militante clandestino sin ingresos fijos, pero, a diferencia de los demás, nunca aludirá al modo en que resolvió la cuestión. Muchos se colocan en las fábricas, cambiando de empresa y de ciudad a cada arresto, a cada exilio. Esa será su gloria en 1917. Stalin, al que repugnaba el trabajo manual, no podrá alardear de tal inmersión en el proletariado. Recordar las lecciones particulares, los trapicheos y la solidaridad de los demás no tiene nada de grandioso y preferirá guardar silencio sobre ese punto.

El 22 de abril de 1901, un mes después de su entrada en la clandestinidad, cerca de 3.000 obreros desfilan en Tiflis y se enfrentan con los cosacos encargados de disolver la manifestación. Koba, con la corbata roja ondeando sobre la raída blusa negra, es uno de los cabecillas. La víspera, aconseja a sus camaradas que vistan gruesas ropas de invierno para atenuar los latigazos y cintarazos de los cosacos. Una vez más, demuestra que el aspecto práctico de las cosas le interesa más que la teoría. Descubierto por la policía, escapa y huye

a Gori. Al no poder refugiarse en casa de su madre, se esconde en la de unos antiguos camaradas.

La policía detiene a los dirigentes socialdemócratas de Tiflis. A su regreso a la capital a finales de agosto, Koba queda anexionado al comité de nueve miembros donde, según un informe de la policía, asume un papel dirigente. Sylvestre Djibladzé, su auténtico jefe, teme que las huelgas y la agitación política de los obreros pongan en peligro la organización. Koba protesta contra esta prudencia, pero la elocuencia y la autoridad de Djibladzé le convencen fácilmente.

A comienzos de septiembre de 1901 aparece el primer número del diario socialdemócrata georgiano *Brdzola* (*La lucha*), impreso en Baku en una imprenta clandestina llamada Nina. El editorial anónimo aparece reproducido en las *Obras Completas* de Stalin. Sin embargo, no se encuentra en él ninguno de los rasgos característicos de su estilo, y el autor se queja de su situación de exiliado. («Nosotros, los que nos encontramos lejos de nuestra patria»<sup>6</sup>) que no es la propia. Igualmente parece dudosa la paternidad del artículo siguiente publicado en el número de *Brdzola* de octubre-noviembre de 1901, también anónimo y reproducido en las *Obras completas*. Escrito en un estilo semejante al del anterior, comienza por unas consideraciones sobre el socialismo en Europa occidental que en aquella época Koba conoce bastante mal. Si en 1946 se atribuye aquellos dos editoriales, es para subrayar su actividad de propagandista en el otoño de 1901 y reafirmar así su imagen de dirigente precoz. A finales de noviembre de 1901 abandona Tiflis. Según una revista menchevique georgiana, habría sido expulsado por unanimidad del Comité socialdemócrata de la ciudad por calumniar a Sylvestre Djibladzé. Los informes de la policía no dicen tal cosa, pero la actitud de Koba confirma los rumores. Cuando no puede refutar un argumento, suelta una risotada sin decir palabra y luego se esfuma. Su silencio sarcástico en un ambiente de parlanchines se presta a interpretaciones malévolas. Pero el Koba de 1901 no es todavía el Stalin de 1937. Al contrario, asocia ya la misión de revolucionario profesional con un apostolado y trata desdeñosamente a los simples obreros. Así como el sacerdote es el pastor de la masa profana de la que lo separa su ordenación, el miembro del comité, por su adscripción, se distingue de los simples obreros, indignos de penetrar en el re-

<sup>6</sup> STALIN, De la redacción.

ducido círculo de los elegidos que le guían. Los elegidos del Partido recuerdan a los elegidos de Dios. Así, la entrada en el Partido ha de ser cuidadosamente controlada. No es «elegido» todo el que quiere.

Los informes de la policía sobre las tres reuniones a las que asiste Koba en Tiflis dan una buena imagen de su actividad. La primera tiene lugar el sábado 27 de octubre de 1901 en presencia de un puñado de participantes, uno de los cuales ha sido reclutado en la calle. Koba dirige el debate. Recomienda a sus oyentes que «distribuyan literatura ilegal, que se esfuercen por unir a todas las nacionalidades, de inculcar a todos la necesidad de dar dinero a la caja clandestina para la lucha contra el capital y la autocracia». Para la próxima reunión promete llevar redactada una «instrucción» sobre los medios de acción<sup>7</sup>. El segundo encuentro se produce el 4 de noviembre de 1901, de nuevo bajo su dirección. Koba no lleva la prometida instrucción por falta de tiempo y promete confiar a un redactor la puesta a punto. El domingo 11 de noviembre, los 25 afiliados reunidos eligen un comité ejecutivo para Tiflis encargado de dirigir los seis círculos socialdemócratas de la capital. Koba es designado para el cargo. El 25 de noviembre, el comité se reúne en su ausencia: ha sido enviado a Batum «por necesidades de propaganda».

Su actuación en Batum marca el comienzo de las leyendas heroicas. Así, en el prólogo de *Staline et Jachime*, publicado en 1935, Nestor Lakoba, presidente de la República autónoma de Abjazia, escribe: «Stalin es uno de los hombres que la historia da a la humanidad una vez cada cien o doscientos años»<sup>8</sup>. Stalin no le dará tiempo para saborear esta excepcional oportunidad: dos años después lo liquidará.

Batum, puerto del mar Negro, antiguo refugio de piratas berberiscos, cuenta entonces con aproximadamente 35.000 habitantes, entre ellos cerca de 13.000 obreros procedentes de las ciudades vecinas a los que se despiden sin contemplaciones cuando protestan, reivindicando o cuando disminuyen los pedidos. Estos obreros están concentrados sobre todo en las fábricas Rothschild (6.000), Mantachev (4.000), Jatcharuriants (1.200). Los 2.000 restantes están re-

<sup>7</sup> CRCEDHC, fondos 558, inventario 1, dossier 82.

<sup>8</sup> *Stalin i Jachim* (Algunos episodios de la clandestinidad en Batum), Batum, 1935, prólogo de Lakoba, p. 3.

partidos por una decena de fábricas más pequeñas, como la del griego Sideridis. Serge Alliluiev, que trabajó en ella en 1892-1893, encuentra agradable esta ciudad adosada a la montaña, adornada de palmeras y abierta al mar. Las tres antiguas ciudades que forman los suburbios, Bartjona, Gorodok y Tchaoba (el Pantano) son menos atractivas. Los pantanos próximos transmiten los miasmas y las fiebres del paludismo. El terminal del oleoducto que parte de Baku fue construido allí en 1900. Por todas partes reinan los garrotazos y los golpes. Los vigilantes, los encargados de taller y los capataces golpean a los obreros e incluso a los niños para que pongan más ardor en el trabajo.

En Batum malvive el primer círculo socialdemócrata, fundado en octubre de 1901 por siete obreros y un intelectual. Koba llega a finales de noviembre y pronto se pone a la cabeza del comité. A lo largo de diciembre convoca una reunión de delegados socialdemócratas en casa de un obrero de Mantachev donde se aloja, y les reprocha su indolencia: «Los obreros de Tiflis me han enviado a vosotros [...]. Han despertado de su sueño y se disponen a luchar contra sus enemigos. Los obreros de Batum todavía están sumidos en un plácido sueño. He venido para exhortaros a que sigáis el ejemplo de los obreros de Tiflis»<sup>9</sup>. En una fiesta del Día de Año Nuevo reúne a los militantes de la ciudad para elegir un comité de tres obreros y tres intelectuales, y les dirige un discurso profético. «Empieza a despuntar la aurora del gran día. Muy pronto, el sol se levantará y brillará para nosotros. Creed en mis palabras»<sup>10</sup>.

Para huir de la curiosidad policial, se muda al suburbio de Gorodok, y luego al barrio pantanoso de Tchaoba, a casa del obrero musulmán Jachim, donde monta la primera imprenta clandestina. Unas mujeres cubiertas con el velo acuden regularmente y salen hacia la ciudad con cestos de verdura al brazo; a veces es el mismo Jachim el que se encarga del transporte. Los vecinos, pobres pero astutos, creen que es un monedero falso y un día le interrogan: «Trabajas toda la noche, imprimes a toda velocidad y no vemos que salga nada. ¿Cuándo piensas poner tu dinero en circulación?»<sup>11</sup>. Koba lo desmiente: él imprime panfletos, no billetes de

<sup>9</sup> *Batoumskaia demonstracija, 1902* (La Manifestación de Batum), Moscú, 1937, p. 152.

<sup>10</sup> E. LAROSLAVSKI, *Points de repère dans la vie de Staline*, Moscú, 1940, p. 26.

<sup>11</sup> *Stalin i Jachim, op. cit.*, reproducido en H. BARBUSSE, *Staline*, París, Flammarion, 1935, pp. 32-33.



banco. Los vecinos siguen mostrándose escépticos, pero guardan silencio.

Koba trabaja menos de lo que parece. El comité de Batum es tan poco activo que en abril de 1903, durante la preparación del Congreso del Partido Obrero Socialdemócrata ruso, la redacción de *Iskra* (Lenin, en realidad) se opone a su presencia en el congreso afirmando: «Nunca se ha oído hablar de ese comité»<sup>12</sup>. Un informe de la policía, fechado por error en 1903 (en lugar de en 1902), afirma: «A la cabeza de la organización de Batum figura Iosiv Djugachvili [...]; su despotismo ha terminado por cansar a muchos de los miembros, y en el grupo se ha producido una escisión»<sup>13</sup>.

Batum sale pronto de su apatía. La reducción de los encargos afecta a las empresas de la ciudad. A finales de enero de 1902, la dirección de Mantachev despide a un centenar de obreros. La huelga es inmediata y el 31 se paraliza la fábrica. La policía detiene a un centenar de huelguistas despedidos a su vez, pero la dirección, temiendo la extensión del conflicto, capitula, y el resultado es una victoria completa: la empresa readmite a los obreros despedidos y a los huelguistas detenidos, y remunera los días de huelga.

El 26 de febrero de 1902, a pesar de esta advertencia, la dirección de la refinería Rotschild despide a casi la mitad de sus 900 obreros, campesinos contratados unos meses antes en las tierras cercanas. El 1 de marzo se interrumpe la actividad en toda la fábrica. El gobierno de la provincia ordena a los huelguistas que reanuden inmediatamente el trabajo, amenaza a los recalcitrantes con devolverlos a su pueblo y hace acudir a la tropa. Los huelguistas se obstinan. El gobernador manda a la cárcel a 32. Sus camaradas reaccionan. El 8 de marzo, los cosacos dispersan a latigazos un mitin de protesta en plena calle y detienen a un centenar de participantes encarcelándolos inmediatamente. Uno de los escasos obreros socialistas de la ciudad, Kandelaki, consulta a Koba. Convencido de que los soldados no harán fuego, este propone a los obreros que se dirijan en masa a la cárcel para reclamar la liberación de sus compañeros y, en caso de negativa, los incita a pedir a la policía que los detenga también.

<sup>12</sup> «En los orígenes del partido», *Voprassy Istorii KPSS* (Temas de historia del PCUS), n. 3, 1963, p. 104.

<sup>13</sup> CRCEDHC, fondos 558, inventario 1, dossier 84.

El 9 de marzo, un nutrido cortejo se dirige a la prisión. El comandante del ejército manda encerrar en las mazmorras, llenas hasta reventar, a 400 manifestantes. La indignación se apodera entonces de la población obrera de la ciudad. Al día siguiente, una columna de 3.000 personas se presenta en las puertas de la cárcel. Los oficiales les ordenan dispersarse. Los manifestantes se niegan y arrojan piedras a los soldados que responden con disparos: 14 muertos y 54 heridos. Koba, situado, según Barbusse, «como una diana a la cabeza de la manifestación»<sup>14</sup>, no recibe ni un arañazo. Nadie lo ha visto en el papel de diana, excepto un comisario de policía cuyo testimonio rechazarán los jueces. La policía detiene a unas 500 personas y las envía a su pueblo.

El 12 de marzo, cientos de manifestantes participan en los funerales de las víctimas. En el cementerio, Koba lee una declaración inflamada: «¡Honor a los que habéis sacrificado vuestra vida a favor de la verdad! ¡Honor al pecho que os amamantó! ¡Honor a vosotros cuya frente está adornada con la corona del martirio, y que con vuestros labios pálidos y temblorosos nos habéis estimulado para proseguir la lucha en la hora de vuestra agonía! ¡Honor a vosotros cuyas sombras planean sobre nosotros y murmuran a nuestros oídos: Nuestra sangre clama venganza!»<sup>15</sup>.

Esta huelga sangrienta llegará a ser mítica. En los años 1930, Stalin se proclamará su inspirador y su dirigente genial. En 1937, el dramaturgo georgiano Chalvu Dadiani le dedicará una obra, *De la chispa* (de donde, por supuesto, ¡surgirá una llama!) representada entonces en tres teatros de Tiflis y luego, en 1949, en una decena de otros para el 70 cumpleaños del Secretario General. De enero de 1950 a abril de 1953, el museo de Regalos de Stalin (destinado a recoger los innumerables presentes ofrecidos con motivo de este aniversario) sustituirá en el museo de Artes Figurativas a Rembrandt por Verpjadzê, que pinta *La Expulsión de Stalin de Batum*, o por Malkov, que exalta *La manifestación de Batum*. Para los mencheviques, Koba ha transformado la huelga en un motín condenado al fracaso; al dirigir a los huelguistas desarmados al asalto de la prisión ha pro-

<sup>14</sup> H. BARBUSSE, *Staline, op. cit.*, p. 31.

<sup>15</sup> E. E. SMITH cita este discurso (*La jeunesse de Staline, op. cit.*, p. 84) con una referencia errónea (STALIN, *Oeuvres complètes*, p. 419). La existencia de este discurso está solamente indicada, como en el calendario histórico-revolucionario (edición de 1939, p. 150), pero no se reproduce el texto.

vocado la matanza y el despido de más de la mitad de los obreros de la fábrica. Para ellos, el glorioso combate solo ha sido un fiasco. En realidad, el movimiento fue una espontánea explosión de cólera y rabia que el comité socialdemócrata de Batum no tuvo medios de controlar, y que figurará en su informe al congreso de julio-agosto de 1903 sin, por otra parte, reivindicar la paternidad.

Sin embargo, la policía aprovecha la ocasión para decapitar al comité. El 5 de abril a media noche, unos cosacos y sargentos de la ciudad rodean la casa en la que ha tenido lugar una reunión de obreros de la fábrica Mantachev. Allí descubren a un manifestante herido, Kandelaki, y a Koba, que pretende haber llegado a Gori después del 9 de marzo para ocupar un puesto como empleado de la oficina. El comisario Tchijvadzé insiste en que aquel día se encontraba entre la multitud, y la policía arresta a los dos hombres.

Del 5 al 19 de abril de 1902, Koba está preso en la nauseabunda cárcel de Batum. Para fabricarse una coartada, tira los papeles comprometedores por la ventana de la celda, pero un transeúnte los encuentra y los entrega a la policía. El primero de ellos dice: «Soso Djugachvili está detenido. Informar inmediatamente a Keké Djugachvili para que, si los policías le preguntan por la fecha de salida de su hijo de Gori, diga que ha pasado con ella todo el verano y todo el invierno hasta el 15 de marzo»<sup>16</sup>. En el segundo figuran unas instrucciones a un profesor socialdemócrata al que designa por su nombre y que es arrestado inmediatamente por la policía. Para el comisario, el individuo interesado en fabricarse una coartada ha desempeñado un papel importante en las revueltas obreras de Batum.

El 19 de abril lo trasladan a la vetusta prisión de Kutais, un extenso poblado en el centro de Georgia. Allí, entre el alboroto y la mugre, se mezclan políticos y delincuentes comunes; los segundos dictan la ley con el acuerdo tácito de los guardias a los que subvencionan a final de mes y que golpean a los detenidos con el menor pretexto. Koba entra en contacto con el mundo del hampa por el que experimenta instintivamente cierta simpatía. Su vecino, el menchevique Utaradzé, recuerda «su rostro marcado por la varicela [que] le daba un aspecto desaliñado [...]. Llevaba barba y los largos cabellos echados hacia atrás». Los dos hombres pasan seis meses en esa piojosa prisión. Koba sorprende a Utaradzé por su serenidad y

<sup>16</sup> Citado por TROTSKI, *Staline, op. cit.*, p. 48.

dominio propios: «Nunca reía abiertamente, en general se limitaba a sonreír [...]. Ni una sola vez lo he visto encolerizarse, gritar, discutir, emocionarse, [...] en una palabra, salir de su reserva. Y la voz se correspondía exactamente con aquella personalidad glacial»<sup>17</sup>.

Las investigaciones no logran reunir pruebas de su actividad en Batum. La policía no consigue descubrir un solo testigo de su participación en la manifestación subversiva del 9 de marzo. En resumen, su dossier está limpio. Ahora bien, la detención de Koba y de Kandelaki debe dar fin el 5 de mayo de 1902, dos meses después del arresto, pero el general de división que manda la región pide que se prolongue. El estrado, al no encontrar «nada criminal» en la reunión de «algunos obreros en casa de dos camaradas para discutir sus problemas en la fábrica», se niega y reprocha a la policía el que «por su alerta nocturna [...] haya provocado una agitación completamente indeseable en el conflictivo período actual». En conclusión, si en el caso de Djugachvili y Kandelaki «no hay unas indicaciones concretas y definidas relativas a su actividad criminal, es preciso dejarlos en libertad inmediatamente y mantenerlos bajo vigilancia»<sup>18</sup>.

No obstante, el 12 de mayo de 1902, el adjunto al jefe de la gendarmería de Kutais anuncia la apertura de una instrucción contra los dos hombres, calificados de «principales dirigentes e instructores de los obreros de Batum en el movimiento obrero revolucionario al que acompañó la distribución de proclamas y llamadas a la rebeldía y al derrocamiento del gobierno»<sup>19</sup>. La inculpación no habla de la manifestación del 9 de marzo, y sin embargo, el ayudante del fiscal mantiene la detención de los dos hombres. El 12 de julio, la justicia acusa a diez miembros del comité de Tiflis, Koba entre ellos, de haber «pronunciado discursos en público destinados a suscitar la desobediencia al gobierno y al poder supremo»<sup>20</sup>. La imprecisión de las acusaciones confirma el vacío del dossier.

En la ficha de la policía consta la siguiente descripción: «Estatuira: 2 archines, 4 verchoks, y medio (el archin equivalía a 0,71 m y el verchok a 4,4 cm, lo que significa 1,62 cm). Señas particulares: uni-

<sup>17</sup> G. UTARADZÉ, *Obrazovanie i konsolidacija Gruzinškoj Demokraticheskoj Respubliki* (Formación y consolidación de la República Democrática de Georgia), Munich, Institute for the Study of the URSS, 1956, p. 56.

<sup>18</sup> CRCEDHC, fondos 558, inventario 4, dossier 79.

<sup>19</sup> *Ibid.*, dossiers 82 y 84.

<sup>20</sup> *Ibid.*, dossier 79.

dos el segundo y tercer dedo del pie izquierdo. Aspecto exterior: corriente. Cabellos: castaño oscuro. Barba y bigote: oscuros. Nariz: recta y larga. Rostro: alargado, curtido, picado de viruela». La policía le llamará en adelante «el Picado». La ficha de la policía añade: «sin papeles, sin ocupación concreta, sin domicilio fijo»<sup>21</sup>. Es la propia de un revolucionario profesional.

El 6 de agosto, el jefe de la policía de Tiflis convoca a Koba para un consejo de revisión que le declara no apto para el servicio militar. Mientras vegeta en la cárcel de Kutais, las huelgas provocadas por los despidos masivos sacuden la totalidad del sur de Rusia y culminan en Tiflis a lo largo del verano de 1902. En la mañana del 4 de julio, 2.000 vendedores, hartos de trabajar desde las 6 de la mañana a las 11 de la noche, salen de sus comercios, atraviesan la ciudad en procesión, obligan a cerrar las tiendas y arrancan de sus patronos la promesa de que la jornada de trabajo quedará reducida a ocho horas y media. El movimiento llega a las fábricas, las oficinas, las imprentas, los talleres y, por fin, en agosto, a las cocheras de los ferroviarios.

Treinta y cinco años después, *Izvestia* del 27 de abril de 1937 reproduce un cuadro que muestra a Stalin como organizador de esta huelga, que habría dirigido desde el fondo de su celda de Kutais a 200 kilómetros de Tiflis. Incluso en este período de culto desbordado, este don de la ubicuidad plantea un problema: Stalin ha de elegir entre la cárcel y la huelga. Al día siguiente, una nota rectifica: «Desde febrero de 1902 hasta finales de 1903, el camarada Stalin se encontraba en las cárceles de Batum y, luego, de Kutais. Así que Stalin no pudo ser el organizador de la huelga de Tiflis en 1902». Durante esos ocho meses de detención intenta aprender alemán, lengua oficiosa del movimiento socialdemócrata internacional, que nunca llegará a hablar. No escribe. Treinta y seis meses separan el segundo texto de las *Obras completas*, fechado en noviembre-diciembre de 1901, del tercero, fechado en septiembre de 1904. Esta muda pasividad se repetirá durante cada una de sus estancias en prisión y a lo largo de su lejano exilio siberiano de Turujansk.

Durante su proceso de organizador de disturbios, en marzo de 1903, Koba no figura entre los veintiún manifestantes juzgados y

<sup>21</sup> Fondos 558, inventario 4, dossier 92, citado por B. SUVARINE, *Staline*, París, Plon, 1935, p. 46, reeditado por Gérard Leibovici, 1985, p. 60.

condenados. En 1923, el historiador Nevski afirmará: «A raíz de las huelgas de Batum [...] fue acusado [...] pero el tema fue archivado por falta de pruebas»<sup>22</sup>. Incapaz de probar su participación en la manifestación, la policía no ha podido enviarlo al banquillo de los acusados. El único testigo de cargo es el comisario Tchijvadzé: demasiado poco para los jueces de la época. Los militantes revolucionarios rusos intentaron utilizar el proceso como una tribuna, pero Koba, orador mediocre y poco interesado en ponerse en primera fila, prefiere una modesta condena administrativa a correr un riesgo inútil; en cualquier caso, la lejana y provinciana Batum no es San Petersburgo.

En ese mismo mes de marzo de 1903 se constituye un Comité transcaucásico de nueve miembros encargados de dirigir la actuación socialdemócrata en los tres países del Cáucaso (Georgia, Armenia y Azerbaiyán). En ella figuran Djibladzé, Jordania –el antiguo enemigo de Koba, que lo desprecia– y algunos futuros bolcheviques, como Tsulukidzé, un príncipe arruinado y tuberculoso, antiguo estudiante de derecho en la universidad de Moscú, uno de los escasos georgianos que ha leído *El Capital*. Pero las detenciones, tan frecuentes en aquella época, dan lugar a una rápida rotación de funciones: en la primavera de 1904, Koba entrará en el comité dirigiendo la socialdemocracia caucásica.

En julio-agosto de 1903, el auténtico Congreso fundacional del Partido obrero socialdemócrata ruso en el exilio termina con una escisión surgida por un desacuerdo sobre el artículo 1 de los estatutos: los mencheviques, dirigidos por Martov –apoyado durante unos breves momentos por Trotski–, desean un partido amplio, abierto a los simpatizantes, dispuesto a estimular a la oposición parlamentaria en la futura república democrática; los bolcheviques, dirigidos por Lenin, desean un partido estricto, rigurosamente centralizado y disciplinado, sometido a las necesidades de la acción conspiradora para preparar la insurrección que derribará a la autocracia zarista. El futuro demostrará que estas divergencias, entonces embrionarias, son muy reales, pero ahora aparecen confusas a ojos de los numerosos delegados del congreso mismo y muy oscuras a los militantes rusos.

<sup>22</sup> V. NEWSKI, *Materialy dlja biograficheskogo slovarja social-demokratov, ustupivchikh v Rossiskoe rabochee dvizhenie za period ot 1880 do 1905 g* (Documentos para un diccionario biográfico de las socialdemocracias entradas en el movimiento obrero durante el período de 1880 a 1905), vol. 1: A-D, p. 239.

La monarquía responde al desarrollo de la lucha obrera con un intento de desintegración interna y de intimidación. El policía Zubatov, antiguo populista arrepentido, propone organizar a los obreros en «sindicatos» controlados por la policía para convencerlos de que el zar los defiende contra sus patronos y contra los funcionarios-burócratas. En febrero de 1904, organiza con el pope Gapón, confidente de la Ojrana, una asamblea de trabajadores de las fábricas y talleres de San Petersburgo.

Junto a este sindicalismo policial, y con ayuda de las autoridades, se forman en 1903 unos grupos ultranacionalistas, contrarrevolucionarios y antisemitas llamados Centurias Negras; en 1905 se federan a escala nacional con la autorización, el apoyo y el dinero del poder y crean múltiples organizaciones ricas en popes, taberneros y porteros: la Unión del Pueblo Ruso, la Unión rusa, el Águila de dos Cabezas, etc. Su credo político se resume en algunas frases de choque: «No podemos permitir que cualquier gentuza intelectual, cualquier innoble judío venga a socavar el poder del zar», y en un eslogan: «¡Sacude (es decir, mata) a los judíos, salva a Rusia!». En abril de 1903 organizan pogroms, incendios y asesinatos, sobre todo en las dos principales «zonas de residencia» donde los judíos tienen derecho a vivir: en Ucrania y Bielorrusia, en Kichinev, unida ahora a Ucrania; y después, en el mes de agosto en Gomel, con la aquiescencia del ministro del Interior, Plehve. Los ministros del zar comparten con él su feroz antisemitismo. En agosto de 1903, Plehve y Witte, entonces ministro de Finanzas, reciben al profeta del sionismo, Theodor Herzl. Witte afirma con una risa sarcástica: «Yo solía decir al difunto zar Alejandro III: “Majestad, si fuera posible ahogar a 6 o 7 millones de judíos en el mar Negro, yo estaría de acuerdo. Pero, como no es posible, hay que darles una oportunidad de vivir”. Y siempre he mantenido la misma opinión»<sup>23</sup>. En el Cáucaso, barril de pólvora de las nacionalidades, las autoridades intentan asentar un poder mal aceptado por las poblaciones locales enfrentando a tártaros, azerís, persas, georgianos, armenios, unos contra otros. Los armenios, que controlan el comercio local, son la primera diana de los pogroms auspiciados por el poder.

La guerra contra el Japón calma durante unos breves instantes, y luego duplica las tensiones sociales y políticas. En su expansión ha-

<sup>23</sup> Citado por E. PAWEL, *Theodor Herzl ou le labyrinthe de l'exil*, París, Seuil, p. 470.

cia el Este, con vistas a participar en la desmembración de China a manos de las grandes potencias europeas, Rusia se encuentra, en efecto, con el imperio del Sol Naciente, comprometido desde hace treinta años en la ambiciosa empresa de modernización económica y de expansión. En mayo de 1896, San Petersburgo consigue la construcción del «ferrocarril del Este chino», que debe unir la ciudad rusa de Chita con el puerto ruso de Vladivostok atravesando el saliente que Manchuria forma entre ambas ciudades. En junio de 1900, el ejército ruso ocupa Manchuria, al norte de China. Los círculos de negociantes y los generales proyectan extender el protectorado ruso a una Corea que Tokio considera como su coto privado. En enero de 1902, para ayudar al Japón a poner freno a las ambiciones rusas, Londres firma con él un tratado de alianza defensiva. Los japoneses proponen al zar un reparto amistoso de la zona: Manchuria para los rusos, Corea para Japón. Pero la camarilla militar de San Petersburgo desprecia a esos «macacos» y Nicolás II rechaza el ofrecimiento. Plehve añade: «Para detener la revolución, necesitamos una pequeña guerra victoriosa». En la mañana del 8 de febrero de 1904, la flota japonesa bombardea por sorpresa la flota rusa del Pacífico tranquilamente anclada en Port-Arthur dando un aspecto defensivo a la deseada guerra. La monarquía organiza inflamadas manifestaciones patrióticas que reúnen sobre todo a borrachos y prostitutas —clientela habitual de las comisarías— flanqueados por posaderos y agentes de policía que, todos juntos, claman a voz en grito: «¡Dios salve al zar!». Honorables universitarios aclaman la nueva cruzada contra los «insolentes mongoles» y la defensa, por parte de Rusia, de la civilización europea y cristiana contra el «peligro amarillo». Los carteles muestran a los pequeños macacos de ojos oblicuos huyendo delante del rubio gigante ruso. Esta efímera efervescencia patriótica no afecta a las poblaciones locales del Cáucaso, indiferentes a esa lejana contienda.

La infantería japonesa cruza el río Ya-Lu, que separa Corea de Manchuria, y arrolla a la infantería rusa. La incuria y la corrupción del mando están en el origen de estas derrotas militares que exasperan al pueblo. El almirante Alexeiev, a la cabeza del ejército, debe su ascenso a un servicio íntimo prestado al gran-duque imperial Alexis: un año antes, este último había provocado una pelea de borrachos en un burdel de Marsella: el almirante declaró a la policía francesa que el homónimo había dado lugar a confundir Alexis con



Alexeiev, y se declaró culpable. Este sacrificio bastó para su ascenso. Al sentir, lo mismo que sus ayudantes, un profundo desprecio por los mujiks, envía regimientos de estos a cargar a la bayoneta contra las posiciones de la artillería japonesa que los abate por miles. Cuarenta años más tarde, Stalin recurrirá a la misma táctica.

A pesar de que el Transiberiano es de vía única en una parte del trayecto, cada jefe de cuerpo del ejército dispone de un tren especial que consta de coche-cama, vagón-restaurante y coche-salón, repletos de ordenanzas y de invitados que descorchan el champán de las derrotas, mientras que sus convoyes obstaculizan, retrasan y bloquean el tráfico. El almirante Alexeiev, que aborrece el ruido, prohíbe cualquier movimiento ferroviario nocturno... Cuando sea destituido por incompetencia notoria, su sucesor, el general Kuropatkin, exigirá disponer de un tren especial. Por toda Rusia surge un odio hacia esos dignatarios insaciables e incompetentes. En junio, es asesinado el gobernador general ruso de Finlandia. Un mes más tarde, el ministro del Interior, Plehve, muere abatido por un militante socialista revolucionario.



## Capítulo IV

### EL TRANSEÚNTE DE 1905

El 9 de julio de 1903, la Conferencia especial de San Petersburgo, formada por cuatro altos funcionarios de los ministerios de Justicia e Interior, destierra a Iosiv Djugachvili y a otros diez inculpados a Novaia Uda, en Siberia oriental, cerca de Irkutsk, por un período de diez años bajo vigilancia policial. La policía se toma su tiempo. A comienzos de noviembre, Koba sale de la cárcel de Batum, donde comunican su envío a «unas localidades alejadas del Imperio ruso».

Bulgakov imprime a esta modesta condena una coloración grandiosa. En su obra *Batum*, el ministro de Justicia presenta a Nicolás II en persona la firma del documento que decreta la detención «relacionada con el crimen contra el Estado cometido por Iosiv Visario-novitch Djugachvili, natural del distrito de Gori». Djugachvili es deportado a Siberia por incitación a la huelga. «La Santa Rusia tiene unas leyes bien suaves»<sup>1</sup>, comenta desolado el monarca mientras estampa su firma en el decreto. Pero el zar no tuvo nada que ver en este asunto: la condena administrativa sin juicio que afectaba a Koba fue propuesta por la policía local, estudiada por la Conferencia especial y su decisión confirmada y firmada a continuación por el ministro del Interior en nombre del emperador.

Koba partió hacia el exilio a mediados de noviembre. Según la cronología oficial llegó a Novaia Uda el 27 de noviembre tras un viaje increíblemente breve. Los traslados de exiliados, pasando de prisión en prisión, duraban meses: el de Trotski, de una distancia semejante, había durado cuatro. En 1908, Koba, exiliado cerca de Vologda, saldrá de Baku el 9 de noviembre y llegará a su destino el 27 de febrero.

En realidad, Koba no llegó nunca al lugar del exilio: en el trayecto se evadió de la cárcel. Oficialmente, se escapó de Novaia Uda

---

<sup>1</sup> *Bulgakov, Inédit*, Chicago Ardis/Ann Arbor, 1977, pp. 202-203.

el 5 de enero de 1904, es decir, 38 días después de su llegada imaginaria, tras haber recibido, en diciembre, una carta (evidentemente perdida) de Lenin. Pretenderá haber hecho una primera tentativa, sin ropa de abrigo, en la que estuvo a punto de que se le helaran las orejas y la nariz. La segunda vez, mejor vestido, lo consiguió. Un historiador francés nos da una versión épica de esta evasión imaginaria: «Al principio escapó a pie y, después, en la carreta de un campesino que lo llevó hacia el Ural. Tenía hambre y frío, tosía continuamente y estuvo a punto de contraer la tuberculosis»<sup>2</sup>. Ahora bien, es absolutamente imposible atravesar la taiga a pie y luego en la carreta de un campesino en pleno mes de enero, durante semanas a temperaturas de -30 o -40 grados. Y Koba tenía una buena dosis de sentido común como para intentar tan insensata aventura.

Pero era preciso que hubiera llegado a Novaia Uda para recibir allí la famosa carta. De hecho, ¿cómo habría podido Lenin, en Londres, tener conocimiento de la existencia de aquel militante encarcelado en Kutais y Batum cuando los mismos exiliados ignoraban la fecha de su salida hasta el último momento? Stalin mencionará esta carta el 28 de enero de 1924, es decir, ¡una semana después de la muerte de Lenin! ¡Ah, si pudiera blandir el texto...! «Desgraciadamente, susurra, no me perdono el haber quemado la carta de Lenin como tantas otras obedeciendo a mi costumbre de antiguo militante clandestino [que lo era solamente desde hacía dos años].» No puede mencionar el contenido, pero ha dejado en él «una impresión imborrable». Comparados con Lenin, los demás dirigentes del Partido (con los que, lo mismo que con Lenin, no se había reunido nunca) le parecían inferiores «muy por debajo de él. Comparado con ellos, Lenin [...] era un dirigente de clase superior, un águila de las montañas, intrépido en el combate, el que conducía audazmente al Partido por los caminos inexplorados del movimiento revolucionario ruso»<sup>3</sup>.

¿Cómo podía, tras año y medio de reclusión en Georgia, juzgar desde el fondo de Novaia Uda los méritos comparados de los dirigentes instalados en Europa? Expresa su entusiasmo a un amigo emigrado, que a su vez transmite su admirativa epístola a Lenin,

<sup>2</sup> L. MARCOU, *Staline, vie privée*, París, Claman-Lévy, 1996, p. 43. Este relato se basa en el del futuro suegro de Stalin, Serge Allilúiev, que repite respetuosamente lo que le dijo su yerno.

<sup>3</sup> Discurso del 28 de enero de 1924, en STALIN, *Oeuvres complètes*, t. 6, pp. 53-54.

quien le envía a Novaia Uda «una carta sencilla pero profunda [...], una cartita sencilla y atrevida [...], de una concisión y una audacia que hacen pensar que cada frase es un pistoletazo». La carta refuerza en él la idea de que «en Lenin tenemos el águila de las montañas de nuestro partido»<sup>4</sup>. Stalin no hablará de su respuesta inexistente más que del contenido de la imaginaria misiva.

A finales de enero de 1904, Koba está de nuevo en Batum. Este regreso al lugar de sus hazañas anteriores es contrario a las costumbres de los revolucionarios condenados, que evitaban volver allí donde habían sido descubiertos por la policía, sobre todo después de una fuga. Por otra parte, difícilmente se podía esconder en la pequeña ciudad de Batum un condenado político evadido, pero Koba era poco conocido y no tenía el propósito de alejarse de su provincia natal.

Los mencheviques, mayoritarios en el comité de Batum, quieren cerrar el paso al que uno de ellos describe como un «muchacho seco, huesudo, de rostro moreno y pálido, marcado por la varicela, de mirada rápida y astuta, vivo, desenvuelto y presuntuoso»<sup>5</sup>, responsable a sus ojos de la aventura de abril de 1902. Cuando la policía les desmantela su imprenta clandestina, hay quien acusa a Koba. Una comisión de investigación zanja el caso: Koba no ha respetado las reglas de la clandestinidad, pero no se le puede acusar de haber entregado la imprenta a la policía. Koba es víctima de su carácter: asqueado de la disciplina del seminario, se muestra reacio a obedecer cualquier regla: no las discute, pero, decidido a no hacer más que su voluntad, y por su negativa a justificarse o por su incapacidad para explicarse, las ignora o las elude sin decir palabra. De este modo, las sospechas recaen inmediatamente sobre él.

La comisión ha lavado su honor. Pero el comité de Batum no quiere volver a saber de él. Despechado, a finales de febrero, Koba se vuelve a Tiflis, donde el joven Kamenev, nuevo responsable del comité bolchevique, lo acoge y le proporciona un escondite. Se convierte en redactor del periódico bolchevique *Proletariats Brdzola* (*La lucha del proletariado*) que aparece al mismo tiempo en georgiano, armenio y ruso; seis de los doce números publicados contienen un artículo suyo; a partir de entonces pertenece al grupo de los dirigen-

<sup>4</sup> *Ibid.*

<sup>5</sup> R. ARSENIÐZÉ, «Souvenirs sur Staline», *Novy Journal*, n° 72, 1963, p. 218.

tes bolcheviques locales. Sin escatimar los medios, se enfrenta con los mencheviques, ampliamente mayoritarios en la socialdemocracia georgiana. Un día, al encontrarse en minoría durante una reunión, se esfuma. Unos minutos después suena la señal convenida que anuncia la inminente llegada de la policía. Los militantes se dispersan. No hay agentes en el horizonte, pero tampoco reunión: la jugada le ha evitado encontrarse en minoría. Por otra parte, esas prácticas favorecen los rumores. El menchevique Arsenidzé le acusa de haber calificado de «judíos circuncisos» a los dirigentes mencheviques Martov, Dan y Axelrod, y de añadir: «Son unos cobardes y unos traficantes. [...] ¿Acaso no saben los trabajadores de Georgia que los judíos son un pueblo miedoso, inepto para la lucha?»<sup>6</sup>. Arsenidzé quizá proyecta el Stalin de posguerra sobre el Koba de 1903. Sin embargo, en su informe sobre el congreso unificado del POSDR de 1907, Koba repetirá complacido la broma del bolchevique Alexinski «según el cual los mencheviques son una fracción judía y los bolcheviques, una fracción rusa; por consiguiente, terminaba Alexinski, los bolcheviques haríamos bien en organizar un pogrom en el Partido»<sup>7</sup>. Después de tres años de pogroms, la broma resultaba ser de dudoso gusto.

A pesar de ser un revolucionario profesional, Koba no vive solamente de la política. El 22 de junio de 1904, se casa en Gori con Ekaterina Svanidzé, una joven campesina de 15 años, originaria del pueblo de Didi-Lilo —donde había nacido su padre—, y hermana de su camarada bolchevique Alexandr Svanidzé. Un antiguo alumno del seminario celebra la boda en la iglesia de San-David de Tiflis; en la Rusia zarista no existe el matrimonio civil y solamente puede registrarse el matrimonio religioso. Por este motivo, Lenin, que consideraba inconveniente incluso la idea de Dios, se había casado por la Iglesia; y Trotski había recibido en la cárcel, junto a su esposa, la bendición de un rabino durante su traslado de Moscú.

Ekaterina, una joven piadosa, saca adelante el matrimonio trabajando como costurera. Venera a su marido como a un semi-dios y, durante sus reuniones nocturnas, ruega incesantemente al Señor para que Koba renuncie a sus ideas heréticas y a sus tenebrosas actividades, y se dedique a su familia. Todo confirma su devoción por él

<sup>6</sup> *Ibid.*, t. 1, nota 9, p. 396.

<sup>7</sup> STALIN, *Oeuvres complètes*, t. 2, pp. 50-51. El congreso de Londres del POSDR.

y el amor de este por la bella mujer-niña de cabellos de azabache y grandes ojos negros que, según la leyenda, se metió debajo de una mesa la primera vez que los militantes bolcheviques aparecieron en su casa.

Esta boda con una mujer ajena a la actividad política es curiosa en un militante ruso. Krupskaja, esposa de Lenin, es su ayudante y secretaria política. Trotski, Zinoviev, Kamenev se casan con mujeres que comparten sus convicciones. Koba, por su parte, ha hecho una elección diferente... que no solo se explica por el amor: no le gusta tratar de igual a igual. Su segunda esposa, Nadejda Alliluieva, le irritará por su costumbre de opinar sobre todo. Posteriormente se rodeará de ayudantes y de colaboradores obtusos y limitados. Necesita dominar a los que le rodean. La hermosa, dulce pero inculta Ekaterina, once años menor que él, le infunde seguridad. Al hacer su elogio en 1910 recordará los «hermosos trajes» que le confeccionaba. Con aquello se consideraba satisfecho.

Al día siguiente de la boda la deja y sale para Baku. A partir de la perforación del primer pozo de petróleo en la península de Apcheron, treinta años antes, la ciudad ha crecido como un hongo a orillas del mar. Ahora cuenta con alrededor de 200.000 habitantes. Los funcionarios y los capataces rusos, los comerciantes y los ingenieros armenios, los extranjeros y algunos riquísimos azeríes viven en el centro, pavimentado e iluminado con gas durante la noche. Las tres cuartas partes restantes de la población, especialmente los azeríes musulmanes, se hacinan en poblados de tiendas de campaña, en barracones improvisados, malolientes, sin agua ni luz, y en los cuchitriles de los míseros barrios de Balahany, Sabunci y Bibi Eibat, de calles polvorientas repletas de basura que rodean la ciudad al noreste y al oeste. La polución devora los pulmones y los niños de los suburbios mueren en masa: aún en ese final de siglo, un cementerio especial recibe a las pequeñas víctimas. La administración y la patronal atizan los odios raciales que desgarran a esta hambrienta Babel y lanzan unos contra otros a armenios, georgianos, rusos, osetes, al sub-proletariado mal pagado de tártaros y azeríes, de turcos y persas que cruzan la frontera por unos pocos kopecks.

En aquellos momentos, los socialdemócratas de la ciudad se encuentran en una situación difícil. Durante 1901, dos georgianos, Lado Ketsjoveli y Aveli Enukidzé, han formado allí un comité, han lanzado en septiembre un diario en georgiano y han montado una

imprensa clandestina, llamada Nina, que reproduce los números de *Iskra*. Las matrices salen de Marsella, y después de un largo viaje en barco, les llegan a lomos de caballo o de mulo a través de la frontera persa. Nina los reproduce por miles de ejemplares que se difunden por el Cáucaso y por el sur de Rusia. La propaganda socialdemócrata encuentra un eco favorable: la crisis económica azota a la industria del petróleo, los salarios se bloquean, amenaza el paro. El 1 de mayo de 1902, cerca de 5.000 trabajadores desfilan por las calles de Baku: es la mayor «maievka» del Imperio. En septiembre de 1902, la policía detiene a dos dirigentes socialistas. Poco después, un guardia de la cárcel abate de un tiro en pleno corazón a Ketsjoveli cuando estaba arengando a los detenidos desde la ventana de su celda.

En julio de 1903, los obreros del petróleo de Baku, que entonces trabajaban dieciséis horas diarias, desencadenan la huelga seguidos por los trabajadores de Tiflis, de Batum y de los mineros de Tchiaturi. Pero la huelga languidece y las detenciones desmantelan el comité socialdemócrata. Un año después (junio de 1904), Koba acompaña al bolchevique Stopani a la Ciudad Negra con objeto de reorganizarla, y marcha inmediatamente a Georgia para intentar crear otros comités bolcheviques: en Kutais reúne a cierto número de delegados y proclama el fantasmal comité bolchevique de Imere-ti y de Mingreli. Los resultados fueron tan pobres que no llegó a formar parte de los quince delegados bolcheviques que, en noviembre de 1904, proclamaron en Tiflis un comité bolchevique georgiano dirigido por León Kamenev.

Las *Obras completas* de Stalin incluyen dos «cartas de Kutais», muy dudosas, publicadas por primera vez en 1946, fechadas en septiembre y octubre de 1904 y dirigidas a un bolchevique georgiano exiliado que, sorprendido por su opinión «entusiasta y exaltada» sobre Lenin, comunicó el texto al interesado, que le envió inmediatamente una respuesta para transmitir al «Colchidiano inflamado»<sup>8</sup>. En ellas, Koba alude a una imaginaria victoria sobre los mencheviques georgianos de la que no habría podido alardear sin caer en el ridículo en 1904, pero que podía fabricar impunemente en 1946. Allí se burla de «los señores Rosa [*sic!*] Kautsky, Plejanov, Axelrod, Vera

<sup>8</sup> *Ibid.*, t. I, nota 9, p. 396.



Zassulitch, etc.»<sup>9</sup>. Esta familiaridad desenvuelta y despectiva de un oscuro militante provinciano respecto a unos dirigentes famosos es un anacronismo. Las cartas, fabricadas en 1946, están destinadas a sugerir que, desde el otoño de 1904, Koba era un leninista capaz de tratar insolentemente a unas figuras históricas del movimiento *obrero* internacional.

También pretende haber dirigido desde Baku, del 13 al 31 de diciembre, la huelga general de obreros del petróleo donde aparecían dos fuerzas en competición: de un lado, el comité bolchevique, implantado sobre todo en las oficinas y en las instalaciones técnicas de la ciudad; del otro, la Unión de los trabajadores de Balahany y Bibi Eibat —los dos miseros barrios donde se encuentra la mayor parte de los pozos de petróleo— fundada y dirigida por la familia Chendrikov. Se trata de cuatro aventureros en busca de acción que amenazan a los patronos con asesinarlos o con prender fuego a sus empresas para extorsionarlos y conseguir dinero: Ilya, un orador apasionado que electriza a las masas de las torres perforadoras, su mujer Claudia, cuya elocuencia lírica enardece a los oyentes masculinos —musulmanes en un 90%— y sus dos hermanos, León, antiguo estudiante, un teórico encargado de la redacción de los panfletos, y Gleb, el responsable de la impresión y distribución. Rápidamente atraen a su Unión a la mayoría de los obreros de los suburbios y elaboran un cuaderno de reivindicaciones que aúna las exigencias generales, sociales y políticas («¡Abajo la autocracia zarista!», «¡Abajo la guerra!», «¡Viva el sufragio universal!», «¡Viva la jornada de ocho horas!», etc.) y las reivindicaciones particulares (supresión de las horas extraordinarias y del trabajo en domingo, aumento de salarios, introducción del sistema de los tres-ocho, supresión de todas las multas y sanciones, suministro de agua y electricidad a cargo de los patronos, atención médica y alojamiento gratuitos, cantinas y salas de lectura para los obreros). En noviembre de 1904 se distribuyen por las torres y las refinerías martilleando: «¡Huelga general para arrancarles nuestras reivindicaciones!».

En una declaración del 7 de septiembre, el comité bolchevique considera inútil y estéril la huelga general y opone a ella el derroca-

<sup>9</sup> La falsedad queda curiosamente subrayada en el tomo I. En efecto, la nota 9 precisa: «Los originales georgianos de estas cartas no han sido hallados» y, sin embargo, los dos textos aparecen (pp. 58 y 61) como publicados por primera vez y «traducidos del georgiano»... ¡a partir de un texto desaparecido! Carta de Kutais.

miento previo de la autocracia zarista por medio de manifestaciones callejeras: «Mientras el gobierno zarista esté a la cabeza de nuestro país, mientras ayude a los capitalistas a explotarnos, por muchas huelgas grandiosas que organicemos, no mejoraremos nuestra suerte». Este pronóstico, desmentido muy pronto, queda compensado por unas perspectivas líricas pero lejanas: «En cambio, una vez que hayamos derribado al gobierno zarista, tendremos la posibilidad de hacernos con el mundo entero». Mientras tanto, no nos movamos. Denunciando las «miseras insignificantes reivindicaciones» de los participantes, el comité invita a los obreros a «prepararse para un ataque decisivo contra el zarismo, a bajar a las calles y a las plazas»<sup>10</sup>. Estas actitudes caricaturizan las ideas de Lenin. En efecto, para él, la lucha reivindicativa económica no puede engendrar por sí misma una conciencia política socialista, pero no se deduce, por otra parte, que la lucha económica deba dejarse para los días siguientes a la caída del zarismo.

Los obreros ignoran las consignas bolcheviques. En la noche del 12 al 13 de diciembre, la organización de los Chendrikov lanza la orden de una huelga seguida masivamente. El comité bolchevique se alía con ellos y constituye un comité de huelga dirigido por el agitador Aliocha Djaparidzé y por Stopani, que negocia con los patronos, obtiene algunos resultados y el 22 de diciembre da la orden de continuar el trabajo... una orden desobedecida por la mayoría de los huelguistas descontentos. Los patronos hacen nuevas concesiones (jornada de trabajo de 9 horas en lugar de 9 horas y media, baja de enfermedad por 2 meses, ninguna discriminación salarial según la nacionalidad). En estas condiciones, el comité de huelga bolchevique considera que es imposible continuar la huelga y ordena la vuelta al trabajo en un comunicado despectivo que parece salir de la pluma de un aprendiz de burócrata; incluso se permite aludir a la ausencia de conocimientos y de fuerza de «la fría masa gris de los obreros» en huelga desde hace dos semanas, y luego, en un lamento de impotencia, afirma: «Ya no somos lo bastante fuertes como para detenerlos en su lucha dentro de los límites que nosotros los socialdemócratas consideramos aceptables y eficaces en el momento

<sup>10</sup> Citado por E. L. KEENAN, «Comentarios sobre la historia del movimiento revolucionario en Baku (1904-1905) a partir de documentos de los Archivos Históricos centrales del Estado de Leníngrado», en *Sur* 1905, París, Champ libre, p. 80.

actual. [...] Al anunciar el final de la huelga, damos a los obreros la consigna de reanudar el trabajo el 28 de diciembre»<sup>11</sup>. La «fría masa gris» osará no obedecer esta consigna.

En efecto, al reunir a todos por encima de sus nacionalidades y sus creencias religiosas, la huelga infunde en los desheredados de las torres de perforación un sentimiento nuevo de poder que los exalta; así, los Chendrikov les convencen fácilmente de que no reanuden el trabajo e incendien unas decenas de pozos. Aterrados, los patronos se echan atrás y el 30 de diciembre firman el primer convenio colectivo de la historia de Rusia. Se comprometen a pagar íntegramente los jornales de los días de la huelga, a no sancionar a ningún huelguista, a proporcionar a los obreros agua y electricidad gratuitas y a pagar durante tres meses la mitad del salario a todo trabajador enfermo.

Según Arkadi Vaksberg, los hermanos Chendrikov eran ayudantes de la policía, y con el acuerdo tácito de las autoridades, su Unión de obreros de Baku pretendía apartar a sus miembros de la acción política<sup>12</sup>. Si la acusación es cierta, el fracaso del sindicalismo policial fue aplastante pues unió en Baku reivindicaciones corporativas y políticas, dio lugar a una huelga general y... al primer convenio colectivo del Imperio. En 1906, un tribunal del partido socialdemócrata declaró a León Chendrikov culpable de haberse apropiado de los fondos extorsionados a los patronos, a pesar de contar con un joven jurista menchevique de brillante futuro, Andrei Vychinski, como abogado defensor. Posteriormente, Vychinski será mejor fiscal que abogado defensor...

¿Fue Koba responsable de la brutal actitud del comité bolchevique? De hecho, en diciembre de 1904 no se encontraba en Baku, sino en Gori o en Tiflis. Su nombre no figura en ninguno de los documentos de la época ni en las memorias de los miembros del comité de huelga publicadas en Baku en 1923, o sea, un año después del nombramiento de Stalin para el cargo de Secretario General. En sus *Obras completas* no figura reproducido ningún texto del comité bolchevique. En realidad, no llegó a Baku hasta enero de 1905. La «biografía autorizada», redactada por su secretario personal y publicada en 1927 en la Encyclopédie Granat no nombra la

<sup>11</sup> *Ibid.*, p. 92.

<sup>12</sup> A. VAKSBERG, *Vychinski le procureur de Staline*, París, Albin Michel, 1991, p. 24.

huelga de diciembre de 1904. Sin embargo, en 1946 podía atribuirse sin riesgo la dirección póstuma.

El *Proletariatis Brzdola* del 1 de enero de 1905 publica un extenso artículo de Koba, absolutamente mudo sobre esta huelga cuyos ecos resuenan, sin embargo, por todo el Cáucaso. Diserta en él sobre la fórmula leninista del artículo 1 de los estatutos del POSDR. Incluso a continuación de un gigantesco movimiento de masas donde los obreros han demostrado su fuerza y su decisión, solo habla del «comité del partido» y define una concepción muy estricta y cerrada del partido de vanguardia: una «fortaleza cuyas puertas solamente se abren a los que son dignos [...] y han pasado las pruebas». El reclutamiento exige «una vigilancia extrema». Defiende ese carácter cerrado con acentos religiosos y militares: «Dar a un charlatán el nombre de miembro del Partido (es decir, de dirigente del ejército de los proletarios) sería profanar lo que hay de más sagrado en el Partido [...]. El Partido [...] dirige dignamente hacia adelante el ejército de los proletarios a través del Comité Central». El Partido es la disciplina y la unidad de criterios: «Si desaparece la unidad de criterios, el Partido se hunde automáticamente». Los desacuerdos están, pues, prohibidos. En efecto, sin disciplina, el Partido no es más que «un banquete» [*sic!*] o una «familia patriarcal acogedora»<sup>13</sup>. Así, para Koba, el Partido es más una élite que una «vanguardia», un cuerpo especial, una orden superior de tipo militar cuya primera virtud es una rígida disciplina.

Mientras diserta así sobre los estatutos, la revolución, que no vislumbra, llama a la puerta. El 3 de enero paran los obreros de la fábrica metalúrgica Putilov, en San Petersburgo, en protesta por el despido de cuatro de ellos. La asamblea de obreros creada por el pope Gapón organiza la huelga, que se extiende y el 8 de enero arrastra a cerca de 120.000 trabajadores. El domingo 9, bajo un sol que hace resplandecer los palacios después de la nevada nocturna, una multitud endomingada de más de 100.000 personas avanza hacia el palacio de Invierno para entregar al zar una petición mientras entona cánticos religiosos y enarbola retratos de Nicolás II. Este último ha salido a jugar a los disfraces en Tsarskoe Selo, a 30 kilómetros de la capital. Confiando en el zar, pero inquietos ante el formi-

<sup>13</sup> STALIN, *Oeuvres complètes*, t. 1, pp. 65-67, 70. «La clase de los proletarios y el partido de los proletarios.»

dable despliegue de los 12.000 soldados y cosacos que están repartidos por la ciudad y defienden el palacio de Invierno, los manifestantes colocan en primer término a las mujeres y a los niños precedidos por Gapón, con su blanca barba ondeando al viento.

En una plataforma reivindicativa, jamás repetida en la URSS en tiempos de Stalin después de 1926 (habría recordado demasiado unas reivindicaciones siempre insatisfechas), los solicitantes reclaman: la liberación inmediata de todas las víctimas de la represión política, social y religiosa, el final de la guerra, la proclamación inmediata de la libertad e inviolabilidad de la persona, de la libertad de expresión, de la libertad de prensa, de la libertad de reunión, de la libertad de conciencia en materia religiosa, la enseñanza pública general y obligatoria a expensas del Estado, la responsabilidad de los ministros ante el pueblo, la igualdad de todos ante la ley, la separación de la Iglesia y el Estado, la abolición de los impuestos indirectos y su sustitución por un impuesto directo y progresivo sobre los ingresos, la abolición de las cantidades anuales de rescate para los campesinos, la libertad inmediata de sindicación, la jornada de ocho horas y la reglamentación de las horas extraordinarias. La satisfacción de esas urgentes exigencias permitiría a los «obreros organizarse para defender sus intereses en contra de la descarada explotación de los capitalistas y del gobierno de funcionarios que roba y asfixia al pueblo»<sup>14</sup>.

Cuando la muchedumbre se acerca al palacio, los cosacos disparan por orden del hermano del zar, el gran-duque Constantino. La multitud retrocede y huye en desorden, perseguida a lo largo de la ciudad por unos cosacos enfurecidos que la sablean sin compasión. En el pavimento yacen oficialmente 170 muertos y 800 heridos o mutilados, probablemente cuatro veces más. Gapón maldice al «zar chupador de sangre» y huye a Finlandia. Unos días más tarde, Nicolás II declara a una delegación «obrero» escogida por la policía: «Venir en masa rebelde a exponerme vuestras necesidades es un acto criminal». Este «domingo rojo» hace tambalearse por todo el Imperio la veneración tradicional hacia el zar, suscita una primera oleada de huelgas obreras, provoca revueltas en el campo y da nuevo impulso al terrorismo: el 2 de febrero, un socia-

<sup>14</sup> Texto completo en M. LARAN y J. L. VAN REGEMORTER, *La Russie et l'ex URSS de 1914 à nos jours*, París, Armand Colin, 1996, pp. 18-20.

lista revolucionario da muerte al gran-duque Sergio, tío del zar y gobernador de Moscú.

Koba vuelve a Tiflis a primeros de enero de 1905 y en febrero redacta dos proclamas del comité bolchevique dedicadas exclusivamente a unos acontecimientos en el Cáucaso: el pogrom de los armenios en Baku y una manifestación en Tiflis. No menciona el Domingo rojo que, sin embargo, provoca una huelga general en Tiflis. Aquella matanza no suscita reacción alguna en él. El círculo de sus preocupaciones y de sus inquietudes es estrictamente local. San Petersburgo y sus obreros están a años luz de Koba.

En abril de 1905 se celebra en Londres el III Congreso del Partido socialista obrero puramente bolchevique. Koba no resulta elegido entre los cuatro militantes de la delegación caucásica dirigida por Kamenev. Permanece en Batumi, donde intenta formar un comité bolchevique de quince miembros frente a los centenares de mencheviques de la ciudad. En un artículo de mayo de 1905 ¡sigue extendiéndose sobre los estatutos del Partido! Califica al socialismo de «tierra prometida» a la que la clase obrera llegará irremisiblemente «tras haber errado y sufrido durante largo tiempo», siempre que confíe su suerte a la socialdemocracia, auténtico Moisés del proletariado, que la conducirá hasta su reino. Si el movimiento obrero espontáneo accede a la conciencia socialista, engendrará un movimiento socialdemócrata que se lanzará de inmediato hacia la «tierra prometida»<sup>15</sup>. Pero Koba advierte al lector: «En ningún caso se debe permitir [...] la distribución directa de armas a las masas»<sup>16</sup>. El comité del Partido ha de controlar todo.

Mientras discurre así, las derrotas se suceden en Extremo Oriente: el 10 de marzo, las tropas japonesas aplastan a los rusos en Mukden. En octubre de 1904, el Estado Mayor ruso había lanzado a un periplo de 22.000 kilómetros a la flota del Báltico para enfrentarla con la marina japonesa en Port-Arthur. Después de siete meses de vagabundeo, de múltiples peripecias como el bombardeo de barcos de pesca británicos, y de innumerables averías, los 65 navíos rusos llegan a Tsushima el 28 de mayo de 1905. En una emboscada, la flota japonesa hunde 62. Esta derrota pone de relieve la incompeten-

<sup>15</sup> STALIN, «Una rápida ojeada sobre las divergencias del Partido», *Oeuvres complètes*, t. 1, pp. 98, 103.

<sup>16</sup> STALIN, «La insurrección armada y nuestra táctica», en *Ibid.*, p. 135.

cia del régimen y provoca una nueva oleada de indignación y de huelgas. El 14 de junio se amotinan los marineros del acorazado *Potemkin*, arrojan a los oficiales al mar e izan la bandera roja. En julio, un socialista revolucionario abate al ministro del Interior, Plehve. Ruge el campo; los campesinos invaden las tierras de los propietarios en numerosos pueblos. Para impedir su regreso, queman las mansiones, las galerías de cuadros y las bibliotecas, cuando no des-tripan a la familia a golpes de bieldo.

El 12 de mayo de 1905, 44.000 obreros de la industria textil de la región de Ivanovo-Voznesensk, a 400 kilómetros al noreste de Moscú, constituyen durante 72 días el primer soviét (consejo de delegados obreros) de la historia, que dirige la huelga, cierra los despachos de bebidas y organiza unas milicias contra los esquirolés al servicio del poder enfrentándose así con él. En 1938, Stalin mandará a la cárcel, donde morirá a causa de las palizas, a su presidente el obrero poeta Nozdrine.

El Cáucaso, y Georgia en particular, están en plena ebullición. Los campesinos se sublevan aquí y allí y, generalmente con ayuda de los mencheviques, elaboran amplias plataformas reivindicativas. Reclaman una mezcla de entrega gratuita de las tierras del gobierno y de los grandes propietarios, la autonomía comunal, la abolición de los impuestos indirectos, el mantenimiento de los reclutas caucásicos en el Cáucaso, la abolición de la censura de prensa, la creación de bibliotecas públicas gratuitas, etc. Koba nunca menciona en sus artículos dichas reivindicaciones elaboradas por las bases.

El gobierno finge soltar lastre. El 18 de febrero, un manifiesto imperial promete convocar un día a los representantes del pueblo para «participar en la elaboración y en las discusiones preparatorias de las propuestas legislativas». El 6 de agosto, un segundo manifiesto anuncia la convocatoria de una Duma censataria consultiva. Estas primeras concesiones a la burguesía liberal agudizan el descontento que pretenden apaciguar.

La actividad de Koba en estos momentos de confusión es modesta. Escribe algunos panfletos y artículos y, en una Georgia donde la elocuencia es la reina, pronuncia algunos monótonos discursos. En abril, durante un debate en Batum, estigmatiza sin éxito a los dirigentes mencheviques de la ciudad. El 8 de junio de 1905 muere a los 29 años el príncipe bolchevique Tsulukidzé, consumido por la tuberculosis. En sus funerales, Koba denuncia la auto-

cracia y a los pérfidos mencheviques ante la indiferencia de sus oyentes.

Con el fin de calmar a los georgianos, San Petersburgo nombra un nuevo virrey, que juega a los liberales y se apoya en los mencheviques. Para impedir en Tiflis las matanzas interétnicas minuciosamente elaboradas por su predecesor, les proporciona 500 fusiles, la mitad de ellos fuera de uso, que devuelven una vez pasado el peligro. Luego, nombra gobernador de la provincia de Kutais a un intelectual marxista liberal que —antes de entrar en prisión seis meses después acusado de ser un agitador revolucionario— recorre los campos explicando a los corteses pero indiferentes campesinos, con ayuda de citas de Marx, que Georgia no está madura para el socialismo.

La autocracia necesita del ejército para restablecer el orden. El 5 de septiembre, Witte firma un tratado de paz con el Japón en Portsmouth, en los Estados Unidos que, preocupados por el expansionismo japonés, presionan a Rusia para que acepte una derrota barata: no pagará indemnizaciones, cede a Tokio el sur de Sajalin —que Stalin recuperaría en 1945—, y reconoce el protectorado japonés sobre Corea. Sin embargo, este triunfo diplomático no frena la agitación revolucionaria. En la segunda quincena de septiembre, la huelga llega a cincuenta imprentas de Moscú y después de San Petersburgo, a las que se unen muy pronto, el 7 de octubre, los empleados de ferrocarriles de Moscú. El 9 de octubre, un congreso de ferroviarios de San Petersburgo adopta una carta reivindicativa expedida por telégrafo a todas las líneas, exigiendo la jornada de ocho horas, las libertades cívicas, la amnistía de los presos políticos y la Asamblea constituyente. La huelga logra cada día nuevos adeptos: el 13 Riga, el 15 Baku, el 17 Odessa y, luego, Tiflis y Batum.

Al amparo de la oleada de huelgas, se crean soviets en 58 ciudades o en barrios obreros. Estos órganos democráticos de masas, que escapan al control del Partido, no agradan a Koba. Solamente en una ocasión, durante un breve homenaje ofrecido en 1906 a los soviets de San Petersburgo y de Moscú, habla de que «siempre que sea posible han de tomar medidas para que la ofensiva revolucionaria sea simultaneada»<sup>17</sup>. Es muy poco. Georgia no cuenta con el menor soviets y el Cáucaso, uno en Baku. Mientras Trotski preside el soviets de la capital, Koba jamás ha visto funcionar a uno de ellos.

<sup>17</sup> STALIN, *Oeuvres complètes*, t. 1.



A partir del verano, Georgia escapa al control de la administración rusa. En Guri, zona campesina más allá de Batum, se había formado un comité revolucionario autónomo menchevique que el ejército dispersaría a comienzos de 1906 masacrando a unos centenares de campesinos. En estos sucesos, Koba desempeña solamente un papel de escasa importancia. En julio de 1905 interviene en un mitin en Tchiaturi; el 18 de octubre denuncia en Tiflis las ilusorias promesas del manifiesto zarista del día 17; participa en la creación de efímeros diarios bolcheviques; el 19 de octubre redacta una llamada a «todos los trabajadores» que clama: «¡Abajo la Duma de Estado! ¡Viva la insurrección armada! ¡Viva el ejército revolucionario! ¡Viva el gobierno provisional revolucionario! ¡Viva la Asamblea constituyente popular! ¡Viva la República democrática! ¡Viva el proletariado!»<sup>18</sup>. La panoplia está completa.

El 17, el zar había publicado un manifiesto redactado por Witte en el que prometía la libertad de expresión –pero omitía referirse a la libertad de prensa y a la censura– y la elección de una cámara, la Duma, por sufragio universal. El 22 del mismo mes, anunció una amnistía parcial a todos aquellos que «antes de la publicación del Manifiesto se hayan hecho culpables de actos criminales en contra del Estado». La decisión va seguida inmediatamente de unos pogroms inspirados e incluso organizados por las autoridades, que se extienden por toda Rusia a manos de las Centurias Negras: comercios saqueados, mujeres y muchachas violadas y despanzurradas, ancianos apuñalados, niños con el cráneo aplastado en medio de un concierto de alaridos patrióticos y de cánticos envueltos en vapores de alcohol... tal es el espectáculo que, ante la mirada indiferente o cómplice de los cosacos, ofrecen varios centenares de ciudades y pueblos asolados por los pogroms que dejan tras de sí 3.000 muertos y 10.000 heridos o mutilados. En diciembre, Nicolás II recibe a los representantes de la Unión del pueblo ruso, organizador de esas matanzas, los felicita por su trabajo y acepta su insignia.

A partir del 13 de octubre, el soviet de San Petersburgo reúne de 400 a 500 delegados elegidos por los 200.000 obreros y obreras de la ciudad y a los representantes de los tres partidos «socialistas»; organiza, detiene, relanza y suspende la huelga; reclama la jornada de ocho horas; el aumento de los salarios; las libertades políticas; la

<sup>18</sup> *Ibid.*, p. 192. A todos los trabajadores.

elección de una Asamblea constituyente, y durante siete semanas desafía a Nicolás II, el elegido de Dios y de la Bolsa francesa que financia sus préstamos y sus arsenales. El 26 de noviembre de 1905, la policía detiene al presidente. El 2 de diciembre, el soviét llama a los campesinos a no pagar las indemnizaciones de rescate, al pueblo a no pagar los impuestos y anuncia que «no tolerará el pago de deudas sobre los empréstitos que el gobierno del zar firmó mientras mantenía una guerra abierta contra su pueblo». Al día siguiente, la policía detiene a todo el comité ejecutivo y a sus tres copresidentes, entre ellos a Trotski, cuyo nombre queda unido desde ese momento a esta nueva forma de organización de los obreros que lleva en ella el germen de un Estado nuevo. El 4 de diciembre, el soviét de Moscú llama a la huelga general en la ciudad para el día 7; el 11 de diciembre, la huelga estalla en Tiflis. Seis bolcheviques forman el comité de huelga de la ciudad en el que no figura Koba, que ha salido diez días antes hacia Finlandia. El ejército y la policía cargan y disparan; la huelga se convierte en una sublevación que finalmente será vencida. El 17, la huelga en Moscú, que ha llegado a ser una insurrección, termina en un baño de sangre.

Del 12 al 17 de diciembre de 1905, Koba, en calidad de delegado del comité de Tiflis, participa en la conferencia bolchevique que tiene lugar en Tammerfors, en Finlandia, un gran ducado medio autónomo cuya policía, dirigida por un simpatizante socialdemócrata, no manifiesta celo represivo alguno. Allí conoce a Lenin. El pintor georgiano Verpjadzé representará la escena treinta años después: cinco delegados, Krupskaja entre ellos, devoran con la mirada a Stalin, auténtico personaje central al que Lenin estrecha la mano. Se trata de sugerir la idea de un momento testimonial.

Una semana después de la muerte de Lenin, Stalin hará un relato falsamente ingenuo de este encuentro ante los alumnos de la escuela militar del Kremlin. Les hablará de su decepción al ver «a un hombre de lo más corriente, de estatura inferior a la media, no distinguiéndose en nada, pero absolutamente en nada, de un simple mortal», y les contará que había llegado el primero y que, sentado en un rincón, «seguía con la mayor sencillez del mundo una conversación de lo más vulgar con los delegados más vulgares». En efecto, esperaba ver «al águila de los montes de nuestro partido, al gran hombre, grande no solo desde el punto de vista político, sino también desde el punto de vista físico [...], un gigante de buena estatu-

ra, de aire imponente». Además, según unos usos que Koba había aprendido no se sabe dónde, un «gran hombre» llega habitualmente con retraso a las reuniones con el fin de hacerse esperar..., «... los asistentes avisan con chist... silencio... ya llega». Este ceremonial no me parecía en absoluto superfluo, pues impone, infunde respeto»<sup>19</sup>.

El relato está manipulado; en diciembre de 1905, Lenin no era todavía un gran hombre para nadie. Koba había pasado ya la edad en que se considera al «jefe» como un gigante; en febrero de 1924 trata de tranquilizar a los dirigentes bolcheviques a los que quiere unir en contra de Trotski y, probablemente, por eso recurre a esta imagen infantil.

En el transcurso de esta conferencia se enfrenta a Lenin. El manifiesto del 17 de octubre prometía unas elecciones a la Duma cuya organización se anunció por un decreto del 11 de diciembre. Tenían derecho a voto todos los hombres a partir de 25 años, propietarios, arrendatarios o sujetos a impuestos. El escrutinio en varias vueltas (de dos a cuatro) estaba organizado sobre la base de cuatro curias: nobles, campesinos, ciudadanos burgueses y obreros: los pueblos «alógenos» (de otra raza) votan aparte. Lenin quiere aprovechar el escrutinio de las dos primeras vueltas para aumentar la agitación, pero la mayoría de los delegados presentes, persuadidos de la agonía del régimen, se muestran contrarios a cualquier participación electoral. Koba lo advierte y se pronuncia a favor del boicot. Si luchan en la calle para derrocar al poder, no tiene sentido participar en las elecciones que ese mismo poder organiza. Como herencia del seminario y del dogmatismo religioso, su pensamiento es ajeno a la dialéctica en la que no ve más que una trampa de la razón; no razona más que en términos exclusivos: o la lucha en la calle o la participación electoral. Su arenga a favor del boicot revela más el acto de fe que la demostración: «Está claro que la única vía correcta es el boicot activo [...]. La táctica del boicot deriva en sí del curso de la revolución [...]. La táctica revolucionaria ha de ser clara, sencilla, neta y concreta; pues bien, la práctica del boicot reúne estas cualidades»<sup>20</sup>. ¿Por qué? No lo dice, se limita a expresar una convicción. Por otra parte, la conferencia vota por el boicot y Lenin se une a él.

<sup>19</sup> Discurso del 28 de enero de 1924 en *Oeuvres complètes*, t. 6, p. 54.

<sup>20</sup> *Ibid.*, t. 1, pp. 208-209. «La Duma de Estado y la táctica de la socialdemocracia».

A su regreso a Tiflis a comienzos de enero, Koba no escribe ni una palabra sobre la conferencia y sobre su famoso encuentro con el «águila de los montes» cuya personalidad histórica no le ha impactado. Un informe de la policía señalará que fue «detenido el 28 de enero de 1906»<sup>21</sup>. En 1911, el jefe de la Ojrana de Tiflis afirmará: «Fue detenido en 1906 y escapó de la cárcel»<sup>22</sup>. Sin embargo, la biografía oficial de Stalin no nombra tal arresto ni dicha evasión. En 1948, cuando sus biógrafos escriban que fue detenido «ocho veces», «siete veces» exiliado y que escapó del exilio «seis veces», corregirá la frase disminuyendo cada cifra en una unidad. Según algunos historiadores se trata de ocultar el hecho de que entonces se había vendido a la Ojrana. En realidad, Koba fue detenido en el curso de una redada, pero la policía consideró su papel tan insignificante que lo dejó en libertad. En 1911, el jefe de la Ojrana camufla su negligencia y la convierte en una huida. Pero la indiferencia policial de 1906 mancillaba la gloria de Stalin, que prefirió borrar el episodio, mejor que transformar un simple interrogatorio en una detención y una sencilla liberación en una evasión.

Para aislar a la masa campesina de sus representantes, el gobierno anula todos los atrasos de los rescates a partir del 1 de enero de 1907. Esta costosa medida aplaca a un campesinado que, aun habiéndose incautado de las tierras de los grandes propietarios e incendiado las fincas, no se levanta contra el régimen. A pesar de su odio por los oficiales y de algunas insubordinaciones, el ejército de soldados-campesinos no se solidariza con los revolucionarios.

El año 1905 actúa como un revelador de la realidad: el padre del marxismo ruso, Plejanov, permanece en Ginebra; prefiere el proletariado de los libros y los recortes de prensa a la clase obrera viva y real. El menchevique Martov, que ha vuelto a Rusia el 6 de noviembre, parece superado por los acontecimientos; los socialistas-revolucionarios y sus bombas quedan relegados a segundo plano. Lenin, que empeñado desde 1900 en construir un partido para la revolución ha vuelto a Rusia el 8 de noviembre, solamente desempeña un modesto papel y pasa junto a los soviets sin captar entonces su importancia histórica. Y no la captará. Únicamente Trotski, durante

<sup>21</sup> Informe del jefe de la sección de Tiflis de la Ojrana, I, Pastrilne, citado en RADZINSKI, *Staline, op. cit.*, p. 59.

<sup>22</sup> *Ibid.*

siete semanas auténtico dirigente del soviet de la capital, ha regresado al país en febrero y se encuentra en el núcleo de la acción de las masas.

El balance de Koba es flojo. Típico militante de comité, más cómodo en las reducidas reuniones de dirigentes que en los mítines o en las manifestaciones, distribuye algunas consignas, escribe dieciséis artículos y un folleto en dieciséis meses (de enero de 1905 a abril de 1906) y pronuncia tres discursos, pero no toma parte en ningún acto decisivo. Sin embargo, la revolución le exalta: celebra «la llama de la revolución», «la tempestad inminente» [...] que estallará sobre Rusia y con su poderoso soplo purificador barrerá todo lo caduco y podrido, y lavará al pueblo ruso de la autocracia»<sup>23</sup>. Su más notoria aportación será un folleto titulado significativamente *Una rápida interpretación de los desacuerdos en el partido* salpicado de formulaciones e imágenes bíblicas; según su metáfora favorita, alude a «esa tierra prometida, el mundo socialista», denuncia la autocracia «que como una serpiente tira su piel vieja... y se viste con piel de cordero», «la política farisaica del gobierno zarista» o «la negra reacción que reúne a las fuerzas de las tinieblas». La reiteración sustituye a los argumentos: «La revolución rusa es inevitable. ¡Es tan inevitable como inevitable es la salida del sol! ¿Podéis detener al sol naciente?»<sup>24</sup>. No, porque no es Josué quien lo quiere. Por último, aconseja «cortar la cabeza del diablo con su propia espada»<sup>25</sup>.

En este hervidero, en el que las masas se hacen protagonistas de la historia, Koba, una mente lenta, fría y retraída, se siente perdido. Carece de las cualidades necesarias para dirigir a los huelguistas: rapidez de ideas, intuición, amplitud de miras, sentido del análisis de la actualidad y visión de futuro, el contacto y la relación con la plebe, facilidad oratoria y entusiasmo. La revolución no hace surgir talento alguno en él: sale de ella lo mismo que entró. Uno de sus biógrafos definió el lugar que ocupaba entonces dando a uno de sus capítulos el siguiente título: «Un revolucionario al margen de la Revolución»<sup>26</sup>.

<sup>23</sup> STALIN, *Oeuvres complètes*, t. 1, pp. 79, 76, 86, 136, por este orden: pp. 76-79: «A los trabajadores del Cáucaso: Ha llegado la hora de la venganza»; p. 86: «A los ciudadanos»; p. 136: «La insurrección armada y nuestra táctica».

<sup>24</sup> *Ibid.*, p. 78: «Trabajadores del Cáucaso: ha llegado la hora de la venganza».

<sup>25</sup> *Ibid.*, p. 292: «La legislación de las fábricas y la lucha proletaria».

<sup>26</sup> E. E. SMITH, *La jeunesse de Staline*, *op. cit.*, p. 113.

El día de la elección de la primera Duma, el 27 de abril de 1906, el gobierno definió su papel por medio de una serie de leyes fundamentales: la Duma está dotada de una simple función consultiva y de propuestas; los textos aprobados por ella deben ser convalidados por el consejo del Imperio, asamblea de notables nombrados en su mitad por el zar; quedan fuera de discusión los créditos militares (ejército y flota), los gastos (considerables) de la Corte, los tratados internacionales de comercio, así como las cuestiones militares, diplomáticas y religiosas, que dependen de la sola autoridad del monarca; este puede disolver la Duma a su albedrío y legislar a su gusto cuando no está en sesión. Este régimen constitucional espúreo funciona según el buen criterio del zar; Rusia sigue siendo un imperio autocrático. A pesar de que el socialismo revolucionario y los bolcheviques boicotean las elecciones, la mayoría de la Duma, arrastrada por la ola revolucionaria, exige el respeto a todas las libertades (civiles, étnicas y religiosas), la abolición de la pena de muerte, una amnistía política, un régimen parlamentario y una reforma agraria. Nicolás II la disuelve el 9 de julio.

La revolución obliga a unirse a bolcheviques y mencheviques. En abril de 1906, Tiflis envía al congreso unitario del POSDR en Estocolmo una delegación compuesta por quince mencheviques y Koba. Los otros dirigentes bolcheviques del Cáucaso han muerto o han marchado al exilio. Tiene el sitio libre. Los bolcheviques son minoritarios en el congreso. En la cuestión agraria, Koba se enfrenta con Lenin, favorable a la nacionalización de las tierras de los grandes propietarios y de la Iglesia. Koba es partidario del reparto. El tema le interesa especialmente, y en marzo le dedica cuatro artículos firmados Besochvili: insiste en la voluntad de los campesinos que «exigen el reparto de tierras [...] y debemos, pues, apoyar la confiscación total y el reparto»<sup>27</sup>. Esta confianza en la espontaneidad popular es completamente excepcional en él y, por una vez, desarrolla una auténtica argumentación, sólida y bien planteada: dadas las relaciones precapitalistas existentes, el reparto de tierras que, según los informes de producción capitalistas, sería reaccionario por multiplicar las pequeñas explotaciones, está económica y políticamente justificado en el conjunto revolucionario. Lenin compartirá este punto de vista cuando los campesinos se apoderen de

<sup>27</sup> STALIN, *Oeuvres complètes*, p. 235.

las tierras en octubre de 1917. Pues bien, sorprendentemente, en 1946, en el prólogo al tomo I de sus *Obras completas*, Stalin afirma haber estado de acuerdo a su pesar en el reparto de tierras, porque «todavía no se había convertido en un completo marxista-leninista»<sup>28</sup>. Esta autocrítica, rarísima en él, es aún más extraña, puesto que en 1917 el decreto bolchevique sobre la tierra organizará precisamente el reparto: de modo que la historia le había dado la razón. Sin embargo, la colectivización forzada de 1929 había anulado el reparto, y la autocrítica de Stalin trata de justificarla a posteriori. Además omite un detalle: cuando, al final del congreso, Lenin presenta un manifiesto a los delegados bolcheviques, solamente firman 26 de los 42. Sin que se sepa por qué, Koba figura entre los 16 que no lo hacen.

El 15 de abril de 1906, durante el congreso, la policía descubre y desmantela la imprenta socialdemócrata clandestina de Avlabar en Tiflis. Circula el rumor de que Koba la ha denunciado a la policía por odio a los mencheviques; pero la policía la descubrió por casualidad, una casualidad en la que él no tuvo nada que ver, pues hacía dos semanas que había abandonado la región para dirigirse a Estocolmo.

Vuelve a Baku después del congreso. En noviembre de 1906, los bolcheviques, convencidos de que la revolución sigue a la orden del día, organizan en Tammerfors una conferencia clandestina de *boieviki* bolcheviques (miembros de los grupos de combate), y crean una oficina técnica dirigida por el ingeniero Krasin. Koba, ausente de la conferencia que tenía lugar al otro extremo del Imperio, no figura en esa conferencia que debe planificar las operaciones armadas, la fabricación de bombas y explosivos, la organización de las «expropiaciones», llamadas «ex», es decir, los asaltos a bancos y a oficinas del Tesoro gracias a las cuales los partidos revolucionarios desafían al Estado y rellenan sus cajas. Al principio, la revolución colmó sus filas y luego agotó sus recursos: los intelectuales demócratas y burgueses liberales que los financiaban, tras unos primeros momentos de entusiasmo, se asustaron y suspendieron los donativos. Ahora bien, la revolución es cara: folletos, diarios, congresos, conferencias, viajes, compra de armas, fabricación de explosivos, etcétera. Si el Estado emplea el dinero del pueblo para mantener su

<sup>28</sup> *Ibid.*, prólogo, p. XI.

ejército a fin de reprimirlo, ¿por qué no recuperarlo por la fuerza? Las «ex» se multiplican a medida que la revolución declina y los partidos se vacían. En ellas se mezclan militantes y aventureros, pícaros de ocasión a los que el retroceso de la revolución cede espacio poco a poco. Finalmente, los granujas ocuparán el puesto de los militantes, pero eso no parece molestar a Koba.

Un mes después de dicha conferencia, publica un extenso folleto de divulgación teórica, *¿Anarquismo o Socialismo?* en el que cita frecuentemente a Marx, a Engels, al anarquista Kropotkin y a Arnould, miembro de la Convención. Sus citas, generalmente de segunda mano y tomadas de Lenin, suelen ser pertinentes, incluso cuando simplifica sistemáticamente los problemas tratados poniéndolos en forma de preguntas y respuestas. Así, cuando se pregunta. «¿Por qué los capitalistas contratan a los proletarios y no a la inversa?»<sup>29</sup>. Según él, el mundo no tiene que elegir entre socialismo o barbarie (incluso si en algún momento se planteara tal elección: «o bien toda la vida social quedaría completamente destruida o bien el proletariado, pronto o tarde, pero inevitablemente, se convertiría en dueño de la producción moderna»... esta alternativa es puramente retórica, pues «el régimen socialista será instaurado irremisiblemente»). Alude también en varias ocasiones «al triunfo inevitable del socialismo» o a la «inevitable implantación del socialismo proletario propugnado por Marx»<sup>30</sup>, variante de la Tierra prometida. Tan cierta como la llegada del Mesías es la llegada del socialismo: únicamente es incierta la fecha. Esta visión para-religiosa y muy poco marxista preserva a Koba del desaliento en el período de reacción galopante que sigue al fracaso de la revolución.

<sup>29</sup> *Ibid.*, p. 332. «Anarquismo o socialismo».

<sup>30</sup> *Ibid.*, sucesivamente, pp. 341, 338 y de nuevo 341. Esta última frase va precedida de otra aún más clara: «Es patente que el régimen socialista sucederá al capitalismo tan inevitablemente como el día sucede a la noche». «Anarquismo o socialismo».



## Capítulo V

### UN GEORGIANO MARAVILLOSO

En julio de 1906, Nicolás II coloca a Pierre Stolypin, entonces ministro del Interior, a la cabeza del gobierno. Durante ocho meses, ambos gobiernan sin Duma. El primer ministro reprime con tal brutalidad los coletazos de la revolución que la cuerda del patíbulo recibe el nombre de «corbata de Stolypin». Ciertamente, inicia una reforma agraria radical orientada a la creación de una clase numerosa de pequeños propietarios de tierras. Esta ampliaría la base social del régimen al romper la unidad corporativa y política del mundo campesino, que hasta entonces funcionaba en organizaciones cooperativas entre las que quiere seleccionar a los más enérgicos y más emprendedores para despertar en ellos el instinto de la propiedad. Así, cualquier campesino tiene derecho a dejar la cooperativa para explotar su —o sus parcelas— en absoluta propiedad y se beneficia de unos tipos de interés reducidos para adquirir otras nuevas. La reforma divide al mundo rural: algunos de los campesinos que han abandonado la cooperativa encuentran su granja incendiada, los campos asolados y el ganado degollado o mutilado. Pero finalmente llegará al 10% de los hogares que, como la mayoría son pobres y carecen de material y de crédito, languidecen, se arruinan y arriendan su lote. De este modo, la reforma no conseguirá formar ese estrato de pequeños propietarios individuales que era uno de los mayores deseos de Stolypin.

Este intento de reforma agraria va acompañado de un retroceso político. La segunda Duma, en funcionamiento desde el 5 de marzo de 1907, queda disuelta el 3 de junio por un decreto imperial que denuncia «las imperfecciones legales de la ley electoral, a causa de las cuales la institución legislativa no expresaba los deseos y las aspiraciones populares». Al no poder influir en los votos, el zar modifica el cálculo cambiando las cuotas por curias. Un elector elegido en la primera vuelta para designar a los diputados representa, en función de su curia, 230 propietarios de tierras, 60.000 campesinos o

125.000 obreros. La tercera Duma, elegida sobre esta base el 1 de noviembre de 1907, parece estar hecha a medida de la corona.

En mayo de 1907, Koba asiste en Londres al segundo y último congreso reunificado del Partido socialdemócrata ruso. Se presenta como delegado del distrito de Bortchalo cuya existencia discuten los mencheviques caucasianos, y es admitido sin derecho a voto. Durante las tres semanas del congreso guarda silencio. Y no visita Londres lo mismo que no visitó Estocolmo. En cambio, ve por primera vez a Trotski, que llega al congreso inmediatamente después de su triunfal evasión de Siberia donde había estado condenado a destierro perpetuo al final del proceso del soviét de San Petersburgo. En su acta, impresa en el *Proletario de Baku*, Koba, del que Trotski ignora incluso la existencia, comenta en media línea despectiva, y en parte verdadera, las enardecidas intervenciones a favor de la unidad por parte del antiguo presidente del soviét de San Petersburgo: «¡Ha demostrado ser una magnífica inutilidad!»<sup>1</sup>.

Koba no resultó elegido miembro del centro dirigente bolchevique creado secretamente en Londres, pero en el camino de regreso se detuvo en Berlín donde se entrevistó con Lenin. ¿De qué hablaron? Nunca se ha sabido. La cronología de las *Obras completas* oculta esta visita, una extraña omisión para un hombre interesado en subrayar sus estrechas relaciones con Lenin. La discusión trataría, pues, sobre un punto que Stalin desea ocultar, probablemente la preparación de algunas «ex».

En nombre de la moral, los mencheviques obligan al congreso a condenar las «ex». Pero Lenin se niega a renunciar a ellas. Los afiliados disminuyen, los liberales, decepcionados, ya no entregan su óbolo en un momento en que las necesidades son más evidentes que nunca. A consecuencia de la condena del congreso, se impone el secreto más riguroso y Koba parece ser el hombre de la situación: el Cáucaso, primero en la tradición de bandolerismo y de rebeliones anti-rusas, es el campo privilegiado para las «ex»: los grupos nacionalistas y revolucionarios y los truhanes han llevado a cabo más de mil en tres años. Al guardar silencio en Londres, Koba no había llamado la atención. Cuando a primeros de junio vuelve al Cáucaso, presenta un informe superficial sobre el congreso en los comités de Baku, de Tiflis y de algunos poblados de Georgia occidental.

<sup>1</sup> STALIN, *Oeuvres complètes*, t. 2, p. 51. El Congreso de Londres y el POSDR.

Se dice que en aquel verano de 1907 organizó también el secuestro de un barco que transportaba fondos públicos, y luego el ataque al furgón del Tesoro de Tiflis. Setenta años después, el escritor abjaz Fazil Iskander, en un relato basado en antiguos rumores que atribuían entonces a los bolcheviques el saqueo en la ensenada del navío *Nicolás I*, nos presenta la imagen de un Koba inductor y asesino que ataca el barco que une Poti con Odessa, hace asesinar a los cuatro marineros, sus cómplices sin embargo, a manos de sus tres acólitos, a los que liquida antes de huir a la montaña con el botín<sup>2</sup>. Según la tradición oral, fueron ocho «abrek» y no cuatro los que masacraron a la tripulación, se apoderaron de un quintal de oro y de plata y luego se mataron unos a otros por orden del jefe, Koba, que arrambló con el trofeo sin que el Partido viera ni un kopeck. El Koba que asesina a sus cómplices anuncia al Stalin liquidando a sus antiguos camaradas. Pero ¿qué hizo con el supuesto botín, si malvive en la más completa indigencia? En Baku ocupa una habitación en la que las cortinas blancas de las ventanas y los tapetes de encaje sobre los almohadones, tejidos por Ekaterina Svanidzé, disimulan apenas la pobreza...

Si la «ex» del barco se parece más bien a una mala serie B, la de Tiflis es un modelo en su género. El 13 de junio de 1907, poco antes de las 11 de la mañana, un furgón del Tesoro público que, escoltado por cosacos transporta 340.000 rublos en billetes, llega a la plaza de Everan que, desde la madrugada, trata de desalojar un oficial de cara marcada. A la llegada del furgón, aparecen tres individuos que, revólver en mano, disparan sobre los policías apostados en las esquinas mientras que otros seis lanzan una bomba sobre el carruaje. Caen dos cosacos y un guardia, otro tira al aire; el furgón se embala; un hombre sale en su persecución y lanza otra bomba que derriba al cochero, a los caballos, las sacas de billetes e incluso al atracador. El oficial de policía de cara marcada sale tras el furgón subido en un coche de punto, jurando, vociferando, sujetando las riendas con una mano y disparando al aire con la otra hasta que lo alcanza y echa el guante a las sacas que dos hombres suben al coche que desaparece por una callejuela próxima. El falso oficial, Kamo y su cómplice huyen; por la noche esconden el dinero en el Observatorio Geográfico, antiguo lugar de trabajo de Koba, y luego lo envían

<sup>2</sup> F. ISKANDER, *Sandro de Tsheguem*, París, Ledrappier, 1987, pp. 186-187.

a Occidente; la policía detiene a todo el que intenta pagar con un billete de 500 rublos que lleve unos números cuidadosamente apuntados por el banco. Este «saqueo de una audacia inaudita», en palabras de un periódico ruso, alcanzó gran resonancia en Europa y en Rusia. Se rumorea que han sido cuarenta los oficiales y policías muertos ese día. La caza a los agresores huidos y a los billetes desaparecidos multiplica las denuncias anónimas y el envío de inocentes a Siberia.

El papel de Stalin en este asunto ha dado pie a un mar de hipótesis no confirmadas. Adam Ulam afirma: «Fue el principal estratega y organizador del raid»<sup>3</sup>. En cambio, según Robert Conquest: «Nada prueba que Stalin tuviera algo que ver en el asunto»<sup>4</sup>. Curiosamente, Isaac Deutscher escribe: «Aunque nunca haya sido claramente definido, el papel de Koba en todo este asunto fue muy importante»<sup>5</sup>. El mismo Stalin guardará silencio sobre este tema: en 1931, cuando Emil Ludwig le pregunte sobre su participación, él, a guisa de respuesta, le tiende un panfleto en el que no se habla en absoluto sobre las «ex». Una cosa es segura: Stalin no participó directamente en esta. La única huella de un lazo entre Koba y esta «ex» es la petición que el 29 de septiembre de 1907 envía Litvinov al secretario del Buró socialista internacional —depositario de una parte de los fondos desaparecidos— de 1.000 francos del dinero de las «ex» que estaba en depósito en «Koba, Baku» para sufragar los gastos de la organización de la defensa bolchevique. Pero este envío no prueba nada: los bolcheviques no repartían el botín entre los participantes de una operación: lo repartían en función de las necesidades...

Koba no pudo dirigir la «ex» de Tiflis. El congreso de Londres había terminado el 19 de mayo; a continuación Koba se detuvo en Berlín para reunirse con Lenin; el regreso al Cáucaso exigía quince días, aproximadamente, y una operación como la de Tiflis no se improvisa en el último momento. El protagonista del hecho fue Kamo, quizá con el apoyo de Koba. Por otra parte, la viuda de Kamo no menciona su nombre en el relato que hizo del hecho en 1924. En resumen, su eventual intervención no ha dejado rastro alguno y las

<sup>3</sup> A. B. ULAM, *Staline*, París, Calmann-Lévy/Gallimard, 1977, p. 112.

<sup>4</sup> R. CONQUEST, *Staline*, *op. cit.*, p. 56.

<sup>5</sup> I. DEUTSCHER, *Staline*, *op. cit.*, p. 122.

posteriores declaraciones de sus camaradas sobre este tema son extremadamente vagas. El bolchevique Koté Tsintadzé cuenta que Koba estuvo de acuerdo con su idea de crear unos equipos de combate para atacar las oficinas del Tesoro, pero aprobar no es dirigir. Kamo, por su parte, muerto en 1922 atropellado por un camión en Tiflis, nunca habló de este asunto, que pasó a primer plano de la actualidad diez años después.

En efecto, el 18 de marzo de 1918, el menchevique Jules Martov denuncia en un artículo del diario *Vperiod* las «ex» organizadas en el Cáucaso y afirma que los hechos tuvieron que llegar al conocimiento de Stalin, ahora expulsado del Partido, por haber metido la mano en aquellas expropiaciones. Efectivamente, en 1908, el Comité transcaucasiano, dominado por los mencheviques, había expulsado a los autores de la «ex» de Tiflis, pero no se sabe si Koba estuvo designado también. Martov lo afirma así. Stalin protesta ante «aquella innoble calumnia» y lo denuncia ante la justicia, pero no habla de la «ex» en cuestión. Martov exige la comparecencia de dos mencheviques y de dos bolcheviques georgianos, uno de ellos el antiguo presidente de una comisión de investigación sobre el intento de asesinato de un obrero culpable de haber acusado al comité de Baku y al mismo Stalin del robo del *Nicolás I*. Stalin se opone a dicha comparecencia, pero deja correr en el partido bolchevique el rumor de su participación en la «ex» de Tiflis, una participación que tiene la ventaja de presentarlo como un hombre audaz, más preocupado por la acción que por las charlatanerías teóricas. Todavía en 1932, Trotski creía que Stalin había sido uno de los dirigentes de la operación.

En este asunto, Koba incitó, supervisó y controló entre bastidores los rumores y las sucesivas versiones sin intervenir directamente ni dejar testigos o huellas escritas. Así esboza su futura línea de actuación: desde la sombra, dejando comprometerse a los demás o incitándolos a actuar sin darles consignas concretas ni figurar en primera línea con objeto de apuntarse el éxito sin resultar implicado en el fracaso. Es la lección aprendida en el seminario de Tiflis: Koba adquirió allí el gusto por la acción discreta —es decir, secreta—, por el disimulo, por la sombra desde la que se pueden mover los hilos sin ser visto. Manipulador entre bastidores, inmóvil durante las crisis revolucionarias —cuando el pueblo actúa por su cuenta—, es, en cambio, el hombre ideal de las combinaciones y de los golpes sinuosos.

La Corte se descompone. La muy monárquica esposa del general Bogdanovitch vitupera en su diario íntimo «al gran duque Alejandro Mijailovitch [que] lleva en Yalta una vida de desenfreno. Astachef, el comandante del yate imperial [...], ha conquistado al zar mostrándole su colección de tarjetas postales pornográficas... Es un tramposo, pero el zar lo protege [...] la amante del gran duque Alexis Alexandrovitch sale más cara que la derrota de Tsushima»<sup>11</sup>. El ascenso de Rasputín da a este retrato de familia el toque definitivo: el 1 de noviembre de 1905, el zar había recibido a un «hombre de Dios», el monje Rasputín, que muy pronto se convirtió en íntimo de la dama de compañía de la emperatriz. En 1907, la emperatriz le atribuye la interrupción de una hemorragia de su hijo, el zarevitch Alexis, hemofílico. Desde entonces, Rasputín ejerce una enorme influencia sobre esta mujer histérica y autoritaria que intenta imponer sus propios puntos de vista a su esposo, un autócrata dubitativo, tan indeciso como convencido de su poder absoluto. Ese monje mugriento seduce a las duquesas, organiza banquetes orgiásticos, practica el desenfreno, la videncia, las curaciones milagrosas... y el tráfico de influencias. La zarina transmite sus consejos al zar, que los obedece en ocasiones. Rasputín hace nombrar a algunos de sus protegidos para cargos importantes; su capacidad para sacar partido de su prestigio en la Corte hace que se le atribuya el nombramiento de ministros. Este rumor, exagerado, mina a la Corte.

A comienzos de 1908, los obreros de Baku piden aumento de salario. Los patronos se niegan. Incitados por los bolcheviques, entre los que se encuentra Koba, muy activo, estalla la huelga y los patronos proponen una negociación. Koba exige garantías de seguridad para los delegados obreros. Los patronos la prometen, pero denuncian a la policía a los delegados y a sus consejeros bolcheviques que se reúnen en los cafés de la ciudad. El 25 de marzo, en una redada, la policía detiene a Koba, que lleva documentación a nombre de Nijeradzé. Sin embargo, los huelguistas consiguen un aumento, hecho rarísimo en aquellos años de retroceso revolucionario. La habilidad manifestada por Koba es, después de las «ex», el segundo factor de su ascenso político. Los dirigentes del comité de Baku progresarán rápidamente en el partido bolchevique: además de Koba, Ordjonikidzé, Spandarian, Chaumian, Djaparidzé, los dos hermanos Enukidzé y Vorochilov.

<sup>11</sup> Citado por M. FERRO, *Nicolás II, op. cit.*, pp. 179-180.

Koba es encarcelado en la prisión Bailov de Baku. Prevista para 400 detenidos, reunía entonces a cuatro veces más: los presos se hacían en las celdas, en los corredores, en las escaleras. Allí se encuentra con un socialista revolucionario, Verechtchak, que publicará sus memorias en París en 1928, y con Andrei Vychinski, un joven menchevique hijo de un farmacéutico. Un día, según Verechtchak, el director de la prisión hizo pasar a todos los prisioneros políticos entre dos filas de soldados que los golpearon a conciencia con las porras. «Koba, afirma, caminó bajo los garrotazos, sin inclinar la cabeza y con un libro en la mano»<sup>12</sup>, que en la pluma del historiador oficial Iaroslavski se convierte en una obra de Marx. Leer un libro caminando, con la cabeza alta, bajo los golpes de las porras resulta ser una proeza. En 1937, los autores del proyecto *Compendio de historia del Partido bolchevique*, Iaroslavski entre ellos, suprimieron la referencia a Marx, pero escribieron: «El valor y la firmeza del camarada Stalin sostuvieron la moral de los otros detenidos»<sup>13</sup>. Stalin eliminó todo el párrafo con un trazo. En 1937, su culto le elevaba al nivel de una divinidad y una divinidad no podía recibir bastonazos, aunque fuera con la cabeza alta. Desde entonces, el episodio pasó a formar parte de la leyenda.

Stalin demuestra una sangre fría a toda prueba. Uno de los juegos favoritos de los detenidos consiste en sacar de sus casillas a un vecino hasta hacerle perder el control. Nadie lo consigue con Koba. Durante las ejecuciones nocturnas que agitan la prisión, duerme o estudia el esperanto —por cierto, sin éxito— al que considera la lengua del futuro de la Internacional. Indiferente hacia los otros, no propone ningún movimiento de solidaridad, pero no se desolidariza nunca de cualquier decisión, por muy extremada y muy absurda que sea.

Verechtchak nos muestra también a un Koba al que impresionan los autores de un buen golpe, los chantajistas, los ladrones; un Koba intrigante, sinuoso, capaz de difamar a otro detenido bajo cuerda. Insiste también en su capacidad para empujar a los demás quedándose él mismo al margen. Hace matar a palos a un joven georgiano y asesinar a un obrero sugiriendo que se trata de provocadores. Verechtchak añade: «Esta capacidad para golpear secretamente a tra-

<sup>12</sup> S. VERECHTCHAK, «Stalin en prisión», *Dni*, 24 de enero, p. 3.

<sup>13</sup> CRCEDHC, fondos 558, inventario 1, dossier 5300.

vés de las manos de otro pasando inadvertido, hizo de Koba un manipulador astuto que no retrocedía ante ningún medio, evitando dar cuentas, eludiendo cualquier responsabilidad»<sup>14</sup>. Al mismo tiempo, Koba, que se sabe de memoria todo un rosario de citas de Marx, participa con ardor en las apasionadas discusiones entre presos políticos. Vychinski defiende las opiniones mencheviques en contra suya. Es también uno de los escasos detenidos que recibe paquetes. Ahora bien, los políticos tienen la costumbre de repartírselos con sus compañeros de cárcel. Vychinski obedece a la tradición, pero cede su parte a Koba, que se beneficiará de esa generosidad hasta la liberación de su bienhechor, el 28 de octubre.

Unos días más tarde, lo envían en libertad vigilada a Solvytchegodsk, un poblado dormido, dotado de doce iglesias y 2.000 habitantes —la cuarta parte de los cuales la componen oficiales y monjes, y otra cuarta parte, exiliados políticos— y situado a 500 kilómetros al este de San Petersburgo y al noreste de Moscú, en la zona de Vologda. La ciudad y su región, lugar de exilio y de tránsito para los revolucionarios, proporciona también guardianes de prisión, centinelas y escoltas de exiliados políticos. Koba llega el 27 de febrero de 1909, tras un viaje de tres meses largos interrumpido por una estancia en el hospital de Viatka por culpa de un principio de tifus contraído en la mugrienta prisión de paso de aquella ciudad. Un informe de la policía lo califica de «grosero, insolente e irrespetuoso con las autoridades»<sup>15</sup>.

Aunque tiene derecho a ello, se niega a buscar trabajo: el trabajo manual es indigno de su condición de revolucionario profesional. Por supuesto, a lo largo de sucesivos exilios no trabajará jamás, a diferencia de otros exiliados. Así que se aburre enseguida y decide reanudar el servicio. El 24 de junio abandona Solvytchegodsk provisto de un pasaporte falso a nombre de Oganés Totomiantz; marcha a San Petersburgo y busca en vano a Serge Alliluiev en su domicilio y en su fábrica; por fin, agotado, lo encuentra casualmente por la calle. Alliluiev lo instala en casa de un simpatizante, el portero del cuartel de un regimiento de la guardia. Dos semanas después, Koba parte de nuevo hacia Baku donde el comité bolchevique, diezmado

<sup>14</sup> S. VERECHTCHAK, «Stalin en prisión», art. cit.

<sup>15</sup> Dossier Djugachvili de 26 folios redactado el 21 de agosto de 1911 por el jefe de la dirección de la policía de Vologda, coronel Koninski. CRCEDHC, fondos 558, inventario 1, dossier 3577. Ver TROTSKI, *Staline*, op. cit., p. 185.



por las detenciones, se está desmembrando. Arsenidzé le acusa de haber denunciado por envidia a Stepan Chaumian. Cuando una comisión de investigación sobre este asunto convoca a Koba, aparece la policía. Nuevos rumores...

En cualquier caso, Koba ha adquirido seguridad. En agosto de 1909, definiendo las tareas de un dirigente, se amonesta a sí mismo tomando a Cristo como modelo, algo bastante desacostumbrado en un dirigente bolchevique: «Es preciso dejar a un lado la excesiva modestia y el temor al auditorio; es preciso armarse de audacia y de confianza en las propias fuerzas; cometer algún error o tropezar un par de veces no es una desgracia; después, uno se acostumbra a caminar solo, como caminó Jesús sobre las aguas»<sup>16</sup>. Tras animarse así para ir adelante sin vacilaciones ni desánimos, propone la fundación de un diario central publicado en Rusia (ya no en Europa bajo la dirección de Lenin) para que, de este modo, se emancipen los dirigentes que viven en Rusia. En enero de 1910, dos militantes bolcheviques favorables a la conciliación con los mencheviques, Noguín y Frumkin, proponen a Lenin la creación de una sección rusa del Comité Central con sede en el país. Sugieren cinco nombres, entre ellos el de Koba, al que Noguín, que lo considera un conciliador, había conocido en el Cáucaso. Al mismo tiempo, Koba publica un artículo propugnando la unidad con los mencheviques, lamentándose de que «no ha podido realizarse aún, pues los deseos no bastan para terminar con una escisión»<sup>17</sup>.

El 24 de marzo, Koba es arrestado de nuevo en Baku. Pasa seis meses en prisión. El jefe de la policía local propone «deportarlo durante cinco años a los lugares más alejados de Siberia [...] vista su empedernida participación en la actividad de los partidos revolucionarios en los que desempeña un papel de importancia relevante»<sup>18</sup>. La formulación imprecisa («los partidos revolucionarios», «un papel de importancia relevante») demuestra que la policía no sabe gran cosa sobre él. Lo envían de nuevo a Solvytchegodsk para terminar su interrumpida residencia vigilada que dará fin el 27 de junio de 1911, y le prohíben residir en el Cáucaso durante cinco años. Es patente que, para la policía, Koba aún no es más que morralla.

<sup>16</sup> STALIN, *Oeuvres complètes*, t. 2, p. 153. «La crisis del partido y nuestras obligaciones».

<sup>17</sup> STALIN, *Oeuvres complètes*, t. 2, p. 182. Cartas del Cáucaso (El estado de la organización).

<sup>18</sup> Citado en BERIA, *K uoprassu ob istorii bolchevitskikh organizacij v Zahav-khaze*, Moscú, 1935, p. 225. Reproducido por completo en E. E. SMITH, *La jeunesse de Stalín*, op. cit., pp. 185-186.

Sale de Baku el 23 de septiembre y llega a Solvytchegodsk el 29 de octubre. Junto a otro bolchevique exiliado se abona gratuitamente a una decena de revistas literarias e históricas. Devora *La socialdemocracia alemana* de Mehring y los *Cursos de historia de Rusia* de Kliutchevski. Un día, lee a los exiliados una conferencia sobre su concepto de la literatura. Molotov pretende haber oído hablar de él a Surin, un exiliado que le escribe: «Ha llegado aquí a Solvytchegodsk un tal Stalin: es el Lenin caucasiano»<sup>19</sup>. La falsedad es evidente: Koba no adoptará el nombre de Stalin hasta 1913, dos años más tarde. Como Stalin no volverá nunca a Solvytchegodsk, la carta de Surin fue un invento para autentificar la imaginaria y pomposa fórmula del «Lenin caucasiano».

En 1910, en Rusia apenas subsisten una decena de comités bolcheviques; el de Moscú, controlado por el policía Kukuchkin, fue completamente desmantelado por la Ojrana. Ese reflujo apenas afecta a Koba. Si carece del brío del intelectual, tampoco tiene su inestabilidad y, como no es un obrero, no sufre en su carne el fracaso y sus consecuencias en la fábrica. Ajeno a la ebullición de las masas en 1905-1906, apenas le afecta esa apatía. Además, este hombre obstinado y duro domina fácilmente las desilusiones de un entusiasmo moderado. Ahogado ayer en el torbellino de la revolución, pertenece desde entonces a la minúscula falange de cuadros que subsistieron a través de la desbandada y permitieron al bolchevismo salir de ella debilitado, pero vivo.

Ciertas modificaciones trastornan ahora a la socialdemocracia rusa. En efecto, Lenin y Plejanov se unen contra las otras corrientes de la socialdemocracia rusa, todas las que tomaron partido por la unidad con los «liquidadores». Koba duda. El 31 de diciembre de 1910, en una carta al Comité Central en la que aprueba la alianza y califica a Lenin de «astuto mujik», insiste en la idea sugerida seis meses antes: la auténtica dirección debe estar en Rusia. «La emigración [...] no es lo esencial. Lo esencial es la organización del trabajo en Rusia [...]. Nuestra primera tarea, que no debe retrasarse, es la organización de un grupo central [ruso] tan necesario como el agua y el pan.» Con este fin, propone la reunión en Rusia (y sin Lenin, por lo tanto...) de una conferencia

<sup>19</sup> F. TCHUEV, *Conversations avec Molotov, op. cit.*, p. 207.

«que posiblemente encontraría a las personas adecuadas»<sup>20</sup>, de las que evidentemente piensa formar parte. Vuelve sobre el tema unos días después en tres cartas que dirige desde su pueblo perdido a los bolcheviques «conciliadores» de Moscú. Critica sin miramientos la polémica teórica y filosófica dirigida por Lenin contra los discípulos del físico Mach en *Materialismo y empiriocriticismo*, a la que califica de «tempestad en un vaso de agua». «Los obreros comienzan a contemplar la emigración en general con desprecio y dicen: «Que pidan la luna si les apetece, pero nosotros, que nos unimos a los intereses del movimiento, trabajemos, que todo lo demás se arreglará. En mi opinión, es lo mejor que podemos hacer»<sup>21</sup>. En resumen, los emigrantes cortan un pelo en el aire mientras que los militantes del interior trabajan. Informado del comentario sarcástico de Koba sobre su obra, Lenin lo toma a mal y declara a Sergo Ordjonikidzé, amigo del primero, que entonces asiste a un cursillo en la escuela del partido bolchevique en Longjumeau: «Las bromas del tipo “tempestad en un vaso de agua” traslucen la inmadurez de Koba como marxista»<sup>22</sup>.

En la segunda carta, Koba se pregunta sobre las «raíces [*¡sic!*]» de esta «tempestad en un vaso de agua»: ¿discrepancias filosóficas o cuestiones de ego? Plantear la cuestión ya es responder a ella. En la tercera carta, critica «ciertas equivocaciones aisladas (sin concretar) de Illitch»<sup>23</sup>, al que acusa de ocultar, por razones diplomáticas, las importantes diferencias entre su materialismo y el de Plejanov. De este modo, Lenin, para aliarse con él, disimularía las profundas divergencias filosóficas a las que concede gran importancia en *Materialismo y empiriocriticismo*. Su ausencia de rigor rozaría aquí el oportunismo...

A finales de enero de 1911, Koba abandona la pequeña habitación que alquilaba desde su llegada al pueblo para instalarse en casa de María Kuzakova. Esta viuda acogedora albergaba gustosa a exiliados políticos, cada uno de los cuales —según se decía— le dejaba un retoño en herencia. Entonces tenía cinco. «Estábamos tan estre-

<sup>20</sup> STALIN, *Oeuvres complètes*, t. 2, pp. 209-211. Cartas desde el Solvychigodsk al Comité Central.

<sup>21</sup> *Zaria Vostoka*, 23 de diciembre de 1925. Extensamente citado en TROTSKI, *Staline*, *op. cit.*, pp. 199-203, y de modo más reducido en DUBINSKI-MUJADZÉ, *Ordjonikidzé*, Moscú, 1963, pp. 92-94.

<sup>22</sup> I. DOUBINSKI-MUJADZÉ, *Ordjonikidzé*, *op. cit.*, p. 94.

<sup>23</sup> Estos dos pasajes se pueden leer en *Ibid.*

chos, dirá María más tarde, que los niños dormían en el suelo... Yo tenía muchos hijos, solían hacer ruido y no resultaba fácil leer»<sup>24</sup>. Recuerda la llegada de Koba, envuelto en un grueso abrigo negro y tocado con un fieltro oscuro. Será el padre de un sexto hijo, Constantín, que se añade a aquella familia numerosa mal alojada. En 1995, el nº 37 del semanario *Argumenty i Fakty* publica una entrevista con Constantín Kuzakov, entonces de 85 años, que afirma haberse enterado, siendo muy pequeño, de que era hijo de Stalin, al que se parecía extraordinariamente. Hará carrera en el aparato del Partido en el poder como adjunto al jefe del departamento de Agit-prop (Agitación y propaganda) del Comité Central, y luego como primer ayudante del ministro del Cinematografía, Bolchakov. Stalin le protegió entonces y, aunque en la cronología de sus *Obras completas* no figura su matrimonio, aparece la siguiente mención: «Marzo-junio de 1911: Se efectúan dos registros seguidos en casa de I. V. Stalin (en la vivienda de M. P. Kuzakova)»<sup>25</sup>, que salva así su nombre del olvido. Después de la revolución de octubre, María Kuzakova le escribió pidiéndole ayuda. No le contestó jamás.

Liberado de Solvytchegodsk el 27 de junio de 1911 con la prohibición de instalarse en las grandes ciudades, Koba pasa algún tiempo en Vologda, donde llega el 19 de julio y alquila por tres rublos al mes una habitación en casa de un agente retirado. La policía, que sigue los pasos del que llamará finamente «el caucasiano», lo retrata así: «Talla mediana, entre 33 y 35 años, tez curtida, barba corta, rostro alargado que muestra huellas de varicela o pecas, cabellos negros cortos, constitución física normal, modo de caminar normal, vestido con pantalón a rayas, lleva un sombrero blando oscuro. Tipo georgiano»<sup>26</sup>. El Estado entrega a los exiliados 7 rublos y 40 kopecks al mes para su mantenimiento. Eso basta para calmar el hambre, y Koba sigue negándose a buscar trabajo.

No se relaciona con los círculos de exiliados políticos cuyas discusiones y apasionados debates le aburren. Un mes después, la policía indica que, desde principios del mes de agosto, el caucasiano desempleado pasea habitualmente por la ciudad del brazo de una

<sup>24</sup> E. RADZINSKI, *Staline, op. cit.*, p. 74.

<sup>25</sup> STALIN, *Oeuvres complètes*, t. 2, p. 415. En la Cronología al final del volumen, 1911.

<sup>26</sup> CRCEDHC, fondos 558, inventario 1, dossier 5377. Citado en TOTCHINOV Y LEONTIUK, *Vokrug Stalina* (En torno a Stalin), San Petersburgo, Facultad de Letras de la universidad estatal de San Petersburgo, 2000, p. 65.

joven «de estatura mediana, de 23 años, intelectual, de abundante cabellera negra, rostro bien dibujado, de constitución física normal y modo de caminar normal. Va vestida con un abrigo corto negro, falda a la moda, negra por delante, roja por detrás, y sombrero con adornos negros»<sup>27</sup>. Los policías, que la apodan «la elegante» aunque callan su nombre, indican los jardines públicos por donde pasean los jóvenes, los cafés donde almuerzan a expensas de la «elegante», hija de un campesino acaudalado, y el tiempo que pasan ambos en casa de ella.

Se trata de una amiga de su camarada Pierre Tchijikov también exiliado, pero que ha buscado y encontrado empleo fijo en el comercio de un vendedor de frutas y verduras; la joven Pelagueia (o Paulina) Onufrieva, que en 1944 redactará unos recuerdos sobre su amistad con Stalin que no se han publicado. Con motivo o sin él, la policía la considera novia de Tchijikov. Admiradora del «sentido de la belleza» de Koba, mantiene con él largas discusiones sobre arte y literatura. Él habla extensamente de su mujer, muerta tres años antes, y repite sin cesar: «¡No puedes imaginar los hermosos vestidos que era capaz de hacer!»<sup>28</sup>.

Se inscribe en la biblioteca municipal y, según el informe a la policía del confidente que le sigue, la visita diecisiete veces durante los tres meses y veintidós días que dura su estancia en Vologda. Indudablemente, fue entonces cuando leyó a Lamarck, el naturalista francés napoleónico para quien el ejercicio regular de una función modifica, y después transforma, el órgano que la ejerce, de un modo permanente y transmisible a los descendientes, gracias a la herencia de los caracteres adquiridos. Posteriormente empleará estas lecturas para apoyar al charlatán Lyssenko, que pretenderá transformar a las especies pero que solamente lo conseguirá sobre el papel. Lee y subraya cuidadosamente los *Ensayos sobre la historia de la literatura de Europa occidental*, de Kogan. Al marchar, se lo regala a Pelagueia con la siguiente dedicatoria: «A la inteligente y malvada Pauline; de Iosiv el original»<sup>29</sup>. Así lo consideraba ella: un «original», un hombre diferente, lo que en el mundo campesino no es un cumplido. ¿Ha

<sup>27</sup> *Ibid.*, p. 66.

<sup>28</sup> CRCEDEC, fondos 558, inventario 2, dossier 76. GROMOV, *Stalin. Vlast i Iskustvo*, op. cit., p. 33. La foto de Onufrieva ha sido publicada en *Izvestia TsK KPSS*, n° 10, 1989, p. 190.

<sup>29</sup> CRCEDEC, fondos 558, inventario 1, dossier 32. GROMOV, *Stalin, Vlast i Iskustvo*, op. cit., p. 33.

disimulado «la elegante» en sus recuerdos una relación con el futuro mariscal? Es poco probable. Si Koba la trata de «malvada» es que lo ha mantenido a distancia. Los fondos Stalin conservan dos tarjetas postales que le envió ella. La primera representa a dos diosas enlazadas, una de ellas con el pecho descubierto; la otra, la estatua de un hombre desnudo que abraza a Afrodita medio desnuda. Koba escribe: «El beso que de vuestra parte me ha transmitido Pierre queda registrado. Yo os beso a mi vez, pero no os beso simplemente, sino muy es-tre-cha-men-te (besar simplemente no vale la pena). Iosiv»<sup>30</sup>. La invitación es patente, pero la elegante es más reservada que la acogedora Kuzakova. El coqueteo será exclusivamente epistolar. Con motivo de su marcha, ella le regala una cadena adornada con una cruz. Koba arranca la cruz y utiliza la cadena para colgar el reloj...

Las discusiones literarias, la biblioteca y aquel coqueteo no bastan para llenar sus días. Colecciona tarjetas postales que reproducen cuadros de los grandes pintores clásicos, y que regalará a Pauline cuando deje la ciudad. Esta monótona ocupación no es más que un pobre entretenimiento, y la inactividad le pesa. El 6 de septiembre, con el pasaporte de su amigo Tchijikov en el bolsillo, toma el tren para San Petersburgo donde llega el 7 de septiembre. El espía pegado a sus talones ya ha enviado una nota a la policía de la capital: «A las 3h 45, el caucasiano ha llegado a la estación con sus cosas [...] ha subido a un vagón de tercera en el tren para San Petersburgo»<sup>31</sup>.

Koba no tiene suerte: dos días antes, Morda Bagrov, un terrorista del Bund relacionado con la policía, asesina al Primer ministro Stolypin. La policía multiplica las redadas en los medios revolucionarios. Ante el temor de caer en la ratonera, Koba deambula por las calles con la esperanza de encontrarse con algún amigo. Está lloviendo. Empapado, camina durante horas y termina por encontrar un militante que lo lleva a un apartamento. Koba entrega su pasaporte a nombre de Piotr Tchijikov. El vigilante encuentra sospechoso a ese ruso de marcado acento georgiano, lo denuncia y en la noche del 10 de septiembre la policía detiene a Koba... Después de

<sup>30</sup> CRCEDHC, fondos 558, inventario 2, dossier 75. GROMOV, *Stalin, Vlast i Iskustvo*, op. cit., p. 33

<sup>31</sup> CRCEDHC, fondos 558, inventario 1, dossier 4353.

tres meses en prisión, es condenado a tres años de exilio con derecho a elegir el lugar de residencia. A ojos de la policía zarista no ha subido de categoría. Koba elige Vologda, donde llega el 25 de diciembre. Desgraciadamente, la elegante ha dejado la ciudad tres días después que él, el 11 de septiembre, y aquel romance inacabado seguirá siéndolo. En 1917, Pauline se casa con un obrero mecánico. A principios de los años 1930, su padre y su hermano son «deskulakizados», es decir, expropiados y deportados a Siberia. En 1937, la NKVD detiene a su marido, lo suelta, lo detiene de nuevo en 1947 y lo condena a diez años de prisión acusado de ser enemigo del pueblo. Pauline nunca recurre a Stalin. Lo hace solamente una vez, en recuerdo de los buenos tiempos, cuando después de la guerra las autoridades privan a su hijo de la beca por ser «hijo de un enemigo del pueblo». Entonces le escribe y él, sin contestar, hace que le restituyan la beca. A la muerte de Stalin, la hija de Pelagueia romperá en llanto, lo mismo que sus compañeras de trabajo. Cuando se lo cuente a su madre, esta responderá: «Pues yo no he llorado»<sup>32</sup>. Pelagueia muere dos años después.

El ascenso de Koba se inicia a comienzos de 1912. A mediados de febrero recibe en Vologda la visita de su amigo Sergo Ordjonikidzé de regreso de Praga. Allí, del 5 al 17 de enero, los bolcheviques, reunidos en conferencia, se constituyen en un partido distinto. La conferencia, en un comité muy restringido, reúne a 14 delegados con voz deliberatoria y cuatro con voz consultiva, Lenin entre estos. Sale elegido un Comité Central enteramente bolchevique de 7 miembros apoyado por una delegación rusa en la que figuran Koba y Ordjonikidzé. Se suele decir que, aunque en la primera sesión Lenin propuso al Comité Central la elección de Koba, salió derrotado. El acta desmiente esta tesis. Lenin no propuso a Koba: hizo votar el derecho del Comité Central a llenar las vacantes con nuevos miembros a su gusto con objeto de cubrir los vacíos causados por las probables detenciones. Y nombra a Koba en la primera ocasión.

El nuevo elegido no está dispuesto a quedarse en la sombría Vologda, además de que el asesinato de Stolypin ha abierto una crisis política. El 29 de febrero de 1912, Koba marcha a la capital donde se reúne con otro nuevo miembro del Comité Central, Roman Mali-

<sup>32</sup> *Vokrug Stalin, op. cit.*, p. 66.

novsky. Koba aprecia al anciano metalúrgico de cabellera rojiza, aspecto ordinario aunque usa corbata, gran bebedor, pródigo, buen orador, que piensa, como Koba, que la vulgaridad hace proletario, en una palabra, la antítesis de los charlatanes aficionados a las tempestades en vasos de agua. Lo que ignora Koba es que este hombre, condenado tiempo atrás a tres años de prisión por robo con fractura, lleva el nombre de alguien al que ha robado la documentación y trabaja para la policía. Eso no le impide ser uno de los fundadores del sindicato de metalúrgicos de San Petersburgo en 1906 y de haber sido arrestado cinco veces, haber sido detenido por la policía en una reunión subversiva sin que los agentes sepan que trabaja para la Ojrana, o porque se haya hecho detener deliberadamente en alguna reunión que él mismo ha denunciado. Así, en noviembre de 1910 fue arrestado en una reunión clandestina de delegados de un futuro congreso antialcohólico cuya dirección proporcionó a la Ojrana. Apunta las confidencias de Koba. Zoria Serebriakova, hija del viejo bolchevique Serebriakov, condenado a muerte en enero de 1937 a raíz del segundo proceso de Moscú, encontró un documento de la Ojrana que confirmaba este dato y que indicaba: «Koba ha transmitido unas informaciones confidenciales secretas sobre los últimos acontecimientos de la vida del Partido», entre ellas la descripción de algunos militantes bolcheviques. Dedujo que Koba era un agente provocador<sup>33</sup>. La Ojrana califica de «información estrictamente confidencial» todo lo que un confidente comprueba y transmite. Gracias a su fingida naturalidad, Malinovsky sabe tirar de la lengua a Koba, demasiado charlatán por una vez.

Además de eso, ¿qué hace Koba? Baja a Baku para reorganizar la actividad de los comités bolcheviques y, luego, a Tiflis sin avisar a Lenin, ahora instalado en París e impaciente por no recibir noticias. El 28 de marzo de 1912 escribe a Ordjonikidzé: «Sin noticias de Ivanovitch [uno de los numerosos seudónimos de Koba]. ¿Qué hace? ¿Dónde está? ¿Cómo le va?»<sup>34</sup>. Muy pronto recibe unas noticias que le dejan atónito: ¡dos meses después de la ruptura decidida en Praga, Koba sugiere a Lenin que se unan con los mencheviques! Y en Baku, propone a los mencheviques la creación de un centro di-

<sup>33</sup> Z. SEREBRIAKOVA, «Iosiv y Roman», *Nezavisimain Gazeta*, 21 de diciembre de 1994.

<sup>34</sup> LENIN, *Oeuvres complètes*, 5ª edición, Moscú, 1963-1969, t. 48, p. 53. Carta del 28-III-1912 a Ordjonikidzé, Spandarian y Stassova.



rigente común y de una comisión electoral común para las próximas elecciones a la Duma. Krupskaja comenta: «Es evidente que Koba está sin contactos, como si cayera del cielo; en caso contrario, su carta podría producir un efecto demoledor»<sup>35</sup>. El 30 de marzo, Koba envía a la revista *El Socialdemócrata* un artículo a propósito de la reunión de Baku. Es inútil buscar sus huellas en las *Obras completas*. En 1948 era una incoherencia que el discípulo y segundo de Lenin propugnara la unión con los mencheviques...

Vuelve a San Petersburgo el 1 de abril. De camino, se detiene en Rostov-na-Donu desde donde transmite a Rosa Schweitzer, la responsable del comité bolchevique, las instrucciones para la actividad en la región del Don. Veinte años más tarde, Rosa recordará todavía su delgada silueta bajo un ligero abrigo negro y un sombrero oscuro que cubría apenas su espesa cabellera negra. A su regreso a San Petersburgo, el 12 de abril, participa en el lanzamiento del periódico oficial bolchevique, *Pravda*, cuyo primer número sale el día 22. Koba ha redactado un editorial profético: «Es impensable un movimiento fuerte y vigoroso sin controversia. La total conformidad de opiniones solo conduce al cementerio». Ese mismo día es detenido.

Tras una estancia de tres meses en la cárcel, Koba es condenado al exilio en la región de Narym, sobre el río Ob en Siberia occidental, en la frontera de la taiga, una inmensa llanura cubierta de bosques y salpicada de lagos y pantanos. Sale de San Petersburgo el 2 de julio y llega el 22. Apenas aprovecha los 7 rublos y 40 kopecks que la policía entrega mensualmente a cada exiliado para cubrir sus gastos de alimentación (la libra de pan negro cuesta 2 kopecks, la de pan blanco 5 kopecks, la libra de azúcar 18 kopecks, el pescado de río 2 kopecks). El 1 de septiembre huye de ese lugar desolado y desolador, y el 12 vuelve a San Petersburgo. Entre 1931 y 1932 enviará a morir de hambre en aquellos territorios desérticos a cerca de 400.000 campesinos de todas las edades.

En San Petersburgo se instala con el bolchevique Aron Solz en la isla Vasilievski, al noroeste de la ciudad, en una pequeña habitación junto a la cocina del gran apartamento de Tatiana Slovatskaia, también militante. Ambos duermen en una estrecha cama de hierro para una persona. Koba permanece encerrado varios días antes

<sup>35</sup> «Correspondencia del Comité Central del POSDR con las organizaciones bolcheviques locales», *Voprossy Istorii KPSS*, nº 10, 1964, p. 78.

de presentarse a la propietaria, que le tiene que convencer para que duerma en una habitación más amplia: lo encuentra «demasiado serio, introvertido y tímido», y añade: «Se diría que teme sobre todo molestar, fastidiar a las personas». Le invita en vano a que coma con los niños la comida que prepara la sirvienta, pero Koba permanece todo el día encerrado en su reducto, alimentándose de pan y cerveza<sup>36</sup>. Sin embargo, se ve obligado a dejar su guarida por tener que dedicarse a la campaña de las elecciones a la Duma. Pero la policía sigue los pasos del «caucasiano» del que tiene unos datos concretos: «Intelectual, de 32-35 años, estatura inferior a la media, corpulencia mediana, moreno, tez mate, nariz recta, barba afeitada. Lleva un pequeño sombrero negro y un viejo abrigo con cuello»<sup>37</sup>.

Asume entonces la dirección de *Pravda* junto al joven Skriabin, alias Molotov (de *molot*, martillo). Ambos se instalan en un pequeño apartamento. Molotov guarda de Koba un recuerdo agrídulce: «Me quitó una chica, una Marussia que me dejó por él»<sup>38</sup>. Pero son de la misma longitud de onda política; las divisiones con los mencheviques entristecen a ambos, que recortan y rectifican los artículos de Lenin, salpicados de ataques virulentos contra ellos. Para mejor señalar su desacuerdo con él, aunque sin expresarlo, se olvidan de enviar los honorarios al autor. Su norma de conducta consiste en golpear suavemente sin decir palabra.

A pesar de la atenta vigilancia de las operaciones electorales por parte de la policía y el clero, la cuarta Duma, llamada de los Señores, cuenta con trece diputados socialdemócratas, seis de ellos bolcheviques. Entonces, el movimiento obrero recobra un poco de vigor. A mediados de febrero de 1912, el ejército masacra en Siberia a cerca de 300 huelguistas de la Lena Gold Fields. La cólera que genera este hecho es la causa de la oleada de huelgas en las que se mezclan la protesta política y las reivindicaciones salariales. A finales de 1912, Rusia cuenta con 725.000 huelguistas frente a los 105.000 de 1911. El descontento social se une a la crisis política rampante. 1913, año del tricentenario de la dinastía Romanov, está marcado por el asunto Beilis, un judío de Kiev acusado de una muerte ritual. Esta provocación antisemita del Ministerio del Inte-

<sup>36</sup> I. TRIFONOV, *Le reflet du brasier*, París, Gallimard, 1966, p. 58.

<sup>37</sup> CRCEDHC, fondos 558, inventario 4, dossier 157, L. MARCOU, *Staline, vie privée, op. cit.*, p. 64.

<sup>38</sup> F. TCHUEV, *Conversations avec Molotov, op. cit.*, p. 208.

rior resulta ser un fracaso. Tras la fanfarria del tricentenario, el régimen se desmorona. El autoritario Nicolás II se niega a toda clase de diálogo, incluso con la mayoría monárquica de la Duma; disgusta también a los círculos de negocios y a la nobleza, que no acepta la elección sistemática de ministros entre las filas de la burocracia estatal y que detesta a Rasputín.

Lenin, instalado desde julio de 1912 en Cracovia (Polonia austríaca), cerca de la frontera rusa, convoca a Koba en noviembre, y luego del 26 de diciembre al 1 de enero, junto a los seis diputados bolcheviques elegidos en la Duma en noviembre, Malinovski entre ellos, y al Comité Central. Está descontento de los diputados y de la redacción de *Pravda*, a los que considera demasiado conciliadores con los mencheviques. Los trece diputados socialdemócratas forman un grupo parlamentario único. El día de la apertura de la Duma, los bolcheviques habían convocado una huelga que los mencheviques condenaron en nombre del grupo. Sin embargo, los diputados bolcheviques, poco rencorosos, han aceptado figurar en la lista de los colaboradores del diario menchevique *Loutch* (*El Rayo*).

Stalin escribe desde Cracovia a Kamenev, entonces en Ginebra, invitándole a reunirse con él para aliviar una soledad que le abruma: «Te beso con la nariz al estdo esquimal [...]. Me aburro endiablidamente sin ti, te lo juro. ¡No tengo a nadie, a nadie con quien charlar de corazón a corazón!». Koba le describe los extravíos de los diputados bolcheviques que atribuye a su aciaga ausencia: «Casualmente, he faltado a una reunión de la fracción, y eso ha bastado para que los seis hagan una tontería con *Loutch*...»<sup>39</sup>. Ahora bien, carece de autoridad sobre los seis diputados y calla. Por otra parte, opuesto a la ruptura con los mencheviques, muestra en Cracovia un vivo afán de diplomacia: «Es prematura una política orientada a dividir el seno de la fracción: ahuyentará a los 7 [mencheviques]; [...] [es preciso] comportarse con delicadeza y con prudencia con los 7 [...] sin emplear procedimientos brutales en contra de ellos»<sup>40</sup>.

La reunión de Cracovia no da frutos. Lenin se ceba con la conciliadora y blanda redacción de *Pravda* que, según escribe el 25 de

<sup>39</sup> *Bolchevitskoe rukovodstvo, perepiska 1912-1927* (La dirección bolchevique: correspondencia 1912-1927), Moscú, Rosspen, 1996, p. 16.

<sup>40</sup> Ver su artículo de *Pravda* del 26 de febrero de 1913, reproducido en las *Oeuvres complètes*, t. 2, pp. 368-372, en el que afirma (p. 368) que el grupo parlamentario socialdemócrata «corre el riesgo de estallar en dos pedazos para placer y alegría de nuestros enemigos».

enero de 1913, le ha enviado «una carta estúpida e insolente [...]. Hay que expulsar a esa gente [...]. Es preciso reorganizar la redacción, o mejor, retirar completamente todo lo antiguo»<sup>41</sup>. El 9 de febrero envía a Yakov Sverdlov a hacerse cargo del diario: «Hay que establecer en *Pravda* una redacción con los nuestros y cesar a la actual [...]. Estas personas no son hombres, sino unos penosos estropajos que arruinan la causa»<sup>42</sup>.

Lejos de la tormenta, Koba disfruta en Cracovia de unos días de trabajo tranquilo, aunque intenso. El 12 de enero de 1913 aparece por primera vez la firma de K. Stalin en la revista *La Socialdemocracia*. Hasta entonces, Koba utilizaba una veintena de seudónimos, sustituyendo poco a poco los nombres georgianos por nombres rusos: tantea, prueba con Salin, Solin. ¿Procede Stalin de la simple añadidura de una casual «t» a Salin? El historiador Pojlebkin sugiere que viene del nombre de Stalinski, traductor y editor, en 1888, del *Príncipe con piel de tigre*; Koba tenía entonces 10 años, lo que hace su tesis más que dudosa. Más tarde, harán derivar Stalin de *stal*, acero, para hacer de él un hombre de acero. Sin embargo, el seudónimo carecía entonces de todo significado simbólico, como lo es el de Kamenev (de *kamen*, piedra) utilizado por León Rosenfeld. Por su parte, su fiel amigo Molotov dice explícitamente: «Stalin es un nombre industrial»<sup>43</sup>. En diciembre de 1933, Stalin da una explicación evasiva al periodista americano Walter Duranty: «Los camaradas me pusieron ese nombre en 1911 o quizá en 1910. Creían que ese nombre me iba bien. En todo caso, es el que me quedó»<sup>44</sup>. Al releerlo, Stalin suprimirá del texto publicado ese pasaje que da a su seudónimo un valor circunstancial anodino. Ahora bien, esta elección marca una ruptura con el pasado: Koba era un nombre georgiano pueblerino que simbolizaba una revolución romántica marginal; con el nombre ruso, Koba afirma su ambición nacional. Una última resistencia le obliga un momento a firmar K. Stalin, pero la K, postrera huella del abrek caucasiense, desaparecerá muy pronto.

<sup>41</sup> LENIN, *Oeuvres complètes, op. cit.*, t. 48, p. 152. «A los diputados bolcheviques de la Duma, 25-I-1913».

<sup>42</sup> LENIN, Carta a Sverdlov del 9-II-1913.

<sup>43</sup> F. TCHUEV, *Conversations avec Molotov, op. cit.*, p. 208. «Las elecciones en San Petersburgo».

<sup>44</sup> *Istochnik*, 1999, n° 5, p. 79.

A finales de enero, Lenin envía a Stalin a Viena, para que en la Biblioteca central trabaje en la elaboración de la postura bolchevique sobre el «tema nacional»; dicho de otro modo, para concretar la doctrina sobre los problemas de las minorías nacionales oprimidas en el Imperio ruso y en el austro-húngaro. Lenin necesita a un verdadero «extraño» para denunciar la «autonomía cultural», antepasada del colectivismo moderno, propugnada por los socialistas austriacos y unida al federalismo defendido por el Bund y los mencheviques georgianos. ¿Por qué envía a Viena a Stalin cuando la biblioteca de Cracovia contiene las mismas obras, además de que Koba no lee ni habla alemán? Es un modo delicado de alejarlo del domicilio familiar: a Krupskaja no le gusta este individuo hurraño cuyos saludos se reducen a unos gruñidos ininteligibles. Esta decisión marca el comienzo de una permanente enemistad entre Krupskaja y Koba.

En Viena, Stalin se reúne con jóvenes bolcheviques, especialmente con Nicolás Bujarin y Alejandro Troianovski, que le traducen las citas necesarias. Un día, Trotski ve entrar en la pieza donde está tomando té a un hombre de aire apagado, expresión triste, ojos amarillentos y aspecto agresivo, que llena su vaso de té en el samovar, gruñe y se va. Es Stalin, que acaba de enviar a San Petersburgo un artículo dedicado a las elecciones en la capital en el que trata a Trotski de «simple titiritero de músculos de imitación que no ha conseguido reunir a nadie en cinco años»<sup>45</sup>.

En febrero, de regreso a Cracovia cargado de citas, Stalin termina, bajo el estricto control de Lenin, el único texto teórico consistente que haya escrito nunca: «*El marxismo y la cuestión nacional*», publicado en marzo y mayo de 1913 en la revista *Prosviechtchenie*. Es patente su aportación personal: las referencias al Cáucaso y los dos últimos polémicos artículos contra el Bund y los mencheviques caucásicos llevan su sello. Sin embargo, resulta intrigante la comparación de este opúsculo con otros de los suyos a causa del estilo y la redacción: la monótona repetición de afirmaciones tajantes no demostradas; el lirismo oratorio; las diatribas vengativas; la mecánica continuada de preguntas y respuestas; las imágenes bíblicas; los perentorios «está claro que»; «es evidente que»; el desfile de tópi-

<sup>45</sup> STALIN, *Oeuvres complètes*, t. 2, p. 279. Los «músculos de imitación» de Trotski le gustan mucho; ya había hablado de ellos en un texto del 24 de octubre de 1912, anterior a este texto del 12 de enero de 1913.

cos; el manoseo de las perogrulladas en uso: nada de eso aparece aquí. El análisis es minucioso, la discusión coherente. ¿Cómo explicar estas diferencias? Ciertamente, Lenin ha controlado y revisado el texto. Satisfecho de su discípulo, en una carta a Gorki alaba a «nuestro georgiano maravilloso»<sup>46</sup> que ha trabajado tan bien y con el que ha estado siempre de acuerdo.

A mediados de febrero, Stalin vuelve a San Petersburgo encargado por Lenin de vigilar el cumplimiento de sus directrices por parte de los diputados bolcheviques de la Duma. Se instala en casa de Serge Alliluiev, cuya hija, la pequeña Nadejda –de 11 años entonces– contempla a aquel furtivo conspirador con gesto de admiración. El 23 de febrero, el comité bolchevique de San Petersburgo organiza un concierto que él, en su biografía, transforma en «sarao». Malinovsky le invita; Stalin rehúsa; Malinovsky insiste; Stalin alega carecer de ropa adecuada; Malinovsky se saca una corbata del bolsillo y se la anuda al cuello, lo lleva con él y se sientan juntos en una mesita de la que le retiran cortésmente dos policías vestidos con ropa civil. El desconfiado Stalin, que más tarde verá por todas partes agentes imaginarios, se ha visto burlado por un auténtico delator.

En esta ocasión, la Ojrana no bromea. Stalin es condenado a cuatro años de destierro en la región de Turujansk en Siberia central, cerca del círculo polar, en el curso inferior del Yenisei, helado seis meses al año. Alrededor se extiende la taiga bajo el zumbido de moscas y moscardones que devoran el rostro y las manos en verano, y ahogada bajo la nieve y barrida por las tempestades en invierno. La región no cuenta con una carretera practicable y la primera vía de ferrocarril se encuentra a unos 1.000 kilómetros de allí. La evasión de esa zona roza la hazaña: los escasos atrevidos que la intentan perecen de hambre y de frío o son entregados por los campesinos a cambio de los tres rublos que las autoridades pagan por fugitivo. Stalin reanudará esta tradición con los evadidos del Gulag. Allí suelen morir de tuberculosis, caer en la desesperación o suicidarse, unos peligrosos jóvenes exiliados y privados de todo en ese desierto fuera del tiempo. Dubrovinski, miembro del Comité Central bolchevique, se quitó la vida a la edad de 36 años.

Stalin sale hacia el exilio el 2 de julio y llega a Krasnoïarsk el 11. Cuatro días después marcha a Turujansk donde llega el 10 de agos-

<sup>46</sup> LENIN, *Oeuvres complètes, op. cit.*, t. 48, p. 152. «Carta a Gorki» de febrero de 1913, p. 162.

to. Se instala en el pueblecito de Kostino donde vive durante poco tiempo en una isba húmeda y fría, con tejado de bálago, donde Yakov Sverdlov, exiliado poco tiempo antes que él, ha alquilado una habitación contigua a la de los propietarios y de sus numerosos hijos, sin petróleo para iluminarse. En 1912, Lenin había encargado a Sverdlov la reorganización de la redacción de *Pravda*, dirigida entonces por Molotov y Stalin, que no pudo olvidar ni perdonar tal humillación. Al principio, la coexistencia de los dos hombres fue casi pacífica, pero apenas duró. En marzo de 1914, Sverdlov escribe a su esposa: «Es buen chico<sup>47</sup>, pero demasiado individualista para la vida cotidiana, mientras que yo creo en una apariencia de orden por lo menos»<sup>47</sup>. Como salían con frecuencia a cazar, Stalin, al que los campesinos llamaban «el Picado», se agenció un perro al que puso por nombre Yachka, diminutivo de Yakov. Sverdlov no aprecia la broma. Stalin encarga al perro la limpieza de la vajilla que, una vez lamida por Yachka, está limpia, según indica a su vecino<sup>48</sup>. Como considera innecesario lavar los platos, las relaciones entre ambos se deterioran rápidamente. En mayo, Sverdlov indica: «En las condiciones de la cárcel y del exilio, un hombre se revela tal como es, con sus defectos más mezquinos»<sup>49</sup>. Se cambia de isba dejando a Stalin solo en la suya. Un mes después, Sverdlov se queja a su mujer de las «terribles condiciones» en que vivía en Kureika: «El camarada con el que vivía demostró ser imposible para la convivencia diaria. Hemos dejado de vernos y de hablarnos»<sup>50</sup>. Volverán a verse en el Comité Central.

Hasta enero de 1914, Stalin recibe regularmente el *Pravda*, que le informa del alcance de las huelgas. El 23 de abril de 1914, 75.000 obreros paran en San Petersburgo y 54.000 en Moscú en contra de la exclusión temporal de la Duma de los diputados socialdemócratas y trabajadores, acusados de obstrucción de los proyectos del Primer ministro. En junio, las huelgas y las barricadas saludan la llegada de Raymond Poincaré a San Petersburgo. La guerra ahogará esta agitación dando al zarismo un alivio ilusorio.

Las dificultades materiales atormentan a Stalin desde su llegada a Turujansk. Las cartas a los camaradas se refieren sobre todo a pro-

<sup>47</sup> Cartas de Sverdlov en *Petchat i Revoluca*, n° 2, 1924, p. 64, y J. SVERDLOV, *Oeuvres choisies*, Moscú, 1957, t. 1, p. 276.

<sup>48</sup> N. JURSCHOV, *Vospominania*, op. cit., t. 2, p. 119.

<sup>49</sup> J. SVERDLOV, Cartas, p. 65, y *Oeuvres choisies*, op. cit.

<sup>50</sup> J. SVERDLOV, *Oeuvres choisies*, op. cit., p. 298.

blemas monetarios. La subvención gubernamental mensual de 3 rublos que recibe, como todos los exiliados administrativos que no se han visto privados de sus derechos ciudadanos, es insuficiente. Se aburre, su moral está baja. En contra de la costumbre de los recién llegados, rehúsa dar a los más antiguos una conferencia sobre la situación política, e inmediatamente se encierra en su cabaña. En octubre escribe suplicante a Zinoviev, que se encuentra en Cracovia: «He caído enfermo después de mis viajes. Enviadme dinero, enviadme libros»<sup>51</sup>. En noviembre, Zinoviev le anuncia la publicación de sus artículos sobre la cuestión nacional en forma de folletos y le promete enviarle periódicamente los honorarios. Stalin informa inmediatamente a Malinovsky en San Petersburgo y solicita su ayuda: «Espero que, en caso de aparición, sabrás defenderme y conseguirás obtener mis honorarios»<sup>52</sup>. Al mismo tiempo, escribe a Alliluev: «Por fin he recibido tu carta. Creí que me habías olvidado [...]. Vivo mal, no hago casi nada. ¿Qué puedo hacer, si carezco totalmente o casi totalmente de mis queridos libros?»<sup>53</sup>. Sin embargo, según un antiguo exiliado, a la muerte de Dubrovinski, Stalin confiscó su biblioteca en contra de la costumbre de entregar a la colectividad las pertenencias de los camaradas desaparecidos.

Aquel mismo mes escribe una carta angustiada y desesperada a su antigua anfitriona, Tatiana Slovatinskaia: «Me da un poco de vergüenza escribirte, pero ¿qué puedo hacer?: la necesidad me obliga. No tengo un kopeck. Tenía algo de dinero pero se ha ido en ropa, calzado y en víveres que aquí son horriblemente caros». Todavía le fían, pero ¿por cuánto tiempo? Podría enviarle 20 o 30 rublos, pues no ha comprado suficiente leña para calentarse y, como están a 33 grados bajo cero, le va a faltar. Mientras escribía esta carta, recibía un paquete de Tatiana con ropa nueva. Le da las gracias y se excusa, confuso. «Yo no quería más que mi vieja ropa personal y tú me la has comprado nueva; es una pena que hagas esos gastos, ya que no tienes mucho dinero»<sup>54</sup>. Esta delicadeza es pasajera. Ocho días después

<sup>51</sup> CRCEDHC, fondos 558, inventario 1, dossier 48.

<sup>52</sup> CRCEDHC, fondos 558, inventario 1, dossier 5393. Reproducido en R. MEDVEDEV, *O Staline i Stalinisme*, Moscú, Progress, 1990, en *Sovietskoe Rukovodstvo, Perepiska 1912-1927*, op. cit., pp. 17-18, en TRIFONOV, *Le Reflet du brasier*, op. cit., pp. 61-63, y en L. MARCOU, *Staline, vie privée*, op. cit., pp. 73-74.

<sup>53</sup> A. ALLILUEVA, *Iz Vospominania* (Algunos recuerdos), Moscú, 1946, p. 118.

<sup>54</sup> I. TRIFONOV, *Le Reflet du brasier*, op. cit., pp. 63-64; L. MARCOU, *Staline, vie privée*, op. cit., p. 75.



añade una nueva petición: «Amable amiga, mis apuros aumentan de día en día, me encuentro en una situación desesperada y, para colmo, estoy enfermo: una tos sospechosa. Necesito leche urgentemente, pero... el dinero, no tengo dinero. Querida mía, si encuentras algunos céntimos, envíamelos por giro telegráfico, no puedo esperar más»<sup>55</sup>. Más adelante, Stalin castigará a la familia de Tatiana Slovatskaia: su yerno morirá ejecutado, su hijo y su hija irán al exilio.

Se impacienta y, en diciembre, en una carta a Zinoviev alude a su bronquitis crónica y reclama con urgencia el pago de sus honorarios por *El marxismo y la cuestión nacional*: «Tengo, dice, una espantosa necesidad de dinero. No sería tan grave si no fuera por esta maldita enfermedad que exige unos cuidados (y por lo tanto, dinero) que me hacen perder el equilibrio y la paciencia. Espero»<sup>56</sup>. Le recuerda su petición de libros en alemán para completar y refundir sus artículos. La carta que dirige a Malinovsky en el mismo mes no es más que una prolongada queja: el futuro dictador de la URSS se desahoga con acentos desesperados en el regazo del soplón de la policía al que no ha descubierto: «Jamás me he encontrado en una situación tan espantosa. Estoy sin blanca; toso de un modo sospechoso a raíz de una ola de frío (-37); mi estado general es enfermizo; ya no tengo reservas de pan, ni de azúcar, ni de carne, ni de petróleo (el dinero se ha ido en gastos corrientes, vestido y calzado). Y aquí todo es caro: el pan de centeno 4 kopecks y medio la libra, el petróleo 15 kopecks, la carne 18 kopecks, el azúcar 25 kopecks. Necesito leche, necesito leña... pero el dinero, no hay dinero, amigo mío. Ni sé cómo voy a pasar el invierno en estas condiciones». Al no tener «parientes ni amigos ricos» ruega a los diputados bolcheviques y al presidente del grupo parlamentario socialdemócrata, el menchevique georgiano Tchkeidzé, que le envíe urgentemente 60 rublos deducidos de los fondos de ayuda a las víctimas de la represión. «Ya no tengo a quién dirigirme y no tengo ganas de reventar aquí de hambre sin ni siquiera haberte escrito una sola carta. [...] esperar más tiempo significa morir de hambre y ya estoy agotado y enfermo.» Badaiev le envió 20 o 25 rublos, pero en total, desde su llegada, había recibido 44 rublos del extranjero y 25 de Petrovski...<sup>57</sup>.

<sup>55</sup> *Ibid.*, p. 64. L. MARCOU, *Staline, vie privée, op. cit.*, p. 76.

<sup>56</sup> *Peepiska, op. cit.*, p. 17.

<sup>57</sup> *Ibid.*, p. 18.

Malinovsky le envía 60 rublos. Entonces se remonta su moral y Stalin piensa en reanudar el difícil aprendizaje de las lenguas extranjeras. A finales de febrero pide por carta al presidente de una sociedad, con sede en París, de ayuda a los exiliados rusos que le envíe un diccionario de bolsillo francés-ruso y algunos ejemplares de un diario en inglés para estudiar esta lengua. Desgraciadamente, Lenin le comunica a Malinovsky —que inmediatamente alerta a la Ojrana— de su deseo de hacer escapar a Stalin y a Sverdlov. A principios de marzo de 1914, el gobernador de Krasnoïarsk exilia a Stalin a Kureika, un desolado pueblo de pescadores al norte del círculo polar en el río helado del mismo nombre, y le confisca los 60 rublos. La región está habitada por los ostyacos, un pueblo de cazadores, adiestradores de renos o pescadores de origen mongol, de nariz chata, bebedores empedernidos, convertidos por la fuerza a la ortodoxia tras siglos de paganismo. Con la ayuda del vodka, luchan contra el tifus, la sífilis y el frío del prolongado invierno. Stalin vivirá tres años en medio de esa población analfabeta, embrutecida por el hambre, el frío, el alcohol, la suciedad y las enfermedades.

El 10 de abril de 1914, Stalin felicita desde Kureika a Malinovsky por sus artículos y por sus intervenciones en la Duma, y le pide que le haga llegar el *Pravda*, que ya no recibe. Para confundir a la censura, sugiere ingenuamente que Stalin es otra persona: «Diré a I. Stalin que escriba con más frecuencia»; le anuncia tres artículos de su parte, uno sobre los fundamentos del marxismo y dos sobre la cuestión nacional, uno de ellos con un texto «popular completamente accesible a los obreros». *In fine*, anuncia al amigo su traslado a Kureika y comenta resignadamente la confiscación de los 60 rublos. «¡Es la vida, hermano! [...] Por un momento pensé en marcharme, pero he abandonado esta idea, la he abandonado definitivamente. Hay muchas razones para ello» que promete exponerle en detalle<sup>58</sup>. Ya no podrá hacerle esta imprudente confianza. Para el nuevo ayudante del ministro del Interior, Djunkovski, la presencia de un soplón en la Duma debilita la institución y, si llegara a conocerse, la desacreditaría. El 8 de mayo de 1914 obliga a dimitir a Malinovsky, que huye al extranjero. Stalin ha perdido a su principal corresponsal.

En vísperas de la guerra, Rusia parece integrarse en el pelotón de países desarrollados. La industria ha alcanzado un alto nivel de

<sup>58</sup> *Ibid.*, p. 19.

concentración: 392 empresas de más de 1.000 obreros reúnen el 44% de la mano de obra obrera, un porcentaje dos veces y media más elevado que el de Alemania. Pero las apariencias engañan. Las fábricas alemanas se apoyan en una división de trabajo a fondo; las grandes fábricas rusas suelen ser polivalentes, rodeadas de dormitorios y de comercios destinados de obra campesina poco cualificada. La mecanización trata de compensar esa baja cualificación, no de economizarla. Desde ese punto de vista, el gigantismo es más un signo de retraso que de modernidad. Por otra parte, la metalurgia y la industria textil rusas viven sobre todo de los encargos del Estado, del ejército, de la flota y de los ferrocarriles. La guerra que se anuncia exige raíles, cañones, navíos, fusiles, uniformes. En 1913, Rusia dispone de una flota de guerra, pero apenas de marina mercante. Por último, el desarrollo industrial está colocado bajo control parcial del extranjero: los bancos franceses poseen el 22% del capital de los bancos rusos, los bancos alemanes el 16% y los ingleses el 5%.

La agricultura parece floreciente. Dos cosechas abundantes, en 1909 y en 1913, facilitan las exportaciones. En 1913, un año excepcional, Rusia vende cerca de un tercio de los cereales comercializados en el globo. Pero estas cifras ocultan una realidad social dramática: el consumo interior se estanca. Una mala cosecha basta para resucitar el espectro de la escasez, como en 1911. Un tercio de las explotaciones agrícolas carecen de caballo; un tercio carece de maquinaria agrícola. El crecimiento de la producción se explica por el aumento de la población campesina. La productividad del trabajo es baja; su mejora proviene más de la intensificación del trabajo que de las inversiones, reservadas a las grandes explotaciones; la estructura de la propiedad vincula exportación y miseria campesina: en la Rusia europea, 30.000 grandes propietarios poseen 70 millones de hectáreas, una media de 2.300 por granja, y el mismo número de hectáreas los 10 millones de explotaciones más pobres, es decir, 7 hectáreas por hogar. Lo justo para morir de hambre. Para sobrevivir, el campesino pobre ha de alquilar sus brazos al gran propietario o al kulak (campesino rico del lugar), en un recuerdo del trabajo de antaño. «La lucha de clases en el campo se prepara en las profundidades de la reforma de Stolypin»<sup>59</sup>, subraya Hélène Carrère d'Encausse.

<sup>59</sup> H. CARRÈRE D'ENCAUSSE, *Nicolás II*, París, Fayard, 1996, p. 243.

En 1913, la renta per capita del habitante del Imperio ruso representa los dos quintos del de Francia, un tercio del de Alemania, un quinto del de Inglaterra y un octavo del de Estados Unidos. La estructura social de Rusia hace el reparto más desigual y los gastos parasitarios de la Corte devoran buena parte. La guerra subrayará todos los vicios del Imperio, agravándolos después.

## Capítulo VI

### EN EL CORAZÓN DE LA TAIGA

El 23 de julio de 1914, exactamente un año después de la detención de Stalin, Raymond Poincaré da fin a su visita a San Petersburgo. Francia, que ha nutrido a Rusia con sus préstamos, tiene necesidad de la «apisonadora» de su ejército y de sus cosacos frente a Alemania. En contrapartida, por un acuerdo secreto en la primavera de 1915, los aliados le permitirán invadir Constantinopla y acceder así al estrecho de los Dardanelos. El 3 de agosto, Rusia, Alemania, Francia, Austria e Inglaterra están en guerra. El 4, el grupo parlamentario socialdemócrata alemán vota por unanimidad los préstamos de la guerra. Los socialistas franceses hacen lo mismo.

La sagrada unión patriótica de comienzos de la guerra, que la Iglesia bendice, interrumpe el movimiento de las huelgas. El 8 de agosto, la Duma se toma vacaciones después de haber votado los presupuestos militares y el aumento de los impuestos. En febrero de 1915 se reúne durante tres días, vota los presupuestos militares y se dispersa sin decir palabra. La Internacional socialista se desmorona: casi todos sus partidos se alinean con sus gobiernos. El 28 de septiembre, Lenin, en nombre del Comité Central en el exilio, define la postura de los bolcheviques como derrotismo revolucionario: «Desde el punto de vista del proletariado internacional, no sabríamos decir cuál es el grupo de naciones beligerantes cuya derrota perjudicaría menos al socialismo», pero para las masas trabajadoras de todos los pueblos de Rusia, «el menor mal sería la derrota de la monarquía zarista, el más reaccionario y más bárbaro de los gobiernos, el que oprime al mayor número de naciones y a las masas más numerosas de Europa y de Asia»<sup>1</sup>. Este análisis, que define al gobierno de cada país como el principal enemigo de su propio pueblo, desemboca en la creación de una nueva Internacional y en la

<sup>1</sup> LENIN, *Oeuvres complètes, op. cit.*, t. 26, p. 21. «La guerra y la socialdemocracia rusa».

transformación de la guerra en guerra civil. En diciembre, Lenin concreta que no puede defenderse a Rusia más que combatiendo a la monarquía, a los grandes propietarios de tierras y a los capitalistas de su patria, los peores enemigos de nuestra patria», y por tanto, «deseando la caída del zarismo [...] como el menor mal para las nueve décimas partes de la población de la Gran Rusia»<sup>2</sup>. Los diputados bolcheviques que votaron en la Duma contra los préstamos para la guerra son destituidos inmediatamente y luego exiliados a Siberia. En julio de 1915, los exiliados bolcheviques de la región de Turujansk, entre los que se encuentra Stalin, se reúnen en un pueblo perdido de Monastyrskoie para discutir la postura de Lenin.

Ignoramos lo que piensa Stalin realmente, tan silencioso en esta reunión como durante toda la guerra: hasta un cuarto de siglo después no se manifestará sobre este tema y siempre en la intimidad. El 7 de noviembre de 1939, después de los festejos del aniversario de la revolución, afirma delante de Dimitrov: «El slogan de transformación de la guerra imperialista en guerra civil [...] solo era válido para Rusia [...]. En los países europeos no era válido, pues los obreros habían recibido de la burguesía ciertas reformas democráticas que habían aceptado y no estaban dispuestos a lanzarse a una guerra civil (en la revolución) contra la burguesía. Había que abordar a los obreros europeos de otro modo»<sup>3</sup>. En 1915 o 1916 no esboza este análisis crítico, pero vista desde aquella Kureika perdida en la taiga, la perspectiva de la guerra civil debía parecerle abstracta cuando no ilusoria. Sin embargo, no habla de ello. Más tarde le atribuirán la iniciativa de una carta dirigida a los deportados en la que apoyaba las tesis de Lenin, misiva que «puso fin a sus dudas y reafirmó a los que vacilaban»<sup>4</sup>. Sin embargo, nadie recuerda dicho documento y tampoco ha sido hallado.

La guerra agota rápidamente a Rusia. Para funcionar, la «apisonadora» rusa exige una sangría masiva en la mano de obra agrícola e industrial, mientras que el esfuerzo de la guerra reclama un crecimiento de la producción. En pocos meses, los efectivos del ejército pasan de 1,5 millones a 10 millones de hombres, frecuentemente

<sup>2</sup> *Ibid.*, pp. 108-109. «Sobre el orgullo nacional de los grandes rusos».

<sup>3</sup> G. DIMITROV, *Dnevnik* (Diario), Sofía, Universitetsko izdatelstvo, 1997, p. 185.

<sup>4</sup> ROSA SWEITZER, citada por TROTSKI, *Staline, op. cit.*, p. 269. Trotski subraya que Rosa Sweitzer, al escribir sus memorias en 1937, atribuye indudablemente a Stalin la postura de su propio marido, Suren Spandaria, que era amigo de Stalin.

mal armados, mal calzados, mal equipados y mal alimentados. La guerra reduce a Rusia a una autarquía obligada que pone al desnudo la enorme debilidad de su economía. Los alemanes controlan el Báltico y los turcos, entrando en la guerra a su lado, bloquean los estrechos. La red ferroviaria, demasiado lenta, apenas permite utilizar los puertos de Extremo Oriente. Para responder a las exigencias de París, el ejército ruso ataca en Prusia oriental y en Galitzia; a últimos de agosto, el cuerpo de ejército de Samsonov es rodeado y aniquilado. De junio a septiembre, el ejército ruso retrocede y pierde la Polonia rusa, Lituania y parte de Letonia.

Los caprichos autocráticos de Nicolás II no solucionan las cosas. El 24 de agosto de 1915 asume la dirección del Gran Cuartel general en Moghilev, lejos de Petrogrado (el nuevo nombre rusificado de San Petersburgo) y se proclama jefe supremo de los ejércitos. En el Consejo de ministros, el titular de la Guerra se lamentaba: «De un momento a otro podemos esperar una catástrofe en el frente y en la retaguardia. El ejército no se bate en retirada, corre [...]. Ante la mínima aparición de una patrulla alemana cunde el pánico y reina el sálvese-quien-pueda en regimientos enteros [...]. Hasta ahora los salvaba nuestra artillería, pero ya no hay munición». ¿Qué hacer? El ministro replica: «Cuento con el terreno, con el lodo y rezo a San Nicolás»<sup>5</sup>. Pero la receta no se muestra eficaz. Y ese panorama de la guerra en 1915 prefigura el fracaso del Gobierno provisional que, después de febrero de 1917, se empeñará en continuar la guerra.

Stalin, agobiado por los problemas financieros y consumido por el aburrimiento, parece ajeno a estos problemas. El 25 de noviembre de 1915 escribe desde Kureika una carta melancólica a la mujer de Serge Alliluiev, su anfitrión en San Petersburgo. Le declara su «gratitud por sus nobles y puros sentimientos» y por sus atenciones, y luego le ruega que no gaste su dinero por él, pero que le envíe «de vez en cuando una tarjeta postal con escenas de la naturaleza y otros temas. En esta región maldita, la naturaleza es de una pobreza que produce espanto: en verano el río, en invierno la nieve, eso es todo lo que aquí ofrece la naturaleza y siento una estúpida nostalgia de escenas de la naturaleza, aunque solo sea sobre el papel». Sin embargo, termina con una nota optimista: «Me encuentro bien. Mi salud es magnífica. Aparentemente me he habituado a la naturaleza

<sup>5</sup> M. FERRO, *Nicolás II, op. cit.*, p. 202.

de aquí. Y sin embargo, es muy dura; hace tres semanas el termómetro bajó hasta  $-45^{\circ}$ »<sup>6</sup>.

La mayor parte del tiempo, Stalin se aísla, caza y sobre todo pesca en solitario. Se granjea, dirá, la estima de los habitantes de la aldea, acostumbrados a permanecer plantados en el mismo lugar del Kureika, mientras que él se desplaza para encontrar el punto más rico en pesca. Permanece aislado de sus camaradas y se une a una mujer del pueblo con la que tiene un hijo que no volverá a ver. Chumiatski, su vecino de exilio al que más tarde pondrá a la cabeza del cine soviético antes de hacerlo fusilar, subraya su deseo de permanecer al margen: «Ocupado en pescar y cazar, se encerró en sí mismo [...] vivió en completa soledad [...]. Prácticamente no tenía necesidad de ver a nadie [...]. Cuando se le ocurría asistir a las reuniones organizadas por los exiliados se mostraba avaro de comentarios»<sup>7</sup>. A pesar de ser miembro del Comité Central, participa raramente en las reuniones políticas organizadas por sus colegas y, cuando acude, permanece mudo. En medio del silencio de Kureika, tórrida o helada según las estaciones, los ecos del mundo exterior le llegan apagados y tardíos. Así vive durante casi tres años y medio, sumido en una pasiva somnolencia. Un día, un exiliado le ofrece un manual de esperanto: durante unas semanas reanuda el estudio iniciado tiempo atrás en la cárcel y luego lo abandona; devora, en ruso, la clásica *Historia política de la Revolución francesa*, de Alphonse Aulard, que le ha prestado Sverdlov. Se dice que lee y toma notas de *El Príncipe*, de Maquiavelo.

De vez en cuando se traslada a Monastyrskoie, a unos centenares de kilómetros, con objeto de visitar a su amigo Suren Spandarian, elegido para el Comité Central del partido bolchevique en 1912, miembro, como él, de su buró ruso, luego detenido y exiliado en 1913. A finales de febrero de 1915, Spandarian redacta tres líneas en las que anuncia a Lenin la visita de «Iosiv», que añade una breve nota: «Vivo como antes, mastico mi pan [es decir, que llevo una existencia plácida y monótona], ya he cumplido la mitad de mi pena. Esto es bastante aburrido porque no hay nada que hacer. [...] Donde tú estás debe ser algo más alegre». Critica a los socialistas pa-

<sup>6</sup> *Perepiska 1912-1927, op. cit.*, pp. 20-21.

<sup>7</sup> Citado por B. D. WOLFE, *Lénine, Staline et Trotski, op. cit.*, p. 363, y por TROTSKI, *Staline, op. cit.*, pp. 266-267.



trioteros, Guesde, Sembat y Vandervelde, y «a sus gloriosos –¡ja! ¡ja!– puestos de ministros», al anarquista patriota Kropotkin, «un viejo imbécil que está completamente chocho», y a Plejanov, «una vieja portera, una buena mujer incorregible [*psic!*]». De lejos, le gustaría «dar una tunda a los liquidadores» y desea la próxima publicación de un «órgano donde se les abofetee como es debido y sin descanso»<sup>8</sup>.

En el verano de 1916, la tuberculosis se lleva a Spandarian a la edad de 34 años. Koba, solo desde entonces, se trata con algunos campesinos con los que, de vez en cuando, trasiega una botella de vodka. En enero de 1947 responde a la petición de ayuda de uno de ellos: «Todavía no te he olvidado, ni a ti ni a los amigos de Turujansk»<sup>9</sup>, y de su sueldo de diputado en el Soviet Supremo le envía 6.000 rublos. Lenin se interesa por él a distancia: en julio pregunta a Zinoviev: «¿No recuerdas el apellido de Koba?»<sup>10</sup>. En noviembre pide a un corresponsal: «Un gran servicio: encuentra el apellido de Koba (¿Iosiv Dj...?) lo hemos olvidado. ¡¡¡Muy importante!!!»<sup>11</sup>. ¿Por qué? Lenin no lo explica. En 1916, empiezan a faltar las municiones en el ejército ruso; la producción de fusiles y cartuchos es ocho veces inferior a las necesidades. En ocasiones, los soldados atacan con un fusil para cada cuatro. En cambio, funciona la plancha de fabricar billetes: de enero de 1914 a enero de 1917, la circulación de dinero líquido se quintuplica. De agosto de 1914 a marzo de 1917, los gastos de guerra, la cuarta parte de los cuales está cubierta por préstamos extranjeros, aumentan la deuda del Estado de 85.000 millones de rublos a 335.000 millones. El ministro de Finanzas se lamenta de «la abrumadora dependencia absoluta de los Aliados». La guerra acorrala así a Rusia por la dependencia económica y el estancamiento interior. Desde octubre de 1915, el monárquico Maklakov compara a Rusia con un automóvil conducido a una irremisible catástrofe por su chófer (Nicolás), que transporta a su madre (Rusia) mientras los pasajeros lo acosan con respetuosos consejos, aunque dejándole el volante.

<sup>8</sup> *Perepishka 1912-1927, op. cit.*, p. 21, texto francés en L. MARCOU, *Staline, vie privée, op. cit.*, pp 80-81.

<sup>9</sup> D. VOLKOGONOV, *Staline, op. cit.*, p. 30 (en la edición rusa, t. 1, p. 41, la traducción francesa borra el «todavía»).

<sup>10</sup> LENIN, *Oeuvres complètes, op. cit.*, t. 49, p. 101. «Carta a Zinoviev» del 23-VII-1915.

<sup>11</sup> *Ibid.*, p. 161. «Carta a Karpinski» del 9-XI-1915.

En Mogilev, Nicolás II recibe una lluvia de cartas de la emperatriz en las que le transmite los consejos del «Amigo» Rasputín, instándole a «mostrar inmediatamente a todos esos cobardes de la Duma su trasero inmortal»<sup>12</sup>. La rotación de ministros da la impresión de que el poder va a la deriva. Los orígenes germánicos de la emperatriz (ex duquesa de Hesse) y el papel oculto y escandaloso al mismo tiempo de Rasputín, acusado de espionaje a favor de Alemania, avivan la crisis. En enero de 1916, Nicolás II nombra Primer ministro, y luego ministro de Asuntos Exteriores, a un antiguo miembro del Consejo del Imperio, Stürmer, cuyo nombre de resonancia germánica provoca rumores; el espionaje invade entonces la Corte y los ambientes políticos que, angustiados por los reveses del ejército y por la crisis del régimen, se enfrentan a la rebelión de las nacionalidades, una rebelión rampante en el oeste (Polonia y Ucrucianos) y brutal en Asia central. Un decreto del 25 de junio de 1916 moviliza a los kirguses, kazaks y uzbekos, hasta el momento apartados del ejército. Pero se niegan en masa a servir bajo las banderas rusas, y su revuelta asola el Turkeistán y la Kirghizia en julio y en agosto. El régimen se tambalea.

El 1 de noviembre de 1916, durante la sesión de apertura de la Duma, el moderado Miliukov denuncia al gobierno y al entorno del emperador, y se pregunta: «¿Insensatez o traición?». La exclamación recorre la capital. El zar sustituye a Stürmer por Trepov, que dura dos meses: «No teníamos idea de dónde íbamos, dirá el monárquico Maklakov; avanzábamos con los ojos cerrados, maquinalemente»<sup>13</sup>. El 16 de diciembre, algunos conspiradores monárquicos esperan frenar la marcha del régimen hacia el abismo asesinando a Rasputín, envenenándole en su propia casa y acabando a tiros con él. La Corte impide cualquier investigación sobre sus aristocráticos asesinos.

Al no tomar parte en las reuniones de exiliados, Stalin no adivina el seísmo que se avecina. Con lirismo, Henri Barbusse escribe sobre su actividad literaria: «Pescaba y cazaba todo el día, cortaba leña para calentarse y guisaba. Todo el día... y sin embargo, en la mesa rústica de la cocina, bajo la mirada inquisidora y estúpida del guardián especial encargado de vigilar la inmovilidad del proscrito, se

<sup>12</sup> Carta del 23 de agosto de 1916, H. CARRÈRE D'ENCAUSSE, *Nicolás II, op. cit.*, p. 330.

<sup>13</sup> M. FERRO, *Nicolás II, op. cit.*, p. 212.

amontonaban páginas y páginas escritas sobre todos los grandes problemas»<sup>14</sup>. El guardián especial permanente es un invento y las páginas solo se amontonan en la imaginación, fértil por una vez, de Barbusse. El tomo II de las *Obras completas* de Stalin, que se extiende hasta el 8 de marzo de 1917, termina en un texto fechado en febrero de 1913, y el tomo III se inicia con un texto datado el 14 de marzo de 1917. En la cronología figuran cinco cartas: la del 27 de febrero de 1915, ya citada; una del 10 de noviembre a Lenin y a Krupskaja; otra del 5 de febrero de 1916 al Partido central en el extranjero sobre la cuestión nacional; una más del 25 de febrero en la que se interesa por la suerte de su artículo sobre este tema; y por fin, la última, escrita con Spandarian el 12 de marzo de 1916 para la revista *Temas de seguridad*. Cinco cartas en cuatro años no permiten hablar de una desbordante actividad intelectual.

En un folleto sobre Stalin en Turujansk de 1939, Rosa Schweitzer, la viuda de Suren Spandarian, afirma que traducía una obra de Rosa Luxemburgo. Aquella torpe invención que le reduce al papel de traductor fallará: Stalin odiaba a la dirigente de la izquierda socialdemócrata alemana y solo conocía unas decenas de palabras en alemán. De hecho, durante aquellos tres años hibernó como una marmota. Su pasividad, desacostumbrada para un revolucionario y sobre todo para un dirigente, no solo estaba inspirada por el monótono paisaje de una taiga inmutable; expresa también una actitud ante los acontecimientos: espera. No es un hombre aficionado a tomar la iniciativa o intentar forzar el curso de los acontecimientos. Nada tan lejos de él como la divisa de Napoleón: «Primero se empieza y luego se ve», que Lenin adoptará para sí mismo. Excepto cuando se trata de intrigas en el aparato, prefiere esperar a que sean los demás los que tomen la iniciativa.

Poco apto para olvidarse de las circunstancias del momento y del entorno, así como para detectar en el presente las líneas del futuro, no percibe los crujidos del Imperio y espera no sabe qué. El 14 de diciembre de 1916 se rompe de golpe la monotonía de su existencia. La administración reúne a una veintena de exiliados de la zona, él entre ellos, y los envía ante el consejo de revisión de Krasnoiarsk. El Estado Mayor tiene una urgente necesidad de soldados. El consejo de revisión rechaza a Stalin a causa de la malformación de su bra-

<sup>14</sup> H. BARBUSSE, *Staline, op. cit.*, p. 61.

zo izquierdo. El hecho provoca en él una viva aversión hacia los oficiales zaristas y lo embellecerá contando a los Alliluev que ha sido separado como «elemento indeseable». Más adelante, este motivo imaginario le parecerá insuficiente. En efecto, su biografía oficial afirma: «Movilizado para el ejército en 1916, fue escoltado a Krasnoiarisk y luego a Atchinsk». El mariscal de 1946 no puede aceptar su exención de 1916. A comienzos de 1914, el consejo de revisión de Salzburgo había declarado al alfeñique Adolf Hitler «no apto para el combate a causa de su debilidad física» y «no apto para el uso de las armas»<sup>15</sup>. Lo remedió enrolándose en el ejército alemán al comienzo de la contienda, pues era tan partidario de esta guerra como Stalin era hostil a ella.

El 27 de diciembre, Nicolás II sustituye a Trepov por el príncipe Golitsyn, que se declara absolutamente incapaz de asumir esa carga. Sin embargo, Nicolás lo confirma como jefe del gobierno. La situación de Rusia es dramática. En una carta a su mujer fechada el 20 de septiembre, Nicolás II escribe inquieto: «Los precios suben en todas partes y el pueblo comienza a tener hambre». Pero ¿qué se puede hacer? «No entiendo absolutamente nada, dice, de esos temas de alimentación y avituallamiento»<sup>16</sup>. A finales de noviembre de 1916, el gobierno introduce un sistema de distribución autoritaria de pan, atribuida con absoluta prioridad al ejército y a los obreros de las industrias de guerra; la alimentación de la población urbana era competencia de las autoridades locales.

Cuando se inicia el año 1917, el balance de la guerra es abrumador: en tres años se retiró de la producción a cerca de 15 millones de hombres para luchar bajo las banderas: murieron 1,5 millones, 2 millones cayeron heridos o mutilados y cerca de 3 millones fueron hechos prisioneros. La inutilidad de esta sangría consterna a las gentes. A comienzos de 1917, las cartillas de abastecimiento, introducidas a primeros de 1916 en algunas localidades, se generalizan en las grandes ciudades, y el temor de carecer de pan inquieta a la población. El asalto a los transportes es el origen de los primeros problemas del abastecimiento. Los rumores de cierre de fábricas por falta de combustible y de materias primas agitan a los obreros de la capital. Una lenta parálisis afecta a todas las instituciones.

<sup>15</sup> *Biographie de Staline, op. cit.*, edición de Moscú, p. 48.

<sup>16</sup> «El año 1917, Leyendas y hechos», *Nauka i Jizn*, n.º 2, 1991, p. 35.

La crisis económica alcanza incluso a la lejana administración siberiana: en efecto, el reformado Stalin no vuelve a Kostino y recibe la autorización para permanecer en la región de Krasnoiarsk, exactamente en Atchinsk, la estación del Transiberiano, donde se encuentra toda una colonia de desterrados, entre ellos su amigo Kamenev, exiliado en 1914 a raíz del proceso de los diputados bolcheviques. Kamenev se había instalado allí con su esposa Olga, la hermana pequeña de Trotski. Más tarde, los hará fusilar a ambos. Mientras tanto, pasa las veladas con ellos fumando su pipa llena, según el testigo Baikalov, de un tabaco tan fuerte como para matar a las moscas y a los caballos, la *majorka*, el tabaco del mujik. Con anti-patía manifiesta, Baikalov recuerda aquel «rostro desfigurado por la varicela, la frente estrecha coronada por unos abundantes cabellos revueltos, la boca cubierta con un bigote sucio. Sus ojillos oscuros, describe, casi negros, miraban a su alrededor con una expresión sombría bajo las espesas cejas»<sup>17</sup>. Insiste en la pobreza de su vocabulario, su marcado acento georgiano y sus dudas antes de elegir la palabra rusa adecuada. Cuando, en ocasiones, Kamenev lo interrumpe con una frase irónica, Stalin se irrita y fuma rabiosamente su pipa. Si bien es cierto que Kamenev muestra tanta soltura en su expresión como Stalin una locución lenta y torpe, este testimonio es demasiado patentemente hostil como para ser tomado al pie de la letra.

Stalin está a punto de entrar en la historia. No lo sabe; tampoco Lenin que, durante una conferencia el 9 de enero en Zurich, anuncia que «Europa está gestando una revolución», pero prevé el parto en un futuro lejano. «Nosotros, los viejos, quizá no asistamos a las luchas decisivas de una revolución inminente»<sup>18</sup>. Seis semanas después, el zarismo se derrumba.

<sup>17</sup> BAIKALOV, «Mis encuentros con Iosiv Djugachvili», *Vozrojdenie*, marzo-abril 1950, pp. 68-69.

<sup>18</sup> LENIN, *Oeuvres complètes*, *op. cit.*, t. 30, p. 328. «Informe sobre la revolución rusa de 1905».



## Capítulo VII

### A LA SOMBRA DE LA REVOLUCIÓN

El 30 de diciembre de 1916, los obreros de la industria textil de Ivanovo-Voznesensk se ponen en huelga contra el alza de los precios. Sube la tensión en numerosas empresas de Moscú y de Petrogrado. Pero las organizaciones revolucionarias, con sus militantes movilizados o detenidos, están paralizadas. La región militar especial de Petrogrado creada el 5 de febrero cuenta con una guarnición de más de 150.000 hombres. El invierno de 1916-1917 es muy frío: a primeros de mes, el termómetro marca en Petrogrado  $-27^{\circ}$  y hasta  $-30^{\circ}$  en Moscú; a falta de personal para despejarlas, inmensos montones de hielo bloquean los trenes en las vías férreas durante largas horas: la movilización ha vaciado regiones enteras de hombres adultos.

Mientras el entorno del zar y la Duma esbozan unos tímidos complots vacilantes, inmediatamente divulgados, para salvar a la monarquía reemplazando a Nicolás II por un príncipe, la creciente parálisis de los transportes agrava la crisis económica y las dificultades de avituallamiento: el carbón se acumula en el exterior de las minas del Donbass mientras que las fábricas de Petrogrado trabajan al ralentí o paran por carecer de combustible. El gobierno impone un contingente de entregas obligatorias a precio fijo a los campesinos que, para responder a la depreciación galopante del papel-moneda, almacenan y esconden su trigo como lo harán veinte veces a lo largo de los años futuros. El hambre amenaza a las ciudades. A comienzos de enero de 1917, Petrogrado y Moscú cuentan con una reserva de víveres para una semana; entonces, el amenazador agotamiento de las provisiones transforma en revuelta una manifestación de obreros.

El 23 de febrero, durante la Jornada Internacional de la Mujer, unas obreras del textil de Vyborg, barrio norte de Petrogrado, irritadas por las cada día más largas colas de espera delante de las panaderías, paran el trabajo y se manifiestan al grito de «¡Abajo la gue-

rra!», «¡Pan!», y recorren las fábricas vecinas reclamando la solidaridad de los trabajadores. La huelga se extiende a las fábricas de metalurgia y el 25 se convierte en general sin que organización alguna haya dado la voz de orden. Las tropas y los cosacos vacilan. Algunos regimientos confraternizan con los manifestantes a los que la policía, apostada en los tejados, ametralla antes de perseguirlos por las calles. En la noche del 26 al 27, la huelga se transforma en insurrección. El régimen se derrumba.

El 27 de febrero, en un ambiente febril, unos cincuenta delegados de fábricas y regimientos y de representantes de los socialistas revolucionarios, de bolcheviques y de mencheviques constituyen el soviét de soldados y delegados de Petrogrado. El 2 de marzo, dos diputados monárquicos acuden a Mogilev para pedir la abdicación del zar. Lo hace, y pretende transmitir la corona a su hermano Miguel que, a la vista de la tormenta, la rechaza. El 2 de marzo, cuando el alborozo reina en las calles y en los cuarteles, los diputados monárquicos de la Duma forman un gobierno provisional presidido por el príncipe Lvov, un gran terrateniente, y que incluye a un ministro socialista, el abogado Kerenski, «laboralista» próximo a los socialistas revolucionarios, cuya elocuencia entusiasma a las masas durante unos meses antes de provocar su aversión a medida que surgen las desilusiones. Ese mismo día, el soviét publica su orden nº 1 invitando a los soldados a organizar consejos de soldados (soviets) elegidos y revocables, que se multiplican y sirven de caja de resonancia del odio a la guerra. El 3 de marzo, un mitin en Atchinsk reúne a todos los exiliados de la región y a los notables locales que, en medio de la euforia general, envían un telegrama a Miguel Romanov felicitándole por su decisión. Diez años más tarde, este incidente daría lugar a un violento enfrentamiento verbal en el Comité ejecutivo de la Internacional comunista. Stalin pretenderá que Kamenev le había votado y había firmado, y que al día siguiente había ido a manifestarle su arrepentimiento por haber cometido semejante error; parece ser que, por su parte, Kamenev le acusará de mentir descaradamente. Pero, de momento, el entendimiento entre ambos es total.

El 6 de marzo, el Gobierno provisional anuncia la convocatoria posterior de una Asamblea constituyente a la que envía lo esencial de los problemas, y llama a los soldados a combatir hasta la victoria respetando los anteriores acuerdos con los Aliados. Esta revolución



meramente política aporta a las masas obreras y campesinas, así como a los soldados, una libertad de expresión que los embriaga por unos momentos. Por lo demás, nada cambia pues la guerra continúa. Sin embargo, la revolución que dicha libertad ha engendrado ha dado paso a las aspiraciones sociales y nacionales largo tiempo reprimidas. Su persecución desarrolla los mismos efectos destructivos en el régimen del que ha surgido.

Bajo la presión de los Aliados, los sucesivos gobiernos provisionales se obstinan en continuar una guerra que los campesinos-soldados, que desean las tierras y la paz, rechazan cada vez en mayor medida. Y remiten cualquier decisión de la futura Asamblea constituyente sobre el reparto de tierras al lejano mañana de una victoria improbable, más bien imposible, mientras la guerra desorganice la economía y el abastecimiento.

Los soviets y su comité ejecutivo representan a la masa de obreros, soldados y los campesinos. Aunque dirigidos por los SR y los mencheviques, que entran en mayo en el gobierno, representan *de facto* a la población laboral ante este. Es el «doble poder», régimen inestable, origen, desde el principio, de una crisis permanente que no hará más que aumentar.

Los trenes, arrastrados por locomotoras cubiertas de flores, devuelven a los deportados de Siberia a Petrogrado o a Moscú. El 8 de marzo, Stalin deja Atchinsk en compañía de Kamenev y del antiguo diputado Muranov, con los que muy pronto se reúne Sverdlov. El tren se detiene en todas las estaciones importantes donde una multitud jubilosa recibe a los exiliados cantando la *Marsellesa*. Sverdlov, Kamenev y Muranov se rompen la garganta dirigiendo a las masas unos discursos inflamados. Stalin observa, escucha y calla. El convoy llega a Petrogrado el 12 de marzo. Nadie espera en la estación a los dirigentes que vuelven del exilio. Stalin sale en busca de los Alliluev instalados en los alrededores de la ciudad y que, justamente, están buscando un piso en el centro, allí donde se desarrollan los acontecimientos. Sobre todo, insiste Stalin: «Reservadme una habitación en el nuevo apartamento. ¡No os olvidéis!». Mientras espera, vive algunos días en casa de los Kamenev. Los Alliluev encuentran enseguida un pequeño alojamiento en la isla Vasilievski, al noroeste. Stalin se instala con ellos en un rincón del cuarto.

El 15 de marzo, el buró del Comité Central «decide admitir a Stalin únicamente con voz consultiva a causa de determinados ras-

gos de su carácter», una decisión sin precedentes. La razón del conflicto es oscura, pero, incapaz de convencer sobre no se sabe qué tema, Stalin se mostró tan áspero y autoritario que indispuso a todo el mundo en su contra. «No obstante, continúa el acta, Stalin había sido agente [*sic*] del Comité Central en 1912 y sería aconsejable incluirle en el buró»<sup>1</sup>. Este compromiso pone en duda incluso su calidad, olvidada por todos, de miembro del Comité Central. En cualquier caso, Stalin, poco partidario de dejarse manejar, endereza rápidamente la situación: tres meses después, es nombrado miembro de número del buró, elegido en su presidium y designado, con Kamenev, al Comité ejecutivo central del soviets de Petrogrado. Aquel mismo 15 de marzo aparece el primer número de *Pravda* bajo el control de los tres exiliados.

Stalin se encuentra en una posición nueva. Hasta su exilio, había aplicado la política de Lenin, rezongando en ocasiones, pero sin fijar por su parte una orientación, sin analizar una situación política, ni decidir una estrategia o una táctica y traducirlas en órdenes. Según Volkogonov tenía el status de «un buen ejecutor»<sup>2</sup>. Y nada más. Por otra parte, era el status al que, hasta 1917, Lenin reducía a sus colaboradores. Introducido bruscamente en un torbellino revolucionario donde los acontecimientos se aceleraban a una velocidad vertiginosa, incapaz de plantear una orientación, aplicó la política de un Kamenev embriagado por la victoria de la democracia.

Durante los diecinueve días que transcurren entre su llegada a Petrogrado y el regreso de Lenin, Stalin y Kamenev son los auténticos dirigentes del periódico y del Partido. Al considerar la revolución en curso como «democrático-burguesa», destinada a liquidar los residuos del régimen feudo-patriarcal para abrir la vía al desarrollo del capitalismo y a un régimen parlamentario dirigido legítimamente por el gobierno del príncipe Lvov, aportan un apoyo crítico al gobierno, como los demás dirigentes de otros partidos socialistas (mencheviques y SR), «en la medida en que luche contra la reacción y la contra-revolución»; opinan que es preciso continuar una guerra que ha paralizado al país y ha desmembrado el régimen monárquico para, apelando siempre a los beligerantes para que fir-

<sup>1</sup> Debates y decisiones del Buró del Comité Central del POSDR (marzo 1917) en *Voprosy Istorii KPSS*, nº 3, 1962, p. 143, y CRCEDHC, fondos 17, inventario 1, dossier 385.

<sup>2</sup> D. VOLKOGONOV, *Staline*, edición rusa, t. 1, p. 69.

men la paz, defender las conquistas de la revolución. Ingenuamente, la hija de Stalin dirá posteriormente: mi padre no estaba a favor de la revolución, pero «se» ha borrado su postura en la historia<sup>3</sup>. El «se» que emplea es curioso pues fue él quien procedió a maquillar su postura de la primavera de 1917...

El *Pravda* de Kamenev y Stalin adopta, pues, la misma actitud que los demás partidos socialistas. Chliapnikov, apartado por el trío de los que han regresado, anota en sus memorias: «El día de la aparición de la *Pravda* transformada... en el palacio de Toride al completo (sedé del Gobierno provisional) resonaba una única noticia: la victoria de los bolcheviques prudentes y moderados sobre los bolcheviques extremistas»<sup>4</sup>. En cambio, en las fábricas de Petrogrado, algunos militantes desorientados exigen la exclusión de los tres exiliados. La tormenta agita al Comité Central. Entonces, Stalin se desmarca ligeramente de Kamenev y de Muranov reprochándoles unas formulaciones inoportunas, pero se declara favorable a una unión orgánica con los mencheviques: si se trata de aportar un apoyo crítico y combativo al Gobierno provisional, más vale estar unidos que divididos; si bolcheviques y mencheviques estamos de acuerdo, no hay motivos para permanecer separados: ya que ambos propugnamos la misma política, fusionémonos.

Lenin, al que los Aliados no permiten regresar a Rusia, adopta desde Suiza la opinión contraria a esta política e inunda a los dirigentes bolcheviques en Rusia de telegramas y cartas. Martillea: «Nuestra táctica: desconfianza absoluta, ningún apoyo al nuevo gobierno, sospechemos sobre todo de Kerenski [...] ningún acercamiento a los otros partidos»<sup>5</sup>. Dirige a *Pravda* cuatro cartas «desde la distancia». Stalin imprime la primera cortando la quinta parte. De acuerdo con Kamenev, archiva las otras tres sin publicarlas. Demasiado prudente para decirlo o escribirlo, cree que Lenin, en el exilio y alejado de los acontecimientos, no capta la situación.

Los días siguientes a la revolución suscitan en Petrogrado y en las grandes ciudades un alborozo mezclado muy pronto con inquietud: la capital es un inmenso mitin permanente seguido por soldados que abandonan los cuarteles, obreros y criados que dejan a sus

<sup>3</sup> S. ALLILUIEVA, *Vingt lettres à un ami*, op. cit.

<sup>4</sup> A. CHLIAPNIKOV, *1917*, Moscú-Petrogrado, 1923, t. 1, pp. 219-220.

<sup>5</sup> LENIN, *Oeuvres complètes*, op. cit., t. 31, p. 7. Telegrama a los bolcheviques volviendo a Rusia.

patronos, cosen una cinta roja a sus gorros y corren de las encrucijadas a las salas de reunión para captar el sentido de esa misteriosa palabra: revolución. En las fábricas, los obreros exigen aumento de salario, el control de las cuentas y la jornada de ocho horas. La guerra continúa a lo lejos a pesar de que el Estado Mayor alemán no demuestra ningún celo ofensivo...

El Congreso nacional del Partido bolchevique se reúne en Petrogrado el 27 de marzo. Stalin, designado poco antes por el Comité Central bolchevique para el Comité ejecutivo central de los soviets, presenta un informe político basado en la idea de una división del trabajo entre el soviets y el Gobierno provisional. «De hecho, el Soviet ha tomado la iniciativa de los cambios revolucionarios, [...] controla al Gobierno provisional [...]. El Soviet moviliza las fuerzas, controla; el Gobierno provisional, tropezando, vacilando, adopta el papel de consolidador de las conquistas del pueblo que en realidad este ya ha alcanzado»<sup>6</sup>. Ciertos bolcheviques, que inventa quizá por necesidades de la argumentación, querrían plantear de inmediato el problema del poder: «Sería inoportuno», pues, «el Gobierno provisional no es tan débil como todo eso. Su fuerza radica en el apoyo que le aporta el capital anglo-francés, en la inercia de la provincia y en las simpatías que despierta»<sup>7</sup>. ¿Cómo podría consolidar las victorias de la revolución un gobierno cuya fuerza descansa en el capital franco-inglés belicista? Stalin elude la pregunta y la respuesta consiguiente, y afirma simplemente que no hay que «forzar los acontecimientos»<sup>8</sup>. Con ese leve consuelo, los militantes regresan a sus casas.

Consecuente con su análisis, el 1 de abril, Stalin se declara favorable a la reunificación con los mencheviques y añade: «No hay que adelantarse ni anticipar los desacuerdos. Sin desacuerdos, no hay vida en un Partido; los pequeños desacuerdos se resolverán en el interior del Partido»<sup>9</sup>. Para dar carácter oficial a la fusión, a la que considera prácticamente un hecho, propone no someter la plataforma bolchevique a una discusión que partirá de los mencheviques. Nada que redactar, ninguna huella escrita sobre un proyecto de programa: ¿es pereza, es prudencia o son ambas? Él es

<sup>6</sup> Acta de la conferencia pan-rusa (de marzo) de los militantes bolcheviques, en *Voprosy i Istorii*, n<sup>o</sup> 5, 1962, p. 112.

<sup>7</sup> *Ibid.*

<sup>8</sup> *Ibid.*

<sup>9</sup> *Voprosy i Istorii KPSS*, n<sup>o</sup> 6, 1962, p. 40.

quien presenta la moción a favor de la unificación, adoptada por 14 votos contra 13, en el congreso que le nombra para ocupar la cabeza de la delegación bolchevique encargada de negociar las condiciones.

Los dirigentes del soviét pretenden que un pueblo que no desea la guerra, la acepte proponiendo una paz democrática a la que se negarán los alemanes, demostrando así que, después de esta negativa, se ven obligados a luchar. Por su parte, los Aliados no quieren oír hablar de paz ni de negociaciones sin una victoria previa. Así pues, la guerra continúa y arruina al país, paraliza la producción y los transportes, y desmembra al ejército.

A la concordia en las cumbres de la vida política se opone muy pronto el movimiento que subleva a soldados, obreros y campesinos. Estos últimos comienzan a apoderarse de las tierras. El gobierno provisional ordena reprimir por la fuerza estas incautaciones. La patronal responde a las peticiones de aumento de salarios, o a las tentativas de control obrero, cerrando las empresas; así, cierran 75 en Petrogrado entre marzo y abril, es decir, más del 10% del total. Los obreros reaccionan creando comités de fábrica. La polarización social en la base responde así a la coalición política en la cumbre, anunciando una nueva etapa de la revolución.

El 3 de abril por la noche, Lenin, pasando por Alemania y Suecia, llega a la frontera finlandesa. Allí lo recibe una delegación del partido bolchevique. Stalin, prudentemente, no figura en ella; de este modo escapa a los reproches de Lenin que, en el tren, apostrofa con irritación a Kamenev sobre el contenido de *Pravda*. Cuando llega a la estación de Finlandia en Petrogrado, lanza a la multitud de militantes entre los que se encuentra Stalin: «¡Brilla el alba de la revolución mundial! [...] ¡Viva la revolución socialista!<sup>10</sup> (bajo Stalin, desaparecerá la palabra «mundial»). Aquella misma noche, en el palacio de la bailarina Ksechinskaia, requisado por los bolcheviques para su Estado Mayor, asesta a la estupefacta delegación bolchevique un discurso de dos horas, que repite al día siguiente ante el congreso de unos atónitos cuadros bolcheviques, y luego en la reunión común de bolcheviques y mencheviques que lo reciben entre risas y abucheos.

<sup>10</sup> F. RASKOLNIKOV, «La llegada de Lenin a Rusia», *Proletarskaia Revoliucija*, n.º 1, 1923, p. 222.

Dice radicalmente: «la clase capitalista, unida a los bancos, no sería capaz de dirigir más guerra que una guerra imperialista»<sup>11</sup> de rapiñas y anexiones que no es cuestión de apoyar. Por tanto, es preciso no conceder soporte alguno al Gobierno provisional. Rusia vive la transición de la primera etapa de la revolución, que ha dado el poder a la burguesía, a una segunda etapa que debe dar el poder al proletariado y a las capas más pobres del campesinado. Hay que constituir «en todo el país una República de soviets de diputados obreros, asalariados agrícolas y campesinos»<sup>12</sup>, crear una Internacional revolucionaria y rechazar la unión con los mencheviques partidarios de la guerra.

Inmediatamente, Lenin es acusado de anarquista, un nuevo Bakunin enfebrecido... o un agente alemán encargado de desmontar al ejército ruso. En resumen, su posición suscita en principio la incompreensión general, incluida la de los dirigentes bolcheviques. No consigue que sus tesis, llamadas de abril, sean aceptadas por la conferencia bolchevique ni por el Comité Central reunido el 6 de abril, en el que todos se oponen a ellas. Entonces, Stalin dice secamente: «Estas tesis no son más que un esquema que carece de hechos»<sup>13</sup>. Lenin las presenta bajo su nombre en *Pravda* del 7 de abril: el comité de Petrogrado las rechaza por 13 votos contra 2 y 1 abstención, y son objeto de las críticas de Kamenev en *Pravda* del 12 de abril. Lenin no cuenta apenas con otro apoyo que el de Alexandra Kollontai, conocida entonces como una propagandista del amor libre y sin autoridad política alguna. Aquel apoyo provoca un pareado burlón: «Alexandra copiaría/lo que Lenin piaría»<sup>14</sup>. En *Pravda* del 9 de abril, Lenin amenaza con crear un «partido comunista proletario del que los mejores partidarios del bolchevismo ya han puesto las bases». La amenaza enfría a sus adversarios de las altas esferas del partido bolchevique, conscientes de que la base del partido apoyaría al emigrado que ha vuelto...

Del 14 al 22 de abril se celebra el congreso de Petrogrado del partido bolchevique seguido del Congreso nacional del 24 al 29. El

<sup>11</sup> LENIN, *Oeuvres complètes, op. cit.*, t. 31. Informe a la reunión de los bolcheviques del 4 de abril, p. 104.

<sup>12</sup> *Ibid.* Informe a la reunión de los bolcheviques del 4 de abril, p. 108.

<sup>13</sup> BURDJALOV, «Sobre la táctica de los bolcheviques en marzo-abril 1917», *Voprossy Istorii*, nº 4, 1956, p. 51.

<sup>14</sup> *Proletarskaja Revoliutsia*, nº 3, 1922, p. 296, reproducido en J.-J. MARIE, *Les paroles qui ébranlèrent le monde*, París, Seuil, 1967, p. 58.

cambio es brutal. Ambas conferencias adoptan la resolución de Lenin: una desconfianza plena respecto al Gobierno provisional. Stalin las ve venir, pero su rigidez y lentitud se acusan en el hervidero de la época: necesita tiempo para captar lo que está en juego y saber quién lo va a ganar. Cambia de postura en dos tiempos. Durante la conferencia de Petrogrado permanece mudo mientras aún parece incierto el triunfo de Lenin, pero se alía con él una vez que está segura la victoria en la que no ha tomado parte.

Entonces se produce el primer choque con el Gobierno provisional. El 18 de abril, una nota dirigida a los Aliados por Miliukov, ministro de Asuntos Exteriores, en la que afirma que Rusia continuará la guerra hasta la victoria final, prende fuego a la pólvora. Los días 20 y 21 de abril, decenas de miles de obreros y de soldados, apoyados por los bolcheviques, desfilan por las calles de la capital exigiendo la dimisión de Miliukov. Stalin, bolchevique conciliador, firma un telegrama del Comité ejecutivo central «pidiendo» a los manifestantes que «se abstengan» de continuar su movimiento a causa del «perjuicio que provocan todas esas manifestaciones dispersas y desorganizadas»<sup>15</sup>.

Sin embargo, en el informe que pronuncia sobre la cuestión nacional —y que deja indiferentes a los delegados— durante su intervención del último día en el Congreso nacional, se alía a «la orientación hacia la revolución socialista». Sale elegido para el Comité Central en tercera posición por 97 votos sobre 109, detrás de Lenin (104) y Zinoviev (101), pero delante de Kamenev (95 votos). En 1925 escribirá en su prólogo a los *Caminos de octubre*: «El Partido se había detenido a mitad de camino en los temas de la paz y del poder de los soviets [...]. Yo compartí esta posición errónea con la mayoría del Partido y a mediados de abril me separé de ella adhiriéndome a las tesis de abril de Lenin»<sup>16</sup>. Este pasaje desaparecerá de las reediciones posteriores, y Stalin pondrá bajo el celemín el acta del congreso de abril, que solo se editará en la URSS después de su muerte.

Entonces se desencadena una campaña que acusa a Lenin de haber regresado a Rusia en un vagón blindado por el Estado Mayor alemán y con los bolsillos repletos de oro. No obstante, un total de

<sup>15</sup> *Izvestia*, 22 de abril de 1917.

<sup>16</sup> STALIN, *Na Putiakh Oktabria*, Moscú, 1925, pp. VIII-IX.

280 revolucionarios de todos los colores, bolcheviques, mencheviques, SR, socialistas patriotas y partidarios de la guerra —a los que Francia y Alemania, desconfiando de ellos, no quieren dejar pasar libremente— entran en Rusia por Alemania. El Estado Mayor alemán, convencido de que la revolución debilitaría al ejército ruso, y poco al tanto de sus divergencias, favoreció el retorno de revolucionarios rusos de todos los matices, pero solamente Lenin fue objeto de esa campaña difamatoria, pues la casi totalidad de los demás apoyaban poco o mucho al Gobierno provisional. Un mes más tarde, cuando Trotski deja Estados Unidos para regresar a Rusia, los británicos lo internan en Canadá, en Halifax, hasta que al cabo de un mes lo dejan en libertad ante la petición expresa del soviét. Sin embargo, también será acusado de ser un agente alemán, puesto que comparte la postura de Lenin. El «vagón blindado» solo es un pretexto.

Para aliviar el descontento popular, Miliukov y el ministro de la guerra Gutchkov dimiten del gobierno en el que el 1 de mayo entran cuatro dirigentes del soviét. Kerenski toma la cartera de Gutchkov y el príncipe Lvov, la de Miliukov. La pequeña burguesía y la intelligenzia defienden al Gobierno provisional, y los soldados y los obreros apoyan a los soviets. La presencia de varios líderes del soviét en un gobierno de coalición hace creer en una «desburguesización». Pero la ilusión solamente dura unas semanas. En efecto, todo fracasa tras los discursos inflamados de los oradores de la «democracia» revolucionaria: los patronos hacen pagar a los obreros la jornada impuesta de ocho horas; los comités y las continuas arengas a las puertas de las fábricas sabotean la producción; la inquietud atormenta a unos soldados agotados; los campesinos, movidos por el odio ancestral hacia los propietarios y los nobles, invaden sus tierras.

Stalin se difumina. Es uno de los representantes de los bolcheviques —muy minoritarios— en el Comité ejecutivo central de los soviets, pero jamás interviene. Curiosamente pasivo, se limita a escuchar: las actas de este organismo, redactadas entre el 3 de marzo y el 1 de agosto, solamente mencionan su nombre cuatro veces, y siempre de paso. Nunca discute. Los debates son largos, encarnizados, a veces tempestuosos en el ambiente enrarecido del palacio de Toride. Allí se imponen el talento oratorio, la claridad del análisis o la firmeza de las opiniones, cualidades todas de las que Stalin carece.



Tseretelli, un dirigente menchevique del Comité ejecutivo central, afirma: «Stalin nunca tomaba parte en las deliberaciones ni en las conversaciones privadas»<sup>17</sup>. Al hacer la lista de los bolcheviques miembros del Comité ejecutivo central, el laboralista Stankevitch olvida incluir el nombre de aquel Stalin mudo e invisible. Sujanov, menchevique, dirigente también del Comité ejecutivo y marido de una bolchevique, insiste en su presencia fantasmal en las memorias que publica en la URSS en 1922-1923: «Ignoro cómo Stalin ha podido acceder a puestos elevados en su partido [...]. En los tiempos de su modesta actividad en el Comité ejecutivo, daba la impresión —y no solo a mí— de una mancha gris iluminada a veces por una luz bastante débil, sin que dejara huella»<sup>18</sup>. En 1931, la mancha gris lo enviará a la cárcel y en 1940 lo mandará fusilar.

Los siete meses que separan febrero de octubre están marcados por una protesta permanente y enfebrecida a las puertas o en el interior de los cuarteles y de las fábricas, en las esquinas de las calles, en las salas improvisadas pero siempre repletas. En vista de sus mediocres talentos oratorios, Stalin no pertenece a la falange de agitadores bolcheviques que, a diario, en las fábricas, en las plazas, en los cuarteles o en los mítines, se enfrentan a los agitadores socialista-revolucionarios y a los mencheviques ante unas masas ávidas de entender. La confrontación suele ser tensa, en ocasiones brutal; en su fábrica de cañones, la voz de la obrera Arbutova queda cubierta por las vociferaciones: «¡Trabajáis para los alemanes!», «¡Lenin es un espía alemán!», «¡Lenin ha entrado en Rusia en un vagón de oro alemán!»<sup>19</sup>. Stalin ignora esos enfrentamientos verbales. De marzo a octubre de 1917, solo tomará la palabra en público en tres ocasiones (el 18 de abril, el 14 de mayo y el 17 de agosto) con motivo de unas conferencias dirigidas a los soldados. Eso es todo. Durante esos meses de ebullición revolucionaria ha batido el récord de abstención pública entre los dirigentes del partido bolchevique, a pesar de que este tiene una apremiante necesidad de tribunos populares y de agitadores. Pero Stalin no gusta de esos vastos auditorios atentos, tensos, vacilantes, fluctuantes, cambiantes, entusiastas u

<sup>17</sup> I. TSERETELLI, *Vospominania o Russhoi revolutisii* (Recuerdos de la revolución rusa), Moscú, t. 1, p. 133.

<sup>18</sup> N. SUJANOV, *Zapiski o Revolutcii*, Berlín-Petersburgo-Moscú, Z. Grjebín, 1922-1923, t. 2, pp. 256-266.

<sup>19</sup> L. ARBUTOVA, «Octubre en la fábrica de cañones de Petrogrado», *Krasnaia Letopis*, nº 6, pp. 175-176, en francés en J.-J. MARIE, *Les paroles qui ébranlèrent le monde*, p. 80.

hostiles, hombres y mujeres que despiertan a la política, aplauden, silban, discuten, interpelan... Ya es la sombra que proyecta un aparato, por otra parte, todavía virtual.

Es tan llamativa su discreción, que en 1930, cuando tomaba auge el culto a Stalin, su antiguo camarada Pestkovski escribía: «Las grandes masas de Petrogrado apenas conocían entonces a Stalin. No buscaba la popularidad; desprovisto de talento oratorio, huía de los mítines públicos, pero no había congreso del Partido ni una reunión de organización sería que se desarrollara sin un informe político de Stalin. Por eso era bien conocido de los cuadros del Partido»<sup>20</sup>. Es un hombre del aparato; sus relaciones con las masas están filtradas por los burós. Volkogonov termina bruscamente: «Stalin entró en la revolución [...] como un funcionario insignificante del aparato del Partido»<sup>21</sup>.

Ahora bien, incluso en un período de ebullición política, un partido revolucionario necesita un aparato, en un papel ciertamente secundario, pero prenda de su permanencia y de un mínimo de estabilidad. A la sombra de Sverdlov, el auténtico y único secretario del partido bolchevique, Stalin es ya un engranaje importante de ese aparato. De un modo ciertamente embrionario, adopta ya el comportamiento característico de hombre del partido. Así, cuando en agosto recibe el encargo de explicar al Buró central de las organizaciones militares bolcheviques la decisión de no publicar provisionalmente su periódico, afirma que no hay motivos para discutir con sus representantes: «Una vez adoptada la decisión, debe ejecutarse *sin más discusión*»<sup>22</sup>. Prefiere el ukase a la discusión. Lógicamente, como hombre del aparato escasamente involucrado en la contienda política pública, se encarga de las misiones en la sombra, discretas pero necesarias: de este modo se convierte en el hombre de las negociaciones con los socialistas revolucionarios y con los mencheviques mayoritarios en el soviét.

A pesar de hablar poco, escribe mucho. De marzo a diciembre publica más de 70 artículos y notas en el *Pravda* y en sus diversos sucedáneos. Solamente sus escritos de los diez meses de 1917, banales comentarios de lo cotidiano, llenan (además de sus intervenciones

<sup>20</sup> *Proletarskaia Revoliúcia*, n° 6, 1930, p. 126.

<sup>21</sup> D. VOLKOGONOV, *Staline, op. cit.*, edición rusa, t. 1, p. 69.

<sup>22</sup> *Les Bolcheviques et la révolution d'Octobre*, París, Maspéro, 1964, p. 68.

en conferencias y congresos) el tercer tomo de sus *Obras completas*. Es probable que gracias a este intenso período de actividad literaria, en el congreso del partido comunista ucraniano de 1920, por primera y última vez llene la casilla del cuestionario relativo a la profesión con el término «propagandista».

A mediados de mayo, los Alliluiev se mudan a un apartamento más grande con ascensor. Reservan nuevamente una estancia aparte para Stalin. La familia tiene mil delicadezas con él, que vuelve por las noches llevando frecuentemente pan y algunas provisiones; relata los sucesos del día y lee a la asistencia pasajes de Puchkin, Gorki y los cuentos de Chejov, especialmente *El suboficial Prichiveiev*, insistiendo en sus efectos cómicos. La hija de su anfitrión, Nadejda, una estudiante de 16 años, lo escucha apasionadamente y muy pronto se enamora de ese militante tranquilo, veintidós años mayor, al que ha rodeado de una aureola de romanticismo revolucionario.

El 3 de junio se inaugura el primer congreso de los soviets, en el que dominan SR y mencheviques en un 80%. Stalin prohíbe la manifestación que los bolcheviques pretenden organizar el 10 de junio y la fija para el 18. Ese día, cerca de medio millón de manifestantes recorren las calles, decenas de miles en Moscú y en otras ciudades, profiriendo los eslóganes bolcheviques hostiles al gobierno de coalición y a su política: «¡Abajo los [diez] ministros capitalistas! ¡Todo el poder para los soviets! ¡Paz en las chozas, guerra a los palacios!».

La manifestación agudiza la oposición entre los partidarios del Gobierno provisional y sus adversarios. El 16 de junio, Kerenski ordena que la ofensiva en todo el frente comience el 18 en Galitzia. Tras unas cortas e inútiles incursiones pagadas con enormes pérdidas, el frente se estabiliza. Este sangrante fracaso exacerba las tensiones. Las reivindicaciones de las nacionalidades se añaden a las reivindicaciones sociales de los obreros enfrentados a una oleada de cierres. En mayo se celebra en Kazan un congreso de las nacionalidades musulmanas; el 10 de junio se proclama en Kiev un gobierno autónomo ucraniano, la Rada (consejo), que ese mismo día promulga su primera ley fundamental (Universal).

Los partidos socialistas envían también la respuesta a las aspiraciones nacionales a una Asamblea constituyente cuya convocatoria, retrasada hasta una futura victoria cada vez más incierta, exaspera todas las reivindicaciones. El 2 de julio, los cuatro ministros más recientes, monárquicos liberales, dimiten del gobierno para dejar en

manos de los socialistas el beneficio de la derrota de Galitzia. Este gesto desencadena un estallido. Aquel día, Stalin asiste a la conferencia bolchevique de Petrogrado. De repente, dirigidos por unos bolcheviques, aparecen dos delegados del I regimiento de ametralladoras que exigen que el Partido organice una manifestación en contra del gobierno. La conferencia se niega. Stalin se dirige rápidamente a la reunión común de los burós del soviet de los obreros y soldados y del soviet de los campesinos, pide la palabra, relata el incidente y añade: «Estamos en contra de cualquier manifestación, hemos enviado a nuestros agitadores a los regimientos y a las fábricas para impedir que obreros y soldados salgan a las calles... Pido al presidente que haga figurar esta declaración en el acta»<sup>23</sup>. Después, vuelve la espalda, da un portazo y se marcha. Su petición se considera como un burdo camuflaje de un intento de toma del poder, con el pretexto de frenar a las masas impacientes.

Por iniciativa del I regimiento de ametralladoras, el 3 cierran las fábricas y decenas de miles de manifestantes invaden las calles dirigiéndose a la sede del Comité ejecutivo central de los soviets y exigiendo «¡todo el poder para los soviets!». El Comité Central del partido bolchevique se une al movimiento sin impulsarlo hasta su término, convencido de que la toma del poder en Petrogrado sería un hecho aislado y, como tal, condenado al aplastamiento. Al carecer de perspectivas, el movimiento refluye. El comité bolchevique de Kronstadt telefona a *Pravda* para preguntar si es necesario acudir con armas a manifestarse en Petrogrado. El Comité Central lo había prohibido. Stalin responde: «¿Los fusiles? ¡Lo sabéis mejor que nosotros, camaradas! Nosotros, los escritores, cargamos siempre con nuestras armas, los lápices. En lo que se refiere a vuestras armas, debéis saberlo mejor que nosotros»<sup>24</sup>. De este modo anima bajo cuerda al comité de Kronstadt para que soslaye la decisión del Comité Central, que él mismo ha votado, sin que nadie pueda acusarle de haber dado orden o consigna alguna.

El 4, se produce el reflujó. Las tropas gubernamentales restablecen el orden. Los bolcheviques son acusados de haber intentado un golpe de Estado; los locales de *Pravda* son arrasados. Un antiguo diputado bolchevique, Alexinski, ahora patriota, informa al gobierno

<sup>23</sup> I. TSERETELLI, *Vospominania o russkoi revoliucii*, op. cit., t. 2, pp. 266-267.

<sup>24</sup> D. BIEDNY, «Chtrikhi» (Trazos), *Pravda*, 21 de diciembre de 1929.

Kerenski de una falsa «prueba» de los lazos de Lenin con el Estado Mayor alemán. Únicamente un bolchevique moderado puede pedir al presidente del soviét, el menchevique georgiano Tchkeidzé, que prohíba su publicación en la prensa. El 5 de julio, el Comité Central encarga a Stalin esta gestión, que no dará resultado. Pero Stalin no es en absoluto responsable del fracaso: la histeria antibolchevique y belicista que imperaba entonces en Petrogrado impidió su misión. Aquel mismo día, el Gobierno provisional prohíbe los periódicos bolcheviques *Pravda*, *Pravda de las trincheras* y *Pravda de los soldados*, expulsa a la dirección del Partido del palacio Ksechinskaia en el que estaba instalada y envía una orden de detención —firmada por un funcionario del barrio de su domicilio— contra Lenin, Andrei Vy-chinski y Zinoviev, todos acusados de ser agentes alemanes. Al día siguiente, se debe intentar una nueva y delicada gestión. Los marinos de Kronstadt, desembarcados en Petrogrado el 3 de julio al son de fanfarrias, se encierran en la fortaleza Pedro y Pablo frente al palacio de Invierno. El Comité ejecutivo pretende hacerlos salir sin tensiones; envía a dos emisarios, el menchevique Bodganov y Stalin, que llevan a cabo con fruto esta delicada negociación. Los marinos entregan las armas y regresan a sus cuarteles.

¿Estimularon los bolcheviques la sublevación de los soldados para tomar el poder desempeñando el papel de virtuosos legalistas y, ante su fracaso, quisieron desligarse del intento? El 9 de enero de 1919, en un momento en el que no había motivos para disimular la verdad, Karl Radek tratará de convencer a los dirigentes del joven e insignificante partido comunista alemán, comprometidos en Berlín en una permanente insurrección perdida por anticipado, explicándoles: «En julio de 1917 [...] contuvimos a las masas con todas nuestras fuerzas, y como no lo logramos, tras inauditos esfuerzos las condujimos hacia la retirada, fuera de una batalla sin esperanza»<sup>25</sup>.

Escondido en aquellos momentos en el cuarto de Stalin en la vivienda de los Alliluiev, ¿tendrá que entregarse Lenin a la justicia? Trotski lo cree así; un gran proceso público desenmascararía a los calumniadores. Stalin opina lo mismo. Pero, para entregarse, Lenin exige garantías. Stalin es el encargado de negociar. Liber y Anissimov, los dirigentes del soviét, responden: «No podemos dar garantías». Entonces, Lenin se fuga con Zinoviev. Stalin se hace cargo de

<sup>25</sup> P. BROUÉ, *Révolution en Allemagne*, París, Minuit, 1971, pp. 249-250.

su traslado a Razliv, en el golfo de Finlandia. El 11 de junio por la noche, acompañado de Serge Alliluiev, Stalin lo lleva a la estación de Finlandia. Lenin va disfrazado, Stalin, no. Su escasa notoriedad hace de él el dirigente bolchevique más adecuado para cumplir su misión de acompañante. Su discreción, su serenidad, preciosas en esos tiempos de descontrol, y su sangre fría le valen la designación de agente de unión entre Lenin y el Comité Central. Una semana después, la prensa gubernamental lanza una nueva información sensacional: ¡Kamenev era un agente de la Ojrana! Los bolcheviques piden la creación de una comisión de investigación. Stalin está encargado de nuevo de discutirla con el socialista revolucionario Gotz.

Son encarcelados varios dirigentes bolcheviques: Kamenev, Kollontai, Raskolnikov y luego Trotski –que se hará bolchevique quince días más tarde–, además de cerca de 8.000 militantes. Stalin no se preocupa: su nombre no despierta la inquina. En julio y agosto, Sverdlov y él dan una vuelta de tuerca en un partido medio ilegal; el desánimo conmociona por algún tiempo a los militantes. Pero la rueda gira rápidamente. Con la violencia de la desesperación, el 8 de julio, el universitario moscovita Gautier anota en su diario: «Los bolcheviques son el auténtico símbolo del pueblo [...] una mezcla de estupidez, de grosería, de desvergüenza vulgar, de ausencia de principios, de fanatismo y, basada en estas dos últimas cualidades, de traición». Y añade: «*Finis Russiae*. Los ejércitos han dejado de ser ejércitos»<sup>26</sup>. Las jornadas de julio solo han sido una prórroga a un régimen agonizante.

Lenin encarga a Stalin que dé a conocer su postura en la conferencia de Petrogrado, que reanuda el 16 de julio los trabajos interrumpidos el 4, y luego en el VI Congreso del Partido. En su informe introductorio, Stalin parafrasea en la conferencia las tesis de Lenin, pero replica a los delegados deseosos de conocerlas que no las tiene a mano. La torpeza de su exposición y lo burdo de su excusa disgustan a los delegados, que lo dejan en minoría. Según Lenin, los soviets han pasado a ser el instrumento de la contra-revolución en manos de los mencheviques y de los socialistas revolucionarios, y por tanto es preciso abandonar la consigna «Todo el poder para los soviets» y volverse hacia los comités de las fábricas. Stalin traduce

<sup>26</sup> *Voprossi Istorii*, nº 6, 1991, p. 155.

brutalmente: se ha roto el equilibrio del doble poder, es imposible el traspaso del poder a los soviets y hay que prepararse para la insurrección. Esta perspectiva, arriesgada en aquella mitad de julio, deja atónitos a los delegados. La conferencia adopta un manifiesto mucho más evasivo redactado por el mismo Stalin que denuncia el «vergonzoso estigma de los calumniadores» y clama: «¡Tomad ese estigma en la mano de 32.000 trabajadores organizados en Petrogrado y llevadlo a vuestras tumbas!»<sup>27</sup>. El manifiesto deja en el aire las modalidades prácticas de esta oscura acción...

El VI congreso del partido bolchevique, que cuenta con la adhesión del grupo llamado de los Mejraiontsyi, fortalecido con una pléyade de dirigentes (Ioffé, Uritski, Lunatcharski, Manuilski, Iureniev, Karajan, el historiador Pokrovski y Trotski), se inaugura el 26 de julio. A falta de numerosos líderes huidos o encarcelados, Stalin es uno de los hombres clave de la reunión. Presenta tres informes: sobre la actuación del Comité Central, sobre la situación del país y sobre las tareas del Partido, respectivamente. En un primer momento se niega a tomar la palabra arguyendo que hay pocos delegados en la sala. Luego, según se va llenando poco a poco, se lanza. Siempre cultiva gustoso las flores de una retórica de pacotilla, denunciando «el silbido de reptil de la contra revolución [que] se hace oír de nuevo cada vez con mayor fuerza». Hilando la metáfora con aplicación, advierte a los delegados: «Por su parte, la hidra repugnante de la reacción lanza su dardo envenenado: picará, y se ocultará de nuevo en su oscuro antro»<sup>28</sup>, de donde hay que ir a desalojarla. ¿Cómo? Ni una palabra sobre ello. Replica a Preobrajenski, que subordina la construcción del socialismo a la revolución en Occidente: «No está excluido el caso de que sea Rusia precisamente el país que abra la vía al socialismo» y justifica su postura afirmando: «Existe un marxismo dogmático y un marxismo creador. Yo opto por el último»<sup>29</sup>. Su posición en este congreso le confiere una seguridad nueva que le permite avanzar en el terreno teórico. El congreso designa un

<sup>27</sup> STALIN, *Oeuvres complètes, op. cit.*, t. 3, p. 141. «A todos los trabajadores, obreros y soldados de Petrogrado».

<sup>28</sup> *Proletarii*, nº 1, 13 de agosto de 1917. Este artículo no está reproducido en las *Oeuvres complètes*. Un pasaje del artículo denuncia la calumnia lanzada contra Kamenev, acusado de haber sido agente de la Ojrana. Como en 1936 Stalin había hecho condenar a muerte a Kamenev acusándole de unos crímenes imaginarios, ya no podía defender su honor.

<sup>29</sup> STALIN, *Oeuvres complètes, op. cit.*, t. 3, pp. 186-187. Intervención en el VI Congreso del POSDR (Sexta intervención, respuesta a Preobrajenski).

nuevo Comité Central de 21 miembros. Stalin sale elegido en séptimo lugar. En la primera reunión, el Comité Central elige un comité restringido que asumirá las funciones de secretariado. Stalin forma parte de él.

Aparecen sucedáneos de *Pravda*, prohibidos uno tras otro: *Listok Pravdi*, *Rabotchi i Soldat*, *Proletarii*, luego *Rabotchii* bajo la dirección de Stalin, por otra parte redactor-jefe y miembro del comité de redacción de la revista *Prosviechtcheni* y del semanario *Vperiod*; pero políticamente se escuda detrás de Kamenev, que recupera su puesto después de que se ha desestimado la calumniosa denuncia como agente de la Ojrana.

La crisis social se amplifica y acelera. En julio y agosto cierran sus puertas 366 empresas: 90.000 obreros quedan desempleados en Petrogrado; cierran 200 pozos de minas en el Donbass, la mitad de las empresas del Ural están en la miseria. Desde el mes de junio, las revueltas campesinas espontáneas siembran los disturbios en el campo. Los campesinos se apoderan de las tierras y se las reparten, rompiendo la maquinaria y destripando a los propietarios después de prender fuego a las mansiones y a sus dependencias. Una inmensa revolución campesina recorre Rusia como una avalancha. «Son los primeros tumultos de la guerra civil que se avecina»<sup>30</sup>, escribirá posteriormente Alexandre Iakovlev. Los patronos continúan cerrando las fábricas y poniendo en la calle a los huelguistas.

El país mantiene un ejército de 10 millones de hombres desmoralizados. La guerra cuesta 65 millones de rublos diarios, tras haber costado 4.000 millones en 1914, 11.000 millones en 1915, 18.000 millones en 1916 y 26.000 millones en 1917. La deuda asciende a 60.000 millones de rublos (44.000 millones debidos a los suscriptores rusos, 16.000 millones de deuda exterior). Esta carga exorbitante desarticula una economía arruinada. Los soldados-campesinos, no queriendo llegar tarde al reparto de tierras, abandonan armas y municiones y dejan el frente en masa...

El gobierno Kerenski trata de sustituir una base social que flaquea, por una coalición de fuerzas políticas cada vez más fantasmales. Así que convoca una conferencia de Estado con los representantes de todos los partidos y organizaciones imaginables. El 12 de

<sup>30</sup> A. IAKOVLEV, *Gorkaia Chacha* (La copa amarga), Iaroslav, Vojue-Voljskoe Kujinoe izdatelstvo, 1944, p. 119.



agosto, día de la inauguración, obedeciendo a una llamada de los bolcheviques, la huelga paraliza Moscú.

El fracaso de la ofensiva de Galitzia, las jornadas de julio y la rebelión de los campesinos polarizan las fuerzas en los dos extremos. La crisis es evidente. El 20 de agosto, en el Comité Central del partido constitucional demócrata, llamado KD, Kartachev, ministro de Cultos, afirma: «El que no tema ser cruel y brutal tomará el poder en sus manos»<sup>31</sup>. Otro dirigente, Kaufman, aludiendo al hambre que amenaza, y repitiendo la idea sugerida en 1916 por Protopopov, ministro del Interior del zar, afirma: «En el gobierno nos planteamos ya la posibilidad de organizar expediciones militares para requisar el pan a los campesinos»<sup>32</sup>. El dirigente Miliukov prevé tumultos a causa del hambre y profetiza: «La vida obligará a la sociedad y a la población a plantearse la necesidad de una operación quirúrgica imprescindible». Y añade: «Para nuestro partido, es más ventajoso que el gobierno actual dure el mayor tiempo posible a fin de que los representantes ineludibles tomen la iniciativa incluso en la dirección del gobierno socialista»<sup>33</sup>. En una palabra, que la crisis se agrave hasta extremos intolerables, y dejemos a los socialistas una herencia incontrolable que les obligue a emplear la violencia. Eso es lo que se llama un hombre de Estado. Un poco más tarde, afirma: el país no tiene otra elección que Lenin o el general Kornilov.

La unión de oficiales del ejército y de la marina, financiada por algunos empresarios, está convencida de que «la única salida es una dictadura militar». En el frente se forman cerca de trescientos batallones de la muerte cuyo jefe, el capitán Muraviev, un SR, afirma que están destinados sobre todo a arreglar las cuentas con los bolcheviques en Petrogrado. A lo largo del verano, se multiplican las formaciones político-militares que preparan un golpe de fuerza; una de ellas, el Centro republicano, tiene organizado desde primeros de agosto el golpe de Estado previsto para el día 20. Los golpistas tienen un candidato, «un general procedente del pueblo», Kornilov, con el que Kerenski, atemorizado por la crisis galopante, negocia bajo cuerda. Kornilov lanza las tropas sobre Petrogrado el 25 de agosto y, en su proclama, acusa al «Gobierno provisional de

<sup>31</sup> Comité Central del partido KD del 20 de agosto, AEFR, fondos 523, inventario 2, dossier 20.

<sup>32</sup> *Ibid.*, AEFR.

<sup>33</sup> *Ibid.*, AEFR.

actuar bajo la presión de la mayoría bolchevique de los soviets en completo acuerdo con los planes del Estado Mayor alemán», jura convocar la Asamblea constituyente tras la victoria sobre el enemigo y promete un «futuro radiante» a Rusia, pero, de momento, «considera que la única solución es la de instaurar una dictadura y poner a todo el país en estado de guerra»<sup>34</sup>.

Kerenski quiere mostrar su fuerza: el 28 de agosto, una circular del Ministerio de Trabajo prohíbe las asambleas en las empresas durante el horario de trabajo. El obtuso Kornilov anuncia que colgará a todos los dirigentes del soviets. Kerenski siente la sombra de la cuerda rozándole el cuello. Entonces, todos los partidos socialistas se enfrentan a Kornilov, los bolcheviques movilizan a los obreros y los ferroviarios se ponen en huelga. El complot fracasa entre los convoyes inmovilizados bajo la presión popular. Durante algunos días, los bolcheviques aparecen como los más acérrimos defensores de la revolución amenazada.

La complicidad de Kerenski y los KD en el golpe es patente. Desde su retiro, Lenin ve la posibilidad de romper la coalición de los partidos burgueses y socialistas y propone un gobierno de SR y mencheviques responsable ante los soviets que dirigen, encargado de llevar a cabo su propio programa. Sería, dice, «un desarrollo pacífico de la revolución [...] que los bolcheviques, partidarios de la revolución mundial»<sup>35</sup>, deben aceptar. Pero los dos partidos implicados se niegan y reconducen un gobierno de amplia unión «democrática».

El intento de golpe de Estado de Kornilov y su fracaso agudizan hasta el extremo la tensión política y social. El general monárquico Denikin describe la situación en tres líneas: «Un hartazgo general de la guerra y sus problemas; la insatisfacción de la situación existente [...]. El ejército ya no quería saber de ningún «objetivo de guerra» y deseaba la paz a cualquier precio»<sup>36</sup>. Pero el Gobierno provisional, sometido a los deseos de los Aliados, se empeña en continuar una guerra que, sin embargo, desestabiliza la economía del país: responde a la crisis de abastecimiento instaurando las cartillas de racionamiento y, para evitar las largas colas de espera, fuente de

<sup>34</sup> *Kornilovskie Dni* (Los días de Kornilov), Petrogrado, 1917, pp. 113-114.

<sup>35</sup> LENIN, *Oeuvres complètes, op. cit.*, t. 34, p. 135. «Sobre los compromisos».

<sup>36</sup> *Voprosy Istorii*, n° 2, 1991, pp. 138-139.

agitación y desorden, nombra unos comités de inmuebles cuyos responsables, turnándose, hacen cola para los inquilinos ante los comercios vacíos. Al proclamar la república, cree consolar a las masas. Los socialistas revolucionarios y los mencheviques, conscientes del descrédito de los KD, tratan de poner en pie un gobierno sin ellos pero... con patronos y dirigentes KD de las asambleas locales y de las cooperativas. Kerenski crea un directorio de cinco miembros, espejismo de un gobierno fuerte, orientado a tener en sus manos las riendas de un poder cada vez más irreal.

El 5 de septiembre, el soviét de Moscú adopta una moción bolchevique. El 9, los bolcheviques consiguen la mayoría en el soviét de Petrogrado, que el 23 elige a Trotski para la presidencia. Lenin deduce la necesidad de entregar todo el poder a los soviets, «único modo de asegurar desde ese momento una evolución gradual, serena y pacífica de los acontecimientos»<sup>37</sup>. A mediados de septiembre lanza un grito de alarma: «Van a detenerse los ferrocarriles. Han acabado los envíos de materias primas y de carbón para las fábricas. Lo mismo sucede con los cereales. [...] Una catástrofe de una amplitud inaudita y el hambre nos amenazan irremisiblemente»<sup>38</sup>. Es preciso tomar el poder para detener la plaga.

En la cumbre del partido bolchevique se esboza un conflicto entre los partidarios de una oposición de izquierda parlamentaria que profundiza en la «democracia al poder» por una parte, y por otra, los partidarios de la toma del poder. Los primeros, entre los que figuran Kamenev, Zinoviev y Noguín, que dirige Moscú, son de hecho mayoritarios. Lenin, aislado, es el más firme partidario de la segunda corriente. El 14 de septiembre envía dos cartas a casa de Allilúiev: «*Los bolcheviques deben tomar el poder*» y «*El marxismo y la insurrección*», cartas que el día 15 Stalin aporta al Comité Central. Kamenev se opone a la propuesta de organizar sin demora la insurrección. Con rodeos, Stalin, sin decir si está o no de acuerdo con su contenido, «propone enviar las cartas a las más importantes organizaciones invitándolas a discutir las»<sup>39</sup>. En contra de la voluntad de Lenin, el Comité Central no tomará postura en espera de que di-

<sup>37</sup> LENIN, *Oeuvres complètes, op. cit.*, t. 34, p. 207. «Una de las cuestiones fundamentales de la revolución».

<sup>38</sup> LENIN, «La catástrofe inminente y los medios para conjurarla», *Oeuvres complètes, op. cit.*, t. 34, p. 155.

<sup>39</sup> «*Les Bolcheviks et la Révolution d'Octobre*», *op. cit.*, París, Maspéro, 1964, p. 103.

chos organismos las estudien. La atemorizada mayoría decide, por 6 votos contra 4 y 6 abstenciones, ocultar esas cartas de Lenin y conservar solamente un ejemplar para los archivos: la preocupación por la historia prima sobre el tema del poder. El problema se remite al 20 de septiembre, en la siguiente sesión del Comité Central. Stalin no asiste a ella. Los adversarios de la insurrección dedican lo esencial de sus esfuerzos a la preparación de listas de candidatos para las elecciones a la Asamblea constituyente fijadas para mediados de noviembre. El Comité Central propone al comité bolchevique de Stavropol el nombramiento de Stalin como cabeza de lista seguido de Stepan Chaumian. Dicho comité protesta —esos camaradas son desconocidos de los electores de la zona— y los hacen bajar al tercer y cuarto puesto.

Para reforzar su vacilante representatividad, el Gobierno provisional convoca en Moscú una conferencia democrática (del 14 al 21 de septiembre) designada por él, una asamblea grotesca que, al final de los trabajos, nombra en su seno una especie de pre-parlamento. De este modo difiere las elecciones a la Asamblea constituyente, a la que remite siempre toda decisión sobre el reparto de tierras y la paz, provocando un enorme descontento en su contra. Entre el 13 de septiembre y el 3 de octubre, los campesinos se sublevan en las regiones de Kichinev, Tambov, Taganrog, Riazan, Kursk y Penza. Las expediciones punitivas organizadas por el Gobierno provisional desmoralizan a los soldados y levantan a los campesinos en contra de él.

El 21 de septiembre, el soviet de Petrogrado convoca por radio un congreso nacional de soviets para el 20 de octubre. Las elecciones o reelecciones organizadas en los soviets dicen mucho sobre el rechazo hacia la política del Gobierno provisional. En efecto, el voto de los bolcheviques toma el aspecto de una avalancha: en Petrogrado consiguen la mayoría absoluta desde septiembre; la rozan en Moscú, obtienen el 60% de los delegados en Saratov, los dos tercios a Syzran, en Tsaritsyn y en Tver, los tres cuartos en Ekaterinburg y Kostroma, el 90% en Kaluga y el 100% de los delegados de Ivanovo-Voznessensk. Igualmente obtienen la mayoría en los soviets de Vyborg, Petergof, Helsingfors, Blaguch, Lefortovo, Basman, Kinechemsk, Sokolniki, Briansk, Zamoskvoretchi, Insk, etc. Incluso la pequeña burguesía se inclina por ellos: el 25 de septiembre, en las elecciones a la дума municipal de Moscú, los bolcheviques obtie-

nen el 51% de los votos y los mencheviques solamente el 4%; tiene la mayoría absoluta en 11 distritos de 17. Marc Ferro subraya: «Antes de septiembre, la vanguardia de las masas era más bolchevique que los bolcheviques. Después de septiembre, las masas son más bolcheviques que la vanguardia»<sup>40</sup>.

La sesión del pre-parlamento se abre solemnemente el 23 de septiembre; el mismo día, el soviet de Petrogrado lleva a Trotski a la presidencia. El Comité Central delibera sobre la participación en este pre-parlamento: los partidarios de un partido bolchevique de oposición en el seno de la «democracia» están a favor; los partidarios de la insurrección, en contra. El Comité Central vota el boicot por 9 votos (los de Stalin y Trotski entre ellos) contra 8. Los minoritarios, considerando demasiado reducida la mayoría, exigen la convocatoria de una conferencia de cuadros ampliada que, por gran mayoría, rechaza el boicot. Así pues, los bolcheviques asisten al pre-parlamento donde los discursos vacíos suceden a las pomposas arengas. Lenin acosa al Comité Central, reticente, incluso reacio, con llamadas cada vez más acuciantes. El 1 de octubre, escribe: «Es evidente que la revolución está en marcha en Alemania [...]. Los bolcheviques han de tomar el poder inmediatamente. Al hacerlo así, salvan la revolución mundial. [...] Contemporizar es un crimen contra la revolución [...] la ola de anarquía actual puede llegar a ser más fuerte que nosotros»<sup>41</sup>. A la semana siguiente insiste: «El éxito de la revolución rusa y de la revolución mundial depende de dos o tres días de lucha»<sup>42</sup>. El Comité Central sigue sordo.

Para vencer las resistencias, sale de su escondite. Tras una discusión encarnizada en el Comité Central del 10 de octubre, hace votar, por 10 votos contra 2 (Zinoviev y Kamenev), la decisión de organizar la insurrección. Después de la votación, Dzerjinski, con objeto de conseguir un compromiso, propone «crear para la dirección política en los días venideros un Buró político formado por [7] miembros del Comité Central»<sup>43</sup>. Kamenev y Zinoviev, contrarios a la rebelión, acceden. En 1924, Stalin modificará por su cuenta el acta, sustituyendo «para la dirección política en los días venideros» por la

<sup>40</sup> M. FERRO, *La Révolution russe*, París, Flammarion, t. 2, p. 365.

<sup>41</sup> LENIN: *Oeuvres complètes*, t. 34, p. 340. «Carta al Comité de Moscú, de Petrogrado y a los bolcheviques de los soviets de Petrogrado y Moscú».

<sup>42</sup> *Ibid.*, p. 384. «Consejos de un ausente».

<sup>43</sup> *Les Bolcheviks et la Révolution d'Octobre*, *op. cit.*, p. 139.

fórmula «para la dirección política de la insurrección»<sup>44</sup>, una insurrección curiosamente asumida –de un modo imaginario– por dos adversarios tan abiertamente hostiles que, a partir del día siguiente, la denuncian en una extensa carta a las principales organizaciones bolcheviques. Este Buró político fantasma no se reunió jamás; y es una falsedad atribuir a Stalin un puesto en la dirección política de una insurrección tan mítica como ese primer Politburó. Finalmente, el Comité Central crea, junto al Comité militar revolucionario del soviét, un Centro militar revolucionario del que Stalin es miembro y que tampoco llegará a reunirse, pero al que sus hagiógrafos atribuyen un papel decisivo en la insurrección.

Las huelgas se extienden por todos los sectores uno tras otro. El 14 de octubre, el periódico de Gorki, *Novaja Jizn*, anuncia una inminente catástrofe alimenticia: Petrogrado necesita diariamente 48.000 pouds de trigo (un poud = 16,8 kilos). El 11 de octubre había recibido 18.000, el 12, 12.000, el 13, 4.000. Amenaza la hambruna. Un mes después, el ministro de Alimentación considera que el Gobierno debe resolver el siguiente dilema: «... o intentar asegurar el avituallamiento de pan doblando el precio o pasar directamente a las medidas represivas organizando la incautación del pan [...] si, duplicando el precio, no somos capaces de asegurarnos el pan necesario, bien entendido nos veremos obligados a recurrir a la fuerza militar»<sup>45</sup>. La guerra civil agravará aún más el problema.

Aquel mismo 16 de octubre, una nueva reunión del Comité Central bolchevique confirma la decisión de la insurrección, a pesar de los votos en contra de Zinoviev y de Kamenev que al día siguiente la condenan públicamente en el diario de Gorki. Stalin afirma: «Seguir la postura de Zinoviev y Kamenev significaría dar a la contra-revolución la posibilidad de reorganizarse». Pero su conclusión es vaga: «El soviét de Petrogrado optó ya por la insurrección cuando se negó a sancionar la retirada de las tropas. La flota ya se ha rebelado, pues se ha vuelto contra Kerenski»<sup>46</sup>. Así finaliza su intervención en el texto oficial reproducido hasta 1929. Ahora bien, si la insurrección ya ha comenzado, no tiene que ser organizada: no queda más

<sup>44</sup> N. MUCHITZ, «Una falsificación stalinista», *Cahiers du mouvement ouvrier*, n° 4, diciembre 1998, pp. 35-40, texto original y texto modificado, p. 37.

<sup>45</sup> S. PROKOPOVITCH, *Narodnoe Jozistvo v dni revoliucii* (La economía durante los días de la revolución), Moscú, 1918, pp. 37-38.

<sup>46</sup> *Na putiáj oktiabria*, Moscú, 1925, p. 268. *Les Bolcheviks et la Révolution d'Octobre*, *op. cit.*, p. 156.

que proseguirla. En 1947, Stalin corregirá esa blandura y, con treinta años de retraso, declarará en el tomo III de sus *Obras completas*: «Bien, debemos implicarnos firmemente e irrevocablemente en la vía de la insurrección»<sup>47</sup>. Este añadido posterior confirma que en aquella época su decisión no era ni firme ni irrevocable. El historiador Volkogonov resume escuetamente el auténtico papel que desempeñaba entonces: «Stalin se encontraba en el Estado Mayor de la revolución y en su escena central [...] en calidad del figurante [...] que sabe esperar y adaptarse»<sup>48</sup>. Esperar en tiempos de revolución significa perderse. Pero, cuando refluya la marea, esta debilidad se convertirá en fuerza.

El comportamiento de Stalin en los días sucesivos se inscribe siempre en esta línea de espera. Lenin, furioso por la condena pública de la decisión de la insurrección por parte de Zinoviev y Kamenev, exige la expulsión de ambos del Partido. Stalin se opone discretamente. En el *Rabotchi Pout* del 20 de octubre publica una carta de Zinoviev en la que plantea abiertamente la posibilidad de «dejar para más adelante la discusión hasta que las circunstancias sean más favorables», y sin consultar a su colega de redacción, Sokolnikov, la hace seguir de una nota prudentemente anónima, pero cuya paternidad reconocerá más tarde, en la que expresa la esperanza de que la sugerencia de Zinoviev resolverá el problema. Critica, además, el «tono radical del camarada Lenin [que] no cambia nada el hecho de que, en el fondo, seguimos siendo camaradas políticos»<sup>49</sup>. Aquel mismo día, Stalin se opone en el Comité Central a cualquier sanción contra los dos hombres: «la expulsión del Partido no es una receta; es preciso conservar intacta la unidad del Partido»<sup>50</sup>. Ante las críticas por haber publicado su nota bajo el nombre del comité de redacción, Stalin presenta la dimisión, que no es aceptada.

En todos los momentos decisivos de la revolución, y hasta 1923, la dramática envergadura de los problemas exagera las opiniones personales, exagera el afán por imponer las propias ideas e hipertrofia los rasgos del carácter. Así Kamenev y Lenin llegan ambos al

<sup>47</sup> STALIN, *Oeuvres complètes*, op. cit., t. 3, p. 382. «Discursos en la reunión del C.C. del 16-X-1917».

<sup>48</sup> D. VOLKOGONOV, *Stalin*, op. cit., edición rusa, t. 1, p. 82.

<sup>49</sup> Esta declaración, aparecida en el *Rabotchi put* del 20 de octubre, fue publicada de nuevo con la firma de Stalin en la reedición del *Pravda* en siete volúmenes de 1927, pero no está reproducida en las *Oeuvres complètes*.

<sup>50</sup> *Les Bolcheviks et la Révolution d'Octobre*, op. cit., p. 164.

límite de sus posturas, amenazando con dimitir (Lenin) o dimitiendo (Kamenev) del Comité Central a fin de afirmar y defender sus puntos de vista. El futuro hombre de acero se sitúa, a su vez, en una actitud vaga y conciliadora. Partidario de seguir la línea de menor resistencia, solo a pesar suyo se compromete en la lucha entre las ideas y los hombres; pretende atenuar las posturas radicales y poner de acuerdo a los irreconciliables. Esta indecisión le impide entonces desempeñar un papel importante en los acontecimientos, pero le garantiza en el aparato dirigente el del hombre apropiado para suavizar las aristas y encolar los pedazos. Esta es una de las claves de su ascenso en el aparato del Partido.

El 22 de octubre, «la jornada del soviét en Petrogrado» reúne a cientos de miles de manifestantes que reclaman «todo el poder para los soviets». En la noche del 23 al 24, Kerenski se encoleriza, inicia diligencias judiciales contra el Comité militar revolucionario, convoca en Petrogrado a las tropas fieles y prohíbe los dos principales diarios bolcheviques, *Rabotchi Pout* y *Soldat*. En el lluvioso amanecer del 24, un destacamento de soldados gubernamentales sella la imprenta de los dos diarios subversivos. El Comité Central revolucionario destaca entonces un contingente de fusileros letones que rompe los sellos, se declara responsable del mantenimiento del orden, moviliza la guarnición, arma a la guardia roja y, durante la noche, envía algunos destacamentos de marineros y soldados a adueñarse de los puntos estratégicos: la central de correos, la oficina de telégrafos, los puentes sobre el Neva, la central telefónica y la Banca estatal. Los ministros, encerrados al fondo de una sala del palacio de Invierno, caen en la inercia de los agonizantes. Kerenski farfulla que va a buscar refuerzos y huye en un coche de la embajada americana.

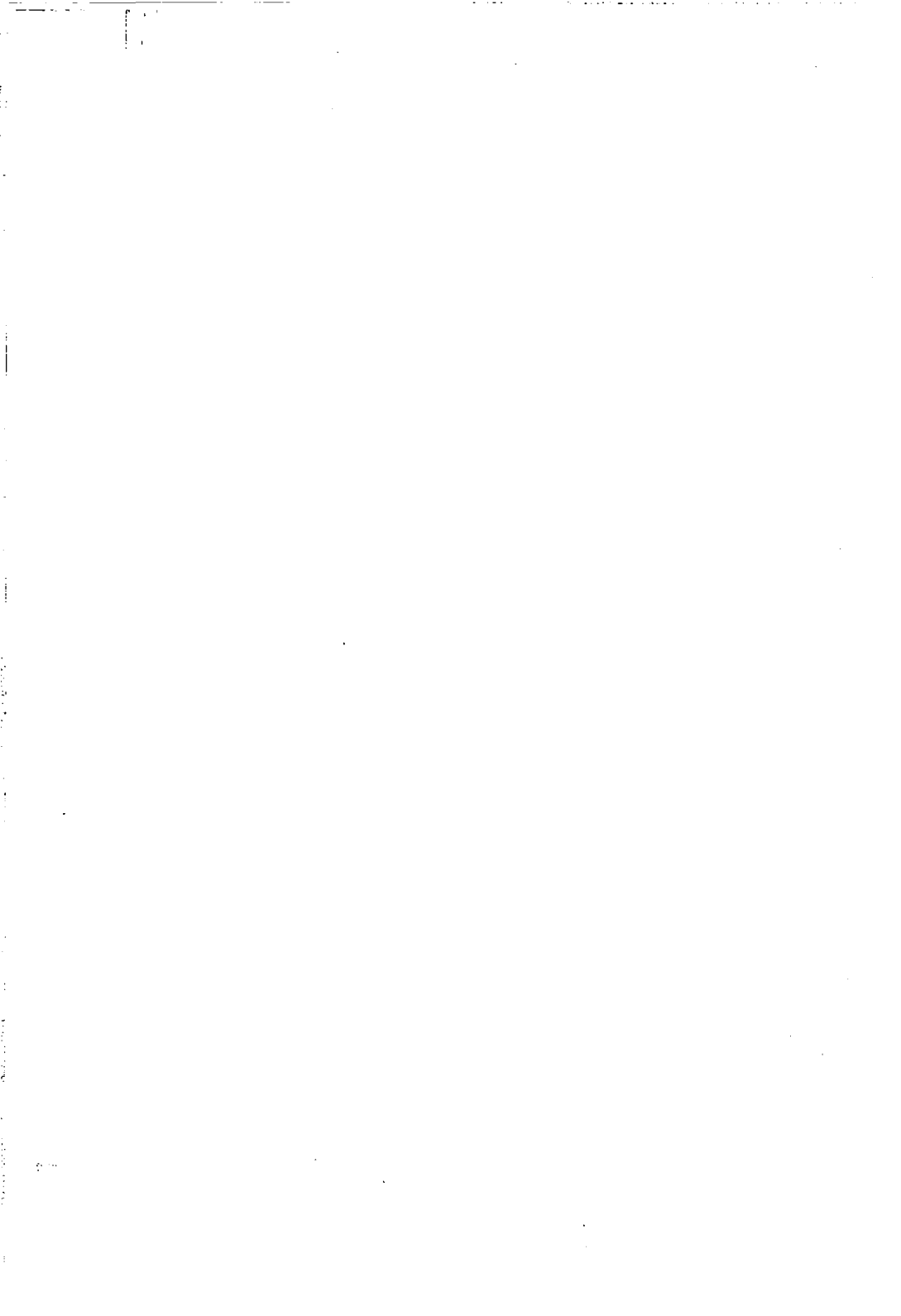
Durante los dos días que dura la revuelta, Stalin se quita de en medio. No obstante, el número de *Rabotchi Pout*, del 24 de octubre, publica un editorial redactado por él la noche anterior. Invita a obreros, campesinos y soldados a elegir delegaciones encargadas de manifestar sus reivindicaciones en el Congreso de los soviets: «Si actuáis con unión y firmeza, nadie osará oponerse a la voluntad del pueblo. El antiguo gobierno cederá el puesto al nuevo de un modo pacífico, siempre que hayáis actuado con firmeza, organización y energía»<sup>51</sup>. Un año después, Stalin calificará como llamada a la in-

<sup>51</sup> STALIN, *Oeuvres complètes*, op. cit., t. 3, pp. 389-390. «¿Qué necesitamos?».



surrección esta invitación a exponer sus peticiones en el Congreso. Sin embargo, cuando en la noche del 7 de noviembre de 1920 le inviten a conmemorar la revolución de octubre con todos sus actores, escurrirá el bulto y ninguno de los presentes lo nombrará.

El 24 de octubre por la mañana, el Comité Central decide que ninguno de sus miembros podrá dejar Smolny sin un permiso especial. Stalin no tendrá que solicitarlo: ya no está allí. Ya no se encarga de los contactos con Lenin que tenía encomendados. Lenin, al que el Comité Central ha prohibido dejar su escondite, no recibe información más que a través de Fofanova, su casera bolchevique, y de su agente de contactos Rajia, simples militantes de base. Ahora bien, Lenin está preocupado: las decisiones del Comité militar revolucionario de Petrogrado dirigido por Trotski le parecen demasiado lentas, y el deseo de este último de unir la toma del poder a una decisión del Congreso de los soviets, demasiado arriesgada. ¿Cómo tener la certeza de que los bolcheviques conseguirán la mayoría? Los periódicos de la mañana anuncian 250 bolcheviques, 159 socialistas revolucionarios y 60 mencheviques, de los 518 delegados que han llegado a la capital. ¿Jugárselo todo a algunos votos? ¡Jamás! Esperar significa perderlo todo. Escribe a los dirigentes del Partido, pero ¿se lo tendrán en cuenta? Lenin no está seguro. Irritado, sale de su escondite para dirigirse a Smolny con objeto de transformar una insurrección rampante en la toma del poder.



## Capítulo VIII

### EN MEDIO DE LA TORMENTA

El Congreso de los soviets se inaugura a las 22 h 40 del 25 de octubre en la gran sala de sesiones del instituto Smolny, calentada únicamente, escribe el americano John Reed, «por el calor asfixiante de unos cuerpos humanos sucios»<sup>1</sup>. Fiodor Dan, en nombre de la dirección saliente —y muy pronto fuera—, anuncia con voz lúgubre que sus «camaradas del Partido se encuentran en el palacio de Invierno bajo los obuses»<sup>2</sup>, que entonces se limitaban a un tiro al blanco del acorazado *Aurora*. El número de delegados varía de 542 a 690 según las fuentes; en cualquier caso, los bolcheviques son mayoría. Según la proporcionalidad, las elecciones del buró les valen 14 escaños de 25. Kamenev sustituye a Dan en la presidencia.

A las dos de la mañana, tras un confuso asalto, en el que asaltantes y asaltados se mezclan hasta el punto de que los guardias rojos y los soldados disparan al aire para no matarse unos a otros, cae el palacio de Invierno y los ministros son detenidos. Los delegados SR y mencheviques abandonan el Congreso. Lenin sube a la tribuna entre clamores y hace votar un decreto que propone a los beligerantes una paz inmediata y sin condiciones, y otro decreto que aprueba y generaliza el reparto de tierras. Después, el Congreso elige un nuevo Comité Ejecutivo Central de los Soviets y adopta la composición de un nuevo gobierno, el Consejo de Comisarios del pueblo, presidido por Lenin. Stalin, que ha llegado al congreso de incógnito, escucha a los oradores sin decir palabra; le nombran comisario para las Nacionalidades.

Los dimisionarios crean en la capital un Comité de Salvación de la patria y de la Revolución, y un Comité de Salud pública en Moscú. El gobierno bolchevique se enfrenta de entrada al problema de su supervivencia; en Moscú, los bolcheviques están en mala situa-

<sup>1</sup> J. REED, *Dix jours qui ébranlèrent le monde*, París, Seuil, 1996, p. 138.

<sup>2</sup> *Ibid.*, p. 139.

ción. Han ocupado el Kremlin, pero su dirección local, vacilante, negocia una tregua, lo evacua, lo abandona a las tropas gubernamentales que lo rodean y que, en el patio, abaten con disparos de ametralladora a cerca de 300 obreros y guardias rojos. Los bolcheviques necesitan una semana de combates encarnizados para controlar la ciudad. En Petrogrado reprimen fácilmente el tímido levantamiento de los oficiales alumnos, y la débil contraofensiva de los 600 cosacos del general Krasnov. Los bolcheviques liberan a Krasnov, que da su palabra de no luchar contra la revolución. Organizará el Ejército blanco en el Sur; emigrará; en 1942 formará un escuadrón de cosacos en la Wehrmacht, y en 1945, los ingleses se lo entregarán a Stalin que lo hará ahorcar.

La revolución se enfrenta en Petrogrado a la descomposición galopante de la guarnición bajo los efectos del alcohol. Hordas de atracadores y de soldados desvalijan los almacenes de bebida y comienzan una grandiosa orgía. Saquean las bodegas del palacio de Invierno. Los dos regimientos de guardia se vienen abajo en medio de los vapores etílicos; las unidades que los sustituyen se embriagan una tras otra; a su vez, los equipos de los carros de combate enviados a dispersar a la multitud vacían las botellas. Entonces, los bolcheviques bloquean las entradas: los borrachos arrancan las verjas y entran por las ventanas, y los bomberos enviados a inundar las bodegas se inundan ellos mismos en el vino... Será preciso esperar cuatro días para que un grupo de marinos y soldados pongan fin a la bacanal amenazando con tirar sobre cualquier saqueador y con volar los almacenes.

Si se ha diferido el peligro militar, el político es más serio. Desmoralizados por algún tiempo, los partidarios de la guerra hasta la victoria, de la propiedad privada amenazada y de la restauración monárquica empiezan a reunir sus fuerzas. La guerra civil, entablada en el campo social por los campesinos durante el verano, y relevada por unos soldados ávidos de paz frente a unos oficiales belicistas, se desarrolla así en el plano político antes de adquirir forma militar con ayuda de distintas intervenciones exteriores. El Comité de Salud pública invita a los funcionarios a boicotear las órdenes del Consejo de Comisarios del pueblo. Nunca se ha visto que un aparato del Estado ocupado por un ejército extranjero oponga al invasor la décima parte del rechazo masivo con el que los funcionarios de los ministerios se oponen al nuevo gobierno; tras vaciar los

armarios, esconder o destruir los expedientes, deteriorar las máquinas de escribir, ocultar o cerrar las cajas fuertes y perder las llaves, dichos funcionarios, llenos de rencor y de odio hacia ese poder de «usurpadores» y de «patanes» cuya caída prevén todos en dos o tres semanas, abandonan en masa los locales. Los que quedan insultan a los intrusos. Los mencheviques y los socialistas-revolucionarios proponen ahora la constitución de un gobierno de coalición sin Lenin ni Trotsky. Varios dirigentes bolcheviques, como Zinoviev, Kamenev y Ríkov, apoyan el ultimátum; Lenin y la mayoría del Comité Central, entre ellos Stalin, lo rechazan. Los conciliadores dimiten del Comité Central y del gobierno en plena huelga de empleados ministeriales. El 3 de noviembre, Stalin representa al Comité Central en las negociaciones que se inician con objeto de formar un gobierno de coalición. Ayer, su papel era el de negociar y lo desempeñaba con habilidad. Hoy, su papel es el de no ceder terreno y de distraer a la galería; y lo hace.

En *La Utopía al poder*. Alexandr Nekritch y Michel Heller afirman: «El bolchevismo había vencido fácilmente porque proponía la utopía: todo para todos y enseguida»<sup>3</sup>. Según ellos, al pretender imponer en Rusia esta utopía habrían forzado con violencia una realidad imposible, y engendrado monstruos. Pero esta promesa de «todo para todos y enseguida» es una fábula. Por otra parte, los dos autores dan una curiosa definición de la utopía: «Los bolcheviques ofrecieron ilusión: la paz, la tierra y el pan. La realidad fue una nueva guerra, la confiscación del pan y el hambre»<sup>4</sup>. Pero la paz, la tierra y el pan es lo que la masa de campesinos, soldados y obreros, indiferentes a la conquista de los Estrechos y al triunfo del «derecho», consideran real y reclaman. Durante el verano de 1917, cientos de miles de soldados-campesinos clavaron en la tierra las bayonetas, abandonaron las trincheras, los piojos y las ratas, y marcharon a la ciudad para tomar parte en un reparto de tierras que únicamente la paz podía garantizarles. Todas las fuerzas políticas, excepto los bolcheviques, les dijeron entonces: antes de la victoria es imposible la paz, y la tierra es intocable antes de la Asamblea constituyente. Las masas populares apoyaron entonces a los que proclamaban la justicia de sus aspiraciones y habían tomado el poder para hacerlas rea-

<sup>3</sup> M. HELLER y A. NEKRITCH, *L'utopie au pouvoir*, París, Calmann-Lévy, 1982, p. 41.

<sup>4</sup> *Ibid.*

lidad. Los acompañantes de Kornilov describieron a su manera esta realidad cuando suspiraron: «¿Qué podemos hacer nosotros, si toda Rusia es bolchevique?»<sup>5</sup>. El rechazo de la paz y del reparto de tierras, deseados por la inmensa mayoría, es el origen de una nueva guerra civil inexorable.

¿Qué puede hacer un comisario para las Nacionalidades cuando estalla el Imperio? Su Comisariado a medias virtual se crea en unas circunstancias folclóricas reveladoras del desorden ambiente. El 2 o 3 de noviembre, el revolucionario polaco Pestkovski deambula por el instituto Smolny. Había sido nombrado Director de la Banca estatal, pero se dio a la fuga tras haber sido recibido entre los insultos de los empleados presentes y los abucheos del Consejo de la Banca, que le negó hasta la llave de la caja más insignificante. Buscando otro empleo, se presentó a Stalin y le ofreció sus servicios para crear su todavía inexistente Comisariado. Stalin le firma un nombramiento. Pestkovski recorre Smolny y contrata a un antiguo amigo que se ocupaba sin interés del avituallamiento de los guardias rojos. Ambos hombres encuentran una mesa y dos sillas, las acercan a la pared y cuelgan en ella una hoja de papel en la que figura en gruesos caracteres grabados con lápiz azul: COMISARIADO DEL PUEBLO PARA LAS NACIONALIDADES. Pestkovski condecora a su colega con el título de Director de los servicios (inexistentes) del Comisariado y se lo presenta a Stalin que gruñe un «hum» indescifrable y se marcha. Pestkovski manda fabricar papel con membrete y un sello que paga con sus fondos. Corre a pedir mil rublos a Stalin, que lo remite a Trotski: «Tiene dinero. Lo ha encontrado en el antiguo Ministerio de Asuntos Exteriores»<sup>6</sup>. Trotski le presta, contra recibo, 3.000 rublos que las Nacionalidades no devolverán nunca a Asuntos Exteriores.

El 1 de noviembre, Stalin firma un decreto del Consejo de Comisarios del pueblo, publicado el 2, en el que afirma «el derecho de los pueblos de Rusia a disponer libremente de ellos mismos, comprendido [el derecho a] la separación total y [a] la constitución de un Estado independiente», aboliendo todos los privilegios nacionales y religiosos. Este reconocimiento de las aspiraciones nacionales

<sup>5</sup> *Voprossi Istorii*, nº 6, 1991, p. 127.

<sup>6</sup> S. PESTKOVSKI, «Sobre las jornadas de octubre en Piter», *Proletarskaia Revoliutsia*, nº 10, 1922, pp. 101-102.

que socavan el antiguo imperio ruso choca muy pronto con el afán alemán de poner la mano sobre Ucrania, Polonia y los países bálticos, y con el deseo, proclamado por Francia e Inglaterra, del desmembramiento del ex imperio. Unos días más tarde, el 14, Stalin lee el texto del decreto que reconoce la independencia de Finlandia ante el congreso del Partido socialdemócrata finlandés en Helsingfors. El 22 de noviembre firma con Lenin una «Llamada a los trabajadores musulmanes de Rusia y de Oriente» invitándoles a la lucha contra las potencias imperialistas, que encuentra escaso eco. Las anexionaciones alemanas, la proclamación de las pequeñas repúblicas independientes y, luego, la guerra civil reducirán como piel de zapa el ámbito de su Comisariado.

Por supuesto, no está disgustado. Se rodea de media docena de colaboradores, en su mayor parte polacos, letones y bálticos. Para ellos, como para Rosa Luxemburgo, que reprocha a los bolcheviques su apoyo al derecho de los pueblos a disponer por sí mismos, las aspiraciones nacionales proceden de una democracia burguesa superada hoy por la revolución proletaria. Rechazan, pues, cualquier asomo de república nacional e incluso de región autónoma, y suelen dejar en minoría a Stalin, que tasca el freno y luego sortea a sus adversarios. Pestkovski cuenta que, «cuando sus reservas de paciencia estaban agotadas por culpa de nuestras interminables discusiones, desaparecía bruscamente de un modo habilísimo diciendo: «Vuelvo dentro de un momento», y se escondía en cualquier rincón de Smolny o del Kremlin donde nos era imposible encontrarlo. Empezábamos por esperarlo y luego levantábamos la sesión»<sup>7</sup>. Así, poniéndolos en minoría, abandona el terreno a los demás y busca un lugar tranquilo donde huir de unas discusiones que le aburren. Pestkovski se lo encuentra en los lugares más insospechados, por ejemplo, en la cocina, tumbado en un diván, fumando la pipa, y según sus palabras, «elaborando sus tesis», cuyo texto no llegaba a ver nadie, evidentemente.

El 20 de noviembre fue designado con el comisario del Interior, Petrovski, para dirigir la comisión encargada de convocar la Asamblea constituyente. Se celebran las elecciones iniciadas el 12 de noviembre. Votan 41 millones de electores, es decir, cerca del 80% del

<sup>7</sup> PESTKOVSKI, «Recuerdos del trabajo en el Comisariado de las Nacionalidades», *Proletarskaja Revoludija*, nº 6, 1930, p. 128.

cuerpo electoral. Los bolcheviques obtienen el 24,5% de votos, los socialistas revolucionarios de todos los matices el 48,5%, los mencheviques el 4,5% (la mitad en Georgia) y los KD el 4,7%. El resto de los sufragios se reparte entre distintas agrupaciones socialistas y/o nacionalistas. Más del 80% de los votos en una región campesina se inclinaron por los partidos «socialistas» declarados, y menos del 8% por los partidos conservadores y liberales. Los bolcheviques, con mayoría en las grandes ciudades, son minoritarios en el conjunto del país (excepto en Letonia, donde consiguen el 72% de los votos); los SR son ampliamente mayoritarios en el campo. Las pasiones se exacerban al momento. Así, los miembros de la comisión electoral designados antes del 26 de octubre se niegan a cooperar con Stalin y Petrovski, que se presentan en su escaño el 23 de noviembre, les piden en vano sus documentos, y ante la negativa a mostrarlos, los detienen.

Mientras los SR de izquierdas, excluidos del partido SR, se asocian a los bolcheviques el 26 de octubre y, a finales de noviembre, ocupan los Comisariados en Agricultura, Justicia e Interior, la contrarrevolución se organiza poco a poco. Desde el sur de Rusia, los generales Kornilov, Alexeiev y Denikin se alinean con el partido KD. Un decreto gubernamental del 28 de noviembre somete a arresto a los dirigentes de este partido y luego lo prohíbe, así como sus órganos de prensa. A comienzos de noviembre, los tres generales forman un ejército de voluntarios, una reducida tropa de oficiales de 3.000 a 4.000 hombres que cuenta con un simple soldado por cada cincuenta oficiales de grado superior y que resulta ser apenas peligroso, a pesar de que la poetisa Marina Tsvetaieva exalte a los «guardias blancos, clavos negros/en los costados del Anticristo».

Entonces corre el rumor de que los bolcheviques no quieren convocar la Asamblea. El 6 de diciembre, el diario *Vecherny Zvon* publica una entrevista con Stalin en la que se muestra evasivo: jura que los elegidos de izquierda no tienen la menor intención de disolver la Asamblea constituyente, que, dice, se reunirá en cuanto gran número de diputados (400) confluyan en Petrogrado, y condena la idea de una Constituyente paralela disidente: «Esas dos Asambleas paralelas serían ilegítimas, dice, y eso significaría la liquidación de la Constituyente, lo que sería irrazonable y antipatriótico»<sup>8</sup>. Unos

<sup>8</sup> L. PROTASSOV, *Vserassiskoe Uchreditel'noe Sobranie* (La Asamblea constituyente rusa), Moscú, Rosspen, 1997, p. 281.



días más tarde expresa de nuevo en el Comité Central su inquietud ante el hecho de que «se preparen dos Asambleas constituyentes»<sup>9</sup>.

Los cosacos del Don, dirigidos por su jefe, el atamán (jefe elegido) Kaledin, declaran la autonomía de su territorio y colaboran con el Ejército de voluntarios en contra del Ejército rojo; envían a Petrogrado una delegación que Stalin recibe en ausencia de Lenin, con objeto de someterse a un tratamiento médico. La delegación solicita que el Ejército ruso deje de acosarlos; Stalin subraya el carácter contrarrevolucionario de las actuaciones de Kaledin, que bloquea los convoyes de trigo y de carbón hacia el norte. La delegación pregunta:

«Si instalamos un poder sobre bases plenamente democráticas, ¿dejaréis de luchar contra nosotros?»

—Por supuesto, contesta Stalin.

—¿Incluso si ese poder no reconociera el del Consejo de los comisarios del pueblo?»

—Me resulta difícil responder, replica Stalin algo confuso. Pero nos negamos a la idea de conservar a un pueblo por la fuerza. Y si la voluntad del pueblo trabajador se expresa de modo terminante, entonces naturalmente...»

La delegación le pregunta: «¿qué harán los bolcheviques si la Asamblea constituyente no reconociera los decretos sobre la paz, sobre la tierra y sobre la nacionalización de la banca?». Stalin replica sin rodeos: «Disolveremos la Asamblea constituyente y convocaremos nuevas elecciones». Y, acudiendo a la teoría de la voluntad común según Robespierre, precisa: «Hemos recibido el poder directamente del pueblo; el pueblo nos ha confiado su destino y no tenemos derecho a abandonar el poder y confiar la defensa de sus intereses y el destino mismo del pueblo a cualquier otro»<sup>10</sup>. Dos días después, el 29 de diciembre, firma junto con Lenin un decreto gubernamental en el que afirma el derecho de los armenios a la autodeterminación hasta llegar a una independencia plena y entera. Es una de sus últimas actuaciones efectivas como comisario para las Nacionalidades.

Su estrella asciende en el aparato del Partido, que comienza a desempeñar un papel gubernamental. Trotski advierte enseguida

<sup>9</sup> *Les Bolcheviks et la Révolution d'Octobre, op. cit.*, p. 214.

<sup>10</sup> *Perepiska 1912-1927, op. cit.*, pp. 34-35.

que Lenin lo impulsa: «En Stalin apreciaba la firmeza de carácter, la terquedad, incluso la astucia»<sup>11</sup>, cualidades todas extremadamente útiles en este período en el que tantos dirigentes vacilan y flotan inseguros. Entonces ocupa un lugar destacado. Con Sokolnikov, Bujarin y Trotski da vida al comité de redacción de *Pravda*. En compañía de Lenin, Sverdlov y Trotski, resuelve todos los problemas extraordinarios tras la consulta obligada a los miembros presentes del Comité Central. Tal es el poder de este famoso cuarteto formado el 29 de noviembre. El 19 de febrero de 1918, la coalición bolchevique-SR de izquierda creará un comité ejecutivo común, formado por dos SR, Prochian y Karelin, y tres bolcheviques, Lenin, Trotski y Stalin.

Más que la contraofensiva de sus adversarios y la crisis provocada en su seno por el aislamiento en la cumbre del poder político, lo que amenaza con mayor gravedad al nuevo gobierno es la disgregación galopante del país, causa misma de la revolución. En efecto, la revolución ha sido arrollada por la conmoción social de la que procede; las estructuras del Estado y de la economía se desarticulan al mismo tiempo. Cuando se reparten las tierras, los campesinos, si no logran distribuírseles, destruyen generalmente los locales, las herramientas y el mobiliario de los propietarios. Los soldados-campesinos de un ejército agonizante, para quienes el gobierno de los soviets significa el reparto de tierras y la paz inmediata, desertan cada día más masivamente de las trincheras abandonando ametralladoras y cañones, y se dedican a saquear en el camino de regreso. Los comités de las fábricas pretenden administrar las empresas y disponer soberanamente de una producción que se hunde; los soviets locales intentan gobernar en sus territorios, mantener el control de sus recursos y obedecer solamente aquellas órdenes de la capital que les convienen, llegando incluso hasta fijar impuestos a las salidas de mercancías. En resumen, la autonomía local amenaza con desmantelar la República de los soviets. Surge el espectro del hambre, ya amenazador en octubre. Bandas armadas atacan los ferrocarriles amparándose bajo distintos colores políticos, sobre todo anarquistas, para justificar el bandolerismo, las violaciones y los asesinatos. La parálisis desorganiza el abastecimiento: el trigo se acumula en el Don o en la región de Samara mientras que los habi-

<sup>11</sup> TROTSKI, *Staline*, op. cit., p. 378.

tantes de Petrogrado o de Moscú gritan su hambre. La desorganización engendra el caos y estimula el tráfico y el fraude.

Los dirigentes bolcheviques, desorientados y desarmados, toman medidas empíricas para enfrentarse a la creciente ola de desorden, de hambre y de la contrarrevolución naciente. La Rusia soviética es un hervidero de complots múltiples animados por las embajadas aliadas. A menudo son complots artesanales, embrionarios o abortados, pero reales, y quienes los urden comparten la opinión del asesino de Rasputín, el monárquico Purichkievitch, en una carta a Kaledin: «El poder está en manos de una plebe criminal que no entrará en razón más que a fuerza de ejecuciones y de ahorcamientos públicos»<sup>12</sup>. Boris Savinkov, el antiguo ayudante de Kerenski, funda la Unión para la Defensa de la Patria y de la Libertad con objeto de preparar media docena de insurrecciones. Ese rumor permanente de complots bien reales labra la mentalidad de Stalin.

Los funcionarios de la Banca estatal siguen negándose a proporcionar dinero al nuevo gobierno, incluso a abrirle una cuenta, impidiéndole así pagar a los empleados del Estado. En cambio, abonan los emolumentos de los dignatarios destituidos del Gobierno provisional, y a primeros de diciembre deciden ir a la huelga general. Como reacción, un decreto del 7 de diciembre crea la Tcheka (Comisión extraordinaria de lucha contra el sabotaje y la contra-revolución) y confía la dirección a Felix Dzerjinski, hijo de un hidalgo polaco, afiliado al partido bolchevique desde marzo de 1917, un hombre íntegro, rígido, inflexible y apasionado, que de un confín a otro confín, ha apoyado a Lenin en su afán por imponer la insurrección a una dirección bolchevique reticente; una semana más tarde, un decreto nacionaliza la banca.

Así pues, el gobierno trata de poner por obra el decreto sobre la paz en medio del caos. Tras lanzar una llamada a todos los beligerantes para iniciar conversaciones —a la que no responden los gobiernos aliados—, el 22 de noviembre firma en Brest-Litovsk una tregua de tres semanas con los estados mayores austriaco y alemán. Las negociaciones se inician el 9 de diciembre. Los bolcheviques, partidarios desde el comienzo del conflicto mundial de una paz sin anecciones ni indemnizaciones, se encuentran en una situación delicada. En efecto, aprovechando la desbandada del ejército ruso,

<sup>12</sup> V. SERGE, *L'An I de la révolution*, París, Delphes, 1965, pp. 161-162.

Alemania y Austria pretenden imponer sus condiciones y anexionarse Polonia y también los países bálticos. Por esta razón, los bolcheviques están convencidos de que la revolución rusa solo escapará a la asfixia si el proletariado occidental (el alemán a la cabeza) se levanta y toma el poder. De momento, ceder a las exigencias alemanas significa dar crédito a la campaña desencadenada en Occidente sobre el pretendido entendimiento entre los bolcheviques y el Kaiser, con la consecuencia de la debilitación de la agitación que madura en Alemania y en Austria.

Las exigencias alemanas suscitan un vivo debate en el seno del partido bolchevique, cuya dirección se divide en tres tendencias: Lenin, comprobando que el antiguo ejército se muere, que el nuevo solo está en embrión —como la revolución en Alemania—, y que el poder de los soviets no tiene medios de combatir, considera necesario firmar la paz bajo las condiciones alemanas para evitar un aplastamiento militar. Bujarin y los comunistas de izquierda, para quienes «firmar la paz imperialista, infame» es deshonor y traición, propugnan, junto con los SR de izquierda, la «guerra revolucionaria de partisanos contra el imperialismo alemán». Trotski pretende alargar las negociaciones todo el tiempo necesario para desmontar la campaña antibolchevique y extender la propaganda entre los trabajadores de los países en guerra: en definitiva, plantea la negativa a firmar, desmovilizando un ejército agotado, en una palabra, proclamar «ni guerra ni paz». Y lo consigue por algún tiempo.

La Asamblea constituyente inicia sus trabajos el 5 de enero. Los diputados socialistas-revolucionarios de derechas, mayoritarios, se reúnen previamente bajo la presidencia del alcalde de Moscú, Rudnev, responsable del fusilamiento en la ciudad, el 28 de octubre de 1917, de más de 300 obreros y guardias rojos, a pesar y durante la tregua.

La sesión de la Asamblea tiene todo el aspecto de un espectáculo de circo. Tras un concierto de silbidos y voces procedentes de la izquierda, y un comienzo de pelea, la Asamblea elige como presidente al SR Tchernov, antiguo ministro de Agricultura del Gobierno provisional. Tchernov pronuncia un discurso de dos horas que aburre a todo el mundo, incluidos sus partidarios. Se suceden 54 intervenciones, siete de ellas a cargo de un único SR ucraniano, pero ninguna de Stalin, que permanece al margen de tal ballet oratorio. La sesión, iniciada a las 4 de la tarde, dura hasta las 4 de la mañana.

Los bolcheviques y los SR de izquierda abandonan la asamblea poco antes de medianoche. Los últimos, oponiendo el sentido de su voto al resultado, disuelven la Asamblea dominada por los derrotados de 1917 que se habían negado a reconocer las decisiones del segundo congreso de los soviets en octubre de 1917. Los SR y los mencheviques solo pueden movilizar unas escasas tropas para defender una Asamblea cuya disolución apenas altera a una población campesina preocupada únicamente por la paz, y que se interesa más por sus soviets locales que por una lejana Constituyente.

No obstante, el Consejo de los comisarios del pueblo había sido concebido el 26 de octubre como un gobierno destinado a desaparecer con la convocatoria de la Asamblea. Ahora necesita confirmar jurídicamente su legitimidad. Entonces, una comisión del Comité ejecutivo de los soviets elabora precipitadamente un breve «Proyecto de resolución sobre las instituciones federales de la República de Rusia», que Stalin presenta muy brevemente, como conclusión de su informe sobre el tema de las nacionalidades, en el III Congreso de los soviets reunido en Petrogrado del 10 al 18 de enero. Su biografía oficial no alude al hecho. El texto aceptado afirma que el órgano supremo del poder es el Congreso de los soviets reunido al menos una vez cada tres meses, y que el Congreso de los soviets, o el Comité ejecutivo central, eligen y modifican parcial o totalmente el Consejo de comisarios del pueblo, afirmaciones muy pronto vaciadas de contenido real.

Stalin aporta dos enmiendas a la declaración del 2 de noviembre sobre el derecho de las nacionalidades a su independencia. En primer lugar indica que la burguesía de algunos territorios, como Ucrania, con la excusa de aspirar a la independencia nacional, oculta su deseo de afirmar su poder de clase. Y repitiendo una teoría elaborada por Lenin, añade: el principio de autodeterminación debe ser un medio de combate para el socialismo, y por esta razón ha de subordinarse a los principios del socialismo.

La Iglesia ortodoxa se alía entonces con la coalición antibolchevique. Indignado por la instauración del matrimonio civil y el decreto de separación de la Iglesia y el Estado, promulgado el 22 de enero, el patriarca Tijon se indigna, y en una carta pastoral califica a los nuevos gobernantes de «mentes insensatas», comprometidas en una «empresa auténticamente satánica», y prohíbe a todos los fieles que «mantengan cualquier relación con esos dese-

chos del género humano»<sup>13</sup>. El clero moviliza a los fieles en contra del decreto.

Ante la amenaza del hambre, el gobierno crea el 8 de enero una Comisión de Abastecimiento compuesta por cuatro miembros, uno de ellos Stalin, que inmediatamente propone incluir el Comisariado del pueblo en el Abastecimiento, ineficaz a sus ojos. ¿Acierto o error? Es difícil decirlo, pero, en ese momento, Stalin denuncia por primera vez la incompetencia, la ineficacia o la pereza de algunos responsables antes de acusarlos de sabotaje deliberado.

A lo largo de unas dramáticas discusiones sobre el tema de la paz, Stalin se sitúa de entrada al lado de Lenin, pero caricaturiza su argumentación esquematizándola. El 11 de enero afirma: «En Occidente no existe movimiento revolucionario; no hay hechos, solo una posibilidad, y no podemos contar con una posibilidad»<sup>14</sup>. Pues bien, el 4 de enero, una huelga general sacude Varsovia, ocupada por las tropas alemanas, y Viena, a la que conmociona durante cuatro días. En toda Europa aumenta el rechazo a la guerra. Lenin rectifica al momento, insistiendo en la realidad de ese movimiento de masas: «Si creemos que el movimiento alemán podría desarrollarse inmediatamente en caso de ruptura de las negociaciones de paz, debemos sacrificarnos, pues la revolución alemana tendría una fuerza superior a la nuestra»<sup>15</sup>. Pero no cree que el aplastamiento de la rusa espolearía a la revolución alemana. La relación de fuerzas en la cumbre del Partido no le es favorable. El 8 de enero consigue 15 votos en la reunión de cuadros de Petrogrado, Trotski 16 y los comunistas de izquierda 32. El comité de Moscú, que el 28 de diciembre había pedido «una guerra sin piedad contra la burguesía del mundo entero», el 11 de enero exige por segunda vez «la interrupción de las conversaciones de paz» y la preparación de «la guerra santa para el socialismo»<sup>16</sup>. El 19 de enero, Stalin ve una salida en la postura intermedia de Trotski. El 21, a la pregunta «¿Es admisible firmar en el momento actual una paz anexionista con Alemania?», el Comité Central responde «no» por 9 votos contra 5, entre ellos los de Lenin y Stalin.

<sup>13</sup> *Tserkavnii Viedomosti* (El boletín eclesiástico), n° 2, 1918, p. 11. Texto francés completo en *Cahiers du mouvement ouvrier*, n° 13, abril 2001, pp. 25-26.

<sup>14</sup> *Les Bolcheviks et la Révolution d'Octobre*, op. cit., p. 238.

<sup>15</sup> *Ibid.*, p. 239.

<sup>16</sup> *Les Bolcheviks et la Révolution d'Octobre*, op. cit., pp. 255-257.

El 14 de enero, los socialdemócratas finlandeses toman el poder en Helsinki. La burguesía finlandesa confía su suerte al general zarista Mannerheim que, con ayuda de la división alemana Von der Goltz, aplasta a los «rojos» a primeros de abril y desencadena un terror inaudito: mujeres y prisioneros, alineados contra un muro, caen abatidos por disparos de ametralladora, los heridos son sistemáticamente ejecutados y sesenta mil prisioneros supervivientes hacinados en los primeros campos de concentración de la guerra civil o en prisiones superpobladas; la mitad son fusilados o mueren a consecuencia del tífus. El terror blanco da lugar a por lo menos 30.000 muertos.

El 30 de enero, el comandante en jefe de los ejércitos publica el decreto de desmovilización del ejército. Cuatro días después, el 16 de febrero (para sustituir el calendario juliano por el gregoriano, Rusia pasa directamente del 31 de enero al 14 de febrero), el alto mando alemán anuncia que pondrá fin al armisticio a mediodía del 18 de febrero. El 17 por la noche, el Comité Central se niega, sin embargo, a «proponer inmediatamente a Alemania la reanudación de conversaciones orientadas a firmar la paz» por 6 votos contra 5 (entre ellos, los de Stalin, Lenin y Sverdlov).

Esta obstinada negativa hace planear una amenaza mortal sobre la joven República soviética. El 18 de febrero, los alemanes se ponen en marcha. Los soldados rusos escapan a la vista de sus uniformes sin que la Reichswehr llegue a disparar sus fusiles. Sin embargo, en la mañana de aquel día, el Comité Central rechaza de nuevo la posibilidad «de enviar inmediatamente una propuesta sobre la reanudación de las conversaciones de paz» por 7 votos contra 6; luego, ante la fuga desesperada de las tropas rusas, la adopta aquella misma noche por 7 votos contra 6, al pasar Trotski del no al sí ante la envergadura del desastre. No obstante, los alemanes, reacios a prolongar una aventura militar en aquel espacio aparentemente infinito, proponen unas duras exigencias suplementarias; reclaman, en primer lugar, el abandono de Livonia y de Ucrania donde se ha instalado un gobierno autónomo, la Rada, con el que ya han firmado un armisticio por separado. Aquel día, discutiendo por teléfono con un responsable del Comité ejecutivo de los soviets de una Estonia agonizante ante el avance alemán, Stalin encuentra «interesante» la idea de un campo de concentración. Todavía no es el Gulag<sup>17</sup>. Hasta los campos de

<sup>17</sup> *Perepiska 1912-1927, op. cit., p. 36.*

concentración políticos creados por el gobierno finlandés blanco, la palabra designa un lugar en el que se hacían prisioneros y adversarios.

En el Comité Central del 23 de febrero, Lenin amenaza con dimitir a causa de la ofensiva de los acérrimos partidarios de la guerra revolucionaria. La violencia de los debates se deduce a través de la lectura del acta. Lomov, un comunista de izquierdas, afirma que no hay motivos para temer la retirada de Lenin: «hay que tomar el poder *sin Lenin*» y marchar al frente para continuar la guerra. Desorientado, Stalin propone no firmar, sino entablar conversaciones de paz. Es un poco tarde y Lenin lo explica: «Stalin se equivoca cuando dice que podríamos no firmar. Hay que firmar esas condiciones. Si no firmáis, en dos o tres semanas lo que firmaréis será la sentencia de muerte del poder soviético [...]. La revolución alemana aún no está madura. Necesitará varios meses». (De hecho, estallará en noviembre.) Stalin corrige al momento su posición y repite casi palabra por palabra las de Lenin: «Debemos firmar inmediatamente esas condiciones [...]. También nosotros apostamos por la revolución [en Alemania], pero mientras vosotros contáis por semanas, nosotros contamos por meses»<sup>18</sup>. El Comité Central decide aceptar las condiciones por 7 votos a favor (con los de Lenin, Stalin, Sverdlov), 4 en contra y 4 abstenciones, la de Trotski entre ellas. Dimiten cuatro miembros del Comité Central (como Bujarin) y siete comisarios del pueblo abandonan el gobierno. Trotski deja sus funciones de comisario en Asuntos Exteriores. Stalin pregunta si este abandono del puesto «significa también dejar el Partido». Ante los duros reproches, se excusa, jura que no acusa a nadie, afirma que cada uno tiene derecho a actuar según su conciencia, pero recuerda que nadie puede sustituir a los dimisionarios, y con cierta perfidia se pregunta si «los camaradas, a los que invita a acudir al próximo congreso, se dan cuenta de que su actitud conduce a la escisión»<sup>19</sup>.

Durante la reunión del día siguiente, Stalin parece perdido ante la oleada de dimisiones que se producen: no propone nada, pero recuerda el sufrimiento que experimenta por sus camaradas e insiste de nuevo en que acudan al congreso, pues en provincias, dice, dichas dimisiones serán consideradas como una escisión. De este mo-

<sup>18</sup> *Les Bolcheviks et la Révolution d'Octobre*, op. cit., pp. 287-289.

<sup>19</sup> *Ibid.*, p. 294.



do, en medio de la tempestad se muestra como un hombre preocupado sobre todo por la unidad del Partido en un momento en que el Comité regional de Moscú deja sencillamente de reconocer la autoridad del Comité Central.

El tratado se firma el 3 de marzo. Al día siguiente, cuando los comunistas de izquierda publican el primer número de su propio diario, se inaugura el VI Congreso del Partido que solo reúne a unos cincuenta delegados. Ratifica el tratado. Stalin, que no toma la palabra, es fuertemente criticado. El Presidium propone su inclusión en la comisión del programa del Partido, que desde ese momento se llamará Partido comunista. Sin embargo, Uritski sugiere nombrar a Radek en lugar de Stalin, cuyos artículos programáticos, dice, no aparecen. El presidente de la sesión replica: «Stalin ha escrito sobre la cuestión nacional»<sup>20</sup>. Lenin y Trotski obtienen 37 votos; Stalin, elegido el último, 21.

Una semana después, el 15 de marzo, el Comité ejecutivo central de los soviets ratifica por muy escaso margen el tratado de Brest-Litovsk, 116 votos contra 84 y 26 abstenciones, tras una sesión tormentosa en la que los SR de izquierdas acusan a los bolcheviques de «traicionar a la Internacional», protestan contra ese «trato infame» y anuncian su salida del gobierno. Durante esos tres meses, Stalin ha apoyado la postura de Lenin, pero nunca ha tomado la palabra en público para defenderla: su apoyo es pasivo, como si se viera arrastrado por unos acontecimientos que le superan. Pero también es uno de los que no han cedido al vértigo de la utópica «guerra revolucionaria –sin ejército– contra el imperialismo». Lenin lo recordará.

Considerando que Petrogrado se encuentra demasiado expuesto a la amenaza alemana, el 11 de marzo, el gobierno se traslada al Kremlin, en Moscú. Stalin dispone allí de un apartamento de tres habitaciones que ocupa con su secretaria y futura esposa Nadejda Allilueva, y el padre de esta, Sergue. En el mismo edificio se alojan Trotski, su mujer y sus tres hijos. Bulganin ocupa el apartamento contiguo. Hasta el final de la guerra civil, solo en raras ocasiones ocupará Stalin dicho apartamento amueblado de un modo espartano.

A pesar de la oposición de su madre, Nadejda, veintidós años menor que él, se convertirá en su esposa unas semanas después, sin

<sup>20</sup> Acta del VII Congreso del PCR [b], Moscú, 1918, pp. 169-170.

fiesta ni ceremonia durante una comida familiar en la que Stalin muestra la zafiedad de su carácter: controla sus emociones durante algunos momentos y, de repente, se levanta de la mesa y con un grito de júbilo, lanza un pollo asado contra la pared donde el ave se estrella dejando una amplia mancha amarillenta. Durante varios meses, Nadejda se empeña en tratar de usted a su marido, que a su vez la tutea. Este matrimonio, inscrito oficialmente el 24 de marzo de 1919, parece, como el primero, basado en una relación de dominio. Pero Nadejda, obstinada y voluntariosa, es de otra pasta que Ekaterina Svanidzé. Circula el rumor de que Stalin ha tomado a Nadejda por la fuerza. Esta violación imaginaria de la joven anunciaría la ulterior violación de las masas. La invención es tan primitiva como la explicación que pretende aplicar.

El Comisariado para las Nacionalidades está distribuido por distintos lugares en las cuatro esquinas de la ciudad. Stalin quiere tener un único local y, poco seguro de la validez de sus argumentos o de su capacidad para defenderlos, organiza una auténtica ocupación. El Consejo Supremo de la Economía Nacional (CSEN) aún no había ocupado el Gran Hotel de Siberia que le estaba adjudicado. Una noche, Stalin, Nadejda Alliluieva y Pestkovski, armados con chinchetas y papel, penetran en el edificio, sustituyen el cartel que lleva las siglas CSEN por otro con el nombre del Comisariado para las Nacionalidades; encuentran una entrada sin candado; entran, y a la luz de las cerillas, clavan al azar los carteles en las puertas. Cuando se les acaba la provisión de cerillas, los tres okupas, a punto de romperse el cuello, bajan la escalera en medio de la oscuridad y penosamente consiguen encontrar la salida y su auto. Al día siguiente, la Economía Nacional recupera el edificio y arranca los carteles nocturnos de los okupas...

## Capítulo IX

### UN COMISARIO CON BOTAS

El 20 de febrero, el gobierno crea un «Ejército rojo» y un Consejo Superior de guerra (rebautizado posteriormente como Consejo Militar de la República) dirigido por Trotski, comisario del pueblo para la Guerra y la Marina. Intenta al principio formar un ejército de voluntarios procedentes del antiguo ejército y de guardias rojos, pero estos, inexpertos, aunque sean capaces de custodiar una fábrica o un almacén, no están preparados para el combate. Además, toda una capa de indeseables y de marginados, fruto de la descomposición del ejército y de la sociedad, se incorpora masivamente a este nuevo Ejército rojo y a la Tcheka. Así lo subraya Trotski en un discurso que pronuncia el 7 de junio de 1918. A causa del deterioro de la disciplina en el trabajo, «en las capas profundas del pueblo se ha formado un sector indeseable de obreros y campesinos incapaces [...] ciertamente el Ejército rojo cuenta con gran número de combatientes heroicos y llenos de abnegación, pero también con unos elementos indeseables de inútiles, de vagos, de desechos»<sup>1</sup>, un núcleo de destacamentos de partisanos indisciplinados, más inclinados hacia el vodka y el merodeo que hacia el combate. Así, un decreto del 9 de junio decide la movilización obrera que enseguida se muestra insuficiente.

A falta de un enrolamiento militar comunista competente, Trotski pretende formar la estructura del ejército rojo con el cuerpo de oficiales del ejército zarista, unos profesionales políticamente inseguros a los que rodea de comisarios políticos bolcheviques encargados de comprobar la inocuidad política de sus órdenes. El Ejército rojo resulta ser realmente heterogéneo: en él se encuentran obreros y militantes comunistas (medio millón en tres años de guerra de los que perecerá la mitad), «especialistas militares» zaristas (de

---

<sup>1</sup> TROTSKI, *Comment la révolution s'est armée*, Paris, L'Herne, t. 1, p. 162.

60.000 a 75.000 según las estadísticas), una masa flotante de campesinos, de 1 a 3 millones según las épocas, voluntarios o reclutados a la fuerza, y decenas de miles de marginados. Sin contar más de 300.000 húngaros, coreanos y chinos, que luchan por convicción.

El Ejército rojo en gestación está rodeado por todas partes. En marzo de 1918, los alemanes ocupan Ucrania, y, en Pekín, se forma un gobierno ruso de Extremo Oriente presidido por el príncipe Lvov. En abril, los japoneses desembarcan en Vladivostok. A finales de mayo, los 35 a 40.000 soldados checoslovacos del ejército austriaco, hechos prisioneros en tiempos del zar, evacuados hacia el este y escalonados a lo largo del transiberiano, se enfrentan al soviético de Tcheliabinsk. Trotski les ordena rendirse; entonces se sublevan, se apoderan de la ciudad y luego de Penza, Samara, Vladivostok y Omsk donde instalan un gobierno socialista-revolucionario. En junio, los SR organizan levantamientos en Tambov y Ekaterinburgo, y en Petrogrado matan al dirigente bolchevique Volodarski. La organización de Boris Savinkov subleva Iaroslavl. A finales de mes, en las regiones cosacas del Don, el atamán Krasnov reconstituye un ejército de 40.000 cosacos, jinetes y salteadores igualmente temibles. El 6 de julio, los SR de izquierdas asesinan al embajador alemán Mirbach y se sublevan en Moscú para imponer la reanudación de la guerra con Alemania. Disponen del doble de fuerzas armadas que los bolcheviques, cuyos principales apoyos (los tiradores letones) han marchado a celebrar su fiesta popular en los suburbios; no pretenden tomar el poder, sino presionar así al gobierno bolchevique. Frente a una población preocupada sobre todo por los problemas del abastecimiento, la aventura acaba rápidamente en un fiasco.

Unos destacamentos anglo-franceses desembarcan en Murmansk, en el norte, e instalan un gobierno dirigido por un «socialista popular» de barba blanca, Tchaikovski. En agosto, ingleses y turcos ocupan Azerbaiyán. Los mencheviques reciben a los alemanes en Georgia. El 6 de agosto, los checos toman Kazan, al este de Moscú cuya ruta se les abre. La Rusia soviética, reducida al antiguo reino de Moscovia en torno a Petrogrado y Moscú, parece perdida.

El estallido de la guerra civil libera a Stalin de las estériles discusiones de su Comisariado donde su actividad se reduce a muy poca cosa: concede una entrevista a *Pravda* (3-4 de abril) sobre la futura Federación rusa; envía un telegrama al V Congreso de los soviets del Turkestán (22 de abril); participa en la reunión preparatoria

del congreso de fundación de la República soviética de Tártaro-Bachkiri, cuya guerra civil impedirá la continuidad, y hace un breve viaje a Kursk para entablar conversaciones de paz con una moribunda Rada ucraniana; en efecto, los alemanes han instalado en Kiev a un fantoche ucraniano, Skoropadski, bajo cuya responsabilidad saquean el país para alimentar a unas hambrientas Austria y Alemania. En fin, como miembro del Comité Ejecutivo Central de los soviets, el órgano oficial cada vez más decorativo de un poder concentrado en adelante en las manos del Partido, Stalin apenas toma parte en su actividad.

La crisis de avituallamiento, causa primera de la revolución de febrero, se agrava con el transcurso de los meses. Los campesinos han tomado la tierra, pero no quieren entregar el trigo; la guerra civil, primero rampante y luego abierta, la desorganización e inseguridad de los transportes, el saqueo de los almacenes, el hundimiento de la industria y la creación de un Ejército rojo, que acapara una parte creciente de una producción industrial en declive, agravan la amenaza del hambre. En marzo de 1918, el gobierno pone en marcha un sistema de trueque entre el campo y la ciudad. Los campesinos entregan sus cosechas en los depósitos centrales a cambio de productos industriales, pero como se muestran reacios a desplazarse para un hipotético trueque, los almacenes aparecen saqueados con frecuencia y el grano depositado se pierde o lo roban. A partir de la primavera de 1918, la población hambrienta de las ciudades marcha al campo en busca de alimentos. La guerra civil y la desmembración del Estado en una lluvia de principados más o menos autónomos reducen a la nada la recaudación de impuestos. La máquina de fabricar billetes trabaja sin descanso. Los campesinos se niegan a cambiar sus productos por unos billetes que se deprecian, los obreros fabrican en los talleres cada vez más desiertos diversos objetos de uso corriente como moneda de cambio. Se desarrolla una economía paralela, llamada «de bolsillo»: hay grupos que van y vienen de las regiones agrícolas a las ciudades para vender o cambiar jabón, petróleo para las lámparas, tejidos, clavos, ladrillos o cuero por harina, patatas, sal o azúcar. Se organizan bandas, frecuentemente armadas, que toman los trenes por asalto, extorsionan a los pasajeros, apiñados en unos vagones sucios surcados de pus y de excrementos, sentados o tumbados en los techos, y desorganizan el tráfico ferroviario. Co-

mo ese tráfico conjura el hambre, el poder duda entre la represión, la confiscación o dejar hacer.

Para alimentar a las ciudades y al Ejército rojo, y vencer así la resistencia de los campesinos acomodados a entregar el trigo, el gobierno envía a los campos unos destacamentos de obreros y de guardias rojos para su incautación, y el 11 de junio de 1918 crea los «comités de campesinos pobres», encargados de requisar los «excedentes» de grano de los campesinos ricos (kulaks) y acomodados. Estos comités autodesignados se suelen enfrentar a los soviets elegidos que representan a todo el campesinado. Esta poco eficaz política de división planificada del campesinado, destinada a enfrentar a las capas más pobres con las más acomodadas, fue abandonada oficialmente en diciembre. No obstante, en marzo de 1919, Krupskaja se quejaba en una carta al ministro del Interior: «Los comités de campesinos pobres hacen reinar la violencia y el desorden»<sup>2</sup>. El 23 de agosto se instituye un sistema desigual de «raciones alimenticias de clase» que reparte la penuria a favor de los obreros y en perjuicio de los burgueses. Por último, la guerra civil acelera la nacionalización de la economía. El 30 de junio de 1918, un decreto nacionaliza las grandes empresas, el transporte por ferrocarril y el comercio al por mayor con objeto de centralizar los recursos, cada vez más escasos, en manos del Estado.

Aparte de Lenin, que tiene todos los hilos en sus manos, de Sverdlov, que dirige el aparato del Partido, y de Bujarin, encargado de *Pravda*, todos los dirigentes están destinados a misiones en distintos frentes que Trotski recorre en su famoso tren especial. Para intentar abastecer Moscú, Lenin nombra a Stalin director general de avituallamiento del sur de Rusia, y el 29 de mayo de 1918 lo envía a Tsaritsyn —a 800 kilómetros al sur de Moscú, junto al Volga— con el comisario de Trabajo, Chliapnikov. Van provistos de poderes extraordinarios para asegurar el paso del trigo y del carbón procedente del sur. Antes de partir, Stalin se dirige a casa de su vecino, Tsiurupa, comisario de Abastecimiento, lo zarandea, aduce que los empleados de su Comisariado no hacen más que revolver papeles y le conmina a enviarlos a todos inmediatamente para «¡que se carguen el trigo a la espalda!». «¡Y tú el primero, como dirigente!»<sup>3</sup>. Tsiurupa le aconseja que transmita esa propuesta al Comité Central y Stalin lo elude.

<sup>2</sup> CRCEDHC, fondos 2, inventario 1, dossier 8952.

<sup>3</sup> E. E. PISKARENKO, «A. D. Tsiurupa», *Voprossy Istorii*, n° 5, 1989, p. 139.

El 29, acompañado de Nadejda Alliluieva, de 17 años, y del hermano de esta, Fiodor, de 20, que desde primeros de año le sirven, la una, de dactilógrafa, y el otro, de secretario, y de un destacamento de tiradores letones, parte para Tsaritsyn, sede del Estado Mayor del X ejército. Un mes antes, el 4 de mayo, se constituye el frente del Cáucaso norte mandado por Snesarev, uno de los primeros generales zaristas adheridos al poder soviético. La ciudad controla la ruta del Cáucaso. La línea de ferrocarril del sur padece los asaltos de bandas campesinas más o menos anarquistas, de cosacos y de guardias blancos. De camino, Stalin recibe un telegrama de su amigo Ordjonikidzé informándole del caos que reina en Tsaritsyn. Un grupo anarquista rebelde ha atacado allí un convoy de vagones cargados con oro y piedras preciosas confiscados a los ricos, ha asesinado a los guardias, se han repartido el botín y luego han intentado saquear la ciudad antes de que sus dirigentes cayesen abatidos por los disparos. Al día siguiente, 6 de junio, Stalin llega a Tsaritsyn en el momento en que, bajo la presión de las tropas alemanas que invaden Ucrania, los 15.000 soldados del III y V ejércitos ucranianos soviéticos formados por mineros y metalúrgicos rusófonos al mando de Vorochilof, su antiguo camarada de Baku, retroceden hacia la ciudad amenazada al sur por los cosacos del Don. Más al norte, Savinkov prepara el asesinato de Lenin y de Trotski en Moscú, un levantamiento en Rybinsk, Iaroslav, Kazan y Murom, sede del cuartel general bolchevique. Esperaba, así, «rodear la capital con las ciudades sublevadas con ayuda de los aliados al norte y los checoslovacos»<sup>4</sup> al sur.

Stalin —al que nadie trata de asesinar—, que permanece prudentemente alojado en el vagón-salón de su tren dispuesto a remontar hacia el norte, instala a su Estado Mayor bajo la ardiente cubierta y exige plenos poderes para el tráfico fluvial. Lenin ordena por teléfono a la dirección de transportes fluviales que obedezcan todas sus decisiones y órdenes. A pesar de que su misión se refiere al abastecimiento, se inmiscuye inmediatamente en la dirección de los temas militares, tratando siempre de hacerlo en beneficio propio. El 22 de junio telegrafía a Lenin y a Trotski: «atareado hasta la locura [...] no deseaba hacerme cargo de ninguna función militar,

<sup>4</sup> B. SAVINKOV, *Borba s bolchevismou* (La lucha contra el bolchevismo). Texto en francés en J.-F. ROLLAND, *L'Homme qui défia Lénine*, París, Grasset, 1989, p. 246.

pero el Estado Mayor del distrito me ha implicado en sus asuntos. Presiento que es imposible actuar de otro modo, sencillamente imposible»<sup>5</sup>. Por primera vez en su vida, este eterno ejecutivo se encuentra en situación de decidir; goza del poder sobre la vida y la muerte de miles de hombres. Esta primera experiencia de un poder discrecional modificará radicalmente su comportamiento, como el de decenas de miles de militantes políticos.

Vestido hasta entonces con un pantalón, un chaquetón civil y zapatos corrientes, Stalin militariza su aspecto: chaqueta de aire militar, gorra y pantalón de campaña metido dentro de las botas. El 7 de junio anuncia la creación de «comisarios especiales» y el envío de 16.000 toneladas de trigo. Pero no llega nada. ¡Se trata (ya) del sabotaje de los ineptos y de los enemigos escondidos! El espionaje y el disimulo eran moneda corriente en la guerra civil: lo probable pasa fácilmente a ser cierto. Por otra parte, el telegrama del 7 de julio indica su cambio de carácter: autoritarismo radical, sospecha permanente, acoso a los subordinados, negativa a asumir sus responsabilidades en el fracaso: «¡No enviéis más tramposos! Yo acoso e insulto a todos los que hace falta... Podéis estar seguros de que no libramos a nadie, ni de los nuestros ni de los otros». Promete a Lenin un tonelaje indefinido en un futuro indeterminado. Trona: «Yo azuzo e insulto a todo el mundo [...]. Si nuestros expertos militares (¡unos zapateros!) no durmieran ni haraganearan, no se habría roto la línea, y si la línea se restablece, no será gracias a ellos, sino a pesar suyo»<sup>6</sup>. La referencia al oficio paterno es poco halagadora.

Dirige a base de informes orales o escritos que solicita constantemente y de los que prescinde incansable en su vagón, desde el que multiplica las directrices y las órdenes, que un grupo reducido de cuadros repite y aplica. Jamás visita las fronteras, las obras de defensa, las enfermerías-cementerio de campaña, las concentraciones de tropas o los cuarteles; no gusta del contacto con los soldados y solamente trata a los oficiales superiores; afirma su deseo de independencia comunicándose directamente con Lenin prescindiendo del comisario de la Guerra.

Ebrio de poder, exige para sí todos los poderes militares. El 10 de julio, pide en una carta a Lenin que «meta en la cabeza» de

<sup>5</sup> *Perepisha 1912-1927, op. cit.*, p. 40.

<sup>6</sup> STALIN, *Oeuvres complètes, op. cit.*, t. 4, pp. 116-117. Telegrama a Lenin.



Trotsky que no «hay que hacer nombramientos locales a espaldas de las personas que están en el lugar». Los poderes locales son los que habrán de decidir. Yañade con un desdén provocador: «La falta de un trozo de papel de Trotsky no me detendrá... yo cesaré sin más formalidades a los mandos o a los comisarios que malogren el asunto»<sup>7</sup>. Lo repite, y denuncia al Estado Mayor del frente, «absolutamente inadaptado a las condiciones de la lucha contra la contrarrevolución», a sus miembros «completamente indiferentes a las operaciones», y a los comisarios militares<sup>8</sup>. Todos unos ineptos, excepto él.

Su ignorancia en materia militar hace que le resulten insoportables los oficiales de carrera a los que, en el argot de la época, se les llama «especialistas» o *spetzy*. Su mandato exacerba en él un rasgo determinante de su comportamiento posterior: está atormentado por una aversión envidiosa y vengativa hacia las personas competentes en el ámbito del que él se ocupa. A partir del 22 de julio telegrafía a Lenin y Trotski: «Los especialistas son fantasmas de oficina, absolutamente incompetentes en el tema de la guerra civil»<sup>9</sup>. El 11 de julio, en un telegrama a los mismos, denuncia a los «especialistas» psicológicamente inadaptados a una resuelta lucha con la contrarrevolución. Y en tono bravucón, les anuncia una vez más: «Yo tomo (y tomaré) una serie de medidas hasta cesar a los suboficiales y a los comandantes del ejército que arruinan la causa, a pesar de unas dificultades formales que, en caso de necesidad, llegaré a incumplir»<sup>10</sup>. Estas dificultades formales tienen un nombre: Trotsky y su función de presidente del Consejo militar de la República del que dependen los nombramientos. No soporta a Snesev que, en pocas semanas, ha organizado la defensa de Tsáritsyn, protegido la ruta de aprovisionamiento del sur e impedido la unión de los cosacos de Krasnov y las tropas blancas del este. Snesev se pasea luciendo el uniforme de general del Imperio con las famosas charreteras, tan odiadas por los soldados que las clavan gustosos en los hombros de los oficiales blancos capturados. La seguridad en sí mismo de Snesev irrita a Stalin. El 16 de julio, en un extenso telegrama a Lenin, le

<sup>7</sup> *Ibid.*, pp. 118 y 120-121. Cartas a Lenin.

<sup>8</sup> *Perepishka 1912-1927, op. cit.*, p. 40.

<sup>9</sup> *Ibid.*, p. 42.

<sup>10</sup> En consecuencia, afirma: «Asumo toda la responsabilidad ante las instancias superiores» (*Ibid.*, p. 43).

acusa de «sabotear hábilmente la operación de limpieza» de una línea del frente y de «esforzarse con igual delicadeza por arruinar la empresa»<sup>11</sup>. No existen hechos que confirmen esas insinuaciones. Al día siguiente, Stalin telegrafía a Trotski su propósito de alejar a Snesarev y crear un consejo militar con funciones operativas con Vorochilov, un gritón incompetente, y su camarada Minin, presidente del soviet de Tsaritsyn.

A mil kilómetros al sur de allí, la comuna de Baku, dirigida por comisarios del pueblo bolcheviques y SR de izquierda, se ve amenazada por el ejército turco, los musavatistas (nacionalistas de Azerbaiyán), y por el ejército británico. Moscú envía seis regimientos en ayuda de Baku. Su ruta pasa por Tsaritsyn y Stalin los detiene. Dirigen la comuna dos viejos bolcheviques a los que detesta: Chomian, llamado «el Lenin del Cáucaso», un orador popular, y Djaparidzé, un agitador de masas. Al carecer de aquel indispensable refuerzo, cae unas semanas más tarde, a mediados de agosto. Los ingleses, atraídos por el petróleo de Baku, capturan a 26 de los 27 comisarios del pueblo, y el 20 de septiembre de 1918 los fusilan. Más tarde, Stalin se dedicará a acusar encarnizadamente de cobardía a los muertos. En 1937 amenazará al único superviviente, Anastas Mikoian, calificando de «oscuras y embarulladas» las circunstancias de su supervivencia y le susurrará: «No nos obligues, Anastas, a aclarar esta historia», una historia sobre la que Mikoian jamás se explicará claramente<sup>12</sup>.

El 1 de agosto, el gobierno decreta la movilización general de hombres de 18 a 40 años. Lo mismo que en la Vendée de 1792, la medida, agravada por la incautación del trigo, provoca una enérgica resistencia en el campo. La forma pasiva más frecuente es la deserción: los campesinos se enrolan al final del otoño, permanecen en el ejército todo el invierno para poder alimentarse y vestirse gratuitamente, y huyen en masa en la estación de la siembra y sobre todo de la siega. Y aún protestan más cuando se trata de dejarse enrolar por los Blancos, enemigos del reparto de la tierra. Los ejércitos blancos, formados por un número de oficiales más reducido pero mejor preparado, resultan menos perjudicados por estas dificultades.

<sup>11</sup> LENIN, *Biograficheskaja frontika* (Crónica biográfica), Moscú, 1974, t. 5, octubre 1917-julio 1918, pp. 645-646.

<sup>12</sup> MEDVEDEV, *Oni okrujali Stalina* (Rodeaban a Stalin), Moscú, izdatelstvo politicheskoi literatury, 1990, p. 183. El mismo Mikoian contó el incidente veinte años más tarde.

des; además, los aliados les proporcionan grandes cantidades de armas modernas tras la derrota de Alemania en noviembre de 1918.

La inestabilidad de los ejércitos en lucha es crónica: si avanzan los blancos, los destacamentos de soldados rojos se pasan a sus filas, y cuando los blancos, que azotan, torturan y fusilan a los campesinos reticentes se repliegan y huyen, regresan al ejército rojo llevando consigo a los indecisos. De este modo, la Tcheka de Tsaritsyn detiene en noviembre a 3.000 soldados rojos que se habían pasado al ejército de Krasnov y fusila a los cincuenta dirigentes o a los reputados como tales.

Stalin y Vorochilov inventan un complot monárquico dirigido por dos oficiales zaristas coligados, uno de ellos llamado Nossovitch, y los arrestan. Trotski los libera. Lenin expresa a Stalin su desacuerdo con tales métodos expeditivos. A finales de julio, Stalin se hace con todo el poder civil y militar en Tsaritsyn. Vorochilov y él ignoran las órdenes de Trotski. Se mueven por una aversión de plebeyos advenedizos hacia los oficiales militares, y por la hostilidad política de los antiguos mandos bolcheviques hacia Trotski, el intruso que ocupa el primer plano y pretende crear un Ejército rojo con oficiales de carrera.

Stalin y Vorochilov expresan un sentimiento ampliamente extendido en el Ejército rojo: a lo largo del año 1917, los bolcheviques se habían apoyado en los soldados y suboficiales contrarios a una guerra contra el cuerpo monárquico y patriota de los oficiales a los que ahora se les obliga a obedecer. Mientras durante casi todo el tiempo los soldados no cuentan con uniforme ni con botas, sino con unas simples alpargatas de cáñamo —cuando no pelean descalzos—, los oficiales y los comisarios políticos tienen botas, uniformes y cinturones. La antipatía de los soldados-campesinos hacia ellos se multiplica. Así, alzar contra Trotski a las hordas de descontentos fue un juego de niños para Stalin y sus amigos, Vorochilov y el caballero Budionny, un conocido espadachín, famoso por sus bigotes en punta. Stalin enrolaba ya para su propósito a una serie de marginados y resentidos unidos por un odio visceral hacia la disciplina y la capacidad, y que el día de mañana serán uno de los brazos de su organización.

Su amigo Budionny es un ejemplo característico de este tipo de personas. Al escribir a Lenin un día, le saluda empleando el título de «Guía respetadísimo» y, con algunas faltas de ortografía, afirma: «Desearía verle personalmente e inclinarme ante Vd. en tanto que

Gran Guía de todos los Campesinos y Trabajadores pobres»<sup>13</sup>. Este respeto por el Jefe se mezcla con su profunda aversión hacia los oficiales zaristas.

Constituyéndose en protector de aquellos plebeyos indisciplinados y agresivos, Stalin forma rápidamente un clan. Con Vorochilov y numerosos suboficiales bolcheviques, plantea la guerra como una prolongada guerrilla de partisanos autónomos. Trotski lucha contra esta actitud de los jefes de bandas más o menos rojas para los que la contienda se limita a golpes de mano, a incursiones de la caballería, incluso a razzias, y que son completamente cambiantes.

El general Nosovitch, temiendo la venganza de Stalin, se une a los Blancos. Unos días más tarde, durante la noche del 22 de agosto, Stalin reúne en una barcaza a varias decenas de antiguos oficiales zaristas nombrados por Trotski y Snesarev y ordena fusilarlos. La fuga de Nosovitch le permite convencer a Lenin de la realidad del complot que ha descubierto. Así lo recordará Lenin en el VIII Congreso del partido bolchevique en marzo de 1919: «Cuando Stalin fusilaba en Tsaritsyn, yo creía que cometía un error, pensaba que se fusilaba a diestro y siniestro [...] y le envié un telegrama: sé prudente. Me equivoqué».

Moscú capitula el 24 de julio: Stalin, nombrado presidente del Comité militar revolucionario del frente Sur, tiene la prerrogativa de nombrar al jefe militar del frente y designa a Vorochilov, detiene a Snesarev y a su Estado Mayor y los arroja al fondo de su prisión flotante. Trotski aparta del pelotón de ejecución a Snesarev, nombrado en agosto de 1919 jefe de la Academia del Estado Mayor general. Stalin se vengará al cabo de diez años: en enero de 1930, Snesarev será detenido con otros generales culpables de haberse reído de un artículo de Vorochilov, «Stalin y el ejército rojo», aparecido en *Pravda* del 21 de diciembre de 1929, que hacía de Stalin el Padre-Victoria de la guerra civil. Snesarev cargará con diez años de campo de concentración.

Ciertamente, hemos de situar la conducta de Stalin en el contexto de una guerra civil irremediable. La violencia, que nadie es capaz de dominar, surge de lo más recóndito de la sociedad. Los campesinos, sometidos desde decenios a la altanería de los propietarios nobles y de los representantes del Estado, y los soldados, tratados du-

<sup>13</sup> *Perepishka 1912-1927, op. cit.*, p. 115.

rante la guerra como un simple ganado enviado al matadero por unos generales que los desprecian, se vengan sin piedad. El odio hacia los acaudalados y los pudientes, que ha brotado con virulencia en varias ocasiones a lo largo de la historia de Rusia —como en las insurrecciones de Stenka, Razin o Pugatchev—, avivado por las matanzas de la guerra, apunta a todos los «burgueses». La ferocidad del Terror Blanco desencadenado en la vecina Finlandia es una advertencia para todos. En Sebastopol, los marineros rojos cortan las manos y el sexo a los oficiales de marina sospechosos de haber condenado a muerte o a prisión a sus camaradas a raíz de las cortes marciales de 1906; a pesar de las órdenes del Comité militar revolucionario, acaban a bayonetazos con los prisioneros heridos; cuando los oficiales blancos de este ejército aplastan una huelga en Rostov, cortan la nariz y arrancan los ojos a los huelguistas capturados; en 1919, en Tchernobyl, los cosacos encierran a los judíos en la sinagoga y la prenden fuego; en Tcherkass violan en serie a unas jóvenes judías y luego les cosen las vaginas a puñaladas; en Iuzovka, la patria de Jruschov, los blancos, calculando que los mineros extraen poco carbón, los alinean fuera de la mina y fusilan a uno de cada diez; los ejércitos llamados «verdes» de campesinos rebeldes que se forman en el verano de 1918 destripan a sus víctimas, les arrancan los ojos, los despedazan a hachazos, los empalan y los queman mientras bailan en torno a la hoguera; en marzo de 1919, la Conferencia especial del Ejército de voluntarios formada por monárquicos, liberales y socialistas moderados, dirigida por el general Denikin, promete matar a los «individuos culpables de haber preparado la conquista del poder por el Consejo de los comisarios del pueblo»<sup>14</sup>, así como a sus cómplices, lo que incluye a un gran número. La lucha es, pues, cruel y sin compasión.

En un combate de fronteras geográficas perpetuamente cambiantes, en las que el adversario civil está tan pronto delante como detrás, se impone como una necesidad la intimidación de los enemigos en retaguardia y, con este objeto, todos practican el sistema de rehenes. En noviembre de 1918, las tropas de Koltchak detienen a los dirigentes SR de Omsk, en Siberia, y toman como rehenes a varias docenas de cuadros SR, entre los que figuran veinte diputados de la Asamblea constituyente. En diciembre, los obreros de la ciu-

<sup>14</sup> Sesión a puerta cerrada del 21 de marzo, *Izvestia Ts K KPSS*, nº 11, 1989, p. 168.

dad se ponen en huelga. En represalia, la policía de Koltchak fusila a diez diputados...

A lo largo de su enfrentamiento con el ejército de Denikin, Stalin, que carece de cualquier género de formación militar, se forja empíricamente unos conocimientos estratégicos bastante rudimentarios, por cierto. Un año más tarde, en octubre de 1919 los expondrá por carta a su amigo Ordjonikidzé que lucha en el Cáucaso: «La tarea fundamental es la de vencer al adversario con un solo grupo masivo enviado en una única dirección concreta»<sup>15</sup>. Esta masiva ofensiva frontal que impondrá durante la Segunda Guerra Mundial al precio de enormes pérdidas es la única táctica que conoce.

El 30 de agosto, Uritski, el jefe de la Tcheka de Petrogrado, cae por los disparos de un estudiante que le aguarda tranquilamente en el vestíbulo de la organización; el mismo día, cuando Lenin sale de un mitin en la fábrica Michaelson, una mujer dispara tres veces sobre él; este segundo atentado, atribuido a la simpatizante socialista revolucionaria Fanny Kaplan, enerva a los bolcheviques. Sintiendo-se amenazados por todas partes, el 6 de septiembre decretan el Terror Rojo y hacen fusilar a varios centenares de rehenes. El 31 de agosto, Stalin termina un confiado mensaje a Lenin («Nuestros asuntos del frente marchan bien») con una calurosa fórmula des acostumbrada: «Estrecho la mano de mi querido y bienamado Ilitch»; luego, en un telegrama de respuesta a este atentado, anuncia «la organización del terror abierto y sistemático en contra de la burguesía y sus agentes»<sup>16</sup>.

A partir de entonces, la Tcheka de Tsaritsyn bajo su control descubre un complot diario. Todo el que plantee una dificultad técnica para obedecer cualquier directriz es culpable de traición o de sabotaje. Las víctimas, apiñadas en una barcaza, mueren fusiladas o ahogadas. La barcaza de Stalin y sus pelotones de ejecución restablecen el orden en una Tsaritsyn estupefacta.

De septiembre a octubre, la Tcheka fusila a 103 conspiradores, 21 de ellos acusados de organizar un complot de SR de derecha y de cien-negros (organizadores de pogroms a comienzo de siglo) y de pretender provocar una insurrección en la noche del 17 al 18 de agosto. Un historiador ruso afirma que Stalin hizo fusilar al muy

<sup>15</sup> *Voprossy Istorii*, n° 4, p. 92, *Cahiers du mouvement ouvrier*, n° 10, junio 2000, p. 92.

<sup>16</sup> D. VOLKOGONOV, *Staline, op. cit.*, edición rusa, t. 1, p. 93.

leal ingeniero Nicolás Alexeiev, y cuando los soldados se negaron a disparar contra sus dos hijos de 14 y 16 años, les convenció para que lo hicieran empleando un grosero truco: son, les dijo, los dos hijos del general Alexeiev, el jefe del Ejército blanco de voluntarios. El episodio es más que dudoso: ¡uno de los dos «hijos» era un antiguo oficial! En cambio, durante los nueve primeros días de noviembre, tras la marcha de Stalin, el equipo de la Tcheka de Taritsyn liberaría a la mayor parte de los detenidos después de estudiar sus casos, y la máquina represiva disminuiría su actividad.

Nadejda, encerrada en su vagón, no oyó más que el sonido de los fusilamientos, pero Feodor, su hermano, asiste a algunas de esas matanzas. Perderá para siempre la razón. Una piadosa leyenda familiar atribuye su locura a una representación del famoso Kamo, pero la realidad basta con creces. En marzo de 1919, en una sesión a puerta cerrada del VIII Congreso del partido, Okulov, miembro del Consejo revolucionario del frente Sur durante tres meses, alude a la «famosa barcaza de Tsaritsyn que trabajó mucho para hacer imposible la integración de los especialistas militares»<sup>17</sup> ahogándolos por docenas. Acusa de incompetencia a los dirigentes del frente: el ejército del frente Sur dispone de 76.000 soldados contra los 26.000 de los adversarios, de 1.000 ametralladoras contra 100, y sin embargo se ha atascado, incluso ha retrocedido y, según confiesa Vorochilov, ya cuenta con 60.000 heridos y muertos. En 1937, Stalin liquidará a Okulov.

Tras la marcha de Snesarev, la caballería cosaca de Krasnov rodea Tsaritsyn, y, en un telegrama del 4 de agosto, Stalin se queja de las dificultades de su situación, debidas, según él, a la pasada inercia de Snesarev y a las conspiraciones de los que este había nombrado. Sin embargo, «él había alejado a tiempo a los presuntos especialistas» y «anulado las criminales órdenes anteriores»<sup>18</sup>. Y añade que no hay que esperar avituallamiento procedente de Tsaritsyn. Vorochilov y él piden armas y refuerzos. Al mismo tiempo, Stalin multiplica los actos de insubordinación cara a la cumbre. De acuerdo con él, Vorochilov se niega a enviar al Comité militar los informes reglamentarios sobre la actuación del X ejército, a pesar de que Lenin se lo exige por medio de un telegrama. Es el

<sup>17</sup> STALIN, *Oeuvres complètes, op. cit.*, t. 4, pp. 127-128. Cartas a Lenin.

<sup>18</sup> *Izvestia Ts KPSS*, n.º 11, 199, p. 157.

comienzo de una serie de mensajes, insolentes y brutales, como nadie dirigirá jamás a Lenin o al Politburó durante la guerra civil. Lenin no comparte la grosería y la insolencia de Stalin, pero ve en ellas la manifestación de una beneficiosa firmeza en aquellos tiempos de extremado peligro. En cualquier caso, muestra con él una paciencia excepcional.

El 2 de septiembre, la República soviética, rodeada, se transforma en un «campamento militar único». Las tropas alemanas ocupan Ucrania desde el mes de marzo: las inglesas e italianas desembarcan cerca de Arjangelsk, donde las SR han proclamado un gobierno de la Rusia del Norte. Desde finales de mayo, los legionarios checos ocupan una veintena de ciudades de Siberia, interesados sobre todo en regresar a su país por Vladivostok, y sin el menor afán por volver sobre sus pasos hacia Moscú. A últimos de junio, los SR y los KD crean en Omsk un gobierno siberiano que controla gran parte del territorio, pues el campesinado siberiano, relativamente acomodado y que jamás ha conocido la servidumbre, recibe mal a los destacamentos bolcheviques llegados a incautarse del trigo. En Samara, junto al Volga, los SR, con ayuda de legionarios checos, constituyen en agosto un gobierno provisional llamado Komutch (abreviatura de Asamblea constituyente) y se apoderan del oro imperial almacenado en Kazan; a finales de agosto se sublevan los obreros de las fábricas de armamento de Ijevsk, en el Ural, en su mayoría mencheviques y SR, y forman con los campesinos un ejército rebelde de 20.000 hombres. La caída del régimen parece inminente.

La región de Tsaritsyn se reorganiza en un frente sur presidido por Stalin, flanqueado con sus próximos Vorochilov y Minin, hostiles al comandante del frente, el general Sytin. El trío ignora las órdenes de Moscú, despide a Sytin, pide a Moscú que anule su destino y decide que todas las decisiones operativas se tomen de «forma colegiada», lo que paraliza al Estado Mayor. El 18 de septiembre, Tsaritsyn cae en manos de los Blancos. Stalin se enfrenta a la situación exigiendo urgentemente una enorme cantidad de cañones, obuses, ametralladoras, cartuchos y 100.000 equipos militares completos, aunque no cuenta con tal número de soldados y las fábricas funcionan al ralentí. Y acompaña su petición con un ultimátum radical: «Si no se satisfacen esas mínimas necesidades en relación con las tropas del frente sur, nos veremos obligados a



interrumpir las actuaciones militares y a replegarnos a la orilla izquierda del Volga»<sup>19</sup>.

En Moscú cunde la inquietud. El 2 de octubre, Sverdlov telefona primero y luego telegrafía a Stalin que «es indispensable la subordinación al Comité militar revolucionario»<sup>20</sup>. El 3, Stalin se esquivo dirigiendo a Lenin una extensa carta con un acta de acusación contra Trotski en la que, para ganarse a Lenin, resucita las discusiones políticas de antes de 1917 y los desacuerdos sobre Brest-Litovsk: «Trotski no puede evitar los gestos aparatosos. En Brest perjudicó a la causa por su actitud increíblemente izquierdista. También ha perjudicado en mayo a la causa en el caso de los checoslovacos por su desmedida actuación diplomática [...]. Trotski no puede cantar sin desafinar, no puede actuar sin gestos aparatosos [...]. Trotski, que ha ingresado ayer en el Partido, trata de enseñarme la disciplina del Partido [...]. Yo no soy aficionado al ruido ni a los escándalos, pero presiento que, si no ponemos freno a Trotski, nos destruirá todo el ejército en provecho de una disciplina "izquierdista" y "roja" que asquea a los camaradas más disciplinados. Hay, pues, que frenar a Trotski antes de que sea demasiado tarde, y llamarle al orden»<sup>21</sup>.

El 4, Trotski exige que Stalin sea llamado a Moscú; el 5 recibe un telegrama de Vatsetis: «La actuación de Stalin sabotea todos mis planes»<sup>22</sup>. Lenin está dispuesto a dejar que Stalin sea el contrapeso de Trotski, cuya influencia política aumenta, pero de ningún modo a permitirle sembrar la cizaña y abrir el frente a los Blancos. El 6, envía a Sverdlov a buscarlo en un tren especial. Nadejda Alliluieva regresa con él a Moscú, se afilia al Partido y consigue trabajo en el secretariado del Consejo de los comisarios del pueblo, cuya sección técnica está dirigida por Lydia Fotieva, una joven discreta que cuatro años más tarde desempeñará un papel capital en el conflicto entre Lenin y Stalin. Trotski baja a Tsaritsyn, reúne a los indisciplinados, denuncia el desorden y los actos de desobediencia, anuncia el fin de semejante anarquía y confirma el nombramiento como cabeza del frente a Sytin al que Stalin califica en Moscú de individuo inútil, indigno de confianza y funesto, pero cuya designación dice acep-

<sup>19</sup> STALIN, *Oeuvres complètes*, op. cit., t. 4, p. 122. Cartas a Lenin.

<sup>20</sup> *Staline et Tsaritsyne* (Stalin en Tsaritsyn), Moscú, 1939, pp. 50-51.

<sup>21</sup> J. SVERDLOV, *Izbrannie proizvedeniia* (Obras escogidas), Moscú, 1960, t. 3, p. 29.

<sup>22</sup> *Perepiska 1912-1927*, op. cit., p. 52.

tar. En un primer momento, Vorochilov no publica la orden y contacta por teléfono con Stalin, que ve en el texto «un reproche inmerecido» y no una orden, pero que, sin embargo, propone publicar, respondiendo después a las objeciones de sus socios con un consejo sibilino: «Obrad como os lo sugieran vuestra conciencia y vuestro raciocinio»<sup>23</sup>, que le libra de responsabilidades. Los dos hombres le informan también de que han reunido a 55 mandos del ejército que piden al Comité Central que «revise la política que consiste en admitir en nuestras filas a generales y convoque un congreso para revisar y juzgar la política del Centro»<sup>24</sup>, enfrentándolo así a una auténtica rebelión organizada.

Finalmente, el Comité Central destituye de sus funciones a Vorochilov y a Stalin al que, por otra parte, sonrío la suerte: mientras regresa, el Ejército rojo toma Tsaritsyn. Él se atribuye el mérito, afirma que ha sermoneado a Vorochilov y declara que le gustaría trabajar en el frente Sur con Trotski, al que Lenin escribe que considera indispensable que se esfuerce a cualquier precio por organizar un trabajo común con Stalin, críticón, reticente y solapado, pero obstinado. Dos meses más tarde, Stalin, que no soporta la idea de verse controlado, se venga. Hace acusar al desvergonzado Okulov de desorganizar el ejército del Sur y logra que Lenin lo destituya.

Con motivo del aniversario de Octubre, y probablemente con objeto de apaciguar a Trotski, publica en *Pravda* del 6 de noviembre un artículo en el que escribe: «Todo el trabajo de organización práctica de la insurrección fue realizado bajo la dirección inmediata del camarada Trotski, presidente del soviet de Petrogrado», al que Stalin atribuye «el rápido paso de la guarnición al soviet». Ese párrafo, suprimido en el tomo III de sus *Obras completas*, reduce de hecho el papel de Trotski al de mero ejecutor técnico. El artículo contiene dos hábiles falsificaciones. Según él, «el órgano central del Partido, el *Rabotchi Pout* (del que era redactor-jefe), siguiendo instrucciones del Comité Central, llamó abiertamente a la insurrección» y «desde el principio hasta el fin, el inspirador de la insurrección fue el Comité Central bajo la dirección del camarada Lenin», cuando el Comité Central, mayoritariamente opuesto a la insurrección, prohibió a Lenin abandonar su escondite. Pero, en plena gue-

<sup>23</sup> *The Trotski's Papers*, París, Mouton, 1964 y 1971, p. 140.

<sup>24</sup> CRCEDHC, fondos 558, inventario 1, dossier 477.

rra civil, nadie iba a recordar aquellos hechos desagradables a los que un cierto maquillaje daba la apariencia de verdad oficial.

Trotsky pensaba neutralizar a Stalin haciéndole entrar en el Comité militar de la República. Pero este, previendo la maniobra, no asistió a ninguna de las reuniones de octubre de 1918 y noviembre de 1919. En aquel mes de noviembre fue nombrado miembro del Comité Ejecutivo Central de los soviets, órgano oficial del poder elegido por los congresos de soviets, pero no tomó parte en la actividad de aquel parlamento de más de 300 miembros, cuyo poder estaba en manos del partido comunista en aquel período de la guerra civil. Su más importante nombramiento fue el que le llevó, el 30 de noviembre, al Consejo del Trabajo y la Defensa formado por cinco miembros, y cuya misión consistía en movilizar todos los recursos del país en pro de la guerra. Estaba presidido por Lenin. Stalin ocupa un asiento junto a Trotsky y a los comisarios de Abastecimiento y Ferrocarriles: deseoso, evidentemente, de curarse las heridas de Tsaritsyn, se aseguró allí la vicepresidencia, es decir, la dirección efectiva en caso de ausencia de Lenin.

En diciembre de 1918, el almirante Koltchak deja la embajada rusa en Washington. Muy pronto aparecerá en Siberia tras haber reunido en torno a él a la mayoría de oficiales blancos, algunos de los cuales prefieren, sin embargo, unirse a las bandas de los jefes locales, como el atamán Semenov o el barón Unghern, que saquean, violan, sablean y destripan con frenesí. Sin embargo, al mismo tiempo se enciende por el oeste una luz de esperanza. En las filas de las tropas alemanas del frente del Este «contaminadas» por la revolución rusa, se multiplican las deserciones y las insubordinaciones. La población de las ciudades alemanas y austriacas, amenazadas por el hambre a pesar de las extorsiones en Ucrania, comienza a protestar. Un secretario de Estado alemán afirma: «Hay que prevenir los movimientos de abajo por medio de la revolución en lo alto»<sup>25</sup>.

El odio y la miseria que entraña la guerra hacen que soldados y obreros se alcen en contra del régimen. El 3 de noviembre, negándose a ser sacrificados por el honor del Almirantazgo en un combate naval perdido de antemano, varios miles de marineros de Kiel se echan a la calle; la policía dispara, dejando en el pavimento 9 muertos y 29 heridos. Entonces, los marineros nombran un consejo de

<sup>25</sup> *Ibid.*

soldados e izan en sus navíos la bandera roja: la huelga se extiende como la pólvora a través de Alemania, suscitando decenas de consejos de obreros y soldados, especialmente en Stuttgart y en Hamburgo, donde varias decenas de miles de manifestantes votan la instauración de una república de consejos. En Dusseldorf, Halle, Erfurt, Hanau, Leipzig, Chemnitz y Bremen, la huelga es general. También en Baviera, donde el rey huye y donde se crea un consejo de obreros y soldados de la República de Baviera. Por último, el príncipe de Brunswick abdica y los consejos proclaman la república socialista.

Para salvar al Estado, los socialdemócratas abandonan al emperador. Uno de ellos explica: «Se trata de la lucha contra la revolución bolchevique que crece, cada vez más amenazadora, y que significaría el caos. La cuestión imperial está estrechamente ligada a la del peligro bolchevique. Hay que sacrificar al emperador para salvar el país»<sup>26</sup>. El 8, el partido socialdemócrata independiente y los delegados revolucionarios de las fábricas llaman a la desobediencia y a la huelga para el día siguiente. Guillermo II dimite. Se proclama la República. El príncipe Max de Bade, canciller del Reich, nombra como sucesor y como presidente del Consejo de los comisarios del pueblo al socialdemócrata Ebert. La primera etapa de la revolución, fulminante como en febrero de 1917 en Rusia, se cierra con una solución política absolutamente distinta: en lugar de un gobierno dirigido por un príncipe monárquico enfrentado a un soviét independiente de él, la Alemania republicana tiene un gobierno burgués y un parlamento revolucionario, presididos ambos por un socialista que reúne en sí las dos fuerzas antagónicas para mejor subordinar la segunda a la primera. Mientras tanto, para los bolcheviques —que siempre han considerado a la revolución rusa como «el eslabón más débil de la cadena imperialista», la ocasión de un proceso mundial cuyo eslabón esencial es Alemania— la salvación está próxima. El 13 de noviembre, Lenin anula el tratado de Brest-Litovsk.

Desembarazados de la amenaza alemana, los aliados se dedican a apoyar a los Blancos. La guerra civil pasa de los golpes de mano y los asaltos a lo largo de las vías del ferrocarril, de las cargas de caballería, de los breves cañonazos, de las conquistas, pérdidas y reconquistas de ciudades y pueblos, a una serie de combates con vehículos blindados y aviación en una línea de frentes movedizos. El

<sup>26</sup> P. BROUÉ, *Révolution en Allemagne, op. cit.*, p. 137.

cambio se percibe inmediatamente en el este. En la Siberia campesina, los bolcheviques son débiles, sin industria ni proletariado, excepto algunos miles de ferroviarios. El 18 de diciembre, Koltchak, apoyado por los ingleses, derriba en Omsk el directorio dominado por los SR, se proclama gobernador supremo de todas las Rusias y se abalanza hacia el oeste. Sus tropas, mandadas por oficiales más preocupados por unos jugosos trapicheos y por el pillaje que por los combates, avanzan, sin embargo, a toda velocidad y derrotan al III Ejército rojo minado por el alcohol y la desidia, alcanzan los contrafuertes de los Urales a mediados de diciembre, atraviesan unas gargantas bastante accesibles, y el 24 de diciembre toman Perm, a 1.200 kilómetros al este de Moscú. La capital está en peligro: Lenin decide enviar a dos hombres enérgicos para informarse sobre los motivos del desastre y enderezar la situación: Dzerjinski y Stalin. Trotski apoya el envío de este último «para restablecer el orden, depurar el equipo de comisarios y castigar severamente a los culpables»<sup>27</sup>. Restaurar el orden, depurar y castigar severamente son sus tres competencias reconocidas. Serebriakov, enviado junto a Stalin al frente Sur, dirá más tarde: «Yo no soy capaz de mostrarme tan exigente como Stalin, no es mi modo de ser»<sup>28</sup>. Lenin valora esta capacidad de exigir sin sentimientos, y Stalin se siente más seguro de sí al comprobar que el aparato del Estado, hecho para «exigir», se endurece.

En el frente sur, su amigo Vorochilov continúa desobedeciendo. Con la discreta ayuda de Stalin, intriga contra Trotski y contra Piatakov, el presidente del gobierno ucraniano, con objeto de nombrar para los puestos de mando a su clan, formado por Artiom, Rujimovitch, Mejlauk y de él mismo. Trotski estalla: el 10 de enero de 1919 telegrafía a Lenin: «La línea de Stalin, Vorochilov y Rujimovitch significa la ruina de todo lo que emprendemos». Y cuando Lenin le pide que llegue a un compromiso, Trotski accede, pero no «a un compromiso repugnante [...] considero el apoyo a la tendencia de Stalin en Tsaritsyne como una llaga peligrosa, peor que cualquier traición de los especialistas militares». Y acusa a Vorochilov de haber «desmoralizado al ejército de Tsaritsyn con ayuda de Stalin»<sup>29</sup>.

<sup>27</sup> *Ibid.*, p. 150.

<sup>28</sup> *Trotsky's Papers*, *op. cit.*, p. 230.

<sup>29</sup> TROTSKI, *Staline*, *op. cit.*, p. 415.

Durante el mes de enero, Dzerjinski y Stalin investigan y desalojan en el este a borrachos, ineptos, desertores y traidores reales o imaginarios. Los dos hombres aprenden a apreciarse mutuamente a causa de su dureza común. Stalin alia a Dzerjinski a su guerrilla contra Trotski. El 19 de enero, en una nota a Lenin, atribuyen los reveses en el frente al Comité militar de la República que, «con sus supuestas órdenes y directrices, desorganiza la dirección del frente y de los ejércitos»<sup>30</sup> y que, en consecuencia, debe ser modificado. Regresan de Perm con una larga lista de responsables detenidos que el Comité Central decide llevar a juicio. La misión de Stalin y Dzerjinski da escasos resultados: el frente se estabiliza por unos momentos, pero Koltchak reanuda la ofensiva en marzo y se apodera de Ufa, al sur de Perm.

Mientras tanto, en el oeste surgen los problemas. El Partido comunista alemán, fundado a finales de diciembre, es frágil todavía, y el gobierno socialdemócrata de Ebert no le deja tiempo para crecer. Incluso, en la segunda semana de enero de 1919, le incita a una acción prematura que sus cuerpos francos aplastan antes de decapitar al joven partido, asesinando, el 15 de enero, a sus dos dirigentes, Karl Liebknecht y Rosa Luxemburgo. Al mismo tiempo, el ministro de la Guerra del gobierno británico, Winston Churchill, llama a una cruzada internacional en contra de los bolcheviques: «Su objetivo, declara en junio de 1919, es el de derribar y destruir todas las instituciones, todos los gobiernos, todos los Estados que existen en el universo»<sup>31</sup>. Y lo recordará a raíz de su encuentro con Stalin el 14 de octubre de 1944: «Recuerdo hasta qué punto en 1919-1920 el mundo entero temblaba ante la revolución mundial, incluso aunque yo, Churchill, estaba bien seguro de que no habría revolución en Inglaterra»<sup>32</sup>. En aquella época no estaba tan seguro, pues multiplicaba las imprecaciones, pero su eslogan, «Kill the Bolshie, kiss the Hun (Matar a los bolchos, abrazar a los boches)» apenas encontraba eco en un país cansado de la guerra. Por otra parte, sus colegas del gobierno, escribe François Bedarida, solo tenían una preocupación: «Impedir que en Gran Bretaña se instale el comunismo»<sup>33</sup>. La misma preocupación invade a nu-

<sup>30</sup> *Trotsky's Papers*, op. cit., pp. 248-249.

<sup>31</sup> STALIN, *Oeuvres complètes*, t. 4, p. 190. Informe a Lenin.

<sup>32</sup> F. BEDARIDA, *Churchill*, Paris, Fayard, p. 179.

<sup>33</sup> *Istochnik*, n° 4, 1995, p. 147.

merosos gobernantes europeos e impulsa a Clemenceau a intentar poner freno a la expansión del bolchevismo utilizando a Polonia con este objeto.

Para preparar la difusión de la revolución, los bolcheviques reúnen en Moscú, del 2 al 6 de marzo, a representantes de unos quince grupos comunistas extranjeros. Allí proclaman la III Internacional o Komintern. Stalin forma parte de los ocho miembros de la delegación rusa junto a Lenin, Trotski, Zinoviev y Bujarin. No representa ningún papel a lo largo del congreso donde los debates se desarrollan en alemán, no presenta informes, jamás toma la palabra ni redacta texto alguno. Lenin, por su parte, confecciona las tesis de la Internacional, Bujarin la plataforma y Trotski su manifiesto. Zinoviev accede enseguida a la presidencia. El manifiesto afirma: «El Estado nacional, tras haber dado un gran impulso al desarrollo capitalista, ha llegado a ser demasiado estrecho para el desarrollo de las fuerzas productoras»<sup>34</sup>. Y hasta 1922 este será el fundamento de los análisis de la Internacional. Esta idea excluye la posibilidad de construir una economía socialista en el marco de un Estado nacional.

El VIII Congreso del partido se inaugura diez días más tarde, el 18 de marzo de 1919, al día siguiente de un suceso que resultará decisivo en la carrera de Stalin: Yákov Sverdlov, víctima de la epidemia de gripe que se abate sobre el planeta desde finales de 1917, y causa cerca de 25 millones de víctimas en dos años, muere dos días antes. Era al mismo tiempo secretario del Comité Central a título único y asesor gubernamental de Lenin. Su desaparición hace necesaria la creación de un auténtico secretariado responsable de la gestión del aparato central del Partido.

El lugar que Trotski asigna en el congreso a los antiguos oficiales zaristas —que en esos momentos constituyen las tres cuartas partes de los mandos y la administración del Ejército rojo— provoca la oposición de los antiguos suboficiales bolcheviques de 1917 y de los partidarios de un ejército de milicias populares y grupos móviles y autónomos de guerrilleros. Los descontentos de Tsaritsyn abren el baile. Entre bastidores, Stalin mueve los hilos y, sin decir palabra, deja que los adversarios lleguen a las manos durante las sesiones públicas del Congreso. Se niega a entablar un com-

<sup>34</sup> F. BEDARIDA, *Churchill, op. cit.*

bate que sabe perdido de antemano. Al ser minoritario, se adhiere discretamente. Como Lenin ha afirmado que es preciso pasar a un ejército regular con especialistas militares, Stalin defiende esta opinión en el seno de la comisión de resoluciones, una opinión que combate bajo cuerda. Durante una sesión a puerta cerrada, insiste en la necesidad de un ejército disciplinado y centralizado, capaz de atraer a esos «especialistas» militares a los que detesta. En 1928 publicará unos cortos resúmenes del discurso que pronunció entonces —y cuyo texto completo no reproducirá nunca— cargado probablemente de un forzado homenaje convencional a la actividad de Trotski, ausente entonces del Congreso. Durante las elecciones al Comité Central, el presidente comprueba que sobre la base de listas presentadas por todas las delegaciones, aparecen seis nombres en todas ellas: Lenin, Zinoviev, Trotski, Bujarin, Kamenev y Stalin.

A propuesta de Lenin, el Congreso crea tres órganos del Comité Central: un Politburó de cinco miembros (Lenin, Trotski, Stalin, Kamenev y Krestinski), un Buró de organización, dirigido por Krestinski, en el que Stalin entrará el año próximo, encargado de regular los movimientos de los cuadros del Partido, y un secretariado de funciones administrativas más modestas dirigido en primer lugar por Helena Stassova, reemplazada muy pronto por Krestinski. Este último tiene a su cargo las funciones que asumirá Stalin en 1922: es el único en pertenecer a tres organismos dirigentes (entonces de desigual importancia). Sin embargo, el lugar que ocupaba entonces Lenin y la fragilidad del aparato del Partido impiden que el hombre que acumula esas funciones desempeñe un papel decisivo. El 30 de marzo, a la terminación del Congreso, Stalin, a propuesta de Zinoviev, es nombrado comisario en el Control del Estado, cuya tarea es la de controlar el funcionamiento del aparato del Estado y de descubrir los abusos de poder dentro de él. Stalin, encargado de transformar esta cámara de registro en auténtica inspección, dirige desde entonces dos Comisariados... sin tener tiempo. Pero sus inspectores sabrán proporcionarle unos dossiers comprometedores sobre los cuadros poco escrupulosos.

Continúa en contacto con sus amigos del frente Sur. En una carta a Lenin fechada el 19 de mayo de 1919, Antonov-Ovseenko, comandante en jefe del Ejército rojo ucraniano, se queja a Lenin del desorden que reina en ese frente y añade: «Basta que Stalin dé una



voz para que los camaradas ucranianos pasen de las intrigas a la actividad»<sup>35</sup>. Su prestigio es considerable.

Tres semanas después, la revolución barre Hungría, que ha sido arruinada y despedazada por el derrumbamiento del Imperio austro-húngaro. El joven partido comunista húngaro se fusiona con el partido socialdemócrata, diez veces más poderoso que él y en busca de un compromiso con las potencias aliadas. A primeros de mayo, las tropas del barrigudo general Iudenitch, procedentes de Estonia y armadas y financiadas por los aliados, lanzan una ofensiva sobre Petrogrado. Hacen retroceder fácilmente a un ejército rojo agotado y desmoralizado, y el 19 de mayo ocupan Perterhof, a 30 kilómetros de la ciudad histórica. El general zarista, partidario obstinado de la Rusia una e indivisible, se niega, en caso de victoria, a confirmar la independencia de Finlandia, independencia que ha aceptado el gobierno bolchevique, y de este modo pierde el apoyo de Mannerheim; también se muestra reacio en el caso de Estonia, que lo acoge solamente gracias a la insistencia de los ingleses.

Juzgando indefendible el fantasma de la antigua capital, Lenin desea abandonarla. Trotski se opone. Y se produce un hecho rarísimo: Stalin lo apoya en contra de Lenin, que le envía inmediatamente a Petrogrado, donde llega el 19 de mayo. La ciudad, recién salida de un invierno glacial que ha hecho estallar las tuberías de agua, se muere de hambre, y sus habitantes, flacos y pálidos, se calientan encendiendo sus estufas con tiras del parquet, vigas, restos de armarios y aparadores o libros. Ya no funcionan las tres cuartas partes de las fábricas. Únicamente algunas escasas chimeneas de las que trabajan para el ejército —cuyos obreros reciben una ración especial de comida— dejan escapar de vez en cuando una nube de humo. Calles y canales están atestados de basura y desechos entre los que hormiguean las ratas. Aunque el cielo está límpido, la moral de la población trabajadora es muy baja y su afán por defender a la revolución armada, muy reducido.

El mismo día de su llegada, Stalin dirige a Lenin un extenso telegrama acusador: «El comandante del frente occidental y el comandante del VII ejército profesional dan la impresión de ser unas nuli-

<sup>35</sup> *Premier congrès de l'Internationale communiste*, París, EDI, 1974, p. 209.

dades y de que el frente no es su sitio»<sup>36</sup>. En una ciudad en la que pululan los adversarios de los bolcheviques, los conspiradores y los espías de todo tipo, la desconfianza no conoce límites. Así, en un informe dirigido a Lenin el 4 de junio, Stalin afirma: «No solo trabaja para los blancos el Estado Mayor de toda Rusia, sino también el Estado Mayor de campaña de la República dirigido por Kostiaev». En resumen, el Ejército rojo está mandado por incompetentes y por traidores a los que Trotski protege: «Nadejny (el comandante del frente) no sabe mandar... está arruinando el frente occidental». Por encima de los individuos, observa la política que se lleva a cabo y pide «que el Comité Central tenga el valor de sacar las conclusiones indispensables. ¿Tendrá el Comité Central el carácter y la firmeza necesarios»<sup>37</sup> para poner fin al empleo de «especialistas militares» y, como consecuencia, a las funciones de Trotski, ante quien los miembros, Lenin incluido, están implícitamente acusados de capitular? Lenin lo envía a paseo.

Stalin demuestra en Petrogrado la misma dureza que en Tsaritsyn. Firma con Zinoviev una orden en la que afirma: «Todos los tránsfugas y los alarmistas serán fusilados en el sitio»<sup>38</sup>. ¿Dura ley de guerra? Sin duda, pero añade: uno de los regimientos rojos ha masacrado a lo largo de la batalla a los comunistas antes de pasarse a los blancos, que lo han devuelto inmediatamente al combate donde ha sido aplastado. En un telegrama, Stalin alardea de haber organizado una «ejecución solemne de los supervivientes hechos prisioneros»<sup>39</sup>. En otra orden firmada también por Zinoviev, ordena fusilar en el sitio «a los traidores que se han unido a los Blancos», detener a sus familias y confiscarles tierras y bienes. Luego, dirigiéndose a los soldados del Ejército rojo, ambos proclaman: «Hay que matar hasta el último blanco»<sup>40</sup>.

Unos amotinados entregan a los Blancos los fuertes de Krasnaia Gorka en la bahía de Petrogrado. Según los oficiales del Ejército rojo, la infantería debe recuperar el fuerte, es decir, que ha de hacerse por tierra. ¡Stalin, sin embargo, exige que sea por mar! Hace cundir el pánico antes de que, por fin, la infantería recupere el fuerte.

<sup>36</sup> Carta de Antonov-Ovseenko a Lenin el 19 de mayo de 1919, D. VOLKOGONOV, *Staline*, *op. cit.*, t. 1, p. 93.

<sup>37</sup> CRCEDHC, fondos 558, inventario 1, dossier 614.

<sup>38</sup> *Ibid.*, dossier 5209.

<sup>39</sup> *Ibid.*, dossier 3278.

<sup>40</sup> CRCEDHC, fondos 17, inventario 65, dossier 58.

No obstante, el 16 de junio, critica en una nota a Lenin a «los especialistas de las cuestiones marítimas» y su «supuesta ciencia», que rechazaban la toma del fuerte por mar, hecha posible por la grosera intromisión en las operaciones por mi parte y en general por parte de civiles». Se jacta de haber anulado las órdenes de los oficiales y de haber impuesto las propias, y declara que seguirá actuando así «a pesar de toda su veneración por la ciencia»<sup>41</sup>. El rechazo bravucón de los especialistas y de su capacidad tiende a enmascarar aquí un bluff bastante grosero: de hecho, Lenin escribió: «Krasnaia Gorka fue recuperada por tierra»<sup>42</sup> al margen del telegrama.

El 17 de junio, Stalin hace fusilar a 7 «conspiradores»: unos oficiales sospechosos de haber entregado el fuerte a los blancos, y a los que habían aconsejado y llevado a cabo la recuperación por tierra. Para justificar aquellas masivas ejecuciones, comunica a Lenin a través de una nota fechada el 18 de junio, que ha descubierto un complot de los comandantes de las baterías situadas en todos los fuertes del distrito fortificado de Kronstadt. Si este hubiera sido el caso, Petrogrado, cuyo acceso estaba defendido por dichas baterías, no habría podido resistir por mucho tiempo. Stalin inventó aquel complot (o lo magnificó) para estimular la desconfianza hacia los «especialistas» y justificar la ejecución de los insolentes. Ya no es bueno llevarle la contraria...

En cambio, no puede fusilar a los comunistas que critican sus ingerencias y su insubordinación. En un informe al Comité Central sobre la desbandada inicial del frente, Okulov, el antiguo comisario del frente Sur al que Stalin aborrece, miembro desde entonces del Consejo militar revolucionario del frente Oeste, denuncia la continuación de las costumbres de Tsaritsyn y el espíritu de insubordinación y de autonomía de los cuadros del VII ejército que, sometidos a la dirección del Partido de la ciudad, obedecen al mando cuando les parece. Lenin envía a Stalin el telegrama de Okulov y le invita a combatir la tendencia de Piter (Petrogrado) a «la idea de autonomía»<sup>43</sup>. Stalin lo envía a paseo: «La idea de autonomía de Piter es una habladuría infame» y termina con un ultimátum: «O existe

<sup>41</sup> CRCEDHC, fondos 558, inventario 1, dossier 3278.

<sup>42</sup> STALIN, *Oeuvres complètes, op. cit.*, t. 4, p. 261. Comunicación por hilo directo a Lenin, 18-VI-1919.

<sup>43</sup> *Leninski Sbornik* (Colección Lenin), Moscú, t. 36, p. 77, e *Istoria Grajdanskoj Voiny v SSSR* (Historia de la guerra civil en la URSS), Moscú, 1961, t. 2, p. 388.

confianza y apoyo, en cuyo caso Okulov debe marcharse pues molesta a los militantes, o yo no tengo nada que hacer aquí. Si no recibo respuesta hoy mismo, abandonaré mis responsabilidades y volveré a Moscú. Me parece absurdo continuar trabajando en estas condiciones...»<sup>44</sup>. Lenin cede y convoca a Okulov. Embriagados por esta victoria, Stalin y Zinoviev se aprovechan de su ventaja y denuncian el trabajo de Vatsetis, jefe del Estado Mayor, piden la destitución del general Nadejny y la convocatoria de un pleno del Comité Central «para estudiar el tema de los especialistas militares»<sup>45</sup>, es decir, revocar la decisión del congreso. Pero piden demasiado. El Comité Central, reunido en sesión plenaria el 15 de junio, mantiene a Vatsetis y a Nadejny en sus puestos y declara infundada la llamada a Okulov. Es un sofión para Stalin, al que ese mismo día envían a Smolensko en el frente occidental.

El 22 de junio, el Ejército rojo reanuda la ofensiva a las puertas de Petrogrado, y a primeros de agosto hace volver a Estonia al ejército de Iudenitch que allí recuperaba fuerzas. El Politburó concede la Orden de la Bandera Roja a Trotski y a Stalin por la defensa de la ciudad, afirmando que, en el momento de mayor peligro, este último «gracias a su actuación y a su energía pudo reunir el Ejército rojo. Encontrándose él mismo en la línea del frente y bajo el fuego, su ejemplo personal influyó en todos los defensores de la República soviética»<sup>46</sup>. Ahora bien, nadie ha visto a este hombre prudente en primera línea del frente y bajo el fuego. Este texto, pues, fue dictado por él, quizá por intermedio de su esposa que trabajaba en la secretaría de Lenin. En 1947, y a pesar de estar cargado de títulos, Stalin añade de su puño y letra la mención de aquella Bandera Roja en las pruebas de su biografía. Veintiocho años después, todavía la tiene en cuenta.

Mientras tanto, el 26 de junio, los beligerantes firman en Versalles un tratado de paz en las condiciones impuestas por Inglaterra y sobre todo por Francia, un auténtico barril de pólvora para una próxima guerra. Los vencedores exigen de Alemania unas considerables reparaciones, la ocupación durante quince años de la orilla izquierda del Rhin así como severas limitaciones al equipamiento

<sup>44</sup> LENIN, *Oeuvres complètes, op. cit.*, t. 50, pp. 334-335. Telegrama a Stalin del 3-VI-1919.

<sup>45</sup> CRCEDHC, fondos 558, inventario 1, dossier 633.

<sup>46</sup> *Revolom soviét respublikii* (El comité revolucionario de la República), Moscú, 1991, p. 394.

de su ejército, y dividen Europa central en función de unos objetivos militares y diplomáticos que ignoran las nacionalidades. Versalles crea una Checoslovaquia enriquecida con tres minorías nacionales, una de ellas los 3 millones de Sudetes alemanes que Hitler utilizará en 1938. Los húngaros quedan diseminados en Rumanía y Eslovaquia, y los macedonios, troceados entre Yugoslavia, Bulgaria y Grecia.

Después de Petrogrado, Stalin guerrea contra los polacos y los lituanos con distintos resultados. Contribuye a la estabilización del frente, pero se aburre en la monótona llanura del Norte. Entonces pierde la cabeza. A comienzos de septiembre, el Comité Central inicia conversaciones de paz con los lituanos. Lenin le informa a través de un telegrama... y Stalin lanza inmediatamente una ofensiva. Lenin se asombra. Stalin se zafa con una excusa de escolar: «Nunca recibí instrucciones del Comité Central sobre la negociación»<sup>47</sup>. El 7 de septiembre, en un telegrama impaciente, recuerda a Lenin que él ha sido nombrado solo provisionalmente para una actividad militar que le agota; puede quedarse en el frente «una semana todavía, pero nada más»<sup>48</sup>.

Lenin, comprensivo, le hace volver de Smolensko, y le ofrece unos días de descanso y una misión delicada. A primeros de septiembre ha recibido un informe del presidente de la sección obrera del soviet de Petrogrado sobre la corrupción que hace estragos en la dirección del soviet y del Partido instalado en el instituto Smolny: «El dinero corre a chorros desde las arcas del soviet de Petrogrado hasta los bolsillos de los dirigentes del Partido». Mientras los trabajadores de la ciudad mueren de hambre, sacos enteros de alimentos pasan de Smolny a los traficantes y a las prostitutas, explica dicho informe. «Los trabajadores hambrientos ven a las zarinas bien vestidas, a los zares soviéticos salir con paquetes de alimentos y marcharse en sus coches [...]. Temen quejarse a Zinoviev, rodeado de acólitos que, armados con revólveres, amenazan a los trabajadores que plantean demasiadas preguntas.» Lenin encarga a Stalin que «efectúe un control exhaustivo de las oficinas de Smolny» sin informar de ello a Zinoviev. Stalin se niega «a es-

<sup>47</sup> CRCEDHC, fondos 558, inventario 4, dossier 293.

<sup>48</sup> LENIN, *Oeuvres complètes, op. cit.*, t. 51, p. 383. Respuesta de Stalin al telegrama de Lenin del 2-IX-1919.

piar a los camaradas» en un momento clave de la guerra civil, pero se guarda el dossier<sup>49</sup>. Lo podrá utilizar o sacar partido del servicio prestado a Zinoviev...

Efectivamente, el momento es crucial. A finales de marzo, en el punto álgido del avance de Koltchak en el este, Denikin, en el sur, ha relanzado su ofensiva partiendo de Rostov-na-Don. Sus tropas, apoyadas por los cosacos brutalmente reprimidos a comienzos de año por el Ejército rojo y dotadas de tanques y aviones proporcionados por los ingleses, han ocupado en tres meses toda Ucrania. El Ejército rojo, acosado, se desmorona; la mitad de los soldados, hambrientos, vestidos de harapos, caminan descalzos. «En Ucrania, todo el mundo tiene un fusil y cartuchos excepto nuestros soldados»<sup>50</sup>, afirma Trotski en el Comité Central. Denikin toma Tsaritsyn el 19 de junio y el 3 de julio nombra una directiva llamada de Moscú: seguro de tomar la capital en unas semanas, ordena a los tres ejércitos blancos bajo sus órdenes que se dirijan hacia ella desde Tsaritsyn, Don y Jarkov. Al principio avanzan como en un desfile, toman Orel a 400 kilómetros al sur de Moscú, y luego, a menos de 200 kilómetros, asedian Tula, el principal arsenal del Ejército rojo. Si cae Tula, el Ejército rojo se verá privado de armamento.

A 500 kilómetros de allí, en Budapest, la República de los Consejos húngaros, minada desde el interior, se derrumba bajo la ofensiva del ejército rumano. Los defensores de la propiedad privada se vengan: descuartizan al dirigente comunista Tibor Szamuely y dispersan sus miembros y su tronco por las cuatro esquinas de una finca. Un poco después, 5.000 comunistas son ahorcados, fusilados o deportados a Argelia o entregados al general Nivelles, el asesino del Camino de las Damas convertido en gobernador. Bela Kun se vengará un año después haciendo fusilar en Crimea, a pesar de la promesa de indulto que les había hecho, a varios miles de oficiales blancos de Wrangel.

El 26 de septiembre, Lenin envía de nuevo al frente Sur a Stalin, que se instala en la pequeña ciudad textil de Serpujov, sobre el río Oka, a 100 kilómetros al sur de Moscú. Angustiado por el avance de Denikin, rabia, truena, exige medios poderosos y amenaza varias

<sup>49</sup> CRCEDHC, fondos 558, inventario 1, dossier 910.

<sup>50</sup> AERF, fondos 4390, inventario 13, dossier 38. Citado por O. FIGES, *People's Tragedy*, Londres, Penguin, 1996, p. 682.

veces con dimitir. Acude regularmente a las reuniones del Politburó que el 14 de octubre condena su actitud. El 15, en una carta a Lenin denuncia al cuartel general, expone su plan y termina: «Si no me hacen caso, mi trabajo en el frente Sur será absurdo, criminal e inútil, lo que me da el derecho, o más bien el deber, de ir donde sea, incluso al diablo, pero no de quedarme en el frente Sur»<sup>51</sup> en plena desbandada. Aquel mismo día, el Politburó, al que asiste Stalin, transforma la Rusia soviética en un campamento militar y ordena censar, para enviarlos al frente, a todos los comunistas que militan en organizaciones sociales. Una semana después, las tropas de Denikin se dispersan, retroceden y huyen en desorden. La biografía oficial de Stalin le atribuye este giro. Tras las derrotas iniciales debidas a lo que él califica de traición desorganizada de Trotski, «el Comité Central del Partido envió a Stalin al frente Sur para conseguir allí la victoria». Confusión, decepción, falta de un plan estratégico, eso es lo que el gran capitán de la revolución encuentra en el frente; despide a los Estados Mayores, «los ruinosos mandados de Trotski», y reemplaza el plan operativo en curso por «su propio plan de combate que zanjaba el problema de un modo genial. [...] Stalin realizó un esfuerzo gigantesco: corrigió los errores sobre la marcha, vigiló la marcha de las operaciones y eligió mandos y colaboradores políticos a los que estimulaba para la lucha»<sup>52</sup>. La leyenda tendrá una continuación inesperada: en 1942, un oficial de la Wehrmacht descubre en una ciudad ucraniana una obra dedicada a las proezas de Stalin que el general Halder mandó traducir inmediatamente al alemán. Según el historiador Gert Buchheit, el trazado del frente sobre el Don ante Stalingrado en 1942 se parecía extraordinariamente al trazado del frente en el mismo punto en 1919, donde, escribe, «el X Ejército rojo [...] había sido rechazado por un adversario aparentemente superior hasta que intervino Stalin» y tomó unas medidas enérgicas y geniales. «El frente de Denikin estalló exactamente en el lugar en que, en 1942, debía estallar el frente alemán [...]. Halder... debió de ver en el destino de Denikin una especie de aviso»<sup>53</sup>.

<sup>51</sup> O. FIGES, *People's Tragedy*, *op. cit.*, p. 661.

<sup>52</sup> STALIN, *Oeuvres complètes*, *op. cit.*, t. 4, p. 277. Carta del frente Sur a Lenin. Texto publicado por primera vez en *Pravda* del 21 de diciembre de 1929, con ocasión del 50 aniversario de Stalin.

<sup>53</sup> *Biographie de Staline*, Paris, *op. cit.*, 1950, p. 40.

La leyenda pasa por alto las razones sociales y políticas de este cambio de situación. Denikin es un nacionalista ruso obtuso y rígido. Incluso la misma palabra de Ucrania, que ignora a favor de la tradicional y paternalista «Pequeña Rusia», le hiere en la boca, y el ucraniano no es para él más que una jerga. Su ejército, al restablecer un orden aborrecido, se comporta como en país conquistado; sus subordinados, el altanero Wrangel y el enano adiposo Maï-Maïevski, tan patrioterros y fanáticos del Imperio como él mismo, quieren, como él, devolver las tierras a sus propietarios históricos. Tratan con desprecio a los campesinos ucranianos que muy pronto se levantan contra ellos provocando una oleada de revueltas en la retaguardia de un frente de varios centenares de kilómetros. El reorganizado Ejército rojo cuenta con un primer ejército de caballería mandado por Budionny, que concede a Stalin el diploma de honor de su división; ve volver a decenas de miles de soldados-campesinos desertores, contraataca a mediados de octubre y en pocas semanas barre a los 150.000 soldados de Denikin, acosados por los destacamentos del anarquista Majno y descuartizados luego por las cargas de la caballería de Budionny.

Al mismo tiempo, Iudenitch, tras haber repuesto sus fuerzas en Estonia, el 11 de junio reanuda su ofensiva sobre Petrogrado. Trotski parte a toda prisa y declara «en estado de sitio» la ciudad, todavía más despavorida, hambrienta, agonizante e hirviente de espías que cinco meses antes. Los obreros, extenuados, se organizan en brigadas para proteger las entradas y las encrucijadas de la ciudad. La contraofensiva rechaza al ejército de Iudenitch en dos semanas.

En Siberia, las tropas de Koltchak conocen la misma suerte por idénticas razones: al transportar en sus furgones a los propietarios de tierras y a sus herederos, no encuentran apoyo en unos campesinos que los odian. En cuanto los Blancos se instalan en sus casas rodeados por oficiales monárquicos que los saquean y los maltratan, los campesinos olvidan su rencor hacia los bolcheviques y se rebelan. Una oleada de insurrecciones campesinas inunda Siberia de octubre a diciembre: Koltchak, cuyas tropas se dispersan, huye con los legionarios checos que lo entregan a los rebeldes de Irkutsk. Un comité revolucionario formado por dos SR, dos bolcheviques y un menchevique lo condena a muerte.

A pesar de la retirada de las tropas de Denikin en el frente Sur, Stalin se queja sin cesar. El 6 de noviembre interviene cinco veces



en el Politburó para protestar: el comité militar del frente no tiene dinero, la brigada de caballería de la 3ª división prometida como refuerzo continúa en el Turkestán; hay que colocar el frente Oeste ucraniano bajo sus órdenes, nombrar a su antiguo cómplice de Tsaritsyn, Minin, a la cabeza de la Dirección política del frente Suroeste, y enviarle 83.000 hombres de refuerzo. El Politburó responde con evasivas. Entonces, Stalin amenaza con dimitir en un telegrama dirigido a dicho Buró, que, el 14, confía a Lenin el encargo de hacerle saber que «considera absolutamente inadmisibile el apoyo a sus peticiones por medio de ultimatus y de amenazas de dimisión»<sup>54</sup>. El áspero Stalin no aceptaría de ningún otro semejante llamada al orden.

Su extremada desconfianza llega también al ámbito civil. El 8 de noviembre informa al Politburó de «filtraciones» en las reuniones del Comité Central cuyos ecos, desnaturalizados, llegan a los adversarios de los bolcheviques. El Politburó decide entonces que solamente «un número mínimo de camaradas» podrá consultar los principales documentos de los organismos dirigentes y que las decisiones más importantes no se inscribirán en el acta oficial; el secretario del Comité Central, Krestinski, deberá anotarlas para guardarlas en la memoria y responsabilizarse de que se cumplan.

El 29 de diciembre de 1919, Stalin deja Tsaritsyn y vuelve a Moscú. El 3 de junio de 1920, el Ejército rojo toma por asalto la ciudad a la que Stalin regresa precipitadamente y en la sede del Estado Mayor firma la proclama del general Iegorov anunciando la victoria. Esta valiosa firma autentificará posteriormente su decisivo papel en la toma de Tsaritsyn, que en 1925 será rebautizada como Stalingrado. El ejército de Denikin huye. El mando, con el aval de Stalin, ordena al anarquista ucraniano Majno, a la cabeza de un ejército campesino de 20.000 hombres momentáneamente aliado al Ejército rojo, que se enfrente a las tropas polacas. Majno se niega. Trotski lo declara fuera de la ley y pide a Stalin que ratifique su decisión. El 9 de enero, Stalin le telegrafía dándole a conocer el éxito de su ardid: «La orden de intervenir contra los polacos fue dada con objeto de recibir material suplementario contra Majno a fin de desperdigar a sus partidarios divididos»<sup>55</sup>, con la esperanza, satisfecha por cierto,

<sup>54</sup> G. BOCHHEIT, *Hitler, chef de guerre*, París, Artaud, 1961, pp. 253-254.

<sup>55</sup> *Izvestia TSK KPSS*, nº 5, 1990, p. 163. Exageradas reivindicaciones de Stalín, *Ibid.*, p. 157.

de que Majno diría que no. El Ejército rojo se abalanza hacia el sur y toma Odessa el 7 de febrero.

Lenin traslada a Stalin al frente Suroeste, frente a Wrangel que se mueve en Crimea; Stalin ve en ello una maniobra que puede llegar a privarle de los laureles de la victoria sobre Denikin y el 4 de febrero telegrafía a Lenin y a Trotski: «Tengo la profunda convicción de que mi presencia en el frente no acarrearía cambio alguno en la situación»<sup>56</sup>. El 26 de marzo, Denikin cede el mando de los restos de sus tropas al general barón Wrangel y huye al extranjero. Los Blancos controlan todavía una parte del Cáucaso. Lenin quiere enviar allí a Stalin expresándole su convicción de que obtendrá resultados favorables. Stalin se resiste o, como dice Lenin, «le busca tres pies al gato»: «No comprendo por qué ha de caer sobre mí la responsabilidad del frente caucásico [...]. Incumbe absolutamente al Comité revolucionario de la República cuyos miembros, según mis noticias, gozan de perfecta salud y no a Stalin, por otra parte sobrecargado de trabajo»<sup>57</sup>.

El 4 de febrero de 1920 escribe a Moscú desde Kursk que su salud no es muy buena. Efectivamente, minado por los dolores de vientre, renueva su petición de no partir hacia el Cáucaso. Petición rechazada. Stalin lo encaja y se somete a pesar de su estado de salud, a condición de que el Comité Central haga saber a través de la prensa que le envía al Cáucaso por motivos militares a fin de que no se le acuse de «pasar con ligereza de una ocupación a otra»<sup>58</sup>. Se detiene unos días en Jarkov, entonces capital de Ucrania, dirige algunas operaciones contra los restos del ejército de Denikin y luego contra Wrangel, pero no va al Cáucaso. Nombrado presidente del Ejército de trabajo de Ucrania invita enseguida a sus soldados a proteger el cargamento y el transporte del carbón del Donbass...

La intervención extranjera parece llegar a su fin. Desde la primavera de 1919, los soldados y los marinos extranjeros, cansados de la guerra y frecuentemente favorables al nuevo régimen, rezongan, protestan y llegan incluso a mutilarse. Además, las potencias extranjeras estaban divididas desde el principio: los franceses apoyaban a las legiones checoslovacas, los ingleses a Denikin y los japoneses al

<sup>56</sup> *Perepiska 1912-1927, op. cit.*, p. 114.

<sup>57</sup> *The Trotski's Papers, op. cit.*, t. 2, pp. 26-27.

<sup>58</sup> LENIN, *Oeuvres complètes, op. cit.*, t. 51, p. 409.

atamán Semenov. En Siberia, los ingleses ayudaron a Koltchak, al que los franceses pusieron repetidamente la zancadilla; los americanos, jugando a ser profesores de moral, quisieron prohibir que los otros se llevaran un pedazo del imperio derrotado. Esta cacofonía favoreció a los bolcheviques.

En febrero de 1920, Stalin fue nombrado comisario en la Inspección obrera y campesina, que él prolonga acrecentándola y ampliando la acción del Control de Estado. El reparto centralizado de la penuria ha engendrado una horda de «direcciones principales» con infinitas ramificaciones. Cuanto más disminuye el trabajo para los obreros, más aumenta el número de empleados; cuanto más se hunde la producción, más crece el número de informes. Las direcciones centrales del pescado, la sal, el vidrio o las cerillas reemplazan al pescado, la sal, el vidrio y las cerillas. Las direcciones regionales, territoriales y locales exigen y producen informes en número creciente sobre el reparto de productos cada vez más escasos. Algunas fábricas, completamente paralizadas, únicamente fabrican dossieres. El Consejo superior de la economía nacional, que en octubre de 1918 contaba con 18 direcciones, en 1920 cuenta con 52. Asustado por esta proliferación burocrática, Lenin piensa combatir el mal sometiendo al aparato del Estado al control sistemático de la Inspección obrera y campesina, muy pronto formada por varias decenas de miles de miembros y minada por el mismo mal que pretende combatir. Durante los dos años en los que ocupa la dirección, hasta abril de 1922, Stalin crea un equipo de fieles, acumula los dossieres y se muestra como protector del aparato al que se supone que debe controlar.

Unos meses antes se ha mudado a un apartamento algo más espacioso en el Kremlin, aunque amueblado de un modo apenas menos espartano; y sobre todo, dispone de una villa en la ribera del Moscova, llamada Zubalovo, del nombre de su antiguo propietario Zubalov, dueño del petróleo de Batum y de Baku. En efecto, a finales de 1919, el gobierno, tras haber confiscado y transformado en residencias o casas de reposo las villas cuyos propietarios han perecido o han emigrado, distribuye una docena de ellas entre miembros del Politburó. Zubalovo está dividida en parcelas: Zubalovo-2 va a Mikoyan, Zubalovo-3 a Vorochilov, y Zubalovo-4 a Stalin, quien la ocupará hasta finales de 1929 tras haber derribado la mitad del bosque que rodea la villa con objeto de facilitar la visión.

De momento, apenas puede disfrutar de ella. El 25 de abril de 1920, al día siguiente de un acuerdo con el nacionalista ucraniano Petliura, el jefe polaco Pilsudski, flanqueado de una misión militar francesa encabezada por el general Weygand y asistido por el capitán Charles de Gaulle, invade una Ucrania agotada. Vuela de victoria en victoria: el 25 toma Jitomir y Berditchev, Mogilev el 28 y Kiev el 6 de mayo: tiene en sus manos toda la mitad occidental de Ucrania. Sin embargo, la invasión polaca reaviva la profunda aversión que los campesinos de la zona sienten por los polacos. El Ejército rojo se apoya en su resistencia para, a finales de mayo, lanzar una contraofensiva bajo el mando de Tujatchevski, un joven aristócrata de 27 años, antiguo teniente del ejército zarista, adherido al régimen de todo corazón.

Los últimos bamboleantes trenes soviéticos transportan refuerzos dando tumbos. El frente Sudeste está dividido en dos: en una parte, el Ejército rojo contiene débilmente a Wrangel en Crimea, y en otra, dirigido por el general Iegorov y por Stalin, se enfrenta al ala derecha del ejército polaco. La contraofensiva del Ejército rojo arrolla a los polacos y por un instante suscita en Stalin una visión eufórica, muy rara en él, de la revolución mundial. Esboza a Lenin la perspectiva grandiosa de una confederación soviética europea en la que «las futuras Alemania, Polonia, Hungría y Finlandia soviéticas, manteniendo sus estructuras de Estado, sus ejércitos y sus finanzas —aun siendo poco probable que aceptaran de golpe una unión federal con la Rusia soviética del tipo bachkir o ucraniano—, una vez convertidas en soviéticas», podrían unirse a la Rusia soviética en una confederación que incluyera «las nacionalidades atrasadas como Persia o Turquía»<sup>59</sup>. Al soñar con una Confederación soviética europea, Stalin está a cien leguas de teorizar sobre el socialismo en un solo país. Pero su sueño se romperá muy pronto...

A primeros de julio, el Ejército rojo llega al borde de la frontera ruso-polaca tal como lo había planteado en 1919 el diplomático inglés Curzon. ¿Habrà que continuar hasta invadir Polonia? Trotski, Rykov y Radek están en contra; Stalin también. Y lo explica: en Polonia, «los conflictos de clase no han alcanzado todavía la suficiente tensión como para romper la unidad nacional» y denuncia «la bravuconería y la complacencia peligrosa de algunos camaradas [que]

<sup>59</sup> CRCEDHC, fondos 558, dossier 1470.

reclaman voceando una marcha sobre Varsovia»<sup>60</sup>. Después de este clarividente análisis se une a la postura de Lenin, convencido de que el avance del Ejército rojo en Polonia va a sublevar a los obreros y a los campesinos y, por contagio, alcanzará Alemania. Entonces, Lenin pide «un feroz aumento de la ofensiva contra Polonia para tantear a Europa con las bayonetas del Ejército rojo»<sup>61</sup>. Stalin prefiere votar junto a Lenin más que tener razón. Y vuelve a Jarkov, a la sede de su Estado Mayor.

Los éxitos iniciales de la ofensiva le llenan de entusiasmo. El 13 de julio telegrafía a Lenin: «El imperialismo nunca ha estado tan débil como ahora, en el momento de la derrota de Polonia [...]; cuanto más firmes nos mostremos en nuestra conducta, mejor será para Rusia y para la revolución mundial»<sup>62</sup>. El 24 de julio, le escribe lleno de entusiasmo: «No estimular la revolución en Italia sería un pecado». Y propone «la organización de un levantamiento en Italia y en los Estados que aún no están consolidados, como Hungría Chequia, (y es preciso aplastar Rumanía)», apartando de un manotazo el «insignificante» peligro que representan los restos de los cuerpos francos en Alemania, que evalúa en trescientos mil marginados<sup>63</sup>. Esta rebaja por parte del Komintern de revolución mundial a organización de sublevaciones es bastante sumaria, y el desencanto de Stalin a raíz de la derrota polaca no hará más que aumentar.

Tujatchevski vuela hacia Varsovia. Stalin e Iegorov caminan hacia el sur, a Lvov. La misión militar francesa en la capital polaca se angustia. El 4 de agosto, Lenin telefona a Stalin interrogándole sobre la situación y precisando: «De tus conclusiones pueden depender muy importantes decisiones políticas»<sup>64</sup>. La responsabilidad que Lenin deja caer sobre sus hombros le aterra y, poco deseoso de asumir las consecuencias, se niega tajantemente: «No sé por qué, concretamente, mi opinión es necesaria; yo no estoy en situación de transmitir las conclusiones que exiges y me limitaré a comunicar los hechos desnudos sin comentarios»<sup>65</sup>. Las conclusiones que las deduzcan otros.

<sup>60</sup> *Komintern i idua mirovoj revolucij* (El Komintern y la idea de la revolución mundial), Moscú, Nauka, 1998, p. 183.

<sup>61</sup> STALIN, *Oeuvres complètes*, op. cit., t. 4, pp. 324 y 333. Nueva expedición contra Rusia.

<sup>62</sup> LENIN, *Oeuvres complètes*, op. cit., t. 51, pp. 237-238 y sig. Telefonograma a Lenin de Jarkov.

<sup>63</sup> *Perepiska 1912-1927*, op. cit., p. 143.

<sup>64</sup> *Ibid.*, p. 148.

<sup>65</sup> LENIN, *Oeuvres complètes*, op. cit., t. 51, p. 249. Telegrama a Stalin.

El Politburó decide unificar la guerra de Polonia en un único frente Oeste dirigido por Tujatchevski, y constituir un frente en Crimea dirigido por Stalin, Iegorov y Frunzé, contra Wrangel, que a primeros de junio había lanzado una ofensiva desde Crimea donde estaba atrincherado. Representaba un peligro en el momento en que los levantamientos campesinos estallaron en Kuban y en Siberia. Lenin le informa por telegrama y Stalin remite todo a cuestiones de precedencia: «He recibido tu nota sobre la división de los frentes: el Politburó no tendría que ocuparse de minucias. Yo puedo trabajar en el frente un máximo de dos semanas todavía. Necesito descansar: búscame un sustituto»<sup>66</sup>. Este enojo, que conduce al Politburó a aplazar su decisión, termina con la denuncia ritual del alto mando: «No creo ni por un momento en las promesas del comandante en jefe; no hace más que jugarte malas pasadas con sus promesas». Es una frase lacerante. A partir del 31 de julio denuncia al comandante en jefe Serge Kamenev, que ha divulgado su llegada al frente; en primer lugar le acusa de cobardía, después, el 4 de agosto, de casi traición, y ocho días más tarde, de sabotaje: «El comandante en jefe y sus compinches sabotean la victoria sobre Wrangel»<sup>67</sup>. Esta obsesión por la traición y el sabotaje es característica de Stalin.

Iegorov y él reciben la orden de enviar a la primera división de caballería y al XII ejército para reforzar a Tujatchevski, cuyas líneas se alargan peligrosamente. En este caso, Stalin no podría llegar a Lvov. No obstante, anhela su ciudad y su gloria. Entonces, se niega a firmar la orden del traslado de tropas. Incluso el 13 de agosto manda a paseo al jefe de Estado Mayor: «Los ejércitos del frente Sudoeste llevarán a cabo su tarea esencial, que es la de apoderarse de la zona de Lvov-Rova Russka [...]. Insisto en que, en las circunstancias actuales, el cambio de las tareas esenciales del ejército es imposible»<sup>68</sup>.

La contraofensiva de Pilsudski arrolla al Ejército rojo y le hace retroceder más de 200 kilómetros. La obstinada desobediencia de Stalin acelera y amplía un fracaso irremisible: los obreros y campesinos polacos ven en las tropas de Tujatchevski más al ejército ruso

<sup>66</sup> *Iz Istorii Grazhdanshoi voiny v SSSR* (De la historia de la guerra civil en URSS), Moscú, 1962, *op. cit.*, t. 3, p. 338.

<sup>67</sup> LENIN, *Oeuvres complètes, op. cit.*, t. 51, p. 280.

<sup>68</sup> *Perepishka 1912-1927, op. cit.*, p. 155.

que al Ejército rojo y se alzan contra él. Así fue como, por testarudez, Stalin transformó el fracaso de Varsovia en una derrota y provocó indirectamente la captura de 40.000 soldados que desaparecieron en los campos de concentración polacos. Obligó a que, el 20 de octubre de 1921, Moscú firmara la paz de Riga, que daba a Polonia la Ucrania occidental (o Rutenia) y la Bielorrusia occidental, que Stalin recuperaría veinte años más tarde por el protocolo secreto del pacto Ribbentrop-Molotov. El precio pagado fue considerable.

El Comité Central destituye a Stalin de sus funciones militares y lo llama a Moscú. Respecto a la insubordinación y sus consecuencias, la sanción fue escasa. Sin embargo, Stalin contraataca: el 30 de agosto pide la formación de una comisión de investigación de tres miembros sobre «las condiciones de la ofensiva de julio y la retirada de agosto». En otro documento que envía al Politburó denuncia los errores del alto mando al que reprocha no haber preparado reservas. Al día siguiente, Trotski anuncia en el Politburó que el Comité militar revolucionario toma en cuenta los planteamientos de Stalin, que de este modo da la vuelta a la situación poniéndola a su favor. Pero Lenin se niega a la comisión de investigación, lo que provoca la cólera de Stalin, que se aprovecha entonces del desaliento suscitado en los cuadros del Partido por la derrota polaca para atacar a Lenin y a Trotski en la IX conferencia cuya acta no se publicará hasta 1972. Trotski le acusa de haber engañado al Comité Central exagerando la desertión en las filas polacas. Stalin afirma haber sido «el único miembro del Comité Central que se ha burlado del eslogan de moda de la «marcha sobre Varsovia», de haber «invitado públicamente en la prensa a los camaradas a no dejarse enardecer por los éxitos y a no subestimar las fuerzas polacas». Esa es una de las tres razones que le han llevado a «exigir el nombramiento de una comisión que, discerniendo las causas de la catástrofe, nos garantizaría contra un nuevo fracaso». Y termina brutalmente: «El camarada Lenin, visiblemente, protege al mando, pero yo creo que hay que proteger a nuestra causa y no al mando»<sup>69</sup>.

Los caprichos de Stalin, sus accesos de malhumor o de cólera, sus arrebatos, sus manías y sus groserías no están reservados únicamente a los militantes. También las padece Nadejda. Stalin pretendía que estuviera siempre a su servicio, como la dócil Ekaterina Sva-

<sup>69</sup> *Iz Istorii Gradanskoj Voiny, op. cit.*, t. 3, pp. 351-352.

nidzé. Exige que abandone su trabajo en el secretariado de Lenin para dedicarse exclusivamente a él. Cuando se entera, Lenin se irrita con «ese asiático». Incapaz todavía de enfrentarse al «Viejo», Stalin recula prudentemente...

La indulgencia de Lenin ante las cabezonerías y los costosos caprichos de Stalin no se justificaría solo por el apoyo que le aportan sus silencios y sus votos. El 17 de marzo de 1921, Lenin explicaría las razones. Respondiendo a Adolphe Ioffé, descontento por estar constantemente enviado de un puesto a otro, le replicaría: «El que te manda es el destino. Muchos militantes están en el mismo caso. Stalin, por ejemplo: evidentemente habría podido defenderse, pues en tres años y medio el destino no le ha permitido ni una sola vez cumplir con sus funciones de comisario del pueblo en la Inspección obrera y campesina, ni tampoco ejercer sus funciones de comisario para las Nacionalidades. Es un hecho»<sup>70</sup>. Así que se le pueden perdonar muchas cosas. Ha recorrido una docena de frentes y forma parte de un número increíble de comisiones. Por ejemplo, el Comité Central del 20 de septiembre de 1920 le destina de un golpe a tres comisiones, una para discutir las concesiones económicas con Suecia, la segunda sobre un proyecto de acuerdo con la reciente República soviética de Azerbaiyán y la tercera sobre «el trabajo comunista en Oriente»<sup>71</sup>, encargada de plantear al Politburó las necesarias tendencias de la política soviética en esa extensa región.

El próximo final de la guerra le hace volver a sus tareas de comisario para las Nacionalidades. El Comité Central decide enviarle al Cáucaso para «a) regular completamente las relaciones con las gentes de las montañas; b) organizar toda nuestra política en el Cáucaso y en Oriente; c) dar a los cuadros locales las instrucciones necesarias que les permitan establecer las relaciones entre el Centro y los habitantes de las montañas»<sup>72</sup>. En total se refiere a una veintena de pueblos diferentes con confusas aspiraciones nacionales. A pesar de la amplitud y complejidad de la tarea, el Comité Central rechaza su dimisión del Comité militar de la República.

A mediados de octubre baja al Cáucaso, que recorre durante un mes. Allí se reúne con sus amigos Kirov, nombrado cabeza del Parti-

<sup>70</sup> *Perepiska 1912-1927, op. cit.*, p. 160.

<sup>71</sup> LENIN, *Oeuvres complètes, op. cit.*, t. 52, p. 100. Carta a Ioffé del 17-III-1921.

<sup>72</sup> *Izvestia TSK KPSS*, 1991, n° 3, p. 167.



do comunista de Azerbaiyán, y Ordjonikidzé, responsable del Buró caucasiano del Partido y del XI ejército caucasiano, que desde siempre le envía por duplicado (lo mismo que a Lenin) telegramas, cartas y notas sobre la situación en la región. A finales de abril de 1920, el ejército invadió Azerbaiyán, exangüe tras dos años y medio de invasión británica y turca, y por las matanzas entre armenios y azeríes. La República soviética de Azerbaiyán quedó proclamada el 28 de abril en Baku. El 30 de octubre llega Stalin. Serge Kirov le otorga el título desacostumbrado de «jefe de la revolución proletaria en el Cáucaso y en Oriente». El 6 de noviembre, Stalin pronuncia un exaltado discurso ante los cuadros comunistas de la región: canta «al Ejército rojo que aplasta al enemigo, al partido de 700.000 miembros con la cohesión del acero», pero también a Oriente que, por fin, se ha puesto en movimiento; después grita: «Parfraseando las famosas palabras de Lutero, Rusia podría decir: "Me muevo en la frontera del viejo mundo capitalista y el nuevo mundo socialista, y aquí, en esta frontera, uno los esfuerzos de los proletarios de Occidente y los esfuerzos del campesinado de Oriente para aplastar al mundo viejo. Que el Dios de la historia me ayude!"»<sup>73</sup>. Vive siempre, pues, como los demás dirigentes bolcheviques, ante la perspectiva y en espera de la revolución mundial.

Su periplo caucasiano y sus encuentros con Ordjonikidzé, tan impaciente como él, agudizan su deseo de conquistar Armenia y, una tarea aún más complicada, arrebatar Georgia a los mencheviques, sus enemigos de la juventud, apoyados antes de ayer por las bayonetas alemanas y ayer por los fusiles británicos. El 7 de mayo de 1920, Rusia había firmado un acuerdo reconociendo su independencia. Lenin duda en violarla. Stalin, que pilota ambas dudosas operaciones, consolida en esta ocasión su complicidad con Ordjonikidzé y Kirov. En un telegrama fechado el 17 de noviembre, Stalin propone a Lenin concentrar las fuerzas armadas en un punto y «utilizar un pretexto adecuado para organizar un movimiento envolvente sobre Tiflis»<sup>74</sup>. Lenin hace oídos sordos. El 20 de noviembre, Stalin vuelve a la carga y propone un plan grandioso: «una guerra victoriosa de Turquía contra Georgia permitiría intervenir a Rusia como liberadora e intermediaria». Sin embar-

<sup>73</sup> *Ibid.*, p. 167.

<sup>74</sup> STALIN, *Oeuvres complètes, op. cit.*, t. 4, p. 393. «Tres años de dictadura proletaria».

go, sería necesario que los turcos estuvieran de acuerdo, lo que parece dudoso.

Tras asistir al congreso de los pueblos del Daghestan, prepara con Ordjonikidzé la invasión de Armenia, y el 21 de noviembre vuelve a Moscú. El 27 presenta al Politburó un informe sobre la conducta a seguir en la región. Tras haberlo oído, el Politburó recomienda adoptar una política de máximo apaciguamiento respecto a Georgia, Armenia, Turquía y Persia, es decir, tratar sobre todo de evitar la guerra. No fijar como meta una expedición contra Georgia ni contra Armenia ni contra Persia»<sup>75</sup> puestas en el mismo plano. Stalin vota esta resolución para uso interno e inmediatamente... prepara la violación. De acuerdo con el escenario establecido en Baku, se subleva un destacamento de comunistas armenios; el XI ejército, mandado por Ordjonikidzé, se precipita en su ayuda e invade Armenia; el gobierno nacionalista Dachnak, abandonado por una población harta de unas aventuras en las que se ha bamboleado desde hace casi tres años, se hunde. El 2 de diciembre se proclama la República soviética de Armenia. Después de la de Azerbaiyán, es la segunda victoria de Stalin en seis meses.

Ordjonikidzé presiona en Moscú para prolongar en Georgia la actuación armenia. El 15 de diciembre telegrafía a Lenin un auténtico ultimátum: el Buró caucasiense ha decidido por unanimidad que el XI ejército cruce las fronteras de Georgia ¡al amanecer del día siguiente! Lenin anula esta decisión. El 2 de enero de 1921, Kirov, a partir de ese momento plenipotenciario soviético en Tiflis, y Ordjonikidzé dirigen al Comité Central un documento en el que enumeran nueve razones para invadir Georgia. El 4 de enero, Stalin apoya esta petición en una carta a Lenin, siempre reacio. El 6 de febrero, Ordjonikidzé dirige un telegrama alarmista al Comité Central, a Lenin, a Trotski y a Stalin: teme perder Baku y afirma: «Georgia se ha transformado definitivamente en el Estado Mayor de la contrarrevolución mundial en Oriente Próximo»<sup>76</sup>. Para forzar la mano a Lenin, en la noche del 11 al 12 de febrero, Ordjonikidzé provoca un levantamiento de tártaros y osetes del distrito montañoso de Bortchalino, coordinado con el Estado Mayor del XI ejército estacionado en las fronteras, que se lanza en ayuda de los insurgen-

<sup>75</sup> *Perepiska 1912-1927, op. cit.*, p. 172.

<sup>76</sup> *Ibid.*, p. 173.

tes. El Politburó aprueba el 14 la invasión ya iniciada. El 16, Stalin acucia a Ordjonikidzé para que logre la colaboración de los mencheviques de izquierda prometiéndoles «concesiones, una amnistía, etc.»<sup>77</sup>.

La operación provoca la indignación de toda la socialdemocracia europea a la que es preciso calmar. El XI ejército barre entonces a la pequeña guardia nacional georgiana bajo la mirada de una población cansada de guerra civil, toma Tiflis el 26 de febrero y proclama allí la República soviética de Georgia. El gobierno menchevique huye el 10 de marzo. Ahora es necesario justificar esta invasión cara al exterior. El Politburó encarga a Trotski de la cuestión, lo que hará escribiendo *Entre el imperialismo y la revolución...*

El relato de los hechos y gestos militares de Stalin falsea su importancia real dando un exagerado relieve a una actuación semejante a la de decenas de otros dirigentes bolcheviques. En 1925 y 1926, Kakurín, oficial zarista adherido al Ejército rojo, publica una *Historia de la guerra civil*. Solamente cita una vez el nombre de Stalin, mientras que el de Vatsetis figura treinta y nueve veces y el de Budionny, catorce. En el primer tomo de una *Historia de la guerra civil* publicada en 1928 bajo la dirección del antiguo jefe de Estado Mayor Serge Kamenev y de Bubnov, uno de sus fieles, Stalin solo aparece en una fotografía, es decir, menos que Vorochilov, Budionny, Frunzé e incluso Kalinin. En cambio, determinado número de cuadros ven en él a uno de los altos dirigentes políticos del país. El cosaco rojo Mironov, volviéndose contra los bolcheviques, explica así a los cosacos que la Rusia soviética está dirigida por un quinteto: Lenin, Trotski, Stalin y otras dos personas cuyos nombres jamás indica.

Stalin salió transformado de la guerra civil. Se habituó, como otros, a mandar, a nombrar, a designar, a ser obedecido, a disponer soberanamente de la vida de los demás, a no dar cuentas más que a sus iguales del Politburó, es decir, del Comité Central, a resolver las cuestiones por la vía de la violencia... También experimentó una profunda aversión por Trotski y un odio terrible, según se ha dicho, por los «especialistas» militares o «burgueses».

En sus memorias, los Blancos suelen concederle una gran ventaja con relación a Trotski. Uno de ellos, Gueorgui Solomon, autor de unas memorias tituladas *Entre los jefes rojos*, publicadas en París en

<sup>77</sup> *Ibid.*, p. 167.

1930, pone en boca de un viejo bolchevique, Krasin, muerto en 1926, un párrafo increíble sobre el reparto de papeles entre ambos: «El más temeroso de todos es nuestro "feldmarshall" Trotski. Si no tuviera cerca a Stalin, un hombre que, ciertamente, no ha descubierto la pólvora, pero que es audaz y valeroso además de desinteresado, ya habría puesto pies en polvorosa... Pero Stalin lo controla y fundamentalmente es quien organiza la defensa de la Rusia soviética sin colocarse en primer plano y proporcionando a Trotski todos los atributos externos del poder de comandante en jefe... Y Trotski pronuncia unos discursos inflamados, publica unas órdenes altisonantes que le dicta Stalin». Solomon insiste en la honestidad y el notorio desinterés de Stalin, y lo presenta como el «comisario político» de Trotski al que manipula como una marioneta<sup>78</sup>. Esta caricatura melodramática es una etapa importante hacia la leyenda oficial que hará de Trotski el traidor enmascarado y luego desenmascarado por Stalin, el supremo salvador<sup>79</sup>. Pero el momento todavía está lejos. El 20 de octubre de 1920, tras dos años y medio de guerra civil, el jefe de la Tcheka crea una dirección especial encargada de la protección de los principales dirigentes. En definitiva se trata de tres: Lenin, Trotski y Dzerjinski<sup>80</sup>. La vida de Stalin todavía no es objeto de cuidados tan especiales...

<sup>78</sup> *Ibid.*, p. 178.

<sup>79</sup> *Ibid.*, p. 179.

<sup>80</sup> G. SOLOMON, *Sredi Krasnykh Vojdei* (Entre los jefes rojos), reedición Moscú, cap. X, 1995, pp. 120-121.

## Capítulo X

### LA RETIRADA

La derrota polaca coincide con una crisis larvada, y luego patente, del comunismo de guerra. Desde el verano de 1918 y hasta finales de 1920, la guerra civil había dominado la vida política, económica y social del régimen. El comunismo de guerra, marcado por la militarización general de la sociedad, impuso su sello a todas las instituciones: todo estaba subordinado al esfuerzo de la guerra y al mantenimiento en armas, en vestimenta, en botas y en alimentación de un ejército que reunía —incluidos los desertores— a cerca de 5 millones de hombres, de los que menos de la quinta parte eran operativos. De golpe, la actividad productiva no directamente ligada a sus necesidades se hundió, y la población moría de hambre. Durante el invierno de 1920, la ración alimenticia cotidiana más elevada, la de un obrero dedicado a trabajos agotadores, era de 225 gramos de pan, 7 gramos de carne o pescado (de ordinario podrido) y 10 gramos de azúcar, es decir, menos que la ración básica en el futuro Gulag.

El comunismo de guerra, según Trotski, es «la reglamentación del consumo en una fortaleza asediada»<sup>1</sup>, basada en la incautación sistemática de toda la producción agrícola. Esta incautación suscita la resistencia de grandes capas del campesinado y la formación de bandas rebeldes llamadas «ejércitos verdes» que luchan contra los Rojos, y aún más contra los Blancos, y exigen ante todo disponer libremente de su cosecha y su ganado. Sin embargo, el comunismo de guerra tiende paulatinamente a emanciparse de la necesidad que le vio nacer. En efecto, el gobierno intenta transformar esta reglamentación contingente de un consumo que declina en una organización total de la producción y del consumo. Esta tentativa de pasar del comunismo de guerra al, en una palabra, comunismo en la

<sup>1</sup> TROTSKI, *La révolution trahie*, París, 1969, p. 24.

penuria, la indigencia y la ruina generalizada solamente podía fracasar.

Para sobrevivir y paliar la ruina total y la desorganización de la producción, el régimen trata, desde 1918, de imponer la obligación del trabajo. Trotski la justifica en *Terrorismo y comunismo*. Las máquinas se gastan, escribe, el material rodante se deteriora, la guerra civil ha destruido las vías férreas, los puentes, las estaciones, y la Rusia soviética no puede recibir maquinaria del extranjero; y como, por otra parte, apenas produce artículos manufacturados ni dispone de mercancías o de herramientas que vender al campesino, no puede movilizar a la mano de obra indispensable para las actividades más elementales (desescombro de vías férreas, extracción de carbón, trabajos de construcción) pues, al faltar las mercancías, los salarios no valen para nada; esta mano de obra solamente puede conseguirse a través del trabajo obligatorio, lo que supone la coacción. Stalin está de acuerdo, pero se abstiene prudentemente de justificar por escrito los trabajos forzados.

Desde comienzos de los años 1920, determinados dirigentes bolcheviques advierten el fracaso del sistema. En enero, el VIII Congreso de los soviets decide, pues, sustituir las requisas por un impuesto que permita a los campesinos utilizar libremente sus excedentes, pero Lenin, para quien el comercio libre engendra el capitalismo, hace anular esa decisión. En febrero de 1920, Trotski denuncia en el Comité Central «la política actual de incautación de productos alimenticios [...] que provoca la progresiva decadencia de la agricultura, la dispersión del proletariado industrial, y amenaza con desorganizar completamente la vida económica del país». Propone reemplazarla «por un descuento proporcionado a la cantidad de la producción [...] establecido de tal modo que sea ventajoso, sin embargo, aumentar la superficie sembrada o cultivarla mejor»<sup>2</sup>. Lenin le acusa de hacer el juego a los kulaks y la propuesta es rechazada por 11 votos (el de Stalin entre ellos) contra 4. A pesar de estar agonizando, el comunismo de guerra, que subordina toda la actividad económica al Estado centralizador, continúa desplegando sus efectos de modo casi mecánico: el 20 de noviembre, quedan nacionalizadas todas las empresas que empleen a más de cinco trabajadores si cuentan con un motor, o a más de diez si no lo tienen.

<sup>2</sup> TROTSKI, «Cours nouveau», *De la Révolution*, Paris, Minuit, 1963, pp. 66-67.

Trotsky trata de racionalizar el funcionamiento de aquel moribundo, empresa condenada por anticipado y cuyas huellas pagará durante mucho tiempo. ¿Qué hacer con 3 millones de soldados desmovilizables en un país exangüe, devastado, arruinado, donde los fantasmas de los obreros merodean por unas fábricas espectrales, y donde 4.500.000 huérfanos, hambrientos y piojosos, merodean por ciudades y campos? Reintegrarlos a la vida civil es condenarlos al paro y al bandidaje. El IX Congreso del Partido (29 de marzo a 4 de abril de 1920), que condena la «deserción en el trabajo», recupera la propuesta de Trotsky de organizarlos en «ejércitos de trabajo» que se ocupen de cortar leña, de las reparaciones, del mantenimiento, de la reconstrucción. Se ignora lo que piensa Stalin, mudo una vez más a lo largo del congreso, salvo a puerta cerrada en el seno de la comisión de los sindicatos. Pero vota a favor y se crean ocho ejércitos de trabajo.

El primero de ellos rehace kilómetros de vías férreas obstruidas por vagones destrozados y por diversos escombros, pero los soldados, agotados, solamente piensan en la desmovilización y los campesinos, en el comercio libre. Una vez vencidos los ejércitos blancos, y terminada la guerra con el «polaco», el campesinado ya no soporta las incautaciones. Durante la guerra civil había defendido su tierra de los antiguos propietarios así como sus propios intereses —burlados por las requisas alimenticias—, contra el Ejército rojo y, temiendo el regreso de los primitivos dueños, las entregó a los bolcheviques. Pero una vez terminada la guerra, seguro de ser definitivamente dueño de la tierra, se levanta contra ellos. En la región de Tambov, cerca de 50.000 campesinos armados con horcas, hachas, fusiles, ametralladoras e incluso cañones se sublevan en noviembre de 1920 dirigidos por Antonov, un joven militante SR. Si la Unión del campesinado trabajador llama a los campesinos a «derribar el poder de los bolcheviques-comunistas»<sup>3</sup>, los amotinados no se levantan contra el régimen en sí, sino contra las requisas y por la libertad de comercio del grano. Estos motines campesinos locales o regionales, que carecen de una auténtica perspectiva política, suelen degenerar en saqueos. Podría federarlos un partido, pero ante el levantamiento de Tambov, los mismos SR se dividen entre el apoyo y la abstención, mientras que la suerte del régimen pende de un hilo.

<sup>3</sup> *Cahiers du mouvement ouvrier*, nº 4, diciembre 1998, p. 65.

La crisis provoca en el partido bolchevique una discusión febril en torno al papel y la evolución de los «sindicatos» en el comunismo de guerra. Trotski, llevando hasta el extremo la lógica del sistema, desea transformar los sindicatos en organizaciones que agrupen a los trabajadores para la producción y luchan por el aumento de la productividad: con este objeto, propone «sacudir» a la dirección de los sindicatos y nombrar responsables en ellos. Resume sus propuestas en un eslogan «militarizar a los sindicatos», expresión que sus adversarios, Stalin entre ellos, utilizarán a placer a partir de 1923, cuando oponga la democratización a la burocratización galopante del Partido. Las plataformas proliferan en torno a esta cuestión en el momento en que el comunismo de guerra agoniza: la de Trotski, la de Bujarin, la del centralismo democrático, la de la Oposición obrera dirigida por Chliapnikov, Medvedev, Kisselev el presidente de los sindicatos mineros, y por Alexandra Kollontai, que reclama el traspaso de la gestión económica a los sindicatos y denuncia la burocratización del Partido, y por fin, la llamada plataforma de los «Diez» (miembros del Comité Central) de Lenin, Zinoviev y Stalin.

Hace tiempo que los dos últimos trataban de convencer a Lenin de que, como antes de la guerra, Trotski reuniría a los hombres contra él. La «disputa sindical», con ocasión de la cual cada uno puede contar sus partidarios, les permite persuadirle. En la batalla pública contra Trotski, Stalin, una vez más en la sombra, solamente interviene en una ocasión con un artículo moderado titulado «Nuestras divergencias». Empezando desde arriba, distingue, en una parodia de síntesis, «el método de la coacción (método militar) y el método de la convicción (método sindical), pero, dice, la coacción incluye unos elementos subordinados y auxiliares de convicción, la cual, a su vez, encierra unos elementos de coacción igualmente subordinados y auxiliares...»<sup>4</sup>.

A propuesta de Zinoviev, el 6 de enero de 1921, los comunistas de Petrogrado piden que las elecciones al Comité Central no se celebren sobre la base de las listas de candidatos propuestos por las delegaciones regionales, sino a partir de los votos en las plataformas sindicales. Esto significa programar la eliminación de varios signatarios de la plataforma de Trotski. El 12 de enero, el Comité Central

<sup>4</sup> STALIN, «Nuestras divergencias», *Oeuvres complètes, op. cit.*, t. 5, pp. 5-7.



acepta la propuesta. Lenin quiere dar una lección a los iniciadores de una polémica, inoportuna en su opinión, en un país en harapos. El Estado ya no recauda los impuestos, que en enero representan solamente el 1% de sus ingresos; la emisión de papel-moneda, cuyo coste de fabricación supera el valor real, proporciona el 99% restante. La producción de hierro fundido representa el 2% de la de antes de la guerra, la del acero, el 2,4%; en algunas regiones, la madera es el único combustible de una industria esencialmente artesanal. Un millón de obreros hambrientos y ausentes la mitad del tiempo trabajan en unas fábricas con maquinaria vieja reparada a la buena de Dios, con cuyas piezas y la mitad de la producción se trafica en el mercado negro. En el mes de enero, las huelgas sacuden Petrogrado, Moscú y la provincia.

A lo largo de este siniestro mes de enero, Nadejda Allilueva da a luz a su primer hijo, Vasili. El apartamento del Kremlin se queda de nuevo un poco estrecho, sobre todo que ahora, al acabar la guerra civil, Stalin lo ocupa con más frecuencia. Solicita uno mayor. A pesar de que su buen amigo Abel Enukidzé administra el reparto de los apartamentos, y a pesar de sus títulos, las cosas se demoran. Nadejda no había podido actuar como militante durante su embarazo. La comisión de depuración del partido de su barrio la excluye por «total falta de interés por la vida del Partido»<sup>5</sup>. Stalin no interviene. Lenin pide el reintegro de la excluida, pero solo consigue que sea readmitida como simple becaria, obligada a aprobar las pruebas. No recuperará su estatus de titular hasta 1924. El partido bolchevique no vive todavía la hora de los jefes.

Desde diciembre de 1919, por una decisión «archisecreta» que obedece al deseo de Lenin de evitar la agitación en un partido de base muy igualitaria, se concede una ración especial, llamada «académica», a 500 sabios y especialistas diversos, ampliada, a lo largo del verano de 1920, a los responsables de catorce comisariados del pueblo, al Consejo superior de la economía nacional, al Consejo central de los sindicatos, a la Dirección de estadística y a los miembros de sus familias (con un máximo de cuatro raciones). A finales de 1920, 18.000 cuadros políticos, sabios, técnicos superiores y especialistas, en su mayoría no comunistas, se benefician de esta ración especial que les permite alimentarse y trabajar normalmente. Se

<sup>5</sup> *Izvestia TsK KPSS*, nº 8, 1991, p. 150.

compone de 8 kilos de harina al mes, 600 gramos de manteca, 1 litro de aceite, 200 gramos de té, 400 gramos de azúcar, 600 gramos de sal, 2.800 gramos de sémola, 4 kilos de pescado (generalmente seco), 16 kilos de legumbres (en su mayor parte de patatas), 400 gramos de jabón, 3 cajas de cerillas y 4 kilos de carne al mes. El aparato considera enseguida normales esos privilegios excepcionales en época de guerra civil y quiere eternizarlos. Será una de las primeras medidas de Stalin después de su ascenso al cargo de Secretario general.

El monopolio del poder y la guerra civil facilitan el desarrollo de estos privilegios. La hermana del bolchevique Muralov denuncia así la corrupción de los dirigentes de Stavropol al sur de Rusia: «Aquí, la palabra comunista designa a las personas que, ante todo, viven bien, comen a satisfacción, no hacen nada, beben, no se avergüenzan de meter la mano en los bienes públicos y recurren a la violencia, al látigo y a los puñetazos para solucionar el problema más insignificante»<sup>6</sup>. Los mineros del Donetz piensan lo mismo. Tales costumbres y los verdaderos privilegios, acrecentados por los rumores, alimentan las denuncias enardecidas de los panfletos anónimos contra «los dirigentes que se pasean en brillantes faetones, carruajes y coches» rodeados de «hordas de lacayos», «comen en abundancia y duermen tranquilamente y, lejos de pensar en las masas populares, quieren aún más privilegios». En Petrogrado circula el rumor de que la esposa de Raskolnikov, Larissa Reisner, imitando a Popea y a sus baños de leche, se baña en champán. Es falso, pero de todos modos ella vive muy bien.

Estos privilegios disgustan al Partido. En el pleno del Comité Central de mediados de julio de 1920, Preobrajenski plantea el problema de la desigualdad, denuncia determinado número de privilegios, de malversaciones, de abusos y, a principios de agosto, hace adoptar su punto de vista al Politburó. Ese mismo mes, la IX Conferencia nacional del Partido nombra una comisión de investigación sobre las desigualdades. Un apartado secreto del resultado público se refiere a los «privilegios de los ocupantes del Kremlin»<sup>7</sup>. La comisión dispone de unos poderes de investigación excepcionales. Sus tres miembros (entre ellos, Ignatov, dirigente de la Oposición obre-

<sup>6</sup> *Perepiska 1912-1927, op. cit.*, pp. 191-192.

<sup>7</sup> *Nezvestnaia Rossia (La Rusia desconocida)*, Moscú, istoricheskoe nasledie, 1992, t. 2, p. 261.

ra) entregan su informe el 2 de marzo de 1921 y tratan de hacerlo discutir en el X Congreso, pero los insurrectos de Kronstadt, cuyo levantamiento dura hasta el final del congreso, denuncian al mismo tiempo «los privilegios de los comisarios». El congreso difícilmente puede combatir la revuelta y al mismo tiempo alimentarla...

La comisión confirma la existencia en el Kremlin de auténticos aunque modestos privilegios. La sede del poder cuenta con dos cantinas, una para uso exclusivo del Comité ejecutivo central de los soviets y otra para el Consejo de los comisarios del pueblo y el Komintern. Al mediodía, un ocupante de la primera tiene derecho a 96 gramos de carne o de caza, 72 gramos de sémola, arroz o pasta, 8 gramos de aceite, manteca o tocino; el de la segunda, a 282, 128 y 24 gramos, respectivamente, y unos y otros tienen derecho a 12 gramos de sal (si no han recibido aceite, manteca o tocino). En 1920 viven en el Kremlin 1.112 civiles, 183 miembros del Partido y 929 sin partido. La mayoría se beneficia de las raciones del Comité ejecutivo. Los tres investigadores proponen reducir la superficie de la mayor parte de los apartamentos ocupados por dirigentes dividiendo las estancias grandes, así como revisar sensiblemente las normas de abastecimiento, sobre todo las de los enfermos, que reciben un plus de 2 huevos y 1 libra de pan diarios, pues el gran número de «enfermos permanentes suscita el descontento y la legítima indignación de las masas trabajadoras»<sup>8</sup>.

Los marineros-campesinos de la isla de Kronstadt —en el golfo de Petrogrado—, que se sublevan el 1 de marzo, elaboran un programa de quince puntos bastante cercano al de Tambov: reelección de los soviets, libertad de expresión para todos los partidos socialistas, supresión de las barreras viarias, abolición de los destacamentos de combate comunistas, libertad absoluta para el campesino que no recurre a la mano de obra asalariada, libertad de comercio. Una parte de los comunistas de la isla apoyan a esta plataforma, cuya divisa es: «Los soviets sin comunistas», una fórmula que, por otra parte, carece de texto. La revuelta es aplastada tras diez días de furiosos combates.

A pesar de las rebeliones campesinas de Tambov y de Siberia occidental, la guerra civil llega a su fin. El balance es abrumador: el Ejército rojo ha perdido 980.000 hombres, los dos tercios de los

<sup>8</sup> *Ibid.*, pp. 265-266.

cuales sucumbieron a las heridas mal curadas, a la falta de higiene y de medicamentos, al hambre, al frío, a la gangrena, al tifus y a la disentería. La mayoría de los seis millones de muertos de la población civil pereció por las mismas razones. Millones de míseros huérfanos comidos de piojos merodean por las ciudades en ruinas; la desmovilización del ejército lanza a las calles a hordas de soldados-campesinos sin trabajo. El país está exangüe. La hambruna amenaza.

En el X Congreso del partido bolchevique, reunido del 8 al 16 de marzo, Lenin insiste sobre el aislamiento de los comunistas en el poder, pues el Partido está suspendido en el vacío entre una clase obrera agotada, diezmada, hambrienta, descontenta, un campesinado rebelde deseoso de sacar por fin provecho de las tierras que la revolución les ha entregado, y los soldados-campesinos a los que «la desmovilización lanza a las calles, que no encuentran trabajo, que solamente conocen el oficio de las armas y que se dedican al bandidismo»<sup>9</sup>. Es preciso, pues, cambiar de política. Y mientras el Ejército rojo aplasta la revolución de Kronstadt, Lenin hace votar la sustitución de la requisita por el impuesto en especie: una vez satisfecho este impuesto, el campesino queda libre para vender sus excedentes. Es el inicio del retorno a la libertad de comercio, a partir de la que se asentará la nueva política económica (NEP).

En este congreso, Stalin tiene el encargo de informar sobre las tareas del Partido en el tema nacional, pero la discusión, eclipsada por Kronstadt, se reduce a tres breves intervenciones. El Congreso da fin con un cambio decisivo en el aparato dirigente: por haber firmado la plataforma sindical de Trotski, ninguno de los tres secretarios del Comité Central anterior (Krestinski, Preobrajenski y Serebriakov) sale elegido, a pesar de la ampliación. Los sustituyen en el secretariado tres hombres de Stalin: Molotov, Iaroslavski y Mijailov. El congreso crea una comisión central de control dirigida por Aaron Scholtz, próximo a Stalin.

Stalin sale elegido en sexta posición por 458 votos sobre 479. La victoria de la moción de los Diez ha abierto ampliamente el Comité Central a su clan, que cuenta con los grupos de Baku y de Tsaritsyn: el inquieto e irascible Ordjonikidzé, Enukidzé, el dócil Vorochilov, el intrépido aunque limitado Budionny, además de Molotov, seco burócrata llamado «culo de hierro», Iaroslavski, publicista locuaz,

<sup>9</sup> LENIN, *Oeuvres complètes, op. cit.*, t. 43, pp. 16-17. Discursos en el X congreso del PCR (b).

Petrovski y Kuibychev. Todos esos hombres, unidos por su aversión a Trotski al que consideran un intruso, irritados por la fórmula popular del «partido de Lenin y Trotski», no han representado, en su mayor parte, más que un papel de segunda línea en la revolución y en la guerra civil. En torno a este primer núcleo, Stalin añade a dos hombres marcados por una mancha que hay que borrar: Andreiev, que votó por la plataforma sindical de Trotski, y Kírov que trabajó con los KD antes de la guerra. Zinoviev, a pesar de sus títulos, del apoyo de Lenin, de la amistad de Kamenev, y seguro de manipular a su gusto a Stalin, solamente ha colocado a Frunzé en el Comité Central.

Las relaciones con el pueblo son más delicadas que las maniobras en la cumbre. Para celebrar la invasión de Georgia, Stalin marcha a Tiflis al día siguiente del congreso, desciende en el almacén del ferrocarril para arengar a los ferroviarios, en su gran mayoría mencheviques, que lo echan de la tribuna y lo sacan a empellones de la sala. Stalin borrará de su biografía la mancha de este viaje y de esta humillación.

La NEP se pone en marcha en mayo de 1921. En esta fecha, las empresas que empleen a menos de 21 personas (menos de 11 si cuentan con un motor) son privatizadas y cedidas a particulares contra la entrega al Estado del 10 al 15% de su producción durante un plazo de dos a cinco años. Al restablecer el sector privado y el mercado, la NEP está concebida como una pausa al mismo tiempo que una política a largo plazo: todo dependerá de la marcha de la revolución en los demás países. Lenin lo explica el 13 de noviembre de 1922 en un discurso en el IV Congreso de la Internacional. A causa del retraso, la incultura, el aislamiento y la herencia burocrática zarista de la Rusia soviética, es preciso construir los cimientos de una industria que califica de capitalismo de Estado en espera de que la revolución tenga lugar en un país civilizado. Si los partidos comunistas extranjeros «captan realmente la organización, la estructura, el método y el contenido de la acción revolucionaria [...], las perspectivas de la revolución mundial serán excelentes»<sup>10</sup> y la NEP, una sencilla pausa. Si no es así, serán necesarias generaciones enteras para transformar la mentalidad campesina. Stalin asiente en silencio.

<sup>10</sup> *Ibid.*, t. 45, p. 294.

La NEP saca a la luz algunos rasgos de la herencia de los tres años transcurridos desde octubre. El enorme aparato burocrático del zarismo no ha sido destruido ni desmantelado; solo se ha renovado parcialmente su reclutamiento. El aparato del Partido, mantenido, continúa ampliándose. Una parte de sus miembros se han adherido al partido dirigente. Así, en 1920, los 1.300.000 obreros de fábricas, ferroviarios y tranviarios, que forman una clase obrera desintegrada, en parte sin cualificar y viviendo del cuento, solamente representan al 1% de los 130 millones de habitantes de una Rusia soviética que cuenta con el doble de empleados de oficina. En el X Congreso del partido en marzo de 1921, Chliapnikov se burla de Lenin, que ha constatado la extinción del proletariado ruso y lo «felicitita por constituir la vanguardia de una clase ¡que ya no existe!»<sup>11</sup>.

La situación en el campo se restablece lentamente en medio de grandes dificultades. Desde octubre de 1917, el número de explotaciones ha aumentado de 16 millones a cerca de 25. La parcelación de fincas (una media de 2 hectáreas por familia), la carencia de caballos de tiro en una granja de cada tres y la utilización del arado de madera en dos de cada cinco, reducen a la gran mayoría de las explotaciones a no producir más que lo necesario para su propia alimentación, a menudo insuficiente y siempre amenazada. Y como última convulsión de la guerra civil y del comunismo de guerra, en 1921-1922, un hambre espantosa asola la cuenca del Volga, atormenta en Rusia a 23 millones de personas, extiende el tifus y, finalmente, causa más de 3 millones de víctimas.

El partido bolchevique de 1921 se parecía muy poco al de 1917. En tres años, medio millón de cuadros y de militantes, movilizados en cada circunstancia de la guerra, marcharon al frente. La mayoría de los 200.000 militantes de 1917 han perecido en él y 1 de cada 5 ha vuelto inválido o lisiado. Decenas de miles, procedentes de la Tcheka o movilizados en los destacamentos de incautación del trigo de los campesinos, empleaban a diario la coacción y la violencia. Los escasos militantes que volvieron a las fábricas fueron en ellas secretarios del Partido o del sindicato.

A lo largo de este año 1921, Stalin limpia su imagen de liberal. El 22 de agosto, el Comité Central lo pone a la cabeza de la sección de Agitación y propaganda (Agit-prop). Es su séptima responsabilidad

<sup>11</sup> *Compte rendu sténographique du XI Congrès*, Moscú, 1961, pp. 103-194.

oficial. Aprovechándose de la autoridad de Lenin, juega al arbitraje y a la conciliación. En septiembre de 1921, las protestas contra el corporalismo de Zinoviev conmocionan al Partido. El 21, Lenin, Stalin y Molotov crean una comisión de conciliación. El 23, Lenin recibe en el apartamento de Stalin al intrigante Uglanov, un adversario de Zinoviev desautorizado por la comisión. Sin embargo, en la víspera del XI Congreso, Stalin aleja a Uglanov. Gana en los dos campos: ha apoyado a los partidarios de la democracia y protegido a Zinoviev, que muy pronto le devuelve el favor.

Ahora se siente lo bastante fuerte como para maltratar a Krupskaja, la mujer de Lenin. El 24 de noviembre, ella pide al Politburó que delimite claramente las funciones del Agit-prop dirigido por Stalin, y de la Dirección política de la Instrucción pública que ella preside, insistiendo en el exagerado crecimiento del aparato del Agit-prop. Stalin se lo devuelve a Lenin. Acusa a Krupskaja de mostrar «ligereza» y «precipitación» en el modo de proporcionar unas cifras erróneas (¡lo que es falso!), de contar «puras pamplinas», y luego reprocha a Lenin que en realidad pretenda alejarle del Agit-prop cuando le había impuesto ese trabajo al que no aspiraba. Sin embargo, se dice dispuesto a desaparecer. «Pero, afirma, si planteas la cuestión precisamente ahora [...], nos pondrás a ambos, a ti y a mí, en una situación embarazosa. Trotski y los demás pensarán que lo haces «a causa de Krupskaja», que exiges una víctima y que yo estoy de acuerdo en ser «esa víctima», lo que no es deseable»<sup>12</sup>. Acusado de ceder ante su mujer, Lenin cede ante Stalin. Ya está debilitado: la enfermedad le impide asistir a la XI Conferencia nacional del Partido que se celebra a mediados de diciembre de 1921. Los plazos de la sucesión se acortan.

Stalin lo presiente y prepara escrupulosamente el siguiente congreso. A comienzos de enero de 1922 convoca a Anastas Mikoian y «en nombre de Lenin» le confía una misión que este ignora: Trotski y sus partidarios, le dice, se muestran tranquilos por táctica, para introducir en el Comité Central a gran número de ellos y luego organizar un golpe. Los «trotskistas» son muy numerosos en Siberia. Pide a Mikoian que se dirija allí y reduzca al mínimo el número de delegados en el congreso.

<sup>12</sup> Carta de Stalin a Lenin del 24 de noviembre sobre el Agit-prop y Krupskaja, *Istoricheski Arhiv*, n° 2, 1994, pp. 218-219.

No repara en gastos. En ausencia de Zinoviev, Kamenev y Trotski, el 28 de enero de 1922, una veintena de militantes veteranos, Stalin entre ellos, crea la Asociación de antiguos bolcheviques en la cantina del Consejo de comisarios del pueblo en el Kremlin ¿Quién puede ser miembro de ella en un partido que cuenta entonces con 514.000 militantes? En nombre de la igualdad y la democracia, Stalin se opone a la idea sugerida por uno de ellos de «distinguir entre los miembros fundadores de la asociación y los otros; eso daría un aspecto de privilegios [...] la asociación debe estar integrada solamente por antiguos bolcheviques que se hayan afiliado antes de 1905 y no hayan abandonado nunca el Partido»<sup>13</sup>. Redacta unos estatutos que son aprobados por unanimidad. La asociación es un club cerrado: desde 1922 hasta 1927, el número de asociados apenas supera los 500 miembros.

<sup>13</sup> T. KORJUNINA, «La asociación de antiguos bolcheviques», *Voprossy Istorii, KPSS*, n° 11, 1990, p. 52.



## Capítulo XI

### SECRETARIO GENERAL

La burocratización del partido comunista en el poder provocó en sus filas un vivo descontento que estalló brutalmente en el XI Congreso de marzo de 1922. En una sesión a puerta cerrada se discutió una protesta firmada por 22 militantes que la Oposición obrera había enviado al Comité ejecutivo de la Internacional denunciando los atentados a la democracia en el seno del partido ruso. La votación, no hecha pública, resultó ser una severa advertencia: 227 delegados votaron a favor de una resolución que, apoyada por todo el Politburó, rechazó la protesta de los 22, pero 215 votaron a favor de la moción de Antonov-Ovseenko que exigía «un cambio de actitud respecto a los disidentes»<sup>1</sup>, cuyas propuestas apoyaba. Esta votación ilustra la amplitud del descontento y atestigua el carácter democrático de la elección de delegados en los congresos regionales. Stalin no olvidará la lección.

Su carrera conoce ahora un giro definitivo. En el congreso, Preobrajenski se enfrenta a él porque, explica, como miembro del Politburó y dos veces comisario del pueblo, simboliza por sí solo la desenfadada burocratización del poder. Stalin no responde; de ello se encarga Lenin: «Ningún otro podría ser comisario para las Nacionalidades. Y lo mismo sucede en la Inspección obrera y campesina. Es un trabajo titánico... Es preciso que a la cabeza haya un hombre dotado de autoridad; en caso contrario, nos empantanaremos y nos ahogaremos en medio de mezquinas intrigas»<sup>2</sup>. Unas intrigas a las que Lenin le considera realmente ajeno.

Por fin, el 4 de abril de 1922, el Comité Central elegido en este congreso —a lo largo del cual, Stalin, siguiendo su costumbre, ha

<sup>1</sup> CRCEDHC, fondos 48, inventario n.º 1, dossier 14. Este voto permaneció en secreto en 1922 ni constaba en un anexo del acta mecanografiada del XI Congreso publicada en 1961; será preciso esperar a 1991 para que salga de los archivos y publicada por N. Simonov en *Voprossi Istorii KPSS*, n.º 1, 1991, p. 51.

<sup>2</sup> *Compte rendue sténographique du XI Congrès*, *op. cit.*, p. 143.

permanecido en silencio excepto entre bastidores— le nombra para un nuevo cargo, el de Secretario general del Comité Central, asistido por sus fieles Molotov y Kuibychév. Kamenev, que presidía la sesión, propuso su candidatura de acuerdo con Zinoviev. Según Trotski, Lenin dijo entonces: «Este cocinero solo preparará platos picantes». La autenticidad de la frase, repetida en el transcurso de los años por los decepcionados partidarios de Stalin (Martemian, Riutín, Fiodor Raskolnikov, etc.) es indiscutible. Pero debió de ser más tardía y ambigua. Lenin, presente, no planteó ninguna objeción y nada anunciaba la brutal degradación de sus relaciones con Stalin. Así, no se puede creer a Trotski cuando, en *Mi vida*, afirma: «Stalin fue elegido Secretario general del Partido en contra del deseo de Lenin, que se resignó a verle en ese cargo mientras que él mismo estaba a la cabeza del Partido»<sup>3</sup>. *Pravda* dedica cuatro líneas a la noticia y *L'Humanité* ilustra la suya con una foto de Frunzê. La decisión parece, pues, de escaso relieve.

Stalin es poco conocido fuera de la jerarquía de la que pasa a formar parte. A diferencia de Mussolini o de Hitler, cuyo ascenso estuvo sembrado de proezas logradas o fracasadas, él parece surgir de las sombras, incluso de la noche. No figura entre las *Siluetas revolucionarias* de Lunatcharski, comisario de Instrucción pública, publicadas en 1923. Desdibujado, no apareciendo apenas en la tribuna en la que otros hacen maravillas, se entrega a un trabajo entre bastidores junto a los delegados de su nivel, a los que se asemeja y que tienen la impresión de hablar de igual a igual con él. El futuro dirigente de la Hungría socialista, Mathias Rakosi, miembro del Comité ejecutivo del Komintern, describe en sus memorias su «aspecto sencillo, incluso provinciano» y añade: «Conmigo, como con los extranjeros, hablaba siempre cortésmente, serenamente, pero yo solía tener la impresión de estrechar un guante de vidrio que ocultaba una mano blindada»<sup>4</sup>. Como la mayor parte de los delegados, es un mal orador, su dicción es monócorde, su vocabulario pobre y, por tanto, accesible. La doble sencillez semántica y retórica de sus discursos y de sus escritos, que construye a base de preguntas y respuestas como un catecismo, seduce a los miembros zafios del aparato.

<sup>3</sup> TROTSKI, *Ma vie, op. cit.*, p. 473.

<sup>4</sup> *Istochnik*, n° 1, 1997, p. 114, y *Istorichesii Arkhiv*, n° 3, 1997, p. 114.

Con increíble jactancia, su amigo Enukidzé dirá: «No tememos a Stalin. En cuanto pretenda adoptar aires de grandeza, lo eliminaremos»<sup>5</sup>. Sus iguales aprecian en él al organizador, al gestor que hace ejecutar rápidamente las decisiones tomadas, al estricto controlador capaz de implantar la disciplina, pero apenas toman en cuenta su capacidad intelectual. Dos años después, a raíz de la campaña contra Trotski, David Riazanov le dirá con aire condescendiente: «Déjalo, Koba, no te pongas en ridículo. Todo el mundo sabe muy bien que la teoría no es tu fuerte»<sup>6</sup>. En la víspera de su ruptura con él, Bujarin confiará a Trotski: «Su principal cualidad es la flema. Su segunda cualidad es una envidia sin límites por los que saben o pueden más que él»<sup>7</sup>. ¿La flema? Depende de los casos. Ciertamente muestra esa flema durante los discursos y los debates teóricos que apasionan a Bujarin, pero también se muestra tenaz, encarnizado y obstinado en el trabajo del aparato, del secretariado y de las intrigas. Ivan Smirnov zanja: «Es un hombre completamente oscuro e insignificante»<sup>8</sup>. Kamenev añade: «Es exactamente un político provinciano». Trotski comenta: «Oscuro sí, insignificante no», y resume ese manojo de cumplidos con un oximorón brutal: «Es la mediocridad más eminente de nuestro partido»<sup>9</sup>.

Pero, a pesar de sus caprichosos enojos, Lenin lo apreciaba. En diciembre de 1922 lo presentaba como uno de los dos hombres más «eminentes» del Comité Central. Y cuando, el 4 de enero de 1923, pidió que apartaran a Stalin del cargo de Secretario general, lo que criticaba era su carácter, no su valía. Cuando lo colocó en aquel cargo, Lenin pensaba que estaba confiando el control del aparato central del Partido a uno de los raros dirigentes ajenos a las continuas luchas de facción, garantía, por lo tanto, de neutralidad y de sosiego. Su discreción en los congresos apoyaba esta imagen. Por su parte, Zinoviev creía poder manejar fácilmente contra Trotski a aquel palurdo silencioso, pero Lenin y él se equivocaban absolutamente. Muy pronto se darían cuenta, pero sería demasiado tarde.

<sup>5</sup> TROTSKI, *Staline*, op. cit., p. 562.

<sup>6</sup> J. ROKITJANSKI y R. MULLER, *Krasny Dissident* (El disidente rojo), Moscú, Academia, 1996, p. 97.

<sup>7</sup> TROTSKI, *Ma vie*, op. cit., p. 417.

<sup>8</sup> TROTSKI, *Les crimes de Staline*, op. cit., p. 116.

<sup>9</sup> TROTSKI, *Ma vie*, op. cit., p. 492 (y 518).

Abril de 1922 es una fecha clave, cuando quizá Stalin anota al dorso de la cubierta de un libro de Lenin, *Materialismo y empiriocriticismo*, los siguientes comentarios sin datar: «Los únicos rasgos que se pueden calificar de vicios son la debilidad, la pereza y la estupidez. ¡Todo lo demás [...] constituye indudablemente una virtud! Si un hombre es 1º (espiritualmente) fuerte, 2º enérgico, 3º inteligente (o capaz), entonces es bueno, independientemente de sus otros «vicios»<sup>10</sup>.

Stalin se instala en un pequeño inmueble no lejos del Kremlin, en la calle Vozdvijenska, ocupado por el Comité Central, que tiene empleadas allí a 200 secretarías apiñadas en unos reducidos despachos. Desde ese puesto, tejerá la tela de araña con la que acabará por cazar a sus adversarios.

Reorganiza el aparato dirigente, compuesto a partir de entonces de tres organismos: el Politburó, el Buró de organización y el Secretariado. El Politburó, creado en marzo de 1919 y compuesto por cinco miembros y, después, por siete, se reúne semanalmente y adopta las decisiones políticas; el Buró de organización, creado en enero de 1919 y compuesto inicialmente también de cinco y, luego, siete miembros, se reúne por lo menos tres veces por semana para poner por obra una parte de dichas decisiones: afecta a los cuadros superiores del Partido, prepara sus conferencias y congresos, estudia y controla los informes de las instancias inferiores del Partido a la dirección y redacta las contestaciones a las preguntas que contienen. El Buró de organización designado el 3 de abril de 1922 está formado exclusivamente por hombres próximos a Stalin (Andreiev, Kuibychev, Molotov) o que le apoyan (Dzerjinski, Rykov, Tomski). El Secretariado del Comité Central, creado también en marzo de 1919, apoya al Buró de organización, uno de cuyos miembros forma parte del Secretariado, asistido por cinco secretarios o ayudantes técnicos. Transcribe en instrucciones comprensibles —y por lo tanto interpretadas a su gusto— las decisiones del Politburó, redacta las circulares de aplicación, envía, designa, traslada, revoca y mueve la masa de cuadros del Partido.

Stalin es el único que pertenece a los tres organismos dirigentes, pero dedica toda su energía a reorganizar el Secretariado, con objeto de hacer de él un auténtico centro decisorio colocado bajo su di-

<sup>10</sup> B. SLAVIN, «El hombre del poder absoluto», *Pravda*, 21 de diciembre de 1994.

rección y la de sus dos adjuntos, Molotov y Kuibychév (reemplazado por Rudzutak en 1923), ayudados por los fieles Mejlis y Tovstujá, que dirigen también su secretariado personal. En junio de 1924 ampliará el Secretariado a cinco miembros entre los que figuran Molotov y Kaganovitch, hijo de zapatero remendón como él, medio inculto, pero una auténtica fiera para el trabajo.

El Secretariado descansa en dos departamentos: «organización y destino» por una parte, y por otra «organización e instrucción». El primer departamento asegura el lazo entre las instancias locales del Partido, el registro, la elección y el reparto de cuadros; dirige la «nomenklatura», es decir, la lista de puestos en el Estado cuya nominación debe supervisar (teóricamente) el Comité Central; en 1922, en esta lista figuran menos de mil personas. El segundo, confiado a Kaganovitch, denominado a partir de 1926 «Departamento secreto» del Secretariado, redacta y envía a todas las instancias del Partido un «modo de empleo» de las resoluciones del Politburó y del Comité Central. Uno de sus miembros, Balachov, explica así su necesidad: «El Comité Central estaba obligado a dar unas instrucciones amplias y detalladas a los cuadros en su propio terreno por dirigirse a personas en su mayoría poco instruidas, que con frecuencia no comprendían el contenido de las resoluciones y, en consecuencia, tenían necesidad de explicaciones y de indicaciones concretas»<sup>11</sup>. Este es el trabajo del Secretariado. El Politburó y el Comité Central ponen a punto los textos que la cancillería de Stalin interpreta, traduce y comenta para los miles de cuadros encargados de aplicarlos. Tiene, pues, poder de decisión a la sombra del Politburó, y muy pronto en su lugar.

Junto a estas tres instancias, la comisión central de Control (o comisión de Conflictos), creada en 1920, está dirigida por dos hombres sumisos a Stalin, Aron Soltz —reemplazado en la presidencia en 1923 por Kuibychév, y luego, en 1926, por Sergo Ordjonikidzé— y Marvei Chkiriátov. Este último, un apparatchik brutal, cuyas cartas están sembradas de faltas de ortografía, al enterarse un día por su madre de la condena de su propio hermano a dos años de prisión por hurto, manifestará su firmeza «bolchevique» exigiendo el aumento de esta pena demasiado leve a sus ojos.

<sup>11</sup> Las memorias de Balachov han sido publicadas en la revista *Politicheskije Issledovania* (Investigaciones políticas) en 1991. Cito apoyándome en las pruebas enviadas por la redacción, más completas que el texto publicado.

En 1922, el Secretariado del Comité Central aparece como un aparato independiente al lado de otros organismos que disponen cada uno de su jerarquía y sus servicios: el Komintern y el soviét de Petrogrado dirigidos por Zinoviev, el Comisariado de la Guerra y el Comité militar de la República dirigidos por Trotski, el Consejo de Trabajo y Defensa y el soviét de Moscú dirigidos por Kamenev, el Consejo superior de Economía nacional dirigido por Rikov, el Consejo central de sindicatos dirigido por Tolski y la GPU (que ha sucedido a la Tcheka ese mismo año) dirigida por Dzerjinski. Hasta entonces, estos aparatos habían funcionado más o menos en paralelo, y los conflictos entre ellos se resolvían bajo la dirección de Lenin en el Politburó del que todos, menos Dzerjinski, eran miembros. La situación se modifica en 1922. De abril a septiembre, cuando Lenin ya está fuera de la vida política a causa de su enfermedad, la respectiva importancia de los distintos aparatos ya ha sido fuertemente modificada. Es patente que, con la llegada de la paz, el aparato militar dirigido por Trotski ha quedado reducido a un papel secundario con la desmovilización del ejército, que en dos años pasa de cerca de 5 millones de hombres a medio millón. Y lo mismo sucede en el Consejo de Trabajo y Defensa. Al alejarse la revolución mundial, el Komintern pierde peso también. A medida que el partido único ejerce su control sobre ellos, se reduce el margen de independencia de los organismos gubernamentales y económicos y, sobre todo, del aparato sindical. Por otro lado, refuerza su influencia el Consejo superior de Economía nacional, a la cabeza del cual es nombrado muy pronto (en 1924) Dzerjinski, jefe de la GPU, fiel a Stalin.

Stalin se dedica de entrada a reforzar el peso de su aparato instaurando unas estrictas reglas de funcionamiento; una de las más importantes es la generalización sistemática del secreto introducido durante la guerra civil. Entonces, el Comité Central había montado un servicio de cifrado destinado esencialmente a los textos con connotaciones militares, y después, en septiembre de 1920, a ciertos documentos de la dirección del Partido. A lo largo del año 1922, Stalin regula y generaliza el sistema: pone en marcha una correspondencia secreta destinada al Secretariado que solo tiene permiso de abrir su primer adjunto, y sistematiza el uso de la correspondencia cifrada.

El Secretario general no puede desempeñar protagonismo más que si la situación confiere a esta función un papel decisivo. Y este

es el caso. En 1917, la toma del poder por los bolcheviques de Lenin había coronado una gigantesca explosión social y, en su opinión, para triunfar debía desembocar en una revolución europea ineludible a causa del trauma de la guerra mundial. En caso contrario, la revolución rusa perecería ahogada o estrangulada. Ahora bien, las perspectivas de una revolución internacional se alejan después del fracaso en Alemania (1919-1921), en Hungría (1919) y luego en Italia (1920). El dinamismo de 1917 se destensa; 1922 es el año del gran cansancio. A pesar de algunos sobresaltos en los límites orientales del país, la guerra civil llega a su fin dejando tras ella 6 millones de muertos, puentes destruidos, ciudades arrasadas, vías de ferrocarril atascadas, 4,5 millones de huérfanos abandonados y 3 millones de soldados del Ejército rojo desmovilizados, frecuentemente sin trabajo, y tentados por todas partes por el bandolerismo.

Todo el mundo vive angustiado por los problemas de la vida cotidiana. Lenin impone al Ejército unas tareas prosaicas, típicas del nuevo período. En un artículo titulado «El cuidado en los detalles», exige «que las botas estén engrasadas a tiempo y anudadas con cuidado», que se cubran los pequeños deterioros de las calzadas que, si no se reparan, se convierten en agujeros y grietas», «que no se escupa ni se tiren colillas en las escaleras»<sup>12</sup>. Nos encontramos muy lejos del romanticismo revolucionario.

Militantes y partidarios que durante tres años habían surcado el país de este a oeste y de norte a sur, entablado batalla contra los ejércitos blancos y contra los ejércitos llamados verdes de los campesinos, dirigido destacamentos de incautación o grupos punitivos de la Tcheka, acceden sin preparación a múltiples tareas. La mayor parte de los supervivientes se afanan por encontrar un empleo, aprovecharse del triunfo, del poder y de sus privilegios. La NEP favorece estas aspiraciones. La carrera está abierta desde entonces no para conseguir los laureles, sino los frutos de la victoria. El menor privilegio pesa duramente en este país arruinado. Así, en 1922, por el Turkestán corre el rumor de que Lenin concede un par de zapatos a los miembros del partido de la República, que ahora cuenta con 27.000. En pocos días se suman 30.000 miembros nuevos... Pronto se enterarán de que el par de zapatos en cuestión está desti-

<sup>12</sup> *Les questions du mode de vie*, anexo a la reedición de *Littérature et Révolution*, París, Les Éditions de la Passion, 2000, pp. 314-316.

nado a los responsables, con objeto de que puedan llevar a cabo sus visitas. Inmediatamente dimiten los 30.000 afiliados...

El régimen de partido único, instaurado de hecho durante la guerra civil e institucionalizado en 1922, abrió las puertas del partido a una legión de miembros del antiguo aparato del Estado y de los partidos vencidos, cansados también ellos de las tempestades, y cuyo deseo de triunfo personal era inversamente proporcional a la convicción ideológica. Ahora, el Partido tiene que hacer vivir a una sociedad exangüe y paralizada, dedicada por entero a encontrar los medios para comer, vestir y calentarse. Omnipresente, el Partido se hace cargo de las funciones políticas, económicas, administrativas, sociales e incluso militares. Esta multiplicación de tareas explica el número creciente de sus miembros y el incremento de su aparato, que ya no precisa de políticos, tribunales, agitadores de la revolución ni mandos o jefes de escuadrón como en tiempos de la guerra civil, sino de redactores, de contables, de administradores expertos en calcular, controlar, supervisar, administrar, autorizar o prohibir, ocultar un informe, un contrainforme o una síntesis, y de informadores que tomen el pulso a la población. Todos esos individuos, sentados en sus oficinas, enseguida ven en el papeleo lo esencial de la misión del militante. Consideran a los charlatanes, que con sus interminables discusiones obstaculizan este trabajo, como importunos y luego como saboteadores; muy pronto, la primera tarea del «socialismo» será, para ellos, la de preservar y mejorar su propio estatus.

Decenas de miles de antiguos funcionarios zaristas, antiguos miembros de partidos disueltos, cuadros militares desmovilizados, cuadros medios del Partido que accedieron a funciones de mando durante la guerra civil forman el esqueleto de este aparato tentacular. Ahora bien, los aparatos, marginados durante el período revolucionario, ocupan un lugar primordial cuando se trata de reconstruir. Es la gran baza del Secretario general quien, al desarrollar el aparato, aumenta el número de puestos de mando y de control: así, el 6 de junio de 1922, el Comité Central crea la Dirección principal de la censura (Glavit) dotada de secciones en Moscú, Petrogrado, Smolensko, Rostov, Saratov, Ekaterimburgo, Kiev, Odessa, Jarkov y Siberia; la organización de cada una de ellas, regida por un director y dos adjuntos, implica una decena de empleos de responsables, de suplentes y de secretarías. El Glavit está sostenido por un Comité del repertorio (teatral) que incide también en las distintas repúbli-



cas y enseguida cuenta con 53 subdivisiones provinciales (las Gublits)... que hacen proliferar nuevos empleos de control del papeleo. Tras cinco años de sacudidas, este proliferante aparato aspira a la tranquilidad. Necesita un patrono que le garantice un empleo pacífico de la victoria, ponga fin a las interminables discusiones que molestan, fatigan, hacen perder tiempo, y garantice a los «cuadros» unos beneficios tangibles y duraderos.

La rápida fusión del Estado y del Partido hace coexistir, y luego entrar en simbiosis, al aparato político de origen plebeyo con la antigua burocracia zarista cuyos hábitos adopta rápidamente: el funcionamiento rutinario; el engreimiento y la corrupción. Anatole Leroy-Beaulieu escribía cuarenta años antes: «La ignorancia, la pereza, la rutina son solo defectos de la burocracia rusa; su gran vicio es la venalidad». Y continúa: «Todos los servicios del Estado han estado marcados por [la malversación, el fraude, la corrupción bajo todas sus formas. [...] Un dicho popular comenta que en Rusia roba todo el mundo y que incluso Cristo robaría si no tuviera las manos clavadas a la cruz»<sup>13</sup>.

Este Estado, acorralado entre la amenaza de mongoles y tártaros por el este y la de lituanos, polacos, alemanes y suecos por el oeste, se había edificado como una máquina militar que devoraba los recursos de la nación. Había frenado el desarrollo de la economía (excepto en los sectores que producían para el ejército), las diferencias sociales y la formación de una burguesía nacional. Por otra parte, la naturaleza parasitaria de los gastos presupuestarios elevó al rango de primer cuerpo del Estado a la casta militar, ávida de privilegios y de prebendas. Rusia no conoció jamás una burguesía susceptible de convertirse en un Tercer Estado, de representar a la Nación y de crear un cuerpo de funcionarios capaz de asegurar un servicio público digno de ese nombre. Rusia solamente conoce el «ukase» y el atropello. El Estado ruso siempre fue algo personal del zar, su servicio privado, el que defendía sus intereses y los de una Corte ruinosa. Y todo seguirá lo mismo con Stalin.

Por una parte, la NEP genera una capa social nueva formada por comerciantes, negociantes, intermediarios y traficantes de todo tipo, los *nepmen*, que se aseguran una parte creciente de los intercambios entre la ciudad y el campo. Ante un futuro incierto, se enrique-

<sup>13</sup> A. LEROY-BEAULIEU, *L'Empire des tsars et les Russes*, op. cit., pp. 529-530.

cen rápidamente, gastan a la misma velocidad y compran a puñados a funcionarios de los soviets y de los cuadros del Partido. Su enriquecimiento y el desarrollo galopante de la corrupción dentro del aparato del Estado y del Partido favorecen las desigualdades y los privilegios.

En esta época, un grupo de miembros del KD, dirigidos por el profesor Ustrialov –antiguo jefe de prensa del almirante Koltchak–, reunidos en torno a la revista *Cambio de orientación* (publicada en Praga desde noviembre de 1921), invitan a los emigrados a unirse en torno al nuevo poder que, al salvar la integridad territorial del Imperio ruso y del Estado, encarna, dicen, el futuro nacional de Rusia. Volverán a la URSS y, excepto Ustrialov, fusilado en 1938, todos se convertirán en «ideólogos» del stalinismo. Uno de ellos, Korovin, será incluso consejero de la delegación soviética encargada en 1945 de las negociaciones sobre el estatus de la ONU.

Stalin, miembro del Partido desde sus orígenes, del Comité Central desde 1912 y del Politburó desde el momento de su creación, es el dirigente que mejor responde a las dos necesidades del aparato: la tranquilidad y la garantía de sus aún modestos privilegios. También para él las discusiones son charlatanería inútil; y lo subraya, además, calificándose insistentemente a sí mismo de «práctico», por oposición a los «teóricos», necesariamente locuaces. Gracias a su silencio en los congresos, resulta ser el más discreto de los miembros del Politburó y del gobierno. Escribe poco y habla poco. Gruñe, murmura, fuma la pipa y, finalmente, tranquiliza a todo el mundo.

## Capítulo XII

### EL ÚLTIMO COMBATE

En el momento en que Lenin emprende una firme ofensiva contra el aparato del Partido, Stalin se encuentra a la cabeza. La NEP, insiste Lenin, necesita directores, gestores, contables e intendentes competentes. Pues bien, comprueba que todos los puestos económicos están ocupados por fieles y honestos cuadros del Partido, pero francamente incompetentes. Y declara la guerra a la incompetencia.

Ante la fracción comunista del sindicato de metalúrgicos, afirma que las empresas comerciales deben estar dirigidas por personas expertas, y critica a los comunistas por servir solamente para multiplicar reuniones y comisiones: «La depuración ha expulsado del Partido a unos cien mil timadores y ladrones. Pero eso no basta». Expresa el deseo de que, después del próximo congreso del Partido, «sufran la misma suerte las decenas de miles de militantes que, al día de hoy, solo saben organizar las reuniones, pero no el trabajo eficaz». Y añade: «Nuestro peor enemigo interno es el burócrata, y el burócrata es el comunista que ocupa un puesto de tipo soviético responsable (y también irresponsable) [...]. ¡Hemos de desembarazarnos de este enemigo!»<sup>1</sup>.

Aquellos burócratas, amenazados de ser sustituidos por «especialistas burgueses» y devueltos a su oficio, saben que Lenin no habla por hablar. Testigos, el ejército y la GPU: las reducciones presupuestarias disminuyen los medios de la policía política, que se ve obligada a reducir los sueldos y a despedir masivamente. El 20 de junio, el presidente de la GPU de Ucrania, Mantsev, en una carta apocalíptica a Dzerjinski se queja de las consecuencias desastrosas de las reducciones presupuestarias que le han obligado ya a liquidar al 75% de sus efectivos, explicándole que los agentes en ejercicio, sobre to-

---

<sup>1</sup> LENIN, «Expulsar a los burócratas reuionistas», *Oeuvres complètes, op. cit.*, t. 45, pp. 13 y 15. Sobre la situación internacional e interior de la República.

do los que tienen cargas familiares, solamente pueden sobrevivir vendiendo en el mercado sus escasos bienes, y se encuentran «en una situación de ayuno permanente» que da lugar a «numerosos casos de suicidio debidos al hambre y a un extremado agotamiento». Incluso ha recibido cartas de colaboradoras que se declaran obligadas a prostituirse para no morir de hambre. La GPU, dice, ha detenido y fusilado a centenares de sus agentes por casos de violencia y de pillaje provocados por el hambre<sup>2</sup>. Los directivos comunistas, acostumbrados a delegar y a votar decisiones kilométricas, no están en absoluto dispuestos a sufrir la misma suerte. Buscan un protector para defenderse. Stalin, por su situación en el centro de los burós centrales, es su hombre. Y lo sabe.

El X congreso del Partido ha prohibido provisionalmente las «fracciones», es decir, los agrupamientos internos. Esta prohibición es pan bendito para Stalin. El partido bolchevique, temiendo que la apertura al capitalismo privado proporcionara una base social a las fuerzas políticas hostiles al régimen, hizo que en 1922 el poder prohibiera definitivamente los demás partidos socialistas. En julio-agosto de 1922, un gran proceso abierto contra treinta y cuatro dirigentes socialistas-revolucionarios condena a muerte a doce de ellos (pena conmutada posteriormente) y a otros diez, a penas de prisión por atentados durante la guerra civil.

Las circunstancias favorecieron la promoción de Stalin. El 26 de mayo de 1922, un primer ataque alejaba a Lenin durante cuatro meses de toda actividad política: Lenin se instaló en Gorki, en una gran finca situada a unos cuarenta kilómetros de Moscú. Stalin lo visitaba con regularidad: doce veces durante ese período. Trotski, nunca. Diría que le habían ocultado la enfermedad y la dirección de Lenin... que habría podido conseguir fácilmente si lo hubiera querido. Pero sus relaciones se habían deteriorado desde la disputa sindical, y en ocasiones Lenin se reunía, sin él, con Zinoviev, Kamenev y Stalin, al que un día, cuando se sepa ya incurable, pedirá que le proporcione un veneno.

Stalin guarda silencio. El 5 de mayo publica algunos recuerdos en el X aniversario de *Pravda*, y el 24 de septiembre, víspera de su retorno a la actividad, unas notas falazmente tranquilizadoras sobre

<sup>2</sup> La carta de Mantsev viene citada en I. GOLAND, «La política y la economía», *Znamia*, n.º 3, marzo 1990, pp. 190-191.

el estado de salud del «Viejo». A continuación no publicaría más que una entrevista sobre la formación de la URSS, el 13 de noviembre, y solamente hablará en público dos veces, los días 26 y 30 de diciembre, en el Congreso de los soviets con ocasión de la proclamación de la URSS. Imposible ser más discreto.

Mientras tanto, toda su actividad se desarrolla entre bastidores y en la cumbre del Partido. Complace al aparato mostrándose como un guardián de la disciplina, como en el caso de la sanción a David Riazanov, su perpetuo contrincante, especialista en Marx y Engels, que maneja la ironía con arte consumado y que en 1921 declararía: «El parlamento inglés lo puede todo, excepto cambiar a un hombre en mujer. Nuestro Comité Central es mucho más poderoso: ya ha cambiado a más de un hombre revolucionario en buena mujer, y el número de buenas mujeres se multiplica de un modo increíble»<sup>3</sup>. Durante la conferencia bolchevique de Moscú celebrada a finales de junio de 1922, este defensor de los derechos humanos se opone públicamente a la pena de muerte contra los dirigentes socialistas-revolucionarios. Stalin ordena a su secretario Tovstuja que envíe la copia de su discurso a todos los miembros del Politburó y niega la palabra a Riazanov en la universidad de Moscú y en la Academia socialista.

Se presenta también como un guardián de la moralidad del Partido. El 9 de marzo de 1922, informa a Lenin que en el Comisariado de Asuntos Exteriores se han cometido algunas deficiencias financieras y sugiere que sean juzgados los dos responsables, Karajan y Gorbunov; de acuerdo con Lenin, el 13 de marzo presenta la propuesta en el Politburó. Luego, el asunto se eterniza y, antes de ser enterrado, lo recuerda dos veces durante el mes de septiembre<sup>4</sup>. Stalin se dedica a procurarse los servicios de los corruptos tras haberlos denunciado...

En febrero, el Politburó decide confiscar los objetos de culto en oro o plata para financiar la ayuda a los necesitados. Bajo la presidencia del ruso Kalinin, un hombre con aspecto de campesino, Trotski dirige la comisión de recogida encargada de esta operación a la que Lenin, que odia a la Iglesia, concede gran importancia. Stalin no toma parte en ella, pero en principio la apoya. Aquí y allá se

<sup>3</sup> Acta mecanografiada del XI congreso, *op. cit.*, p. 79.

<sup>4</sup> *Istochnik*, n° 2, 1993, p. 60.

producen enfrentamientos entre la milicia o la tropa y los campesinos apoyados por el clero. En Chuia, cerca de Ivanovo-Voznessensk, resultan heridos cuatro soldados. El tribunal militar condena a muerte a dos sacerdotes; Kalinin, presidente del Comité ejecutivo central de los soviets pide su indulto; Stalin somete la propuesta al procedimiento de la consulta escrita. En primer lugar escribe: «El Presidium... pide», y luego sustituye el término Presidium, dotado del derecho de gracia, por el de Kalinin<sup>5</sup>; ahora, la petición es individual. Cuatro miembros del Politburó votan a favor de la pena capital: Lenin, Trotski, Stalin y Molotov, tres en contra: Rykov, Tomski y Kamenev. Tres meses después, un grupo de sacerdotes de Moscú son condenados a muerte acusados de maniobras contrarrevolucionarias. Kamenev solicita el indulto: Tomski y Rykov lo apoyan. Lenin, Trotski, Stalin y Zinoviev votan la muerte.

El hambre continúa acosando de modo endémico. La campaña de siembra, iniciada en marzo de 1922, se anuncia mala. La confiscación de los objetos de culto, explotada por el clero en contra del régimen, acrecienta la tensión social. Un informe de la GPU señala: «La situación en el campo se degrada continuamente [...]. El estado de las provincias donde reina el hambre es, como en los meses precedentes, extremadamente difícil»<sup>6</sup>. Sin embargo, el campesino, que ya no sufre la amenaza de las incautaciones, comienza a sembrar y a cosechar. El desarrollo del comercio ayuda a la reconstrucción de un sector industrial envejecido. La producción se pone en marcha, se reanudan las cosechas y, afortunadamente, las de 1922 y 1923 son buenas, pero la miseria y la carestía siguen golpeando al campo, y en las ciudades el paro hace su aparición. Al agravar las diferencias sociales, la NEP agudiza tensiones y conflictos. En junio de 1922, el responsable siberiano de la GPU alerta a Dzerjinski: «Las células del Partido se mueren [...]. Las células rurales están aterrizadas. Los militantes de base abandonan el Partido en masa [...]. Los campesinos detestan el poder comunista; incluso los campesinos pobres se alinean con los kulak y apoyan su candidatura»<sup>7</sup>.

En mayo, Stalin, agotado, es víctima de un ataque de apendicitis purulenta. La infección es tan profunda que es necesario amputar

<sup>5</sup> N. PROKOVSKI, «Prólogo», en *Politburo i Tserkov*, Moscú, Rosspen, 1997, t. 1, p. 41.

<sup>6</sup> N. PERTH y G. MOULLEC, *Rapports secrets soviétiques: la société russe dans les documents confidentiels, 1921-1991*, París, Gallimard, 1994, p. 96.

<sup>7</sup> *Ibid.*, p. 98.

una parte del intestino grueso. Los médicos, temiendo los efectos del cloroformo sobre su organismo, usan una anestesia local, pero el dolor es tan fuerte que deciden cloroformizar a su paciente, que sale de la operación cadavérico y enflaquecido. Padre desde enero de un niño, Vasili, ve llegar repentinamente a su olvidado hijo Yakov, de 14 años, al que se ve obligado a recibir. Este muchacho indolente provoca en él una antipatía inmediata que no se desvanecerá jamás. Sigue esperando su nuevo apartamento. En noviembre de 1921, Lenin se hace cargo del asunto y pide a Enukidzé «que acelere la liberación del apartamento destinado a Stalin». Obstáculos o negligencia, nada se produce. Lenin se irrita y el 13 de febrero insiste a Enukidzé: «¿Y el apartamento de Stalin? ¿Cuándo, pues? ¡Como siempre, esa lentitud burocrática!»<sup>8</sup>. Al día siguiente, se toma la decisión y Stalin se muda.

Permite que el mundo rural se deteriore a causa de la confiscación de los objetos de culto. El 15 de mayo, el Buró de la comisión de recogida, persuadido de la sustracción de objetos de culto requisados, le pide instrucciones sobre el grado de represión que se ha de emplear contra los culpables. Stalin lo remite al Comisariado de Justicia. Lenin está enfermo. Su alejamiento deja a Stalin las manos libres para este tipo de actuación. Y también le permite tomar una medida salarial en julio de 1922 que le va a procurar la adhesión de millares de cuadros medios del Partido: los secretarios de los comités regionales percibirán en adelante un salario de 43 rublos-oro al mes, aumentado en un 50% para un padre de familia de tres hijos o más y para las horas extraordinarias realizadas por la noche o en los días de descanso. Eso asegura una remuneración total superior en cinco o seis veces al salario obrero medio. A estos aumentos acumulables se añade el salario en especie (el *paiok*) establecido según el puesto que ocupen en el aparato y que incluye carne, azúcar, manteca, cigarrillos, cerillas, toda clase de géneros, escasos en esos tiempos de carestía. Estas ventajas estrictamente unidas a las funciones desaparecen con ellas. Ahora bien, el Secretariado del Comité Central es el que nombra, traslada, revoca según su voluntad... El Politburó no interviene en esas decisiones, salvo en casos excepcionales. Además, el mismo secretariado del Politburó, formado por unas veinte personas, es nombrado

<sup>8</sup> LENIN, *Oeuvres complètes, op. cit.*, t. 54, pp. 44 y 162. Cartas Enukidzé, XI-1921, y 13-II-1922.

por el Secretariado del Comité Central, es decir, el mismo Stalin y sus dos secretarios Tovstuja y Mejlis.

En medio del ardor de la revolución y de la guerra civil, el comisario político o el militante de un destacamento de requisa podía ser colgado por los Blancos o destripado por los Verdes en cualquier momento, y todo el mundo clamaba, protestaba y discutía. A partir de ahora, lo que el cuadro pone en juego para el futuro no es su vida, sino su puesto y su confort. De ahora en adelante, su voto irá dirigido a salvaguardar sus intereses. Son 15.525 los cuadros que se benefician de las ventajas decididas por Stalin. Esta cohorte se unirá detrás del hombre que les proporciona y les garantiza la perennidad. Durante el XIV Congreso, en diciembre de 1925, un adversario expone unos datos escandalosos: según él, numerosos delegados se declararon de acuerdo con sus contrincantes, pero manifestaron su incapacidad para votar a su favor, pues «hoy todos comemos a placer y no todos están dispuestos a alzar la mano para verse enviados inmediatamente a Murmansk o al Turkestán»<sup>9</sup>. El contrincante, acusado de calumnia, rectificará: ¡solo lo han dicho algunos delegados, no todos!

Stalin lleva a cabo una cultura del secreto que facilita la independencia del aparato en relación con el Partido mismo. El 30 de agosto de 1922, el Secretariado redacta una primera circular sobre el «modo de conservación y circulación de los documentos confidenciales», que obliga a todas las instancias centrales y locales del Partido a crear en su seno un sector secreto para su tratamiento. Tres meses después, el 30 de noviembre, el Buró de organización adopta una circular complementaria (llamada de aplicación) que define estrictamente la lista —redactada por uno de los secretarios del Comité Central— de los responsables autorizados a recibir los resúmenes de las actas de dicho Comité. El 22 de marzo de 1923, otra circular califica de delito la difusión de las informaciones contenidas en esos documentos confidenciales. El 7 de diciembre, Stalin firma una nueva circular en la que se establece una lista extremadamente concreta y estricta de sus destinatarios. Seis meses después, el

<sup>9</sup> *Acta mecanografiada del XIV congreso*, Moscú-Leningrado, 1926, declaración de Glegov-Avilov, p. 952. A partir de abril de 1923, los nombramientos para cargos dirigentes del aparato del Partido, del Estado o de los sindicatos se efectúan según dichas listas, según su importancia decreciente, «nomenklatura» n.º 1, 2 y 3, que Stalin y su secretariado publican personal y estrictamente, sobre todo la 1 y la 2.



19 de agosto de 1924, firma las «Reglas de empleo de los documentos secretos del Comité Central», a saber, «las actas de los plenos del Politburó, del Buró de organización y del Secretariado del Comité Central, así como las demás materias y documentos (extractos de decretos, etcétera) procedentes del Comité Central y que lleven la mención «Ultrasecreto»<sup>10</sup>. El Secretariado fija también la lista de personas autorizadas a recibir esos documentos acompañados por la mención «Para devolver» en un plazo de dos semanas para los destinatarios que vivan en Moscú, de un mes para los de provincias y de seis semanas para los habitantes de Asia central, Siberia, Extremo Oriente y el Cáucaso. Estos documentos son transportados por correos de la GPU con la obligación, bajo pena de sanción, de ponerlos en las propias manos de su destinatario o de un individuo habilitado nominalmente por este último. En nombre del secreto y de la seguridad, la GPU se encarga del control y la completa vigilancia del sistema. En una reunión con los correos el 17 de marzo de 1929, su jefe les explicará: «Si perdéis 5.000 o 15.000 rublos os caerán de 3 a 5 años de prisión; si perdéis dos paquetes secretos serán 10 años, e incluso la pena capital»<sup>11</sup>. A espaldas de estos documentos figura siempre el texto de las dos circulares del 30 de noviembre de 1922 y del 19 de agosto de 1924. Cada dos semanas, una comisión especial del Secretariado quema los documentos tras haber realizado un inventario exhaustivo. El sistema, que el Partido organiza en etapas sucesivas, quedará completamente terminado en 1934.

La correspondencia de los altos cargos, también secreta, está clasificada en diferentes categorías... de A a K. Esta última, la más importante, se refiere a los documentos procedentes del Politburó, del Buró de organización y del Secretariado. Esta obsesiva preocupación por el secreto permite ocultar el hecho de que las decisiones adoptadas oficialmente por los organismos soviéticos son todas adoptadas previamente por las instancias del Partido.

Esta ley del secreto, confirmada y generalizada por un decreto del Politburó del 15 de octubre de 1925, indudablemente no engaña a muchos, pero es extraordinariamente útil al Secretariado y a Stalin. Se extiende por círculos concéntricos en el mismo aparato

<sup>10</sup> I. PAVLOVA, «El mecanismo del poder político en la URSS en los años 1920-1930», *Voprassi Istorii KPSS*, n° 5, 1990, p. 34. *Cahiers du mouvement ouvrier*, n° 13, abril 2001, pp. 31-38.

<sup>11</sup> *Ibid.*, p. 60.

cuyos miembros solo conocen lo que el Secretariado tiene a bien decirles. Al transcribir las decisiones que les llegan de lo alto, los dirigentes del Partido en las distintas Repúblicas no tienen derecho a modificarlas, acortarlas o añadir algo a sus elementos.

De este modo, el Partido está subordinado a su aparato, en cuyo seno Stalin constituye una organización secreta dependiente de su Secretariado y que solo le obedece a él. El aparato obra clandestinamente en el seno del Partido y Stalin crea una organización clandestina dentro de este aparato, como sucede con las muñecas rusas. Con la aprobación de sus aliados del momento, Stalin institucionaliza muy pronto el sistema. En efecto, una decisión del Politburó del 12 de abril de 1923 estipula que, cuando los Comisariados del pueblo sometan unas cuestiones especialmente secretas al Politburó, «no deben exponer los motivos por escrito, sino expresarlos tras un acuerdo previo con el Secretariado del Comité Central»<sup>12</sup>, que decide soberanamente lo que ha de ser sometido al Politburó y por qué vía, privándolo así de su soberanía. Muy pronto, estas decisiones se adoptarán en el transcurso de reuniones privadas, en el despacho o en el apartamento de Stalin, sin acta alguna, y luego transmitidas oralmente y, en caso de extrema necesidad, formalizadas como tantas otras decisiones procedentes del Politburó o del Comité Central que no han sido discutidas.

Desde entonces resulta muy difícil establecer la genealogía de las decisiones en cuestión. Trotski, en el Comité Central de octubre de 1923, afirma acertadamente: «En el seno del Politburó hay otro Politburó, en el seno del Comité Central hay otro Comité Central»<sup>13</sup>. Por otra parte, Stalin lo había reconocido así en el XII Congreso de abril de 1923, al acusar a un delegado de «pretender desarticular el núcleo que se [había] creado en el seno del Comité Central», advirtiéndole que cualquier intento de «atacar a tal o cual miembro del núcleo de nuestro Comité Central [...] chocará contra un muro, con el que, me temo, se romperá la cabeza»<sup>14</sup>. No existe un modo más patente de afirmar la existencia de un núcleo fraccionario ilegal. Para poner a Trotski fuera de juego, Kamenev, Zinoviev, Bujarin y Rykov aceptan esta práctica que, llegado el momento, permitirá apartarlos a ellos.

<sup>12</sup> *Istochnik*, nº 5 y 6, 1993, p. 91.

<sup>13</sup> «Trotski se defiende», *Voprosy Istorii KPSS*, nº 5, 1990, p. 34. *Cahiers du mouvement ouvrier*, nº 13, abril 2001, pp. 31-38.

<sup>14</sup> *Acta mecanografiada del XII congreso*, Moscú, 1923, p. 201.

A través de la sección de Organización y Nombramientos, a cargo de Kaganovitch, Stalin controla enseguida todos los sectores del aparato cuya composición decide soberanamente. Opera por etapas: primero, el aparato del Partido, luego, del gobierno y, por último, el del ejército y de la GPU. Esto no se desarrolla sin problemas. Así, en 1924, choca con Dzerjinski, acostumbrado a reinar en la GPU como dueño y señor. En 1953, Kaganovitch recordará las protestas del último, furioso al ver que la Sección de organización comprueba a las personas que él nombra, y confirma o anula dicho nombramiento; ve en ello una falta de confianza incomprensible hacia el que es un comisario del pueblo y un miembro suplente del Politburó. Stalin le respondería: «Se trata del sistema de control del Partido, del sistema de la dirección del Partido; el Partido tiene la obligación de nombrar a las personas dirigentes. Tú, como comisario del pueblo, tendrías ciertas dificultades, y debías estar agradecido al Comité Central»<sup>15</sup>. Dzerjinski tuvo que ceder, como los demás. La respuesta de Stalin es esclarecedora: el Partido es el Comité Central, el Comité Central es el Secretariado, y mañana, el Secretariado y, por tanto, el Partido serán él. Aún no ha llegado, pero camina directamente hacia ello.

Stalin elige minuciosamente a sus hombres en función de su fidelidad personal y de su vulnerabilidad. Su primer jefe de despacho del Secretariado del Comité Central es Amaiak Nazaretian, antiguo miembro del colegio del Comisariado para las Nacionalidades desde 1918, antiguo secretario del Buró caucásico del Comité Central y comisario en Justicia y en Finanzas de Georgia desde 1920 a 1922. Este amigo íntimo de Ordjonikidzé le escribe con frecuencia y en sus cartas se dirige familiarmente a Stalin como «Koba» o «Soso»; insiste en su rigor («Koba me lleva derecho»), en la complejidad de su carácter («Es muy astuto, duro como una nuez, de momento no llegas a descifrarlo»), pero también en su amabilidad («A pesar de toda la razonable brutalidad, si me permito hablar así, de su carácter, es un hombre dulce, que tiene corazón y sabe apreciar las cualidades de las personas»<sup>16</sup>). Así que, si es necesario, también sabe seducir.

En diciembre de 1923, Stalin lo destituye por culpa de un error cometido por uno de sus ayudantes y lo reemplaza por Ivan Tovstu-

<sup>15</sup> L. Beria, 1953, Moscú, 1999, p. 282.

<sup>16</sup> *Perepiska, 1912-1927, op. cit.*, pp. 262-263.

ja que desde 1918 a 1921 ha pertenecido también al colegio del Comisariado para las Nacionalidades donde ha sido secretario. Durante las frecuentes ausencias de Stalin hace funcionar la maquinaria. En 1921 pasa al aparato del Comité Central; desde finales de 1923 y hasta 1930 dirige el buró del Secretariado del Comité y la «Sección secreta» creada en 1926. Es un hombre de oficina, pero también un apasionado del trabajo, culto, instruido, que colabora con Kamenev en la preparación y publicación de la primera edición, la llamada «amarilla», de las *Obras completas* de Lenin para la que redacta unas notas biográficas concretas. A comienzos de los años 1930, Stalin prohibirá esta edición e incluso hará que la NKVD la confisque a todos los miembros del Politburó que la tengan en su poder.

Lev Mejlis perteneció desde 1907 a 1914 al partido socialdemócrata judío sionista Poale Zion en Odessa, y no ingresó en las filas del partido bolchevique hasta primeros de 1918. En enero de 1921, fue nombrado miembro de la cancillería del Consejo de Comisarios del pueblo, y en octubre, destinado a la Inspección obrera y campesina. Stalin apreciaba a aquel hombre frío, seco, duro y dócil. Mejlis se esforzará por expiar el sionismo de su juventud y compensarlo con una sumisión servil a Stalin, que lo trata como a un criado. Cuando quiere encender la pipa, le llama por teléfono y le ordena secamente: «¡Cerillas!». Mejlis, harto de ese jueguecito, instala un día en el escritorio de Stalin un teléfono especial que lleva la etiqueta «Cerillas», y cuando suena el timbre envía a un correo con las cerillas. Stalin, disgustado, le llama por la línea normal y, cuando Mejlis se presenta, con una sonrisa burlona le exige: «Camarada Mejlis, ¡las cerillas!»<sup>17</sup>. Un día, Stalin entra en el despacho, grita «¡Mejlis!» e indica con el dedo una hoja de papel en el suelo del pasillo que el otro se precipita a recoger. Stalin disfruta poniendo a prueba su diligencia de lacayo<sup>18</sup>.

Esforzándose por imitar a Stalin, Mejlis trata secamente a sus subordinados: «Haz esto. ¿Está claro? Venga». En 1926 juega al ajedrez en un sanatorio con el general Iakir. Discuten. Iakir le trata de «criado de Stalin». Mejlis lo abofetea; es uno de los miembros más representativos de la jauría que Stalin, desde primeros de 1930, en-

<sup>17</sup> I. RUBTSOV, *Alter ego stalina. Mejlis*, Moscú, p. 46. El mismo Mejlis contó el episodio al periodista M. Koltsov que se lo contó confidencialmente a su hermano (el caricaturista B. Efimov).

<sup>18</sup> A. BALACHOV, Pruebas completas de *Politicheskie Issledovania*, en manos del autor.

vía a pisar los talones del aparato para vigilarlo, acosarlo, inquietarlo, mantenerlo sin aliento, aterrorizarlo... Treinta años después de la muerte de Stalin, el antiguo ministro de Agricultura, Benediktov, hablará en los términos siguientes: «Stalin utilizaba a Beria y a Mejlis como especie de espantapájaros para impedir que los dirigentes de cualquier nivel cayeran en la indiferencia, la haraganería, la despreocupación y en todos nuestros defectos». Y añadía: «Este poco atrayente procedimiento resultaba ser eficaz»<sup>19</sup>.

Grigori Kanner, hijo de una acaudalada familia burguesa de Baku, viene también de la Inspección obrera y campesina. Stalin lo toma como secretario desde abril de 1922. Este hombre, encargado de la correspondencia y las relaciones entre Stalin, el Politburó y la GPU, sigue siendo una figura enigmática. Desde su provincia natal llegan unas denuncias que culminan en su salida en 1926. Desaparece inmediatamente del panorama y cae en el olvido. El quinto ayudante de Stalin, Grasskin, apenas ha dejado huellas en la historia. Procedente de la Tcheka, donde entró en 1918, fue contratado en octubre de 1922 y murió pacíficamente en 1972.

Tovstuja y Mejlis están rodeados de secretarios: Boris Bajanov, un monárquico escéptico que huyó de la URSS en 1929 y publicó unas dudosas memorias sobre sus pretendidas funciones de secretario de Stalin<sup>20</sup>; a su lado, Majover, que en 1924, acostado una noche con la secretaria de Litvinov, le comunicó la fecha del levantamiento secreto en Estonia; Stalin le dedicó sus *Cuestiones del leninismo* con esta irónica dedicatoria: «A un gran diplomático en los pequeños asuntos». La cita procede del obrero bolchevique Alexis Balachov que completa el equipo. Llegó a ser secretario de Tovstuja y fue un fiel seguidor de Stalin, al que respetaba «por su constancia, su capacidad de trabajo y su exigencia». Al periodista que, al entrevistarlo unas semanas antes de su muerte, a los 90 años, le reprochaba el que hubiera ayudado a la instauración de una «dictadura aterradora, inhumana», Balachov replicó: «¿Qué se cree Vd.? ¿Que lo hemos querido, que hemos ido por esa vía conscientemente? ¿Cree que Stalin lo sabía previamente, lo había calculado, pero que calló durante cierto tiempo? Nosotros queríamos otra cosa, teníamos otras ideas. Hemos caído en ese foso poco a poco, de un modo casi insen-

<sup>19</sup> *Molodaia Guardia*, n.º 4, 1989, p. 62; *Pevepiska 1912-1927, op. cit.*, p. 263.

<sup>20</sup> B. BAJANOV, *Bajanov révèle Staline*, París, Callimard, 1979.

sible». Para él, fueron los acontecimientos y el aparato los que moldearon a Stalin y no a la inversa. Pero, al mismo tiempo, Balachov añadía: «Stalin era un burócrata. Todo se decidía según lo había establecido él. También Mejlis era un burócrata y todos nos convertimos en burócratas»<sup>21</sup>. En los medios políticos, el grupo de secretarios y ayudantes se hace acreedor rápidamente al mote de «la banda de Stalin». En una carta a Ordjonikidzé, fechada a mediados de agosto de 1922, Nazaretian se queja de ella como «la última frase de moda en Moscú»<sup>22</sup>.

La noche del 7 de noviembre de 1937, en un momento de confianza, Stalin explicaría al secretario general del Komintern, Dimitrov, las razones de su éxito. «Después de Lenin, Trotski era el hombre más popular de nuestro país. [...] Entonces se nos conocía muy poco a mí, a Molotov, a Vorochilov, a Kalinin. En tiempos de Lenin éramos sus escribientes, sus colaboradores. Pero nos apoyaban los cuadros medios que explicaban nuestra posición a las masas, y Trotski no concedía atención a esos cuadros»<sup>23</sup>. Su apoyo tenía unos fundamentos materiales cuya importancia no cesó de crecer en detrimento de la ideología, reducida a no ser más que un barniz.

Trotski responde mal a las necesidades de este aparato, necesidades que Stalin satisface de maravilla. Cuando Trotski, en el invierno de 1920, es situado a la cabeza de los Transportes, tratará de «sacudir» al aparato que, rutinario por esencia, tiene horror de las sacudidas. Además, Stalin considera a Trotski como el promotor de discusiones por excelencia, el encizañador público que, durante el terrible invierno de 1920 y la insurrección de Tambov, lanzó el famoso debate sobre los sindicatos. Pues bien, se dijo, la disputa movilizó las energías del Partido, aquejada por una «mala fiebre» ¡y desembocó en Kronstadt!

Al volver a sus obligaciones en septiembre de 1922, Lenin, disimulado pero lúcido, descubre poco a poco que el Secretario general ya no es el mismo hombre de seis meses antes, o más exactamente, que no ocupa el mismo puesto y que desempeña un papel diferente. Dejó a un ejecutivo y se encuentra con un rival que afirma su política y su influencia, con prudencia, ciertamente, pero con toda fir-

<sup>21</sup> A. BALACHOV, *Politicheskie Issledovania*, op. cit.

<sup>22</sup> *Perepisha 1912-1927*, op. cit., p. 263.

<sup>23</sup> DIMITROV, *Dnevnik*, op. cit., p. 129.

meza. Al mismo tiempo constata el desarrollo exponencial de una burocracia de la que él había tratado de eliminar la rutina y la incompetencia. Deseando hacer del Consejo de los comisarios del pueblo —del que entonces era el auténtico dirigente— un contrapeso al aparato del Partido, el 11 de septiembre, pide por carta a Stalin que someta al Politburó el proyecto de nombrar a Trotski y a Kamenev para la vicepresidencia del Consejo. Esta propuesta está orientada al posterior nombramiento de Trotski a la cabeza del Consejo, un primer intento, probablemente ya ilusorio, de separación de poderes entre el aparato del gobierno y del Partido. Stalin y Rykov votan a favor, Kamenev y Tolski se abstienen, Kalinin «no se opone a ello» y Trotski, sin explicaciones, «se niega categóricamente»<sup>24</sup>. En *Mi vida*, recordando el nombramiento de Rykov, Tsiurupa y Kamenev como vicepresidentes del Consejo, y mostrándose injusto respecto al último, explica: «Lenin necesitaba en la práctica colaboradores dóciles: y yo no servía para ese papel»<sup>25</sup>. Sin embargo, en una carta dirigida al Politburó a mediados de marzo de 1922, Trotski había expresado la necesidad de separar el Partido del Estado: «Sin liberar al Partido, como partido, de las funciones directas de administración y gestión, es imposible librar del burocratismo al Partido y del desorden a la economía»<sup>26</sup>. Debió de pensar que no contaría con los medios.

En agosto de 1922 se reúne una comisión de representantes de todas las Repúblicas federadas, presidida por Stalin, para definir las relaciones entre la República de Rusia y las demás. Stalin redacta un proyecto de Constitución que otorga a las Repúblicas hermanas una vaga autonomía en el seno de una federación completamente subordinada a Rusia. Fingiendo desear ahorrarle trabajo, Stalin no informa a Lenin que, puesto al corriente, lo interroga. Stalin hace que el Buró de organización acepte previamente su posición en el Buró de organización antes de presentarla a Lenin el 22 de septiembre. Este descubre en el proyecto un resabio de chovinismo ruso poco oportuno: persuadido de que el eje de la revolución mundial se ha desplazado hacia los países coloniales de Asia, considera ne-

<sup>24</sup> En octubre de 1923, Trotski justifica su negativa por el hecho de que consideraba una torpeza atribuir a un judío tan elevada función gubernamental. Ver «Trotski se defiende», *art. cit.*

<sup>25</sup> TROTSKI, *Ma vie, op. cit.*, p. 483.

<sup>26</sup> LENIN, *Neizvestny dokumenty* (Documentos desconocidos), Moscú, Rosspen, 1999, pp 513-514.

fasto cualquier recuerdo de la herencia imperialista zarista; y después, teme que las tensiones nacionales amenacen el frágil equilibrio de la Unión soviética. Por lo tanto, se opone al proyecto de Stalin, lo convoca junto a la mayoría de los interesados y, el 26 de septiembre, dirige a todos los miembros del Politburó una carta en la que propone que las diversas Repúblicas formen parte de la Unión soviética en pie de igualdad con la federación de Rusia. Añade: «Es un tema extraordinariamente importante. Stalin tiene cierta tendencia a precipitarse»<sup>27</sup>. Al día siguiente, Stalin replica con una carta dirigida a los mismos en la que declara «inaceptable» la enmienda de Lenin. E irónicamente devuelve sus cumplidos al autor: «En mi opinión, el camarada Lenin se ha precipitado demasiado [...]. Es casi seguro que esta "precipitación" servirá a los "independientes" en detrimento del liberalismo nacional de Lenin». Kameney, preocupado, escribe a Stalin: «Lenin se dispone a ponerse en guerra para defender la independencia». Stalin le responde que «contra Lenin, la firmeza es necesaria»<sup>28</sup>. Siete meses después de su nombramiento como Secretario general, se ha emancipado de la tutela política del dirigente histórico.

La ruptura con Lenin, enfermo pero todavía válido, y cuyo prestigio sigue siendo grande en el Partido, sería prematura. Anda con rodeos, pues, e inicia una táctica a la que recurrirá frecuentemente mientras no sea el único patrón a bordo: cede con las palabras para conservar el puesto, pero se reserva el derecho de contradecir con los actos sus propias concesiones verbales. El 6 de octubre, el Comité Central aprueba su proyecto, revisado y corregido por Lenin quien, el 30 de diciembre de 1922, da nacimiento a la URSS. Ese mismo día, el Comité Central, en ausencia de Lenin y de Trotski, permite, a título provisional, la exportación e importación de ciertas mercancías, así como la apertura de fronteras. Lenin protesta ante Stalin: esa decisión, tomada de prisa y corriendo sin una «discusión seria» [...], dice, «es, de hecho, una brecha abierta en el monopolio del comercio exterior»<sup>29</sup> que permitirá la penetración incontrolada de mercancías extranjeras de mejor calidad e inferior

<sup>27</sup> LENIN, *Oeuvres complètes, op. cit.*, t. 45, p. 211; D. VOLKOGONOV, *Le vraie Lenine; d'après les archives secrètes soviétiques*, Paris, Robert Laffont, 1995, p. 57. Carta a Kameney para los miembros del Politburó sobre la formación de la URSS.

<sup>28</sup> AEFR, fondos 45, inventario 1, dossier 693. *Izvestia TsK KPSS*, n° 9, 1989, p. 209.

<sup>29</sup> LENIN, *Oeuvres complètes, op. cit.*, t. 45, p. 220. Carta a Stalin sobre el monopolio del comercio exterior.



precio; vista la baja productividad en el trabajo y la mediocre calidad de las mercancías soviéticas, eso arruinará la convaleciente industria nacional. Lenin pide, pues, la reanudación de la discusión en el próximo Comité Central. Stalin vota a favor, pero añade que su carta no le ha hecho dudar del acierto de la decisión adoptada. Tiene razón, pero cede ante el «Viejo». No por mucho tiempo.

Un segundo conflicto agravaba el de la Constitución: el tema georgiano. Stalin quería incluir a la turbulenta Georgia en una federación transcaucasiana junto a Azerbaiyán y Armenia. El 15 de septiembre, el Comité Central del PC georgiano se opuso al proyecto y solicitó la afiliación directa de Georgia a la URSS manteniendo los privilegios de la soberanía. Una semana después, en una nota a Lenin, que todavía confiaba en él, Stalin denunciaba «el desviacionismo nacional» de esos «social-independientes» (el reverso gemelo de los «social-patriotas» chovinistas) y encarga a su procónsul Ordjonikidzé que meta en cintura a los recalcitrantes. Ordjonikidzé traslada, revoca, cambia e insulta a los oponentes; a uno lo trata de «especulador» y «cabaretero», a otro de «cretino» y de «provocador» y amenaza a un tercero con fusilarlo. Uno de ellos, Kobajidzé, lo tacha entonces de «asno staliniano». Ordjonikidzé le golpea. Después destituye al secretario del Comité Central georgiano Okudjava. Entonces, el Comité Central georgiano dimite en bloque y denuncia el «régimen de alguaciles» impuesto por Ordjonikidzé, cuya violencia entusiasma a Stalin.

Disgustado, el 25 de noviembre, Lenin envía una comisión de investigación presidida por Dzerjinski, partidario de Stalin. El 27 de noviembre Nazaretian tranquiliza a Ordjonikidzé: «Koba se mantiene muy firme». El dicho Koba refuerza aún más su propio aparato clandestino en el seno del aparato, confiando a sus secretarios la redacción de cartas confidenciales del Comité Central. El 12 de diciembre, Dzerjinski cuenta a Lenin lo que ha visto y ha captado en Georgia. Al día siguiente, Lenin, impresionado, sufre un ataque. Mientras tanto, el 13 de diciembre, Stalin da una visión más de su nueva estatura en una carta «ultrasecreta» dirigida al «camarada Lenin», carta que no lleva ninguna fórmula de cortesía, ni al comienzo (se han terminado los «querido», «estimado» y «respetado») ni al final, y de la que envía una copia a Kamenev. Tres días más tarde, *Pravda* publica una entrevista con Lenin quien afirma la ausencia de cualquier diferencia entre los comunistas de derecha y los de iz-

quierda. En nombre de los «prácticos», Stalin reacciona y juzga «peligroso e irrazonable hablar de un comunismo de izquierda como de un fenómeno susceptible de competir con el comunismo oficial del Partido», cuando ha sido «liquidado bajo todas sus formas». El Partido es monolítico y en él no hay lugar para una minoría o para divergencias. Lenin debe comprenderlo y Stalin le da la lección: «Este reconocimiento conduce a resultados negativos en detrimento del Partido y en provecho de la Oposición obrera, crea la confusión y la oscuridad». Y termina esta llamada al orden con una insolente invitación a «corregir esta laguna en el futuro»<sup>30</sup>.

A lo largo de este mismo mes, Stalin muestra su desdén por las instancias establecidas. Delegado del Comité Central en el IV Congreso de la Internacional comunista, hace caso omiso de los debates. Allí, Lenin pronuncia en público su penúltimo discurso sobre el tema: «Cinco años de revolución rusa y perspectivas de la revolución mundial»; Stalin ni siquiera aparece para escucharlo: trata con desprecio al congreso, a Lenin, a su propio mandato y al tema de la revolución mundial...

Dos días antes de la reunión del Comité Central dedicada al monopolio del comercio exterior (15 de diciembre), Lenin comunica a sus miembros, atónitos ante la noticia, que ha invitado a Trotski a exponer su punto de vista. Pide a Iarovlaski que le haga llegar un informe confidencial sobre el desarrollo de los debates en torno al monopolio del comercio exterior. Iarovlaski le da el soplo a Stalin, redacta el informe y se lo da a mecanografiar a la secretaria de Lenin, Voloditcheuva, que lo entrega... a Stalin para la corrección. Al día siguiente de la muerte de Lenin, en una carta a Fotieva y Voloditcheuva, Iarovlaski afirmará que la secretaria había entregado el texto a una dactilógrafa y que esta, pensando «que se trataba de un manuscrito de Stalin, se [...] había dirigido a él para pedirle una explicación sobre una palabra mal escrita. Y no habían entregado el acta a Lenin por la única razón de que se había agravado su estado de salud»<sup>31</sup>, lo que era falso.

Durante la noche del 15 al 16 de diciembre, Lenin sufre un nuevo ataque. El 18, el Comité Central aísla a Lenin aduciendo que, si desea conocer la decisión del Comité Central relativa al comercio

<sup>30</sup> *Perepiska 1912-1927, op. cit.*, p. 268.

<sup>31</sup> *Izvestia TsK KPSS*, n° 12, 1989, p. 195.

exterior, «después de que Stalin llegue a un acuerdo con los médicos, le será comunicado el texto de la resolución acompañado del dato de que la resolución y la composición de la comisión fueron adoptados por unanimidad». En cambio, Stalin decide no enseñarle a ningún precio el acta de Iarovslaski, que no podrá conocer «mientras no lo permitan los médicos de acuerdo con el camarada Stalin», al que, por fin, el Comité Central decide «confiar la responsabilidad personal del aislamiento de Vladimir Illitch, tanto para las relaciones personales como para la correspondencia»<sup>32</sup>. El Comité Central entrega así a Lenin, atado de pies y manos, a la plena discreción de Stalin, al que otorga el derecho de ocultarle y prohibirle lo que quiera, de aislarlo, de controlarle el tratamiento, las actividades, los escritos, las visitas, la información... Los íntimos amigos de Lenin, Zinoviev y Kamenev, hicieron de Poncio Pilato sin inmutarse. Trotski no rehusó.

Desde el 21 de noviembre, los secretarios de Lenin cuentan, sin saberlo, con un periódico que les permite seguir día a día la evolución de los hechos. El 18 de diciembre, Stalin aleja a tres secretarías en las que no confía, entre ellas a su propia mujer, Nadejda, para mejor espiar a Lenin. Quedan Voloditcheva, Gliasser y Fotieva, que vigilan a Lenin e informan a Stalin. Las tres se librarán de la represión y morirán de muerte natural, Gliasser a los 61 años en 1951, Voloditcheva a los 82 en 1973 y Fotieva a los 84 en 1975. Stalin, cuya gratitud no es la mayor virtud, les sabrá agradecer los servicios que le prestaron entonces ayudándole a incomunicar a Lenin.

Lenin, paralizado, reducido ahora al estatus de oposición a la dirección del partido fundado por él, emprende entonces una batalla desigual contra Stalin. El 21 de diciembre, satisfecho del éxito que cree haber alcanzado en la cuestión del monopolio del comercio exterior, dicta a Krupskaja una carta a Trotski, que, en *Mi vida*, solo cita la primera parte. «Tras este primer resultado, escribe, me propongo no detenerme ahí y continuar la ofensiva.» En la continuación, omitida por Trotski, sugiere incluir el reforzamiento y la mejora del comercio exterior en el orden del día de los próximos congresos del Partido y de los soviets, y añade: «Espero que no te opondrás y no te negarás a presentar el informe en la reunión de fracción»<sup>33</sup> de los

<sup>32</sup> *Ibid.*, pp. 189-191.

<sup>33</sup> *Ibid.*, p. 191. TROTSKI, *Ma vie, op. cit.*, p. 487.

delegados bolcheviques en el congreso de los soviets. Y le pide que le comunique su respuesta por teléfono. En lugar de ello, Trotski, curiosamente, telefonea en plena noche a Kamenev para transmitirle el contenido de la carta y le pide que informe a Stalin. Kamenev cumple el encargo y además informa a Stalin que Trotski «no ha dado su opinión, pero ha pedido que transmita el tema a la comisión del Comité Central encargado de preparar el congreso»<sup>34</sup>. Cuando Stalin ve que su maniobra ha fracasado y que Lenin y Trotski tiene el congreso en las manos, se enfurece: «¿Cómo es posible que el Viejo haya podido comunicarse con Trotski a pesar de la prohibición absoluta decretada por Foerster [uno de los médicos que cuidan a Lenin]?»<sup>35</sup>. Telefonea a Krupskaia, la insulta y la amenaza con una sanción por indisciplina. Sorprendida al saber a Stalin informado de la existencia de la carta dirigida clandestinamente a Trotski, Krupskaia, a pesar de su angustia, no se lo comunica a Lenin, víctima de un nuevo ataque en la noche del 22 al 23, pero se queja a Kamenev de la agresión de Stalin y le pide, así como a Zinoviev, «que la proteja de esa grosera injerencia en su vida privada, de las injurias y de las indignas amenazas»<sup>36</sup>. Los dos hombres no rechistan. Lenin, paralizado de una pierna y de los dos brazos, permanece clavado al lecho, a merced de Stalin.

El 23, sintiendo llegar su final, dicta a Voloditcheva una carta al congreso en la que propone ampliar el Comité Central y aceptar en conjunto las propuestas de Trotski sobre la planificación. Aconsejada por Fotieva, Voloditcheva se precipita a ir a Moscú, entra en casa de Stalin al que encuentra en compañía de su mujer, de Bujarin y de Ordjonikidzé, y le transmite la famosa carta. Stalin entra en una pieza contigua con sus dos invitados, vuelve con aire sombrío, lleva a Voloditcheva a un rincón, le pregunta por el estado de salud de Lenin, y luego le devuelve la carta ordenando secamente: «¡Qué mala!». Ella obedece, pero sin advertir a Stalin que la caja fuerte de Lenin contiene cuatro copias. Al día siguiente, al continuar el dictado, el enfermo le comenta que se fragua una conspiración. Pero ese mismo 24 de diciembre, Stalin contraataca. Reúne a los médicos junto a Kamenev y Bujarin, al que ha hecho adoptar una resolución apremian-

<sup>34</sup> *Ibid.*, p. 191.

<sup>35</sup> *Ibid.*, p. 192.

<sup>36</sup> *Ibid.* y B. LAZITCH, *Le Rapport Klouchitchev et son histoire*, Paris, Seuil, 1976, p. 59.

te en nombre del Politburó cuyo texto llega inmediatamente a manos de los secretarios del enfermo: «1º Vladimir Ilitch tiene derecho a dictar cada día durante 5 a 10 minutos, pero las notas no tendrán carácter de correspondencia y no debe esperar respuesta a ellas. Están prohibidas las entrevistas. 2º Los amigos y los parientes no deben comunicar a Vladimir Ilitch novedad alguna de la vida política a fin de no darle qué pensar y no agitarlo»<sup>37</sup>. De este modo, Lenin no puede discutir ni comunicarse con nadie. Stalin lo tiene bajo su mano de acuerdo con sus dos fieles amigos.

Lenin continúa por su parte dictando unas notas destinadas a permanecer en secreto hasta el congreso, pero sus secretarías transmiten a Stalin los contenidos. El 24 de diciembre declara que, «al convertirse en Secretario general, Stalin ha concentrado en sus manos un poder ilimitado», cosa que acaba de descubrir a sus expensas. Y afirma: «no estar convencido de que sabrá usarlo siempre con la necesaria discreción»<sup>38</sup>. La frase sugiere la necesidad de limitar ese poder excesivo, pero la prudencia de la exposición dice mucho a favor de la idea que Lenin se hace de la amplitud del poder de Stalin. Sin embargo, diez días más tarde, en una nota sobre la cuestión nacional, ataca violentamente «al georgiano que acusa despectivamente a los otros de “social-nacionalismo” (mientras que él mismo no solo es un verdadero y auténtico “social-nacionalista”, sino además un grosero alguacil ruso)». A continuación denuncia la inicua parcialidad de la comisión Dzerjinski y «atribuye toda responsabilidad política en esa campaña realmente nacionalista rusófila a Stalin y a Dzerjinski»<sup>39</sup>. En su furor impotente propone un castigo ejemplar para Ordjonikidzé.

Stalin recoge bajo sus alas protectoras a los dos hombres informados de estas notas, humillados y ofendidos por los perentorios juicios del «Viejo». Hace ya tiempo que trata de reunir a todos los cuadros que, un día u otro, fueron maltratados por Lenin o pisoteados por Trotski. Este apenas se privaba de elló, como lo anota con satisfacción en *Mi vida*: «En la gran batalla que entablamos, la apuesta era demasiado considerable como para que yo pudiera mirar a la derecha o a la izquierda. Con frecuencia he tenido que andar, casi a cada

<sup>37</sup> LENIN, *Oeuvres complètes, op. cit.*, t. 45, p. 710, en la Crónica biográfica.

<sup>38</sup> *Ibid.*, p. 345. Carta al Congreso del 24-XII-1922.

<sup>39</sup> *Ibid.*, pp. 360 y 361. «El tema de las nacionalidades o la autonomización».

paso, pisando los callos de las pasiones personales, de las amistades o de los amores propios». Así se había ganado la enemistad de muchos militantes y muchos cuadros. Y añade: «Stalin recogía cuidadosamente a las personas que tenían los callos aplastados»<sup>40</sup>. Todas ellas reforzarán su clan heteróclito de compañeros, de seguidores y de humillados diversos que a lo largo del año 1922 se coaligaron en contra del «Viejo» a través de unas cartas fulminantes, y contra Trotski, el Padre-de-la-Victoria de una guerra concluida, pero también contra la política de estos dos hombres.

Por otra parte, Stalin no pierde de vista la política cotidiana. Y se aprovecha, además, de un reciente discurso de David Riazanov para reforzar la disciplina. Esta vez, Riazanov acaba de ridiculizar la política de la dirección del Partido en el congreso de los soviets. El 27 de diciembre de 1922, Stalin somete al Politburó, a través de una consulta escrita, una resolución en la que califica el discurso de «intolerable» y le prohíbe toda actividad política.

El 4 de enero, Lenin añade a sus notas un codicilo en el que recomienda apartar de su cargo de Secretario general a Stalin, al que considera «demasiado brutal», y propone sustituirlo por un hombre que sea «más paciente, más leal, más educado y más atento con los camaradas»<sup>41</sup>. No critica su política, que, por otra parte, comienza a combatir. Aunque plantea una dirección colectiva, no recomienda a ningún candidato, con los que, por otra parte, no cuenta. El 11 de enero, Gliasser dirige una extraña carta a Bujarin: a pesar de que Lenin ha pedido a sus secretarías el secreto más absoluto sobre su estudio del dossier georgiano, se lo cuenta todo a Bujarin criticando el carácter suspicaz de Lenin «injusto con Stalin a causa de su enfermedad». Se siente a disgusto porque ha llegado a apreciar profundamente «a Stalin (hoy me da vergüenza mirarlo), pero también a comprender la diferencia entre la línea de Vladimir Ilitch y la de Trotski»<sup>42</sup>. Así, en el momento en que Lenin se alía con Trotski contra Stalin, su propia secretaria trata de ganarse a Bujarin para la causa de este, que ha sido quien le ha inspirado, incluso dictado, esta carta...

<sup>40</sup> TROTSKI, *Ma vie*, op. cit., p. 449.

<sup>41</sup> LENIN, *Oeuvres complètes*, op. cit., t. 45, p. 346. Anexo del 4 de enero a su carta del 24 de diciembre.

<sup>42</sup> *Izvestia TsK KPSS*, n° 9, 1990, p. 163.

Lenin prosigue su desesperado combate. En efecto, decide atacar a la Inspección obrera y campesina, feudo histórico de Stalin que, aunque hace un año que no atiende la dirección, sigue atento a sus actuaciones. A primeros de enero, Lenin dicta un artículo que se publica en *Pravda* de 1925. En él afirma que es preciso reorganizar la Inspección y, en conclusión, alude al grave peligro de escisión que, según dice, amenaza al Comité Central. Cuatro días después, Stalin hace firmar a todos los miembros del Politburó una carta dirigida a los cuadros del Partido afirmando que en la apreciación de los escritos de Lenin hay que tener en cuenta su estado de salud, su cansancio, su alejamiento de los asuntos y que sus temores de escisión son muy exagerados. En resumen, que todo va bien y que Lenin se equivoca. Trotski no explicó jamás por qué firmó aquella carta.

Lenin adivina las artimañas de Stalin en contra suya. El 24 de enero dirige a Fotieva el siguiente reproche: «Presiento que, en lo que se refiere a nuestro asunto clandestino, me estás engañando». Ella protesta. Él responde: «En este tema, tengo mi opinión personal». El 27 de enero hace pedir a Dzerjinski los documentos de la comisión de investigación sobre Georgia. «Los tiene Stalin», responde el jefe de la Tcheka. Lenin hace que se los pidan a Stalin, que replica: «No puedo entregar los documentos sin permiso del Politburó». Una respuesta hipócrita, pues el Politburó le había confiado la responsabilidad de cuidar de la salud de Lenin. Entonces, Stalin se extraña del grado de información de Lenin sobre los asuntos corrientes y pregunta a Fotieva si no habría hablado demasiado: «El artículo sobre la Inspección demuestra que conoce cierto número de detalles», que Stalin considera molestos. Lenin declara entonces que luchará por conseguir los documentos que Stalin le niega. El 1 de febrero, el Politburó autoriza la entrega... pero solo a Fotieva, que únicamente podrá resumírselos a Stalin con autorización del Politburó; en resumen, se niega a comunicárselos a Lenin. Fotieva solicita cuatro semanas para estudiarlos. No dejándose engañar y persuadido de que sus médicos están a las órdenes de Stalin, Lenin exclama: «¡Ah, si yo fuera libre!» y lo repite riendo: «¡Ah, si estuviera en libertad, yo mismo podría hacer fácilmente todo eso!»<sup>43</sup>.

<sup>43</sup> Nota de Fotieva fechada el 30 de enero en la que resume todos los incidentes de la semana transcurrida. LENIN, *Oeuvres complètes, op. cit.*, t. 45, pp. 476-477. Diario de los secretarios de Lenin.

Aquel día, Stalin solicita al Politburó que lo descargue del control médico de Lenin. Nadie acepta al vuelo la propuesta. Lenin, abandonado por sus amigos y más preocupado por pelearse con Trotski, continúa siendo el prisionero de Stalin.

El 5 de febrero de 1922, a Lenin le preocupan los resultados del censo de funcionarios en las grandes ciudades del país, un censo que refleja el crecimiento del aparato burocrático, y pide que esos documentos se publiquen antes del congreso del Partido, a fin de iniciar una batalla sobre ese punto. Stalin lo ha comprendido. Cuando el 7, Lenin pide a Fotieva las pruebas del volumen dedicado al censo, ella responde: «Es necesario el permiso de Stalin»<sup>44</sup>. A continuación menciona la comisión georgiana y la Inspección obrera y campesina. Aquel día, el médico Kojevnikov encuentra «una gran mejoría» en su salud. La perspectiva de un duro combate despierta sus últimas fuerzas. El 7 por la noche dicta el artículo «Más vale menos, pero mejor», en el que denuncia a la Inspección como un centro de desorganización del que no puede esperarse nada bueno. Constata que la productividad del trabajo del campesinado soviético es extremadamente baja, que Rusia «ha sido empujada hacia atrás», y le plantea como un modesto objetivo el «aguantar hasta la victoria de la revolución socialista en los países más avanzados [...] hasta el próximo conflicto militar entre el Occidente imperialista contrarrevolucionario y el Oriente revolucionario y nacionalista»<sup>45</sup>. Pero la naciente burocracia tiene necesidad de perspectivas nacionales más estimulantes. El 9, Lenin advierte a Fotieva que informe a Stalin de que piensa someter el tema de la Inspección al próximo congreso. Bujarin bloquea la aparición del artículo. En los bastidores del Politburó, Kuibichev propone editar un número falso de *Pravda* destinado solamente al enfermo... Evidentemente, eso es irrealizable. Y finalmente *Pravda* publicó el artículo el día 4 de marzo.

En el Comité Central que se reúne desde el 21 al 24 de febrero, Trotski acusa a Ordjonikidzé, a Vorochilov y a Kalinin de no comprender nada sobre la cuestión nacional. Ataca a los cónsules de Stalin, pero no directamente a este, al que, sin embargo, desaira la mayoría del Comité Central. En efecto, crea una comisión sobre la cuestión nacional y sobre los problemas de organización que, presi-

<sup>44</sup> *Ibid.*, p. 483. Diario de los secretarios de Lenin.

<sup>45</sup> *Ibid.*, p. 404. Lenin: «Más vale menos, pero mejor».



da por Stalin, tendrá que someter sus tesis a Lenin (siempre que lo autoricen los médicos), y en caso de desacuerdo por su parte, deberá convocar una sesión extraordinaria para decidir. Lenin, enfermo, inmóvil, aislado, espionado, derrota por segunda vez en dos meses a Stalin, cuya mayoría en el Comité Central es incierta, como lo es el resultado del próximo congreso. Solamente la muerte de Lenin podría disipar la amenaza que se cierne sobre él. Durante esas semanas, Stalin deambula tenso, silencioso, con la pipa atornillada entre los dientes.

Del 14 de febrero al 3 de marzo, las secretarías de Lenin examinan el dossier georgiano y le transmiten su informe el 3 de marzo. Hay partes que, curiosamente, han desaparecido, como la queja del militante abofeteado por Ordjonikidzé. Fotieva se extraña; el presidente de la comisión de Control, Soltz, presunta «conciencia del Partido», responde: no tiene importancia, contamos con el testimonio de Rikov presente en la escena (... ¡y plenamente solidario con el boxeador Ordjonikidzé!). A pesar de esas desapariciones, cuyo origen es evidente, la lectura del dossier provoca un ataque en Lenin que sufre otro aún más grave al día siguiente.

El 5 de marzo, por medio de una breve nota, pide a Trotski que se haga cargo del «asunto de Georgia» y dirija una carta, o una declaración, al congreso del PC georgiano en curso en esos momentos. Voloditcheva, encargada de telefonar a Trotski la petición de Lenin, transmite a este una extraña negativa categórica: «Trotski ha respondido que, como estaba enfermo, no podía hacerse cargo de semejante obligación, pero [que] como esperaba restablecerse enseguida, pedía que le enviara los documentos [...]. Los leería si se lo permitía su salud [...]. Dijo que padecía unos violentos dolores y que le costaba trabajo incluso acercarse al teléfono [...] que en esos momentos no podía trabajar, que ignoraba si sería capaz de intervenir en el congreso y que estaba realmente paralizado»<sup>46</sup>. Aquel Trotski que se lamentaba de sus dolores, incapaz incluso de leer, resulta algo grotesco. Detrás de esa nota, destinada a dar a Lenin, impotente y paralizado, el sentimiento de saberse abandonado de todos, se adivina la mano de Stalin. Si Trotski hubiera respondido a Lenin con una rotunda negativa, este no le habría transmitido al día siguiente una copia de su último mensaje, el breve mensaje que

<sup>46</sup> *Izvestia TSK KPSS*, nº 9, 1990, p. 149.

el 6 de marzo dirige a los comunistas georgianos, víctimas de los hombres de Stalin: «Estoy con vuestra causa de todo corazón. Estoy confundido por la grosería de Ordjonikidzé con la connivencia de Stalin y de Dzerjinski. Estoy preparando unas notas y un discurso a favor vuestro»<sup>47</sup>, notas que, por supuesto, nunca verán la luz. La falsificación de Voloditcheva quizá hizo dudar a Lenin de la decisión de su único aliado, contribuyendo así al ataque que, el 9 de marzo de 1923, le reduciría definitivamente al silencio.

Lenin recibió el golpe de gracia unas horas después de sus palabras a Trotski. En efecto, aquel 5 de marzo, fue informado de la llamada telefónica en la que el 22 de diciembre Stalin insultaba a Krupskaia. Furioso, dirigió al momento una nota a Stalin afirmando que consideraba semejantes insultos como dirigidos a él personalmente; le exige que los retire y que se excuse so pena de ruptura. Voloditcheva lleva la carta a Stalin y le pide respuesta. Stalin la lee sin inmutarse y luego responde: «No habla Lenin, sino su enfermedad». Y prosigue dando una lección de bolchevismo a un Lenin paralítico: «Yo no soy médico, soy un hombre político. Soy Stalin. Si mi mujer, miembro del Partido, se comportase incorrectamente, yo no me sentiría con derecho a mezclarme en el asunto. Y Krupskaia es miembro del Partido»<sup>48</sup>. Pero enseguida se muestra dispuesto a excusarse ante Krupskaia, a quien no perdonará jamás esta humillación, por otra parte virtual.

En efecto, al día siguiente, Stalin manda llamar a la hermana de Lenin, María Ulianova, y le representa la escena de la desesperación. «No he dormido en toda la noche. ¿Por quién me toma Ilich? ¿Cómo puede comportarse conmigo como si yo fuera un traidor? ¡Pero si le quiero con toda mi alma! Intenta decírselo.» La hermana, compadecida, refiere la escena a su hermano y añade: «Sin embargo, Stalin es inteligente» – «No es inteligente en absoluto»<sup>49</sup>, replica Lenin. La respuesta de Stalin, al mismo tiempo hipócrita e insolente, llega dos días después: niega los insultos y las amenazas, sugiriendo que Krupskaia es una embustera, y presenta unas excusas puramente formales. Con la sola preocupación por la pronta re-

<sup>47</sup> *Ibid.*, y LENIN, *Oeuvres complètes, op. cit.*, t. 45, p. 330. En el Congreso de los soviets de Ucrania.

<sup>48</sup> Testimonio de Voloditcheva al escritor Alexandre Bek. V. KUMANIOV, I. KULIROVA, *Proti-voistoianie* (La Oposición), Moscú, Nauka, 1994, pp. 28 y 29-30.

<sup>49</sup> *Izvestia TsK KPSS*, n° 12, 1989, pp. 198-199.

cuperación de Lenin, escribe, ha reprochado a Krupskaja que le haya transmitido noticias políticas a pesar de la prohibición de los médicos, pues considera su deber el vigilar por el favorable resultado del tratamiento. ¿Cómo ver «algo grosero o inconveniente en contra tuya? Pero si, para conservar nuestras “relaciones” consideras necesario que yo “retire” mis palabras antes citadas, puedo retirarlas, negándome, sin embargo, a comprender dónde está el problema, dónde mi “falta” y lo que particularmente se pretende de mí»<sup>50</sup>. En las últimas líneas de este billete sin fórmula de cortesía firmado «I. Stalin» apuntan la irritación y altanería. Stalin no envía sus «respetos» a Lenin, al que la lectura de una nota tan insolente habría postulado, si el 9 de marzo, antes de conocerlo, no hubiera sido fulminado por la última crisis, consecuencia del ataque del 5 de marzo, que le privó de la palabra, lo paralizó y lo eliminó para siempre de la vida política.

¿Qué pudo causarle el ataque? Según su secretaria, Krupskaja comunicó a Lenin que Stalin acababa de telefonar para firmar la paz, y luego le contó el incidente del 23 de diciembre. Pero ¿por qué Krupskaja, que a pesar de su disgusto había guardado silencio el mismo día de los insultos, se lo habría relatado dos meses y medio después? ¿Fue acaso una de las secretarias, enviada por Stalin para acabar con el enfermo, la que le habría contado el asunto? En cualquier caso, el ataque se produjo en el momento exacto en que Stalin tenía necesidad de desembarazarse de Lenin. Aliviado, avisa inmediatamente a Kamenev, que ha marchado a Georgia para normalizar en su nombre al Partido comunista. Para neutralizar a Krupskaja, envía contra ella a la hermana de Lenin, María Ulianova, una solterona arisca que desea disputar a su cuñada el monopolio de la herencia política de Lenin. Stalin se aprovechará durante mucho tiempo de esta rivalidad familiar. Así, cuando en 1926 Zinoviev intente utilizar el incidente contra él, enviará por delante a Ulianova contra Krupskaja. En un memorándum oficial cuyo borrador redacta amablemente Bujarin, María Ulianova afirmará dócilmente que el incidente en cuestión tenía «un carácter estrictamente personal sin alcance político alguno»<sup>51</sup>.

<sup>50</sup> *Ibid.*, p. 193.

<sup>51</sup> *Ibid.*, p. 196. Borrador redactado por Bujarin. CRCEDHC, fondos 17, inventario 2, dossier 246, vol. IV.

La eliminación de Lenin paraliza a Trotski. Este, dispuesto a unirse al líder histórico del Partido en contra de Stalin y del aparato del Secretariado, duda solo una vez. Sin embargo, Lenin le había prevenido: «Stalin buscará un turbio compromiso para engañarnos»<sup>52</sup>. Trotski, indeciso, acepta y casi busca el compromiso. A través de Kamenev, comunica a Stalin que él exige un cambio de política, no de dirección. Stalin ve en ello una prueba de debilidad y finge aceptarlo todo mientras prepara su ofensiva. El 11 de marzo, en un telegrama cifrado informa a todas las instancias del Partido que «Lenin ha perdido prácticamente la palabra a pesar de conservar un conocimiento claro y nítido. Los médicos consideran que su estado es grave, no pierden la esperanza de una mejoría»...<sup>53</sup>. No de una curación. Avisa a todos los cuadros del Partido: Lenin está acabado. Su futuro jefe les da la noticia. Pero nunca se es demasiado prudente. El 17 de marzo envía una «nota ultrasecreta» a Zinoviev y a Kamenev: «Krupskaia, dice, acaba de comunicarle en secreto que Lenin, en un estado “espantoso”, “ni quiere ni puede vivir más tiempo y exige que se le administre cianuro obligatoriamente”»<sup>54</sup>. Krupskaia, incapaz de dárselo, pide la «ayuda» de Stalin; este consulta con sus dos aliados, que se niegan radicalmente: «¡Absolutamente imposible!». Entonces, el 21 de marzo informa al Politburó y añade que Lenin, «en dos ocasiones» –un Lenin, recordemos, privado del uso de la palabra– «exigió la aprobación de Stalin», que le habría prometido satisfacerle llegado el momento<sup>55</sup>. Pero, careciendo del apoyo para obedecer a esa petición, se ve obligado a rechazar el encargo.

Cuando, en 1939, Trotski hizo el relato de la historia del veneno, los historiadores solo vieron en él una invención del enemigo vencido. Hacía tiempo que el rumor corría entre los miembros de la vieja guardia bolchevique. Y el mismo Stalin, durante una reunión de escritores en casa de Gorki en octubre de 1932, sabiendo que Bujarin había contado el asunto a su anfitrión, le invitó a repetirlo en su presencia. Bujarin encareció: Stalin le había contado que Lenin, considerando inútil su existencia de esclerótico incapaz de hablar, de escribir y de actuar, le había pedido el veneno. Stalin lo confir-

<sup>52</sup> TROTSKI, *Ma vie*, op. cit., p. 490.

<sup>53</sup> CRCEDEC, fondos 76, inventario 3, dossier 287.

<sup>54</sup> D. VOLKOGONOV, *Le Vrai Lénine*, op. cit., p. 384.

<sup>55</sup> *Ibid.*

mó, añadiendo que, para obtenerlo, Lenin no podía dirigirse a su mujer ni a su hermana, y le había dicho: «Tú eres el miembro más cruel del Partido»<sup>56</sup>, frase que repitió con aire satisfecho. El incidente solo pudo ser anterior o inventado, pues desde el 9 de marzo Lenin no profería más que unos vagos gruñidos y Stalin no lo visitó jamás.

¿Por qué, en marzo de 1923, insistía tanto Stalin en esta petición? Quizá para ocultar un envenenamiento ya realizado o para preparar el camino a una tentativa posterior en el caso de que Lenin se restableciera, pues los médicos habían dejado abierta dicha posibilidad.

El 14 de marzo, *Pravda* publica un artículo ditirámico de Radek en honor de Trotski, «el organizador de las victorias [...], un hombre de voluntad férrea», dotado de «una profunda fuerza moral» y de una «genial comprensión de las cuestiones militares» y «de un genio organizador». A sus ojos, es la encarnación de la revolución rusa que «ha actuado a través del cerebro, el sistema nervioso y el corazón de su gran representante», en quien Radek saluda «al portaestandarte del pueblo trabajador en armas [...] cuyo trabajo y cuya causa serán objeto no solo de amor, sino de la ciencia de las nuevas generaciones de la clase obrera que se preparan para la conquista del mundo». Esos elogios desmedidos presentan a Trotski como el sucesor del jefe paralítico. Es un elogio desafortunado.

Entonces, Stalin propone a Trotski que presente el informe político en el XII Congreso de abril en lugar de Lenin. Es una trampa burda, y Trotski se niega y sugiere a Stalin que sea él quien se haga cargo. Este se niega a su vez y ofrece el informe a Zinoviev, que acepta encantado. Antes del congreso, una declaración anónima ampliamente difundida denuncia las violaciones de la democracia a manos de la dirección, reclama el levantamiento de la prohibición de grupos o facciones internas, exige la distinción entre las actividades y funciones del Partido y de los soviets, y las del Comité Central y del Gobierno, y pide el inmediato «alejamiento de uno o dos res-

<sup>56</sup> Reunión de escritores comunistas celebrada el 19 de octubre de 1932 en casa de Gorki. K. ZELINSKI, «V Iunie 1954 (En junio de 1954)». *Minuichez*, nº 5, 1991, p. 73. En A. VAKSBERG, *Le Mystère Gorki*, Paris, Albin Michel, 1997, pp. 303-304, Vaksberg relata la escena y cita la frase, pero las sitúa erróneamente una semana después durante una reunión de escritores comunistas y sin adscripción con Stalin y varios otros dirigentes del Partido, a la que no estuvo invitado Bujarin. Incluso achispado como estaba el 19 de octubre, Bujarin jamás se habría atrevido a una salida semejante delante de personas que no eran miembros del Partido.

ponsables del grupo dirigente con propósitos fraccionarios más patentes (los que más descomponen el Partido, contribuyendo al desarrollo de la burocracia so capa de frases hipócritas), a saber: Zinoviev, Stalin y Kamenev»<sup>57</sup>.

Liberado de la amenaza de Lenin, Stalin rompe su pasado compromiso con Trotski quien, sin embargo, lo ha respetado escrupulosamente. El 29 de marzo obliga a todos los miembros del Politburó a firmar una carta colectiva contra Trotski dirigida al conjunto de los miembros del Comité Central. Es un acta de acusación. Esta carta, de una curiosa hipocresía, afirma refiriéndose a Georgia: «Ya que la mayoría de los firmantes (se ignora quiénes) consideran que las anteriores decisiones del Comité Central no eran correctas en todos los puntos, la responsabilidad de tales errores recae por entero en el camarada Trotski»<sup>58</sup>. Stalin hace pagar a Trotski su conducta conciliadora, subrayando su aislamiento de la dirección. Si Trotski se mueve, el Politburó en pleno se echará sobre él e invitará a imitarlo al Comité Central. Estaba previsto.

En resumen, Stalin refuerza su control del congreso. Los instructores, repartidos por la comisión de adhesión al Secretariado dirigida por Kaganovitch, han hecho un buen trabajo: en calidad de encargados de verificar y controlar la actuación de los cuadros y de proponerles la continuidad, la revocación o la readhesión, en pocos meses han normalizado el aparato local, que ya no es elegido, sino designado por la comisión de Kaganovitch, que presenta todas sus propuestas a Stalin. En casi todas las conferencias provinciales, el secretario presenta por primera vez una lista cerrada de candidatos a la delegación, confeccionada por él mismo y por su equipo. Cualquier otra lista que se presente solo puede ser el producto de una fracción, pero las fracciones están prohibidas desde 1921... Ciertamente, un militante siempre puede presentarse individualmente, pero en una lista de la que le ha eliminado la dirección general, no tiene posibilidad alguna. Así, desde el verano de 1922, los secretarios provinciales son «elegidos» por recomendación expresa del Secretariado del Comité Central, es decir, designados de hecho por él. Es, pues, el Secretariado el que ha designado a la mayoría de los de-

<sup>57</sup> *Voprossy Istorii KPSS*, n° 1, 1991, p. 53.

<sup>58</sup> *Acta mecanografiada del XII congreso*, Moscú, 1968, pp. 816-820, y V. DOROCHENKO, «Le-nin contra Stalin, 1922-1923», *Zvezda*, n° 4, 1990, pp. 129-130.

legados en este congreso, exactamente ¡el 83%! Al ser el 55% delegados permanentes del Partido, es muy débil su independencia con respecto al Secretariado. Aunque no todos son todavía dóciles instrumentos del Secretario general, la maquinaria puesta en marcha permitirá conseguirlo muy pronto. Seis meses después del congreso, Trotski denunciará este estado de cosas en una carta fechada el 8 de octubre de 1923. Un poco tarde. La baza está ganada.

No obstante, Stalin no cuenta todavía con el control absoluto. Los saludos que se dirigen en el congreso a los dirigentes históricos honran a Lenin, a Trotski, a Zinoviev, a Kamenev y, en último lugar, una sola vez a Stalin. Además, el informe de Trotski sobre las cuestiones económicas es acogido, según *Pravda*, «por unos aplausos tempestuosos que lo interrumpen con frecuencia» y que, desde la presidencia, Vorochilov califica de «inconvenientes». Cuando Trotski entra en la sala seguido de Radek, había gritado: «Mira, aquí está el León (Lev quiere decir León y león) seguido de su cola». Radek le responde inmediatamente con una cuarteta burlona:

*Vorochilov tiene la cabeza de madera  
Donde se amontonan sus pensamientos  
Y más vale ser la cola de León  
Que la rabadilla de Stalin.*

Trotski no entabla batalla en el congreso. En *Mi vida*, afirma que si lo hubiera hecho la habría ganado, pero cuando no actuó sería porque dudaba de ello. En tales condiciones, el tártaro Sultan-Galiev, apoyado únicamente por Bujarin, se quedó aislado en su crítica de la política estalinista sobre una autonomía meramente formal de las nacionalidades. Ciertamente, en la comisión dedicada a la «cuestión nacional», reunida por última vez, Trotski presenta dos enmiendas, pero tomando la precaución de precisar: «Me he puesto de acuerdo por escrito con Stalin durante la sesión». Así que, aunque haga una alusión amenazadora a la carta en la que el 5 de marzo Lenin le impulsaba a llevar el debate al congreso y se declare decidido a «cumplir el compromiso adquirido ante él», su acuerdo con Stalin priva de credibilidad esta aparente decisión<sup>59</sup>. Así lo sugiere Stalin desdeñosamente, afirmando que, aunque la enmienda de Trotski es acertada en el fondo, resulta absolutamente insuficien-

<sup>59</sup> *Izvestia TsK KPSS*, n.º 4, 1991, pp. 166 y 168.

te. Llevando la contraria a Lenin, pero sin nombrarlo, por supuesto, recalca que es preciso entablar «una doble lucha [...], una lucha en dos frentes»<sup>60</sup>, contra el nacionalismo de las minorías nacionales, de una parte, y contra el nacionalismo ruso, de otra. Luego se burla de Trotski afirmando condescendentemente que Frunzé ha presentado una enmienda más concreta y más acertada que la suya.

Aparenta una extremada modestia. Jamás, dice, ha pretendido el título de doctor en temas nacionales. Por otra parte, ha rechazado en dos ocasiones informar sobre ellos, pero las dos veces ha recibido esa orden por unanimidad; y con fingida humildad, añade: «No puedo decir que sea un ignorante en estos asuntos; tengo unos pequeños conocimientos sobre el tema, pero son realmente ligeros. ¿Por qué ha de ser Stalin quien obligatoriamente presente el informe? ¿Dónde está escrito? [...] Pero he recibido una orden. Y como soy una persona sumisa, he informado ante el congreso». Este despliegue de modestia disciplinada le permite, sin que nadie le interrumpa o le replique, ridiculizar a Lenin, que «olvidó [en aquella época se olvidaba de muchas cosas...] [...] la resolución adoptada en el Comité Central de octubre sobre la creación de la Unión». A continuación critica su defensa de los derechos de las minorías recordando irónicamente su postura a favor de la invasión de Polonia en 1920: «así que no se puede llamar polonés a un polaco, pero se puede tantear Polonia con la bayoneta [...] sondear a Polonia con la bayoneta. Aparentemente, ¿puede hacerse eso desde el punto de vista de la autodeterminación nacional?». Ante esta crítica evidente, nadie reaccionó: Lenin se atreve a hablar de autodeterminación después de haber enviado a Polonia al Ejército rojo y hace teatro con el uso de palabras algo despectivas. Critica también la alusión de Trotski al Testamento de Lenin: «Mucho se ha hablado aquí de las notas y los artículos de Vladimir Ilitch. No desearía citar a mi maestro, el camarada Lenin, porque no está presente, y temo referirme a él de un modo inexacto e incorrecto»<sup>61</sup>.

Sale del congreso como vencedor. Sin embargo, como nunca se ha manifestado en público, la gente todavía le conoce poco, y en los círculos intelectuales esta discreción le vale la reputación de moderado. Así, el 20 de marzo de 1923, el literato Gerschenson celebra,

<sup>60</sup> *Ibid.*, p. 173.

<sup>61</sup> *Ibid.*, pp. 169-171.



en una carta a un amigo, «el nombramiento como triunviros de los muy moderados Kamenev, Rykov y Stalin»<sup>62</sup>. Aún no se ha formado ningún triunvirato, pero el calificativo es elocuente.

Absorto en los problemas del poder, Stalin apenas se preocupa de los asuntos económicos y sociales. Sin embargo, en las fábricas reina una enorme tensión. En enero de 1923, el salario obrero medio representa el 50% del salario medio de 1913 y no permite a los obreros, agotados físicamente y moralmente cansados, mantenerse sanos. Además, las condiciones de alojamiento son deplorables. El zarismo les había legado un miserable parque inmobiliario de cuchitriles, barracas y rincones de habitaciones, deteriorado por la guerra civil. Y aunque los bolcheviques han requisado los apartamentos de los «burgueses» transformándolos en apartamentos comunitarios, son numerosísimos los trabajadores que viven en hogares sucios, en vagones abandonados, en cabañas o en *zemlianki* (hoyos cubiertos de tela o de ramaje).

La dirección del Partido desea ayudar al campesinado a producir y vender lo más posible a fin de obtener recursos para la industrialización. Ahora bien, en un mundo rural parcelado y atrasado, en el que la mayoría de las explotaciones consumen íntegramente su escasa cosecha, esa opción somete la futura industrialización a la buena voluntad del 5 a 6% de campesinos (relativamente) ricos —los famosos kulaks— y de los acomodados que obtienen y comercializan sus excedentes. A primeros de 1925, la situación conduce a Bujarin a lanzar una llamada a los campesinos para que se enriquezcan. El compromiso gubernamental se refleja en los presupuestos del Estado. El de 1923 destina 50 millones de rublos-oro (moneda creada en 1922 para sustituir a los antiguos billetes devaluados) de créditos a la agricultura, contra 44 a la industria y a la electrificación; el de 1924, 60 contra 40; el de 1925, 100... contra 39.

La distancia se hace mayor cuando la mayoría de los créditos a la industria se conceden a la industria ligera. Sube el precio de los escasos productos manufacturados, alcanzando en julio de 1923 el 190% del de 1913, mientras que el de los productos agrícolas no representa más que el 50%. (En 1923, Trotski califica de crisis de las tijeras esa creciente distancia entre ambos precios cuyas dos curvas se cruzan.) Así, cuanto más producen y venden los campesinos, me-

<sup>62</sup> «Cartas de Gerschenson a Lev Chestov», *Mimuvchee*, n° 6, 1992, p. 282.

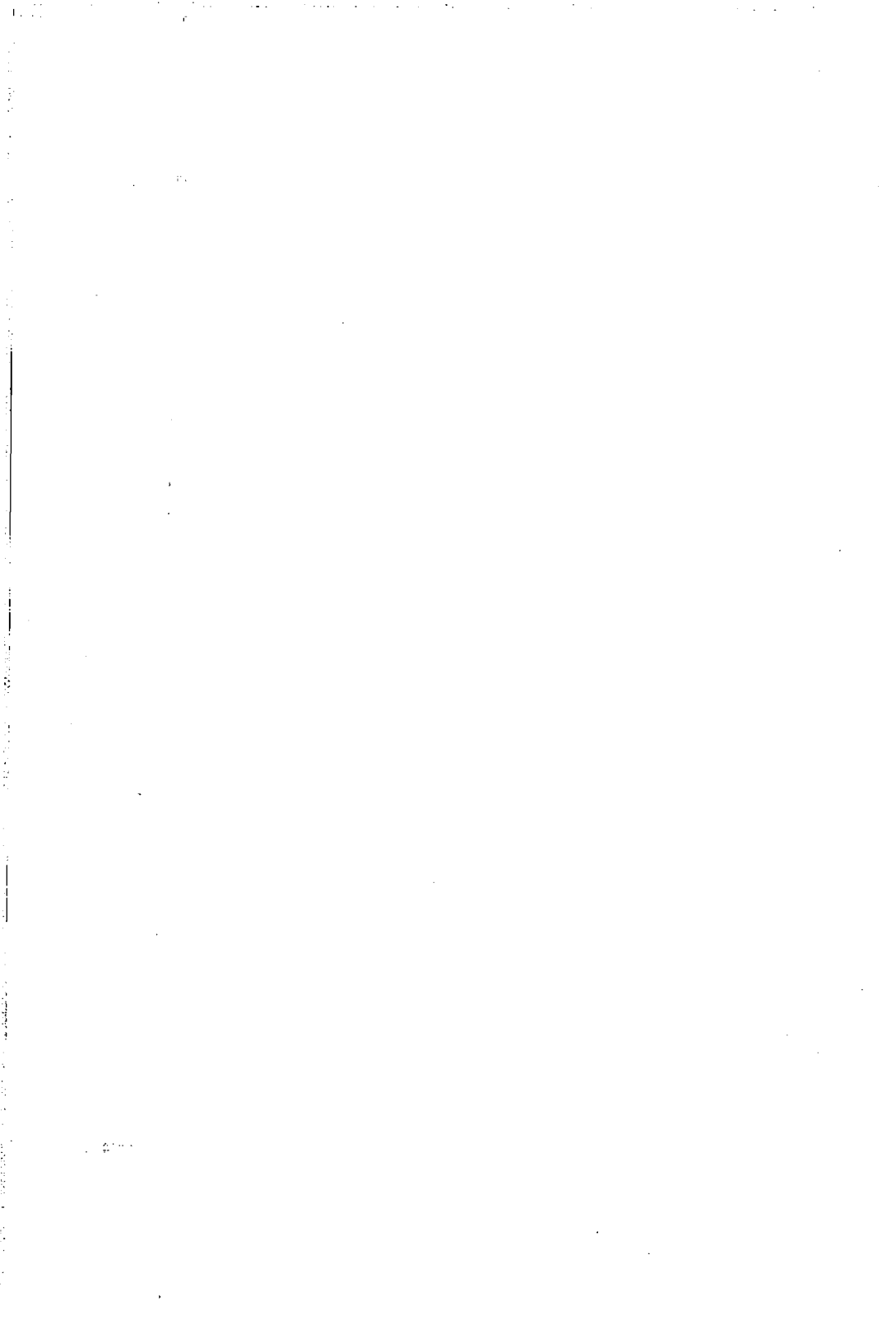
nos mercancías pueden comprar en la ciudad. La industria, apenas renaciente, acumula stocks de productos demasiado caros que no encuentran comprador. Faltas de liquidez, las empresas pagan los salarios de los obreros con creciente retraso, lo que suscita un estallido de huelgas. Aumenta el paro que, a finales de 1924, afecta a un millón de obreros sobre menos de cuatro millones. Ese desequilibrio entre industria y agricultura anuncia una crisis alimenticia: el campesino no vende el trigo más que si puede comprar seguidamente los productos que necesita; si la ciudad no se los proporciona, almacena su cosecha en lugar de cambiarla por unos rublos inservibles.

La tensión social se refleja en el partido en el poder. El partido comunista, convertido en partido único desde 1922, cuyo número de afiliados se ha triplicado a partir de 1917, es el crisol de todos los conflictos. En marzo de 1921, en la inauguración del X Congreso, contaba con 730.051 miembros. A continuación del congreso, el 20% de ellos son excluidos a raíz de una purga que expulsa a los elementos considerados ajenos al Partido, pasivos, arrivistas, corruptos y prevaricadores. Las repetidas purgas reducen sus efectivos a 514.800 en 1922, a 485.600 en 1923 y a 472.000 en 1924. En algunos puntos, la purga es una auténtica sangría. Según Stalin, en Jorezm quedan un centenar de miembros de los varios miles anteriores y, afirma, «ya no existe el Partido»<sup>63</sup>. En Bujara, en 1922, la purga, al eliminar a comerciantes y traficantes, reduce el número de afiliados de 16.000 a menos de un millar. Por otra parte, a finales de 1923, un miembro del Partido de cada tres es dueño de un comercio, de un taller o de una granja. El mecanismo de la purga tiene un primer sentido de depuración social y solo secundariamente sirve para arreglar cuentas políticas. No obstante, una vez que forma parte de lo acostumbrado, permite a Stalin desembarazarse de sus adversarios reales, luego de los potenciales y después de los virtuales, hasta llegar a aterrorizar incluso al Partido haciendo planear sobre todo el mundo la amenaza de la purga, automáticamente seguida de la prisión —a partir de la primavera de 1937— e incluso de la ejecución. Entonces, Stalin no pensaba ciertamente en aquel fu-

<sup>63</sup> *Tainy nacionalnoi politiki TsK Parti RKP* (Los secretos de la política nacional del CC del PCR). Acta mecanográfica de la 4ª reunión secreta del CC del PCR), Moscú, 1992, 1923, p. 261.

turo comportamiento. Es el «gradualista» por excelencia, que avanza paso a paso sin apresurarse y sin anticipar las lejanas consecuencias de sus actos.

Entonces parece reavivarse en Europa la llama de la revolución. En enero de 1923, Poincaré envía al ejército francés a ocupar el Ruhr con objeto de obligar al oprimido gobierno alemán a pagar en un plazo determinado sus graves indemnizaciones de guerra. La ocupación provoca una viva reacción nacionalista que hace salir al nacionalsocialismo de su estrecho círculo de nostálgicos de la guerra perdida y de los vestigios de los cuerpos franceses. La patronal alemana responde al caos económico y social especulando contra el marco que, a partir de abril, se hunde a una velocidad de vértigo, pasando de 1.000 marcos por dólar a primeros de abril, a 20 millones el 5 de septiembre y a 60, dos días después. Los pequeños comerciantes, los pequeños ahorradores y los jubilados quedan arruinados de la noche a la mañana y caen en una absoluta miseria. La galopante descomposición social parece abrir las puertas del poder a los comunistas alemanes.



### Capítulo XIII

## ¿EL SOCIALISMO DE UNA SOLA VÍA?

A pesar del alejamiento de Lenin, Stalin, todavía inseguro, tiene necesidad de aliados. En aquellos momentos ejercía el poder la tria-ka Zinoviev-Kamenev-Stalin, en la que este parece ocupar el último puesto. Los otros dos, indiferentes a la advertencia de Lenin y deseosos sobre todo de aislar a Trotski, creen poder manejar a su gusto al apparatchik georgiano. Se imaginan, erróneamente, que el Secretariado solo es un órgano administrativo y que todo se juega aún en el Politburó. Lenin, Trotski y Zinoviev mantenían una relación viva, cordial, tensa o difícil con las masas, fundada en la palabra. El tiempo de los tribunos y de los teóricos llega a su fin. Los aliados de Stalin no lo han entendido todavía.

A pesar de las apariencias, la alianza es desigual. Kamenev, un hombre culto, apasionado por la literatura y el arte, es, a pesar de ser el presidente del soviet de Moscú, un hombre solitario, sin red ni partidarios. Zinoviev se ha creado un aparato en Petrogrado y controla el del Komintern, pero ese poder es ilusorio; a partir de 1924 es Moscú el que, por tener los cordones de la bolsa y contar con el prestigio de la única revolución victoriosa, designa a los dirigentes de la Internacional y de sus partidos.

El 10 de mayo, una semana después del congreso, el Politburó excluye del partido y entrega a la GPU al dirigente comunista tártaro Sultan-Galiev, antiguo secretario del Partido comunista musulmán de Rusia, transformado en 1919, a instancias de Stalin, en la sección musulmana del partido bolchevique. Este hombre, popular en las regiones musulmanas, miembro hasta 1921 del Comisariado para las Nacionalidades, protegido por Stalin durante mucho tiempo, en febrero de 1919 había convencido al influyente dirigente nacionalista bachkir Zaka Validov para que rompiera con Koltchak y se uniera al Ejército rojo con sus 2.000 jinetes. Validov, llegado a Moscú en 1920 y secuestrado por orden de Stalin, había huido y marchado al Turquestán donde dirigió la insurrec-

ción de los basmatchis (nacionalistas turcomanos) contra los bolcheviques. En sus memorias revela las intrigas que Stalin desplegó para hacerle su cómplice, habla de su desprecio burlón por los tártaros y los caucasianos situados bajo su dirección, y de su provocador cinismo. Un día que Validov aludía a los problemas que planteaban los refugiados rusos y los polacos en Bachkiria, se mofaba: «No tienes más que liquidar a esa gente y ya no habrá problemas». En una carta del 12 de septiembre de 1920 a varios dirigentes bolcheviques, Trotski entre ellos, Validov denunciaba a «ese dictador disfrazado, hipócrita, que juega con las personas y con sus afanes». En aquella época, la acusación pareció exagerada. Con halagos, Stalin trató en vano de hacer volver a Validov a Moscú: «Eres mucho más inteligente y más enérgico que Sultan-Galiev [...], eres un hombre fuera de lo común, fuerte, con carácter y voluntad, un hombre de acción»<sup>1</sup>.

Sultan-Galiev es acusado de haberse puesto en contacto con los basmatchis, de haber creado una organización clandestina ligada a unos socialistas emigrados y extranjeros, y por tanto convicto de traición. Su auténtico crimen fue el de negarse a la feroz rusificación de las regiones musulmanas. En la reunión de la facción comunista del X Congreso de los soviets, en diciembre de 1922, denunció brutalmente la política de «autonomización» de Stalin en una Rusia una e indivisible, y la división que se operaba entre unas nacionalidades tan avanzadas como para contar con representantes en el Comité ejecutivo central de los soviets, y las otras, a las que se consideraba demasiado atrasadas como para ser dignas de ello. Su crítica reanuda las protestas de numerosos habitantes de las regiones musulmanas, que suelen ver a los herederos del colonialismo zarista en los bolcheviques rusos presentes en su territorio. Según el nacionalista azerí Rassoul-Zade, «la dictadura del proletariado en Tashkent no es otra cosa que la dictadura de Moscú en el Turkeistán, lo mismo que la dictadura del proletariado en Baku no es la dictadura del obrero turco, sino la de Moscú»<sup>2</sup>. Muchos de los comunistas tártaros, bachkires, azeríes, kazajs y uzbekos comparten las críticas de Rassoul-Zade. Stalin reacciona ante esa amenaza interpretándola como una traición; será el «sultan-galevismo».

<sup>1</sup> G. LANDA, «Mussaïd Sultan Galiev», *Voprossy Istorii*, nº 8, 1999, p. 86.

<sup>2</sup> Carta de Rassoul-Zade a Stalin del 1 de enero de 1923, *Istochnik*, nº 6, 1994, p. 84.

Sultan-Galiev cometió la imprudencia de dirigir a unos camaradas ciertas cartas cifradas en las que criticaba la política nacional de la dirección, aconsejándoles que las quemaran. De este modo entrega a Stalin la excusa para liquidarlo. En una sesión extraordinaria, el Comité Central y la Comisión de control examinan su caso durante los días 9 al 13 de junio de 1923. Stalin representa allí el papel de moderado y de moderador y se defiende del reproche de haber apoyado excesivamente a Sultan-Galiev: «Sí, responde, le he defendido hasta el último extremo, lo que consideraba y considero siempre mi obligación». Pero bajo ese tono zalamero y tranquilizador asoman las garras: denuncia la superchería de Sultan-Galiev, la insinceridad y la diplomacia de algunos representantes, así como el nacionalismo... de las minorías nacionales oprimidas que, según él, están siendo sistemáticamente apoyadas por el extranjero. Pero en sus conclusiones, saca de nuevo la garra de terciopelo. Recusa a los que quieren juzgar e incluso condenar a Sultan-Galiev. «Hay que dejarlo en libertad. Ha reconocido sus pecados y está arrepentido. Está expulsado del Partido y, por supuesto, jamás volverá a él. ¿Por qué retenerlo en la cárcel?» En la sala se alzan voces ante semejante exceso de indulgencia. Stalin permanece inmovible, aunque arañando a Trotski de paso: «Sultan-Galiev es un cuerpo extraño, pero os aseguro que no es peor que algunos especialistas militares que ocupan entre nosotros puestos importantes y de altas responsabilidades»<sup>3</sup>.

¿Quién no se sentiría tranquilizado por un Secretario general tan bonachón, autor, sin embargo, de la maquinación que hizo confesar por escrito a Sultan-Galiev unos crímenes en parte imaginarios? Es el primer aspecto desconcertante de este asunto. Stalin debió de prometer la indulgencia de la reunión a su víctima a cambio de una autoflagelación que lo desacreditara. La resolución votada contra el tártaro condena sus actos de «traición», califica su política de «expresión monstruosa de la desviación nacionalista» y constata que se ha «colocado fuera del Partido». En un falso equilibrio ondea el chovinismo ruso, pero atribuye la responsabilidad a los propios rusos que viven en el lugar, a los que acusa al mismo tiempo de «no entablar un combate decidido contra la desviación nacionalista»<sup>4</sup> tártara y musulmana, ¡una tarea difícil para los militantes acusa-

<sup>3</sup> *Tainy Nacionalnoi politiki TsK RKP*, Moscú, Insan, 1992, pp. 82-86.

<sup>4</sup> *Ibid.*, pp. 280-281.

dos de chovinismo ruso! En esta carga contra los militantes, impuesta por los dirigentes, se advierte la mano de Stalin, preocupado por dar validez a su política ante todos los presentes, Trotski entre ellos. Encantado por haber manejado a este, que ha de condenar la «traición» de Sultan-Galiev, trata de ridiculizarlo aceptando una enmienda de su parte que, dice, repite inútilmente la que ya figura en la moción.

Más tarde, Zinoviev se reprochará amargamente el haber dejado que Stalin detenga a Sultan-Galiev. Dirá: ha adquirido el gusto por la sangre. Y Stalin, por su parte, puede felicitarse por haber empujado a Trotski a condenar a Sultan-Galiev cuyos numerosos seguidores «declaran que su defensor hoy es Trotski y que, de ahora en adelante, apoyarán siempre y en todo a Trotski»<sup>5</sup>. Aunque este aludiera a la carta que le envió Lenin invitándole a hacerse cargo de la cuestión nacional, no podría apoyar a un hombre que «confiesa» haber «traicionado». Poco después de esta conferencia, la actuación clandestina de los grupos de oposición Verdad obrera y Grupo obrero obliga a Dzerjinski a exigir a los militantes que denuncien a la GPU cualquier expresión de oposición en el Partido. Es la primera manifestación de la influencia policial sobre el Partido, que permitirá a Stalin militarizarlo, depurarlo y luego transformararlo de arriba abajo.

La segunda parte de la conferencia estuvo dedicada a la política de las nacionalidades. Stalin, que en abril hizo disolver el Comisariado para las Nacionalidades, presenta un incoloro informe preliminar, pero encarga a uno de sus hombres de confianza la definición, brutal, de su auténtica política. El ucraniano Manuiski no se detiene en minucias: en su corta intervención repite cuatro veces: los comunistas de los confines han de luchar contra su propio nacionalismo, ¡y dejar a los rusos la tarea de combatir el chovinismo ruso!

Los triunviros, que ocultan a Trotski sus informaciones, solo prestan una distante atención a la cólera que crece en Alemania contra la crisis galopante. Las huelgas se multiplican entre los mineros, los metalúrgicos, los marineros, los obreros agrícolas y los trabajadores de la construcción. Arrastrados por el movimiento, los comunistas se encuentran a la cabeza de la mayor parte de los comités

---

<sup>5</sup> *Ibid.*, pp. 29-30.



de huelga y de los consejos de las fábricas. De acuerdo con Zinoviev, presidente del Komintern, la dirección del partido comunista organiza una gran jornada antifascista para el 29 de julio. Stalin, pasando por encima de las prerrogativas de Zinoviev y a sus espaldas, autoriza a Radek a enviar una carta al PC alemán criticando la concentración en contra del fascismo e invitándole a desconvocar la jornada del 29...

Su victoria en el XIII Congreso le proporciona un aplomo que crece a toda velocidad. En adelante pondrá sistemáticamente a sus aliados ante el hecho consumado. El verano de 1923 marca un auténtico giro en este sentido. Los dirigentes bolcheviques, que trabajaban y militaban hasta dieciséis horas diarias, tenían la costumbre —que Stalin prolongará y ampliará— de tomarse dos meses de vacaciones de verano para descansar y reponerse. En julio, Stalin se encuentra solo en Moscú dirigiendo los asuntos con Kasenev y Rudzutak. Aprovecha para atenuar la campaña iniciada en febrero de 1922 contra el clero ortodoxo. El 2 de julio de 1923 manda retirar del Código penal las sanciones previstas para la educación religiosa colectiva. El 16 de agosto publica, en nombre del Comité Central y luego del Politburó, una circular firmada con su nombre «sobre la actitud respecto a las organizaciones religiosas», «que prohíbe la clausura de iglesias, de lugares de oración y de sinagogas», cuyos autores «no comprenden que, a causa de sus acciones burdas y desprovistas de tacto en contra de los creyentes, que representan la mayor parte de la población, provocan un incalculable perjuicio al poder soviético [...] y corren el riesgo de ayudar a la contrarrevolución»<sup>6</sup>. La denuncia de los «excesos» cometidos por los cuadros que no acaban de entender la política del Partido, y cuyas buenas intenciones subjetivas desembocan en la complicidad objetiva con el enemigo, constituye ya un dato esencial del discurso estalinista. Sirve a la vez de tapadera y de pretexto para las sanciones.

El año precedente, Stalin había aprovechado la enfermedad de Lenin para reforzar la influencia del aparato atribuyéndole importantes privilegios. En esta ocasión aprovechó las vacaciones de las tres cuartas partes del Politburó que habían ido a tomar las aguas en Kislovodsk, en la región de Stavropol al sur de Rusia: Zinoviev,

<sup>6</sup> AERF, fondos 3, inventario 1, dossier 356, reproducido en *Politburó i Tsenkov* (El Politburó y la Iglesia), *op. cit.*, vol. 1, p. 414.

Bujarin, Ordjonikidzé, Vorochilov y Frunzé y, por separado, Trotski. El 19 de julio, Stalin hace aceptar a un Buró restringido la necesidad de «suavizar las condiciones de admisión en los institutos de enseñanza superior para los hijos de los cuadros que ocupan responsabilidades». Zinoviev se entera de la decisión al leer el acta. El 6 de agosto, en una carta a Stalin califica esta decisión de «grave falta [...] semejante privilegio cierra el camino a los más capacitados y lleva en ella aspectos de casta»<sup>7</sup>. Eso es lo que pretende Stalin, convencido de atraerse la eterna gratitud de los interesados.

Zinoviev, preocupado por aquel creciente poder, se propuso disolver el Buró de organización y nombrar otros dos secretarios para Stalin, Trotski (al que no consultó) y él mismo, colocándose así en una actitud de enfrentamiento. El 29 de julio, Zinoviev y Bujarin transmiten sus propósitos a Stalin y a Kamenev a través de Ordjonikidzé. Zinoviev disimula su cólera, que estalla en la carta que dirige al día siguiente a Kamenev: «Permites que Stalin se burle de nosotros»<sup>8</sup>, y enumera una lista impresionante de los abusos de autoridad, de las decisiones y los nombramientos arbitrarios y personales de Stalin. Tomaba las decisiones en el Komintern en lugar de su presidente; modificó el comité de redacción de *Pravda* sin advertir ni consultar a Bujarin, su redactor-jefe y miembro suplente del Politburó. Stalin había adoptado esta actitud a raíz de una indisciplina de dicho comité. El Politburó deseaba llenar las arcas restableciendo el monopolio, suprimido desde diciembre de 1919, de la venta por parte del Estado de vodka, una bebida cuya fabricación y venta había prohibido el gobierno por superar los 12 grados. A principios de enero de 1921, la tolerancia había subido hasta 14 grados y en diciembre a 20. Aún estaban lejos del vodka. Trotski, contrario al proyecto, había hecho vacilar a Ordjonikidzé y a Bujarin. El 12 de julio, Stalin hizo que el Politburó dictara la prohibición de publicar cualquier noticia sobre el tema en *Pravda*, que el 15 de julio publicó un artículo de Preobrajenski en contra del proyecto. Furioso ante aquel desafío a su autoridad, Stalin cesó al comité de redacción y nombró uno nuevo.

Zinoviev comenta furioso esos abusos: «No vamos a soportarlo más», y luego, no captando la envergadura de la situación, termina:

<sup>7</sup> *Izvestia TSK KPSS*, n.º 4, 1991, p. 202.

<sup>8</sup> *Ibid.*, p. 197.

«Si el Partido tiene que pasar por un período (probablemente) muy corto de poder personal de Stalin, que así sea. Pero, en lo que a mí concierne, no estoy dispuesto a tapar todas estas porquerías». Y termina: «De hecho, no hay troika, lo que hay es una dictadura de Stalin»<sup>9</sup>. En general, dice, Vorochilov, Frunzé y Ordjonikidzé comparten su opinión. Estas veleidades de independencia serán efímeras.

El 3 de agosto, Stalin responde a Zinoviev y a Bujarin con una nota amenazadora y burlona, en la que afirma no comprender el porqué de las «protestas» de sus interlocutores. Habría deseado recibir una nota clara y concreta; está dispuesto a discutir siempre que sus aliados crean que es posible continuar trabajando juntos, pero cree entrever que consideran inevitable la ruptura. Después de todo, ¡que hagan lo que quieran! Se siente en posición de fuerza y en su postdata crítica con un matiz de demagogia a los que están de vacaciones mientras él trabaja: «Sois afortunados: mientras estáis descansando, tenéis la posibilidad de inventar toda clase de historias fantásticas y de discutir las hasta caer dormidos, mientras que yo, aquí, estoy al pie del cañón, gimiendo como un perro encadenado; y además, soy el que aparece como "culpable". Así se cansa cualquiera. ¡Eh, amigos míos, tiráis a matar!»<sup>10</sup>. Y comenta a sus amigos que Zinoviev y Bujarin pretenden nombrar comisarios políticos que le controlen; se niega; sus socios Rudzutak y Kubychev, también. Incluso consigue convencer a Kamenev de que «Bujarin y Zinoviev exageran»<sup>11</sup>.

Cuatro días más tarde, en una extensa carta a Zinoviev, Stalin pide a sus aliados que se expliquen francamente: ¿tratan de destituir al Secretario general? Con desvergüenza, pregunta: «¿Por qué tenéis que aludir a una carta de Ilitch que yo desconozco sobre el Secretario?» siempre afirmando que «él no teme a las cartas» (¡puesto que las conoce!) y no disfruta con el puesto de Secretario general. Ahora representa la primera escena de la comedia de la dimisión, al declararse «a favor de la sustitución del Secretario general, pero contra la creación de un Instituto de comisarios políticos»<sup>12</sup>. Ade-

<sup>9</sup> *Ibid.*, p. 198.

<sup>10</sup> *Ibid.*, p. 202.

<sup>11</sup> *Ibid.*, p. 198. Cuando rompa con Zinoviev y Kamenev, en una declaración escrita el 13 de agosto de 1926, Stalin negará la existencia de la carta del 10 de agosto de 1923 de Zinoviev y Bujarin y criticará «la cita ficticia de una carta ficticia» hecha por Zinoviev (CRCEDHC, fondos 17, inventario 2, dossier 246). Prometheus, Y. BURANOV, *Lenin's Will*, New York, pp. 176-177. Bujarin guardará silencio.

<sup>12</sup> *Ibid.*, p. 203.

más, recuerda, él está controlado por tres organismos, el Buró de organización, el Politburó y el pleno del Comité Central, ¡y con eso basta! Replica a los críticos que le reprochan el que resuelva los problemas en solitario, que las copias de todas las decisiones tomadas se transmiten a los archivos que los miembros del Politburó pueden consultar para saber lo que se supone que ha decidido. En resumen, ¡les toma el pelo! El 10 de agosto, Zinoviev y Bujarin refutan su respuesta punto por punto y afirman que, desde la desaparición de Lenin, «el Secretario del Comité Central *objetivamente* [...], es decir, *de hecho* [...] decide todo»<sup>13</sup>. ¿Hasta dónde llegarán?

Por otra parte, Stalin y Zinoviev tienen unas ideas bien diferentes sobre la conmoción revolucionaria que se anuncia en Alemania y ante la que Zinoviev no percibe más que divergencias de táctica. Según él, «la crisis en Alemania maduró *muy deprisa*. Ahora se abre un nuevo capítulo en la revolución alemana. Eso nos planteará unas *tareas grandiosas*...»<sup>14</sup>. Stalin no está plenamente de acuerdo con esta opinión. El 31 de julio, Zinoviev escribe a Kamenev: «Para Stalin, la revolución aún no está al orden del día». En efecto, ha afirmado: «Si, por así decirlo, hoy se hundiera el poder en Alemania y lo tomaran los comunistas, también se hundirían estrepitosamente [...]. Nos es más beneficioso que los fascistas ataquen los primeros, pues eso unirá a toda la clase trabajadora en torno a los comunistas [...]. En mi opinión, hay que retener a los alemanes en lugar de estimularlos»<sup>15</sup>. Esboza así la táctica que impondrá al Partido comunista alemán entre 1929 y 1933. Sin embargo, en 1923, los «fascistas» eran bastante más débiles que los comunistas. Pero Stalin siempre trata de contemporizar. Al revés que Napoleón que decía: «Primero se ataca y luego se observa», él dirá: «Se observa y no se ataca...» excepto si los acontecimientos le ponen a uno entre la espada y la pared. Entonces, en brutal zigzag, pasa de los rodeos a la acción.

En primer lugar se ocupa de las intrigas de la cumbre. El 9 de agosto, el Politburó, donde presenta un breve informe sobre Alema-

<sup>13</sup> *Ibid.*, p. 206.

<sup>14</sup> *Ibid.*, p. 200.

<sup>15</sup> *Ibid.*, p. 204. Antes de la reunión del Politburó del 21 de agosto en la que participaron, además de él, Trotski, Zinoviev y Radek, manifiesta un temor real o simulado ante las dramáticas consecuencias de una revolución alemana victoriosa: «Hay que decir lisa y llanamente que la revolución obrera en Alemania significa una probable guerra entre Alemania y Francia y Polonia (y quizá otros Estados) [...]. Hay que decir lisa y llanamente que la revolución alemana y nuestra ayuda a los alemanes [...] significa la guerra entre Polonia y Rusia» *Istochnik*, nº 5, 1995, p. 118.

nia, vota su salida de vacaciones. Pero el 12, la huelga general en Alemania derriba al gobierno del hombre de negocios Cuno, que es sustituido por un gobierno Stresemann que incluye a cuatro ministros socialdemócratas y que no logra detener el hundimiento del marco. El 17 de agosto, Stalin desciende finalmente a Kislovodsk. A su regreso a Moscú, fingiendo la conciliación, hace que el Politburó introduzca en el Buró de organización a Bujarin, Zinoviev y Trotski, poco duchos en este tipo de organismo administrativo. El 25 de septiembre de 1923, el Comité Central elige a Zinoviev y a Trotski para el Buró de organización, además de dos suplentes, uno de ellos Bujarin. Ninguno acudirá jamás a él. El Secretariado sigue siendo el epicentro del poder. El Politburó discute, el Secretariado decide.

Esta primera pelea de familia refuerza a Stalin, que marca su territorio: a pesar de que nunca ha participado en la actividad del Komintern, hace dar su nombre a la universidad comunista de los trabajadores de Oriente, que forma cuadros comunistas en China, India, Japón, etc. Es la primera universidad Iosiv-Stalin del mundo. La elección manifiesta cierto olfato político: Stalin presiente que en esta parte del mundo se está preparando algo.

La fronda de Kislovodsk es un momento clave: Stalin aludirá a ello en el XIV Congreso del Partido en diciembre de 1925, cuando pretenda haber afirmado que, «si los camaradas insistieran, estaba dispuesto a liberar la plaza sin hacer ruido, sin discusión pública o interna, sin exigir la garantía de los derechos de la minoría». Alterará el contenido de las cartas de 1923, atribuyendo a los «conspiradores» de Kislovodsk el imaginario deseo de apartar de la dirección del Partido a Kalinin, a Rykov, a Tomski, a Molotov y a Bujarin, sin los cuales, dice, «en ese momento era imposible dirigir el Partido»<sup>16</sup>.

A lo largo de un año, el aparato, a pesar de ser reactivo a los debates, encontrará motivos en dos ocasiones para alinearse al lado de Stalin y contra Trotski. En el otoño de 1923, Alemania parece estar al borde de la esperada revolución. El secretario del PC alemán, Brandler, pide a los rusos que envíen a Trotski para que dirija en su país la insurrección fijada para el aniversario de la revolución rusa, el 25 de octubre. Stalin tiene otras preocupaciones: en el Comité

<sup>16</sup> Acta mecanografiada del XIV congreso, Moscú, 1926, p. 506.

Central de primeros de octubre propone ampliar el Comité militar de la República haciendo entrar en él, además de a él mismo, a Vorochilov, Ordjonikidzé y Lachevitch, un amigo de Zinoviev. Trotski, furioso, se plantea dimitir y marcharse a Alemania. En una inflamada declaración, Zinoviev, celoso anticipadamente de los laureles que el éxito reportará a Trotski, se ofrece inmediatamente a acompañarle como soldado de la revolución alemana. Con aire zalame-ro, Stalin afirma: el Partido no puede mandar al fuego a sus «amados jefes», a los que, de hecho, no desea ver cubiertos de gloria. La revolución alemana exacerba las envidias.

Un renuevo de esperanza invade a los militantes. Stalin lo expresa en un manifiesto entusiasta dirigido al dirigente comunista Talheimer, publicado en el diario del PC alemán *Die Rote Fahne*: «La revolución que se avecina en Alemania es el acontecimiento mundial más importante de nuestro tiempo. La victoria de la revolución alemana tendrá una importancia mayor para el proletariado de Europa y América que la victoria de la revolución rusa hace seis años». «Hará pasar el centro de la revolución mundial de Moscú a Berlín»<sup>17</sup>. En esta repetición de las pasadas frases de Lenin, ¿habrá que ver únicamente unas palabras vacías? Indudablemente, no. Stalin no ha inventado todavía «el socialismo en un solo país».

Trotski encuentra en todo ello un motivo para entablar el combate que no tuvo lugar seis meses antes. El 8 de octubre, en una carta al Comité Central afirma la necesidad de un «nuevo curso» en la democratización de la vida del Partido. Denuncia el cambio masivo en la elección de los responsables del Partido para su nombramiento a todos los niveles, y la formación de una amplia capa de permanentes que, una vez miembros del aparato dirigente, «renuncian a sus opiniones políticas personales o por lo menos a expresarlas abiertamente»<sup>18</sup>. Una declaración de 46 antiguos bolcheviques reanuda ese tema: los militantes críticos, o en desacuerdo, solamente hacen sus comentarios en privado a condición de confiar en la discreción de su interlocutor: El aparato burocrático ahogará cualquier discusión, pero no será apto para enfrentarse a una crisis.

<sup>17</sup> *Die Rote Fahne*, 10 de octubre de 1923. Reproducido en P. BROUÉ, *Révolution en Allemagne*, *op. cit.*, p. 757.

<sup>18</sup> *Izvestia TsK KPSS*, n° 5, 1990, p. 170.

En el último momento, la dirección del partido comunista en Alemania, abandonada por los socialdemócratas de izquierda en los dos länder donde gobernaban juntos, anula la insurrección prevista. La esperanza de la revolución termina en un fiasco. El desánimo invade a los militantes rusos que esperan la revolución desde hace seis años, en el momento mismo en que los obreros de la URSS protestan en contra del retraso en los salarios y del alza de los precios. En octubre, la GPU señala 217 huelgas que han movilizado a 165.000 trabajadores...

A finales de octubre, Stalin hace condenar la gestión de Trotski y de los 46 como fraccionaria, y luego, en un aparente giro, decide la apertura de un debate público. El 5 de diciembre, tras una agria discusión en el cuarto de Trotski, enfermo y febril, donde tenían lugar entonces las reuniones, el Politburó admite un texto en el que, con mil circunloquios, afirma la necesidad de democratizar la vida del Partido. Pero Stalin, a lo largo de una reunión en Moscú, celebrada tres días más tarde, se muestra amenazador: «Sobrepasar ciertos límites en la discusión significa constituir una fracción y, por lo tanto, dividir al Gobierno. Ahora bien, dividir al gobierno es destruir la Unión soviética»<sup>19</sup>. El Politburó del 8 explica: Stalin no ha violado el acuerdo pactado a final de octubre sobre la negativa a aludir a los textos de Trotski y de los «46» más que para purificar el clima del Partido en Moscú, contaminado por una discusión cuyos primeros ecos han provocado la angustia de los triunviros y les han empujado a soldar de nuevo una unidad que se había deteriorado el verano anterior. Durante la reunión, Zinoviev envía una nota a sus aliados: «Si no reconstruimos *inmediatamente* nuestra auténtica fracción secreta, todo estará perdido». Y propone que los interesados se reúnan en las afueras al día siguiente, en su casa o en la de Stalin, para fundar esa fracción secreta contra Trotski. «La espera equivale a la muerte»<sup>20</sup>.

Aquel mismo día, negándose a dejarse maniatar por un acuerdo tramado por sus adversarios, Trotski redacta un extenso artículo titulado «Nuevo curso», que Bujarin bloquea durante dos días en *Pravda* y que publica, por fin, el 11. En él denuncia el peligro de una degeneración en la vieja guardia bolchevique como la de la so-

<sup>19</sup> *Ibid.*, p. 164.

<sup>20</sup> *Izvestia TsK KPSS*, n° 12, 1990, p. 168.

cialdemocracia y afirma: «El Partido ha de subordinarse a su propio aparato sin dejar de ser una organización centralizada»<sup>21</sup>. Esta exigencia alzaré irremisiblemente contra él al aparato, deseoso por naturaleza de escapar al control de sus mandos, y le empujaré a cerrar filas tras un protector.

El 9, los conjurados, reunidos en casa de Stalin, deciden estigmatizar el pretendido «fraccionismo» de Trotski y de los 46, que, sin embargo, no cuentan con ningún grupo organizado; en cambio, ellos construyen una fracción ultrasecreta que forma en el interior del Partido una red paralela que dispone de su sistema cifrado, decisiones que quedarán formalizadas en agosto de 1924. Zinoviev les explica: Podemos tener divergencias entre nosotros, engañarnos, corregirnos mutuamente, pero «delante de Trotski carecemos de esta posibilidad»<sup>22</sup>; frente a él debemos estar todos de acuerdo en todo. Stalin recordará la lección, y el día de mañana recurrirá sistemáticamente a esos dos procedimientos en contra de sus aliados de hoy.

Los triunviros multiplican las medidas disciplinarias: destituyen al joven encargado de la tribuna de debate de *Pravda*, cesan a quince responsables del Comité Central de las Juventudes comunistas enviados a provincias —y así obtienen la mayoría en ese Comité Central—, y revocan el nombramiento de Antonov-Ovseenko, responsable de la administración política del Ejército rojo. Stalin, en *Pravda* del 15 de diciembre, califica de burócratas a los adversarios. En una letanía de alusiones vagas, presentadas como otras tantas evidencias, denuncia a «Belovorod», cuyo «democratismo» sigue siendo inolvidable entre los obreros de Rostov [...], a Piatakov, cuyo «democratismo» ha hecho no solo gritar, sino aullar a todo el Donetz [...]; a Byk, cuyo «democratismo» hace aullar aún al Jorezm<sup>23</sup>. Critica la preocupación de Trotski sobre la evolución de una vieja guardia bolchevique a la que no ha pertenecido. Entonces perfila su método político: su objeto no es demostrar que el adversario se equivoca o se engaña, sino el de descalificarlo y desacreditarlo. Y para conseguirlo es capaz de todo.

Bujarin se lanza a la contienda con su ardor acostumbrado y, por un completo giro desde el izquierdista de ayer al filósofo del apar-

<sup>21</sup> *Pravda*, 11 de diciembre de 1923; TROTSKI, *De la révolution*, *op. cit.*, p. 83.

<sup>22</sup> *Trudnye Voprossy Istorii*, Moscú, 1991 p. 67, y V. ROGOVINE, *Byla li alternativa?* (¿Existía alternativa?), Moscú, Terra, 1992, p. 165.

<sup>23</sup> STALIN, *Oeuvres complètes*, *op. cit.*, t. 5, pp. 381-382. Sobre el debate.



to, trata de demostrar que la batalla política interna conduce a divisiones fatales. A primeros de diciembre, ante una asamblea de militantes, relata que en marzo de 1918 los SR de izquierda habían propuesto a los comunistas de izquierda, enemigos como ellos de Brest-Litovsk, que detuvieran y apresaran al gobierno presidido por Lenin y nombraran uno nuevo presidido por Piatakov; ciertamente, Bujarin había rechazado la propuesta con indignación, pero se la habían podido hacer porque se oponía públicamente a la paz de Brest-Litovsk. La oposición de Trotski, explica, puede tener hoy las mismas consecuencias. Stalin utiliza inmediatamente esta bendita revelación: «Se sabe, escribe en *Pravda* del 15 de diciembre, que los comunistas «de izquierda» [...] plantearon seriamente el cambio del Consejo existente de los comisarios del pueblo por uno nuevo formado por miembros recientes de la fracción de los comunistas de «izquierda»». Bujarin jamás dijo que «plantearon seriamente». Stalin añadió esta invención en la confesión de Bujarin que, lejos de rectificar esta falsificación, insiste en *Pravda* del 2 de enero. Este juego le costará caro. En 1938, su espontánea confesión de 1923 permitirá acusarle de haber conspirado en 1918 para derrotar al poder de los soviets.

Stalin inaugura la táctica que utilizará durante cinco años. Agazapado en el corazón del aparato, promociona a unos hombres provistos de las cualidades de las que él carece. En esta época propulsa a Zinoviev el orador y a Kamenev el teórico, pero se mantiene en la sombra tras ellos, los usa en esta contienda, socava sus posiciones y comienza a promover a los mascarones de proa del combate posterior: Tomski, el secretario de los sindicatos desde 1919; Rykov, el presidente del Consejo de los comisarios del pueblo después de Lenin, y sobre todo Bujarin, cuyo talento de orador y de teórico son la admiración general. A finales de 1925 lanzará contra Zinoviev, Kamenev y Trotski a estos tres hombres, de los que se desembarazará en 1929 tras haber minado lentamente sus posiciones. Entonces aparecerá, libre de rivales y rodeado de figurantes, en el primer plano de la escena.

El aparato controla las votaciones en provincias. En Moscú, cada campo recibe el mismo número de votos. En el Secretariado, Nazaretian tira a la papelera la mayor parte de las resoluciones a favor de la oposición y encarga a su ayudante, Iujak, que lleve los datos falsados a *Pravda*, que los reproduce fielmente. Iujak desvela a Trotski

la maquinación y Stalin lo echa de la Secretaría, junto a Nazaretian, que era quien le había contratado.

A lo largo de este tenso período, Stalin da sus primeros pasos en la Internacional. Aunque anteriormente había asistido a dos reuniones plenarias del Comité ejecutivo y ocupado un escaño en la Comisión húngara en febrero de 1922, nunca intervino. Su primera incursión real fue una comedia puesta en escena con gran habilidad: participaba en una comisión de investigación sobre la conducta del comunista alemán de izquierda Arkadi Maslov, acusado de haberse jactado de mantener unas imaginarias relaciones con Lenin y Trotski durante su detención por la policía alemana en 1922, y de haberlas ocultado al Partido. Stalin se hizo cargo de la defensa de Maslov, insistiendo en su juventud e inexperiencia que, según explicó, merecían el perdón. «Ha querido fanfarronear un poco y adornar su pasado». No era un pecado muy grave, y para demostrarlo, Stalin recordó valientemente a Sverdlov, muerto cinco años atrás: a raíz de su deportación a Siberia, se había presentado fraudulentamente como miembro del Comité Central desde 1904. Se lo confesó a Stalin, que replicó generosamente: «Pasemos la esponja sobre esta historia». Había que pasar igualmente la esponja sobre Maslov. Piatnitski, miembro de la comisión, protestó: el autor de aquellas falsas declaraciones debía ser expulsado. Stalin comentó con sencillez: «Entonces, habría que expulsar a muchos». Piatnitski se extrañó de la «bondad de Stalin con Maslov», y Zinoviev, provocando la hilaridad general, explicó: «Stalin es conocido entre nosotros por ser muy tierno de corazón». El futuro fiscal Unchlicht insistió: «En el pasado de Maslov hay algunos puntos oscuros». Cada vez más bondadoso, Stalin replicó: «Incluso el sol tiene manchas»<sup>24</sup>, primer esbozo del famoso «Nadie es perfecto», y regresa a la comisión. Finalmente, Maslov volvió a Berlín donde dirigió el partido alemán durante dos años.

Stalin había ganado en tres sentidos: afirmó su autoridad en la Internacional, se hizo con un deudor y se creó una fama de tolerante en vísperas de la Conferencia nacional del partido bolchevique en la que intentaba aplastar a la oposición...

El 16 de enero reunió a la Internacional, cuyo Secretariado designaba por primera vez a los participantes. Trotski no figuraba: el

<sup>24</sup> *Cahiers d'Histoire sociale*, primavera de 1994, pp. 48-51.

Politburó lo había enviado al Cáucaso durante dos meses para que se cuidara una enfermedad recurrente marcada por intensas fiebres. La oposición de izquierda consiguió únicamente tres votos. El aparato del Partido se enfrenta en bloque contra quien denuncia su burocratización.

En esta conferencia, Stalin se vuelca contra Trotski, «ese patriarca de los burócratas» cuya victoria habría dividido y arruinado al Partido. La resolución final afirma que la oposición, «al reflejar objetivamente la presión de la pequeña burguesía [...], ha abandonado el leninismo», manifiesta «una desviación pequeño-burguesa» y debe ser condenada por haber «lanzado la orden de destruir el aparato del Partido». Sobre la marcha, Zinoviev hace un descubrimiento «teórico» que Stalin se apropiará: «Incluso la socialdemocracia se ha convertido al fascismo [...]. Lo que hay de nuevo en el movimiento obrero internacional es que la socialdemocracia ha pasado a ser un elemento fascista»<sup>25</sup>.

A mediados de diciembre, Stalin hace trasladar el Comité Central y su secretariado a un vasto inmueble de la Staraia Plochad, a un kilómetro del Kremlin. (Esta institución ha permanecido allí hasta la disolución del PCUS, a finales de agosto de 1991, a manos de Boris Yeltsin). Allí manda instalar un amplio despacho dotado de una decena de teléfonos y de una línea especial reservada a los altos dignatarios (la *vertuchka*).

El estado de salud de Lenin se agrava bruscamente y muere el 24 de enero de 1924. El Politburó se precipita a ir a Gorki. Stalin entra el primero en el cuarto del muerto con paso lento pero decidido, la mano derecha dentro de la chaqueta en una actitud medio militar, el rostro pálido. Se inclina sobre Lenin, profiere un solemne «Adiós, adiós, Vladimir Ilitch, adiós», toma la cabeza de Lenin entre las manos, la acerca a su corazón, la besa en la frente y en las mejillas y luego se marcha, erguido y digno. Trotski recibe en Tiflis la noticia de la muerte de Lenin y pregunta por teléfono la fecha de los funerales. Stalin le responde que tendrán lugar el sábado, que por lo tanto no puede llegar a tiempo, y que, en vista de su estado de salud, no debe cambiar de planes, sino marchar a su lugar de cura. En realidad, Stalin había fijado el domingo 27 como el día de las

<sup>25</sup> *Boletín comunista*, nº 8, 1924, pp. 205-206, citado en P. BROUÉ, *L'Internationale communiste*, París, Fayard, 1999, p. 371.

exequias. La ausencia de Trotski es notoria. Algunos ven en ella el anuncio de su futura caída. Pero es poco probable que la cuestión del poder se decida en un cementerio, y la presencia en las exequias de Zinoviev, Kamenev, Bujarin, Rykov y Tomski no impedirá en absoluto su caída posterior.

El 26 de enero de 1924, en el XI Congreso de los soviets, trece oradores rinden homenaje al difunto. Stalin interviene el cuarto. Después de haber invitado a «construir el reino del trabajo en la tierra y no en el cielo», pronuncia un juramento a Lenin, una especie de «Padre nuestro que estarás en el Mausoleo», en el que se postula como ejecutor testamentario del dios desaparecido y en gran sacerdote de su pensamiento reducido a fórmulas piadosas. Salmodia siete versículos que comienzan por «Al dejarnos, el camarada Lenin nos recomendó...» y terminan por unas variantes de un compromiso solemne: «Te juramos, camarada Lenin, cumplir con honor tu voluntad [...] no ahorrar nuestras fuerzas» ni «nuestra vida» para «mantener en alto y guardar en toda su pureza el glorioso título de miembro del Partido [...] cuidar la unidad de nuestro partido como a las niñas de nuestros ojos»<sup>26</sup>, etc. A pesar de esta devota homilía, que hace reír sarcásticamente a los antiguos militantes, el 30 de enero Stalin hace que la comisión de funerales adopte la prohibición, puesta en práctica por Dzerjinski, de difundir el testamento de Lenin. La comisión se lo había advertido también a Krupskaja.

Stalin ve inmediatamente el provecho que puede sacar del cadáver de Lenin. En el Politburó cita una carta anónima de los «camaradas de provincias», y por lo tanto dictada por él, en la que piden el embalsamamiento del difunto. Así se dispone a organizar el culto al desaparecido, en la gran tradición del culto de las reliquias de los santos tan extendido entre los campesinos rusos. En *Pravda* del 29 de enero, Krupskaja suplica en vano que no se construyan monumentos ni palacios en recuerdo de Lenin y que no se organicen pomposas ceremonias en su memoria. El 22 de febrero, una carta a *Pravda* de 19 comunistas denuncia el deseo de edificar «monumentos en honor de Lenin, carteles con frases de Lenin, torres en honor de Lenin, de construir un mausoleo, de desbautizar en su honor todo lo desbautizable». Pero Stalin tiene necesidad de momificar su cadáver para mejor momificar su pensamiento. El rito funerario facili-

<sup>26</sup> STALIN, *Oeuvres complètes*, op. cit., t. 6, pp. 46-51.

tará la transformación de la idea en ritual, del pensamiento en catecismo. Y lo impone. Pone a punto las fórmulas canónicas en *Las bases del leninismo*, una serie de artículos publicados en *Pravda* entre el 26 de abril y el 18 de mayo y reunidos a final de este mes en un único volumen. En ese manual, que reduce el «leninismo» a un conjunto de recetas, denuncia un antileninismo menchevique y pequeño-burgués, es decir, el «trotskismo». El anatema lanzado contra el adversario es el envés de la liturgia. Stalin es el gran sacerdote del culto inaugurado con su juramento: el embalsamamiento del difunto y la erección del mausoleo. Al mismo tiempo, promulga un reclutamiento en masa de una «promoción Lenin» que en dos meses hace adherirse al Partido a 240.000 nuevos miembros casi analfabetos, una masa maleable y dócil formada precipitadamente gracias a la difusión de las fórmulas contenidas en *Las Bases del leninismo*.

No obstante, Stalin permanece todavía a la sombra del aparato. Es Kamenev quien preside las sesiones del Politburó y del gobierno. Stalin, sentado a la izquierda del presidente y frente a Molotov, se levanta de vez en cuando y, con la pipa entre los dientes, deambula lentamente sin decir palabra, con la frente baja, mirando a los oradores por debajo de ella. Suele tomar la palabra el último, con objeto de resumir el debate y formular una propuesta, aceptada generalmente sin discusión.

A partir de enero de 1924, acomete las posiciones de Trotski en el aparato del Estado. Obliga al Comité Central a adoptar una reforma del ejército en ausencia del comisario de la Guerra, enfermo, a cuyo ayudante, Sklianski, sustituye por Frunzé, un fiel a Zinoviev, y pone a la cabeza del Ejército rojo a su amigo Muralov en el puesto de Vorochilov. Siembra de enemigos de Trotski el Comisariado de la Guerra y el Consejo militar revolucionario. El Buró de organización purga a los organismos dirigentes del ejército de los tan detestados «especialistas militares». A final de año, la ola de cambios permitirá hacer votar fácilmente a las células del ejército unas resoluciones en las que piden que Trotski sea cesado de sus funciones militares.

Actúa del mismo modo por todas partes, paso a paso, pero con obstinación. En esa época declara a Raskolnikov: «En la medida en que tengo el poder en mis manos, soy un gradualista»<sup>27</sup>. Y seguirá

<sup>27</sup> *Fiodor Raskolnikov o vremeni i o sebe* (FIDOR RASKOLNIKOV sobre la época y sobre él mismo), Leningrado, Leninzdat, 1989, p. 522.

siéndolo todo el tiempo que necesite para asentar su poder y eliminar uno a uno a cualquiera de sus adversarios o de sus competidores. Así lo considerarán sus aliados del momento y sus colaboradores cuando pase a la purga terrorista, método que todavía no tiene planificado. Raskolnikov dirá de él: «No tiene sentido de la previsión. Cuando da un paso hacia delante, no es capaz de ponderar las consecuencias»<sup>28</sup>. En efecto, es un empírico y un pragmático, y a ese maestro de las intrigas de aparato los problemas graves suelen encontrarle desprevenido.

Los triunviros deciden hacerse cargo del control de la herencia literaria de Lenin. De entrada se enfrentan con el Testamento y la famosa Carta al congreso en la que, pasando revista a los seis dirigentes, pedía en un apartado la sustitución de Stalin en el cargo de Secretario general. Durante tres meses y medio negocian secretamente con Krupskaja, que exige que sea revelado a los delegados del próximo congreso, el XIII, en mayo de 1924. Ella transmite el documento el 18 de mayo, afirmando que Lenin deseaba firmemente verlo comunicado en el congreso que se celebraría después de su muerte y que se anotara en el acta dicha declaración. Stalin gruñe: «¡No pudo morir como un jefe honrado!»<sup>29</sup>. Excepto Trotski, los miembros del Politburó, consultados por escrito, se oponen ferozmente a que se publique y difunda entre los delegados. Hábilmente, Stalin atribuye a Lenin su propia negativa: «Creo que no es necesario imprimirlo, sobre todo cuando no contamos con el permiso de Lenin para hacerlo»<sup>30</sup>. Los triunviros encuentran un procedimiento hábil para resolver la dificultad. En la noche del 21 de mayo, se lee la carta en la reunión del «senior convent», o reunión de sabios inventada por los triunviros que, en la víspera del congreso, reúne al Comité Central y al jefe de cada delegación pro-

<sup>28</sup> *Ibid.*, p. 523.

<sup>29</sup> G. SEBRIAKOVA, «Hicieron honor a la idea a la que sirvieron», *Izvestia*, 1989, 31 de enero.

<sup>30</sup> CRCEDHC, fondos 17, inventario 2, dossier 790, y Y. BURANOV, *Lenin's Will*, *op. cit.*, p. 78. Stalin recupera, endureciéndola, la formulación más imprecisa de una postura que él había definido a raíz de una declaración a los miembros del Comité Central del 16 de abril de 1923 en la que afirmaba: «Creo que deben publicarse los artículos del camarada Lenin. Lamentamos que no se haya hecho. Por otra parte, de la carta de la camarada Fotieva se deduce claramente que el camarada Lenin no autorizó su publicación por no haberlos revisado» (CRCEDHC, fondos 5, inventario 2, dossier 34). Y. BURANOV, *Lenin's Will*, *op. cit.*, p. 69. Inspirada por Stalin, Fotieva le había dirigido una carta fechada el 16 de abril en la que afirmaba categóricamente: «Vladimir Ilich no consideraba acabado ese artículo ni dispuesto para su publicación», *Izvestia TSK KPSS*, n° 9, 1990, p. 159.

vincial. Presiden la sesión Zinoviev y Kamenev. Stalin se hunde en un rincón. Kamenev lee la carta en medio del profundo silencio de los asistentes. Zinoviev afirma que los temores de Lenin están actualmente disipados, y Stalin añade en voz baja: «Efectivamente, soy grosero... Ilitch os propone que encontréis a otro que se distinga de mí por su gran cortesía. Pues bien tratad de encontrarlo». Uno de sus seguidores, Alexandre Smirnov, exclama: «No, no nos asusta tu grosería, todo nuestro partido es grosero, es un partido de proletarios»<sup>31</sup>.

Durante un descanso de la sesión del congreso, un miembro del Politburó lee por separado el testamento a cada delegación, prohibiendo a los delegados que tomen notas y que aludan a él en la sesión plenaria; a continuación, propone mantener en su puesto a Stalin, que jura tener en cuenta las observaciones de Lenin. Zinoviev y Kamenev se declaran garantes. Para consolidar la autoridad de Stalin, mermada por la lectura del Testamento, se invita a cada delegación —a pesar de que los estatutos no lo contemplan— a confirmar la renovación de Stalin como Secretario general. De este modo, en 1927 pretenderá que «todos los delegados, incluidos Trotski, Kamenev y Zinoviev, le habían obligado a permanecer en su puesto»<sup>32</sup>. Trotski no rechista: no puede hacer gran cosa. Pedir respeto al apartado del 4 de enero significaría lo mismo que proponer un nuevo Secretario general, y Lenin ni siquiera sugirió un nombre. El congreso elige, como secretarios adjuntos a Stalin, a sus fieles Molotov, Andreiev y Kaganovitch, flanqueados por el zinovievista Zelenski, al que Stalin apartará desde octubre nombrándole secretario del Buró de Asia central. Durante el Comité Central que sigue al congreso, Stalin presenta por dos veces su dimisión que, bien entendido, será rechazada.

Inmediatamente después del congreso, Stalin empieza a socavar las posiciones de sus dos aliados. Por un error de transcripción, una mecanógrafa había hecho decir a Kamenev que Lenin había hablado de la «Rusia de los nepmen», en lugar de la «Rusia de la NEP». El 17 de junio de 1924, participando en un curso de formación de comités de distrito del Partido, Stalin ataca indignado a ese eslogan escandaloso atribuido al mismo Lenin e insiste: «La Rusia de la NEP

<sup>31</sup> V. ROGOVIN, *Bylali alternativa, op. cit.*, p. 174.

<sup>32</sup> STALIN, *Oeuvres complètes*, t. 10, pp. 175-176. «La oposición trotskista ayer y hoy».

(es decir, la Rusia soviética que practica la nueva política económica) y la Rusia de los nepmen (es decir, a la cabeza de la cual se encuentran los nepmen) son dos cosas absolutamente diferentes. ¿Comprende Kamenev esta distinción de principios? La comprende, por supuesto. ¿Por qué, entonces, ha permitido ese sorprendente eslogan? Por desinterés hacia las cuestiones teóricas». Y Stalin muestra su preocupación por el «montón de malentendidos» que ese «extraño eslogan» puede llegar a crear en el Partido «si no se corrige el error», es decir, si Kamenev no reconoce públicamente que ha alterado el pensamiento de Lenin. Stalin publica ese discurso en *Pravda* de los días 19 y 20 de junio de 1924, en pleno V Congreso de la Internacional. Furiosos, Kamenev y Zinoviev exigen una reunión de los conspiradores que, en una resolución interna, califican de «inamistoso» el ataque tan claramente desleal de Stalin, que de nuevo presenta la dimisión de sus funciones de Secretario general. Siempre ofuscados por Trotski, Zinoviev y Kamenev, satisfechos de este ligero retroceso, rechazan el ofrecimiento. Stalin es el vencedor en toda la línea. Solo 17 dirigentes están al tanto del texto, pero el pecado atribuido a Kamenev queda consignado en *Pravda*.

Zinoviev y Kamenev no captaron el alcance del incidente. Seis semanas después, durante el pleno del Comité Central celebrado en agosto, todos sus miembros, salvo Piatakov y Racovski, amigos de Trotski, llegaron al acuerdo de formar un «círculo» conspirador de donde surge el «Septuor» (seis miembros del Politburó más Kubychev, presidente de la comisión de control, y cinco suplentes). Trotski estaba rodeado. Todos los martes, el Septuor preparaba la reunión oficial del día siguiente en la que se repetía cuidadosamente la escena ensayada la víspera. Trotski se dio cuenta rápidamente y leía novelas mientras se desarrollaban aquellas sesiones, que eran una pura comedia.

Stalin se asienta en la Internacional. Rakosi, miembro de su Comité ejecutivo, destaca la modestia inicial de su cargo: «Los dirigentes que volvían del extranjero o de la emigración, le hacían percibir su incompreensión de las cuestiones internacionales y su desconocimiento de la cultura europea [...]. En aquella época carecía de la autoridad que le garantizaría la aceptación de sus propuestas»<sup>33</sup>. Se dedica a modificar ese estado de cosas por medio de una primera

<sup>33</sup> M. RAKOSI, «Memorias», *Istoricheski archiv*, nº 3, 1997, p. 119.



intervención, bien modesta por cierto, entre bastidores. Del 17 de junio al 8 de julio de 1924 se celebra el V Congreso de la Internacional comunista. Marca todo un giro: los anteriores congresos se caracterizaban por sus vivas discusiones; este rompe con ese molesto comportamiento. Y los delegados han de votar un proyecto de programa sin tener el texto en la mano.

Stalin no toma la palabra en la sesión plenaria, pero encabeza la comisión polaca. En una carta lírica fechada en octubre de 1923, el Comité Central del PC polaco había defendido a Trotski, cuyo «nombre, decía, está [...] indisolublemente unido a la victoriosa revolución de Octubre, al Ejército rojo, al comunismo y a la revolución mundial». De modo que no podía «admitir la posibilidad» de que Trotski no perteneciera a la dirección del partido ruso y de la Internacional<sup>34</sup>. El 4 de febrero de 1924, Stalin redacta una respuesta del Politburó en la que condena la carta de los polacos; pero esta condena verbal no le basta; quiere sanciones. Zinoviev, irritado por las críticas contra su autoridad, le abre el camino amenazándoles con «romperles los huesos». Stalin no tiene más que traducir en hechos estos vigorosos propósitos.

Corrige personalmente la resolución que acusa al «grupo dirigente del partido comunista polaco en el extranjero» de haber «trasladado sus tendencias *antibolcheviques* al propio terreno de la URSS e intentando atacar por la espalda al Comité Central bolchevique en un momento *difícil* marcado por *la desaparición de Lenin y por las tentativas oportunistas de la oposición rusa para quebrantar los cimientos del Partido comunista ruso*. Ha echado la influencia de su partido en la balanza en provecho de la oposición rusa *contra el PCR y por tanto contra el poder soviético*»<sup>35</sup>. Todos los pasajes en cursiva fueron añadidos personalmente. Aquellos dirigentes comunistas eran, pues, anticomunistas. Stalin y Zinoviev invitan a la delegación polaca, que no tiene derechos estatutarios, a cesar a su propia dirección. Por escrito, Stalin «se asocia plenamente a la decisión» que, de hecho, él mismo ha dictado. Es un estreno en la Internacional. Los dirigentes bolcheviques habían pedido que el partido francés excluyera a los masones, pero la decisión dependía de sus instancias. Stalin

<sup>34</sup> *Nowy Przegląd*, 1924-1925, reimpresso en Varsovia, 1959, pp. 41-42.

<sup>35</sup> F. FIRSOV y I. IAKOBOROVSKAIA, «El Komintern y el PC polaco», *Voprossy Istorii, KPSS*, n.º 11, noviembre 1989, p. 26.

hace aplicar su decisión a través de una delegación que no cuenta con el poder. La Internacional es un campo de experimentación. Más tarde pondrá por obra sistemáticamente este tipo de prácticas en el seno del partido ruso.

Avanza en el campo de la Internacional. En la revista *El Bolchevique* del 20 de septiembre de 1924, publica un artículo sobre la situación internacional en el que afirma: «La socialdemocracia es objetivamente el ala moderada del fascismo [...]. Estos organismos no se niegan el uno al otro, se complementan. No son antípodas, sino gemelos». Esta incursión no constituye todavía más que un aspecto secundario de su actividad, destinada a demostrar que no hay terreno que se le escape. Siempre concentra sus esfuerzos en las cuestiones del poder.

Necesita un año para definir la causa del enfrentamiento entre Trotski y él, que, según dice, no se reduce a una lucha por el poder, pero gira en torno a la siguiente pregunta: ¿el poder al servicio de qué y de quién?, ¿y para qué? Lo consigue con ocasión de una circunstancia calificada exageradamente de «discusión literaria» provocada por Trotski en el otoño de 1924. En septiembre aparece el tomo III de sus *Obras completas* que reúne sus escritos de 1917. En las «lecciones de octubre», prólogo a ese tomo, afirma que, en el caso de una situación revolucionaria, el éxito o el fracaso dependen de la dirección del Partido cuyos elementos conservadores y rutinarios se oponen a la revolución, como hicieron Zinoviev y Kamenev en octubre de 1917 tratando de acantonar el partido bolchevique en el papel de oposición parlamentaria de izquierda.

Stalin ve inmediatamente el provecho que puede sacar del asunto y lanza un seudodebate público de sentido único doblemente ventajoso para él. Fingiendo defender clamorosamente el honor de Zinoviev y de Kamenev, recuerda la oposición de ambos a la toma del poder en octubre de 1917 y hace aparecer a Trotski como un incorregible perturbador. En esta batalla, es el único que puede dar golpes sin recibirlos. Entonces se produce una avalancha de artículos sobre las «Lecciones de octubre» y sobre el «trotskismo» resucitado para la ocasión. Ahí cada uno va a lo suyo, Molotov, Bujarin, Sokolnikov, Kviring, Safarov, etc.; Zinoviev, Kamenev y Stalin publican unos textos parecidos con títulos parecidos, «Bolchevismo o trotskismo», «Leninismo o trotskismo» y «Trotskismo o leninismo», publicados en *Pravda* y luego en *Correspondencia inter-*

*nacional*, el boletín del Komintern. Cada uno de los textos pone en escena a los fieles discípulos de Lenin, que acaba de morir, enfrentados al representante, obligado a callar, de una corriente ajena al leninismo. Poner la etiqueta de trotskismo al análisis de Trotski es presentarlo como la continuación de unas ásperas luchas fraccionarias que, desde 1904 a 1917, le opusieron violentamente a Lenin. Por lo tanto, basta hacer pública de nuevo la lista de epítetos con los que este abrumó a Trotski durante esos trece años, y asunto resuelto. Lenin había tildado a Trotski de «fanfarrón», «presumido», «charlatán», «mentiroso», «liquidador», «diplomático de baja estopa» y lo comparaba con el vanidoso personaje del novelista Saltykov-Chtchedrine, «Iuduchka» (pequeño Judas) Gologlev». A partir de 1924, estos calificativos y dos o tres viejas fórmulas de Lenin (como «apoyar al grupo de Trotski es ayudar a engañar a los obreros» de 1911) serán repetidos incansablemente como el último mensaje del Embalsamado a sus fieles. La supresión del apellido «Golovlev» después de «Iuduchka» trataba de demostrar que Lenin denunciaba en Trotski al traidor reencarnado que había vendido al Mesías a los imperialistas romanos...

Del medio millón de afiliados al Partido en 1923, solo 10.000 participan en estos anticuados debates y conocen su sentido. Los otros ignoran toda esta prehistoria. Habiendo demonizado así a un «trotskismo» mítico, Stalin se hará cargo a lo largo de los años del contenido que le plazca y que, por círculos concéntricos, imputará a los militantes y a los cuadros de todos los matices a los que decida liquidar.

El partido bolchevique cuenta ahora con un 5% de completos analfabetos; un 75% de sus miembros no han accedido más que la enseñanza elemental (de 4 a 6 años de escuela primaria), un 6,3% a la enseñanza media, y menos del 1% a la enseñanza superior: en números redondos, 300 en todo Moscú y 100 en toda Siberia: el 70% de los comunistas de Bujara no saben leer ni escribir en uzbeko, ¡y el 98% no sabe leer ni escribir en ruso!: un tercio de los comunistas del Turkestán son completamente analfabetos. En Asia central, el partido bolchevique no es más que la tapadera de los antiguos clanes feudales cuyos miembros solo saben de la fidelidad al jefe local. Stalin les repite insistentemente: nuestro venerado maestro dijo que Trotski era un pequeño Judas. Desde entonces, la invectiva que se aprende como una fórmula del

catecismo sustituye al debate. En respuesta, Trotski publica un artículo titulado «Nuestras divergencias» pero finalmente opta por guardar silencio. La avalancha de epítetos malsonantes sobre el «trotskismo» desemboca en un silencio ensordecedor que parece confirmar la legitimidad...

Trotski es el hombre que, por tercera vez, impone en el Partido una discusión peligrosa para su unidad. Es un creador de divisiones. Stalin lo dice y manda decirlo alto y fuerte. La conferencia del Partido del distrito de Bauman en Moscú condena a Trotski por su «intento de hundir al Partido en una nueva discusión»; una célula de Krasnaia Presnia, más clara aún, «considera absolutamente superflua e inaceptable la organización de discusiones sobre cuestiones de historia». Al mismo tiempo, Stalin juega a los moderados. Zinoviev y Kamenev pretenden excluir a Trotski del Politburó. ¡Alto ahí, exclama él: «Hemos de enterrar al trotskismo como corriente ideológica», pero «estoy plenamente en contra de las medidas represivas»<sup>36</sup>. En el aparato hace el papel de garante de la unidad y la estabilidad, del que combate al mismo tiempo a los discutidores que dividen y a las expulsiones que empobrecen.

En medio de esta polémica, lleva a cabo una doble falsificación de la resolución del Comité Central del 10 de octubre de 1917 sobre la insurrección: introduce en ella la decisión, que no figura en el texto original redactado por Lenin, de crear un Politburó y a continuación modifica los objetivos del compromiso posterior consistente en «formar un Buró para la dirección política en los días venideros» que cambia por «formar un Buró para la dirección política de la insurrección»<sup>37</sup>, lo que de un modo absurdo hace de Zinoviev y Kamenev dirigentes de una insurrección a la que se habían opuesto ferozmente. (Tovstujá, el secretario particular de Stalin, declarará en 1934 haber visto a Stalin alterar el texto). De este modo, mata cinco pájaros de un tiro: exalta a Lenin, enfrenta a la «dirección colectiva» de un Politburó con las pretensiones de Trotski, rehabilita el Comité Central —casi agonizante en octubre de 1917—, defiende a sus dos aliados y se atribuye una participación directa en la «dirección política de la insurrección». La maniobra tiene éxito. Este míti-

<sup>36</sup> STALIN, *Oeuvres complètes*, t. 6, p. 357. Trotskismo o Leninismo.

<sup>37</sup> *Les Bolcheviks et la Révolution d'Octobre*, op. cit., p. 139. N. MOUCHITZ, «Una falsificación estalinista», *Cahiers du mouvement ouvrier*, n° 4, diciembre 1988, pp. 36-37, y CRCEDHC, fondos 558, inventario 1, dossier 4580.

co Politburó toma forma adecuadamente, *urbi et orbi*, bajo la pluma de los historiadores.

El 19 de noviembre, Stalin utiliza rápidamente esa falsedad ante la fracción comunista de los sindicatos: «Del acta se deduce claramente que los adversarios de un levantamiento inmediato, Zinoviev y Kamenev, formaron parte del organismo encargado de dirigir la insurrección». En 1917, Trotski los consideraba como la derecha del Partido. «¿Cómo fue posible que aquellos camaradas, a pesar de sus divergencias [...], fueran elegidos para la coordinación política de la insurrección?»<sup>38</sup>.

Stalin recuerda al oso de la fábula con los mismos pesados andares. Al mismo tiempo que defiende a sus dos aliados, recuerda la hostilidad de ambos hacia la insurrección de octubre de 1917, y socava así su reputación.

En octubre, bajo la dirección de Tovstujá, el secretario de Stalin, el Secretariado crea una comisión que insta a los militantes que tengan en su poder documentos históricos del Partido se los hagan llegar. De este modo, la comisión descubre la carta de Lenin, redactada el 19 de octubre de 1917, pero jamás enviada, en la que denuncia a Kamenev y Zinoviev como esquirols. Un descubrimiento que no pudo ser más oportuno en el momento en que Stalin prepara la cercana ruptura con sus dos aliados. La comisión guarda la carta en un sobre sellado que lleva la nota: «No abrir antes de 1929»..., sello que Stalin romperá mucho antes.

Por otra parte, este juego con la historia es secundario. En diciembre de 1924 publica una edición modificada de las *Cuestiones del leninismo* en la que, al contrario de en la edición anterior, afirma la posibilidad «de construir una sociedad socialista integral en un solo país». Ha hecho el descubrimiento «ideológico» de su vida que encierra, de un modo todavía muy general, el auténtico contenido político y social del conflicto Trotski-Stalin: «revolución internacional» o «socialismo nacional». Radek, futuro aliado de Stalin, critica su pretensión utópica de «construir el socialismo de una sola vía» o, como dirá más vulgarmente, «de un meadero». Riazanov, a pesar de no ser en absoluto «trotskista», ríe sarcásticamente delante de Molotov: «Me gustaría vivir para ver cómo se creará el socialismo en un solo barrio, en una sola ciudad, en un

<sup>38</sup> *Pravda*, 26-XI-1924. STALIN, *Oeuvres complètes*, op. cit., t. 6, pp. 326-327.

solo distrito»<sup>39</sup>. Pero Stalin promete y repite: «Contamos con todo lo necesario para construir la sociedad socialista integral»<sup>40</sup>. Asentado en ese proyecto autárquico, es el hombre de la gran promesa a un aparato del Partido ansioso por disfrutar, por fin, de una victoria duramente conseguida y siempre amenazada.

Lo que busca sobre todo es una fórmula-choque en contra del adversario. La encuentra muy pronto y la publica en *Pravda* el 17 de diciembre de 1924. La revolución permanente, esa «desesperación permanente» manifiesta, dice, «la ausencia de fe en las posibilidades revolucionarias del movimiento campesino [...] y en la fuerza y en la capacidad del proletariado ruso». Para Trotski, en efecto, al unir a todos los países entre ellos por su sistema de producción y de comercio, el capitalismo ha hecho del mundo entero un organismo económico y político único, regido por la división internacional del trabajo. El socialismo no podría edificarse, pues, en un país aislado, y el socialismo nacional autárquico es una utopía reaccionaria. Stalin lo niega instintivamente porque sabe que ese es el deseo del aparato. Desde entonces, ¿cómo no se iban a reunir en torno al portador de esta buena noticia todos los desilusionados de la revolución mundial?

Aunque es el mejor defensor de los «cuadros», todavía no es su dueño. Así lo demuestra un registro intrascendente: el 27 de enero de 1925, el Politburó redacta la lista, por orden alfabético, de los dirigentes cuyos discursos pronunciados en Moscú pueden ser transmitidos a provincias y de aquellos cuyos discursos, pronunciados en provincias, pueden imprimirse. Stalin se encuentra en décimo novena posición, en la primera, y en décimo quinta, en la segunda. Sin embargo, al cabo de unos meses, su poder ya no será compartido.

<sup>39</sup> F. TCHUEV, *Conversations avec Molotov*, op. cit., edición rusa, p. 218 (El pasaje ha desaparecido de la edición francesa).

<sup>40</sup> STALIN, *Oeuvres complètes*, op. cit., t. 8, p. 62. Cuestiones del leninismo.

## Capítulo XIV

### PRIMUS INTER PARES

A comienzos del año 1925, que señalará la consolidación del poder de Stalin, se produce un primer enfrentamiento, en apariencia insignificante, entre sus dos aliados y él mismo. El 4 de enero de 1925, Zinoviev le hace llegar un proyecto de resolución en el que propone cesar a Trotski de su cargo de presidente del Comité revolucionario de la República y del Politburó. Al día siguiente, Stalin y Bujarin escriben a los miembros del Politburó (con excepción de Trotski): «Para el Partido es más ventajoso tener a Trotski en el interior del Politburó como séptimo miembro, que en el exterior de él»<sup>1</sup>. Además, su exclusión de este organismo acarrearía otras sanciones en contra de él y de otros adversarios que ocupaban puestos importantes, lo que crearía complicaciones y dificultades inútiles. Al mismo tiempo, los dirigentes del PC ucraniano proponen también la exclusión de Trotski. Stalin responde al secretario, Kvirring, que una minoría del Politburó piensa «que hay que poner inmediatamente a Trotski a la puerta del Politburó dejándolo en el Comité Central», frente a una mayoría que piensa «que Trotski, mantenido en el Politburó, será menos peligroso [que si se le aparta]». «Personalmente, añade fingiendo modestia, yo me uno a la opinión de la mayoría»<sup>2</sup>. Sin embargo, en una carta al comité regional de Kamtchatka, acusa a Trotski de haber deformado toda la historia de la revolución rusa entre febrero y octubre, de no ser leninista a pesar de sus pretensiones, y de pretender reemplazar el leninismo por el trotskismo. Durante una reunión del Septuor insiste: «No ha llegado todavía el momento de excluir a Trotski. Tal cosa sería mal entendida en el Partido y en el país [...]»<sup>3</sup>. Prefiere esperar.

---

<sup>1</sup> *Izvestia TsK KPSS*, nº 8, 1991, p. 179.

<sup>2</sup> *Ibid.*, p. 183.

<sup>3</sup> A. ANDREIEV, *Vospominania, pisma* (Recuerdos, cartas), Moscú, 1985, p. 155.

Entonces, Zinoviev y Kamenev intentan una burda maniobra para deshacerse de Stalin. En el Comité Central de mediados de enero de 1925, que destituye a Trotski del cargo de comisario de la Guerra, proponen nombrar para él a Stalin... que rechaza bruscamente una propuesta incompatible con su posición a la cabeza del Secretariado. Esos desacuerdos suscitan unos rumores tanto más devastadores cuanto que el Partido no tiene información alguna. Así, el 23 de febrero, Stalin recibe una inquieta carta de los dirigentes del PC ucraniano: «La fisura que surgió a raíz del pleno del Comité Central [a mediados de enero] no solo no se ha resuelto, sino que se ha ampliado, y hoy se habla claramente de “estalinistas” y “zinovievistas”. Ahora bien, dicen los autores de la misiva que no aluden en absoluto a Stalin, su protector: “A partir de Lenin no hay dirigentes a los que el Partido pueda confiar individualmente la dirección, de modo que cualquier intento por parte de algunos camaradas de convertirse fundamentalmente en dirigentes individuales debe ser rechazado”. Esta profesión de fe, que manifiesta claramente el rechazo del aparato a someterse a un hombre todopoderoso, se dirige sobre todo a Kamenev y Zinoviev, a los que los firmantes acusan de querer “alzar” a los militantes contra Stalin y los otros camaradas del grupo dirigente»<sup>4</sup>.

Los dos hombres refutan esas alegaciones en una carta furiosa dirigida a los otros miembros del Septuor. Pero seis semanas después, a primeros de abril, el secretario regional de Gomel, en Bielorrusia, se inquieta a su vez, en una carta a Stalin, por los persistentes rumores sobre «los desacuerdos entre los “estalinistas” y los “zinovievistas” que existirían respecto a todas las cuestiones fundamentales de la política del Partido y no solamente sobre la postura a adoptar con Trotski»<sup>5</sup>. Stalin recibe una carta idéntica del presidente del comité territorial de Tula. Les responde: «En el Politburó no hay desacuerdo, excepto sobre las medidas que hay que tomar para tappar la boca a Trotski, y yo, por lo menos, no lo veo». Atribuye esos rumores a los arribistas que rodean a todos los miembros del Politburó para situarse cerca de ellos, unos «inútiles» y otros parásitos a los que Stalin pone habitualmente en la calle»<sup>6</sup>.

<sup>4</sup> *Izvestia TsK KPSS*, nº 8, 1991, p. 189.

<sup>5</sup> *Ibid.*, p. 192.

<sup>6</sup> *Ibid.*, pp. 192-193.



A pesar de esas buenas palabras, las divisiones se confirman en el seno del Septuor y desesperan a sus partidarios. Informado de estas disensiones por Vorochilov, Ordjonikidzé, entonces en Azerbaiyán, ve en ellas un peligro mortal y, a pesar de ser amigo personal de Stalin, deja caer la culpa sobre todos los miembros del grupo dirigente: «Esas personas han perdido absolutamente todo sentido de la medida y vuelan hacia el abismo a una velocidad de vértigo. [...] ¡Lo que están haciendo hoy es una locura! Cualquiera que sea el vencedor, no será más que la victoria personal de uno u otro, y al mismo tiempo la mayor derrota para el Partido. Con su comportamiento, ponen en el banquillo a toda la contrarrevolución interior y a la extranjera y le dan alas. [...] Nunca se ha encontrado nuestro partido en una situación tan peligrosa»<sup>7</sup>. Y se propone alertar a los dos clanes, de los que se siente independiente. Los cuadros del aparato reaccionan del mismo modo, convencidos de la fragilidad de su poder en un país en el que el paisanaje, que representa más del 80% de la población, es en su mayor parte indiferente u hostil. La unidad les parece indispensable para preservar su poder amenazado. Stalin lo percibe así, y hasta 1929 se presenta como garante de esa unidad y hace que los otros carguen con el papel de desunir.

Stalin avanza entonces a pasos contados. Cuando sus tres ayudantes le proponen publicar su biografía, replica: «Es prematuro». Convince a los miembros del aparato presentando una imagen de serenidad, democrática, casi paternal. Bajo este aspecto fue como lo descubre Jruschov cuando lo encuentra por primera vez en la conferencia del Partido de abril de 1925 junto a toda su delegación, en cuya compañía Stalin permite que lo fotografíen. El fotógrafo coloca a los delegados autoritariamente y Stalin protesta: «Le gusta mandar, pero entre nosotros está prohibido mandar»<sup>8</sup>. La delegación está en la gloria. ¡Qué demócrata! Al año siguiente, un comunista de Iuzovka (recién bautizado, con toda modestia, como Stalino) acude al Kremlin para pedirle una carta para los obreros de la localidad; se niega gruñendo: «Yo no soy un terrateniente ni los obreros de las fábricas son mis siervos». Esta frase entusiasma a los obreros. «Les confirmaba, dice Jruschov, el carácter democrático de Stalin, su amplitud de espíritu y la exacta comprensión que tenía de

<sup>7</sup> *Perepiska 1912-1927*, op. cit., p. 300.

<sup>8</sup> N. JRUSCHOV, *Vospominania*, op. cit., t. 1, p. 20.

su auténtico lugar». Sin embargo, ese mismo mes, Tsaritsyne se convierte en Stalingrado...

Cuarenta años después, Jruschov no se equivoca: «Stalin era un artista y un jesuita. Se las arreglaba para mostrar siempre su mejor perfil»<sup>9</sup>. Entre todos los miembros del Politburó, aparece como el más cercano al apparatchik medio y al delegado anónimo. Es tan accesible como Trotski altanero y cortante. Se dirige a los cuadros plebeyos, de un nivel cultural y teórico muy bajo, con un lenguaje fácil de comprender. Cualquier problema se resume en algunas simples preguntas y la solución se traduce en unas fórmulas evidentes que caen por su peso. Seguir a Trotski, a Bujarin o a Kamenev es harina de otro costal. Jruschov quedó entonces conquistado por la sencillez de sus modales, la brevedad de sus expresiones y la claridad de la formulación de unas tareas que devuelven a los cuadros del Partido una imagen sublimada de ellos mismos.

Bajo este alarde democrático, Stalin manipula el mecanismo del aparato. Preparando su próxima ruptura con Zinoviev y Kamenev, nombra primer secretario del Partido en Moscú al intrigante Uglanov, que detesta a Zinoviev y, por lo tanto, a su amigo Kamenev. Uglanov purga el aparato del Partido, desplaza, revoca y traslada a los amigos de Kamenev y a los indecisos. Muy pronto, el presidente del soviet de Moscú se encuentra frente a un aparato montado en contra suya. Pero Stalin se mantiene apartado mientras el hombre del que se liberará tres meses después realiza la operación silenciosamente.

Así, conjuga hábilmente las maniobras del aparato con la instalación de un sistema ideológico coherente que responda a las aspiraciones de la naciente burocracia. Al abordar las cuestiones políticas interiores e internacionales en función de sus necesidades en la lucha por el poder, consigue teorizar los problemas simplificándolos hasta el límite, al mismo tiempo que profiere afirmaciones perfectamente contradictorias según las necesidades de la lucha interna. Así, el 27 de marzo de 1925, explica ante la comisión checoslovaca del Komintern que la tranquilidad social engendra unas ilusiones reformistas que hacen del «peligro de la derecha» el peligro esencial. Al contrario, un año después afirma ante la comisión francesa que lo que da alas a los «derechistas» es la crisis<sup>10</sup>. Modifica su análi-

<sup>9</sup> *Ibid.*, pp. 26-27.

<sup>10</sup> STALIN, *Oeuvres complètes, op. cit.*, t. 7, p. 62 y t. 8, p. 61. «Sobre el partido checoslovaco» y «Temas del leninismo».

sis en función de las metas del momento: se opone a la construcción de la central eléctrica de Dnieprodtoi, que depende de un organismo presidido por Trotski; y es favorable a ella en cuanto este último no es el responsable...

Sin embargo, no podemos reducir a Stalin a un simple *apparatchik* apasionado solamente por las intrigas del aparato. En mayo, encarga a Tovstuja que clasifique y complete su biblioteca personal y, con este propósito, garabatea un esquema de clasificación por temas. Así define treinta y dos secciones, a la cabeza de las cuales figuran la filosofía, la psicología, la sociología y la economía política. *Lenin y el leninismo* ocupan la vigésimo tercera posición. Es cierto que manda extraer de dicha clasificación y colocar aparte las obras de Lenin, Marx, Engels, Kautsky, Plejanov, Trotski, Bujarin, Zinoviev, Kamenev, Lafargue, Luxemburgo y, curiosamente, las de Radek.

El país, que apenas se levanta de entre sus ruinas, ignora absolutamente estas maniobras en el aparato. En 1925, un estudio de la GPU realizado en tres cantones de Tambov pinta un cuadro muy sombrío de la miseria campesina: «El hambre crece de día en día y supera incluso la sufrida en 1921-1922. La población se nutre casi exclusivamente de una a modo de papilla, diluyendo una especie de harina en un vaso de agua fría»<sup>11</sup>. El 70 u 80% de la población de esos cantones sufre los estragos del hambre. En determinado cantón, los campesinos acusan a los dirigentes de atiborrarse de bizcochos mientras que a ellos les falta el pan. En otro, «la hambruna se acrecienta día a día [...]. El ganado muere de inanición. Los campesinos arrancan los tejados de paja de sus casas para alimentar a las reses que quedan»<sup>12</sup>. En resumen, el hambre afecta a todos los cantones del distrito. Otro informe de 1925 destaca un creciente descontento respecto al poder. En la región de Nijni-Novgorod, la campaña electoral tiene por tema la expulsión de todos los comunistas. Un alarmante informe de julio de 1925 hace saber que en Siberia, en Ucrania y en el norte del Cáucaso, los campesinos pobres, decepcionados del poder soviético, se apartan y crean el «bandolerismo rojo»<sup>13</sup>. Estos campesinos, generalmente antiguos partisanos o miembros de células rurales del Partido, forman bandas que atacan

<sup>11</sup> N. WETH y G. MOULLEC, *Rapports secrets soviétiques*, op. cit., p. 110.

<sup>12</sup> *Ibid.*, p. 111.

<sup>13</sup> *Ibid.*, p. 34.

a los campesinos ricos o acomodados y los chantajejan bajo la amenaza de incendiarles sus granjas e incluso de asesinarlos. Esta agitación es peligrosa para el régimen, cuando incluso la clase obrera que, golpeada por el paro, comienza a protestar.

El carpintero Tretiakov resume el sentimiento de las masas obreras en una carta personal que dirige a Stalin el 2 de marzo de 1925. Aunque comience con un «querido amigo camarada Stalin», su denuncia de la miseria obrera, de los privilegios y de la desigualdad social es de una gran dureza: «Has jurado delante del pueblo hacer realidad en la vida las ideas del comunismo y cumplir todos los deseos de Lenin. ¿Por qué no se ve en la vida? Tienes en las manos todo el poder y toda la fuerza. ¿Por qué tenemos casi dos millones de personas sin trabajo que, la mayoría de un modo irresistible, sufren en las más espantosas condiciones? Muchos no pueden soportar el paro y la miseria y se suicidan. ¿Por qué el salario de los obreros manuales es de 8, 10, 12 o 15 rublos al mes? ¿Acaso no es un enemigo del pueblo el hombre que ha inventado unos salarios tan bajos? No son suficientes para que viva un solo individuo, y por lo tanto, ¿cómo van a mantenerse los que están cargados de familia? ¿Por qué los administrativos y los especialistas reciben de 100 a 150 rublos, o hasta 300 rublos al mes? Con tales sumas se puede vivir con lujo. ¿Es admisible que haya lujo para unos y hambre, enfermedades, miseria y paro para otros? ¿Por qué el partido de los comunistas habla de igualdad y fraternidad y admite unas diferencias tan insostenibles?»<sup>14</sup>. Stalin no respondió a la carta. Y se ignora lo que fue del autor. Pero, durante su campaña en contra de los «especialistas burgueses», Stalin supo apoyarse en la aversión de los obreros hacia los privilegiados.

Mientras tanto, deja que sus aliados se ocupen de los problemas económicos y sociales. Su única iniciativa en este terreno consiste en imponer el regreso de una tradición zarista anulada por los bolcheviques: el 25 de agosto de 1925, un decreto común del Comité Central y del gobierno restablece la venta de *vodka*, recuperando el monopolio estatal. Así, el poder pretende luchar contra el *samogon* (*vodka* artesano) de los campesinos al tiempo que alimenta el presupuesto del Estado. Lo mismo que decía el ministro zarista Witte a

<sup>14</sup> *Ibid.*, p. 34, *Jrestomatia po ochestvennoi istorii, 1914-1945*. Moscú, A. KISSELEV y E. CHAGUINE, Vlados, 1996, pp. 301-302.

finales del siglo anterior. Los habitantes de la URSS podían carecer de trigo, pero no las fábricas de vodka, que entre 1926 y 1927 utilizaron dos millones de toneladas de grano...

Entre mayo y julio, Stalin se pasa días enteros tratando de envolver a Trotski en una maniobra retorcida. Max Eastman, un comunista americano amigo de Trotski, había publicado a primeros de año un libro en el que denunciaba que el Testamento de Lenin había caído debajo del celemín. Al no haberlo utilizado Trotski en contra de Stalin ni en 1923 ni en 1924, este último le obliga a reconocer públicamente que había participado en el silenciamiento de un testamento que, por otra parte, él mismo había calificado de pura invención. El 17 de junio, en una extensa carta dirigida a todos los miembros del Politburó y del Presidium de la comisión central de Control, expone el minucioso plan de una ofensiva en contra de Trotski, acompañado de un ejemplar de la traducción rusa del libro de Eastman y de un informe sobre su empleo a manos de la prensa burguesa y socialdemócrata. Mientras se deterioran sus relaciones con Zinoviev y Kamenev, trata de movilizarlos contra Trotski.

Stalin subraya: «Eastman se entrega a todo tipo de calumnias y deformaciones haciendo referencia a la autoridad de Trotski y a su "amistad" con él, así como a ciertos documentos secretos que no se han publicado en ninguna parte»<sup>15</sup>. Por lo tanto, Trotski no puede ignorar el libro. Luego enumera ocho «falsificaciones» de Eastman, a las que une un silencio, una votación confusa o una duda de Trotski. Así, según Eastman, en enero de 1923, Kuibychév había propuesto en el Politburó la publicación del artículo de Lenin contra la Inspección en un único ejemplar de *Pravda* destinado exclusivamente a él. Ahora bien, arguye Stalin, Trotski no protestó cuando Kuibychév fue nombrado a continuación comisario en dicha Inspección, y firmó la carta en la que, el 27 de enero de 1923, los miembros del Politburó, por unanimidad, juzgaron exagerados los temores de Lenin. Se trataba, pues, de una calumnia. Según Eastman, el testamento de Lenin había sido ocultado a los militantes; ahora bien, afirma Stalin, fue leído a las delegaciones del XIII Congreso y Trotski no puso objeciones a dicha decisión. El mismo Stalin había propuesto publicar el Testamento, pero la hermana de Lenin se había negado, y así sucesivamente. Tras cada uno de los ocho

<sup>15</sup> *Prisma Stalina Molotovov*, op. cit., p. 18.

puntos, Stalin repite: «Trotski debe refutar esta afirmación de Eastman como una calumnia manifiesta» (o «pérfida»). Finalmente, a propuesta de Stalin, el Politburó pide a Trotski que «publique en la prensa una declaración en la que, por lo menos, refute de forma categórica las falsificaciones antes expuestas»<sup>16</sup>.

La trampa es perfecta: si Trotski se niega, le acusarán de doble juego y complicidad con el adversario de un Partido del que es uno de los dirigentes; si acepta, protege las maniobras de Stalin desde hace tres años y se incapacita para denunciarlas un día. Trotski trata de esquivar, se dirige a varios miembros del Politburó que le presentan un frente unido sin fallos. El 1 de julio, se desolidariza de Eastman a través de una carta. Stalin entrega el dossier completo al Comité ejecutivo del Komintern para «informar a los comités centrales de los partidos comunistas más importantes»<sup>17</sup>. Los otros no cuentan. Por tercera vez en dos años, Trotski se encuentra en la situación del derrotado; o peor aún, si había esquivado el combate final en 1923 y 1924 gracias a un silencio medio obligado, esta vez da la impresión de haberse condenado a sí mismo. Uno de sus seguidores escribía entonces: «¿Por qué ha hecho eso? ¡Es incomprensible! Con esta carta ha puesto la cabeza en el tajo. Se ha cubierto de lodo»<sup>18</sup>. Más reservado, el 18 de agosto, Stalin escribe a Molotov: «Con su respuesta al libro de Eastman, Trotski ha predeterminado su destino. Se ha escapado»<sup>19</sup>. Si se hubiera tratado de una simple lucha por el poder entre ambos hombres, Stalin lo habría marginado para siempre como lo hará más tarde con Zinoviev, Kamenev, Bujarin o Rykov, obligándoles a una autocrítica pública. Pero el conflicto entre ellos nace de unas cuestiones de fondo que el rechazo del libro de Eastman por parte de Trotski no solucionará; ese paso en falso no implica que renuncie a sus ideas y, aunque oscurece su imagen y debilita su posición en el Partido, aunque descorazone a algunos de sus partidarios y demuestre que duda en reanudar el combate, tal conflicto todavía no es decisivo.

Satisfecho de su triunfo, el 1 de julio, Stalin toma el tren hacia el sur con Nadejda, embarazada por segunda vez. El 12, cambia Rostov por Sotchi y toma las aguas en el vecino balneario de Matsesta.

<sup>16</sup> *Ibid.*, p. 25.

<sup>17</sup> *Ibid.*, p. 29.

<sup>18</sup> *Ibid.*

<sup>19</sup> *Ibid.*, p. 44.

El 1 de agosto, termina una carta a Molotov aludiendo a su salud: «Me cuido. Las aguas de Matsesta son buenas contra la esclerosis, el agotamiento nervioso, la hipertrofia del corazón, la ciática y la gota»<sup>20</sup>. No padece de ninguno de estos males, sino de reumatismo articular.

El bloque Stalin, Zinoviev y Kamenev se deteriora cada vez más. El «socialismo de un solo país» tiene consecuencias irremediables: si la URSS puede construir por sí sola «la sociedad socialista integral», si por lo tanto la revolución mundial ya no es un objetivo vital, sino un simple bien que protege la edificación del socialismo ruso, el Komintern ya no es más que un apéndice del PC ruso, y las funciones de su presidente, Zinoviev, han llegado a ser accesorias. ¿Es una conclusión inevitable o un desacuerdo político de fondo que trastorna el equilibrio de las fuerzas en el triunvirato?

A partir de febrero de 1925, Zinoviev prepara el contraataque: se plantea publicar en Leningrado su propia revista teórica. Stalin hace que lo impida el Comité Central. En abril, Kamenev, apoyado por Zinoviev, afirma en el Politburó: el retraso económico y técnico de la URSS es un obstáculo para la construcción del socialismo. En una de las tesis sobre el Komintern, Zinoviev declara a finales de abril que la victoria del socialismo solo puede alcanzarse a escala internacional. El Comité Central rechaza el proyecto. A instancias de Stalin, la comisión encargada de enmendarlo reemplaza la afirmación según la cual la edificación del socialismo integral en un país atrasado como Rusia es imposible «sin la ayuda estatal» de los países más desarrollados, por «La edificación de la sociedad socialista no puede ser, ni será victoriosa, más que si el partido del proletariado consigue defender el país de todo intento de restauración»<sup>21</sup>: una afirmación puramente tautológica ya que viene a decir: el socialismo triunfará si no es vencido.

La amenaza de ruptura con sus aliados lleva a Stalin a abandonar la máscara del conciliador preocupado por preservar la unidad a cualquier precio. Durante una reunión de la comisión checoslovaca del Komintern, el 30 de marzo de 1925, advierte claramente al auditorio: «Hay momentos en los que es preciso cortar los miem-

<sup>20</sup> *Ibid.*, p. 39.

<sup>21</sup> *Komintern i ideja mirovoj revoluciji* (El Komintern y la idea de la revolución mundial) *op. cit.*, pp. 37 y 569-570.

bros perjudiciales del Partido para preservar su organismo contra la enfermedad crónica, la infección y la descomposición»<sup>22</sup>. Ha llegado el momento, de buen o mal grado, «de tomar en la mano el cuchillo del cirujano para suprimir a algunos camaradas». Una vez publicado, el texto de su intervención ve sustituido el cuchillo del cirujano por el vago término de «represión»<sup>23</sup>. Pero la cirugía le obsesiona. En el VI pleno del Comité ejecutivo del Komintern, el 6 de marzo de 1926, denuncia «el entusiasmo por el método de la vivisección», invita a los presentes a «no apasionarse por la decapitación» y recuerda que «es mucho más fácil cortar la cabeza de los que la tienen que añadirla a los que no tienen ninguna»<sup>24</sup>. Cinco semanas después, insiste: «La política de amputación no es un método absoluto, realizado una vez por todas»<sup>25</sup>. A través de una forma negativa, manifiesta su obsesión.

Stalin pule el funcionamiento del aparato central. Por mandato suyo, Mejlis reúne todos los lunes al conjunto de los cuadros del Secretariado para comprobar el cumplimiento de las decisiones adoptadas y preparar el orden del día del Politburó, cuyo borrador se discute con los otros secretarios del Comité Central y se somete a continuación a la aprobación de Stalin, dueño así, desde su apertura, del desarrollo de los trabajos del Politburó.

De este modo intensifica el aislamiento del aparato frente al Partido mismo. El 29 de mayo, el Secretariado rebaja sensiblemente la lista anterior de cuadros autorizados a obtener la comunicación de las decisiones del Buró de organización, del Secretariado del Comité Central y del Politburó. Esencialmente, limita la comunicación de los textos a sus propios miembros titulares y suplentes, a los jefes de las distintas secciones del Comité Central y a los primeros ayudantes de los secretarios del Comité Central. Incluso no tienen acceso a ellas los comisarios del pueblo. Mejlis controla la salida de cada documento, cuya entrega anota en un registro especial. Este culto del secreto, acrecentado incesantemente, no es una simple manía personal de Stalin ni el fruto de una mentalidad de asediado: refleja la naturaleza misma de la naciente clase burocrática que, a

<sup>22</sup> CRCEDEC, fondos 558, inventario 1, dossier 2763. FIRSOV, «Stalin y el Komintern», en *Istoria i stalinism*, Moscú, p. 144. Texto modificado en STALIN, *Oeuvres complètes*, op. cit.

<sup>23</sup> *Ibid.*, t. 8, p. 104. «Discursos a la comisión francesa del VI pleno del Comité ejecutivo de la Internacional comunista».

<sup>24</sup> *Ibid.*, y FIRSOV, «Stalin y el Komintern», art. cit., p. 145.

<sup>25</sup> *Ibid.*



diferencia de otras castas en la historia, como la nobleza o el clero, disimulará siempre su existencia y sus privilegios. Además, no existe en las estadísticas, pues está basada en la clase obrera de la que es la vanguardia ilustrada... La lista de la nomenklatura, cada año más extensa, permanece en secreto, incluso si se trata de un secreto de polichinela. Los rasgos de carácter propios de Stalin se adaptan perfectamente a sus necesidades.

Mientras perfecciona así la maquinaria del aparato, estalla la crisis que se gestaba en el seno de la coalición anti-Trotsky. En septiembre de 1925, Zinoviev, Kamenev, Krupskaya y Sokolnikov exigen al Comité Central la apertura de un debate en el Partido. Stalin prohíbe la difusión por el Politburó, pero somete al Comité Central una carta a «Todas las organizaciones y a todos los miembros del Partido» en la que los invita a una amplia discusión de los problemas surgidos en el congreso, «sin burocratismo, sin escapatorias burocráticas ante la crítica». Al controlar todo el aparato salvo el de Leningrado, esta concesión verbal no le supone coste alguno. A pesar de ello, en el Comité Central de octubre de 1925 cristaliza la división entre ambos bloques.

La víspera de la inauguración, Dzerzhinski, en una carta a Stalin y a Ordjonikidze, acusa a Zinoviev y a Kamenev de preparar «un nuevo Kronstadt en el interior de nuestro partido», en pocas palabras, una escisión. Da a conocer su deseo de discutir hoy la pasada hostilidad de ambos a la insurrección de octubre de 1917 y añade: «En 1917, cuando Zinoviev y Kamenev traicionaron a la revolución [...] vivía el guía de los obreros y los campesinos. Hoy no tenemos guía». Dzerzhinski no considera a Stalin como tal y se lo dice; luego remacha: «Personalmente no he amado en toda mi vida más que a dos guías y revolucionarios: Rosa Luxemburgo y Vladimir Ilitch Lenin, y a nadie más»<sup>26</sup>, por lo tanto, ni siquiera a Stalin.

Unos meses después, el 31 de octubre, el nuevo comisario de la Guerra, Frunze, cuyo agotado corazón no ha resistido, muere en el quirófano a los 40 años. Sus médicos, preocupados por su debilidad cardíaca, no se plantearon la operación. Stalin había reunido un consejo de médicos, sus miembros la habían recomendado y el Politburó había votado a favor. Esta muerte de un amigo de Zinoviev, adversario sin acritud de Trotsky al que respetaba, suscitó rumores y

<sup>26</sup> *Perepishka 1912-1927, op. cit.*, pp. 310-311.

comentarios en los cenáculos del Partido. Esos rumores dieron lugar a la publicación en el número 5 de la revista *Novy Mir*, en mayo de 1926, de una novela con mensaje de Boris Pilniak, *La Historia de la luna inextinguida*, subtitulada «La muerte del comandante en jefe». El argumento repite de un modo desconcertante el escenario de la muerte de Frunzé. En un país gobernado por una troika dirigida por el «hombre de la espalda rígida», la dirección ordena que el comandante en jefe Gavrilov sea operado por la fuerza de una úlcera de estómago ya curada. Aunque los miembros del Colegio de médicos consideran inútil la operación, deciden por fin su necesidad, dictada por quien se puede adivinar. La víspera de la intervención, Gavrilov confía a su amigo Popov: «Quieren quitarme de en medio». El cirujano le abre el vientre, comprueba que la úlcera estaba cerrada y que la operación era innecesaria, pero el corazón del paciente se detiene. A instancias de Stalin, el Politburó hace retirar el número de la revista, invita a los abonados a devolverla y, en una decisión no hecha pública, califica a la novela de Pilniak de «pérfido ataque contrarrevolucionario y calumnioso contra el Comité Central y el Partido». La resolución atribuye la intriga y ciertos detalles a las «conversaciones contrarrevolucionarias expresadas por determinados comunistas en torno a la muerte de Frunzé»<sup>27</sup>. Es decir que, en las cumbres del Partido y en su *intelligentzia*, se consideraba a Stalin capaz de suprimir a un personaje molesto.

Stalin enfrenta automáticamente a unos individuos contra otros. Así, el Comité Central de las Juventudes Comunistas cesa, a finales de 1925, al responsable, zinovievista, de las Juventudes de Siberia. El secretario del Partido de la región, el zinovievista Jaritonov, protesta. Stalin lo recibe y comparte su indignación, pero en cuanto Jaritonov sale de su despacho, invita por teléfono al secretario de las Juventudes, Miltchakov, a mantenerse firme. Miltchakov no cede, pues, ante Jaritonov, que se precipita a acusarlo ante Stalin. Stalin se indigna de nuevo en su presencia y, una vez que Jaritonov marcha tranquilo, pero engañado, telefonea a Miltchakov para felicitarle.

Unos días antes del XIV Congreso, Stalin invita a Krupskaja a visitarlo. Para intentar apartarla de Zinoviev y Kamenev, le ofrece un puesto en el Politburó. Krupskaja se niega a cambiar sus conviccio-

<sup>27</sup> *Vlast i judojestvennaia Intelligencja* (El poder y la inteligencia), Moscú, Democratia, «Ros-sia-XX vek», 1999, pp. 66-67.

nes por un cargo. Stalin multiplica las maniobras. A mediados de diciembre de 1925, informado de que los zinovievistas pretenden utilizar el Testamento de Lenin, pide a uno de ellos, Grigori Sokolnikov, que renuncie a ello y no aluda a la recomendación de elegir a un nuevo Secretario general. Sokolnikov se niega. Stalin se opone al deseo de varios de sus próximos de enviar representantes de la mayoría a las reuniones de los comunistas de Leningrado. Cifra todo su interés en que las resoluciones de la oposición (llamada Nueva Oposición) sean adoptadas por unanimidad en Leningrado, porque eso impedirá discutir las votaciones unánimes de las otras regiones a favor de Stalin. El éxito corona sus cálculos. La víspera del congreso llama a Sokolnikov en plena noche y le pide insistentemente que no hable del Testamento: Sokolnikov se niega de nuevo: «Lo lamentarás, Grigori», comenta Stalin colgando el auricular.

El congreso apenas discute el problema candente del día: durante tres meses, de octubre a diciembre, el Estado ha almacenado menos de la mitad del trigo previsto; en efecto, los campesinos protestan por tener que venderlo a bajo precio ante el exorbitante coste que alcanzan los productos manufacturados. Pero Stalin tiene otras preocupaciones: da prioridad a la lucha interna, además de que no sabe cómo resolver esta primera crisis del almacenamiento del grano.

El congreso, cuidadosamente seleccionado, silba a Zinoviev, que torpemente había pedido presentar un co-informe después del informe del Secretario general; murmura cuando Krupskaja denuncia el excesivo poder del Secretariado; abuchea a Kamenev cuando exige desposeer a Stalin del cargo de Secretario general y subordinar el Secretariado al Politburó: «El camarada Stalin no puede desempeñar el papel de unificador del antiguo Estado Mayor bolchevique. [...] Estamos en contra de la creación de la teoría del «guía»; en contra de la fabricación de un «guía»<sup>28</sup>, en el momento exacto en que el aparato está a punto de fabricarlo. Con la mano en el corazón, Vorochilov jura que «el camarada Stalin es el principal miembro del Politburó, pero jamás ha pretendido ocupar el primer puesto». Ciertamente, «sus propuestas se adoptan con mayor frecuencia que las de otros. ¿A qué se debe?», pregunta Vorochilov, que confiesa ingenuamente: «Se debe a que el camarada Stalin [...] tiene el

<sup>28</sup> Acta mecanografiada del XIV Congreso, Moscú, 1926.

aparato en sus manos»<sup>29</sup>. Rykov, más enérgico pero mal profeta, proclama: «El Partido no se pone ni se pondrá jamás de rodillas delante de nadie, ni de Stalin ni de Kamenev ni de ningún otro»<sup>30</sup>. El congreso aplaude a rabiar, como si pretendiera proclamar su libertad de acción con respecto al jefe. Stalin no se inmuta y adopta un aire sorprendido y desconcertado cuando una delegación obrera hace su entrada en el congreso y, en un gesto sin precedentes, exhibe un gran retrato de Stalin en el Presidium, en el que Bujarin, Tomski, Kalinin, Ordjonikidzé y Kuibychév aparecen con aspecto enternecido.

Al tiempo que aplasta a la Nueva Oposición, Stalin juega a defensor de los perseguidos. En respuesta a los oponentes que denuncian el apoyo de Bujarin a los campesinos acomodados y ricos, Stalin exclama de un modo melodramático: «Estáis pidiendo la sangre de Bujarin. ¡No os daremos su sangre, sabedlo!»<sup>31</sup>. Una vez más une la brutalidad a una aparente moderación, recordando que el año anterior se había opuesto a las sanciones que Zinoviev y Kamenev pedían para Trotski: «La política de amputación es fecunda en peligros para el Partido, el método de la amputación y de la efusión de sangre... es peligroso y contagioso. Hoy se excluye a uno, mañana a otro, pasado mañana a un tercero. ¿Qué quedará entonces del Partido?»<sup>32</sup>.

En cualquier caso, mucha gente, pues Stalin ha ahogado a los supervivientes de la revolución y de la guerra civil bajo una avalancha de nuevos reclutados sin cultura política ni tradiciones de militancia. Efectivamente, el Partido, que en abril de 1923 contaba con 386.000 afiliados, cuenta, en abril de 1924, con 730.000, 1.090.000 en diciembre de 1925, y 1.200.000 en diciembre de 1927. Y estos recién llegados obedecen al jefe. Ahora bien, en diciembre de 1927, el 90% de los secretarios y de los miembros de las oficinas de célula en las empresas se han afiliado al Partido después de la muerte de

<sup>29</sup> *Ibid.*, pp. 397-398.

<sup>30</sup> *Ibid.*, p. 418.

<sup>31</sup> *Acta mecanografiada del XIV Congreso*, pp. 504-505. El texto está reproducido en las *Oeuvres complètes*, t. 7, p. 384, amputado de esta frase, de la que no subsiste más que la pregunta: «¿Qué quieren, pues, de Bujarin?». Poco antes de este pasaje, Stalin había afirmado: «Apoyamos y apoyaremos a Bujarin». En la misma página de las *Oeuvres complètes*, el «lo apoyaremos» ha sido eliminado. Stalin: «Discursos en el XIV Congreso del PCR b, punto 9: Sobre las divergencias».

<sup>32</sup> STALIN, *Oeuvres complètes, op. cit.*, t. 7, pp. 379-380. «Discursos en el XIV Congreso del PCR b, punto 9: Sobre las divergencias».

Lenin. Por lo tanto, no conocen otra cosa que su pensamiento momificado y las circulares del Secretariado.

La nomenklatura embrionaria de los apparatchiks, que emerge lentamente de la pobreza y la oscuridad, quiere ver reconocidos sus méritos, reflejado su poder político y garantizada su preeminencia social por medio de una distancia material creciente y duradera. Stalin lanza a este congreso un mensaje terminante. Denuncia «el eslogan de la igualdad [fruto de] la demagogia socialista-revolucionaria». Y añade: «No podría haber igualdad mientras existan las clases, así como el trabajo cualificado y no cualificado», ¡es decir, mucho tiempo! Así tranquiliza al aparato burocrático, quintaesencia, a sus ojos, del trabajo cualificado, al tiempo que lo invita a la prudencia: «No hay que hablar insensatamente de igualdad, eso acaba siendo jugar con fuego»<sup>33</sup>. Stalin rechaza, pues, el igualitarismo odiado de los apparatchiks instándoles a jugar limpio con las palabras.

Al día siguiente del congreso, el Comité Central del 5 de enero de 1926 confía a Kírov la dirección del Partido de Leningrado y de la región. Kírov se dirige allí con un equipo de agitadores y Stalin acude en persona para entronizarlos. En el grupo se entabla entonces una discusión: todos insisten en la necesidad de respetar estrictamente la dirección colectiva. Stalin escucha en silencio, se levanta y profiere con voz sorda: «No hay que olvidar que vivimos en Rusia, el país de los zares. A los rusos les gusta ver a un solo hombre a la cabeza del Estado. Pero, por supuesto, este hombre debe obedecer a la voluntad de la colectividad»<sup>34</sup>. A pesar del episodio del retrato en el congreso, nadie de los presentes parece adivinar que Stalin aspira al cargo de guía supremo del país.

Esta ceguera nos habla largamente sobre las relaciones reales que existían entonces en el seno del grupo dirigente. Si Stalin es el primero en la cumbre, no lo es entre sus «iguales». Así, nueve meses más tarde, al día siguiente de la XV conferencia del Partido (26 de octubre-3 de noviembre de 1926), poco satisfecho de su discurso contra la Oposición, se excusa por no haberlo enseñado a nadie antes de leerlo en una carta a Molotov, fechada el 7 de noviembre: «Tu insistencia en las correcciones ¿no significa que me equivoqué

<sup>33</sup> *Ibid.*, p. 376. Discursos en el XIV Congreso del PCR b, punto 18: «Sobre las divergencias».

<sup>34</sup> V. KUMANIOV y I. KULIKOVA, *Protivostoianie* (La oposición), *op. cit.*, p. 105.

al no enviar el discurso a mis amigos? Me siento a disgusto después de las discusiones de ayer»<sup>35</sup>. Esta confusa modestia es coherente con su situación en el aparato de dirección. Tres años después, tras una lucha victoriosa contra la Oposición que le elevará por encima de todos, su estatus habrá cambiado y su tono será imperial.

Los agitadores de Kirov la emprenden con el aparato zinovievista local. La tarea es difícil: dos semanas más tarde, la fábrica Putilov sigue resistiendo. «¡Hay que tomarla por asalto! ¡Y qué asalto!», escribe Kirov a Ordjonikidzé el 16 de enero. En Treugolnik, donde trabajan 2.200 obreros, la primera reunión acaba con intercambios de golpes por todas las esquinas: «La pelea ha sido increíble, comenta Kirov, no había visto una cosa igual desde las jornadas de Octubre [1917]»<sup>36</sup>.

Esta purga, que extiende a la Internacional de donde expulsa a los partidarios de Zinoviev, conduce a Stalin a concretar su método. El 22 de enero, en un discurso al presidium del Komintern, denuncia la «moral de pope» de los que quieren batirse contra la Oposición sin «comprometer en modo alguno a los jefes; es negar con los hechos la posibilidad de cualquier tipo de lucha ideológica en el interior del Partido». Comprometer y desacreditar son a sus ojos las armas fundamentales del combate de ideas. Por lo tanto, a medida que se eleva por encima de sus adversarios y de sus propios partidarios, su vocabulario se hace cada vez más violento.

Cuando su secretario Mejlis muestra su indignación por la insolencia de los adversarios, Stalin define otro elemento fundamental de su método al responder con una sonrisa: «¡Que discutan! El enemigo que da la cara no es peligroso, sino el enemigo que se oculta, el que no conocemos. Ya llegará el momento de arreglar las cuentas con los que ya se han manifestado, los que están registrados»<sup>37</sup>. Mientras tanto, es preciso desenmascarar a los adversarios ocultos a los que multiplica la normalización policial de la vida política...

Su primer objetivo, tanto en la Internacional como en el Partido, no es el de proponer una orientación o una línea, sino el de desalojar y destrozar a las mentes desobedientes o presumiblemente tales, colocándoles en el dorso la etiqueta apropiada. Así, el 6 de

<sup>35</sup> *Pisma Stalina Molotovi*, op. cit., pp. 95-96.

<sup>36</sup> *Perepiska 1912-1927*, op. cit., p. 318.

<sup>37</sup> I. RUTSOV, *Alter ego Stalina*, op. cit., p. 50.

marzo de 1926 expone ante el Comité ejecutivo los problemas del Partido comunista francés. Aborda cuatro temas: en primer lugar, la situación política en Francia, marcada, dice, «por un aumento progresivo de la crisis revolucionaria», sin aportar dato alguno en apoyo de su dudoso análisis; a continuación, el supuesto «peligro creciente de la derecha en el interior del partido»; el tercer punto se refiere a la situación en el seno del grupo dirigente del partido; y por fin, siguen algunos vagos comentarios sobre las relaciones entre el partido y los sindicatos. La intervención termina con un resumen de seis puntos, cinco de los cuales están dedicados a los «elementos de la derecha», a su aislamiento, a su liquidación y a la lucha implacable en contra de ellos, y concluye hipócritamente aconsejando «no abusar en su trabajo práctico del método de la amputación, del método de las sanciones a distintos camaradas, sino [el de] emplear principalmente el método de la persuasión». Cuando, según él, «Francia corre hacia la crisis», Stalin no dicta orden alguna al partido comunista, ningún eslogan, ninguna táctica; define el «trabajo práctico» del partido únicamente como una lucha interna contra los «desviacionistas» calificados de «derechistas»<sup>38</sup>. El precipitado análisis de una creciente crisis revolucionaria en Francia tiene esencialmente por objeto apartar a los que no lo comparten.

Reorganiza y refuerza su aparato. El 4 de marzo hace que el Politburó acepte la lista de los funcionarios más importantes procedentes de la nomenklatura n.º 1, y cuyo Secretariado, dirigido por él, definirá la lista nominativa: 647 miembros de las principales administraciones; de los comités de redacción de los diarios y revistas más importantes; responsables del Partido en las quince repúblicas federadas y de las más importantes regiones de Rusia; dirigentes del aparato de diversos organismos del Estado, sin contar una segunda lista de 894 funcionarios cuyos nombramientos se hacen teóricamente por elección (Comité Central de komsomols, Presidium del Consejo central de sindicatos, etcétera). El Secretariado designará soberanamente a los titulares de esos 1.500 cargos centrales del Estado-partido. El 19 de marzo de 1926, Stalin reemplazó el buró del Secretariado por la Sección secreta dirigida por Tovstujá, con sede en el inmueble del Comité Central donde contaba con un despa-

<sup>38</sup> STALIN, *Oeuvres complètes, op. cit.*, t. 8, pp. 100-107. Discursos a la Comisión francesa en el VI pleno del Comité ejecutivo de la Internacional comunista.

cho en el cuarto piso, réplica exacta del que ocupaba en el Kremlin. Stalin nombraba personalmente a los miembros de esa Sección secreta que, a mediados de los años 30, contaba con alrededor de 90 miembros que, en la sombra, aseguraban un contacto directo con la GPU y los mandos esenciales del poder. Esta sección constituía una dirección paralela medio clandestina en la que, unos años después, entraría el hombre que ocuparía la dirección, efectiva primero y luego nominal, durante un cuarto de siglo: Alexandr Poskrebychev, hijo de zapatero remendón como Stalin, y el mudo del harén.

El 28 de febrero de 1926, Nadejda Allilúieva da a luz a una niña, Svetlana. Anuncia la noticia a su suegra excusando a Stalin, que carece de tiempo para escribir: «Iosiv goza de buena salud, pero está algo cansado por culpa del mucho trabajo; este verano se tomará unas vacaciones y entonces descansará; de momento, no tiene tiempo»<sup>39</sup>. En esa época, Stalin se queja de dolores en los músculos de los brazos y de las piernas. Los médicos le recomiendan una cura en las aguas sulfurosas de Matsesta. Unos días después, Nadejda se marcha súbitamente con los dos niños a casa de sus padres en Leningrado, dejando en Moscú a su marido, casi siempre ausente, poco expansivo y gruñón. Tardará dos meses en volver. Es la primera fisura patente en la pareja, fisura que poco a poco se irá ampliando. Su hija lo explica por el desencanto de una mujer joven que había visto en Stalin «un auténtico héroe de la revolución», pero que había terminado por comprender que se había equivocado: «Sus convicciones personales eran exactamente las contrarias al cinismo de mi padre y a su salvajismo»<sup>40</sup>. Svetlana, de algunos meses en la época de aquel primer incidente, repite simplemente lo que le han contado sus bien informadas tías. Nadejda ya no soporta que su marido se divierta de vez en cuando haciendo beber vino al pequeño Vasili. De vuelta a Moscú, decide independizarse de su oscura vida familiar y reanudar sus estudios interrumpidos.

En marzo de 1926, deseoso de evitar el acuerdo entre sus dos antiguos aliados y un Trotski retirado de la lucha política desde hace un año, Stalin, junto a Bujarin, intenta una gestión cerca del último, que ha permanecido mudo durante el XIV Congreso, y le propone normalizar sus relaciones. Pero las divergencias son demasia-

<sup>39</sup> *Iosif Stalin v obiatiáj semii* (Iosif Stalin en el entorno familiar), *op. cit.*, p. 11.

<sup>40</sup> S. ALLILUIEVA, *En une seule année*, *op. cit.*, p. 129.



do grandes. Para desacreditar a Zinoviev y a Kamenev, hace que, en el Comité Central de abril, un grupo de diez de sus fieles (Kaganovitch y Kirov entre ellos) propongan el envío a todos los miembros del Comité Central y de la Comisión de control de una carta de Lenin, jamás publicada, en la que el 19 de octubre de 1917 trataba a ambos hombres de esquirols por haber denunciado la insurrección. Zinoviev y Kamenev replican que no puede partirse en pedazos el pensamiento de Lenin y que, si se envía esa carta, será preciso difundir igualmente el Testamento y sus escritos sobre la cuestión nacional. Stalin y Rykov pretenden que se ha respetado la voluntad de Lenin, pues el Testamento ya fue discutido en las delegaciones (lo que es falso), pero Stalin se apresura a añadir: si Krupskaja se propone publicar el Testamento, «yo solamente puedo apoyar sus exigencias»<sup>41</sup>.

Por fin, los textos de Lenin se difunden en el Comité Central de julio donde Trotski, Zinoviev y Kamenev proclaman la Oposición unificada a través de una declaración firmada por trece de sus miembros, entre ellos Krupskaja, y denuncian el burocratismo que ahoga la vida del Partido. Entre los murmullos de impaciencia de los asistentes, Krupskaja critica la atmósfera de intolerancia que reina en el Partido y que provoca la desconfianza general en el exterior. A continuación, Stalin sube a la tribuna y lee solemnemente el Testamento de Lenin, luego hace tomar la decisión de pedir al XV Congreso, es decir, al cabo de año y medio, que anule la prohibición de publicar esos documentos —y que fue votada en el XIII a petición de Zinoviev y Kamenev—, y de reproducirlos en la futura compilación de las obras de Lenin. Stalin se apoya en los estatutos: solamente un congreso puede deshacer lo que otro ha hecho. Así se proporciona un buen margen de tranquilidad: durante esos dieciocho meses, nadie podrá utilizar el Testamento en contra suya. Y ya se las arreglará en el Congreso.

Confía a Bujarin la lucha ideológica contra la Oposición, pues es mejor teórico que él, y cuyo apasionamiento, que le hace pasar de las imprecaciones a las lágrimas, impresiona más que su propia fría retórica. Stalin lo manipula fácilmente recordándole sin cesar el calificativo de «hijo querido del Partido» con el que Lenin le honró en una ocasión, repitiéndole los «nuestro Bujarin» o «mi pequeño

<sup>41</sup> *Voprossy Istori KPSS*, nº 2, 1990, p. 107.

Bujarin». Un día, pasándole la mano por los hombros, le susurra: «Mira, mi pequeño Bujarin, eres nuestro teórico; adelante, que nuestra práctica te apoyará». Traduce humildemente en hechos las ideas de Bujarin al que esta división –muy provisional– del trabajo le llena de contento. Stalin se reserva las intrigas del aparato y el papel de combatiente de la unidad. Intentará representar la misma comedia con Rykov, pero con menos éxito. Fue sin duda en aquel momento cuando, según el relato de la mujer de Rykov a su hija, Stalin lo invita a ir a verle y le dice: «Venga, mira, seremos como dos Ajax, nos dirigiremos a nosotros dos»<sup>42</sup>. Rykov rehúsa. No habrá más que un Ajax.

En septiembre, Trotski advierte a los aliados de Stalin: la liquidación de la Oposición unificada irá seguida del alejamiento «de los representantes más autorizados y más influyentes de la fracción dirigente actual»<sup>43</sup>, Bujarin, Tomski y Rykov. Stalin se alza poco a poco por encima de un aparato reducido al simple oficio de dócil ejecutivo; ahora bien, su puesto en la revolución hace ineptos para este papel a los tres hombres; los Kaganovitch eliminarán a los Rykov.

El 22 de mayo, Stalin baja a Sotchi. El 1 de junio de 1926, marcha a Tiflis y se instala durante diez días en casa de Ordjonikidzé. Los jefes locales, acompañados de sus esposas, acuden todas las noches a reunirse con el gran jefe. El vino corre a raudales y se cantan canciones georgianas. Una noche, Stalin entona una canción obscena en georgiano. Zinaida, la mujer de Ordjonikidzé, pide a su marido que se la traduzca. Tras varias negativas, él le susurra el contenido al oído. Zinaida se ruboriza; Stalin continúa; para él, la grosería hace pueblo. El 8, alude a sus recuerdos de juventud ante 6.000 ferroviarios de las cocheras de Tiflis. Poco después, cae enfermo a causa de una intoxicación alimenticia de la que se recupera con grandes dificultades.

Durante esa estancia caucasiana, Lachevitch, partidario de Zinoviev y miembro de la dirección política del Ejército rojo, reúne, el domingo 6 de junio, a aproximadamente 70 militantes de su distrito en un bosque de las afueras de Moscú. Un agente de la GPU denuncia a Lachevitch, que es inmediatamente cesado en sus funciones.

<sup>42</sup> *Cahiers du mouvement ouvrier*, n° 11, septiembre 2000, p. 89.

<sup>43</sup> *Kommunisticheskaia oppositsija v SSR* (La oposición comunista en la URSS), Moscú, Terra, 1990, p. 80.

Stalin dirige el baile desde Sotchi. El 15 de junio escribe a Molotov y a Bujarin con acentos de rabia: «Creo que muy pronto el Partido romperá la cara a Trotski y a Gricha [Zinoviev] y a Kamenev y hará de ellos unos renegados del tipo Chliapnikov»<sup>44</sup>. El 25 de junio, en una carta a los mismos, denuncia la desvergüenza de Zinoviev e insiste en la necesidad de expulsarlo del Politburó «no, escribe, a causa de sus desacuerdos con el Comité Central [...], sino a causa de su política de *escisión*»<sup>45</sup>, imaginaria.

En agosto propone a Ordjonikidzé que se haga cargo de la dirección de la comisión central de Control. Considera a este personaje colérico, iracundo, violento, cuyo cabello revuelto y el bigote de puntas retorcidas acentúan su aspecto de ogro, el hombre ideal para acorralar a sus adversarios; su carácter le da una apariencia independiente, pero la denuncia de Lenin en diciembre de 1922 permite a Stalin tenerlo atado. Ordjonikidzé protesta, se resiste, pero finalmente, el 3 de noviembre de 1926, acepta la presidencia de la comisión de la que todavía no era miembro, con desprecio de los estatutos, que estipulaban que el presidente debía pertenecer a la comisión elegida por un congreso. Al obligar a consentir esta trampa, Stalin hace avalar la idea de que su voluntad está por encima de las reglas. Es el auténtico poder despótico.

Representando, como siempre, la comedia de la dimisión, se aprovecha de la lucha contra la Oposición para hacerse elegir. A raíz del Comité Central del 27 de diciembre de 1926, envía a Rykov, presidente de la sesión, una carta manuscrita destinada a los archivos: «Pido ser liberado del cargo de Secretario general del Comité Central. Afirmo que ya no puedo seguir trabajando en ese puesto»<sup>46</sup>. El aparato exige su continuidad. Y al elegirlo así, eleva un poco más a Stalin por encima de sí mismo.

Stalin alaba los méritos y la realidad nacional de la naciente nomenclatura a la que enfrenta con la emigración cosmopolita. Así, en mayo de 1926, denuncia a Zinoviev en unos términos que recuerdan a Lenin: «Desde 1898 hasta la revolución de 1917, nosotros, los antiguos clandestinos, hemos logrado estar presentes y trabajar en todos los distritos de Rusia, pero ni en la clandestini-

<sup>44</sup> *Pisma Stalina Molotovu*, *op. cit.*, p. 71.

<sup>45</sup> *Ibid.*, pp. 73-74.

<sup>46</sup> I. MOURINE, «De nuevo sobre las dimisiones de Stalin», *Rodina*, nº 7, 1994, p. 72.

dad ni en las cárceles o en el exilio hemos encontrado en ellos al camarada Zinoviev»<sup>47</sup>. Tampoco habían encontrado a Lenin, del que Zinoviev fue durante el exilio la sombra y el segundo. En resumen, los emigrados vivían tan felices charlotteando mientras los desconocidos del interior se llevaban los golpes. Stalin experimentó el mayor placer cuando logró una declaración de la hermana de Lenin que calificaba de «contrarias a la verdad» las alegaciones de la oposición sobre la casi-ruptura final entre Lenin y él. La hermana, engañada, afirmó que, durante el final de su enfermedad, Lenin, al que ella no abandonaba un momento, solamente quería ver a Stalin...

Por otra parte, continúa con su campaña de falsas apariencias en contra del crecimiento del aparato, que tienen como resultado acrecentarlo aún más. El 17 de agosto de 1926, *Pravda* publica un texto, firmado por Stalin, Rykov y Kuibychév, en el que afirman la necesidad de reducir el gasto «del aparato de gestión y de administración [que] consume anualmente alrededor de dos mil millones de rublos», de los que se podrían economizar y reinvertir de «300 a 400 millones». La exhortación, indefinidamente repetida pero nunca llevada a cabo, guarda las apariencias.

El socialismo en un solo país impone la subordinación del Komintern y de los partidos comunistas del mundo entero a los intereses del Estado soviético. Así, la URSS entabla relaciones económicas y diplomáticas con la Italia de Mussolini en el momento en que este envía a la cárcel a los dirigentes comunistas italianos y prohíbe el partido. En 1926 y 1927, la URSS proporciona la mayor parte del fuel-oil que alimenta a la flota de guerra italiana. El hermano de Mussolini, Arturo, explica en un artículo del *Giornale d'Italia*: es absurdo entablar una lucha con la URSS «en la medida en que el bolchevismo es invencible en su ciudadela y tiene derecho a la existencia»<sup>48</sup>; en cambio, es preciso extirpar el bolchevismo de casa, como lo hace Italia. Un buen acuerdo con la URSS, aparejado con la lucha anticomunista en casa, reducirá a frases la propaganda del Komintern. El hermano de Mussolini definió así la política de Stalin incluso antes de que este la formalizara.

<sup>47</sup> Carta de Stalin fechada el 15 de mayo de 1926 a Manuilski, Piatniski, Lozovski, Bujarin, Lominadzé y Zinoviev, fondos 508, inventario 1, dossier 107.

<sup>48</sup> Citado en I. A. JORMAN, *SSSR-Italia, 1924-1939*, Moscú, 1995, p. 68.

Stalin, restablecido, vuelve a Moscú el 4 de julio para participar en los debates del Comité Central que se celebran del 14 al 23. La víspera de la clausura de los trabajos, Dzerjinski, un hipertenso pre-dispuesto a ser aniquilado por un infarto, muere de una crisis cardiaca tras una furiosa intervención en contra de la Oposición. A los dos días, Stalin reúne a los cuadros de la GPU a los que quiere someter al control de la Sección secreta. A primeros de agosto marcha a Sotchi, donde se instala en una dacha en el centro del parque reservado a los dirigentes del Partido; todavía se queja de dolores en los músculos de los brazos y las piernas. Su médico, Valedinski, no observa síntomas patológicos y le recomienda baños en las aguas de Matsesta. Durante la cura, Molotov le informa de que Krupskaja comienza a distanciarse de la Oposición, y que Bujarin y él mismo discuten con ella su alianza con la mayoría. Stalin le increpa: «Las negociaciones con Krupskaja no solo son inoportunas *ahora*, sino políticamente perjudiciales. Krupskaja es una secesionista; hay que combatirla en tanto que secesionista si queremos conservar la unidad del Partido»<sup>49</sup>.

El rencor no lo explica todo. Si Krupskaja desea discutir, es que está dispuesta a aliarse; ahora bien, para él, a esta alianza no debe llegarse por la negociación, sino por la capitulación, el único modo de reducir al estado de fantasma a la viuda de Lenin.

Regresa a Moscú a finales de septiembre. A últimos de noviembre, en plena lucha contra la Oposición, agotado, vuelve a Matsesta para curar unos dolores que se van aliviando poco a poco.

La descomposición y la corrupción del aparato del poder se producen paralelamente a un creciente distanciamiento social y a un aumento del paro, que a últimos de 1927 afecta a casi 2 millones de obreros. Según escribe Christian Racovski en 1928, la casta dominante multiplica «los robos, las prevaricaciones, la violencia, las extorsiones, los inauditos abusos de un poder arbitrario ilimitado, las borracheras y el desenfreno»<sup>50</sup>. Un informe de la GPU «sobre el estado de la legalidad socialista en el campo», en 1924-1925, confirma esa descripción: «Dilapidación de los dineros públicos, [...] burocratismo, abusos de poder, sobornos, desenfreno, [...] esos defectos aparecen en todos los organismos soviéticos sin excepción». Des-

<sup>49</sup> *Prisma Stalina Molotovu*, op. cit., p. 90.

<sup>50</sup> Carta a Valentinov, *Cahiers Léon Trotsky*, nº 18, junio 1984, p. 82.

pués de algunos ejemplos de esos robos, brutalidades, violaciones y otras torturas, el informe continúa: «El aparato judicial y el policial están absolutamente gangrenados por un alcoholismo generalizado y por la práctica habitual del soborno [...]. A causa de sus bacanales y sus constantes abusos de poder, los funcionarios leales al régimen desacreditan al poder soviético»<sup>51</sup>. Para los campesinos, las autoridades locales suelen ser una panda de bandidos.

En el XIV Congreso, en diciembre de 1925, Stalin ríe sarcásticamente en una burlona alusión a Lenin. «Soy un hombre brutal y sin rodeos, es cierto, no lo niego»<sup>52</sup>. Esta brutalidad reivindicada complace a los apparatchiks que ven en ella la expresión de una firmeza tranquilizadora, una garantía de que su poder, frágil y amenazado, tendrá protección. En efecto, el Partido conduce a una sociedad caótica formada por una mayoría de pequeños propietarios campesinos individualistas. La revolución y la guerra civil habían acelerado el desquiciamiento social que las había engendrado, y animado a las autoridades locales a reinar en su territorio sin preocuparse demasiado de las órdenes llegadas de lo alto. Los salarios se pagan con meses de retraso, provocando huelgas y grupos de oposición clandestinos; el bandolerismo hace estragos, y los ataques a los trenes son moneda corriente.

Las diferencias sociales que se adivinan bajo la NEP irritan a las capas más pobres. Un informe de la GPU da cuenta de la multitud de asesinatos de comunistas, de miembros de los soviets rurales o de maestros, perpetrados por campesinos. Esta tensión refuerza en el aparato la exigencia de unidad en torno a la dirección, y aísla cada vez más a la Oposición. El riesgo aumenta, ya que el paro alcanza en 1927 a un millón y medio de trabajadores. Cientos de miles de obreros viven alojados en cuarteles construidos junto a las fábricas en tiempos del zar, donde se hacían familias enteras cuando no tienen que contentarse con los *zemlianki* que han cavado con las manos.

A finales de octubre, la Oposición firma con la dirección una tregua, tregua que romperá el avance de la revolución china. Desde comienzos de siglo, China estaba dividida en una serie de principados dirigidos y saqueados por los «señores de la guerra» con la ben-

<sup>51</sup> N. WETH y G. MOULLE, *Rapports secrets soviétiques*, op. cit., p. 36.

<sup>52</sup> *Acta mecanografiada del XIV Congreso*, Moscú, 1926, p. 499.

dición de las potencias coloniales, que se habían labrado unas «concesiones» en los puertos importantes. El 4 de mayo de 1919, la noticia de que en Versalles los aliados otorgan al Japón las antiguas concesiones coloniales alemanas en China provoca una violenta reacción nacional, una primera oleada de huelgas obreras, la reconstitución del partido nacionalista Kuomintang y, en 1920, la fundación de un pequeño partido comunista. El Kuomintang se apodera del gobierno de Cantón en el sur del país, y a partir de 1923 se dedica a la reconstrucción de una China unificada; algunos cientos de comunistas chinos se adhieren a él. A medida que sus ejércitos remontan hacia el norte y expulsan a los señores de la guerra, los campesinos se apoderan de las tierras de los grandes propietarios, y los obreros se ponen en huelga. Los círculos patronales chinos exigen que Tchang Kai-shek, el jefe del ejército del Kuomintang, les pare los pies. El 20 de marzo de 1926, en un Cantón conmocionado por la huelga, detiene a unos cincuenta comunistas e impone a su partido unas restricciones draconianas en su actuación, así como la entrega a la dirección del Kuomintang del fichero de sus afiliados.

En Moscú, Stalin y Bujarin —que, después de la supresión en noviembre del título de presidente de la Internacional, la dirige oficialmente en el puesto de un destituido Zinoviev— ocultan la noticia. Stalin piensa manejar a Tchang-Kai-shek nombrándole miembro de honor del Comité ejecutivo de la Internacional. Imagina la futura toma del poder por parte de los comunistas chinos como una combinación de estratagemas y de maniobras que le permitan controlar los nombramientos decisivos en el Kuomintang. Por tanto, es preciso impedirles abandonarlo para constituirse en partido distinto —como exigen Trotski y luego Zinoviev a finales de 1926—, prohibirles toda la actividad política que implicaría esa formación, calmar a los campesinos y a los obreros demasiado decididos para no asustar a los terratenientes, a los propietarios de empresas e incluso a los banqueros que, según Stalin, pueden participar junto a los obreros, a los campesinos y a la pequeña burguesía en una revolución nacional democrática.

En julio de 1926, Tchang reemprende su marcha hacia el norte. A la llegada de ese general que se presenta como su defensor, los campesinos se rebelan y se apoderan de la tierra, y el 22 de febrero los obreros de Shangai, la gran ciudad obrera cuyo centro y puerto han sido cedidos a potencias extranjeras, desencadenan la primera

huelga general de cinco días. Los asesinos del jefe de la guerra local decapitan y destripan a varios militantes y dirigentes de la huelga. Tchang ordena a su ejército que permanezca en posición de descanso. En Moscú, Stalin y Bujarin alaban continuamente sus méritos. El movimiento se detiene y Tchang reanuda su marcha hacia la ciudad. En la víspera de su entrada, el 21 de marzo, obedeciendo a la llamada de la central sindical dirigida por el PC chino, los obreros de Shangai declaran la huelga general en rebeldía y se hacen con el control de la ciudad. Stalin considera prematura la ofensiva y, con objeto de manejar a Tchang —que de acuerdo con las potencias coloniales ya ha planificado la matanza de los huelguistas y exige que abandonen las armas—, ordena a los comunistas que obedezcan. El 6 de abril, ante una asamblea de 3.000 militantes en Moscú, Stalin presenta esta decisión como parte integrante de una estrategia revolucionaria minuciosamente estudiada, y asegura a los inquietos militantes: «Tchang Kai-shek se somete a la disciplina [...]. Está a la cabeza del ejército y no puede hacer otra cosa que conducirlo contra los imperialistas»<sup>53</sup>. Manda imprimir su discurso. Mientras giran las rotativas, en la mañana del 12 de abril, Tchang Kai-shek entra en Shangai, moviliza al hampa del juego, del tráfico de opio y de la prostitución, y masaca a miles de obreros con ayuda de la policía francesa y de destacamentos japoneses y británicos. Tchang manda decapitar y arrojar a las calderas de las locomotoras a comunistas y huelguistas. El discurso de Stalin no se publicará jamás.

En Moscú reina la consternación. Stalin trata sobre todo de preservar su reputación. Ahora bien, el alcance de la revolución en China en 1926-1927 despertó en una capa de militantes e incluso de cuadros del Partido unas esperanzas semejantes a las que Alemania había suscitado en octubre de 1923. El 21 de abril, Stalin afirma: «Los acontecimientos posteriores han probado ampliamente lo acertado de la línea seguida»<sup>54</sup>. Pero no puede continuar invitando a los comunistas chinos a que sostengan al organizador de las matanzas. Unos días después, les insta a apoyar a un dirigente del Kuo-mintang de «izquierda» destituido por Tchang, Wang Jin Wei, afincado en Wuhan.

<sup>53</sup> H. ISAACS, *La Tragédie de la Révolution chinoise*, París, Gallimard, p. 206. Stalin nunca publicó este discurso del que Yugoslave Vujovic había obtenido una copia de la que leyó largos resúmenes en una sesión del Comité ejecutivo del Komintern en presencia de Stalin.

<sup>54</sup> STALIN, *Ouvres complètes*, t. 9, p. 224. «Temas de la revolución china».



Para disimular su derrota, Stalin prohíbe la crítica de su política. Como Radek, Zinoviev y Trotski envían a *Pravda* unos artículos envenenados, Stalin nombra una comisión de tres miembros —Molotov, Kossior y él mismo— que se opone a su publicación en nombre del Politburó. El 13 de mayo explica a los estudiantes chinos de la universidad Sun-Yat-sen en Moscú: «Tras la marcha atrás de Tchang Kai-shek, la revolución en su conjunto ha pasado de una fase superior de su desarrollo a la fase del movimiento agrario»<sup>55</sup>.

Ocho días antes, el 5, había hecho votar una medida que restringía la circulación de los documentos de las instancias dirigentes: a partir de entonces, las actas de las decisiones del Politburó y de los plenos del Comité Central deben volver al Secretariado tres días como máximo después de su recepción, y los resúmenes elegidos hasta un máximo de siete días después. Estas restricciones del aparato responden a las tensiones de la coyuntura interna: en abril de 1927, las bolsas de trabajo registran oficialmente la cifra de 1.478.000 parados (en realidad, cerca de 2 millones) sobre algo más de 3 millones de trabajadores. Junto a ellos, los intermediarios de todo tipo, que se aprovechan del gravoso sistema comercial del Estado, organizan en las ciudades un jugoso intercambio entre las fábricas y el campo, y llevan un tren de vida escandaloso...

En la segunda quincena de mayo, la Oposición decide batirse en el Comité ejecutivo de la Internacional, cuyo aparato está absolutamente controlado, nombrado y financiado por Moscú. El 20 de mayo, Krupskaja publica en *Pravda* una carta en la que anuncia su ruptura con la Oposición. Stalin ha conseguido quebrantar a la viuda de Lenin. Muy pronto, Radek hará circular una broma que los historiadores tomarán en serio. En efecto, pone en boca de Stalin la siguiente frase: «Si Krupskaja no se tranquiliza, nombraré otra viuda de Lenin, Stassova». Ciertamente se le atribuyen demasiadas como esta, pero la frase es apócrifa. Tres semanas después, los días 13 y 14 de junio, Stalin hace comparecer a Zinoviev y a Trotski ante una comisión de investigación formada por tres apparatchiks fieles pero ineptos, ante la cual Zinoviev y Trotski, vagamente censurados, llevan la voz cantante, interrogan y acusan. Cuando Stalin lee el acta, se ahoga de rabia ante la incapacidad de sus hombres de confianza. El 23 de junio protesta contra este giro de la acusación en una carta

<sup>55</sup> STALIN, Debates con los estudiantes de la Universidad Sun-Yat-sen.

a Molotov: «Es extraño que se hayan ocultados algunos miembros de la comisión. ¿Dónde está Sergo? ¿Dónde se ha escondido y por qué? ¡Qué vergüenza! Protesto firmemente contra el hecho de que la acusación contra Trotski y Zinoviev se haya transformado en tribuna para acusar al Comité Central y al Komintern y fabricar un asunto en contra de Stalin, que no está en Moscú y al que pretenden cargar con todos los pecados». Teme que los dos acusados reciban el acta de la reunión y la difundan. «¡Solo faltaba eso!»<sup>56</sup>. Ya no confía en el gran mundo...

En una carta a Molotov, fechada cuatro días después, insiste en mantener la política de alianza con el Kuomintang: es preciso apoyar al gobierno de Wuhan, y enviarle el dinero que solicita para reforzar sus posiciones. Pero no se ha secado aún la tinta de la carta, cuando dicho gobierno desarma a las milicias obreras y lanza a sus soldados tras los pasos de los comunistas y de los campesinos de la región que pretenden apoderarse de las tierras de los propietarios. Entonces, Stalin escribe a Molotov que ha llegado el momento de desembarazarse del gobierno de Wuhan. Sin embargo, es el gobierno el que se desembaraza de los comunistas... Stalin decide, pues, que hay que «intentar hacerse con el dominio de la periferia [bastante dudosa] del Kuomintang y oponerlo a su actual cumbre»<sup>57</sup>. Luego, furioso por su fracaso, reprocha a sus amigos el que le hayan inducido al error. El 9 de julio amonesta a Molotov y a Bujarin en una seca misiva: «Me habéis jugado una mala faena al pedir mi opinión sobre las nuevas directrices [relativas a China] sin proporcionarme una documentación reciente y concreta. [...] Habláis [...] del desarme de los obreros, pero en primer lugar no consta ningún dato concreto, y además, ni la prensa, ni los despachos cifrados (ahora en mi poder) hablaban de la existencia de tales hechos»<sup>58</sup>. Si se equivoca se debe a que está mal informado por sus iguales. Aún no dice que esta retención de informaciones es voluntaria, pero no tardará en hacerlo.

Afirma que la irremediable salida del partido comunista del Kuomintang provocará su entrada en la clandestinidad y, en consecuencia, «arrestos, palizas, ejecuciones, traiciones y provocaciones».

<sup>56</sup> *Pisma Statina Molotovu, op. cit.*, p. 102.

<sup>57</sup> *Ibid.*, p. 104.

<sup>58</sup> *Ibid.*, p. 110.

Esta evocación dantesca no le abrumba en absoluto, pues añade con desenvoltura: en China no existe un partido comunista auténtico o «efectivo». Su casi-desaparición no representará una gran pérdida, y con soberano desprecio añade: «¿Qué significa el actual Comité Central del PC chino? Nada». Sin embargo, ¿no es ese Comité Central el que se ha limitado a aplicar las directrices del Komintern definidas en Moscú? «¡No!, replica, pues no las comprendió, o no quiso adaptarse a ellas, y ha engañado al Comité ejecutivo [del Komintern] o bien no ha sabido ejecutarlas. Es un hecho.» Son unos cretinos o unos traidores. Y afirma que ese Comité Central, del que no ha conocido ni a un solo miembro, «no cuenta con una cabeza marxista capaz de comprender las interioridades [las interioridades sociales] de los acontecimientos. No supo aprovechar el rico período de unidad en el seno del Kuomintang para llevar a cabo un enérgico trabajo de organización abierto a la revolución del proletariado, del campesinado y de las unidades militares revolucionarias, para sublevar al ejército y enfrentar a los soldados con los generales»<sup>59</sup>, precisamente todo lo que Stalin había prohibido hacer.

De modo que la política dictada por Moscú era la acertada, pero los ejecutores la habían saboteado. Entonces purga a las tres cuartas partes de la dirección china. Una vez más, volvía a llevar la iniciativa el aparato, cuyas siempre acertadas decisiones solo naufragan por culpa de los trabajadores inmaduros, embrutecidos o perezosos.

La Oposición inicia una protesta en contra de la política que ha conducido al desastre, en China, la protesta conocida como de los 84. Solamente recoge 3.000 firmas de militantes. Incluso si muchos consideran pertinente su análisis del fracaso en China, la derrota desalienta y ese desaliento refuerza al aparato.

El 6 de abril, la policía de Pekín irrumpe en la representación diplomática soviética y la saquea. El 12 de mayo, la policía inglesa invade los locales de la sociedad anglo-soviética Arcos y la delegación comercial soviética, para arramblar con documentos subversivos; Londres corta las relaciones diplomáticas con Moscú. El 7 de junio, un terrorista monárquico asesina en Varsovia al diplomático plenipotenciario soviético Voikov. Inmediatamente, Stalin declara que los países imperialistas preparan la guerra contra la URSS. Ese

<sup>59</sup> *Ibid.*, pp. 111-114.

peligro, afirma en *Pravda* el 28 de julio, es «real y efectivo». Cuatro días más tarde, declara en el Comité Central del 1 de agosto: «La guerra ha llegado a ser inevitable»<sup>60</sup>. Este análisis imaginario solo responde a las necesidades de la política interior. Ciertamente, las grandes potencias capitalistas quieren restaurar la propiedad privada y el llamado mercado libre en la URSS, pero Stalin traduce esta presión económica en amenaza militar. Así, a partir de entonces, cualquier adversario podrá ser acusado de traición. Además, en ese mismo discurso desvela sus intenciones: «La Oposición desea la guerra [...]. la Oposición aguarda con impaciencia que aparezcan las dificultades que se producen en tiempos de guerra para utilizar esas dificultades en provecho de los intereses de su fracción». Por si no le entendieran, insiste en que «las personas que intentan dividir al Komintern y a nuestro partido en un momento en que amenaza la guerra, se colocan en el camino de traicionar la revolución». Para los que no entiendan, insiste en que «unas personas que intentan dividir al Komintern y a nuestro partido en un momento en que amenaza guerra, se colocan en el camino de la traición y de la revolución». Puesto que Trotski había afirmado que, en caso de guerra, la victoria sería más difícil con Stalin en el poder, le acusa de querer «abrir la guerra civil en el Partido cuando el enemigo esté a 80 kilómetros del Kremlin»<sup>61</sup>.

La psicosis de guerra desencadenada por Stalin con el único objeto de paralizar a la oposición tuvo graves consecuencias: la población, enloquecida, se lanzó a las tiendas y se aprovisionó de azúcar, de harina, de sal y de otros productos de primera necesidad que desaparecían de los comercios del Estado y cuyos precios subieron en el mercado libre. Las colas se prolongaban a las puertas de las tiendas y florecía el mercado negro de las mercancías que escaseaban, pero Stalin estaba dispuesto a pagar ese precio. A comienzos de julio cae enfermo y permanece en cama. En una breve carta a Molotov de diez puntos, diez líneas en total, sugiere una idea para desembarazarse de Trotski: «Habría que enviarle al Japón»<sup>62</sup>. ¿Como embajador? No lo concreta. El 11 de julio de 1927 marcha a Sotchi, a la dacha llamada Iuzanovka. Continúa quejándose de dolores

<sup>60</sup> *Historia: Stalinism, op. cit.*, p. 159; STALIN, *Oeuvres complètes*, t. 10, p. 48, Pleno unificado del CC y de la CCC.

<sup>61</sup> *Ibid.*, p. 54. Pleno unificado del CC y de la CCC.

<sup>62</sup> *Pisma Stalina Molotovi, op. cit.*, p. 107.

musculares en los miembros. Valedinski lo reconoce en tres ocasiones, pero encuentra normal su estado. Stalin comunica por carta a Molotov que, cuando regrese, «se esforzará por demostrar que nuestra política ha sido la única correcta. Nunca he estado más profunda y firmemente convencido de lo acertado de nuestra política en China [...] como ahora». La prudente y rarísima fórmula en su mano, «esforzarse por demostrar», revela una incertidumbre, es decir, una inquietud que le lleva a redoblar sus ataques a la Oposición. En la misma carta, afirma además: «Muy pronto tendremos que plantear la cuestión de nuestra salida del Kuomintang»<sup>63</sup>.

Una vez más, la dirección del Kuomintang le toma la delantera. En efecto, quince días después, el 26 de julio de 1927, declara fuera de la ley al partido comunista, y detiene, encarcela y, a veces, liquida a sus militantes. Stalin no ha buscado esta derrota que le permitirá, no obstante, consolidar su poder. Creyó manejar a Tchang Kai-shek, como lo hacía con sus aliados y rivales del Partido, pero estos últimos no representan más que una corriente dentro de él, mientras que Tchang Kai-shek representa a los poderes chinos. Apoyado en su fuerza y en las potencias coloniales, fue él quien manejó a Stalin.

De esta época datan los primeros recuerdos de su hija sobre la feliz existencia que llevaban sus padres en Zubalovo durante los fines de semana y los días de fiesta o de cumpleaños. Budionny llevaba un acordeón, el instrumento popular ruso. Con él, Vorochilov, Stalin, Ordjonikidzé y su mujer Zina, muy unida a Nadejda Alliluieva, así como Paulina Jemtchujina, la mujer de Molotov, cuya villa estaba próxima, cantaban a voz en grito canciones rusas y ucranianas. Bailaban al son del acordeón o de los discos que Stalin ponía en el gramófono. Bujarin se unía al grupo con frecuencia y llevaba a la villa culebras, erizos, un gavián, un zorro domesticado... que le sobrevivió. Jugaba con los niños. En el buen tiempo, todos comían en el campo.

No repuesto todavía de sus emociones chinas, Stalin se ocupa del frente interior. A finales de julio vuelve a Moscú para participar en la reunión del Comité Central y en la comisión de Control que se celebran del 29 de julio al 9 de agosto. Las discusiones son violentas. Molotov trata a Trotski de «Clemenceau de opereta», Trotski califica de «canalla» a Vorochilov, que le acusa de haber mandado

<sup>63</sup> *Ibid.*, p. 116.

fusilar a comisarios políticos durante la guerra civil, y Zinoviev califica a Molotov de «burócrata obtuso»...<sup>64</sup>. Olímpicamente, Stalin no participa en ese intercambio de amabilidades. Se reserva para la condena a muerte política.

A finales del mes de agosto, programa una doble ofensiva contra los obreros, el aparato del sindicato dirigido por Tomski y contra los «derechistas» a los que acusa de rigidez corporativista. En el cenáculo del aparato, lanza una nueva teoría: los obreros ganan demasiado, perciben unos salarios «a la americana» que los sindicatos han ocultado. Stalin añade al salario real el salario indirecto: la seguridad social, las residencias de reposo, el mono de trabajo que proporciona la empresa, etc., lo que le permite demostrar que el obrero no recibe 70 rublos al mes, sino casi el doble<sup>65</sup>. Pero antes de proceder a la disminución de los salarios, tiene que abordar la liquidación de la Oposición unificada, y luego destituir a Tomski —el secretario del Consejo central de los sindicatos— y a su equipo, más que reticentes ante la idea de restringir el nivel de vida de los obreros.

El 3 de septiembre, trece dirigentes del Partido envían al Politburó un «proyecto de plataforma de bolcheviques-leninistas (oposición)» en el que piden que se imprima y difunda entre los cuadros la preparación del XV Congreso previsto para mediados de diciembre. En ausencia de Stalin, entonces de vacaciones en Sotchi —pero con su completo acuerdo—, el Politburó se niega. La Oposición hace imprimir el texto por su cuenta. La GPU detiene en la imprenta culpable a un tal Chtcherbakov, a quien la GPU —de la que es agente— acusa ruidosamente de ser un antiguo oficial del ejército de Wrangel. El rumor de que los «trotskistas» trabajan con un antiguo oficial blanco se extiende por todo el Partido. Por hacerse responsables de la impresión, tres dirigentes de la Oposición son expulsados inmediatamente del Partido. En una carta fechada el 23 de septiembre, Stalin cuenta la historia a Ordjonikidzé, omitiendo indicar que Chtcherbakov pertenecía a la GPU. También miente por omisión a uno de sus camaradas más cercanos, al que prefiere no dar a conocer el secreto por temor a que la verdad le perjudique. Stalin se hará un especialista de la provocación policial, herencia de la Ojran zarista.

<sup>64</sup> V. KUMANIOV y I. KULIKOVA, *Protivostoianie*, op. cit., p. 124.

<sup>65</sup> *Istoricheski Arjiv*, nº 5-6, 1996, p. 158.

El 16 de septiembre de 1927, Stalin recibe en su despacho durante dos horas y media a Henri Barbusse, un escritor miembro del Partido comunista francés. El autor de *Feu* le pide argumentos para responder en el extranjero a las campañas antisoviéticas en contra del terror. Stalin se indigna: ¿se fusila en la URSS? sí, pero ¿a quién? ¡A los espías! Cuenta a Barbusse el último y sorprendente complot montado «por un grupo de oficiales nobles que debían envenenar a todo el Congreso de los soviets, en el que participaban de 3.000 a 5.000 individuos. Tenían que envenenar con gas a todo el congreso. ¿Cómo luchar contra tales gentes? «No podemos asustarlos con la cárcel». Felizmente, los detuvieron. Mientras Barbusse se traga sin pestañear este cuento sin pies ni cabeza, Stalin presume de humanitario: «Desde el punto de vista de las condiciones internas del país, no tenemos motivos para mantener la pena de muerte. Nuestro poder es lo bastante sólido como para que la pena de muerte no sea necesaria». Pero hay que mantenerla contra los terroristas, a los que los implacables capitalistas envían por oleadas –imaginarias– a la URSS. Y afirma que «los obreros protestan porque aquí se fusila muy poco». Tras el asesinato de Voikov en Varsovia, fueron fusilados veinte guardias blancos y, según dice, los obreros afirmaron: «Somos demasiado amables con los guardias blancos»<sup>66</sup>. Además, el proletariado mundial estaba de acuerdo con Stalin, pues la ejecución de aquellos veinte reaccionarios dejó indiferentes a los proletarios que se habían manifestado en masa a favor de Sacco y Vanzetti en los Estados Unidos. Barbusse escucha encantado...

Las sanciones diezmaron a los oponentes. El 27 de septiembre, Trotski y el yugoslavo Vuyovitch fueron también excluidos del Comité ejecutivo del Komintern. Del 21 al 23 de octubre, el Comité Central se reunió con la comisión de Control. El ambiente era encrespado; durante su intervención, Trotski fue tratado de «mentiroso», «charlatán», «vendido», le arrojaron un libro a la cara, un tintero, un vaso, proyectiles que por otra parte fallaron la diana. Stalin, inmóvil y silencioso durante aquel juego del pim-pam-pum, dio fin a los debates con un discurso amenazador. Marcando la distancia entre él y el aparato por encima del cual se alzaba el combate contra la Oposición, habló de sí mismo en tercera persona: «Habéis oído el modo en que los adversarios se esfuerzan por insultar a Stalin

<sup>66</sup> *Istochnik*, nº 1, 1999, p. 103.

[...]. Los principales ataques están dirigidos contra Stalin, porque Stalin conoce mejor que algunos de nuestros camaradas todas las fulleras de la Oposición, y no es tan fácil engañarlo; por eso dirigen sus golpes contra Stalin»<sup>67</sup>. En una irónica alusión al testamento de Lenin quien, dice, no deseaba que se publicara, se jactó de ser «grosero con los que, con grosería y perfidia, destruyen y destrozan el Partido»<sup>68</sup>. Luego pasó a las amenazas; durante la reunión anterior, por una excesiva y antigua bondad, se había negado a la exclusión de Zinoviev y de Trotski del Comité Central, y manifestó: «Si los desorganizadores expulsados del Partido que realizan un trabajo anti-soviético no cesan de sabotear al Partido y al poder soviético, los detendremos y vamos a detenerlos»<sup>69</sup>. A partir de entonces, la oposición será, pues, castigada con la cárcel. Trotski y Zinoviev son expulsados del Comité Central. Al acabar la reunión, Kamenev interpela a Menjinski, el jefe de la GPU: «¿Piensas realmente que Stalin podrá dirigir él solo el Estado?». Menjinski replica: «¿Por qué le habéis dejado adquirir una fuerza tan formidable? Ahora es demasiado tarde»<sup>70</sup>.

La Oposición cae en una trampa a causa de una provocación política. En efecto, Stalin propone reducir la jornada laboral a 7 horas. Si se opone, la señalarán con el dedo y la acusarán de ser enemiga de los obreros. Ahora bien, la Oposición juzga esta medida demagógica e irresponsable. Y lo dice. Stalin se aprovecha.

El 7 de noviembre, en el desfile de las manifestaciones con motivo del aniversario de la revolución, los adversarios, maltratados por la GPU y la milicia, despliegan sus pancartas y gritan sus propios eslóganes: «¡Abajo los nepman! ¡Abajo el kulak! ¡Abajo el burócrata! ¡Poned en práctica el Testamento de Lenin!». Una semana después, Stalin manda expulsar del Partido a Trotski, a Zinoviev y a un grupo de contrincantes. La lucha interna es aún más profunda de lo que se dice. Los historiadores suelen parafrasear la versión de Stalin que, en el XV Congreso, atribuye a la Oposición 4.000 votos, es decir, el 0,3% de los votantes (¡aunque en el transcurso de una discusión le haya concedido 10.000!). Pero el aparato manipuló las vota-

<sup>67</sup> STALIN, *Oeuvres complètes, op. cit.*, t. 10, p. 172.

<sup>68</sup> *Ibid.*, p. 175.

<sup>69</sup> *Ibid.*, p. 190.

<sup>70</sup> Trotski calificaba a Menjinski de «sombra de otro hombre inexistente o de boceto mal conseguido de un retrato inacabado» (*Ma vie, op. cit.*, p. 455).



ciones. Solo en la región de Moscú, la Oposición consiguió 9.000 votos beneficiándose de un vivo eco entre las Juventudes. En su carta del 25 de agosto de 1953, André Sverlov, futuro coronel de la Seguridad del Estado, sugiere a Malenkov que la relación de fuerzas no estaba tan desequilibrada como parece. En efecto, escribe: «En el otoño de 1927 sucumbí a la demagogia trotskista y en la escuela tomé la palabra en varias ocasiones para defender a los trotskistas. [...] Luego fui consciente de lo nocivo de las opiniones trotskistas y las condené [...]. Pero en 1930 osé proferir unas frases infames dirigidas al camarada Stalin»<sup>71</sup>. Si necesitó tres años para curarse de sus opiniones nocivas, el medio debía de ser muy poco hostil, si no favorable.

En la víspera del congreso, Stalin envía a Cantón como emisarios al georgiano Lominadzé y al alemán Heinz Neumann, con objeto de organizar una insurrección destinada a confirmar su voluntad revolucionaria. Los comunistas chinos fueron invitados así a pasar del compromiso de espera cuando las masas estaban en acción al aventurerismo desbordado cuando están diezmadas... La insurrección estaba programada para el 13 de diciembre, la víspera del congreso. Aplastada en sangre en pocas horas, figura en el balance de la dirección. Stalin había superado una etapa: la matanza de Shanghai procedía de un error de apreciación, la de Cantón había sido programada; los obreros rebeldes no tenían realmente ninguna posibilidad y murieron únicamente por culpa de las necesidades de la política interior de Stalin.

Este episodio toca a muerto para las esperanzas de la Oposición. En el fracaso de la revolución en China, el historiador ruso Vladlen Sirotkin ve «un Rubicón: los adeptos a la revolución mundial se encuentran en un impasse. Es la profunda causa del fracaso de Trotski en la Unión soviética»<sup>72</sup>. En dos años son asesinados, ahorcados o destripados medio millón de obreros y campesinos chinos bajo la dirección del hombre que Stalin y Bujarin han insistido en presentar a los comunistas chinos como su mejor amigo. Razón de más para expulsar a los oponentes del XV Congreso, en el que Stalin hace distribuir el Testamento de Lenin a los 1.669 delegados. El congreso marca el final de las oposiciones abiertas en el Partido. Cuando

<sup>71</sup> *Istochnik*, n° 6, 1995, p. 128.

<sup>72</sup> V. SIROTKIN, «La revolución en la consciencia», *Le XX siècle et la paix*, n° 7, 1998, p. 19.

en el año siguiente Stalin se enfrenta a Bujarin y a sus amigos, hablará de una «desviación» o de «el peligro de la derecha». Ya no habrá más que desviacionistas, después, traidores y, por fin, agentes del enemigo.

Durante el Comité Central que sigue al congreso, renueva por tercera vez su oferta de dimisión. Ha cumplido su tarea, se puede marchar. Hasta entonces, el Partido tenía que conservarlo en el cargo «por ser el hombre que, con mayor o menor rudeza, ofrecía cierto antídoto contra la Oposición. Hoy la Oposición no solo no existe, sino que está expulsada del Partido». Aconseja, pues, «que pongan por obra la indicación de Lenin» y pide al Comité Central que lo libere de sus funciones de Secretario general. Pero ¿cómo sancionar una rudeza que ha vencido a la Oposición? Stalin es reelegido por unanimidad. El Comité Central ha sido el que ha condenado a Lenin, no él.

Entonces nace una leyenda. El psiquiatra Bejterev, invitado a una consulta en casa de Stalin, el 22 de diciembre de 1927, al salir pronunció en público su diagnóstico: «paranoia». Según otro testigo dijo: «Salgo de casa de un paranoico con la mano seca»<sup>73</sup>, alusión a la mano izquierda lisiada de Stalin. Al día siguiente, Bejterev enferma en el teatro y muere a los dos días: muy pronto circula el rumor de que ha sido envenenado. Pero, independientemente de lo que se piense sobre la validez de ese diagnóstico precipitado, su enunciado es puramente imaginario. Bejterev no lo formuló jamás.

En 1947, haciendo balance de este período, Stalin añadirá de propia mano en su biografía oficial las líneas siguientes: «A pesar de haber cumplido de un modo magistral su misión de jefe del Partido y del pueblo soviético, y de gozar sin reservas del apoyo de este último, Stalin no mancilló su actuación con la sombra de presunción, de suficiencia o de orgullo personal». No se puede ser más modesto.

<sup>73</sup> O. MOROZ, «El último diagnóstico», *Literaturnaja Gazeta*, 28 de septiembre de 1988. Table ronde, «consilium», *Literaturnaja Gazeta*, 2 de agosto de 1989. A. PORTNOV, «Una versión sin argumento», *Socialisticheskaja industria*, 28 de abril de 1989. «¿Ante el juicio de la historia o de la medicina?», *Argumenty i Fakty*, n.º 17, 29 de mayo de 1989.

## Capítulo XV

### EL GRAN GIRO

Cuando la NEP entró en una crisis abierta, Stalin acababa de desembarazarse de sus adversarios de izquierda, acusados de pretender liquidarla. En 1989, el economista ruso Seliunin elaboró un balance ilusorio de la NEP: «Al cabo de cuatro o cinco años, se había alcanzado el nivel de antes de la guerra en la industria y en la agricultura. En 1928, ese nivel se había superado en el 32% en la industria y en el 24% en el campo [...]. El obrero consumía 72 kilos de carne al año por término medio»<sup>1</sup>. Si tan gozosa era la realidad, ¿por qué el año 1928 marcó el comienzo de la crisis que desembocó en el «Gran Giro» de 1929?

En enero de 1928, el idilio oficial entre la dirección del Partido y el campesinado acomodado llega bruscamente a su fin. Las entregas de trigo y de centeno al Estado caen brutalmente: el 1 de enero de 1927, el Estado había almacenado 7 millones de toneladas de grano; en enero de 1928, los campesinos solo le habían vendido 5 millones, es decir, un descenso de la tercera parte. Desde hacía diez años, los campesinos estaban divididos en tres categorías: pobres, medianos y ricos (kulaks) en función de distintos criterios, el primero de ellos la extensión de la finca. Stalin denunció un complot de los kulaks que protestaban por tener que entregar sus excedentes de trigo al precio fijado por el Estado mientras aumentaba la distancia respecto al de los productos industriales. Más valía guardarse el trigo o fabricar vodka. El «mítico» complot carece de fundamento: los campesinos acomodados no hacen más que almacenar un trigo demasiado mal pagado por el poder; pero este, agobiado, toma muy pronto medidas contra los kulaks antes de emprenderla con los campesinos medios.

El 6 de enero, Stalin redacta, firma y envía un amenazador telegrama a la directiva del Comité Central en el que afirma que, a pe-

<sup>1</sup> *Novy Mir*, n.º 5, 1998, p. 171.

sar de las directrices anteriores, el trigo no llega en mayores cantidades, que las organizaciones locales trabajan con «una lentitud inaceptable», [que] el letargo continúa. «Nuestro aparato de base, dice, aún no se ha puesto en movimiento...» Denuncia la indolencia en la recaudación de los impuestos, en la devolución de los diferentes préstamos, lo que atestigua un relajamiento generalizado. Sin analizar las razones, Stalin exige una mejora radical en el almacenamiento del grano «en el plazo de una semana a partir de la recepción de esta directriz; todas las referencias y todos los pretextos al congreso serán considerados por el Comité Central como una burda violación de la disciplina del Partido» que acarreará graves sanciones. Stalin multiplica las amenazas y las presiones sobre el aparato del Partido e invita a que repercutan, amplificándolas, en el campesinado. La resolución decreta unas medidas represivas dirigidas especialmente contra los kulaks y los especuladores, y afirma la responsabilidad personal de los dirigentes de todos los organismos implicados. Amenaza con destituir a los que, en una semana, no obtengan una mejora sensible en el almacenamiento del grano<sup>2</sup>. La inusitada brevedad de los plazos indica claramente la inquietud que reina entonces en Moscú.

Pero el Partido, que apenas acaba de salir de una batalla entablada contra el «trotskismo», viéndose acusado de pretender expoliar a los campesinos, no está dispuesto a poner por obra dichas medidas. Un informe de la GPU describe el desconcierto de los militantes de base, incluso su hostilidad ante el rigor de las medidas decididas. Algunos comunistas jóvenes se indignan al ver que los campesinos, para poder pagar los impuestos y las tasas, se ven obligados a vender su última vaca o su caballo por un bocado de pan. Algunos gruñen: «Es como en los años veinte (es decir, «el comunismo de guerra» y las requisas obligatorias) y advierten que, manifiestamente, «los campesinos deberán forjar picas como en 1919 y 1920 para defenderse». El olor de la guerra civil se extiende por los campos.

Así, a pesar del telegrama, el ritmo de las entregas de trigo apenas se acelera. El 14 de enero, Stalin, en un nuevo telegrama, imputa la responsabilidad a los dirigentes locales del Partido. Exige de nuevo unas medidas rigurosas y recomienda la detención de los campesinos reacios: «La recolección del trigo equivale a una

<sup>2</sup> *Izvestia TsK KPSS*, nº 5, 1991, pp. 193-195.

fortaleza que hemos de tomar por asalto a cualquier precio». Tomar una fortaleza por asalto exige un ejército. Pues bien, imputa las dos terceras partes del fracaso a las direcciones regionales y locales, y anuncia «una presión feroz sobre nuestras organizaciones del Partido» del sur de Rusia y «una presión desesperada» en Siberia y en el Ural, «pues son nuestra última reserva». Insiste de nuevo sobre la urgencia de ejercer «una presión total sobre todos los mandos del poder y del Partido»<sup>3</sup>. Para ejercer esa presión «feroz, desesperada y total», es preciso sacudir, desde la base hasta la cumbre, a un aparato que esperaba hacer volar al día siguiente de la batalla contra el trotskismo. Stalin insta a los cuadros del Partido a que hagan entregar el trigo invocando el artículo 107 del Código penal que prevé un año de cárcel y la confiscación de los bienes «por el alza premeditada del precio de las mercancías a través del acaparamiento» o «por el ocultamiento de las mercancías para no darles salida al mercado».

A lenguaje militar, dispositivo de guerra. Stalin envía a Molotov al Ural. Temiendo que los efectos de la indignación campesina no estén de acuerdo con los resentimientos nacionales, organiza la limpieza de Bielorrusia, la caza a los «nacionalistas ucranianos» y manda detener a todo el gobierno de la República autónoma de Crimea, incluido su presidente, Vela Ibraimov. La Corte Suprema se niega a juzgarlos. El colectivo de la GPU los condena a muerte... por contumacia.

Al día siguiente, 15 de enero, Stalin toma el tren para Siberia en lugar de Ordjonikidzé, designado para esta misión urgente, pero aquejado, el día 12, de una enfermedad quizá diplomática. Esta expedición de tres semanas está rodeada del silencio más estricto. La prensa no la menciona. Habrá que esperar a la publicación del tomo XI de las *Obras completas* de Stalin, en 1949, para tener una primera referencia pública muy parcial y controlada, y a 1991, para conseguir la documentación completa sobre esta expedición. A los dos días de su marcha, la GPU expulsa de Moscú a Trotski *manu militari* y lo envía a Alma-Ata, al último rincón del Kazajstán: los preparativos de la guerra contra los campesinos no hacen olvidar a Stalin, sino todo lo contrario, la normalización de un partido al que debe preparar para un dudoso enfrentamiento.

<sup>3</sup> *Ibid.*, pp. 195-196.

En la reunión del Buró siberiano del Partido, celebrada el 18 de enero en presencia de los responsables de la recolección del trigo, Stalin afirma la existencia, puramente imaginaria, «de explotaciones de kulaks que disponen de unos excedentes de trigo de 50.000 a 60.000 pouds (1 poud = 16,8 kg) por explotación, sin contar con las reservas para semillas, alimentación y pienso del ganado»<sup>4</sup>, e impone en Siberia un plan de almacenamiento de 60 millones de pouds de trigo. ¿Cómo conseguirlo? Amenazando a los campesinos con aplicarles el artículo 107. Stalin insiste: el campesino que tenga excedentes y no los saque al mercado al precio (muy bajo) fijado por el Estado, será sancionado. El director del banco campesino regional protesta: los campesinos medios y los pobres verán en esta medida un regreso al período del comunismo de guerra marcado por las incautaciones forzadas, y se persuadirán de que, después de los kulaks, también les llegará su turno. El 20 de enero, durante una reunión a puerta cerrada con el Buró siberiano responde a esta objeción: se declara personalmente «poco al tanto» de las perspectivas concretas de evolución de la agricultura, pero repite: «Nos encontramos en un impasse»<sup>5</sup>, e insiste: «la URSS no puede seguir siendo un país de pequeñas propiedades agrarias, pues la fragmentación y el deseo de los pequeños propietarios de diversificar al máximo su producción para sus necesidades personales impide la especialización necesaria en un gran país, la óptima utilización de la maquinaria agrícola, de los conocimientos científicos y de los abonos, de los que solamente puede disponer el kulak. En resumen, es preciso llegar a la socialización de la propiedad campesina para triplicar el rendimiento; ahora bien, ningún país ha hecho nada en este sentido. Así, mientras la campaña en curso está dirigida solamente al kulak, en esa reunión a puerta cerrada, Stalin amenaza al campesino medio en el que «es preciso matar la fe en un alza del precio del trigo». ¿Cómo se hace eso? Por el artículo 107 del Código penal. ¿Qué piensa el campesino medio? Piensa: «Eso está muy bien siempre que me paguen más, pero el asunto no está claro. Han metido a Petrucha en la cárcel. Han metido a Vaniucha, me pueden meter a mí. Bueno, más vale que venda el trigo»<sup>6</sup>. De este modo, Stalin piensa

<sup>4</sup> *Ibid.*, pp. 196-197.

<sup>5</sup> *Izvestia TsK KPSS*, n.º 6, 1991, pp. 203 y 205.

<sup>6</sup> *Ibid.*, p. 211.

en emplear la coacción pero, para hacerlo, debe purgar y remodelar el aparato, poco dispuesto a entablar esa batalla.

A continuación baja hacia el sur, y el 22 de enero reúne en Barnaul, capital del Altai, a los cuadros de la región. Les explica las dos razones de la crisis; la fácil victoria obtenida frente a la oposición trotskista ha suscitado cierta euforia en el aparato del Partido, y «los tornillos se han aflojado», y sobre todo, los cuadros y los militantes han adoptado «una posición incorrecta, ni comunista ni marxista»<sup>7</sup>, sobre la recolección del trigo; no están a la altura de la acertada política de la dirección. En un telegrama que dirige desde Siberia al Comité Central de Moscú, afirma «haber puesto a todo el mundo en marcha como es debido»<sup>8</sup>.

Durante este viaje, Stalin solo se reúne con las instancias o los cuadros del Partido. Jamás visita un pueblo, una granja o un koljoz de la región. No se entrevista con campesinos ni con militantes de base. Solo le interesa el aparato del Partido o del Estado, a los que sacude para preparar el enfrentamiento. Su paso se acompaña de numerosas destituciones. Entre el 15 de enero y el 12 de febrero, cesa en Siberia, por negligencia en el almacenamiento del trigo, a cuatro miembros de los tribunales de distrito, a cinco jueces populares, a tres procuradores adjuntos, a siete jefes de distrito de la milicia, a dos responsables de la GPU, a un secretario de comité del distrito, a catorce secretarios de comité de los distritos del Partido, a dieciocho presidentes de los comités ejecutivos de distrito, y a más de un centenar de responsables de diferentes organismos. El 13 de febrero, al día siguiente de su regreso, dando cuenta de su misión ante los cuadros del Partido de Moscú, afirma haber «saneado más o menos» —bien entendido, el trabajo no está concluido— los organismos del Estado y del Partido sobre el terreno «limpiándolos de elementos manifiestamente descompuestos, que no reconocían la existencia de clases en el campo y que no desean «enfadarse con el kulak»<sup>9</sup>. Ese mismo día, en una carta a las secciones del Partido en Siberia, recomienda la caza de «los elementos pérfidos que poseen excedentes de más de 2.000 pouds de trigo comercializable»<sup>10</sup>. Así,

<sup>7</sup> *Ibid.*, p. 213.

<sup>8</sup> *Ibid.*, p. 205.

<sup>9</sup> V. KOSSATCHEV, «La víspera de la colectivización: el viaje de Stalin a Siberia», *Voprosy Istori*, nº 5, p. 104.

<sup>10</sup> STALIN, *Oeuvres complètes, op. cit.*, t. 11, p. 18. Primer balance de la campaña de almacenamiento del trigo.

en menos de un mes, ha pasado del mítico poseedor de 50.000 a 60.000 pouds de trigo al poseedor real, todavía extremadamente escaso, de 2.000 pouds. Unas «troikas» dotadas de poderes excepcionales se encargan de arramblar con el trigo. El buró de Barnaul se dispone a organizar unos procesos públicos contra los kulaks que posean por lo menos «400 pouds»... algo aparentemente difícil de encontrar, pues los dos primeros kulaks entregados a la justicia poseían, el uno 276 pouds y el otro 170... En un pueblo, la troika regional obliga a un campesino a vender sus... 6 pouds de trigo dejándole sin semillas para la siguiente siembra. Esta violencia provoca la cólera. De enero a septiembre de 1928, la GPU censará en Siberia 17 asesinatos y 99 ataques con arma blanca a responsables y militantes, y 52 panfletos llamando al derrocamiento del poder soviético, primeras muestras de un enfrentamiento masivo.

La excursión siberiana es el último viaje de Stalin por su país. A partir del 12 de febrero de 1928, vivirá en el único universo del aparato y de sus oficinas, apartado del mundo real, al que no ve más que a través del prisma de la burocracia. Es el único dirigente que vive así, totalmente envuelto en una burbuja burocrática.

La amenaza campesina le impulsa a tratar de obtener por la fuerza declaraciones de rendición y renegaciones de oponentes para borrar toda huella de oposición pública en el Partido. Así es como Zinoviev y Kamenev, incapaces de vivir al margen del aparato, denuncian a Trotski en una declaración del 27 de enero de 1928 y piden el reingreso en el Partido, en el que serán admitidos en junio tras una completa autocrítica. En abril, el Comité Central, donde Stalin expone un balance fantástico de las medidas adoptadas, prorroga la política de incautaciones, pero choca en esta ocasión con las reticencias de Bujarin, Rykov y Tomski.

En este ambiente de tensión, se prepara el VI y penúltimo Congreso del Komintern. Desde diciembre de 1927, Stalin anuncia que «Europa entra claramente en la zona de un nuevo auge revolucionario». Tras una fase de aumento del poder de la revolución (1917-1923), seguida por la estabilización capitalista (1923-1927), la humanidad aborda una tercera fase, la de los enfrentamientos revolucionarios definitivos. El congreso toma nota sin rechistar. Stalin no quiere dejar la dirección a Bujarin. Él, que preside de hecho los destinos de la III Internacional desde la destitución de Zinoviev en 1926, exige participar en la redacción del programa sometido al



congreso. El 23 de abril, hace que el Politburó acepte esta pretensión: Bujarin y él tendrán que elaborar en cuatro días el proyecto de programa que, firmado por ambos, presentarán el 7 de mayo al Comité ejecutivo del Komintern, que designa una comisión, convocada urgentemente en Moscú, para pulirlo. Stalin no participará en ella. En cambio, Bujarin perora sin tregua ante unos participantes fantoches. La comisión solo aporta al texto unas muy leves modificaciones de forma y de detalle.

Desde la inauguración del congreso, Stalin avisa a los eventuales temerarios: digan lo que digan, los acusará de trotskismo. Recordando que los contrincantes «se han roto el cuello», añade: «Es curioso, pero parece que alrededor del Komintern hay personas dispuestas a seguir los pasos de los adversarios». Y les promete idéntica suerte... Una vez proferidas esas amenazas, Stalin abandona el congreso del Komintern a su aire, y sale de vacaciones a Sotchi, haciéndose reemplazar por Molotov en la comisión. Bujarin se pavonea en la tribuna mientras los delegados recorren pasillos y corredores para enterarse de la suerte que les aguarda.

Stalin duda todavía en el aspecto agrícola: se plantea cambiar de política, pero disimula su inquietud tras un aferramiento a la política en curso en la que se afirma sin cesar. El 28 de mayo declara: «La expropiación de los kulaks sería una locura»<sup>11</sup>; el 13 de julio, en el Comité Central acusa de ser ajenos al Partido a los «que piensan que la explotación agrícola individual está al límite de sus fuerzas y que no merece la pena defenderla». «La auténtica solución consiste en estimular la pequeña y mediana agricultura»<sup>12</sup>. El Comité Central de julio anula las incautaciones y aumenta el precio por las entregas agrícolas al Estado, pero Stalin, con una franqueza desacomumbrada, anuncia una nueva política que presenta solamente esbozada. La URSS, dice, debe industrializarse, pero no puede ni quiere imitar a los países capitalistas donde la industrialización se efectúa esencialmente gracias al saqueo de los países extranjeros, colonias o países vencidos, o a préstamos exteriores, métodos todos prohibidos en la URSS. «Entonces, ¿qué nos queda? Nos queda una sola cosa: desarrollar la industria, industrializar el país a base de los

<sup>11</sup> «En el frente del trigo», en *Pravda* del 2 de junio de 1928; la frase ha desaparecido del texto reproducido en las *Oeuvres complètes, op. cit.*, t. 11, pp. 81-97.

<sup>12</sup> «Sobre el balance del Pleno de julio del C.C. *Ibid.*, t. 11, pp. 207-208.

recursos interiores [...]. ¿Dónde están los orígenes de estos recursos interiores? [...] Solamente hay dos: en primer lugar, la clase obrera [...] y, luego, el campesinado» que, dice, debe pagar su «tributo»<sup>13</sup>, pues es imposible sacar mucho de una clase obrera reducida (seis millones de individuos, empleados incluidos), y que representa la base social del régimen.

Ahora bien, la mayoría de los 25 millones de explotaciones agrícolas individuales son de tamaño reducido y están atrasadas. Un tercio de los campesinos carecen de caballo, y todavía reina el arado de madera. Solamente el kulak dispone de alguna maquinaria moderna que alquila a los otros, cuyos brazos emplea también a buen precio; sería el único capaz de llegar a crear, poco a poco, unas explotaciones más extensas y modernas, pero, a pesar de las ilusiones de Bujarin, es muy poco probable que un sector de granjeros enriquecidos sacrifique sus intereses personales a las necesidades del Estado y de la industrialización. Este sector, pendiente del alza de precio del trigo, está más ligado a los intermediarios privados o a los nepmen, más rápidos y eficaces que la pesada red burocrática de las cooperativas; ellos juegan también al alza de precios y aprovechan la penuria con este objeto.

Imponer al campesinado el tributo del que habla Stalin, sangrarlo, reducir drásticamente su consumo, exige una colectivización masiva, rápida y brutal de los 25 millones de explotaciones individuales de las que, por otra parte, el aparato no podría obtener más que una exigua fracción. Es preciso, pues, abandonar la NEP, fundada sobre el mercado. Esta presión brutal socavará al Partido, al que Stalin debe dominar previamente mientras prepara una auténtica guerra en contra del campesinado. La mayoría de su aparato, incluso el central, formado durante años en la lucha «antitrotskista» contra la «izquierda» acusada de querer expoliar a los labradores, teme enfrentarse con ellos. Por eso, Stalin se andará con rodeos durante un año. Antes de actuar, debe aislar y luego liquidar a los partidarios de Bujarin que, preocupados por perpetuar la alianza con el grupo de Stalin en contra de los «trotskistas», no tratan de entablar lucha alguna en el Partido.

Juega con ellos creando un enredo de intrigas en el que terminarán por perderse. En el Politburó, Kalinin vacila, Kuibychév flota.

<sup>13</sup> *Ibid.*, pp. 158-159. Discurso en el Pleno del 4 al 12 de julio de 1928.

Stalin intenta halagar a Bujarin; le asegura: «Tú y yo, Nicolás, somos Himalayas; los otros son enanos». En la siguiente reunión, Bujarin repite la frase de Stalin, que le interrumpe vociferando: «¡Mientes, mientes, mientes, quieres echarme encima al Politburó!». ¿A quién creyeron sus miembros? «Yo creo que me han creído», dirá Bujarin, aunque den la impresión de creer a Stalin<sup>14</sup>. Pero Bujarin, orador, propagandista y teórico, no es nadie en el aparato, y los miembros del Politburó saben muy bien que, fuera de los períodos revolucionarios, las palabras carecen de valor. En ocasiones, Stalin juega incluso a las víctimas. Así, en el Politburó del 16 de abril de 1929, envía a Bujarin la siguiente nota: «No me obligarás a callar o a ocultar mi opinión acusándome a gritos de “querer dar lecciones a todo el mundo”. ¿Llegará el momento en que cesen los ataques contra mí?».

Stalin se toma su tiempo. Hasta que se arregle el tema del poder, la agricultura puede esperar. Mientras no esté seguro de hacerse con una sólida mayoría, dará largas a las divergencias y tratará de dividir a sus adversarios. En la víspera del Comité Central de julio de 1928, destituye del cargo al Primer secretario del Partido ucraniano Kaganovitch, odiado por sus mismos colegas por su brutalidad burocrática y su ucranofobia, y de este modo se atrae sus simpatías. En el Politburó que precede al Comité Central, Bujarin lee una extensa declaración contra la política de presión ejercida sobre el campesinado. Molotov la califica de antileninista. Stalin afirma: «Puedo aceptar las nueve décimas» y redacta una resolución copiada de la declaración de Bujarin. Este, desconcertado, presenta cuatro enmiendas que Stalin incluye en su moción<sup>15</sup>. El texto le importa muy poco: solo le interesa mantener un control del aparato que le permita usarlo a su gusto. Haciéndole adoptar sus ideas, Bujarin alcanza una victoria pírrica, pues Stalin conserva las riendas del poder.

En la noche del 11 de julio, Bujarin, en un enorme estado de agitación, se precipita a casa de Kamenev para desahogarse. La «derecha», expone, es mayoritaria aparentemente. Según dice, están con él los dirigentes de Leningrado, así como Andreiev, Iagoda, el vicecomisario de la GPU, su adjunto Trilisser, y el Buró de organización, en el que figura Uglanov, el secretario del Partido; incluso

<sup>14</sup> *Voprossy Istorii*, n.º 2-3, 1991, y A. LARINA, *Boujarine ma passion*, op. cit., p. 231.

<sup>15</sup> *Voprossy Istorii*, n.º 2-3, 1991, p. 198.

Ordjonikidzé duda. Y termina: «Nuestras fuerzas son potencialmente enormes». Después de esta ilusoria enumeración, Bujarin, que hace semanas que no se habla con Stalin, hace de él un negro retrato: «Es un intrigante sin principios que subordina todo al hecho de mantenerse en el poder. Cambia de teoría según la identidad de la persona que debe ser eliminada en el momento que habla [...]. Ahora ha cedido para estrangularnos mejor [...]. Y nos estrangulará [...]. Lo único que desea es mantener el poder. Al ceder ante nosotros, se ha quedado al volante y en consecuencia nos aplastará»<sup>16</sup>. Habría que apartarlo, pero el Comité Central aún no está dispuesto a aceptar su destitución, perspectiva que aterra a los dirigentes de Leningrado.

Kamenev, persuadido por los rumores difundidos por el mismo Stalin, de que el Secretario general va a recurrir a él y a su amigo Zinoviev frente a la «derecha», envía a este una copia detallada de su conversación con Bujarin, copia que llega a manos de Stalin unos días después. Seis meses más tarde, el *Boletín de la oposición* de Trotski, y luego el *Mensajero socialista* de los mencheviques, publican unas versiones muy parecidas. Stalin es quizá el organizador de la filtración, pues hará frecuente uso de ambas publicaciones en contra de Bujarin con objeto de demostrar su deslealtad ante el aparato. La gestión de Bujarin ante Kamenev, apartado para siempre del poder a causa de su rendición pública, persuade a Stalin de que está jugando un doble juego; ello le sugiere la posibilidad, que se hará realidad cuatro años más tarde, de una alianza entre las distintas oposiciones; y le proporciona un medio de presión sobre todos aquellos, muy numerosos, que, nombrados por Bujarin, son también sospechosos de doble lenguaje y de doble juego. Sin duda, la GPU le había informado de que Kamenev había recibido a Bujarin después de una llamada de teléfono (escuchada) de Sokolnikov proponiéndole un «acuerdo para apartar a Stalin»<sup>17</sup>.

Stalin prepara las condiciones políticas de un futuro que cambia. Nada indica que los campesinos pagarán de buen grado el tributo que exige, y entonces enuncia un axioma político que anuncia el terror: «Cuanto más avancemos, más crecerá la oposición de los

<sup>16</sup> *Ibid.*, p. 196.

<sup>17</sup> *Ibid.*, p. 195.

elementos capitalistas y más se agudizará la lucha de clases»<sup>18</sup>. Inicia una campaña de diversión, designando chivos expiatorios presentados como responsables de las dificultades actuales al mismo tiempo que de los fracasos futuros. Al proyectar el abandono de la NEP señala con un dedo al enemigo: «los «especialistas burgueses» (ingenieros, técnicos, cuadros) acusados de «sabotear» la producción por razones ideológicas, en una palabra, por hostilidad hacia el socialismo. Favorables a la NEP, que creen duradera, estos especialistas simpatizan con los «derechistas». Stalin quiere romper su cohesión social: en julio de 1928, cincuenta y tres ingenieros y cuadros de la industria del carbón son juzgados por sabotaje organizado en la ciudad minera de Chajty, y once de ellos condenados a muerte. Después de siete años de guerra civil en la que, efectivamente, el sabotaje era un modo de lucha banal, la acusación, perfectamente preparada, no parece improbable. Y el hecho de hacer pagar a unos míticos enemigos —a los que los obreros no aprecian— los resultados de la incompetencia, de la despreocupación, de la falta de respeto a las reglas de seguridad o del empleo de un material envejecido y usado, arregla muchas cosas. Quizá Stalin no fue el autor de la idea, pero esta corresponde plenamente a su tesis sobre el endurecimiento constante de la lucha de clases a medida que se construye el socialismo. Va a pulirla y a sistematizarla.

Este proceso, el primero de una larga serie, inaugura una amplia campaña contra los «saboteadores» y los «diversificadores». Al aterrorizar y desmoralizar a estos competentes «especialistas», ciertamente endeuda el éxito de la industrialización iniciada en 1928 con el primer plan quinquenal. Pero su gestión es política ante todo: quiere designar a los responsables de los fracasos del «Gran Giro» hacia la colectivización y la industrialización, y torpedear la base social de la «derecha». Para enmendarse, Bujarin y sus amigos votaron en el Politburó a favor de la muerte de los once de Chajty. Stalin se abstuvo. También entonces, no juega al moderado, sino al moderador.

<sup>18</sup> Desarrolla más ampliamente esta idea en su discurso de abril ante el pleno del Comité Central y de la Comisión de control: «Como disminuye la importancia relativa de los elementos capitalistas, detectan un peligro mortal y refuerzan su resistencia [...]. Las clases que ya han cumplido su tiempo [...] porque ven que se debilitan, que llegan sus últimos días y se encuentran obligadas a resistir con todas sus fuerzas y por cualquier medio», STALIN, *Oeuvres complètes*, op. cit., t. 12, pp. 34 y 37. Sobre la desviación de la derecha en el PCR (b).

Junto a las subdirecciones cargadas de mencheviques y de trotskistas (esta última confiada a Vrathev el joven, hermano de Ivan Vrathev, el dirigente trotskista), hace crear en la GPU otra subdirección encargada de las provocaciones contra los «derechistas» bajo el número cifrado de «los adversarios». Un tal Platonov se presenta enseguida en casa del inocente Bujarin. Apenas sale de la entrevista, Platonov envía al Comité Central un indignado relato de su discusión. Bujarin lo niega, pero es una palabra contra la otra. Entonces, Stalin envía a un agente de la GPU que se hace pasar por oponente para que reúna a jóvenes «derechistas» amigos de Bujarin en su villa, y luego acusa de doble lenguaje a Bujarin... ajeno, sin embargo, a esta reunión...

Stalin concibe la industrialización y la colectivización como una guerra a cuya disciplina debe plegarse el reticente aparato del Partido. Los jóvenes cuadros estalinistas aprenderán en sus carnes. El 13 de abril de 1928, Stalin lanza la campaña llamada de autocrítica destinada a impulsar a autoflagelarse a los fracasados de todo orden: «La autocrítica nos es tan necesaria como el aire, como el agua»<sup>19</sup>. Tras la victoria (fácil) contra la Oposición, el Partido, dice, corre el riesgo de dormirse en los laureles. El 16 de mayo, denuncia ante el VIII Congreso de las Juventudes comunistas al «comunismo burocrático [que] es el más peligroso de los burócratas» y lanza una llamada para criticar «el burocratismo de nuestras instituciones»<sup>20</sup>. Pero en *Pravda* del 26 de junio, distingue entre una autocrítica constructiva (la que él impone a los demás) y una autocrítica destructiva, llamada de la oposición trotskista (la que los otros podrían dirigirle).

Una vez más, Stalin marcha ese verano a los baños de Matsesta. Se queja otra vez de ligeras contracciones en los músculos de los brazos y de las piernas. El médico no detecta ninguna anomalía patológica ni ninguna afección del sistema nervioso. Al cabo de tres baños, los dolores disminuyen. A su regreso, se entera por el *Pravda* del 10 de septiembre de 1928 de las «Notas de un economista», en las que Bujarin libra, con medias palabras, su último combate en contra de él simulando atacar a Trotski: «No es arrancando al año

<sup>19</sup> STALIN, *Oeuvres complètes, op. cit.*, t. 11, p. 29. Sobre los trabajos del Pleno unificado del C.C. y de la C. C. C. de abril de 1928.

<sup>20</sup> *Ibid.*, p. 71. Discurso en el VIII Congreso de los Konsomol.

el máximo de los recursos de los campesinos para ponerlos [a disposición de la industria], como se asegurará el máximo ritmo de desarrollo industrial». Propugna «el auge de las explotaciones [campesinas] individuales» y rechaza cualquier aceleración de la industrialización. Sobre este punto ha escuchado a buena parte de los cuadros, pero Bujarin, hombre de convicciones y mal político, denuncia la hipertrofia del aparato burocrático: «En los poros de nuestro gigantesco aparato han anidado unos elementos de degeneración burocrática absolutamente indiferentes a los intereses de las masas, a su vida, a sus necesidades materiales y culturales». El aparato, construido para reemplazar a los pequeños productores, es «tan colosal que el gasto necesario para su mantenimiento es incomparablemente más importante que los gastos improductivos que resultan de las anárquicas condiciones de la pequeña producción» y frena el desarrollo de las fuerzas productoras. Invita, pues, a los obreros a «destruir» ese aparato... que en adelante solo verá en él a un enemigo.

En efecto, este aparato burocrático se desarrollaba en medio de un desorden y un desbarajuste fantásticos. El circuito de abastecimiento es uno de los mejores ejemplos. Las cooperativas de compra recolectaban los productos de los campesinos, los inventariaban, los transportaban a las secciones del comisariado de Abastecimientos que los centralizaba, los volvían a inventariar y luego los distribuían a las cooperativas de venta, que los inventariaban y vendían... lo que quedaba. En efecto, en ese circuito desaparecían toneladas de mercancías, perdidas, desviadas o podridas, pero que no obstante figuraban en las estadísticas de producción y de compra, a pesar de que nadie hubiera consumido la mayor parte de ellas. El desastre duplicaba la penuria.

Antes de entablar públicamente la lucha contra los «derechistas», Stalin desea limpiar el lugar y, en primer término, el Comité de Moscú, dirigido por el bujarinista Uglanov acompañado de Martemian Riutin, antiguo dirigente del soviét de Jarbin en 1917. Este hombre, áspero y decidido, paladín de la lucha antitrotskista en Moscú, critica abiertamente el viraje de Stalin hacia la colectivización. Procediendo por etapas, Stalin lo cesa el 16 de octubre fingiendo no molestar a Uglanov, también reticente pero silencioso, a condición de que apruebe la destitución de su adjunto. En la reunión del comité de Moscú del 18 de octubre, Uglanov reprocha a

Riutin el que haya declarado: «Sabemos que Stalin tiene sus defectos, de los que ya habló Lenin». Eso es inaceptable, dice Uglanov, «porque los trotskistas antes nos dijeron las mismas cosas»<sup>21</sup>. Al día siguiente, Stalin baja al Comité de Moscú a representar el papel de pacificador. Reina el entendimiento, dice, en el Politburó, donde todos los miembros están de acuerdo. Un mes más tarde destituye a Uglanov.

No ejerce su brutalidad solamente en la política. Su hijo Yakov sabe algo de ella. Svetlana describe su frialdad glacial, su actitud despótica con respecto a él. Se niega a ayudarle: «Ante su padre, Yakov se sentía como un paria»<sup>22</sup>. Yakov desea independizarse: lo excomulga; se casa con la joven Zoia: se niega a conocerla. En su papel de tirano doméstico, Stalin corta el suministro de víveres a su hijo. El 9 de abril de 1928 escribe a su mujer: «Transmite de mi parte a Iacha que se ha comportado como un hooligan y un cantamañanas con el que no puedo tener nada en común. Que viva donde quiera y con quien quiera»<sup>23</sup>. Yakov intenta suicidarse. La bala le roza el corazón. Tardará mucho tiempo en recuperarse. Stalin se muestra aún más duro con él después de este suicidio fallido que no le inspira más que sarcasmos. La hija de Rykov, que entonces contaba diez años de edad, sufrió también la experiencia de su dureza. Una noche en que el Politburó estaba reunido en casa de su padre, Stalin, para obligar a la niña a salir de la sala, le apretó la nariz con los dedos y se la torció violentamente.

El enfrentamiento que se fragua con la mayoría del campesinado suscita vivas tensiones en el Partido en el que numerosos cuadros, influidos por los «derechistas», se dan tono. Ahora bien, Stalin no puede consentir fluctuaciones en las filas. Entonces decide librarse de Trotski que, desde su exilio en Alma-Ata —al fondo del Kazajstán— inspira y organiza la Oposición de izquierda con ayuda de su hijo León Sedov. El 26 de noviembre de 1928, hace que el Politburó condene «la actuación contrarrevolucionaria de Trotski» y le insta a que le ponga término. Trotski se niega. Stalin deja pasar el tema. Antes tiene que depurar la dirección de los sindicatos, desde hace diez años en manos de Mijail Tomski, antiguo obrero, un hom-

<sup>21</sup> *Izvestia TsK KPSS*, n° 3, 1990, p. 155 y n° 6, 1986, p. 110.

<sup>22</sup> S. ALLILUIEVA, *Vingt lettres à un ami*, op. cit., p. 173.

<sup>23</sup> *Iossif Stalin v obiatnij semii*, op. cit., p. 22.



brecillo fornido, obstinado, condenado en tiempos del zarismo –en 1911– a cinco años de cárcel y preocupado por defender los intereses de los obreros incluso dentro de la política del Partido. Stalin pone tras sus pasos a Kaganovitch, odiado por todos, que nunca ha militado en un sindicato y, por esta doble razón, le nombra adjunto a la dirección. Será un perfecto comisario político. Pone a su lado a Jdanov, un joven burócrata igualmente ajeno al movimiento sindical. Ante esa humillación, Tolski desea dimitir. Stalin rechaza ese desafío a su autoridad; desea elegir por sí mismo el día y la hora.

El 7 de enero de 1929, insiste en su actitud con Trotski y hace que el Politburó vote su destierro al extranjero. Rykov y Vorochilov votan por la cárcel. Una vez más, Stalin representa el papel de moderado. El 20 de enero, la GPU irrumpe en casa de Trotski en Alma-Ata, acusándole de haber «organizado un partido antisoviético clandestino dispuesto [...] a organizar la lucha armada en contra del poder soviético»<sup>24</sup>. El día 24, Trotski embarca en Odessa camino de Turquía. Nueve días después, la GPU monta una trampa en una imprenta clandestina de Moscú donde la Oposición de izquierda imprime el Testamento de Lenin. Hace detener a los «impresores» entre los que figura el estudiante Varlam Chalamov, futuro autor de los inmortales *Relatos de Kolyma*.

Stalin lamentará siempre la expulsión de Trotski, que marcha con unos equipajes repletos de archivos. Pero de momento, solo tiene una preocupación in mente: debe conseguir el Gran Giro hacia la colectivización, enfrentarse a millones de campesinos, a los seguidores de Bujarin y a una parte de su propio aparato. Expulsar a Trotski es privar a la Oposición de izquierda de su guía y de su unificador, facilitar su disgregación y lograr la adhesión, limitada por el momento, de algunos de sus miembros. Y no piensa más allá. En enero de 1929 se libra de un personaje incómodo al que considera más peligroso en el interior que en el exterior. Además toma una doble precaución: envía a Trotski a Turquía, lejos de los núcleos del movimiento obrero y prevé denunciarle en todo el mundo como un lacayo de la prensa socialdemócrata y burguesa en cuanto se exprese en ella. Expone este cálculo a corto plazo en el Politburó...

La Conferencia nacional del Partido, celebrada en abril de 1929, adopta el Primer plan quinquenal, puesto en marcha a contar des-

<sup>24</sup> TROTSKI, *Ma vie*, op. cit., p. 569.

de el 1 de octubre de 1928. Stalin hace que la Conferencia acepte la variante óptima, la más tensa, elaborada por el Gosplan (organismo encargado de la planificación) al mismo tiempo que el eslogan: «Llevemos a cabo el plan quinquenal en cuatro años», primera de una serie de revisiones periódicas de los objetivos y las demoras. Al promulgar el plan quinquenal, da al Partido un objetivo económico dinámico (construir la base industrial del «socialismo»), suscita una petición de mano de obra (que liquidará el paro) y ofrece una salida a los campesinos que huían de la colectivización.

Las convulsiones que sufre la fábrica de tractores de Stalingrado ilustran los desastres provocados por estas marchas forzadas. Para honrar a Stalin, el 11 de noviembre de 1925, el Consejo superior de la economía nacional había decidido construir una fábrica de tractores en Stalingrado. El 12 de julio de 1926 quedó colocada la primera piedra en un terreno baldío. El 1 de julio de 1927, el Consejo del trabajo y de la defensa decidió fabricar en ella el tractor «la Internacional». El proyecto, aprobado el 5 de abril de 1928, prevé que la fábrica construirá 10.000 tractores al año. Pero, para triunfar, la colectivización necesita una considerable cantidad de tractores. Así, el 20 de julio de 1928, el objetivo, duplicado, se fija en 20.000 tractores al año. La URSS todavía no los ha fabricado nunca. El director de la fábrica Kagan y un grupo de ingenieros se precipitan a viajar a Estados Unidos para aprender el oficio. (De este modo, la NKVD podrá detenerlos diez años después acusados de espionaje.) El 11 de diciembre de 1928, un telegrama informa a la dirección de la fábrica, recién instalada, que tiene que fabricar un modelo de tractor distinto al previsto inicialmente. Es preciso cambiar todos los planes. ¡Y la fábrica ha de estar dispuesta en octubre de 1930! Entonces, siete mil jóvenes comunistas se presentan en la obra, en la que reina el pánico, para terminar la construcción...

En el Comité Central de abril de 1929, Stalin denuncia brutalmente la «desviación de derechas». Acusa a Bujarin de «arrastrarse a la cola de los enemigos del pueblo» y, por tanto, de ser uno de ellos. Es la primera vez que un dirigente del Partido coloca esta etiqueta en otro dirigente. Stalin la justifica alterando el torpe relato de Bujarin sobre la gestión de los SR de izquierda en 1918 para detener a Lenin, transformándolo en una gestión del mismo Bujarin. Según su versión, durante Brest-Litovsk, «corrió a ver a los SR de izquierda, enemigos de nuestro partido, entabló conversaciones con

ellos entre bastidores y trató de formar un bloque contra Lenin y el Comité Central. Desgraciadamente, entonces no conocíamos el contenido de aquellas negociaciones con los SR de izquierda, pero sabemos que estos deseaban detener a Lenin y organizar un golpe de estado antisoviético»<sup>25</sup>. Queda por desvelar el contenido de las turbias negociaciones de Bujarin en la primavera de 1918. A partir de entonces, la amenaza de una investigación pende permanentemente sobre su cabeza. Stalin califica a Tomski de «político trade-unionista». Al mes siguiente lo hace expulsar de la dirección de los sindicatos y reemplazarlo por el insignificante y dócil Chverník, flanqueado por Kaganovitch, que está firmemente resuelto a reducir el salario de los obreros.

Dicen al sindicalista Boris Kozelev que Bujarin y Rykov han pronunciado en el Comité Central unos excelentes discursos comparables al canto del cisne, cuya belleza no impedirá que «Koba los [aplaste] en medio de los abucheos y silbidos de todo el mundo». «Koba es más fuerte. Koba es temible. Algunos se sienten fascinados por él, como los conejos por la boa, y le caen directamente en la boca; otros tiemblan como conejos delante de su voluntad férrea, de su “poderío inconmensurable”, y los terceros, débiles de voluntad, incapaces de oponer a Koba una fuerza análoga, hacen lo único que les queda: protestan encerrados con llave dentro de su cuarto y se meten el puño en el bolsillo»<sup>26</sup>.

Justamente después del pleno, Stalin reúne la XVI Conferencia del Partido durante los días 23 a 29 de abril, con objeto de comprometer a todos sus cuadros en la caza a los «derechistas». Sus intervenciones no han sido publicadas, y en el tomo XII de las *Obras completas* no aparece ni una línea. Chatzkin y Lominadzé proponen favorecer la creación de una organización del campesinado pobre, como en 1918. ¿Iniciativa personal? Inaceptable. Stalin hace que el Politburó condene a ambos hombres y exige su autocrítica. Ceden y son cesados en sus funciones.

El giro hacia la industrialización y la colectivización, cuyo carácter totalitario y violento no es perceptible todavía más que como insinuación, obliga a varios oponentes de izquierda a adherirse a Sta-

<sup>25</sup> STALIN, *Oeuvres complètes, op. cit.*, t. 12, p. 131. Sobre la desviación de la derecha en el PCR (b).

<sup>26</sup> *Istoriicheshi Arjiv*, n° 5-6, 1996, p. 168.

lin: en junio de 1929, Drobnis y Serebriakov; en julio, Radez, Preobrajenski y Smilga. Muy pronto se arrepentirán. Pero Stalin teme que la guerra en contra de los campesinos desorienta a ciertos cuadros del Partido con quienes los dirigentes de la «derecha» han conservado unas estrechas relaciones establecidas a lo largo de la lucha antitrotskista. Cualquier fallo en su aparato podría resultar fatal, por lo que pretende obligar a una autocrítica a los dirigentes de la «derecha».

En el Comité Central de noviembre de 1929, Stalin no menciona su proyecto de colectivización total y se limita a anunciar: «Dentro de tres años, nuestro país será uno de los más ricos en trigo del mundo, si no el más rico»<sup>27</sup>. No especifica las modalidades del milagro. Bujarin, Rykov y Tolski distribuyen una declaración en la que defienden sus posturas por última vez. Entonces, el Comité Central destituye a Bujarin del Politburó, en el que apenas participaba desde hacía algunos meses.

Con objeto de imponer esta colectivización y soslayar las dudas y vacilaciones de sus miembros, Stalin no reúne al Comité Central durante ocho meses. Un reducido grupo de fieles tomará las decisiones que, en nombre del mismo Stalin, dará a conocer a los miembros ausentes...

Ante la necesidad de una completa coacción sobre la sociedad y el aparato, sometidos a una tensión permanente, el Gran Giro consuma la concentración de poder en las manos del Guía. Elevado a la cumbre del aparato para imponer a todos la ley de la tranca, Stalin asume una cada vez más amplias funciones interviniendo a partir de entonces en todos los ámbitos de la vida de la URSS... en la historia, en el arte, en la literatura, y el día de mañana en la ciencia. Es el comienzo de la era totalitaria. No hay terreno que escape a su atención. A mediados de febrero de 1929 discute con un grupo de escritores ucranianos, próximas víctimas de su campaña contra el «nacionalismo ucraniano». Juzga y da notas como un maestro de escuela. Así, califica a Bulgakov «de individuo indiscutiblemente extraño [...] pero que, indiscutiblemente, ha hecho alguna cosa útil». Luego, aconseja a sus interlocutores la lectura de *Bruski* de... Parfenov —que se llama en realidad Panferov— cuyo nombre confunde varias veces sin que nadie se atreva a corregirle. Se burla de Gorki,

<sup>27</sup> STALIN, *Oeuvres complètes, op. cit.*, t. 12, p. 131.

tomando a broma un poema de juventud, *La Joven y la Muerte*, comentando: «Este chisme es más fuerte que el *Fausto* de Goethe»<sup>28</sup>. La burla corre por todo Moscú.

Como un emperador del Bajo Imperio romano, destila a su alrededor una mezcla sabiamente dosificada de halagos, provocación y vigilancia policial. Demian Biedny, el poeta de la Corte, lo comprueba a sus expensas. Un día, Stalin lo invita a desayunar en Kuntsevo. Sabiendo que Biedny no soporta el destrozo de un libro, toma un volumen nuevo y corta las páginas ayudándose con el dedo. Biedny le suplica que se detenga. Stalin se echa a reír y continúa como si tal cosa. Con este juego prueba a las personas, pero no le basta para verificar su fiabilidad. Así, Stalin coloca junto a Biedny a un escriba de la GPU, un tal Present, pariente del futuro colaborador «científico» del biólogo Lyssenko. Un día, al volver de Kuntsevo, Biedny se extasia recordando las fresas que ha comido en casa de Stalin. En la agenda del agente, la frase de Biedny, transmitida a Stalin, se convierte en: «Demian Biedny está indignado porque Stalin se atraca de fresas mientras que otros mueren de hambre»<sup>29</sup>. El proceso tiene lugar. En agosto de 1930, Nemoz visita a su amigo Riutin durante las vacaciones. En cuanto vuelve a Moscú, Nemoz dirige al Comité Central un informe en el que se muestra escandalizado de sus conversaciones: Riutin ha calificado de ruinoso la política del Comité Central dirigido por Stalin, en especial, la colectivización obligatoria, y critica la exclusión del Partido y del Komintern de cualquier militante que esté en desacuerdo con Stalin. Aunque Riutin desmienta las palabras de Nemoz, al mes siguiente es expulsado por «conducta traidora de dos caras respecto al Partido», fórmula que llegará a tener un gran futuro. Las denuncias llegan a ser un elemento central del sistema estalinista, pues hasta en las cumbres del Partido son muchos los que aplauden en público su política y la condenan en el fondo de su alma. Stalin lo sabe o lo presiente. Esos individuos de dos caras, potencialmente peligrosos, deben ser desenmascarados por encima de todo. Stalin no ha inventado nada: recupera una antigua tradición eclesiástica que ve un pecador en potencia en cada arrepentido.

<sup>28</sup> V. CHENTALINSKI, *La Parole ressuscitée*, y A. VAKSBERG, *Le Mystère Gorki*, op. cit., p. 284, París, Robert Laffont, 1993, p. 410.

<sup>29</sup> M. KANIVETZ, «Moia žizn s Raskolnikovim», *Mimuvchez*, n.º 7, 1992, p. 95.

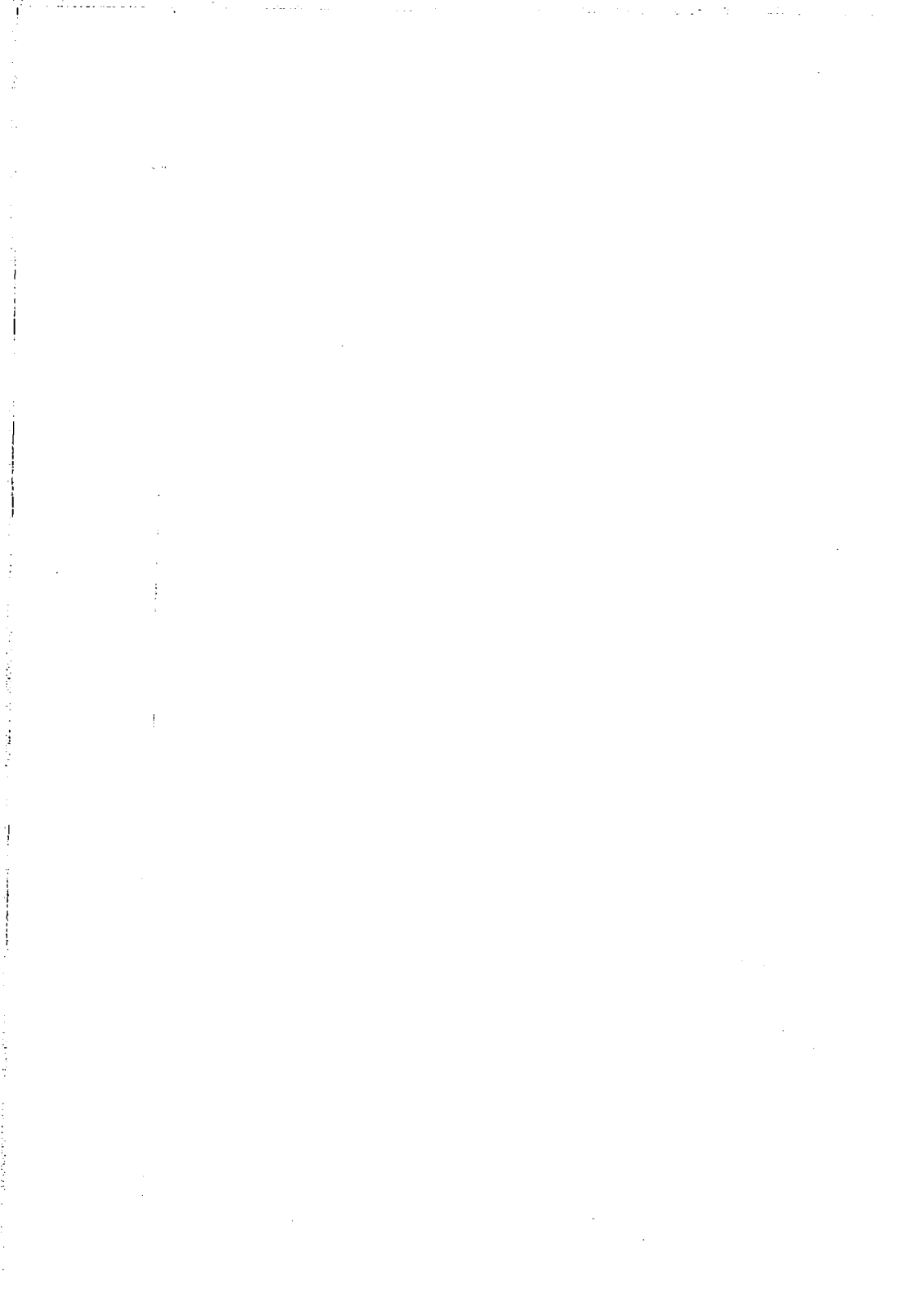
El lenguaje estereotipado que invadía al aparato en aquella época correspondía perfectamente a la nueva situación: los adversarios, privados de todo derecho de expresión, incluso en el interior del Partido, tendían a fundirse con él. Exteriormente, todo el mundo estaba de acuerdo con «la línea general», «con el Comité Central», «con la línea del Comité Central», con Stalin. Las eventuales divergencias se expresaban con matices imperceptibles y no salían a la luz hasta que Stalin y su grupo, considerando verdaderos los desacuerdos sistemáticamente rechazados, decidían denunciarlos públicamente para sus propios fines.

Un tema obsesionaba entonces a los adversarios vencidos: ¿acaso la revolución rusa asistía a un proceso idéntico al que conoció la Revolución francesa tras la caída de Robespierre? ¿Su confiscación por parte de una burguesía ávida de dinero y placeres que desembocó en el bonapartismo, el Imperio y la Restauración? La NEP, con su reapertura hacia el capital privado y el regreso a los mecanismos comerciales, había hecho surgir el temor a un Thermidor rampante. A partir de 1927, en el momento en que Stalin comenzaba a liquidar la NEP, ¿ganaría el Thermidor? En ese caso, ¿qué capa o clase detentaría el poder? El antiguo grupo del «centralismo democrático» respondía: sí, Thermidor ha vencido, la pequeña burguesía se ha hecho con el poder en la URSS. Hay que destruirla. Para Trotski, la degeneración inacabada de la revolución desembocaba en un caso de aspecto imprevisto y original: la contrarrevolución no devolvía el poder a las antiguas clases dirigentes, sino a una capa parasitaria, inestable, encajonada entre las clases fundamentales: la burocracia, que soñaba con estabilizar sus privilegios transformando en propiedad personal privada su usufructo de la propiedad del Estado.

El cambio de época que se esboza, marcado por la denuncia pública del igualitarismo en el terreno de los salarios, es, en cualquier caso, indiscutible. Un superviviente recuerda así el «igualitarismo aborrecido por los mandamases del Partido [...] eco de este período felizmente para ellos nunca recuperado, en el que los militantes del Partido vestían chaquetas de cuero raídas, tenían un salario limitado, trabajaban en despachos austeros y daban al pueblo el ejemplo de costumbres puritanas»<sup>30</sup>. En aquella época, Stalin se hizo construir una villa en Sotchi, llamada «Objetivo n° 1». Era una

<sup>30</sup> Afirmaciones de Ivan Vratchev, recogidas por el autor el 18 de marzo de 1989.

hermosa mansión de una planta, situada entre Matresta y Sotchi, que contaba con una piscina en medio de un bosque de pinos, sala de billar y sala de cine. Como en Zubalovo, en cada una de ellas aparecía un diván. No lejos de allí, se construyeron las villas de Kalinin, Mikoian y Molotov. En las raras ocasiones en que Stalin recibe invitados, los aloja en alguna de ellas, nunca en la propia.





## Capítulo XVI

### KULAK Y GULAG

La colectivización y el primer plan quinquenal se sitúan bajo el signo de la coacción generalizada: violencia contra los campesinos y búsqueda de unos objetivos irrealistas, irrealizables y continuamente modificados. El rápido desarrollo del Gulag es uno de los elementos clave de esta doble puesta en marcha. Se trata de algo muy distinto de una simple ampliación de los centros de detención creados anteriormente; por una parte, los campos de represión política, residuos o avatares de la guerra civil, reducidos desde 1923 a los de las islas Solovki, en el mar Blanco, donde viven detenidos los presos políticos y de derecho común condenados por la GPU sin una sentencia judicial; y por otra, los campos de trabajo correctivos y las colonias de trabajo, instituciones penitenciarias que albergan a individuos condenados por un tribunal a realizar trabajos remunerados de utilidad pública. En 1928, esos campos y colonias encierran a 60.000 presos, de los que aproximadamente el 90% son de derecho común. El Kremlin proyecta entonces utilizar su trabajo con fines productivos.

El 27 de junio de 1929, el Politburó decide trasladar a todos los presos condenados a penas de más de tres años a los «campos de trabajo y reeducación» de la GPU y abrir unos nuevos en «regiones aisladas e inhóspitas [...] para colonizarlas y explotar sus riquezas naturales por medio de trabajos forzados»<sup>1</sup>, donde se niegan a ir los obreros libres. El 11 de julio de 1929, la GPU se encarga por decreto de desarrollar la vida económica de las regiones periféricas casi desérticas con unos prisioneros empleados en montar vías de ferrocarril, trazar carreteras y talar árboles. Todos esos decretos y todas las decisiones se mantienen en estricto secreto. Stalin se cuida muy bien de imitar al Trotski de 1919-1920, que explicaba públicamente

---

<sup>1</sup> *Gulag 1918-1960*, Moscú, Materik, 2000, p. 63. El texto de acompañamiento p. 62 va firmado por Stalin.

la necesidad provisional del trabajo forzado para enderezar la devastada economía de la Rusia soviética.

Soljenitsyn atribuye la idea del trabajo sistemático de los presos a «Naftali Frenkel, un judío turco», prisionero en Solovki desde 1927, denunciando lo que califica de «leyenda». Según Frenkel, «alrededor de 1929» fue a buscarle un avión para una entrevista de tres horas con Stalin. Resume esta conversación sin taquígrafos ni testigos, durante la cual «expuso ante el Padre de los Pueblos las perspectivas fulgurantes de la construcción del socialismo gracias al trabajo de los presos [...] al ritmo de las bocanadas de humo que su interlocutor extraña de la pipa»<sup>2</sup>. Sin embargo, esta conversación no es más que una fantasía literaria. Stalin no tenía necesidad de un «judío turco» para inventarse el Gulag.

El plan quinquenal preveía que, a finales de 1932, solo serían colectivizadas el 15% de las tierras arables. Pero las incautaciones y la presión fiscal ejercida sobre los campesinos en 1928 y 1929 se muestran ineficaces: a primeros de octubre de 1929, las provisiones de grano en los graneros del Estado son un 20% menores a las, poco brillantes, de octubre de 1928. El Estado sigue subordinado a los campesinos que producen un excedente comercializable: en efecto, durante todo el año 1929, los koljoses no cosechan más que 27 millones de quintales de cereales de un total de 717 (es decir, menos del 4% de la producción agrícola total). Con objeto de obligar a los campesinos a entrar en los koljoses, el gobierno abrumba a impuestos a las granjas individuales clasificadas como «kulaks». Esta presión fiscal obliga a los campesinos acomodados o ricos a huir de ellas vendiendo sus bienes. El resultado es decepcionante.

En noviembre de 1929, Stalin celebra el aniversario de la revolución con la huida hacia delante de la colectivización forzada y total. Su artículo «El Gran Giro», aparecido en *Pravda* del 7 de noviembre, anuncia que los campesinos en masa se vuelven hacia los koljoses y afirma: «Ya hemos salido de la crisis del trigo». Adelante, pues, hacia la colectivización de las tierras, de la herramienta, del ganado, de la volatería, de las isbas, incluso... de las botas.

El Comité Central, reunido tres días después, toma nota de esta decisión y excluye a Bujarin del Politburó. En la víspera del enfrentamiento con la mayor parte del campesinado se inicia una nueva

<sup>2</sup> A. SOLJENITSYN, *L'Archipel du Goulag*, op. cit., t. 2, pp. 62-63.

relación entre Stalin y el Comité Central: el Jefe decide, el Comité Central confirma: Bonaparte se perfila ya tras el Secretario. En diciembre de 1927, Tolski pretendía: «Stalin no disfruta en absoluto de su papel de jefe» y se burlaba de los adversarios que imaginaban «al aparato de los funcionarios a sus órdenes temblando ante el secretario Stalin»<sup>3</sup>. En dos años se lleva a cabo la transformación del Secretario general en jefe único, encarnando en su persona el Comité Central y el Politburó.

Entonces Stalin decreta la «liquidación de los kulaks en tanto que clase»\*. Pero ¿qué es un kulak? En marzo de 1929, el gobierno había decidido clasificar como kulak a cualquier granjero caracterizado por uno de los rasgos siguientes: «contrato permanente de asalariados (sin especificar el número), posesión de un molino, de una fábrica de mantequilla, de un establo de caballos, de una ralladora o una secadora de patatas, frutas o legumbres accionada por motor, molino de agua o de viento, alquiler de maquinaria agrícola de motor, alquiler de un local, práctica del comercio, de la usura, o que disfrute de ingresos que no procedan del trabajo. Estos criterios permiten calificar de «kulaks» a numerosos campesinos llamados «acomodados» o «medianos», en resumen, abarca una gran amplitud. El escritor comunista Cholojov, indignado por lo que todavía no es más que un inicio de la próxima colectivización total, informa de ello a una de sus amigas, Levitskaia, miembro del Partido desde 1903. Levitskaia envía a Stalin una copia de la carta en la que Cholojov compara los comunicados triunfalistas de las autoridades con los comunicados engañosos de los Blancos durante la guerra civil. En su región del Don y en el Bajo Volga vecino, «los campesinos pobres mueren de hambre, las gentes están encolerizadas». Anuncia para el año próximo la catastrófica disminución de las superficies sembradas y cita las frases de tres antiguos soldados del Ejército rojo que han ido a verle tras haber sido despojados de todo por los activistas-colaboradores: semillas, ropa, hasta el samovar para hervir el

<sup>3</sup> «Discurso en la conferencia de Leningrado», *Correspondance internationale*, nº 120, 3 de diciembre de 1927, p. 1758.

\* En la página 19 del *Libro negro del comunismo*, Stéphane Courtois escribe: «La frase oficial de Stalin [...] era la de exterminar a los kulaks en tanto que clase». Stéphane Courtois sustituye «liquidar» por «exterminar» y se apoya en esta cita modificada para afirmar: aquí, «el genocidio de "clase" se une al genocidio de "raza"». Así, el comunismo interpuesto por Stalin y el nazismo son hermanos gemelos, pues uno intenta exterminar a una clase social y el otro, a una raza. Es lamentable que, para apoyar esta afirmación, Stéphane Courtois comience por alterar la frase de Stalin. Las comillas y el término «oficial» no cambian la cuestión.

agua del té. No han dejado más que las paredes de la casa. Y en un telegrama a Kalinin: «Se nos ha despojado peor que lo hicieron los blancos en 1919» y, sonriendo amargamente, añadían dirigiéndose a Cholojov: «Los blancos solamente se llevaron nuestro pan y nuestros caballos; el poder nos ha despojado absolutamente de todo». Kalinin y Stalin reciben miles de telegramas de este estilo. En la copia enviada al Jefe, Levitskaia ha suprimido el violento y último párrafo de la carta: «Artem [Vessioly] tiene razón al decir "Habría que pasarlos cuidadosamente por un tamiz". Yo firmo eso: habría que pasar a todos por un tamiz, incluido Kalinin, a todas esas personas que vociferan de un modo hipócrita y fariseo sobre la alianza con el campesino medio y al mismo tiempo lo estrangulan»<sup>4</sup>. Desde principios de los años 20, esta «alianza» era la fórmula sacramental de la política agrícola del gobierno, y Trotski tuvo que soportar las acusaciones de pretender romperla amenazando así la estabilidad del Estado...

Para subordinarlo completamente a las necesidades del Estado soviético, Stalin remata su influencia sobre el aparato del Komintern: el 1 de marzo de 1929 se hace designar como orador en la reunión del Comité ejecutivo dedicado al X aniversario de la Internacional. El 7 de junio de 1929, la comisión preparatoria de la asamblea plenaria del Comité ejecutivo lo elige para el Presidium. En julio de 1929, el Comité ejecutivo del Komintern excluye del Presidium a Bujarin y a su partidario americano Jay Lovestone, especialista en la caza a los contrincantes, que acaba de reunir un congreso en el que controlaba a 95 de los 104 delegados. Stalin convoca a Lovestone a Moscú con objeto de apartarlo de su maestro; al principio intenta engatusarlo, luego se enfada y le explica que su mayoría va a esfumarse; y le lanza: «¿Por quién te tomas? Trotski me desafió. ¿Dónde está? Zinoviev me desafió. ¿Dónde está? Bujarin me desafió? ¿Dónde está? ¿Y tú?». Con una risotada añade: «En nuestros cementerios hay mucho espacio»<sup>5</sup>. Al volver a casa, Lovestone encuentra a su mayoría en migajas: los golpes, el chantaje, las persecuciones y las denuncias han acabado con ella.

Para someter al Komintern, Stalin busca y encuentra por todas partes a cuadros que arrastran en su pasado un fallo o una culpa, in-

<sup>4</sup> *Znamia*, nº 10, 1987, pp. 181-183.

<sup>5</sup> T. DRAPER, *American Communism and Soviet Russia*, pp. 419 y 422.

cluso venial, que los controles sistemáticos y la constante renovación de unas fichas llamadas «bio», permiten encontrar. Muy pronto, Isaac Babel dirá: «A Stalin no le gustan las biografías limpias». Stalin cuenta con sus ojeadores para descubrir a los manchados. En Francia se interesan por Maurice Thorez que, encarcelado el junio de 1929, solicitó la salida de la cárcel y pagó la fianza exigida sin solicitar previamente la autorización del Politburó. Detrás de esta infracción de las reglas se puede suponer que ha habido de todo. En Alemania promociona a Ernst Thaelmann, antiguo obrero entusiasta, zafio e inculto, que ha protegido al desahogado tesorero de la sección del Partido en Hamburgo, Wittorf, un antiguo descargador de muelle que derrochaba el dinero de las cotizaciones en las salas de fiesta y en los casinos. La dirección del Partido comunista alemán había desautorizado públicamente a Thaelmann, pero Stalin la obliga a anular su decisión. Promociona también a Wilhelm Pieck, detenido el 15 de enero de 1919 junto a Rosa Luxemburgo y Kart Liebknecht por los guerrilleros, que asesinaron a ambos dirigentes y soltaron a Pieck, no lo bastante conocido. En resumen, Stalin se atrae a unos cuadros comprometidos. El único criterio que cuenta a sus ojos es la docilidad. Así es como domestica y estaliniza al Komintern.

La «liquidación de los kulaks como clase», es decir, la batida contra millones de campesinos, exige una masiva represión; y la industrialización forzada, sin maquinaria, reclama brazos baratos. La extensión del sistema de campos, unido al de los «asentamientos especiales» que manda a Siberia o al Kazajastán a cerca de 1.800.000 campesinos, destinados a talar árboles, cortar madera o extraer carbón, responde a un doble propósito: el terror para romper la resistencia campesina y la utilización económica de los trabajos forzados. Stalin amenaza con la deportación a la población trabajadora para imponer unos salarios muy bajos y unas deplorables condiciones de alojamiento y alimentación. El desencadenamiento del Terror hace de la GPU el instrumento fundamental de Stalin, que le confía unas considerables tareas represivas y económicas; el aparato policial obtiene unas sustanciosas ventajas materiales y políticas y se convierte en la columna vertebral de la casta burocrática. Entonces comienza el ascenso de Iagoda, vicepresidente de la GPU, cuyo presidente, Menjinski, enfermo, agoniza lentamente hasta mayo de 1934.

La discusión política, ahogada, se mantiene en forma de debates escolásticos para iniciados, de habladurías y de rumores propalados

por unas camarillas y unos clanes que se destrozan bajo el manto de la unanimidad. Chatzkin y Lominadzé, enardecidos por la colectivización, desean relanzar la campaña de la autocrítica. El primero publica el 18 de junio de 1929 un artículo virulento en la *Komsomolskaia Pravda*, «Abajo el espíritu burgués en el Partido» que, desde Sotchi, Stalin hace condenar por el Politburó. En una furiosa carta a Molotov explota: «Es un desafío directo al Comité Central». Denuncia a todo un grupo formado por Chatzkin, Averbaj (el jefe de los escritores «proletarios»), Sten y Lominadzé. Esas personas, dice, «exigen (fundamentalmente) la *libertad* de reexaminar la línea del Partido, la *libertad* de debilitar la disciplina del Partido, la *libertad* de transformar el Partido en un club de debate». Stalin subraya tres veces la palabra «libertad»<sup>6</sup>. Exige que esos charlatanes sean amordazados. Ignora que, en las cartas a Ordjonikidzé, Lominadzé critica severamente su política y el régimen que impone al Partido.

Le preocupa el menor fallo en el dispositivo del poder. Al día siguiente del congreso regional de los soviets en Moscú, Stalin estalla y escribe desde Sotchi una carta a la vez furiosa e irónica a sus lugartenientes: Rykov no ha dicho una sola palabra sobre la lucha contra los «derechistas», se encoleriza Stalin. «¿Acaso Rykov está libre de esta obligación? ¿Cómo podéis soportar esta hipocresía política?» Espera para echarlos hasta que el fruto madure y termina: o Rykov denuncia a los «derechistas» o no tiene derecho a hablar en nombre de la dirección. Luego se asombra de que continúe presidiendo las sesiones del Politburó. «¿Por qué admitís esta comedia? [...] ¿No ha llegado el momento de terminar?»<sup>7</sup>. El sarcasmo oculta un temor: dejando a Rykov presidir las sesiones, los compañeros de Stalin reconocen su legitimidad. Ahora bien, Stalin, para quien un antiguo adversario vencido nunca es un aliado fiel, quiere eliminarlo.

Aquel verano, Nadejda lo había dejado solo en Sotchi a finales de agosto. Regresó a Moscú para presentarse a los exámenes de fin de carrera en la Academia industrial. Aquella joven obstinada trataba de afirmar su personalidad prosiguiendo sus estudios y viviendo normalmente; así que se trasladaba en tranvía o en autobús y no tomaba taxis más que en el caso –frecuente– de fallo en los transportes públicos. Stalin volvió a Moscú a primeros de octubre. Durante

<sup>6</sup> *Pisma Stalina Molotovu*, op. cit., p. 136.

<sup>7</sup> *Ibid.*, p. 166.

este intervalo escribió a su esposa siete cartas —una de las cuales se ha perdido— de una brevedad y una sequedad extremadas, en las que no pide noticias de los niños. La más corta contiene dos líneas: «Tatka, he recibido la carta. ¿Te han entregado el dinero? El tiempo ha mejorado aquí. Pienso volver dentro de una semana. Un beso. Tu Iosiv»<sup>8</sup>. La más larga consta de ocho líneas. En la del 1 de septiembre se quejaba de haber contraído una inflamación de los pulmones, tosía continuamente y el pecho dejaba escapar un ruido sospechoso. Le rogaba que, si conseguía librarse seis o siete días, se acercara a Sotchi.

Las cartas de Nadejda son mucho más extensas. Le comunica su nerviosismo en la víspera de los exámenes, la impaciente espera de sus cartas, y en las suyas alude a problemas sociales y políticos. El 2 de septiembre insiste: «En Moscú hay colas por todas partes, sobre todo para la carne y la leche. Es un espectáculo desagradable y sobre todo podría mejorarse con una organización adecuada»<sup>9</sup>. Incluso en una ocasión le expone extensamente un problema político: la persecución a la que se encuentra sometido Kovaliov, el redactor-jefe de *Pravda*, por un artículo publicado de acuerdo con el comité de redacción. Aunque no le gusta que su esposa se ocupe de problemas políticos, Stalin le confirma que Kovaliov sirve de chivo expiatorio en la redacción y escribe lo mismo a Ordjonikidzé. El que más tarde hará de la caza al chivo expiatorio un sistema de gobierno, la denuncia ahora como «un medio barato pero incorrecto y no bolchevique de corregir las propias faltas»<sup>10</sup>.

La aparición en las cumbres de grupos de descontentos, incluso restringidos, muestra a Stalin hasta qué punto el mismo Partido es un instrumento frágil. De modo que se ocupa de reforzar los poderes de la GPU, a la que el 25 de noviembre de 1929 el Politburó concede el derecho de fusilar en el momento a los pirómanos culpables de haber incendiado empresas o edificios públicos. El dossier del Politburó sobre este tema lleva el nombre de «asunto Iagoda» y no «Menjinski», en teoría el jefe de la GPU, pues Stalin considera más maleable a su viscoso adjunto. Stalin le transfiere a los detenidos de las colonias de trabajo del comisariado de Justicia condenados a

<sup>8</sup> *Iosip Stalin v obiatcij semii, op. cit.*, pp. 27-28.

<sup>9</sup> *Ibid.*, pp. 23-24.

<sup>10</sup> *Ibid.*, pp. 25-27.

más de tres años; detesta al comisario del Interior ruso, Tolmatchev, del que sospecha simpatías «derechistas» y al que enviará al Gulag dos años más tarde. Esta antipatía, unida al deseo de retirar a la «derecha» un punto de apoyo, le impulsa a racionalizar el funcionamiento de los organismos represivos: un decreto del 5 de noviembre de 1930 disuelve todos los comisariados del Interior en la totalidad de las Repúblicas y transfiere todos los poderes policiales a la GPU. La GPU concentra así todas las funciones represivas en el momento en que se reanudan las revueltas campesinas, y los militantes del Partido se solidarizan con los contestatarios en el campo, cuando no participan en sus acciones. La lucha entre clanes engendrada por la concentración de poder en manos de Stalin es la causa de numerosos incidentes. En diciembre de 1929, un tal Dessov, rival de Kirov, reúne contra este en Leningrado una compilación de sus artículos patrióticos publicados durante la guerra en el diario liberal *Terek*. Ordjonikidzé toma la defensa de Kirov, pero insiste en que nadie, incluso Stalin, está libre de cometer errores. Así, dice, a su regreso del exilio en 1917, Stalin había prometido apoyar al Gobierno provisional y ¡continuar la guerra! Entonces, ¿qué se puede reprochar a Kirov? Enterado Stalin, el 7 de diciembre convoca urgentemente al Politburó para tratar la cuestión. El 10, el Politburó, la comisión de Control, el secretariado del Comité provincial de Leningrado, todos los secretarios de distrito y los miembros del Comité Central que viven en la ciudad, es decir, un centenar de cuadros dirigentes, abandonando sus tareas, se reúnen para examinar la cuestión. Los adversarios de Kirov son trasladados. En una nota escrita, Ordjonikidzé afirma: Dessov miente al hacerle decir que «incluso el camarada Stalin no se había mostrado firme durante cierto tiempo»<sup>11</sup>. En una palabra, se vuelve atrás. Stalin se anota tres puntos: el variable Ordjonikidzé queda debilitado al reconocer por escrito la infalibilidad del Secretario general que, a partir de entonces, es dueño de un dossier sobre su amigo Kirov.

Solucionado este asunto de política interna, Stalin puede volver a la colectivización. El 27 de diciembre afirma: «El movimiento koljosiano ha adquirido el carácter de una creciente avalancha antikulak» y, sin haber recibido el mandato de ningún organismo del Partido, lanza por dos veces el siguiente eslogan: «En los últimos

<sup>11</sup> O. JLEVNIUK, *Stalin i Ordjonikidzé*, op. cit., pp. 19-20.



tiempos hemos pasado de una política de limitación de las tendencias explotadoras de los kulaks a la política de liquidación de los kulaks como clase»<sup>12</sup>.

El 5 de enero, presenta el decreto que liquida a los kulaks como una decisión del Comité Central. Para intimidar a los campesinos, envía una promoción de 27.000 militantes, los llamados «obreros de choque», para actuar como destacamentos supletorios de las tropas especiales de la GPU. Los emperadores romanos prometían a los delatores la cuarta parte de las fortunas de sus víctimas acaudaladas; Stalin los imita: promete una parte del botín de los kulaks a los campesinos pobres, sin tierras, sin ganado, sin materiales, para movilizarlos como fuerza de choque. Hace así del pillaje y del arreglo de cuentas un motor de la colectivización y transforma a una parte de los campesinos pobres, enrolados en las filas de los «activistas», en saqueadores y parásitos, dispuestos a calificar de kulak a su vecino con objeto de hacerse con sus bienes. Ellos formarán mañana la clase inferior de la casta burocrática.

Una vez que se alzan las compuertas, la violencia no conoce límites. Siberia, donde Stalin se había trasladado en 1928, muestra su alcance. En el distrito de Biisk, en el Altai, se colectivizan y «deskulakizan» en veinticuatro horas varios centenares de pueblos: los activistas se apoderan, sobre todo para ellos mismos, de los bienes de los campesinos bautizados como «kulaks» por necesidades de la causa, los muelen a golpes y los arrojan desnudos en la nieve. En Atchinsk, Minussinsk, y en varios pueblos, grupos de activistas violan a mujeres, hijas y nueras de campesinos y golpean ferozmente o asesinan a quienes se enfrentan a ellos. Uno de los procedimientos más extendidos en esta versión degenerada de la lucha de clases consiste en violar a una mujer o a una muchacha de un «kulak» prometiéndola que, si no se resiste, su marido o su padre no serán deportados.

El diario de Alexandre Soloviev, profesor de la Academia roja y ardiente partidario de Stalin, nos da un testimonio de las resistencias suscitadas en el Partido mismo por culpa de la forzada colectivización general. En febrero de 1930 le envían a hacer una investigación en Jlebnikovo donde acaban de suicidarse los hermanos Anikeiev, hijos de campesinos pobres, trabajadores en la fábrica de

<sup>12</sup> STALIN, *Oeuvres complètes*, op. cit., t. 12, p. 169. Sobre los problemas de la política agraria de la URSS.

textiles Krasnaia Polina; uno era presidente del soviet del pueblo, el otro, del koljoz. Se han suicidado, balbucea el segundo en su agonia, en protesta por los métodos de la colectivización total del comité de distrito del Partido contra la que habían luchado en vano. Los dirigentes habían agrupado todo el material requisado a los campesinos en un hangar, en otro el ganado vacuno, en un tercero los caballos, y en el cuarto los pollos, las ocas y los patos. Por último, habían encerrado en tres isbas, sin comida ni bebida, a las familias de los «kulaks» y de los campesinos medios que protestaban contra la colectivización. Abandonados sin pienso, los animales mugen y pifan, las aves pían. El pueblo está en ebullición. Tras escuchar la declaración del hermano pequeño, que muere en su presencia, Soloviev se dirige a la fábrica de textiles donde los Anikeiev trabajaban desde la infancia: «Todo el mundo canta sus alabanzas. Unos trabajadores ejemplares. Buenos comunistas»<sup>13</sup>. Los obreros hacen responsables de la muerte de esos militantes a los dirigentes del distrito que «querían ponerse a la cabeza» en la carrera de la colectivización para ser bien vistos desde las alturas. En las cuatro esquinas de la URSS se suceden centenares de escenas de ese tipo y decenas de suicidios como el de los hermanos Anikeiev.

A medida que se lleva a cabo la «liquidación de los kulaks», las autoridades locales, cada vez más incapaces de encontrar explotaciones «kulaks», y para huir de la venganza de Stalin, clasifican como tales a granjas de campesinos (¡muy!) medios. La «deskulakización» tiene como objeto aterrorizar a las masas de campesinos, y el gobierno deporta a 356.500 familias de «kulaks», es decir, 1.800.000 personas, aproximadamente, a las regiones lejanas y desérticas de Siberia y del Gran Norte para que las hagan cultivables.

Un auténtico incendio, extendido por los rumores de la brutalidad de la colectivización, abrasa los campos. Así, en febrero de 1930, en Pitelino, distrito de Riazan, circula la noticia de que Stalin ha decidido socializar a las mujeres y a los niños: los campesinos empuñan hoces y hachas y atacan los locales de la administración. En 1929, la GPU enumera 1.300 motines campesinos; en 1930 condena a muerte a 20.000 amotinados. En el primer trimestre del mismo año, registra 2.200 levantamientos en los que han tomado parte más de 800.000 campesinos. En las regiones fronterizas con Ucrania, los

<sup>13</sup> *Neizvestnaia Rossia, op. cit.*, t. 4, pp. 159-161.

campesinos forman destacamentos armados y destrozan de nuevo soviets y municipios. La guerra civil asola el Cáucaso Norte.

El temor a una insurrección campesina generalizada obliga a Stalin a hacer una pausa. El 2 de marzo, *Pravda* y los otros diarios importantes publican un artículo que se ha hecho célebre, titulado «El vértigo del éxito». En él acusa a los cuadros medios del Partido, enardecidos por el éxito del movimiento de creación de los koljoses, de haber ido demasiado lejos al colectivizar las herramientas personales y las aves: en una palabra, de haber cometido «exageraciones» (*peregibi*). A menudo se suele citar esta parte del artículo olvidando la segunda, en la que Stalin presenta como un «éxito enorme» la colectivización del 50% de las tierras, éxito que invita a los cuadros a «reforzar» y aprovechar para continuar avanzando. ¿Cómo obedecer a estos consejos? Jruschov resume en pocas palabras el sentido que hay que dar al «vértigo del éxito»: «Stalin se había golpeado la frente contra un muro sin poder romperlo y se vio obligado a retroceder; pero al hacerlo cargó con la culpa a los demás, que lo pagaron muy caro»<sup>14</sup>.

Amargados y descontentos, son numerosos los cuadros que protestan. El 24 de marzo, un grupo de dirigentes del distrito de Orlov escribe a Stalin que su artículo no es más que una «maniobra publicitaria» para desviar de él la cólera de los campesinos hacia los cuadros inferiores. Un trabajador le increpa: aquí abajo, nosotros cargamos con las dificultades para llevar a cabo la tarea y «mientras tanto, el camarada Stalin dormía en medio de un sueño heroico y no oía ni veía nuestros errores [...]. Y ahora, el camarada Stalin echa la culpa a las bases para defenderse a sí mismo y a la cumbre». Un antiguo militante protesta: «Ahora se acusa a las escalas inferiores de cometer todas las exageraciones, obligándolas a excusarse ante los campesinos, mientras que el camarada Stalin las obligaba a hacer todo lo contrario»<sup>15</sup>. La liquidación de la oposición no ha liquidado a todos los oponentes.

El éxito embriagador es un aspecto de la escena; en el otro domina la inquietud, incluso el miedo. Una carta confidencial del Comité Central, fechada el 2 de abril de 1930, pinta un cuadro angustioso de las sublevaciones campesinas y «de una situación

<sup>14</sup> *Voprossy Istorii*, n.º 3, 1990, p. 60.

<sup>15</sup> *Sudby Rossiskovo Krestianstva*, Moscú, 1996, pp. 273-274.

amenazadora. Si no se hubieran adoptado medidas inmediatas contra las desviaciones de la línea del Partido, hoy nos veríamos enfrentados a una oleada de acciones campesinas revolucionarias, una buena parte de nuestros militantes de base habrían caído a manos de los campesinos y las siembras habrían sido problemáticas; se habría interrumpido la formación de koljoses»<sup>16</sup>. Los circunloquios de un lenguaje estereotipado no son capaces de ocultar la confesión: el Partido se encuentra ante una auténtica guerra campesina. Ciertamente, los campesinos se baten desordenadamente ante un Partido centralizado, se dispersan en contiguas aisladas, ahora en un pueblo, luego en un cantón. No obstante, incluso sin un plan coordinado, sin una estrategia global, pueden llevar el hambre a las ciudades. Y si ahora se manifestara el descontento obrero, la supervivencia del régimen estaría amenazada. Pues bien, las siembras de 1930 están lejos de ser seguras... Al día siguiente de la publicación en Siberia del artículo sobre el «Vértigo del éxito», la justicia condena a muerte a los violadores asesinos, todos ellos miembros del Partido de Atchinsk, de Minussinsk y de Biisk. A últimos de abril de 1930, Kaganovitch baja a la zona y pide una explicación sobre dichas condenas a muerte. Cuando el fiscal responde: por «saqueo y ultrajes», Kaganovitch lo interrumpe preguntando: «¿Qué clase de exceso es ese?»<sup>17</sup>. Es el clásico método estalinista. Sin embargo, el «Vértigo del éxito» tiene un profundo eco: los campesinos salen en masa de los koljoses enarbolando el artículo; a finales de febrero estaban colectivizadas el 56% de las propiedades campesinas; a últimos de agosto solo quedan el 21,4%. En cuatro meses, las autoridades del Kazajstán liberan a 4.673, repatrian a 1.160 familias deportadas, devuelven los bienes (¿en qué estado?) a los propietarios de 9.533 explotaciones. El retroceso de Stalin, disfrazado por él como «medidas en contra de la desviación de la línea del Partido», es profundo pero provisional.

¿Aplicó Stalin al campo, como se ha dicho con frecuencia, las propuestas de la Oposición unificada tras haber expulsado a sus dirigentes? Algunos oponentes se unieron a ella por creerlo así. No obstante, el parecido era meramente formal: la colectivización idea-

<sup>16</sup> ZELENIN, «La revolución en las alturas», *Voprosy Istorii*, nº 10, octubre 1994, pp. 28-29.

<sup>17</sup> *Istochnik*, nº 1, 2000, pp. 67 y 72.

da por Stalin no trataba de crear y desarrollar una gran agricultura moderna, pues en esos momentos la URSS no disponía de una base industrial que permitiera una mecanización seria; la colectivización solo podría triunfar si el Estado garantizaba tractores, cosechadoras, abonos, etc., a los campesinos. No les ofrecía más que un cocktail de represión salvaje y de expropiación total para reunirlos en unas grandes unidades que le permitían alzarse con la mayor parte de la producción a bajo precio (pues el Estado pagaba las entregas obligatorias a la décima parte de su valor en el mercado), de centralizar la cosecha entre sus manos y de exportar el máximo al precio del mercado mundial. La colectivización creó unas grandes unidades explotadas con las técnicas de las pequeñas (excepto en las granjas modelo destinadas a los visitantes extranjeros) y, por esto, muy poco rentables; cien arados no hacen un tractor, cien hoces no hacen una cosechadora. La falta de tractores y de máquinas se compensó por la colectivización total de las tierras, del ganado, de las aves, de las herramientas, de los clavos del campesino, que, incluso pobre, tenía la sensación de haber sido saqueado. La agricultura soviética no se recuperará jamás.

El 30 de agosto de 1930, el Politburó adopta una resolución «sobre la necesidad de forzar inmediatamente al máximo la exportación de trigo, confiando al comisariado de Comercio la tarea de garantizar una entrega en septiembre de 3 a 4 millones de pouds al día (es decir, 60.000 toneladas en números redondos) para exportar al extranjero. El Estado libera así las inversiones necesarias para una industrialización forzada que asegure a los obreros un mínimo abastecimiento. Los campesinos que huyen a la ciudad le proporcionan una mano de obra poco cualificada, pero también poco exigente; los campesinos deportados o desplazados le garantizan una masa de trabajadores forzados gratuitos cuyo mantenimiento se reduce al mínimo estricto.

En su plataforma de 1927, la Oposición unificada afirmaba, por el contrario, que la industrialización era la condición para una colectivización duradera a través del canal de la cooperación: «Solamente un proceso de industrialización creciente de la agricultura puede crear una amplia base para una cooperación socialista (o colectivismo). Sin máquinas agrícolas, sin rotación de cultivos, sin abono artificial, es imposible cualquier trabajo prolongado y eficaz *hacia una colectivización* real de la agricultura (a conseguir en 10 o 15

años)»<sup>18</sup>. La Oposición proponía aumentar los impuestos que gravitaban sobre los kulaks, que continuarían existiendo como tales, limitar su explotación del trabajo asalariado estableciendo por decreto la remuneración de los obreros agrícolas, y proteger este trabajo con una reglamentación. Es difícil ver en ello el anuncio de la colectivización, forzada y total, de los pollos, los clavos o las botas, y de la liquidación de los kulaks como clase... Más tarde, Trotski compararía la colectivización estalinista con el intento de producir un enorme paquebote juntando una flotilla de barcas pequeñas sin motor y sin vapor. En abril de 1930, los dirigentes de la Oposición en Rusia denuncian el «eslogan de la colectivización intensiva» como «el mayor absurdo económico».

El 7 de abril de 1930, el Politburó crea en el seno de la GPU una Dirección principal de los campos rebautizados «campos de trabajos correctivos»: el *Glavnoe Opravlenie Ispravitelno-Trudovyj Lagueri*, o GULAG. El término «campo de concentración» desaparece al mismo tiempo que el sistema de campos de trabajo adquiere una considerable extensión. Durante los dos años siguientes, esta dirección general administra un flujo considerable de mano de obra. A finales de abril de 1930, Iagoda organiza un reclutamiento especial de «cuadros tchekistas voluntarios» —que disfrutaban de múltiples ventajas materiales destinadas a estimular su entusiasmo— para la dirección de los campos recientemente organizados en Siberia, en el Norte, en Extremo Oriente y en Asia central. El 31 de julio de 1939, la GPU, quejándose de un «déficit de mano de obra penal», reclama el traslado masivo de detenidos de la NKVD bajo su jurisdicción. Stalin apoya la petición. Pero las necesidades del Kremlin no terminan ahí.

En junio de 1930, el Politburó decide excavar un canal mar Blanco-Báltico. Como este Bielomorkanal ha de mostrar los milagros de la reeducación por el trabajo, Stalin decide que debe ser construido en dos años: las demoras que exigieron Suez y Panamá quedaban pulverizadas. El «socialismo» demuestra así su superioridad sobre el «capitalismo». En dos años y medio, 250.000 detenidos trabajan con las manos desnudas, sin guantes, ayudándose de palas, picos, palos, carretillas y explosivos. La mortalidad es aterradora. Por lo menos mueren 30.000 «reeducados» a causa del hambre, del frío, de las heridas y de las enfermedades.

<sup>18</sup> *The Platform of de Left Opposition*, Londres, New Park publications, 1963, p. 33.

Para Zubtchaninov, antiguo preso de Vorkuta, el Gulag de Stalin recupera y amplía el uso de los trabajos forzados en tiempos del zarismo: «A lo largo de la historia rusa, la conquista de los territorios iba acompañada del envío forzoso de individuos a los que, con este objeto, se privaba de libertad y de todos los derechos humanos». La colonización de Siberia, la construcción de San Petersburgo y la de las fábricas del Ural se habían efectuado gracias a esta mano de obra esclavizada. «En este sentido, como en otros muchos, Stalin continuaba las tradiciones históricas de la Rusia zarista. Pero las dimensiones del sistema policial creado por él ensanchaban de un modo desacostumbrado las posibilidades de la colonización forzada, que a su vez implicaba la ampliación y el reforzamiento de la dictadura policial»<sup>19</sup>. En efecto, hasta mediados del siglo XIX, los zares habían empleado a soldados o a campesinos arrancados por la fuerza de sus pueblos para extraer el mineral en Siberia y construir ciudadelas y fortines. Antes de su abolición en 1861, la servidumbre facilitaba el uso masivo de una mano de obra poco costosa con una mortalidad muy elevada. El Gulag reintroduce, duplicándola, esta servidumbre ancestral.

Los problemas de la colectivización y de la industrialización no distraen a Stalin del control del mundo intelectual. Poco después del suicidio de Maiakovski en abril de 1930, telefona a Bulgakov, cuya obra *Los días de las Turbinas* es muy de su agrado, y que, perseguido por la censura, le ha escrito unos meses antes solicitándole autorización para viajar al extranjero. La *intelligentzia* moscovita nos ha dado varias reseñas de esta conversación, elevada al rango de relato mítico, en la que Stalin se excusa en primer lugar por haber tardado en responder al escritor, pero ¿estaba tan ocupado...! ¿Realmente desea partir Bulgakov? «Entonces, ¿tan harto estás de nosotros?» Bulgakov balbucea un no. «Me gustaría hablarte personalmente, continúa Stalin. No sé cuándo será porque, te repito, estoy muy ocupado... En cualquier caso, nos esforzaremos por hacer algo por ti»<sup>20</sup>. Temiendo que se trate de una broma, Bulgakov telefona al Kremlin. Efectivamente, acababa de hablar con Stalin. Un agente de la GPU describe el efecto que produce en el público el relato de esta conversación. «Tiene la impresión de que ha caído una

<sup>19</sup> *Oktiabr*, n.º 8, 1997, pp. 104-105.

<sup>20</sup> V. CHENTALINSKI, *La Parole ressuscitée*, op. cit., p. 148.

barrera y que todo el mundo puede ver el verdadero rostro de Stalin. [...] Le consideraba un fanático que llevaba al país a la perdición, le juzgaba responsable de todas nuestras desgracias y lo imaginaba como un ser feroz instalado detrás de las murallas del Kremlin. Ahora dice: Realmente Stalin es un gran hombre y, además, sencillo, accesible [...], no tiene nada que ver con la ruina de nuestro país. Sigue una línea correcta, pero está rodeado de gentuza [...]. La popularidad de Stalin ha adquirido una extraordinaria amplitud»<sup>21</sup>. Stalin no se limita a vestir la librea monárquica del señor protector de los artistas contra las persecuciones puntillosas de sus funcionarios, sino que deja caer un mensaje político: Bulgakov es un gran escritor, a pesar de ser «blanco», enemigo de la revolución, del régimen social surgido de ella y de su burocracia que, según dice, «lo engulle todo en sus fauces infernales». A partir de entonces, la Asociación de «escritores proletarios» (la RAPP), que lo persigue con un odio tenaz, debe desconfiar. La llamada telefónica de Stalin a Bulgakov le advierte que su dominio en el mundo de las letras toca a su fin. En una palabra, Stalin prepara suavemente un viraje hacia el nacionalismo: desea reconciliarse, aunque intimidándolos, con los supervivientes del Antiguo Régimen y arrojar a la RAPP por la borda.

A primeros de junio, Nadejda deja Moscú durante tres meses. Marcha al balneario de Karlsbad, y luego a Berlín para reunirse con su hermano Pablo, que trabaja en la embajada como agregado comercial. Quince días después de su partida, en la víspera de un congreso que se anuncia sin problemas, Stalin, que continúa sin noticias de ella, le escribe una carta en la que se perciben una solicitud y un desasosiego desacostumbrados: «Tatka, le pide, ¡escribe algo! Escribe obligatoriamente [...] cómo te fue en el viaje, lo que has visto, si has consultado a los médicos, qué opinan sobre tu salud, etc. Escribe. [...] Aquí me aburro mucho, Tatotchka. Estoy solo en casa como un ave nocturna. [...] Pienso ir a la dacha mañana o pasado mañana para ver a los chicos. Bueno, hasta la vista. No te quedes mucho tiempo, vuelve lo antes posible. Besos, tu Iosiv»<sup>22</sup>.

El XVI Congreso se inaugura el 26 de junio de 1930. Stalin exigía que la fábrica de tractores de Stalingrado estuviera terminada

<sup>21</sup> *Ibid.*, p. 150.

<sup>22</sup> *Iossif Stalin v obiatinj semii, op. cit.*, p. 29.



para aquella fecha y enviara al congreso su primer tractor. La presión del Kremlin sobre las autoridades locales del Partido y sobre la dirección de la fábrica es diaria. Stalin quiere su tractor para el congreso, aunque solo funcione una vez. Se instala a toda prisa el equipamiento (algunas fresadoras indispensables no se fabrican en la URSS), importado del extranjero a precio de oro, y en ocasiones por avión. Por fin, un tractor se dirige triunfalmente, por la calle Miasnitskaia desde la estación hasta el Bolchoi, donde se celebra el XVI Congreso. La reunión se inicia con un ceremonial parareligioso: quince saludos exaltados de los delegados de trabajadores, campesinos, soldados y marineros que aúllan frases entusiastas, sembradas de exclamaciones líricas y de eslóganes inflamados. «¡Viva nuestra guía, el discípulo de Lenin, el camarada Stalin! ¡Abajo los oportunistas de dos caras! ¡Viva el Partido y su guía Stalin! ¡Viva nuestro amado Guía, el camarada Stalin!»<sup>23</sup>. Este presenta un balance más que positivo: «Se puede considerar resuelta la crisis del trigo [...]. Asegurado el aprovisionamiento del pan»<sup>24</sup>. Dos años después, la hambruna devastará Ucrania, Kuban, Kazajistán...

El Congreso elige a Bujarin, Tomski y Rykov para el Comité Central. Este reelige a Rykov para el Politburó, pero no a Tomski. Inaugurando la táctica llamada posteriormente del salami, Stalin acaba con la «derecha» a rebanadas, pues al haber hecho su autocrítica, sus miembros carecen de toda autoridad. A pesar de que crece una aversión recíproca, el aparato, vapuleado por su jefe, cierra filas tras él. Expulsada la oposición por la comisión del Comité Central, Stalin libera a Ordjonikidzé y lo coloca a la cabeza del comisariado de la Industria pesada, pieza fundamental del plan quinquenal. Lo sustituye por el dócil pero brutal Andreiev, encargado de ejecutar sus órdenes de depuración. Con excepción de Rykov, aislado, los organismos dirigentes solo incluyen a partidarios reconocidos. Stalin sigue siendo miembro del Politburó de quince miembros (incluidos los suplentes), del Secretariado de siete miembros (incluidos los suplentes) y del Buró de organización que comprende cinco miembros titulares del Secretariado (Stalin, Molotov, Kaganovitch, Bauman, Kuibychev) y otros seis responsables.

<sup>23</sup> Acta mecanografiada del XVI congreso, Moscú, 1930, pp. 6-16.

<sup>24</sup> STALIN, *Oeuvres complètes*, op. cit., t. 12, p. 262. Informe político del C.C. al XVI Congreso del PCR (b).

La unanimidad del congreso y de todas las instancias del Partido oculta tres fenómenos igualmente clandestinos: la existencia en la cumbre de una fracción constituida por Stalin, la formación de grupos de descontentos en diversos niveles del aparato, y la sustitución de la lucha de clanes por la lucha de ideas. Así, Lominadzé, nombrado primer secretario del PC de Transcaucasia en 1930, descubre en el PC armenio cuatro grupos, cada uno más fiel que el otro a la «línea general», pero comprometidos en una encarnizada batalla por cuestiones personales: esta lucha de camarillas solo refleja intereses particulares.

Tras el aparente monolitismo del congreso, Stalin ha creado un grupo dirigente informal que se reúne clandestinamente y cuya existencia reconocerá posteriormente Molotov: «Siempre hubo un grupo dirigente en el Politburó». No eran miembros «Kalinin, Rudzutak, Kossior ni Andreiev»<sup>25</sup>. Molotov no concreta las razones de la exclusión. Probablemente, Stalin los consideraba como unos dirigentes gastados, reblandecidos, embrutecidos y, por tanto, poco fiables. Durante una reunión del grupo secreto de oponentes que crea en 1930 con Lominadzé, Syrstov, un miembro suplente del Politburó, informa a sus invitados de la existencia de este organismo clandestino. El Politburó bis se reunía en el Kremlin, en el antiguo apartamento de la anciana militante comunista alemana Clara Zetkin. Formaban su núcleo habitual Stalin, Molotov, Kaganovitch, Mikoian y Ordjonikidzé, a los que suelen añadirse Iakovlev y Postychev, ajenos al Politburó cuya mayoría de miembros (seis titulares de diez: Vorochilov, Kuibychev, Kirov, Rudzutak, Kalinin y Rykov) fueron apartados, así como cuatro de los cinco suplentes (Tchubar, Petrovski, Andreiev y Syrtsov). Este grupo es estatutariamente ilegal, pero su permanencia permitirá a Stalin espaciar cada vez más, y finalmente casi suprimir, las reuniones de las instancias dedicadas en principio al debate colectivo: Congreso, Comité Central y Politburó. Por una parte prefiere las reuniones de las comisiones y de los grupos informales y, por otra, las ceremonias y las celebraciones.

Incluso en ese reducido clan reinan las frases estereotipadas y las mentiras oficiales. Así, en una carta redactada a finales de agosto-comienzos de septiembre de 1930, Stalin escribe a Molotov: «Sube y

<sup>25</sup> F. TCHUEV, *Conversations avec Molotov*, op. cit., edición rusa, p. 424.

crece la ola del movimiento koljosiano»<sup>26</sup>. Sin embargo, ambos saben a qué atenerse. Pero Stalin no desea dejar a su interlocutor, a pesar de tratarse del fiel Molotov, la posibilidad de hacer uso de una carta en la que reconociera la realidad, aunque fuera con medias palabras. El lenguaje de la propaganda era la única materia de relación entre los burócratas situados en los puestos importantes, y las tomas de decisión no eran el resultado de un auténtico debate colectivo. La omnipresencia de la mentira oficial es, pues, un resorte suplementario del poder personal.

El 13 de julio, unos días después del final del congreso, Stalin marcha a Sotchi para hacer una cura de aguas en Matsesta. Toma los baños otra vez y contrae anginas. En agosto y en septiembre descansa en una villa —desde entonces personal— llamada Zenzinovla. Su médico, Valedinski, que lo reconoce diariamente durante tres semanas, anota: «Sus afirmaciones se distinguían siempre por un carácter maduramente ponderado, por su claridad, su vitalidad práctica». Añade: «Stalin se interesaba por las opiniones del interlocutor y solamente se quedaba satisfecho con una respuesta clara»<sup>27</sup>. El médico anota un rasgo de conducta sin llegar al auténtico fondo: Stalin se interesa por la opinión de su interlocutor no para tenerla en cuenta, sino para juzgarlo.

Entonces le entra el afán por aprender inglés por su cuenta. Es cierto que en Sotchi no se divierte mucho: no practica ningún deporte; juega a los bolos en una variante rusa de ese juego (los *gorodki*) y al billar. Dada su escasa aptitud para las lenguas extranjeras, no desea divulgar ese deseo un poco infantil que no llegará a dar fruto. De modo que espera a que Nadejda regrese a Moscú a finales de agosto para pedirle un método de inglés: El 5 de septiembre, ella le dice que los ha dejado en Sotchi. Stalin no lo encuentra. El 8 insiste: no lo encuentra; que lo busque bien y se lo haga llegar. El 12, Nadejda se excusa; ha buscado en vano, pero le envía otro ejemplar. Conociendo la irascibilidad de su marido, añade: «No te enfades, pero no he podido encontrarlo en ninguna parte». La carta termina con un comentario inesperado: «Obras muy acertadamente al no moverte; en todos los sentidos, es arriesgado»<sup>28</sup>. No se hace ilu-

<sup>26</sup> *Pisma Stalina Molotovu*, op. cit., p. 197.

<sup>27</sup> I. VALEDINSKI, «Rencontres avec Staline», *Istochnik*, nº 2, 1998, p. 69.

<sup>28</sup> *Iossif Stalin v obiatuj semii*, op. cit., p. 31.

siones sobre su impopularidad y sobre los riesgos que se desprenden de ella. Nadejda se siente desolada porque demora su regreso a Moscú hasta finales de octubre; él la tranquiliza: «Por supuesto, no volveré a finales de octubre, sino bastante antes, a mediados [...]». He hecho correr a través de Poskrebychev el rumor de que no volvería hasta finales de octubre a causa de las conspiraciones»<sup>29</sup>. ¿A quién apuntarían los conspiradores? A otros miembros de la dirección, probablemente, pues solo estaban al corriente de la verdadera fecha de su regreso, además de su mujer, Molotov y Ordjonikidzé. Pero no se comprende el porqué. Simplemente, hemos de ver en todo ello la primera expresión de una obsesión por el atentado. Hacer circular la falsa noticia de su partida es desbaratar los cálculos de unos terroristas aún sin rostro...

Su desconfianza se generaliza. Así, el 6 de octubre, Nadejda, quejándose de no haber recibido sus cartas, le informa de que ha oído hablar de él «a una mujer muy interesante». «Te ha visto en casa de Kalinin, y dice que tenías un aspecto magnífico, que estabas extraordinariamente alegre y que te burlabas de todos los que se sentían desconcertados por tu persona»<sup>30</sup>. Sospechando en esas líneas una prueba de celos, Stalin responde a su vez: «Últimamente empiezas a elogiarme. ¿Qué significa eso? ¿Algo bueno o algo malo?». Y se defiende: «Te refieres a alguna de mis salidas. Te comunico que no he ido ni pienso ir a ninguna parte (¡absolutamente a ninguna!）」<sup>31</sup>. Si creemos en sus palabras, la comida en casa de Kalinin y la joven interesante son, pues, una pura invención.

En 1930, Stalin se cambia de villa: abandona Zubalovo por Kuntsevo, a unos veinte kilómetros de Moscú. En medio de un vasto emplazamiento de 22 hectáreas rodeado de una alta empalizada, se alza una casa burguesa de una planta, dividida en dos zonas separadas por un pasillo. En una parte duermen los guardias y el personal, en la otra, compuesta de seis piezas, duermen Stalin así como, hasta el invierno de 1932, su mujer y sus dos hijos, y en ocasiones, hasta 1935, sus invitados. Esta parte incluye varias terrazas y balcones protegidos por una balaustrada de metro y medio. Unas espesas cortinas adornan las ventanas. Después de la muerte de su mujer y hasta

<sup>29</sup> *Ibid.*, p. 33.

<sup>30</sup> *Ibid.*, p. 34.

<sup>31</sup> *Ibid.*, p. 35.

el final, la disposición de las habitaciones continuará siendo la misma, sin dormitorio ni despacho fijos. En cada pieza aparece un pequeño diván y ropa de casa. Stalin nunca dirá a nadie en qué habitación duerme.

Su vida en la villa obedecía a una especie de ritual: después de comer, jugaba al billar. En algunas ocasiones, los Alliluiev o los Svanidzé se quedaban a dormir. De vez en cuando bebía con sus compañeros. La mujer de Bujarin observa que Stalin, de ordinario lacónico, se volvía locuaz cuando bebía. Un día, achispado, hizo oír a Bujarin la grabación de una conversación entre Zinoviev y su esposa. Los temas políticos se mezclaban con unos detalles íntimos que le encantaban. Zinoviev, a pesar de ser aliado de Stalin durante tres años, no se lo imaginaba y charlaba sin control...

Estos asuntillos no son más que insignificancias ante la agitación que reina en el país. Para asegurar el abastecimiento, el Politburó instaura a primeros de 1930 un sistema de tickets de racionamiento para el pan, la carne y la manteca. La prensa se apresura a presentar la medida como un medio de suprimir la moneda, vestigios de un capitalismo moribundo, y de entrar en el comunismo. Stalin deja hablar a esos propagandistas que, como en 1920, presentan el reparto que de la penuria hace el Estado como el preámbulo de un futuro glorioso... Cuando más crece la distancia entre las palabras y los hechos, más hiperbólica se hace la propaganda con objeto de colmarla.

A finales de septiembre de 1930, Stalin invita a los militantes a reanudar la tarea suspendida de la colectivización. Numerosos cuadros locales, ampliamente criticados en marzo-abril, protestan por tener que chocar de nuevo con los campesinos. Stalin dirige entonces a los comités territoriales y provinciales del Partido una directriz que «condena severamente la pasividad de los cuadros ante el «nuevo flujo» de los campesinos en los koljoses». Este «nuevo flujo» es imaginario. En efecto, el 10 de septiembre de 1930, el jefe de la GPU, Menjinski, escribe en un informe a Stalin: «En la coyuntura actual, los grupos rebeldes maduran muy deprisa»<sup>32</sup>. Para acosar a los campesinos, Stalin decide que, a partir del próximo año, las cosechas se calcularán antes de la siega, y no después. Frecuentemente se ha visto en ello una preocupación estadística, pero, de hecho,

<sup>32</sup> O. JLEVNIUK, *Le Cercle du Kremlin*, op. cit.

la preocupación de Stalin es más política: puesto que las entregas obligatorias al Estado se fijan por un porcentaje sobre la cosecha, calculándolas sobre la base de la recolección en el terreno, aumentarán las cantidades que obtiene sobre la cosecha real del koljoz y reforzará así la presión sobre los campesinos que, para sobrevivir, se verán obligados a sacarlas adelante.

Las brutales tensiones producidas por la colectivización y el plan quinquenal llevado hasta el límite provocan fisuras en un aparato atormentado por la inquietud. En octubre de 1930, el presidente del Consejo de los comisarios del pueblo de Rusia, Syrtsov, miembro suplente del Politburó, y Lominadzé, primer secretario del Comité de Transcaucasia, forman un bloque de oposición. En un futuro próximo prevén un desastre económico y una «gran crisis» marcada por los problemas campesinos, las huelgas y las manifestaciones de obreros. «Entonces, según Syrtsov, Stalin caerá en el mismo pánico que en primavera; perderá la cabeza y el Partido se encontrará sin dirección. Cuando tenga lugar la crisis económica, cuando se avecine la catástrofe, las clases se manifestarán y ningún aparato podrá resistir el golpe; y Stalin se apoya en el aparato»<sup>33</sup>. También para Lominadzé, cuando se produzca el desastre económico, «Stalin perderá la cabeza e inmediatamente el aparato dejará de actuar»<sup>34</sup>.

Stalin ha infiltrado en sus líneas a un agente que denuncia a los dos. Destituye a ambos dirigentes, pero silencia el tema. «El asunto del bloque Syrtsov-Lominadzé, dice, no es serio», y hace que el Politburó del 20 de noviembre vote una resolución quitando importancia al incidente. Pero la GPU detiene a tres cuadros del Partido de su grupo por haber intercambiado críticas. Es una novedad: el delito de fraccionamiento se extiende desde ese momento a las simples conversaciones...

Syrtsov ha puesto el dedo en el auténtico crimen de Stalin a ojos del aparato, el de reunir clandestinamente a un grupo informal de clan que decide todo. En efecto, en la reunión común del Politburó y de la comisión de Control del 4 de noviembre declara: «El Politburó es una ficción. De hecho, todo lo decide a sus espaldas un reducido grupo, que se reúne en el Kremlin, formado por Stalin, Mo-

<sup>33</sup> *Znamia*, n° 11, 1997, p. 158, *Cahiers du mouvement ouvrier*, n° 2, junio 1998, p. 69.

<sup>34</sup> *Znamia*, op. cit., p. 159, y *Cahiers du mouvement ouvrier*, op. cit., p. 70.

lotov, Kaganovitch, Mikoian y Ordjonikidzé». Y añade: «Considero anormal una situación en la que un grupo determinado decide previamente una serie de decisiones del Politburó». Los eliminados, los que «no participan en ese grupo dirigente, son, pues, unos miembros mecánicos del Politburó»<sup>35</sup>.

Stalin había denunciado constantemente a sus oponentes como «fraccionadores», y juzga desagradable verse a su vez acusado de ese vil pecado. A pesar de que la acusación tenga lugar en un círculo muy reducido, considera necesario refutarla durante la reunión del 4 de noviembre... formada exclusivamente por sus partidarios. Pero continúa reuniendo su Politburó bis: como defensor del aparato y de sus intereses, no desea ser su prisionero. El asunto contribuye al deterioro de las relaciones entre Stalin y Ordjonikidzé, que propone excluir a Lominadzé durante la reunión del 4 de noviembre, pero en privado intenta defender ante Stalin a su antiguo pupilo.

Por lo tanto, el aparato debe cerrar filas en torno a él a fin de enfrentarse a los desórdenes en el campo y al caos de la industrialización obligatoria, de la que las desventuras en la fábrica de tractores «Stalin» dan una penosa imagen. Una vez que se publica el éxito del famoso tractor de la Internacional, los problemas llueven sobre la fábrica: cadenas de montaje que se paran, averías en las maquinarias, accidentes de trabajo, etc. Entre junio y julio de 1930, la fábrica produce 10 máquinas, y de agosto a octubre, 35. Son los tractores más caros del mundo. A primeros de septiembre, Molotov convoca a la dirección de la fábrica en el Comité Central y le pregunta secamente por el número de tractores que producirá en ese mes: están previstos 402, responde el director. De la fábrica saldrán... 12. Destituyen a la dirección. Por fin, las cadenas se ponen de nuevo en marcha a finales de noviembre, y muy pronto la fábrica hace cuentas: en 6 meses y medio ha fabricado 1002 tractores... traquetantes.

Este enorme desastre caracteriza a la planificación estalinista, en la que las exigencias políticas de la propaganda cuentan más que

<sup>35</sup> *Stalinskoe Politburo v 30 gody*, pp. 97 y 99. Syrtsov repitió ante la comisión central de Control la afirmación que pone en su boca el denunciante. En la comisión de Control se limita a dar la lista de los excluidos del Politburó (Kalinin, Rudzutak, Kuibychev, p. 99). El agente que repite sus frases añade el nombre de Vorochilov, lo que es realmente cierto, pues Stalin apenas toma en serio a su fiel servidor, y el nombre de los no-miembros del Politburó asociados a ese organismo (Iakovlev, Postychev...). Por último pone en su boca una serie de dirigentes que, dice, «podrán alzarse contra Stalin llegado el momento: Andreiev, Kolotylov, Eije» (p. 97).

los resultados reales. En el congreso de junio, Stalin ha valorado al alza los objetivos del plan quinquenal: 17 millones de toneladas de fundición, 170.000 tractores y 200.000 automóviles al año, y el resto por el estilo. A pesar de los maravillosos porcentajes de aumento de la producción industrial, debidos sobre todo a una afluencia de mano de obra campesina ignorante y hambrienta, el plan quinquenal marcha a la deriva, sin contar con que las cifras oficiales disfrazan el alcance de la partida inutilizable de la producción –siempre contabilizada– y la caída de la productividad del trabajo. Pero al mismo tiempo, más allá de las fronteras de la URSS, la crisis mundial del sistema capitalista, acelerada por el crack del Jueves Negro de octubre de 1929 en la Bolsa de Nueva York, multiplica las quiebras bancarias e industriales en el mundo y provoca una oleada de paro que conmociona a Europa y, sobre todo, a Alemania. Por contraste, este hundimiento da valor a los grandiosos porcentajes de la producción industrial soviética, pero la realidad es mucho menos brillante. La permanente y desmesurada exigencia de los objetivos impuesta por Stalin altera la planificación, provoca una creciente desproporción entre las diversas ramas de la producción y suscita por todas partes estrangulamientos, detenciones temporales de la producción y la manipulación de productos inacabados, entregados, sin embargo, como acabados y por tanto inutilizables.

A Stalin no le importa. ¿Acaso este voluntarismo no le permite tener en ascuas a los cuadros, enfrentados constantemente con unos objetivos inaccesibles? Para la propaganda, los objetivos ocupan el lugar de resultados, mientras que las distorsiones entre las diferentes ramas de producción se agravan y galopa la inflación: en 18 meses, de diciembre de 1928 a julio de 1930, el gobierno emite más billetes de los previstos para toda la duración del plan quinquenal. El alza desenfrenada de los esperados objetivos en todos los sectores acarrea la apertura simultánea de multitud de obras inacabadas. Para evitar la parálisis, el gobierno inyecta unas inversiones gigantescas, financiadas por una sangría sobre la población trabajadora y el funcionamiento a toda velocidad de la máquina de hacer billetes: las inversiones pasan del 11,5% al 16,5% en 1930, 19,6% en 1931 y 20,2% en 1932. Durante este tiempo, el nivel de vida de los obreros disminuye a la mitad.

Una carta desesperada de los obreros de la fábrica de Ijevsk, en el Ural, pidiendo a Rykov en agosto de 1930, en nombre de 50.000



obreros de la fábrica, que «los salve del hambre», da una idea de las condiciones de vida en aquella época: «Cierran las cantinas, nos dan agua con sémola de avena y un poco de pan. Desde hace un mes, en las tiendas nos dan libra y media de pan negro o de harina por persona y nada más. Estamos hinchados por el hambre, no tenemos fuerzas para trabajar. Los obreros abandonan la producción y venden todo lo que tienen solamente para alimentar a sus hijos»<sup>36</sup>. El diario de Soloviev pinta el mismo cuadro. El 18 de noviembre de 1931 escribe: «No hay nada en las tiendas. Incluso no se cubren las raciones indicadas en las cartillas de abastecimiento ni en las de trabajo. Los bazares están muertos. En la calle se forman unas enormes colas en espera de que haga su aparición alguna mercancía [...]. Ya no funcionan los tranvías. Los vagones están inmóviles en la calle. La gente se traslada a pie. Por todas partes hay retrasos para llegar al trabajo. La moral de la población es sombría»<sup>37</sup>. Y se trata de Moscú. Año y medio más tarde, una amiga que regresa de Kuban, le dice: «Ese país, siempre fértil, hoy es presa del hambre; no hay nada en las tiendas ni en los mercados. Las gentes, extenuadas, mueren en plena calle. Los campos están cubiertos de grama»<sup>38</sup>.

Stalin emplea la provocación para intimidar a los elementos indecisos, vacilantes o inseguros. A partir de enero de 1930 elabora la primera versión de los médicos asesinos, cuyo argumento repetirá en 1938 en el tercer proceso de Moscú, y en 1953 durante el «proceso de las Batas blancas». Financia el proceso de un grupo de médicos en Ucrania. El 2 de enero de 1930 ordena por telegrama a los responsables del PC ucraniano en Jarkov, Tchubar y Kossior, que lleven a juicio «los juegos malabares de los médicos que tenían por objeto el asesinato de los cuadros oficiales. [...] «Europa» debe saber que la represión contra la banda contrarrevolucionaria de los «especialistas» que se esfuerzan por degollar y envenenar a los pacientes comunistas está plenamente «justificada». El desarrollo del proceso de «esos canallas contrarrevolucionarios» será puesto a punto «con Moscú»<sup>39</sup>.

Stalin transforma a los médicos en envenenadores, a los ingenieros en sabotadores y a los adversarios políticos en trotskistas o en

<sup>36</sup> *Istoricheski Arhiv*, nº 4, 2000, pp. 212-213.

<sup>37</sup> *Neizvestnaia Rossia*, *op. cit.*, t. 4, p. 169.

<sup>38</sup> *Ibid.*, p. 173.

<sup>39</sup> *Izvestia TsK KPSS*, 10 de junio de 1992.

agentes extranjeros. Cuanto más simplista es la demonización, más eficaz resulta. Obedeciendo sus órdenes, la GPU inventa organizaciones clandestinas y subversivas: un Partido campesino del trabajo y, luego, un partido industrial; hace «confesar» a los inculpados de la primera (Kondratiev y Tchaianov) la organización de múltiples sabotajes y el intento de derribar el régimen; y ello, en estrecha relación con organizaciones de monárquicos emigrados, con la ayuda de Rykov e incluso de Kalinin, ambos situados así al final de una cadena de traiciones. Stalin sigue minuciosamente el montaje y la evolución del proceso. A finales de agosto escribe a Molotov: «Hoy está perfectamente comprobado que Kalinin ha pecado. Es absolutamente preciso informar al Comité Central para que Kalinin reflexione antes de relacionarse con gente de mala fama»<sup>40</sup>. Ya está neutralizado Kalinin. Diez días más tarde vuelve a la carga concretando su objetivo. «Estoy de acuerdo —escribe como si apoyara una propuesta... de la que es el autor— en que hay que castigar a los comunistas que ayudan a Kondratiev-Groman y compañía, pero ¿qué hacer con Rykov (que indudablemente ayudaba a esos señores) y con Kalinin [...]? Es preciso reflexionar seriamente sobre estos temas»<sup>41</sup>. Para acelerar esa reflexión, Stalin manda difundir un folleto que contiene las «confesiones» de los acusados junto a las de gran número de cuadros...

Siempre desde Sotchi, a comienzos de septiembre, informa a su mujer de los graves problemas de su dentadura; el dentista le saca una muela y le lima los caninos. A finales de mes, repite la operación en ocho muelas más. El dolor le pone de malhumor.

El 13 de septiembre de 1930, escribe a Molotov: «Habría que *publicar* sin tardanza *todas* las declaraciones de los *saboteadores de la carne, del pescado, de las conservas y de las frutas* [...]. Y convendría publicar una semana después un comunicado de la GPU anunciando que todos esos canallas habían sido fusilados. Hay que fusilarlos *a todos*»<sup>42</sup>. Una semana más tarde, el Politburó transforma esta directriz en sentencia. El 25 de septiembre, la GPU anuncia la ejecución de los cuarenta y ocho imaginarios saboteadores.

La máquina funciona a pleno rendimiento. Ocho días después, Menjinski informa a Stalin del descubrimiento de un complot mili-

<sup>40</sup> *Pisma Stalina Molotovu, op. cit.*, p. 198, y O. JLEVNIUK, *Le Cercle du Kremlin, op. cit.*, p. 46.

<sup>41</sup> *Ibid.*, p. 211.

<sup>42</sup> *Ibid.*, p. 216.

tar... financiado por el mismo Stalin. Menjinski hace detener a un grupo de oficiales superiores de la Academia militar, entre ellos Karkurin, autor de una *Historia de la guerra civil*, publicada en 1925, en la que Stalin no aparece más que una sola vez. Los dos principales acusados firman haber conspirado con Tujatchevski. El 24 de septiembre de 1930, Stalin informa a Ordjonikidzé de que solamente Molotov y él están al corriente de este asunto y le pide que lea rápidamente el dossier: «De este documento se deduce que los elementos antisoviéticos pertenecientes al campo de los derechistas habían trabajado el cuerpo a Tujatchevski». Y finge preguntarse: «¿Es posible? Por supuesto, no podemos excluir nada»<sup>43</sup>.

Dos días antes había propuesto a Molotov que reemplazara a Rykov a la cabeza del Consejo de comisarios del pueblo y del Consejo del trabajo y la defensa. Vorochilov, invitado a dar su opinión, propone ingenuamente a Stalin que sea él quien asuma la función de jefe del gobierno: «De todos modos, le escribe, la dirección se encuentra en tus manos»<sup>44</sup>. Tanto como igualar el hecho con el derecho. Pero ocupar la jefatura del gobierno significaba asumir a los ojos del pueblo la responsabilidad pública de una política impopular. Permaneciendo en la sombra, y manteniendo la ficción de una distinción entre el Partido y el gobierno, Stalin se reservaba un margen de maniobra. A mediados de octubre, Stalin, Ordjonikidzé y Vorochilov carean a Tujatchevski y a sus dos acusadores. Tujatchevski salió limpio de toda sospecha pero con un dossier enriquecido en manos de la GPU. Stalin ha hecho comprender al orgulloso mariscal que su suerte depende de él.

A finales de 1930, remata la liquidación de la «desviación de derechas» y la reestructuración de la cumbre del aparato ordenando a la GPU que monte una serie de asuntos de «sabotaje»; el más llamativo es el proceso público del supuesto Partido industrial (o Promparti), que se abre en Moscú el 25 de noviembre de 1930. Se acusa a este partido, inventado en todos los sentidos, de haber preparado numerosos actos de sabotaje y la toma del poder de acuerdo con... Poincaré. Stalin sigue día a día la preparación. El 25 de octubre da instrucciones a Menjinski. La GPU fabrica un «centro unificado» que reúne a los pseudo-dirigentes del Prom-

<sup>43</sup> O. JLEVNIUK, *Le Cercle du Kremlin, op. cit.*, p. 48.

<sup>44</sup> *Sovietskoe rukovodstvo, perepiska, 1928-1941*, p. 145.

partí y a los del Partido campesino del trabajo y del «Buró central de los mencheviques».

A lo largo de 1929 y 1930, Stalin denunció el «menchevismo». Al hacerlo, perseguía tres fines: comprometía definitivamente al trotskismo, asimilado al menchevismo; denunciaba a los socialdemócratas (los mencheviques, enemigos en 1917 de la revolución de Octubre, pertenecían a la II Internacional); y se libraba de los estorbos; así, califica de menchevique al comité de redacción de la revista *Bajo la bandera del marxismo*, dirigida por el filósofo Deborin, especialista en Hegel, al que Stalin, a pesar de sus esfuerzos, no ha conseguido leer. Deborin, detestado por Stalin a causa de sus conocimientos enciclopédicos, no es en absoluto menchevique, pero de todos modos será destituido rápidamente.

En aquel mes de octubre de 1930, la GPU obliga a confesar a unos antiguos mencheviques «que pretendían socavar por todos los medios la autoridad del jefe del Partido, el camarada Stalin». Los interrogatorios tienen como principal objeto glorificar la sabiduría de Stalin. Los acusados deseaban sobre todo ayudar a las potencias extranjeras a intervenir en la URSS. Efectivamente, al comienzo de la colectivización y de la industrialización, «el país conoció toda una serie de dificultades» que aquellas personas pretendían utilizar en beneficio del extranjero, pero después del «Vértigo del éxito» de Stalin, todo se había solucionado como por milagro: los campos estaban en calma, en las ciudades reinaba una tranquilidad absoluta, la industria se desarrollaba a un ritmo regular, «todo el mundo ha comprendido que la crisis se terminaba» y que la intervención militar extranjera se había hecho imposible. Desde Italia, Gorki entabla una correspondencia con Stalin y Iagoda, se vuelca contra Sujanov, amigo suyo en 1917, al que (como escribe a Iagoda, que inmediatamente transmite la carta a Stalin) no le extrañaría encontrar «en el banquillo de los delincuentes de derecho común». Le complacería mucho asistir al proceso para ver los morros de esos «ex...»<sup>45</sup>, pero carece de fuerzas y de tiempo. Como se ve, el trato epistolar con Stalin y Iagoda no enriquece la inspiración ni el estilo del escritor.

Stalin desea criminalizar cualquier forma de oposición. Los investigadores arrancan a los acusados del Partido campesino del trabajo la confesión de que Bujarin ha apoyado su proyecto de atenta-

<sup>45</sup> A. VAKSBERG, *Le Mystère Gorki*, op. cit., p. 260.

do contra el Guía, quien se apresura a repetir estos extremos por teléfono a Bujarin. Descompuesto, este escribe el mismo día, 14 de octubre de 1930, una carta angustiada «a Koba»: «Ni me asustas ni me das miedo», afirma, pero «las monstruosas acusaciones que me has lanzado indican claramente la existencia de una provocación diabólica, infame y rastrera, sobre la que edificas tu política, en la que crees y que no anuncia nada bueno, a pesar de que me hayas aniquilado físicamente con tanto éxito como me has aniquilado políticamente». Para Bujarin, Stalin está, pues, engañado por las invenciones provocadoras de unos misteriosos desconocidos. Se pregunta por lo que Stalin puede reprocharle realmente: «¿no lamerle el culo [...], no convertirse en un lameculos como tantos otros?»<sup>46</sup>. Stalin responde enviando la carta al Politburó. Bujarin, disgustado, pide publicar un texto en *Pravda*; al día siguiente, Stalin somete la cuestión al Politburó, que invita a Bujarin a dirigir a *Pravda* una declaración de fidelidad condenando al grupo Syrtsov-Lominadzé. Bujarin obedece. Para él, como para otros muchos antiguos bolcheviques que muy pronto perecerán con él, fuera del Partido no hay salvación.

Las consignas que Stalin da a Molotov a propósito del proceso se concentran en un punto: «Hacer del tema de la intervención [militar contra la URSS] y de la fecha de la intervención uno de los puntos clave». Ordena «apretar los tornillos» a los acusados, «interrogarlos más rigurosamente»<sup>47</sup>, para hacerles confesar su complicidad con las potencias extranjeras en el ataque a la URSS, y la fecha prevista. De este modo podrá desarrollar una psicosis de guerra y calificar de traidor a cualquier adversario.

A la normalidad en la cumbre responde el malestar en la base. A primeros de 1930, Kalinin recibe ciertas cartas amenazadoras: «El campesinado está descontento de vuestro Stalin. Habéis llevado al país a la perdición». Un miembro del Partido dimite denunciando las «cobardes concesiones del Comité Central de la burocracia bolchevique» y «al gobierno que cumple con absoluta inconsciencia los deseos del monarca Stalin»; acusa «al usurpador Stalin de ser el responsable de la colectivización forzada de este invierno»<sup>48</sup>. El 19

<sup>46</sup> *Rehabilitatsja: Politicheskie processy 30-50 godov*, Moscú, Izdatelstvo politicheskoi literatury, 1991, pp. 242-244; O. KLEVNÍUK, *op. cit.*, pp. 49-50.

<sup>47</sup> Carta a Meujinski, reproducida en *Pisma Stalina Molotovu*, *op. cit.*, pp. 187-188.

<sup>48</sup> N. WERTH y C. MOULLEC, *Rapports secrets soviétiques*, *op. cit.*, pp. 138-139.

de septiembre de 1930, 273 obreros que representan a los trabajadores de varias fábricas de la ciudad de Podolsk, en los suburbios de Moscú, y de varias fábricas del mismo Moscú, se reúnen y dirigen un escrito a los jefes del Estado (Kalinin, Rykov y Vorochilov). Acusan a Stalin de haber «llevado al Estado a una situación peor que la de 1919 después de dos años de poder absoluto incontrolado [...] y de reducir a la nada, por culpa de su actuación criminal, todo lo que Lenin había logrado en dos años». Exigen que «Stalin sea apartado inmediatamente de los asuntos del país y citado ante un tribunal del Estado para responder de los innumerables crímenes contra las masas proletarias»<sup>49</sup>. Semejante reunión supone una red organizada y revela la amplitud del descontento obrero. La GPU deporta a los 273 obreros, etiquetados de trotskistas y SR. Y el de Podolsk no es el único caso.

Desde entonces, la lucha política abierta es imposible y algunos adversarios piensan en el atentado. Varlam Chalamov, detenido por la GPU en otoño de 1929 y encarcelado en la prisión de Butyrki, se entusiasma con esta idea de la que le habla un antiguo socialista-revolucionario. Un miembro de la Academia comunista, Sorokin, afirma estar dispuesto a convertirse en un «segundo Bruto». En cualquier caso, Stalin teme a los atentados y proyecta ese temor sobre los grupos que la GPU desmantela. Cuatro cuadros comunistas del Cáucaso Norte denuncian en un manifiesto la dictadura del grupo estalinista apoyada en la GPU. Le reprochan haber liquidado la Unión de obreros y campesinos legada por Lenin y de haberla sustituido por su propia dictadura, y lanzan una llamada a los cosacos y a los campesinos. Después de la revolución que han hecho «para liberarse del yugo secular del zarismo y del capital», se encuentran hoy despojados y saqueados impunemente en nombre del socialismo», explican, «por un grupo insignificante de individuos llamado partido comunista, que ha concentrado el poder en sus manos»<sup>50</sup>.

Estas agrupaciones son aún más peligrosas a causa de la reanudación de la agitación campesina. En marzo-abril de 1930, la GPU tiene que emplear la artillería y la aviación en Chechenia para aplastar varios focos de insurrección. A pesar de ser dominada, la

<sup>49</sup> *Cahiers du mouvement ouvrier*, n° 2, junio 1998, p. 96.

<sup>50</sup> V. JURAVLEV (bajo la dirección de), *Vlast i opozitsija* (El poder y la oposición), Moscú, Rosspen, 1995, p. 145.

rebelión sigue incubándose y se avivará dos años después, arrastrando, según la GPU, a más de 3.000 hombres. Ciertos grupos se declaran partidarios de la colectivización, pero rechazan los métodos. Así, en junio de 1931, la GPU descubre en Armenia un grupo dirigido por antiguos responsables comunistas locales que lanza los tres eslóganes bien recibidos por la población: 1º cambiar la política del Partido, 2º terminar con la recolección del grano, 3º cambiar a los dirigentes, empezando por los de Moscú<sup>51</sup>. Caen aplastados por destacamentos de la GPU.

La reanudación de la ofensiva anticampesina y la protesta obrera exigen un aparato monolítico, de modo que Stalin reorganiza su aparato central. En julio de 1930 coloca a la cabeza del departamento secreto del Comité Central —al que de hecho está entregado el secretariado del Politburó desde marzo de 1926— a Alexandr Poskrebychev, un hombre fiel a toda prueba. Este hijo de zapatero remendón, ayudante en su efímero oficio, borroso funcionario de cabeza calva como una bola de billar, jamás ha desempeñado el menor papel en la revolución, en la guerra civil o en el seno del Partido; sin embargo, ocupará ese puesto hasta mediados de noviembre de 1952. Ese departamento gestiona igualmente los secretariados del Buró de organización y del Politburó, en una palabra, dirige el aparato. Por intermedio de Poskrebychev, Stalin decide el desarrollo de las sesiones del Politburó, entonces periódicas y frecuentes, siempre ampliadas con los miembros del Comité Central y de la Comisión de control, es decir, un total de sesenta personas en las reuniones ordinarias y unas veinte en las reuniones cerradas. Dos años después reducirá el número, cuando comience a relegar a segundo plano al Politburó tras haberlo utilizado para legalizar su ascenso. Las permanentes modificaciones en el funcionamiento del aparato serán, hasta la muerte de Stalin, una de las palancas de su política, y de este modo, mantendrá a todo el aparato en un estado de alerta y de tensión permanentes. La inestabilidad política de los miembros del aparato, reverso de su estabilidad social colectiva, le parece garantizar su perennidad personal.

Para distraer la atención, Stalin inicia la caza a los «especialistas burgueses», economistas, directores, ingenieros y técnicos. Según dice, los fallos y los múltiples fracasos de la industrialización se de-

<sup>51</sup> *Ibid.*, p. 189.

ben al «sabotaje» de los enemigos. Esta caza del hombre abre así unas perspectivas de carrera a millares de incompetentes cuadros plebeyos del Partido, aptos solamente para redactar decretos estruendosos contra el peligro trotskista y la desviación derechista, a exigir el cumplimiento del plan quinquenal en cuatro años, y a dar (o más bien vociferar) órdenes... En marzo de 1931, la GPU detiene a los economistas Kondratiev, Tchaianov, Groman, Sujanov, acusándolos de haber puesto en marcha un Buró menchevique. La arbitrariedad del terror de masas aliado con el encarnizamiento contra los adversarios de ayer y de hoy, o contra cualquier persona sospechosa de pensar libremente, tienen como objeto impedir cualquier conexión entre las resistencias de la base y una oposición, por débil que sea, en el aparato del Partido.

Las condiciones del lanzamiento del plan quinquenal duplican la presión ejercida sobre una clase obrera que, de 1928 a 1932, pasa de 6 millones de individuos a 12,5 millones gracias al reclutamiento masivo de campesinos que huyen del campo y a la contratación sistemática de mujeres. En efecto, desde 1930 a 1932, el número de mujeres empleadas en la industria minera y en la metalurgia se duplica (en números redondos, del 9 al 18%). La propaganda oficial presenta el hecho como una prueba de la emancipación femenina. Sin embargo, las mujeres se ven abrumadas por unas condiciones de vida cotidiana insoportables: las guarderías son poco numerosas, el cierre de la mitad de la red de comercios de alimentación del sector estatal provoca unas colas gigantescas, el pan, los huevos y la manteca escasean en las ciudades y no se encuentran en pueblos ni aldeas, y la carne aún menos, el salchichón y el pan negro a los que tan aficionados son los rusos presentan con frecuencia (excepto los de los altos dignatarios) un sospechoso aspecto viscoso, y hay que pelear para conseguirlos... Por otra parte, un instituto científico llega incluso a pretender que «las mujeres que trabajan bajo tierra [en el fondo de la mina] se ponen enfermas en menor número que las que trabajan en la superficie».

Stalin trata de reivindicar la paternidad de esta política. En su biografía añade de su puño y letra unas líneas sobre «el gran mérito de Stalin» al plantear entonces «en toda su amplitud el tema femenino, el tema de la situación de las mujeres, de su trabajo, del importante papel de las obreras y las campesinas en la vida económica, social y política de la sociedad y que, al elevarlas a la altura requeri-



da, les proporciona una solución justa»<sup>52</sup>. Sin duda, esto explica que el porcentaje de mujeres en el Gulag pase del 4,6% en 1935 al 25% en 1944.

Stalin teme que el descontento de los obreros procedentes del campo se una al del campesinado y a las reivindicaciones nacionales, agudizadas en un país de más de cien nacionalidades. Previsor, trata, pues, de liquidar todos los abscesos en posibles ubicaciones. Desde enero de 1928, hace detener y fusilar, por decisión del colegio de la GPU, a todo el gobierno de la República autónoma de Crimea, tártaro en su mayoría. En 1930 depura las direcciones de los partidos comunistas de numerosas Repúblicas, Bielorrusia y Ucrania las primeras. En Bielorrusia, la GPU inventa una mítica Unión por la liberación de Bielorrusia, acusada de querer derribar al poder soviético para instaurar una república burguesa. Será «desenmascarada» en octubre de 1930, en el momento exacto en que la colectivización arranca de nuevo. En noviembre de 1930, el escritor Ianka Kupala, denunciado por nacionalismo bielorruso, trata de poner fin a sus días apuñalándose. El hombre de confianza de Stalin en la República, Guei, miembro del Politburó del PC de Bielorrusia, califica este suicidio fallido de manifestación anticomunista. Stalin se apropiará de esta definición de suicidio. Hombre de confianza de Stalin, antiguo responsable del servicio de distribución de cuadros del Secretariado del Comité Central, Guei lleva a cabo la purga a paso de carga. El 15 de diciembre de 1930, la GPU detiene a los comisarios de Agricultura e Instrucción así como al presidente de un trust industrial, y condena a los tres a diez años de trabajos, y más tarde, el 18 de marzo de 1931, a prisión o al exilio a ochenta y seis responsables y militantes del PC bielorruso. Stalin no organiza juicios públicos, a menos que consiga arrancar a sus víctimas las oportunas confesiones.

Más brutal aún es la depuración de Ucrania, de su partido comunista y de su *intelligentzia*, acusados de nacionalismo burgués ucraniano. Culminará en 1933 con el suicidio de Skrypnyk, primer secretario del PC ucraniano y antiguo seguidor de Stalin, y el del escritor comunista ucraniano, el más célebre, Jvylovij.

Stalin prepara la cobertura ideológica de esta caza al nacionalismo, llamado burgués o pequeño burgués, «teorizando» el paso del

<sup>52</sup> *Izvestia TsK KPSS*, n° 9, 1990, p. 120.

internacionalismo de 1917 al nacionalismo ruso. En diciembre de 1930, una decisión secreta del Comité Central censura al escritor Demian Biedny que, descontento, escribe a Stalin, que le responde el 12 de diciembre con una carta que no se publicará hasta 1953, pero que circula inmediatamente entre un estrecho círculo de dignatarios. En ella reprocha a Biedny que dé una imagen negativa de la Rusia eterna, de ignorar que «los dirigentes de los obreros revolucionarios de todos los países estudian ávidamente la muy instructiva historia de la clase obrera rusa, de calumniar a nuestro pueblo y de «privar de la corona al proletariado ruso»<sup>53</sup>. A lo largo de los años, el giro patriótico, discretamente anunciado aquí, va a colorearse del tradicional antisemitismo del nacionalismo ruso. Así, dos años más tarde, en diciembre de 1932, Stalin recibe con enorme disgusto una carta de la hermana pequeña de Lenin, Anna Ulianova, que ha descubierto que su abuelo materno descendía de una pobre familia judía... Este hecho, dice, «puede hacer un gran servicio a la lucha contra el antisemitismo», y añade que «Lenin siempre tuvo en gran estima a los judíos». ¡Stalin le ordena secamente que «guarde un silencio absoluto sobre la carta!»<sup>54</sup>.

A finales de enero de 1931, la GPU arresta a una decena de historiadores, entre ellos Platonov y Eugène Tarlé. Tarlé, especializado en la revolución de 1789 y en la época napoleónica, KD convencido, había sido elegido miembro de la Academia de Ciencias en 1927. La Academia fue brutalmente invitada a expulsarlo de sus filas y a hacer lo mismo con Platonov, por participar ambos en un «complot contrarrevolucionario». La exclusión fue votada a pesar de la valiente, pero solitaria, oposición de su presidente Karpinski. El 8 de agosto de 1931, la GPU destierra a Platonov a Samara, y a Tarlé a Alma-Ata, donde este último podrá leer en octubre de 1931 una carta de Stalin «Sobre algunas cuestiones en la historia del bolchevismo» en el número 6 de la revista *Proletaskaia Revolioutsia*. Recordando el «artículo anti-partido y semi-trotskista» dedicado por determinado historiador a la socialdemocracia alemana en la víspera de la guerra, el artículo denuncia a Rosa Luxemburgo y a Trotski, y afirma que «el trotskismo» es «un destacamento de vanguardia de la burguesía contrarrevolucionaria que dirige el combate contra

<sup>53</sup> STALIN, *Oeuvres complètes, op. cit.*, t. 13, p. 25.

<sup>54</sup> D. VOLKOGONOV, *Le vrai Lénine, op. cit.*, p. 31.

el comunismo, contra la Unión Soviética y contra la construcción del socialismo en la URSS». Denuncia «el contrabando trotskista» en la historia del bolchevismo cuya indispensable revisión expone a grandes rasgos confusos. Su normalización de la historia no excluye a nadie, pues termina la carta con una crítica a Iarovlaski, su fiel turiferario, «cuyos libritos sobre la historia del PC ruso, a pesar de sus méritos, contienen toda una serie de errores históricos y de principio»<sup>55</sup> que no concreta. Cuanto más imprecisa es una amenaza, más intimida. Un año después, Tarlé vuelve de Alma-Ata convocado por el Kremlin e invitado a formar parte del Consejo Científico Superior. Emprende entonces una biografía de Napoleón que verá la luz a finales de 1936. La llamada coincide con la caída en desgracia del anciano bolchevique Pokrovski, historiador marxista, antizarista y vicecomisario de Instrucción pública, que tiene la buena idea de morir en 1932, antes de la avalancha de artículos, panfletos y después libros que denuncian sus teorías y su escuela. Su descenso a los infiernos es paralelo a la ascensión al cenit de Tarlé.

Stalin no se limita a remodelar la historia en función de las necesidades del momento, sino que esboza las líneas de una auténtica restauración que, en el terreno ideológico, anticipa unas decisiones posteriores adoptadas progresivamente, tales como la disolución del Komintern, el acercamiento a la Iglesia, el antisemitismo de Estado, la reinstauración de los tribunales de honor zaristas o del Consejo de ministros, etc.

Al efectuar este lento viraje, denuncia a algunas figuras emblemáticas (como Pokrovski) y promociona a otras (como Tarlé); pero en el combate político se burla de las opiniones reales de los que elimina. Su elevación por encima del partido único y de sus mismas instancias criminaliza cualquier opinión que no sea la suya. La víctima señalada, por ajena que sea al «trotskismo», será, sin embargo, catalogada y luego liquidada como tal. Esta condena a muerte política se transformará en exterminio físico cuando Stalin pase de la acusación de doble juego a la de complot.

A comienzos de agosto de 1930, Stalin marcha de nuevo al Sur para disfrutar de unas vacaciones. Pasa algunas semanas en Matsesta donde, a partir de ese momento y hasta 1936, le atiende el joven doctor Miron Chneiderovitch. Disfrutan tomando juntos el té y a

<sup>55</sup> STALIN, *Oeuvres complètes, op. cit.*, t. 13, pp. 101-102.

Efimov le fascina la modestia de los calcetines zurcidos y las botas reparadas del paciente. Stalin se muestra lleno de atenciones hacia el joven médico. Vasili Stalin que suele devolverlo a su casa, conduce como un loco y Chneiderovitch tiembla de miedo. Al saberlo, Stalin confía esa misión a un conductor, una delicadeza que emociona al doctor. Vorochilov y Gorki visitan a Stalin en Sotchi. Luego pasa algún tiempo en el pequeño balneario georgiano de Tsjaltubo, donde traba conocimiento con Lavrenti Beria, el joven jefe de la GPU de Transcaucasia, un hombrecillo con quevedos y sonrisa hipócrita. Stalin vuelve a Sotchi a finales de septiembre.

Las muestras de tensión, de dudas y de desconcierto, manifestadas por su grupo en el momento de la colectivización, indican a Stalin la urgente necesidad de una purga general en el Partido a fin de obtener de él una sumisión incondicional. Desde 1929 a 1931 quedan expulsados, por «desviación derechista» o «trotskismo», más de 250.000 afiliados. En el Comité Central de mediados de diciembre, Kuibychev, entonces simple portavoz de Stalin, detecta una «fisura» entre el aparato del Estado y el del Partido que, según dice, durará mientras Rykov esté al frente del Estado. El Comité Central excluye a Rykov del Politburó y lo sustituye por Molotov a la cabeza del gobierno.

Entonces se abre una nueva etapa en las cumbres del Estado y del Partido. La oposición política no tiene representantes en dichas instituciones. Arrinconada hasta ese extremo, se expresa en primer lugar por efímeros reagrupamientos semiclandestinos de descontentos que Stalin desmantela con la ayuda de la GPU. Una vez limpio el Politburó de toda oposición, y depurado también el Consejo de los comisarios del pueblo, ya no surgen más conflictos que los internos entre clanes burocráticos. Stalin los arbitra y franquea de golpe un nuevo escalón en su carrera al poder absoluto. En adelante, los miembros de su facción se enfrentan en la caza de subvenciones como representantes de tal o cual buró, de tal o cual ministerio. Ordjonikidzé siempre reclama más para la industria pesada, llave del plan quinquenal, y Kaganovitch para los transportes. Las discusiones a veces son violentas. Ordjonikidzé suele golpear la mesa con el puño y no duda en vociferar. Un día se abalanza sobre el comisario de Finanzas, Rosengoltz, y amenaza con pegarle. El presidente del Gosplan trata de interponerse, pero no logra controlar a Ordjonikidzé y la discusión continúa. La última palabra debía depender

del presidente del Consejo, Molotov, pero, al estar el aparato del Estado subordinado al del Partido, la solución a esas querellas se encuentra en... el Politburó. Así pues, el que zanja es Stalin. Kaganovitch describe el mecanismo: «Yo exigía más trenes, más inversiones, pero Mejlauk, el presidente del Gosplan, se negaba y Molotov lo apoyaba [...]. Yo discutía con Molotov, lo mismo que, según se dice, hacía Ordjonikidzé. [...] íbamos a quejarnos a Stalin. Aquello irritaba a Molotov [...], pero nosotros considerábamos que la instancia suprema era el Politburó»<sup>56</sup>.

La posición de Stalin como árbitro le permite imponer sus decisiones y sus gustos. Así, pretende imprimir su marca en el campo de la arquitectura. En diciembre de 1922, Kirov había propuesto construir un gigantesco palacio de los Soviets, pero la idea se perdió. Stalin la recupera en 1931. Organiza un concurso para el mejor proyecto, crea una Dirección de la construcción del palacio y un Consejo de la construcción presidido por Molotov en persona. La radio y la prensa arman un gran alboroto sobre el grandioso proyecto de Stalin, que quiere un palacio de 420 metros de altura, una estatua de Lenin de 100 metros y una gran sala de reunión de 21.000 plazas. A fin de obtener el espacio necesario para el grandioso edificio, Stalin hace volar la catedral del Santo Salvador, pero, símbolo de un gigantismo artificial, el palacio de los Soviets en el que veía «el triunfo de una democracia de millones de hombres» no superará el estado de las maquetas y del enorme agujero abierto por la antigua catedral.

Entonces, Stalin comete un nuevo acto de vandalismo, menos conocido pero más notable, porque simboliza la gradual sustitución del nacionalismo ruso por el internacionalismo. Hace dinamitar el obelisco de la Libertad que se alza frente al soviét de Moscú en honor de la primera Constitución soviética de 1918, y en su lugar hace erigir una estatua del príncipe Iuri Dolgoruki, rey de Suzdal y de Rostov en el siglo XII, cuyo caballo vuelve llamativamente la grupa hacia el Instituto del marxismo-leninismo. Aquel sanguinario conquistador de Kiev, que debe su apodo de Dolgoruki (el de las manos largas) a su insatisfecho deseo de someter bajo su ley a la libre ciudad comercial de Novgorod, es el modelo de jefe implacable.

<sup>56</sup> F. TCHUEV, *Tak govorił Kaganovitch* (Así hablaba Kaganovitch), Moscú, Otechestvo, 1992, p. 61.

La tensión provocada por la colectivización forzada y la industrialización al galope es tal que, a lo largo del verano de 1931, Stalin decide modificar su política y esboza un efímero período de mini-reformas orientadas a relajar la presión ejercida sobre los «especialistas burgueses» desde el proceso de Chajty. El 10 de julio de 1931, el Politburó condena la caza a cuadros, ingenieros y técnicos, y ordena la liberación de todos los especialistas detenidos que figuran en la lista redactada por Ordjonikidzé y Menjinski, prioritariamente los de la metalurgia y las hulleras. Anula el decreto que ordenaba a la GPU detener a todos los especialistas sospechosos... de gastos excesivos de energía, lo que permitía detener a todo el mundo. Por último, cierra las oficinas de la GPU en las empresas en las que instaura la «dirección única», dicho de otro modo, sustituye la «triada» dirigente anterior (director-secretarios del Partido y del comité sindical) por el único mandato de director.

Una vez frenada la caza de los especialistas, Stalin concentra su atención en el «frente ideológico». Pero este ligero respiro solo se refiere al sector industrial. En el campo, en cuanto termina la recolección, Stalin vuelve a blandir el garrote. Al final del verano de 1931, las autoridades exigen que los koljozes entreguen al Estado «hasta el último gramo» de la cosecha. Stalin entabla una auténtica guerra contra los campesinos de koljoz fijando unas cuotas de entrega obligatoria de trigo que no permiten guardar lo necesario para pasar el invierno ni para sembrar en primavera. Lo hace, dice, para alimentar a los obreros de las ciudades y a los soldados del Ejército rojo, pero omite aclarar que el trigo recolectado se exportará para comprar en el extranjero un costoso material industrial frecuentemente derrochado, renovando así la política del ministro de Finanzas de Alejandro III, Ivan Vychnegradski, que, en plena hambruna de 1891, declaraba: «No comeremos hasta saciarnos, pero exportaremos».

Para sobrevivir y guardar semilla, los koljozenses roban espigas de trigo durante la siega y las ocultan en unas fosas que los comandos enviados por el aparato del Partido intentan descubrir. La colectivización de las vacas y del ganado menudo, que se produce sistemáticamente en el otoño de 1930, degrada aún más la situación. De nuevo, los campesinos se retiran en masa de los koljozes para protestar. 1.370.000 familias campesinas abandonan así los koljozes en 1931, exigiendo la restitución de sus bienes, de sus herramientas

y de su ganado. El movimiento se acelera a comienzos de 1932, sobre todo en las zonas rusas de cereales. Algunos presidentes de koljoses mandan matar al ganado colectivizado para impedir que lo recuperen los dimisionarios.

Durante el verano de 1931, Vorochilov hace un gran recorrido por Siberia y el Ural. Da cuentas de su viaje a Stalin, que le felicita desde Sotchi por hacer lo que él ha descuidado: «Tienes razón cuando dices que no siempre tenemos en cuenta la enorme influencia de los viajes personales y del conocimiento directo de las gentes y de los asuntos. Ganaremos mucho (y la causa ganaría mucho con ello) si hiciéramos con más frecuencia dichos recorridos y conociéramos a la gente en su trabajo. Tendremos en cuenta la experiencia de tu viaje»<sup>57</sup>.

La criminalización de la oposición reactiva el espectro del atentado contra el Guía. Según algunos propagandistas, esta psicosis estaría cultivada por Beria, organizador de atentados falsos durante las estancias de Stalin en Georgia, con objeto de poner de relieve su servicio de vigilancia y su eficacia. Se dice que hizo minar un puente que se hundió sobre un automóvil que Stalin acababa de abandonar a petición suya; los guardias de frontera habrían tiroteado una barca en la que se encontraba Stalin. Esas puestas en escena son dudosas. Sin embargo, una de ellas ha dejado alguna huella. En una carta a Stalin, fechada el 18 de noviembre de 1931, su vicepresidente Akulov cuenta una patraña: los servicios secretos británicos enviaron a Moscú a un antiguo oficial blanco emigrado; la GPU lo había identificado y le seguía los pasos. Ahora bien, «el 16 de noviembre a las 3 h 35 de la tarde, recorriendo con nuestro agente la calle Ilinka, el agente de los servicios británicos se encontró con Vd. por azar delante de la Staro-Gostynny Dvor e intentó sacar su revólver [...] nuestro agente le agarró por el brazo y lo echó hacia atrás impidiendo su tentativa»<sup>58</sup>. El agente británico fue «arrestado en secreto». Stalin no se enteró de aquel curioso incidente.

Entonces guarda en público en un silencio obstinado, lo mismo que en el Comité Central del 11 al 15 de junio de 1931, así como en la XVII Conferencia nacional del Partido (30 de enero a 4 de febrero de 1932). El 7 de noviembre de 1931 asiste al desfile militar que

<sup>57</sup> *Perepishka, 1928-1941, op. cit.*, p. 161.

<sup>58</sup> *Istochnik*, n° 3, 1996, pp. 161-162.

conmemora la revolución de octubre, pero es Vorochilov quien arenga a las tropas. Su silencio desconcierta al aparato que, inquieto, observa sus reacciones. Este período de aparente semi-retiro dura cerca de año y medio. Durante esos meses de discreción, manda que la GPU abra nuevos campos para el talado de bosques y la construcción de fábricas y de líneas de ferrocarril en Siberia. En noviembre de 1931, la GPU crea el Dalstroï, un complejo de campos de trabajo encargados de extraer minerales, sobre todo de oro, en Kolyma, vasta región desértica del noreste de Siberia. La extracción de oro pasará de 11,5 kilogramos en 1928 a 48 toneladas en 1937. La creación del campo permite, pues, un cambio de proporción, pero su funcionamiento deja que desear. Un informe oficial describe la superpoblación, las epidemias, la sub-alimentación crónica, la alta mortalidad y la baja productividad en el trabajo. Mientras que las raciones alimenticias oficiales se reducen al mínimo en 1932, los detenidos han recibido (oficialmente) el 68% de su ración de pan, el 23% de su ración de carne, el 10% de su ración de pescado (reducido a las espinas y la cabeza), el 16% de su ración de cereales, el 4,7% de su ración de aceites vegetales, el 58% de su ración de azúcar. Es la hambruna organizada.



## Capítulo XVII

### EL AÑO NEGRO

A finales de 1931, Stalin parece haber ganado políticamente la batalla contra el campesinado, aunque a un alto precio: en el transcurso de los dos últimos años, de 350.000 a 380.000 (según las estadísticas) familias kulaks –en números redondos 1.800.000 de personas, aproximadamente– habían sido deportadas al Ural, a Siberia o al Kazajstán, y 1 millón de campesinos habían huido del campo para trabajar en las grandes construcciones dedicadas a la industrialización. Por otra parte, más de 400.000 familias fueron trasladadas desde el seno de su propia provincia para roturar unas tierras estériles, es decir, 2 millones de personas de las que muchas de ellas huyeron hacia las ciudades. Estos «asentamientos especiales», formados por auténticos deportados, están asignados a los lugares de exilio donde talan y cortan árboles, extraen carbón, cultivan una tierra ingrata y se alojan en barracones o en tiendas a temperaturas de cincuenta grados bajo cero en invierno. A primeros de 1933, el mismo vicecomisario de la NKVD indica que la escasa alimentación provoca una mortalidad masiva causada por el escorbuto y el tífus. Solicita la entrega inmediata de 500 toneladas de harina para salvar de una muerte irremisible a 45.000 niños.

Las consecuencias de la colectivización forzada en la producción agrícola son conocidas: los campesinos habían matado a casi la mitad del ganado, en 1930 la cosecha había disminuido a la tercera parte y la carestía recorre los campos.

Sin embargo, en 1932, Stalin decide llevar a término lo esencial de la colectivización y liquidar a los kulaks como clase. Por última vez, los campesinos se movilizan para resistir. En la región de las tierras negras, los grupos rebeldes reclaman unos koljozes completamente autónomos dirigidos por los mismos koljozenses y no por comunistas. Entonces, Stalin escribe a Syrtsov y a Eije: «No podemos importar trigo porque contamos con pocas divisas. De todos modos, no podríamos importar trigo, incluso si lo tuviéramos, pues la im-

portación de trigo perjudica a nuestro prestigio en el extranjero»<sup>1</sup>. La propaganda prima sobre todo lo demás.

De 1928 a 1932, la industrialización acelerada había hecho afluir a las ciudades, ahora casi rurales, a más de 12 millones de habitantes suplementarios, pero la absoluta prioridad presupuestaria concedida a las grandes edificaciones y a la fabricación de medios de producción había impedido la construcción de alojamientos. Las escasas viviendas estaban superpobladas, eran sucias, malolientes, invadidas por los piojos, las pulgas y las cucarachas. Los trabajadores que se contrataban en las obras y en las fábricas se instalaban en viejos vagones en desuso y dormían en los talleres o en las estaciones. En 1932, en Novokuznetsk la superficie media ocupada por individuo (contando con los *zemlianki*) era de 1,27 metros cuadrados. Las zonas comunes de los barracones servían de alojamientos. La gente dormía encima de catres, frecuentemente sin colchón. En los barracones donde se hacinaban solteros y parejas con sus hijos, el aislamiento se conseguía tendiendo unas sábanas sobre cuerdas. Las casas y los inmuebles estaban asignados a los cuadros y a los stajanovistas...

La reducción de las normas de abastecimiento, unida a dichas condiciones de trabajo y de vida, provoca un estallido de descontento en 1932. A primeros de abril, los habitantes de Borisov, en Bielorrusia, toman por asalto los almacenes de trigo de la ciudad y desfilan hasta el cuartel. Dos semanas después, los obreros del textil de la zona de Ivanovo, a 250 kilómetros al noreste de Moscú, abandonan el trabajo y luego se sublevan a consecuencia de una nueva disminución en las ya míseras normas de racionamiento (60 gramos de pan al día para los niños), y organizan una marcha del hambre que se enfrenta a la milicia, rápidamente desbordada. Los campesinos de los koljoses vecinos paran el trabajo. Entre los organizadores de las huelgas, las marchas y demás enfrentamientos figuran militantes comunistas. Las tropas especiales, bien pagadas de la GPU, aplastan el motín.

En una circular del Comité Central, Stalin achaca esas protestas a «los restos contrarrevolucionarios de los partidos SR y menchevique, a los renegados trotskistas y a los antiguos miembros de la Oposición obrera [...] que han intentado organizar una vasta ofensiva

<sup>1</sup> O. JLEVINIK, *Le Cercle du Kremlin*, op. cit., p. 70.

en contra del Partido y del poder soviético»<sup>2</sup>. En esta última fórmula se adivina cierta inquietud. El Kremlin se ve obligado a una concesión verbal. El 26 de marzo de 1932, el Comité Central expresa su interés en que cada koljoziano tenga su vaca, su pequeño rebaño y sus aves. Los decretos del 6 y el 10 de mayo autorizan a los campesinos a vender los excedentes de su producción de carne y de trigo, una vez que estén aseguradas las entregas al Estado. Es cierto que, en la medida en que se les arrebatara todo, la concesión es meramente formal.

Dos acontecimientos marcan el año 1932. El primero es público: la ley del 7 de agosto «sobre la protección de la propiedad socialista», destinada a romper la resistencia campesina y a aterrorizar a la población ciudadana. Prevé la muerte y la confiscación de los bienes familiares de cualquier convicto de «saqueo (robo) en la propiedad del koljoz o en la cooperativa». La otra, todavía desconocida de todos, desempeñará un importante papel en la represión política: se trata de la «plataforma Riutin». Volveremos sobre ella. Pero 1932 es también el año decisivo para el nazismo en Alemania. A pesar de la pérdida de 2 millones de votos en la última de las cinco elecciones legislativas, los nazis llegan finalmente al poder en enero de 1933... con toda legalidad. A lo largo del año, Stalin mantiene rigurosamente la línea que hizo adoptar en el VI Congreso de la Internacional comunista (en julio-agosto de 1928): la socialdemocracia, hermana gemela del fascismo, es «el enemigo principal» que hay que derrotar. Moscú invita al Partido comunista alemán a atacarlo con todas sus fuerzas. El 28 de diciembre de 1931, el ejecutivo del Komintern le advierte: «Los árboles del nazismo ocultan el bosque de la socialdemocracia»<sup>3</sup> a la que hay que abatir. El 15 de agosto de 1932, el propagandista internacional del Komintern, Willi Münzenberg, denuncia «la propuesta fascista de Trotski de una unión del PC y del PS alemanes»<sup>4</sup>. En su discurso al Comité Central reunido del 7 al 12 de enero de 1933, tres semanas antes de la llegada de Hitler al poder, Stalin hace un análisis tranquilizador de la situación internacional: «En los países capitalistas se está gestando una revo-

<sup>2</sup> A. IVNITSKI, «¿Quién es el culpable?», en *Sudby Rossiishogo Jrestianstva* (El destino del campesinado ruso), Moscú, Demokratia, Rossiia XX Viek, 1996, p. 334.

<sup>3</sup> CRCEDHC, fondos 495, inventario 28, dossier 168 a. *Cahiers du mouvement ouvrier*, n° 1, abril 1998, p. 76.

<sup>4</sup> W. MÜNZENBERG, «Trotski Faschistischer Vorshlag einer Blockbildung der KPD mit der SPD», *Der Rote Aufbau*, 15 de febrero de 1932.

lución proletaria [...]. Los éxitos del plan quinquenal movilizan en contra del capitalismo a las fuerzas revolucionarias de la clase obrera»<sup>5</sup>. El 30 de enero de 1933, Hitler se convierte en canciller; su subida al poder anuncia la guerra contra la Unión Soviética. Pero el 1 de abril, el Comité ejecutivo de la Internacional comunista aprueba por unanimidad en Moscú la línea que los representantes de Stalin han impuesto al Partido comunista alemán. Este fracaso en el país en el que los bolcheviques esperaban la revolución salvadora debilita a la URSS, pero refuerza a Stalin. La sombra de la amenaza nazi planeando sobre el país hace que se cierren las filas en torno al jefe y facilita la adhesión de los adversarios en nombre de la unidad necesaria frente al enemigo, como la de los trotskistas Sosnovski y Rakovski en febrero y marzo de 1934. Así, Hitler consolida a Stalin. Y no será la última vez.

Stalin, de vacaciones en Sotchi en el mes de julio, según su costumbre, se ocupa exclusivamente de los problemas internos. Bombardea con sus cartas a Kaganovitch al que ha dejado en Moscú encargado de los asuntos corrientes durante sus dos meses de descanso. El servicio postal de la GPU tiene la consigna de entregar las cartas únicamente a Kaganovitch en persona. El 20 de julio, Stalin le expresa en una extensa carta su indignación por los robos de alimentos y la necesidad de tomar medidas legales extremadamente severas. Constata el aumento de robos de la carga en los ferrocarriles, y del pillaje de lo que llama «la propiedad koljosense y cooperativa». No ve en ellos el producto del hambre y la miseria, sino un sabotaje político: «Esos saqueos están organizados principalmente por los kulaks (deskulakizados) y por otros elementos antisoviéticos que pretenden destruir nuestro nuevo régimen». Ahora bien, conforme a la ley, esas personas cargan generalmente con tres años de prisión y quedan libres al cabo de seis a ocho meses. Eso no puede continuar. Propone, pues, promulgar sin demora una ley que hará propiedad del Estado las mercancías de los koljoses y las cooperativas transportadas por ferrocarril, y en consecuencia «castigará el pillaje [...] con una pena mínima de diez años de reclusión, [pero en principio] con la pena de muerte y excluirá la aplicación de amnistía a los delincuentes [de esta clase]. Si no impone estas medidas draconianas, escribe, será imposible instaurar la disciplina social ne-

<sup>5</sup> STALIN, *Oeuvres complètes*, op. cit., t. 13, p. 171.

cesaria para la defensa y el reforzamiento del régimen. Además, insiste Stalin, la reciente ley que facilita la libertad de comercio estimulará a los kulaks y a los acaparadores, «esa basura que es preciso extirpar»<sup>6</sup>. Con este objeto, se propone deportar al Gulag a los defensores activos de la supresión de los koljoses, a los especuladores y otros acaparadores. Seis días después, en una nueva carta a Kaganovitch, esboza la estructura de la nueva ley, que debe unir la represión del latrocinio a la lucha contra los adversarios del koljoz, es decir, criminalizar una oposición social o política.

Pretende resolver con una sola ley los problemas que plantean al mismo tiempo «la preservación de la propiedad koljosiense y cooperativa, y el transporte de las mercancías por ferrocarril» junto a «la protección de los koljoses mismos», es decir, la lucha contra cualquiera que emplee o propugne la violencia y las amenazas para hacer que los campesinos abandonen los koljoses. No obstante, no se atreve a asemejar la propaganda en contra de los koljoses con el pillaje y el robo, y no la castiga, como a estos, con la pena de muerte, sino con solamente de cinco a diez años de cárcel seguidos de una reclusión de otros tres en un campo de concentración sin amnistía posible.

Kaganovitch le envía un borrador a toda prisa. El 4 de agosto, Stalin se lo devuelve con unas correcciones y unas añadiduras de su puño y letra que le convierten en el auténtico autor del proyecto. Le pide que organice su aplicación lo antes posible. Truena: «En los ferrocarriles reina el desorden... La GPU está dormida». Kaganovitch debe ordenarla, «instalar grupos armados en las líneas férreas y matar en el momento a los granujas que viajan sin billete o con un saco de productos susceptibles de haber sido robados»<sup>7</sup>. Es una medida de excepción, como las que se adoptan en tiempos de guerra. De hecho, Stalin está en guerra. El 6 de agosto de 1932, el supuesto liberal Serge Kirov insiste en su necesidad en las columnas de *Pravda*: «Nuestra política punitiva es muy liberal. Es preciso introducir una corrección en ella [...] si un hombre es convicto de haber robado un bien de un koljoz o de una cooperativa, hay que juzgarlo y llegar hasta aplicarle la pena capital. Y si es necesario atenuar el castigo, no debe cumplir menos de diez años de privación de libertad».

<sup>6</sup> I. E. ZELENIN, «La ley de las cinco espigas», *Voprossy Istorii*, n.º 1, 1998, p. 115. Cf. *Cahiers du monde russe*, vol. 38, n.º 3, julio-septiembre 1997, pp. 307-346.

<sup>7</sup> *Ibid.*, p. 116.

Desde la mañana siguiente, su deseo quedará satisfecho sin que el texto haya sido sometido al Politburó.

Al 31 de diciembre del año 1932, la ley del 7 de agosto «sobre la protección de la propiedad socialista» había dado lugar en cinco meses a la condena de 103.000 personas (de ellas, un 77,6% de campesinos). El pueblo le dio el nombre de «ley de las cinco espigas», cinco espigas que bastaban para enviarte a la muerte. Entonces, Stalin decide iniciar una campaña para aplicarla. El 17 de agosto, escribe a Kaganóvitch comunicándole que aprueba el decreto, así como el proyecto contra los especuladores, pero que es preciso añadir en él unas instrucciones destinadas a las instancias locales del Partido y a los órganos judiciales que están rezagados. Y es que los jueces se muestran reticentes ante las condenas a muerte. Stalin propone «mandar al paredón a los jueces y procuradores que se muestren benévolos respecto a los saqueadores»<sup>8</sup>.

La amenaza hace que jueces y procuradores muestren mayor celo. Una instrucción secreta a las instancias del Partido, adoptada por el Politburó el 16 de septiembre y orientada al cumplimiento de la ley del 7 de agosto, exige aún más celo. En efecto, en un balance de la ley presentado al Comité Central de enero de 1933, el comisario de Justicia, Krilenko, expondrá que, en el 40% de los condenados por la ley del 7 de agosto, la Corte suprema ha aplicado el artículo 51 del Código penal que le permite reducir la pena dictada en primera instancia. Sin embargo, la primera instancia no responde a los deseos de Stalin: en la República rusa, de 54.645 individuos juzgados a tenor de esta ley, solamente se han sentenciado 2.210 condenas a muerte y han sido ejecutados «¡apenas 1.000 casos!». En Chechenia, donde algunos distritos ignoran la ley, el tribunal ha anulado 48 de las 50 condenas a muerte dictadas. Stalin deseaba que, al aplicar esta ley, la pena de muerte fuera la regla y la cárcel, la excepción. Los jueces actuaban a la inversa. Incluso un juez declaró indignado a Krylenko: «No tengo corazón para condenar a 10 años a una persona por robar espigas de trigo»<sup>9</sup>. Provocando el furor de Stalin, la pena de muerte, que debía ser la regla, se

<sup>8</sup> *Ibid.*, p. 117.

<sup>9</sup> O. KLEVNIUK, 1937, *Stalin, NKVD i Sovietskoe Obchestvo*, Moscú, República, 1992, p. 23, y N. IVNITSKI, *Sudby Rossiiskogo Krestianstva*, op. cit., p. 361. Krylenko ve en esta actitud la expresión de «un prejuicio mamado con la leche materna y las tradiciones del pensamiento jurídico burgués», *Ibid.* Ataca también al Tribunal supremo y al presidium del Comité ejecutivo de los soviets, al que reprocha considerar que «no es necesario fusilar».

convertía así, por culpa de los jueces, en la excepción. Y aumentaban su cólera los militantes, los jóvenes comunistas e incluso los milicianos, que volvían la vista cuando pasaban cerca de los chiquillos o de las ancianas que recogían algunas patatas o tres espigas de trigo. En su discurso al mismo Comité Central, denunció su laxitud: «Muchos de nuestros camaradas miran con benevolencia los robos y saqueos masivos sin comprender su sentido ni su significado. Pasan como ciegos junto a esos hechos como si no tuvieran «nada de particular». Comportarse así, dice, es colaborar «a la labor de zapa del sistema soviético», lo que implica graves consecuencias para los culpables. Recordando la ley del 7 de agosto, insiste: «En el momento presente, esta ley es la base de la legalidad revolucionaria»<sup>10</sup>. Los jueces deben plegarse y aplicarla. Al buen entendedor, pocas palabras bastan.

En octubre de 1932, las comisiones especiales creadas por el Politburó para la colecta asolan los koljoses y los pueblos acusados de sabotear las entregas de trigo. Llevan a cabo el plan de almacenamiento confiscando los fondos de semillas en detrimento de futuras siembras; desde entonces, la hambruna es inevitable. En Ucrania, el húngaro Mate Zalka, futuro general Lukacs en España, anota en su diario los días 11 a 13 de junio: «Aunque haya una cosecha normal, Ucrania está condenada al hambre»<sup>11</sup>. Los cuadros que tratan de matizar esta política son inmediatamente castigados, como los dirigentes del comité territorial de Zaporojie: 16 de ellos son llevados a juicio y 14 condenados a muerte: intentaron convencer a las autoridades de que dejaran en los koljoses el trigo necesario para la alimentación y las próximas siembras. Les respondieron: «¡El pan es del Estado!». Ellos insistieron. Veredicto: «Sabotaje kulak organizado de la recolección de trigo». Dichos saboteadores han intentado hacer fracasar las tareas del Estado en la colecta del trigo por sus acciones contrarrevolucionarias y saboteadoras, por su complacencia respecto a los kulaks y a otros elementos de la guardia blanca y petliuristas, especuladores y timadores»<sup>12</sup>. El hecho de pretender salvar del hambre a los campesinos ucranianos basta para que la GPU transforme a los cuadros soviéti-

<sup>10</sup> STALIN, *Oeuvres complètes*, t. 13, p. 209.

<sup>11</sup> I. NAUMENKO, «Cómo se ha juzgado al comité de distrito», *Nedelia*, n° 30, 1989, p. 10.

<sup>12</sup> *Ibid.*

cos en discípulos del nacionalista ucraniano Simón Petliura, asesinado en 1926.

En la primavera del año 1932, el tifus asola de nuevo la URSS, y luego, a partir de noviembre, el hambre golpea a Ucrania, Kuban y Kazajstán. En dos años, el tifus ataca a más de un millón de personas. Los hambrientos campesinos invaden los depósitos de trigo, se lanzan a las ciudades donde unos destacamentos armados les impiden la entrada y se comen a sus hijos o a los cadáveres precipitadamente desenterrados. Pueblos enteros son eliminados del mapa. Una canción popular describe esta siniestra realidad a expensas de Mikoian, comisario de Comercio: «*Niet miasa, niet masla, niet moloka, niet mouki, niet mila no zato iest Mikoian*» (No hay carne, no hay manteca, no hay leche, no hay harina, no hay jabón, pero en cambio hay Mikoian). La crisis económica y social socava la estabilidad del régimen. En una carta de agosto de 1932, Kaganovitch se refiere a los enormes retrasos en el pago de salarios y al récord en el déficit presupuestario, compensado por el recurso masivo a la máquina de hacer billetes.

La hambruna no desvía a Stalin del propósito de implantar su ideología en la sociedad. Liberado de las oposiciones políticas abiertas, se dedica al control del mundo intelectual al que no llega la vigilancia policial de la GPU. En abril de 1932 decide suprimir la Asociación de Escritores proletarios cuyo radicalismo verbal le desagrada. En su lugar crea una comisión —formada por Postychev, Kaganovitch y él mismo— que proclama y patrocina un comité de organización de la futura Unión de Escritores abierta a todos los literatos soviéticos. Pone a la cabeza a un funcionario de las letras, Gronski, redactor-jefe de *Novy Mir*. Gronski es, en todos los sentidos, uña y carne con Stalin, que le invita al Politburó y le atribuye 600 raciones alimenticias (*paiok*) para que las distribuya a su conveniencia entre los escritores a fin de librarlos de preocupaciones materiales y adherirlos al régimen. Este personaje central del mundo de las letras dispone, según dice, del «mejor *paiok* de Moscú» que —como le reprocha Stalin— distribuye con excesiva parsimonia. «Me sermoneaba regularmente y me reprochaba el ser rónoso y ayudar demasiado poco a la antigua intelligentzia»<sup>13</sup> a la que quería ganarse.

<sup>13</sup> I. GRUSKI, *Iz prochlago* (Del pasado), Moscú, 1991.



No obstante, antes de ocuparse seriamente de los escritores tiene que solucionar el asunto Riutin. La aguda crisis del régimen ha despertado a su antiguo seguidor, expulsado en septiembre de 1930 con otros muchos oponentes. El 21 de agosto, Riutin se reunió en un apartamento de los suburbios de Moscú con una veintena de aquellos miembros del Partido, en su mayoría antiguos bujarinistas. Les expuso un amplio análisis de la crisis del Partido titulado «Stalin y la crisis de la dictadura del proletariado», así como un breve proyecto de llamada a todos los militantes adoptado a raíz de una segunda reunión celebrada unos días después. Riutin pretendía fundar una Unión —clandestina— de marxistas-leninistas.

Ambos textos contenían una violenta crítica del régimen político y de la dictadura personal de Stalin, producto, según sus autores, de un golpe de Estado de estilo bonapartista, y cuya liquidación propugnaban. Cinco años después, un dirigente tártaro, Saguidulin, declaraba a Evguenia Guinzburg, que estaba de acuerdo con este análisis: «Koba es el 18 Brumario. Exterminó a los mejores militantes del Partido que podrían obstaculizar la instauración definitiva de su dictadura»<sup>14</sup>.

El retrato que Riutin traza de Stalin, fruto de su frecuente trato con el Guía, está inspirado, evidentemente, en la amargura del hombre decepcionado. Ese «político sin principios» [...] «intrigante y malicioso», escribía, es «limitado y astuto, enamorado del poder y vengativo, pérfido y envidioso, hipócrita y desvergonzado, fanfarrón y obstinado». «Discretamente al principio y luego cada vez con mayor audacia, arrojó la máscara de antiguo bolchevique «modesto» al que el Partido había obligado a soportar el fardo del Secretariado general». Lo compara con Erostratos, con Jlestiakov (el impostor de *El Inspector*, de Gogol), con Araktcheiev (el ministro zarista inventor de las colonias militares), con Nerón, y... con el conde Cagliostro, viendo en él «un sofista, un prestidigitador político y un actor». Y añade: «Stalin ocupa la cumbre de un aparato cien veces más poderoso y más ramificado que el aparato de cualquier Estado burgués», pues el dominio absoluto y la formidable centralización del Partido único confieren al Secretario general un poder decisivo. Apoyado en este aparato omnipotente, Stalin puede sustituir la fuerza de la prueba por la prueba de la fuerza. Es el «enterra-

<sup>14</sup> E. GUINZBURG, *Le Vertige*, París, Seuil, 1967, p. 76.

dor de la revolución». El contrarrevolucionario y el provocador más encarnizados, dice Riutin, no habrían hecho más estragos que Stalin, que «ha cumplido objetivamente el papel de traidor a la revolución socialista...»<sup>15</sup>.

Stalin considera peligrosa la Unión de marxistas-leninistas por su intento de reunir a los oponentes de ayer y de hoy en torno a un programa. Habían establecido contacto con Zinoviev, Jan Sten, Syrtsov —los antiguos miembros de la Oposición obrera—, Medvedev y Chliapnikov, los trotskistas de Moscú, y con Jarkov, de Novosibirsk. Quieren derribar la dictadura de Stalin y su clan, dinamitar el aparato estalinista del Partido y del gobierno, reelegir a los soviets sobre una base democrática, liquidar el sistema de nombramiento de cuadros y depurar inmediata y radicalmente la GPU, la magistratura y los tribunales. Así atacan al mismo tiempo a Stalin, a su clan y a la clase social cuyos intereses defiende.

A finales de septiembre, a consecuencia de la denuncia de dos miembros, la GPU detiene al grupo. El 27 de septiembre, la comisión de Control expulsa a 14 miembros del grupo; el 2 de octubre, una reunión del Comité Central y de la comisión de Control adopta un texto, redactado por Stalin, que decide expulsar a los miembros del grupo, y emprender medidas radicales «para liquidar totalmente la actividad contrarrevolucionaria de los guardias blancos del grupo Riutin-Slepkov, de sus inspiradores y sus protectores», una fórmula que sugiere múltiples y ampliables complicidades. Por último, el texto exige «la inmediata expulsión del Partido de aquellos que han conocido la existencia de ese grupo contrarrevolucionario, en especial de los que, habiendo leído los documentos contrarrevolucionarios, no informaron al Comité de control ni al Comité Central»<sup>16</sup>.

Stalin sabe perfectamente lo que hace. La GPU ha conseguido la lista de los antiguos dirigentes de anteriores oposiciones a las que los autores habían dado a conocer sus textos y que habían callado, especialmente Zinoviev y Kamenev, invitados a explicarse en aquella reunión. A pesar de que presentaron sus excusas, fueron expulsados. Cuatro años después, Stalin convertirá aquella complicidad pa-

<sup>15</sup> *Izvestia TsK KPSS*, nº 8, agosto 1990, pp. 201-202, y *Cahiers Léon Trotski*, nº 37, marzo 1989, p. 112.

<sup>16</sup> M. RIUTIN, *Na koleni ne stanu* (No me pondré de rodillas), Moscú, 1991, pp. 33-34.

siva en complicidad activa: cualquier sospechoso o acusado de haber leído el programa de Riutin se convierte en co-redactor y propagador. Stalin fabricará una lista ilimitada de pretendidos lectores y asimilará la lectura de cualquiera de los dos textos a una potencial actividad terrorista...

El 25 de noviembre, un mes después de haber desmantelado el grupo de Riutin, la GPU detiene a «un grupo oportunista de derechas» formado por Eismont, Alexandr Smirnov, antiguo comisario de Agricultura, y Vladimir Tolmatchev, antiguo jefe de la NKVD rusa, reticente ante la política terrorista de Stalin. La organización de aquel presunto «grupo» no superó nunca la etapa de unas decepcionadas y amargas conversaciones alrededor de una botella de vodka. Stalin, que lo sabe, envía el 17 de diciembre un telegrama en el que manifiesta su desprecio por aquellos adversarios reclutados en «una serie de borracheras»<sup>17</sup>, asimilándolos abusivamente a Riutin. Y anexiona a ellos a Rykov, algo aficionado también a la botella. El asunto no tiene consecuencias. Stalin solo trata de desacreditar a esos descontentos que, en cualquier caso, han aludido a la necesidad de «separarlo». En la comisión de Control, Postychev, teledirigido sin duda por el Secretario general, repite amenazadoramente a los acusados: «Para nosotros, una cosa está clara: “apartar” quiere decir “matar”. Apartar es matar. Para mí, cuando se habla de apartar significa matar»<sup>18</sup>. Ese será el leitmotiv de Stalin: cualquiera que desee que el Partido tenga otro Secretario general, es un terrorista. El 16 de enero de 1933, la GPU los condena a tres años en un campo especial y, poco después, detiene a un grupo Nemtchenko-Guinzburg, acusado de haber creado una organización para derribar a Stalin. Detiene también al hijo de Nemtchenko y a un grupo de jóvenes comunistas convictos, también ellos, de querer matarlo.

Stalin advierte que, en adelante, cualquier oponente caerá bajo la acusación de terrorismo. Y es que esos grupos son peligrosos en el contexto de la crisis económica y social del invierno de 1932-1933, y del aumento del descontento político que agita a las capas populares más profundas y a muchos militantes. Hiroati Kuromiya

<sup>17</sup> *Pevepiska, 1928-1941, op. cit.*, p. 196. Según la denuncia de Nikol'ski, Eismont afirmaba que, tomados de uno en uno, la mayoría de los miembros del Comité Central estaban en contra de Stalin, pero votaban en bloque a su favor, y añadía: la primera frase que Smirnov pronunciaba cuando se reunía con nosotros era: «¿No habrá en todo el país un hombre que nos libre de Stalin?». *Nezvestnaia Rossia*, Moscú, Istoricheskoe Nasledie, t. 1, p. 75.

<sup>18</sup> *Izvestia TsK KPSS*, n.º 11, noviembre de 1990, p. 67.

ha estudiado la lista de los 175 militantes juzgados como sospechosos por el jefe de la GPU del Donetz, cuyas declaraciones públicas expresan una auténtica rebelión en contra de los dirigentes. Uno de ellos afirma: «Stalin dirige el país con un grupo de hombres fuertes y se ríe viendo cómo nos destruye». El segundo declara: «Sería mejor que Stalin estuviera muerto». Un tercero: «Se ha creado un grupo de bandidos que está destruyendo deliberadamente nuestro país». Un cuarto, minero, declara a sus camaradas: «El gobierno soviético ha de caer pronto o tarde. Los trabajadores tendrían que formar un auténtico gobierno proletario que permita ser felices a los obreros y a los campesinos». Otro obrero, antiguo partisano rojo, dice: «Tenemos que hacer una segunda revolución», y otro proclama: «Stalin es el gendarme del partido comunista»<sup>19</sup>. El odio se dirige claramente al partido en el poder y específicamente a Stalin, que responde a los militantes del partido del que es Secretario con el pelotón de ejecución. Así, entre octubre y noviembre de 1932, nueve militantes son condenados a muerte en el Donbass. Según el sátrapa de Stalin en Ucrania, Postychev, la posesión del carnet del Partido no impide ser considerado como un enemigo; incluso puede llegar a ser una circunstancia agravante.

A partir de ahora, Stalin puede dedicarse a otras tareas. El 7 de octubre de 1932 se reúne en casa de Gorki con Vorochilov y Molotov y varios mandarines de la medicina para decidir la creación de un Instituto de Medicina Experimental. Fedorov, antiguo comandante del ejército en Koltchak, presenta el informe preliminar. El 19, organiza en casa de Gorki una reunión de escritores comunistas que tiene como objeto meterlos en cintura, sobre todo, a los «escritores proletarios» del RAPP a cuyo jefe, Averbaj, cuñado de Pagoda, detesta. Les indica con desprecio: «Todavía sois simplemente unas pobres gentes, unas pobres gentes, ¡y queréis dirigir la literatura!». Entonces, dicta a los escritores comunistas lo que conviene que digan a partir de la siguiente reunión, que se llevará a cabo exactamente una semana después, siempre en casa del autor de *Vagabundos*, en la que la GPU ha cubierto la mesa de diversos aperitivos, de botellas de vodka y de coñac armenio. La reunión se celebra copiosamente regada. En cierto momento, Bujarin, achispado, se inclina

<sup>19</sup> H. KUROMIYA, *Donbass and Terror*, Cambridge, Cambridge University Press, 1998-2000, pp. 188-189.

hacia Stalin, sentado a su lado, le toma por la nariz como a un niño y le dice: «Venga, suéltanos una mentirilla sobre Lenin»<sup>20</sup>. Stalin, pálido, le invita a que repita a Gorki que él ha querido envenenar a Lenin.

El día 26, unos cincuenta hombres de letras se reúnen de nuevo en casa de Gorki. En el extenso debate que se inicia después de la lectura del informe previo de Gronski, Stalin se muestra amable. Reprocha a los «escritores proletarios» que no sepan más que «provocar miedo», algo necesario pero insuficiente. Hay que ser capaz, también, de «suscitar la confianza». Y les da una doble prueba: no reprende a los escritores que, bajo el efecto de los primeros vasos de vodka, charlan durante su discurso, y no reacciona ante la delirante intervención de Zazubrin, autor de *El Tchekista*. Zazubrin, achispado, denuncia a los censores que han bloqueado la obra de uno de sus camaradas, culpable de haber destacado, en su descripción de Stalin, la simplicidad de sus discursos y de sus modales, las marcas de varicela en su rostro, en resumen, la falta de majestad y de grandeza... Indiferente al fúnebre silencio que invade a la asistencia, Zazubrin no ve nada malo en comparar a Stalin con Mussolini y a los miembros del Politburó, especialmente a Stalin, con los de la familia del zar<sup>21</sup>.

Stalin escucha, hundido en su asiento, y luego empuja a la asistencia a que coma a placer. Anima a sus invitados a beber; le gusta ver cómo el alcohol desata las lenguas. Él mismo se bebe sin inmuntarse las tres cuartas partes de una botella de coñac, y luego da a conocer su mensaje a los escritores. No les pide una unanimidad que «solo existe en los cementerios», pero los invita a responder «a las necesidades del pueblo», es decir, del Partido. ¿Cómo? Proporcionándole una «mercancía adecuada». También los escritores proporcionan una mercancía interesante que, dice, nos es muy necesaria: el alma de las gentes [...]. Vosotros ayudáis a modelar el alma de la gente. El alma de la gente es un producto importante. Y vosotros sois los ingenieros de las almas humanas»<sup>22</sup>. A partir de este criterio de utilidad, Stalin distingue tres estratos en la literatura: en el escalón inferior, la poesía; en la etapa intermedia, las novelas, y en el pi-

<sup>20</sup> K. ZELINSKI, «V June 1934» (En junio de 1934), *Minuwochee*, n.º 5, 1991, pp. 72-73.

<sup>21</sup> *Minuwochee*, n.º 10, 1992, p. 97.

<sup>22</sup> *Ibid.*, pp. 109-110.

so superior, el teatro, más accesible. El trabajador, ocupado durante ocho horas en una oficina y con una familia a su cargo, no tiene tiempo de leer largas novelas, pero puede ir fácilmente al teatro, un medio cómodo de popularizar las ideas del Partido entre las masas<sup>23</sup>. Para Stalin, el arte es un arma. El resto no le interesa.

Igualmente, Stalin se dedica a fabricar mitos. Así, 1932 es el año de Pavlik Morozov. Este pequeño campesino del Ural, de 12 años, el mayor de cuatro hermanos abandonados por su padre, muere degollado por su abuelo junto a uno de sus hermanos pequeños, por haber entregado a la milicia el secreto del escondite en el que había ocultado una hacina de heno y una carreta. Stalin transforma el suceso en un mito político: Pavlik Morozov había denunciado a la policía a su padre, presidente del soviet del pueblo, condenado a muerte por haber entregado certificados falsos a unos kulaks y por sustraer cereales del koljuz. Para vengar al padre, los kulaks habían degollado al joven «pionero comunista» (que no había sido nunca). En consecuencia, la pequeña víctima de un crimen crapuloso se convierte en el héroe de la denuncia progresista y en el símbolo de unas jóvenes generaciones favorables al socialismo y a la colectivización, que se alzan contra sus padres y abuelos, degolladores de niños en nombre de las fuerzas tenebrosas del pasado. La completa distorsión entre el hecho original y el mito del que se deriva es, evidentemente, una de las características de la mitología estalinista.

La crisis política permanente y el endurecimiento de la represión hacían cada vez más insoportable a Stalin el comportamiento de su mujer. En efecto, Nadejda Allilúieva insistía en subrayar su independencia: en 1927 asistió a las exequias del trotskista Adolfo Ioffé y en aquella ocasión escuchó el último discurso pronunciado por Trotski en la URSS. Parecía aborrecer al nuevo favorito de su esposo, el sinuoso Beria. Por su parte, Stalin soportaba mal sus celos, su amistad con Bujarin y... la extensión de sus cartas, aun mostrándose siempre claramente encariñado. A partir de 1929, marcha sin ella a Sotchi. Nadejda vive mal las tensiones del terrible 1932 que vuelven a Stalin cada vez más irritable; por otra parte, está celosa de la joven peluquera que lo afeita. Según Molotov, «Allilúieva estaba un poco tocada en aquellos momentos, y tan perturbada que ya no se controlaba»<sup>24</sup>.

<sup>23</sup> *Ibid.*, p. 111.

<sup>24</sup> F. TCHUEV, *Conversations avec Molotov, op. cit.*, p. 213.

El 7 de noviembre de 1932 asiste al desfile ritual en honor de la revolución. Hay viento y llueve. Observando la tribuna del Mausoleo, Nadejda suspira: «Debe de estar helado. Le he suplicado que se ponga ropa de abrigo, pero se ha limitado a barbotar una grosería y se ha marchado». Al día siguiente por la noche, el matrimonio asiste a una representación de ballet en el Bolchoi. Al acabar, Nadejda reprocha a su marido el gran interés que demostraba por una bailarina. Luego vuelven al apartamento del Kremlin donde se reúnen con los Molotov, Vorochilov y Iegorov. Stalin, algo bebido, lanza bolitas de pan a la mujer del general Iegorov, su antiguo compañero en la guerra de Polonia. El jugueteo agrava los celos de Nadejda. Stalin, enervado, encuentra a su mujer demasiado habladora aquella noche y, en mitad de la cena, le arroja al rostro una peladura de naranja (a la que, para hacer la escena más dramática, Molotov añade unas colillas) gritando: «¡Eh, tú!». Nadejda replica: «Yo no soy tu “¡Eh, tú!”», se levanta y deja la mesa<sup>25</sup>. La mujer de Molotov, Paulina Jemtchujina, su amiga íntima, sale tras ella y la alcanza; ambas pasean unos momentos por el Kremlin mientras charlan. Nadejda se queja a Paulina de la peluquera y de su marido, cuya conducta de esa noche crítica especialmente; luego vuelve a su casa y se acuesta. Jemtchujina regresa al comedor. Al día siguiente, la mujer de la limpieza encuentra el cadáver de Nadejda Alliluieva, con la sien reventada por un disparo, y en la mano, el pequeño revólver Walther que en una ocasión le había regalado su hermano Pavel. Stalin, avisado, acude descompuesto. Ese suicidio le afecta y le hiere al mismo tiempo.

Tres días más tarde, llega el último al funeral. Dos testigos describen la escena de modo muy distinto: Molotov dirá haberle oído suspirar «No supe protegerla». Según otro, habría gruñido: «Se ha marchado como un enemigo»; después, dando la espalda al ataúd, y viendo a su cuñado Pavel, se le queda mirando fijamente antes de preguntarle: «¿Fuiste tú quien le regaló ese revólver?. -Sí, habría respondido el otro-. Verdaderamente encontraste un regalo estupefando». Al dejar la sala, se dirige secamente a Enukidzé: «Ya que tú la bautizaste, entiérrala tú»<sup>26</sup>. Y se niega a acompañar los restos de su esposa al cementerio.

<sup>25</sup> S. ALLILUIEVA, *Vingt lettres à un ami*, op. cit., p. 124; ANA LARINA, *Bujarine, ma passion*, op. cit., p. 141.

<sup>26</sup> V. ALLILUIEV, *Jronika odnoi semii* (Crónica de una familia), Moscú, Molodaia Gvardia, 1995, p. 29.

Circula el rumor de que Nadejda ha dejado encima de la cómoda una carta acusadora dirigida a Stalin. Su hija Svetlana afirma «que solo tuvieron derecho a leer la carta un reducido grupo de íntimos y que fue destruida inmediatamente»<sup>27</sup>. Pero solo tenía 6 años cuando murió su madre, y no hace más que repetir lo que le contaron veintidós años después sus tías, que «sabían demasiado» y que fueron deportadas en 1948 y liberadas del Gulag en 1954. Ahora bien, las tías en cuestión no hicieron más que dar pábulo a un rumor que circuló entonces. Pero ¿cómo pensar que Stalin, habiendo entrado en el dormitorio de su esposa detrás de la mujer de la limpieza, se hubiera arriesgado a dejar circular una acusación contra él, aunque fuera en un círculo restringido? Según otro rumor, exigió a tres médicos convocados (dos de ellos, Levin y Pletnev, fueron condenados en el tercer juicio de Moscú) que firmaran un certificado de defunción afirmando que Nadejda había muerto a causa de un ataque de apendicitis. Ellos se habrían negado, pagándolo más tarde. Ciertamente, en el comunicado oficial, Stalin ocultó el suicidio, al que había considerado como un abandono y un desafío. Pero esta historia es una fábula; una más.

Tan grande es su abatimiento que la madre (o la hermana) de Nadejda se queda a dormir durante unas semanas en el apartamento del Kremlin. Stalin lo abandona en diciembre; lo cambia por el apartamento contiguo de Bujarin —que ocupa la pieza en la que se mató Nadejda— pero no vivirá en él casi nunca: a partir de 1934 se instala en Zubalovo, en su nueva villa de Kuntsevo, a diez minutos del Kremlin.

Durante mucho tiempo, algunos quisieron ver un asesinato en el suicidio de Nadejda. La herida de la sien derecha, disimulada después por un mechón de cabello hábilmente colocado, no podía haber sido causada por el disparo de una zurda, se decía; incluso un guardia había visto a Stalin salir del cuarto de su mujer a las cuatro de la mañana, después de haber oído una detonación, etc. En centenares de artículos se acumulan indicios imaginarios y testimonios rocambolescos. Vasili Stalin, en una carta a la dirección del PCUS de febrero de 1955, achaca también la muerte de su madre a la influencia de Beria, una influencia que no pudo ser capaz de percibir, pues en aquella época contaba solamente 11 años.

<sup>27</sup> S. ALLELUIEVA, *En une seule année*, op. cit., p. 131.



Hay un hecho cierto: aquella noche, algo bebido e irritado por la escena de celos, ha llevado hasta el límite a Nadejda. «En realidad, dice Molotov, había bebido un poco, bromeaba. Nada terrible, pero eso la alteró»<sup>28</sup>. En otra ocasión, Svetlana dijo que su padre «mataba siempre de forma indirecta». En este caso, nada permite concluir que haya buscado la muerte de su esposa. El 17 de diciembre acaba un telegrama a Vorochilov con una confesión muy poco habitual en él: «Sigo encontrándome mal, duermo poco y me repongo mal, pero eso no se advierte en mi trabajo»<sup>29</sup>. A lo largo de los años, repetirá en muchas ocasiones: «¿Por qué lo hizo?» o «¿Por qué me ha hecho esto?». El recuerdo le pesa. Dos años después, durante una cena familiar, uno de sus invitados alude a Yakov. Stalin se irrita, recuerda su hostilidad hacia Nadejda, su tentativa de suicidio, y luego añade: «¿Cómo Nadia, que había criticado a Iacha (diminutivo de Yakov) por ese intento, pudo suicidarse a su vez? Ha hecho muy mal, me ha destrozado». Su cuñada se indigna porque haya sido capaz de abandonar a sus dos hijos. Stalin estalla: «¿Los hijos? ¡bah! Al cabo de unos días la han olvidado, pero a mí me ha destrozado para toda la vida...»<sup>30</sup>.

Este suicidio deja a dos niños sin afecto familiar. En 1955, Vasili escribirá que, privado muy pronto de su madre y de la atención cotidiana de su padre, creció educado en el círculo de los guardias y que enseguida empezó a beber y a fumar. En efecto, Stalin confía su educación a Pauker, el jefe de la sección operativa de la Dirección de Seguridad de la NKVD. Vasili creció, pues, en medio de un grupo de miembros de la GPU, groseros y grandes bebedores, más dotados para las bromas del cuerpo de guardia que para la ternura. El director de la escuela donde lo coloca Pauker teme que le ocurra cualquier cosa al hijo del Secretario general. ¿Quiere jugar al fútbol? El director exige una autorización escrita del padre, al que Vasili escribe el 26 de septiembre de 1934: «Ya soy miembro del primer equipo de fútbol, pero cada vez que quiero jugar hay discusiones pues me dicen que, en general, es imposible sin una autorización paterna. Escríbeme diciendo si puedo jugar o no. Haré lo que quieras»<sup>31</sup>. Las cartas de Vasili, que firma siempre «Vasia»,

<sup>28</sup> F. TCHOEV, *Conversations avec Molotov, op. cit.*, p. 213.

<sup>29</sup> *Sovietskoe Rakovodstvo, Perepiska, 1928-1941*, Moscú, Rosspen, 1999, p. 196.

<sup>30</sup> *Iossif Stalin v obiatiaj semu, op. cit.*, p. 177.

<sup>31</sup> *Ibid.*, p. 50.

«Vaska el rojo» o «tu Vasia», comienzan siempre por un bastante escueto: «Buenos días, papá» y acaban con un simple «Hasta pronto». Stalin lo trata con una sequedad absoluta. Deseando orientar a su hijo hacia la aviación, el 24 de marzo de 1934 le regala la obra de ficción de un tal Helders (*La guerra aérea de 1936*) publicada en ruso en Berlín en 1932. La acompaña una dedicatoria lapidaria: «A Vaska, el comisario rojo, en recuerdo de Stalin. 24/III/ 34. Moscú»<sup>32</sup>. Vasili tiene como amigo a un muchacho de su edad al que Stalin ha recogido y trata como a un hijo adoptivo, el hijo del bolchevique Fiodor Artiom, un camarada de Tsaritsyn muerto en accidente en 1921. En 1933, el día en que el joven Artiom, más culto y más trabajador que Vasili, cumplía 12 años, Stalin le regaló un gramófono.

Stalin tuvo gestos de ternura con Svetlana, y solo con ella. Las calurosas cartas de la hija se inician frecuentemente con un «Buenos días, papaíto querido» y terminan con «un beso muy fuerte». A diferencia de la frialdad que muestra con su hijo, Stalin vuelca en ella un cariño inquieto y puntilloso. Un día de junio de 1935 sale hacia Lipki, en las afueras de Moscú, en compañía de los Redens, los Svanidzé y Svetlana. Los Svanidzé llevan a la niña con ellos; conducen lentamente, pues la lluvia hace que el pavimento esté deslizante. Y pinchan. A fin de cuentas, llegan media hora más tarde que los demás. Stalin muestra una inquietud espantosa. Cinco meses más tarde, dirige desde Sotchi a su hija una carta parecida a las que le enviará en los años 30, en las que interpreta el papel de un sirviente devoto de «Svetlana, la jefa. Me alegro de que no te olvides de tu papá. Te envío unas manzanas. Dentro de unos días te enviaré mandarinas. Come y diviértete. No envío nada a Vasili porque no trabaja bien en la escuela. Hace muy buen tiempo. Me aburro un poco porque la jefa no está conmigo. Buena suerte, jefa. Un beso muy fuerte. El pobre secretario de la jefa Svetlana. El miserable I. Stalin. 10-10-35»<sup>33</sup>.

Stalin elimina de la villa de Zubalovo cualquier recuerdo de su segunda mujer: hace trasladar sus muebles y sus adornos, la zona de juegos se destruye a golpes de pico, y agentes de la GPU y soldados sustituyen a las niñeras y a los criados. «La casa, tal como había sido

<sup>32</sup> CRCEDHC, fondos 558, inventario 3, dossier 25.

<sup>33</sup> F. TCHUEV, *Conversations avec Molotov, op. cit.*, p. 244. En S. ALLILIEVA, *Vingt lettres à un ami, op. cit.*, p. 165, se encuentra una carta semejante fechada el 18 de octubre, que incluye los mismos reproches a Vasili y anuncia la visita de Stalin a casa de su madre.

en vida de mamá, dice Svetlana, dejó de existir»<sup>34</sup>. En Kuntsevo, donde vive la mayor parte del tiempo, Stalin se entrega a los cuidados de una joven criada, Valentina Istomina, que le será fiel hasta el final, y que parece haber marcado la última etapa de su vida sentimental. El día de su muerte, Istomina sollozó sobre su cadáver.

En diciembre de 1932, Stalin afirma que el plan quinquenal se ha realizado. La propaganda repite su afirmación. Sin embargo, los objetivos proclamados solo se han alcanzado a medias, a veces menos (¡en plena colectivización, la producción anual de grano es de 0,9 millones de toneladas en lugar de los 8 millones anunciados!), a pesar de que las cifras oficiales incluyen los defectos y los desechos. Por supuesto, frente al hundimiento de la producción y al crecimiento del paro en el mundo capitalista, provocados por la crisis de 1929 y por la reducción del mercado mundial que se sigue, estas cifras revelan un dinamismo económico real, logrado gracias a muy duros esfuerzos y con un coste muy elevado. En febrero de 1932, Stalin crea la cartilla de trabajo obligatoria para todos los obreros. El director es el único que puede autorizar a un obrero a dejar su empleo, anotando en la cartilla las causas de la marcha o del despido. Hitler instaurará la misma cartilla tres años después, dando así al patrono alemán los mismos derechos absolutos sobre el trabajador de su fábrica. El 27 de diciembre Stalin restablece el uso del pasaporte interior en el que Lenin veía en su tiempo uno de los rasgos más reaccionarios del zarismo. Estas decisiones reducen considerablemente la libertad de movimientos y dan lugar a la creación de miles de puestos suplementarios para los pequeños burócratas encargados de gestionar la entrega de esas cartillas.

Igualmente costosa es la victoria de Stalin en el campo: en 1930, el Estado recolecta 221,4 millones de quintales de trigo, el doble que en 1928; pero, en 1930-31, la recolección disminuye en un 20%. Ahora bien, la superficie de tierra sembrada se ha ampliado hasta 21,4 millones de hectáreas (es decir, un aumento del 19%) gracias a la deportación de familias kulaks a tierras estériles, sin cultivar hasta entonces: así pues, el rendimiento ha caído. La ganadería ha perdido la mitad de las cabezas. El poder de tracción de la maquinaria agrícola y de los caballos supervivientes es inferior al de solo los caballos en 1928. Pero el Estado ha recolectado el doble de

<sup>34</sup> S. ALLILUIEVA, *En une seule année*, op. cit., p. 131.

grano. Los koljozes y los sovjozes (granjas en las que los campesinos son asalariados del Estado) permiten obtener el tributo del que Stalin hablaba en 1928, y exportar trigo para financiar la compra de máquinas y de material extranjeros. Así, en 1930, la URSS vende 4.850.000 toneladas de trigo en el exterior. Después del hambre de 1932-33, acompañada de una disminución en las exportaciones, la cosecha de 1933 fue buena. La resistencia campesina, aplastada, no revestirá desde entonces más que una forma pasiva.

El balance de la colectivización forzada es aún peor en otro terreno. En Kazajstán, una gran zona de ganadería, la colectivización total de los rebaños de las tribus nómadas da lugar a la desaparición (sacrificios, muerte por hambre o por frío) de cerca del 90% del ganado. El hambre acaba con 1 millón de habitantes del Cáucaso norte. El informe que describe las consecuencias de esta política, que ha provocado la emigración forzosa de 400.000 familias del Kazajstán (casi dos millones de personas), describe —en términos sin embargo moderados— los horrores del invierno de 1932-33: «Emigraciones masivas, mortalidad, sobre todo en la parte kazaj de la población, sacrificio y venta a bajo precio del ganado, carencia de pan para el alimento y de pasto para los animales de carga [...]. Los koljozianos iban a las montañas o a las regiones arenosas en busca de raíces y de semillas de plantas salvajes; los que quedaban eran incapaces de trabajar a causa de su extrema debilidad y de las enfermedades»<sup>35</sup>. Estas emigraciones forzadas, el hambre y la enfermedad aniquilan a 1.800.000 kazajs. El dirigente kazaj Turar Ryskulov escribe varias veces en vano a Stalin para llamar su atención sobre la catástrofe que se abate sobre su República: a fin de escapar del hambre, desde 1931, los kazajs huyen desesperadamente de una a otra región y mueren como moscas. En una carta de marzo de 1933, Ryskulov cita unas cifras abrumadoras proporcionadas por los representantes locales de la GPU: la mitad de los 60.000 habitantes del distrito de Balkach, la mitad de la población del distrito de Karat y los dos tercios de los 50.000 habitantes del distrito de Karkalin han perecido. Los niños mueren en masa; muchas familias los abandonan al trasladarse; hordas de niños de costillas prominentes invaden las ciudades y las estaciones. «La comisión que inspeccionaba un or-

<sup>35</sup> J. B. ABYLJOJINE, M. K. KOZYBAJEV y M. B. TATIMOV, «La tragedia del Kazajstán», *Voprossy Istorii*, n° 7, julio 1989, pp. 69-70.

fanato en el distrito de Semipalatinsk descubrió en la bodega veinte cadáveres descompuestos de niños que no habían sido trasladados a tiempo por la falta de medios de transporte»<sup>36</sup>. Las cartas de este estilo hacen enmudecer a Stalin. En 1937, su cólera alcanzará a Ryskulov.

Ucrania vivió una tragedia del mismo alcance. En enero de 1932, en un telegrama a los miembros del Politburó de los PC ruso y ucraniano, Stalin expresa su inquietud a propósito de la requisita de grano en esta República, y «la perspectiva inaceptable e intolerable»<sup>37</sup> de un previsible déficit de mil millones de quintales. Entonces, el aparato ucraniano se lanza al asalto de los campesinos. En Moldavia, Ucrania occidental, se comporta con una brutalidad extremada. El 10 de febrero, una brigada del *Pravda* de Moldavia denuncia en una carta a Stalin los métodos de la colectivización local: se ha confiscado a los campesinos la totalidad del grano, semillas incluidas, así como sus bienes; los han detenido, molido a golpes, mutilado. Muchos han huido a Rumanía. Stalin transmite la carta «para información» a todos los miembros del Politburó de los PC soviético y ucraniano y no se inmuta.

A primeros de junio, marcha de vacaciones a Sotchi. Se encuentra mal, a pesar de los baños que toma en Matsesta. El 16 de junio escribe a Kaganovitch: «Parece ser que mi salud no va a mejorar rápidamente. Ahora se manifiesta mi debilidad general y el cansancio que me agota. Creí que empezaba a recuperarme, pero veo que la mejoría todavía está lejos... por el momento no desaparece la debilidad general»<sup>38</sup>. Esta debilidad no le impide insistir en la recogida del trigo. El 18, dirige desde su dacha un telegrama a Kaganovitch y a Molotov. «En 1931, escribe, toda una serie de distritos productores de cereal cayeron en un estado de ruina y de hambre»<sup>39</sup>. Tras haber atribuido los errores a los cargos inferiores, como de costumbre, propone aumentar el plan de recogida de grano de un 4 a un 5% para asegurar el margen y llevar a cabo el plan a cualquier precio, lo que significa arrancar a los campesinos hasta el último grano de trigo, ese último grano que, según sus palabras, representa un «excedente». Anuncia

<sup>36</sup> *Ibid.*, pp. 70-71.

<sup>37</sup> N. IVNITSKI, «¿Quién es el culpable?», *Sudby Rossiskogo frestianstva*, op. cit., p. 335.

<sup>38</sup> Y. COHEN, «Unas cartas como acción: Stalin de comienzos de 1930 visto desde los fondos Kaganovitch», *Cahiers du monde russe*, n° 38, julio-septiembre 1997, p. 313.

<sup>39</sup> N. IVNITSKI, «¿Quién es el culpable?», en *Sudby Rossiskogo frestianstva*, op. cit., p. 337.

su regreso para el día 26, «si la enfermedad (algo así como unas leves anginas) no me lo impide»<sup>40</sup>. De hecho, ha estado enfermo todo el verano y permanece en Sotchi cerca de tres meses, desde primeros de junio a finales de agosto. El 24 de junio, en una carta a sus dos compadres, exige la ejecución incondicional del plan de requisita del trigo, dando muestras de cierta flexibilidad «en los distritos ucranianos que han padecido especialmente [...] por motivos de justicia, pero también a causa de la especial situación de Ucrania, de su frontera común con Polonia, etc.»<sup>41</sup>. Teme que los campesinos ucranianos crucen en masa la frontera. Pero sus hermosas palabras tendrán el sentido inverso. A la vuelta de un viaje a Ucrania, Molotov advertía al Politburó: «Nos encontramos, en efecto, ante el fantasma del hambre y especialmente en los ricos distritos productores de cereales»<sup>42</sup>. Pero no importa, a instancias de Stalin, el Politburó exige que se lleve a cabo el plan de requisita a cualquier precio.

El 11 de agosto, Stalin dirige a Kaganovitch una carta angustiada de siete páginas: «Lamentablemente, los asuntos en Ucrania van mal. Mal por parte del Partido, [...] mal por parte de los soviets [...], mal por parte de la GPU». Denuncia la incuria de los dirigentes ucranianos, afirma que el medio millón de militantes del PC ucraniano encierra numerosos corruptos, nacionalistas, petliuristas y agentes polacos. «Lo peor es que los dirigentes ucranianos no ven el peligro.» «Sin una reacción inmediata, afirma, podemos perder Ucrania»<sup>43</sup>.

El 22 de octubre, el Politburó informa de que el plan no se ha cumplido en ninguna parte, especialmente en Ucrania y en el Bajo Volga, y designa a dos comisiones, dirigidas, respectivamente, por Molotov y Kaganovitch, con el encargo de que pongan orden en Ucrania y en el Cáucaso norte. Kaganovitch se desboca. Quiere «romper la resistencia de una parte de los comunistas pueblerinos, convertidos prácticamente en organizadores del sabotaje», expulsarlos del Partido y deportarlos como «políticamente peligrosos»<sup>44</sup>. Prohíbe el envío de mercancías a varios distritos e incluso organiza ¡la

<sup>40</sup> Y. COHEN, «Unas cartas como acción», *art. cit.*, p. 314.

<sup>41</sup> N. IVNITSKI, «¿Quién es el culpable?», *art. cit.*, p. 338.

<sup>42</sup> *Ibid.*, p. 355.

<sup>43</sup> Y. COHEN, «Cartas como acción», *art. cit.*, p. 319. Stalin manifiesta entonces su huraña desconfianza incluso hacia sus mismos colaboradores. Ordjonikidzé está «incorregiblemente duro de mollera», es un «asqueroso rutinario», «continúa portándose mal» (p. 232), y ¡su «comportamiento mina a nuestro grupo dirigente!» (*Ibid.*).

<sup>44</sup> N. IVNITSKI, «¿Quién es el culpable?», en *Sudby Rossiiskogo Irestianstva*, *art. cit.*, p. 341.

evacuación de los escasos stocks existentes! A fin de desenmascarar a los agentes del enemigo, el 20 de noviembre, Molotov suspende en Ucrania la venta de cerillas, sal y petróleo, de los que priva a los distritos en crisis. El 21 de noviembre, Kaganovitch y Kossarev, secretario de las Juventudes comunistas, envían a Stalin una lista de 2.000 supuestos saboteadores. Stalin confirma. En cinco semanas, la GPU detiene en Ucrania a 320 presidentes de koljoses. Stalin hace adoptar al Politburó la medida propuesta por Molotov que consiste en implantar un impuesto especial sobre las explotaciones individuales...

Los responsables regionales del Partido de Ucrania, de Siberia y de Rusia central escriben a Stalin pidiéndole que suavice su política y reduzca los planes de entrega. Jataievitch denuncia la mala planificación de la recogida. Stalin se limita a garabatear de su puño y letra: «Interesante». A raíz del Politburó del 10 de diciembre envía a Ucrania a Kaganovitch y a Postichev con la orden de tomar todas las medidas necesarias para asegurar la incautación, y manda confiscar hasta los fondos destinados a las próximas siembras. Cuatro días después, ambos le telegrafían una resolución que han hecho votar al Comité Central del PC ucraniano, por la que se decide detener, deportar e incluso condenar a muerte a los saboteadores de la colecta. Stalin escribe «¡Bien!» en el telegrama. El hambre azota a numerosos distritos y los campesinos dejan de entregar el trigo. El 24, Stalin y Molotov exigen en un telegrama que los criminales que dejen de entregar su trigo sean «juzgados inmediatamente y castigados con 5 años de prisión o, mejor aún, con 10...»<sup>45</sup>.

Terejov, secretario general de Jarkov y miembro del Secretariado del PC ucraniano, se arma de valor y telefona a Stalin. Le describe la hambruna que se extiende por Ucrania. El Secretario general lo interrumpe riendo sarcásticamente: «Nos han dicho, camarada Terejov, que eres un buen orador; por supuesto, eres un cuentista, pues nos has contado un bonito cuento sobre el hambre, y crees que nos vas a asustar con eso, pero ¡no te funciona! Será mejor que dejes tu puesto de Secretario del comité regional y del Comité Central y que te vayas a trabajar a la Unión de escritores; así escribirás cuentos para que los lean los cretinos»<sup>46</sup>. A las dos semanas, lo destituye.

<sup>45</sup> *Ibid.*, pp. 351-352.

<sup>46</sup> *Ibid.*, p. 353, y *Pravda*, 26 de mayo de 1964. Habiendo salido vivo del Gulag al que Stalin lo envió cinco años después, Terejov pudo contar este episodio durante la semi-desestalinización de Jruschov.

Comandos de activistas y miembros de los comités de campesinos pobres y de los konsomoles, armados con barras de hierro, picos, mazas, palas, hachas y varillas de hierro para sondear el terreno, irrumpen en las casas, rompen el mobiliario, destrozan la loza, rajan los colchones en busca del menor grano de trigo y confiscan todo lo que encuentran: pan, guisantes, manteca, huevos. Unas garritas elevadas les permiten vigilar los campos y descubrir a los espigadores intempestivos. Los almacenes están vigilados por guardias del comisariado de Asuntos internos, que disparan sin previo aviso sobre los hambrientos que se acercan a ellos.

Preocupado, Stalin reduce las exportaciones de trigo debido a que los precios mundiales disminuyen. En 1931, a pesar de que la cosecha ha disminuido en 1,5 millones de toneladas, la URSS exporta 5.180.000. En 1932, en plena hambruna, las exportaciones caen hasta 1,7 millones de toneladas y se mantienen en ese nivel en 1933. En el transcurso de los seis primeros meses de ese año, la URSS exporta dos veces menos trigo (345.000 toneladas) que a lo largo del mismo período de 1932. Por cierto, esas 345.000 toneladas habrían podido proporcionar un kilo de trigo a dos millones de hambrientos durante seis meses. Pero la interrupción de las exportaciones habría suspendido la adquisición de la maquinaria indispensable para el plan quinquenal, una parte de las cuales se oxidan al aire libre aguardando la construcción de unos edificios que serán sus almacenes...

En enero y febrero, el hambre se extiende como una epidemia. Un responsable del Partido de Vinnitsa escribe a Kossior: «Se multiplican los casos de canibalismo y necrofagia»<sup>47</sup>. El 15 de marzo, Kossior escribe a Stalin: «Según datos de la GPU, 103 distritos de Ucrania están asolados por el hambre»<sup>48</sup>. Stalin se enfada con Kossior. Y sin embargo, esas palabras no dan más que una ligera idea de la situación: familias enteras que se alimentan de sopa de paja o de ortigas, de buñuelos de hierbas, de mondas de patata, de hierba, de orugas, de trozos de carroña. Hombres, mujeres y niños agonizan, el vientre hinchado, las piernas con la piel cuarteada que exuda

<sup>47</sup> N. IVNITSKI, «¿Quién es el culpable?», en *Sudby Rossiiskogo Jrestianstva*, op. cit., p. 354. GEORGES SOLOKOFF, «La guerra campesina de Stalin», prólogo de *L'Année noire*, Paris, A. Michel, 2000, p. 45.

<sup>48</sup> N. IVNITSKI, «¿Quién es el culpable?», art. cit., p. 353; ROGOVIN, *Vlast i Opposicija*, op. cit., p. 345; *L'Année noire*, op. cit., p. 45.



agua o pus. Las mujeres, enloquecidas, matan a sus hijos, cuecen los miembros y los devoran; otras fabrican y venden patés de carne humana. Los cadáveres se amontonan en las calles, a lo largo de las casas, en los caminos... Las autoridades imponen a los enterradores una norma cotidiana sobre los cadáveres que han de arrojar a la fosa común, y a cambio les conceden una ración completa de pan. Para conseguirla, los enterradores entierran a personas hambrientas demasiado débiles para defenderse<sup>49</sup>. Aquí y allí, las epidemias de tífus y de disentería sangrante devastan a los supervivientes. Una cuarteta anónima acusa:

*No hay pan, no hay carne,  
Pero sí cine y música.  
Tenemos hambre y estamos tristes,  
Stalín con nosotros en la pared.*<sup>50</sup>

La GPU encuentra al autor y lo mete en la cárcel. Un koljoziano escribe:

*Sobre la casa reinan la hoz y el martillo  
Dentro de la casa reina el hambre con su hoz  
No hay vaca, no hay cerdo,  
Excepto Stalín colgando de la pared...  
No busques la tumba de ese niño  
Se lo ha comido su padre.*<sup>51</sup>

Empujados por el hambre, cientos de miles de campesinos ucranianos y del Kuban abandonan sus pueblos y su koljoz y, para huir de la muerte, se lanzan a Bielorrusia, a la Rusia central y a Moscú. Stalin lo prohíbe. El 22 de enero de 1933 firma junto a Molotov una directriz a las instancias del Partido y de la GPU de las regiones implicadas en la que califica esta huida de gentes hambrientas, de sabotaje organizado o de complot, y explica: esta «marcha» ha sido organizada por los enemigos de la Unión soviética, los socialistas revolucionarios y los agentes polacos<sup>52</sup> para minar los koljozes y el poder soviético. Las tropas especiales de la GPU alzan unas enormes barricadas en las carreteras. A finales de marzo de 1933, la

<sup>49</sup> *L'Année noire, op. cit., passim.*

<sup>50</sup> *Ibid.*, p. 194.

<sup>51</sup> *Ibid.*, p. 186.

<sup>52</sup> N. IVNITSKI, *op. cit.*, p. 357.

GPU detiene a 219.460 fugitivos, devuelve a 186.588 a su lugar de origen y hace comparecer ante la justicia a los 32.872 restantes, que van a la cárcel o al Gulag. Stalin combate, pues, el hambre con la deportación. El 21 de noviembre de 1932, el Politburó decide deportar a 2.000 familias del Kuban, el 26 de diciembre a 500 familias de la región de Odessa, el 1 de enero de 1933 a 300 familias de la región de Tchernigov y a 700 familias de Dniepropetrovsk, el 4 de enero a 400 familias de la provincia de Jarkov, el 18 de marzo a 1.000 familias de la región de Kiev, calificadas de kulaks y de petliuristas, y así sucesivamente...<sup>53</sup>.

Los recuerdos de los supervivientes del hambre, recopilados y publicados en 1992 en Ucrania y más tarde en Francia en *Un Año negro*, acusan al «verdugo Stalin». Es como una letanía: «Stalin y sus hombres de confianza perpetraron el crimen más odioso entre 1932 y 1933. Stalin, «el usurpador sádico», tenía «ojeriza» a los ucranianos desde hacía mucho tiempo. La hambruna de 1933 fue completamente obra de Stalin. El que fue tocado por la mano negra de Stalin nunca será partidario suyo. El que conoció el miedo en los años 1937-38 jamás cantará sus alabanzas. El que comió hojas de cerezo con sal, restos de alforfón, maldice a Stalin con todas las maldiciones que conoce». Otro insiste: «La mayoría de los campesinos señalaban a Stalin como el gran responsable».

Cholojov, autor de *El Don apacible*, se alzó contra esta política. Sus cartas a Stalin proporcionan una sorprendente claridad sobre la caza estalinista del trigo y del hombre. En abril de 1933 dibujaba un cuadro de los bárbaros métodos empleados para apoderarse del trigo por el aparato del Partido de Vechensk, donde vivía. En una extensa carta a Stalin, fechada el 4 de abril de 1933, describía la tragedia vivida por los campesinos de su región: «En el distrito de Vechensk, como en los otros, los koljozianos y los propietarios individuales mueren de hambre; adultos y niños se hinchan y se nutren de unos alimentos indignos del ser humano, de carroña, de cortezas de encina y de hierbas del pantano. En una palabra, el distrito no se distingue en nada de los otros distritos del país [...]. El 99% de la población trabajadora padece idéntica calamidad». En 1931, recordaba Cholojov, los koljozes del distrito habían cumplido con el

<sup>53</sup> L. GINZBERG, «A través de las páginas de los "mapas especiales" del Politburó», *Voprossy Istorii*, n° 8, agosto 1996, pp. 28-29.

plan de recogida de trigo, pero, en 1932, la comisión había fijado un plan de recogida dos veces y media más elevada, irrealizable y no realizado. El comité territorial respondió: «Hay que obtener el trigo a cualquier precio. ¡Presionaremos de tal modo que correrá la sangre! Debilitar, pero recuperar el trigo». Para conseguirlo, sometió a los campesinos a distintos suplicios: les rompían las articulaciones, los ahorcaban y los arrojaban a las aguas del Don.

Cholójov enumera los dieciséis medios empleados por los activistas para recuperar 593 toneladas de trigo. He aquí algunos: dar palizas a los campesinos en pleno invierno; desnudarlos y encerrarlos desnudos en un almacén o en un hangar; rociar con gasolina las piernas y las enaguas de las koljozianas y prenderlas fuego, apagarlo y amenazar con comenzar de nuevo si las mujeres no dicen dónde está el trigo supuestamente escondido; enterrar en una fosa por mitad del cuerpo a los campesinos o sentarlos en un extremo de una estufa o de un horno calentado al rojo, golpearlos y sacarlos luego a «refrescarse» en medio de un frío glacial, descalzos encima de la nieve hasta que se les helaran los pies; trasladar en plena noche a los campesinos hasta la estepa helada, desnudarlos y hacerlos regresar al pueblo a paso de carga; multiplicar las amenazas y los simulacros de ejecución; golpearlos a sablazos, etc. Cholójov añadía: «Podría multiplicar hasta el infinito estos ejemplos. No se trata de excesos aislados, sino de un método, legitimado a escala en todo el distrito, de la organización de la recogida del trigo». Y terminaba: «Solo confiamos en ti»<sup>54</sup>.

Stalin responde a Cholójov el 6 de mayo. Le reprocha no ver «más que un lado de las cosas [...] [mientras que] para no equivocarse en política [...] hay que tener una visión global; es preciso saber mirar el otro lado. Y el otro lado consiste en que los honrados labradores de tu distrito (y no solo de tu distrito) han montado una huelga a la italiana (¡de sabotaje!) y estaban a punto de dejar sin pan a los obreros y al Ejército rojo. El hecho de que el sabotaje fuera tranquilo y exteriormente inofensivo (sin derramamiento de sangre) no cambia la circunstancia de que, fundamentalmente, dichos trabajadores llevaban a cabo una guerra “tranquila” en contra del poder soviético. Una guerra de usura»<sup>55</sup>. Así pues, los comandos

<sup>54</sup> *Pissatel v vojíd* (El escritor y el guía), Moscú, Rariret, 1997, pp. 28-54 (la enumeración de los métodos de tortura figura en las páginas 49-54).

<sup>55</sup> *Ibid.*, p. 68.

han usado, contra la huelga campesina, medios malos para una buena causa.

No obstante, Stalin manda enviar 200 toneladas de centeno a los campesinos del distrito, y luego, los días 2 y 4 de julio de 1933, convoca en Moscú al Politburó, a Cholojov y a los responsables del comité regional del Partido. El Comité Central condena en una resolución los «excesos» de los responsables regionales —levemente sancionados— que se han desviado de la línea correcta. El jefe aparece como el recurso supremo ante el desenfreno de sus subordinados. Es la repetición de una antigua tradición zarista: los campesinos veían en el zar, que desgraciadamente estaba demasiado lejos como Dios estaba demasiado alto, el único recurso frente a la arbitrariedad y la violencia de los «funcionarios». Cuando, dentro de tres o cuatro años, Stalin deje caer su brazo vengador sobre el Partido, los campesinos apenas se apiadarán de los cuadros liquidados.

El hambre ha matado a 4 millones de campesinos ucranianos. Un día, Demtchenko, segundo secretario del PC ucraniano, lleva en coche a su hijo de 9 años a visitar un pueblo en el que todos los habitantes han muerto o se han devorado unos a otros. Y le dice: «Ya lo ves, este es Stalin»<sup>56</sup>; pero el mismo Demtchenko lo apoya en público. Los historiadores ucranianos, para acreditar la tesis del «genocidio ucraniano», ofrecen unas cifras fantásticas para su propio país: de 7 a 15 millones de personas habrían sido víctimas de un plan de exterminio. Pero son datos completamente imaginarios. Ciertamente, Ucrania, un país rural de tradiciones fuertemente nacionalistas —que son perceptibles incluso en el Partido comunista ucraniano—, está especialmente vigilado, pero la amplitud del hambre es fruto de los métodos de la colectivización y de la represión de una resistencia encarnizada por parte de grandes capas del campesinado. Un proceso que en ningún caso puede considerarse como una variante de la liquidación nazi de las poblaciones eslavas, calificadas de inferiores.

En conjunto, el hambre afectará, en toda la URSS, a 30 millones de campesinos; de ellos, morirán 7 millones. Evidentemente, la propaganda hace todo lo posible por ocultarlo. En agosto de 1933, Edouard Herriot, invitado a Ucrania para ser presentado a unos

<sup>56</sup> Testimonio prestado al autor por el hijo de Demtchenko, Mijail, el 28 de abril de 1988.

«trabajadores» escogidos, exclama irónicamente: «¡Mirad a esos hambrientos!»<sup>57</sup>. La prueba de que el hambre no es más que una fábula son las gallinas que encuentra en su camino, pues hace tiempo que unas gentes famélicas les habrían retorcido el cuello...

A pesar de las purgas a las que se ve sometido, el Partido está inquieto. Incluso el aparato parece lejos de mantenerse unido detrás de Stalin; junto a los déspotas locales que gestionan la colectividad a paso de carga haciéndose de paso con su propio diezmo, hay otros que protestan y deben ser metidos en vereda. En el Comité Central de enero de 1933, con el terreno libre por haber eliminado a la oposición en plena hambruna, Stalin rompe el casi completo silencio que guardaba desde hacía dieciocho meses y expone el balance de su victoria en forma de una letanía triunfal: «No teníamos siderurgia, base de la industrialización del país. Ahora la tenemos»<sup>58</sup>. Empleando la retórica de las antítesis, del «no teníamos/ahora tenemos», pasa revista a la industria de los tractores, a la industria automovilística, a la fabricación de máquinas-herramientas, a la industria química, a la fabricación de maquinaria agrícola y a la industria aeronáutica. Un balance mitad falso, mitad verdadero: parte de las empresas no existen más que en el papel o, por estar inacabadas, son incapaces de producir cualquier cosa; otra parte funciona y produce, efectivamente, unas mercancías reales, pero con un considerable porcentaje de desechos. En consecuencia, la otra cara de este balance triunfal es la caza a los saboteadores.

Stalin justifica la colectivización cantando la sublime realidad, pero termina con una amenaza: si «el proceso de empobrecimiento y depauperización en el campo [del que no había hablado hasta entonces] está abolido», dice, no se producen menos «robos y pillajes masivos». Y denuncia a los «numerosos camaradas que consideran con indiferencia este fenómeno...»<sup>59</sup>. Por otra parte, para tranquilizar a su auditorio, promete que a lo largo del próximo plan quinquenal se conseguirá «aliviar al país» y disminuir los ritmos insoportables del desarrollo industrial»<sup>60</sup>.

En conclusión, anuncia un refuerzo más en el aparato represivo: «La decadencia del Estado no se produce por el debilitamiento del

<sup>57</sup> S. COEURE, *La Grande tueur à l'Est*, París, Seuil, 1999, p. 177.

<sup>58</sup> STALIN, *Oeuvres complètes*, t. XIII, p. 178.

<sup>59</sup> *Ibid.*, pp. 196 y 209.

<sup>60</sup> *Ibid.*, p. 185.

poder estatal, sino por su máximo refuerzo» que se dirige a aplastar a los restos de las clases moribundas, a las que la agonía hace curiosamente peligrosas. Y a luchar contra el asedio capitalista<sup>61</sup>. Es preciso, pues, desarrollar la GPU y el aparato judicial cuyos efectivos se hinchan, en efecto, de modo fantástico: pasan de 816.000 individuos a finales de 1931 a 1.300.000 el 1 de enero de 1934.

Stalin hace que el Comité Central ratifique la decisión tomada por el Politburó el 10 de diciembre de interrumpir las afiliaciones al Partido desde el 1 de enero de 1933, y de dedicar el año próximo a una depuración general de sus filas. La resolución del Comité Central se basa en formulaciones generales: la purga debe eliminar «los elementos poco seguros, los inestables y los intrusos». Sin embargo, la resolución de la comisión de Control del 28 de abril, que debe poner en marcha la maquinaria, es mucho más concreta: se trata de expulsar a todos los que protestan, incluso en silencio, y a llevar a cabo la política de Stalin donde falte entusiasmo. Hay que excluir a las «gentes de dos caras que engañan al Partido ocultando sus verdaderas aspiraciones y que, bajo la máscara de un juramento de fidelidad al Partido, en realidad tratan de hacer fracasar su política»<sup>62</sup>.

No obstante, el auténtico peligro para la URSS se perfila más allá de las fronteras del país. El 29 de enero de 1933, Hindenburg nombra a Hitler canciller del Reich. Los nazis han llegado al poder. En este acontecimiento, el Komintern ve la última crisis del capitalismo, el anuncio de su convulsión final y la cercana victoria de la revolución. El 2 de febrero de 1933, el órgano del partido comunista alemán, *Die Rote Fahne*, clama: «Hitler gobierna, pero el comunismo avanza». En resumen, todo va bien. Esas baladronadas, aprobadas por Stalin, hablan largo y tendido sobre la ceguera de los comunistas. En una conferencia de koljozianos celebrada a mediados de febrero de 1933, Molotov afirma: «La situación internacional de la URSS ha mejorado considerablemente». No obstante, Stalin no se limita a tranquilizarse con esas fanfarronadas. El 4 de marzo de 1933, un artículo de *Izvestia* declara que la URSS es el único país del mundo que no siente enemistad hacia Alemania, «y ello, independientemente de la forma y la composición del gobierno del Reich». La apertura hacia Hitler es patente. Stalin ordena a Radek

<sup>61</sup> *Ibid.*, p. 211.

<sup>62</sup> *KPSS V resolucijahk* (El PCUS y sus decisiones), Moscú, 1954, t. 6, pp. 46-47.

que mantenga unos estrechos contactos con los consejeros de la embajada alemana, Hilger von Tvardovski (que le llama en sus informes «nuestro amigo soviético») y luego con el mismo embajador, Brockdorff-Rantzau. En octubre de 1933 se opone al boicot del referéndum hitleriano por parte del PC alemán y le obliga a participar en él, acelerando así su desmoralización. Y disimula su servicio a Hitler tras la bravata: en diciembre de 1933, el Comité ejecutivo del Komintern afirma que «en Alemania se anuncia un nuevo impulso revolucionario»<sup>63</sup>.

De todos modos, las preocupaciones de orden interno siguen siendo prioritarias. El mundo burocrático está formado por clanes que tienden a transformarse en feudos y cuyos enfrentamientos permiten ciertamente a Stalin jugar a los árbitros por encima de la pelea, pero que amenazan con perjudicar su propio poder. Una prueba es el conflicto que surge en agosto de 1933 entre Stalin y Ordjonikidzé.

La baja calidad de los productos soviéticos obstaculiza las exportaciones y provoca el descontento de la población. Desde 1932, Stalin organiza periódicamente los procesos por sabotaje. Así, desde el 16 al 22 de agosto de 1933, son condenados varios responsables de organismos de maquinaria agrícola y de una fábrica de Jarkov, y el 22, el fiscal Vychinski, en un discurso amenazador, acusa a los comisariados del pueblo de Agricultura y de Industria pesada de los que dependen los organismos inculminados. El antiguo menchevique Vychinski —firmante en julio de 1917 de la orden de arresto dirigida contra Lenin—, paralizado de miedo ante Stalin, no ha podido decidir por sí mismo el hecho de amenazar a los responsables de los dos más grandes comisariados del pueblo en la Unión: obedece a una orden de Stalin, que tira de los hilos entre bastidores, concretamente desde Sotchi donde está descansando. Ordjonikidzé y los demás miembros del Politburó no pueden ignorarlo y, sin embargo, tratan de aprovecharse de la ausencia de Stalin. El 23 de agosto, la prensa publica el discurso de Vychinski. Al día siguiente, el Politburó denuncia la «acusación injusta» lanzada contra los dos comisariados. Stalin, informado por Molotov, que le avisa al mismo tiempo que se

<sup>63</sup> La primera parte de las tesis de este Comité ejecutivo, titulada «El fascismo y la maduración de la crisis revolucionaria», desarrolla esta idea. *Komintern protiv fascizma* (El Komintern contra el fascismo), Moscú, Nauta, 1999, pp. 309-313.

toma mes y medio de vacaciones en lugar de los quince días previstos, estalla y califica de «fanatismo» la actitud de Ordjonikidzé al que acusa de querer «estropear la campaña [...] contra los productos defectuosos. ¿Cómo has sido capaz de ceder?». Sospecha un acuerdo a sus espaldas entre sus lugartenientes: «¿Os ha implicado Kaganovitch? Es patente que os ha implicado. Y no solo él». Molotov pretende tomarse unas largas vacaciones «para huir». Y de este modo, Ordjonikidzé se queda sin contrapeso. Stalin se burla, «es imposible dejar durante mucho tiempo al Politburó y al Consejo de comisarios de pueblo en manos de Kuibychev (aficionado a emborracharse) y de Kaganovitch»<sup>64</sup>.

El asunto le llega al corazón; el 12 de septiembre insiste en una segunda carta a Molotov en la que califica la conducta de Ordjonikidzé y de Iakovlev como de «anti-Partido». Les acusa de defender a los que «violan las decisiones del Partido y del gobierno relacionadas con las producciones defectuosas. Así, «en lugar de arrepentirse de sus pecados [...], apoyan moralmente a los reaccionarios que violan las disposiciones del Partido». También reprocha a Kaganovitch que, «en contra de lo que él esperaba en este sentido, se ha situado en el campo de los elementos reaccionarios del Partido»<sup>65</sup> que encuentran seguidores en ausencia de Stalin e incluso obtienen la mayoría. A pesar de su cólera, Stalin no pide al Politburó que se vuelva atrás en la votación. Sus lugartenientes disponen aún de cierta independencia y tiene que tener en cuenta sus temperamentos. Pero se dedicará a poner fin a esta situación para la que se prepara cuidadosamente durante tres años...

Los imaginarios saboteadores pagan los platos rotos. Los servicios de los comedores sociales del Donbass carecen de jabón y de toallas en cocinas y cantinas. La ausencia de una higiene elemental multiplica los casos de intoxicación alimenticia. Pero ¿por qué comprar jabón y toallas? A primeros de diciembre de 1932, la GPU detiene a veinte camareros y cocineros; dos de ellos son fusilados y los otros cargan con 5 a 10 años de cárcel. Las intoxicaciones continúan...

La propaganda se apoya en la realidad de unas estadísticas fantásticas. Así, un documento del primer plan quinquenal pretende: «El obrero soviético tiene ahora un nivel de vida superior al de Ber-

<sup>64</sup> *Pisma Stalina Molotovu, op. cit.*, p. 247.

<sup>65</sup> *Ibid.*, pp. 248-249.



lín o París». El 27 de junio de 1930, en su informe político al XVI Congreso, Stalin afirmaba: «Entre nosotros, el salario real se incrementa irremisiblemente de año en año»<sup>66</sup> mientras que, entre 1928 y 1932, el nivel de vida medio de una clase obrera famélica, sumergida en el torbellino de una industrialización desenfrenada, ha disminuido hasta la mitad. La creciente distorsión entre el discurso y la realidad engendra una esquizofrenia de la que Stalin, aupado a la cumbre del poder, es la encarnación política consumada.

Pero el Guía está pensando en las próximas vacaciones. Mientras se abre la estación de la siembra en Ucrania y el Kuban, assoladas por el hambre, hace que, antes del 15 de abril —fecha en la que, precisamente, empieza la época de vacaciones—, el Politburó expulse de los distritos de Sotchi, de Tuapsé y de los balnearios de Mineralnye-Vody a 5.000 familias calificadas de kulaks...<sup>67</sup> El descanso de la nomenclatura no tiene precio.

Comienza también a preparar el relevo político promocionando a hombres nuevos: Baguirov, presidente de la Tcheka y luego de la GPU de Azerbaiyán desde 1921 a 1930, había sido expulsado del Partido acusado de corrupción y de infligir malos tratos a los detenidos. Una vez readmitido, en 1929 fue objeto de la atención de la comisión de Control, presidida entonces por Ordjonikidzé por «abuso de poder». Pues bien, en 1933, Stalin nombra a este dudoso personaje primer Secretario del Partido comunista de Azerbaiyán, y con él promociona a su amigo Lavrenti Beria, que había sido vicepresidente de la GPU de Azerbaiyán, luego presidente de la GPU de Georgia y de Transcaucasia antes de ser nombrado por Stalin, en 1931, Primer secretario de la GPU de Georgia y por fin, en 1932, Primer secretario del Partido en Transcaucasia y del comité de Tiflis. De este modo, dos hombres de la policía política acceden a la dirección del Partido. Durante la reunión organizada por Stalin para decidir la promoción política de Beria, dos de los dirigentes que participaban en ella mostraron sus reticencias; uno fingió sorpresa: «¿Qué has dicho, Koba? ¿He oído mal?», mientras que el otro gruñó: «No trabajaré nunca con ese charlatán»<sup>68</sup>.

<sup>66</sup> STALIN, *Oeuvres complètes*, t. 12, p. 297.

<sup>67</sup> L. GINZBERG, «A través de las páginas de los "mapas especiales" del Politburó», *art. cit.*, p. 29.

<sup>68</sup> S. MIKOIAN, «Sluga» (El sirviente), *Komsomolskaia Pravda*, 21 de febrero de 1988.

El ascenso político de estos dos policías anuncia que Stalin se dispone a utilizar el aparato de la GPU contra el del Partido. Con la misma intención promociona a un desconocido, Nicolás Iejov, un individuo discreto, sin pasado revolucionario, que desde 1922 dirige toda una panoplia de comités provinciales del Partido en los que siempre se ha apresurado a obedecer las directrices de la cumbre. A partir de 1930 dirigió el sector de distribución, luego, el de cuadros y, por fin, la sección industrial del Comité Central. En este burócrata oscuro e incoloro, bastante amable, Stalin había adivinado a un verdugo.

En 1933, la GPU deporta a 270.000 individuos. Entonces, Stalin modera la represión durante algún tiempo. Una instrucción confidencial del 8 de mayo de 1933, dirigida a los cuadros del Partido, de los soviets, de la GPU y del comisariado de Justicia, firmada por Stalin y Molotov, pone freno a esa «saturnal de detenciones» que se hacen «por quienes les da la gana, por personas que, hablando estrictamente, no tienen derecho a proceder a arrestos [sin precisar quiénes son esos extraños particulares responsables de los excesos de la represión]. No es sorprendente que [en este contexto] los órganos habilitados para proceder a las detenciones, incluidos los de la GPU y la milicia, pierdan todo sentido de la moderación». Como siempre, los culpables son los escalones inferiores del aparato que deforman, exageran, caricaturizan la política de los dirigentes y obligan a la GPU y a la milicia a una competición salvaje e inútil, pues «tres años de lucha han llevado a la destrucción de las fuerzas de nuestros enemigos de clase en el campo»<sup>69</sup>.

En el Comité Central de marzo de 1937 dará una explicación diferente de esta decisión: las detenciones masivas, dirá, no permitirían detener a los verdaderos enemigos. Stalin desea poner fin a las iniciativas incontroladas de los *apparatchiks* locales, que no siempre arrestan a los elementos que Stalin pretende liquidar. Para disminuir su celo, Stalin y Molotov establecen unas cuotas de detenciones por República, limitan a 12.000 al año las deportaciones individuales de «activistas contrarrevolucionarios», fijan en 400.000 el número máximo de prisioneros y crean una comisión de «desatasco» de las celdas nauseabundas en las que se hacían

<sup>69</sup> Este texto ha aparecido en los archivos de Smolensko confiscados por los nazis en 1941 y publicado en 1957 por Merle Fainsod en su obra *Smolensk under the Soviet Rule*, p. 263.

los detenidos como si fueran desechos. En ese sentido, la planificación centralizada hace maravillas: en junio de 1934, Krylenko anunciará triunfalmente el éxito del plan: ¡solamente quedan en carceladas 397.284 personas!

Por otra parte, el año 1933 parece anunciar una dulcificación en la caza a los antiguos adversarios: el 8 de marzo, en una carta al Comité Central y otra a Stalin, Zinoviev reconoce sus faltas y la justicia de la sanción que ha sufrido. El 19, Stalin manda enviar copia de ambas cartas, acompañadas de una nota dictada por él en su nombre y en el de Vorochilov, Molotov, Kalinin y Kaganovitch, a los demás miembros del Politburó y de la comisión de Control, en la que propone que Zinoviev vuelva inmediatamente a Moscú para discutir con él su reingreso en el aparato, y hace que, al día siguiente, *Pravda* publique la carta al Comité Central. Kamenev vuelve también a Moscú. Los dos hombres reingresan en el Partido a finales de año. El mensaje parece claro: a los arrepentidos se les abre la puerta del purgatorio. No por mucho tiempo, pues Stalin duda de la sinceridad de su arrepentimiento.

El regreso de algunos antiguos personajes de la Oposición va acompañado de un aumento de la represión contra los militantes de base y los cuadros del Partido mismo. En febrero de 1933, la GPU detiene a un grupo de antiguos bujarinistas dirigidos por Slepkov, que confiesa ingenuamente haber querido, ciertamente por métodos pacíficos, reemplazar a Stalin «y a su grupo» en la dirección del Partido. Stalin manda al jefe de la sección política de la GPU que disponga la vigilancia sistemática de los militantes sorprendidos en «conversaciones imprudentes. Sabíamos perfectamente, cuenta un responsable de la GPU, quién hablaba mal de Stalin y dónde... Teníamos un expediente de cada uno de ellos». Stalin hace abrir un fichero con los nombres de los miembros del Partido culpables de un comentario crítico o de una broma respecto a él. La purga recae especialmente en los que se afiliaron antes o durante la revolución: en menos de un año expulsa del Partido a algo más del 18% de sus 1.916.500 afiliados, es decir, cerca de 400.000 miembros que viven una auténtica tragedia: tras haberles retirado el carnet del Partido, de ordinario los echan de su trabajo y de su apartamento. Se encuentran sin trabajo y en la calle después de que, en 1931, Stalin suprimiera las ayudas a los parados... Los suicidios se multiplican entre ellos.

La moderación, muy relativa como vemos, de la represión no obstaculiza en modo alguno el auge del Gulag, encargado en marzo de 1933 de construir líneas férreas, entre ellas la BAM siberiana (la segunda vía del transiberiano Baikal-Amurskaia Magistral), que en 1935 empleará a más de 150.000 detenidos y trabajadores «libres» para un proyecto eternamente inacabado, cementerio –a pesar del envío de contingentes de deportados renovados continuamente– de las grandiosas realizaciones estalinistas. En abril de 1933 enriquece su panoplia de concentraciones creando los «pueblos de trabajo» para koljozianos acusados de «sabotear la requisa», habitantes de Moscú y Leningrado en situación ilegal y kulaks que se hicieron contratar ilegalmente en las empresas. Cerca de 200.000 detenidos excavaron el canal Moscú-Volga-Don, mientras que otros 63.000 construyeron las vías férreas de Siberia oriental. El proyecto se realiza a gran velocidad, pero de un modo caótico desde el principio. En el Gulag se duplica el desorden engendrado en la sociedad por el embrollo de la colectivización, de la industrialización, de la «liquidación de los kulaks» como clase, del hambre, de la afluencia de campesinos a las obras y a las fábricas, y de las purgas. Las exigencias de la represión suplantán a las de la producción. Un decreto del 20 de abril de 1933, que limitaba la deportación a los individuos aptos para «un trabajo efectivamente productivo», prohibía la de los adolescentes menores de 15 años y de los ancianos de más de 60, pero los mandos de la GPU no hacen caso y agolpan en unos convoyes invadidos por el tífus, la disentería y la viruela, a ancianos y a auténticos esqueletos ambulantes incapaces de realizar cualquier trabajo.

A últimos de 1933, la GPU entrega el Bielomorkanal o canal Báltico-mar Blanco, llamado canal Stalin. Este éxito grandioso culmina con la amnistía de 5.000 héroes, aunque evidentemente no resucita a los 30.000 muertos de hambre y de frío. Para entregar a Stalin el canal dentro de plazo, la GPU ha hecho profundizar menos de lo proyectado por los ingenieros, y los 230 kilómetros de canal resultan ser casi inutilizables, excepto para barcos de poco calado... y solamente durante medio año. El resto del tiempo, el canal está helado. Alardes, desastre y brutalidad caracterizan la primera realización del Gulag. Stalin solo navegará por él en una ocasión en medio de un gran boato. Enseguida, Aragón propone que los escritores «reaccionarios» se inspiren en él para reeducarse. A continuación, una cohorte de 104 escritores celebrará los valores educativos

de este trabajo en un volumen prologado por Gorki después de un viaje confortable regado con champán<sup>70</sup>.

La cuñada de Stalin, María Svanidzé, vuelve del extranjero en el verano de 1933. Íntima de Stalin, participa en todas las celebraciones familiares, en los aniversarios y en las fiestas de año nuevo. Dice: «Está tan protegido por el entorno que a un simple mortal le resulta muy difícil acercarse a él»<sup>71</sup>. Aunque es tan inaccesible como un tirano oriental, desprecia el lujo. Su villa de Zubalovo está decorada y amueblada de un modo casi espartano: libros, algunas reproducciones de cuadros, escasos muebles: los famosos divanes y la sala de billar son sus únicos dispendios.

A Stalin y a sus invitados les gusta el billar. Después de comer y beber a placer, las mujeres se quedan charlando y los hombres juegan largas partidas. Durante esos momentos de intimidad, Stalin abandona su posición de Jefe. María Svanidzé escribe en noviembre: «Es bueno y cariñoso». Y se extasía: «Como siempre, tiene razón en todo. ¡Qué mente analítica, qué excepcional psicólogo! Mientras está ocupado, ¡conoce a los que le rodean hasta en los menores detalles!». Está conmovida por la ternura que muestra por Svetlana, que multiplica las órdenes escritas «a su Primer secretario el camarada Stalin». Si creemos en sus palabras, Stalin siempre dice sí a su hija. Y confirma que las relaciones con Vasili son más difíciles y más tensas. El muchacho, tozudo, limitado e insolente, trabaja mal en la escuela<sup>72</sup>, dice. Una tarde de noviembre de 1935, Stalin le da dos meses para que se corrija y le amenaza con echarle y poner en su lugar a tres [sic] muchachos capaces...

En el verano de 1933, Stalin se marcha de nuevo a Sotchi, siempre al cuidado del joven Chneiderovitch. ¿Fue durante esta estancia o durante alguna de las tres siguientes, cuando se sitúan los dos episodios relatados posteriormente por el doctor? Después de los ba-

<sup>70</sup> El joven escritor Avdeenko, invitado a participar en esta odisea turística y gastronómica, después de 60 años, todavía no daba crédito: «En cuanto fuimos huéspedes de los tchekistas, empezó para nosotros el reinado del comunismo completo. Comimos y bebimos a satisfacción sin gasto alguno. Salchichones ahumados. Quesos. Caviar. Fruta. Chocolate. Vinos. Coñac. ¡Y todo eso en plena hambruna! Y mientras Avdeenko degustaba aquellos manjares recordaba su viaje desde Magnitogorsk a Moscú: «A lo largo de las vías se alineaban niños y ancianos harapientos, descalzos, agotados. En las vías se alineaban niños y ancianos harapientos, descalzos, agotados. En la piel y los huesos. Reliquias vivientes que tendían las manos hacia los vagones que pasaban. En sus labios se adivinaba la misma frase: siempre ¡pan! ¡pan!» (A. ADVEENKO, «Otluchenie (La Excomunión)», *Znamia*, n.º 3, marzo 1989, p. 11).

<sup>71</sup> *Issif Stalin v obitaij semü, op. cit.*, p. 159.

<sup>72</sup> *Ibid.*, pp. 160-162.

ños, Stalin disfrutaba poniéndole a prueba. Un día le preguntó si leía el periódico. ¡Por supuesto! ¿Cuáles? *Pravda*, *Izvestia*. Stalin se echó a reír: «¿Te crees que los periódicos se imprimen para tí? Doctor, eres un hombre inteligente y tienes que comprender que esos periódicos no dicen ni una palabra de verdad». Desconcertado, el médico no supo qué contestar mientras Stalin reía burlescamente. Otro día le preguntó si en alguna ocasión sentía ganas de envenenarlo. Aterrado, Chneiderovitch balbuceó que no. Stalin recibió la respuesta con una sonrisa: «Lo sé, doctor, eres un hombre tímido y débil; tú no lo harás nunca, pero yo tengo enemigos capaces de hacerlo»<sup>73</sup>. Stalin le juzgaba inocente de cualquier proyecto de asesinato a causa de su timidez. A sus ojos, era inocente porque era cobarde.

Ossip Mandelstam aludía a ese temor en el retrato que hizo de Stalin en un poema de noviembre de 1933. La GPU lo detuvo inmediatamente y Mandelstam pereció en el Gulag por haber escrito estos versos:

*En cuanto puedes susurrar una palabra a tu vecino  
Te llama el montañés del Kremlin  
Los dedos bastos tan gruesos como gusanos  
Y sus palabras tan sinceras como pesos pesados  
Sus bigotes rien como pesadillas  
Brillan las polainas de sus botas.  
Rodeado de una corte de padrinos de cuello corto  
Juega con los medio-hombres que le cortejan,  
Uno silba, otro maúlla, el tercero lloriquea,  
Solo él truena, y solo él tutea.  
Forja como en hierro decreto tras decreto  
En el bajo vientre, en plena frente, en plena nariz,  
en los ojos,  
El patíbulo es siempre una fiesta para él  
Para el hombre de ancho pecho de osete.*

<sup>73</sup> I. VALEDINSKI, «Recuerdos y entrevistas con Stalin», *Istochnik*, nº 2, 1998, p. 73.

## Capítulo XVIII

### EL CONGRESO DE LAS ILUSIONES

Stalin, que a lo largo de estos años apenas habló ni escribió sobre el fascismo, terminó por hacer un análisis que sorprende por su estrechez de miras. No ve en él más que un resurgimiento del militarismo prusiano, una «nueva política que recuerda en sus fundamentos la política del antiguo Kaiser alemán», agravada simplemente por los métodos terroristas del gobierno, «prueba de la fragilidad de la clase obrera [...] y de la burguesía». Esta es la pobre visión que, en enero de 1934, daba Stalin de ese «fascismo de tipo alemán»<sup>1</sup> en su informe al XVII Congreso. Sin embargo, en Alemania ya habían sido disueltos todos los partidos y sindicatos, decenas de militantes obreros se pudrían en los primeros campos de concentración, y se desencadenaba el antisemitismo.

Ciertamente, en aquella época, el nazismo no había revelado su auténtica naturaleza, pero desde junio de 1933, Trotski, exiliado en la isla turca de Prinkipo, había hecho un análisis mucho más profundo. Haciendo de Hitler la encarnación del «pequeño-burgués fanático», y del nacionalsocialismo la «expresión de un materialismo zoológico» nutrido de «estallidos de antisemitismo», subrayaba que «el fascismo ha llevado la cultura de los bajos fondos a la sociedad», y promueve la ideología de la «raza» y exalta el pogrom<sup>2</sup>. En una postdata del 2 de noviembre de 1933, lanzaba un grito de alerta: «El tiempo necesario para el armamento de Alemania determina la demora que separa de una nueva catástrofe europea. [...] Bastarán unos años para que Europa se encuentre de nuevo sumergida en la guerra»<sup>3</sup>. La URSS es la primera amenazada. Sin embargo, Stalin no percibe ninguna de estas amenazas. Su incompreensión de la

<sup>1</sup> STALIN, *Oeuvres complètes*, t. 13, pp. 293 y 303. Informe político del CC al XVI Congreso del PCR (b).

<sup>2</sup> TROTSKI, «¿Qué es el nacional socialismo?», en *Comment vaincre le fascisme?*, París, Buchet-Chastel, 1973, pp. 349-359.

<sup>3</sup> *Ibid.*, p. 360.

naturaleza del nazismo culmina sus efectos con su decisión de tender la mano a Hitler... que no se la estrecha. Entonces, Stalin se vuelve hacia las democracias. El 19 de diciembre de 1933 sometió al Politburó una resolución, que permaneció mucho tiempo en secreto, en la que se decidía la adhesión de la URSS a la Sociedad de Naciones, formada por los vencedores de la Primera Guerra Mundial, «en determinadas condiciones», y en ella expresa su disposición a «firmar un acuerdo regional de defensa común contra una agresión alemana»<sup>4</sup>.

En 1934, la colectivización ha terminado: ¡la producción de carne es dos veces inferior a la de 1919, el peor año de la guerra civil! Han muerto 17,7 millones de caballos, más de 10 millones de cerdos y 25 millones de reses vacunas. Muy pronto, Stalin se vanagloriará ante Churchill de haber ganado la guerra de la colectivización a costa de 10 millones de muertos. El campesinado está roto, su capacidad de resistencia activa (aunque no pasiva) aniquilada, y la burocracia ha ampliado su campo: la creación de koljoses y de sovjoses implica la proliferación de las funciones de gestión, de mando, de vigilancia, de control y de reparto asumidas por campesinos, empleados y obreros, promocionados y dotados de pequeños privilegios, uno de los más importantes, el de estar sentado con frecuencia en un local protegido del frío, del viento o del calor. Sus funciones de apoyo al poder le proporcionan una serie de menudas ventajas cuya acumulación no es desdeñable, pero tienen la pesada y peligrosa tarea de transmitir las órdenes del Politburó. A mediados de los años 1930 existen, aproximadamente, 240.000 koljoses, lo que significa 480.000 presidentes y vicepresidentes, 240.000 contables, tantos como agrónomos y técnicos agrónomos, es decir, una capa administrativa de más de un millón de hombres. A ello hay que añadir, a escala inferior, los jefes de brigada –de 4 a 6 según las dimensiones del koljóz– que cuentan todos con unos privilegios, mínimos, por cierto, pero vitales.

Se benefician también de las cartillas de racionamiento. En 1933, 40 millones de ciudadanos soviéticos (de 165 millones), y entre ellos todos los obreros de las fábricas, son titulares de tickets de pan, 6 millones y medio de tickets de carne y 3 millones de tickets de manteca. En 1932, los precios del mercado superan en 8 veces a

<sup>4</sup> *Istoria Vnechniei Politiki SSSR*, Moscú, 1976, t. 1, pp. 308-309.



los de los tickets, y en 1933 y 1934, de 12 a 15 veces. Mientras que el salario medio de un obrero es de 125 rublos al mes en 1933, un kilo de pan vale 4 rublos en el mercado libre, un kilo de carne de 16 a 18 rublos, un kilo de salchichón 25 rublos y un kilo de manteca de 40 a 45 rublos. Los poseedores de tickets pueden revender a precio de mercado una parte de los productos que compran a bajo precio. Así, el racionamiento garantiza la alimentación mínima de las capas más pobres y permite mínimas especulaciones. Transforma al obrero que se beneficia de ellas en un pequeño traficante individual.

En esta misma época, Stalin eleva la delación al nivel de culto... una auténtica obra maestra de su sistema de represión y de control policial. El 6 de enero de 1934, *Pravda* publica una carta a Stalin escrita por unos pequeños pioneros de Novaia-Uda, donde él estuviera exilado en otro tiempo, en la que expresan su orgullo por haber denunciado a unos «enemigos del pueblo». El 16 de marzo, el *Pravda* de los pioneros publica con entusiasmo la carta de una joven campesina, Olia Balykina, que ha denunciado como kulaks a la mitad de los campesinos de su pueblo, incluido su propio padre. El periódico invita a los pioneros a llevar a cabo la caza a los «ladrones» (de patatas o de espigas de trigo) que hurtan para alimentar a sus propios hijos. La prensa publica los nombres de los niños delatores, que están invitados a señalar a los «trostkistas» que recorren los caminos y las calles y que la imaginación infantil multiplica a capricho. Un pequeño Rumiantsev, convencido de que su padre «perjudica a la clase obrera», se decide a denunciarle después de dos días de dudas, y luego, una vez lanzado, delata a su propio hermano.

Como hemos visto, en vísperas del congreso, Stalin reorganiza el Sector secreto del Comité Central que el XVII Congreso transforma en sector particular, encargado de llevar los asuntos del Politburó y de servir a Stalin personalmente. El 10 de marzo de 1934 pone a Poskrebychev a la cabeza en sustitución de Tovstuja, enfermo, decepcionado, y que, agotado antes de tiempo, morirá al año siguiente. Poskrebychev se convertirá rápidamente en el cancerbero de Stalin: el que filtra a los visitantes en el despacho del Kremlin, clasifica el correo y selecciona el torrente de cartas recibidas.

El XVII Congreso, en enero de 1934, es calificado como «congreso de los vencedores»: el campesinado ruso ha sido dominado definitivamente. Pero ese congreso es sobre todo el del culto a la personalidad, el del bluff y la división tras una fachada de unidad.

Con acentos de triunfo, Stalin celebra «la liquidación de los restos de grupos antileninistas». «El grupo trotskista antileninista, explica, ha sido disuelto y dispersado [...]. El grupo antileninista de desviacionistas de derecha ha sido disuelto y dispersado [...]. Los grupúsculos desviacionistas-nacionalistas han sido vencidos y dispersados. [...] El Partido está más unido que nunca»<sup>5</sup>. Y la autocrítica de nueve antiguos dirigentes de las oposiciones vencidas, pronunciada en la tribuna, parece confirmar su balance.

Como en una corte, remata la transformación del congreso, iniciada en 1930, en medio de una ceremonia pomposa: todos los oradores sin excepción aplauden a Stalin cuyo nombre es citado entusiásticamente más de 1.500 veces por el total de los oradores. Algunos se destacan muy especialmente: Zinoviev lo cita 25 veces, Kamenev 26 veces, Ordjonikidzé 33 veces, Kossior 34 veces, Mikoian 41 veces y Kaganovitch, el recordman, ¡64 veces! Los antiguos adversarios presentes hacen un acto de contrición. Bujarin saluda en Stalin «la encarnación personal de la inteligencia y de la voluntad del Partido» y se declara encantado de que los «satélites de las corrientes antipartido, entre ellos una parte de mis antiguos alumnos, hayan recibido el castigo merecido»<sup>6</sup> y ¡ahora se pudren en la cárcel! Zinoviev se retuerce en una adulación servil: «Los mejores representantes del campesinado de vanguardia se abalanzan a Moscú, al Kremlin, para ver al camarada Stalin, palparle con los ojos y quizá con las manos, para recibir de su boca las indicaciones que se precipitan a encarnar en las masas»<sup>7</sup>. Stalin no puede creer en la sinceridad de esas manifestaciones de adoración, expresadas por unos hombres que piensan que, gracias a ellas, podrán seguir frecuentando las cumbres de un aparato en absoluto dispuesto a permitirles representar un papel político cualquiera, pero que ven en su propia presencia en el congreso la señal feliz de una distensión. Stalin los utiliza para confirmar esta ilusión.

También se escuchan algunas notas discordantes. En su informe, minimizaba el peligro nazi y denunciaba la traición de los socialdemócratas. En cambio, Bujarin se permite insistir en la amenaza mortal que representa el nazismo para la URSS, poniéndose así

<sup>5</sup> STALIN, *Oeuvres complètes*, t. 13, p. 347. Informe político del CC al XVI Congreso del PCR (b).

<sup>6</sup> *Acta mecanografiada del XVII congreso*, Moscú, 1934, p. 125.

<sup>7</sup> *Ibid.*, p. 496.

en contra del juego diplomático secreto que Stalin lleva a cabo con Hitler. Más sutil aún, Preobrajenski irrita todavía más a Stalin: este hombre de rasgos delicados, de vivo carácter, que, sin la ayuda de un Trotski enfermo, había dirigido el combate de la Oposición de izquierdas diez años antes, suscita la hilaridad del congreso a expensas de Stalin. Fingiendo exaltar la unanimidad estalinista, la ridiculiza. Los delegados, que estallan en carcajadas, no se equivocan. Preobrajenski acaba de explicar: Hoy he comprendido lo que no había captado hace diez años; para votar bien, lo importante no es tratar de comprender el texto, sino votar como el jefe, incluso si tienes reservas o dudas. Y felicita a Stalin por haber conseguido en el Partido una unidad jamás alcanzada por Lenin. Según Oleg Klevniuk, un discurso semejante, pronunciado en el congreso siguiente, habría sido el ABC de los promocionados. En este, donde el 80% de los delegados estaban afiliados al Partido desde antes de 1920, todo el mundo captó el auténtico significado<sup>8</sup>. El incidente, de escasa importancia en sí mismo, convence a Stalin de los fallos de su entorno.

A un lado de la escena, Stalin alardea sin pudor. Así, anuncia en 1933 una cosecha de trigo de 89,8 millones de toneladas, aunque no ha rozado más que los 69 millones. Para ocultar la hambruna de 1932-1933, afirma también que la población de la Unión soviética ha pasado a ser de 160,5 millones de habitantes a finales de 1930, a 168 millones tres años después, es decir, un crecimiento de 7,5 millones de individuos. Esta cifra fantástica sirve de base a los cálculos oficiales y así es como se calcula que, en 1937, la población se acercará a los 180 millones. Ahora bien, estará muy lejos de ello...

Al final de los falsos debates, terminados por un inflamado discurso de Kírov a la gloria de Stalin, este renuncia a responder a los oradores, pues «puede decirse que los debates en el congreso han manifestado la total unidad de criterios de nuestros dirigentes del Partido en todos los temas relativos a la política del Partido»<sup>9</sup>. Además, ¿qué podría responder a aquellos entusiastas?

Al otro lado de la escena, la situación es muy distinta. Stalin practica la antifrased, sus acentos de triunfador satisfecho, que concede el perdón a los pecadores arrepentidos, ocultan otros matices más inquietantes. Así, bajo un vocabulario antiburocrático, amena-

<sup>8</sup> O. KLEVNIUK, *Le Cercle du Kremlin*, op. cit., p. 109.

<sup>9</sup> *Acta mecanografiada del XVII congreso*, op. cit., p. 259.

za a los antiguos cuadros del Partido «que frenan nuestro trabajo, que obstaculizan nuestro trabajo y no nos dejan avanzar [...] gentes que han hecho ciertos méritos en el pasado, gentes que se han convertido en dignatarios, gentes [...] que no consideran su deber aplicar las decisiones del Partido y del gobierno, y que destruyen así los fundamentos de la disciplina del Partido y del Estado [...]. Es preciso expulsarlos sin vacilar de sus cargos dirigentes sin tener en cuenta sus méritos anteriores»<sup>10</sup>. Esos dignatarios, hartos e indisciplinados, son los viejos militantes de la revolución y de la guerra civil. Apoyaron a Stalin contra Trotski y, luego, contra Bujarin, conocían el Testamento de Lenin, recordaban que Stalin debe su permanencia en el puesto a Zinoviev y Kamenev, que el teórico de la lucha antitrotskista fue Bujarin y no Stalin, y recordaban también las brutales reacciones de este ante las dificultades. Esos viejos cuadros piensan que sus méritos pasados les dan el derecho de discutir o ignorar las decisiones de Stalin y no lo veneran más que para la escena; entre ellos, en los pasillos o en la mesa, se permiten numerosas bromas a propósito de él. Se creen intocables.

Y se equivocan profundamente. Stalin sabe que la continuidad, al conferir una legitimidad a los que la encarnan, es una baza que sus adversarios pueden jugar contra él. Por eso, desde 1927 se dedica a conseguir que los oponentes se arrepientan, se confiesen, se enloden y así carezcan de toda autoridad política. Pero esos viejos estalinistas, fortalecidos por su victoria común, podrían preguntarle todavía: «¿Quién te ha hecho rey?». Debe, pues, liquidarlos completamente y promocionar a una nueva generación. Los delegados no captan el alcance de la advertencia, apenas velada, que Stalin les dirige.

En cualquier caso, estas primeras indirectas anuncian el próximo desencadenamiento del terror contra los «viejos cuadros leninistas». El resultado de la votación en el Comité Central al final del congreso confirma a Stalin en la convicción de la urgencia de dicha tarea. Parece haber sido elegido en último lugar en el Comité Central (según las fuentes, con 166, 260 o 300 abstenciones en un boletín de votación de 1.225 delegados con voto deliberatorio). El Secretariado del Comité Central había establecido una lista de can-

<sup>10</sup> STALIN, *Oeuvres complètes*, t. 13, p. 370. Informe político del CC al XVI Congreso del PCR (b).

didatos igual al número de puestos que cubrir, y todos eran elegidos a condición de obtener al menos el 50% de los votos, con objeto de demostrar que todos los aspirantes tenían el mismo valor. Stalin había tomado su boletín y lo había deslizado en la urna sin echarle una mirada. Pero muchos delegados habían tachado distintos nombres, individuales o en grupo.

Basándose en el acta oficial de los resultados proclamados en el congreso, según los cuales a Stalin solo le faltaron tres votos, Alla Kirillina discute el fracaso electoral de Stalin: hay que ser muy ingenuo para creer en esos documentos, controlados o fabricados por el aparato. Kirillina añade: si a Stalin le hubieran faltado 300 votos, Jruschov lo recordaría<sup>11</sup>. Pero un joven recién promocionado solo podía conocer el resultado oficial. Los testimonios de los supervivientes confirman la existencia de aquellos boletines tachados: uno de ellos recuerda que Stalin fue tachado «123 o 125 veces». Ahora bien, como Jruschov subrayará más tarde: los que votaron contra Stalin no formaban parte de los delegados jóvenes promocionados por él<sup>12</sup>.

Efectivamente, en este congreso se ha manifestado una oposición soterrada. Si la visión de un Politburó dividido entre duros (Stalin, Molotov, Kaganovitch, Vorochilov) y liberales (Ordjonikidzé, Kirov, Kuibychév) es una aventurada invención de los kremlinólogos a fuerza de simplificación, no cabe duda de la existencia de una corriente favorable a la distensión entre la burocracia dirigente y en el seno del Partido tras los duros años de la colectivización. Y fingiendo satisfacerla, Stalin dio la palabra en el congreso a los antiguos adversarios arrepentidos y colocó en la lista de suplentes del Comité Central a Rykov, Bujarin y Tomski, cuyos nombres habían adquirido valor de símbolo. Molotov discute esta versión de los hechos, pero alude a la existencia de un grupo opuesto a Stalin, incluso si niega su importancia y su gravedad. Recuerda también el relato que le hizo Ovassenov, un veterano bolchevique armenio que aborrecía a Stalin: Cheboldaiev, el secretario del Cáucaso norte, había reunido a una serie de delegados «bastante conocidos en aquella época», pero cuyos nombres no recuerda. Durante un descanso de la sesión, organizaron una reunión en un extremo de la sala del

<sup>11</sup> A. KIRILLINA, *L'Assassinat de Kirov*, París, Le Seuil, 1995, p. 197.

<sup>12</sup> N. JURUSCHOV, *Vospominania, op. cit.*, t. 1, p. 98. *Mémoires inédits*, Belfond, 1991, p. 40.

congreso y propusieron a Kirov que presentara su candidatura para el cargo de Secretario general. Kirov les replicó ásperamente: «¡Dejaos de tonterías! ¿Secretario general, yo? ¡Estáis de broma!» Molotov veía en ellos a unos «inestables»<sup>13</sup>. Quizá, pero esos inestables eran numerosos y Stalin no era hombre que lo ignorase. En marzo de 1964, Lev Chaumian, delegado en el congreso, confirmará en *Pravda* que «algunos delegados, sobre todo los que recordaban el Testamento de Lenin», empezaban a pensar «que había llegado el momento de quitar a Stalin del puesto de Secretario general para trasladarlo a otra función»<sup>14</sup>. Aquellos «viejos cuadros leninistas» obstaculizaban su dictadura.

El hecho de que, para proponer un candidato contra Stalin, un secretario de comité territorial del Partido organice una reunión con una fracción en un rincón de la sala del congreso, de un modo visible pues, y «con militantes bastante conocidos», revela un profundo malestar en el aparato. El inventor de falsos complots abradacabrantes tenía que tomar en serio este, cuyo carácter ostentoso acusaba la ingenuidad de sus autores. Ciertamente, Stalin tuvo que preguntarse: ¿Por qué habían elegido a Kirov en contra de él? ¿Qué motivos les habían llevado a esa elección? ¿Estaría jugando un doble juego el amigo fiel?

Tres años después, en el número de diciembre 1936-enero 1937, la revista menchevique *El Mensajero socialista* publicará una presunta «Carta de un viejo bolchevique» redactada por su redactor-jefe, Boris Nicolaievski, y basada en las conversaciones que había mantenido en París en 1936 con Nicolás Bujarin. La carta en cuestión presenta a Kirov como el dirigente de una oposición liberal a Stalin y partidario de una alianza con las democracias, de la abolición del terror y de una reconciliación con los antiguos adversarios. Se basa en un relato imaginario de una reunión del Politburó el 16 de octubre de 1932 en la que Kirov se habría opuesto a la propuesta de Stalin de fusilar a Riutin, pero a la que, de hecho, no había asistido. Cuarenta y cuatro años más tarde, en 1978, Marcel Body, antiguo secretario y amante de Alexandra Kollontai, recordará tardíamente la gestión de un emisario de Kirov ante Trotski durante el verano de 1932; dicho emisario tenía el encargo de proponer al exiliado la

<sup>13</sup> F. TCHUEV, *Conversations avec Molotov*, op. cit., p. 255.

<sup>14</sup> STALIN, *L'Homme le capital le plus précieux*, Éditions sociales, París, 1948, p. 37.

creación de un bloque contra Stalin. Pero Kirov que, por término medio no asistía más que a una sesión de cada cuatro en el Politburó, no tenía ni la ambición ni la envergadura de «rival» de Stalin. A continuación del XVII Congreso había sido elegido Secretario del Comité Central y se negó a instalarse en Moscú como exigía Stalin. Durante la reunión del Secretariado que siguió al Comité Central posterior al congreso, Kirov, apoyado por Ordjonikidzé, continuó resistiéndose a las presiones de Stalin que, furioso ante ese pequeño desafío a su autoridad, salió dando un portazo. Sin embargo, aparte de esta resistencia a instalarse en Moscú, nada indicaba oposición alguna por su parte. Ciertamente, era el único miembro del Politburó que osaba tomar la palabra ante los obreros en una fábrica; los otros, Stalin sobre todo, temiendo a esta clase obrera de la que se calificaban portavoces, se limitaban a las reuniones de cuadros, stajanovistas, koljozianos y obreros de choque entusiastas y cuidadosamente seleccionados. Pero esta audacia no bastaba para hacer de Kirov un aspirante al trono.

Stalin no podía sentirse realmente satisfecho del Comité Central surgido del congreso. Por supuesto, había hecho elegir como suplentes a sus secretarios personales Poskrebychev y Tovstujá y a su antiguo secretario Mejlis, y como titulares (sin pasar por la etapa de suplentes) a Iejov, Beria y Jruschov, símbolos de los nuevos cuadros sometidos a su poder. Pero la vieja guardia estalinista todavía dominaba ampliamente el Comité Central. Sin embargo, y a pesar de los aplausos de rigor, Stalin la consideraba sospechosa de rezongar, de criticar, de tener dos caras y, por lo tanto, de ser poco fiable. Krupskaja pone en ello su granito de sal: a primeros de año publica un libro sobre Lenin y la cultura, en el que cita una pléyade de nombres, entre otros el de Bujarin, pero nunca el de Stalin. La indirecta, aunque inofensiva, es desagradable.

Todos esos viejos cuadros tienen una costumbre detestable: aunque Stalin se dedique a desplazarlos continuamente de un puesto a otro para impedirlos formar sus feudos, esos secretarios regionales, miembros de la alta nomenklatura, llevan consigo a su equipo en cada cambio. El monolitismo del poder y el reparto de la penuria y de sus escasos recursos engendran un sistema de clientelismo idéntico al de la Roma antigua o a los procedimientos feudales: para ascender dentro del aparato, para lograr un alojamiento, un puesto, un favor o escapar a una sanción, hace falta un protector. Por otra

parte, Stalin no es más que el patrono o el protector supremo; pero esas prácticas, de las que él es la forma concentrada, son un freno a su poder absoluto. Recuerda, y lo recordará, que los «boyardos», los señores feudales rusos, se habían alzado contra Iván el Terrible. Recuerda también cómo rompió Iván esa resistencia: una policía política especial, los opritchniki, los persiguió, los desvalijó, los encarceló o los decapitó...

De momento guarda silencio, pero denunciará esta práctica clientelista cuando la oleada de depuración haya acabado con la mayor parte de los culpables. En efecto, llegará a liquidar a los dos tercios de los delegados del XVII Congreso y a 98 miembros de los 139 del Comité Central que surgió de él. Así, en el Comité Central de febrero-marzo de 1937, denunciará el comportamiento feudal de Mirzoian y de Vainov: «El primero se llevó al Kazajstán, desde Azerbaiyán y Ural donde trabajaba anteriormente, a 30 o 40 de "sus" hombres a los que instaló en puestos dirigentes. También el segundo se ha traído a Jarovlavl desde la cuenca del Donetz donde trabajaba antes, además de a una docena de "sus" hombres, y los ha instalado también en puestos dirigentes. Así pues, Mirzoian y Vainov cuentan con su propio taller». Denuncia esta práctica, que considera inaceptable: «Es patente que, al elegir como colaboradores a unos hombres que les son fieles personalmente, estos camaradas querían crear un clima de independencia [...] frente al Comité Central». Si reemplazamos Comité Central por Stalin, que habla y decide en su nombre, el mensaje está claro: las clientelas y los clanes representan un obstáculo a su poder absoluto. Ahora bien, todos los secretarios de región y de territorio son de Mirzoian y de Vainov; corre el riesgo de que «esas» personas sean más fieles a sus protectores que al lejano señor del Kremlin. Y, aunque no denuncia a esos sátrapas y a sus satrapías hasta 1937, empieza a madurar su liquidación en enero de 1934.

Para ello, finge pasar ligeramente a segundo plano: en el acta de las elecciones hace que su nombre vaya seguido únicamente por la mención: «Secretario del Comité Central» y no «Secretario general», como si, diez años después, obedeciera el consejo de Lenin. Durante los años venideros, su firma irá seguida de este único y modesto título.

Al día siguiente del congreso trata también de reducir las tensiones interiores. El II plan quinquenal, puesto en marcha a partir del



1 de enero de 1933, está marcado por una disminución de la carga de las inversiones (133,4 miles de millones de rublos en cinco años) que recaen en una media anual del 16,7% de la renta nacional (para un crecimiento anual de la renta nacional calculado en un 14%).

En el ámbito político, la distensión parece continuar a lo largo del año 1934. El terror se relaja: en 1934, la GPU condena a 79.000 personas frente a las 240.000 del año anterior, es decir, tres veces menos. Petrovski, uno de los condenados del grupo Riutin, es liberado anticipadamente. Por último, un decreto del 10 de julio de 1934 crea un comisariado del pueblo en Interior (NKVD), y la GPU se convierte en un simple departamento privado del derecho de sentenciar a muerte. *Izvestia* comenta esta medida con acentos líricos, una medida «hecha posible porque los enemigos interiores han sido aplastados y neutralizados». El decreto transfiere también a la NKVD la responsabilidad de la milicia y de los guardias fronterizos. Sin embargo, un decreto complementario del 27 de octubre transfiere las prisiones y las comisarías al comisariado de Justicia en el Gulag, que, a partir de entonces, administra la totalidad del sistema penitenciario y represivo de la URSS. En el transcurso de los años, el Gulag se ramificará en direcciones principales encargadas de la construcción de vías férreas, caminos y calzadas, fábricas, embalses, explotación de bosques, extracción de carbón, cultivo de la tierra, etc. En tres años, el número de detenidos se multiplica por tres (de cerca de 300.000 el 1 de enero de 1932 a cerca de 900.000 el 1 de enero de 1935). Gracias a la concentración del conjunto del sistema penitenciario y policial bajo una única dirección, Stalin prepara el futuro Terror.

La policía de las mentes completa el sistema. La entrada en vereda de los escritores se presenta, sin embargo, bajo un aspecto tranquilizador. El congreso de la fundación de la Unión de Escritores soviéticos en agosto de 1934 parece dominado por un relativo liberalismo. Gorki, Bujarin y Radek son las estrellas de la tribuna, pero lo esencial no está en los discursos: el congreso proclama un concepto oficial del arte soviético, el «realismo socialista», que transforma a los escritores en «ingenieros de almas». El arte, definido como un arma, ha de servir a la política del Partido y ser, por lo tanto, un instrumento de propaganda. El artista se esforzará por pintar de rosa una realidad que apenas lo es y reservará el negro para los residuos del pasado, los enemigos de clase y los traidores. Los auténti-

cos escritores, Olecha, Babel, Pilniak, ahogados por estas exigencias, callarán: Bulgakov escribe para su escritorio y Pasternak traduce a los poetas ingleses. Stalin ha confiado la dirección de las operaciones a Jdanov, que le envía unos informes entusiastas: todo funciona de maravilla, los escritores están encantados. Los agentes de la NKVD, que controlan la sala y los pasillos, le dan a conocer las reacciones privadas, sarcásticas, críticas, incluso hostiles de numerosos escritores. Novikov-Priboï denuncia la inminente «absoluta burocratización de la literatura»; Babel compara el congreso con un «desfile zarista»; Semeiko suspira: «Más de la mitad de los asistentes [...] desearía apasionadamente enumerar a voces ese montón de injusticias, protestar, exigir, hablar como hombres y no como lacayos; y se les obliga a escuchar los informes completamente falsos de dirigentes que nos cuentan que todo va bien»<sup>15</sup>. Stalin no informa a Jdanov, al que indudablemente considera ingenuo, incapaz o mentiroso. Y liquidará a la mitad de los congresistas que protestaban en los pasillos. Novikov-Priboï, Babel y Semeiko figuran en la carreta.

Stalin marcha a Sochi a finales de julio acompañado de Jdanov. El 1 de agosto se les añade Kirov, y pasan juntos tres semanas. Aquel verano, el calor era sofocante; jugaban a los bolos y trabajaban en la enseñanza de la historia. El 13 de agosto enviaban al Politburó, que los adoptaría al día siguiente, unos «Comentarios» críticos sobre un proyecto de manual de historia firmado por los tres. Pero sobre todo, Stalin asocia sobre la marcha a Kirov a la redacción de una *Historia de la Revolución rusa* que saldrá dos años más tarde «preparada bajo la dirección de M. Gorki, V. Molotov, K. Vorochilov, S. Kirov, A. Jdanov y I. Stalin», y que sitúa a este último en el centro, en la base y en la cumbre de la revolución. La aureola que valdría a Kirov su cercano asesinato y la de Gorki, muerto en el momento mismo en que los miles de páginas de la obra salían de la imprenta, servirían a la mayor gloria del Secretario general. Bien entendido, los autores no han escrito nada propio. Han hecho trabajar a un colectivo de historiadores, y este trabajo ha sido supervisado y revisado por Stalin.

A últimos de agosto de 1934, en el momento en que Stalin vuelve a Moscú con Jdanov y Kirov, la cineasta Henriette Saratovaia se precipita a Tiflis donde Ekaterina Gueladzé, la madre del Guía, ha

<sup>15</sup> *Vlast i Judojestvennaia Intelligencija 1917-1953*, Moscú, Democracia, «Rossia-XX vek», 1999, pp. 233-234.

recibido la visita de Paraskeva, la madre de Georges Dimitrov. El dirigente comunista búlgaro, acusado junto a sus dos camaradas Popov y Tanev, de haber incendiado el Reichstag, sede del Parlamento alemán, en febrero de 1933, en diciembre ha sido absuelto en Leipzig por la justicia alemana. El 27 de febrero de 1934, los tres búlgaros aterrizaban con gran pompa en Moscú. Saratovaia rueda un film sobre las dos mujeres, pero Stalin prohíbe inmediatamente la proyección: «Mi madre es una mujer sencilla, afirma. La heroína es Paraskeva, [...]. Hay que hacer un film sobre ella, pero no sobre mi madre»<sup>16</sup>. Y es que no puede controlar los hechos, gestos y palabras de una madre que puede dar una imagen de su hijo inadecuada a las necesidades de la propaganda. A pesar de que la NKVD no duda en dar a conocer el descubrimiento de ascendentes y colaterales no proletarios, pequeños burgueses y religiosos en la genealogía de sus adversarios, no desea ver aparecer en las pantallas soviéticas la imagen de esta piadosa mujer.

El apaciguamiento político, orientado a relajar una situación explosiva, es bastante relativo: en septiembre, un grupo de ingenieros de Novosibirsk es condenado a muerte por espionaje a favor del Japón. Por otra parte, la distensión social parece mejor lograda: en noviembre de 1934, Stalin hace que el Comité Central vote la liquidación de las secciones políticas de las estaciones de máquinas y tractores, palanca de la colectivización, y el 1 de enero de 1935, la supresión del racionamiento. En un discurso que permanece en secreto afirma, además, la necesidad de ampliar la circulación de la moneda. «El dinero estará de moda»<sup>17</sup>, promete. ¿Para quién? No para el koljoz, que recibe una remuneración fantasmagórica por sus jornadas de trabajo y, si sobrevive, es gracias a su parcela personal. Será para la joven burocracia, que en este año 1934 se ha embriagado de fox-trot, de rumba, de jazz, de tenis. Entonces es cuando Stalin lanza la famosa frase: «La vida ha llegado a ser mejor, camaradas, la vida se ha hecho más alegre». Por su parte, Ilya Ehrenburg, menos lírico, apunta: «Junio de 1934: la vida era lamentable, pero, respecto a años anteriores, se percibía cierta distensión»<sup>18</sup>.

<sup>16</sup> A. LAZEBNIKOV, «Las líneas del destino», *Sovietskaja Kultura*, 16 de junio de 1988, p. 6.

<sup>17</sup> O. JLEVNIUK, *Le Cercle du Kremlin*, op. cit., p. 137.

<sup>18</sup> I. EHRENBURG, «Liudy, Gody, Jizn», *Novy Mir*, n.º 4, abril 1962, p. 16.

A lo largo de todo el año 1934. Stalin guarda silencio sobre el nazismo. A su vez, el Komintern multiplica las fanfarronadas sobre la crisis revolucionaria que madura en Alemania bajo la bota vacilante del nazismo. El 3 de marzo de 1934, Stalin recibió a Dimitrov en una cena con sus íntimos (Molotov, Kaganovitch, Kuibychev y Ordjonikidzé) y con dos responsables del Komintern, Knorin y Manuilski. Dimitrov, cuya reputación de aficionado a las faldas y al vodka no le sirve para nada en las oficinas del Komintern, tiene sobre todo un enorme pasado político: había pertenecido a la dirección del partido socialista llamado *tesniak* (que significa estricto) y convertido en partido comunista, que se distinguió desgraciadamente por un sectarismo asesino en 1918 y, luego, en 1923. En 1918, los soldados búlgaros, cansados de la guerra, se sublevaron en Radomir; la monarquía estaba al borde de la caída; ahora bien, los «tesniaks» se negaron a aliarse con los labradores (partido campesino) por un sencillo desacuerdo en el programa relativo a los pequeños campesinos, contribuyendo de este modo a salvar la monarquía. En 1923 dejaron que un golpe fascista aplastara, sin mover un dedo, a aquellos labradores que habían llegado al poder el año anterior.

Stalin trata de establecer una alianza militar con las «democracias» para enfrentarse al peligro alemán. Pero, para hacerlo, ha de abandonar la caza a los socialdemócratas. Necesita un hombre que lleve a cabo y simbolice este giro sin ser criticado ni rechazado. Dimitrov se ajusta bien al personaje. Ciertamente, hasta su detención, había aplicado en Berlín —donde dirigía el Buró de Europa central del Komintern— la línea dictada oficialmente por los cuatro funcionarios del aparato dirigente del Komintern (Piatnitski, Manuilski, Knorin y Kuusinen) bajo la dirección de Stalin, pero en 1933, cuando esta política estalinista reveló su desastrosa naturaleza, estaba en la cárcel, mientras que el cuarteto, arrellanado en sus despachos de Moscú, denunciaba a placer y sin riesgo a los «social-fascistas». Liberado tras haber vencido con la única fuerza de su palabra a los nazis, es el único miembro del Komintern que aparece como un hombre nuevo: por último, tiene que estar agradecido a Stalin, que ha organizado una campaña internacional en su favor y le ha concedido la ciudadanía soviética. Solo falta dar la sensación de que es hombre que se mantiene en sus posiciones, y la jugada está ganada.

Su Diario demuestra claramente que se encuentra en la situación del alumno sermoneado por su maestro. En efecto, Stalin le da

una lección de bolchevismo. Para ello, utiliza el borrador de una carta de Dimitrov a los obreros socialdemócratas austriacos, aplastados a cañonazos en Viena por la democracia cristiana en febrero de 1934. El 7 de abril de 1934 lo convoca al Kremlin para discutir el tema. Dimitrov se pregunta el motivo de que millones de obreros europeos se hayan afiliado a la socialdemocracia. En primer lugar, Stalin echa abajo su texto en el que confunde, dice, «el levantamiento» de los obreros vieneses con una «lucha por el poder» de la que eran incapaces. Además, los obreros europeos están aferrados a su burguesía colonialista, gangrenados por el conservadurismo y marcados por un profundo instinto gregario: «Los trabajadores tienen miedo de perder las colonias», sin las cuales los países europeos no pueden vivir, y «en este sentido, están dispuestos a marchar junto a su propia burguesía. Interiormente, no están de acuerdo con nuestra política antiimperialista». En fin, las masas «tienen una psicología gregaria. Los hombres no actúan más que a través de sus elegidos, sus jefes. Cuando pierden confianza en ellos se sienten impotentes y perdidos. Temen perder sus jefes y por eso los obreros socialdemócratas siguen a sus jefes aunque estén descontentos de ellos. No abandonarán a sus jefes más que cuando encuentren otros que crean mejores»<sup>19</sup>, lo que aparentemente no son todavía los dirigentes comunistas. Esta letanía de la palabra jefe, que se repite en cada línea, refleja su concepto militar del Partido y de su relación con las masas obreras.

Aquel mismo día, Stalin añade un arrepentido Dimitrov al cuarteto dirigente del Komintern; el 22 de abril lo coloca a la cabeza de la oficina de Europa central y le nombra para el presidium, pero le deja desenvolverse solo. No tiene tiempo para perderlo con el Komintern. El 26 de mayo hace que el Politburó vote la próxima celebración de un congreso del Komintern y el nombramiento de una comisión situada bajo su control para supervisar la preparación política.

Para consolidar su alianza con el estado mayor de la Reichswehr y la gran patronal, Hitler liquida el 30 de junio a los voraces y alborotadores dirigentes plebeyos de las secciones de asalto (SA) y a su jefe Roehm, detenidos de madrugada, asesinados en el momento o trasladados y fusilados en Berlín. Roehm es acusado de traición, de

<sup>19</sup> G. DIMITROV, *Dnevnik*, op. cit., pp. 100-101.

relaciones sospechosas con las potencias extranjeras y de homosexualidad. Parece ser que, en el estrecho círculo de sus íntimos, Stalin se mostraba impresionado por la rapidez con la que Hitler había eliminado a sus colaboradores próximos de ayer, empleando unas acusaciones prefabricadas y aprovechándolas, en una audaz amalgama, para quitarse de en medio a unos importunos sin relación con las SA, como al antiguo canciller von Schleicher, ex dirigente de la «izquierda nazi», a Gregor Strasser o al general von Bredow.

A primeros de julio, Stalin responde a un cuestionario redactado por Dimitrov a sugerencia suya: «¿Es justo calificar de social-fascista a la socialdemocracia en bloque?». Respuesta: «Para los jefes sí, en bloque no». Retorno a la antigua estrategia del «frente único en la base» con los obreros socialdemócratas contra sus jefes calificados de «social-fascistas». A continuación, Dimitrov pregunta: «¿Es justo considerar en todas partes y en todas las circunstancias a la socialdemocracia como el principal apoyo social de la burguesía?». Respuesta: «Naturalmente, en Persia no. En los principales países capitalistas, sí». Como en Persia no existe el partido socialdemócrata, la respuesta no compromete gran cosa a Stalin. A la pregunta: «¿Es justo considerar a los grupos socialdemócratas de izquierda como el peligro principal en todas las circunstancias?», responde como ayer: «Objetivamente sí». Dimitrov sugiere que «en lugar de aplicar la táctica del frente único exclusivamente como una maniobra para desenmascarar a la socialdemocracia, sin intentos serios de implantar la unidad efectiva de los obreros en la lucha, debemos transformarla en un factor eficaz de la lucha de la masa contra la ofensiva del fascismo». Stalin anota: «Debemos»; luego pregunta dos veces: «¿Contra quién está dirigida esta teoría?»<sup>20</sup>. ¿Contra él? Ni hablar. El cambio de táctica necesario exige un chivo expiatorio de los efectos desastrosos de la táctica que se dispone a abandonar.

En su delirio, el Komintern extrae de los acontecimientos un balance público de lo más fantástico. El 9 de julio, una resolución de su presidium pretende que la liquidación de los dirigentes de las SA en Alemania «permite detectar un rápido debilitamiento del régimen fascista», y confirma que «en Alemania maduran las primicias de una crisis revolucionaria», anunciada periódicamente a cada reforzamiento del régimen nazi. Esta fraseología ritual culmina con

<sup>20</sup> *Komintern protiv fascizma* (El Komintern contra el fascismo), Moscú, Nauta, 1999, p. 328.

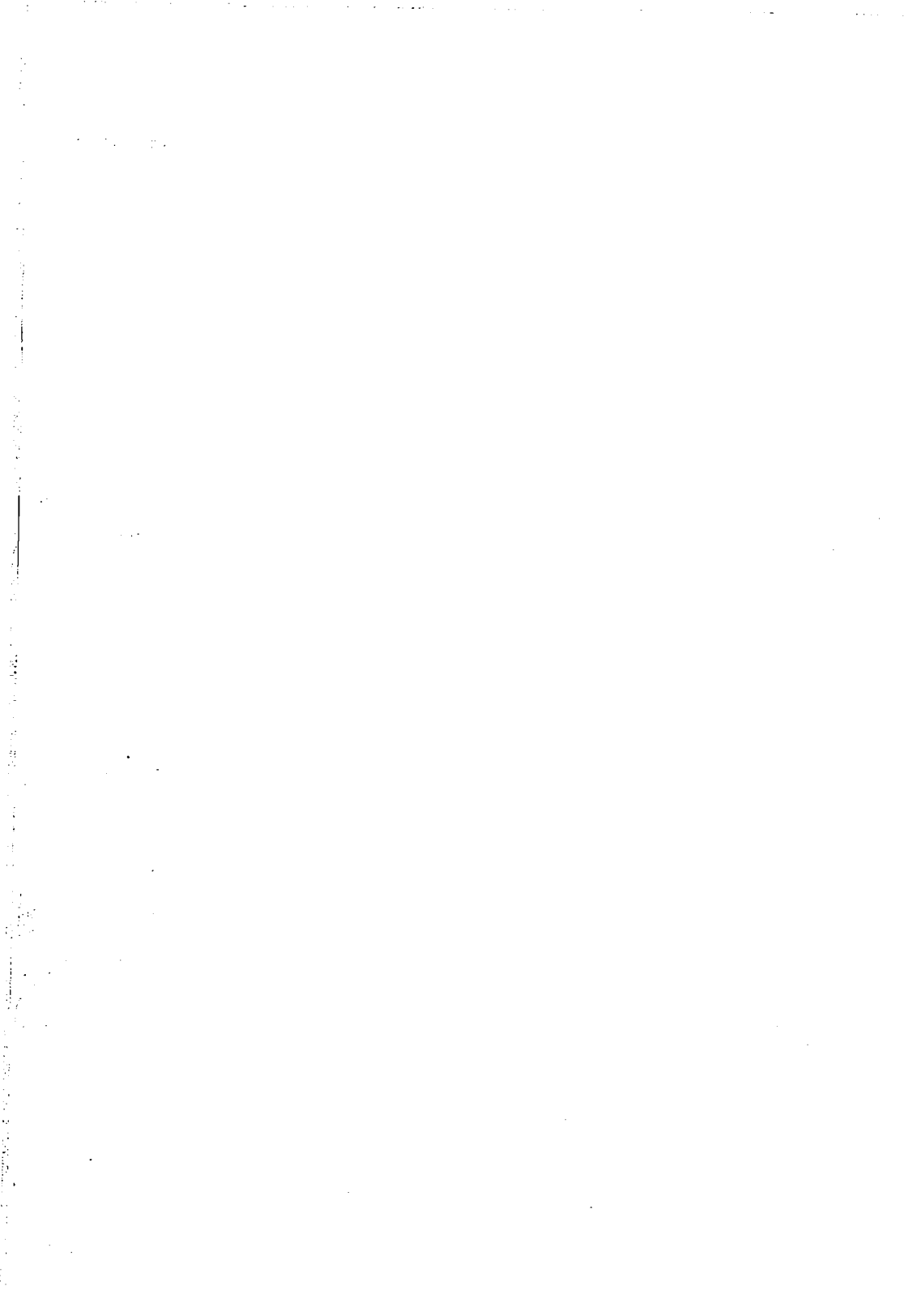
una propuesta de unidad fantasmagórica con «los elementos de oposición entre las secciones de asalto, la Juventud hitleriana» y algunas otras organizaciones nazis, «utilizando ampliamente el desencanto respecto al fascismo entre las SA»<sup>21</sup>. Esas perspectivas de actuación solo abocarán en la detención de nuevos militantes comunistas y en alimentar comunicados de protesta antifascista.

Por tres veces a lo largo del año, Stalin hace votar en el Politburó unas decisiones que subrayan su apariencia de modestia. A propuesta suya, el Politburó critica a la redacción de *Pravda* y de *Izvestia* por haber celebrado el décimo aniversario de la aparición de su libro *Los Fundamentos del Leninismo* (10 de abril), anula la decisión de crear un instituto Stalin en Tiflis (4 de mayo), y luego ordena suprimir cualquier celebración de su cincuenta y cinco cumpleaños el 21 de diciembre de 1934.

En noviembre de 1934 queda terminada la nueva villa que Stalin se ha hecho construir en Kuntsevo. Es un amplio edificio de una planta cuyo techo plano forma un inmenso solarium. En 1948, Stalin mandará añadir un piso en él. El arquitecto ha previsto cuartos para los niños, pero Stalin los confina en Zubalovo, dejado a disposición de su familia política. Un poco más tarde hace suprimir los tabiques y transformar los tres dormitorios en una pieza única dotada del mismo mobiliario que las demás: un diván, una mesa, sillones. Una sala de billar y una biblioteca constituyen, también allí, el principal atractivo de esta villa.

---

<sup>21</sup> CRCEDHC, fondos 495, inventario 20, dossier 187. Texto francés, *Cahiers du mouvement ouvrier*, n° 1, abril de 1998, pp. 78-79. La resolución repite los términos del informe introductorio de Knorin que afirma: «Alemania era y sigue siendo el eslabón más débil de la cadena de los estados imperialistas [...]. Los acontecimientos del 30 de junio expresan el comienzo de la crisis del fascismo alemán [...]. Demuestran que en Alemania maduran las premisas de una crisis revolucionaria, y que la tarea fundamental de los comunistas alemanes consiste en acelerar la movilización de las masas para derribar la dictadura fascista» (*Le Komintern contre le fascisme*, *op. cit.*, p. 329).





## Capítulo XIX

### PERO ¿QUIÉN MATÓ A KIROV?

¿Se representó entonces en Leningrado una nueva versión de la liquidación de Roehm? El 15 de octubre, unos agentes de la NKVD interpelan a un nervioso joven cerca del domicilio de Kirov, Primer secretario del Partido comunista de Leningrado; registran su cartera, en la que encuentran un revólver, y lo dejan ir. Nada sorprendente, pues. Desde la guerra civil, muchos antiguos partisanos y jóvenes comunistas poseían un revólver, y el de Nicolaiev estaba debidamente registrado desde 1924. Los guardias de la NKVD ignoran que Nicolaiev, recién expulsado del Partido —cuya hermosa mujer de espléndida cabellera rojiza, Milda Draule, había sido secretaria de Kirov el año anterior— había escrito en dos ocasiones a Kirov reclamando su reingreso. No había recibido respuesta. En venganza, Nicolaiev sueña con asesinar a aquel displicente burócrata.

A las cuatro y media de la tarde del 1 de diciembre de 1934, antes de informar a los cuadros sobre el reciente Comité Central, Kirov sube a su despacho del instituto Smolny; Borissov, el oficial de la NKVD encargado de acompañarlo, le sigue a cierta distancia. Kirov se adelanta. Nicolaiev saca el revólver y lo abate de un tiro en la nuca. Kirov muere en el sitio. Informado inmediatamente, Stalin dicta dos horas más tarde a Kaganovitch un decreto que insta una justicia expeditiva que ordena a los instructores acelerar los procesos de los individuos acusados de planear o cometer atentados, suprimir los recursos por dichos crímenes y ejecutar las condenas a muerte en cuanto se dicte sentencia. Luego, reúne a todos los miembros del Comité Central presentes en Moscú. De repente, el asesinato aparece rodeado de una atmósfera de misterio.

Aunque se conoce al asesino, Nicolaiev, una víctima amargada a causa del régimen, subsisten dos preguntas: ¿actuó por propia iniciativa?, y si fue así, ¿cuál era el motivo de su acción? ¿Fue manipulado por alguien?, y si fue así, ¿por quién? ¿Con qué objeto? *Pravda* del 12 de febrero de 1964 afirma que se trató de un «asesinato pre-

meditado y cuidadosamente preparado» pero de momento no desvela la identidad del culpable.

De buenas a primeras, Stalin responde: Trotski, luego Zinoviev, Kamenev y sus partidarios. Los antiguos adversarios sugieren o designan a Stalin. Rykov susurra a su hija: «Han matado a Kirov en Meter. Es la señal del desencadenamiento del terror»<sup>1</sup>. En *Izvestia*, un Bujarin pálido, descompuesto, da a conocer el asesinato a Ilya Ehrenburg y, un poco menos explícito, farfulla: «¿Comprendes lo que eso significa? Ahora, Él podrá hacer con nosotros todo lo que quiera... Y tendrá razón»<sup>2</sup>. Más claro, el trotskista Muralov dice a su familia: «Es un asunto montado por él, es la señal de que se acerca la San Bartolomé»<sup>3</sup>. El rumor popular acusa a Stalin en una cuarteta de moda:

*¡Eh, patatitas!*  
*¡Eh, tomatitos!*  
*Stalin ha apiolado a Kirov*  
*En un pequeño corredor*

Por su parte, Trotski duda y se pregunta: primero piensa que el proyecto de Nicolaiev ha llegado a oídos de Stalin, que lo ha utilizado para implicarle en un complot terrorista junto con sus camaradas. La GPU tenía que haber detenido al terrorista antes de cometer el hecho; después, revelar el intento de asesinato y atribuirlo a los trotskistas; pero, por torpeza o descuido, Nicolaiev llegó hasta el final. Más tarde, se preguntará si Nicolaiev asesinó a Kirov por razones políticas o por una mujer. En abril de 1938 se preguntará aún si «actuó conscientemente por odio a los burócratas, para vengar a los obreros cuyos derechos pisoteaba Kirov»<sup>4</sup>. En aquella época, Trotski calificaba siempre a Kirov de «burócrata de tercera categoría» o de «funcionario estalinista». Rechazó hasta el final la versión del asesinato premeditado por Stalin de un Kirov adversario.

En cualquier caso, jamás un crimen fue utilizado como lo hizo aquel al que acusaban los rumores. En la noche del 1 de diciembre, Stalin se precipita a Leningrado con un comando de choque: Voro-

<sup>1</sup> «Recuerdos de Natalia Rykova», *Cahiers du mouvement ouvrier*, 11, septiembre 2000, p. 84.

<sup>2</sup> *Oktiabr*, 1988, n° 7, p. 162.

<sup>3</sup> N. POLECHTCHUK y I. ROMANENKO, *Nicolás Muralov*, Moscú, Moskovski Rabotchi, 1900, p. 189.

<sup>4</sup> TROTSKI, *Leur morale et la nôtre*, París, Pauvert, 1966, p. 99.

chilov, Jdanov, Molotov, Iagoda, su ayudante Iejov, el miembro de la GPU Agranov, el secretario de las Juventudes comunistas Kossarev y Vychinski, el fiscal general de la URSS. Ordjonikidzé, el amigo de Kirov, el que le alojaba cuando bajaba a Moscú, desea unirse a ellos. Stalin se lo impide: «Con tu enfermedad de corazón, no puedes ir allí»<sup>5</sup>. Esta humanitaria inquietud es sospechosa. ¿Temería Stalin que Ordjonikidzé se oliera algo turbio?

El comando se dirige a la celda de Nikolaiev. Stalin promete salvarle la vida si denuncia a sus cómplices, por otra parte inexistentes. Nicolaiev exclama: «¡Me he vengado! ¡Me he vengado» y se niega a contestar. El comando se aleja. Nicolaiev se ríe delante del guardián: «Me ha prometido la vida si denuncié a mis cómplices. Pero yo no tengo cómplices»<sup>6</sup>. Entonces Stalin manda llamar a Borissov, pero el agente muere en un extraño accidente de camión. El 3 por la mañana llevan a su presencia a una tal Volkova, amante de un agente de la GPU, confidente y fanática delatora, aquejada de esquizofrenia y recién salida del hospital psiquiátrico. Volkova informa a Stalin de un complot organizado por una misteriosa organización de la Lámpara verde, pero a Stalin no le interesan los conspiradores fantasma. En lugar de ello, invita a Iejov y a Kossarev a «buscar a los asesinos entre los zinovievistas»<sup>7</sup>. Iagoda y los responsables de la NKVD de Leningrado expresan su escepticismo. «No lo creyeron», dirá más tarde Iejov, y añadirá: «El camarada Stalin debía intervenir. Llamó por teléfono a Iagoda y le dijo: «¡Cuidado! ¡Os van a romper la cara!»»<sup>8</sup>.

El 3 por la noche, Stalin retira de la investigación a la NKVD de Leningrado y la confía a Iejov, Agranov y Kossarev, encargados de hacer confesar a Nicolaiev un complot inexistente; vuelve a Moscú y manda fusilar a 103 monárquicos encarcelados desde hace tiempo y absolutamente ajenos al asesinato de Kirov. Los funerales tienen lugar en Moscú en la noche del 5 de diciembre. El ataúd, cubierto con un paño rojo, está situado en la sala de las Columnas. Los jefes hacen su entrada hacia las once de la noche. Stalin sube los escalones que llevan al ataúd, se inclina sobre Kirov y lo besa

<sup>5</sup> S. Z. GINZBURG, «O Gíbeli Sergo Ordjonikidzé» (Sobre la muerte de Sergo Ordjonikidzé), *Voprosy Istorii KPSS*, n.º 3, marzo 1991, p. 89.

<sup>6</sup> A. KIRILLINA, *L'Assassinat de Kirov*, op. cit., 1995, p. 134.

<sup>7</sup> *Izvestia Tsk KPSS*, n.º 1, enero 1990, p. 39.

<sup>8</sup> *Reabilitatsia: Politicheskie processy, 30-50 godov*, Moscú, 1991, p. 154.

en la frente. La asistencia solloza. Cada uno de los dirigentes imita a Stalin; el menudo y ventruado Jdanov se sofoca subiendo majestuosamente los peldaños. Luego, cierran el ataúd y lo trasladan al crematorio.

Stalin desea transformar la muerte de Kirov en un «complot», pero duda un instante sobre las pistas que ha de seguir. El 6 de diciembre se inventa un centro zinovievista-trotskista de Leningrado y de Moscú, redacta personalmente la lista de sus miembros y dosifica cuidadosamente la composición. La NKVD detiene a 13 «zinovievistas», antiguos dirigentes de las Juventudes comunistas de la ciudad, todos dueños de revólveres desde la guerra civil: eso basta para acusarlos de terrorismo. A continuación, Stalin presenta a Trotski como el impulsor del asesinato a través de un misterioso cónsul letón, pero Trotski está demasiado lejos: Stalin decide inculpar a Zinoviev y a Kamenev, más al alcance de su mano.

Reiterando su promesa de salvar la vida a Nicolaiev si nombra a todos sus «cómplices», Stalin le hace denunciar a unos zinovievistas encarcelados, lo califica también de zinovievista, hace que los investigadores avalen este calificativo y concentra el fuego sobre los adversarios mal arrepentidos que, durante los interrogatorios, no se muerden la lengua. Uno de ellos afirma: «Stalin lleva al fracaso a la revolución proletaria»; otro insiste: «En caso de guerra, la actual dirección del Partido no podrá enfrentarse a las acciones necesarias, y el acceso de Zinoviev y Kamenev a la cabeza del país es inevitable». Eso significa que lo están preparando. Un tercero acusa a Stalin de frenar la actividad del Komintern y «de sacrificar los intereses de la revolución mundial a la idea de la construcción del socialismo en un solo país»<sup>9</sup>. Para Stalin, todos esos zinovievistas, que han capitulado oficialmente, de hecho no se han rendido. Atribuirles la muerte de Kirov significa pagarles con la misma moneda.

Detenido el 16 de diciembre, Zinoviev se derrumba. Durante la investigación, dirige inmediatamente una carta a Stalin: «No he dado un paso, no he escrito una sola línea, no he tenido ni un pensamiento que hubiera tenido que ocultar al Partido, al Comité Central y a ti personalmente [...]. No soy culpable de nada, de nada, de nada ante el Partido, ante el Comité Central y ante ti personalmen-

<sup>9</sup> I. JUKOV, «La investigación y el proceso sobre la muerte de Kirov», *Voprossy Istorii*, nº 2, febrero 2000, p. 42.

te»<sup>10</sup>. Stalin no contesta a la carta, persuadido, sin duda, de que una presión suplementaria hará romperse a Zinoviev. Recibe diariamente las actas de los interrogatorios de todos los inculcados.

La maquinaria de los procesos amañados aún no está bien engrasada: solamente uno de los 13 inocentes, Kotolinov, se reconoce vagamente culpable y, empleando unas frases alambicadas, confiesa una responsabilidad moral en el asesinato; el juicio, pues, debe celebrarse a puerta cerrada. Nicolaiev se compara con Jeliabov, el jefe de la Voluntad del pueblo, que el 1 de marzo de 1881 había asesinado a Alejandro II, confirmando de este modo a Stalin el peligro de la exaltación de los narodniki o populistas, partidarios del terror individual. Preocupado por las patentes lagunas, el presidente del tribunal, Ulrich, encargado por Stalin de pronunciar la sentencia de pena capital, le pide una ampliación de la investigación. Stalin lo envía a paseo: «¡Nada de ampliación de la investigación! ¡Termine!»<sup>11</sup>. Condenados a muerte, los 14 inculcados son fusilados.

¿Quién mandó matar a Kirov? Sobre este asunto siempre planeará una duda. En febrero de 1956, Jruschov alude a una serie de hechos misteriosos, pero, en realidad, sus «revelaciones» repiten las declaraciones de Iagoda y de su ayudante Bulanov en el tercer proceso de Moscú puesto en escena por el mismo Stalin, y no aclaran el suceso.

La atribución del asesinato a Stalin plantea algunas cuestiones. ¿Habría dudado en diciembre sobre la pista a seguir si hubiera organizado aquella muerte? Abatir a Kirov significaba demostrar que los jefes podían ser dianas. Stalin temía demasiado a los atentados como para confirmar de este modo dicha posibilidad. Además, después de la colectivización forzada, de la «liquidación de los kulaks», de las deportaciones masivas y de los millones de muertos de hambre, no faltaban candidatos. Entonces, la NKVD detiene a decenas; tres ferroviarios habían afirmado: «Han matado a uno, hay que matar a más», otro: «Han matado a Kirov, hay que matar también a Stalin», el tercero: «Han matado a Kirov, muy bien, pero yo daría un día por acabar con Stalin». En Ufa, tres obreros de la fábrica Revo-

<sup>10</sup> *Izvestia TSK KPSS*, n.º 7, 1989, p. 70, y *Reabilitatsia: Politicheskie processy 30-50 godov*, op. cit., pp. 154-155.

<sup>11</sup> A. KIRILLINA, *L'Assassinat de Kirov*, op. cit., p. 182.

lución de Octubre, entre ellos un antiguo partisano rojo, son aún más radicales: «Han matado a ese perro de Kirov; todavía queda ese perro de Stalin». En el Kazajstán, tres obreros del puerto de Guriev dijeron a sus compañeros de trabajo: «Estaría muy bien si también hubieran matado a Stalin»<sup>12</sup>. Y la lista no termina ahí. Aquellas afirmaciones incendiarias, en medio de la atmósfera de terror que reinaba entonces, reflejan el sentimiento inexpresado de miles de otras que Stalin no tenía interés en estimular.

Por último, Kirov era un viejo amigo de Stalin; cuando bajaba a Moscú solía pasar la noche discutiendo en su casa, y durante el congreso había dormido en el apartamento del Kremlin. Stalin, molesto por sus malformaciones, solo se mostraba desnudo en la sauna en compañía de Kirov y del general Vlassik, jefe de su guardia personal. Habían pasado varias vacaciones juntos, y Kirov, un apasionado de la caza y de la pesca, enviaba regularmente a Stalin peces y piezas que cobraba. Sin embargo, en 1935, su seguidor Fiodor Raskolnikov dirá: «Para Stalin, la palabra "amistad" no es más que una palabra vacía»<sup>13</sup>. Igual que Hitler, carece de verdaderos amigos. Dos años más tarde, inducirá al suicidio a su viejo cómplice Ordjonikidzé. Habría abatido sin dudar a Kirov, como Hitler abatió a Roehm cinco meses antes. Existía la posibilidad de que hubiera manejado a Nicolaiev para liquidar a los antiguos contrincantes, desencadenar el terror, modificar el equilibrio de poderes y transformar el Partido. Pero no tenemos pruebas, y los más encarnizados partidarios de la responsabilidad directa de Stalin se apoyan en la obra de Orlov, antiguo dirigente de la NKVD en España, *La Historia secreta de los crímenes de Stalin*, un libro lleno de errores, invenciones, mentiras y omisiones...

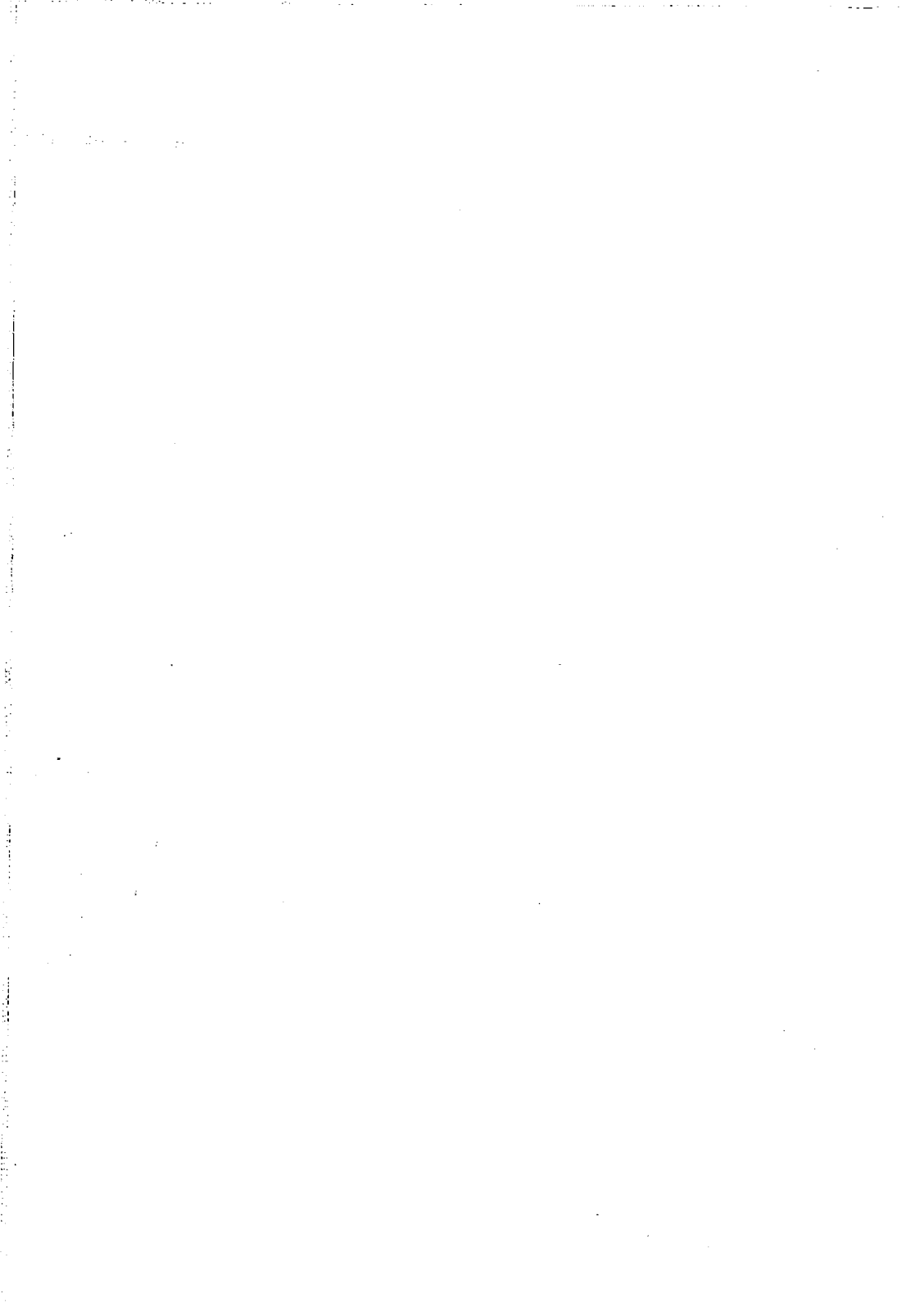
Por los campos circula una *tchastuchka* (canción tradicional de cuatro versos) que termina así: «Hemos acabado con Kirov/acabaremos con Stalin» que, a partir de entonces, obedece al pie de la letra la prohibición del Politburó de salir a pie, como solía hacer hasta entonces para acudir a su teatro preferido, el teatro Tchejov. Recuperando una tradición zarista, hace instalar a intervalos regulares unas garitas especiales en las líneas férreas, que emplea con muy poca frecuencia.

<sup>12</sup> O. KLEVNIUK, *1937 god, op. cit.*, pp. 52-53.

<sup>13</sup> F. RASKOLNIKOV, *O vremeni i o sebe, op. cit.*, p. 524.

El 21 por la noche, celebra su cumpleaños en Blijnaia, acompañado de sus íntimos: Molotov, Ordjonikidzé, Andreiev, Tchubar, Vorochilov, Manuilski, E nukidzé, Mikoian, Beria, Lakoba, Poskrebychev, Kalinin y las esposas, las familias Svanidzé, Redens y Alliluiev. Comen y beben a satisfacción hasta la una de la madrugada; luego, Stalin saca su gramófono, elige él mismo los discos y toda la concurrencia baila. El grupo de caucasianos entonan a coro las canciones de su país. Stalin, de excelente humor, los acompaña con su voz de tenor. María Svanidzé está encantada: «Después de esas dos enormes pérdidas (su mujer y Kirov), Iosiv ha cambiado mucho. Se ha vuelto más tierno, más amable y más humano. Hasta la muerte de Nadia era una inaccesible estatua de mármol, ahora sorprende por su actitud humana, incluso diría mediocre»<sup>14</sup>. Con ella se muestra amable y acogedor. En cambio, para Alexandr Alliluiev, la muerte de su mujer lo había aislado y endurecido aún más.

<sup>14</sup> *Iossif Stalin v obiatnij semü, op. cit., p. 170.*





## Capítulo XX

### EL MATERIALISMO HISTÉRICO

El proceso de Nicolaiev y de los trece «zinovievistas» es el primero de una serie que se prolonga a lo largo de los seis primeros meses de 1935 y revela al mismo tiempo cierto nerviosismo en Stalin y su deseo de golpear fuerte. El 9 de enero de 1935, la Conferencia especial de la GPU condena a prisión y al exilio a 77 habitantes de Leningrado, entre ellos a 65 miembros del Partido, todos, excepto 8, antiguos adversarios, a los que declara miembros de un mítico «Grupo contrarrevolucionario zinovievista de Leningrado». El 16 de enero condena a penas de 5 a 10 años de cárcel a 19 miembros de otro igualmente mítico «centro de Moscú», dirigido por Zinoviev y Kamenev, juzgados moralmente responsables del asesinato. Stalin redacta de su puño y letra la lista de los miembros de ambos grupos.

En medio de esta avalancha de condenas, Stalin pide a Enukidzé, presidente del Comité ejecutivo central de los soviets, que estudie otro esquema de revisión de la Constitución. El 10 de enero, Enukidzé le propone cambiar el voto progresivo por un voto directo. Stalin considera insuficiente esta modificación y pide un proyecto a Molotov. El 25 de enero, en una nota a los miembros del Politburó, afirma: la cuestión «es mucho más compleja de lo que parece a primera vista»<sup>1</sup>. Propone establecer el escrutinio directo y secreto, afirmando curiosamente que la situación y la relación de fuerzas son favorables. En realidad, gracias a un maquillaje diplomático del procedimiento electoral, desea dar a la URSS un rostro más aceptable ante las democracias occidentales.

Este juego le distrae por unos momentos de su campaña represiva. El 17 de enero somete al Politburó el texto de una circular confidencial del Comité Central a los secretarios regionales del Partido, enviada a partir del día siguiente, sobre «Las lecciones de los acon-

<sup>1</sup> I. JUKOV, «La investigación y los juicios sobre el asesinato de Kirov», art. cit., p. 49.

tecimientos relacionados con la ignominiosa muerte del camarada Kirov» organizada, según él, por Zinoviev y Kamenev. Ordena un censo de los miembros del Partido que en alguna ocasión hayan manifestado alguna reticencia hacia la «línea general», y organiza la cacería. Un millar de oponentes de Leningrado marchan al exilio. Los antiguos militantes trotskistas y zinovievistas de Ucrania son expulsados de las grandes zonas industriales y de las ciudades importantes.

Stalin prolonga hasta abril de 1935 la purga del Partido iniciada en 1933 y que debía acabar en diciembre de 1934. Apenas terminada la operación, comienza un procedimiento complementario de inspección de los documentos de los miembros del Partido, documentos que acaban de pasar por la criba. En el Comité Central de diciembre de 1935, Iejov anuncia que esta comprobación ha abocado en una nueva carreta de expulsiones que afectan al 18% de los afiliados (cerca de 350.000, es decir, 750.000 expulsados desde el 1 de enero de 1933, que pierden frecuentemente sus alojamientos y sus empleos). El 14 de enero, en nombre del Comité Central, Stalin decide, además, reemplazar por documentos nuevos todos los carnets de los militantes y de los miembros a prueba del Partido. Según *Pravda*, se trata únicamente de una formalidad administrativa; de este modo, el Partido continúa limpiándose de «trotskistas, zinovievistas, guardias blancos, fulleros y otros gusanos», en número siempre creciente. En tres años, es la tercera purga en el seno del partido, sometido por Stalin a una tensión y un acoso permanentes. Los militantes, continuamente bajo sospecha, controlados, comprobados y sancionados, ya no pueden emitir una opinión ni discutir, sin temor a un informe o a una denuncia.

Stalin y Iejov exigen a las instancias del Partido que entreguen los dossiers de los expulsados a la NKVD, que detiene a la mayoría. Según Iejov, la comprobación de los documentos había permitido a la NKVD descubrir a policías y espías en masa, pero Iagoda no se había inmutado. «Yo se lo indiqué a Stalin, que llamó a Iagoda y le pidió que se ocupara inmediatamente de aquellos asuntos. Iagoda estaba muy descontento, pero se vio obligado a llevar a cabo las detenciones de los individuos cuyos dossiers le habíamos proporcionado»<sup>2</sup>. Stalin, pues, ha creado en el seno de la NKVD su propia

<sup>2</sup> *Voprossy Istorii*, n.º 10, 1994, p. 15.

red, directamente ligada a su secretariado personal o Departamento secreto, para preparar la etapa siguiente. Tras haber aterrorizado a las bases del Partido con su aparato, aterrorizará y depurará al aparato por medio de la policía política.

El asesinato de Kirov es así el primer eslabón del Gran Terror que devastará el mundo político soviético. Evguenia Guinzburg lo apunta en un impresionante pasaje de *Vértigo*: «El año 1937 empezó en realidad al final de 1934, más exactamente el 1 de diciembre de 1934»<sup>3</sup>. El mismo día del asesinato, el comunista yugoslavo Vu-yovitch afirma: «Es el comienzo del fin. Empezará por nosotros y continuará como una avalancha»<sup>4</sup>. Él será una de las innumerables víctimas.

Stalin aprovecha para acelerar la personalización del poder y concentrarlo en sus propias manos. Las reuniones plenarias del Politburó son cada vez más escasas: de 94 en 1931 han pasado a 20 en 1935. El desencadenamiento del Gran Terror las reducirá a una rarísima formalidad: de 9 reuniones en 1936 se pasa a ¡2 en 1939! En su lugar, Stalin reúne unas comisiones que nombra a su gusto, o celebra en su despacho unas reuniones informales a las que invita a quienes necesita en ese momento. Su despacho personal se convierte en el lugar central del poder. A continuación, las decisiones adoptadas se envían, o no se envían, a los miembros del Politburó invitándolos a refrendarlas.

Una aplastante mayoría de las resoluciones y decisiones del Politburó se toman, sustituyendo al debate, por consulta escrita o telefónica a sus miembros. De este modo, Stalin refuerza su autoridad y transforma la instancia suprema en una cámara de registros. Al no haber reuniones no hay discusiones colectivas ni ocasión de expresar una postura individual o de presionar para defender su sector. Stalin acostumbra a presentar sus decisiones personales como resoluciones del Politburó, adoptadas después de haberlas discutido con uno o dos de sus miembros y firmadas por uno de ellos. Las relaciones con sus antiguos compañeros pasan a ser las de señor a vasallo incluso en el terreno privado. María Svanidzé percibe el cambio durante la comida del cumpleaños de Stalin el 21 de diciembre de 1935. Cuando llegó, todo el mundo estaba instalado: Vorochilov,

<sup>3</sup> E. GUINZBURG, *Le Vertige*, op. cit., p. 11.

<sup>4</sup> *Moshaushi Komsomlets*, 2 de noviembre de 1989.

Kaganovitch, Kossior, Postychev, Beria, Molotov, Mikoian y Ordjonikidzé: «Iosiv estaba en plena forma y todo el mundo sentado a la mesa se mostraba ruidoso y alegre, excepto Kaganovitch y Mikoian, que tenían que presentar un informe en el Comité Central. Ambos estaban pálidos y pensativos, y todos se burlaban de ellos»<sup>5</sup>. Los dos tenían los sarcasmos del patrón.

Un artículo de *Pravda* a propósito del asesinato de Kirov alude a la «turba maloliente de los trotskistas, de los zinovievistas y de los antiguos príncipes». Trotski percibe en él una advertencia oculta en esta amalgama de la turba y de la hez, «dirigida [...] según todas las apariencias contra las tendencias "liberales" en el seno de la burocracia dirigente». En la campaña contra los trotskistas ve «el preludio de un golpe asestado a los enemigos más cercanos y más íntimos del bonapartismo estalinista», la preparación de «un nuevo golpe de Estado dirigido a la consolidación jurídica del poder personal [...] una nueva etapa en la que el asesinato de Kirov no ha sido más que un siniestro presagio»<sup>6</sup>. En efecto, Stalin elabora minuciosamente un golpe de fuerza. El mismo artículo de *Pravda* denuncia la infiltración en el aparato «de enemigos feroces que actúan a las órdenes de los servicios de información extranjeros y que triunfan a causa de la indolencia, de la confianza ciega y de la benevolencia oportunista de los elementos anti-Partido». Es preciso, pues, depurarlo. Stalin prepara la purga presentándose continuamente como el blanco de los antiguos adversarios organizados. Ese terrorismo virtual, cuya realidad debe confirmar el asesinato de Kirov, le permite desencadenar el terror de Estado.

Golpea en el mismo corazón del Kremlin diezmando al personal. En la noche del 20 de enero, la NKVD detiene a una joven empleada de hogar, Anna Adveieva. Trasladada a la Lubianka es interrogada por el mismo vicepresidente de la NKVD, Agranov, que ha regresado de Leningrado donde ha concluido la «investigación» sobre el asesinato de Kirov. Una carta había denunciado los comentarios «antisoviéticos» de las limpiadoras en los lavabos del Kremlin. Una dice: «El camarada Stalin come bien, pero trabaja poco. La gente trabaja por él, por eso está tan gordo». Adveieva afirma: «Stalin mató a su mujer». Una tercera declara: «El camarada Stalin gana

<sup>5</sup> *Iossif Stalin v obiatiaj semii*, op. cit., p. 185.

<sup>6</sup> TROTSKI, *Journal d'exil*, 1977, Gallimard, col. «Folio», p. 87.

mucho dinero y nos engaña diciendo que cobra 200 rublos»<sup>7</sup>. Abel Enukidzé, secretario del Comité ejecutivo central con sede en el Kremlin, no ha concedido importancia a esos comentarios de las mujeres de la limpieza. Enterado, Stalin decide servirse de aquello para fabricar un asunto a largo plazo.

A continuación, la NKVD detiene a las siete bibliotecarias así como a la telefonista. El 14 de febrero Stalin cesa a Peterson, comandante del Kremlin y auténtico jefe de la guardia armada, antiguo responsable de la seguridad de Trotski y que lleva en el puesto desde abril de 1920. Luego expulsa del Kremlin al Comité ejecutivo central y a sus filiales, que recibían numerosas visitas diariamente. El 27 de febrero de 1935, la bibliotecaria Mujanova, de origen noble, afirma que su vecina de despacho, Nina Rosenfeld, primera mujer de Nicolás, un dibujante hermano pequeño de León Kamenev, le ha declarado: «Hay que matar a Stalin». Detenido, el dibujante se hunde rápidamente y acusa a su hermano cuya «actitud hostil hacia Stalin, dice, ha contribuido a la formación de mis opiniones e intenciones contrarrevolucionarias y terroristas»<sup>8</sup>. A propuesta de Stalin, el 3 de marzo de 1935, el Politburó cesa a Enukidzé, su amigo de la juventud y secretario del Comité Central ejecutivo de los soviets, acusado de haber protegido a los presuntos terroristas y de haber sido el amante de buena parte de las mujeres empleadas en el Kremlin, algo que él niega enérgicamente. Stalin presenta como una depuración moralizadora la destitución de este viejo bolchevique, amable, solterón empedernido, un poco deteriorado por la buena vida, las bailarinas, los automóviles, el vino georgiano y el champán. Juega al jefe severo pero justo que castiga al revolucionario advenedizo a pesar de sus sentimientos personales. María Svanidzé se extasía en su diario íntimo: «Después del desmantelamiento del Comité ejecutivo central y del castigo bien merecido de Abel, creo firmemente que caminamos hacia un gran futuro luminoso: ese nido de traiciones, de actuaciones arbitrarias y de suciedades legalizadas me daba miedo. Ahora hay más luz y será barrida toda la suciedad»<sup>9</sup>. Esta ilusión le costará la vida.

<sup>7</sup> I. JUKOV, «Los secretos del asunto del Kremlin y el destino de Aveli Enukidzé», *Voprossy Istorii*, n.º 9, septiembre 2000, p. 85.

<sup>8</sup> *Troud*, 15 de agosto de 1991.

<sup>9</sup> *Iossif Stalin v obiatnij semii*, op. cit., p. 175.

El 21 de marzo, una resolución del Politburó acusa al personal de haber difundido «calumnias contrarrevolucionarias contra los dirigentes del Partido y del gobierno, en especial contra el camarada Stalin, a fin de desacreditarlos». La investigación ha conducido a la NKVD a descubrir en el mismo corazón del Kremlin a un conjunto de «grupos contrarrevolucionarios» que querían organizar atentados contra los dirigentes del poder soviético y del Partido y, en primer lugar, contra el camarada Stalin»<sup>10</sup>, designado así como el principal blanco. La NKVD utiliza a las bibliotecarias, a las mujeres de la limpieza y a las telefonistas para golpear más alto. Detiene al intendente del Kremlin, el viejo comunista Ivan Lukianov, y a sus tres ayudantes.

Iejov, el director de la investigación, informa periódicamente a Stalin de su desarrollo. En el Comité Central de los días 5 a 7 de junio de 1935, que expulsa a Enukidzé por «degeneración política y moral», anuncia el descubrimiento en el aparato del Comité ejecutivo central de cinco grupos terroristas que preparaban un atentado contra Stalin, entre ellos uno llamado de jóvenes trotskistas en el que la NKVD hace figurar a Serge Sedov, el hijo de Trotski que vivía en la URSS ajeno a la política. Los miembros del personal y los antagonistas están acusados de haber formado un «bloque contrarrevolucionario de guardias blancos, de espías, de trotskistas y de gentuza kamenozinovievista. Todos esos enemigos del pueblo, amargados, arrojados por la borda de la revolución, se han unido con el único objeto de aniquilar por todos los medios al camarada Stalin»<sup>11</sup>.

Estos curiosos grupos terroristas instalados en el corazón del Kremlin y encargados de su funcionamiento no actúan, pero necesitan explosivos y consejeros militares. La NKVD detiene a un jefe de la Dirección de los servicios de información del Ejército rojo, que «confiesa» haberse aliado con los trotskistas para organizar la contrarrevolución en la URSS y haber pedido al secretario del intendente del Kremlin las armas necesarias para sus sombríos proyectos.

Zinoviev sale por unos momentos de la prisión y embiste contra su viejo amigo Kamenev. Stalin encuentra un placer especial en en-

<sup>10</sup> *Voprosy Istorii*, nº 2, febrero 2000, p. 94.

<sup>11</sup> *Ibid.*, p. 98.

frentar, uno contra otro, a sus dos antiguos aliados inseparables. Zinoviev cuenta que Kamenev le había confiado: «Hoy, lo que le gusta a Stalin es el marxismo». Aunque se niega a afirmar que Kamenev intentara atentar contra la vida de Stalin, «no excluye que las declaraciones venenosas y las manifestaciones de odio de Kamenev respecto a Stalin hayan podido ser utilizadas con fines contrarrevolucionarios directos»<sup>12</sup>. A la NKVD solo le falta encontrar unas declaraciones semejantes del mismo Zinoviev en contra del Jefe para volver esas acusaciones en contra suya.

En febrero de 1935, en el congreso de los «granjeros de choque», Stalin aplaude a un tal Trofim Lyssenko, cuyos rasgos están como tallados a hachazos, y que denuncia al mismo tiempo a los kulaks y a los saboteadores enemigos de sus métodos, clamando: «Un enemigo de clase es siempre un enemigo, sea sabio o no lo sea». Esta conclusión arranca a Stalin el siguiente grito: «¡Bravo, camarada Lyssenko, bravo!»<sup>13</sup>. Al año siguiente, Lyssenko anunciará: «Los genes no existen; son un mito inventado por los idealistas»<sup>14</sup>. Su ignorancia es fenomenal, sus resultados nulos, pero a Stalin no le importa: Lyssenko reduce la ciencia a la política, y bajo una verborrea proletaria, justifica su completa subordinación al aparato del Partido. Es un buen cuadro.

Este «profesor descalzo», como se le designará enseguida, hijo de campesinos, que ha empezado la escuela a los 13 años, se había apropiado de los trabajos del biólogo Zaitsev, inventor de la vernalización, un procedimiento que trata de acelerar la germinación de las semillas humedeciéndolas a bajas temperaturas para conseguir sembrar en primavera los trigos de invierno. Lyssenko se presenta como el padre del descubrimiento y lo pone en práctica sin haberlo experimentado seriamente. Esta precipitada aplicación da lugar a que se pudran toneladas de grano. Pero ese fracaso no obstaculiza en absoluto su carrera. En el congreso de febrero de 1935, insulta a los campesinos que se niegan a la vernalización y denuncia a los kulaks y a los saboteadores que les aconsejaron ¡no humedecer las semillas so pena de hacerlas pudrirse! Y aúlla: «En el caso de la verna-

<sup>12</sup> *Izvestia TsK KPSS*, nº 7, 1989, pp. 90-91.

<sup>13</sup> *Pravda*, 15 de febrero de 1935, J. MEDVEDEV, *Grandeur et chute de Lyssenko*, París, Gallimard, 1971, p. 45.

<sup>14</sup> Apoyaba su negativa de la existencia de los genes en el siguiente razonamiento: «¿Qué es exactamente un gen? ¿Quién lo ha visto? ¿Quién lo ha tocado? ¿Quién lo ha probado?», MEDVEDEV, *Grandeur et chute de Lyssenko*, op. cit., p. 56.

lización, ¿no se trata como siempre de la lucha de clases?»<sup>15</sup>. Stalin, encantado, promociona a este aficionado que anuncia incansablemente unas transformaciones milagrosas, siempre fracasadas, de las plantas. Indiferente a esos descabros, aplaude el comportamiento político de Lyssenko, no su competencia. Y si, por otra parte, Lyssenko no obtiene resultados, se debe a que sus adversarios, al servicio de la burguesía, sabotean sus proyectos.

Del descontento verbal al atentado no hay más que un paso. Esa es la idea que Stalin desea imponer. Y, sistemáticamente, desde ese momento hace del atentado el argumento central de las acusaciones proferidas contra aquellos de los que quiere desembarazarse; también teme que su dictadura suscite la tentación terrorista de la juventud. El culto de los populistas, que habían asesinado a un zar y a varios jefes de policía, le parece peligroso. El 25 de febrero de 1935, su nuevo favorito, Jdanov, cita en privado un comentario de Stalin: «Si formamos a nuestras gentes en el estudio de los populistas, acabaremos formando terroristas»<sup>16</sup>. Es preciso acabar con la exaltación de los asesinos de los dignatarios zaristas. En *Pravda* del 19 de junio de 1935, Jdanov se lamenta de que «nuestros jóvenes conocen a Jeliabov, a los Ryssakov, a Perovskaia (los asesinos de Alejandro II) mejor que a los militantes de vanguardia y a los héroes formados por la clase obrera y por el partido bolchevique». El 26 de junio, Stalin cierra la Sociedad de los antiguos presos y deportados políticos, por supuesto, «a petición propia», acusada de ser un foco de socialistas-revolucionarios y de mencheviques, y de propagar las ideas terroristas de los populistas; liquida la editorial y suprime la aparición de la revista mensual *La cárcel y la deportación*.

La desconfianza hacia los «populistas-terroristas» se extiende a la actividad de los bolcheviques antes de la revolución. Jdanov cita un nuevo comentario de Stalin: «Desde el punto de vista de la historia del Partido, el período anterior a 1917 pertenece a la prehistoria»<sup>17</sup>, y por tanto, carece de interés. Dos meses después, Jdanov considera que el hecho de centrar el estudio sobre dicho período,

<sup>15</sup> J. MEDVEDEV, *Grandeur et chute de Lyssenko*, op. cit., p. 45.

<sup>16</sup> No obstante, dos años más tarde, Stalin explicará: «No hay analogía entre los terroristas-pigmeos del campo de los trotskistas-zinovievistas y el revolucionario Jeliabov» (E. GROMOV, *Vlast i Iskusstvo*, op. cit., p. 207).

<sup>17</sup> Poco tiempo antes, el 26 de junio de 1933, Stalin se había hecho nombrar presidente de honor de la Sociedad de antiguos bolcheviques, una sociedad que disolvería dos años después.



en detrimento del de la liquidación de las oposiciones y del gobierno de Stalin, solo puede obstaculizar «el desenmascaramiento de los enemigos del pueblo». El 26 de marzo, Stalin disuelve la Sociedad de antiguos bolcheviques cuyos méritos anteriores a la revolución no influyen ante las faltas, incluso insignificantes, de los numerosos adversarios. La denuncia de los populistas, héroes de anteayer, y de los antiguos bolcheviques, héroes de ayer, anuncia la liquidación de la «vieja guardia», y es la señal pública del primer proceso de Moscú en agosto de 1936. Así, Iaroslavski puede escribir en 1939: «Los enemigos del Partido y del poder soviético se han alimentado en las fuentes teóricas y en las decisiones tácticas del populismo [...]. Han adquirido los medios y los procedimientos de lucha en el arsenal del populismo, así como la utilización del terror individual con fines de restauración contrarrevolucionaria [...]. Han preparado el asesinato del jefe del proletariado y amigo de los trabajadores, Stalin»<sup>18</sup>.

Stalin no omite ni un detalle. Durante el banquete tradicional del 4 de mayo de 1935 en honor de la XXXV promoción de las Academias militares, brinda en honor de Bujarin: «Aquí todo el mundo lo quiere [...]. Y ¡ojo al que se atreva a remover el pasado!». Los invitados alzan sus vasos y aplauden a rabiar. Así mide Stalin la popularidad de Bujarin que, como los asistentes, no se da cuenta de la maniobra. La viuda de Bujarin afirmará: «En Stalin todo era cálculo, cada paso, ¡qué digo!, cada centímetro»<sup>19</sup>.

El 4 de marzo de 1935, en un discurso ante los jóvenes cuadros del Ejército rojo, Stalin se distancia de la «Iejovchtchina» denunciando el desinterés de los cuadros del Partido por los hombres y por su existencia y aludiendo, por una vez y sin que sirva de precedente, a su exilio en Siberia. En primavera, trece muchachos salieron a recoger restos de árboles en un río de crecida. Por la noche, solo doce volvieron al pueblo, y cuando les preguntaron: «¿Dónde está el decimotercero?», respondieron tranquilamente: «¿Ese? Se ha quedado ahí abajo». A preguntas de Stalin replicaron con la misma indiferencia: «¡Ha debido ahogarse!». Cuando uno de ellos se apartó para dar de beber a su yegua, y Stalin le reprochó el que cuidara

<sup>18</sup> Como consecuencia lógica de estas declaraciones, *Le Calendrier historico-révolutionnaire de 1939* (Moscú 1939) olvida los nombres de Jeliabov y Perovskaia; y el asesinato de Alejandro II, el 1 de marzo, está reemplazado por un levantamiento en Corea en 1919.

<sup>19</sup> A. LARINA, *Boujarine, ma passion*, op. cit., pp. 55-56.

mejor a los animales que a las personas, obtuvo la siguiente respuesta unánime: «Y ¿por qué cuidar a las personas? ¡Personas siempre se pueden hacer! Pero una yegua... ¡Intenta hacer una yegua para mí!». Stalin extiende esta manifestación de la indiferencia campesina incluso al Partido: «Me parece que la actitud indiferente de algunos de nuestros dirigentes respecto a las gentes y a los cuadros y su incapacidad para apreciar a las personas son una supervivencia de esta extraña actitud de las personas ante las personas manifestada en este episodio que sucedió en la lejana Siberia»<sup>20</sup>. Stalin mata dos pájaros de un tiro: recuerda que ha sido víctima de la opresión y de la represión, se distancia de los dirigentes indiferentes a los problemas del pueblo, pero subraya que la indiferencia ante la vida humana procede del pueblo mismo, y más concretamente de esos campesinos a los que acaba de diezmar... ¿Cómo apiadarse de ellos y de esos dirigentes sin corazón golpeados a lo largo de las purgas? Se lo habrán merecido...

Stalin prepara una vuelta de tuerca en el Gulag. El 26 de enero de 1935, Iagoda dirige un telegrama a todos los campos de trabajo en el que los asemeja a «establecimientos de beneficencia» de los que es fácil evadirse. La frase es de Stalin. Entonces el Gulag recibe en masa a las víctimas de las purgas, del terror político y de una legislación penal de creciente dureza, dictada, redactada, controlada o refrendada por Stalin. En noviembre de 1934 crea unas «conferencias especiales» o troikas próximas a la NKVD, dotadas de la facultad de deportar sin juicio a cualquier persona considerada «socialmente peligrosa». Aún más brutal, un decreto del 7 de abril de 1935 extiende la pena de muerte a los menores a partir de doce años. El Gulag recibe en masa a campesinos, obreros, empleados, adolescentes, etc., todos ellos víctimas desvalidas del caos de la vida cotidiana, de la desorganización del trabajo, del desorden burocrático, del hambre...

Al asesinato de Kirov sigue una redistribución de los papeles en la dirección, de la promoción de recién llegados, y una revisión de las funciones de los antiguos compañeros de Stalin, uno de los cuales, Valerian Kuibychév, miembro del Politburó desde 1927, desaparece a comienzos de ese año, el 25 de enero de 1935, a la edad de 47 años. Sus borracheras superaban la media burocrática y padecía

<sup>20</sup> D. VOLKOGONOV, *Staline, op. cit.*, t. 1, pp. 514-515.

una enfermedad del corazón; sobre todo, parecía mostrar cierta reticencia a propósito de la política de Stalin. En el tercer proceso de Moscú celebrado en 1938, se acusó a los tres médicos inculpados de haberle envenenado.

El 27 de febrero de 1935, el Politburó adopta una resolución redactada por Poskrebychev, dictada y firmada por Stalin. Distribuye y reparte las responsabilidades en el Secretariado del Comité Central, disminuyendo así la influencia de los íntimos y antiguos compañeros del Guía: Kaganovitch pierde el cargo de primer suplente de Stalin; Iejov invade los poderes de Andreiev; Jdanov, nuevo secretario del Partido en Leningrado, obligado a pasar diez días en Moscú, ocupa en el Secretariado un puesto central que Kirov se negaba a ocupar.

Raskolnikov, un fiel estalinista atormentado ya por la inquietud, emprende ese año un retrato psicológico de Stalin, retrato que deja inacabado como si temiera llegar hasta el final de su estudio. Insiste en su ascetismo y en su indiferencia respecto a la comida, al lujo y a los bienes materiales en general. «Es desconfiado y suspicaz. [...] concede un crédito ilimitado a todo lo que pueda comprometer a alguien, lo que refuerza así su natural desconfianza [...]. Es excepcionalmente astuto. [...] Nadie puede rivalizar con Stalin en el arte de “envolver” a los otros. Es perverso, trapacero y rencoroso». Pero «su característica psicológica fundamental, la que le ha dado una superioridad decisiva, es una fuerza de voluntad excepcional, sobrehumana. Sabe siempre lo que quiere y trata de conseguir su objetivo paso a paso, gracias a una mente metódica, incommovible e implacable [...]. Su fuerza de voluntad abrumba, aniquila la personalidad de los que caen bajo su influencia [...]. Stalin no tiene necesidad de consejeros, solamente de ejecutores. Por eso, exige de sus colaboradores más cercanos una sumisión, una obediencia, una docilidad totales, una disciplina sin fisuras y servil»<sup>21</sup>.

A pesar de todas esas cualidades, se encuentra poco cómodo en política exterior, de la que no conoce los pormenores ni las realizaciones. De nuevo intenta acercarse a Hitler. En el VII Congreso de los soviets celebrado el 28 de enero de 1935, Molotov afirma: «Nuestro único deseo es el de llegar a tener buenas relaciones con Alemania». A primeros de 1935, el consejero de la embajada soviética en Berlín,

<sup>21</sup> F. RASKOLNIKOV, *O Bremeni i o siebje*, op. cit., pp. 522-523.

Bessonov, y el agregado comercial, David Kandelaki, llevan a cabo unos ligeros sondeos cerca de los nazis. En febrero de 1935, Kandelaki se reúne con Schacht. Constatando la frialdad de Hitler, Stalin pone una sordina a la denuncia del tratado de Versalles que servía de puente entre la Alemania de ayer y de hoy, abandona el lenguaje ultrarrevolucionario del período anterior, se vuelve hacia las democracias occidentales y anima a los partidos comunistas a formar frentes populares. Por otra parte, se empeña en no cortar los puentes con la Alemania nazi. Para tranquilizar al mismo tiempo a Berlín, que denuncia el bolchevismo y sus sueños de revolución mundial, y a las democracias occidentales, hace que el periodista norteamericano Roy Howard le plantee la siguiente pregunta: «¿Cuáles son sus planes y sus intenciones respecto a la revolución mundial? Y Stalin protesta: «Jamás hemos tenido semejantes planes ni semejantes intenciones [...]. Es el resultado de un malentendido [...] un malentendido cómico, o más bien tragicómico»<sup>22</sup>. Unos días más tarde, Tujatchevski redacta un artículo denunciando los planes de guerra de Hitler. Stalin lo relee, lo corrige, modera el tono y modifica el título, del que suprime el nombre de Hitler, y que, en *Pravda* del 31 de marzo, se convierte en «Los planes de guerra de la Alemania nazi».

Dos meses después, el 2 de mayo, Pierre Laval, presidente del Consejo francés, acude a Moscú para firmar un pacto franco-soviético de ayuda mutua. En la foto de rigor, los dos hombres sentados uno junto a otro tienen aspecto de parientes, con los dientes y los dedos ennegrecidos, el color terroso, los ojos medio oblicuos y, según se ve, la risa vulgar. El corresponsal de *Paris Soir* reproduce un edificante diálogo entre aquellos dos tipos taimados, tan ricos en astucia como pobres en escrúpulos: «Yo no soy diplomático», afirma Stalin. «Yo tampoco», replica Laval. «Tengo la intención de hablarle con toda franqueza», continúa el Secretario general. «Para eso he venido»<sup>23</sup>, responde el diputado por Aubervilliers. Stalin aprueba la política militar de Laval, el retorno al servicio de dos años y el reforzamiento del ejército francés. De regreso a París, Laval da a conocer ese apoyo que desconcierta al Partido y a los jóvenes comunistas ocupados en la denuncia antimilitarista de los «cara de vaca». Stalin

<sup>22</sup> *Pravda*, 5 de marzo de 1935.

<sup>23</sup> Conversación reproducida en G. PERREUX, *Paris-Soir*, 16 de mayo de 1935.

no consideró necesario avisarles; su papel consiste en aplicar el súbito cambio de opinión de Moscú.

La obediencia ciega es propia del buen cuadro; la reflexión personal es la marca del futuro trotskista y del saboteador.

Sin embargo, Stalin no renuncia a sus gestos en dirección a Hitler. Durante un desayuno en la villa de Molotov, a finales de noviembre, el anfitrión declara a Raskolnikov: «¡Nuestro principal enemigo es Inglaterra!»<sup>24</sup>. Al final del año, el embajador Suritz recibe el encargo de entrevistarse con von Neurath, ministro de Asuntos Exteriores nazi. El 3 de diciembre, Litvinov informa a Stalin de que los resultados son decepcionantes. Sin embargo, el 10 de enero de 1936, Molotov vuelve a la carga en un discurso público: «El gobierno soviético desearía establecer con Alemania unas relaciones mejores que las actuales». En Berlín, el eco es nulo.

En el campo internacional, Stalin exhibe un aire de político provinciano, como ilustra la historia que Mikoian relata a su intérprete Berejkov. A comienzos del verano de 1935, Mikoian debe viajar a Estados Unidos para negociar una compra de material. Stalin, deseoso de tomar contacto con Franklin D. Roosevelt, le presenta a un americano, Cohen, pariente lejano de la familia de Paulina Jemtchujina, y le susurra: «Ese Cohen es un capitalista. Cuando estés en América, reúnete con él. Nos ayudará a establecer un diálogo político con Roosevelt». Cuando llega a Washington, Mikoian comprende que el «capitalista» Cohen, un sencillo propietario de media docena de estaciones de servicio, no tiene acceso a la Casa Blanca. Poco después, Henri Ford le propone presentarle a Roosevelt. Mikoian pide instrucciones a Moscú a través del embajador soviético. No recibe respuesta y no actúa. Berejkov se asombra: ¿por qué no aprovecha la ocasión? «No conoces a Stalin, responde Mikoian. Me había ordenado actuar por intermedio de Cohen. Si yo hubiera utilizado los servicios de Ford sin su permiso, habría dicho: “¿Así que Mikoian quiere ser más astuto que nosotros y se ha lanzado a la gran política?”. No me lo habría perdonado jamás. Un día u otro se habría acordado obligatoriamente de este episodio y lo habría utilizado contra mí»<sup>25</sup>. Al evitar estos celos, Mikoian justificaba anticipa-

<sup>24</sup> F. RASKOLNIKOV, *O bremeni i o srebje*, op. cit., p. 484.

<sup>25</sup> V. BEREJKOV, *Kaj ja stal perevodchikom Stalina* (Cómo me convertí en intérprete de Stalin), Moscú, Dem, 1993, pp. 255-256.

damente la frase que correría más tarde sobre él: «Ha ido de un Ilitch (Lenin) a otro (Brejnev) sin infartos ni paros cardíacos».

Dos meses después, el 28 de junio de 1935, Stalin recibe a Romain Rolland y le habla en primer lugar del asesinato de Kirov y de la represión posterior, que el escritor aprueba calurosamente. («Ha tenido Vd. razón en aplastar enérgicamente a los miembros del complot del que fue víctima Kirov»). Alude después al «complot de las bibliotecarias» y al decreto de abril de 1935 que amplía la aplicación de las distintas penas previstas por la ley (como la ley de las Cinco Espigas del 7 de agosto de 1932), y por lo tanto la pena de muerte a los niños de más de 12 años. El humanista pacifista se inquieta. Stalin lo tranquiliza. El decreto de abril de 1935 «tiene un significado exclusivamente pedagógico». ¿A quién se refiere? Stalin se olvida de los pequeños campesinos hambrientos que roban algunas patatas, y alude o inventa unos fanáticos que obligan a las jovencitas a prostituirse, intentan matar o corromper a las trabajadoras de choque y a los buenos alumnos a los que aterrorizan, apuñalan o arrojan a los pozos. Romain Rolland, conmovido, se asombra: «¿Por qué no publica Vd. esos hechos? ¡Los motivos de la publicación del decreto estarían claros!». ¿Por qué? ¡Es evidente! «¿Podemos decir que los hemos publicado por motivos pedagógicos, para prevenir los crímenes, para asustar a los jóvenes criminales?» («No, naturalmente», opina el autor de *Jean-Christophe*.) «A partir de ahí sería ineficaz, pero nunca hemos aplicado y esperamos no aplicar nunca las decisiones más extremas (es decir, la pena de muerte). Es una pura mentira. Stalin vuelve de nuevo sobre el asesinato de Kirov y afirma cínicamente: «Desde el punto de vista jurídico, los cien individuos fusilados no tenían relación directa con Kirov». Pero habían sido enviados desde el extranjero para cometer atentados. Además, ellos mismos pidieron morir. En el proceso habían declarado (pura imaginación, los «guardias blancos» fueron fusilados sin juicio): «Queríamos y queremos acabar con los líderes soviéticos; no tenemos nada que decir; fusiladnos si no queréis que acabemos con vosotros». Por lo tanto, «para prevenir esa fechoría», las autoridades fusilaron a aquellos voluntarios al paredón.

Stalin pasa a representar la comedia del moderado, obligado a golpear a pesar suyo: «Queríamos no tener que aplicar el castigo supremo a los criminales, pero, desgraciadamente, no depende de nosotros [...] y, mientras nuestros amigos de Europa occidental nos

recomiendan la máxima benevolencia con nuestros enemigos, nuestros amigos de la URSS exigen firmeza; exigen, por ejemplo, que sean fusilados Zinoviev y Kamenev, los inspiradores del asesinato de Kirov». Así, en junio de 1935, Stalin ya había decidido acabar con sus dos antiguos aliados y presentaba ese proyecto como una exigencia popular que se veía obligado a obedecer. A continuación pasa a hablar de las mujeres «terroristas» del Kremlin, encargadas de ordenar las bibliotecas de los dirigentes. «Esos restos de las clases, ayer dirigentes y hoy eliminadas, de la burguesía y de los terratenientes [...] se paseaban con el veneno, con la intención de asesinar a algunos de nuestros camaradas responsables. Por supuesto, las hemos detenido, pero no tenemos intención de fusilarlas. Vamos a aislarlas»<sup>26</sup>. ¿Unas bibliotecarias que se pasean con un veneno que no administran a nadie? Nada de eso sorprende a Romain Rolland, al que Stalin encarga que transmita sus argumentos a los intelectuales franceses demócratas. Y así lo hará.

El 27 de julio, el colegio militar del Tribunal supremo juzga a puerta cerrada a treinta acusados del «complot del Kremlin», entre ellos León Kamenev. La maquinaria del proceso todavía chirría: 14 acusados reacios no se reconocen culpables de nada, 10 se reconocen culpables de haber oído declaraciones «antisoviéticas» o «calumniosas» proferidas por otros. Solo 6 acusados, un hermano de Kamenev entre ellos, confiesan haber abrigado «intenciones terroristas». Todos son declarados culpables. Kamenev carga con 10 años de prisión, los demás, de 2 a 10 años, excepto el secretario y el intendente, condenados a muerte y fusilados en el momento. Este acontecimiento marca una etapa decisiva hacia los procesos de Moscú. En efecto, Stalin consiguió arrancar a Kamenev la confesión de que era moralmente y políticamente responsable del terrorismo: «Quizá algunas manifestaciones de descontento por mi parte han podido adquirir proporciones fantásticas, monstruosas, en los cerebros alterados de los inculpados, explica. Si hubiera nacido algún grupo revolucionario en cualquier parte, que hubiera planeado un plan para asesinar a Stalin [...] yo tendría que decir: "Sí, tengo la culpa y debo cargar con la responsabilidad"»<sup>27</sup>. Una media confe-

<sup>26</sup> *Istochnik*, n° 1, 1996, pp. 146-147.

<sup>27</sup> I. DIMITRIEV, «Ejo Kremlevskogo Dela» (El eco del asunto del Kremlin), *Troud*, 15 de agosto de 1991.

sión que se arranca a un hombre manifiestamente destrozado. Esta segunda condena de León Kamenev y la avalancha de los procesos en seis meses anuncian un nuevo auge en la represión que Stalin disimula. El 4 de mayo proclamaba: «De todos los capitales preciosos que existen en el mundo, el más precioso y decisivo son los hombres, los cuadros [...]. En las condiciones actuales, los cuadros lo deciden todo». Parece, pues, que hay que protegerlos y animarlos. Pero la frase tiene un sentido oculto. Si los cuadros lo deciden todo, es fundamental seleccionarlos: los malos han de ser eliminados.

Al mismo tiempo, Stalin toma medidas tranquilizadoras para disociar a las víctimas de la purga en curso de las víctimas de represiones anteriores, que ahora se benefician de algunas condiciones y de una mejora en su suerte. En julio de 1935, un decreto blanquea los antecedentes penales de los koljozianos condenados a menos de cinco años de reclusión y que, a partir de entonces, «trabajan honesta y razonablemente en los koljozes». En agosto de 1935, un decreto ordena la liberación masiva y la cancelación de los antecedentes penales de los funcionarios condenados en 1932, 1933 y 1934 por diversas infracciones económicas. Un decreto de enero de 1936, sobre la revisión de las condenas por atentados a la propiedad social, culmina en un nuevo examen de 115.000 expedientes, en la revisión de más de 91.000 condenas y en la liberación de 37.425 condenados. Esta flexibilidad se extiende a la política económica: una ley de marzo de 1935 permite así la ampliación de las parcelas personales que, en 1937, a causa de la profunda indiferencia del koljosiano por su trabajo servil en el koljoz, asegurará más de la mitad de la cosecha de patatas, de legumbres y de fruta del país, y más de dos tercios de su producción de leche y de carne.

Stalin desprecia al Komintern, un simple instrumento a sus ojos de financiación y control de los partidos comunistas extranjeros. A pesar de ser miembro de su presidium desde abril de 1931, no asiste a su séptimo y último congreso, celebrado en Moscú del 25 de julio al 25 de agosto de 1935. Lo prepara con Dimitrov, que asume la dirección pública. Hace designar a dos hombres de la NKVD para los organismos dirigentes: Trilisser, alias Moskvín, elegido en el presidium, y sobre todo a Iejov, elegido en el Comité ejecutivo con Jdanov, Stalin, Manuilski y Trilisser. Este semi-analfabeto que nunca ha salido de la URSS, ni chapurrea ni lee lengua extranjera alguna y apenas habla ruso, es un especialista de la depuración. Su ascenso



anuncia y prepara, bajo su dirección, la prolongación de la purga —iniciada en el partido soviético desde 1932— en el seno del Komin-tern y de sus partidos.

El congreso se inaugura con un homenaje a Stalin declamado por Palmiro Togliatti, que dirige un «ardiente saludo al amado jefe del proletariado internacional y de todos los oprimidos» y anuncia la adopción de una política de Frente popular antifascista (alianza de los partidos comunista, socialista y republicano, equivalente al partido radical francés). Consecuencia inmediata: los izquierdistas Knorin, Piatnitski y Bela Kun, que habían mostrado un ardor especial en la caza a los social-fascistas que aconsejaba Stalin, son apartados de los órganos dirigentes. Tito cree divisar en dos ocasiones a Stalin, medio escondido detrás de una columna. Pero se equivoca: Stalin ya se había ido de vacaciones.

El verano de 1935 fue el verano de los disgustos familiares. En 1934, Yakov abandonaba a su primera mujer, a la que dejaba con un hijo, y se volvía a Moscú. Un día del verano de 1935 apareció en coche acompañado de Iulia Meltser, una antigua cantante de cabaret en Odessa, recién divorciada de su primer marido, y un año mayor que él. Según Vladimir Alliluiev, que cuenta los cotilleos de familia, en realidad fue ella la que le empujó al matrimonio; una noche se presentó en su puerta con la maleta en la mano y se instaló en su casa. Stalin desaprobaba la unión: una antigua cantante de cabaret, judía para colmo, era demasiado para él. No obstante, el matrimonio fue registrado y celebrado el 11 de diciembre de 1935. Unos meses después, una antigua amante de Yakov, Olga Mijaílina, daba a luz a un niño al que inscribió con el apellido del padre, Djougachvili, y al que Stalin no vio jamás. Yakov pasaba mensualmente a la amante abandonada una pensión alimenticia para el pequeño Evgueni, que llegaría a ser el más fiel defensor de la memoria política de aquel abuelo invisible: en las elecciones legislativas de diciembre de 1999, ya coronel en la reserva, sería uno de los pilares de la lista «Un bloque estalinista para la URSS».

Como de costumbre, a finales de julio, Stalin se marcha a Sotchi. A finales de agosto envía a sus hijos a Moscú para que se incorporen al curso escolar el 1 de septiembre, y confía a Vlassik, jefe de su guardia personal —un personaje torpe aficionado a la bebida—, el control de los estudios de los niños. Un informe del ayudante de Vlassik a su jefe, fechado el 22 de septiembre, hace una descripción

contrastada de ambos alumnos: Svetlana trabaja bien, Vasili mal. Un día se niega a estudiar la química, otro la geografía, se entretiene escribiendo en el cuaderno, con lápices de distintos colores (negro, azul, rojo), lo que está prohibido en la escuela, se olvida de llevar el cuaderno o la pluma y no consiente escribir con otra. Otro día, al no haber hecho sus deberes, se niega a ir a la escuela pretextando dolor de garganta, pero no permite que el médico se la examine. Después de las clases, todas las tardes a las 15 h juega al fútbol hasta las 18 h o las 19 h, vuelve a casa cansado y se niega a hacer los deberes. Además de caprichoso es inestable e inquieto. Un día escribe en su cuaderno; «Vasili Stalin, nacido en marzo de 1921, muerto en 1935»<sup>28</sup>.

El 17 de octubre, Stalin acude a visitar a su madre en Tiflis... por tercera vez desde 1917. El día 20, *Pravda* difunde el acontecimiento: «La madre de Stalin, Keké [...], nos describe aquellos momentos inolvidables: «¿Me preguntáis si me he sentido contenta? Todo el mundo se alegra viendo a mi hijo y a nuestro país. Yo, su madre, ¿qué iba a sentir? [...] Es un hijo ejemplar [...]. ¡Ojalá todo el mundo tuviera un hijo así!». El relato oral de la entrevista que circula por el país es menos idílico. Stalin preguntaría a su madre:

—¿«Por qué me pegabas tan fuerte?»

—Para que te hicieras tan bueno como eres. Y ahora, ¿qué vas a hacer?»

—¿Te acuerdas del zar? Pues bien, soy una especie de zar.

—Mejor sería que te hicieras sacerdote.

Esta sencilla campesina nacida sierva que, en veinte años, solo fue en una ocasión a Moscú, sintió hasta su muerte la nostalgia de aquel sueño insatisfecho. El mismo Stalin repitió a su alrededor aquella última réplica en la que se reflejaba el abismo que separaba su destino programado del que él se había forjado. Según Svetlana, «le encantaba el desprecio de su madre por su rápido triunfo, por su gloria terrena y por todas aquellas vanidades»<sup>29</sup>. El retrato lírico de esta visita distrae del decorado: la madre del Guía vivía en una habitación oscura y baja del palacio de la ciudad, amueblada con una cama de hierro y un jergón, un biombo, una mesa y algunas sillas. Cuando en 1930 recibió al periodista americano Knickerboc-

<sup>28</sup> *Iossif Stalin u obiatioj semii*, op. cit., p. 54.

<sup>29</sup> S. ALLILUIEVA, *Vingt lettres à un ami*, op. cit., p. 169.

ker, se excusó de no tener té o café para ofrecerle. No era un signo de austeridad, sino de soledad. Los apparatchiks solo se creaban problemas si pretendían interesarse por la madre del Secretario general. Durante los años precedentes, Stalin había pasado largas temporadas de vacaciones en Sotchi o en Tsjaltubo, a 300 o 400 kilómetros de Tiflis, sin encontrar un momento para ver a su madre, de lo que ella se quejó discretamente a Knickerbocker en 1930: «Viene con frecuencia a Georgia, pero raramente pasa de Sotchi en la costa. Yo creo que ahora está allí. Soso ha venido a verme una vez en 1921 y otra hace tres años»<sup>30</sup>. Las visitas a su madre son raras y las cartas secas, porque no tiene nada que decirle. Un abismo separa el mundo materno del suyo. Su hija Svetlana, la única persona a la que quiso desde la muerte de Ekaterina Svanidzé, le reprocha: «Fue tan mal hijo como mal padre y mal marido, tan poco solícito en un caso como en otro. Todo su ser estaba consagrado a la vida política, y los extraños tenían más importancia para él que los íntimos»<sup>31</sup>, siempre que sirvieran a sus fines.

La visita de octubre de 1935 no se debe a un impulso filial: cumple un objetivo concreto en relación con los preparativos del Gran Terror. El reportaje de *Pravda* del 20 de octubre presenta al Secretario general bajo el aspecto bonachón de un hijo que provoca la ternura de su anciana madre, y eso, evidentemente, le beneficia. A medida que se amplíe el Terror, él multiplicará los recuerdos sentimentales. Así, en 1937 se fotografiará acompañado de unos niños en el aeródromo de Tuchino.

A la ficción de un Kirov, «fiel segundo» abatido (como se repite) por los «enemigos del pueblo» trotskistas-zinovievistas y derechistas, Stalin añade la del obrero modelo que pulveriza los récords de producción como un campeón deportivo: en la noche del 30 al 31 de agosto de 1935, el minero Stajanov extrae 102 cubas de carbón en algo menos de 6 horas, cuando la norma es de 7 cubas.

Otros mineros lo mejoran en días sucesivos. El 13 de septiembre, un tal Artiujov extrae 311 cubas. Unos días después, Stajanov mete en vereda a todo el mundo extrayendo 324 cubas. A continuación se paseará de conferencia en conferencia y se afiliará al partido antes de caer, olvidado de todos, en el alcoholismo. Cincuenta años

<sup>30</sup> H. KNICKERBOCKER, *Les Progrès du plan quinquenal*, op. cit., p. 166.

<sup>31</sup> S. ALLILUIEVA, *Vingt lettres à un ami*, op. cit., p. 170.

más tarde se sabrá que había contado secretamente con la ayuda de dos compañeros. Ha nacido el movimiento stajanovista, que obliga a la competición, eleva las normas de producción y recompensa a los campeones con primas y privilegios. El que proteste por esta constante emulación (en primer lugar, los ingenieros y los técnicos) será denunciado como saboteador.

Al personaje del obrero ejemplar le falta el contrapunto del intelectual. Stalin lo encuentra, o más bien lo fabrica en noviembre de 1935. El 24 de ese mes, la antigua compañera de Maiakovski, Lili Brik, aconsejada por el vicepresidente de la GPU Agranov, se queja en una carta a Stalin del desprecio en que ha caído la obra de Maiakovski, muerto cinco años antes. Stalin reacciona inmediatamente ante esa petición esperada y transmite la carta de Lili Brik a Nicolás Iejov acompañándola de un comentario imperioso: «Maiakovski fue, y sigue siendo, el mejor poeta, el más inspirado de nuestra era soviética. La indiferencia en relación con su obra es un crimen»<sup>32</sup>. Quien dice crimen dice NKVD, de ahí la llamada a Iejov. Stalin lo invita a poner en movimiento a Mejlis, redactor-jefe de *Pravda*: «Si necesitas mi ayuda, estoy dispuesto», añade. El hecho de confiar a un policía inculto y medio iletrado la promoción de Maiakovski demuestra claramente que no se trata de un tema literario. En palabras de Pasternak, Stalin promovió a Maiakovski lo mismo que Catalina II impuso en otro tiempo el cultivo de la patata. Maiakovski tiene la enorme ventaja de estar muerto, callado para siempre y pudiendo ser utilizado sin riesgo a reserva de algunos cortes eventuales.

Stalin pule al mismo tiempo su propio culto. Este mismo año encarga a Beria la redacción de una historia del bolchevismo en el Cáucaso que, por fin, le pondría en primer plano desde su nacimiento. Hasta entonces, las revisiones de la Historia estaban en manos de profesionales de la pluma, historiadores o propagandistas. Por primera vez, Stalin pone en movimiento a un policía con este objeto. Es una indicación clara: a partir de ahora, la historia depende de la policía. Pero hay que escribir bien: el inculto Beria descarga esta tarea en un propagandista, Bedia, cuyo trabajo controla minuciosamente y al que hará fusilar dos años después, cuando esté acabado su trabajo a mayor gloria del Secretario general.

<sup>32</sup> *Pravda*, 5 de diciembre de 1935. «El más talentoso» se convertirá curiosamente en un simple «talentoso» en el texto publicado de la decisión de Stalin.

El 21 de diciembre de 1935, Beria participa por segunda vez en la celebración del cumpleaños de Stalin. Después de la cena, el regordete Jdanov empuña su acordeón y, a pesar de algunas notas falsas («¡el acordeón se había estropeado varias veces!», indica María Svanidzé), la compañía bebe y canta a voz en grito tonadas abjazes, ucranianas y canciones de estudiantes. Postychev toma a Molotov por la cintura y se lanza con él a una danza endiablada. Stalin ríe a mandíbula batiente. Luego entran en su gran despacho: Stalin enchufa el gramófono. Los bailes rusos se mezclan con el fox-trot. Los bailarines animan a Stalin a unirse a ellos. Se niega: «Desde la muerte de Nadia no bailo nunca». Pero es el que pone el disco, siempre el mismo, y el mismo que el año anterior... «Su naturaleza está marcada por la constancia»<sup>33</sup>, anota María Svanidzé... La fiesta se prolonga hasta las cuatro de la madrugada.

Esta alegría familiar oculta a los invitados, que no han participado en el Comité Central reunido unos días antes, el anuncio de la nueva sangría decidida por Stalin. Tras haber elaborado un balance de las expulsiones masivas permitidas por el control de los mapas, el Comité Central, en una decisión especial, ha preparado una nueva lista de afiliados que hay que echar de sus filas: «Los espías de los servicios de información extranjeros que se han deslizado en el Partido comunista ruso tomando el aspecto de emigrados políticos y de miembros de los partidos comunistas hermanos». La amenaza de la detención, del campo de concentración y de la ejecución se cierne desde entonces sobre los miles de emigrados políticos, comunistas y a veces socialistas, de una treintena de países del mundo, inconscientes de la suerte que les espera. Apenas seis meses después del séptimo y último congreso de una Internacional condenada a muerte por el «socialismo» nacional, Stalin organiza la caza a los comunistas extranjeros, sistemáticamente acusados de espionaje. Es el reverso de la depuración sangrante que ha desencadenado contra su partido, cuya vida ha estado ligada a la de la Internacional desde 1919. Está decidido a ahogar en sangre esta tradición internacionalista.

Al mismo tiempo, Stalin parece hacer un gesto hacia los «elementos socialmente extranjeros» respondiendo al contrito hijo de un kulak: «El hijo no responde de los actos de su padre»<sup>34</sup>.

<sup>33</sup> *Iossif Stalin v obiatinj semii, op. cit.*, p. 186.

<sup>34</sup> V. ROGOVINE, *Stalinski neonep* (La neonep de Stalin), Moscú, 1994, p. 151.

Desde hace varios meses, Iejov termina en su despacho la redacción de una obra que debe ascenderle del rango de investigador privilegiado de Stalin al de supremo ejecutor de la política represiva: *Del fraccionamiento a la contrarrevolución abierta*. Nada más acorde con los deseos de Stalin en este final de año.

## Capítulo XXI

### EL TORBELLINO

El 20 de enero de 1936, Stalin asistía en el palco del gobierno al estreno de la ópera de Chostakovitch, *Lady Macbeth de Mzensk*. En el tercer acto, se levantó bruscamente y abandonó el palco. Al día siguiente, *Pravda* criticaba violentamente la música de Chostakovitch. Los gustos musicales de Stalin, al que le entusiasmaba tararear cancioncillas, eran bastante primitivos, pero la música no tenía nada que ver con el caso. La ópera pone en escena a un marido tiránico, brutal y grosero, envenenado por su mujer. El éxito del asesinato de un déspota, incluso doméstico, le resultaba intolerable, aun cuando la alusión era involuntaria. Por otra parte, ¿lo era? Stalin solo vio en ello un estímulo para librarse de los tiranos.

La campaña de «renovación de los carnés del Partido» se tradujo ese mes en una masiva oleada de expulsiones y arrestos que Stalin intentó camuflar. Un incidente imprevisto le proporcionó un método que perfeccionaría a lo largo de los años. A finales de mes llegaba a Moscú una delegación de trabajadores de vanguardia de la República buriato-mongola encabezada por el secretario segundo del comité regional, Ardan Markyzov, cuya mujer, estudiante de medicina, vive en la capital con su hija Engelsina de 8 años. La niña insiste en acompañar a su padre al Kremlin para ofrecer unas flores a Stalin y a Vorochilov. En cierto momento, la niña, cansada de discursos, avanza hacia la tribuna con el ramo de flores en la mano y se acerca a Stalin, que se vuelve hacia ella, la toma en brazos y la sienta en la tribuna. La niña le tiende el ramo diciendo: «De parte de los niños de Buriata-Mongolia»<sup>1</sup>. Estalla una tempestad de aplausos. Al día siguiente, la fotografía de un sonriente Stalin, teniendo en los brazos a la niña con su ramo, símbolo de una infancia feliz y de la paternal humanidad del mejor amigo de los niños, da la vuelta al

---

<sup>1</sup> «La niña de la fotografía», *Troud*, 6 de julio de 1988.

mundo. El escultor Lavrov modela con esa imagen una enorme escultura que decora la estación de metro Semenenskaia (entonces Stalinskaia). En ese despliegue conmovedor, Trotski adivina el anuncio de siniestros tiempos venideros.

Engelsina comprobará a sus expensas lo acertado de esta intuición. Ciertamente, su foto seguirá adornando los comercios y las revistas de los partidos comunistas del mundo entero. Será la que elija la *Vie Ouvrière*, el diario de la CGT, para publicar en su primera página del número del 11 de marzo de 1953, en la que anuncia: «Stalin, el bienhechor de la humanidad, ha muerto». Pero el padre de Engelsina fue detenido en diciembre de 1937 acusado de espionaje. Con ayuda de su madre, la niña escribió una carta a Stalin, que respondió mandando detener, o permitiéndolo, a la madre. En esos momentos, Stalin preparaba bajo cuerda una operación mucho más compleja.

A finales de febrero envía a París a Bujarin acompañado de dos fieles estalinistas, el pedante y oscuro Adoratski, director del instituto Marx-Engels-Lenin, y el literato Arossev, un viejo amigo de Molotov, para negociar con los socialdemócratas alemanes y con los mencheviques Dan y Nicolaievski la compra de los archivos de Marx y de Engels que los primeros se habían llevado de Alemania en 1933. La operación fracasa por culpa de una irrisoria diferencia entre el precio pedido por los alemanes y el ofrecido por Stalin. Para la ocasión, hace que un sastre profesional confeccione a Bujarin un traje a medida; cuando, a finales de marzo, Anna Larina, su esposa, embarazada de ocho meses, pide reunirse con su marido en París, Stalin, derogando el reglamento policial que solo autoriza en casos excepcionales que una pareja abandone el paraíso soviético (sobre todo si se trata de un antiguo dirigente caído en desgracia), ordena que le faciliten un visado.

Curiosamente, la embajada soviética en París se niega a alojar a los tres enviados, que escapan así a su vigilancia, instalándose en el hotel Lutecia en el que tienen lugar las entrevistas. Bujarin, ignorante de la trampa tendida, se reúne con el socialdemócrata austriaco Otto Bauer, con el Secretario general de la II Internacional Friedrich Adler, con el teórico socialdemócrata alemán Rudolf Hilferding, con Nicolás Nicolaievski —cuyo hermano, que vive en Moscú, está casado con la hermana de Rykov— y con el dirigente menchevique Fiodor Dan, miembro del comité ejecutivo de la Internacional socialista. Stalin suele estar ausente cuando Bujarin le



llama al Kremlin para pedir unas instrucciones que recibe a través de Poskrebychev. Bujarin pronuncia en la Sorbona una conferencia cuyo texto francés ha revisado Malraux. En tres meses ha encontrado una pléyade de «enemigos de la URSS» a los que censa la NKVD. Su mujer afirmaría: «Solo veía su salvación en Stalin»<sup>2</sup>, que está jugando con él.

Esta operación va acompañada por un nuevo intento de acercamiento a la Alemania nazi. El 23 de marzo de 1935, Stalin comunicaba a Anthony Eden, ministro de Asuntos Exteriores británico, su deseo de mantener unas relaciones amistosas con Alemania. El 29 de abril de 1936, Alemania y la URSS firman un tratado comercial. Stalin trata de ir más lejos pero, sin saberlo, los obreros franceses y españoles obstaculizan este intento: en efecto, en Francia se produce una huelga general en junio, y en España el levantamiento popular en julio responde a la insurrección fascista haciéndola fracasar. A pesar de que durante tres meses Moscú se abstiene de intervenir en este país, Stalin y Hitler parecen enfrentarse en una lucha a muerte en dos campos opuestos.

El intento de acercamiento a Hitler, fracasado de nuevo, estaba relacionado con las tensiones interiores que debilitaban el régimen. En efecto, para financiar el plan quinquenal, Stalin se había inventado el «préstamo voluntario obligatorio» cuyo exorbitante monto, equivalente a tres semanas de salario, había fijado el Politburó. Unos agitadores recorrieron las fábricas, los sovjozes y los koljozes para obligar a los obreros a suscribir el préstamo, pero eran acogidos con enorme frialdad. Un agitador se queja al Comité de Moscú de que un trabajador, cuya familia se muere de hambre en el campo, le ha acusado de ir a «saquearle» y se ha negado a pagar. Kaganovitch le reprende: «Dales dos buenos puñetazos, y entenderán». Un militante protesta. Kaganovitch le replica: «El camarada Stalin ha dicho que es un método correcto. Los fascistas nos están zurrando, y nosotros ¿qué? ¿Vamos a acariciarles la cara? El país necesita dinero y el plan de préstamos debe llevarse a cabo por todos los medios». El obrero que protesta contra el chantaje al que le somete el aparato es, pues, un fascista. El terrorismo verbal contra el enemigo del pueblo disfrazado, el trotskista enmascarado, el fascista disimulado, anticipa el terror físico.

<sup>2</sup> A. LARINA, *Bujarine, ma passion, op. cit.*, p. 301.

El intento de acercamiento a Hitler y la creciente presión sobre la clase obrera exigen una nueva oleada de represión y la liquidación de cualquier sombra de oposición en el Partido, aunque sea pasada. Desde enero hasta finales de abril, la NKVD detiene a 508 trotskistas antiguos y actuales, acusados de actividades contrarrevolucionarias y terroristas en Moscú, Leningrado, Kiev, Gorki y Minsk. El 25 de marzo, Iagoda propone a Stalin detener a todos los trotskistas exiliados y deportarlos a los campos más lejanos del Gulag (Vorkuta, Kolima), enviar allí por cinco años a los expulsados del Partido por trotskismo y fusilar a los trotskistas convictos de actividades terroristas. Stalin envía la carta a Vychinski, que aprueba y refrenda todas esas propuestas. El 31 de marzo, una circular de Iagoda dirigida a las direcciones locales de la NKVD pide que desenmascaren y liquiden completamente «a todas las fuerzas trotskistas, sus contactos y sus centros organizativos, y que desvelen, desenmascaren y repriman a todos los trotskistas de dos caras»<sup>3</sup>, es decir, a todos los contrincantes arrepentidos reintegrados en el Partido a los que Stalin acusa de haber mantenido sus opiniones, lo que suele ser cierto, y de actuar clandestinamente, lo que es falso. Ese mismo día, Stalin pide a Iagoda y a Vychinski que redacten una resolución recuperando lo esencial de esta circular que será sometida al Politburó el 20 de mayo.

De este modo prepara Stalin la represión contra sus propios partidarios, ignorantes de que va a afectarles también a ellos. A mediados de marzo se celebra el X Congreso de las Juventudes comunistas. La víspera de la inauguración, Stalin manda arrestar a Paul Naneichvili, secretario del comité regional del Partido de Kopylo en Bielorrusia, acusándole de preparar un atentado contra él. Naneichvili es el cuñado del Secretario general de las juventudes comunistas, Alexandr Kossarev. Al enterarse de la noticia, este estalinista fanático no comprende que es el blanco de este arresto e increpa a su llorosa mujer: «¿Cómo ha podido hacer Paul una cosa así? ¡Es un enemigo, es culpable y tú te atreves todavía a llorar por él!»<sup>4</sup>. ¿Cómo se podía imaginar Kossarev que estaba en el punto de mira? Era uno de los que, en 1934, habían sido encargados por Sta-

<sup>3</sup> K. TCHUDINOVA, «Aquellos difíciles días», *Voprossy Istorii KPSS*, n.º 12, diciembre 1989, p. 117.

<sup>4</sup> *Izvestia Tr K KPSS*, n.º 8, 1989, p. 83; n.º 9, pp. 35-36.

lin de la «investigación» sobre el asesinato de Kirov, destinada a acabar con Zinoviev y Kamenev. A últimos de abril de 1935 Stalin le había confiado, junto a su ayudante Tchemodanov, una misión de confianza. Lo había enviado clandestinamente a París a comprar y ganar para la alianza militar franco-soviética a los dirigentes internacionales de las Juventudes socialistas del Sena, dirigidos por Fed Zeller. Aquel «gordo de aspecto repelente», según Zeller, le había afirmado: «¿La revolución? Es un mito; ya no creemos en ella»<sup>5</sup>. Sin embargo, con gran decepción por parte de los dirigentes del Partido comunista francés, Kossarev fracasó. A continuación, Fred Zeller y sus amigos fueron expulsados de la SFIO y se pasaron al trotskismo. Aquel contratiempo disgustó a Stalin, y durante dos años preparó la eliminación de Kossarev.

El 17 de abril, la NKVD detiene a Muralov, un antiguo dirigente de la oposición trotskista y uno de los escasos amigos personales de Trotski. Inflexible hasta el momento, en diciembre de 1935 y enero de 1936 afirma haber abandonado sus opiniones trotskistas y solicita su reingreso en el Partido a través de dos cartas a Stalin que quedan sin respuesta. Si cinco años antes Stalin trataba de obtener semejantes declaraciones, que debilitaban a la Oposición, ya no le interesan, pues sospecha que sus autores solo capitulan por cálculo; además, el reingreso de antiguos adversarios conocidos sugería que la oposición no era un crimen. La instrucción no conseguirá quebrantar a Muralov hasta diciembre, demasiado tarde para el primer proceso.

Hasta entonces, Stalin pretendía meter en cintura al aparato del Partido. De ahora en adelante se dedicará a destruirlo para construir uno nuevo. El Politburó se transforma en una simple máquina de inscribir mociones «votadas» por consulta escrita, sin debate alguno. Así, la reunión del 20 de mayo registra las decisiones adoptadas por este expeditivo procedimiento, del 21 al 29 de abril y del 3 al 19 de mayo, es decir, todos los días, excepto los domingos y días festivos (el 1 de mayo, sin embargo...). El 20 de mayo, el Politburó adopta también cierto número de decisiones siguiendo el mismo procedimiento: anula el voto de censura aplicado tres años antes, en junio de 1933, a Anastas Mikoian, acusado de haber realizado un vuelo en avión sin el permiso del Comité Central, ordena detener a

<sup>5</sup> «Sin desdecirse», *Ogoniok*, n.º 7, febrero 1988, p. 27.

538 militantes trotskistas exiliados y condenarlos a cinco años de campo, internar por idéntica duración a los miembros del Partido que vivían en las quince ciudades más grandes de la Unión expulsados por trotskismo tiempo atrás, y fusilar a los trotskistas prisioneros acusándolos de «terrorismo»<sup>6</sup>. Estas directrices permitirán liquidar como «trotskistas» a todos los que lo habían sido y lo eran todavía, así como a toda oposición real, supuesta o potencial. En la misma época, Stalin manda poner a punto el proyecto de ley sobre la prohibición del aborto («y sobre la ampliación de la red de jardines de infancia y de guarderías»), presentado el 20 de mayo al Politburó, adoptado el 27 de junio y promulgado dos días después. Mientras la mayoría de los ciudadanos viven en apartamentos comunitarios y la mayor parte de los campesinos ocupan isbas de madera, él quiere activar la natalidad para ocultar el déficit causado por la hambruna de 1932-1933. Hace votar un sistema de subvenciones especiales que *Pravda* publica el 26 de junio de 1936. Los padres no deben ahorrar esfuerzos: las subvenciones interesantes comienzan realmente con el... séptimo hijo (2.000 rublos), y llegan a 5.000 rublos con el undécimo.

En el Politburó del 20 de mayo, Stalin fija el orden del día del Comité Central del 1 y 2 de junio, en el que presentará un informe sobre el proyecto de la nueva Constitución de la URSS, sobre la cosecha y los asuntos ordinarios. A principios de 1936 nombra bajo su control una comisión, de la que forman parte Bujarin y Radek, encargada de redactar una nueva constitución para la URSS que él mismo se encarga de corregir. Aunque la preparación del primer proceso de Moscú está en su apogeo, el orden del día del Comité no lo menciona: Stalin lo deja en la ignorancia del proceso que prepara a sus espaldas. Por otra parte, algunos de sus miembros, como Rykov, ya no asisten a él, y cuando en una ocasión su mujer le reprocha que ya no acuda a las reuniones y se mantenga al margen de la vida política, él replica: «No puedo asistir a ellas. Ya no nos reunimos para resolver problemas, sino para llorar amargamente jurando fidelidad a Stalin»<sup>7</sup>.

A mediados de mayo, la detención de un personaje poco conocido, Holtzmann, da un impulso nuevo a la preparación del proceso.

<sup>6</sup> F. ZELLER, *Témoin du siècle*, Grasset, París, 2000, pp. 125-126.

<sup>7</sup> CRCEDHC, fondos 17, inventario 3, dossier 987.

Holtzmann confiesa haber servido de intermediario en 1931 y 1932 entre Trotski e Ivan Smirnov, el antiguo trotskista arrepentido convertido en contrincante a primeros de 1931. Stalin se entera de que en 1932 se había creado un bloque de adversarios que puede renacer en cualquier momento. Decide entonces destruirlo preventivamente denunciándolo como una operación terrorista y de espionaje que habría transmitido información a la Gestapo en Alemania. Incluso Iagoda está sorprendido del inesperado alcance de la maquinación, hasta el punto de anotar, sobre unas confesiones extraídas por medio de la tortura, la intimidación o las falsas promesas: «no es cierto», «mentira», «insignificancias», «palabras al aire», «imposible»<sup>8</sup>. De este modo, el jefe de la NKVD sella su propia suerte.

Entonces, Stalin confía la dirección de las operaciones a Iejov, que convoca en su dacha al jefe adjunto de la NKVD, Agranov, para una reunión que este último califica de «conspiradora», es decir, organizada a espaldas de Iagoda y del Politburó. Le comunica, dice, «las indicaciones de Stalin sobre las faltas cometidas por la instrucción en el asunto del centro trotskista», y le ordena «tomar las medidas que permitan descubrir el centro trotskista [...] y el papel personal de Trotski en este asunto»<sup>9</sup>. En el Comité Central de febrero-marzo de 1937, Iejov dirá: enterado de que Moltchanov, adjunto de Iagoda, se negaba a creer en los lazos de los terroristas y de Trotski con la Gestapo, «Stalin percibió que algo cojeaba en este tema; me mandó encargarme de él y me hizo nombrar [...] para controlar la instrucción»<sup>10</sup>. El hecho de que los mismos dirigentes de la NKVD se demoren en montar el proceso trucado que Stalin necesita indica que el antiguo aparato heredado de la revolución, a pesar de estar degenerado y veinte veces depurado, no es fiable. Stalin tiene, pues, que doblegar la resistencia sorda de una parte del pueblo, diezmar de arriba abajo el partido que él dirige y renovar totalmente el aparato para dominarlo mejor.

El 19 de junio de 1936, Iagoda y Vychinski envían a Stalin una lista de 82 trotskistas acusados de pertenecer a una organización antisoviética y terrorista. Pero Stalin desea un proceso que acuse la acción concertada de los zinovievistas, que ya no existen, y de los

<sup>8</sup> *Cahiers du mouvement ouvrier*, n° 11, septiembre 2000, p. 86.

<sup>9</sup> *Izvestia, TsK KPSS*, n° 8, 1989, p. 85.

<sup>10</sup> *Ibid.*, p. 84.

trotskistas, siempre activos. Encarga a Iejov informar a la NKVD. A finales de julio, Iejov envía a Stalin un proyecto de carta confidencial a las organizaciones del Partido; Stalin lo corrige y añade que, por el momento, «no se ha descubierto el papel de los trotskistas en el asesinato de Kirov», y que «los zinovievistas han llevado a cabo su actividad terrorista relacionándose directamente con Trotski y los trotskistas»<sup>11</sup>.

Algunos acusados, tales como Kamenev y Zinoviev, agotados ya por los arrestos y por anteriores procesos, se hunden enseguida. Otros resisten, como Smirnov, que mantiene la huelga de hambre durante trece días. La NKVD recurre a todos los medios para obligarlo a ceder: golpes, amenazas a la familia, etc. Así, la NKVD amenaza a la mujer de Smirnov, Safonova, con darle una paliza si «no confiesa», detener a su hermana y deportar a sus hijos. Kamenev confía en salvar a sus tres hijos «confesando». Un acusado que no figura en el proceso, el antiguo secretario general de la Internacional de las Juventudes comunistas, Chatzkin, se queja en una carta a Stalin, que quedó sin respuesta, que el instructor le había afirmado: «Te obligaremos a confesar que eres un terrorista y ya lo negarás cuando estés en el otro mundo»<sup>12</sup>, y que le había mostrado un acta de sus pretendidas confesiones escrita a máquina manifestándole: O firmas o te fusilarán sin juicio.

El 18 de julio de 1936 se sublevaban los generales en España. El gobierno republicano, alertado, no tomó medidas preventivas. Los obreros y los campesinos se apoderaron de unas armas que el gobierno entregó de mala gana e hicieron fracasar en parte el levantamiento. Stalin se une inmediatamente a la no-intervención decidida por Londres y París, y acompaña esa adhesión con un guiño de ojo a los franquistas. El número de agosto de 1936 de la revista del Partido comunista italiano en el exilio, *Lo Stato Operaio*, publica una extensa llamada a los «fascistas de la vieja guardia», a las «juventudes fascistas» italianas, a los «camisas negras», para aplicar juntos, en unión con los comunistas, «el programa fascista de 1919», programa de «paz y libertad» que «¡el partido comunista hace suyo!»<sup>13</sup>. Denuncia la «división artificial entre fascistas y no-fascistas» en Ita-

<sup>11</sup> *Ibid.*, p. 85.

<sup>12</sup> *Ibid.*, p. 91.

<sup>13</sup> *Ibid.*, p. 87.

lia... y en España y propone un frente popular en Italia para poner en marcha el programa fascista de 1919. Palmiro Togliatti, Secretario general del PC italiano, miembro del Comité ejecutivo del Komintern, presente en Moscú durante la redacción, es el primer firmante de ese texto, orientado, es decir, inspirado por Stalin. Este, con la excusa del Frente popular, desarrolla en el mundo entero esta política de Unión nacional, de la que Italia ofrece una forma caricaturesca abortada y España, una versión amputada, pues la guerra civil reúne lo esencial de las fuerzas burguesas en el campo franquista. La revolución española, como todo movimiento de masas independiente del Kremlin, disgusta profundamente a Stalin. En París, Thorez propone ampliar el Frente popular en un Frente francés. Este frente debe reunir a toda la derecha nacionalista, con excepción de su antiguo rival, actualmente agente de Mussolini y futuro servidor de Hitler, Jacques Doriot, presidente del Partido popular francés (PPF), pero incluye al «neo-socialista» corporativista y futuro fascista Marcel Déat, cuyo partido ya es miembro del Frente popular.

Stalin prepara los procesos siguientes distraendo a algunas de sus futuras víctimas. El 1 de julio recibe amablemente a Bujarin, y el 10 hace que el Politburó le conceda unas vacaciones. Entusiasmado, Bujarin viaja a las altas montañas de Pamir, en la frontera de Afganistán, desde donde escribe a su «querido Koba» con objeto de reavivar una complicidad revolucionaria desvanecida desde hacía mucho tiempo. El 26 de julio, por medio de una simple consulta escrita individualmente por los miembros del Comité Central, hace votar la expulsión de Sokolnikov de ese Comité —del que es miembro suplente— y del Partido. Acusa a su antiguo socio en la redacción de *Pravda* en 1917 de haber «mantenido estrechos lazos con los grupos terroristas de trotskistas y zinovievistas»<sup>14</sup>. Ese mismo día lo detiene la NKVD.

El procedimiento de la consulta personal escrita maniata a los miembros del Comité Central impidiéndoles cualquier cambio de impresiones y cualquier discusión. Cada uno de ellos, por temor a ser el único en no avalarlas, se ve obligado a aprobar sus decisiones

<sup>14</sup> *Lo Stato Operaio*, n° 8, íntegramente reproducido en italiano en G. SENIGA, *Togliatti e Stalin*, Milano, Sugar editore, 1961, pp. 97-119, y en francés en *Cahiers du mouvement ouvrier*, n° 4, diciembre 1998.

de las que, uno tras otro, serán las víctimas. De momento, Stalin solo ataca a los antiguos adversarios, pero ya mira mucho más lejos. En efecto, entonces fue cuando Iejov pretendió «adivinar que Trotski estaba urdiendo algo en el aparato. Así lo estimaba el camarada Stalin con la mayor certeza cuando planteó el tema de que se adivinaba la mano de Trotski y que había que cogerlo in fraganti»<sup>15</sup>.

El 7 de agosto, Vychinski presenta a Stalin el borrador del acta de acusación y una lista de doce acusados. Stalin la corrige y suprime en las declaraciones de tres de ellos sus consideraciones sobre la situación política del país. El 10 de agosto, Vychinski le presenta la segunda versión con dos nombres más: los dos hermanos Lourié, comunistas judíos alemanes. Stalin continúa trabajando en ella y añade todavía dos acusados más, el zinovievista Evdokimov, miembro del Secretariado del Comité Central en 1926, y el antiguo trotskista Ter-Vaganian. Aquel mismo día, Iejov recibe desde Kiev unas acusaciones dirigidas contra Piatakov, vicecomisario de la Industria pesada, sospechoso de dirigir el centro trotskista ucraniano. Iejov informa por carta a Stalin que, de vacaciones en Sotchi, encarga el seguimiento del asunto a Kaganovitch. Piatakov se había propuesto a sí mismo como fiscal en el proceso que se va a iniciar; en lugar de salvarlo, ese celo intempestivo convence a Stalin de que tiene algo que ocultar. El 17 de agosto, la NKVD detiene a Leonard Serebriakov, antiguo secretario del Comité Central desde 1919 a 1920, que será juzgado en febrero de 1937. Así se llena la carreta del segundo proceso incluso antes de la inauguración del primero.

A pesar de la amplitud de la depuración y de la represión, la oposición, tanto en las filas obreras como en el Partido, no estaba completamente erradicada. La visión tradicional de una URSS estalinista, completamente amordazada entonces por el Terror, no es más que el reverso de la propaganda oficial: el temor generalizado reemplaza en ella a la adhesión universal, ambos mitológicos. A primeros de 1936, el director de la fábrica Kaganovitch en Voronej es expulsado del Partido por una imaginaria actividad ligada a los trotskistas. Los obreros se niegan entonces a votar la expulsión de María, la esposa, acusada de falta de vigilancia. El responsable lo consigue gracias a una trampa grosera, pero eficaz: «¿Quién se opone a las deci-

<sup>15</sup> *Izvestia TsK KPSS*, n.º 9, 1989, p. 36.



siones del comité del Partido de la ciudad?»<sup>16</sup>. Así, nadie osa levantar la mano. A dos leguas de allí, en Zaporojie, un militante protesta ante la comisión de control contra la «omnipotencia del aparato» y contra la «increíble opresión estalinista en la vida interna del Partido». El jefe de la sección de cuadros de la fábrica Engels y el director de la fábrica de construcciones mecánicas denuncian el culto a Stalin, mientras que, en una asamblea de jóvenes comunistas, un obrero, miembro del comité ejecutivo del soviét, afirma: «Entre nosotros, la libertad de expresión y la libertad de prensa no existen más que sobre el papel». En la conferencia de ferroviarios de la región, un obrero se burla del informe de Stalin al Congreso de los soviets, riendo sarcásticamente: «Si yo supiera mentir tan bien y de un modo tan coherente, no sé hasta dónde habría llegado»<sup>17</sup>.

El poeta Naum Korjavín, que vivía entonces en Kiev, rechazaba la visión de una sociedad paralizada por el permanente temor al chivatazo. En 1936 tenía 16 años. Partidario del régimen, pero presa de «unas sospechas sobre la traición a la revolución por parte de Stalin y por la liquidación de los auténticos revolucionarios», lamentaba amargamente «la sustitución de la revolución mundial por un extraño patriotismo soviético» y por un «antifascismo de Estado». Y añadía que muchos de sus contemporáneos habían «presentido algo a causa de los procesos o por el hecho de que Stalin arruinaba y usurpaba la revolución», pero al mismo tiempo: «podía haber logrado un crédito colosal en casi todas las capas de la sociedad. Incluso los niños de los deskulakizados consideraban en ocasiones su suerte como una ofensa a su devoción por la revolución»<sup>18</sup>. Adheridos al régimen que consideraban como continuador de la revolución de Octubre, podían ser hostiles al gobierno sin, por otra parte, discutir el Estado soviético. Esta doble realidad explica la amplitud de la represión y el hecho de que, a pesar de todo, el régimen sobrevivió a la desorganización que había engendrado.

Por ese motivo, la represión fue masiva, brutal y semiclandestina, todo al mismo tiempo. Generalmente, los arrestos tenían lugar por la noche, y si casualmente el detenido se cruzaba por la escalera con algún vecino, no debía decir ni hacer nada que revelara su situación,

<sup>16</sup> *Ibid.*

<sup>17</sup> *Komsomolskaia Pravda*, 24 de febrero de 1988, p. 2.

<sup>18</sup> La oposición a lo arbitrario, en *Kommunist*, nº 17, 1990, pp. 80-81.

por otra parte evidente. Del mismo modo, salvo cuando los procesos eran públicos, un hecho que ocurría con muy escasa frecuencia, los parientes de los condenados a muerte no eran informados de la sentencia, transformada ritualmente en «diez años de prisión sin derecho a correspondencia», un sentido siniestro que los interesados no comprenderán hasta la muerte de Stalin y tras largos años de inútil espera. El salvajismo de la represión en los campos se explica también por ese afán de discreción. El Gulag no era un mundo cerrado; los deportados se trataban con los trabajadores libres, y cada año, la cuarta o quinta parte de ellos eran liberados tras cumplir su pena. Stalin no podía tolerar que resistieran allí: el ejemplo podría ser contagioso. Así que hizo trasladar en masa a los trotskistas, los contrincantes más numerosos, los más decididos, los mejor organizados, a Vorkuta y a Kolima. En agosto, llegaban a Vorkuta tres convoyes; los insolentes deportados exigieron la adscripción a trabajos correspondientes con su categoría, «raciones políticas» especiales y alojamiento colectivo en barracones diferentes! Stalin no podía soportar por más tiempo las exigencias de unos adversarios que no se habían rendido.

El primer proceso de Moscú se inicia el 19 de agosto: cae el rayo sobre Bujarin de vacaciones en Pamir, y sobre Trotski, refugiado en Noruega. Afecta especialmente a once antiguos dirigentes del Partido, entre ellos, Zinoviev, Kamenev, Ivan Smirnov, Mratchkovski, acompañados de cinco antiguos militantes del Partido comunista alemán, emigrados en la URSS, de los cuales tres son judíos (los dos hermanos Lourié y Olberg), así como los dos principales acusados, Zinoviev y Kamenev, y otros tres: Reingoltz, Holtzmann y Pikel. La mitad de los acusados y la mayoría de los comunistas alemanes son judíos. Se trata de un guiño a Hitler: en Berlín solamente se acorrala a los comunistas judíos.

La acusación afirma que los dieciséis inculcados han formado un «centro trotskista-zinovievista», asesinado a Kirov, «premeditado» atentados contra Stalin, Vorochilov, Jdanov, Kaganovitch, Ordjonikidzé, Kossior y Postychev, y colaborado con la Gestapo. Stalin, el dirigente invisible y lejano de aquel macabro espectáculo, habla a través de la voz chillona del fiscal Vychinski. Le hace decir a Zinoviev: «El trotskismo es una variedad del fascismo»<sup>19</sup>. «Confiesan» los

<sup>19</sup> N. KORVAJINE, «En las seducciones de una época sangrienta», *Novy Mir*, n° 8, 1992, pp. 136, 138 y 149.

dieciséis. En Weksal, mientras descifra las actas del proceso con ayuda de un diccionario noruego-ruso, Trotski tiene la sensación de asistir a un debate en un manicomio. Vychinski trata a los acusados de «mequetrefes, miserables pigmeos, perros rabiosos» y pide la muerte para «esos aventureros que han intentado pisotear con sus pies enfangados las flores más perfumadas de nuestro jardín socialista»<sup>20</sup>. Unos días antes del proceso, Stalin ha restaurado el derecho de gracia suprimido el 1 de diciembre de 1934, para mejor negarlo a los condenados. La hermana de Lenin, María, y su viuda Krupskaja, interceden en su favor ante Stalin, que las echa vociferando: «¿Sabéis a quién estáis defendiendo? ¡Defendéis a asesinos!»<sup>21</sup>. Las dos mujeres aterrorizadas, vacilantes, salen sostenidas por dos guardias. Los condenados son ejecutados al cabo de una hora de pronunciarse la sentencia. El 25 de agosto, *Pravda* comenta: «Desde que se ha hecho, se respira mejor». ¿Sería entonces cuando Stalin subrayó la frase de Gengis Khan en una *Historia de Rusia*: «La muerte de los vencidos es indispensable a los conquistadores»? El subrayado no lleva fecha...

Este proceso, que se apoya solamente en las confesiones de los acusados, que está sembrado de inverosimilitudes y de falsedades patentes, prepara abiertamente los siguientes. Stalin ha hecho que los acusados mismos citen como cómplices a Bujarin, Rykov, Tomski, Radek, Tujatchevski, sobre quienes las autoridades judiciales inician una investigación a partir del 21 de agosto. Tomski se entera al día siguiente, al abrir el *Pravda*. Se dispara un tiro en la boca, indudablemente para evitar la humillación de unas confesiones amañadas. El terror estalinista ha minado de tal modo a sus víctimas que, al enterarse de la muerte de su viejo amigo, Rykov murmura delante de su mujer y de su hijo: «El muy cretino. Nos ha manchado»<sup>22</sup>.

Bujarin toma el primer avión y acude precipitadamente a casa de Stalin. El guardia le responde: «Iosiv Visarionovitch está en Sotchi»<sup>23</sup>. Al no haber comprendido que Kamenev ha pronunciado

<sup>20</sup> *Le procès du centre terroriste trotskiste-zinovieviste*, Moscú, 1936, p. 174.

<sup>21</sup> *Ibid.*, p. 120.

<sup>22</sup> El relato de esta intervención, que ha circulado entre los descendientes de los adversarios oponentes internados en el Gulag, comunicado al autor por Nadejda Ioffé el 29 de marzo de 1990, no está, sin embargo, confirmado por documento alguno. Según los autores de *Protivostoianie*, *op. cit.*, (p. 210), Krupskaja habría pedido el perdón de los condenados en una carta a Stalin, que le respondió que la actitud de los miembros del Politburó le impedía transmitirles su petición.

<sup>23</sup> *Cahiers du mouvement ouvrier*, nº 11, septiembre 1999, p. 86.

su nombre por orden de Stalin, el 27 de agosto escribe una histérica y extensa carta a los miembros del Politburó en la que demuestra su inocencia, escupe sobre el «canalla Kamenev»<sup>24</sup>, cuyas mentiras denuncia, y solicita ser enrolado como simple soldado en el ejército para la guerra que se anuncia. Cuatro días más tarde se arrastra de rodillas ante Vorochilov: «Estoy terriblemente contento de que hayan fusilado a esos perros»<sup>25</sup>. Vorochilov lo manda a paseo. Entonces, Bujarin le envía una segunda carta. Vorochilov transmite copia de las dos y de su respuesta lacónica que Stalin aplaude. «Si Sergo [Ordjonikidzé] hubiera parado en seco a Lominadzé, que le había enviado unas cartas aún más difamantes contra el Comité Central, Lominadzé seguiría vivo y quizá se hubiera hecho un hombre»<sup>26</sup>. Bujarin, plantado delante del teléfono en su despacho, espera en vano la llamada de su bienhechor. Enterado en Sotchi de todo lo que ocurre en el Kremlin, Stalin debe saborear el suplicio de su silencio.

La referencia crítica a su viejo amigo Ordjonikidzé no es fortuita. Aprovechando el descanso de Stalin en Sotchi, el comisario de la Industria pesada intenta oponerse al desencadenamiento de la represión. Hace que, el 31 de agosto, el Politburó adopte una decisión referente a dos directores de fábricas dependientes de su ministerio, Tabakov y Vesnik, expulsados del Partido por su relación con los trotskistas. Luego deja en manos de Iejov la revisión del asunto y se marcha de vacaciones. Stalin decide entonces retorcer el cuello a Ordjonikidzé antes de liquidar a los inofensivos «derechistas». El 10 de septiembre, la autoridad judicial anuncia que la instrucción que concierne a Bujarin y Rykov queda suspendida, lo que renueva su esperanza, vana, de una auténtica encuesta. En cambio, Piatakov, el adjunto de Ordjonikidzé, es expulsado del Comité Central por consulta escrita individual de sus miembros y detenido en la tarde del día siguiente. Ordjonikidzé, de vacaciones en Kislovodsk, comprende inmediatamente lo que significa la detención del hombre al que ha protegido durante tanto tiempo; unos días más tarde baja a Sotchi para ver a Stalin. Desconocemos lo que se dijeron, pero el resultado fue casi brutal.

<sup>24</sup> A. LARINA, *Bujarine, ma passion, op. cit.*, p. 300.

<sup>25</sup> *Istochnik*, n° 2, 1993, p. 9.

<sup>26</sup> *Ibid.*, p. 15.

El proceso de Moscú y la campaña histórica que le sigue no han atenuado el descontento de la población, como revelan las discusiones públicas organizadas por el proyecto de Constitución. Un informe de la NKVD de Voronej del 14 de octubre de 1936 da a conocer unas declaraciones esclarecedoras de la gente del pueblo: «Zinoviev y Kamenev contaban con el respeto del pueblo; en el caso de votaciones secretas los habrían elegido para el gobierno, y por no correr ese riesgo los han fusilado. Ahora, las elecciones serán con boletines secretos y podremos votar a los nuestros y no a los comunistas. Una aplastante mayoría de la población no votará a los comunistas y el poder cambiará». Una campesina pide que cambien la frase «El que no trabaja no come», por «El que trabaja debe comer». Otro lamenta «que hayan fusilado a los zinovievistas. En el caso de nuevas elecciones los habríamos votado». Los campesinos entienden por zinovievistas a la oposición en general. Unos koljozianos exigen la supresión de las entregas obligatorias de pan, de carne y de leche al gobierno<sup>27</sup>. Un estudiante afirma: «Aquí, en la URSS, no hay ni habrá democracia; todo se hace y se hará como lo imponga el dictador Stalin. No nos dará libertad de expresión ni libertad de prensa»<sup>28</sup>.

Stalin, insatisfecho de las lagunas –sospechosas a sus ojos– del primer proceso, enumeradas y denunciadas por Sedov, el hijo de Trotski, está dispuesto a suprimir cualquier tipo de resistencia, incluso débil, en la purga gigante que prepara ya. Quiere suprimir completamente a la NKVD y librarse de un gastado Iagoda, que sabe demasiado y refunfuña confusamente. Sin embargo, Iagoda ha manifestado su celo entregando a primeros de mes a Stalin el acta del interrogatorio de dos antiguos seguidores de Bujarin. En ella, los dos hombres denunciaban «la actividad terrorista de la organización contrarrevolucionaria de los derechistas»... en la que Stalin integrará muy pronto al mismo Iagoda. Porque el celo no salva al jefe de la policía. Desde Sotchi, el 25 de septiembre de 1936, Stalin y Jdanov telegrafían al Politburó: «Consideramos absolutamente necesario y urgente que el camarada Iejov sea designado para el puesto de comisario del pueblo en Interior. Iagoda no se ha mostrado claramente a la altura de su tarea en el descubrimiento del bloque

<sup>27</sup> *Ibid.*, pp. 134-135.

<sup>28</sup> *Neizvestnaia Rossia*, XX vek, t. II, pp. 278-280.

trotskista-zinovievista. La GPU lleva cuatro años de retraso en este asunto»<sup>29</sup>. Aquellos cuatro años nos hacen volver a 1932, cuando antiguos contrincantes arrepentidos habían reanudado sus actividades antiestalinistas, creado grupos necesariamente clandestinos e intentado unirse en contra del Secretario general. Son también los cuatro años en los que Stalin se dedicó a la preparación política de una purga masiva y sangrienta cuya necesidad parecía haber adivinado sin prever la urgencia. La elección como co-firmante de Jdanov, un hombre nuevo, ajeno a la generación de la revolución, confirma el sentido de la operación.

Al día siguiente, el Politburó sustituye a Iagoda, nombrado comisario de Correos, por Iejov. Bujarin se alegra, pues ve en él «un hombre honrado y sinceramente entregado al Partido [y que], a pesar de su escasa cultura, era de buena condición y de conciencia limpia»<sup>30</sup>. Iejov, con su apariencia de timidez, su sonrisa infantil, su voz ronca y velada, sus manos modestamente enlazadas a la espalda como un alumno bueno, su talla de adolescente (1,54 m) tenía un aspecto más tranquilizador que aquel Iagoda con cara de zorro. Pero, dispuesto a hacer todo lo que Stalin le ordenara, no se planteaba ni se plantearía cuestiones. Stalin apreciaba su sumisión servil, su docilidad canina y su puntualidad. Iagoda había protestado algunas veces; Iejov sería el gancho perfecto. En una carta a Ordjonikidzé fechada el 30 de septiembre, Kaganovitch comenta el nombramiento del siguiente modo: «Es una decisión sabia, notable, de nuestro genitor [*sic!*]»<sup>31</sup>. Stalin... La advertencia a Ordjonikidzé es clara: es una decisión personal de aquel al que todos deben su carrera. No es el caso de protestar.

De este modo, Stalin podía actuar a la sombra de un hombre que no es más que su imagen caricaturesca. En febrero de 1937, Iejov explicaba así su ascenso: «Corría el rumor de que trotskistas, zinovievistas y derechistas se habían unido para llevar a cabo una lucha activa en común». Stalin lo había nombrado, pues, para transformar el bloque de los oponentes de 1932 –desmantelado hacía tiempo– en un complot terrorista unido a los servicios secretos

<sup>29</sup> «La resistencia en lo arbitrario», *Kommunist*, n° 17, 1990, p. 81.

<sup>30</sup> B. LAZITCH, *Le rapport Khroutchev et son histoire*, coll. «Points-Scauil», p. 81, y O. JLEVNILIK, *Le Cercle du Kremlin*, op. cit., p. 179.

<sup>31</sup> A. LARINA, *Boujarine, ma passion*, op. cit., p. 282. Añade que Bujarin, «sinceramente contento del nombramiento de Iejov para el puesto de Iagoda», afirmó: «Este no se dedicará a las falsificaciones», *Ibid.*

extranjeros. Su primera medida consistió en depurar el aparato central de la NKVD: de 699 miembros a primeros de noviembre de 1936, detuvo a 238, de ellos 107 entre los 329 de la Seguridad...<sup>32</sup>

El 29 de septiembre, de nuevo por medio de una simple consulta escrita, hace que el Politburó adopte una resolución firmada por Kaganovitch en la que se anuncia un nuevo reforzamiento del Terror, pues asimila cualquier oposición, es decir, cualquier opinión vagamente crítica, a una actividad criminal: «Hasta entonces, el Comité Central consideraba las granujadas trotsko-zinovievistas como el destacamento político y organizativo de vanguardia de la burguesía internacional. Los últimos hechos demuestran que esos individuos han caído aún más bajo y que, desde ese momento, hay que considerarlos como agentes de información, espías, saboteadores y terroristas al servicio de la burguesía fascista de Europa»<sup>33</sup>. Stalin lee y anota cuidadosamente todas las actas de los interrogatorios que le envían urgentemente a Sotchi. Por ejemplo, cuando Sokolnikov confiesa haber discutido con un periodista inglés, Talbot, Stalin ve en este a un agente del Intelligence Service y anota: «Por supuesto, Sokolnikov dio a Talbot unas informaciones sobre la URSS, sobre el Comité Central, sobre el Politburó, sobre la GPU, sobre todo. Sokolnikov es, pues, un informador (agente-espía) de los servicios de información ingleses»<sup>34</sup>. Y envía estas actas, subrayadas por su propia mano, a todos los miembros del Comité Central. El 7 de octubre, Iejov envía a Stalin la del interrogatorio del antiguo secretario de Tomski, en la que afirmaba que, el 6 de noviembre, los «derechistas» habían preparado un atentado en el Bolchoi contra su persona durante la conmemoración solemne de la Revolución. Entre septiembre de 1936 y febrero de 1937, Stalin recibe y entresaca unas sesenta actas con los interrogatorios de los «derechistas», desbordantes de confesiones inverosímiles que retoca, corrige y enriquece a su gusto. Algunos resistieron durante mucho tiempo y, en ocasiones, trataron de suicidarse. Los guardias aflojaron en el último momento el nudo corredizo que Riutin se había pasado alrededor del cuello.

Stalin hunde a los antiguos bolcheviques unidos, todavía en libertad, en un permanente terror pánico. En octubre, Rykov reci-

<sup>32</sup> *Stalinshoir Politburó, v 30 gody, op. cit., p. 148.*

<sup>33</sup> *Voprossy Istorii, n° 10, octubre 1994, p. 21.*

<sup>34</sup> *Reabilitatsia: Politicheskiye processy, 30-50 godov, op. cit., p. 246.*

be una invitación para asistir a una ceremonia en el Bolchoi. En el momento de salir no la encuentra y se angustia: «A partir de ahora, mi ausencia se interpretará como un gesto negativo, se convertirá en asunto de Estado y me acusarán de lo que sea»<sup>35</sup>. Su mujer y su hija revuelven todo el apartamento hasta, por fin, encontrar dentro de un bolsillo la valiosa tarjeta. Rykov se siente revivir. Un mes después, enterado de su arresto, Radek acude a solicitar de Bujarin que recuerde a Stalin sus servicios pasados, y le ruega que se ocupe personalmente de su asunto. Bujarin insistirá ante Stalin de la ausencia de cualquier lazo entre Radek y Trotski, pero de todos modos, añade: «En cualquier caso, ¿quién sabe?»<sup>36</sup>. El 28 de octubre de 1936, *Pravda* publica un artículo calificando a Rykov de «criado de los mencheviques» en 1917, y acusándole de haber querido entregar a Lenin a los tribunales en julio del mismo año; un poco después, insulta a Bujarin. Ambos hombres protestan en una carta a Stalin, que no les responde. Recordando su complicidad revolucionaria pasada, ven en él su último recurso, pero los tiempos han cambiado y precisamente esta complicidad es su principal delito.

Ordjonikidzé, a la cabeza del comisariado de Industria pesada desde hace seis años, reacciona como un hombre de Estado, constataando que lo que sabotea realmente la economía es la campaña de Stalin contra unos saboteadores imaginarios. Directores e ingenieros jefe, denunciados o temiendo serlo, destrozados por el miedo, angustiados por las consecuencias de cualquier decisión, esperan, preparan su petate ante una próxima detención y a veces se suicidan, lo que a ojos de Stalin es una protesta en contra del Partido, es decir, una confesión de traición. En los últimos meses de su vida, Ordjonikidzé intenta convencer a Stalin de que los enemigos del pueblo ya han sido detenidos y de que hay que dejar trabajar a los cuadros. El Jefe le responde sin tardar: a mediados de octubre, mientras el país celebra ruidosamente el cincuentenario de Ordjonikidzé, Beria detiene en Georgia a su hermano pequeño Papulia. Ordjonikidzé llama a Beria que, obedeciendo las órdenes directas de Stalin, lo envía a paseo cortésmente con desprecio de la jerarquía. De vuelta a Moscú, Ordjonikidzé sufre un infarto.

<sup>35</sup> *Izvestia TsK, KPSS*, n° 9, 1989, p. 39.

<sup>36</sup> *Cahiers du mouvement ouvrier*, n° 11, p. 86.



Como un aspecto brillante de la represión, el culto a Stalin alcanza entonces su culminación, en medio del olor de una mezcla de sangre y de incienso que recuerda los antiguos holocaustos. Hasta los poetas más mediocres expresan su impotencia para exaltarlo. Es el todopoderoso, el Creador, el indecible, y las palabras no son capaces de describir su grandeza y su genio sobrehumanos. Isaac Deutscher ve en ese culto la presión idólatra de una sociedad campesina todavía primitiva. Pero los campesinos tienen buenas espaldas: anteaer veneraban al zar sin cargar con aquellas hiperbólicas adulaciones serviles y cortesanías fabricadas en la sección de Agitación y propaganda del Comité Central, sancionadas por la corte del Guía, cantadas por turno por la Unión de Escritores y «creadores», los cuadros del Partido, los periodistas, los poetas y los novelistas...

La corte de Stalin intenta adivinar sus pensamientos más secretos. ¿Quién será el primero en adivinar las intenciones del Secretario general? Beria está más dotado que ninguno para ese ejercicio. Stalin se divierte desconcertando a ese grupo servil, fingiendo sugerir a los miembros de su entorno que le den su opinión personal en algunas ocasiones. Así, en abril de 1936, Piatakov le pide permiso para hacer despegar a un nuevo modelo de aerostato siempre que se den las circunstancias meteorológicas favorables. Stalin transmite la petición a Vorochilov pidiéndole consejo; Vorochilov «cree que se puede permitir». Stalin replica: «Yo estoy en contra», sin dar la menor razón. Un tirano no debe explicarse; eso significaría hacer sus decisiones inteligibles y accesibles. El aerostato no despegará.

El culto era el anverso de la represión con la que trataba también de constituir un factor de cohesión, el cimiento social que ya no podía ser un Partido agitado y diezmado de arriba abajo. No obstante, ese culto tenía apenas eco popular y eran los intelectuales, los periodistas y los cuadros los que daban el tono. Tal era el caso de Mijail Koltsov, redactor de *Pravda* y redactor-jefe de la revista *Ogoniok* y de los semanarios *Crocodile* y *À l'étranger*, autor también de pomposos ditirambos. Según su hermano, «Creía sinceramente, profundamente [...], fanáticamente, en la sabiduría de Stalin». Después de sus entrevistas con «el patrón» le describía detalladamente «su manera de hablar, sus comentarios personales, sus ocurrencias, sus bromas. Todo lo de Stalin le gustaba»<sup>37</sup>. Sin embargo,

<sup>37</sup> A. LARINA, *Boujarine, ma passion, op. cit.*, p. 315.

Koltsov conocía su doble juego: un día se encontró a Mejlis hojeando un cuaderno de confesiones arrancadas al antiguo redactor-jefe de *Izvestia*. Mejlis no dio a conocer los nombres de las víctimas a Koltsov, que quizá figuraba en la lista, pero le enseñó las breves instrucciones que Stalin había transmitido a Iejov y a él mismo: «Ledla juntos y detened a todos los canallas citados en ella»<sup>38</sup>. La idea de que también él figuraba en la lista pasó por la cabeza del hermano de Koltsov, pero la fe de este no pareció quebrantada. A lo largo de aquellos dos años, Stalin firmó cientos de documentos de ese tipo, pero solamente algunas decenas de dirigentes llegaron a conocerlos.

El culto a la personalidad iba acompañado de una censura atenta a las menores asociaciones de palabras desafortunadas y a las menores erratas tipográficas. El 14 de noviembre de 1936, un joven pionero declaraba en una emisora de radio: «Mi mayor deseo es el de ir al mausoleo de Lenin y de verte en él, camarada Stalin». El Glavlit informó a Jdanov de semejante atentado verbal. Ese mismo mes confiscó un número del *Journal de los sovjozes* por superponer las dos consignas siguientes: «Hemos de preservar la vida del camarada Stalin, la vida de nuestros jefes» y «Es preciso aniquilar a todos los pícaros para que no quede ni rastro de ellos en toda la tierra soviética». El Glavlit presentó como un sabotaje deliberado la errata que transformaba la «suave lluvia (*dojd*) triste» en «suave guía (*vojđ*) triste». El corrector fue despedido. Y los que cambiaban Stalin por Smalin, Slalin, Sralin o, lo que era peor, por Ssalin iban a la cárcel.

Poco a poco, Stalin va comprendiendo que su política de no-intervención en España, copiada de las de Londres y París, deja las manos libres a los revolucionarios españoles. El 29 de septiembre cambia bruscamente de táctica —pero no de estrategia— y hace que el Politburó vote «una ayuda de gran envergadura» a los republicanos cuando las tropas de Franco ya han llegado a las puertas de Madrid. El levantamiento ha suscitado un poderoso movimiento popular espontáneo que su dinámica lleva más lejos que la simple lucha militar contra la insurrección franquista; el Estado, desgarrado por dicha insurrección, está despedazado, el partido comunista esquelético, los anarquistas poderosos, el partido socialista marcado por una fuerte ala izquierda, y el POUM, de tendencia trotskista, muy

<sup>38</sup> V. ROGOVIN, *Partia Rasstreliannyj* (El Partido de los fusilados), *op. cit.*, p. 266.

influyente en la Cataluña revolucionaria. Unos comunistas han llegado a gritar: «¡Vivan los soviets en España!». Es el izquierdismo y el aventurerismo. El 17 de octubre, el gobierno republicano, enfrentado a la ofensiva de los ejércitos de Franco en dirección a Cartagena, donde están almacenadas 510 toneladas de oro del Banco de España, decide confiarlas a la Unión soviética. La entrega de armas soviéticas a la España republicana, pagadas en metálico con una deducción directa sobre el tesoro, será al mismo tiempo un modo de controlar el movimiento popular y un asunto jugoso, del que el historiador británico Gerald Howson nos hace el balance. Mientras la cotización del rublo era entonces de una tasa fija e inmutable de 5,3 rublos por dólar, Moscú la manipuló a su conveniencia. El Kremlin había entregado las ametralladoras Maxim a una cotización de 2,5 rublos por dólar, duplicando así la factura; calculaba el dólar a 3,95 rublos para los bombarderos y a 3,2 rublos para los cazas, lo que aumentaba la factura en cerca de un 30% en el primer caso y en un 40% en el segundo. Howson calcula la sobrefacturación total en 700 millones de dólares de la época. En resumen: la entrega de las armas había sido considerablemente hinchada. Moscú afirmaba haber entregado 1.200 aviones, 900 tanques y 2.000 piezas de artillería... pero Howson solo ha podido contabilizar 630 aviones, 330 tanques y menos de 1.000 piezas de artillería... Y por último, los descuentos prometidos durante la firma de las negociaciones no se hicieron sobre las piezas contabilizadas. La ayuda a la España republicana había sido una auténtica extorsión.

Esta ayuda permite un control político y, luego, un poder policíaco brutal sobre un movimiento que escapa, al principio, al débil Partido comunista español. Ahora bien, Stalin desea tranquilizar a Londres y a París, con los que quiere aliarse frente al enemigo alemán; con este objeto, mostrará su capacidad para canalizar la agitación de las masas e imponerles el respeto a la propiedad privada, a los bancos, al capital y al Estado. En el fondo, se propone representar para ellos el papel de las compañías de seguros ante el desencadenamiento incontrolado de los obreros y los campesinos españoles que tanto preocupa a la City británica. Así, en la misma URSS reduce la campaña antifascista a los eslóganes generales de una retórica vacía, y a las imprecaciones que difunden la radio y la prensa escrita. Como controla el cine soviético, de las 171 películas producidas entre 1936 y 1938, solamente 6 tratan del fascismo. En efecto, los es-

pectadores soviéticos podrían establecer un molesto paralelismo entre los dos partidos únicos, los dos dictadores, las dos policías políticas y los dos sistemas de campos, de propaganda y de terror en Alemania y en la URSS. Un poco después, Stalin se opondrá a la proyección de *El Dictador*, de Chaplin, en las pantallas soviéticas.

A pesar de su apariencia antifascista, Stalin continúa sondeando a Hitler. Souritz se reúne con Göering el 14 de diciembre de 1936. Dos semanas después, Kandelaki es recibido por el ministro de Economía Schacht, que le comunica: en primer lugar, Moscú debe «retirarse no solo de España, sino también de Francia (Frente popular) y de Checoslovaquia «y abandonar» su política de cerco a Alemania con un anillo de estados semisoviéticos»<sup>39</sup>. Kandelaki marcha a Moscú para informar y, el 8 de enero de 1937, Stalin le dicta una respuesta oral: Moscú, dice, nunca ha renunciado a establecer negociaciones políticas con el gobierno alemán y ya ha hecho propuestas. Kandelaki debe subrayar que la URSS «no se niega a unas negociaciones directas» y, si Berlín lo desea, está de acuerdo en que permanezcan en secreto<sup>40</sup>. El 12 de enero de 1937, Souritz se reúne con Schacht, que le habla del Komintern e insiste en la retirada de la URSS de España. Y el 29 de enero de 1937 vuelve sobre lo mismo en un nuevo encuentro con Kandelaki. En Moscú esperan con impaciencia la continuación de los contactos. El 23 de febrero, Kandelaki se entrevista con el hermano menor de Göering. Sin embargo, el 21 de marzo, Schacht advierte a Souritz que, por el momento, no ve «perspectivas de cambio en sus relaciones»<sup>41</sup>. Eso es el fracaso: Kandelaki es llamado a Moscú, luego, nombrado vicecomisario del pueblo en Comercio exterior, y, después, detenido y fusilado. Una semana después, Souritz es también llamado a Moscú. Stalin no perdona el fracaso y quiere borrar las huellas. Litvinov invita a las embajadas soviéticas de París y de Praga a aprovechar esta doble revocación para demostrar la falsedad de los rumores sobre un acercamiento entre Moscú y Berlín. Con objeto de ejercer un chantaje sobre Chamberlain, al que quiere hacer aceptar sus planes de conquista en Europa central, Hitler le sugirió que podría llegar a entenderse con Stalin en lugar de guerrear con él, como espera

<sup>39</sup> *Ibid.*, pp. 104 y 267. B. EFIMOV, «El secreto del destino de Mijail Koltsov», *Ogoniok*, n° 34, 1987, p. 27.

<sup>40</sup> «La misión especial de David Kandelaki», *Voprossy Istorii*, n° 4-5, 1991, p. 150.

<sup>41</sup> *Ibid.*

Londres. Es un ensayo general de las grandes maniobras de la preguerra inmediata.

Stalin aplica en China su política «española». Propugna así la alianza entre los comunistas chinos y el Kuomintang de Tchang Kai-shek, es decir, la subordinación de los primeros al segundo, contra los japoneses. Encabezada por Van Min, agente directo de Stalin, la dirección del PC chino acepta. Así, cuando el 14 de diciembre el Secretario general se entera de que, dos días antes, un general cercano a los comunistas chinos, Tchang Hsueh-liang, ¡ha detenido a Tchang Kai-shek! en Sian, monta en cólera. Loco de rabia, llama por teléfono a Dimitrov preguntándole si ha dado su acuerdo y aúlla: «Es el mayor servicio que se puede prestar al Japón. [...] ¿Qué hace Van Min cerca de ti? ¿Es un provocador? Ha pedido que enviemos un telegrama para que maten a Tchang Kai-shek»<sup>42</sup>, lo que es falso. Dimitrov balbucea que no está al corriente, después condena por telegrama la detención de Tchang Kai-shek, a la que califica de intriga favorable a la agresión japonesa y perjudicial para la unidad del pueblo chino.

El 26 de noviembre de 1936, Stalin intenta una maniobra, al mismo tiempo internacional e interior, presentando la nueva Constitución de la URSS en el VIII Congreso de los soviets; habla durante dos horas y media, con voz pausada, salpicada de golpes de tos. Según la entusiasta María Svanidzé, «la transmisión radiofónica era lamentable... hasta el punto de que resultaba difícil entender el discurso» que, sin embargo, encuentra admirable. «He comprendido, añade, que había un sabotaje por parte de los empleados de Correos y telecomunicaciones, donde alguien provocaba interferencias. Se oía bien cuando hablaban los demás, y mal cuando hablaba Stalin»<sup>43</sup>, cuya voz ronca y baja se transmite mal por la radio. Pero ¿cómo admitir esa evidencia?

Stalin relanza la campaña contra el «sabotaje». En noviembre, un proceso condena a un grupo de trotskistas a Novossibirsk; los dirigentes del complejo químico de Kemerovo son detenidos acusados de sabotaje, así como los de una gran construcción en Nijni Taguil. Ordjonikidzé trata de impedir esta campaña que desorganiza la producción. Durante una reunión con los cuadros de su comisa-

<sup>42</sup> *Ibid.*, pp. 151-152.

<sup>43</sup> G. DIMITROV, *Dnevnik, op cit.*, p. 118.

riado, grita: «Hemos formado más de cien mil ingenieros y otros tantos técnicos. [...] ¿Qué sabotadores? No son sabotadores, sino buenas personas, nuestros hijos, nuestros hermanos, nuestros camaradas, que están entera y totalmente a favor del poder soviético»<sup>44</sup>. En numerosas ocasiones interviene para defender a directores de fábricas denunciados por la prensa local como trotskistas. Stalin no puede consentir ese sabotaje de su campaña contra el sabotaje. Hace detener al segundo hermano de Ordjonikidzé, Valiko, acusado de ser amigo de los trotskistas. De hecho, es culpable de haber defendido a su hermano Papulia y de comentar a los dirigentes de Tiflis que, además de su hermano, pronto serían liberados otros inocentes. Ordjonikidzé interviene a favor de Valiko. Todo en vano. Al mismo tiempo, Stalin prepara una trampa para un personaje menos importante pero igualmente significativo, Cheboldaiev, secretario del Partido del vasto territorio de Azov y del mar Negro, un firme estalinista de siempre, pero sospechoso de haber formado parte de los adversarios ocultos del XVII Congreso. En noviembre, la NKVD detiene como trotskistas a un grupo de sus colaboradores, dirigentes de Rostov-na-Donu. Cheboldaiev está en el punto de mira.

El 5 de diciembre de 1936, el Congreso de los soviets adopta la «Constitución estalinista», proclamada *urbi et orbi* «la más democrática del mundo». Uno de sus redactores, Radek, ya está en la cárcel y el otro, Bujarin, violentamente denunciado en el Comité Central del 4 al 7 de diciembre. La nueva Constitución instaaura el sufragio universal, igual, directo y secreto, y garantiza las libertades de prensa, de reunión, de palabra y de manifestación, así como la propiedad individual. Pero el artículo 126 afirma que «el Partido comunista de la URSS constituye el núcleo dirigente de todas las organizaciones de trabajadores, tanto sociales como del Estado». Avdeenko pronuncia en ese congreso un discurso lírico en homenaje a Stalin, salpicado de sueños de grandeza, ninguno de los cuales se hará realidad, y, como regalo, recibe un espléndido Ford en el que se va a pavonear por caminos de tierra no transitables, ante las miradas pasmadas de sus antiguos compañeros mineros del Donbass.

<sup>44</sup> *Iossif Stalin v obhatiaj semii, op. cit.*, p. 189.

## Capítulo XXII

1937

Cuando se inicia el año 1937, el del Gran Terror, la represión parece mantenerse a nivel constante. En 1935 la NKVD había detenido a 276.000 personas y, en 1936, a 274.000. Pero son unas cifras engañosas, pues enmascaran el desplazamiento del eje de la represión hacia el partido dirigente mismo y hacia sus antiguos adversarios readmitidos. Y, por comparación, parecerán insignificantes en 1937.

La reunión del Comité Central, celebrada del 4 al 7 de diciembre de 1936, iba precedida de una maniobra que anunciaba una nueva fase del terror para desestabilizar a Ordjonikidzé. Stalin entrega al Politburó la copia de las cartas a Ordjonikidzé –probablemente obtenidas en casa de su hermano por la NKVD– en las que, siete años antes, su amigo Lominadzé criticaba enérgicamente a Stalin, su política y su dictadura. Una breve nota de Stalin pretende que Ordjonikidzé había enviado esas cartas al Comité Central a comienzos de aquel diciembre, es decir, ¡siete años después del envío! Pues bien, «demuestran, escribe Stalin, que desde 1929 Lominadzé llevaba a cabo una lucha en contra del Comité Central y de sus decisiones». Y lo que era aún más grave: «contaba con que Ordjonikidzé no informaría al Comité Central sobre su ánimo anti-Partido y su postura. Ahora bien, si el Comité Central hubiera tenido el texto de estas cartas en sus manos, no habría enviado al Cáucaso a Lominadzé»<sup>1</sup>. Por lo tanto, al ocultar dichas cartas anti-Partido, Ordjonikidzé había asestado un golpe al Partido. La acusación reduce a Ordjonikidzé al silencio en el momento en que Stalin lanza su ofensiva contra Bujarin y Rykov.

El orden del día del Comité Central incluye el examen del texto definitivo de la Constitución de la URSS, oficialmente adoptado al

<sup>1</sup> *Cahiers du mouvement ouvrier*, n° 4, diciembre 1988, p. 81.

día siguiente, y un informe de Iejov a propósito de las «asociaciones antisoviéticas trotskistas y derechistas».

El primer punto queda resuelto en menos de una hora. Algunos participantes presentan unas enmiendas de escasa importancia. Stalin les reprende secamente y ni siquiera da a votar las propuestas. Una vez solucionada esta formalidad, pasa a cosas serias: en un informe discutido con Stalin, Iejov describe una auténtica situación de guerra civil: por todas partes, la NKVD detiene en masa a «conspiradores trotskistas» (más de 200 en la región de Azov-mar Negro, 300 en Georgia, 400 en Leningrado), todos ellos dirigidos por cuadros del Partido. Además, la NKVD ha descubierto un «centro de reserva» del «Centro antisoviético», descubierto durante el primer proceso de Moscú y formado por Sokolnikov, Piatakov, Radek y Se-rebriakov, cuatro de los principales acusados en el próximo gran juicio público. Ese centro de reserva ha desarrollado, desde 1931, «una intensa actividad saboteadora extremadamente perjudicial para nuestra economía». Iejov cita unas declaraciones de acusados, directores de fábricas que confiesan sabotajes y espionaje. Stalin le interrumpe en varias ocasiones. Dice: los trotskistas tienen un programa que ocultan al pueblo: pretenden restaurar la propiedad privada y abrir las puertas al capitalismo extranjero. Iejov afirma que trabajan con y para Alemania. Stalin añade: ¡con y para Inglaterra, Francia, América! Iejov acusa a Bujarin y a Rykov de «haber estado al corriente de todos los planes terroristas [...] del bloque trotsko-zinovievista», pero de haber guardado silencio, y termina: «Desarraigaremos esa porquería trotsko-zinovievista y la aniquilaremos físicamente»<sup>2</sup>.

Los asistentes quedan petrificados. El acta no menciona prácticamente ningún grito de estímulo en la lectura del informe de Iejov, si se dejan a un lado los aullidos de Beria que, casi cada vez que Iejov pronuncia los nombres de Bujarin y Rykov, vocifera: «¡Qué cerdo! ¡Qué canalla! ¡Qué vergüenza! ¡Qué basura!». Bujarin responde que no tiene nada en común con «esos saboteadores, esos parásitos, esos canallas» y en un impulso febril añade: «Yo no digo que en 1928 me gustara Stalin. Pero ahora lo afirmo: lo amo con toda mi alma»<sup>3</sup>. Stalin alimentó siempre aquella adoración de esclavo

<sup>2</sup> CRCEDHC, fondos 17, inventario 2, dossier 575.

<sup>3</sup> *Ibid.*



humillado y halagado al mismo tiempo. Saboreaba el envilecimiento extasiado de aquel teórico culto y políglota, polemista de pluma fácil, «niño mimado del Partido», superior a él intelectualmente, pero destruido moralmente.

A pesar de esa declaración de amor, Stalin pasa al ataque: «Bujarin jura su sinceridad, exige que confiemos en él. Pues bien, ¡hablemos de ello!». Todos los «saboteadores trotskistas tuvieron en la boca las mismas palabras de sinceridad y de confianza mientras ¡estaban saboteando! «¡Id, pues, a creer en la sinceridad de las gentes después de eso! [...] no se puede creer en la palabra de ningún antiguo contrincante». Esta fórmula anuncia una ampliación de la purga en curso a todos los que, un día u otro, han manifestado la sombra de un desacuerdo. Han abusado de nuestra confianza, clama Stalin. Y a continuación denuncia al suicidio como una forma especialmente hipócrita y perversa de sabotaje: «Los antiguos oponentes [...] se han dedicado a suicidarse [...]. Se dan muerte, fulmina, para confundir las pistas [...] desestabilizar el Partido, adormecer su vigilancia, engañarlo y burlarse de él por última vez [...]. Es uno de los procedimientos más retorcidos y más fáciles por medio de los cuales, antes de morir, se puede escupir al Partido y burlarlo dejando este mundo». (Al suicidarse, esos condenados se le escapan.) Luego se burla de los «lloriqueos» de Bujarin<sup>4</sup>. Cuando Rykov niega las acusaciones dirigidas contra él, Stalin le interrumpe: «No queríamos entregarte a los tribunales, te hemos protegido, ha sido culpa mía, hemos tenido compasión»<sup>5</sup>. Animados por esa confesión de debilidad, los sucesivos oradores se desatan. Kaganovitch acusa a los dos hombres, demasiado cobardes para hacerlo ellos mismos, de instigar el asesinato de Kirov.

Buena parte del Comité Central reacciona con reservas. El 7 de diciembre, Bujarin se presenta como un fiel estalinista difamado por los «trotskistas», en cuyo programa denuncia «la táctica derrotista y el recurso al terror» que se deriva de ella. Durante los descansos de la sesión, Stalin organiza, en presencia del Politburó, una confrontación entre Bujarin, Rykov, Piatakov, Kulikov y el antiguo trotskista Sosnovski. Piatakov pronuncia un discurso monocorde,

<sup>4</sup> *Voprossy Istorii*, nº 1, 1995, pp. 9-11. Repitiendo tres veces: «No se puede creer en la palabra de los antiguos oponentes», añade una vez «incluso cuando fusilan con sus propias manos a sus amigos».

<sup>5</sup> *Ibid.*, p. 8.

con la mano delante de los ojos bajos. Ordjonikidzé le pregunta: «¿Tus declaraciones son absolutamente voluntarias?». «Sí», responde Piatakov. «¿Absolutamente voluntarias?», repite Ordjonikidzé, claramente escéptico<sup>6</sup>. Piatakov no responde. Fingiendo asombro, al final de la sesión, Stalin pregunta a Bujarin la razón de que los tres hombres hayan declarado en contra de él. Después de otra confrontación, se ríe sarcásticamente: «Uno o dos elementos del careo pueden ser inexactos pero, en conjunto, todo es exacto. Ciertos hechos carecen de importancia»<sup>7</sup>.

Sin embargo, no se encuentra en situación de hacer que el Comité Central, cuyas reticencias percibe, decida liquidar a los dos hombres. Por ello, demora la decisión por medio de una declaración alambicada: «Quizá podrían ser expulsados del Comité Central. Incluso esta medida sería insuficiente, pero hasta parecería demasiado severa»<sup>8</sup>. El Comité Central del 7 de diciembre acepta su propuesta de continuar la investigación y de remitir la decisión a la próxima sesión. Ese semi-fracaso confirma a Stalin en su deseo de domar y diezmar a ese organismo de dignatarios corrompidos, demasiado reticente o demasiado blando. Añade que en la prensa no aparecerá el acta de la reunión. Una voz pregunta: «¿Se puede hablar de ella?». Stalin responde: «¿Quieres maniatar a la gente? Que cada uno cuide de su lengua»<sup>9</sup>.

A la salida, Bujarin intenta recordarle sus méritos pasados. Stalin lo manda a paseo: «Nadie los discute, pero Trotski también los tuvo. Respecto a la revolución, nadie tuvo tanto mérito como Trotski, dicho sea entre nosotros...». Y repite: «Dicho sea entre nosotros»<sup>10</sup>. La confidencia es amenazadora. Bujarin, invitado a no repetirla, no comprende el sentido: si nadie tenía tantos méritos como Trotski en la época de la revolución, y si los dieciséis procesados en agosto han sido arrestados y fusilados por unos pretendidos lazos con él, está claro que los méritos de la revolución se han convertido en una carga. El ascenso de los Iejov, de los Beria, de los Jdanov, de los Malenkov y de otros como ellos pasa por la liquidación de la generación de 1917. En su ceguera, Bujarin atribuye la responsabilidad del

<sup>6</sup> A. LARINA, *Boujarine, ma passion*, op. cit., p. 330.

<sup>7</sup> *Cahiers du mouvement ouvrier*, n° 11, septembre 2000, p. 88.

<sup>8</sup> *Voprossy Istorii*, n° 1, 1995, pp. 18-19.

<sup>9</sup> *Ibid.*, p. 19.

<sup>10</sup> A. LARINA, *Boujarine, ma passion*, op. cit., p. 319.

creciente terror a la NKVD que, como dice a su joven esposa, se ha convertido en una organización degenerada de burócratas sin ideales, desprovistos de moral pero generosamente remunerados, y que engañan a Stalin. Como se niega a analizar la política de su antiguo amigo, se suele preguntar: «¿Acaso Koba se ha vuelto loco?»<sup>11</sup>. Aquel mismo 7 de diciembre, Iejov envía a Stalin las «confesiones» de un antiguo seguidor de Bujarin, Kulikov, que pretende que en 1932 Bujarin le había entregado una «directriz sobre la necesidad de matar a Stalin».

En la noche del 31 de diciembre, Stalin reúne al Politburó ante el que ha convocado a Cheboldaiev, acusado con todo su entorno, por miopía política, de abrir a los «espías y sabotadores trotskistas» el acceso a los puestos dirigentes del territorio. La segunda acusación, formulada públicamente como la anterior en una decisión adoptada en nombre del Politburó el 2 de enero de 1937, se dirige también contra Ordjonikidzé y sus colaboradores: reprocha a Cheboldaiev que concediera mayor importancia a los problemas económicos que a los temas políticos. En una palabra, todo el que se dedicara primordialmente a hacer funcionar la economía del país ayuda a los sabotadores trotskistas. A pesar de sus buenas intenciones subjetivas, es un enemigo objetivo...

La víspera, Stalin contrae unas fuertes anginas. La temperatura es elevada. El profesor Valedinski, acompañado de dos nuevos médicos, uno de ellos Vinogradov, que atenderá al Guía hasta su propia detención en 1952, lo atiende de nuevo. Stalin los recibe rodeado de los miembros de su Politburó. Los médicos diagnostican un principio de arterioesclerosis. Estas sencillas anginas bastan para despertar en él el miedo a la muerte. Declara a los médicos: «Os ocupáis mucho de la teoría, pero poco de la práctica y no os ocupáis de los problemas de la prolongación de la vida»<sup>12</sup>. Busca un taumaturgo y lo encuentra poco después en la persona de Alexandr Bogomoletz, director del Instituto de fisiología de Kiev, especialista en temas de longevidad. A pesar de no obtener resultados, a instancias de Lyssenko comienza una investigación científica apoyada por el permanente afán de prolongar la existencia, que es la obsesión de Stalin.

<sup>11</sup> *Ibid.*, p. 321.

<sup>12</sup> *Istochnik*, nº 2, 1998, p. 70.

Los médicos le visitaron de nuevo el 2 de enero de 1937. Stalin estaba levantado. Las anginas le habían inquietado tanto que relató su vida desde su expulsión del seminario en 1899 hasta cuando trabajó en el Observatorio meteorológico; luego cuenta sus proezas de pescador en las heladas aguas del Yenisei, un cuarto de siglo antes. El 5 de enero, recibía de nuevo a los médicos a la salida de un espectáculo en el Bolchoi al que asistió en compañía de otros miembros del Politburó. Estaba completamente restablecido. Una vez terminada la consulta, se hizo el silencio. «Esto resulta aburrido, dijo Stalin, lo vamos a arreglar inmediatamente.» Entonces, invitó a cenar a sus colaboradores y a los médicos y, en plena cena, dejó caer una frase amenazadora: «Entre los médicos hay enemigos, y muy pronto seréis informados»<sup>13</sup>. No designó a nadie y, a partir de entonces, la amenaza se cierne sobre todos ellos.

En medio de las maniobras represivas, el año 1937 se abre con una campaña para censar a la población. La anterior, muy minuciosa, efectuada el 17 de diciembre de 1926, había atribuido a la URSS una población de 147 millones de habitantes. Del 2 al 8 de enero, *Pravda* publica a bombo y platillo el nuevo censo debido, dice, a la iniciativa personal del Guía, mejor aún: «el gran Guía de los pueblos, el camarada Stalin, ha puesto a punto personalmente el formulario del censo, un documento claro, breve y de una profunda riqueza» con el que, en un solo día, los 1.250.000 benévoloos agentes del censo llevan a cabo su operación a paso de carga. Desde la tarde del 5 de enero hasta el 6 por la mañana acorralan a todos los habitantes del último rincón de la Unión soviética.

Mientras tanto, Stalin se relaja: los días 8 y 11 de enero pasa de nuevo la noche en el Bolchoi acompañado del Politburó y de Dimitrov. A continuación, concluye la argumentación del segundo proceso de Moscú, haciéndose enviar, en los primeros días del mes, tres variantes sucesivas que modifica en cada ocasión. La mayoría de los acusados son antiguos trotskistas. El proceso está orientado a denunciar una vez más a Trotski, a amordazar a Ordjonikidzé cuyo antiguo adjunto, Piatakov, aparece en el banquillo de los acusados, y a aplastar a Bujarin y a Rykov. Stalin relee y corrige el acta de acusación redactada por Vychinski, lo convoca a su despacho y le propor-

<sup>13</sup> *Ibid.*

ciona un retrato de cada acusado, todos, según él, caídos más bajo que Denikin y Koltchak.

Las semanas que separan ese Comité Central del siguiente son decisivas. Stalin mismo organiza los careos entre Bujarin y los acusados que le denuncian. El 13 de enero, prepara un careo entre Bujarin y su antiguo seguidor Astrov, ahora agente de la NKVD, que acusa de terrorismo a su antiguo jefe. El 9 de julio, Stalin personalmente mandará liberar a Astrov y le concederá un apartamento en Moscú, así como un puesto en el Instituto de Historia. Esta gracia es excepcional; la mayoría de los agentes provocadores de la NKVD, asociados a los «traidores» a los que desenmascaran, terminan como ellos: deportados al Gulag o fusilados. La especial fortuna de Astrov permite que otros muchos investigadores de la NKVD sueñen con semejante posibilidad. Luego, Stalin bombardea a Bujarin y a Rykov con las actas de los abrumadores interrogatorios de sus antiguos partidarios. El 16 de febrero recibirá veinte de una vez. Este juego les hunde en un profundo embrutecimiento, interrumpido en ocasiones por un furor impotente. Rykov pierde parte de su abundante cabellera y el resto se le vuelve blanco.

Al mismo tiempo, Stalin prepara la liquidación de los jefes del ejército. Tiene numerosas razones para aborrecer a Tujatchevski. Desde la campaña de Polonia en 1920, un contencioso enfrenta a ambos. En 1922, Tujatchevski había afirmado: en el ejército del futuro, el papel de la caballería disminuirá en beneficio de la aviación, los vehículos blindados y la artillería. Para preparar esa modernización, a la que Vorochilov se opone con todas sus fuerzas, en diciembre de 1933 Tujatchevski fusiona el laboratorio (militar) de dinámica de los gases de Leningrado con el Grupo (civil) de estudios del movimiento a reacción en un Instituto de investigaciones científicas sobre los cohetes. En febrero de 1938, Vorochilov se obstina en dar un papel preeminente a la caballería: «La caballería roja, como antes, constituye una fuerza armada victoriosa y aplastante...»<sup>14</sup>. Budionny, más conciso, repite a todo el que lo quiere escuchar: «Oíd, el caballo todavía tiene algo que decir». Por su parte, Putna y Primakov habían votado a la oposición de izquierda en 1923. Por último, todos aquellos generales se burlaban entre ellos del papel que Stalin se arrogaba durante la guerra civil, y califica-

<sup>14</sup> GOLOGANOV, «La catástrofe», *Znamia*, n.º 1, 1990, pp. 110-111.

ban de bufón y de cortesano a su hombre adicto a su superior jerárquico Vorochilov.

Stalin adormece su vigilancia de los militares. Siete semanas antes del primer proceso de Moscú, el Politburó levanta las severas sanciones infligidas en 1932 a los generales Kork y Ubovitch. La víspera misma, el 10 de agosto de 1936, anula las sanciones a varios generales (de nuevo a Kork) en 1934-1935. En septiembre y octubre de 1936 firma una orden de misión en el extranjero para el general Eideman. Durante el VIII Congreso extraordinario de los soviets, en diciembre de 1936, la prensa publica una foto de grupo con Tujatchevski sentado en primera fila no lejos de Stalin. Al mismo tiempo, el general emigrado Skoblin, agente doble de la GPU y de la Gestapo como su mujer, la cantante Plevitskaia, «informa» a Heydrich, jefe de la policía política alemana, de que Tujatchevski y varios comandantes del Ejército rojo relacionados con los generales alemanes reacios a la tutela nazi, conspiran contra Stalin. Heydrich sospecha de una maniobra de Stalin, pero le devuelve la pelota: hasta la llegada de los nazis al poder, el Ejército rojo, por decisión del Kremlin, había colaborado con la Reichswehr —obligada por el tratado de Versalles a limitar sus efectivos a 100.000 hombres— ofreciéndole terrenos de entrenamiento y de maniobras a cambio de armamento moderno y de formación de sus cuadros en Alemania. El Estado Mayor alemán tenía en su poder numerosos documentos firmados por Tujatchevski, y fabricar otros falsos con el nombre del ruso fue un juego de niños para los servicios nazis.

El segundo proceso de Moscú contra un «centro antisoviético trotskista», llamado «de reserva», se inicia el 23 de enero de 1937. Se le acusa de preparar asesinatos contra los dirigentes soviéticos, del asesinato de Kirov y de unos pavorosos sabotajes: había hecho estallar minas, quemar fábricas químicas, descarrilar trenes, introducir cascarones de huevos, clavos o vidrio molido en la manteca, envenenar el trigo y el ganado, bloquear el pago de los salarios a los obreros para irritarlos, fabricar ropa de verano en invierno y viceversa... Todas esas catástrofes del «socialismo», desgraciadamente reales, son, de hecho, la consecuencia del ritmo trepidante, incluso histérico, de la perpetuamente cambiante planificación estalinista, de la falta de calificación de unos obreros salidos apenas del campo, de la despreocupación de los apparatchiks, de la falta de respeto a las normas de seguridad, etc. Así, los acusados son calificados como

el mal de ojo de una sociedad que, sin ellos, funcionaría armoniosamente. Trece de ellos son condenados a muerte y otros cuatro, a penas de prisión, lo que da al proceso cierta apariencia de justicia. Entre estos últimos, Radek y Sokolnikov, a quien sus compañeros de cárcel machacarán el cráneo en mayo de 1939 bajo la mirada indiferente de los guardianes, es decir, obedeciendo instrucciones orales de Stalin. En el transcurso de un mitin en París, André Breton anuncia que las próximas víctimas de las «balas de Moscú, en enero de 1937», serán los anarquistas españoles y los militantes del POUM. Seis meses más tarde, esta predicción se hará realidad.

Las confesiones y la condena de Piatakov alcanzan de pleno a Ordjonikidzé que, enemigo de la campaña dirigida contra el sabotaje, se muestra igualmente reservado respecto a la liquidación de los viejos bolcheviques. Precisamente Ordjonikidzé debe presentar al Comité Central un informe y un proyecto de resolución sobre «el sabotaje en la industria». Un día, con la mirada llena de tristeza, confía a Bujarin cuyo apartamento es contiguo al suyo: «Hay que aguantar». Ya su manera, se esfuerza. Antes de la reunión envía un equipo de investigación a tres puntos donde la NKVD ha denunciado un sabotaje (en Kemerovo, en la industria del coque y de la química en el Donbass, y en las obras de fabricación de vagones de Nijni Tajil en el Ural). El equipo no descubre huella alguna. En respuesta, el 10 de febrero, Stalin manda fusilar a Papulia, el hermano de Ordjonikidzé. Preparándose a dar un auge inusitado al Terror, Stalin debe someter a Ordjonikidzé, quebrantarlo o apartarlo. Si no tiene la seguridad de su completa docilidad, no puede permitirle participar en el Comité Central, que será decisivo, de finales de febrero. Entonces, critica la blandura de su proyecto de resolución y exige su reforma. Entre ambos tiene lugar una viva discusión. A las pocas horas, un destacamento de agentes de la NKVD registra el apartamento de Ordjonikidzé que, furioso, telefona a Stalin. Este se echa a reír: «La NKVD puede venir incluso a registrar mi casa»<sup>15</sup>. La caída en desgracia es inminente.

El Politburó, reunido en la tarde del 17 de febrero, aprueba las grandes líneas de su nuevo borrador de informe, pero exige unas enmiendas que lo endurezcan aún más. Ordjonikidzé elabora una versión definitiva que desautoriza sus propios intentos de frenar la

<sup>15</sup> DOUBINSKI-MOUJADZE, *Ordjonikidzé*, Moscú, 1963, p. 6.

campana sobre el sabotaje y las conclusiones de sus tres comisiones de comprobación. Ese nuevo informe y su resolución de aplicación debían conducir, lógicamente, a la denuncia de los miembros de esas comisiones como cómplices de los saboteadores. Posteriormente, casi todos serán detenidos y deportados o fusilados. Eso será demasiado para Ordjonikidzé que, al amanecer del día 18, se suicida con un disparo de revólver. Avisado por su mujer, Zinaida, Stalin acude inmediatamente, interrumpe a la desconsolada viuda con un vigoroso «¡Cállate, idiota!», y dicta el diagnóstico que ha de figurar en el comunicado oficial: «crisis cardíaca». «El corazón lo ha abandonado»<sup>16</sup>, añade... Su «diagnóstico» es creíble, pues Ordjonikidzé había sufrido un infarto poco después de la detención de su hermano Papulia. El 18 por la mañana, cuando los periódicos llegan con retraso a los buzones, la mujer de Rykov, al ver la noticia de su muerte, exclama: «La última esperanza...» y se desploma perdiendo el conocimiento. Ordjonikidzé se encontraba en un callejón sin salida: seguidor convencido de Stalin, pero reticente a causa de sus excesos, no tenía alternativa que plantear y no podía enfrentarse a él. Stalin, liberado de un camarada incómodo, oculta el suicidio, que seguirá siendo secreto de Estado hasta el XX Congreso del PCUS en febrero de 1956. Corre el rumor de que ha hecho asesinar a su mejor amigo. Solo es un rumor. El 14 de junio de 1938, hace fusilar a la mujer de Papulia y, en 1944, mandará borrar el nombre de Ordjonikidzé de las ciudades que lo llevan: continúa considerando como un desafío ese oportuno suicidio.

Con la muerte de Ordjonikidzé desaparece el último miembro del Politburó capaz de expresar su desacuerdo con Stalin, de manifestar una objeción o de discutir sus decisiones. El 21 de febrero, durante las solemnes exequias del incómodo camarada desaparecido, Molotov, Kossarev, Jruschov y Stajanov pronuncian unos discursos tan glaciales como el frío que reina entonces. Stalin, por su parte, no rinde homenaje a su antiguo compañero: su silencio es un signo y un aviso. Poco antes del suicidio, tres agentes de la NKVD habían irrumpido en casa de Bujarin para invitarle a abandonar el Kremlin. Suena el teléfono: Stalin pregunta: «¿Qué pasa en tu casa, Nicolás?» —Unas personas acaban de expulsarme del Kremlin...

<sup>16</sup> O. KLEVNIUK, *Stalin i Ordjonikidzé*.



—¡Mándalos al diablo!»<sup>17</sup>, le aconseja Stalin. Los policías se eclipsan. Ese juego proporciona una bocanada de ilusoria esperanza al condenado.

Al mismo tiempo, queda terminado el plan de liquidación de los militares. A mediados de febrero de 1937, Malenkov entrega a Stalin una lista detallada de los miembros del comisariado de la Defensa y de las academias militares que habían apoyado a la Oposición de izquierdas en los años 20. A continuación de cada nombre aparece la mención exacta de los pecados del interesado: «Votó a favor de una propuesta trotskista», «apoyó las tesis trotskistas sobre temas de vida interna del Partido», «compartía el punto de vista de los trotskistas sobre la cuestión campesina», «en 1921 votó a favor de la línea trotskista de los sindicatos» y otras variantes de las mismas faltas.

La reunión del Comité Central se inicia el 23 de febrero. La víspera, Stalin ha preparado un careo entre Rykov y tres antiguos «derechistas» que le acusan de haber pretendido liquidar al Secretario general en 1932. Hace una semana que Bujarin ha empezado una huelga de hambre. Stalin le ordena acudir al pleno. Bujarin se arrastra hasta allí. Delante de Stalin, dos miembros del Comité Central, Uberivitch y Akulov, le estrechan la mano. Presa del mareo, Bujarin cae al suelo. Stalin se acerca a él y, sonriente, lo interpela: «¿Contra quién te has puesto en huelga de hambre, Nicolás? ¿Contra el Comité Central del Partido? Mira qué aspecto tienes, estás completamente agotado. Debes pedir perdón al pleno por haber iniciado esa huelga. —¿Para qué, si tenéis intención de expulsarme? —Nadie tiene intención de expulsarte... Vamos, Nicolás, pide perdón al pleno; te has portado mal»<sup>18</sup>. Bujarin acepta, pero el informe preliminar de Iejov no le permite abrigar esperanzas...

Este pleno, un auténtico complot en tres actos, cumple una triple función histórica: desarrollar la caza al «trotskismo» —denunciado por Stalin como una empresa de espionaje, sabotaje y bandolerismo—, preparar el tercer proceso de Moscú contra Rykov y Bujarin, y, con objeto de organizar una depuración salvaje, aterrorizar al aparato del Partido acusándole de blandura, de ausencia de vigilancia y de complacencia ante el trotskismo.

<sup>17</sup> A. LARINA, *Boujarine, ma passion, op. cit.*, p. 343.

<sup>18</sup> *Ibid.*, pp. 348-349.

La sesión se abre con un informe de Iejov sobre el asunto de Rykov y Bujarin. Mikoian lo completa. Declara que Trotski, Zinoviev y Bujarin «habían creado un tipo nuevo de individuos, unos monstruos, no seres humanos, bestias salvajes que actuaban siguiendo aparentemente la línea del Partido, pero en realidad llevaban a cabo un trabajo de zapa sin principios en contra del Partido»<sup>19</sup>. A continuación, tras ceder la palabra a Bujarin y luego a Rykov, suena la llamada de ataque. Un Bujarin enloquecido, con la barba hirsuta, se debate entre los insultos y las burlas. En cierto momento solloza: «Pero comprendedme, me resuelta difícil vivir». Sarcástico, Stalin replica: «¿Y acaso es fácil para nosotros?». Bujarin exclama: «Nunca me declararé saboteador, terrorista, traidor o felón de la patria socialista». Zalamero, Stalin le susurra: «No debes, no tienes derecho a calumniarte. Eso sería un crimen [...]. Es preciso demostrarlo todo, y no limitarte a responder con frases hechas, abarrotadas de exclamaciones y de puntos de interrogación»<sup>20</sup>. Luego, durante la interrupción de la sesión, charla con él en los pasillos y, haciéndole esperar una solución, le propone que de nuevo se excuse ante el Comité Central por la huelga de hambre. Al día siguiente, Bujarin obedece: se excusa. Stalin ríe: «¡Eso es poco, eso es poco!» «Pido al Comité Central que me excuse», solloza Bujarin. Stalin le corrige: «Que me excuse y que me perdone». «Sí, sí, y que me perdone»<sup>21</sup>, balbucea Bujarin, obligado a humillarse.

La asamblea dedica cuatro días a la condena a muerte de los dos hombres. Los oradores atacan a Bujarin encarnizadamente. Vorochilov subraya la «indulgencia» de Stalin con respecto a él. Chkiriátov califica de payasada la huelga de hambre. Stalin ríe ahogadamente: «Empezó a ayunar durante la noche». Esos cuatro días le permiten también localizar a los miembros del Comité Central que manifiestan reticencias o tibieza. Stalin interrumpió 100 veces a Rykov y a Bujarin, Postychev 88 veces, Molotov 82, Kaganovitch 67, y Rudzutak una sola vez. Los otros miembros del Buró van a la zaga. La mayoría de los miembros del Comité Central, «desamparados y abatidos», según Bujarin, no han abierto la boca durante esta sesión. Rykov no ha comprendido que es su vida, no solo su libertad, lo que está en jue-

<sup>19</sup> *Voprossy Istorii*, n° 4-5, 1992, p. 21.

<sup>20</sup> *Ibid.*, p. 24.

<sup>21</sup> *Voprossy Istorii*, n° 6-7, 1992, p. 3.

go. Al volver a casa, repite, abrumado, a su mujer y a su hija: «Quiéren meterme en chirona, quieren meterme en chirona»<sup>22</sup>.

Una comisión de treinta y cinco miembros propone que el Comité Central decida la sentencia que se ha de aplicar a ambos hombres. Stalin representa la comedia del derecho y declara a los acusados: «En la medida en que habéis querido atentar contra mi vida, no puedo participar en una decisión que os concierna»<sup>23</sup>. De hecho, los de la comisión deben responder por escrito a un cuestionario relleno por veinte de ellos. Iejov, seguramente obligado por Stalin, es el primero en responder y propone fusilar a los dos, una propuesta repetida por otros cinco miembros, el general Iakir entre ellos. Postychev responde el segundo, propone que sean entregados al tribunal sin fusilarlos, una propuesta a la que se adhieren otros siete miembros, como Jruschov y Litvinov. Stalin, respondiendo en cuarto lugar, juega al arbitraje y propone expulsar a los dos hombres del Comité Central y «no pasar el asunto Rykov-Bujarin al tribunal, sino confiarlo a la NKVD» para complementar la información, lo que hace nacer una leve esperanza en los acusados y da tiempo a la NKVD para preparar el proceso. La propuesta, repetida por otros seis miembros, entre ellos la viuda y la hermana de Lenin, se acepta por unanimidad con las dos abstenciones de Rykov y Bujarin, detenidos y encarcelados inmediatamente<sup>24</sup>.

En un segundo informe, Iejov amplía los límites de la sospecha; según él, la mayoría de los miembros de los servicios de información y de contraespionaje soviético son «agentes dobles, traidores», lo que constituye una hazaña típicamente estalinista. Mejlis, redactor-jefe de *Pravda*, denuncia las confusas confecciones de algunos periódicos, como el que ha publicado una foto de Stalin bajo la siguiente cabecera: «Los peores enemigos del pueblo». Así, acusado por Mejlis, el antiguo comunista de izquierdas, Ossinski, le acusa a su vez irónicamente de haber publicado en *Pravda* un artículo sobre la historia del Partido que califica de «fruslería».

Vorochilov comunica el reciente arresto de ocho jefes militares que en su momento apoyaron a Trotski, como Primakov, Putna y

<sup>22</sup> A. LARINA, *Boujarine, ma passion*, op. cit., p. 351, y *Cahiers du mouvement ouvrier*, septembre 2000, n° 11, p. 88.

<sup>23</sup> *Ibid.*, p. 88.

<sup>24</sup> *Izvestia TSK KPSS*, 1989, n° 5, pp. 80-83.

Schmidt, entre otros. Ocho altos responsables son pocos en comparación con los de otros sectores. Vorochilov, ignorante de la planificada liquidación del Alto Mando, se felicita ingenuamente por no haber desenmascarado a muchos enemigos dentro del Ejército rojo, lo que es normal, dice, pues el Partido envía allí a sus mejores cuadros, los hombres más sanos y más sólidos. Molotov le corrige secamente: «Si tenemos saboteadores en todos los ámbitos de la economía, ¿por qué hemos de pensar que ahí no los tenemos?»<sup>25</sup>. La amenaza, patente, no parece alterar al Estado Mayor, pues cada uno de sus miembros se cree en buenas relaciones con Stalin, salvo Tujatchevski. Este, del que Stalin tiene preparado un dossier desde el asunto Kakurin, no puede hacerse ilusiones.

Los miembros del equipo de Stalin copian el comportamiento de su amo respecto a sus subordinados. A medida que asciende, el Guía trata a sus lugartenientes con una creciente dureza. Vorochilov, que en ocasiones ha sufrido los efectos, le imita. Durante una reunión en 1935 o 1936 en el comisariado de Defensa, Tujatchevski emite algunos comentarios críticos a propósito de un proyecto de decreto que el futuro mariscal Timochenko encuentra pertinentes; Vorochilov enrojece de ira y explota: «¡Ah!, ¡hijo de mala madre, cretino! ¿Por qué tienes que meter la nariz en un asunto que no te incumbe? ¿Qué sabes tú de eso? ¿Quieres parecer más listo que los demás?». Esta última pregunta es un reproche típicamente estalinista. Ante un Timochenko estupefacto, Tujatchevski, entonces vicecomisario de Defensa, se ruboriza «como una jovencita» y baja la cabeza<sup>26</sup>. Ya sabe que no puede volver a hacer ni decir nada más.

El 16 de marzo, Potemkin, el embajador soviético en París, informa a Stalin, a Molotov y a Litvinov de que Daladier cree probable la existencia de «restos de elementos trotskistas» en el seno del ejército rojo. Daladier, que repite las patrañas propagadas por los agentes de la GPU, le ha avisado de que determinados medios alemanes preparan un golpe de Estado en la URSS «con la colaboración de algunos mandos del Ejército rojo hostiles al régimen soviético actual». El 9 de abril, Uritski, jefe de la Seguridad militar, da a conocer a Stalin los rumores que circulan por Berlín sobre este tema. Mientras estos rumores se propagan por las cancillerías, continúan

<sup>25</sup> *Voprossy Istorii*, n° 8, 1994, pp. 13 y 24.

<sup>26</sup> G. KUMANTOV, *Riudom so Stalinym* (Al lado de Stalin), Moscú, Bylina, 1999, p. 271.

las maniobras orientadas a tranquilizar a las futuras víctimas. El 17 de marzo, se atribuye el nombre del general Iakir a una refinería de azúcar de la región de Kiev que hasta el momento llevaba el de Piatkov. El 27 de abril, Gamarnik es nombrado miembro suplente del Comité de defensa de la URSS, de nueva creación, junto a Stalin y a otros miembros del Politburó. Iejov comunica a Stalin una «información» de Skoblin a propósito del complot, que procede de la GPU y que vuelve a Stalin en forma de información secreta. El 8 de mayo, Benes, deseoso de ganarse la benevolencia de Stalin, le informa a su vez del complot. Según el nazi Schellenberg, Stalin envía entonces a Berlín un emisario que paga a tocateja 3 millones de rublos por las informaciones transmitidas por la Gestapo. Es, dice Schellenberg, el «dinero de Judas». Efectivamente, los agentes alemanes enviados a la URSS con billetes cuyos números tiene apuntados la GPU, son todos detenidos. Stalin mata así tres pájaros de un tiro: convence a los nazis de que lo han timado; recupera el dinero entregado y permite que la GPU intercepte a los auténticos agentes nazis. Durante el proceso de los militares no utilizará el informe amañado por la Gestapo: Stalin desea desembarazarse de un Estado Mayor ruso surgido de la guerra civil, salvo de sus fieles Vorochilov y Budionny. Las falsedades urdidas por los nazis solo le sirven en consejo militar para aterrorizar a los generales presentes.

En el Comité Central de febrero-marzo, Stalin define el Partido como una organización militar formada por círculos concéntricos: «En nuestro partido [...] contamos con 3.000 a 4.000 altos dirigentes: esta es, diría yo, la generalidad de nuestro partido. Después, existen de 30.000 a 40.000 dirigentes medios: es nuestro cuerpo de oficiales del Partido. Y más allá, tenemos de 100.000 a 150.000 miembros del cuerpo de mandos inferiores del Partido: son, por así decir, nuestros suboficiales del Partido»<sup>27</sup>. Quien dice organización militar, dice ausencia de democracia, dictadura de los jefes, desigualdad, reino del secreto y de la disciplina. Pues bien, en el seno de esa «generalidad», una parte de los «oficiales» e incluso del «mando inferior» creen posible mantener una zona reservada de su poder local y de sus pensamientos íntimos. Stalin va a empeñarse en la tarea de acabar con esta pretensión inadmisibles en su dictadura.

<sup>27</sup> STALIN, *L'Homme, le capital le plus précieux*, Ediciones sociales, 1948, p. 31.

Por eso, en su discurso final, se afana en promocionar a la persona del afiliado de base, del pequeño portavoz del pueblo contra ese vasto Estado Mayor del Partido que se dispone a dismantelar. Preparando su ofensiva contra el sátrapa de Ucrania, el fanático estalinista Postychev, eligió a una militante de Kiev, Nikolaienko, una delatora histérica, encarnizada descubridora por todas partes de enemigos retorcidos y ocultos. Jruschov, que la conoció algún tiempo después, la describiría como una loca. Su celo excesivo la había llevado a enfrentarse incluso con la mujer de Postychev, que había ordenado expulsarla del Partido y había frenado al máximo una readmisión impuesta por Stalin. «Nikolaienko, dice, es un miembro del Partido más. Forma parte de las "personillas" corrientes. En la organización del Partido de Kiev había denunciado el espíritu de familia, el modo estricto y mezquino de tratar a los militantes, la opresión de la autocritica y la autoridad de los saboteadores trotskistas. Trataron de deshacerse de ella como de una mosca molesta.» Ahora bien, para Stalin, el examen de los hechos demostraba que ella tenía razón y que los dirigentes de Kiev estaban equivocados. «Y sin embargo, continúa Stalin, ¿quién es esta Nikolaienko? Evidentemente no es un miembro del Comité Central, ni un comisario del pueblo, ni un secretario regional de Kiev, ni siquiera un secretario de célula; solo es una simple militante del Partido»<sup>28</sup>.

Nadie preguntó a Stalin la razón de que tantos simples militantes hayan sido expulsados del Partido. Previamente a la reunión, Malenkov le había enviado un documento que indicaba la existencia, a primeros de 1937, de más de 1.500.000 antiguos miembros expulsados a raíz de las purgas realizadas desde 1922, sobre todo en los años 30. Como caso extremo, en la fábrica de locomotoras de Koloma, donde el Partido contaba con 1.408 miembros, el número de expulsados superaba a los 2.000. Aquella masa de descontentos debía ser diezmada al mismo tiempo que los indeseables del Partido.

El 5 de marzo por la noche, último día del pleno, Stalin hizo que el Politburó ordenara interrumpir el rodaje del filme de Eisenstein, *El Prado de Bejín*, dedicado a Pavlik Morozov. Las razones esgrimidas fueron «el insatisfactorio carácter artístico del filme y su inconsistencia política manifiesta». Eisenstein había intentado soslayar la

<sup>28</sup> *Ibid.*, pp. 43-44.

hostilidad de Chumiatski, director del Goskino, la administración del cinema. Para lograrlo, había contado con la presencia en Moscú del escritor alemán Lion Feuchtwanger, invitado a acudir para glorificar el segundo proceso. Eisenstein había hecho proyectar en una sesión privada la parte ya montada del film. Entusiasmado, Feuchtwanger concedió una ditirámbica entrevista a la revista *Arte soviético*. Eisenstein había osado mostrar su filme antes de la autorización de Stalin. Pues bien, el Secretario general, preocupado por el alcance popular del cine, seguía de cerca la producción y, antes de la realización, solía estudiar el plan de rodaje y el argumento, ponía notas, los corregía o los prohibía. Eisenstein lo había puentado. Stalin ordenó la destrucción del filme y luego encargó al director uno nuevo, esta vez de propaganda nacionalista, *Nosotros, el pueblo ruso*, que se convertirá en *Alexandr Nevski*.

Poco después invita a cenar a Chumiatski, antiguo compañero de exilio, que no bebe, ni siquiera con motivo de los brindis. Stalin lo acusa de despreciar a los invitados. Chumiatski replica que nadie bebe en su familia. Stalin gruñe: «¡Nos consideras unas personas indignas y nos críticas; para ti, solo somos gentes sin principios!». «Stalin no me lo perdonará», concluye Chumiatski, detenido la noche siguiente, y fusilado después. Su negativa a beber había irritado a Stalin, dispuesto a liquidar con cualquier pretexto a la generación de su tormentosa juventud.

Los jueces y los cuadros del Partido permanecen al margen de los dossiers de la represión política, que son controlados soberanamente por la NKVD. Así lo constata Jruschov: ciertamente, Stalin invita a los dirigentes regionales a visitar las prisiones para comprobar la culpabilidad de los detenidos, pero ¿qué comprobar, si la NKVD compone los expedientes a su guisa? La detención de dos miembros del Comité Central en plena sesión, un hecho sin precedentes, manifiesta la subordinación del Estado, del Partido y de su aparato a la NKVD. Al imponerla al Comité Central, Stalin abre una brecha que se apresurará a ensanchar. Si se podía detener a aquellos hombres en plena sesión, ¿por qué no antes o después? Para conseguir el acuerdo del Comité Central sobre el arresto de uno de los miembros elegido para su seno por un congreso teóricamente soberano, y eso, incluso antes de la expulsión, Stalin eligió el blanco ideal: Iagoda, el antiguo jefe de la NKVD, detestado por todos.

El 31 de marzo, el Politburó dirige a todos sus miembros una declaración firmada «Por mandato del Politburó. Stalin». Este texto expresa la decisión de detener a Iagoda sin demora, como un hecho excepcional dictado por la urgencia, a saber «el descubrimiento de crímenes contra el Estado y crímenes de derecho común cometidos por [...] Iagoda en el ejercicio de sus funciones de comisario del pueblo en Interior». Es, pues, «necesario expulsarlo del Partido y proceder a su detención». Pero ese policía criminal no es un delincuente banal: «En vista del peligro que supondría dejar en libertad a Iagoda aunque fuera solamente un día, el Politburó se ha visto obligado a dar la orden de proceder a su arresto. El Politburó pide a los miembros del Comité Central que ratifiquen la expulsión de Iagoda y su detención»<sup>29</sup>. Estas precauciones oratorias ya no serán oportunas una vez admitido el procedimiento. Inconscientes de la trampa tendida o desarmados ante ella, los miembros del Comité Central han de responder individualmente y dan el aval. A partir de entonces, se abrirán las compuertas que se tragarán a la mayoría de ellos.

El 31 de marzo, Stalin publica su discurso de clausura de la sesión del 5 de marzo, un auténtico programa del Terror construido en torno a una sencilla argumentación organizada en tres partes: 1ª: «El trotskismo de nuestros días no es una corriente política en la clase obrera, sino una banda, sin principios ni ideología, de saboteadores, agentes de distracción y de información, de espías, de asesinos, una banda de enemigos jurados de la clase obrera, una banda a sueldo de los servicios de espionaje de los Estados extranjeros». 2ª: Los militantes (incluido el Comité Central) no comprenden ese cambio de naturaleza; «no se han dado cuenta de que hace tiempo que los trotskistas han dejado de ser hombres de ideas, que, desde hace mucho, se han convertido en salteadores de caminos, capaces de todas las vilezas, de todas las infamias, etc.» y continúan tratándolos como adversarios políticos, no como viles asesinos y espías. 3ª Al no luchar realmente en contra de esos bandidos degenerados, los militantes ciegos se hacen sus cómplices inconscientemente. Ahora bien, «cuanto más adelantemos, más éxitos conseguiremos y mayor será el furor del resto de las clases explotadoras»<sup>30</sup>.

<sup>29</sup> CRCEDHC, fondos 17, inventario 2, dossier 614.

<sup>30</sup> STALIN, *L'Homme, le capital le plus précieux*, op. cit., pp. 17, 19 y 27.



Todos están amenazados, pero nadie parece comprenderlo. Stalin, con una frase aparentemente anodina, indica la amplitud de la purga que prepara: «Entre nosotros hay decenas de personas capaces e inteligentes. Únicamente es preciso conocerlos y arrojarlos a tiempo para que no pisoteen más sus antiguos puestos y comiencen a corromperlos»<sup>31</sup>. Para que dejen de pisotear, es necesario desembarazarse de la (relativamente) vieja generación: como ella no tiene el menor interés por retirarse sin resistencia, es preciso obligarla a ello, sin ofrecerle la posibilidad de defenderse o de vengarse. El medio más seguro es el de eliminarla.

Para desorientar al aparato, acusado de laxismo frente a los trotskistas de ayer, de anteayer, de hoy, de mañana y de siempre, Stalin añade irónicamente: «Para extirpar a los agentes nipo-alemanes del trotskismo... ¿hay que golpear y extirpar no solo a los verdaderos trotskistas, sino también a los que en otro tiempo oscilaron hacia el trotskismo y que, en consecuencia, hace ya tiempo que lo abandonaron [...] a los que han pasado por la calle por donde en otro tiempo pasó tal o cual trotskista? En ese sentido han sonado algunas voces aquí, en este pleno». Stalin ridiculiza esta interpretación... que sabotea la lucha contra los saboteadores. Por otra parte, él mismo ha censado, para atacarlos, a los que un día u otro oscilaron, pero insiste: «Este modo simplista de juzgar a los hombres solo puede perjudicar a la lucha contra los verdaderos saboteadores y los espías trotskistas»<sup>32</sup>. En el discurso final desarrolla ese tema varias veces, pero advierte también a su auditorio que es un crimen dejar impune la menor sospecha de trotskismo. ¡De este modo, el laxismo y la severidad paralizan del mismo modo la lucha contra los saboteadores trotskistas! ¿Cómo se entiende? Los dirigentes más experimentados caerán en uno u otro exceso y lo pagarán con su vida. Es uno de los rasgos característicos de la política de Stalin: define las tareas generales, pero no indica el modo de llevarlas a cabo; deja a los cuadros en medio de la indecisión y de la perplejidad, que, el día de mañana, le permiten endosarles la responsabilidad de una política indecisa, modificarla eventualmente y desembarazarse de los «incompetentes».

Su discurso parece dirigido a los trotskistas actuales o arrepentidos y a sus simpatizantes de otro tiempo, entre ellos, una fracción

<sup>31</sup> *Ibid.*, p. 31.

<sup>32</sup> *Ibid.*, pp. 35-36.

relativamente limitada del Partido y aún más de su aparato, que no percibe el alcance de la purga preparada por el Secretario general. Además, en público, después de la publicación de su discurso del 5 de marzo bajo el título «El Hombre, el capital más valioso», Stalin, lejos de hablar de represión, diserta sobre el valor de la vida humana. Así, al recibir a la tripulación del avión Rodina, autor de un récord de vuelo, insiste «en la necesidad de ser especialmente atento y prudente con lo que para nosotros es el bien más valioso: las vidas humanas... Esas vidas nos son más queridas que todos los récords, por grandes y sonoros que puedan ser»<sup>33</sup>.

Al dejar a sus colaboradores el encargo de organizar la represión, alimenta en gran número de cuadros y de militantes la idea de que las detenciones y las condenas «injustificadas» proceden no de él, sino de Iejov y la NKVD, que actúan a sus espaldas. Así, la comunista Lazurkina, encarcelada y luego deportada durante cerca de veinte años, afirma: «En aquella época, no acusé a Stalin ni una sola vez. Todo el tiempo me peleé por Stalin, al que insultaban los exiliados, los deportados y los detenidos. Yo decía: "No, no es posible que Stalin haya aceptado lo que ocurre en el Partido. Es imposible"»<sup>34</sup>. Por lo tanto, bombardeaba a Stalin con cartas en las que le imploraba justicia. Miles de cuadros del Partido reaccionaron como ella, porque esta ceguera solo afectaba a los que se negaban a comprender el sentido de la represión; ver en ella un golpe de Iejov, un complot de la NKVD a espaldas de Stalin, era afirmar que el Partido no había cambiado. Pero la masa de los otros, como afirma Lazurkina, veían en Stalin al verdadero culpable de sus desdichas.

Su desconfianza hacia los antiguos contrincantes no tiene nada de delirante. En septiembre de 1936, nombra cónsul en Barcelona a un arrepentido aparentemente seguro: Antonov-Ovseenko, afiliado en 1928, autor de un artículo en *Izvestia* del 24 de agosto en el que se mostraba dispuesto a acabar él mismo con los infames trotskistas-zinovievistas. Ahora bien, ¿qué hace en Barcelona ese candidato al papel de verdugo? Un Comité nacional marroquí propone en aquella época suscitar un levantamiento en la retaguardia de las tropas franquistas siempre que el gobierno español, en caso de victoria republicana, garantice la independencia del Marruecos espa-

<sup>33</sup> *Istochnik*, n° 4, 1998, p. 86.

<sup>34</sup> «XXII congreso del PCUS», *Cahiers du communisme*, diciembre 1961, p. 363.

ñol. Antonov-Ovseenko apoya la idea y pide la aprobación de Moscú. Pero París y su gobierno del Frente popular, y Londres y su City no aceptarían una promesa que pondría al Marruecos colonial francés a sangre y fuego así como a todo el Mahgreb. ¿Acaso ese cónsul pretende enemistar a Stalin con Blum y con Chamberlain? Amigo de los anarquistas, propone hacer de Cataluña la plaza fuerte de la República en lugar de Madrid «la comunista». Por último, califica de «burócrata» a Negrín, el ministro prosoviético de Hacienda. ¿Se trata de la incomprensión de un antiguo revolucionario infectado todavía por los vapores de Octubre o de un sabotaje deliberado? Poco importa: Stalin debe barrer a esas gentes que viven todavía en el mundo de ayer. España no ha de conocer una conmoción social. Así lo explica Stalin el 20 de marzo de 1937 a los escritores españoles Rafael Alberti y María Teresa León: «Hay que decir al pueblo y al mundo entero: el pueblo español no se encuentra en el momento adecuado para llevar a cabo la revolución proletaria. La situación interior, y sobre todo la internacional, no son favorables»<sup>35</sup>. Los que no lo comprendan serán etiquetados de trotskistas y liquidados. En septiembre de 1937, Stalin hace volver de Barcelona a Antonov-Ovseenko, le nombra fiscal de Rusia, lo manda detener, torturar y fusilar. A pesar de su capitulación de 1928, el organizador de la toma del Palacio de Invierno en octubre de 1917 es el símbolo de una generación irremediabilmente marcada por su pasado.

Un endurecimiento salvaje sigue por todas partes al Comité Central de febrero; hasta el momento, los comités de distrito podían tratar de defender a los militantes en apuros; de ahora en adelante, les será imposible. La ocupación permanente en los despachos del Partido consiste en examinar los expedientes de los militantes acusados de actividades contrarrevolucionarias o de relaciones con personas inculpadas. La NKVD manda acelerar al máximo las expulsiones para no detener a los militantes con el carné del Partido en el bolsillo. Pero, como el ritmo de detenciones supera al de las expulsiones, muy pronto la NKVD arresta a los militantes en posesión de su carné, que entrega al Comité del Partido correspondiente, el cual expulsa inmediatamente a la víctima. «Expulsábamos automáticamente, sin manifestar la menor duda sobre lo bien fun-

<sup>35</sup> G. DIMITROV, *Dnevnik*, op. cit., p. 125.

dado de las detenciones»<sup>36</sup>, escribe la secretaria de un comité de distrito de Moscú. Los colegas de trabajo de las personas encarceladas resultan sospechosos por no haberlos desenmascarado. María Svanidzé muestra hasta qué punto pude interiorizarse esta histeria. El 5 de marzo, vuelve sobre el proceso de enero en su diario y escribe furiosa: «Los castigos no me satisfacen. Hubiera querido que los torturasen, que les aplicaran el suplicio de la rueda, que los quemaran por todas las infamias que han cometido»<sup>37</sup>. No se puede expresar mejor el carácter medieval de esos procesos, dignos de la Inquisición.

Algunas de sus víctimas, como hipnotizadas, siguen viendo en Stalin la representación mítica del Partido que está liquidando: así, desde el fondo de su celda de la Lubianka, Bujarin escribe a su «Koba» unas cartas histéricas. El 15 de mayo se deshoga: «Yo soñaba con estar más cerca de la dirección y de ti, no lo oculto [...]. Había aprendido no solo a respetarte de nuevo, sino a quererte entrañablemente». Como Stalin había ironizado sobre las diez mujeres de Bujarin, este rectifica: no ha tenido más que cuatro y le han hecho sufrir con frecuencia. Recuerda con emoción el Comité Central de diciembre de 1936 durante el cual Stalin había diferido la decisión que se iba a adoptar en contra de él; cuando lo explicó en su casa, todo el mundo se echó a llorar<sup>38</sup>. Bujarin, con su exageración acostumbrada, describe aquí el sentimiento que Stalin ha sido capaz de inspirar a centenares de cuadros. Ante el ascenso del fascismo, la resistencia campesina y la amenaza de los países capitalistas, fuera del Partido –encarnado por él– no hay salvación. Y así, se dejan arrastrar a la muerte repitiendo mecánicamente: «Tengo limpia la conciencia ante el Partido», provocando únicamente risotadas o insultos por parte de Stalin. Así, en el margen de la carta que, antes de ser fusilado, le envía el general Iakir diciendo: «Moriré pronunciando palabras de cariño hacia ti, hacia el Partido y hacia el país»<sup>39</sup>, garrapatea «degenerado y prostituido».

El 10 de mayo de 1937, Stalin ataca al cuerpo de oficiales: sustituye a los instructores políticos por comisarios militares a los que define como «los ojos y los oídos del Partido y del gobierno», so-

<sup>36</sup> K. TCHUDINOVA, «Los días difíciles», art. cit., p. 117.

<sup>37</sup> *Iossif Stalin v obiatiaj semii*, op. cit., p. 191.

<sup>38</sup> *Istochnik*, nº 3, 2000, pp 48-49.

<sup>39</sup> *Voenny Arjiv Rossii*, 1993, vol. I, p. 50.

metidos a la Dirección política del Ejército rojo confiada a Mejlis. La única responsabilidad de los instructores era la propaganda política entre el ejército; los nuevos comisarios han de vigilar a los oficiales y redactar al menos dos informes al año sobre cada uno de ellos sin comunicarlo a los interesados. Es la aparente resurrección de una institución de la guerra civil, pero en una situación completamente distinta: los comisarios políticos habían sido nombrados para controlar la inocuidad política de las órdenes dadas por los oficiales procedentes del ejército imperial. El decreto del 10 de mayo de 1937 se publica tras una veintena de años de formación de un cuerpo de oficiales rojos, entre los cuales, los supervivientes del antiguo ejército solo son un puñado; su lealtad al régimen es poco discutible, pero su abnegación personal por Stalin es realmente incierta.

Seis semanas después de haber aprobado por consulta escrita la detención y la expulsión de Iagoda, los miembros del Comité Central reciben nuevas propuestas de expulsión: 4 del 17 al 22 de mayo, y luego, a final de mes, una lista de generales y mariscales, miembros del Comité Central, acusados de haber conspirado junto al Estado Mayor alemán. Tujatchevski, detenido el 22 de mayo, trasladado a Moscú el 24, e interrogado el 25 con extrema brutalidad, confiesa al día siguiente. Los generales Iakir y Uborevitch son también expulsados y arrestados inmediatamente. El 30 de mayo, Stalin envía a todos los miembros del Comité Central un formulario de consulta firmado con su nombre para devolver rubricado: «A la vista de los datos [...] que descubren la participación de Iakir, miembro titular del Comité Central, y la del miembro suplente Uberevitch en un complot militar-fascisto-trotskyista-derechista y su actividad de espionaje en beneficio de Alemania, de Japón y de Polonia, el Politburó somete a votación de los miembros titulares y suplentes del Comité Central la propuesta de expulsarlos de las filas del PCR (b) y de entregar sus expedientes a la NKVD»<sup>40</sup>. Nadie dudaría en aprobar ese texto delirante. ¿Cómo negarse a expulsar del Partido a unas personas culpables de tan graves crímenes, a pesar de que Stalin los describe en términos tan vagos? El 26 de mayo, Tujatchevski confesaba todo lo que le exigían: tenía orga-

<sup>40</sup> *Ibid.*, p. 45. Tres días más tarde fue sometido al Comité Central un texto semejante relacionado con la expulsión de Rudzutak y Tujatchevski.

nizado un complot desde 1932 (el año del bloqueo político de los antiguos oponentes y del grupo de Riutin); se había aliado con Bujarin (al que, después de su rendición, Stalin podrá acusar así de oposición); en 1935, a raíz de un viaje a Londres, se había convertido en espía alemán, o en 1936, Putna le había organizado una cita con Sedov, el hijo de Trotski (entonces en París, pero no importa, porque el proceso no será público). Stalin no adjunta el texto de esas confesiones a su carta: el Comité Central ha de creerle ciegamente. Enviarles el texto sería atribuirles el derecho a mirarlo o a examinarlo. Solamente él puede rubricar el veredicto y esperar las consecuencias.

No hay una frontera neta que separe a los nuevos traidores de los dirigentes en sus cargos a los que Stalin debilita y luego margina. El terror que el Guía desencadenó después del asesinato de Kirov le permitió emanciparse definitivamente del Politburó cuyas reuniones, cada vez más irregulares, fueron sustituidas por una rápida consulta individual, por reuniones informales o por diversas comisiones (llamadas «reducidas») en las que Stalin modificaba el encabezamiento y la composición. Fue tal la marginación de las altas instancias elegidas, que algunos miembros del Politburó (Eije, Kossior) fueron detenidos y ejecutados sin haber sido expulsados de los puestos teóricamente dirigentes que ocupaban.

El 14 de abril, el Politburó crea así dos comisiones permanentes restringidas, una dedicada a la política exterior y otra, a la política económica: Stalin, Molotov y Kaganovitch figuran en ambas, Vorochilov y Iejov en la primera, y Tchubar y Mikoian en la segunda. Como hecho excepcional, Stalin justifica esta medida en una nota al Secretariado y otra al Politburó, una medida que restringe sus funciones. Esas comisiones, dice, tienen por objeto paliar la ausencia de los miembros del Secretariado que estén de viaje o vivan lejos de Moscú (Jdanov) o que estén sobrecargados de trabajo (Kaganovitch y Iejov). Sin embargo, no se comprende cómo unas reuniones suplementarias de responsables, ya agobiados por sus obligaciones, podrían mejorar el funcionamiento de unos organismos regulares. En realidad, Stalin pretende diluirlas por medio de la multiplicación de células variables y movibles. Ese mismo 14 de abril crea una «comisión permanente cerca del Politburó» compuesta, además de por él mismo, por Molotov, Vorochilov, Kaganovitch y Iejov, encargada de «preparar para el Politburó y, en caso de urgencia, resolver

los problemas de carácter particular y secreto, especialmente los temas de política exterior»<sup>41</sup>.

Mientras pone a punto la operación Nikolaienko, Stalin organiza, desde abajo, la represión contra el aparato medio del Partido, ofrecido a los comisarios como chivo expiatorio de su política. A partir de febrero de 1937 se multiplican los procesos contra responsables locales del Partido, de los soviets y de los kolkjoses, unos procesos a los que *Pravda* y los periódicos regionales conceden un gran eco. Esos cuadros están acusados de haber elevado artificialmente el plan de recogida, descontar demasiado trigo de los koljoses, confiscar ilegalmente sus bienes y sus terrenos, liquidar koljoses, olvidar que «los koljozianos son los dueños de su koljoz». Estos procesos se basan en unos testimonios abrumadores y verídicos por parte de los campesinos en contra de los inculpados, condenados a penas de 6 meses a 10 años de detención con confiscación de sus bienes. *Pravda* de los días 9 y 12 de marzo se vale de miles de cartas entusiastas dirigidas a Stalin, a Kalinin o a la redacción, en las que dan las gracias a la Justicia por haber castigado a sus opresores.

Siguiendo su plan por etapas, el 1 de junio, Stalin convoca una reunión del consejo militar del comisariado de la Defensa (veinte de sus miembros, es decir, la cuarta parte, están encarcelados) ampliada con el Politburó y con 116 altos grados del ejército. Ante una asistencia atónita, el 2 de junio, en el discurso más caótico de su carrera, pinta el cuadro de un gigantesco complot tentacular, sembrado de digresiones y carente de argumentos: «Los dirigentes políticos son Trotski, Rykov y Bujarin. Y yo añado también a Rudzutak [...], un espía alemán, a Karajan, Enukidzé, y luego a Iagoda y Tujatchevski». Añade también a 5 generales; es decir, 13 individuos en total, que forman «el núcleo de un complot-político militar que ha entablado relaciones sistemáticas con los fascistas alemanes, sobre todo, con la Reichswehr... Diez de ellos son espías [...]. El organizador del grupo es Trotski». Respecto a Rykov, Stalin no dispone de datos que atestigüen que «haya informado a los alemanes», pero «ha estimulado dichas informaciones a través de su gente». En lo que se refiere a Bujarin, «todos sus amigos más cercanos [...] proporcionaban sistemáticamente informaciones al Estado Mayor alemán». Por último, «Iagoda es un espía y ha llenado de espías la

<sup>41</sup> O. KLEVNIUK, *Le Cercle du Kremlin*, op. cit., pp. 254-255.

GPU». Para terminar, adorna con una historia de mujer ese increíble complot que habría sido montado al mismo tiempo por la NKVD y por el Estado Mayor, dos poderosos aparatos que habían realizado la proeza de no haber emprendido jamás cosa alguna. Cuenta que Rudzutak transmitía sus informaciones a una Mata-Hari alemana, Josephina Guenzi: «Es una hermosa mujer. Un antiguo agente», dice Stalin y, en un estilo de seminarista ruso renegado, concreta: «Enroló a Karajan a base de una parte de su cuerpo de mujer de bandera. Enroló a Enukidzé. Ayudó a enrolar a Tujatchevski. Tiene en sus manos a Rudzutak. Es una agente muy experimentada [...]. Es hermosa; responde gustosa a todas las proposiciones de los hombres y luego los destruye».

Pero, insiste Stalin, este complot no tiene raíces internas, pues los éxitos de la URSS, «cuya agricultura progresa y progresará», son «extraordinarios». Este complot es el resultado de los manejos de la Reichswehr, asociada a unos dirigentes soviéticos descontentos por su falta de promoción (aunque ¡la mayor parte pertenecen a las cumbres del Estado!). Stalin anima a la asistencia a denunciar a los sospechosos, que lo serán incluso con el 5% de probabilidades, siempre insistiendo en que hay que ser indulgente con los antiguos trotskistas que «han roto con el trotskismo, han roto firmemente y lo combaten a conciencia». Pone como ejemplo a Andreiev, «un trotskista activo en 1921» que ahora «lucha bien»<sup>42</sup>.

Entre la asistencia, 42 suboficiales toman la palabra para denunciar a los conspiradores (32 de ellos serán detenidos y fusilados en los 18 meses siguientes). Stalin elige 9 entre los más dotados oralmente, para formar un tribunal que una semana más tarde juzgará a los acusados. El 5 de junio, Stalin, junto con Molotov, Kaganovitch y Iejov, elige de la lista de generales detenidos a los ocho que irán a juicio. La elección anuncia la caza a los «alógenos»: dos son lituanos (Ubovitch y Putna), dos judíos, incluso tres si se les añade Gamarnik, que se suicida pero que figuraba en la lista de conspiradores (con Iakir y Feldman), un estoniano (Kork) y un letón (Eideman). Uno de los dos rusos, Iegorov, intenta enternecer a Stalin recordándole que más de una vez «han comido en el mismo plato» durante la campaña de Polonia de 1920. Pero Stalin, que había flirteado con su mujer cinco años después, no cultiva la nostalgia: Iegorov será fu-

<sup>42</sup> *Istochnik*, n° 3, 1994, pp. 73-77.



silado como los otros, así como su mujer, Olga, calificada de espía polaca y fusilada el 23 de agosto de 1938 por haber callado, además, la participación de su marido en el «complot militar-trotskista-fascista-derechista».

El 10 de junio, *Pravda e Izvestia* publican un artículo extraordinariamente violento firmado por dos desconocidos, Konstantinov y Kutuzov, contra el *Napoleón* de Eugène Tarlé, en el que acusan al autor «de intentar fundamentar el “concepto” de “bandido” [...] de los guardias fascistas y de sus agentes trotsko-bujarinistas, que [...] se esfuerzan por justificar su vil plan de restauración del capitalismo, su negra traición y su villanía, en una “analogía histórica” con Napoleón». Al día siguiente, *Izvestia* anuncia la apertura del proceso de los generales por alta traición. En la página tres, una «Nota de la redacción» rectifica las invectivas de la víspera: «Ciertamente, Tarlé no es un marxista. Su libro sobre Napoleón contiene una serie de errores importantes, pero es imposible calificarlo de falsario y de unir su nombre con el del “bandido trotskista Radek”». En nombre de la «Redacción», *Pravda* publica una nota parecida. Ambas concluyen que el libro de Tarlé es una de las mejores obras no marxistas sobre Napoleón. Únicamente Stalin podía desautorizar a los dos diarios centrales de la URSS. Es patente que él mismo inspiró o firmó los dos artículos y las dos rectificaciones; Konstantinov y Kutuzov eran dos máscaras del Secretario general, disfrazado de periodista, que siembra el temor y luego devuelve la esperanza.

La conjunción de esos dos acontecimientos tan desproporcionados es significativa: el mismo día en que se inicia el proceso a los jefes del Ejército rojo, veteranos de la guerra civil, Stalin protege públicamente al autor de *Napoleón*, un antiguo y destacado KD. Pone así punto final al complot de la «organización masónica contrarrevolucionaria», llamado «la fraternidad única del trabajo», en la que implica a Nicolás Moskvín al que manda detener el 14 de junio. Moskvín es el antiguo jefe de la Sección de organización y de afiliación del Comité Central y protector de Yakov en otro tiempo.

Durante el desarrollo del proceso, antes incluso del pronunciamiento de la sentencia, Stalin envía a los Comités centrales de los partidos de las quince Repúblicas, así como a los secretarios de los comités territoriales y de provincias, una instrucción urgente firmada con su nombre, pidiéndoles, en nombre del Comité Central (al que no ha consultado), que «organicen mítines de obreros, y donde

sea posible de campesinos y también de unidades del Ejército rojo, para plantearles unas resoluciones sobre la necesidad de aplicar la pena capital. El proceso dará fin en la noche de hoy; el resultado se hará público mañana, es decir, el 12 de junio»<sup>43</sup>. Es difícil expresar más claramente que lo tiene todo decidido.

De los nueve mariscales y generales «juzgados», siete (Dybenko y el mariscal Blücher entre ellos) serán liquidados en los meses siguientes. Este proceso inaugura una gigantesca purga en el cuerpo de oficiales superiores. La NKVD descubre complots «militaro-fascistas», complots «monárquicos de antiguos oficiales blancos» y «organizaciones terroristas de espionaje y diversión» en todas las regiones militares, en las flotas del Báltico, del Norte y del océano Pacífico, en la reducida flota del río Amur, en el seno de las fuerzas aéreas, en la Dirección política del ejército rojo, en la Academia militar del Estado Mayor general, en las escuelas de infantería, de caballería, de artillería... La lista es interminable.

La marejada de la represión multiplica las tensiones en el aparato. Trotski lo presente y lo sabe; a mediados de junio envía un telegrama al Comité ejecutivo central de los soviets: «La política de Stalin conduce a una derrota definitiva tanto en el interior como en el exterior. La única solución estriba en dar un giro hacia la democracia soviética, empezando por una investigación sobre los últimos procesos. En este sentido, contáis con mi apoyo total». Stalin, enfurecido, escribe en el telegrama: «¡Cochino espía! Espía desvergonzado de Hitler»<sup>44</sup>, antes de darlo a conocer a los demás miembros del Politburó. Trotski es consciente de que la devoción real de la mayoría de los dirigentes es inversamente proporcional a sus demostraciones oficiales, y que la situación de Stalin es frágil e inestable. Espera que, ante la ola de terror que elimine a unos tras otros, surgirá una coalición de dirigentes para echar a Stalin y a su grupo. Precisamente este temor obliga a Stalin a multiplicar las operaciones quirúrgicas preventivas.

También le impide dedicar tiempo a su madre, entonces agonizante. Keké había caído enferma el 13 de mayo de 1937 y murió el 4 de junio. Stalin no acudió al entierro; se limitó a enviar una corona con esta inscripción escrita en ruso y en georgiano: «A mi madre

<sup>43</sup> *Rosiiskie Vesti*, n.º 7, 1992.

<sup>44</sup> *Novoe Vremia*, n.º 50, 1994, p. 37.

querida y amada, de su hijo Iosiv Djougachvili (Stalin)». Su hija afirma: «Su muerte entristeció mucho a mi padre»<sup>45</sup>. Pero tenía otras prioridades.

Dirige la vida de familia como los asuntos del Partido, por decisión autoritaria y sin discusión. Su hijo mayor, Yakov, ha asistido a la escuela de artillería. El segundo, Vasili, apasionado también por los cañones, se inscribe en la primera Escuela especial de Artillería de Moscú, pero su padre se niega: imposible tener dos hijos en la artillería: Vasili será aviador. Ingresará en una escuela especial, sale en 1938 y al año siguiente marcha al servicio militar. «Desde que salí de la escuela, afirmaré, ya no tuve con mi padre más conversaciones de hijo a padre. Cada encuentro se transformaba en una conversación sobre las fuerzas armadas aéreas»<sup>46</sup>. Stalin dirige la vida de su familia como lo hace con el arte: en función de un único criterio de utilidad.

El 21 de julio, Stalin monta el segundo acto de la liquidación de la dirección de las Juventudes comunistas. Llama a su despacho a Kossarev, su Secretario general, y, en presencia de Iejov, le reprocha que no ayude a la NKVD a descubrir a los enemigos. Iejov anuncia la detención de un dirigente de las Juventudes, Nazarov, por pertenecer a una organización contrarrevolucionaria<sup>47</sup>. Kossarev se defiende: ignora el contenido de los dossieres en posesión de la NKVD y así no puede descubrir a los enemigos del pueblo con la eficacia de Iejov. Stalin termina amenazándole: «No quieres desempeñar este trabajo»<sup>48</sup>. Un mes después, *Pravda* enumera una lista de los dirigentes detenidos de las Juventudes «que han hecho su sucio y vil trabajo utilizando la estúpida enfermedad de la ceguera política de toda una serie de grados dirigentes del Buró del Comité Central de las Juventudes, y en primer lugar del camarada Kossarev», bien desconcertado...

De momento, Stalin lo deja tranquilo. Tiene una prioridad: la purga del ejército que realiza a paso de carga. El 26 de julio, Iejov envía a Stalin una lista de 138 suboficiales que plantea colocar en la primera categoría: la de los condenados a muerte. Stalin y Molotov apuntan y firman: «fusilar a los 138». En noviembre, Iejov entrega una segunda lista de 292 suboficiales. Stalin y Molotov, igualmente

<sup>45</sup> S. ALLILUIEVA, *Vingt lettres à un ami*, op. cit., p. 169.

<sup>46</sup> *Iossif Stalin v obiatiaj semit*, op. cit., p. 126.

<sup>47</sup> *Ogoniok*, n.º 7, febrero 1988, p. 27.

<sup>48</sup> *Istoricheski Arxiv*, n.º 4, 1997, p. 67.

lacónicos, apuntan: «fusilar a los 292». ¿Cuántos oficiales y oficiales de grado superior fueron liquidados? Roy Medvedev avanza una cifra de 25.000 a 30.000, Dmitri Volkogonov 40.000, Alexandre Iakovlev 70.000. El historiador Oleg Suvenirov extrae de los archivos unas cifras mucho más modestas: entre 1937 y 1939, escribe, los tribunales militares solo condenaron a 8.122 oficiales y oficiales de rango superior. Pero en esas cifras no incluye a las fuerzas aéreas ni a la marina ni a los oficiales pasados a la reserva, detenidos y juzgados después, ni a todos lo que, anticipándose a su detención, se suicidaron. En efecto, tras el proceso de junio de 1937, el mando soviético fue diezmando a causa de una oleada de suicidios que no figuran en las estadísticas de la represión. Hay que añadir a ellas los 11.000 oficiales enviados al Gulag. El mismo Vorochilov, en su discurso de octubre de 1938, avanza la cifra de 40.000 cuadros del ejército eliminados. Indudablemente, es la acertada.

El alto mando está aniquilado: la casi totalidad (salvo Vorochilov y Budionny) de los 41 mariscales, almirantes, comandantes del ejército han sido fusilados, más 339 generales de una estrella (en este caso, de un rombo), 216 generales de dos estrellas, 88 generales de tres estrellas, sin contar, en las tres categorías, 63 muertos durante la detención o los interrogatorios, 8 suicidios y 85 deportados al Gulag. El total de esta suma macabra: cayeron 714 generales, es decir, dos veces y media más que a lo largo de la Segunda Guerra Mundial, en la que, en cuatro años, perecieron 294 generales y almirantes, la mayoría bajo las balas alemanas, y unos cuarenta bajo las de la NKVD. Es una sangría sin igual en la historia.

Stalin liquida también a los cuadros de los institutos de investigación: la oficialidad de los cuadros de cohetes, considerada como una obra de Tujatchevski, es decapitada. El 3 de noviembre de 1937, la NKVD detiene a su director Kleimenov, fusilado el 10 de enero de 1938; luego al ingeniero jefe y a otros cinco ingenieros, Léonid Schwartz entre ellos, y el 27 de junio de 1938, a Korolev. Estos dos últimos son los inventores de los famosos Órganos de Stalin (Katiucha) que aterrorizarán a los soldados de la Wehrmacht. Se les acusa de haber fabricado unos motores de cohete totalmente defectuosos que, sin embargo, funcionan normalmente. Korolev invita al investigador de la NKVD a revisar el instituto. El otro le responde que tiene otras cosas que hacer: sabe que la acusación no tiene nada que ver con la realidad.

Algunos historiadores rusos discuten la envergadura del golpe asestado al Ejército rojo: el alto mando procedente de la guerra civil, formado en sus rudimentarios combates, dicen, habría sido incapaz de afrontar la Segunda Guerra Mundial. Al renovarlo, Stalin habría promocionado a una guardia joven, más moderna, más móvil, más abierta, pero los escasos supervivientes, Vorochilov y Budionny en primer lugar, encarnaban la guerra de partisanos y sus cargas de caballería sable en mano. Fueron ellos lo que se opusieron a la reducción del papel de la caballería y a su sustitución por los vehículos blindados y las divisiones motorizadas, como pretendía Tujatchevski. Además, dieron pruebas de su mediocridad —nulidad en el caso de Vorochilov— a lo largo de la guerra contra Finlandia (diciembre de 1939-marzo de 1940) y de la invasión alemana. Por otra parte, la mayoría de los mejores generales de la Segunda Guerra Mundial, Jukov, Koniev, Malinovski, Meretzkov, Kurassov, Malinin, Zajarov, Pokrovski, habían sido alumnos de Uborevitch y, según uno de ellos, eran muy poca cosa comparados con él. Algunos, como Koniev y Jukov, habían hecho sus primeras armas a lo largo de la guerra civil. El mariscal Timochenko, uno de los mejores jefes militares soviéticos de la Segunda Guerra Mundial, y cuya opinión tiene indudablemente más peso en este terreno que la de los hombres de oficina, afirma: «Mijail Tujatchevski estaba excepcionalmente dotado, nos sobrepasaba a todos en una cabeza»<sup>49</sup>. Por último, la denuncia de 40.000 oficiales como traidores y espías desorientará a los supervivientes y hará sospechosos globalmente a los mandos a ojos de sus soldados. Los nuevos cuadros del Ejército rojo tendrán que formarse sobre el terreno, y sufrir dos años de derrotas y pérdidas gigantescas para aprender a alzarse hasta la altura de sus tareas. Stalin ha minado a conciencia la capacidad defensiva de la URSS con fines políticos y para saldar sus cuentas.

Continúa su operación en junio durante el Comité Central por medio de una nueva lista de declaraciones abrumadoras. Ha tardado cierto tiempo en conseguir la del antiguo trotskista Beloborodov. El 26 de mayo, Iejov le transmite lo poco que le había arrancado. Furioso ante el escaso resultado obtenido, Stalin le devuelve las declaraciones con una nota colérica: «Parece que, para Beloborodov, la cárcel es una tribuna en la que pronunciar discursos y hacer

<sup>49</sup> *Riadom so Stalynym, op. cit.*, p. 270.

declaraciones sobre la actuación de un montón de gente, pero no sobre la suya. ¿No ha llegado el momento de presionar a ese señor y obligarle a contar sus asuntos sucios? ¿Dónde está instalado? ¿En una cárcel o en un hospital? I. St.». Sobre Beloborodov llueven los golpes<sup>50</sup>.

El Comité Central, convocado inicialmente para el 20 de junio, se abre el 23 con una amenazadora «comunicación del camarada Iejov». Un espeso velo de misterio pesa sobre los cuatro primeros días de esas reuniones —cuyas sesiones Stalin prohíbe mecanografiar— dedicadas oficialmente a la nueva ley electoral, a la mejora de las semillas de los cereales, a la técnica de rotación de cultivos y al perfeccionamiento del trabajo en las fábricas de maquinaria y tractores. Según Jruschov, cada orador tenía que criticar a un vecino. Stalin invita a los miembros del Comité Central a destrozarse entre ellos para poder vigilarlos. Empieza atacando violentamente: desde el primer día, 26 miembros del Comité Central son expulsados sin explicaciones: 7 por «desconfianza política», y otros 19, entregados inmediatamente a la NKVD, «por traición al Partido y a la patria y patentes actividades contrarrevolucionarias». Entre ellos figuran Knorin, antiguo dirigente del Komintern, Cheboldaiev, antiguo secretario de la región Azov-mar Negro, y Ounchlicht, antiguo fiscal.

Circula el rumor de que dos miembros del Comité Central habían manifestado entonces su oposición. Según Guberman, secretario de Kaganovitch, al comienzo de la reunión, Stalin pide que cedan plenos poderes extraordinarios a Iejov a fin de liquidar a todos los «derechistas». Piatnitski, ex jefe de servicios de conexión del Komintern, declaró entonces: Hay que limitarse a expulsar del Partido a Bujarin y a los derechistas, aprovechar su experiencia económica y no dar plenos poderes a Iejov cuyas decisiones y métodos son muy discutibles; es preciso también reforzar el control del Partido sobre su actuación y la actuación de la NKVD. Stalin decreta entonces una interrupción de la sesión y envía a Molotov junto a Kaganovitch y Vorochilov para pedir a Piatnitski que retire su intervención. Piatnitski se niega. Al día siguiente, Iejov lo denuncia como antiguo jefe de la Ojrana y lo somete a censura<sup>51</sup>. Esta rebelión de Piatnitski, después de la expulsión de 26 miembros del ate-

<sup>50</sup> *Izvestia, TSK KPSS.*

<sup>51</sup> I. PIATNISKAJA, *Chronique d'une déraison*, París, Seuil, 1992, pp. 14-16.

rrorizado Comité Central, parece poco creíble. Este antiguo sastre, bolchevique desde los primeros tiempos, llevaba algún tiempo convertido en un hombre de oficina, totalmente sometido a Stalin. Por cierto, el 25 de junio será expulsado del Comité Central, pero su detención, el 7 de julio, se inscribe ante todo en la organización del gran proceso público del Komintern.

En cambio, el escándalo de Kaminski, antiguo comisario del pueblo en la Sanidad, está certificado por Jruschov y se inscribe plenamente en la gran tradición de las intrigas llevadas a cabo en el seno de la alta burocracia soviética. Para llegar a las manos con un rival, Kaminski utiliza la invitación de Stalin a criticar a sus camaradas. Así pues, acusa a Beria de haber trabajado en Baku desde 1918 a 1920 para los servicios de información de los nacionalistas musavatistas controlados por los servicios de información británicos —lo que es cierto—, y luego, de haber asesinado a Khandjan, Primer secretario del PC armenio, y de haber envenenado a Lakoba, presidente del Comité ejecutivo de los soviets de Abjazia. Pero Stalin, que justamente deseaba desembarazarse de aquel demasiado independiente Lakoba, necesita a Beria, y Kaminski se había equivocado de presa. Es detenido inmediatamente y expulsado del Comité Central y del Partido «como indigno de confianza».

En el transcurso de esta reunión de junio del Comité Central son expulsados 31 miembros en total: la mayor sangría de todas las realizadas. Además, el pleno vota una resolución autorizando oficialmente el recurso a la tortura, ya empleado anteriormente. Algunos inocentes cuadros del Partido protestan, en efecto, por el empleo de «medidas de presión física en contra de los detenidos» ¡por parte de la NKVD! Era preciso, pues, reglamentar su empleo y aterrorizar así un poco más al aparato. Como Stalin no desea dejar huellas, la resolución no queda unida al acta, muy parcial, de esta reunión. Pero el 10 de enero de 1939, enfrentado a las preguntas e incluso a las protestas de los cuadros del Partido, dirige en ese sentido un telegrama cifrado, para devolver a Moscú o destruir después de su lectura, a los secretarios de los Comités Centrales de las Repúblicas, a los secretarios regionales y territoriales, así como a las direcciones de la NKVD de las Repúblicas. Únicamente ha aparecido un ejemplar en los archivos del Comité regional del PC del Daghestan.

El texto en cuestión fue autenticado en el transcurso de una agria discusión entre Jruschov y sus adversarios en el Comité Cen-

tral de junio de 1957. En él, Jruschov pidió a Molotov que se explicara sobre «la decisión de torturar a los detenidos para arrancarles las declaraciones. ¿Quiénes han firmado el documento bajo golpes y torturas?». Molotov respondió que se trataba de «una decisión unánime y secreta del Politburó». Kaganovitch lo confirmó: «Todos los miembros del Politburó firmaron para aplicar unas medidas extremas de presión física contra los espías [...], el documento había sido redactado por Stalin y lo firmaron todos». A continuación, Stalin lo había presentado como una decisión del Comité Central que, con taimado placer por su parte, lo había confirmado en la reunión de junio<sup>52</sup>.

A partir de entonces, Stalin tiene las manos completamente libres para imponer sus decisiones, eliminar a los hombres que le disgustan, que han cumplido su tiempo o le incomodan, y reemplazarlos por sus paniaguados. El pleno de junio va seguido, por supuesto, de un nuevo desencadenamiento de la represión: el 2 de julio, Stalin obliga al Politburó a adoptar una de las decisiones más brutales del Gran Terror. En ella afirma que «la mayor parte de los antiguos kulaks deportados [...], al regresar a su país de origen tras expiar su pena, aparecen como los promotores de toda clase de crímenes y actos de diversión antisoviéticos». Hace censarlos a todos con objeto de «detener inmediatamente y fusilar a los más hostiles de entre ellos después del examen administrativo de su asunto por parte de una troika». Los menos hostiles serán deportados. Los destinatarios del telegrama tienen cinco días para establecer la composición de esas troikas y el número de individuos que han de ser deportados o fusilados<sup>53</sup>. El 10 de julio, Jruschov, Primer secretario de Moscú, informa a Stalin de que 33.436 criminales y 7.869 kulaks que han purgado su pena residen en la provincia de Moscú. En total clasifica a 8.500 para fusilar y 32.805 para deportar. La troika de Moscú está compuesta por Jruschov y Redens, cuñado de Stalin.

Una instrucción del 30 de julio distribuyó a las víctimas en dos categorías: los condenados a arresto y al fusilamiento inmediato y los castigados a un internamiento de 8 a 10 años. Parece ser que esta limpieza tuvo lugar en 4 meses. Unos datos estadísticos incompletos llegan a una cuota total de 259.450 personas detenidas de las

<sup>52</sup> *Istovicheski Arzu*, n.º 3, 1993, pp. 88-89.

<sup>53</sup> O. JLEVINIK, *Le Cercle du Kremlin*, op. cit., p. 207.



que 72.950 serían ejecutadas. Para demostrar su celo, los dirigentes locales reclaman un aumento de sus cuotas. Inmediatamente, el Politburó eleva en cerca del 10% el total de personas que hay que detener y en más del 20% los futuros fusilados. Si las cuotas se fijan en Moscú, las víctimas, salvo los dirigentes, se designan sobre el terreno. Los arreglos de cuentas personales funcionan a todo tren; ¿cuántos trotskistas, nacionalistas burgueses o guardias blancos no son más que unos vecinos cuyos apartamentos o habitaciones se codician, o un contraamaestre, un jefe de brigada, un director o un compañero al que hay que hacer pagar un antiguo contencioso? Dos meses después, el Politburó añade un lote suplementario de alrededor de 90.000 individuos a los que hay que detener (y la mayoría ejecutar) y ordena fusilar a 10.000 detenidos del Gulag. Sus miembros recorren la URSS organizando la operación cuyos objetivos serán revisados al alza, para ponerla en marcha en cuatro meses. Stalin supervisa personalmente cada detalle de la operación, y con este motivo recibe a Iejov siempre que acude al Kremlin. Así, el 4 de julio se entrevista con él durante una hora, durante tres horas el 5 y el 7, entre una hora y dos casi todos los días desde el 9 al 26 de julio, tres horas los días 28 y 31 de julio, y tres horas y media el 29. En dos años, Iejov despachará con él durante seiscientas cincuenta horas...

Entonces, Stalin recurre de nuevo a los servicios del doctor Valedinski, a cuyo hijo acaba de detener la NKVD poco antes de su consulta. El médico lo ausculta y luego dice: «Es la última vez que vengo a verle. Un padre es responsable de su hijo»<sup>54</sup>. Stalin, extrañado, le interroga, convoca a Poskrebychev y le confía el asunto. Dos semanas después, el prisionero queda en libertad, pero Stalin, desconfiando, no vuelve a solicitar los servicios de Valedinski en tres años.

Si no puede controlar todo en detalle, Stalin regula él mismo el mecanismo de la represión, diseña los objetivos, designa las categorías de las víctimas, crea o avala largas listas nominativas y, a pesar de su legendaria prudencia, firma gran número de ellas. Aunque siempre pone por delante a Iejov, que da su nombre a la oleada de terror bautizada como la «Iejovchtchina», sigue la campaña personalmente, desde las medidas pequeñas a las importantes. El 11 de julio de 1937 exige, a través de un telegrama, la organización de

<sup>54</sup> *Istochnik*, n.º 2, 1998, p. 70.

mítines reclamando la pena de muerte para los ocho jefes militares. El 18 de julio de 1937 telegrafía a Beria a propósito del arresto de un dirigente georgiano: «El Comité Central ratifica el arresto de Lordkipanidzé». Diez días después, telegrafía a Andreiev en misión en Saratov: «El Comité Central está de acuerdo con tus propuestas de presentar ante la justicia y condenar a muerte a los antiguos miembros de la fábrica de maquinaria y de tractores». El 8 de julio, a raíz del incendio de un depósito, telegrafía al secretario del comité provincial de Saratov: «El Comité Central plantea organizar dentro de siete días un proceso acelerado contra los responsables del incendio [quizá accidental en aquel verano tórrido], condenarlos a muerte y publicar en la prensa [...] la noticia de su ejecución». En nombre del Comité Central, el mismo Stalin redacta estos telegramas que el Politburó no discute y, en el mejor de los casos, une a la suya la firma de sus miembros para asociarlos a sus decisiones. Diecinueve días después, dirige un telegrama similar al comité territorial de Krasnoiarsk en Siberia oriental: «Probablemente, el incendio del complejo de molinería ha sido organizado por los enemigos. Tomad todas las medidas para descubrir a los incendiarios. Juzgad a los culpables en juicio sumarísimo. Condenadlos a muerte. Publicad la ejecución en la prensa local». Diez minutos antes telegrafía al comité regional de Smolensko una orden parecida, esta vez en primera persona: «Aconsejo condenar a muerte a los saboteadores de la región y publicar la ejecución en la prensa local»<sup>55</sup>.

En julio-agosto de 1937, 200 trotskistas de Kolyma organizan, bajo la mirada de unos marineros atónitos, una manifestación con vendedores en el puente del navío *Koula*, en la bahía de Nagaievo, y luego comienzan una huelga de hambre. Uno de ellos, Baitalski, se niega a unirse a ella explicando a sus camaradas que los tiempos han cambiado y que los van a exterminar. Stalin manda liquidarlos con ametralladoras, mujeres y niños incluidos. También sigue de cerca la deportación de los 180.000 coreanos de la región fronteriza de Vladivostok-Jabarovsk. El 11 de septiembre de 1937 telegrafía al comité regional de Jabarovsk: «Todo demuestra que la deportación de los coreanos ha sido un asunto bien madurado», y le pide que «tome medidas severas e inmediatas para la ejecución exacta del

<sup>55</sup> Todos estos textos en *Rossiskie Vesty*, n.º 17, junio, 1992.

plan y del calendario de la deportación»<sup>56</sup>. Miles de telegramas de ese estilo aparecen en los fondos Stalin.

Tras un breve período de desgracia, Molotov es, después de Iejov, el principal colaborador en esta actividad cotidiana de Stalin, que a menudo solicita su consejo sobre la actitud que debe adoptar ante determinadas denuncias. Molotov suele escribir: «Detener inmediatamente» o «Fusilar». Stalin le envía las listas de proscritos para fusilar que él firma enérgicamente. En las conversaciones que mantiene desde los años 70 a los 80 con el periodista Tchuev, parece oírse el eco de la voz de Stalin: «Yo firmaba para Beria todo lo que Stalin me enviaba con su firma. Y firmaba también, incluso cuando el Comité Central no había llegado a poner todo en claro, cuando eran acusadas personas indudablemente honestas, valientes y abnegadas. El destino de las víctimas ya venía sellado por la NKVD»<sup>57</sup>. Recordando a su viejo compañero Arossev, fusilado en 1937, afirmaba: «Era un hombre absolutamente fiel [...]. Imposible implicarlo en empresas antisoviéticas [...]. Solo podía ser culpable de una cosa: haber dejado escapar alguna frase liberal en presencia de alguien»<sup>58</sup>. ¿Bastaba, pues, una frase liberal para enviar a una persona a la muerte?

El 8 de julio, *Pravda* publica un artículo titulado «El profesor sádico y violador». Bajo este titular escandaloso, el periódico denuncia al profesor Pletnev, antiguo KD y médico de varias personalidades del régimen, como el difunto Ordjonikidzé. Según el diario, tres años antes, Pletnev había mordido salvajemente el pecho de una pobre paciente, traumatizada para siempre a causa de esta brutalidad. Dos años y medio después, el 17 de enero de 1937, la paciente, agente de la GPU, le dirige una carta calificada como B, un «documento conmovedor» según *Pravda*, que lo reproduce: «¡Maldito seas, criminal, violador de mi cuerpo! ¡Maldito seas, sádico infame que te entregaste a unos vergonzosos desenfrenos en mi cuerpo! [...]. ¡Profesor criminal: has hecho de mí la víctima de tu corrupción sexual y de tu alevosa perfidia!». Este improbable mordisco pervertido cuesta al septuagenario doctor dos años de cárcel y luego el envío al banquillo del tercer proceso de Moscú, que reanu-

<sup>56</sup> *Ibid.*

<sup>57</sup> F. TCHUEV, *Conversations avec Molotov, op. cit.*, p. 318.

<sup>58</sup> *Ibid.*, pp. 316-317.

da el tema oscurantista del médico envenenador o asesino, al que Stalin promete un gran futuro.

Para dar a la represión un matiz de apoyo popular, reanuda los procesos a responsables del Partido en el campo. Esta vez los tribunales dictan penas de muerte ante un auditorio de campesinos encantados de ver pagar a los jefecillos locales las inauditas violencias de la colectivización. La *Krestian-skaia Pravda* del 3 de septiembre, citando el grito de una campesina: «¡son basura, son caníbales!», da la medida del odio de los koljozianos dispuestos a continuar con los cuadros cuando Stalin dé fin a la renovación del aparato del Partido.

Promueve también a paso de carga la liquidación de los «extranjeros», iniciada en 1936 en lo que concierne a los polacos. En las elecciones de 1917 para la Asamblea constituyente, Letonia había votado a los bolcheviques en un 72%, y sus tiradores habían sido el apoyo militar más eficaz del ejército rojo. Después de la guerra no habían regresado a su país, sometido entonces a una dictadura parafascista. En el transcurso del primer semestre de 1936, 3.680 letones habían sido fusilados «por espionaje a favor de la Letonia burguesa»; más de la mitad de ellos eran miembros del partido bolchevique, y más de un tercio pertenecían al movimiento revolucionario desde 1905-1907.

Entonces, Stalin descubre un nuevo nido de saboteadores, ahora inesperado. Tras el cotejo de los resultados del censo de enero, el jefe del Buró de estadística llega a un resultado total de 156 millones de habitantes. Ahora bien, en enero de 1934, en el XVII Congreso del Partido, Stalin había anunciado «un crecimiento de la población de la Unión soviética de hasta 160,5 millones de habitantes a finales de 1930, y hasta 168 millones a finales de 1933», lo que significa una progresión anual de 2,5 millones de habitantes (frente a los 3,7 de la Rusia zarista desde 1900 a 1913). Basándose en la cifra imaginaria de 168 millones de habitantes en 1933, había previsto la de 180 millones de soviéticos en 1937. Calculando al máximo la cifra de individuos ausentes de sus casas, desplazados, de vacaciones, de viaje, etc., el Buró de la población llega a la cifra total de 162 millones: es decir, 18 millones menos de soviéticos respecto a la profecía de Stalin, 6 millones menos de los previstos para 1933 e, incluso, 4,5 millones menos que los anunciados para 1930. O bien ha mentido en 1934, o bien la URSS ha perdido 6 millones de habitantes desde enero de 1934 a enero de 1937. Al hinchar las cifras de la po-

blación en enero de 1934, Stalin había tratado de disimular los muertos a causa de la hambruna del invierno de 1932-1933... y que, tres años después, reaparecían de repente en el censo como otros tantos fantasmas. Stalin califica los resultados de sabotaje trotskista.

Los empleados de estadística lo pagarán con la pérdida de sus puestos de trabajo, de su libertad e incluso de su vida, como el jefe del Buró de estadística, Kraval, fusilado a finales de 1937. El jefe del Buró de la población, Mijail Kurgan, explica la gran diferencia entre las estimaciones y los resultados por el bajo registro de la mortalidad, calculado en 3,5 millones de habitantes, a los que hay que sumar, según él, el 1,5 millón de fallecidos entre los detenidos de los campos y especialmente en las regiones aquejadas por el hambre en 1932-1933. Lo mandan a Kolyma. El 25 de septiembre de 1937, un decreto revisado y corregido por Stalin declara que el censo es «defectuoso [...]», realizado con una profunda violación de los fundamentos elementales de la ciencia estadística y de las instrucciones del gobierno»; lo clasifica como documento confidencial, lo anula y anuncia un nuevo censo para enero de 1939<sup>59</sup>.

Para el gusto de Stalin, los cuadros no captan la envergadura de la purga prevista. A fin de convencer al conjunto de la población, es preciso montar un espectáculo con fines pedagógicos, como las procesiones de los autos de fe de la Inquisición. Junto con Molotov, el 2 de octubre firma una circular especialmente brutal, en la que ordena «organizar en cada República, en cada territorio, en cada provincia, de tres a seis procesos públicos de amplia repercusión en la prensa que atraigan a las masas de ciudadanos, en los que se condene a los acusados a la pena capital para castigar los casos del sabotaje organizado por los envenenadores bacteriológicos de animales que ha dado lugar a una epizootia masiva del ganado».

Esta violencia no afecta solamente a la URSS. El 7 de noviembre manifiesta su descontento a Dimitrov y a tres de sus ayudantes a propósito de la resolución, que considera blandengue, del Comité ejecutivo del Komintern sobre la campaña antitrotskista: «Es preciso, dice, perseguir a los trotskistas, fusilarlos, aniquilarlos. Son unos provocadores mundiales, los peores agentes del fascismo». Luego, durante una larga conversación privada con Dimitrov, le anuncia el

<sup>59</sup> I. POLIAKOV, B. JIROMSKAIA, V. KISSELEV, «Medio siglo de silencio», *Sociologicheskoe Issledovanie*, n.º 6, 1990, pp. 24-25.

«probable» arresto de Stassova (secretaria del Comité Central en 1918-1919) que finalmente quedará en libertad; y sobre todo le afirma: «Münzenberg es un trotskista. En cuanto llegue lo detendremos inmediatamente. Procura atraerlo hasta aquí»<sup>60</sup>. Ahora bien, Münzenber, el organizador de la propaganda estalinista mundial, el director de escena del contra-proceso del incendio del Reichstag, de los distintos congresos de la paz y la defensa de la cultura, no ha cometido más delito que haber manifestado algunas dudas sobre la política de Stalin.

Stalin da a Dimitrov una explicación rocambolesca sobre los motivos de la represión. En cada circunstancia difícil, dice, los elementos más débiles del Partido se han echado atrás. Sobre todo no han ayudado a la colectivización «cuando hubo que cortar por lo sano en el cuerpo vivo del kulak. Los más débiles se volvieron entonces hacia el enemigo extranjero, prometieron Ucrania a los alemanes, Bielorrusia a los polacos y la región de Vladivostok a los japoneses. Esperaban la guerra y empujaban sobre todo a los fascistas alemanes a atacar a la Unión soviética». Informado de ello hace mucho tiempo, Stalin ha esperado hasta conocer todos los detalles. «Esas gentes estaban preparadas para atacar en junio al Politburó en el Kremlin, pero tuvieron miedo. Se dijeron: «Stalin tirará el primero y se producirá un escándalo»<sup>61</sup>. Dimitrov se traga esta explicación rocambolesca del proceso de los militares y ve en ella una lección para su partido al que se apresta a depurar de rivales.

¿En qué medida hemos de atribuir a Stalin la decisión de liquidar a uno o a otro? ¿En qué medida le había sido inspirada o sugerida por su entorno y por las denuncias procedentes de unos cuadros preocupados por extender su vigilancia? Vasili Stalin relata un curioso episodio. Apenas entrado en funciones, Beria quiere detener a Redens, el marido de la hermana de Nadejda Alliluieva, cuñado de Stalin, por lo tanto. Redens había dirigido la GPU de Georgia antes de Beria. Destinado a Moscú, era un invitado habitual en Kuntsevo para el cumpleaños de Stalin, el 21 de diciembre. Pues bien, en abril o mayo de 1939, Vasili asiste a una conversación entre su padre y Beria apoyado por Malenkov, que en marzo había sido nombrado secretario del Comité Central y jefe de la Dirección de

<sup>60</sup> G. DIMITROV, *Dnevnik*, op. cit., pp. 128-129.

<sup>61</sup> *Ibid.*

los cuadros: Beria quiere detener a Redens; Stalin, reticente, pide entonces a Beria: «Estudia cuidadosamente los cuadros con ayuda de los camaradas del Comité Central. Yo no creo que Redens sea un enemigo». A los pocos días, Redens queda detenido. Stalin prohíbe la entrada en su casa a la mujer de Redens, Ana, su cuñada, que suplica a Vasili que le proporcione una cita con su padre. Stalin responde a Vasili: «No creí a Beria cuando me dijo que Redens era un enemigo, pero los cuadros del Comité Central insisten en ello. No recibiré a Anna Sergueieva porque me equivoqué respecto a Redens. ¡Y no me lo pidas más!»<sup>62</sup>. Toda esta escena hace pensar en una comedia representada para engañar a Vasili, disgustado por la detención de un pariente. Beria y Malenkov no podían exigir el arresto de un miembro de la familia de Stalin, más que a condición de que este haya sugerido la eliminación del interesado.

En la segunda mitad de 1937, el Politburó ratifica unas listas complementarias de cerca de 40.000 individuos destinados a perecer. El 31 de enero de 1938, Stalin rubrica la propuesta de la NKVD de concretar una lista de 57.200 personas para detener, de las que, desde entonces hasta el 15 de marzo, han de ser fusiladas 48.000, es decir, las cuatro quintas partes, y prolonga hasta el 15 de abril la operación en marcha desde hace varios meses de «liquidación de los contingentes contrarrevolucionarios de sabotaje y espionaje de polacos, letones, alemanes, estonianos, finlandeses, griegos, iraníes, repatriados de Jarbin, chinos y rumanos, súbditos extranjeros o ciudadanos soviéticos»<sup>63</sup>. El Politburó «propone a la NKVD que lleve a cabo una operación análoga para aplastar a los cuadros búlgaros y macedonios». Todas estas instrucciones son redactadas por el mismo Stalin, incluso si es Iejov el que, aparentemente, las plantea.

La celeridad y la intensificación de la represión cargan de deudas el funcionamiento económico del Gulag, que recibe cerca de 200.000 detenidos suplementarios en 1936 y cerca de 700.000 en 1937 y 1938. No hay medios para acoger y dar empleo a semejante aluvión de detenidos. Los dos objetivos paralelos de la represión: sembrar el terror y desarrollar los trabajos forzados chocan de frente brutalmente. Eso, entonces, a Stalin le importa muy poco, pues lo esencial para él es la liquidación de los «enemigos del pueblo».

<sup>62</sup> *Iossif Stalin v obiatnij semu, op. cit.*, pp. 120-131.

<sup>63</sup> *Moskovskie Novosti*, 21 de junio de 1992.

En consecuencia, desde 1936 a 1938, el Gulag no cumple el plan más que en un 35 a 40% (¡y eso, sobre el papel!). Esos lamentables resultados serán empleados contra Iejov en el acta de acusación que se le formule en 1939. Pero, de momento, decide endurecer aún más las condiciones de la detención. El 2 de marzo de 1937, en su informe al Comité Central, Iejov compara las cárceles y los campos de trabajo soviéticos a centros de recreo en los que se juega «al voleiball, al cricket y al tenis»<sup>64</sup>. Con esto no hace más que extender un rumor que corre por los campos según el cual Stalin compara las condiciones de los detenidos a las de un balneario o de un centro de recreo.

Ningún sector de la población debe escapar a las acusaciones de sabotaje, de diversión o de complot: a pesar del espacio, muy marginal, que ocupa en la URSS la Iglesia católica, desde 1933 Stalin hace fabricar todas las piezas de un complot católico con objeto de reprimirlo: cada nacionalidad tiene su cuota de traidores y de saboteadores. En 1937, la NKVD detiene a Vitali Larin, presidente del comité territorial del Partido de la región de Azov-mar Negro, y bolchevique desde 1914. Larin confiesa haber pertenecido desde 1928 a una organización de cosacos monárquicos que, en el otoño de 1937, pretendían asesinar a Stalin durante sus vacaciones en Sotchi, junto a algunos otros dirigentes. Ese mismo año intenta dar credibilidad a un complot socialista-revolucionario de izquierda cuyos protagonistas, exiliados en Ufa, en Bachkiria, son acusados de haber creado desde 1929 un centro terrorista para acabar con Stalin. Para hacer confesar a Maiorov, el marido de María Spiridonova —la dirigente histórica de los SR de izquierdas—, la NKVD amenaza con deportar al Gulag a su padre, un anciano lisiado de 80 años, y a su hijo de 18. Maiorov se derrumba. María Spiridonova se niega a «confesar»: carga con 25 años de campo de trabajo, y el 11 de octubre de 1941 muere fusilada en Orel.

Después de dedicarse al Partido y al cerco del ejército, Stalin ataca al último gran heredero del período revolucionario: el Komintern, donde se habían refugiado numerosos dirigentes y militantes de países de regímenes fascistas. Entonces se plantea montar dos grandes procesos públicos. En primer lugar, procesar a dirigentes del Komintern acusados de haber organizado una red trotskista que

<sup>64</sup> *Voprassy Istorii*, nº 10, 1994, p. 18.



implicaba, según unos argumentos preparados, a sus dirigentes y a los de numerosos partidos comunistas. Y serán citados el búlgaro Georgi Dimitrov, su propio secretario, encargado, por supuesto, de «dirigir el Centro de espionaje en el Komintern», los chinos Mao Tsé-tung, Chu En-lai, Lio Shao-chi, los alemanes Walter Ulbricht y Wilhelm Pieck, el italiano Palmiro Togliatti, el francés Jacques Duclos, el checo Antonin Zapotocky, el inglés Harry Pollitt, el español José Díaz, el sueco Sven Linderot, etc. Para preparar la operación, una resolución del Comité ejecutivo del Komintern exige, desde el 31 de mayo de 1937, una severa depuración en los PC de los países capitalistas, a fin de desenmascarar a los «agentes trotskistas», a saber, a los militantes «que dan a su desacuerdo radical con la política del Partido y de la Internacional comunista la forma de reservas de toda clase respecto a las posiciones tácticas del Partido»<sup>65</sup>. La preparación del proceso comienza realmente en junio de 1937, con el arresto de Piatniski. Stalin se inventa también una red trotskista en la diplomacia, destinada a implicar al comisario de Asuntos Exteriores, Litvinov, y los principales diplomáticos soviéticos.

Finalmente, Stalin renuncia a ambos proyectos. La construcción de un gigantesco complot internacional que englobe a dirigentes de decenas de países extranjeros y a diplomáticos de las cuatro esquinas del mundo —a quienes no será fácil llevar a Moscú sin problemas— es una tarea superior a Iejov y a sus servicios. De repente, aquel monumental edificio corre el riesgo de derrumbarse. Sin embargo, Stalin hace ejecutar, sin proceso, a Piatnitski y a su adjunto Knorin, a varios diplomáticos y a los dos tercios del personal de Asuntos Exteriores. Sin embargo, escapan a la purga el mismo Litvinov, simplemente cesado en sus funciones en junio de 1939, y la embajadora Alexandra Kollontai, a menos que el capricho del día no haya decidido dejarla en reserva para otra representación.

El falso complot abortado deja unas profundas huellas. Las detenciones masivas y sistemáticas perjudican a los intereses elementales del Estado. Servicios enteros, y no los menores, son desmantelados y paralizados durante meses. Así, el 3 de enero de 1939, Litvinov, por medio de una nota, llama la atención de Stalin sobre las lagunas en la representación diplomática de la URSS. Aunque

<sup>65</sup> CRCEDHC, fondos 495, inventario 20, dossier 750; *Cahiers du mouvement ouvrier*, n° 1, abril 1938, pp. 63-64.

solo está reconocida en una treintena de países, los puestos de diplomáticos están vacantes a veces durante más de un año, entre ellos los de Washington, Tokio, Varsovia, Bucarest, Barcelona, Kóvno, Copenhague, Budapest y Sofía. Allí, los encargados de negocios son los que se hacen cargo de los asuntos corrientes. En vísperas de la guerra mundial, esta lista de puestos vacantes da que pensar<sup>66</sup>, pero no representa más que un aspecto de la destrucción del cuerpo diplomático soviético: la purga liquidó a 48 diplomáticos, 30 jefes de sección del comisariado de Asuntos Exteriores, 28 cónsules y 113 responsables de servicios del comisariado, ¡para 30 embajadas!

Si el proceso del Komintern ha dado un vuelco, Stalin se lanza encarnizadamente contra el Partido comunista polaco. El 11 de noviembre de 1937, declara en el Komintern: «Todos los trotskistas deben ser perseguidos, detenidos y exterminados»<sup>67</sup>, y luego coloca esta etiqueta en la espalda de los dirigentes polacos. En diciembre de 1937 afirma: «La disolución del PC polaco lleva dos años de retraso»<sup>68</sup>. Y se efectúa por etapas: detención de sus miembros refugiados en la URSS, invitación de los cuadros polacos para que vayan a la URSS, razzia de comunistas polacos en el extranjero (serán deportados o fusilados), ejecución de la casi totalidad de su dirección salvo de los miembros encarcelados en Polonia, como Gomulka. Esta empresa se une a la deportación de los polacos que viven en la URSS y a la disolución de las dos regiones autonómicas polacas creadas a comienzos de los años 20. En un artículo titulado «Los provocadores en acción», la *Internacional comunista* de febrero de 1938 afirma que los «agentes trotskistas» se han infiltrado en toda la dirección del partido polaco, manipulados por la policía política polaca, que «¡ha hecho imprimir los libros de Trotski en sus propias imprentas y se esfuerza por distribuirlos gratuitamente entre los presos!»<sup>69</sup>. El 2 de julio de 1938, la dirección del PC polaco se somete a la disolución, consignada en agosto en una resolución no pública firmada por un tercio de los miembros del presidium del Komintern. La decisión, aunque oficiosa, se hace pública. Todo polaco que declare ser miembro del PC será desde ahora considerado y tratado como un provocador. El único dirigente en libertad que se nie-

<sup>66</sup> *Dokumenty Vnechnnei politiki SSSR*, t. 22, vol. 1, p. 10.

<sup>67</sup> G. DIMITROV, *Dnevnik*, op. cit., p. 130.

<sup>68</sup> *Voprosy Istorii KPSS*, n° 12, 1998, p. 52.

<sup>69</sup> *L'Internationale communiste*, n° 1, 1938, p. 93.

ga a aceptar la disolución y crea un partido comunista independiente, León Lipski, será perseguido por la NKVD que lo liquidará en julio de 1943 bajo la acusación de agente de la Gestapo.

Tal encarnizamiento en contra del Partido comunista polaco se explica a causa de una situación que Lenin describía en octubre de 1921: «Una victoria del poder de los soviets en Polonia *del interior* sería una inmensa victoria internacional [...]. Una Polonia soviética haría pedazos *todo* el sistema [del tratado de Versalles]. Por esta razón, los comunistas polacos asumen una responsabilidad mundial»<sup>70</sup>. Stalin lo sabe muy bien. Además, cualquier acuerdo con Hitler supone la muerte de una Polonia que incomoda a ambos dictadores y a la que difícilmente podría sostener el PC polaco. Su destrucción es nuevo guiño a Hitler.

Los días 11, 14, 18 y 20 de enero de 1938 se reúne la asamblea plenaria (!) de un Comité Central corrupto: para participar en él no quedan más que 28 de los 71 miembros elegidos en el congreso de enero de 1934; la mitad de ellos pertenecen al Politburó; es raro el que solo es miembro del Comité Central. No obstante, la purga alcanza también a esta mini-asamblea. El informe preliminar de Malenkov, el joven protegido de Stalin, está redactado para tranquilizar. Estigmatiza los errores cometidos a raíz de la expulsión de determinados comunistas y la pusilanimidad burocrática que caracterizó el tratamiento de los recursos en ayuda de los expulsados. En 1937, dice, han sido expulsados más de 100.000 comunistas, 76.000 de ellos en los seis últimos meses; ahora bien, buena parte de esas expulsiones fueron infundadas y, en numerosas regiones, la Comisión de control reintegró a la mitad o más de los expulsados; los calumniadores de los comunistas honrados han sido detenidos. En resumen, parece soplar el viento de la distensión. Y sin embargo, varios de los oradores vedettes de esta reunión serán liquidados muy pronto: Kossarev, Tchubar —a pesar de haber sido nombrado vicepresidente del Consejo de comisarios del pueblo—, Kossior, Primer secretario del PC ucraniano, y Eije, nombrado dos meses antes comisario de Agricultura. Según Stalin, que manda prolongar el tiempo concedido a Malenkov, este ha presentado «un buenísimo informe» sobre «el sabotaje en el campo»<sup>71</sup>.

<sup>70</sup> LENIN, *Oeuvres complètes*, op. cit., t. 44, p. 181.

<sup>71</sup> CRCEDHC, fondos 17, inventario 2, dossier 782.

En aquella reunión, Stalin concentró el fuego sobre el antiguo hombre fuerte de Ucrania, Pavel Postychev, cuya caída preparaba desde hacía un año. Enviado a Ucrania en 1933, Postychev había hecho reinar el garrote y el terror, e instaurado su culto personal. Con ayuda de su mujer, encargada de poner al paso a los medios intelectuales, organizó la caza a los «nacionalistas» ucranianos, a los desviacionistas de cualquier tipo y a los calumniadores que osaban recordar el hambre de 1932-1933. En febrero de 1937, Stalin lo cesó en sus funciones de Primer secretario de la región y de la ciudad de Kiev, y luego de Primer secretario del Comité Central de Ucrania, nombrándole simple primer secretario de la ciudad y la región de Kuibychev. Los motivos de su caída en desgracia son confusos. La personalización del poder no era más que un pretexto. En agosto de 1937, Andreiev, enviado por Stalin para controlar la actividad de Postychev, le reprocha no «dirigir la batalla contra los enemigos» y le exige que «movilice a las estructuras del Partido para desenmascarar a los adversarios»<sup>72</sup>.

Postychev cae en la trampa tendida por su antiguo protector y depura salvajemente el aparato del Partido. En una sola sesión expulsa a 34 diputados del soviét de la ciudad de Kuibychev y a 17 de los 41 miembros del comité de la ciudad elegido una semana antes bajo su dirección; disuelve, sin manifestarlo al Politburó, 34 comités de distrito considerados como otros tantos nidos de enemigos del pueblo. Su ansia depuradora da lugar a un alboroto indescriptible, que Malenkov subraya: «En el comité regional nadie conocía exactamente el número de comités de distrito disueltos; al principio dijeron que 13, luego que 20 y cuando se les dijo que habían sido 30, se asombraron. Y ahora sabemos que fueron 34»<sup>73</sup>. El 29 de noviembre de 1937, Postychev pide autorización a Stalin para detener al jefe de la NKVD de la ciudad de Penza, culpable de haber declarado: «Hemos expulsado a mucha gente del Partido, los comunistas caen como moscas. ¿No escribiría el camarada Stalin otro artículo sobre el vértigo del Comité Central?». Stalin mata dos pájaros de un tiro. Envía el mensaje con la siguiente anotación: «Para arrestar. Stalin»<sup>74</sup>, pero al mismo tiempo, la suer-

<sup>72</sup> ROGOVIN, *Partia Rasstrelianyj*, pp. 25-26.

<sup>73</sup> CRCEDHC, fondos 17, inventario 2, dossier 633.

<sup>74</sup> *Ibid.*

te de Postychev, que ha enfrentado así a la NKVD con el Comité Central y su jefe, está sellada.

La antevíspera de la reunión del Comité Central, Stalin hace que el Politburó denuncie la disolución de los distritos de la región de Kuybichev como «políticamente nociva» y «provocadora», y destituye a Postychev, sancionado con una severa censura. Acusado en agosto de liberalismo, ahora se ve denunciado por exceso de celo. No comprende nada: «Entre los dirigentes [...], no se ha encontrado prácticamente a un hombre honrado. ¿Qué es lo que os asombra?»<sup>75</sup>. Era lo que había advertido en los comités centrales precedentes: ¡todos traidores! Error: ¡se ha excedido y ha perseguido a personas honradas! Stalin le acusa de provocación: «Eso es fusilar a la organización por la espalda. Son tiernos para ellos mismos y fusilan a las organizaciones del distrito... Es levantar a las masas del Partido contra el Comité Central»<sup>76</sup>. Ignatov, un joven lobo que pisa los talones a Postychev, se burla de su celo para descubrir cruces gamadas en las tapas de los cuadernos de los escolares o en las cajas de bombones. Postychev pide perdón. Stalin lo echa del Politburó pero lo deja en el Comité Central. Es solo un juego para mantenerle en vilo. Tres semanas después, le acusa de haber difundido «unas directrices provocadoras de sabotaje» y manifestado «un apoyo y una confianza excepcionales en los enemigos del pueblo»<sup>77</sup>. Por consulta escrita, Postychev es expulsado del Comité Central —reducido ahora a 27 miembros— y detenido el 22 de febrero. Languidecerá durante un año en la cárcel antes de ser fusilado.

Su desgracia satisface a los ucranianos. En tiempos de Jruschov se tratará de transformar a este sátrapa en un adversario político. Así, su biografía, publicada en 1965, inventa una última conversación en el transcurso de la cual Postychev habría apostrofado a Stalin: «¿Por qué se detiene a comunistas, a personas honradas que se han jugado la vida en la clandestinidad durante los días de Octubre o en los frentes durante la guerra civil, que han dedicado su fuerza y su talento a las grandes empresas de la colectivización?»<sup>78</sup>. Los mismos comunistas que Postychev había encarcelado por miles.

<sup>75</sup> *Ibid.*, y *Statiskoe Politburó, op. cit.*, p. 160.

<sup>76</sup> *Ibid.*

<sup>77</sup> *Ibid.*

<sup>78</sup> G. MARIACINE, *Postychev*, Moscú, 1965, p. 282.

En marzo de 1938, el tercer y último proceso de Moscú contra «el bloque de trotskistas y derechistas» remata la purga del Partido. Stalin amplía el espectro de las víctimas a bujarinistas y a fieles pero antiguos estalinistas (los comisarios del pueblo Rosengoltz, Tchernov y Grinko, los dirigentes uzbekos Jodjaev, Ikramov, el antiguo jefe de la NKVD Iagoda, etc.). A los crímenes clásicos (asesinato de Kirov, atentados, sabotajes, espionaje, restablecimiento del capitalismo), añade dos nuevas fechorías: la provocación a la guerra contra la Unión soviética y su desmembramiento en provecho de los países vecinos. Vychinski acusa a los doctores Levin, Kazakov y Pletnev de haber envenenado a Kuibychev, Menjinski y Gorki. De ahora en adelante está completa la panoplia de crímenes y de criminales. Para obtener las confesiones, sometidas a Stalin como siempre, los investigadores emplean todos los métodos. La doctora jefe de la cárcel de Lefortovo, Rosenblum, tiene que poner en pie a Krestinski cuya espalda no es más que una llaga sanguinolenta. Pletnev se queja, en una súplica a Vorochilov, de que han amenazado con estrangularle; Iejov promete a Rykov, a Bujarin y a algunos otros que no serán fusilados si confiesan. Vychinski califica a Bujarin, acusado de complot contra Lenin en 1918, de «monstruoso cruce entre un puerco y un zorro»<sup>79</sup>. El tribunal condenó a muerte a 18 de los 21 acusados, entre ellos a Bujarin y a Rykov.

Cuatro días después de la ejecución, Stalin organiza en el Kremlin una grandiosa recepción en honor de los supervivientes de la primera estación soviética polar a la deriva dirigida por Papanin. El vodka y el champán corren a mares, los platos aparecen repletos de caviar. Kossarev y su mujer, rojos de placer, están entre los comensales. En mitad del festín, Molotov pronuncia los brindis en honor de los principales invitados, que deben levantarse a su vez, acercarse a Stalin y beber con él. El Guía levanta su vaso en honor de un Budionny profundamente emocionado, pues el rumor de su detención recorre ya las calles de Moscú. Se cree salvado, y además lo está. La mujer de Kossarev tiene esta vez la misma ilusoria impresión cuando Molotov pronuncia un brindis en honor «de nuestro inteligente y prometedor Secretario de las Juventudes comunistas». Alexandre Kossarev se acerca a Stalin; beben. Stalin le toma del brazo y lo besa en ambas mejillas. Kossarev vuelve a su sitio entre los aplau-

<sup>79</sup> Acta mecanografiada, Moscú, 1938, p. 298.

sos de los asistentes y, pálido, invita a su mujer a volver a su casa, la famosa Casa del gobierno. En este pesado edificio gris de 5 confortables apartamentos que el escritor Iuri Trifonov describirá con el nombre de Casa del Muelle, apartamentos que habían ocupado Butyrka y Lefortovo –las víctimas precedentes de la represión– antes de entrar en sus celdas de la Lubiánka, Kossarev cuenta a su mujer los motivos de su desasosiego: cuando Stalin le ha besado, le ha susurrado al oído: «¡Si me traicionas, te mato!»<sup>80</sup>.

En efecto, su suerte está sellada, pero Stalin acaba primero con la liquidación de los militares. Blücher, al mando en Extremo Oriente donde la tensión con los japoneses aumenta de día en día, siente crecer las intrigas en su entorno. Convocado al Consejo militar principal del 21 de mayo, se queja de ello a Stalin al final de la reunión y recibe una sencilla respuesta: «Desgraciadamente, las personas están sometidas a debilidades y, entre otras, a la envidia. Vete de vacaciones, camarada Blücher. Descansa y no hagas caso de la maledicencia. Todo irá bien»<sup>81</sup>. Blücher obedece y vuelve a su puesto. A mediados de julio se multiplican los problemas con los japoneses en los alrededores del lago Hassan. Entonces, Liuchkov, jefe de la NKVD para Extremo Oriente, sintiendo cambiar el viento, huye al Japón. Stalin envía un comando formado por Frinovski, el ayudante de Iejov, comandante de las tropas fronterizas y vicecomisario de Interior, y por Mejlis, el depurador de los militares. Uno y otro redactan un acta de acusación contra Blücher, que el 1 de agosto detecta por teléfono las sospechas de Stalin: «Dime honradamente, camarada Blücher, si realmente deseas luchar contra los japoneses. Si no lo deseas, dilo con toda franqueza, como conviene a un comunista»<sup>82</sup>. Los días 6 y 7 de julio se entabla una batalla de la que sale victorioso el Ejército rojo. En esta ocasión, Mejlis lanza, con escaso éxito, el eslogan que los instructores políticos gritarán durante la Segunda Guerra Mundial: «¡Por Stalin, por la Patria!». Vorochilov releva del mando a Blücher y lo envía con su familia a descansar en Sochi donde, el 22 de octubre, son detenidos el mariscal, junto a su hermano y su mujer. Los inquisidores de la NKVD lo muelen a golpes, le sacan un ojo, y el mariscal, que se niega a denunciar a

<sup>80</sup> *Ogoniok*, nº 7, febrero 1988, p. 27.

<sup>81</sup> *Voienno-Istoricheski Journal*, nº 4, 1994, p. 77.

<sup>82</sup> A. KARTUNOVA, «V. K. Blücher», *Voprassy Istorii KPSS*, nº 2, 1991, p. 128.

quienquiera que sea, muere el 9 de noviembre en el transcurso de un interrogatorio.

Para culminar esta profunda limpieza, Stalin se dedica por último a descalificar a sus principales colaboradores, reducidos al rango de dóciles subordinados, privados de autonomía para reflexionar y para decidir. Así, el año 1937 está marcado por una serie de llamadas internas al orden dirigidas a Molotov, que acaba de sufrir una humillación pública en el XVIII Congreso del Partido en marzo de 1939. Como presidente del Consejo, Molotov presenta su informe sobre el próximo plan quinquenal. A partir del día siguiente, Stalin, disgustado porque Molotov ha omitido el balance de la discusión previa al informe y el análisis de las enmiendas particulares y los complementos aportados a las tesis, hace que el Politburó condene ese informe rutinario. En resumen, al borrar el trabajo colectivo realizado, Molotov se había apropiado de las enmiendas de otros. El Politburó (en realidad Stalin, el único en imponer esta exigencia al jefe del gobierno) le pide que «corrija esa situación»<sup>83</sup>, lo que hace al día siguiente. Esos sofiones humillantes terminarán en 1939 tras la brutal acusación contra su esposa Paulina Jemtchujina, comisaria de Pesca.

Stalin se muestra más brutal con Kaganovitch. Durante un Politburó que sigue al proceso de los jefes militares, en junio de 1937, le interroga por sus amistosas relaciones con Iona Iakir, judío como él, jefe de la región militar de Kiev en la época en que Kaganovitch era Primer secretario del PC ucraniano. Algunos militares condenados a muerte lo han denunciado, dice, como miembro de su «organización contrarrevolucionaria»<sup>84</sup>; el investigador no ha podido arrancarle esas «confesiones» por mediación de Iejov que, por orden de Stalin, es el único capaz de comprometer a su antiguo segundo.

Al hilo de esta política, manifiesta un creciente desprecio por las instancias dirigentes. Así, en 1937 pone a Malenkov a la cabeza de la sección del Comité Central encargado de supervisar las organizaciones dirigentes del Partido, aunque Malenkov no es miembro del Comité Central, ni lo es en enero de 1938 cuando presenta el informe sobre el punto esencial del orden del día. Es patente, pues, que este organismo ya no es nada. Jruschov, miembro suplente del Polit-

<sup>83</sup> O. KLEVNIUK, *Le Cercle du Kremlin, op. cit.*, p. 260.

<sup>84</sup> *Ibid.*, p. 257.



buró a partir de marzo de 1939, ni siquiera recibe todos los documentos procedentes de esta suprema instancia. Stalin envía lo que le parece a cada uno de los miembros.

Elimina a la mayor parte de sus antiguos compañeros. Entre 1937 y 1938 hace expulsar y fusilar a 5 miembros del Politburó (3 de ellos dirigentes del Partido comunista ucraniano): Pavel Postychev, Jan Rudzutak, Robert Eije, Stanislas Kossior, Vlas Tchubar, cuatro de ellos en la víspera del XVIII Congreso del Partido, poniéndolo así en guardia. El menor pretexto justifica la eliminación: ¿Eije? Recibió a Bujarin y a su mujer durante el viaje que hicieron al Altai en el verano de 1935. Así pues, ha hecho bloque con él. ¿Rudzutak? Molotov describe su falta en términos superficiales: indudablemente, no pertenecía al «complot trotsko-zinovievista», pero al final de su vida, cuando era mi adjunto, daba la impresión de que se tumbaba a la bartola... Tenía cierta propensión al descanso [...]. Le gustaba la vida pequeño-burguesa: quedarse sentado a la mesa, comer con los amigos, estar acompañado»<sup>85</sup>. ¿Vlas Tchubar? Votaba todo, aplicaba todo, pero parecía carecer de convicción. ¿Kossior? Era demasiado blando. Y además, Benjamín, su hermano pequeño, era un trotskista convencido al que Stalin mandó fusilar. Stalin depura una vieja guardia que le ha ayudado en diversas etapas de su ascenso, y que no le debe todo, y por lo tanto obstaculiza su independencia. Rompe ese lazo liquidando a esos hombres y al 70% de los miembros del Comité Central de enero de 1934; al hacerlo, promociona una generación nueva que le debe todo y a la que no debe nada.

De esta masacre del pasado no se libran ni siquiera sus parientes. Diezma a la familia de su primera mujer: en 1939, la NKVD detiene a Alexandr, hermano de Ekaterina Svanidzé, y a su mujer, María. Ella es condenada en primer lugar a 8 años de campo «por haber mantenido conversaciones antisoviéticas, condenado la política punitiva del poder soviético y expresado intenciones terroristas contra uno de los dirigentes del partido comunista y del gobierno soviético»<sup>86</sup> (una perífrasis para, de hecho, designar a Stalin); después, el 3 de marzo de 1942, en plena guerra, la Conferencia especial de la NKVD la condena a muerte por orden de Stalin, el único capaz de tal decisión contra un miembro de su familia. Es ejecutada inmedia-

<sup>85</sup> F. TCHOUEV, *Conversations avec Molotov*, op. cit., pp. 411-412.

<sup>86</sup> *Istochnik*, n° 1, 1993, p. 5.

tamente; el mismo día, Stalin manda fusilar a la hermana de Alexandr Svanidzé, llamada también María. Los Svanidzé, miembros del círculo familiar, se habían permitido ciertas críticas. Ahora bien, para Stalin no existían parientes lo mismo que no existían amigos.

No aparece públicamente como el artífice de esta política. A él se han dirigido sistemáticamente cuadros y dirigentes del Partido en caso de detención cuando ya estaba decidida o sancionada por él. Sin embargo, al cabo de cierto tiempo, incluso sus fieles se cuestionan: en esta época, el diario de Alexandr Soloviev nos permite seguir la lenta y dolorosa toma de conciencia de un estalinista convencido. En junio de 1937, durante las exequias de María Ulianova, muerta a los 59 años, Stalin comenta con Krupskaia su sorpresa ante esta muerte prematura. Ella responde con un suspiro desolado: «No podía soportar las condiciones que se han creado en nuestro entorno». Y denuncia «la situación absolutamente anormal que envenena nuestra existencia»<sup>87</sup>. Al salir del cementerio, Soloviev se encuentra con Krylenko, recién destituido de su cargo de fiscal de la URSS. Amargado por la caída en desgracia de «los leninistas de su estilo», Krylenko balbucea: «Ahora, están de moda los Iejov y los Vy-chinski, unos advenedizos sin conciencia». Luego explica la purga por las intrigas o las carencias de Iejov y de su clan que, por miopía o por insensatez, «se dejan engañar fácilmente por las desinformaciones y las provocaciones de los servicios de espionaje extranjeros que quieren aniquilar a nuestros cuadros y debilitar nuestros éxitos. Creen en las denuncias, hinchan los problemas [...], desinforman e inducen a error a la dirección del Partido y del gobierno»<sup>88</sup>. Es una nueva versión de la teoría estalinista del complot, según la cual los conspiradores extranjeros, en lugar de emplear contra Stalin la perfidia de los trotskistas, se sirven de la estupidez de Iejov.

Un año después, en enero de 1939, Soloviev se reúne con la anciana militante y académica Pankratova; le pregunta si piensa realmente que todos los condenados son enemigos del pueblo: Ella responde rotundamente: «No lo cree nadie» y califica de «increíble estupidez» la acusación lanzada contra ellos de pretender restaurar el capitalismo, desmembrar Rusia, venderla a los capitalistas y restablecer la propiedad privada. «No tienen propiedades, ni fábricas, ni

<sup>87</sup> *Nezvestnaja Rossia, op. cit.*, vol. 4, p. 193.

<sup>88</sup> *Ibid.*, p. 194.

altos cargos, ni propiedad privada. ¿Qué sentido tendría para ellos la contrarrevolución y el retorno del capitalismo? [...] Todo eso no es más que una invención»<sup>89</sup>. Soloviev se queda atónito.

La bacanal del Terror, mezclada con los arreglos de cuentas y los saqueos, desorganiza la producción, los transportes, el avituallamiento, y suscita en la población, abrumada por unas declaraciones oficiales ininteligibles, un descontento que apenas puede expresarse por medio de rumores y de mar de fondo. El diario de Vernadski es un eco fiel de la situación. Vernadski había sido uno de los fundadores del partido KD, miembro de su Comité Central desde 1903 hasta 1918, y en 1921 había fundado y dirigido el Instituto del radium de Leningrado. Al volver a la URSS después de cuatro años de misión en el extranjero, había abandonado toda actividad política. En enero de 1938, cree detectar cierta tirantez en la cumbre de los diferentes centros de poder: «Existen dos, casi cuatro, «instancias supremas» que no se entienden. 1º Stalin; 2º El Comité Central del Partido; 3º El gobierno de Molotov [...]; 4º Iejov y la NKVD. ¿Hasta qué punto las unifica Stalin?» El 17 de enero se pregunta, aunque sin encontrar respuesta: «¿Acaso Iejov y Stalin no son la misma cosa?»<sup>90</sup>.

Su diario da también una imagen muy concreta de las dificultades de la vida cotidiana y de las reacciones que provocan en la población. El 14 de febrero anota: «No hay nada en venta, ni alimentos, ni objetos [...]. Para comprar mantequilla en una tienda de dietética hace falta una receta del médico». Seis días después: «Cada vez se oye hablar más del sabotaje de Iejov». El 20 de febrero: «El descontento y la perplejidad son serios». A pesar del temor y la desconfianza que siembra, el Terror no impide que esos sentimientos lleguen a expresarse. Así, Vernadski escribe el 24 de marzo: «El descontento se acumula y, a pesar del miedo, ya se perciben sus manifestaciones. Antes no ocurría así. Yo constato un profundo cambio en la psicología de la gente»<sup>91</sup>. El 25 de abril de 1938: «En Moscú falta abastecimiento. Se han terminado las entregas de mantequilla, pescado y sémola. Se degrada la calidad del pan negro. Los arenques han desaparecido [...] Todo el mundo habla cada vez más de

<sup>89</sup> *Ibid.*, p. 200.

<sup>90</sup> *Družba Narodov*, n.º 2, 1991, pp. 221 y 228.

<sup>91</sup> *Ibid.*, pp. 229, 235 y 245.

la enfermedad o del sabotaje de los dirigentes de la NKVD»<sup>92</sup>. El descontento general se centra en la policía política, acusada de sabotear una gestión más o menos buena, y no en Stalin, protegido por la poca frecuencia de sus intervenciones públicas. Además, el jefe del gobierno no es él, es Molotov.

Este descontento reviste por lo general una forma pasiva (retrasos o ausencias en el trabajo, huelga «a la italiana», consistente en estar en el puesto sin hacer nada, etc.). Todo ello impulsa al gobierno a promulgar, el 28 de diciembre de 1938, un decreto sobre la disciplina en el trabajo que invita a todas las organizaciones del Estado a poner a punto un severo régimen de sanciones contra todos esos «abusos». Sergo Beria pretende: «Cuando mi padre fue ascendido en 1938, el país amenazaba con explotar [...]; regiones enteras estaban próximas al levantamiento [...], en el interior todo se desintegraba»<sup>93</sup>. La frase es exagerada, pero el descontento popular era muy real. Por eso, la NKVD acosa implacablemente a los reducidos grupos de oponentes que se forman aquí y allí. Así, el 27 de abril de 1938, la NKVD detiene al joven físico Lev Davidovitch Landau, futuro premio Nobel, acusado de haber fundado en 1935 un partido antifascista obrero en el Instituto técnico de física en Ucrania. Indudablemente, el panfleto, muy violento, que se le atribuye es obra suya. En efecto, denuncia la «traición» de la revolución de Octubre, obra del «dictador fascista y su pandilla [que] ha dado un golpe de Estado fascista. El país se ahoga en ríos de sangre y de lodo. Millones de inocentes están en prisión [...]. La economía se desintegra. Se anuncia el hambre [...]. En su odio feroz al socialismo, Stalin ha igualado a Hitler y a Mussolini. Destruyendo al país para conservar su poder, Stalin lo transforma en una presa fácil para el rabioso fascismo alemán». Y propone «entablar una lucha decisiva contra el fascismo estalinista y hitleriano, una lucha por el socialismo»<sup>94</sup>.

El Terror responde al descontento latente. Se dispone a impedirle expresarse y transformarse en oposición, prohibiendo cualquier manifestación colectiva e intimidando al aparato del Partido, que arrastra los pies. Por ejemplo, el 19 de abril de 1937, Soloviev anota en su diario una conversación con Nossov, el secretario del

<sup>92</sup> *Drujba Narodou*, n° 3, 1991, p. 244.

<sup>93</sup> S. BERIA, *Béria, mon père*, Paris, Plon/Critérion, 1999, p. 63.

<sup>94</sup> *Izvestia TsK KPSS*, n° 3, 1991, pp. 146-147.

Partido de Ivanovo, la ciudad del textil, a 250 kilómetros de Moscú. Nossov vitupera «los enredos que vienen del centro». Protesta cuando tiene que obedecer las órdenes, especialmente avalar el arresto de todos los antiguos trotskistas a los que considera buenos trabajadores. Acusado de protegerlos, Nossov duda de la existencia de todos esos enemigos después de veinte años de poder soviético. Y se pregunta: «A veces me surgen dudas; pero no puedo dejar de creer en la dirección del Partido, en Stalin. No creer en el Partido sería una blasfemia»<sup>95</sup>.

Stalin quiere eliminar a los Nossov reales o potenciales, numerosos entre los cuadros del Partido. Es la prolongación natural de la depuración entablada desde 1934 contra los «antiguos cuadros leninistas», indisciplinados y molestos. Pero ello responde también a una doble preocupación social bastante contradictoria: por un lado, Stalin abre la vía a la nueva clase burocrática ascendente, por el otro quiere tenerla atada, dejar planear sobre ella la duda y el peligro, negarle una estabilidad que podría amenazar su absoluto dominio político personal. Le garantiza su promoción social al tiempo que le prohíbe transformarla en poder político. Así lo presentía el menchevique Fiodor Dan al día siguiente del tercer proceso de Moscú. Profetizaba: «Stalin será alejado realmente del poder [...] por los jóvenes estalinistas, por todos esos cuadros nuevos de los que se ha servido para aplastar a los viejos bolcheviques»<sup>96</sup>. Stalin había previsto ese peligro encerrando al aparato, enfrentando unos contra otros a los potenciales herederos, acumulando dossiers comprometedores de cada uno de ellos y haciendo planear sobre todos la permanente incertidumbre del mañana. Él es al mismo tiempo el padre nutricio de la burocracia y su Moloch. Su culto recuerda la adoración rendida en ciertas religiones a las divinidades crueles y los ritos sangrientos con los que se manifiesta.

Stalin no atiende a los detalles, excepto cuando el acusado puede serle útil. Tira a la papelera los centenares de cartas de miembros del Partido que repiten a porfía: «Mi conciencia está limpia ante el Partido» (o «ante Stalin»). Esas protestas rituales no provocan en él más que un encogimiento de hombros o una carcajada divertida. Pero si un «enemigo del pueblo» le demuestra su utilidad, lo libera. Así,

<sup>95</sup> *Neizvestnaia Rossia*, op. cit., t. 4, p. 192.

<sup>96</sup> *Jun 1936*, n.º 3, 18 de marzo 1938, *Cahiers du mouvement ouvrier*, n.º 4, diciembre 1998, p. 153.

cuando en 1938 el físico Kapitsa le pide la liberación de su joven y valioso colega Lev Landau, Stalin acepta. El constructor de aviones Korolev, detenido dos veces y liberado otras dos, tiene la misma experiencia: el 27 de septiembre de 1938, el Colegio militar de la Corte suprema lo condena a diez años de campo «por participar en una organización trotskista-terrorista-contrarrevolucionaria de sabotaje y de diversión» y lo envía a Kolyma. El 15 de octubre, Korolev escribe al fiscal general de la URSS diciendo que puede crear un ejército poderoso (aviones-cohete super-rápidos de alto vuelo) y solicitando de Stalin que le permita reanudar su trabajo en esos aviones-cohete para reforzar la defensa de la URSS. La carta llega al despacho de Stalin el 13 de junio de 1939, unos meses después del tratado de Múnich, es decir, seis meses después de haber sido enviada, pues la burocracia es lenta y rutinaria; la Corte suprema anula la condena de Korolev, que es devuelto urgentemente a Moscú...

Este pragmatismo se conjuga con una desconfianza universal. En el transcurso del Gran Terror, Stalin refuerza su poder de presión sobre casi todos sus colaboradores por dos medios convergentes: tras una preparación previa, acoso de la víctima elegida o comedia destinada a adormecerla (condecoración, nombramiento para un cargo importante, honores demostrativos), la víctima está paralizada en dos sentidos. Por orden suya, los investigadores de la NKVD arrancan a numerosos colaboradores, acusados de complot terrorista y espionaje, unas declaraciones que incriminan a dignatarios del régimen, incluso a miembros del Politburó: Andreiev, Jdanov, Kaganovitch, Molotov; de todos ellos, Stalin guarda un dossier. Hace detener a casi todos los adjuntos y colaboradores de los miembros del Politburó, entre ellos al primer secretario de Molotov, al que la NKVD intenta arrancar unas declaraciones en contra de su jefe; negándose a hablar, se arrojará por el hueco del ascensor de la Lubyanka.

El segundo medio, más brutal, puede conjugarse con el primero: Stalin la emprende con un miembro cercano de la familia, el hermano o la esposa de un dirigente. Los altos dignatarios cuya familia cercana esté en la cárcel o en el Gulag no pueden tener peso real. En agosto de 1937, mientras que Budionny está en viaje de instrucción, la NKVD arresta a su segunda esposa, Olga Mijailova, una exuberante cantante que ha actuado alguna vez en la embajada italiana y que pasará dieciocho años en el Gulag. Son numerosas las se-

ñales que confirman a Stalin que en su propio entorno es temido, detestado e incluso despreciado, todo al mismo tiempo. A primeros de octubre, la mujer de Kalinin recibe a una vieja amiga, Valentina Ostroumova. Ella odia a Stalin, ese «auténtico tirano, ese sádico que ha aniquilado a la vieja guardia leninista y a millones de inocentes»<sup>97</sup>. Se lo dice a Caterina Kalinina. Esta, antigua obrera del textil, estoniana de origen, tampoco quiere a Stalin, no aprecia las costumbres de la burocracia dirigente ni tampoco la siniestra vida en el Kremlin, que abandona en ocasiones para marchar al Altai; de 1931 a 1934 pasa allí tres años trabajando en una central hidroeléctrica en construcción y luego en un koljoz, donde se ocupa de los cerdos y de las verduras. ¿Está vigilado su apartamento o han escuchado su conversación unos oídos indiscretos? El caso es que, el 17 de octubre, Ostroumova es detenida, y Caterina Kalinina, que se negará a «confesar», una semana después. Ostroumova es fusilada. Kalinina condenada a quince años de campo. Poco después de estas eliminaciones, un universitario pide al jefe nominal del Estado la liberación de su mujer del campo de trabajo. Kalinin le replica: «Pero, querido amigo, yo estoy exactamente en la misma situación. No he podido hacer nada por mi mujer y me es imposible ayudar a la tuya»<sup>98</sup>.

El terror permanente desmoraliza y debilita el entorno de Stalin, desestabiliza el aparato y desorganiza completamente el país, mientras que todos ven acercarse la guerra. Stalin tiene, pues, que solucionarlo. Con este objeto, prepara la eliminación de Iejov. En marzo de 1938, Vychinski, su dócil peón, interroga secamente a Iejov por carta sobre «las malas condiciones de detención de los detenidos de los campos de trabajo de la región de Extremo Oriente», el Bamlag y el Dalstroi, y sobre la epidemia de tifus que los asola.

En una carta a Stalin de primeros de mayo, Cholojov, cuyo olfato político alimenta quizá su valor real, acusa a los dirigentes de la NKVD de Rostov de haber enviado a prisión a centenares de inocentes, de torturar a los acusados para hacerles confesar unos crímenes imaginarios y de preparar un dossier en contra suya. Exige la liberación de los presos inocentes y una investigación sobre dichos responsables de la NKVD de Rostov. Sube a Moscú, deposita su carta a Stalin en el despacho del Comité Central, se instala en el hotel y

<sup>97</sup> A. LARINA, *Boujarine, ma passion*, op. cit., p. 241.

<sup>98</sup> V. ROGOVIN, *Partia Rasstrelianyj*, op. cit., p. 168.

espera. Una comisión de investigación, dirigida por Chkiriátov, justifica la actuación de los agentes de Iejov y rechaza las acusaciones. Transcurre una semana. Una noche, Cholojov se embriaga con su amigo el escritor Alexandr Fadeiev. Poskrebychev lo convoca urgentemente al Kremlin, le cura la borrachera metiéndole bajo una ducha fría y lo empuja al interior de una gran pieza en la que Cholojov ve a dos generales, a Iejov y a dos miembros de su despacho territorial; y, tras la barra horizontal de la mesa en T, a todo el Politburó menos al Secretario general. «¿Dónde está el bigotudo?, se pregunta Cholojov. Lo oye, se vuelve y se lo encuentra a sus espaldas, recorriendo la estancia a zancadas ahogadas por la alfombra, y con la pipa en la mano. Un general afirma haber descubierto un complot de cosacos del Don deseosos de crear una República cosaca autónoma presidida por Cholojov. De repente, Stalin profiere en voz baja: «Parece que bebes mucho, camarada Cholojov». «Con esta vida, no me queda más remedio que beber, camarada Stalin», responde el escritor. Stalin se sienta, despide a Cholojov, rechaza el complot cosaco amañado por Iejov y decide: «Hay que crear unas buenas condiciones de trabajo para el gran escritor ruso Cholojov»<sup>99</sup>. La desautorización a Iejov está destinada a ser conocida.

En julio, Stalin coloca junto a Iejov a Beria, que se convierte en su ayudante. El 25 de agosto de 1935, Iejov, jugando a los liberales, propone al presidium del Soviet supremo liberar antes de tiempo a los detenidos que se hayan destacado en la construcción de la carretera Karymskaia-Jabarovsk. Stalin se niega a esta liberación, cuya necesidad reconoce, pero que considera nefasta económicamente, y ruinoso para el trabajo de los campos. Una vez liberadas, esas personas, de regreso a sus casas, «van a conchavarse de nuevo con los bandidos [...] mientras que en el campo de trabajo es difícil echarse a perder». Propone concederles condecoraciones y primas, anular su pena y obligarles a permanecer en el campo haciendo ir a su familia y dejándolos allí en calidad de trabajadores libres. Y termina con un cinismo satisfecho. «Ya se decía: entre nosotros hay un contrato voluntario-obligatorio, allí habrá una estancia voluntaria-obligatoria»<sup>100</sup>.

Entonces, Stalin remata la liquidación de la dirección de las Juventudes comunistas. Utiliza una carta dirigida en octubre de 1937

<sup>99</sup> V. CHENTALINSKI, *Les surprises de la Loubianka*, op. cit., pp. 316-317.

<sup>100</sup> *Goulag 1918-1960*, Moscú, Materik, 2000, p. 113.



por Michakova —una denunciante maniática— al congreso de Tchuvachia en el que no ve más que enemigos del pueblo... y un cómplice, jefe de la NKVD. Kossarev ignora a esta apasionada denunciante. Ella pide a Stalin que investigue el motivo de que esos «signos» no se hayan traducido en alguna medida, y que, un año después, los enemigos del pueblo sigan sin ser descubiertos. La NKVD detiene inmediatamente a los dirigentes del Partido, de las Juventudes y de la NKVD de Tchubachia. Stalin convoca un Comité Central de las Juventudes comunistas del 19 al 23 de noviembre de 1938. Desde la inauguración, sus ejecutivos, Andreiev y Chkiriátov, apoyan a Michakova, que acusa a Kossarev de engañar al Comité Central del Partido y de defender a los enemigos del pueblo.

Stalin aparece el último día flanqueado por Molotov, Malenkov, Kaganovitch, Andreiev, Chkiriátov e Jdanov. Se ha reservado la condena a muerte a golpe de frasecitas irónicas. Un delegado, desconcertado, balbucea que Kossarev no ha debido darse cuenta de sus errores. Stalin, sarcástico, le interrumpe: «Aparentemente, todo el mundo se da cuenta excepto el Comité Central de las Juventudes. Tú te has dado cuenta, el orador anterior se ha dado cuenta. Kossarev no se ha dado cuenta». El orador continúa: «Kossarev no ha entendido las conclusiones del IV pleno». Stalin insinúa pérfidamente: «¿Quizá las ha comprendido, pero no ha querido aplicarlas?». El orador masculla su acuerdo e insiste en el gran número de errores cometidos en las Juventudes. Stalin rectifica: «Quizá se trata de una estrategia y no de errores propiamente dichos». El delegado balbucea que Kossarev ha cambiado. Stalin encarece: «Su táctica ha cambiado. La situación ha cambiado y la táctica ha cambiado»<sup>101</sup>. Jdanov asesta el golpe final: Kossarev y los secretarios del Comité Central de las Juventudes han creado una organización contrarrevolucionaria clandestina...

Stalin movilizó a su guardia próxima. Únicamente faltaba Iejov que, presintiendo su inminente desgracia, hacía varias semanas que se emborrachaba sin tregua. Stalin mandó expulsar a cinco secretarios del Comité Central de las Juventudes, entre ellos a Kossarev, al que sustituyó por Mijailov, un joven lobo nacionalista ruso y antisemita. A lo largo de los días siguientes fueron detenidos 77 de los 93

<sup>101</sup> *Ogoniok*, nº 7, febrero de 1998, p. 28. El diálogo entre Stalin y los delegados está reproducido en *Komsomolskaia Pravda* del 16 de junio de 1989, p. 2.

miembros del Comité Central, y fusilados 48. Del total de los miembros elegidos en el Comité Central de las Juventudes de 1936, fueron arrestados 96 de 128, una proporción idéntica a la del Comité Central del Partido. Esos jóvenes estalinistas cuadragenarios eran demasiado viejos: su infancia se remontaba a los años de la revolución y de la guerra civil. El sucesor de Kossarev, Mijailov, recién nacido a la vida política, era un personaje seguro.

Tres semanas después muere en extrañas circunstancias el cuñado de Stalin, Pavel Alliluiev, el que había regalado a su hermana Nadejda el revólver con el que se suicidó: Pavel, comisario principal de las unidades blindadas desde hace varios años, pasa las vacaciones en Sochi durante el mes de octubre, no lejos de la villa de Stalin, que se niega a recibirle. Visita al mariscal Blücher, de veraneo en la zona y, amenazado con un próximo arresto, el 1 de noviembre regresa a Moscú. En la noche siguiente, alguien anuncia por teléfono a su madre la muerte inexplicable e inexplicada de aquel hombre sano de cuarenta y cuatro años, seis años después, casi día a día, del suicidio de Nadejda Alliluieva.

¿Sería el deseo de romper con los últimos recuerdos familiares lo que indujo a Stalin a instalarse entonces en el interior del Kremlin? Ocupa un apartamento situado en un inmueble del antiguo Senado imperial —en el que Lenin había vivido y trabajado desde marzo de 1918 a diciembre de 1922— dotado de unas estancias próximas para los guardias y para las recepciones, situadas exactamente debajo de su despacho. Pero, como marcha casi a diario a cenar y dormir en Kuntsevo, casi nunca ocupa el apartamento. La mudanza no tiene más que una función simbólica: la demostración de su ascenso.

Stalin culmina la gigantesca purga política de los años 1936-1938 con la publicación de un *Compendio de la historia del partido bolchevique* destinado a reemplazar a todas las obras y manuales anteriores, proporcionando, según sus propias palabras, «una dirección única» a las jóvenes generaciones. Al principio aparece en septiembre como folleto en *Pravda*, y luego en un volumen que, reeditado constantemente hasta la muerte de Stalin en 1953, alcanzará una tirada de 43 millones de ejemplares en sesenta y siete lenguas. Este best-seller obligado se presentaba en la portada como «redactado por una comisión del Comité Central del PC (b) de la URSS y aprobado por el Comité Central del PC (b) de la URSS de 1938», que, aunque reducido a la porción correspondiente, nunca fue invitado a adoptar-

lo, pues el texto no se discutió hasta el 14 de noviembre de 1938, es decir, dos meses después de la publicación. Por otra parte, la biografía oficial de 1948 afirma: «En 1938 apareció el *Compendio de la historia del PC* (b) de la URSS redactado por Stalin»<sup>102</sup>. La comisión del Comité Central desapareció y el volumen fue enviado a paletadas a las democracias populares, así como a Corea del Norte y a China. En 1953, el agregado comercial soviético en Pyongyang observaría con estupor que los tomos del *Compendio* en coreano reemplazaban al tradicional bambú y servían para fabricar unas paredes, frágiles pero duraderas, en las chozas que los habitantes construían tras los bombardeos americanos...

Stalin releyó y corrigió minuciosamente el borrador, que le fue entregado por una comisión de tres miembros que trabajaban bajo sus instrucciones directas. Uno de los tres, Knorin, fue detenido por enemigo del pueblo poco antes de la publicación y muy pronto fusilado. Stalin había fijado la orientación: desde su fundación, él había sido, junto a Lenin, el jefe del partido bolchevique cuya existencia estuvo marcada por una serie de luchas internas a fin de eliminar sucesivamente a las oposiciones y desviaciones calificadas de puras y simples traiciones, que no impidieron al Partido conducir a las masas de éxito en éxito. Stalin define también la periodicidad, que se termina con «la culminación del edificio de la sociedad socialista» (1934-1938). Boris Ponomarev dirá más tarde que «lo proclamado figura allí como realizado». Después de haber denunciado a un ejército de saboteadores dispuestos a entorpecer la realización de aquellos objetivos, el *Compendio* los presentaba como conseguidos. Cada capítulo iba seguido por un resumen de veinte a treinta líneas que simplificaba aún más la exposición sistemática y que podía memorizarse.

No obstante, Stalin teme que el contenido del manual provoque discusiones, debates y preguntas indiscretas. Así, a finales de septiembre organiza un seminario a propósito de su difusión. Suele interrumpir a los oradores y pregunta a uno de ellos si en los círculos de formación «se discuten temas, se polemiza [...], alguien defiende una opción y otro defiende una diferente». Eso se puede llamar una discusión. ¡Ah, sí! Los participantes plantean preguntas que

<sup>102</sup> *Biographie de Staline, op. cit.*, p. 87. La palabra «camarada» delante de Stalin, empleada en la edición anterior, ha desaparecido de esta segunda edición.

dan lugar a discusiones. Entonces, Stalin se inquieta: «¿Han aparecido trotskistas en esta ocasión?». Aquí, el trotskismo no es más que el sinónimo de interrogaciones o de espíritu crítico. Stalin afirma, pues, su hostilidad a los círculos de discusión sobre la historia del Partido. Eran útiles cuando los bolcheviques estaban en la oposición: ahora, cuando tienen en sus manos el poder y la prensa, están superados. Aparecen en ellos «muchos rasgos locales, personales, individuales». Y lo individual es la reflexión y luego la desviación. Es preciso reemplazar a esos círculos, incontrolables desde las alturas, por «una formación unificada a través de la prensa», sometida a una censura vigilante. El propagandista comprende entonces, y decide, que la supresión de los círculos «permitirá hacer reinar el orden»<sup>103</sup>. El debate es el desorden. Por fin, Stalin asiente satisfecho.

El *Compendio* es un catecismo, y como tal ha de ser leído y repetido machaconamente. Debe formar parte de la visión histórica de una nueva generación para la que Octubre de 1917 ya es un mito. Se puede comprobar esta visión por el titular de un capítulo dedicado a los años 1930-1934: «Los bujarinistas degeneran en políticos de dos caras. Los trotskistas de dos caras degeneran en una banda de guardias blancos, asesinos y espías»<sup>104</sup>. Stalin obliga al Comité Central del 14 de noviembre de 1938 a dictar una resolución sobre la difusión y utilización del *Compendio* que responde a la necesidad de proporcionar una «interpretación oficial [...] de los temas fundamentales de la historia del Partido comunista ruso y del marxismo-leninismo. La publicación del *Compendio* pone fin a la arbitrariedad y al desorden en la exposición de la historia del Partido, a la abundancia de opiniones diversas y de interpretaciones arbitrarias [...] que aparecían en los manuales anteriores de historia del Partido»<sup>105</sup>, retirados de la circulación. El *Compendio* remata así un intento de dominio ideológico totalitario sobre la sociedad.

La obra es la Biblia de la nueva aristocracia. En el Comité Central de enero de 1938, Kaganovitch afirma que han sido promovidos casi 100.000 nuevos dirigentes. Esta nueva aristocracia contrata a bajo precio como empleadas de hogar a las campesinas que han huido del hambre, de la deskulakización o cuyos maridos han

<sup>103</sup> *Historia i stalinism, op. cit.*, pp. 75-77.

<sup>104</sup> *Histoire du PC (b) de l'URSS*, edición de 1949, sumario, pp. 407-408.

<sup>105</sup> *KPSS v resoliucijaj*, 7ª edición, Moscú, 1954, vol. 3, pp. 316-332, pasaje citado, p. 316.

sido deportados. El *Compendio* se dirige a estos nuevos cuadros a los que la purga ha abierto el camino de la cumbre, así como a la joven generación que ha fabricado de arriba abajo en la sociedad, a imagen del campesino Mijail Peskov. En 1937, Mijail tiene 14 años; su padre, denunciado como kulak, se oculta y lleva una existencia de vagabundo. Su madre trabaja en los establos del koljoz por un sueldo miserable. No obstante, este joven pionero es un entusiasta del nuevo régimen. Como todos sus camaradas, dice, ha celebrado la liquidación de los enemigos del pueblo, los procesos, el cumplimiento de los planes quinquenales en cuatro años, el movimiento stajanovista, etc. A su vez, su madre «considera a Stalin como el principal responsable de todas las desgracias [...]; liquida a todos los que le molestan; inspira temor a todo el mundo; [...] han arruinado a todo el campo». En principio, Mijail intenta discutir apasionadamente esos «discursos sacrílegos»<sup>106</sup>, pero es inútil. Ya está maduro para el *Compendio* y sus camaradas con él.

Al haber promocionado, por fin, a una nueva generación sin lazos con el pasado, Stalin decreta una pausa. En octubre y noviembre de 1938 cesa a numerosos cuadros de la NKVD. El 5 de noviembre, el intendente del Kremlin, Fiodor Rogov, comandante de la Seguridad del Estado, tchekista desde julio de 1919, se suicida en su despacho con un disparo en la cabeza. En noviembre, el Politburó suprime las troikas y prohíbe las «operaciones masivas de arrestos y deportaciones». La purga de las Juventudes, a finales de noviembre de 1938, es la última fase de la «Iejovchtchina». Al alcanzar su objetivo de aterrorizar a las masas, Stalin pretende inaugurar una era de relativa estabilidad.

La regulación del terror se le impone como una necesidad. Aunque organizado y dirigido desde las alturas, ha obedecido también a una mecánica interna poco controlable, que se embala y escapa al control de la cumbre. Los servicios de la NKVD se lanzan a una «emulación socialista» de un género peculiar: se trata de saber quién detendrá al mayor número de enemigos del pueblo. Así, en marzo de 1938, la NKVD de Kirghizia publica un informe sobre «Los resultados de la emulación socialista entre las tercera y cuarta sección de la Dirección de la Seguridad del Estado» en febrero de 1938. La cuarta ha llevado a cabo un 50% más de arrestos que la ter-

<sup>106</sup> *Novy Mir*, nº 9, 1995, p. 177.

cera que, en cambio, ha entregado a la «Justicia» más expedientes, pero la cuarta ¡ha cerrado más asuntos! Según el jefe de Seguridad de Georgia, Goglidzé, antes de 1937 ese sistema estaba organizado en toda la URSS por Iejov con la aprobación de Stalin que, no obstante, se guardó de estampar su firma al pie de cualquier directriz en ese sentido. De ahora en adelante tiene que poner freno a este desbordado frenesí policial.

Sin embargo, los fracasos en la política exterior le obligan a suavizar, no a abandonar, la presión. El 30 de octubre de 1938, Chamberlain y Daladier se reunían en Munich con Hitler y Musso-  
lini en ausencia de representantes de la URSS. Las homilias sobre la paz, en las que Chamberlain era un experto, no disfrazaban un objetivo político que Stalin adivinaba fácilmente. Poco antes, Horace Wilson, un colaborador de Chamberlain y gran enemigo de «la anarquía y la barbarie» bolcheviques, había propuesto a los alemanes un reparto comercial de los Balcanes: el 80% para ellos y un modesto 20% para Gran Bretaña. Chamberlain tenía una obsesión: poner una barrera al bolchevismo. En este sentido, Daladier indicaría al encargado de asuntos alemán en su entrevista del 7 de septiembre que una guerra únicamente beneficiaría al bolchevismo. Ahora bien, en octubre de 1938, nada garantizaba a la Werhmacht una victoria rápida frente a un ejército checoslovaco entrenado, bien equipado, reagrupado detrás de unas defensas sólidas de 10.000 puntos ligeros y 250 fuertes, armado con carros modernos y disponiendo, excepto en el territorio de los Sudetes, de un apoyo real de la población. El pacifismo del que alardeaba Chamberlain no era más que la forma pública y púdica de su sueño de dirigir hacia la Unión soviética a una Werhmacht debilitada por un encuentro incierto con el ejército checoslovaco. En nombre de la paz, era preferible sacrificar una Checoslovaquia democrática a los apetitos de Hitler a espaldas de la URSS. El acuerdo se firmaba el 30. En cuanto la noticia llegó a Moscú, Stalin reunió en el comedor de su apartamento, situado exactamente encima de su despacho del Kremlin, a los miembros del Politburó con Litvinov. Sentados a la mesa desde las 18 h hasta medianoche, los oligarcas recuerdan el fracaso de la política de seguridad colectiva con las democracias, llevada a cabo desde hacía cuatro años. Preocupado, Stalin la continúa durante algunos meses volviendo cada vez más sus miradas hacia Berlín.

¿Cuál es el balance provisional del Terror? Cuarenta años más tarde, Molotov explica: «Teníamos que pasar por un período de terror [...] porque entonces no había tiempo, no existía la posibilidad de hacer toda la luz»<sup>107</sup>. La represión no podía consentir «lentitud o detención», pues «el grupo de trotskistas, extremadamente hostiles al leninismo, había sobrepasado todos los límites y se había desencadenado». Molotov se embrolla con el «entendimiento» entre los oponentes y los gobiernos extranjeros para desmembrar la URSS. No cree en él, lo «excluye totalmente», pero, un poco más tarde, sostiene que la acusación vertida contra Trotski y Bujarin, de haber negociado con los imperialistas, «ha sido indiscutiblemente probada» por unos documentos, es cierto, quizá amañados, añade<sup>108</sup>. De hecho, dice Molotov, la NKVD y Iejov han simplificado y amplificado al mismo tiempo la realidad de unos hechos, y han mezclado verdad y exageración, incluso fabulación.

En realidad, reconoce Molotov, la represión pretendía consolidar el poder del grupo dirigente: al no excluir a nadie, Stalin deseaba «garantizar unas posiciones sólidas a lo largo y después de la guerra durante un extenso período». Repite incansablemente que, sin la represión, ciertamente manchada por «ciertas exageraciones inevitables, aunque graves», las discusiones y los conflictos de ideas habrían podido perdurar y desembocar en una batalla interna incluso durante la guerra, lo que, evidentemente, habría sido muy perjudicial. ¿Por qué tendría que haber luchas intestinas a lo largo de la guerra? No lo dice, pero lo sugiere la continuación: Stalin está aterrorizado ante la idea de una contienda que no sabe cómo afrontar después de la liquidación de los oficiales. De todos modos, al hacerlo ha preservado algo que es esencial para él: desde ahora será irremplazable. Eso lo salvará en junio de 1941 cuando, durante varios días, ceda al pánico. Asimilando al grupo dirigente con la Unión soviética, Molotov, según su costumbre, deja escapar los auténticos motivos de Stalin y de su entorno: «Por supuesto, las exigencias procedían de Stalin y se forzó la nota, pero yo considero que todo ello era admisible ante lo esencial: conservar el poder»<sup>109</sup>. Parecía oírse la

<sup>107</sup> F. TCHOUEV, *Conversations avec Molotov*, op. cit., p. 356.

<sup>108</sup> *Ibid.*, pp. 426-428.

<sup>109</sup> *Ibid.*, p. 402.

voz de Stalin, demasiado prudente para expresar con esa franqueza las razones del Gran Terror.

Por profundo que haya sido el gusto de Stalin por el poder, la explicación de Molotov se queda algo corta. No responde a la pregunta: ¿el poder en interés de quién y para quién? Mechik, el lugarteniente de la Seguridad del Estado, nombrado en 1953 ministro del Interior de Ucrania por Beria —y que poco después caerá con él— nos da la respuesta. Cuando interroga a Miltchakov, antiguo Secretario general de las Juventudes comunistas, deja a un lado el ritual de la traición, del sabotaje, del espionaje y del entendimiento con la Gestapo, el Intelligence Service y los servicios secretos japoneses. Le explica que la Unión soviética cambia de régimen y que la gente de su generación ya ha cumplido su tiempo: «La situación ha cambiado. Necesitamos un nuevo régimen renovado y, ante todo, un poder fuerte dirigido por un "patrón" fuerte. Ha llegado la era de Stalin y con él nuevos individuos que ocuparán todas las posiciones en el aparato. En vanguardia marcha la guardia de Stalin, los tchekistas [...] somos un partido dentro del Partido. Limpiaremos del Partido a la mitad de esos chapuceros, de esa pretendida "vieja guardia" y de las gentes ligadas a esos viejos, unos tipos de opiniones de otra época. Ya hemos expulsado a un millón de miembros del Partido... Los demás serán reeducados [...]. Ocuparán vuestros puestos en todos los aparatos y serán conscientes de la confianza que se pone en ellos»<sup>110</sup>. Este joven teniente de la NKVD repite lo que le han explicado sus superiores. «Las opiniones de otra época» son la revolución mundial, el igualitarismo, el papel histórico de la clase obrera...

El historiador inglés Robert Conquest repite a grandes rasgos la explicación de Mechik al que aún no conocía. Para él, Stalin pretendía «fundar un partido completamente nuevo» estalinista, sobre las ruinas del ex-partido bolchevique, y «una clase social privilegiada, [que] no tenía derecho de propiedad sobre los medios de producción»<sup>111</sup>. Boris Suvarin califica el período de 1934 a 1939 de «contrarrevolución» que desemboca en la «liquidación del bolchevismo arcaico»<sup>112</sup>. Para el antiguo Primer ministro de Boris Eltsin, Egor

<sup>110</sup> V. ROGOVIN, *Partia Rasstrelaniy*, *op. cit.*, p. 228.

<sup>111</sup> R. CONQUEST, *La Grande Terreur*, *op. cit.*, pp. 442 y 460.

<sup>112</sup> «La contrarrevolución» es el título del capítulo XI del *Staline*, de Suvarin (pp. 495-555).



Gaidar, el Terror marca la llegada de una nueva clase dirigente, la «nomenklatura», que «asumió los primeros papeles en 1937» y cuya primera preocupación, dice, es la de realizar no una «acumulación primitiva» del capital, sino su «máxima consumación primitiva»<sup>113</sup>, de ahí su feroz deseo de ampliar sus privilegios sociales. La purga no tiene fundamento ideológico alguno: ningún motivo de este orden puede explicar la sustitución de Iejov por Beria, la liquidación de Eije o de Tchubar, la promoción de Malenkov o de Voznessenski.

El 6 de diciembre, Stalin dirige una señal clara a los supervivientes de la tormenta: manda liberar a Andrei Sverdlov, él mismo telefona a la madre para darle la noticia, le informa de que los responsables de su detención serán castigados severamente y hace que la NKVD recoja al sospechoso liberado, que pasa súbitamente al otro lado de la barrera. Dos días más tarde, Iejov es cesado en sus funciones de comisario del Interior (NKVD) y sustituido por Beria. Esta destitución engendra ilusiones. En enero de 1939, varios responsables locales del Partido reprochan a la NKVD los malos tratos a sus víctimas. En una carta a los secretarios de los Comités centrales de las Repúblicas y de las regiones del Partido, a los comisarios del pueblo y a los jefes regionales de la NKVD, Stalin explica que es «obligatorio continuar aplicando los métodos de presión física admitidos por el Comité Central»<sup>114</sup>. Cuatro días después de la caída en desgracia de Iejov ha demostrado claramente que la represión, regulada, no cesaba, y hacía detener a Mijail Koltsov, el preferido de la inteligencia estalinista.

En un informe al Politburó de enero, Beria, dócil instrumento de Stalin, se pregunta si no ha llegado «el momento de detener a menos personas porque muy pronto no quedará nadie a quien encarcelar». El Comité Central de febrero de 1939 envía una señal tranquilizadora a los nuevos promocionados: condena los «excesos» y «abusos» de la NKVD de Iejov, mientras Beria hace fusilar a varios cientos de sus colaboradores. En marzo de 1939, en el XVIII Congreso del Partido, donde Beria sale elegido como miembro suplente en el Politburó, Stalin afirma: «Ya no tendremos que emplear más el método de la depuración masiva»<sup>115</sup>. Masiva no, pero perma-

<sup>113</sup> *Literaturnaja Gazeta*, 30 de noviembre de 1994.

<sup>114</sup> B. LAZITCH, *Le Rapport Krouchtchev*, op. cit., pp. 98-99.

<sup>115</sup> *Compte rendu sténographique du XVIII congrès*, Moscú, 1939, p. 28.

nente sí. Jruschov concreta: «Simplemente, el terror se había hecho más sutil y más selectivo»<sup>116</sup>. Una tensión permanente sustituye a la sangría continuada y el eje de la represión se desplaza: se desvía del Partido hacia la masa obrera.

Tras haber estudiado y abandonado el proceso del Komintern, y luego el de los diplomáticos, parece preparar el de los escritores y los artistas «traidores». Indudablemente, con este objeto había hecho detener a Mijail Koltsov: menchevique durante su juventud, Koltsov había multiplicado las pruebas de fidelidad a Stalin. Como corresponsal de *Pravda* en España durante la guerra civil, había aplicado allí su política con una docilidad que Hemingway subraya en el retrato que, bajo los rasgos del cínico Karpov, hace de él en *Por quién doblan las campanas*. El 12 de diciembre, en la abarrotada sala de la Unión de Escritores, lee un informe sobre el *Compendio de la historia del partido bolchevique*. En medio de los aplausos anuncia líricamente el próximo paso al comunismo, la gratuidad de los transportes y el pan, la fabricación de productos en función de las necesidades a cambio de un trabajo honrado. Luego celebran un banquete en el club y Koltsov se dirige a su despacho de *Pravda*... donde lo espera la NKVD.

Koltsov es uno de los escasos periodistas con talento del régimen. Su *Diario de España*, publicado a primeros de 1938, alcanza un gran éxito. Unos días antes, Stalin lo había invitado a su alojamiento y le había dirigido unas felicitaciones zalamerías: «Se lee más el *Diario de España* que el *Compendio de historia del Partido bolchevique*...». Claramente considera excesivo ese éxito y le aconseja que dedique al *Compendio* su discurso a la Unión de Escritores. En dicho discurso, Koltsov exalta la obra con entusiasmo, pero su dossier contiene un informe aplastante elaborado por el rabioso delator André Marty sobre sus actividades en España. Marty, miembro del Buró ejecutivo del Komintern, al que Stalin aprecia a causa de la crudeza de su lenguaje y de su carácter rudo y obstinado, ya había acusado en varias ocasiones a Koltsov de sobrepasar las prerrogativas de un corresponsal. Lo recuerda y añade dos hechos «muy próximos al crimen. 1º Koltsov, con su perenne compañero Malraux, había entrado en contacto con la organización trotskista local del POUM. Si se tienen en cuenta las antiguas simpatías de Koltsov por Trotski, ta-

<sup>116</sup> N. JRUSCHOV, *Souvenirs*, op. cit., p. 105.

les contactos no eran casuales. 2º La presunta "esposa civil" de Koltsov María Osten [...] es un agente secreto de los servicios de información alemanes»<sup>117</sup>. En efecto, para su reportaje sobre España, Koltsov visitó el POUM en Madrid y él mismo lo relataba en su diario; la acusación contra María Osten era igualmente infundada, así como las antiguas simpatías de Koltsov por Trotski, pero todo ello bastaba para despertar las sospechas de Stalin o para proporcionarle el pretexto esperado. Al cabo de un mes de torturas, Koltsov «confiesa» que, reclutado por Karl Radek al mismo tiempo que el embajador soviético en Roma, Boris Stein, había sido agente alemán, francés y americano, trotskista desde 1923 y terrorista desde 1932, sin haber cometido asesinatos jamás.

El arresto conmociona a los intelectuales comunistas; el presidente de la Unión de Escritores, Alexandr Fadeiev, armándose de valor, informa de ello a Stalin, que le pregunta: «¿No crees que Koltsov sea culpable? —No, no lo creo ni lo quiero creer. —¿Y crees que yo lo creía y que quería creerlo?, replica Stalin. No quería creerlo y, sin embargo, he tenido que creerlo». Luego manda leer a Fadeiev en una pieza contigua los dos volúmenes del expediente de Koltsov y le pide que le haga saber sus impresiones. Stalin juega sobre seguro: Koltsov, golpeado y torturado, ha «confesado». Llegada la noche, Stalin llama a Fadeiev: «Entonces, ¿ahora lo crees? —Sí», responde Fadeiev, que ha caído en la trampa. Decir que «no» sería insinuar que a Koltsov le habían arrancado unas confesiones amañadas. ¿Por quién? ¿Con la autorización de quién? Eso sería calumniar a la NKVD, a la justicia soviética y al mismo Stalin, que quiere hacer de Fadeiev un propagador de esta verdad: «Pues bien, si tienes que contestar a cualquiera que te pregunte, ¿le dirás lo que has sabido?»<sup>118</sup>. ¿Cómo negarse? A Fadeiev no le queda más que cumplir este tipo de encargo y ahogar su amargura en vodka y en las fugas repetidas.

Koltsov es un eslabón de un complot en gestación. El director de escena Meyerhold, cuyo arresto tenía decidido Stalin desde enero, detenido el 20 de junio de 1939 e inicuaamente torturado, termina por reconocerse trotskista desde 1923 y espía anglo-japonés; «con-

<sup>117</sup> E. GROMOV, *Stalin i Iskusstvo*, op. cit., p. 289.

<sup>118</sup> C. SIMONOV, «Glazami Tcheloveka moiego pokolenia» (Por los ojos de un hombre de mi generación), *Znamia*, nº 4, marzo 1988, p. 128.

fiesa» también haber participado en 1933 con Ilya Ehrenburg, que lo reclutó para la organización trotskista, en la creación de una organización antisoviética destinada a reagrupar «todos los elementos antisoviéticos en el terreno artístico», además de haber sido reclutado como espía inglés por el poeta lituano Jurgis Baltrusaitis. Confiesa también que Ilya Ehrenburg ha atraído a su grupo trotskista a los escritores Iuri Olecha y Boris Pasternak. Isaac Babel, detenido el 16 de mayo de 1939, fue declarado trotskista desde 1927, espía franco-austriaco desde 1934 y fundador de una organización terrorista trotskista en la que volvían a participar Ilya Ehrenburg y Iuri Olecha, el cineasta Serge Eisenstein, el judío, director de escena y actor de teatro Mijoels, los escritores Leonid Leonov, Valentin Kataiev, Vsevolod Ivanov, Lidia Seifulina, Vladimir Lidin, el actor Utiessov y el académico Oscar Schmidt. El agente de contacto era André Malraux, mal recompensado por haber decidido acatar el proceso de Moscú en nombre de la lucha por la España republicana. De hecho, Stalin prepara para el medio intelectual la misma operación que para el proceso abortado de los dirigentes del Komintern y de los diplomáticos. Posteriormente renunciará a esta idea. Solo le falta librarse de los conspiradores designados. El 27 de enero de 1940, la NKVD fusila a Isaac Babel y, el 2 de febrero, a Meyerhold y a Koltsov.

Contrariamente a una leyenda tenaz, únicamente una minoría de las víctimas, a las que Stalin exhibe en público, se rindieron a las torturas, al chantaje o a las promesas. Así, en el primer congreso de Moscú, los dossieres de los acusados estaban numerados del 1 al 38. Ahora bien, al final solo fueron juzgados 16 de ellos, pues los demás habían sido liquidados o se habían negado a confesar. Este fue el caso de Ivar Smilga, detenido el 1 de enero de 1935, que lanzó a la cara de los agentes de la NKVD: «Yo soy vuestro enemigo». El oponente que sacrifica su pensamiento y su vida al «interés histórico del Partido», como el Rubachov de *El cero y el infinito* de Koestler, es un mito inspirado en la última declaración de Bujarin, de dudosa sinceridad. Lo demuestra el hecho de que ha sido preciso doblegar a las víctimas y someterlas a largas torturas físicas o morales, incluso a ambas, para arrancarles sus declaraciones. En cualquier caso, esas defecciones explican el número de procesos abortados.

El acuerdo de los Cuatro en Munich y las amenazas que se ciernen sobre la URSS empujan a Stalin a tratar de consolidar un aparato del Partido y del Estado dislocado, es decir, a reglamentar la re-

presión y a rehabilitar las productivas funciones del Gulag marginadas por el Gran Terror. Atribuye al sabotaje el fracaso de la producción. Iejov, detenido en marzo de 1939, sirve de chivo expiatorio a los sinsabores económicos del Gulag. ¡Ha sido él quien lo ha paralizado disminuyendo las normas de producción e impidiendo la mecanización del trabajo! El 3 de agosto de 1939 le acusa de haber enviado un número excesivo de trabajadores a Kolyma para sabotear la mecanización de la extracción del mineral, que habría permitido, dice, reducir el número de detenidos –y, por lo tanto, el avituallamiento y equipamiento necesarios–, aumentar la extracción del metal y hacer bajar en exceso el precio de coste. «Pero la mecanización ha sido frenada de manera criminal y toda la extracción se basaba en la sola fuerza muscular»<sup>119</sup>. Al revelar el secreto del Gulag, Stalin no pretende un proceso público. Entonces, ¿por qué exige esas confesiones delirantes, mientras que el principio en el que se basa la movilización del trabajo manual en el Gulag se opone a la mecanización? Además, las escasísimas máquinas que aún se encuentran allí se oxidan bajo las estrellas...

Beria crea un Buró especial técnico de la NKVD, confirmado el 8 de enero de 1939 por el Secretariado, encargado de utilizar lo mejor posible a los detenidos que tengan experiencia y conocimientos técnicos, sobre todo con fines militares. El 10 de abril de 1939 presenta un proyecto de reorganización del Gulag que invertirá 12 mil millones de rublos para grandes obras de construcción a lo largo del plan quinquenal de 1939-1944. Lo mismo que Stalin, se opone a la liberación condicional anticipada de los detenidos que la merezcan, porque ello daría lugar a la desorganización del trabajo. El 24 de abril, Beria explica que en el Gulag faltan 350.000 detenidos aptos para el trabajo físico. Si se quieren alcanzar los nuevos objetivos, son necesarios cientos de miles de detenidos suplementarios. El 10 de septiembre de 1940, Stalin decide que los condenados a penas ligeras por delitos menores, hasta el momento encarcelados, se mandarán al Gulag, cuyos efectivos rozan los 2 millones de detenidos el 1 de enero de 1941.

La proximidad de la guerra conduce a Stalin a acelerar la liquidación de Trotski. A finales de marzo, el 29 o el 31, Beria acompaña a casa de Stalin en el Kremlin a Sudoplatov, un joven agente de la

<sup>119</sup> «Las declaraciones de Iejov», *Volia*, nº 2-3, 1994, p. 93.

NKVD. Los secretarios no apuntan su nombre en el registro de visitantes. Sudoplatov se encuentra con un Stalin concentrado, seguro, brillante de confianza en sí mismo y de una soltura impresionante. Se pasea por la estancia con la pipa llena pero apagada, mientras escucha el informe de Beria que denuncia el «grave peligro» que representan Trotski y sus seguidores. Beria le propone que confíen a Sudoplatov la desaparición de ese peligro. Tendrá la posibilidad de movilizar todos los recursos de la NKVD a fin de eliminar a Trotski. Stalin asiente: «Aparte de la persona de Trotski, no hay otra figura importante en el movimiento trotskista. Una vez eliminado Trotski, el peligro desaparecerá». Luego, manifiesta su descontento por el retraso sufrido. Spiegelglass, que debía llevar a cabo la operación en 1937, fracasó y fue fusilado. Entonces, Stalin, envarado, ordena: «Hay que acabar con Trotski este año, antes del comienzo de la guerra, que es inevitable. Si no, cuando estalle la guerra, añade, no podremos fiarnos de nuestros aliados del movimiento comunista internacional»<sup>120</sup>. La operación recibe el nombre de «Canard», que en ruso tiene el mismo doble sentido que en francés: una noticia falsa o una pieza que abatir. Sudoplatov y su amigo Eitingon piden 300.000 dólares para financiar la operación, Stalin los concede, y se lanzan a la caza inmediatamente.

Stalin somete siempre a su entorno al permanente terror de verse denunciado, desenmascarado y condenado, calificado de saboteador trotskista por los crímenes más inesperados. Así, el 26 de abril de 1939, convoca a Dimitrov en presencia de Molotov y de Vorochilov y le pregunta secamente por el autor de la lista de los eslóganes del Komintern para el 1 de mayo. Dimitrov, incapaz de adivinar qué fatal error se ha deslizado en ella, balbucea: «Ha sido Manuilski», su brazo derecho, un estalinista fiel como el que más. Stalin estalla contra los eslóganes «¡Stalin es la paz! ¡Stalin es el comunismo! ¡Stalin es la victoria!» y suelta: «¡Manuilski es un adulator! Además, ha sido trotskista [...], durante la purga de los bandidos trotskistas estuvo callado, no se manifestó, y ahora se pone a lamer botas. ¡Es sospechoso!». Se calla y luego asesta un segundo golpe: «Su artículo en *Pravda*, «Stalin y el movimiento comunista mundial», es un artículo dañino, provocador». Molotov encarece: ¡en efecto, la publicación en el momento exacto en que la URSS

<sup>120</sup> P. SUDOPLATOV, *Missions spéciales*, op. cit., p. 99.

inicia negociaciones con Inglaterra es una provocación! Pregunta a Dimitrov: «¿Has leído el artículo?». «Sí», murmura Dimitrov, que precisa: «Pero no estoy de acuerdo con Manuilski, que se ha aprovechado de mi enfermedad» y «daba la impresión [¡el hipócrita!] de que estaba de acuerdo con el Comité Central». Habrá que reemplazarlo, barbota Stalin. Entonces, Dimitrov considera prudente manifestar su docilidad pidiéndole su opinión sobre «la cuestión francesa». Stalin lo envía a paseo: «En este momento estamos muy ocupados. Arregla tú mismo la cuestión». Y en tono burlón, añade: «El presidente de la Internacional comunista eres tú, Dimitrov. ¡Nosotros solo somos una sección de la Internacional!»<sup>121</sup>.

La omnipotencia no permite todo. En enero de 1939, medio millón de agentes efectúan un nuevo censo de la población bajo el control directo de Molotov. Unas circulares confidenciales les invitan a «estudiar sistemáticamente los lugares en los que se agolpan los sin-hogar, los mendigos, los niños vagabundos», y a peinar «los graneros, los sótanos, los bidones de alquitrán, los lavabos públicos y otros lugares<sup>122</sup> donde Molotov y Stalin esperan encontrar a numerosos habitantes (sobre todo, niños huérfanos o abandonados). Esta inspección minuciosa y generalizada culmina en una cifra oficial de 170.500.000 soviéticos. Los empleados de estadística no han encontrado más que 167 millones, pero es imposible volver a arrinconar ese censo. Entonces se añaden los deportados, sus guardias y los muertos, y se condecora a los responsables del censo cuyos resultados detallados se consideran confidenciales, publicando únicamente unos cuadros de síntesis muy generales.

La operación, controlada por Molotov, no ha sido brillante. ¿Fue esa la razón de que Stalin montara una campaña en contra de él? Su mujer, Paulina Jemtchujina, había sido amiga íntima de Nadejda Allilúieva. A pesar de las reticencias de Molotov, Stalin la había mandado nombrar comisaria de Pesca. Era la única mujer comisaria del pueblo. El 10 de agosto de 1939, el Politburó, en una resolución dictada por Stalin y hecha pública, le acusa de «haber dado pruebas de irreflexión y de ligereza en la elección de sus amistades, lo que había permitido la aparición en su entorno de buen número de espías hostiles [*¡sic!*] a los que, involuntariamente, había facilitado la

<sup>121</sup> G. DIMITROV, *Dnevnik*, *op. cit.*, pp. 171-172.

<sup>122</sup> Entrevista de Poliakov, *Argumenty i Fakty*, n.º 27, 1994, p. 5.

labor de espionaje». Ordena «una minuciosa investigación de todos los documentos concernientes a ella» y la «progresiva puesta en marcha»<sup>123</sup> de su destitución. Muy pronto, la NKVD la acusa de sabotaje y espionaje. El 24 de octubre de 1939, el Politburó estudia su dossier. Su resolución, redactada de mano de Stalin, elimina «como calumniosas» esas últimas acusaciones (que él mismo ha solicitado), pero la cesa en sus funciones por «inconsciencia y ligereza». Un mes después la nombra jefe de la Dirección principal de la industria textil y de la mercería. Al año siguiente, Stalin hará que sea expulsada del Comité Central. El dossier fabricado por la NKVD está siempre suspendido sobre su cabeza. Diez años después, caerá sobre la pareja. A pesar de la devoción que siente Molotov por su amo, se pregunta si «será posible que en esa ocasión hayan influido sentimientos antisemitas»<sup>124</sup>. Stalin quería sobre todo tener agarrado a Molotov. Y lo consiguió.

La mayoría de los miembros de su entorno tenía cónyuges judíos: además de Molotov, Vorochilov se había casado con Golda Gorbman; Andreiev, con Dora Jazan; su secretario personal Postychev, con Bronislava Solomonovna; su hijo Yakov —en segundas nupcias—, con Iulia Meltzer; Kirov, con María Markus; su hijo pequeño, Vasili, se casará muy pronto con Galina Burdonskaia; su hija Svetlana tendrá como primer novio a Alexis Kapler, y como primer marido a Grigori Morozov. Esta frecuencia irrita a Stalin que, a continuación de la guerra, verá en ella un intento de encerrona sionista.

<sup>123</sup> O. JLEVNIUK, *Le Cercle du Kremlin*, op. cit., pp. 257-258.

<sup>124</sup> F. TCHOUEV, *Conversations avec Molotov*, op. cit., p. 316.



## Capítulo XXIII

### EL AÑO I DE LA NOMENKLATURA

La purga no solo abrió la vía a una nueva generación política: acompañó y amplificó en todos los niveles de la sociedad las conmociones derivadas de la industrialización y la colectivización. Lo más esclarecedor en este sentido es el modo en que atacó a la *intelligentzia*. Los intelectuales y los escritores que habían simpatizado con la revolución de Octubre fueron eliminados implacablemente: Babel, Pilniak, Averbaj, la mayoría de los «escritores proletarios», Meyerhold, Mijail Koltsov, el publicista del régimen, antiguo menchevique afiliado desde 1920, entre centenares de nombres. Los demás son perdonados, con algunas excepciones, aunque generalmente están sometidos al silencio o a un discreto silencio (Bulgakov, Ajmatova, Prichvin, Kuprin (¡al que la GPU consigue hacer volver a la URSS en 1937!). El conde Alexis Tolstoi, que pide una villa de once habitaciones, recibe una... de nueve.

El caso de Vernadski es especialmente significativo. Este sabio manifiesta una sorprendente independencia de comportamiento en pleno Terror: multiplica sus misivas a Molotov, a Vychinski, a Iejov y a Stalin para defender a sus amigos, a veces con éxito; protesta —en este caso, con éxito por fin— ante el director del Glavlit, órgano de la censura, contra el recorte de páginas en la revista inglesa *Nature* y el bloqueo de revistas científicas extranjeras (e incluso llega a eludir la firma de una petición que exige la pena de muerte para los condenados del tercer proceso de Moscú! Su diario íntimo, que no teme continuar escribiendo mientras Prichvin quema las antiguas cartas recibidas de Bujarin, está sembrado de anotaciones críticas: «El Partido está gangrenado, pero el país resiste, incluso sin saberlo, por la conciencia de las masas». Más adelante anota: «La GPU y el Partido han eliminado a su *intelligentzia*, las personas que habían hecho la revolución», y también: «Los millones de detenidos constituyen una mano de obra gratuita que desempeña un papel enorme, muy apreciable, en la economía del

Estado»<sup>1</sup>. A pesar de su independencia de espíritu, nadie le molesta y muere de infarto en enero de 1945. Ciertamente, la NKVD nunca leyó su diario. Vernadski describía con repugnancia el ascenso de los aprovechados, donde ve un error de Stalin y no una política: «Stalin ha cometido un error fundamental al destruir por venganza o por miedo a lo mejor de su partido, causándole daños irreparables, pues las condiciones de vida reales provocan una afluencia colosal de toda clase de ladrones que continúan infiltrándose en el Partido»<sup>2</sup>.

Este ascenso se acompaña de unas crecientes diferencias sociales. La urbanización galopante ruraliza las viejas ciudades, rodeadas de otras siniestras ciudades obreras dormitorio en las que se instalan en masa los campesinos que huyen del campo. En los campos de concentración se hacinan en barracones improvisados alrededor de dos millones de deportados, subalimentados y condenados a unos trabajos forzados agotadores. Por su parte, la nomenklatura se atraca. La lujosa vida de los altos dignatarios sorprende al embajador americano Joseph Davies. El 10 de febrero de 1937, después de una cena en la dacha de Rosengoltz donde ha coincidido con Vorochilov, Mikoian y Vychinski que, dice, ha llevado a cabo «el proceso de los traidores» de modo admirable, apunta extrañado: «Verdaderamente, esos comisarios saben cuidarse»<sup>3</sup>. Al mismo tiempo, repite el rumor según el cual Stalin es ajeno a ese lujo y que su austeridad espartana refleja un profundo rigor moral: «Según la opinión común, Stalin es un hombre sencillo, dotado de una sinceridad extraordinaria y de una increíble capacidad de trabajo [...], un hombre digno que lleva una vida limpia»<sup>4</sup>. Stalin no manifiesta afán alguno de lujo; si no cuesta —caro— al Estado más que por su seguridad personal, jamás duda en recurrir a grandes medios para corromper y, ciertamente, la sinceridad es la menor de sus virtudes.

En marzo de 1939, el XVIII Congreso ratifica la llegada de esta nueva nomenklatura a la que Stalin ofrece unas promociones fulgurantes. Al eliminar a varias capas de cuadros antiguos y de militantes, suscita una enorme aspiración hacia los altos cargos. Los jóvenes, hasta ahora al pie de la escala social, ocupan decenas de miles

<sup>1</sup> V. VERNADSKI, «Diario 1938», *Družba Narodov*, nº 2, 1991, p. 222.

<sup>2</sup> V. VERNADSKI, «Diario 1941», *Novy Mir*, nº 5, 1995, p. 217.

<sup>3</sup> J. DAVIES, *Mission à Moscou*, Montreal, Edition de l'arbre, 1944, p. 73.

<sup>4</sup> *Ibid.*, p. 74.

de puestos libres en todos los niveles a causa de la purga masiva, sin contar con los miles de puestos que ha creado Stalin. Así, no solo se sustituye la casi totalidad de las direcciones de los comisarios del pueblo, sino que, al día siguiente del congreso, el número de comisariados pasa de 14 a 34; igualmente, el número de Repúblicas de la Unión pasa de 7 a 11 y el número de territorios y regiones, de 70 a 110. En cada momento, la nueva generación, a la que un auténtico tifón arrastra hasta la cumbre, ocupa un haz de puestos de comisarios, comisarios adjuntos, secretarios, secretarios adjuntos, presidentes y presidentes adjuntos. Ahora, numerosos cuadros jóvenes escalan los peldaños del poder a una velocidad vertiginosa que los embriaga. Algunos tropezarán, eliminados por sus rivales en esta loca carrera, pero los supervivientes recordarán toda su vida esa fiebre como el período más luminoso de su existencia y llevarán hasta las nubes al hombre que les ha despejado la vía hacia el Olimpo. Entonces empieza la carrera política de los Kossiguin, Brejnev, Suslov, Ustinov, Gromyko, quienes dirigirán el país hasta primeros de los 80. Apoyados en la joven nomenklatura, serán los auténticos grandes sacerdotes del culto al Jefe.

El mariscal Kulik expresa claramente ese sentimiento casi filial respecto al que le ha abierto el camino al mariscalato antes de enviarle al pelotón de ejecución en el futuro: en 1942, acusado por Stalin de incompetencia y desobediencia, escribirá a su acusador amo: «Te debo personalmente mi ascenso. Fuiste tú quien, en el aspecto político, hiciste un bolchevique de mí, un muchacho del campo, y me diste la mayor prueba de confianza que se puede recibir en este país haciéndome entrar en el Comité Central»<sup>5</sup>. Sustituyendo Comité Central por comité regional, miles de hombres habrían podido escribir una carta semejante. Más tarde, Suslov dirá al dirigente georgiano Mgueladzé: «Entiéndelo, gracias a Stalin todos hemos hecho carrera. Solo gracias a él lo tenemos todo»<sup>6</sup>.

En el Congreso, Stalin instaura un nuevo estilo oratorio que emplea desde hace dos años. Se expresa lentamente, solemnemente, destacando las palabras, deteniéndose después de cada frase para componer el gesto. Justifica los procesos con un cinismo que entusiasma a sus oyentes. ¿Cómo, exclama, es que esos procesos se ven

<sup>5</sup> KULIK, «Carta a Stalin», *Izvestia TsK KPSS*, n° 8, 1991, p. 204.

<sup>6</sup> *Prauda*, 5, n° 12, 1995, p. 8.

en el extranjero como una crisis de nuestra sociedad? Las elecciones al Soviet supremo de la URSS tienen lugar después del proceso de los militares, y las listas del bloque del Partido y de los sin-partido obtienen el 98,8% de los votos; después de marzo de 1938, obtienen el 99,4% de los votos en las elecciones a los soviets de la República. Por tanto, los procesos y el régimen han tenido el apoyo masivo de la población.

El Comité Central de mayo de 1939 subraya esa conmoción social. Uno de sus miembros recientes, Chtykov, saluda en Stalin «al hombre que nos ha hecho salir del impasse en el que nos encontrábamos los militantes prácticos de base»<sup>7</sup>. El impasse social que obstaculizaba su carrera se había abierto bruscamente ante ellos, y veneran al que les había despejado el camino. Mijail Koltsov canta al movimiento que ha permitido que miles de «pequeños y modestos mecanismos» se eleven hasta «un trabajo responsable cada vez más grande y más importante». Pavoneándose en las primeras filas desde 1920, muy pronto será víctima del sistema. En pleno Terror, Vorochilov afirma en una reunión de lugartenientes: «Cada uno de vosotros es un mariscal en potencia». El 29 de diciembre de 1938 insiste ante el Consejo militar: «Nuestros hombres son todos jóvenes, todavía desconocidos»<sup>8</sup>. Berejkov, destinado al comisariado de Asuntos Exteriores a primeros de 1940, comprueba a su llegada que allí no queda más que un puñado de antiguos colaboradores de Litvinov y Tchitcherin.

Las cifras confirman que el partido estalinista de 1939 se ha construido sobre los restos del antiguo partido bolchevique. En 1939, en la víspera del XVIII Congreso, el Partido comunista ruso cuenta con 1.589.000 miembros. Solo el 0,3% de ellos (es decir, alrededor de 5.000) se afiliaron antes de 1917, y 16.000 (es decir, el 1%) se afiliaron en 1917. Queda un resto de afiliados desde los años 1918 a 1920. Ciertamente, la guerra civil había diezariado las filas del Partido, y las depuraciones de 1921 habían apartado a miles de afiliados considerados dudosos, pero, solamente veintidós años después de la revolución, esas cifras demuestran la extraordinaria amplitud de la purga.

Esa joven generación se beneficia de la redistribución de las riquezas sociales, secuestradas por el robo y el saqueo legales. Los

<sup>7</sup> CRCEDHC, fondos 17, inventario 2, dossier 652.

<sup>8</sup> *Istoricheski Arjiv*, nº 4, 1997, p. 69.

promocionados se reparten así todo o parte del patrimonio de los condenados según el artículo 58 del Código penal que, como regla general, prevé la confiscación de esos bienes y la transmisión a sus delatores o a los oficiales y los agentes de la NKVD... que, de paso, ya se habían servido durante los registros robando vajilla, relojes o alhajas. Así, Antón Antonov-Ovseenko, que descubrió un dossier de su padre en el que figuraban los objetos confiscados a raíz de su detención, no encontró rastro de los numerosos objetos de valor que aquel había acumulado a lo largo de los años. Después de su rehabilitación, el hijo y la mujer del general Iona Iakir, detenidos poco después de él, no encontrarán inventario alguno de los muebles, la vajilla y los miles de libros que habían desaparecido de su casa. Todo había sido robado y, en general, revendido.

La NKVD dispone de una red de tiendas en las que vende a bajo precio los objetos enumerados por sus agentes. Las mujeres de los enemigos del pueblo, detenidas y deportadas o encarceladas, así como sus hijos, enviados a los orfanatos, dejan libres miles de apartamentos amueblados y equipados que ocupan los ascendidos. Stalin se compra así su fidelidad con poco gasto so capa de una ideología cada vez más desconectada de la realidad. El «filósofo» estalinista, el inculto Mitin, desprovisto de cualquier título académico, nombrado por Stalin en 1930 redactor-jefe de la revista de filosofía *Bajo la bandera del marxismo*, corona simbólicamente ese saqueo. En el volumen nº 57 de la *Gran Enciclopedia soviética*, publicará con su nombre el artículo «Filosofía» redactado... por el filósofo bujarinista Sten. Su sola y única aportación: la andanada de insultos dirigidos al autor. Mitin se había destacado escribiendo en 1933 un artículo titulado «Stalin y la dialéctica materialista» en el que honraba al Jefe como «el más eminente dialéctico materialista de nuestra época». Por medio de una involuntaria confesión, encontraba muy complejo analizar su aportación «¡pues la simplicidad, la claridad y la notable concisión de sus obras constituyen el resultado de un enorme trabajo teórico efectuado previamente sobre la interpretación de las leyes del desarrollo de la realidad objetiva desde el punto de vista de toda la experiencia mundial del movimiento proletario encarnado en las enseñanzas del leninismo!»<sup>9</sup>. El 22 de diciembre de 1939, al día siguiente de su aniversario oficial, Stalin se hace elegir para la Academia de Ciencias, colocadas

<sup>9</sup> *Sovetskaia Kultura*, 17 de septiembre de 1988, p. 6.

así bajo su estricto control, en compañía de Vychinski y de Mitin, al que pone igualmente a la cabeza del instituto Marx-Engels-Lenin, dirigido hasta entonces, barbota, por unos «ignorantes».

Los ascendidos sienten por Stalin idéntica gratitud (pero decuplicada) que la que mostró la nobleza del Imperio hacia Napoleón. En Moscú toma la forma de una arrobada veneración por parte de aquellos a los que un milagro ha sacado de la nada. La nobleza del Imperio ganaba títulos y tierras en el campo de batalla. Los nuevos elegidos soviéticos no deben casi nada a ellos mismos, y todo a Stalin. Su adoración tiene que ser mucho mayor que la de los barones imperiales. El 17 de marzo, cuatro días después de la clausura del tercer proceso de Moscú y de la ejecución de los condenados a muerte, Stalin recibe en el Kremlin a los aviadores Tchkalov, Baidukov y Beliakov, que acaban de realizar el primer vuelo sin escala de Moscú a Vancouver. En un extenso brindis, Stalin exalta el heroísmo soviético que opone al culto del dólar, y luego reprende a Tchkalov que grita: «¡Estoy dispuesto a morir por Stalin!». Lo adula. Tchkalov insiste: «¡Moriremos por Stalin!». Stalin lo amonesta: «Pido perdón por mi grosería, a veces hay quien me considera grosero, pero cualquier imbécil es capaz de morir [...]. Yo brindo por los que quieren vivir... [...]. Bebo a la salud de esos jóvenes que nos sobrevivirán felizmente a nosotros los viejos». Una vibrante ovación acoge sus palabras, y Tchkalov, expresando con énfasis los sentimientos de todos sus colegas, exclama: «Ninguno de los presentes desea sobrevivir al camarada Stalin. Nadie nos arrebatará a Stalin, no permitiremos que nadie nos arrebate a Stalin. Podemos decirlo osadamente: si tenemos que dar nuestros pulmones, daremos a Stalin nuestros pulmones; si tenemos que darle el corazón, daremos a Stalin nuestro corazón; si tenemos que darle nuestras piernas, daremos a Stalin nuestras piernas»<sup>10</sup>.

El diario íntimo de una de esas jóvenes promesas, Malychev, confirma la profundidad de esos sentimientos. Jruschov había propuesto a este ingeniero como candidato al Soviet Supremo. El 12 de enero de 1939, en la primera sesión donde los nuevos elegidos son mayoría, sintió «una alegría y una emoción excepcional al ver al camarada Stalin»<sup>11</sup>. Tres semanas después caía en éxtasis.

<sup>10</sup> *Istochnik*, nº 4, 1998, p. 86.

<sup>11</sup> Diario de Malychev, *Istochnik*, nº 5, 1997, p. 105.

Había sido llamado al Kremlin y entró en el despacho de Stalin que, acompañado de otros siete dirigentes, lo esperaba desde hacía una hora. El Jefe, tan intolerante con la falta de puntualidad, le recibió con una sonrisa y le anunció su nombramiento a la cabeza de uno de los tres comisariados del pueblo surgidos de la multiplicación del antiguo comisariado de la Construcción mecánica. Malychev, atónito, balbuceó una negativa; Stalin le echó en cara: «¿Cómo? ¿Te hemos esperado una hora para nada y te han traído desde Kolyma hasta Moscú para nada?»<sup>12</sup>. Malychev salió en medio de una nube de la que tardaría en bajar. En los plenos del Comité Central, en el Comité de defensa con el que cooperaba, en las sesiones del Politburó a las que asistía como invitado, escuchaba fascinado los discursos de Stalin. «Después de sus intervenciones, escribía, todo lo más complicado y más incomprensible se vuelve comprensible, sencillo y claro»<sup>13</sup>. El 21 de diciembre de 1939 subrayaba el interés que demostraba Stalin por esta generación: «El rasgo característico del camarada Stalin es su capacidad para atender a las personas. Parece escuchar todas las objeciones y las propuestas, incluso las más insignificantes»<sup>14</sup>. Como los demás «jóvenes promocionados», aquel Malychev se distinguiría a lo largo de los años por su afición a los banquetes costosos y frecuentes siempre bien regados.

La atención que dedica a los jóvenes contrasta con la brutalidad que reserva a los más antiguos. El 13 de septiembre de 1939, Malychev anotaba asombrado en su diario que, en la reunión del Comité de la defensa, Stalin criticó duramente a Kaganovitch «por su incapacidad para colocar adecuadamente a las personas»<sup>15</sup>. Por otra parte, tenía prohibido trasladar a los cuadros todos los meses. De este modo acusaba a Kaganovitch de desorganizar el trabajo de su propio sector. En dos ocasiones, registraba Malychev, Stalin le dio la clave de su encarnizamiento contra los viejos. El 17 de enero de 1941, después de la reunión del Politburó, había invitado a los participantes a beber unas copas en su apartamento. A lo largo de la borrachera, que duró hasta las siete de la mañana, brindó «por los viejos que transmiten de buen grado el poder a los jóvenes, y por los

<sup>12</sup> *Ibid.*, p. 107.

<sup>13</sup> *Ibid.*, p. 108.

<sup>14</sup> *Ibid.*, p. 109.

<sup>15</sup> *Ibid.*, p. 114.

jóvenes que aceptan de buen grado ese poder»<sup>16</sup>. Tres semanas después, en un brindis durante la celebración del sesenta cumpleaños de Vorochilov, lanzaba una advertencia que justificaba el Gran Terror y anunciaba una probable nueva etapa: «Los viejos han de comprender que, si no dejan dirigir a los jóvenes, será el final. Nosotros los bolcheviques somos fuertes porque empujamos con fuerza a los jóvenes hacia adelante. Los viejos deben dejar de buen grado el poder a los jóvenes»<sup>17</sup>. En cualquier caso, no tienen elección.

Los vencedores se conocen entre sí. El 2 de abril de 1939, Stalin y su grupo de dirigentes asisten en el Bolchoi al estreno de la ópera *Ivan Sussanin*, de Glinka, que cuenta la historia del heroico campesino ruso que en 1613 despistó a los soldados polacos en los bosques y pereció luego. En el entreacto, antes del final de esta obra patriótica, los dirigentes salen del palco lateral del gobierno donde se instalan habitualmente, y ocupan el antiguo palco imperial, central, para contemplar el final del espectáculo. En cuanto los ven los espectadores, especialmente los nuevos ascendidos, se levantan y aplauden hasta el final del entreacto. Recomienzan al final mientras cae y se alza el telón. Entonces, los actores aplauden fervorosamente a los dirigentes, que les aplauden a su vez mientras que el público de los promocionados, enloquecido, aplaude a unos y a otros en una comunión entusiasta.

Los supervivientes de la purga miran despectivamente a los jóvenes promocionados. El 5 de junio de 1939, Alexandr Soloviev se reúne con Maxim Litvinov, destituido la antevíspera de sus funciones como comisario de Asuntos Exteriores. Litvinov siempre tuvo la lengua expedita, pero su despido, que sin embargo anunciaba un arresto, se la suelta más. Aquel día se limita a reír sarcásticamente: «Mira quiénes rodean al Genio, ¡unos pelotilleros!»<sup>18</sup>. A las dos semanas se reúnen de nuevo y le pinta un cuadro deprimente de Stalin y de su entorno. En él denuncia «la mezquindad de alma, su extraordinaria fatuidad, la enorme seguridad en sí mismo, la vanidad, la obstinación, su arribismo y poder ilimitado, herencia de un oscurantismo y una incultura seculares [...]. Para él, lo importante es saber si estás o no de acuerdo con su opinión, y trata de borrar o ani-

<sup>16</sup> *Ibid.*

<sup>17</sup> *Ibid.*

<sup>18</sup> A. SOLOVIEV, «Los Cuadernos de un profesor rojo», *Nezvestnaia Rossia*, n° 4, 1993, p. 203.



quilar a los que piensan de otro modo, incluso si se trata de personas útiles [...]. ¿Por qué ha liquidado a los antiguos cuadros con experiencia? Porque son más inteligentes que él y lo tienen calado». Con unas pocas palabras, Litvinov hace justicia a unos cortesanos que conoce muy bien: «Stalin no soporta a las personas inteligentes; elige imbéciles limitados y obedientes [...], el adulador Molotov, los arribistas Kaganovitch, Mykoian, Beria y también Mejlis, el mediocre Malenkov, Jruschov el cretino y otros cobistas y aduladores de la misma calaña»<sup>19</sup>.

Las costumbres y el comportamiento del entorno de Stalin justifican ese retrato de grupo tan poco favorecedor. Jdanov, el responsable de los intelectuales, gustaba de contar entre risas contenidas la siguiente anécdota: «Un día, Stalin se queja de haber perdido la pipa y gruñe: "Daría lo que fuera por encontrarla". Tres días después, Beria había encontrado a diez culpables "confesos". Al día siguiente, Stalin encuentra la pipa caída detrás de un diván de su cuarto»<sup>20</sup>.

Da lo mismo lo real que lo inventado. Un día de 1938, Jruschov presenta una queja a Stalin: la NKVD ha torturado a un joven profesor moldavo para hacerle confesar que Korotchenko, el jefe del gobierno ucraniano, es un agente de la corte de Rumanía; el tema desconcierta a Jruschov. Stalin encuentra la historia divertida y pregunta «si no será con la reina» con quien se ha liado Korotchenko, y pregunta la edad de la reina. En el mismo tono picante, Jruschov responde: «El rey todavía es joven (no se ha casado), pero hay una reina madre. Seguramente estaba en relaciones con la reina madre». Ambos ríen a carcajadas. Stalin declara inocente a Korotchenko y, en diciembre de 1938, propone una resolución en el Politburó contra los investigadores de la NKVD que han montado el asunto en contra de él: «Organizad un proceso público, fusilad a los culpables y dadlo a conocer en la prensa»<sup>21</sup>.

Los dirigentes estalinistas, autodidactas de escasos conocimientos mal digeridos —hablan mal su propia lengua y ninguna extranjera—, ilustran la mediocridad de esta nueva clase dirigente que no destaca más que en las intrigas dentro del aparato. No conocen más que un modo de mandar: exigir, amenazar, presionar, detener, de-

<sup>19</sup> *Ibid.*, pp. 203-204.

<sup>20</sup> A. LAKOVLEV, *Tsel jizni* (El objeto de la vida), Moscú, 1969, p. 509; *Cahiers du mouvement ouvrier*, n° 9, marzo 2000, p. 93.

<sup>21</sup> N. JURUSCHOV, *Vospomnania*, op. cit., p. 150; *Cahiers du mouvement ouvrier*, n° 9, p. 95.

portar, fusilar. Después de su arresto, el 26 de junio de 1953, Beria escribirá varias cartas a sus antiguos camaradas pidiéndoles piedad; están sembradas de faltas de ortografía y de sintaxis, de frases incompletas y de incoherencias. Malenkov, un regordete oficinista que parece haber nacido con doble barbilla, es incapaz de leer los insípidos informes que le prepara su aparato. Durante no mucho tiempo, Jruschov, a la sombra de Kaganovitch, no es más que un *apparatchik* ignorante, que farfulla unos discursos salpicados de frases hechas y de faltas de sintaxis. Chepilov, miembro del Politburó y eliminado por él en 1957, lo describe también como un perfecto inculto. Durante un enfrentamiento verbal, Jruschov responde a la enumeración que hace Chepilov de sus propios títulos con la típica frase de un *apparatchik* surgido de lo más recóndito de la sociedad y orgulloso de su ascenso: «Pues yo, yo estudié un invierno en casa de un pope a cambio de un saco de patatas»<sup>22</sup>.

El servilismo de su entorno irrita en ocasiones a Stalin, que disfruta demostrándolo. Cuenta Volkogonov que, en marzo de 1939, la víspera del XVIII Congreso, Stalin había invitado a Molotov, a Idanov, a Malenkov y a Beria a su villa de Kuntsevo. Después de comer, les pidió que opinaran sobre su proyecto de informe para el congreso. Cada uno se mostraba más entusiasmado que el anterior cuando Stalin gruñó: «Os he enseñado una variante que hice deprisa y corriendo y todos cantáis aleluya... ¡Acabo de reescribir enteramente la variante que os voy a leer!». Los invitados se quedan con la boca abierta. Beria encuentra la solución: «Pero incluso en la primera se advierte tu mano; nos podemos imaginar la fuerza del nuevo texto después de reescribirlo»<sup>23</sup>.

Los ascendidos, una vez colmados, deben ser dóciles. Hay quienes no lo comprenden inmediatamente. Así, cuando Stalin propone al Comité Central de junio de 1939 que el número de «jornadas de trabajo» que han de hacer en el koljhoz los campesinos para recibir una remuneración —por otra parte simbólica— sea de cien horas, Tchubin, un recién nombrado, protesta: en las explotaciones de algodón, las cien jornadas serán excesivas para unas mujeres que están criando a niños menores de doce años; y plantea disminuir el mínimo a cin-

<sup>22</sup> D. CHEPILOV, «Vospominania», *Voprossy Istorii*, n.º 4, 1998, p. 22. «Jruschov alardeaba de no haber estudiado jamás en escuela alguna».

<sup>23</sup> D. VOLKOGONOV, *Staline, op. cit.*, t. 1, p. 385.

cuenta o sesenta. Stalin lo reprende en nombre de la dignidad de la mujer. Tchubin insiste: «Pero se trata de la mujer cabeza de familia. —Razón de más», zanja Stalin<sup>24</sup>. La discusión ha terminado.

Nicolás Kuznetsov, nombrado comisario de Marina en marzo de 1939, percibe y soporta mal este estado de cosas: «A Stalin no le gustaban las objeciones y apenas escuchaba a los especialistas. A su alrededor se había formado una capa de cobistas y aduladores [...], su opinión no suscitaba contradicciones, incluso por parte de sus más íntimos colaboradores [...]. Nosotros, los jóvenes promocionados en la oleada del “período inquieto” de los años 1937-1938, y que, por inexperiencia, procurábamos expresar “nuestra propia opinión”, enseguida nos convencimos de que nuestro papel consistía en escuchar más y en hablar menos»<sup>25</sup>.

Promotor de la nueva aristocracia, Stalin es el dios protector de las diferencias sociales. Nada lo demuestra mejor que la traducción salarial de la reforma militar introducida en 1934. Esta reforma culmina en un aumento medio, ampliamente superior a la inflación, del 284% del sueldo de los suboficiales y oficiales. El detalle de estas cifras subraya las diferencias jerárquicas: el 240% para un jefe de sección; el 263% para un comandante de compañía; el 254% para un comandante de batallón; el 300% para un comandante de regimiento; el 337% para un comandante de división y el 364% para un comandante del cuerpo del ejército. El reverso de estos aumentos es la inseguridad que se cierne sobre esos cuadros militares, siempre sometidos al temor de poder encontrarse al día siguiente en una celda o en el Gulag. Su satisfacción queda medio aguada, y Stalin nunca estará seguro de su fidelidad.

La promoción de una nueva aristocracia se duplica con una legislación antiobrera brutal: el 28 de diciembre de 1938, Stalin inaugura un nuevo carné de trabajo en el que se registran y eternizan las sanciones por las «faltas» del obrero. El mismo día, un segundo decreto prevé nuevas severas sanciones por los retrasos injustificados y el absentismo laboral. Una semana después, otro decreto asimila a delito cualquier retraso mayor de veinte minutos, una situación frecuente en un país con transportes colectivos lamentables. El 26 de junio de 1940, un decreto anula las disposiciones del decreto de

<sup>24</sup> CRCEDHC, fondos 17, inventario 2, dossier 652, folio 36.

<sup>25</sup> N. KIZMISOV, «Antes de la guerra», *Otkriab*, n.º 5, 1988, p. 168.

1927 sobre la jornada de siete horas y el descanso semanal, y recuerda las sanciones por retrasos injustificados; la duración de la jornada de trabajo se eleva a ocho horas; se proclama la semana de siete días y se prohíbe al obrero «abandonar la empresa por propia iniciativa». Por último, un decreto del 10 de agosto de 1940 castiga la ausencia injustificada (como el retraso superior a veinte minutos), la producción de desechos y el hurto en el lugar de trabajo con penas de prisión o de campo de trabajo que varían de uno a tres años.

¿Cuál es el balance en cifras de la represión estalinista en vísperas de la guerra? El secreto burocrático ha favorecido la inflación. La investigación de una comisión del Comité Central del PCUS en 1961 ofrece el siguiente balance: «En 1934, 68.415 individuos fueron detenidos; en 1935, 104.716; en 1936, 85.530. Algo más de 3.000 habían sido fusilados». [...] En total, en 1937-1938, fueron detenidos 1.372.392 individuos de los que fueron fusilados 681.692». Entre ellos, más de 110.000 miembros del Partido. «En total, entre 1939-1940, 121.033 individuos fueron detenidos, de los que fueron fusilados 4.464»<sup>26</sup>. A estas cifras hay que añadir los millones de campesinos muertos durante la «deskulakización» y los cientos de miles de detenidos del Gulag no condenados a muerte, pero fallecidos de hambre, de frío, de agotamiento y de enfermedad. Los siete millones de muertos de la hambruna de 1932-1933 son también víctimas de la política estalinista.

Desde 1929 a 1941, de la colectivización a la guerra, el régimen había vivido en una continua tensión, y no se mantuvo más que gracias al Terror permanente y generalizado, que ciertamente pudo matizar, pero que era indispensable para su permanencia en el poder. Ese equilibrio inestable no reposaba, sin embargo, solamente en el Terror. En su mayoría, el campesinado era hostil al régimen; por su parte, la clase obrera tenía una actitud pasiva, crítica, incluso igualmente hostil a la clase dirigente. Ese antagonismo se manifestaba sobre todo en el odio de los obreros por los stajanovistas, los jefes de cuadrilla y los capataces. La llegada de Hitler al poder hizo cerrar filas en torno a los dirigentes ante la amenaza exterior, y Stalin se aprovechó de ello. El sistema había creado una base industrial que, a pesar de las lamentables condiciones de trabajo y de vida, se había traducido en un auténtico dinamismo económico y social: de-

<sup>26</sup> *Istochnik*, n° 1, 1995, p. 120. Cf. V. ROGOVIN, *Partia Rasstreliaannyj*, op. cit., pp. 479-489.

sarrolló la alfabetización y la formación profesional; dio paso a una aristocracia obrera (los obreros de choque y los stajanovistas, los capataces y los jefes de brigada que recibían primas, disponían de cantinas diferentes y contaban con apartamentos, mientras que los simples trabajadores estaban inscritos en las listas de espera) y amplió y renovó la clase de los ingenieros y los técnicos, y sobre todo su base social específica, la burocracia, surgida de las filas obreras y campesinas (directores de fábricas y presidentes de koljoses, secretarios del Partido, de las Juventudes comunistas, de los sindicatos, oficiales e instructores políticos). Todas esas funciones iban acompañadas de ventajas, ciertamente limitadas pero inasequibles para la masa de la población. Esta capa, cuya comporsición se vio alterada por el Terror de 1936-1938, representaba alrededor del 10% de la población y constituía el apoyo principal del régimen, a pesar de la inestabilidad que la caza recurrente al sabotaje provocaba en ella.

Stalin, por su modo de vida, es el reflejo consumado de esta capa social. Si, lo mismo que ella, tiene gustos modestos por el vestido y los muebles, adora los banquetes y, sobre todo, le gusta la comodidad. En vísperas de la guerra dispone de unas quince villas: además de Kuntsevo, donde vive, posee una en Zubalovo, una en Gorki cerca de la última residencia de Lenin, una en Lipki a la salida de Moscú, al borde de un estanque en medio de un parque inmenso plantado de tilos, una en los bosques de Valdai cerca de Novgorod, tres en Sotchi, una de ellas cerca del balneario de Matesta, otras tres más en Georgia, una llamada «la dacha del río frío» en el lago Ritsa, una en Borjomi, otro balneario, una en Tsjaltubo, una cerca de Pitsunda, una en Kislovodsk, también antigua ciudad balneario, y por último, una en Crimea. En 1938, Stalin envía al Gulag, donde pasará diecisiete años, al arquitecto Miron Merjanov que había construido la mayoría de esas villas. Un personal colocado bajo el control de Vlassik cuida cada casa durante todo el año y prepara diariamente una comida al azar para Stalin, con el indudable objeto de ocultar sus auténticos desplazamientos. Así, tiene empleados permanentemente a cientos de cocineros y de doncellas. Ese lujo, en gran parte inútil, cuesta muy caro al Estado. La fama de la modestia de los gustos de Stalin, tradicionalmente extendida, está sobre todo destinada a engañar a la opinión.

En vísperas de la guerra, Stalin afirmó su poder personal. Modificó su aspecto exterior: su balanceo de oso se transformó en un modo de caminar lento que pretendía ser majestuoso; una sombra

de somnolencia parecía rodear desde entonces su rostro inexpresivo. Cuando llamaba por teléfono, anunciaba secamente: «Stalin. Que venga el camarada tal». Al oír su voz baja y ronca, los ascendidos de cualquier fila y grado se ponían en pie y, en posición de saludo, auricular en mano, respondían brevemente: «Sí, camarada Stalin». «No, camarada Stalin». «Por supuesto, camarada Stalin». Las respuestas tenían que ser breves, pues él no admitía vacilaciones, interrogaciones ni objeciones. De arriba abajo del aparato, sus subordinados reproducían su modo de ser ante sus propios subalternos.

El culto a Stalin planteaba el problema de su representación en el universo imaginario de la creación artística. Stalin no lo había resuelto claramente. A primeros de 1939, el Comité de las artes y la dirección del teatro Tchejov habían enviado al Comité Central el texto de la pieza de Bulgakov, *Batum*, pidiendo autorización para representarla. La respuesta inmediata fue: no. «Una persona como Iosiv Vissarionovitch Stalin no puede transformarse en un héroe literario ni colocarse en situaciones imaginarias. En su boca no puede colocarse una palabra imaginaria»<sup>27</sup>. En octubre de 1939, Stalin habría declarado al director de escena Nemirovitch-Dantchenko: «*Batum* es una muy buena obra, pero no se representará jamás».

En 1934, la censura había dejado pasar unas alusiones dudosas en la novela de Panferov, *Bruski*. En ella, un personaje afirmaba que, en el futuro, el nombre de Stalin se recordaría como el de un viejo tirano. Por supuesto, el autor de aquella frase sacrilega era un «enemigo del pueblo», pero, a raíz de la reedición de la novela en 1937, la censura la suprimió, lo mismo que la afirmación de un viejo bolchevique que pretendía haberse afiliado al Partido cinco años antes que Stalin. Censuró también una escena que mostraba a Stalin riendo al ver cómo se ahogaban unos campesinos rebeldes en un río cercano. Hizo desaparecer igualmente la afirmación de Stalin según la cual, si un comunista ruso viaja a un país extranjero, no tiene necesidad de conocer la lengua. Por el contrario, en 1947, en la reedición del tercer tomo de la novela, un georgiano anónimo, molido a golpes por la soldadesca después de su intento de fuga, tiene el honor de llevar el nombre de Iosiv Stalin. Las exigencias de la estatura del héroe varían en función de oscuros criterios.

<sup>27</sup> ERMOLAIEV, *Censorship on Soviet Literature, 1927-1991*, New York/Londres, Rowman and Littlefield, p. 73.

## Capítulo XXIV

### PÓQUER MENTIROSO

A primeros de enero de 1939, Berlín informa a Moscú de su interés por negociar las condiciones de un crédito a la URSS que le permita adquirir equipamiento en Alemania. El 10 de enero, el embajador soviético en Berlín, Merekalov, comunica a los alemanes que Moscú está dispuesto a reanudar las conversaciones. Ambas partes firman un acuerdo comercial que prefigura un entendimiento más amplio. El 10 de marzo, en el XVIII Congreso del Partido, Stalin abandona públicamente su antifascismo militante. No hace más que una vaga y ligera alusión a la guerra de España y estigmatiza el deseo de las democracias occidentales de provocar un conflicto artificial entre Alemania y la URSS. Denuncia los rumores extendidos sobre el deseo de Alemania de conquistar Ucrania con el exclusivo objeto de «excitar la cólera de la Unión soviética contra Alemania, [...] de envenenar el ambiente y [...] de provocar un conflicto con Alemania sin motivos aparentes». Y al contrario, Stalin denuncia las intenciones de Inglaterra: «Hemos de ser prudentes y no permitir que los provocadores de la guerra, habituados a que los demás les saquen las castañas del fuego, arrastren al conflicto a nuestro país»<sup>1</sup>. Dudando de la firmeza de las democracias frente a la Alemania nazi, se resiste claramente a comprometerse con ellas y esboza un nuevo gesto hacia Hitler.

En Londres, Churchill, que teme a Hitler más aún que Stalin, insiste en vano en la necesidad de una alianza con la URSS en contra de Hitler. «Rusia muestra todo el interés por oponerse a que la potencia nazi continúe su expansión hacia el este. En este interés, en este profundo, natural y legítimo interés, es en el que debemos apoyarnos», afirma una vez más en la Cámara de los Comunes el

---

<sup>1</sup> STALIN, Informe del CC al Congreso, en el acta mecanografiada del XVIII Congreso, pp. 13 y 15.

13 de abril de 1932<sup>2</sup>. El 17 de abril, Litvinov presenta un proyecto de acuerdo concreto que une contra Alemania a Francia, Inglaterra y la URSS. Londres retrasa su respuesta, una manera apenas disimulada de decir no. Entonces Stalin se vuelve hacia Hitler.

El 27 de abril llama a su despacho a Litvinov. Junto a él, Molotov vocifera y cubre de reproches al comisario de Asuntos Exteriores, que muy pronto será cesado en sus funciones (el 4 de mayo de 1939) y sustituido precisamente por Molotov. Realmente, este es más apto que su predecesor —judío y partidario de la alianza con las democracias— para tender la mano a Hitler. Por otra parte, Stalin le aconseja que «limpie su comisariado de judíos». Cuarenta años más tarde, Molotov se felicitará: «¡Menos mal que me lo dijo! porque los judíos tenían la mayoría absoluta en la dirección y en las embajadas. Y, evidentemente, eso era malo. Letones y judíos, y cada uno de ellos arrastrando una retahíla por detrás»<sup>3</sup>. Beria manda encarcelar a dos tercios de los colaboradores del comisario caído. El embajador alemán, Schulenburg, no puede por menos que apreciar la fuerza de la seña transmitida a Berlín.

¿Había elegido Stalin definitivamente entre Londres y Berlín? En cualquier caso, Londres no hizo grandes esfuerzos por firmar una alianza por la que mostraba muy escaso interés el Primer ministro Chamberlain. A partir del 9 de mayo, el embajador francés en Berlín, Coulondre, informaba al Quai d'Orsay de que en Berlín corrían rumores de unas próximas propuestas de Alemania a Moscú en el marco de un nuevo reparto de Polonia. Convencido de que la vida continuaba como siempre y de que nada urgía, Chamberlain, a pesar de las protestas de Churchill, suspendió las sesiones del Parlamento británico desde el 4 de agosto hasta el 3 de octubre: dos meses de tranquilidad asegurada. La delegación franco-británica encargada a primeros de agosto de viajar a Moscú para negociar una eventual alianza también se tomó su tiempo: el gabinete de Londres, encargado del transporte, se negó a proporcionarle un avión... no había que malgastar el carburante de su Graciosa Majestad. La delegación embarcaba el 5 de agosto en el *City of Exeter*, un viejo carguero de majestuosa lentitud que llegó a Moscú seis días después. Dirigía la delegación británica el almirante sir Reginald

<sup>2</sup> W. MANCHESTER, *Winston Churchill*, París, Laffont, 1990, t. 2, p. 408.

<sup>3</sup> F. TCHOUEV, *Conversations avec Molotov*, op. cit., p. 232.



Plunkett-Ernle-Erle-Drax, cuyos poderes y competencias parecen inversamente proporcionales a la longitud de su nombre. El flemático almirante había olvidado en Londres sus cartas credenciales que no llegaron hasta... el 21.

En la noche del 11 de agosto, Stalin reúne al Politburó en su despacho del Kremlin. Terminada la reunión, hacia las 11 de la noche, Molotov convoca a su adjunto Podtserov y le dicta un telegrama que Astajov, en Berlín, ha de transmitir al gobierno alemán. El mensaje es directo: Stalin propone iniciar lo antes posible negociaciones en Moscú sobre un acuerdo comercial y luego sobre el tema polaco. Una vez cumplidas las cortesías protocolarias, Vorochilov, comisionado por Stalin, plantea a la delegación franco-británica una única pregunta: en caso de guerra, ¿obtendrían las fuerzas soviéticas la autorización para cruzar Polonia a través de un pasillo? Stalin sabe que la delegación no puede contestar. En efecto, el gobierno polaco, que confía más en Berlín que en Moscú, rechaza categóricamente las peticiones de paso del Ejército rojo, cuya valía militar pone en duda, no sin razón. Vorochilov plantea el tema el 13 y lo vuelve a plantear el 14 sin resultado.

Stalin aprovecha estas discusiones para presionar sobre Berlín. El 14 de agosto, Ribbentrop telegrafía a Schulenburg para que se ponga inmediatamente en contacto con Molotov y, si es posible, con el mismo Stalin. Molotov recibe al embajador el 15 de agosto por la noche, y le pregunta si Berlín está dispuesto a firmar un tratado de no-agresión con la URSS, a emplear su influencia sobre Tokio para frenar los ardores bélicos del Japón y a garantizar la independencia de los Estados bálticos. El 17, Hitler responde afirmativamente. Ese mismo día, Vorochilov, constatando la ausencia de respuesta por parte de la delegación franco-británica, fija las discusiones para el día 21.

Ribbentrop se declara dispuesto a estar en Moscú a partir del 18. Durante unas horas, Stalin se deja querer. No obstante, el 19 de agosto a las dos, Schulenburg informa a Molotov de que las relaciones germano-polacas se hacen cada día más tensas. «En Berlín tienen prisa», añade. El 19 de agosto, la Agencia Havas, en un extraño comunicado de prensa, se sirve de un discurso del 17 de agosto de Stalin al Politburó. Según explica Havas, la reunión y el discurso tenían que haberse guardado en secreto. Ahora bien, los fondos Stalin contienen, efectivamente, una versión francesa de esta interven-

ción sin indicación concreta de la identidad de su autor. Una vez al año no hace daño y, a los pocos días, Stalin publicará un desmentido que no tiene otro efecto que atraer la atención hacia él. Indudablemente, esa versión francesa ha sido redactada por orden de Stalin para transmitirla a Havas con todas las garantías de autenticidad, pero el documento mezcla lo verdadero y lo falso. En él, Stalin afirma: si firmamos una alianza con Inglaterra y con Francia, Hitler no atacará Polonia; si firmamos un tratado con Alemania, esta atacará Polonia, y Francia e Inglaterra entrarán en danza. A partir de entonces, «tendremos muchas posibilidades de quedar fuera del conflicto y podremos esperar a entrar en guerra en condiciones ventajosas». La primera «será la aniquilación de Polonia hasta las inmediaciones de Varsovia». Anuncia importantes concesiones, en parte imaginarias, por parte de Alemania, que dejaría a la URSS las manos libres en los países bálticos, en Rumanía, en Bulgaria y en Hungría. A continuación estudia los dos resultados posibles de la próxima guerra: si la pierde Alemania, se sovieterá, pero los vencedores aplastarán a la Alemania bolchevique; si la gana, quedará demasiado agotada para atacar a la URSS en los diez próximos años, pues estará ocupada en impedir la recuperación de los dos países vencidos. Conclusión: «Lo que interesa a la URSS [...] es que estalle una guerra entre el Reich y el bloque capitalista anglo-francés. Hay que esforzarse por que esta guerra dure todo lo posible a fin de agotar a ambas partes. Por eso, debemos aceptar el pacto propuesto por Alemania»<sup>4</sup>. Esta versión del discurso, una clara advertencia a las democracias, mezcla elementos reales o probables con fabulaciones («la sovieterización de Alemania», por ejemplo, destinada a convencer a Hitler de que no se tome demasiado en serio este comunicado).

Todo se precipita: el 20 de agosto se firma en Berlín un tratado comercial germano-soviético. En mitad de la noche del 20 al 21, una llamada de Berlín saca de la cama a Schulenburg y lo invita a transmitir urgentemente un mensaje personal bastante seco de Hitler a Stalin: Hitler insiste en que Stalin reciba a Ribbentrop en Moscú el 22 de agosto, o lo más tarde el 23. Al basarse en la firma de un tratado comercial para exigir la de un «pacto de no agresión», Hi-

<sup>4</sup> *Novy Mir*, nº 12, 1994, pp. 232-233, y *Drugaiá Voïna* (La otra guerra), Moscú, 1996, pp. 73-75.

Hitler no obra con ardides. Le urge, pues «la tensión entre Alemania y Polonia ha llegado a ser insoportable [...]. La crisis puede producirse en cualquier momento»<sup>5</sup>. Por esta razón desea firmar, y pronto, un tratado con Stalin para poder invadir Polonia tranquilamente. Este le da su acuerdo a vuelta de correo, en una carta tan hipócrita, como cínica es la del canciller nazi: la firma de un pacto de no-agresión permitirá «acabar con la tensión política y establecer la paz y la colaboración entre nuestros países»<sup>6</sup>. Hitler no hablaba de «colaboración». Stalin va aún más lejos de lo que le pide. Esta solicitud revela el sentimiento de debilidad que invade a Stalin.

A las 22 h 30 del 21 de agosto, Radio Berlín transmitía la noticia del acuerdo entre los dos gobiernos: «Para firmar un pacto de no-agresión y para llevar a cabo las negociaciones, el ministro de Asuntos Exteriores del Reich viajará a Moscú el 23 de agosto». En efecto, el 23 de agosto a mediodía, Ribbentrop aterrizaba en Moscú. Las negociaciones se abrían en el Kremlin a las 15 h 30 en el despacho de Molotov acompañado de Stalin, ante la gran sorpresa del diplomático alemán. En efecto, la presencia del Guía significaba, como dijo el consejero alemán Hilger, que el acuerdo se firmaba entonces o nunca. Molotov y Stalin no habían informado a ningún miembro del Politburó. Durante la reunión, Jruschov y Vorochilov estaban cazando patos...

Tres horas después, quedaba firmado el acuerdo. Si tomamos en cuenta el tiempo necesario para la traducción, fue una negociación llevada al galope. Ribbentrop leyó una breve propuesta de acuerdo de veinte líneas redactadas por Hitler en las que proponía a Stalin un reparto de los territorios bálticos y de Finlandia en esferas de influencia, un nuevo reparto de Polonia y unas conversaciones posteriores para decidir si el mantenimiento de un Estado polaco independiente se correspondía o no con los intereses de los dos partidos firmantes. Stalin planteó dos enmiendas de menor importancia, una de ellas, la inclusión de dos puertos letones en la esfera de influencia soviética. Ribbentrop consultó a Hitler por telegrama, y la respuesta fue «De acuerdo». Lo esencial —el fondo del protocolo secreto— quedó resuelto en unos minutos. Solo faltaba redactar el

<sup>5</sup> Texto completo en BEREJKOV, *Staline, op. cit.*, pp. 31-32, y casi completo en D. VOLKOGONOV, *Staline, op. cit.*, t. 2, p. 29.

<sup>6</sup> Texto completo en BEREJKOV, *Staline, op. cit.*, p. 38. D. VOLKOGONOV, *Staline, op. cit.*, p. 30. *Documents on German Foreign Policy*, t. VII, p. 168.

pacto público de no-agresión. Ribbentrop había preparado un discurso pomposo sobre «la amistad germano-soviética reanudada», que suscitaría en Stalin una sonrisa y un comentario irónico: «Durante años, nos hemos arrojado cubos de basura unos a otros [...]». Hay que preparar progresivamente a la opinión pública para los cambios que este tratado suscita en nuestras relaciones»<sup>7</sup>.

Stalin se mostró muy cordial en la gala que reunió por la noche a los comparsas de un momento. Brindó a la salud del Führer: «Conozco el cariño que la nación alemana siente por su Führer. Me gustaría, pues, beber a su salud». Y luego brindó por Himmler, encargado de mantener el orden en el país. En su brindis, Molotov recordó que «había sido magnífico que Stalin –gracias a su discurso del mes de mayo, tan bien entendido en Alemania– hubiera provocado el vuelco de las relaciones políticas». Ribbentrop telefoneó a Hitler a través de una línea directa instalada la víspera y, delante de todos, le dio cuenta del éxito conseguido. Al final de la gala, Stalin, un poco achispado, lo tomó del brazo y, en un aparte, le indicó enfáticamente: «El gobierno soviético se toma este pacto muy en serio. Puedo dar mi palabra de honor de que la Unión soviética no engañará a su colega»<sup>8</sup>. Y, por una vez, cumplirá su palabra.

Cuando el 21 de junio de 1940 el embajador de Alemania en París, Otto Abetz, reciba a cuatro responsables del PCF, entre ellos a Maurice Tréand, llamado Legros, miembro del Politburó, les hará saber la «profunda impresión que el camarada Stalin causó en su jefe Ribbentrop durante sus viajes a Moscú»<sup>9</sup>. Sin embargo, el 7 de septiembre, Stalin confía a Dimitrov: «Preferíamos un acuerdo con los pretendidos países democráticos, y por eso hemos tenido relaciones con ellos. Pero los ingleses y los franceses querían utilizarlos como infantería ¡y además gratis!»<sup>10</sup>... lo que en general es bastante cierto. Tres años después, Stalin explicará prácticamente lo mismo a Churchill, aunque en términos más escogidos y más diplomáticos: «Teníamos la impresión de que, si Polonia era atacada, los gobiernos británico y francés estaban decididos a no entrar en guerra, sino que esperaban que la alineación diplomática de Gran Bretaña,

<sup>7</sup> HILGER-MEYER, *The Incompatible Allies*, p. 288, y JILIN, *O Voinie i voiennoi istorii*, Moscú, 1984, p. 145.

<sup>8</sup> V. BEREJKOV, *Staline*, op. cit., p. 47, y *Nazi-Soviet relations*, pp. 75-76.

<sup>9</sup> CRCEDHC, fondos 495, inventario 10, dossier 90.

<sup>10</sup> G. DIMITROV, *Dnevnik*, op. cit., p. 182.

Francia y Rusia desanimaría a Hitler. Y nosotros estábamos convencidos de lo contrario»<sup>11</sup>. Parece ser que, al recibir la noticia del pacto, el coronel Beck, en Varsovia, sonrió abiertamente: al negarse a ceder a las invitaciones francesas y a las tímidas sugerencias británicas, había impedido que las botas bolcheviques pisotearan el suelo polaco. Su satisfacción duraría poco.

El entorno de Stalin no percibe inmediatamente el alcance de esta conmoción. El 27 de agosto, Dimitrov y Manuilski, en una carta a Stalin, afirman, por supuesto, el apoyo de los partidos comunistas al pacto germano-soviético «que desbarata los proyectos de desencadenamiento de la guerra contra la URSS», pero añaden que el Partido comunista francés debe seguir «resistiendo la agresión de la Alemania fascista» y, por lo tanto, «apoyar los esfuerzos orientados al reforzamiento del potencial defensivo de Francia»<sup>12</sup> sin, por otra parte, sostener al gobierno Daladier. Stalin no contesta a la carta. Teme que Hitler utilice el pacto para presionar a ingleses y franceses, y cambie de chaqueta en la primera ocasión. El 28 de agosto, el ministro de Asuntos Exteriores británico, Halifax, invita a los gobernantes polacos a «entablar inmediatamente conversaciones directas con Alemania»<sup>13</sup>. Para reanimar esta amistad está dispuesto a ceder Dantzig a Hitler y un pasillo de autopista en Polonia hacia la Prusia oriental. Demasiado tarde: ahora Hitler quiere a toda Polonia, y además, inmediatamente.

En la noche del 1 de septiembre, sus 62 divisiones pasan al ataque, arrollando, en un desfile militar, a las 42 divisiones de un ejército polaco inadaptado a la guerra moderna: su caballería podía muy poco frente a los carros blindados alemanes. El gobierno, dominado por los coroneles, rige un Estado en parte artificial, cuyos territorios del este están poblados en su mayor parte por odiados judíos y despreciados bielorrusos y ucranianos. Esta camarilla nobiliaria, burocrática y revolucionaria carece del soporte real de la población, apoyada en una Iglesia ultrarreaccionaria y en un ejército anticuado. Según el socialista polaco Zygmunt Zaremba, «el gobierno se mantenía en el poder en contra de la voluntad de la enorme mayoría de la sociedad». «Polonia, añade, ha entrado en una gue-

<sup>11</sup> W. CHURCHILL, *The Second World War*, Londres, 1948, vol. 1: *The Gathering Storm*, p. 305, Edición francesa, París, Plon, 1948.

<sup>12</sup> W. MANCHESTER, *Winston Churchill*, *op. cit.*, t. 2, p. 457.

<sup>13</sup> *Komintern i vtoraja minovai voïna*, *op. cit.*, t. 1, p. 8.

rra total como si se tratara de un desfile militar en un campo de entrenamiento»<sup>14</sup>. La ceguera y la altanería de la camarilla son vertiginosas. El 3 de septiembre, el jefe del «Campamento de la unidad nacional», coronel Wenda, rechaza la colaboración de los socialistas polacos clamando: «No tenemos la intención de compartir los frutos de la victoria con nadie»<sup>15</sup> mientras el plan de movilización se efectúa en medio de la improvisación y el caos. Las tropas llegan al combate sin el armamento adecuado, los oficiales carecen de mapas. El derrumbamiento social acelera el desastre militar.

Inglaterra y Francia titubean. Daladier y Chamberlain fingen tomar en serio la propuesta de Mussolini de celebrar una conferencia internacional el 5 de septiembre. Pero esta vez el margen de manobra es nulo, y el 3 de septiembre, Inglaterra primero y después Francia presentan un ultimátum a Berlín. Ribbentrop se burla: «Francia será el agresor. El 8 de septiembre, las tropas nazis llegan a las puertas de Varsovia. Desde el día 5, el embajador alemán había transmitido a Stalin el deseo formulado por Hitler dos días antes: que la URSS tome su parte del pastel polaco. Stalin vacila. Teme que la entrada del Ejército rojo en Polonia origine una guerra con Francia e Inglaterra, inmóviles ante la ofensiva alemana, pero susceptibles de mostrarse más decididas ante el «peligro rojo». Teme también que los japoneses reanuden las hostilidades con el pretexto de un compromiso soviético con el oeste. Por este motivo, presenta la invasión como una operación dirigida a proteger contra el avance alemán a los bielorrusos y a los ucranianos que pueblan esas regiones (olvida a los judíos). Hitler, insatisfecho, le propone un comunicado común que Stalin acepta con ciertas enmiendas. El 11 de septiembre sale de las prensas de Moscú una obra titulada *El espacio europeo y la geopolítica fascista*, firmada por tres historiadores. Rápidamente es retirada de las librerías.

Algunos partidos comunistas se muestran reacios a someterse al pacto germano-soviético. Desde su prisión berlinesa, Ernst Thaelmann, antiguo presidente del Partido comunista alemán, escribe a Stalin: «Algunos camaradas no comprenden que Hitler y Stalin puedan entenderse, y hablan de traición a propósito del pacto germa-

<sup>14</sup> Z. ZAREMBA, *Wojna i Konspiracja* (La guerra y la conspiración), Londres, B. Swiderski, 1957, p. 12; *Cahiers du mouvement ouvrier*, septiembre 2000, nº 10, p. 78.

<sup>15</sup> *Ibid.*, p. 23 y p. 79.

no-soviético»<sup>16</sup>. El 5 de septiembre, Dimitrov, en una carta a Jdanov, hace hincapié en las «dificultades excepcionales»<sup>17</sup> que encuentra la dirección del Komintern para definir los cometidos y la puesta en marcha de la táctica de los partidos comunistas en las nuevas condiciones, y pide una reunión urgente con Stalin. Este lo recibe el 7 y disipa toda ambigüedad. «La guerra, dice, se desarrolla entre dos grupos de países capitalistas, los pobres y los ricos, por las colonias, las materias primas, etc., por un nuevo reparto y por el dominio del mundo. Nos es indiferente que se peleen y se debiliten unos a otros. No es un perjuicio el que Alemania haga tambalearse la situación de los países capitalistas más ricos, especialmente la de Inglaterra.» Repitiendo el análisis que los comunistas alemanes habían traducido del eslogan «¡Después de Hitler, nosotros!», añade: «Sin quererlo ni saberlo, Hitler hace tambalearse, mina el sistema capitalista». En esta situación, «podemos maniobrar, apoyar a un lado contra otro, para que se destrocen mejor. En cierta medida, el pacto de no-agresión ayuda a Alemania. Al momento siguiente apoyaremos a otro país». El antifascismo, válido en tiempos de paz, está superado en tiempos de guerra, y por lo tanto hay que abandonar la contraseña del frente popular: «La división de los países capitalistas en fascistas y democráticos ha perdido su sentido anterior»<sup>18</sup>. Los comunistas tienen que batirse contra sus gobiernos, contra la guerra. ¿Polonia? Es un país fascista. Si desaparece, habrá un Estado fascista menos.

Stalin exige la publicación de las tesis del Komintern que afirmen que los Estados imperialistas luchan entre ellos por sus intereses imperialistas. Es preciso declararse resueltamente en contra de la guerra y sus promotores, luchar por la paz. Prevé una contienda larga durante la cual los dos campos se desgarrarán a dentelladas. Unas directrices adoptadas dos días más tarde ordenan que todos los partidos comunistas denuncien la guerra y expliquen a las masas que solo traerá ruina y sufrimiento; que desenmascaren su carácter imperialista y que voten contra las subvenciones para la guerra. Instan a los partidos que aún no se han adherido a esta línea, especialmente a los de Francia, Inglaterra, Estados Unidos y Bélgica, a que cambien de actitud inmediatamente.

<sup>16</sup> *Novaia i noveichaja istoria*, nº 6, 1966, p. 106; *Cahiers du mouvement ouvrier*, nº 13, abril 2001, p. 52.

<sup>17</sup> *Komintern i vtoraja mirovaia voïna*, op. cit., t. 1, p. 88.

<sup>18</sup> G. DIMITROV, *Dvenik*, op. cit., pp. 181-182.

La dirección del Komintern tiene problemas para poner por obra esta política. El 24 de septiembre, Jdanov acosa por teléfono a Dimitrov: «¿Qué está haciendo desde hace dos semanas? En todo ese tiempo, ¡Stalin habría escrito todo un libro!»<sup>19</sup>. A los dos días, Dimitrov envía a Stalin un proyecto que el Jefe rechaza. Tres semanas después, envía un artículo para la *Internacional socialista*; Stalin lo corrige. El Partido comunista alemán, cuya dirección está en Moscú, bajo su férula, toma mal el viraje. A primeros de septiembre, Wilhem Pieck, miembro de su Politburó y del Secretariado del Komintern, presenta a Manuilski un borrador de folleto para difundir en Alemania, en Checoslovaquia y en Austria; el texto y los contratiempos demuestran las dificultades que encuentra Stalin para subordinar la actuación de los partidos comunistas a su total apoyo al pacto Molotov-Ribbentrop. El folleto en cuestión vituperaba a los imperialistas anglo-franceses, pero denuncia igualmente «al gran capital financiero alemán», e invita a trabajadores y soldados alemanes a multiplicar las reivindicaciones para «derribar al fascismo hitleriano». Los exhorta a «liberar Alemania del fascismo hitleriano y del dominio del capital financiero por medio de la revolución socialista», pide la ayuda de los pueblos «checoslovaco y austriaco en su lucha por librarse del dominio fascista y del imperialismo alemán», y por último saluda «la fraternal unidad de los pueblos en la lucha contra el fascismo y el imperialismo»<sup>20</sup>. Incluso el dócil Wilhem Pieck no entiende nada. El secretariado del Komintern vuelve a redactar el texto, borra las palabras «fascismo» y «hitleriano» y solo deja subsistir la denuncia del «gran capital alemán». Todavía es demasiado, y el 5 de diciembre, el Secretariado, llamado a capítulo por Stalin que observa atentamente el trapicheo, prohíbe a los partidos comunistas de los tres países la difusión de ese texto edulcorado que acabará relegado a los archivos. Los partidos comunistas no difundirán folletos contra «el imperialismo alemán». Stalin se encarga de ello.

El 5 de septiembre, Molotov y el embajador japonés, Togo, firman en Moscú un acuerdo sobre la interrupción de las hostilidades en la frontera manchú. El 16 por la noche, en cuanto recibe la noticia de que el acuerdo es firme, Stalin, tranquilizado sobre las inten-

<sup>19</sup> *Komintern i vtoraja mirovaia voïna, op. cit.*, t. 1, p. 121.

<sup>20</sup> *Ibid.*, pp. 127-131.



ciones del Japón en la frontera siberiana, recibe a Schulenburg a las dos de la madrugada. Le pide que informe a su gobierno de que el Ejército rojo entrará en Polonia cuatro horas más tarde. Y lo hace sin dificultad: la población ucraniana, bielorrusa y judía lo recibe con simpatía y el jefe del Estado Mayor polaco ha dado la orden de no luchar a sus tropas, destrozadas por el ejército alemán. En su avance fulgurante, la Wehrmacht traspasa la línea de reparto soviético-alemán. El 18, Stalin le exige que retroceda. Hitler da la orden, en contra de la opinión del Estado Mayor, indignado por tener que ceder a los rusos unos territorios ocupados por sus fuerzas.

Berlín prepara la invasión de Lituania. El día 25, Stalin ofrece a Hitler un pedazo de Polonia habitado por numerosos judíos y que correspondía a la URSS (la división administrativa de Lublin y parte de la de Varsovia), a cambio del abandono de sus pretensiones sobre Lituania. Preocupado por la rapidez de la victoria alemana, y asombrado por el papel que ha desempeñado la Luftwaffe, Stalin hace que el Politburó decida la construcción, en un plazo de dos años, de nueve fábricas nuevas de aviones y la modernización de otras nueve existentes.

Dos días después, Ribbentrop llega por segunda y última vez a Moscú. Las negociaciones se abren a las diez de la noche en el despacho de Stalin y duran hasta medianoche. El ambiente es tan cordial y relajado que Ribbentrop tiene la impresión de encontrarse en un círculo de viejos camaradas del partido. Tiende a Stalin un mapa con la rectificación de los territorios repartidos: Stalin la firma con lápiz azul y Ribbentrop, con lápiz rojo. Después, Ribbentrop exige la tercera parte de Lituania. Stalin le concede un pedazo de 398 kilómetros cuadrados ocupado por 184.000 habitantes. Cuando Urbsis, el ministro de Asuntos Exteriores, le manifieste su descontento, Stalin, en un raro acceso de autocritica, concederá: «Ahí hemos cometido claramente un error»<sup>21</sup>. Sobre la marcha, la URSS firma «pactos de amistad» con Estonia el 28 de septiembre, con Letonia el 5 de octubre y el 10 con Lituania: Stalin define claramente su naturaleza cuando indica a una delegación letona que los acuerdos de 1920 están caducados: «Pedro el Grande estaba interesado ya por una salida de Rusia al mar. De momento, no tenemos salida y no podemos continuar en esta situación. Por eso, que-

<sup>21</sup> G. ROZANOV, *Staline-Hitler*, Moscú, Mejdunarodnye Otnochenia, 1991, p. 123.

remos garantizarnos el empleo de puertos y de vías de acceso a esos puertos»<sup>22</sup>. Stalin se inscribe así deliberadamente en la tradición zarista. Pero su cálculo es irrisorio. Menos de una semana después de la invasión de la URSS, en junio de 1941, la salida y sus accesos habrán desaparecido.

Alemanes y soviéticos se separan el 29 de septiembre a las cinco de la madrugada tras haber firmado un protocolo secreto modificado sobre el reparto de los territorios, un acuerdo comercial y una declaración común sobre la paz en la que afirman que, si los esfuerzos conjuntos de los gobiernos alemán y soviético por acabar con la guerra en Europa occidental no dan fruto, «entonces se demostrará el hecho de que los responsables de la prolongación de la guerra serán Inglaterra y Francia», y que ambos gobiernos estudiarán las medidas oportunas. Las dos delegaciones celebran los tres acuerdos a lo largo de una cena de gala. Es tal la cordialidad, que el *Gauleiter* (el administrador de la región) de Dantzig, Förster, repite: «Todo ha transcurrido como si habláramos con viejos amigos»<sup>23</sup>. Kaganovitch no figura entre los invitados en esta ocasión ni en la anterior. Únicamente han disfrutado de este honor los miembros no judíos del Politburó; es decir, todos los demás, excepto él. La nueva amistad se traduce en un tratado comercial firmado el 24 de octubre de 1939, que prevé la entrega a la URSS de una gran variedad de materias primas indispensables en el empeño de la guerra nazi y cuya entrega normal obstaculiza el bloqueo marítimo británico.

El 17 de octubre, Dimitrov presenta a Stalin un artículo sobre «La guerra y la clase obrera». En él afirma que reina cierta confusión en las filas de algunos partidos comunistas sobre las causas de la guerra y sus obligaciones. Stalin manda a Dimitrov eliminar del texto cualquier eslogan revolucionario y le explica: «Plantear hoy la cuestión de la paz relacionándola con la liquidación del capital significa ayudar a Chamberlain y a los promotores de la guerra, y aislarse de las masas». Es preciso, pues, limitarse a frases de estilo pacifista como: «¡Detened la guerra! ¡Detened el derramamiento de sangre!»<sup>24</sup>. El 20 de octubre tranquiliza a Munters, el ministro de

<sup>22</sup> *Ibid.*, pp. 128-129.

<sup>23</sup> CIANO, *L'Europa verso la catastrofe*, Milano, Mondadori, 1948, p. 517.

<sup>24</sup> L. ROZANOV, *Staline-Hitler*, op. cit., p. 127.

Asuntos Exteriores letón, preocupado por ver a su país incluido en la zona de influencia soviética: «No tocaremos vuestra Constitución, ni a vuestros ministros, ni a vuestra política exterior y financiera, ni a vuestro sistema económico»<sup>25</sup>. La promesa no fue cumplida. ¿Mentía Stalin o empleaba ardides? No, indudablemente. ¿Por qué había de hacerlo cuando, hasta la derrota de Francia, tenía en el Este las manos libres? Simplemente, la propiedad del Estado, engendrada por la revolución social, se extendía mecánicamente a los países bálticos. Ambas formas de propiedad eran incompatibles y la dinámica de una había de imponerse a la otra.

Unas semanas después, Stalin acude al Bolchoi para asistir al ballet de Igor Moisseiev. Al acabar la representación va con Vorochilov a visitar al director de escena, y tuteándole como a un criado le pregunta secamente el motivo de que no represente nada nuevo. Moisseiev, sin entender el reproche, balbucea que hará lo que le diga: «De todos modos, no montarás lo que necesitamos», dice con sorna. Moisseiev le pregunta cortésmente: «Y ¿qué necesita, Iosiv Vissarionovitch? –No podrás representar la destrucción de Inglaterra y de Francia»<sup>26</sup>, responde Stalin sonriendo.

Así, Molotov expresa plenamente su pensamiento cuando el 31 de octubre celebra ante el Soviet supremo la desaparición de Polonia, «ese hijo monstruoso del tratado de Versalles», mucho anterior, por cierto, pero incesantemente desmembrado por Rusia, Prusia y Austria durante 130 años. Justificando así el despedazamiento de Polonia a manos de los tres imperios, confirma que el internacionalismo de 1917 solo es un recuerdo lejano y que la URSS de Stalin pretende perpetuar las tradiciones imperiales. Denuncia la agresión de Inglaterra y de Francia y luego eleva el hitlerismo al rango de ideología: «Puede gustar o no gustar el hitlerismo, pero cualquier persona cuerda comprenderá que una ideología no se destruye por la fuerza. No solo es insensato, sino criminal, continuar una guerra para destruir el hitlerismo bajo la falsa bandera de una lucha por la democracia»<sup>27</sup>. Hitler no pretendía tanto.

La euforia engendrada por el paseo militar a través de Polonia oriental, por el sentimiento de haber engañado a las democracias

<sup>25</sup> Esta conversación está fechada el 25 de octubre de 1939, G. DIMITROV, *Dnevnik*, *op. cit.*, p. 184.

<sup>26</sup> «Danzas para los guías», *Leteraturnaia Gazeta*, nº 27, 10 julio, 1991, p. 14.

<sup>27</sup> *Pravda*, 1 de noviembre de 1940.

occidentales y por la luna de miel con Hitler, invade al Estado Mayor soviético. El general Stern y Vorochilov se entregan a una infantil competición de baladronadas. Stern afirma: ¡Durante la próxima guerra, caerán diez enemigos por cada soldado ruso perdido! Vorochilov protesta: Diez no son suficientes, habrá que dejar a veinte en la estacada. ¿Se deja ganar Stalin por esta borrachera? En todo caso, da un paso en falso de consecuencias fatales. En nombre de la seguridad de Leningrado y de la isla de Kronstadt, al alcance de los cañones finlandeses, el 12 de octubre pide al gobierno de ese país que le ceda una franja fronteriza de unos cincuenta kilómetros, las seis islas del estrecho de Finlandia cuyo acceso controlan, la mayor parte del istmo de Carelia al norte, las minas de Petsamo, ricas en níquel, además del alquiler de la península de Hanko a la que quiere transformar en una base militar. En contrapartida, Stalin cedería a Finlandia 70.000 kilómetros cuadrados deshabitados en la Carelia soviética. Durante las conversaciones en Moscú, del 23 al 25 de octubre, Stalin pretende convencer a los finlandeses: «No exigimos, dice, no nos apoderamos: proponemos»<sup>28</sup>. Apoyada bajo cuerda por Berlín, Helsinki se niega. A comienzos de noviembre, Stalin disminuye sus pretensiones: «abandona» Hanko y una parte del istmo de Carelia. Helsinki rehúsa de nuevo y, convencido de que Stalin busca un compromiso y no se lanzará a la aventura de la guerra, rechaza cualquier concesión.

Stalin duda, y luego decide atacar. Está seguro del asunto, convencido, según Jruschov, de que, con ese país (cuya acta de independencia había firmado en noviembre de 1917), bastarían unos cuantos disparos de la artillería para hacer capitular a los finlandeses. El Estado Mayor le asegura que en tres semanas tendrá de rodillas a los adversarios y prevé ocupar Helsinki el 21 de diciembre, para el sesenta cumpleaños de Stalin... La píldora será aún más amarga.

Durante esas negociaciones, Stalin se dispone a modificar la política respecto a la Iglesia ortodoxa, y el 11 de noviembre, el Politburó, en una instrucción dirigida a Beria, declara «inoportuno continuar la práctica de los órganos de la NKVD relativa a los arrestos de servidores del culto ortodoxo, y la persecución de los creyentes» y deroga la instrucción del camarada Ulianov [Lenin] sobre «La lu-

<sup>28</sup> *Zimnaia Voïna, 1939-1940*, Moscú, Nauka, 1999, t. I, p. 125.

cha contra los papas y la religión»<sup>29</sup>, con los que prepara un entendimiento patriótico.

El 30 de noviembre de 1939, el Ejército rojo ataca Finlandia en cinco ejes al mismo tiempo. Al día siguiente, Stalin se inventa un «Gobierno popular de la República de Finlandia» fantoche, presidido por un viejo y dócil funcionario finlandés del Komintern, Otto Kuusinen. El ministro encargado de Carelia es un soviético, Prokofiev, rebautizado inmediatamente... Prokkonen. Al día siguiente, Kuusinen se precipita a Moscú donde lo reciben Stalin, Molotov, Jdanov y Vorochilov. Firma con el gobierno soviético un tratado de amistad y ayuda mutua y le pide una ayuda militar –¡ya suministrada!– contra el gobierno «fascista» finlandés.

Este «gobierno popular», reconocido únicamente por la URSS, se instala en Terioki (la actual Zelenogorsk). Sus miembros se dedican a esquiar y a publicar unos periódicos en finlandés que la aviación soviética arroja por fardos en la retaguardia del enemigo. Este gobierno, tan fantasma como fantoche, hace reír en el extranjero, pero no en la Unión soviética. El 4 de diciembre Molotov afirma con toda seriedad: «De hecho, la URSS no está en guerra con Finlandia. El valeroso Ejército rojo no hace más que aportar su ayuda a las fuerzas armadas de la República democrática de Finlandia que avanzan hacia Helsinki». Un hombre tan avezado y perspicaz como Vernadski anota en su diario personal el 2 de diciembre: «Enorme impresión por los sucesos de Finlandia. Fundamentalmente, ahora son las masas las que deciden. En los días venideros habrá que tomar unas medidas económicas radicales. Efectivamente, Stalin es un personaje mundial»<sup>30</sup>. La propaganda estalinista no convence solamente a las mentes zafias o a los funcionarios del Komintern.

El Ejército rojo dispone de una superioridad técnica arrolladora (141 batallones de infantería que equivalen a 400.000 hombres frente a 62 que equivalen a 265.000, 1.915 cañones frente a 422, 1.500 tanques frente a 26 y 1.500 aviones frente a 270). Al principio, el ejército finlandés retrocede de 30 a 50 kilómetros para refugiarse detrás de la línea Mannerheim (una especie de línea Maginot finlandesa que, en 140 kilómetros, incluye un centenar de fortines). El Ejército rojo ocupa Petsamo y avanza al norte del lago Ladoga, y

<sup>29</sup> *Ekonomika i žizn*, n.º 17, abril 2000, p. 29.

<sup>30</sup> «Diario de 1939», *Družba Narodov*, n.º 11-12, 1992, p. 36.

luego retrocede bajo el contraataque finlandés. En medio de las tempestades de nieve, los soldados soviéticos, mal equipados, han de cavar refugios y trincheras con unos útiles al azar. Muchos mueren de frío. La aviación soviética machaca las retaguardias; y a pesar de la prohibición de Vorochilov de no bombardear a la población civil, los pilotos soviéticos, formados a toda prisa, alcanzan lo mismo objetivos civiles que militares.

Aunque moribunda, el 14 de diciembre la Liga de las Naciones expulsa a la URSS. Dicha expulsión expresa el aislamiento de esta ante las democracias y refuerza su dependencia de Alemania y de los Estados del pacto anti-Komintern. Inglaterra y Francia, cuyas tropas permanecen inactivas a lo largo del Rhin, anuncian su intención de acudir en socorro de Finlandia. Tienen el propósito de enviar a mediados de marzo un cuerpo expedicionario a Finlandia y al mar Negro, bombardear los pozos de petróleo de Baku y el oleoducto que pasa por Maikop y Grozny. La URSS está, pues, a un paso de la guerra con Londres y París, que están más ansiosos de llegar a las manos con ella que con Hitler. Berlín guarda silencio, pero anima a Suecia bajo cuerda para que venda armas a Finlandia y abra su territorio al paso de las armas que Mussolini envía a Helsinki.

Kobulov, residente de la NKVD en Berlín, comunica entonces a Molotov que la mujer del antiguo secretario general del Partido comunista alemán, Ernst Thaelmann, encarcelado desde 1933, se había presentado en la embajada soviética: sin recursos y muriendo de hambre, había pedido ayuda. En vano: las embajadas soviéticas no tienen fondos para ayudar a las víctimas de la represión. Entonces solicita que la URSS intervenga para sacar a su marido del campo de concentración. Kobulov la despide. Rosa Thaelmann, llorando, se sorprende: «¿Entonces no vale para nada todo el trabajo que hizo a favor del comunismo?». Pregunta a Kobulov si puede dirigirse a Goering; la respuesta es «Eso es asunto tuyo»<sup>31</sup>. Rosa Thaelmann vuelve compungida a Hamburgo. Stalin nunca pidió a Hitler el intercambio del dócil Thaelmann, cuya etiqueta antifascista perjudicaría a su efímera luna de miel con el Führer. En julio de 1941, Ernst Thaelmann fue deportado a Buchenwald donde las SS lo ma-

<sup>31</sup> Recuerdos de Pavlov, uno de los intérpretes de Stalin, entonces destinado en la embajada, en *Noviaia i Novichiaia Istoria*, nº 4, 2000, p. 100.

taron en 1944. En junio de 1941, los nazis internaron a Rosa Thaelmann y a su hija en un campo de concentración.

Stalin no pudo celebrar la toma de Helsinki el 21 de diciembre de 1939 como le habían prometido sus generales, cuyas tropas no avanzaban. Se consoló concediéndose el título de Héroe del trabajo y haciendo que la prensa anunciara el mismo día la creación de los premios Stalin de literatura, ciencias y música. Durante la velada de celebración de su sesenta cumpleaños en el Kremlin, oyó, hasta las ocho de la mañana, unos cuarenta brindis ditirámicos. Molotov, cuya esposa no había sido invitada, exclama con énfasis: «Stalin supera a Lenin»<sup>32</sup>. Sabe que es lo que el «patrón» quiere oír.

El Ejército rojo se atasca durante más de tres meses delante de la línea Mannenheim, provocando en Stalin una cólera terrible. En la noche del 21 de enero, después de la ceremonia aniversario de la muerte de Lenin, convoca a una decena de dirigentes a la estancia donde se reunía el Politburó y les anuncia un programa de guerra total. «Las tropas especiales finlandesas cuentan con 150.000 hombres. Hemos matado a 60.000; hay que matar al resto y entonces habremos terminado el trabajo. No hay que dejar con vida más que a los niños y a los viejos»<sup>33</sup>. La exageración y la jactancia no hacen avanzar a las tropas. Su salud se resiente. El 13 de febrero al mediodía manda llamar al doctor Valedinski: tiene un enfriamiento con fiebre alta, la garganta roja y las mucosas inflamadas; el hígado ha crecido un poco. Los médicos vuelven a verle al día siguiente y al otro. Algo restablecido, Stalin les enseña un mapa y gruñe: «En los próximos días tomaremos Vyborg»<sup>34</sup>. Aún esperará quince días: a costa de grandes pérdidas, el Ejército rojo no atraviesa la línea Mannerheim hasta primeros de marzo de 1940. Finlandia se ve obligada a capitular. El 12 de marzo de 1940 por la noche, después de ciento cinco días de guerra, Stalin consigue la rectificación de fronteras deseada e incluso más, pues se han restaurado las de la época gloriosa de Pedro el Grande.

Esta rectificación no impedirá el bloqueo de Leningrado. Por lograr esta efímera ventaja, Stalin suscitó en las cumbres políticas finlandesas y en el seno de una parte de la población, una sed de re-

<sup>32</sup> G. DIMITROV, *Dnevnik*, op. cit., p. 187.

<sup>33</sup> *Ibid.*, p. 189.

<sup>34</sup> *Istochnik*, n° 2, 1998, p. 70.

vancha que dará libre curso en 1941. También confirmó todas las deficiencias del Ejército rojo a los ojos de Hitler, convencido desde entonces que podrá lanzarse sin tardar sobre una presa tan fácil. Y convenció más fácilmente al Estado Mayor alemán, que proyectaba una invasión de la URSS en 1942, acortando las demoras. El Ejército rojo había perdido 126.875 hombres, muertos o prisioneros, y contaba con 264.908 heridos. El balance era catastrófico. Finlandia había perdido algo más de 20.000 hombres, el mismo número que el de los «rojos» víctimas del terror blanco en 1918... y de los finlandeses comunistas o simpatizantes refugiados en la URSS y liquidados por Stalin. En el Comité Central de finales de marzo, Vorochilov, con permiso de Stalin, cita unas cifras trucadas: 52.000 muertos y 181.000 heridos en el Ejército rojo frente a 70.000 muertos y 200.000 heridos en el campo finlandés. Si la estadística es el arte de la mentira, esta es una de sus obras maestras.

Sin embargo, Stalin endurece el tono con Alemania. En la noche del 31 de diciembre al 1 de enero, recibe a Ritter, el experto economista del Ministerio de Asuntos Exteriores alemán, para discutir la aplicación del acuerdo comercial. Los alemanes exigen mineral de hierro de mejor calidad. En principio, Stalin se niega a satisfacer sus exigencias. Insiste en que la URSS ayuda claramente a Alemania al entregarle el trigo que podría vender en otra parte a cambio de oro. Y termina bruscamente: «Alemania recibirá lo mismo que da»<sup>35</sup>. El 29 de enero, en una nueva entrevista, utiliza el mismo tono áspero, y cuando Ritter indica que Alemania paga las materias primas que la URSS le proporciona en marcos que puede depositar en un banco y hacerlos producir, Stalin le aconseja «que no tome a los rusos por cretinos». Los pagos en marcos son una broma de mal gusto: «Pagando en marcos, Alemania no puede recibir de ninguna parte el petróleo, el grano, el algodón, los minerales y los metales no férricos». Un poco más tarde gruñirá que «se calentó, pero que había manifestado lo que sentía»<sup>36</sup>. Por otra parte, su comportamiento está en las antípodas de esa aparente firmeza, pues el 11 de febrero acepta la firma de un acuerdo comercial en el que promete a Hitler todos los metales que desee obtener para su

<sup>35</sup> *Dokumenty Vnechéi Politiki* (Documentos de política extranjera), Ministerio de Asuntos Exteriores de la Federación rusa, 1940, 22 de junio de 1941, t. XXIII, libro 1, p. 10.

<sup>36</sup> *Ibid.*, p. 60.



maquinaria de guerra (cobre, estaño, níquel, cobalto, molibdeno, wolframio, hierro) a cambio de prototipos de maquinaria, patentes, planos –pagados caros–, armamento y materiales modernos, en especial unas torretas de navío que Hitler entregará con una lentitud inversamente proporcional a la rapidez con la que la URSS abona esas entregas.

En el Comité Central de marzo, Vorochilov presenta un informe sobre «Las lecciones de la guerra con Finlandia». Para descargarse de responsabilidades inunda de elogios a Stalin. Recordando que, a comienzos de la guerra, se había formado un «Gran Cuartel General» (GQG) compuesto por él mismo, Stalin, Chapoknikov y el comisario de Marina Kuznetsov, añade pérfidamente un cumplido equívoco: «El GQG, o más exactamente Stalin, del que ha sido un miembro activo, ha dirigido, de hecho, las operaciones y todo el trabajo de organización relacionado con el frente». Insiste en que, «desde el comienzo de la guerra hasta su final victorioso, el camarada Stalin se hizo cargo de la dirección efectiva»<sup>37</sup>. No hay motivos para sentirse orgulloso.

Stalin no se muestra satisfecho de este falso balance. Para sacar lecciones de esa desventura, convoca una reunión del Alto Mando durante los días 14 a 17 de abril. El encuentro se desarrolla de un modo desacostumbrado: deseoso de hacer hablar a sus invitados sin dictarles las respuestas, no presenta informe preliminar: sentado en la sala, escucha, interrumpe, pregunta, acosa a los oradores y luego da fin a los debates. Hemos tenido razón, dice, al declarar la guerra a Finlandia, pues Leningrado representa del 30 al 35% de la industria militar soviética. Hemos tenido razón de atacarla en el momento elegido (en pleno invierno) pues era preciso hacerlo mientras «las tres grandes potencias se agarraban por el cuello». ¿Habrían podido esperar? ¿Y sí, de repente, firmaban la paz entre ellas, lo que no era imposible? pregunta, descubriendo así el temor que guía su política respecto a Alemania. La táctica era la adecuada. Entonces, ¿por qué ha durado la guerra tres meses y medio? ¿Por qué nos hemos atascado? Porque «nuestras tropas y el mando no han sabido adaptarse a las condiciones de la guerra con Finlandia», en medio del frío y de la nieve del invierno. En efecto, aunque Stalin fue quien decidió la fecha de la ofensiva, el Alto Mando era el responsa-

<sup>37</sup> D. VOLKOGONOV, *Staline, op. cit.*, t. 2, p. 48.

ble. La oficialidad, dice, continúa inmersa en las tradiciones de la guerra civil, que «no fue una verdadera guerra porque fue una guerra sin artillería, sin aviación, sin tanques y sin morteros». Insiste en varias ocasiones en esta condena, apenas disfrazada, de Vorochilov: «Hay que terminar con las tradiciones de la guerra civil, terminar con este modo de alardear de tener un ejército invencible».

Es preciso, prosigue, crear un ejército moderno, basado en una artillería poderosa, en el uso masivo de la aviación, de los tanques y los morteros, con una oficialidad «cualificada y culta», apenas existente hoy, y con «unos combatientes bien preparados, disciplinados y llenos de iniciativa». En ese sentido, continúa, la guerra de Finlandia ha hecho progresar al Ejército rojo «salido de esta guerra casi como un ejército totalmente moderno». No explica qué milagro ha podido producir esta mutación, pero concluye, en un arrebato lírico inesperado puntuado por una anáfora (repite hasta siete veces «hemos vencido»), que el Ejército rojo ha vencido al mismo tiempo a los finlandeses, a la técnica defensiva de los alemanes, de los ingleses, de los franceses, a la tecnología, por tanto, de los Estados avanzados de Europa, a su táctica y a su estrategia, pues fueron ellos los que formaron y equiparon al ejército finlandés<sup>38</sup>. Así, fiel a su gusto por el alarde y la autosatisfacción, Stalin, al crear una sorprendente lista de victorias fantasma, transforma en éxito el fiasco de la aventura finlandesa, frenando, en consecuencia, la adopción de las indispensables medidas urgentes. El ejercicio le resulta fácil en medio de ese areópago de generales dóciles. La realidad se mostrará más reacia en junio de 1941. La reunión concluye con la creación de una comisión de trabajo presidida por el general Kulik, un veterano de Tsaritsyn, consejero militar de los republicanos españoles en 1937, al que hace nombrar mariscal unos días después como premio por la gloriosa campaña finlandesa. Algo más tarde, el 12 de agosto de 1942, Stalin disolverá el Instituto de los comisarios políticos tan execrado por los militares.

La desgraciada aventura finlandesa y las victorias fulgurantes de la Wehrmacht avivan las tensiones en la cumbre. Una noche, Stalin acusa a Vorochilov de haber «chapotestado» en la campaña de Finlandia. Vorochilov, rojo de cólera, se levanta y le aúlla: «¡Fue culpa

<sup>38</sup> *Zimnaia Voïna, op. cit.*, t. 2 (acta mecanografiada de la reunión). Citas de Stalin en las pp. 272-282.

tuya! ¡Tú destruiste todos los mandos militares!»<sup>39</sup>. Stalin vocifera a su vez. Fuera de sí, Vorochilov estrella el plato de cochinitillo sobre la mesa ante Jruschov, espectador atónito de esta escena única.

El 7 de mayo de 1940, Stalin sustituye en el comisariado de Defensa a Vorochilov –al que hace responsable del fracaso de Finlandia– por Timochenko. El 9, Vorochilov presenta a Stalin un plan de desmovilización de 686.000 soldados de los 3.200.000 todavía bajo las banderas. Stalin toma nota, pero, al día siguiente, la ofensiva alemana destroza al ejército francés. París cae cinco semanas después. Al conocer la noticia, Stalin se viene abajo. Los cimientos sobre los que ha edificado su política exterior desde agosto de 1939 se derrumban. El pánico que demuestra en el siguiente Politburó asombra a Jruschov. Recorre la estancia jurando como un carretero: insulta a los franceses, a los ingleses, «¿Cómo han podido dejar que los venza Hitler, que los aplaste como lo ha hecho?»<sup>40</sup>. Él esperaba ver consumirse a alemanes, franceses e ingleses en una guerra larga como en 1914, y sin embargo, Hitler se ha adueñado, sin esfuerzo alguno, de la industria y la agricultura francesas, sometidas desde ese momento a las necesidades de la Wehrmacht. La derrota de Francia anuncia la invasión de la Unión soviética. Lo sabe. Espantado por la juventud de un cuerpo de oficiales en formación, Stalin reintegra a sus puestos a 11.000 oficiales de grado superior y a generales destituidos, encarcelados o deportados. Pero la mayor parte de los supervivientes, traumatizados por las detenciones, los interrogatorios crueles, las absurdas confesiones exigidas, la prisión o el Gulag, apenas son ya capaces de mandar. Stalin comprende que no debe disgustar a Hitler. La URSS cumplirá puntualmente, hasta el último día, las cláusulas del acuerdo comercial firmado con Alemania y suministrará todas las mercancías previstas, necesarias para la maquinaria de guerra alemana.

La inminencia de la guerra le persuade de que es preciso acabar con Trotski. El 23 de mayo de 1940, un grupo de matones dirigidos por David Siqueiros, un pintor a pistola, penetra en su villa de Coyoacán, cerca de Méjico, y barre con ametralladora el dormitorio donde Trotski, su mujer y un nieto se han refugiado debajo de la cama. El golpe ha fallado. Beria, furioso, lleva a Sudoplatov por la no-

<sup>39</sup> N. JRUSCHOV, *Souvenirs*, op. cit., p. 258.

<sup>40</sup> N. JRUSCHOV, *Souvenirs*, op. cit., t. 1, p. 267.

che a la dacha de Stalin que los recibe serenamente. Según Sudoplatov, la decisión de eliminar al antiguo jefe del Ejército rojo puede más que su cólera. Aprueba al plan de repuesto de Sudoplatov y precisa: «La eliminación de Trotski supondrá el hundimiento total del movimiento, y ya no tendremos necesidad de malgastar el dinero para combatir a los trotskistas e impedir que nos destruyan a nosotros y al Komintern»<sup>41</sup>. La IV Internacional, fundada por Trotski en septiembre de 1938, es numéricamente débil. Además de confiscar su correspondencia, la NKVD ha hecho asesinar a algunos de sus dirigentes (Rudolf Klement, Ernst Wolf, León Sedov el hijo de Trotski, etc.) y a toda la sección soviética, y se ha infiltrado en su dirección. Stalin piensa que, a pesar de todo ello, Trotski y su puñado de partidarios pueden «destruirlos». ¿Paranoia? En realidad, Stalin saca conclusiones de la Primera Guerra Mundial; en febrero de 1917, los bolcheviques eran un partido pequeño de 4.000 a 5.000 afiliados que mantenían unos lazos bastante inconsistentes con media docena de países europeos. Si Lenin no hubiera tomado aquel partido en sus manos, no habría organizado la revolución de Octubre con la que no estaba de acuerdo la mayoría del Comité Central... Stalin sabe que la futura guerra va a provocar una oleada revolucionaria. El nombre de Trotski resume para él la amenaza como un año antes, el 25 de agosto de 1939, el embajador francés Coulondre había declarado a Hitler: «Me temo que al final de la guerra no haya más que un vencedor: el señor Trotski»<sup>42</sup>. Hitler era consciente del riesgo, pero había declarado que los responsables serían los franceses. Stalin los tranquilizará a todos. Confiando en el nuevo plan, invita a Beria y a Sudoplatov a cenar y se muestra de un humor festivo.

En esa época, los arrestos continúan, lentos y mejor controlados. Una amiga de Svetlana, cuyo padre, Slavutski, antiguo embajador en el Japón, ha sido detenido, le ha enviado una carta de su madre pidiéndole que salve a su marido. Esa noche, Svetlana entrega la carta a su padre en mitad de una cena en la que todos los comensales conocen al prisionero y discuten sobre sus méritos. A los tres días, Slavutski queda en libertad, pero Stalin, que ha querido complacer a su hija querida, la lleva aparte y le prohíbe aceptar y entre-

<sup>41</sup> P. SUDOPLATOV, *Missions spéciales*, op. cit., p. 109.

<sup>42</sup> *Livre jeune français*, París, Ministerio de Asuntos Exteriores, 1939, p. 314.

garle tales cartas en el futuro. Aún más cínicamente, pregunta a su hija, a la que este episodio ha revelado el poder de decisión de su padre en el destino de las gentes: «¿Qué haces tú para tener amigos que tienen siempre a sus padres en la cárcel?»<sup>43</sup>. Solía ocurrir, añade Svetlana, que el director de la escuela recibiera la orden de cambiar de clase a los hijos de prisioneros con objeto de que no se relacionaran con su hija.

La derrota relámpago de Francia a mediados de junio le impulsa a halagar a Hitler. El cuerpo diplomático atribuye a Stalin el comunicado que publica la agencia Tass el 22 de junio de 1940. En él denuncia los rumores que ponen en duda «las relaciones de buena vecindad establecidas entre la URSS y Alemania a partir del pacto de no-agresión». El armisticio le incita también a extenderse hacia el Oeste y atacar a los tres países bálticos que Hitler le cede provisionalmente. Para «sovietizarlos», Stalin delega a un trío encargado de formar en ellas unos gobiernos nuevos de unión nacional libres de elementos hostiles a la URSS, de instaurar allí la NKVD y de depurar a los partidos comunistas locales: Dekanozov en Lituania, Vychinski en Letonia y Jdanov en Estonia. En octubre de 1939, Stalin había indicado a Dimitrov: «No tenemos la intención de sovietizar esos países»<sup>44</sup>. Le basta el control político, pero supone el control económico, es decir, la expropiación de las fincas y las industrias, una expropiación ayudada por los obreros y los jornaleros agrícolas de aquellos países y por la presencia del Ejército rojo.

El 20 de agosto, Mercader, un agente de la NKVD, oculto bajo los seudónimos de Mornard y de Jackson, asesina a Trotski con un piolet. Los investigadores le encuentran en el bolsillo una carta, redactada por la NKVD, en la que se presenta como un trotskista decepcionado por la traición de su víctima. En un pequeño recuadro, *Pravda* hace de Mercader un colectivo de asesinos trotskistas: «Ha muerto a manos de sus seguidores; lo han liquidado los mismos terroristas a los que enseñó a matar en la sombra...». En una forma atenuada, esta falsificación aparece hoy en la nota que el Larousse en dos volúmenes dedica a Trotski y que osa escribir: «Fue asesinado por su secretario».

<sup>43</sup> S. ALLILUIEVA, *En une seule année, op. cit.*, p. 134.

<sup>44</sup> G. DIMITROV, *Dnevnik, op. cit.*, p. 185.

Ese mismo mes, gracias a un azar controlado, Stalin decreta un nuevo reglamento militar disciplinario, destinado a cambiar el antiguo juramento internacional del ejército rojo, redactado por Trotski. Ahora define al Ejército rojo no como un instrumento de expansión de la revolución, sino como un útil de defensa nacional. Entre otras cosas, este cambio debe demostrar a Hitler que el «judeo-bolchevismo» y sus planes de revolución mundial quedan relegados al almacén de antigüedades. El asesinato de Trotski, aunque ahogado por el estruendo de la guerra, tiene el mismo significado político, que culminará tres años más tarde con la disolución del Komintern.

Sin embargo, esa liquidación no disipa manifiestamente su obsesión por el trotskismo. Tres meses después, el dirigente del PC húngaro, Matyas Rakosi, un fiel estalinista, liberado de la cárcel por el gobierno húngaro, es recibido en el Kremlin. Stalin, suspicaz, pregunta a Dimitrov: «¿No simpatizará con los trotskistas?». Dimitrov, pasmado, le jura por todos los dioses que no. Y con razón. Stalin, dubitativo, insiste: «En un momento dado, todos dudaron. No comprendían nuestros problemas»<sup>45</sup>. Fiel a sus métodos, busca un punto débil en el dossier del dirigente húngaro liberado. Dimitrov lo encuentra: durante la detención de los dirigentes comunistas húngaros en 1925, Rakosi había firmado confesiones. Rakosi se defiende: solo lo hizo porque los otros ya habían confesado todo y su silencio no habría servido de nada. Una comisión tarda cuatro meses en investigar su caso y llegar a una conclusión. Rakosi, perdonado, ocupa su puesto en el Comité ejecutivo del Komintern, pero en su dossier figura desde entonces una mancha indeleble. Al día siguiente por la tarde, el 7 de noviembre, al comienzo de la recepción que sigue a los festejos de la revolución, Stalin recuerda a sus silenciosos invitados sus desacuerdos con Trotski durante la guerra civil y en Tsarystin: Trotski es, pues, un fantasma que le persigue.

En agosto, Chapochnikov, el jefe del Estado Mayor, presenta a Stalin un plan de operaciones relacionado con la próxima guerra: prevé una ofensiva alemana en tres ejes: 1º Kovno-Vilnius-Minsk, 2º Brest-Litovsk-Minsk y 3º Kiev, lo que sucederá efectivamente en 1941. Stalin no está de acuerdo con este criterio y sustituye a Chapochnikov por Meretzkov. Según él, los alemanes no desarrollarán su ofensiva en el centro, sino por el eje suroeste, para apoderarse de

<sup>45</sup> *Ibid.*, p. 200.

Ucrania y luego del petróleo del Cáucaso. Su pronóstico descansa en un vulgar materialismo: Hitler pretende sobre todo hacerse con el trigo y el petróleo. Pero, para Hitler, la caída de Moscú es la caída del régimen y, por lo tanto, no puede renunciar a su objetivo. El 18 de septiembre, Timochenko y Meretzkov, escépticos respecto al análisis del Guía, le envían un nuevo plan de operaciones que repite las grandes líneas del anterior y prevé la respuesta al ataque alemán llevando las operaciones al territorio polaco en poder de los alemanes y, luego, a Cracovia y al suroeste para detener a Alemania en los Balcanes. El 14 de octubre, Stalin firma este plan exageradamente optimista.

Los problemas en política extranjera no le impiden seguir de cerca la vida intelectual del país, con gran asombro de Ilya Ehrenburg: «Se acercaba la guerra. Stalin debía estar muy seguro de nuestro poder cuando dedicaba tanto tiempo a la crítica literaria»<sup>46</sup>. En realidad, desea dirigirlo todo, controlarlo todo, verificarlo todo, en especial lo que, más pronto o más tarde, pueda servirle de propaganda.

Su joven protegido Avdeenko, ese antiguo minero del Donbass propulsado a la gloria en 1933 por su novela *Yo amo*, lo comprobará a sus expensas. En 1940 sale a las pantallas el film *La ley de la vida*, de cuyo guión es el autor. Ensalza la vida soviética, pero ridiculiza a los jóvenes burócratas advenedizos. Un episodio en especial provoca el escándalo: dos de esos jóvenes promocionados vierten el contenido de sus vasos en un cráneo berreando: «Beber o no beber» (Pit ili nié pit), parodia de «Byt ili nié byt», «Ser o no ser»). Stalin se encoleriza. El 16 de agosto de 1940, un artículo anónimo denuncia en *Pravda* ese «filme engañoso». El artículo ha sido encargado, inspirado, releído, corregido e incluso enteramente reescrito en su segunda parte por Stalin, que ha exigido la publicación sin su firma. No puede rebajarse al nivel de un crítico cinematográfico.

Avdeenko, convocado por telegrama, se presenta en la reunión del Comité Central que tiene lugar el 9 de septiembre. El mismo Stalin preside la condena; en la sala, dos mesas frente a una tribuna flanqueada por una enorme columna cuadrada. Los dirigentes de la Unión de Escritores, sentados frente a Avdeenko, desvían la mirada del condenado. Luego, entran en la sala el rechoncho Jdanov, el menudo Andreiev y el regordete Malenkov, que también lo ignoran. Jdanov lee una extensa carta de veinticinco páginas acusando a Adveen-

<sup>46</sup> L. MARCOU, *Ilya Ehrenburg*, París, Plon, 1922, p. 198.

ko de haber ensalzado una ciudad polaca capitalista y, luego, un resumen de su respuesta. De repente, el acusado oye una voz ronca con acento caucásico: «A Adveenko le atrae el extranjero». Vuelve la mirada y, detrás de la columna, ve a Stalin sentado aparte ante una mesita, e invisible a los ojos de los participantes, excepto de los tres dirigentes y de Adveenko. Mira a Stalin y siente una sorpresa increíble: ¿dónde está el rostro acogedor y majestuoso, popularizado por tantos filmes, fotografías, retratos, monumentos y bustos? Solo ve el rostro vulgar, amarillento, salpicado de huellas de varicela, de un hombrecillo de pecho y hombros estrechos, «de cabello escaso y canoso que parece lustrado con pez negra, y con una gran tonsura [...] que adorna la parte superior de la cabeza. El brazo izquierdo, medio doblado, permanece inmóvil, como herido o paralizado. Solo los bigotes espesos, rojizos y grandes se asemejan a los mostachos estalinistas. En conjunto, da la impresión de estar mal arreglado. Se diría un actor al que hubieran maquillado para que se parezca al Jefe. Un actor que representara torpemente el papel del gran Stalin. Un actor que imitara los gestos de Stalin»<sup>47</sup>.

Profiere unas palabras despectivas en relación con Avdeenko, y luego se retira detrás de la columna. La sesión continúa. En un momento determinado, increpa brutalmente al escritor Fadeiev, que propone una «purga generalizada en la Unión de Escritores» que él no ha dispuesto. A Adveenko le sorprende la expresión de implacable ferocidad, de desdén y de desprecio hacia las personas presentes, así como de la solemnidad con que profiere unas insulsas banalidades. Habla lentamente, multiplicando las pausas y los largos silencios, o más bien, dice Avdeenko, «piensa en voz alta, sin preocuparse de los presentes». Pronuncia dos o tres frases, calla, recorre la tarima con la mirada fija en el suelo, se detiene, saca una bocanada de humo de la pipa, deja caer otra frase, y continúa en medio del completo silencio de los asistentes que contienen la respiración sin osar moverse ni decir palabra. Repite, una tras otra, las frases del artículo de *Pravda*, y luego reprocha a Adveenko que no haya hecho su autocrítica desde el momento de la publicación. Y se reanuda la discusión.

De repente, Stalin se levanta, deambula de nuevo por delante del estrado y dirige unas frases desdeñosas a Adveenko: en efecto,

<sup>47</sup> ADVEENKO, «Ututchebie (La excomunicación)», *Znamia*, n.º 4, 1989, p. 102. Un relato detallado de la sesión en N. LAURENT, *L'Oeil du Kremlin*, Toulouse, Privat, 2000, pp. 75-80.



lo califica de «vendedor ambulante» porque en Polonia se había comprado un traje elegante, una camisa azul oscuro y una corbata que luce precisamente aquel día ante un Stalin vestido con su eterna guerrera militar gris y el pantalón metido dentro de las botas. «Adveenko no comprende ni ama a la Unión soviética. Adveenko es un hombre que lleva una máscara: un agente del enemigo». A continuación, Stalin vuelve por tres veces al escenario, diserta sobre el deber que tiene el escritor de decir la verdad, y colma de oscuros reproches a un Avdeenko sudoroso y desquiciado. A las seis horas del comienzo de la sesión, once de la noche, se levanta y, en tono misterioso, profiere: «Quizá estoy equivocado respecto al camarada Adveenko. El alma de los otros es impenetrable»<sup>48</sup>, baja lentamente de la tribuna y sale; los otros se eclipsan en silencio. Una semana después, Adveenko será tachado de la lista de corresponsales de *Pravda*, expulsado de la Unión de Escritores y su teléfono quedará cortado...

Stalin vigila de cerca para que las obras estén de acuerdo con su política interior y exterior. Así, en septiembre de 1940, interviene personalmente para que el Politburó prohíba la representación e impresión de la obra de Leonid Leonov, *La Tempestad*. ¿Cuál ha sido su crimen? La respuesta es tan vaga como brutal: «La pieza es ideológicamente hostil y representa una malvada calumnia de la realidad soviética»<sup>49</sup>, una calumnia que sería difícil de demostrar. Stalin no concreta el motivo exacto de la prohibición, pero es fácil de adivinar. Uno de los dos protagonistas, el joven Syrovarov, no está de acuerdo con la política del día: en efecto, en 1936, ese antiguo oficial blanco se había regenerado luchando contra el fascismo en España. Aquel desagradable recuerdo podía molestar a Hitler, así que *La Tempestad* pasa a la escotilla. Unos meses después, la censura sustituye el eslogan «¡Abajo los fascistas!», coreado por unos manifestantes del Frente popular en *La caída de París*, de Ehrenburg, por el anodino, imaginario e impronunciable «¡Abajo los reaccionarios!».

Esta prudencia se explica por su temor a no estar en condiciones de hacer frente a una guerra que, por otra parte, sabe inevitable. Este miedo estalla brutalmente al principio del prolongado almuerzo

<sup>48</sup> *Ibid.*, pp. 105 y 107. Se puede comparar la descripción que hace del discurso de Stalin con el acta publicada en *Vlast i Intelligentia*, *op. cit.*, pp. 450-455.

<sup>49</sup> *Vlast i Intelligentia*, *op. cit.*, p. 455.

que sigue al desfile del 7 de noviembre de 1940. Stalin recuerda el conflicto con Trotski a comienzos de la guerra civil en el frente sur. Una vez terminado el recuerdo, los aproximadamente quince invitados se disponen a sentarse; él los detiene, e inesperadamente, se lanza a una larga diatriba, cada vez más amenazadora, en contra de los presentes. Dice: «Nuestros aviones pueden permanecer en el aire treinta y cinco minutos, mientras los aviones ingleses y alemanes pueden volar durante horas enteras. No estamos preparados para entrar en una guerra como la que enfrenta a Alemania e Inglaterra». Efectivamente, los aviones soviéticos, contruidos en masa desde hace unos meses, son tumbas volantes. Y si, en todos los sentidos, el Ejército soviético no está al nivel de las armas enemigas (y según sus palabras, «todos los Estados capitalistas, incluso los que se presentan como nuestros amigos, son nuestros enemigos»), la URSS será barrida. Ahora bien, nadie se preocupa de todos esos problemas; así, por ejemplo, no se ha alertado a los constructores de aviones...

En realidad, Stalin está pagando el precio de la concentración de todos los poderes en sus manos, una concentración que privaba a sus socios, incluso a los más allegados, de cualquier iniciativa. Y, negándose a reconocerlo, solo puede acusar y amenazar: «Me he ocupado yo solo de todos estos problemas. Ninguno de vosotros ha pensado en ellos. Estoy solo. ¿Cómo voy a estudiar, leer, seguir las noticias de cada día, si no hacéis nada? A vosotros, a vosotros no os gusta estudiar, no aspiráis más que a una vida cómoda. Estáis despilfarrando la herencia de Lenin». Kalinin balbucea que les falta tiempo, con lo que excita aún más la furia de Stalin que, durante su parlamento, mira fijamente en especial a Kaganovitch y a Beria. Gruñe: «Las personas son inconscientes... Me escuchan y todo sigue igual. Pero, si pierdo la paciencia, vais a ver. (¿Sabéis que puedo?) Voy a golpear tan fuerte a los inútiles que todo va a temblar»<sup>50</sup>. Los quince dignatarios presentes escuchan rígidos, en silencio. Dimitrov, que nunca ha visto a Stalin en este estado, percibe lágrimas en los ojos de Vorochilov. Entonces, los invitados toman asiento en silencio para un almuerzo sombrío que se prolonga hasta las nueve de la noche.

El 11 de noviembre de 1940, Molotov marcha a Berlín para entrevistarse con Hitler, al que exige la retirada de las tropas alemanas

<sup>50</sup> G. DIMITROV, *Dnevnik, op. cit.*, pp. 200-201.

de Finlandia, y protesta contra su presencia en Rumanía. Entonces, Stalin intenta una gestión desesperada: propone al rey de Bulgaria, Boris, un pacto de ayuda mutua, añadiendo que, si firma el pacto, «no solo no pondremos obstáculos a la admisión de Bulgaria en el pacto a tres, sino que, incluso nosotros, nos asociaremos a ese pacto»<sup>51</sup>. Si Bulgaria hubiera aceptado, Stalin se habría adherido, pues, al pacto anti-Komintern firmado por Alemania, Italia y Japón, debiendo disolver inmediatamente el aparato de la III Internacional instalada en Moscú. A la pusilanimidad del zar Boris y de su Primer ministro Filov se debe que no se produjera aquel inusitado vuelco histórico...

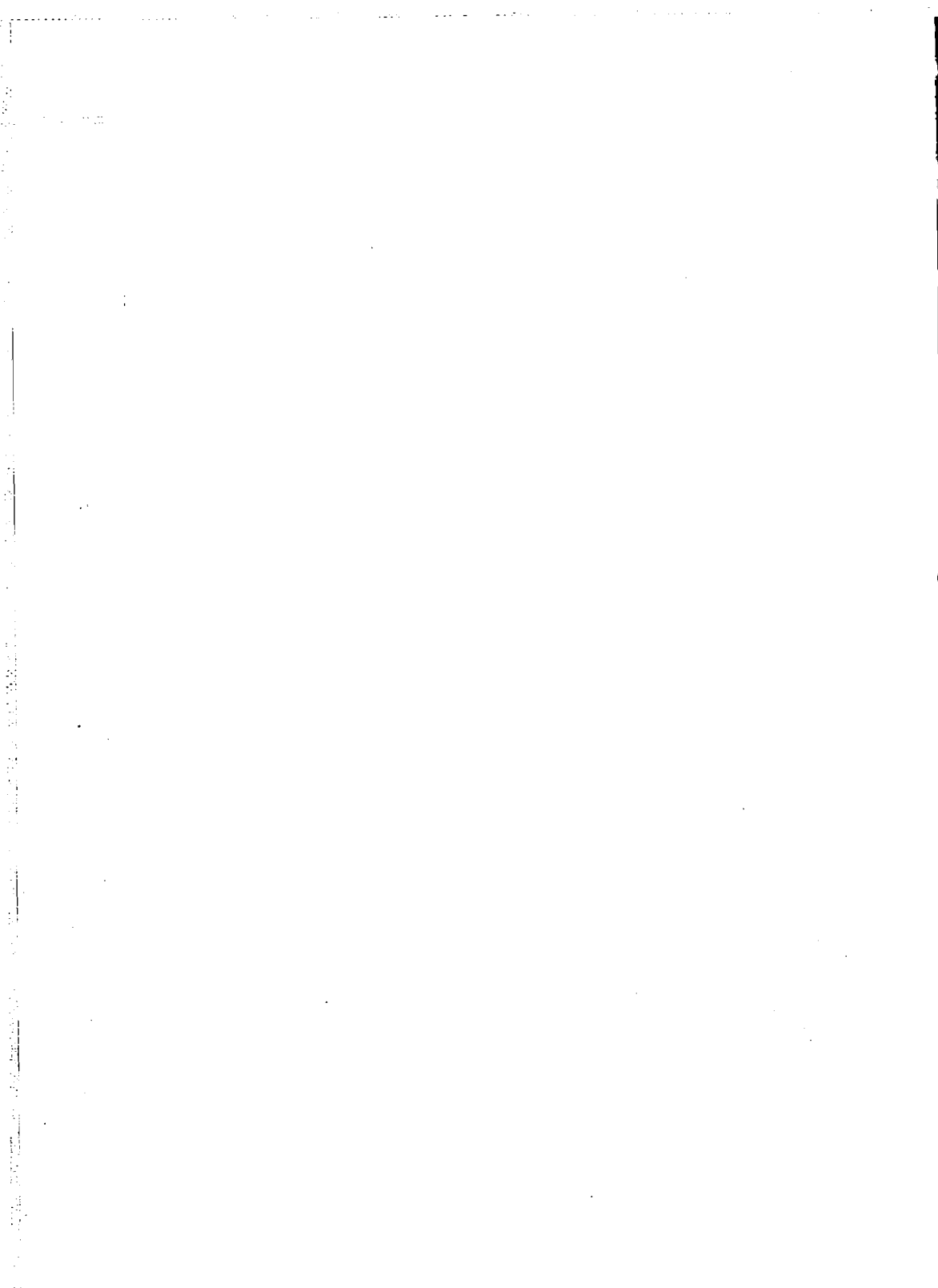
La alianza Berlín-Moscú supera, en efecto, las condiciones que la vieron nacer. El parentesco de los métodos y del sistema político la carga de un contenido subrayado por los dirigentes de ambos países. Así lo indica Ribbentrop al ministro italiano Ciano en octubre de 1939: «Stalin ha renunciado a su proyecto de revolución mundial [...]. Rusia tiende a convertirse en un Estado nacional y normal»<sup>52</sup>. Poco después, delante de Ciano, Hitler explica a Mussolini: «El camino que ha emprendido Stalin parece llevar a una especie de nacionalismo eslavo-moscovita y a alejarse del bolchevismo de base judeo-internacional»<sup>53</sup>. Pero, para lanzarse a la conquista del mundo, la Alemania nazi debe unificar Europa bajo su bota y reducir a la URSS al estado de una colonia suministradora de materias primas y cereales a bajo precio.

Por otra parte, a partir de la desafortunada aventura finlandesa, Hitler comprendió que la URSS era una presa fácil. El 18 de diciembre firmó la directriz 21 del llamado plan «Barbarroja» de ataque a la URSS. El 29 de diciembre, el agregado militar soviético en Berlín, general Tupikov, informa a Stalin de la decisión y anuncia la invasión para marzo de 1941.

<sup>51</sup> *Ibid.*, p. 203, Dimitrov no comenta esta sorprendente propuesta cuya asombrosa naturaleza recuerda Gorodetsky de pasada (ver GORODETSKY, *Le Grand Jeu de dupes*), Paris, Belles Lettres, 2000, p. 130.

<sup>52</sup> CIANO, *L'Europa verso la catastrofe*, op. cit., p. 476.

<sup>53</sup> *Ibid.*, p. 549.



## Capítulo XXV

### EL GUÍA CIEGO

El 2 de enero, Stalin convoca al Kremlin a los principales jefes militares. Los recibe rodeado de los miembros del Politburó, los saluda con un simple gesto de cabeza, los invita a sentarse y ataca: no ha dormido en toda la noche, dice, leyendo el borrador e introduciendo las correcciones en el discurso final que ha de pronunciar Timochenko en la conferencia del Estado Mayor, reunido desde hace cuatro días. Demasiado tarde, ¡la reunión ha terminado! Timochenko protesta: hace días que le había enviado el borrador. Stalin estalla: «No estoy obligado a leer todo lo que me envían»<sup>1</sup>. De hecho, a primeros de este año le invade un miedo pánico que le paraliza, le ciega y le deja sordo a las advertencias.

Al día siguiente, Hitler reúne en Berlín a los jefes de Estado Mayor, con Ribbentrop y algunos oficiales de grado superior. Les afirma su confianza en Stalin: «un sabio», dice. Sin actuar directamente contra Alemania, «acumulará las dificultades cada vez que se le presente la ocasión». Inglaterra, prosigue, no continúa la guerra porque espera una intervención rusa que, con ayuda de Estados Unidos, le permitiría formar un auténtico ejército. «Eso es lo que hay que evitar cortando a los rusos en pedazos desde ahora»<sup>2</sup>. Quince días más tarde, al recibir a Mussolini en Berghof del 18 al 20 de enero, afirma: «Mientras viva el prudente y sabio Stalin, no se presentará un peligro verdadero»<sup>3</sup> por parte soviética.

En efecto, Stalin se conduce con prudencia y multiplica los gestos amistosos. Autoriza al agregado alemán de aviación, Aschenbrenner, a visitar las fábricas de aviones soviéticas más modernas. El 10 de enero, Moscú firma con Berlín un nuevo tratado comercial. Para mejor engañar a Stalin, los alemanes habían detallado en el

<sup>1</sup> G. JUKOV, *Vospominania i Razmyshlenia*, op. cit., t. 1, p. 306.

<sup>2</sup> G. BUCHHEIT, *Hitler, chef de guerre*, op. cit., p. 131.

<sup>3</sup> *Ibid.*, p. 132.

texto del acuerdo las entregas que esperaban, prometidas hasta agosto de 1942. La firma del acuerdo coincide con dos series de maniobras militares soviéticas que se realizan del 2 al 6 de enero y del 8 al 11; en ellas se advierten las deficiencias del Ejército ruso. Stalin se enerva, y el 13 de enero convoca al Alto Mando en el Kremlin con la dirección del comisariado de Defensa y los comandantes de las tropas de los distritos militares. Meretzkov inicia la lectura de un informe sobre las dos series de maniobras. Stalin lo interrumpe groseramente dos o tres veces; el jefe del Estado Mayor, nervioso, se embrolla, se repite, pierde el hilo de las ideas y balbucea. Stalin corta: «La desgracia es que no tenemos un auténtico jefe de Estado Mayor. Hay que reemplazar a Meretzkov», y despide a los militares. Al día siguiente, hace ir al Kremlin a Meretzov y Jukov; en veinte minutos anuncia al primero su destitución y al segundo su promoción. Jukov le hace ver que nunca ha trabajado en un Estado Mayor. Stalin ignora la objeción: «El Politburó ha decidido nombrarte»<sup>4</sup>.

Jukov se pone a trabajar y descubre que, en caso de guerra, el comisariado de Transportes de Kaganovitch carece de planes de movilización de los ferrocarriles en la zona occidental del país. Y exige uno. Kaganovitch se niega a ponerse a la tarea. Stalin tiene que ordenárselo personalmente. Y lo que es más enojoso: según Jukov, se interesa muy poco en la actividad del Estado Mayor, cuyos informes, como los del comisario de Defensa, escucha apenas y con un interés más que indiferente. Lo mismo que sus predecesores, Jukov no consigue exponerle la situación completa de la defensa del país, los problemas militares más urgentes y las posibilidades de un enemigo potencial. Tampoco Stalin concede demasiado interés a los informes de los comandantes del frente. El 18 de febrero, Pavlov le envía uno en relación con el estado deplorable de las comunicaciones en el frente oeste. Stalin no toma medidas serias. Sin duda teme que el Estado Mayor alemán considere como una amenaza los trabajos de modernización de las vías de comunicación en ese sector. En aquella época, los generales jóvenes creían que Stalin poseía unos conocimientos militares superiores a los propios. La guerra disipará sus ilusiones...

A primeros de febrero, antes de la XVIII conferencia del Partido (del 15 al 20 de febrero), Timochenko lleva a Jukov a la dacha de Stalin. «¿A qué me tengo que preparar?», pregunta Jukov. A todo, le

<sup>4</sup> G. JUKOV, *Vospominania i Razmychlenia*, op. cit., p. 311.

replica Timochenko, que le anticipa que Stalin no escuchará un extenso informe y le invita a exponer en diez minutos lo que Jukov le ha transmitido en tres horas. Stalin los recibe junto a Kulik, Kalinin, Molotov y Malenkov. Jukov insiste en la necesidad de reforzar la defensa de la frontera occidental; Molotov lo interrumpe: «¿Qué? ¿Piensas entrar en guerra con los alemanes?»<sup>5</sup>. Al acabar el informe, Stalin invita a los asistentes a una comida bastante sencilla: un espeso borchtch ucraniano, un hervido de alforfón, y carne cocida seguidos de frutas frescas y en almíbar. Stalin, en forma y de buen humor, obsequia a sus invitados con vino tinto georgiano que Jukov encuentra bastante ligero; todos prefieren el coñac armenio.

A pesar de su desinterés por el trabajo del Estado Mayor, Stalin participa activamente en las discusiones sobre la elaboración de un plan operacional, adoptado el 11 de marzo de 1941, que plantea desarrollar la contraofensiva del Ejército rojo hacia Poznan en dirección a Berlín, y en el eje suroeste hacia Praga y Viena. Mientras el Estado Mayor prepara unos planes dignos de Picrochol, el personaje de *Gargantúa*, Stalin continúa negándose a la concentración de tropas en la frontera. Y, sin embargo, está inquieto, como lo demuestra el orden del día del 23 de febrero, revisado por él y presentado por el mariscal Timochenko para el 24 aniversario de la creación del Ejército rojo: anima a las tropas a prepararse moralmente «ante el peligro de un ataque sorpresa», a fin de evitar encontrarse desprevenidas. Sin embargo, no es dudoso el origen de un ataque eventual no concretado, pero Stalin se limita a esa advertencia verbal. Las medidas militares adoptadas desde hace meses sorprenden por su estilo desordenado, contradictorio y hasta caótico. El historiador Valéri Popov, recuperando la teoría estalinista de la traición y de la quinta columna, hace recaer toda la responsabilidad sobre el Estado Mayor y su grupo de generales, a los que concede gratuitamente una eventual pero «vacilante esperanza de «librarse» de los bolcheviques con la ayuda alemana»<sup>6</sup>.

La lista de incoherencias es impresionante: las antiguas fortificaciones construidas en la frontera desde 1929 a 1935 quedan abandonadas, es decir, desmanteladas; y la construcción de las nuevas, a lo largo de la frontera recién retrazada, comienza lentamente y en

<sup>5</sup> *Ibid.*, p. 342.

<sup>6</sup> V. POPOV, «El secreto de la derrota», *Novy Mir*, nº 8, 1998, pp. 186-187.

junio no llegará a cubrir más que la mitad, con unos intervalos abiertos de 50 a 60 kilómetros. Cuando empiece la guerra, parte de las divisiones destinadas a proteger la frontera —como el XII ejército— estarán aún en cursos de formación; las tropas de vigilancia de frontera, extendidas a lo largo de cientos de kilómetros, no están preparadas para detener, y menos frenar, una ofensiva seria. El armamento anticarros es deficiente; las municiones y los obuses permanecen apilados en los depósitos. Dos semanas antes de la invasión alemana, el Estado Mayor del IV ejército en Bielorrusia ordena al comandante de la 22 división blindada que retire las municiones de los carros y las guarde en los depósitos.

Por supuesto, no se puede achacar a Stalin la responsabilidad directa de cada una de las medidas adoptadas, pero carga con la responsabilidad general a causa del ambiente deletéreo que creó en el Alto Mando, por la incompetencia de muchos promocionados, y por la aparente indecisión de su política cuyos pormenores ignoraban los jefes militares. En efecto, Stalin les oculta lo esencial de sus informaciones y, en cambio, aumenta la presión sobre los antiguos dirigentes. En la conferencia nacional del Partido del 17 al 20 de febrero de 1941 degrada a seis miembros del Comité Central, entre ellos a Litvinov, por «no haber cumplido con sus obligaciones de miembros del Comité Central»; igualmente manda expulsar a quince suplentes, entre ellos la antigua comisaria de Metalurgia pesada, Jemtchujina, a la que no salva su autocrítica: mientras el Partido lo ha hecho todo por ella, ella se ha relajado y no ha ejercido la vigilancia más elemental, pues su ayudante y una de sus amigas eran espías. Durante la votación de las expulsiones, Molotov se abstiene. Stalin nombra para los puestos vacantes a unos quince oficiales superiores, entre ellos, Jukov. Es la señal de que, si no prepara la guerra, por lo menos la está esperando.

Expulsa a nueve miembros de la comisión de Control, acusados también de no haber cumplido las obligaciones de su misión, y hace que la conferencia vote una advertencia a seis comisarios del pueblo miembros del Comité Central, como Kaganovitch, el antiguo número dos del régimen: «Si no se corrigen, si no cumplen las misiones del Partido y del gobierno, serán expulsados de los organismos del Partido y del gobierno y cesados en sus funciones»<sup>7</sup>. En el

<sup>7</sup> G. DIMITROV, *Dnevnik*, op. cit., p. 216.



siguiente Comité Central anuncia una nueva purga: «Es imprescindible asociar a algunos nuevos camaradas al trabajo del Politburó, para que se formen y puedan sustituir a los antiguos»<sup>8</sup>, programando así su eliminación. Después del Gran Terror, esos antiguos se cuentan con los dedos de la mano: Molotov, Kaganovitch, Mikoian, Vorochilov y Andreiev. Las próximas víctimas están, pues, entre ellos. La guerra diferirá su eliminación.

Desde enero a finales de marzo de 1941, un centenar de divisiones alemanas se mueven hacia la frontera soviética. El 20 de marzo, Golikov, inquieto por tener que decir a Stalin lo que este ya está esperando, atenúa considerablemente el alcance de esas informaciones, precisando que la mayoría de los informes que indican la probabilidad de una guerra germano-soviética en la primavera de 1941 proceden de fuentes anglo-americanas y tienen por objeto deteriorar las relaciones entre Alemania y la URSS. Y añade: «La apertura de hostilidades contra la Unión soviética se producirá a raíz de la victoria sobre Inglaterra o después de firmar con ella una tregua ventajosa para Alemania»<sup>9</sup>. La primera perspectiva parece poco probable y Stalin desea sobre todo evitar que se realice la segunda...

Oscilando incesantemente entre los intentos de seducción y las advertencias a Hitler, Stalin toma una decisión de graves consecuencias. El 25 de marzo de 1941, el gobierno yugoslavo se asocia al pacto anti-Komintern. Ribbentrop ha explicado a su primer ministro que no podía contar con la ayuda de Rusia: Stalin, le dice, es «un hombre razonable y lúcido», consciente de que un conflicto con Alemania «conduciría al hundimiento de su régimen y de su país»<sup>10</sup>. Dos días después, los antinazis derriban el gobierno monárquico yugoslavo. El 30 de marzo, Hitler, furioso, firma una orden terrible. Siendo el objetivo de la tropa «la exterminación del bolchevismo cuyos paladines son los funcionarios políticos y los comisarios militares que no pueden ser considerados como soldados», después de su captura habrán de ser entregados a la Seguridad (que los liquidará) o fusilados por la tropa<sup>11</sup>.

Hitler considera un desafío el pacto de no-agresión firmado por Stalin con Yugoslavia en la noche del 5 al 6 de abril, y así lo declara in-

<sup>8</sup> *Ibid.*

<sup>9</sup> G. GORODETSKY, *Le Grand Jeu de dupes*, op. cit., p. 205.

<sup>10</sup> *Ibid.*

<sup>11</sup> G. BUCHHEIT, *Hitler, chef de guerre*, op. cit., p. 133.

mediatamente. En presencia de Gravilovic, el agregado militar yugoslavo, preocupado por un ataque alemán, Stalin fanfarronea: «Las tropas soviéticas, dice, están preparadas, y si los alemanes pasan a la ofensiva, les daremos en plena cara». Gavrilovic se extasia: «Stalin tiene una voluntad de hierro, manda en todo, comprende todo, su alma está llena de fuerza y de energía»<sup>12</sup>. El 6 por la noche, los firmantes deben reunirse para celebrar el acuerdo con un banquete. Sin embargo, en el momento en que Stalin se mete en la cama en su dacha, la Luftwaffe bombardea Belgrado arrasando la mitad de la ciudad, y la Wehrmacht cruza la frontera yugoslava. Un modo de demostrar lo poco que valora Hitler el apoyo oficial de Stalin a Yugoslavia. Stalin capta el mensaje y renuncia inmediatamente a sus propósitos viriles: suspende el banquete cuya celebración, dice, tendría inevitablemente «un carácter de desafío provocador»<sup>13</sup>. Lo mejor sería echarse por tierra ante la demostración de fuerza del Führer, pero, después de su imprudente iniciativa, Stalin apenas tenía elección.

El 10 de abril, la Wehrmacht ocupa Zagreb, y el 13, las ruinas de Belgrado. Esta *Blitzkrieg*, que contrasta brutalmente con el atolladero del Ejército rojo en Finlandia, provoca en Stalin una furiosa reacción, además de que el informe de Timochenko y de Jukov sobre la aviación soviética es terriblemente cruel: durante los ejercicios de entrenamiento, una media de dos o tres aviones se estrella diariamente contra el suelo, lo que, según ellos, equivale a unos 600 a 900 aviones al año. En el primer trimestre (incompleto) de 1941 han contabilizado 71 catástrofes, 156 averías distintas, la muerte de 141 pilotos y la puesta fuera de servicio de 128 aviones. En definitiva, proponen la destitución del jefe de la Dirección principal de las fuerzas aéreas, Rytchagov, en el que, un año antes, Stalin saludaba al joven talento surgido de la guerra de Finlandia, y poner en manos de la justicia a varios jefes de escuadrilla. Stalin aprueba la lista de los futuros condenados a la que añade otros dos miembros de la Dirección de las fuerzas aéreas.

Los acontecimientos en Grecia no pueden mejorar su humor desde que los 100.000 soldados del ejército británico han escurrido el bulto delante de la Wehrmacht: el 23 de abril, se rinde el ejército griego, y el 25, la bandera nazi ondea sobre la Acrópolis.

<sup>12</sup> G. CORODETSKY, *Le Grand Jeu des dupes*, op. cit., p. 226.

<sup>13</sup> *Ibid.*

¿Realmente la campaña yugoslava retrasó el ataque de la Wehrmacht a la URSS, un ataque que Hitler tenía previsto para mediados de mayo? El Estado Mayor alemán contaba con aquella fecha para permitir a la Wehrmacht la conquista de las llanuras de Rusia central y de Ucrania mientras el trigo aún estaba verde, impidiendo así que el Ejército rojo lo quemara en su retirada. Mediados de mayo era, en efecto, la fecha adecuada a ese fin. Sin embargo, en aquella primavera de 1941 llovió durante todo mayo y principios de junio en Bielorrusia y en la Polonia soviética, transformadas en enormes extensiones cenagosas, incluso pantanosas. El paseo militar yugoslavo, y luego el griego, habían alejado de la frontera soviética a quince divisiones alemanas, concentrando la atención de Hitler y de su Estado Mayor en los Balcanes durante más de un mes, y no era seguro que la ofensiva alemana hubiera podido llevarse a cabo antes de que el sol hubiera secado los caminos de tierra que formaban lo esencial de la red de carreteras soviética.

La *Blitzkrieg* yugoslava mueve a Stalin a multiplicar las iniciativas. Para protegerse por el este, el 13 de abril de 1941 firma un pacto de no-agresión con el Japón. Al día siguiente, un banquete celebra el acontecimiento. Los brindis se suceden uno tras otro y, en un gesto desacostumbrado, un Stalin medio borracho acompaña a la estación al ministro de Asuntos Exteriores japonés, Matsuoka, en el mismo estado que él. Abraza a varios japoneses, al embajador y al ministro, estrecha las manos del coronel Krebbs de la embajada alemana, y exclama: «Hemos sido sus amigos y siempre seremos sus amigos». Durante el trayecto, en una confidencia destinada más a Berlín que a Tokio, informa a Matsuoka que él es «un partidario convencido de las potencias del eje y enemigo de Inglaterra y de América». Matsuoka se lo repite a Schulenburg al que Stalin engatusa en el andén; bruscamente lo toma por los hombros y le declara: «Tenemos que seguir siendo amigos, y ahora Vd. tiene que hacer todo lo que esté en su mano para ello»<sup>14</sup>. Schulenburg da cuenta inmediatamente a Berlín de ese mensaje y de las solícitas atenciones recibidas.

<sup>14</sup> A. PERTH, *La Russie en guerre, op. cit.*, t. 1, p. 108. Ver el acta de la conversación entre Stalin y Matsuoka en *Dokumenty Vnechnéi politiki*, t. XXIII, libro 2, pp. 560-566, donde el embajador japonés, a cambio del norte de Shakhalin que Stalin no quiere cederle, «no se opone a que la URSS tenga una salida hacia los cálidos mares a través de la India», a lo que Stalin replica que «eso significa la guerra» (p. 564).

La primera preocupación de Stalin es siempre la de no irritar a Hitler. El 20 de abril, los miembros del Politburó, tras haber admirado unas danzas tadjiks en el Bolchoi, se dirigen al Kremlin. Stalin ha convocado también a Dimitrov. Les anuncia su decisión de suprimir el Komintern y colma al búlgaro de motivos ideológicos: ha llegado el momento del «comunismo nacional»: «Sería preciso que los partidos comunistas no sean ya unas secciones del Komintern, sino plenamente autónomos. Han de transformarse en partidos comunistas nacionales [...]. Es importante [...] que resuelvan de manera independiente los problemas concretos que se les planteen en sus países. Pues bien, la situación y las tareas son diferentes según los países. En Alemania es una cosa, en Inglaterra es otra». Indica después que la Internacional había sido creada bajo Marx, y después el Komintern bajo Lenin «en espera de la próxima revolución internacional», e insiste de nuevo en la prioridad de las tareas nacionales de cada país. Por último, en las condiciones actuales, la pertenencia de los partidos comunistas al Komintern facilita la ofensiva de la burguesía contra nosotros en sus planes para aislarlos de las masas en su propio país»<sup>15</sup>. Además, añade, un día se podrá reconstituir la Internacional. Este argumento no es más que la cobertura ideológica destinada a ocultar el motivo real: hacer un gesto de buena voluntad en dirección a Hitler. La liquidación del Komintern significa el abandono oficial y público de la revolución mundial unida a su nombre y, por lo tanto, el abandono, exigido por Hitler, de la propaganda comunista en terceros países. Además, eso significa también el refuerzo del lazo directo de cada partido con el Kremlin y de la subordinación inmediata a sus necesidades. Si las tareas de los partidos comunistas nacionales varían según los países, la del PC alemán quizá pueda aportar el día de mañana un apoyo crítico al régimen del Reich para subrayar la solidaridad de Moscú con las potencias del pacto anti-Komintern. La prenda de amistad entregada a Berlín ha de ser camuflada. Así, Stalin ordena a Dimitrov y a sus camaradas que se dediquen a ello desde el día siguiente, reemplazando por unas nuevas las famosas veintiuna condiciones de admisión en el Komintern de 1920. Al día siguiente, Dimitrov, Togliatti y Thorez, reunidos, aplauden la postura de Stalin.

<sup>15</sup> G. DIMITROV, *Dnevnik*, *op. cit.*, pp. 227-228.

Los servicios de información soviéticos, preocupados al mismo tiempo de satisfacer los deseos del Jefe y de evitar cualquier acusación de traición, no ocultaron nada de lo esencial a Stalin pero le presentaron unos informes «a la carta», dejándole adoptar lo que más le conviniera de ellos. La historiografía jruschoviana insistirá en la responsabilidad personal de Stalin en la catástrofe de 1941, en la medida en que permaneció obstinadamente sordo a unas advertencias repetidas y claras, con el fin de ocultar la responsabilidad de un aparato que, sin embargo, había actuado según los deseos y los prejuicios del Jefe y que, por lo tanto, los había reforzado.

El panorama expuesto por los servicios soviéticos confirma a Stalin en la idea que se ha hecho de la situación desde hace meses: aunque el Estado Mayor alemán tenga proyectos bélicos, Hitler, enemigo de una guerra en dos frentes, desea obtener de la URSS unas concesiones suplementarias. Stalin espera, pues, más que una declaración de guerra, un ultimátum que abra la vía a negociaciones. Eso es lo que le comunica el agente Starchina a mediados de mayo: «En primer lugar, Alemania presentará a la Unión soviética un ultimátum que contenga unas peticiones más importantes de exportaciones a Alemania y la interrupción de la propaganda comunista. A fin de satisfacer esas exigencias [...], varias regiones ucranianas serán ocupadas por el ejército alemán»<sup>16</sup>. Un día, Stalin afirma a Jukov que los alemanes tienen miedo de los soviéticos y, en apoyo de sus palabras, le cita las seguridades que Hitler ha dado al embajador soviético en Berlín: los ejércitos alemanes se concentran en Polonia con objeto de prepararse allí a las operaciones decisivas en el Oeste. Jukov añade: «Stalin creía visiblemente en esta versión, y por eso tomaba con cierta pasividad las medidas para la defensa del país y para el refuerzo de las fuerzas armadas»<sup>17</sup>. Al mismo tiempo estaba obsesionado por el temor de que un armisticio entre Londres y Berlín dejara las manos libres a Hitler para lanzarse hacia el Este.

A mediados de abril, más de 200 divisiones alemanas se alinean en el frente del Este. El 21 de abril, Churchill avisa a Stalin de los preparativos de guerra de Hitler contra la URSS. No le dice nada nuevo, pero le confirma en la opinión de que, para aliviar la pre-

<sup>16</sup> G. GORODETSKY, *Le Grand jeu de dupes*, op. cit., pp. 277-278.

<sup>17</sup> G. JUKOV, *Vospominania i Razmichlenia*, ibid., p. 373.

sión alemana, los ingleses desean hacer entrar en la guerra a la URSS. Lo que le hace mostrarse más prudente y suspicaz. Al mismo tiempo, Stafford Cripps, el embajador británico en Moscú, entrega a Molotov un memorándum amenazador: «Si la guerra dura mucho tiempo, podría surgir en Gran Bretaña la tentación de firmar un acuerdo para dar fin al conflicto» y «Alemania podría continuar sin obstáculos la expansión de su "espacio vital" hacia el Este»<sup>18</sup>. La casual coincidencia de aquel memorándum y del mensaje de Hitler refuerza en Stalin la idea de que Londres pretende empujarlo a la guerra. Confía a Jukov: «Ya lo ves: nos asustan con los alemanes, asustan a los alemanes con la Unión soviética y nos enfrentan a unos con otros. Es un sutil juego político»<sup>19</sup>. A comienzos de mayo, Stalin reconoce a toda prisa el gobierno de Rachid Ali, que se ha hecho con el poder en Irak con la ayuda de los servicios alemanes. Pero el 5 de mayo, en el discurso que pronuncia durante un prolongado banquete que ofrece en el Kremlin a centenares de jóvenes oficiales, formula sin ambigüedades una advertencia sobre el riesgo de una próxima guerra.

Algunos quieren ver en sus fanfarronadas sin consecuencias el anuncio de una próxima ofensiva militar contra Alemania. Por ejemplo, el número 9 de la revista *Bolchevique*, publicada en aquel momento, contiene un artículo de Stalin escrito en 1934, pero no publicado entonces y sacado de los archivos, en el que acusa a Friedrich Engels de haber apoyado en 1890 al imperialismo alemán contra la Rusia zarista. En él aparece una frase citada repetidamente que confirma la hipótesis de una política ofensiva de Stalin: «Si Rusia empieza la guerra...». Pero esas bravatas proceden del ritual de la propaganda: si hay guerra, se desarrollará toda en terreno del enemigo, que no pondrá ni la punta de la bota en el sagrado suelo de la Unión soviética...

Ese mismo 5 de mayo, Schulenburg recibe a almorzar a Dekanozov, el embajador soviético en Berlín, entonces en Moscú. Según una grata leyenda, en una iniciativa sin precedentes, Schulenburg habría desvelado a Molotov un secreto de Estado con objeto de que lo transmitiera a Stalin: «Hitler ha tomado la decisión de comenzar la guerra contra la URSS el 22 de junio». El atestado de la conversa-

<sup>18</sup> G. GORODETSKY, *Le Grand Jeu de dupes*, op. cit., pp. 257-258.

<sup>19</sup> G. JUKOV, *Vospominania i Razmyshlenia*, op. cit., p. 372.

ción demuestra que se trata de un bulo<sup>20</sup>. Las advertencias de Schulenburg son conscientemente sombrías.

El 6 de mayo, Stalin se nombra a sí mismo presidente del Consejo de los comisarios del pueblo en el puesto de Molotov. No está claro el sentido de esta decisión. Se puede ver en ella una señal enviada a Hitler: el verdadero dirigente de la URSS no lo es tanto como jefe del partido comunista, sino como jefe del gobierno. Además, una de sus primeras decisiones en esta nueva función será la de esbozar, el 8 de mayo, un nuevo gesto conciliatorio hacia Hitler. Da a conocer a los embajadores de la Noruega y de la Bélgica ocupadas que Moscú ya no reconoce sus gobiernos en el exilio, les retira las cartas credenciales y los ordena desalojar lo más pronto posible. El 11 de mayo, el representante del gobierno yugoslavo en el exilio, Gravilovic, hasta ayer gran admirador de Stalin, recibe idéntica invitación a despejar el campo. Stalin intenta forzar el curso de los acontecimientos. Por orden suya, el 9 de mayo, Dekanozov propone a Schulenburg la publicación de un comunicado germano-soviético que desmienta los rumores sobre el deterioro de las relaciones entre ambos Estados y sobre las amenazas de guerra. El 12 de mayo, a raíz de su tercera visita al embajador alemán, le informa de que Stalin y Molotov están dispuestos a dirigir una carta personal a Hitler; como Dekanozov marcha a Berlín al día siguiente, propone que Molotov y Schulenburg se reúnan para discutir el texto.

Aún habría sido mayor la preocupación de Stalin si hubiera sabido que, una hora antes de esta entrevista, Schulenburg había recibido la orden de la próxima evacuación del personal diplomático alemán. Aquello no fue óbice para que el embajador sugiriera que «el mismo Stalin se dirigiera espontáneamente por carta a Hitler»<sup>21</sup>. Schulenburg, un diplomático de la vieja escuela prusiana, enemigo de una guerra en dos frentes, deseaba ayudar a eliminar la amenaza de una contienda, pero su influencia fue nula. ¿Quizá sus maniobras dilatorias contribuyeron a confundir a Stalin, que creía adivinar en su conducta la política de Berlín? Sin embargo, nada obligaba a Stalin a ver en él otra cosa que un simple ejecutor de esa política.

<sup>20</sup> El atestado figura en *Dokumenty vnechnoi politiki, op. cit.*, pp. 654-657. Concretamente, Schulenburg manifiesta que «ya ha recibido una indicación de Berlín para que rechace todos los rumores de una próxima guerra entre la URSS y Alemania». A lo largo de esa parte de la conversación, Schulenburg repitió en varias ocasiones la idea de que «era preciso hacer cualquier cosa para zanjar aquellos rumores» (p. 656). ¡Era una curiosa advertencia!

<sup>21</sup> *Ibid.*, p. 676.

Igualmente el 12 de mayo, Dimitrov y Manuiski discuten dócilmente con Jdanov el mejor modo de anunciar la noticia de la disolución del Komintern. Aquella misma noche, Radio Berlín difunde un comunicado que trastorna a Stalin: dos días antes, el lugarteniente de Hitler, Rudolf Hess, ha huido a Inglaterra en avión y saltado en paracaídas a suelo inglés. En este episodio rocambolesco, Stalin ve el anuncio de unos planes de paz separada germano-británica que preceden a la invasión de la URSS por parte de Alemania. Está persuadido, y así se lo confirman sus servicios de información, de que el Intelligence Service ha atraído a Hess a Inglaterra con este objeto. Es inútil, pues, disolver el Komintern para seducir a Hitler. Entonces renuncia a hacer al Führer esta concesión, demasiado visible y capaz de organizar una conmoción en los partidos comunistas extranjeros.

A las 10 h, en cuanto Dekanozov sale del despacho de Stalin tras haber rendido cuentas de los nulos resultados de su conversación con Schulenburg, entran Jukov y Timochenko. Stalin les autoriza a desplazarse hacia la frontera occidental y a reagrupar en Ucrania y Bielorrusia cuatro ejércitos que equivalen a 28 divisiones y 800.000 soldados estacionados en medio del país. A partir del día siguiente se ponen lentamente en movimiento. Pero manda a paseo al general Kirponos que, por dos veces en la primera quincena de mayo, le había pedido que colocara las tropas del distrito de Kiev en disposición de combate.

Al mismo tiempo, el 15 o 16 de mayo recibe «un plan de desarrollo estratégico de las fuerzas armadas de la Unión soviética en caso de guerra con Alemania y sus aliados» elaborado por el general Vassilevski, jefe adjunto de la dirección operativa del Estado Mayor general. Vassilevski propone prevenir un ataque alemán por medio de una ofensiva del Ejército rojo sobre el frente suroeste (Polonia) a fin de ocupar la región de Cracovia y separar a Alemania de sus aliados. Según ciertos historiadores rusos, ese plan significa que Stalin, sediento de revolución mundial, se preparaba para atacar a Alemania a comienzos del verano. Hitler no habría hecho más que prevenir esta ofensiva. Pero los planes estratégicos se sucedían en el transcurso de los meses y, con objeto de coincidir con la propaganda sobre la inviolabilidad del territorio soviético, todos estaban elaborados a partir de la idea de que la URSS se defendería asustando de repente un golpe fulgurante en suelo enemigo. Ningún jefe mili-



tar se habría atrevido a presentar un plan que no se inscribiera en ese ritual so pena de ser acusado de derrotismo. Molotov resalta la aventura que representaría un ataque soviético: «No teníamos aliados. Se habrían unido a Alemania en contra de nosotros. América estaba en contra nuestra. Inglaterra, también»<sup>22</sup>.

Además, en esos meses de tensión, Stalin estaba obsesionado por el entendimiento anglo-alemán a espaldas de la URSS. No podía plantearse un ataque a Alemania, pues incluso el 21 de junio por la noche, el Ejército rojo no disponía aún de Gran Cuartel general y debía contentarse con un simple proyecto ¡elaborado por Timochenko! de creación de este organismo... Al comienzo de la guerra, la ausencia de este órgano supremo de dirección militar, debida a la voluntad de Stalin de calmar a Hitler o a causa de la lentitud burocrática, obstaculizó la dirección de los ejércitos al comienzo de la invasión. De hecho, Stalin, consciente de una amenaza alemana que esperaba demorar hasta 1942, esbozó diversos planes, todos inacabados, y que se superponían. Así lo indicó el mariscal Rokosovski, entonces comandante del 9º cuerpo de ejército mecanizado, que veía en las decisiones adoptadas una mezcla contradictoria de medidas ofensivas y defensivas... hasta el punto de llegar a preguntarse «si existiría un plan».

Stalin ordena intensificar la producción de armamento para las tropas estacionadas cerca de la frontera occidental e intenta acelerar la construcción de fortificaciones a lo largo de la nueva frontera. En dos ocasiones, en febrero y marzo, la dirección del Ejército rojo insiste en la aceleración de los trabajos; el 14 de abril, el Cuartel General insiste de nuevo a través de una directriz. Estas advertencias son inútiles. El 4 de junio, Stalin hace que el Politburó vote una resolución en el mismo sentido, pero las resoluciones no pueden mejorar los transportes ferroviarios, ni desatascar las escasas carreteras, ni solucionar la falta de cemento, de cables de alambre de espino (empleados masivamente en los campos de trabajo), ni incluso de madera.

Stalin es consciente de que, en el mejor de los casos, el ejército y la industria de armamento en plena reorganización no estarán dispuestos hasta 1942: las cadenas de construcción de los nuevos bom-

<sup>22</sup> Este plan está publicado en *Drugia Voina, 1939-1945*, Moscú, Democracia, «Rossia-XX vek», 1996, pp. 175-183.

barderos (SOU-2) y de los nuevos tanques (KV y T 34) solamente se ponen en marcha a comienzos de 1941, y el Ejército rojo no estará realmente equipado con esos nuevos modelos hasta 1942. Por último, sabe que la orden de movilización dada treinta años antes por los distintos países, a final de julio de 1914, había dado cuerpo brutalmente a todos los riesgos del conflicto y contribuyó a transformar la tensión en un enfrentamiento armado. También intenta evitar cualquier medida susceptible de dar un pretexto a Hitler para declarar la guerra. Ahí reside su error. Hitler no tiene necesidad de pretextos y piensa que Inglaterra, a pesar de no estar vencida, no es una amenaza seria en el Oeste, pues en Francia la colaboración con el ocupante se extendió bajo el patronazgo del vencedor de Verdun.

El 23 de mayo, Stalin discute durante casi tres horas con Jukov y Timochenko sin llegar a tomar una decisión. El 24 de mayo, Maiski informa a Stalin: algunos ministros ingleses quieren aprovechar la presencia de Hess para sondear a Hitler sobre unas eventuales condiciones de paz. Por la noche, Stalin convoca en el Kremlin al alto mando del ejército (Timochenko, Jukov, Kirponos, Pavlov, Vatutin, el almirante Kuznetsov, etc.). Discuten durante horas las medidas que hay que tomar frente a las «crecientes amenazas de agresión por parte de Alemania», unas medidas que, para evitar cualquier filtración, están estrictamente limitadas al Estado Mayor. El cuerpo de oficiales ignora absolutamente esos debates. Dos días después, Stalin comunica a Jukov y a Timochenko, convocados al Politburó, que Schulenburg pide permiso para que varios grupos de inspectores alemanes busquen en las zonas fronterizas los cuerpos de sus soldados inhumados durante la Primera Guerra Mundial. El suspicaz Stalin exige simplemente que la búsqueda se limite a la zona de los enterramientos. Los sorprendidos militares soviéticos no protestan, pero piden autorización para interceptar a los aviones alemanes que violan sistemáticamente el espacio aéreo. Stalin se niega, repitiendo por su cuenta las explicaciones de Schulenburg: se trata de errores de pilotos mal entrenados<sup>23</sup>.

Stalin, preocupado siempre por dividir a los órganos del poder a fin de evitar cualquier pacto a sus espaldas —pues todo agrupamien-

<sup>23</sup> *Izvestia TsK KPSS*, n.º 2, 1995, ha publicado, bajo el título «Los signos de la guerra no comprendidos» (pp. 4-22), una lista de informes sobre esas violaciones. Reacciones de Stalin: G. JUKOV, *Vospominania i Razmyshlenia*, op. cit., pp. 346-347.

to amenaza a su poder indiviso—, no informa al Estado Mayor de la evolución de la política internacional que el gobierno, un simple órgano de aplicación, no discute, lo mismo que no discute las decisiones militares. Impone su teoría de la guerra futura, siempre la misma: la Wehrmacht concentrará sus esfuerzos en Ucrania para conseguir el sueño hitleriano de una Gran Ucrania sometida al Reich, de abalanzarse sobre el Cáucaso y de apoderarse del petróleo de Baku. ¿Influencia quizá de la lectura de las memorias de Ludendorff? En efecto, Ludendorff indicaba que en 1917 el petróleo rumano había permitido resistir a los austro-húngaros y, recordando la invasión de Ucrania y de Georgia por la Reichswehr en 1918, insistía en la importancia de los recursos del Cáucaso. Stalin concentra, pues, las fuerzas del Ejército rojo en este eje, llamado el frente Suroeste.

Sospecha doble juego y desinformación por parte de todo el mundo: Hitler, Churchill, sus propios servicios de información y, cazado en la trampa de esas sospechas entrecruzadas, termina por neutralizarse a sí mismo. A fin de calmar su irritabilidad, los servicios de información y los embajadores destilan con cuentagotas las noticias que reciben.

A primeros de junio, Stalin manda encarcelar a Vannikov, ex-comisario de Armamento, acusado de oponerse a la interrupción de la fabricación de carros con cañones de grueso calibre y de morteros, cuyas cadenas de montaje manda reorganizar Stalin como si le sobrara el tiempo. Al aplicar rígidamente su política hasta el último momento, ignora todas las advertencias sobre la inminencia de la invasión alemana. Esa obstinación se muda en ceguera. El 2 de julio, Goglidzé, residente de la NKVD en Kischinev, le advierte que, desde el 8 de junio, los oficiales de las tropas rumanas, estacionadas cerca de la frontera, aluden a una ofensiva germano-rumana contra la URSS. En aquel momento, Stalin afirma a Timochenko: «Tienes que comprender que Alemania jamás luchará sola contra Rusia»<sup>24</sup>.

Valora las informaciones que le confirman que Hitler fanfarronea y que puede diferir la fecha de la agresión, entre ellas la de Filitov, representante de Tass en Alemania y jefe adjunto de la NKVD en Berlín, que el 12 de junio le telegrafía su firme convicción de que «Hitler ha montado un gigantesco bluff. No creemos que la

<sup>24</sup> Una frase similar en G. JUKOV, *Vospominania i Razmyshlenia*, op. cit., pp. 383-384.

guerra pueda empezar mañana. Visiblemente, el proceso ha de durar todavía. Está claro que los alemanes tienen la intención de ejercer presión sobre nosotros con la esperanza de poder obtener las ventajas que Hitler necesita para continuar la guerra»<sup>25</sup>, a saber, las materias primas que Stalin le proporcionaba tan graciosamente. Pero para el Führer, el mejor medio de obtenerlas es apoderarse de ellas...

También el 12 de junio, el Buró del Comité Central del partido comunista de Bielorrusia se reunía con el general Pavlov, comandante del sector militar. Aludían a un inminente ataque alemán. El Primer secretario del PC bielorruso, Ponomarenko, transmitió sus informaciones a Stalin, que le telefoneó inmediatamente y durante cuarenta minutos le leyó una directriz prohibiéndole ceder a la provocación y proporcionar un pretexto para un ataque alemán. Para borrar el enojoso recuerdo de aquella extensa lección, dos semanas después, Stalin telefoneó a Ponomarenko, ya replegado desde Minsk sobre Mogilev: «Sabíamos que los alemanes se preparaban contra nosotros, pero no sabíamos cuándo iban a iniciar la guerra o dónde iban a efectuar la penetración»<sup>26</sup>.

El 13 de junio, Jukov y Timochenko piden a Stalin que ordene el despliegue de las tropas cerca de la frontera. Se niega y les invita irónicamente a que lean los periódicos del día siguiente: un comunicado de la agencia Tass afirma que las relaciones germano-soviéticas son absolutamente normales y justifica la concentración de divisiones de la Wehrmacht en la frontera: «Se puede pensar que el traslado de las tropas alemanas hacia las zonas septentrionales y orientales de Alemania durante esta última semana tiene como objeto llevar a cabo unas maniobras militares en los Balcanes y que esos movimientos han sido dictados por motivos ajenos a las relaciones germano-soviéticas»<sup>27</sup>. Si el «se puede pensar» es dubitativo, esta hipótesis de la dirección vale de certeza a unos cuadros militares inmunizados por las purgas contra cualquier pensamiento o iniciativa individuales y formados en una obediencia pasiva... A continuación de este comunicado soporífero, del que la prensa alemana no publicará ni una línea, numerosos comandantes de unidad vuelven

<sup>25</sup> G. GORODETSKY, *Le Grand Jeu de dupes*, op. cit., pp. 424-425.

<sup>26</sup> L. SPIRIN, «Stalin y la guerra», *Voprassy Istorii KPSS*, nº 5, 1990, p. 100.

<sup>27</sup> *Izvestia TB KPSS*, 14 de junio de 1941.

a sus casas por la noche y los soldados recomienzan a acostarse en paz. Goebbels anota en su diario una frase de Hitler: «El comunicado de Tass es la expresión del temor. Stalin comienza a temblar ante los acontecimientos que se avecinan»<sup>28</sup>.

En la noche del 14, Stalin llama al Politburó a Jukov y a Timochenko. Ambos generales llegan con sus mapas bajo el brazo. Jukov insiste en la necesidad de poner al ejército en estado de entrar en combate. Stalin, que pasea por la estancia, estalla: «¡Qué! ¿Habéis venido a atemorizarme enarbolando la guerra o queréis la guerra? ¿No tenéis bastantes condecoraciones y charreteras?». Jukov, confuso, balbucea, se calla y se sienta. Timochenko toma el relevo y afirma: si las tropas continúan en estas condiciones, la ofensiva alemana las arrollará. Stalin se sienta y se burla secamente: «Timochenko quiere prepararnos a todos para la guerra, habría que fusilarlo»; luego, volviéndose hacia los miembros del Politburó, añade: «Timochenko goza de buena salud, tiene la cabeza gorda pero claramente poco seso [...]. Alemania no se lanzará nunca sola a una guerra con Rusia». Se levanta, sale, vuelve a abrir la puerta y lanza: «Si irritáis a los alemanes en la frontera y ponéis en movimiento a los ejércitos sin mi permiso, entonces volarán cabezas, pensadlo», y cierra la puerta dejando a los dos jefes militares y al Politburó en medio de un silencio consternado<sup>29</sup>. Siempre seguro de que Alemania no se batirá en los dos frentes, al día siguiente martillea a Jukov y Timochenko: «¿Queréis decretar la movilización, poner inmediatamente en movimiento a las tropas hacia las fronteras occidentales? Pero ¿eso significa la guerra! ¿Lo entendéis vosotros dos, sí o no?»<sup>30</sup>. Jdanov, de acuerdo con él y en absoluto inquieto, se marcha a pasar unas tranquilas vacaciones en Sotchi.

El 16 de junio, el jefe de la primera dirección de la seguridad del Estado (la NKGB), Fitin; redacta un despacho sobre las informaciones proporcionadas por sus dos agentes en el Estado Mayor de la aviación y en el Ministerio de Industria en Berlín: ya están terminados los preparativos de la invasión alemana y el ataque puede producirse en cualquier momento; da el nombre de los altos funcionarios nazis encargados de la administración económica de los

<sup>28</sup> J. GOEBBELS, *Die Tagbücher: Sämtliche Fragmente*, Munich, 1987, t. 4, p. 696.

<sup>29</sup> G. GORODETSKY, *Le Grand Jeu de dupes, op. cit.*, p. 430.

<sup>30</sup> G. JUKOV, *Vospominania i Razmyshlenia, op. cit.*, p. 384.

territorios ocupados en la URSS, entre otros, los de las regiones de Moscú, Kiev y el Cáucaso. Merkulov, el comisario de la Seguridad del Estado, se lo transmite a Stalin, que anota furiosamente en el informe: «Podéis enviar al carajo a vuestra «fuente» del Estado Mayor de la aviación alemana. No es una fuente, sino una desinformación. I. St.»<sup>31</sup>. Aquel mismo día manda llamar a Fitin, le interroga sobre sus fuentes y luego le indica: «No se puede creer a ningún alemán excepto a Wilhelm Pieck. ¿Está claro? —Está claro, camarada Stalin. —Ve, comprueba todo eso; verifica una vez más esas informaciones y hazme un informe»<sup>32</sup>. Fitin no tendrá tiempo.

Incluso el embajador francés en Moscú, Gastón Bergery, avisa al embajador soviético en Francia, Bogomolov, que «Alemania está preparando la guerra contra la URSS»<sup>33</sup>. El 19 de junio, el oficial de las SS de la Gestapo, Willy Lehmann, agente de la NKVD, nombre de código Breitenbach, informa a su agente-jefe Juravlev, consejero de la embajada, que Alemania atacará a la URSS el 22 de junio a partir de las tres de la madrugada. Juravlev informa al residente de la NKVD Kobulov, que informa a Dekanozov, otro colaborador de Beria. Este envía a Stalin una nota el día 21, pero acusa a Dekanozov de sembrar el pánico, le amenaza con reducirlo a polvo y propone que lo llamen a Moscú<sup>34</sup>. ¿Está Beria tan ciego como para llegar a amenazar a uno de sus colaboradores más próximos, que más tarde será fusilado con él? Indudablemente no, pero, en esos días decisivos, el entorno de Stalin continúa con sus intrigas de corte oriental.

Tchadaiev, el jefe del servicio administrativo del Consejo de comisarios del pueblo, relata un incidente significativo que ocurre a finales de mayo después de la reunión del Buró del Consejo. Aquel día, envía a Stalin, para la firma, la relación de las decisiones que acaba de pasar a limpio. Stalin se sienta, toma el documento y lo lee. De repente, Beria se acerca a Tchadaiev, le ofrece una copa llena de coñac hasta el borde y le dice: «Hay que vaciar el vaso hasta el fondo a la salud del camarada Stalin». Tchadaiev protesta: no puede beber tanto y no soporta las bebidas fuertes. Todos los asistentes contemplan la escena, mientras Stalin continúa leyendo. Beria insis-

<sup>31</sup> *Izvestia Ts KPSS*, nº 4, 1990, p. 221.

<sup>32</sup> *Ibid.*, p. 222.

<sup>33</sup> Conversación del 15 de mayo en *Dokumenty Vnechniei polititiki*, op. cit., p. 687.

<sup>34</sup> *Pravda*, 13 de abril de 1991, y *Argumenty i Fakty*, nº 4, 1989.

te: «¡A la salud del camarada Stalin!». Tchadaiev permanece inmóvil. Stalin alza la cabeza y le observa fijamente, con los ojos entornados y sin decir palabra. Tchadaiev, nervioso, se apodera de la copa y exclama: «¡A tu salud, camarada Stalin!», la vacía lentamente, bajo las miradas expectantes de los demás, que siguen con los ojos la desaparición del líquido. Stalin alza de nuevo la mirada hacia Tchadaiev que, enrojecido, sudando, las piernas flojas y la espalda descompuesta por los picores que le produce el pavor, recoge el acta firmada y vuelve a su despacho donde se desmaya. Beria ha demostrado su devoción a Stalin...<sup>35</sup>.

El 20 de junio, un agente búlgaro anuncia el ataque alemán para el 21 o el 22. Richard Sorge, agente soviético infiltrado en la embajada alemana en el Japón, anuncia la ofensiva para el 22. Stalin se ríe: «El tal Sorge frecuenta demasiado los burdeles»<sup>36</sup>. En la mañana del 21 de junio, Dimitrov recibe un telegrama de Chu En-lai: Tchang Kai-shek anuncia la invasión de la URSS por Alemania para esa misma mañana<sup>37</sup>. Almuerzo con Molotov que afirma: la situación no está clara.

Un único dirigente escapa a la parálisis que Stalin ha impuesto a todos: el almirante Kuznetsov, comisario de Marina que, desde el 19 de junio, ha organizado un camuflaje sistemático de los barcos y su dispersión. Por medio de la directriz nº 1, en la tarde del 21 de junio pone la flota en estado de alerta y telefona su advertencia a los comandantes de la flota del Norte, del Báltico y de Sebastopol. La marina soviética, en la que Stalin se interesa escasamente, será así la única arma capaz de evitar un desastre al comienzo de la invasión. Al día siguiente de la guerra, Stalin hará que el almirante pague ese espíritu de iniciativa demasiado eficaz...

El 21 de junio, Stalin llega al Kremlin a las 18 h 30 y recibe a Molotov. Media hora después se reúnen con ellos Beria, Vorochilov, Voznessenski, Malenkov, Kuznetsov y Timóchenko. Le informan de que un desertor alemán ha anunciado el ataque para la mañana del día siguiente. Es un provocador, zanja Stalin. Timochenko le propone acelerar el movimiento de las tropas soviéticas hacia la frontera: «Es prematuro publicar esa directriz, pues quizá sea posible todavía

<sup>35</sup> G. KUMANIOV, *Riadom so Stalinym*, op. cit., pp. 386-387.

<sup>36</sup> Testimonio de Timochenko sobre la reacción de Stalin en *Riadom so Stalinym*, op. cit., p. 272.

<sup>37</sup> G. DIMITROV, *Dnevnik*, op. cit., p. 235.

resolver el problema por medios pacíficos»<sup>38</sup>. Poco antes de las 9 h llega Jukov con la propuesta de dirigir a los comandantes de los tres ejércitos implicados unas instrucciones que han de obedecer antes de la 2 h 30 de la mañana, una propuesta que Stalin avala; en ellas anuncian un posible ataque alemán, pero, conforme a la obsesión de Stalin, afirman confusamente que «puede ir precedida por una provocación». ¿Cómo contestar a ella? La directriz se limita a afirmar: «Nuestras fuerzas tienen la obligación de evitar cualquier provocación que pueda acarrear graves complicaciones»<sup>39</sup>. Ordena también –un poco tarde– dispersar y camuflar cuidadosamente todos los aviones estacionados en los aeródromos antes del alba del 22 de junio de 1941, a fin de evitar su destrucción masiva.

El general Kirponos informa a Stalin que un segundo desertor ha anunciado a los guardas fronterizos el ataque alemán para las cuatro de la madrugada. Stalin lo toma de nuevo por un provocador y se va a dormir a su dacha. El jefe de los servicios de información exterior se marcha también a la suya. El comisario de Seguridad, Merkulov, no está en su puesto...

¿Realmente quiso creer hasta el final que Hitler no atacaría antes de 1942? Así lo asegura el almirante Kuznetsov: «Stalin había dirigido la preparación de la guerra [...] basándose en unas lejanas demoras que él mismo había decidido»<sup>40</sup>. Jukov lo confirma: «Hasta el comienzo de la agresión a la Unión soviética, Stalin no abandonó sus esperanzas de diferir la guerra»<sup>41</sup>, persuadido hasta el final de que Hitler repetiría el escenario de la guerra de 1914, a saber, que presentaría un ultimátum para discutir, y que entonces llegaría el momento de decidir lo que había que hacer. De ahí, su terror pánico a unas «provocaciones» que permitirían a Hitler atacar sin demora. Cinco días después de la invasión, Molotov, haciendo eco a Stalin, explicaría a Stafford Cripps que el gobierno soviético no esperaba en absoluto «que la guerra comenzara sin unas discusiones previas o sin algún ultimátum»<sup>42</sup>. Hitler no había respetado las reglas del juego. Stalin, el emperador de la sospecha, se había dejado engañar con una increíble ingenuidad.

<sup>38</sup> G. JUKOV, *Vospominania i Razmychlenia*, op. cit., p. 387.

<sup>39</sup> *Ibid.*, p. 388.

<sup>40</sup> N. KUZNETSOV, «Antes de la guerra», art. cit., p. 162.

<sup>41</sup> G. JUKOV, *Vospominania i Razmychlenia*, op. cit., p. 368.

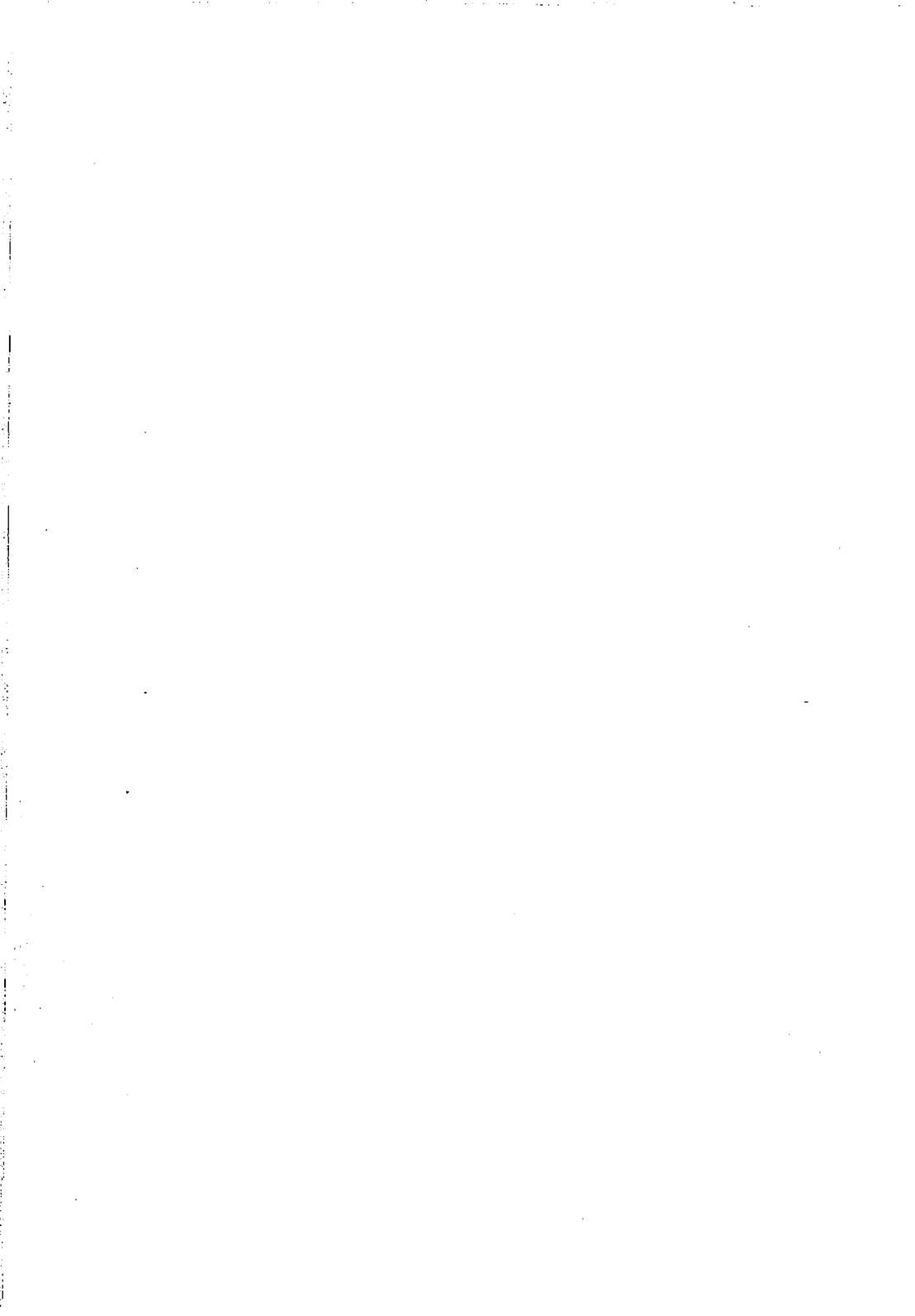
<sup>42</sup> G. GORODETSKY, *Le Grand Jeu de dupes*, op. cit., p. 449.



Las consecuencias de esa táctica fueron trágicas. A pesar de que el Ejército rojo contaba con 186 divisiones (sin sumar los guardias fronterizos y las tropas especiales de la NKVD), y el ejército alemán solamente con 153, este alinea 4.400.000 hombres bien preparados y bien dirigidos en los tres ejes elegidos por el Führer. Frente a ellos, el Ejército rojo no reagrupa a lo largo de la frontera más que a 3 millones de hombres mal preparados y mal dirigidos. En la víspera del asalto, el Ejército rojo dispone de un armamento superior: si es idéntico el número de cañones y de morteros en ambos ejércitos (39.000), el rojo alinea más de 9.000 aviones contra los 4.400 de la Luftwaffe y 11.000 tanques contra 4.000 panzer alemanes. Si los aviones alemanes son superiores y mejor la formación de sus pilotos, los tanques soviéticos equivalen a los alemanes. Pero, por culpa de la falta de preparación para el conflicto, al cabo de tres días de guerra no quedará nada de esta superioridad material.

El resultado del choque es inevitable: Henry Kissinger dice: «En la dirección de los asuntos internacionales, Stalin era el realista por excelencia, paciente, perspicaz e implacable, era el Richelieu de su época»<sup>43</sup>. Su conducta titubeante y su incapacidad para tomar una decisión clara y nítida en 1940-1941 abocan a una catástrofe que apenas justifica esos elogios.

<sup>43</sup> Citado en *Ibid.*, p. 538.



## Capítulo XXVI

### EL DESASTRE

A la una de la madrugada del 21 al 22, Vorochilov telefona al general Pavlov al mando del frente occidental y le pregunta: «Entonces, ¿cómo vais? ¿Está todo tranquilo?». Pavlov le informa de unos grandes movimientos de tropas alemanas. Timochenko le transmite las consignas de Stalin: «Cálmate y no te asustes: En todo caso, reúne mañana por la mañana a tu Estado Mayor; puede ser que ocurra cualquier cosa desagradable, pero no cedas a la menor provocación, y en caso de provocaciones aisladas, llámame»<sup>1</sup>. Pavlov pagará con la vida la obediencia a esas órdenes.

Dos horas y media después, la Luftwaffe bombardea las ciudades y los aeródromos de Bielorrusia y de Lituania, de donde no pueden despegar los aviones soviéticos por carecer de equipo de vuelo nocturno. Jukov, alertado, telefona al Kremlin. El general Vlassik, jefe de la guardia personal de Stalin, descuelga y responde: «Stalin está dormido» y luego, nervioso, despierta a su amo. Tres minutos después, Stalin contesta la llamada. Jukov le describe la situación. Stalin permanece mudo. Jukov no oye más que su pesada respiración: «¿Me has entendido?»<sup>2</sup>. Silencio de nuevo. Pide instrucciones. Stalin lo convoca con Timochenko al Kremlin donde se reúne el Politburó. A las cuatro y media de la madrugada, los dos jefes militares encuentran a un Stalin pálido, sentado detrás de su mesa y dando vueltas entre los dedos a la pipa vacía. Jukov le expone la situación y él pregunta si no se tratará de una «provocación de los generales

---

<sup>1</sup> D. PAVLOV, «Tragedia Zapadno fronta i igeo komandchego D H Pavlova (La tragedia del frente occidental y de su comandante en jefe Pavlov)», en *Neizvestnaia Rossia*, *op. cit.*, t. 2, p. 64.

<sup>2</sup> G. JUKOV, *Vospominania i Razmyshlenia*, *op. cit.*, t. 2, p. 9. Entre los cortes masivos efectuados en el texto publicado de las memorias de G. Jukov en 1969, la censura no solo había suprimido la «pesada respiración» de Stalin, sino también la frase aparentemente anodina que sigue al anuncio de los bombardeos alemanes: «¡Ha empezado la guerra!». Los censores parecen avalar la postura de Stalin que, después de los bombardeos, se aferraba todavía a la esperanza de un arreglo amistoso.

alemanes». Jukov replica: están bombardeando nuestras ciudades. Stalin insiste: «Si tuvieran que organizar una provocación, los generales alemanes bombardearían sus propias ciudades... Es patente que Hitler no sabe nada de esto». Manda a Molotov que telefonee a la embajada alemana. Jukov y Timochenko pretenden ordenar que las fuerzas soviéticas respondan al enemigo: «Esperemos el regreso de Molotov»<sup>3</sup>, responde Stalin.

Molotov recibe a Schulenburg a las 5 h 30. En un penoso intento por detener la ofensiva de la Wehrmacht, sostiene que no ha habido concentración alguna de tropas del Ejército rojo en la frontera con Alemania, y además, que el gobierno alemán nunca ha presentado reclamaciones al gobierno soviético. Schulenburg manifiesta su abatimiento ante la acción de su propio gobierno, obligado, dice, a tomar unas medidas militares en respuesta a la concentración de tropas soviéticas. Esta notificación verbal, suplica Molotov, ¿no es una declaración oficial de guerra! Schulenburg disipa esa última esperanza: la guerra ha comenzado.

Cuando Molotov vuelve a anunciarlo, Stalin, al que Mikoian —que ha llegado entretanto— encuentra abrumado y trastornado, repite varias veces: «Ese canalla de Ribbentrop me ha engañado»<sup>4</sup>, y luego se decide a pasar a los hechos. Aunque es el presidente del Consejo de los comisarios del pueblo, no estampa su nombre al pie de ninguna de las tres decisiones tomadas a toda prisa: Kalinin y Gorkin firman el decreto que instaura los tribunales militares; la proclamación de la ley marcial en los campamentos la firma Beria, y las directrices a los ejércitos las firman Timochenko, Jukov y Malenkov: las últimas ordenan a las tropas soviéticas «atacar con todas sus fuerzas a los ejércitos enemigos y aniquilarlos en los lugares en que hayan cruzado las fronteras soviéticas», pero «no atravesar la frontera alemana», y ordena a la aviación soviética, machacada, a «llevar sus acciones en el interior del territorio alemán hasta una distancia de 100 a 150 kilómetros», así como «a bombardear Koenisberg y Medel»<sup>5</sup>. Stalin deja recaer la responsabilidad de aquel alarde en los demás. Jukov tiene dificultades para entenderle y escribirá: «Clara-

<sup>3</sup> *Ibid.*, pp. 9-10 (todos los pasajes censurados bajo Breznev).

<sup>4</sup> G. KUMIANOV, *Riadom so Stalinym*, op. cit., p. 24.

<sup>5</sup> V. ZOLOTAREV y G. SEVASTIANOV (bajo la dirección de), *Velikaia Otechestvennai Voina 1941-1945 (La gran guerra patriótica de 1941 a 1945)*, Moscú, Nauka, 1998, t. 1: *Sourouye, Ispitaniia* (Las severas pruebas), pp. 130-131.

mente esperaba poder evitar la guerra»<sup>6</sup>. ¿Realmente creía Stalin, paralizado por el ataque de la Wehrmacht, que su pasividad haría retroceder a Hitler? ¿Seguía aferrado a proseguir, más allá de lo razonable, la política que llevaba a cabo desde hacía dos años y cuyo fracaso se negaba a reconocer? Aquel, a quien Pilniak llamaba «el hombre de la espalda rígida», jamás supo reaccionar ante un cambio brutal de la situación. Esa rigidez es la de todo el aparato que él encarna: el encargado de asuntos de la embajada soviética en París, Ivanov, lo experimentará a sus expensas. Llamado a Moscú en 1940, es detenido poco después por «actividades anti-alemanas». A raíz de su proceso, en septiembre de 1941, ese crimen le costará cinco años de Gulag.

Los militares y civiles reunidos en el Kremlin proponen a Stalin que se dirija por radio al pueblo: «Yo no tengo nada que decir al pueblo, gruñe. ¡Que hable Molotov!»<sup>7</sup>. ¿Cómo?, exclama el entorno. ¡El pueblo no comprenderá que, en un momento tan grave, el jefe del Estado y del Partido no se dirija al pueblo para invitarle a alzarse contra el invasor! Nada qué hacer. Stalin se escurre. Cuando, a las siete de la mañana, Dimitrov llega al Kremlin, lo encuentra tranquilo, firme y seguro de sí, a pesar de que se limita a declarar: «Nos han atacado sin presentar reclamación alguna, sin buscar negociaciones, nos han atacado cobardemente como si fueran bandidos»<sup>8</sup>. Enumera las ciudades bombardeadas y le informa que Rumanía y Finlandia se han unido a Hitler. Es la calma del abatimiento. Nadie piensa en organizar manifestaciones populares patrióticas.

Cuando, en 1947, Stalin reciba las pruebas de su biografía autorizada, corregirá con especial cuidado el capítulo once dedicado a la guerra, en el que insertará la cuarta parte de las 300 enmiendas totales. Ritualmente, los autores habían presentado el comienzo de la guerra como «una pérfida agresión contra la Unión soviética». Stalin concretará: «Alemania violó burdamente el pacto de no-agresión» y calificará el ataque de «inesperado»<sup>9</sup>. Nadie pudo preverlo y, por lo tanto, la sabiduría del Jefe quedaba intacta...

La guerra le coloca en una situación absolutamente nueva. Ab-sorto durante veinte años en las intrigas del aparato, está acostum-

<sup>6</sup> G. JUKOV, *Vospominania i Razmyshleniia*, op. cit., p. 10.

<sup>7</sup> G. KUMANTOV, *Riadom so Stalinyim*, op. cit., p. 25.

<sup>8</sup> G. DIMITROV, *Dnevnik*, op. cit., pp. 235-236.

<sup>9</sup> *Izvestia TsK KPSS*, n.º 9, 1990, p. 122.

brado a preparar lenta y minuciosamente sus golpes, a encerrar a sus adversarios en un estrecho tejido de manejos y provocaciones que exigen paciencia, astucia y tiempo. Y, de repente, se ve ante la sorpresa de una *Blitzkrieg* que exige reacciones rápidas, si no inmediatas. La experiencia de la guerra civil, de sus golpes de mano, de sus raids de caballería, de los levantamientos de campesinos armados con hoces, hachas y fusiles, no le sirve de nada. Durante meses se encuentra perdido, constantemente retrasado respecto a los acontecimientos, y compensa ese desfase con unos furiosos estallidos de rabia, con decisiones absurdas y con medidas brutales.

Reacciona ante la guerra y ante las primeras derrotas acumulando las medidas policíacas: durante las primeras semanas de la guerra, una oleada de condenas a muerte y de ejecuciones diezma las cárceles. Después de la proclamación de la ley marcial para los detenidos y los guardianes en los campos de trabajo, un decreto suspende la liberación de los detenidos que han cumplido sus condenas y los mantiene en el Gulag *sine die*, prohibiendo soltar a los condenados políticos antes del final de la guerra. El miedo invade al aparato. Los comandantes de los campos depuran de los elementos considerados sospechosos al personal y a la guardia, arrestan a los detenidos acusados de maniobras antisoviéticas, encargan urgentemente alambre de espino, suprimen la correspondencia y crean grupos especiales móviles armados con metralletas.

Incapaz de poder detener la ofensiva alemana, el 24 de junio Stalin manda detener al vicecomisario de Defensa Meretzkov, acusado de haber montado un complot «para entablar batalla contra Stalin». La NKVD incluye en ese complot a unos cuarenta jefes militares detenidos la víspera o al día siguiente de la invasión: a Vannikov, comisario de Armamento, al teniente general de aviación Smuchkievitch, ayudante del jefe del Estado Mayor general, el coronel Stern, jefe de la Dirección de las fuerzas antiaéreas, el teniente general de aviación Rytchagov, vicecomisario de Defensa, el coronel-general Loktionov, otro vicecomisario de Defensa y comandante de la zona militar del Báltico, a Savtchenko, jefe-adjunto de la Dirección principal de la artillería, a Sklizkov, jefe de sección de esta dirección, al teniente general Arjenujin, jefe de la Academia militar de Aviación, a Sakrier, jefe-adjunto de la Dirección de armamento de las fuerzas armadas del aire, etc. Tres de esos oficiales son miembros del Comité Central, cinco son diputados en el Soviet Supremo

y dos de ellos se cubrieron de gloria en España (Stern y Smuchkievitch, este último condecorado con la orden de Héroe de la Unión soviética por sus proezas). Algunos de ellos habían sucedido a los oficiales liquidados en 1937-1938.

No obstante, Stalin apreciaba a Smuchkievitch al que consideraba «recto, valiente y competente»<sup>10</sup>, y había ascendido al joven Rytchagov a la cabeza de las fuerzas aéreas. Pero, a lo largo del año 1940 y en la primavera de 1941, fue alertado de las graves deficiencias del motor M-63 con el que iban equipados la mayor parte de los cazas soviéticos. Su hijo Vasili, piloto de cazas, le había comunicado: «Ese motor no vale para los cazas». Pero nada cambió. ¿Indolencia, incompetencia, indiferencia? Quizá. En cualquier caso, la idea de «complot» resume, simplifica y diaboliza esos tres agravios. Rápidamente mandará liberar a unos quince acusados (en especial, a Meretzkov y a Vannikov), pero ordena fusilar sin juicio, el 28 de octubre, a los otros veinticinco, entre ellos Stern, Smuchkievitch y Rytchagov.

Esas medidas de orden interior no frenan la *Blitzkrieg* alemana. Las 153 divisiones de alemanes o de sus aliados han derribado el telón de 186 divisiones soviéticas alineadas en la frontera terrestre de 3.400 kilómetros y que cuentan con 1.400.000 hombres menos. La aviación alemana ha destruido los aviones soviéticos en tierra o en un tardío vuelo; solo en el frente oeste, el 22 de junio destruyó 738. Esa misma noche, al conocer la carnicería, el comandante de la aviación soviética, Koniets, veterano de España, se suicida.

La pasividad que Stalin mostró durante las primeras horas de la ofensiva se tradujo en una profunda desmoralización en las escalas inferiores. La ruptura casi total de las comunicaciones con las unidades del frente, en su mayor parte ya sin teléfono ni radio, cuyo uso, además, ignoran muchos oficiales, agrava dicha desmoralización. Dos días después de la invasión, los mandos del frente no tienen una comunicación regular con los mandos del ejército. Las divisiones y los cuerpos luchan aislados unos de otros en medio de una gigantesca desorganización. En una carta a Kalinin, una mujer describe la situación en su zona: «Miles de movilizados [...] van de un sitio a otro. No conocen su destino [...]. No tienen uniformes. El 20% de ellos están descalzos. No tienen armas». Y añade: «La disciplina es mala». En esas condiciones, lo contrario sería sorpren-

<sup>10</sup> *Iossiv Stalin v obitajaj semii, op. cit.*, p. 121.

dente. Y continúa, sarcástica: «Había muchos candidatos para dirimirnos, pero, para defendernos, ninguno...»<sup>11</sup>.

Timochenko, el comisario de Defensa, no puede tomar medidas, incluso de poca importancia, sin contar con Stalin, cuyo deseo de controlar y regir todo obstaculiza unas indispensables decisiones inmediatas; la lentitud de arriba engendra una parálisis total abajo. Así, el almirante Oktiabrski responde al general Rybalko, que le informa que la aviación alemana llega a Sebastopol: «Si despega uno solo de nuestros aviones, mañana por la mañana serás fusilado»<sup>12</sup>. En la madrugada del 22, Timochenko telefona al general Boldin en el frente: «Stalin ha prohibido que la artillería ataque a los alemanes»<sup>13</sup>. Ese mismo día, a las 2 h 30, Molotov, renunciando al empleo de la palabra «camaradas», arenga por radio a los «ciudadanos y ciudadanas» soviéticos.

Stalin se rehace por unos momentos. Una vez pasado el primer abatimiento, trabaja con energía, pero mostrando un extraordinario nerviosismo. El diario de sus secretarios atestigua una actividad febril en las horas que siguen al ataque alemán: el 22 de junio, mantiene 29 conversaciones con sus colaboradores; hasta final de mes, se reunirá casi a diario con aproximadamente unos treinta de estos. Ese ritmo se reanuda a partir del 1 de julio. Pero se trata de una actividad febril y poco eficaz. Tchadaiev, que le presenta a la firma los documentos del gobierno, observa sus rasgos tensos, las mejillas hundidas, el rostro pálido y la dicción vacilante, entrecortada en ocasiones por los espasmos.

Fiel a su política de los tiempos de paz, su dirección de las operaciones, basada en los resultados de una propaganda falaz, está marcada, hasta Stalingrado, por un irrealismo que costará al Ejército rojo millones de muertos y millones de prisioneros. El 23 de junio manda que el jefe del Estado Mayor firme la directriz n.º 3, modelo de un bluff suicida, que prevé un contraataque soviético generalizado para aniquilar al enemigo y penetrar en su territorio! Una directriz semejante solo podía agravar la desmoralización de los mandos de unidades entregados a su propio criterio. El Gran Cuartel general, presidido por Timochenko, se forma ese mismo día. A partir del 24 de

<sup>11</sup> D. VOLKOGONOV, *Staline, op. cit.*, p. 351.

<sup>12</sup> N. KUZNETSOV, *Oktiabr*, n.º 11, 1965, p. 168.

<sup>13</sup> I. BOLDIN, *Stranitsy žizni* (Páginas de mi vida), Moscú, 1961, citado por A. WERTH, *La Russie en guerre, op. cit.*, t. I, p. 129.



junio, Stalin crea prudentemente un comité de evacuación encargado de trasladar al este las empresas de la región fronteriza y de Leningrado. Aquel mismo día, Roosevelt manda desbloquear los haberes rusos congelados en los bancos americanos desde 1917.

Durante todo ese tiempo, la Wehrmacht penetra a paso de carga en los tres frentes. En el eje central hacia Moscú se produce la desbandada. Sin embargo, el Ejército rojo, cuyos efectivos son ligeramente superiores a los de la Wehrmacht (678.000 hombres frente a 635.000), aunque está en cierta inferioridad en lo que se refiere a morteros, cañones y aviones, dispone al principio de dos veces y media más carros de combate que la Wehrmacht (2.819... contra 810), pero las divisiones blindadas alemanas, más móviles, maniobran como en un desfile.

El verano de 1941 fue tórrido. En medio de los pantanos secos, ardían los bosques de Bielorrusia y las ciudades, bombardeadas; las tropas soviéticas, privadas de cobertura aérea, machacadas por la artillería y la aviación alemanas, ametralladas por los destacamentos motorizados, perseguidas por los carros, sin alimentos, sin agua, sin comunicación con el Estado Mayor, retrocedían enloquecidas bajo un sol de plomo entre nubes de humo, polvo y fuego. Decenas de miles de prisioneros se acumulaban al aire libre o en unos barracones en los que morían diariamente por centenares a causa del agotamiento, el hambre, la sed y las epidemias.

En el frente noroeste, la Wehrmacht alinea unas fuerzas dos veces superiores a las del Ejército rojo (655.000 hombres frente a 380.000); cuenta con, aproximadamente, el mismo número de tanques y aviones, pero posee una clara superioridad en armamento pesado (7.673 morteros y cañones frente a 4.938). Solo en el día 22 de junio, hace retroceder al Ejército rojo y avanza 60 kilómetros. Al primer choque, las divisiones lituanas asesinan a sus oficiales soviéticos, y echan a correr o se unen a la Wehrmacht. Muy pronto, las tropas soviéticas deambulan a ciegas, sin comunicaciones, privadas enseguida de municiones, hasta el punto de que una instrucción especial del 5 de julio, firmada por el general Vatutin, recomienda a los soldados anticarros que «una vez agotadas las granadas y las botellas llenas de mezcla inflamable, preparen unas bolas de arcilla fangosa y las arrojen por las aberturas de los carros blindados»<sup>14</sup>.

<sup>14</sup> *Velikaia, op. cit.*, pp. 154-155.

Pero las bolas de arcilla fangosa apenas frenan el avance de los panzer. La Wehrmacht ocupa Vilnius y Kaunas el 24 de junio, en la misma fecha que lo hizo Napoleón ciento treinta años antes. Los países bálticos caen en quince días; el 28 de junio, los alemanes están ya en Minsk; el 8 de julio ocupan Berdichev, el 11 Vitebsk y el 16 entran en los alrededores de Smolensko y de Kishinev. En seis semanas, la Wehrmacht ha hecho más de 700.000 prisioneros.

Idéntica tragedia se repite en el frente suroeste (Ucrania y Moldavia), a pesar de que el Ejército rojo dispone allí de 200.000 soldados más que la Wehrmacht (957.000 frente a 730.000), seis veces más tanques (¡4.783 frente a 799!), doble número de aviones (1.759 frente a 772) y ¡3.000 morteros y cañones de más! El GQG, es decir, Stalin, ordena a Kirponos, comandante del frente, que, desde entonces hasta el 24 de junio, pase a la ofensiva y se apodere de la ciudad de Lublin, a 120 kilómetros de la frontera, lo que exigiría un avance del Ejército rojo de 60 kilómetros diarios... El jefe del Estado Mayor general considera irrealizable esta orden y propone un ligero repliegue a la antigua línea fortificada de defensa. Kirponos, aterrado ante la idea de tener que transmitir a Stalin esta propuesta, le replica: «Una orden es una orden»<sup>15</sup>. Y el Ejército rojo se lanza a la ofensiva, pero retrocede, barrido por las divisiones de Von Kleist. A la vista del avance en filas cerradas de los carros alemanes, el pánico se apodera de las tropas soviéticas, que salen a escape abandonando en el terreno cañones y ametralladoras. Los fugitivos esquivan por los campos a los destacamentos especiales de contención dispuestos a detenerlos.

Jruschov, entonces en Kiev, nos ofrece una versión deprimente del comportamiento de Stalin a continuación de los primeros desastres. «Pensó que era el final [...]. Después de aquello, ya no dirigió —y durante mucho tiempo— las operaciones militares y cesó de hacer cualquier cosa. No reanudó la dirección activa hasta recibir la visita de algunos miembros del Politburó»<sup>16</sup>. Si su relato es exagerado, nos remite a una realidad: la caída de Minsk, capital de Bielorrusia, que se produce sin lucha el 28, da a la desbandada del Ejército rojo todo el aspecto de una completa derrota y cristaliza todos sus temores. La noche misma del 29, Stalin firma una directriz para todos los

<sup>15</sup> *Ibid.*, p. 156.

<sup>16</sup> B. LAZITCH, *Le rapport secret de Jruschov, op. cit.*, p. 109.

organismos del Partido y de los soviets de las provincias fronterizas, basada en un proyecto redactado por Molotov, Chtcherbakov y Mikoian que corrige minuciosamente. En aquella carta furiosa, presenta la lista (impresionante) de los territorios ocupados ya por los alemanes denunciando la amenaza mortal que se cierne sobre la URSS, sobre su sistema y sus riquezas, y luego fustiga la indolencia de «algunas organizaciones [...] y de sus dirigentes que no siempre han captado el sentido de esta amenaza, viven en un ambiente tranquilo y bonachón y no comprenden [...] que nuestra Patria se encuentra en un gran peligro»<sup>17</sup>. Es preciso reorganizar todo rápidamente en el aspecto bélico. Los responsables siempre son los demás, los cuadros y los militantes a los que hay que azotar, amenazar, castigar...

Aquel 29 de junio por la noche, Stalin, Molotov, Malenkov, Beria y Mikoian esperaron en vano las noticias de los ejércitos del frente oeste, con el que se habían roto las comunicaciones. Stalin telefonó a Timochenko, incapaz de proporcionarle la menor información. Furioso, envió a sus cuatro colaboradores al comisariado de Defensa e insultó a Timochenko, a Jukov y a sus ayudantes. Luego se derrumbó y murmuró: «Lenin nos había dejado una gran herencia y nosotros, sus herederos, hemos chapuceado todo», y salió, solo, a esconderse en su villa de Kuntsevo. «Se había roto cualquier lazo con él»<sup>18</sup>, escribe Mikoian. Sus lugartenientes telefonaron a la dacha; los criados les hicieron saber que no estaba enfermo, pero que se negaba a ponerse al teléfono.

Pues bien, no pueden decidir nada en su ausencia. Para resolver los problemas, Beria plantea al día siguiente la creación de un Comité de Estado para la defensa que concentre todos los poderes. Molotov propone ir a ver a Stalin aduciendo: «Se encuentra en tal estado de postración que nada le interesa, ha perdido la iniciativa, tiene una actitud penosa y no contesta al teléfono»<sup>19</sup>. Los seis miembros del Politburó (Molotov, Mikoian, Malenkov, Vorochilov, Beria y Voznessenski) se presentan en su casa y lo encuentran efectivamente postrado, desplomado en un sillón del pequeño come-

<sup>17</sup> *Izvestia, RTsK KPSS*, nº 6, 1991, p. 218, y *Velikaia, op. cit.*, t. 1, p. 500.

<sup>18</sup> G. KUMANIOV, *Ryadom so Stalinyim, op. cit.*, p. 29. El relato de Jruschov, establecido sobre la base de lo que le contaron los otros miembros del Politburó, es ciertamente más vago que el de Mikoian, más parecido.

<sup>19</sup> *Ibid.*, p. 30.

dor. Cuando ve entrar a los seis hombres se queda petrificado, hunde la cabeza entre los hombros y sus ojos expresan terror. «Seguramente había creído, dice Mikoian, que íbamos a detenerlo.» Esa hubiera sido la suerte que le habrían reservado unas personas independientes del sistema que había fundado, pero que, afortunadamente para él, había llenado de criados. Los mira y con voz sorda les pregunta: «¿A qué habéis venido?»<sup>20</sup>. La idea de proclamar un Comité de Estado para la defensa le vigoriza. El 30 de junio de 1941, se declara oficialmente creado ese organismo, presidido por él y compuesto además de por él mismo, por Molotov, Vorochilov, Malenkov y Beria.

Los frutos del sistema que él ha creado son amargos. Apenas llega a saber lo que realmente ocurre en el frente. Los oficiales, acostumbrados durante el Terror a escudarse con mentiras, tienen como primera preocupación la de protegerse de su cólera. Desde el sargento al general, todo el mundo disimula y miente para evitar el castigo. Así, a primeros de julio recibe un informe que presenta las pérdidas alemanas tres veces superiores a las soviéticas (¡1.664 aviones alemanes abatidos contra 889 soviéticos, 2.625 tanques alemanes destruidos contra 901 soviéticos!). La mentira, cuyo reino ha instaurado Stalin, se vuelve contra él.

Su parálisis inicial repercute de arriba abajo en el aparato del Partido, en el gobierno y en el ejército, que parece aquejado de estupor. El almirante Kuznetsov, uno de los pocos que ha escapado a esta inercia, describe las formas y analiza las situaciones: «Stalin decidía: a los otros no les quedaba más que aplicar sus decisiones. Así, las personas perdían el hábito de la iniciativa y aprendían a escuchar las indicaciones que les llegaban de arriba para obedecerlas sin reflexionar». Cuando Stalin se quedó paralizado, «su estado de ánimo se transmitió a su entorno, incapaz de tomar en mano las palancas de la dirección. No habían aprendido a actuar con independencia, solo sabían obedecer los deseos de Stalin, su superior. Esa fue la tragedia en aquellos momentos»<sup>21</sup>. El aparato militar ejecuta la decisión que acaba de recibir y espera la siguiente; su aparente actividad se desarrolla, pues, a golpes. En aquellos primeros días de la guerra, las consecuencias fueron catastróficas.

<sup>20</sup> *Ibid.*

<sup>21</sup> N. KUZNETSOV, ver *Oktiabr*, n.º 11, 1965, pp. 151 y 170.

Durante las primeras semanas de la guerra, incapaz de dominar su nerviosismo, manda a las divisiones de un lado al otro del frente en virtud de unas decisiones tomadas al azar y agobia a los comandantes del frente con directivas imposibles de aplicar. En principio, le obsesiona un afán: encontrar unos chivos expiatorios del fracaso inicial que dejen atónita a la población. El 30 de junio envía a cinco mariscales (Chapochnikov, Kulik, Vorochilov, Budionny y el mismo Timochenko) al frente oeste mandado por el general Pavlov, y nombra a Mejlis, el especialista en la caza a los «traidores», para el Consejo militar del frente. Si las derrotas se deben a los agentes del enemigo, Stalin gana en todos los sentidos: no es el responsable, y la represión de 1937-1938 parece justificada y al mismo tiempo inacabada. El 1 de julio cesa a Pavlov, lo convoca a Moscú, lo sustituye por Timochenko y luego lo envía de nuevo al frente.

Espera hasta el 3 de julio para pronunciar un discurso por radio que se ha hecho célebre a causa de la llamada a los «camaradas, ciudadanos, hermanos y hermanas, combatientes de nuestro ejército y de nuestra flota» con la que lo inicia. Nervioso, se interrumpe de vez en cuando para beber agua. Su voz baja y ronca articula las palabras, que desgrana con dificultad. Justifica el pacto germano-soviético que, durante año y medio, ha dado a la URSS la paz y la posibilidad de preparar la respuesta a un eventual ataque alemán. Miente sin decoro, pretendiendo que «las mejores unidades de su aviación han sido destruidas y han encontrado la muerte [...]. Las mejores divisiones del ejército fascista alemán han sido vencidas por el Ejército rojo». Desmintiendo involuntariamente estas afirmaciones, invita a la población a no dejar nada a los invasores en caso de una retirada forzosa del Ejército rojo: hay que llevárselo todo y destruir lo que no pueda ser evacuado, en primer lugar el trigo y el carburante. En las regiones ocupadas hay que formar destacamentos de partisanos y sabotadores, organizar la guerrilla, hacer saltar puentes y carreteras, sabotear las comunicaciones telefónicas y telegráficas, incendiar bosques, almacenes, convoyes... Ignorando su auténtica naturaleza, acusa al nazismo de querer «restaurar el zarismo»<sup>22</sup> en Rusia. Y lo repetirá el 6 de noviembre, después de cuatro meses y medio de matanzas de población civil,

<sup>22</sup> *Discours et ordres du jour du maréchal Staline*, ediciones France-URSS, 1945, p. 3.

de caza a los comunistas y a los judíos: «Fundamentalmente, el régimen hitleriano es una copia del régimen reaccionario de la Rusia de los zares»<sup>23</sup>.

Una piadosa tradición pretende que aquel discurso conmovió a las masas. Constantin Simonov, en *Los vivos y los muertos*, insiste en la fuerza dramática de su voz apagada, en el ritmo regular que emociona a los heridos de un hospital. Sergo, el hijo de Lominadzé, conserva un recuerdo muy distinto: «No había en su voz ninguna vibración metálica y empezó el discurso con unos sollozos ahogados (o «espasmos») y yo aún recuerdo un incomprensible temblor de los pies y el gluglú del agua cuando bebía»<sup>24</sup>. La prima de Pasternak, en Leningrado, guardaba un recuerdo aún más negativo. «El discurso de Stalin por la radio provocó una nueva oleada de odio. Todos decían que había sembrado el pánico, todos habían oído cómo le castañeteaban los dientes cuando bebía agua y recuperaba aliento [...]. Stalin era tan impopular que entonces su nombre dejó de usarse»<sup>25</sup>. El discurso solo pudo escucharse en las plazas públicas y en los patios de las fábricas equipados con altavoces. En efecto, el 9 de julio, por temor a la propaganda enemiga, la NKVD había exigido que todos los ciudadanos entregaran sus aparatos de radio, cuya conservación se había convertido en delito de traición, y había empezado a arramblar con ellos. El espionaje de Stalin se volvía así contra él mismo.

El 6 de julio, en un mensaje a Stalin adoptado por el Consejo militar, Mejlis afirma: una investigación ha «descubierto la actuación traidora» de Klimovskij, jefe del Estado Mayor del frente, de Taiurski, comandante de las fuerzas aéreas del frente, de Klitch, jefe de la artillería del frente, de Grigoriev, comandante de comunicaciones del frente, de Korobkov, comandante del IV ejército en plena desbandada, de Tchernyj, comandante de la 9ª división aérea, de Lazarenko, comandante de la 42 división de infantería, y del comandante del 14 cuerpo de carros blindados, Obotin, todos ellos responsables de la derrota. En cambio, Stalin felicita al Consejo militar: «El GQG aprueba vuestra decisión de detener a Klimovskij, Obotin, Taiurski y los otros, y celebra esas medidas como uno de los

<sup>23</sup> *Ibid.*, p. 10.

<sup>24</sup> S. LOMINADZE, «Deprisa y corriendo», *Novy Mir*, n° 8, 1998, p. 197; *Cahiers du mouvement ouvrier*, n° 13, abril 2001, p. 83.

<sup>25</sup> O. FREIDENBERG, «El lugar del ser humano», *Minuchee*, n° 3, 1992, p. 10.

medios de saneamiento del frente»<sup>26</sup>. Manda someter a juicio a todos ellos, con Pavlov, Grigoriev y Korobkov.

Los inspectores acusan a Pavlov de haber pertenecido, junto a Meretzkov y Stern (con los que se había reunido en España en 1937), al pretendido complot organizado por Tujatchevski y Uberevitch desde 1934. Pavlov se derrumba, confiesa, y luego se retracta de sus declaraciones. En el juicio no figura el complot. Pero la NKVD carga sobre Pavlov todos los errores de Stalin y del Estado Mayor. Pavlov se acusa: «En lugar de disponer las tropas en posición de salida desde finales de mayo [...], esperé las directrices del Estado Mayor, perdí el tiempo; luego mandé retrasar la concentración de las tropas y, en consecuencia, la guerra sorprendió a más de la mitad de las fuerzas en pleno despliegue hacia sus posiciones de partida»<sup>27</sup>. Por lo tanto, Pavlov es culpable de no haber desobedecido las órdenes del Estado Mayor dictadas por Stalin.

El 22 de julio, en el momento de escuchar el veredicto, se retracta a medias de su confesión. Ciertamente, afirma: «Yo me reconocí culpable de haber interpretado a mi manera las directrices del Estado Mayor y de no haber movilizado antes al ejército, es decir, antes del ataque enemigo». Pero en sus afirmaciones desliza una acusación apenas velada: «Yo sabía que el enemigo iba a atacar, pero desde Moscú me aseguraron que todo estaba en orden y me indicaron que estuviera tranquilo y no temiera. No puedo dar el nombre del que me lo dijo»<sup>28</sup>. Al designar de este modo a los auténticos culpables, Pavlov da a los jueces una segunda razón para su sentencia de muerte: sabe demasiado sobre los verdaderos culpables de la derrota.

Stalin abandona las acusaciones de complot y de traición, demasiado inquietantes en plena guerra: prefiere aterrorizar a los militares en sus puestos acusándolos de cobardía e incompetencia. Pero durante todo el transcurso de la contienda continuará enviando a Mejlis tras los pasos de los generales. Mejlis recorrerá así catorce frentes, sembrando por doquier el miedo, la sospecha y el desorden, pues el enviado personal de Stalin, sus ojos y sus oídos, e inclu-

<sup>26</sup> I. RUBSTOV, *Alter ego Stalina*, op. cit., p. 180.

<sup>27</sup> *Neizvestnaia Rossia*, op. cit., t. 2, p. 88.

<sup>28</sup> *Ibid.*, p. 97. En su último discurso se atreve incluso a afirmar: «a pesar de que desde Moscú se me aseguraba que todo estaba en calma, yo di orden a los comandantes de los ejércitos de que tuvieran a las tropas preparadas para el combate», *ibid.*, p. 101. La acusación de Moscú es, evidentemente, la acusación a Stalin. Sin duda, Pavlov se resolvió a hacerla porque sabía que iba a morir.

so cuando no la avala, su histeria delatora, complacen al Guía. Nadie está a salvo con Mejlis, mientras que Malenkov, un buen y fiel ejecutor, nunca toma la iniciativa de acosar a los generales: ¡es preciso hostigarlo para que actúe con rigor!

Todos los oficiales se enteran de la condena a muerte, no hecha pública, de los cuatro generales del frente oeste. Stalin ni siquiera estudia los documentos del tribunal, que llevan las únicas firmas de Molotov y Malenkov. Dichos generales, acusados de «cobardía, inacción y temor»<sup>29</sup>, son fusilados el 22 de julio. Después de los míticos saboteadores que expiaban los tartamudeos de una industrialización colectiva acelerada, los también míticos cobardes explican y expían los tropiezos de Stalin. Pavlov es el más conocido de la larga lista de generales fusilados por orden suya. En julio, Stalin manda fusilar al comandante general Galaktionov, comandante de la 30 división de infantería del IX ejército del frente sur, y al teniente general Klitch, jefe de la artillería del frente oeste. Antes del 22 de junio no hay establecido plan alguno de transporte de las tropas de reserva, y en las sobrecargadas líneas de ferrocarril reina el caos; en la canícula, regimientos enteros se arrastran por las vías obstruidas o por las vías muertas. Stalin y Kaganovitch, comisario de Transportes ferroviarios, acusan de traición al jefe de la Dirección de comunicaciones militares del ejército, el teniente general Trubetskoi, que es condenado a muerte sobre la marcha y fusilado. A finales de octubre, otros trece oficiales superiores sufren la misma suerte, entre ellos el general de división Volodin, jefe del Estado Mayor de las fuerzas aéreas y, como hemos visto, su ayudante Smuchkevitch y el teniente general Rytchagov, jefe de la Dirección principal de las fuerzas aéreas. Enfurecido por el fulgurante avance alemán hacia Leningrado, Stalin destituye a Vorochilov, y en septiembre manda fusilar al general de división Gontcharov, comandante de la artillería del XXXIV ejército del frente noroeste, y luego, en octubre, a otros dos oficiales de ese frente.

También en este punto, su comportamiento y el de Hitler, que el 19 de diciembre tomará el mando real del ejército alemán, son semejantes. El antiguo cabo no tiene más formación militar que el antiguo licenciado. Ambos autodidactas experimentan la misma antipatía por los «especialistas», y la aversión nazi por la «pretendida

<sup>29</sup> *Nezvestnaia Rossia, op. cit.*, p. 111.



intelligentzia» coincide con el rechazo estalinista hacia los «especialistas burgueses». Los dos aspiran a rodearse de generales que reconozcan en ellos al mayor capitán de todos los tiempos. Gert Buchheit escribe: «Hitler cambiaba a los mandos de grupo del ejército o a los mandos del ejército como se cambia de criados, sin ningún miramiento por el trastorno que su conducta causaba en las operaciones»<sup>30</sup>. Sin embargo, Hitler no fusilaba a sus generales, sino que los destituía por las buenas: Rundstedt, Guderian, Geyer, Förster, Hoepner, Harpe, Halder, Reinhardt, Liste y muchos otros. En el peor de los casos, hará encerrar cinco meses en un castillo al general Heim. Hitler y Stalin se niegan a admitir cualquier tipo de retirada, incluso si es estratégica; ambos exigen que sus tropas se aferren, cueste lo que cueste, al terreno que ocupan; se inmiscuyen en la dirección de las operaciones cuyo curso suelen modificar a través de unas decisiones intempestivas que no explican a los ejecutores. En 1944, Hitler reaccionará ante el avance del Ejército rojo lo mismo que Stalin durante la entrada de la Wehrmacht en la URSS: con la prohibición de que las tropas retrocedan y con la táctica de tierra quemada. Ambos consideran superfluo informar a los jefes militares de sus objetivos políticos, y compensan su incompetencia con una fiebre que los empuja a llevar a cabo sin demora las operaciones decididas.

A lo largo de la contienda, ninguno de los dos pasará revista a las tropas en el frente, ni visitará un hospital militar o una ciudad bombardeada. Elaboran su estrategia en los despachos, se niegan a admitir que el fracaso o la pérdida de una batalla se deba a un error táctico o estratégico del que son responsables, y siempre están en busca de chivos expiatorios. El pueblo —vivo, herido o combatiente— no les interesa. No obstante, entre ellos hay una diferencia: en Stalin, esos rasgos parecen atenuarse con el transcurso de los meses, sobre todo después de Stalingrado, mientras que se acentúan en Hitler a lo largo de las dificultades y, posteriormente, de las derrotas.

Estas semejanzas no son fruto del azar. Expresan una similitud de las situaciones: ambos se encuentran bajo la máscara de un socialismo nacional, en la cumbre de un aparato parasitario, voraz, autoritario, arrogante, de tipo mafioso, cuyos rasgos se encarnan en el amo supremo. Por supuesto, Hitler y su aparato nazi son más ruidosos y alborotadores, Stalin y su aparato, más hipócritas y disimula-

<sup>30</sup> G. BUCHHEIT, *Hitler, chef de guerre*, *op. cit.*, p. 212.

dos. Pero uno y otro, el estalinista y el hitleriano, se parecen como hermanos, y sus jefes, a pesar de las diferencias, tienen un comportamiento semejante ante la prueba decisiva de la guerra.

Un informe para Stalin del primer secretario del PC de Bielorrusia, Ponomarenko, demuestra la amplitud de la desmoralización. En los primeros bombardeos, las columnas de soldados se dispersan, abandonan las armas y se refugian en los bosques o vuelven a sus casas: «Todos los bosques de las regiones próximas al frente están llenos de esos fugitivos». Insiste en lo absurdo de las medidas adoptadas: por toda la República de Bielorrusia han movilizado a dos millones de hombres y de mujeres para cavar unas enormes trincheras anticarros absolutamente inútiles: los carros blindados alemanes se han abalanzado a las carreteras que no estaban minadas. Las unidades del Ejército rojo apenas utilizan las comunicaciones por radio, los traslados se hacen a pie y la lentitud de movimientos de los soldados soviéticos, agotados por las largas marchas, contrasta con la movilidad, rapidez y lozanía de las unidades de la Wehrmacht que se trasladan en camiones. Por prudencia política, Ponomarenko termina insistiendo en la desmoralización que invade... al ejército alemán<sup>31</sup>.

En el suroeste, los tanques de von Kleist avanzan ¡10 kilómetros en dos días!, el 9 y el 10 de julio. En Kiev, un descompuesto Juschov propone a Stalin que lleve a cabo sus directrices del 3 de julio, y que destruya todo en un radio de 100 a 150 kilómetros por detrás del enemigo. La inmediata llamada al orden de Stalin demuestra que este subestima la amplitud de la catástrofe que se avecina, pero quiere evitar que unas poblaciones hambrientas a causa de la destrucción sistemática de las cosechas y del ganado se arrojen en brazos de la Wehrmacht. Y explica a Juschov: tus propuestas contradicen mis discursos y podrían «desmoralizar a la población, provocar su descontento frente al poder soviético, desorganizar la retaguardia del Ejército rojo y suscitar en la tropa, así como en la población, la creencia en una retirada obligatoria cuando hemos decidido resistir al enemigo». Ordena que, en caso de retirada, se traslade a la población, con el ganado, el trigo, los tractores y la maquinaria, a un radio de 70 kilómetros por detrás del frente, y se destruya todo

<sup>31</sup> *Izvestia TsK KPSS*, nº 10, 1990, pp. 208, 210 y 212. El informe fechado el 3 de septiembre describe la situación que se creó desde el principio de la guerra.

lo que no sea transportable, «excepto la volatería, el ganado pequeño y cualquier avituallamiento necesario a la población que se quede en el lugar». Prohíbe hacer volar las centrales eléctricas, las fábricas y las conducciones de agua, pero manda inutilizar las dos primeras y, una vez que las tropas se hayan reagrupado en la izquierda del Dnieper (un hecho que ahora parece considerar como indiscutible), hacer saltar los puentes<sup>32</sup>. Sin embargo, unas semanas después hará suyas las propuestas de Jruschov.

En la Unión soviética, los nazis llevan a cabo una auténtica guerra de exterminio. El 13 de julio, Himmler pronuncia un discurso ante una división SS en Szczecin, en el que describe a los eslavos como «un pueblo [...] cuyo físico es tal, que se le puede matar sin sentir piedad ni compasión». Da un matiz ideológico a esta llamada a la matanza: «Toda esa gente ha sido amalgamada por los judíos en una sola religión, una misma ideología llamada bolchevismo»<sup>33</sup>. Dos semanas después, Hitler, que desea transformar Crimea en una Riviera germánica para uso exclusivo de la «raza superior», afirma durante una comida: «Los ucranianos son tan haraganes como los rusos [...]. Es mejor no enseñarles a leer». Y rinde homenaje a su rival: «Stalin es uno de los hombres más grandes en vida, porque ha conseguido, aunque solamente gracias a duras coacciones, forjar un Estado a partir de una familia de conejos»<sup>34</sup>. El dignatario nazi Koepfen comparte esta admiración; para demostrar la estima que siente por Erich Koch, antiguo *Gauleiter* de Prusia Oriental, nombrado *Gauleiter* de la Ucrania ocupada, transformada en comisariado del Reich, lo califica de «segundo Stalin».

El 8 de septiembre de 1941, el Estado Mayor de la Wehrmacht publica un reglamento que estipula que el «soldado bolchevique», adoctrinado contra el nazismo, «ha perdido el derecho a ser tratado como un soldado honrado según la convención de Ginebra»<sup>35</sup>. Además, explica más tarde el general Keitel, jefe de Estado Mayor, «en los países de referencia la vida humana no tiene ningún valor»<sup>36</sup>.

<sup>32</sup> Texto de Jruschov sobre «las modalidades de la evacuación y sobre la destrucción de bienes» (9 de julio) y respuesta de Stalin (10 de julio), *Izvestia TsK KPSS*, n.º 7, 1990, pp. 206-207, y *Istochnik*, n.º 2, 1995, p. 113.

<sup>33</sup> G. H. STEIN, *Les Waffen SS*, París, 1966, p. 143.

<sup>34</sup> W. KOSYK, *L'Allemagne national-socialiste et l'Ukraine*, París, P.E.E., 1986, p. 167.

<sup>35</sup> Reglamento referente al trato dado a los prisioneros de guerra soviéticos, anexo n.º 83 de KOSYK, *L'Allemagne national-socialiste et l'Ukraine*, op. cit., p. 536.

<sup>36</sup> Orden de Keitel sobre las medidas extremas que hay que tomar contra la Resistencia, anexo n.º 90 de KOSYK, *L'Allemagne national-socialiste et l'Ukraine*, op. cit., p. 540.

Así, incluso en Ucrania, donde miles de campesinos supervivientes del hambre mortal de 1932-1933 acogieron a soldados alemanes ofreciéndoles pan, leche, fruta e incluso flores, el odio al invasor creció rápidamente y muy pronto superó al que había provocado la NKVD. No era todavía un factor militar, pero lo fue al año siguiente.

El 15 de julio, la Wehrmacht llegaba a las puertas de Smolensko, la última ciudad importante antes de Moscú, a 600 kilómetros al este de la frontera... 24 de las 44 divisiones soviéticas del frente oeste habían sido completamente aniquiladas, las otras 20 habían perdido de un 30 a un 90% de los hombres: en total, más de 340.000 soldados habían caído, y 4.799 tanques, 9.427 cañones y morteros, y 1.777 aviones fueron destruidos o cayeron en manos de los alemanes. El 16 de julio, la Wehrmacht ocupaba el sur de Smolensko cuya caída parecía inminente. Stalin, fuera de sí, convoca al Estado Mayor y a Jukov, y los insulta. Era lo que Jukov llamaba «soportar todo el peso de la cólera estalinista». Acusa al nuevo comandante del frente oeste de considerar frívolamente la rendición de Smolensko y de mostrarse favorable a la evacuación, crimen que roza la traición; ordena «a) romper con mano de hierro tales disposiciones que deshonoran la bandera del Ejército rojo, b) no entregar en ningún caso Smolensko al enemigo»<sup>37</sup>. Como en algunos suburbios se libran todavía unas batallas encarnizadas, a Stalin se le ocurre la loca idea de pasar al contraataque. Cuando la casi totalidad de la ciudad está en manos del enemigo, prohíbe que el Buró soviético de información transmita la noticia.

El 20 de julio declara por teléfono a Timochenko: «Creo que ha llegado el momento de que pasemos de los métodos ruines a acciones de envergadura», y le da la orden utópica de rodear y aniquilar al enemigo en la zona de Smolensko y de «recuperar la ciudad a cualquier precio»<sup>38</sup>. Las tropas que combaten alrededor de la ciudad son inferiores en número y algunas ya están rodeadas. Timochenko reúne todas las fuerzas disponibles con algunas decenas de cañones, tanques y aviones. El contraataque, llevado a cabo sin cobertura aérea y con una artillería desfalleciente, apenas es capaz de frenar el ataque de las tropas alemanas.

La continua retirada del Ejército rojo provoca el pánico, la deserción y la automutilación en sus filas. Al día 20 de julio, las tropas

<sup>37</sup> G. JUKOV, *Vospominania i Razmychlenia*, op. cit., p. 64.

<sup>38</sup> *Istoricheski Arjiv*, nº 1, 1993, p. 46.

especiales de la NKVD en el frente oeste han detenido a 103.876 fugitivos, en su mayoría devueltos al combate. A pesar de estar castigadas con la muerte, se multiplican las mutilaciones voluntarias de los soldados.

Angustiado por las derrotas en cascada, a finales de julio, Stalin ruega al embajador de Bulgaria en Moscú, Stamenov, un antiguo agente de la NKVD, que transmita a Hitler, por intermedio del rey de Bulgaria, una propuesta de paz inmediata a cambio de la cesión a Alemania de los países bálticos, Moldavia, parte de Ucrania y de Bielorrusia. Sudoplatov pretenderá que se trataba de una maniobra de desinformación, omitiendo el hecho de que había sido contemplada. ¿A Alemania? Pero ¿para qué? A la velocidad con que avanzaba entonces la Wehrmacht, Hitler no podía tener el menor interés por recibir la cuarta parte o la mitad de lo que esperaba conquistar unas semanas después. ¿A Inglaterra y a Estados Unidos, para invitarles a ceder a las insistentes peticiones de Stalin que sugieren la eventualidad, catastrófica para Londres, de una paz por separado? Pero ¿por qué ese rey Boris, pro-alemán, aceptaría informar a Londres o a Washington? Según Sudoplatov, finalmente, Stamenov omitió el hecho de dar a conocer aquella propuesta al rey. Pero ¿cómo creer que un antiguo agente de la NKVD, cuya mujer está empleada en Moscú, habría podido dejar de obedecer una orden de Beria? Si Hitler fue informado de esta propuesta, no contestó.

El 14 de julio a las 15 h 15, la Wehrmacht recibe el primer disparo de una pieza de artillería, llamada a la gloria, que envía dieciséis proyectiles al mismo tiempo: los soldados soviéticos la llaman cariñosamente «Katiucha», y los soldados alemanes, «el órgano de Stalin». El 19 de julio, Stalin se nombra a sí mismo comisario del pueblo de Defensa, y el 8 de agosto, jefe supremo del GQG, rebautizado a partir del 10 de julio como Cuartel General supremo del mando. Esas dos funciones, no hechas públicas, se añaden a las de Secretario general, presidente del Consejo de comisarios del pueblo y presidente del Comité de defensa. Como jefe supremo de los ejércitos hasta el final de la guerra, concentra así en sus manos todos los poderes de decisión política y militar. En agosto crea unos representantes del Gran Cuartel General que se despliegan por los frentes, encargados de enviarle a diario un solo ejemplar de sus informes manuscritos dirigidos al secretario de Stalin, Poskrebychev, sobre el estado de preparación de las operaciones, su desarrollo y sus resul-

tados. Cualquier incumplimiento hace que, al día siguiente, el interesado reciba una llamada de Stalin: «¿Qué te pasa? ¿Hoy no tienes nada que informar?»<sup>39</sup>. Continúa viva su obsesión por el informe, el papeleo, incluso en esos días en los que todo parece desmoronarse.

La sensación de su incapacidad para detener la desbandada le hace caer en un permanente estado de irritación exacerbada. Al principio, trata a los generales como a los miembros del Politburó, con desenvoltura y brutalidad; en suma, se conduce con los generales como con el aparato del Partido, multiplicando las decisiones amenazadoras para alcanzar unos objetivos irrealizables. Lo comprueba todo y telefonea diariamente a los mandos del frente, a los mandos del ejército y de los cuerpos del ejército, incluso de los regimientos, para informarse o dictar sus órdenes por encima del Estado Mayor y del Gran Cuartel General a los que deja al margen. De este modo agrava el desorden. Después de cinco o seis semanas de desconcierto comprende que no puede continuar así. Y entonces establece una regla: el Estado Mayor le entregará dos informes diarios sobre la situación y sus cambios. Desde ese momento llevará la iniciativa de los planes de operación, que serán discutidos con el jefe de Estado Mayor y su ayudante, concretados con los mandos del frente y revisados y estudiados por él en su versión definitiva.

No por eso se tranquiliza. En varias ocasiones, Jukov recuerda sus cóleras homéricas y los sarcasmos con los que colma a los generales y al Estado Mayor. Por ejemplo, el 9 de agosto manda que Malenkov lea por teléfono un mensaje furioso y sarcástico dirigido a Tiulenev, comandante del frente sur, acusándole de haber perdido «estúpida y vergonzosamente dos ejércitos completos»<sup>40</sup> rodeados por la Wehrmacht y cuyo cerco lograrán romper unos quince mil hombres agotados y harapientos. Una semana después, el 16, Dimitrov asiste a la andanada que administra a Jruschov. A mediodía, una alerta aérea obliga a Stalin a refugiarse en el sótano del Kremlin. Furioso, telefonea a Jruschov en Ucrania, se burla de los paseos de Vorochilov por el frente, y de Budionny, que «se cree un gran capitán y no hace nada»; luego, colma a Jruschov de reproches y amenazas, le recuerda todos sus cargos y vocifera: «¿No te da vergüenza? Te portas como un burgués. ¿Qué es lo que eres? Has en-

<sup>39</sup> G. JUKOV, *Vospominania i Razmyshlenia*, op. cit., p. 87.

<sup>40</sup> *Izvestia TSK, KPSS*, nº 9, 1990, pp. 200-201.

trégado la mitad de Ucrania y te dispones a entregar la otra mitad, ¡Qué vergüenza! ¿Qué medidas has tomado? ¿Por qué te callas? [...] No dejes que de ningún modo los alemanes pongan un pie en la orilla izquierda del Dnieper. Haz lo que sea necesario. De lo contrario, y te lo digo serenamente, te arreglaré las cuentas»<sup>41</sup>. Quince días después, convoca a Jukov y a Timochenko. Insiste en que este es el responsable del fracaso de Smolensko y decide destituirlo y reemplazarlo por Jukov, que pretende que entonces defendió a Timochenko, afirmando que su destitución era «injusta e irracional», y criticando «el frecuente cambio de mandos en el frente [...] que tenía una influencia perjudicial en el curso de las operaciones»<sup>42</sup>. Stalin no pronuncia ni una palabra.

Su irritabilidad se demuestra sobre todo ante la mala o ninguna solución de los pequeños detalles. Los generales aprenderán enseguida a descifrar los signos precursores de su furor: cuando Stalin se saca la pipa de la boca y la deja sobre una mesa o un escritorio, dice Jukov, significa que ha perdido su control y su sangre fría<sup>43</sup>. Apenas mira a las víctimas de su cólera, de las que desvía la vista. Además, suele dirigirse a los distintos interlocutores como si prosiguiera una conversación interrumpida recientemente con ellos o con otros, dejándoles el cuidado de recuperar el hilo.

A partir de esos momentos observa un ritmo de vida que durará hasta el final de la guerra: jornadas de 14 a 16, incluso a veces 18 horas de trabajo, en horarios muy variables. Su día puede comenzar a las ocho de la mañana o a las cuatro de la tarde y terminar, por lo tanto, al comienzo o a mitad de la noche. No le gusta que duerman los otros mientras él está despierto. Una noche, llama por teléfono a Jrulev, responsable del «frente» de la retaguardia, que descuelga el teléfono: «¿Por qué no estás durmiendo?», le pregunta Stalin. —Perdona, responde su interlocutor, si me llamas es porque crees que no debo dormir»<sup>44</sup>. Stalin no contesta. Jrulev ha aprobado el examen.

Al concentrarse en las cuestiones militares y diplomáticas le queda menos tiempo para la política interior y para el control de la vida intelectual que el que les dedicaba anteriormente y en los que in-

<sup>41</sup> G. DIMITROV, *Dnevnik*, op. cit., p. 246.

<sup>42</sup> G. JUKOV, *Vospominania i Razmyshlenia*, op. cit., p. 68.

<sup>43</sup> *Ibid.*, p. 67.

<sup>44</sup> G. KUMIANOV, *Riadom so Stalinym*, op. cit., p. 345.

vertirá gran parte después de la guerra. Confía a Chtcherbakov —un burócrata puntilloso, borracho y obtuso, presidente del Buró soviético de información— el control cotidiano de los intelectuales, pero sin descargarlo en él completamente. Así, durante la guerra sigue de cerca la concesión del premio Stalin de literatura y de arte y lee las obras presentadas.

Desde el comienzo de la guerra, Stalin se vuelve hacia las democracias. El 26 de julio, el congreso americano anula la aplicación a la URSS de la *Neutrality Act*, que prohibía al gobierno americano la venta de armas a países totalitarios. A partir de entonces, la URSS está autorizada a comprarlas en los Estados Unidos contra un pago inmediato, según el principio *cash and carry*. Washington no vende a crédito. Roosevelt envía a Moscú a su consejero Harry Hopkins, al que Stalin recibe durante largo tiempo los días 29 y 30 de julio y el 1 de agosto. Ambos esbozan las primeras líneas de una división del trabajo que perdurará hasta el verano de 1944: los Estados Unidos proporcionarán el material para combatir a Hitler, la URSS los hombres, Estados Unidos los cañones, la URSS la carne de cañón, esa carne humana de la que es tan rica y Stalin tan pródigo. Las condiciones americanas son draconianas. Hopkins declara a Stalin: «Las decisiones sobre el suministro a la Unión soviética a largo plazo no podrán adoptarse más que si nuestro gobierno está plenamente informado al mismo tiempo de la situación militar (tipo de armamento, cantidad y calidad) y del estado del potencial industrial soviético, así como de los recursos en materias primas»<sup>45</sup>, a expensas, pues, de un control de la economía soviética por parte de los Estados Unidos. Estos y Gran Bretaña no entregarán material pesado a la Unión soviética más que después de la celebración de una conferencia tripartita encargada de examinar en común «los intereses estratégicos de los respectivos frentes militares así como los intereses de cada uno de nuestros Estados».

Como un símbolo de la derrota, el hijo de Stalin, Yakov Djugachvili, capitán de una brigada de artillería, caía en manos de la Wehrmacht el 16 de julio. Su brigada fue rodeada y los soldados huieron y lo abandonaron. Yakov se unió a un grupo de fugitivos que tiraban sus uniformes y vestían ropas campesinas y los imitó. Los

<sup>45</sup> R. SHERWOOD, *Roosevelt and Hopkins*, op. cit., t. 1, pp. 543-544.



alemanes lo detuvieron vestido de mujik, y dos oficiales le interrogaron extensamente. En 1945, el Ejército rojo encontrará el acta conservada en el Ministerio de Aviación. El 31 de enero de 1946, Merkulov, jefe de la NKVD, entrega a Stalin ese documento abrumador sobre la desmoralización de su hijo mayor, que habla abundantemente a pesar de no ser amenazado ni torturado... ¿Por qué los habían rodeado con tanta facilidad? «Yo no llevaba mapas», responde ante el estupor de los alemanes. «Generalmente, no tenemos mapas [...] Entre nosotros, todo se hace a lo loco, en medio del desorden [...], la organización era caótica en general [...], reinaba una confusión total [...], los mandos eran absolutamente incapaces, porque habían estado internados en los campos de trabajo durante tres años completos [...]. Nuestras tropas están bien equipadas pero no saben servirse de su armamento». Los alemanes le piden que explique el odio general de los comisarios, sobre todo a los judíos, a los que la gente considera como una desgracia nacional. A pesar de estar casado con una joven judía, expone todos los tópicos del antisemitismo: «Los judíos y los gitanos se parecen, no quieren trabajar. Desde su punto de vista, lo importante es el comercio. Algunos judíos que viven entre nosotros dicen que en Alemania estarían mejor porque allí les permiten comerciar [...]. Entre nosotros lo tienen prohibido [...], el [judío] no quiere trabajar, no sabe; o vive del comercio o quiere hacerse ingeniero, pero no quiere ser obrero, ni técnico ni campesino, por eso no se les respeta [...]. Los judíos no saben, no quieren trabajar»<sup>46</sup>.

Los nazis alojan a Yakov Djugachvili en un hotel de Berlín. Entonces, Stalin manda detener a su mujer, Iulia Meltzer, y abrir una investigación sobre su responsabilidad en la rendición de su marido. La aviación nazi deja caer sobre las tropas soviéticas unos panfletos en los que aparece una fotografía de Yakov conversando con dos oficiales alemanes, además de una llamada a la desertión: «Para asustaros, los comisarios os mienten diciendo que los alemanes maltratan a los prisioneros. El propio hijo de Stalin os demuestra con su ejemplo que es falso. Se ha entregado porque de ahora en adelante cualquier resistencia al ejército alemán es inútil»<sup>47</sup>. Stalin gruñe: Es una vergüenza imborrable. En diciembre, Yakov es traslada-

<sup>46</sup> *Iossiv Stalin v obiatraj semii, op. cit.*, pp. 74 y 80-81.

<sup>47</sup> D. VOLKOGONOV, *Staline, op. cit.*, p. 349.

do al oflag (campo para oficiales) de Hamburgo y después, en marzo de 1942, a un oflag de oficiales polacos cerca de Lübeck.

Al día siguiente de la captura, Stalin refuerza las medidas represivas en el frente. Transforma la 3ª dirección de la NKVD en Dirección de secciones especiales encargadas de «combatir el espionaje y la traición en las unidades del Ejército rojo y de liquidar la desertión en el sector fronterizo», y autorizadas a arrestar a los desertores y a fusilarlos en el acto si es necesario. A pesar de esas amenazas, el Ejército rojo continúa retrocediendo, y Stalin tomará nuevas medidas represivas. Una breve orden fechada el 12 de agosto y firmada por él invita a los consejos militares de los frentes y de los ejércitos a luchar «contra los alarmistas, los cobardes, los derrotistas del personal del mando que por propia iniciativa abandonen las posiciones sin una orden del mando superior», haciendo comparecer a los culpables, desde miembros del mando hasta comandantes de batallón, ante unos tribunales que no dan fin a sus condenas<sup>48</sup>.

Una nueva tragedia se avecina en el frente suroeste. El Ejército rojo está arrinconado en el Dnieper. El general Kirponos no se atreve a proponer a Stalin el repliegue a la orilla izquierda del río. El general Jeremenko, un joven favorito de Stalin que manda el frente de Briansk, recientemente formado más al norte, imita a su amo prometiéndole aplastar sin demora a «esa basura de Guderian», cuyos carros aterrojan a la infantería soviética. Ese lenguaje varonil refuerza la negativa de Stalin a hacer retroceder a las tropas amenazadas de cerco. El 29 de julio, Jukov, persuadido de que la Wehrmacht va a concentrar sus esfuerzos sobre Moscú, propone a Stalin reforzar el frente del centro, dejar que Kirponov reagrupe sus fuerzas en la orilla izquierda del Dnieper y, por lo tanto, abandonar Kiev. Pero Stalin se niega a reconocer el peligro que se cierne sobre sus tropas, y la idea de abandonar Kiev, una de las tres capitales de la URSS y cuna de la antigua Rusia, le parece inaceptable. Tendría unos efectos desmoralizadores en la URSS y molestaría a los aliados anglo-americanos.

Inmediatamente destituye a Jukov y lo sustituye a la cabeza del Estado Mayor por Chapochnikov, el único antiguo oficial zarista, ahora general del Ejército rojo, que a pesar de sus repetidos infortunios ha escapado a las purgas de su Estado Mayor. En 1937, la

<sup>48</sup> *Izvestia TsK KPSS*, nº 9, 1990, p. 202.

NKVD había arrancado a los generales condenados a muerte la «confesión» de que Chapochnikov era uno de los suyos, pero no había sido molestado. Sin embargo, su posición era bastante frágil ante un Stalin impulsado, a causa de su decepción por los reveses iniciales, a tomar unas reiteradas medidas de reorganización y de cambio de mandos en el frente que aumentaban el desorden.

El 3 de agosto, la Wehrmacht rodea en Uman al VI y XII ejércitos soviéticos. Stalin se entera... por la prensa alemana. El 8 de agosto, loco de rabia, acusa por teléfono a Kirponos, comandante del frente suroeste, «de haber decidido tranquilamente entregar Kiev al enemigo achacándolo a la insuficiencia de tropas capaces de defenderla». Kirponos se vuelca en desmentir esas acusaciones. Además, dice, todo marcha bien: ¡el enemigo ha perdido tres veces más hombres que el Ejército rojo! Stalin le exige que tome todas las medidas posibles e imposibles [*sic*] para la defensa de Kiev». Y le promete refuerzos dentro de dos semanas: «Durante esas dos semanas, tendrás que defender Kiev a cualquier precio»<sup>49</sup>.

A primeros de mes, un Stalin acorralado se dirige suplicante a Roosevelt: le indica que «aceptaría en cualquier punto del frente ruso a tropas americanas que quedarían bajo el mando exclusivo del ejército americano»<sup>50</sup>. Roosevelt se hace el muerto. Stalin se conforma con organizar grandes mítines antifascistas radiados dirigidos a diferentes categorías nacionales y sociales: a principios de agosto, los pueblos eslavos, a final de mes, los judíos soviéticos, luego las mujeres, los jóvenes, los sabios, los ucranianos, etc. Estos mítines dan paso a la formación de comités antifascistas cuya acción será esencialmente verbal. El 3 de septiembre, Stalin se queja a Churchill: «La situación de las tropas soviéticas ha empeorado considerablemente a lo largo de estas tres últimas semanas en regiones estratégicas tan importantes como Ucrania y Leningrado». Detrás de la queja apunta una amenaza: sin un segundo frente y sin ayuda material importante, «la Unión soviética será derrotada, o quedará tan debilitada como para perder por mucho tiempo la capacidad de aportar cualquier ayuda a sus aliados en la lucha contra el hitlerismo»<sup>51</sup>. Churchill apenas se inmuta y no hace nada.

<sup>49</sup> G. JUKOV, *op. cit.*, pp. 133-134.

<sup>50</sup> R. SHERWOOD, *The White House Papers of H.L. Hopkins, op. cit.*, t. 1, p. 343.

<sup>51</sup> *Correspondance secrète de Staline avec Churchill, Roosevelt, Truman et Attlee, 1941-1945*, Paris, Plon, 2 vol., t. 1, pp. 18-19.

A finales de agosto, la desbandada de las tropas del frente noeste, mandadas por Vorochilov, le colma de ira. De nuevo busca culpables y exige una ficha detallada de los jefes de cada división, destituye al comandante del frente, degrada a los de los ejércitos XXXIV y XLIII, entrega a los tribunales a cuatro comandantes y comisarios, y luego envía a Leningrado una comisión de investigación, dirigida por Molotov y Malenkov, sobre la actuación de Vorochilov. El 25 de agosto, la Wehrmacht está a 50 kilómetros de Leningrado. Stalin telegrafía a Molotov y Malenkov: «Si las cosas continúan como hasta ahora, me temo que Leningrado caerá de un modo idiotamente estúpido, y todas las divisiones de Leningrado corren el riesgo de ser capturadas»<sup>52</sup>. Para defender la ciudad, Vorochilov, obsesionado por el recuerdo de la guerra civil, crea unos batallones obreros armados de fusiles, picos y puñales, pero, como escribirá posteriormente Stalin, «descuida la organización de la defensa de Leningrado por parte de la artillería»<sup>53</sup>. Se equivoca de época y de guerra y, para eludir cualquier responsabilidad en el curso de los futuros acontecimientos, omite incluirse en el Consejo militar de la defensa de Leningrado, cuyos nombramientos confía al GQG...

Invasado por la angustia, Stalin vuelve a la carga el 13 de septiembre, en un momento en que las tropas que defienden Kiev están amenazadas de sitio. Con objeto de evitar un hecho irremediable, Kirponos le pide autorización para retirarse. Stalin se niega y, ese mismo día, presenta a Churchill, que carece de medios de responder, la inútil petición que dirigió a Roosevelt seis semanas antes: «Inglaterra podría desembarcar sin riesgo de 25 a 30 divisiones en Arjanglesk o dirigirlas a través de Irán hacia las regiones meridionales de la URSS, a fin de establecer una cooperación militar con las tropas soviéticas en el territorio de la Unión soviética»<sup>54</sup>.

Tratando como siempre de detener el desastre a base del terror, el 16 de agosto publica su famosa orden 270, en la que acusa de cobardes y desertores a los generales Ponedelin y Kirillov, capturados

<sup>52</sup> *Velikaia, op. cit.*, p. 202.

<sup>53</sup> En un texto posterior de 1942, *Istochnik*, n° 5, 1995, p. 41, Stalin se lo reprochará. Su inquina contra Vorochilov se expresa en un texto dirigido a Vorochilov y a Jukov que comienza con las líneas siguientes: «Vuestra conducta nos indigna». Stalin les reprocha que se hayan limitado a «indicar la pérdida de tal o cual localidad sin decir generalmente la menor palabra sobre las medidas que vais a tomar para dejar de perder ciudades y estaciones de ferrocarril», *Izvestia, TsK KPSS*, n° 10, 1990, p. 217.

<sup>54</sup> *Correspondance secrète de Staline avec Churchill, Roosevelt...*, op. cit., t. 1, p. 17.

en julio por los alemanes, y luego afirma: «Hay que acabar con los cobardes y los desertores. Ordeno: 1º considerar como infames desertores, cuyas familias han de ser detenidas [...], a los que hayan ocultado sus insignias durante los combates y se hayan rendido. Fusilar al momento a esos desertores; 2º acabar por todos los medios con los que prefieren rendirse, y privar de subsidios y ayudas estatales a las familias de los que se han rendido»<sup>55</sup>. Ponedelin y Kirillov, internados en un campo de concentración y liberados en 1945 por el Ejército rojo, no escapan a la ira de Stalin: el 25 de agosto de 1946, un tribunal militar los condena a muerte. Sin embargo, cuando Vlassov fue a reclutarlo para su ejército auxiliar de la Wehrmacht, Ponedelin le había escupido al rostro, pero ese hecho no le librará de la cólera de Stalin, que inventa una nueva categoría de traidores: los 1.200.000 alemanes soviéticos. Ya en 1915, el gobierno zarista sospechaba que aquellos alemanes, instalados en el imperio desde Catalina II, eran «agentes germanos». Por un decreto del 20 de agosto, Stalin encarga a Beria que los deporte a Asia central en calidad de traidores potenciales. El avance alemán es solo un pretexto: Beria envía al Kazajstán a los aproximadamente 50.000 alemanes afincados [en Georgia, en Azerbaiyán y en Armenia! Para remontar la moral de las tropas, Stalin recurre a los antiguos métodos: el 22 de agosto manda distribuir diez decilitros diarios de vodka de 40º a los soldados y oficiales de las unidades combatientes.

El vodka no hace milagros. El 7 de septiembre, los carros blindados de Guderian llegan a Konotop, situada sobre el Dnieper a 150 kilómetros al noreste de Kiev. Si cruzan el río, las tropas soviéticas correrán el riesgo de ser rodeadas. Chapochnikov y Vassilevski intentan convencer a Stalin de que ordene la retirada a Kirponos a fin de evitar un desastre. Stalin se niega. Vassilevski recuerda: «La sola insinuación de la cruel necesidad de abandonar Kiev sacaba a Stalin de quicio y le hacía perder el control»<sup>56</sup>. Insulta a sus interlocutores. Aquel mismo 8 de septiembre, la Wehrmacht se apodera de Schliselburg, bloqueando Leningrado por tierra. Vorochilov se cuida muy mucho de informar a Stalin que, cuando se entera al día siguiente, le pide confirmación. Vorochilov se lo confirma y se entera

<sup>55</sup> Texto completo en *Velikaja, op. cit.*, pp. 503-504, el texto de la orden lleva las firmas de Stalin, Molotov, Budionny, Vorochilov, Timochenko, Chapochnikov y Jukov.

<sup>56</sup> VASSILEVSKI, *Dielo vsei žizni* (El asunto de toda una vida), Moscú, 1988, vol. 1, p. 144.

de su inmediata destitución. Stalin considera «desesperada» la situación de la capital del Norte y durante un momento cree que su pérdida solo será cuestión de días<sup>57</sup>. Este temor aumenta su obstinación respecto a Kiev y a la intensificación de las medidas represivas. El 12 de septiembre ordena que, en un plazo de cinco días, todas las divisiones creen unos destacamentos de barricadas «formados por combatientes seguros» para «impedir la huida de los militares presa del pánico, sin vacilar ante el uso de las armas»<sup>58</sup>.

El 10 de septiembre, ante el agotamiento de las tropas que resisten encarnizadamente desde hace dos meses, el GQG ordena abandonar Smolensko. No obstante, a pesar de las grandes pérdidas soviéticas, la penetración alemana hacia Moscú está comprometida: al seco y ardiente verano y a un leve veranillo de San Miguel ha seguido un otoño lluvioso. En esas extensiones de escasas carreteras, el lodo se adhiere a las orugas de los tanques, a las botas de los oficiales, a las ruedas de los camiones y a los borceguíes de los soldados. A pesar de todo, la Wehrmacht cruza el Dnieper. Kirponos, angustiado, pide autorización al GQG para replegar a sus tropas. El 11, Budionny en persona telegrafía a Stalin desde Poltava: «Ha llegado el momento del repliegue del frente suroeste», cualquier retraso solo puede conducir «a la pérdida de las tropas y de una enorme cantidad de material». Pide que, por lo menos, le permita replegar a las tropas estacionadas en Kiev con objeto de impedir la maniobra de cerco iniciada por la Wehrmacht. Stalin no duda y ordena por teléfono a Kirponos: «No abandonar Kiev y no volar los puentes sin permiso del GQG». Durante cinco días opone una obstinada negativa a la petición de retirada. Budionny insiste en su necesidad y Stalin lo cesa en sus funciones. El 14 de septiembre, el jefe del Estado Mayor del frente, Tupikov, informa a Moscú: «El comienzo de la catástrofe [...] es cuestión de un par de días». Stalin condena «el informe pusilánime del general de división al Estado Mayor general», insiste en la necesidad «de no ceder al pánico, de tomar todas las medidas para defender la posición ocupada [...], de hacer saber a los mandos del frente la necesidad de luchar con denuedo, sin mirar atrás»<sup>59</sup>. El 16 de septiembre se cierra el anillo sobre los defensores de Kiev a

<sup>57</sup> *Voenno-Istoricheski Journal*, n° 9, 1987, p. 56.

<sup>58</sup> D. VOLKOGONOV, *Staline*, op. cit., p. 361.

<sup>59</sup> Todas las citas de este párrafo en *Velikaia*, op. cit., pp. 193-194.

los que, en la noche del 17 al 18, Stalin da la autorización para el repliegue: demasiado tarde, una vez más. La Wehrmacht, una vez llevada a cabo la más gigantesca operación de cerco de la Segunda Guerra Mundial, captura a 450.000 soldados soviéticos, deportados inmediatamente a Alemania, y se apodera de 2.642 cañones, 1.225 morteros y 64 tanques. Entre los soldados capturados en agosto y septiembre en ese frente y los de Briansk, cayeron en manos de los alemanes un total de 665.000 hombres. Kirponos se suicidó.

La víspera, el 17, la Wehrmacht había tomado Pavloski, en el norte, y ocupado Puchkino en los suburbios de Leningrado. La rabia que invade a Stalin por el bloqueo de Leningrado le lleva a firmar una de sus órdenes más salvajes de toda la guerra. Le han informado que, en varias ocasiones, los alemanes han atacado posiciones soviéticas llevando delante de ellos, como escudos humanos, a grupos de niños, mujeres y viejos que gritan desesperadamente a los soldados soviéticos: «¡No tiréis! ¡No tiréis! ¡Somos de los vuestros!». El 21 de septiembre dicta a Chapochnikov una orden en la que califica de traidores a las víctimas y a los soldados que vacilan ante la orden de disparar sobre esos escudos vivientes: «Hay que liquidarlos los primeros, escribe, pues son más peligrosos que los fascistas alemanes. Mi consejo es que no os dejéis llevar por el sentimiento, sino de sacudir al enemigo y a sus cómplices, voluntarios o coaccionados... Sacudid con todas vuestras fuerzas al enemigo y a sus delegados [*sic*] sean los que sean, golpead a los enemigos sin preocuparos por si son enemigos voluntarios o coaccionados»<sup>60</sup>...

A partir de ese momento, Stalin inunda a Churchill con unas cartas angustiadas pidiéndole la apertura de un segundo frente que obligaría a Hitler a retirar divisiones del Este para enviarlas al Oeste, una iniciativa estratégica que tendrá que esperar hasta el 6 de junio de 1944. El 29 de septiembre recibe a los delegados americano e inglés, Harriman y Beaverbrook, aterrados por la derrota del Ejército rojo. Beaverbrook teme un derrumbamiento total de los soviéticos que permitiría a Hitler conducir hacia Occidente a todas sus tropas. Este temor es el comienzo de la prudencia. Pide a Estados Unidos una importante ayuda material que no recibirá hasta el día

---

<sup>60</sup> Publicado por primera vez en *Sbornik Dokumentov Verjovnogo kimandovstva za period Ochesvennoi Voiny* (Compendio de documentos del mando supremo durante el período de la guerra patriótica), Moscú, 1984, *op. cit.*, t. 1, pp. 57-58; I. RUBSTOV, *Alter ego Stalina*, *op. cit.*, p. 176; D. VOLKOGONOV, *Stalina*, *op. cit.*, pp. 199-200.

siguiente del ataque japonés a Pearl Harbor, el 7 de diciembre de 1941. Durante tres años, Churchill y Roosevelt vierten sobre Stalin unas declaraciones dilatorias y unos consuelos calurosos y admirativos. Pero cada petición de apertura de un nuevo frente choca con una imposibilidad: los americanos necesitan barcos y dudan en renunciar a ellos para suministrar a la URSS aviones, camiones y tanques a título de alquiler...

Después de una interrupción en el centro, la Wehrmacht reanuda su ofensiva el 30 de septiembre en dirección a Orel y, luego, a Viazma. El joven general Koniev, nombrado comandante del frente en sustitución de Pavlov, ha aprendido la lección de Stalin: prohibido retroceder. Sin embargo, el 4 de octubre informa a Stalin por teléfono de que sobre sus desmoralizadas tropas se cierne la amenaza de un cerco; Stalin le oye, no toma ninguna decisión y corta la comunicación. Hasta el 6 de octubre no dará autorización para la retirada. Demasiado tarde. El 7, la Wehrmacht rodea a las fuerzas soviéticas al oeste de Viazma y dos días después en Briansk; solamente algunos regimientos logran romper el bloqueo. El balance es catastrófico: han sido rodeadas 64 de las 95 divisiones del frente oeste, 11 de las 13 brigadas blindadas, y 50 de los 62 regimientos de artillería. El Ejército rojo pierde 300.000 hombres, 800 tanques y ¡más de 600.000 prisioneros! Está abierta la ruta hacia Moscú. Hitler se muestra jubiloso: «¡El enemigo está aplastado y no se levantará jamás!». ¡La toma de la capital es cuestión de días! Stalin quiere llevar a Koniev, al mando del frente oeste, ante una corte marcial. Jukov le convence de que renuncie a ello. El 10 de octubre, Stalin se limita a remodelar el frente, confiar el mando a Jukov, flanqueado por Koniev, y reforzar el control político adscribiendo a su consejo militar al vicecomisario del Interior, Kruglov. El 7 de octubre, el tiempo se había deteriorado. A las lluvias del otoño siguen bruscamente los primeros hielos y las tempestades de nieve, que sorprenden a una Wehrmacht con solo el 20% de sus soldados equipados con ropa de invierno.

El intérprete Valentin Berejkov ve por primera vez a Stalin en el Kremlin. Siente una enorme sorpresa ante ese personaje tan diferente de la imagen que tenía de él: «De una estatura inferior a la media, demacrado, con el rostro picado de viruela. De su flaca silueta colgaba una túnica de corte militar. Tenía un brazo más corto que otro y casi todo el puño le quedaba oculto en la manga. [...]



Tuve la impresión de estar tratando con un doble». Le acompañan permanentemente dos escoltas, incluso en el interior del Kremlin y en el reducido despacho del gobierno. Según Berejkov, el hecho de que él, el «infalible [...], hubiera caído como un chiquillo ante el cabo austriaco, le había vuelto aún más suspicaz que antes». Pero indica también que no se registraba a los visitantes antes de entrar en el despacho de Stalin. Berejkov disponía de un salvoconducto para circular por el Kremlin, aunque no le permitía entrar al pasillo que conducía al ala del edificio que ocupaba Stalin. Ahora bien, «durante los casi cuatro años en los que me reuní con Stalin, no me registraron ni una sola vez ni me vi sometido a una identificación especial»<sup>61</sup>. A finales de 1941, por temor a los agentes alemanes esparcidos por la capital, le entregaron, como a otros empleados del Kremlin, un revólver que se supone había de guardar en su armario. Y nadie comprobó jamás si lo llevaba encima cuando entraba en el despacho de Stalin.

A finales de septiembre, el balance de la guerra es trágico: el Ejército rojo había perdido más de 2 millones de soldados hechos prisioneros, y habían muerto o desaparecido cerca de millón y medio, mientras que las pérdidas totales de la Wehrmacht son ligeramente inferiores al medio millón de hombres. Los territorios invadidos o amenazados de la Rusia europea constituían el principal granero de la URSS y su más importante centro industrial. Igualmente, la URSS había perdido el control de los dos tercios de su producción de carbón y de hierro y casi el 60% de la producción de acero. Para limitar las consecuencias de esta catástrofe, el Comité de estado de la defensa confía a Beria el traslado de las industrias hacia el este. Así, desde la invasión hasta finales de 1941, desplaza a cerca de 1.500 empresas. Ese traslado permitirá a la URSS asegurar una producción de armamento pesado muy superior a la alemana. Desde junio de 1941 hasta el final de 1945, la URSS producirá 88.000 carros frente a los 23.500 de Alemania, y 106.000 vehículos blindados contra 41.000. Ahí se juega el resultado de la guerra.

Tras la decisión de fijar en diez horas la duración de la jornada de trabajo —por supuesto, sin aumento del salario—, aquellos traslados, que arrojan a las carreteras a millones de hombres y mujeres con sus hijos, mezclados con los civiles que huyen de la Wehrmacht,

<sup>61</sup> V. BEREJKOV, *Kaj ja stal perevodchikom Stalina*, op. cit., p. 214.

provocan unas enormes tensiones sociales. Especialmente suscitan unas violentas huelgas en varias empresas textiles de la región de Ivanovo. Esta agitación no es una agitación aislada. A finales de septiembre, Stalin recibe una carta de un grupo de obreros del Ural en la que le exponen las razones que, desde su punto de vista, explican los reveses del Ejército rojo; le presentan sus condolencias y añaden: la juventud, los obreros y los campesinos que conquistaron el poder en 1917 han sido desposeídos y padecen unas «leyes fascistas» (multas, represión, impuestos abrumadores, disciplina fascista en el ejército, etc.). Exigen la anulación del sistema de multas en las fábricas y la disolución de los batallones disciplinarios en el ejército. Prudentemente, esos uraleses, que demuestran la ebullición que la catástrofe ha creado en el país, no firman la carta<sup>62</sup>...

Para hacerse con un campesinado reactivo, incluso hostil, Stalin hace importantes concesiones. Las autoridades locales permiten que los campesinos pellizquen las tierras de los koljoses con objeto de ampliar sus parcelas privadas. El Kremlin deja que los obreros beneficiarios de una huerta la agranden a su gusto. Por esta razón, en 1945, el 72% de la producción de patatas y verduras de la URSS proceden de esas parcelas. La gigantesca sangría de la guerra desorganiza la vida agrícola. El general polaco Anders, que en esa época sobrevuela los campos entre Moscú y Kuibychev, escribe: «Estaba sin segar más de la mitad del trigo. Apenas se veían caballos o ganado y nadie recogía las patatas»<sup>63</sup>. Beria moviliza también al Gulag con fines militares y económicos, con objeto de obtener tropas frescas. Dos decretos, uno del 12 de julio y otro del 24 de noviembre de 1941, deciden la liberación anticipada de los deportados por delitos menores, y 420.000 de ellos son expedidos al frente a toda prisa.

Sirven para colmar el vacío causado por las divisiones rodeadas, capturadas o diezmadas. En efecto, la estrategia militar de Stalin es de una simplicidad realmente costosa: contraataques frontales y no retroceder nunca. La infantería sirve de ariete con un enorme gasto en vidas humanas. Por último, influido por los recuerdos de la guerra civil, Stalin decide organizar unos escuadrones de caballería que corten las comunicaciones del enemigo y ataquen su retaguardia. El 1 de enero de 1942, el Ejército rojo cuenta así con 94 escua-

<sup>62</sup> *Istochnik*, n° 3, 1995, pp. 134-137.

<sup>63</sup> General W. ANDERS, *Mémoires 1939-1946*, París, La Jeune Parque, 1948, p. 96.

drones de 3.000 jinetes cada uno, es decir, cerca de 300.000 hombres en total. A pesar de las sangrías que sufren esas brigadas ligeras, despedazadas por la artillería, la aviación y los carros blindados alemanes, Stalin se obstinará en ello hasta el final de la guerra. Como para subrayar aún más su arcaísmo, el 25 de enero de 1943 nombra al mariscal Budionny comandante en jefe de la caballería. El 1 de mayo de 1944, en una orden a todos los comandantes del frente, ordenará «emplear los cuerpos de caballería para acrecentar el éxito y golpear las retaguardias enemigas»<sup>64</sup>. Excepto Budionny y Vorochilov, ninguno de los generales soviéticos parece compartir ese gusto desmesurado por los caballos.

El avance de la Wehrmacht, a pesar de aminorarse, amenaza a Moscú. El 9 de octubre, una comisión del Comité de defensa envía a Stalin la lista de las medidas previstas en el caso de que caiga la ciudad: minar, para destruirlas, 412 empresas que trabajan parcialmente o en su totalidad para defenderla; sabotear o incendiar 707 empresas civiles. La firma. El 10 de octubre, la Wehrmacht está a 40 kilómetros de Moscú. Cinco divisiones de los XII y XXIX ejércitos se precipitan a la calzada de Mojaisk para detenerla. El Comité de defensa envía a miles de muchachas y de mujeres, armadas con palas y picos, a cavar trincheras anticarros en los suburbios de la ciudad. Los carros alemanes las ametrallarán como si fuera un entrenamiento. El 14 de octubre por la mañana, la 10ª división blindada alemana y dos regimientos de la SS se lanzan frenéticamente al asalto en la calzada de Mojaisk: la victoria parece al alcance de la mano. Borodino es el teatro de unos combates salvajes cuerpo a cuerpo.

El 15, en nombre del Comité de defensa, Stalin firma la orden de evacuación. Molotov informa a las misiones extranjeras de su evacuación hacia Kuibyshev, la antigua Samara, situada al sureste, junto al Volga. Ese mismo día llegan el presidium del Soviet Supremo y el Consejo de los comisarios del pueblo. Los comisariados de Defensa y de Marina de guerra deben partir «sin tardanza». Kaganovitch se ocupa del transporte y Beria, de la protección. El texto añade: «El camarada Stalin será evacuado mañana o más tarde, de acuerdo con la situación»<sup>65</sup>. Por último, en el caso de aparición de la Wehrmacht a las puertas de Moscú, la NKVD, Beria y Chtcherba-

<sup>64</sup> D. VOLKOGONOV, *Staline, op. cit.*, p. 303.

<sup>65</sup> *Izvestia TsK KPSS*, n.º 12, 1990, p. 217.

kov deben «organizar el sabotaje de las empresas, almacenes y establecimientos que sea imposible evacuar, así como del conjunto de las instalaciones eléctricas del metro (excepto las conducciones de agua y las canalizaciones)».

¿En algún momento pensó Stalin en abandonar Moscú cuando la caída parecía probable? Hay un indicio que lo hace pensar. En Kuibychev se ha iniciado la construcción clandestina de un enorme bunker subterráneo excavado bajo tres metros y medio de losas de hormigón y veinte metros de tierra. Consta de seis habitaciones destinadas a alojar a Stalin y al GQG (un despacho para Stalin, tres estancias de trabajo, una de descanso y una sala de reunión de más de 70 metros cuadrados). El bunker debe posibilitar el trabajo de un centenar de personas. Pero Stalin nunca pondrá los pies en él y ese edificio jamás alojará a nadie, excepto a algunos curiosos después de la caída de la URSS. En efecto, quedó terminado el 16 de diciembre de 1942, la víspera de la victoria de Stalingrado.

Tampoco faltan los indicios en sentido contrario: a mediados de octubre, el comisario militar Stepanov, del Estado Mayor del frente oeste estacionado en Perjuchkovo, en las afueras de Moscú, telefonea al GQG. Comunica a Stalin que el Estado Mayor se propone instalarse más al este, en Arzamas, y el puesto de mando más cerca de la capital. Después de un largo silencio, Stalin responde: «Camara-da Stepanov, pregunta a tus camaradas si tienen palas». Stepanov no entiende. Stalin repite: «¿Tienen palas los camaradas?». Stepanov consulta con los miembros del Estado Mayor y luego pregunta: «¿Palas de zapador o palas corrientes? —No importa como sean», replica Stalin. Stepanov, encantado, le informa de que las tienen y pregunta qué han de hacer con ellas. La respuesta de Stalin cae como una cuchilla: «Aconseja a tus camaradas que con las palas caven sus propias tumbas. No saldremos de Moscú, el GQG se quedará en Moscú y ellos no dejarán Perjuchkovo».<sup>66</sup>

El 15 de octubre, la Wehrmacht llega a 30 kilómetros de Moscú. Su Estado Mayor, seguro de la victoria, comete un doble pecado de orgullo: hace avanzar a los carros blindados y a la infantería por las escasas calzadas dejando a un lado los campos próximos y permitiendo así que Jukov reagrupe en esos ejes sus tropas inferiores en número. Entonces, el Estado Mayor cree posible destacar un ala iz-

<sup>66</sup> G. KUMANIOV, *Radom so Stalnym*, op. cit., pp. 272-273.

quierda del grupo del centro, cuya victoria cree segura, para reforzar la ofensiva sobre Leningrado, y un ala derecha para reforzar la ofensiva sobre Ucrania. El esperado paseo militar se transformará en una catástrofe.

Aquel mismo día, una parte del gobierno marcha a Kuibychev con los dirigentes del Komintern y Dimitrov a la cabeza. El día 16, en Moscú reina el pánico. Más de mil militantes del partido destruyen sus carnés. En algunos ministerios se eleva el humo de los documentos destruidos. El 19, Stalin declara el estado de sitio en Moscú. Firma una breve declaración que termina con la orden de «fusilar de inmediato a los provocadores, espías y demás agentes del enemigo que animen a perturbar el orden»<sup>67</sup>. Manda evacuar a Kuibychev al cuerpo diplomático y los despachos del Comité Central y del gobierno. Solamente quedarán en Moscú el Comité de defensa, el GQG y el Politburó. La decisión de Stalin de permanecer en Moscú mientras el «gobierno» se refugiaba en Kuibychev contribuyó sobre todo a pintar el retrato de un hombre de nervios de acero, impávido ante el peligro y símbolo de la resistencia responsable. Sin embargo, el auténtico gobierno lo formaban el Comité de defensa y el Politburó, cuyos miembros permanecen todos en Moscú, salvo Jdanov, Vorochilov en su puesto en Leningrado y Jruschov en Kiev. No obstante, aparte de Molotov, eran solo rostros anónimos aunque sus retratos aparezcan en el frontón de los palacios durante las festividades. En cualquier caso, con la presencia de Stalin en el Kremlin en medio del caos y en pleno pánico, la continuidad estaba asegurada.

En Tula, al sur de Moscú, el Ejército rojo detiene a Guderian. La *Blitzkrieg* ha fracasado. En tres semanas, del 18 de octubre al 6 de noviembre, la Wehrmacht solo avanzará unos 10 kilómetros. Stalin llama a Moscú a los miembros del Comité Central, que esperan dos días y vuelven a sus puestos sin reunirse con él. Stalin tiene otras preocupaciones. Hasta enero de 1944 no volverá a convocar al Comité Central. El 25 de octubre añade al Consejo para la evacuación, creado en el momento del desastre, un Comité para la evacuación presidido por Mikoian, encargado del traslado al interior de los ma-

<sup>67</sup> El 18 de octubre, el vicecomisario del pueblo en Interior, Serov, envía a Beria un informe sobre el descubrimiento de un túnel desde la estación de Kursk a Moscú con 13 maletas que contienen documentos secretos del comité del Partido de Moscú, mapas del Partido, listas de militantes y de responsables del Partido y de la NKVD de Moscú, *Neizvestnaia Rossia*, op. cit., pp. 186-187.

teriales y bienes de la zona próxima al frente. Stalin no se incluye en ese traslado. El aroma a derrota de la evacuación solo es bueno para los demás.

La defensa de Moscú da a Stalin la oportunidad de exaltar el patriotismo y los valores inherentes a las tradiciones rusas. En su informe del 6 de noviembre de 1941 dedicado al XXIV aniversario de la Revolución, exalta a «la gran nación rusa, la nación de Plejanov y de Lenin, de Bielinski y de Tchernychevski, de Puchkin y de Tolstoi, de Glinka y de Tchaikovski, de Gorki y de Tchejov, de Setchenov y de Pavlov, de Repin y Surikov, de Suvorov y de Kutuzov». Esta cuidadosa enumeración cargada de grandes nombres no incluye a ningún pintor ni a ningún escritor soviético, ni a ningún jefe militar de la guerra civil. La tradición que evoca es, esencialmente, la de la Rusia imperial. Aludiendo además al conflicto en curso, Stalin multiplica por tres las pérdidas de la Wehrmacht, que cifra en «más de 4 millones y medio de hombres muertos, heridos y prisioneros», y divide por tres las pérdidas del Ejército rojo que calcula en 350.000 hombres muertos, 378.000 desaparecidos y 102.000 heridos. Así puede afirmar que, «después de cuatro meses de guerra, Alemania, cuyas reservas de hombres se están agotando ya, se encuentra mucho más debilitada que la Unión soviética, cuyas reservas no hacen más que desplegarse ahora en toda su amplitud»<sup>68</sup>. Indudablemente, ninguno de sus oyentes cree en ese balance optimista de los cuatro primeros meses de guerra, pero todos fingen aceptarlo sin decir palabra.

Al día siguiente, bajo un cielo plomizo que amenaza nieve e impide a la Luftwaffe bombardear la capital, arenga en la Plaza Roja a los reclutas que marchan al frente invocando el nombre de los héroes militares rusos de un pasado lejano, gracias a los cuales habían sido rechazados los invasores teutones, polacos y franceses: «Que los gloriosos Kuzma Minin, Dmitri Pojarski, Alexandr Suvorov, Mijail Kutuzov os iluminen en esta guerra»<sup>69</sup>. Tampoco en esta ocasión cita el nombre de los combatientes de la guerra civil, ni siquiera el de Tchapaiev. En su despacho, los retratos de los generales zaristas Kutuzov y Suvorov rodean desde entonces al de Lenin...

En estos días se estabiliza el funcionamiento, inamovible desde entonces, del Gran Cuartel General. En presencia de Molotov, Ma-

<sup>68</sup> STALIN, *Discours et ordre du jour*, op. cit., pp. 11-14.

<sup>69</sup> *Ibid.*, p. 15.

lenkov y Beria, mudos e impasibles, Stalin convoca por turnos a generales, comisarios del pueblo, jefes de servicio y varios ayudantes que acuden a informar y a recibir directrices y reprimendas. El recién llegado no tiene derecho más que a un gesto de la cabeza y, una vez terminado su informe, a una o varias preguntas. Cualquier respuesta algo imprecisa acarrea una réplica cortante de Stalin: «¿no lo sabes? Entonces, ¿de qué te encargas tú?». Una vez terminada la entrevista, le invita a marchar lo más rápidamente posible. Kovaliov, el comisario de las Vías de comunicación, recibido con frecuencia por Stalin, «no llegó tranquilo a su despacho ni una sola vez. Siempre esperabas alguna pregunta a la que no sabrías responder. Era de una sequedad aterradora. [...] Con su poderío y su memoria aplastaba, humillaba a todo el mundo. Todo el que acudía a verlo se sentía aún más insignificante de lo que realmente era»<sup>70</sup>.

Roosevelt intenta arrastrar a la URSS contra el Japón. Poco antes de Pearl Harbor informa a Stalin de que los nipones preparan un ataque inminente a la zona de Vladivostok y le propone enviar una misión militar americana a Moscú para discutir las medidas necesarias y suministrarle aviones que saldrían de Alaska. Las informaciones de los agentes soviéticos en Moscú no confirman esas noticias. Al contrario, convencido de que Japón no atacará, en noviembre Stalin manda trasladar tropas desde Extremo Oriente al frente de Moscú. Por otra parte, tiene que engatusar a los americanos. Entonces, Stalin saca del armario al diplomático pro-occidental Litvinov, con su aspecto de padre de familia, reintegrado a Asuntos Exteriores desde finales de junio, pero utilizado únicamente para difundir por la radio unas emisiones dirigidas a los países anglófonos. A mediados de noviembre lo nombra embajador en Washington y —único embajador que tiene dos cargos— vicecomisario de Asuntos Exteriores. Tras un periplo en avión de veintidós días, Litvinov llega a San Francisco el 6 de diciembre con la misión de atraer a los Estados Unidos hacia la Unión soviética. Dos días después, la aviación y la marina japonesas atacan al amanecer la flota y la aviación americanas estacionadas en la rada de Pearl Harbor en Hawai. Entonces, los Estados Unidos entran en guerra contra el Japón en el Pacífico, pero no contra Alemania. A partir de entonces, Stalin está seguro de que Japón no atacará en Siberia...

<sup>70</sup> «Relato de Kovaliov a Volkogonov», en D. VOLKOGONOV, *Staline, op. cit.*, p. 339.

Descontento de sus generales, Stalin está también descontento de su pueblo. Para castigarlo por una actitud, en su opinión demasiado blanda con respecto al invasor, el 17 de noviembre de 1941 firma la orden 0428 que ordena al Ejército rojo «destruir y quemar enteramente todas las localidades situadas detrás de las tropas alemanas en un radio de 40 a 60 kilómetros a partir de las primeras líneas, y de 20 a 30 kilómetros a derecha e izquierda de las carreteras»; con este objeto, se ha de utilizar «la aviación, la artillería y los morteros, comandos de batidores, esquiadores y grupos de sabotaje de partisanos» y «crear en cada regimiento un comando de cazadores de 20 a 30 hombres para arrasar e incendiar las localidades»<sup>71</sup>. Todas esas fuerzas serían más útiles contra la Wehrmacht, pero Stalin desea castigar a los civiles que han dejado entrar al enemigo en sus ciudades y en sus pueblos. Tras los incendios que se han producido en un verano tórrido, los campesinos ven ahora sus ciudades abrasadas por unos comandos... del Ejército rojo, muy pronto imitado, a partir de 1942, por la Wehrmacht, decidida a hacer pagar a esos mismos campesinos los ataques de los partisanos.

El 3 de diciembre, acompañado de Molotov, recibe a los polacos Sikorski, Kot y Anders, representantes del gobierno exiliado en Londres. Stalin está de acuerdo con la creación de un ejército polaco en la URSS. Sus interlocutores pretenden hablar de las dificultades que encuentran para conseguir liberar a los polacos internados en los campos de trabajo y para organizar su propio ejército. A Sikorski le preocupa especialmente «una lista de 4.000 oficiales llevados a la fuerza a esos campos o a las cárceles donde se encuentran todavía [...]. No ha vuelto ninguno», y con razón, pues fueron masacrados en Katyn en 1940 por la NKVD obedeciendo las órdenes de Stalin y de Beria. Stalin se burla de ellos: «¡Esos oficiales se fugaron!». Anders, atónito, pregunta: «Y ¿adónde habrían huido?». Stalin replica: «¡Pues a Manchuria!». En cuanto a los polacos detenidos en los campos de trabajo y cuyos nombres figuran en una lista incompleta de Sikorski y Anders, añade: «seguro que están liberados, pero no han llegado todavía». Están de camino. En cambio, se produce un enfrentamiento brutal cuando Sikorski y Anders describen las espantosas condiciones de vida de los polacos liberados: instala-

<sup>71</sup> I. GORKOV, *Kremi, Stavka, Guernitab* (El Kremlin, el GQG y el Estado Mayor), Tver, Rif LTD, 1995, p. 143, y D. VOLKOGONOV, *Staline, op. cit.*, p. 379.



dos en tiendas sin caldear a una temperatura de  $-30^{\circ}$ , reciben una alimentación insuficiente y carecen de ropas de abrigo. Solicitan el envío de esos hombres a Irán, donde los ingleses los alimentarán y entrenarán. Stalin, sarcástico, ríe: ¡Una vez en Irán, iréis a luchar con y por los ingleses! Los interlocutores solo están de acuerdo cuando se trata de golpear a los judíos. En efecto, Anders y Sikorski afirman que los judíos polacos enrolados son traficantes y contrabandistas, y nunca llegarán a ser buenos soldados. No los quieren en el ejército polaco. Stalin asiente: «Los judíos son malos soldados [...]». Sí, los judíos son unos soldados pésimos». Y va un poco más allá en sus opiniones racistas sobre «los eslavos [...] una raza joven que aún no está gastada»<sup>72</sup>. La noche siguiente, en una cena en el Kremlin se reúnen Stalin, los polacos y una pléyade de dirigentes, altaneros con ellos y serviles con Stalin. Sikorski insiste en la intangibilidad de las fronteras polacas de antes de 1939. Stalin lo deja hablar. De momento lo necesita.

A primeros de diciembre, una contraofensiva despeja Moscú y rechaza a la Wehrmacht a 100 kilómetros de la capital. Al acabar el año, la Wehrmacht ha dejado en el campo de batalla cerca de 1 millón de hombres, más de 2.000 carros de combate y se está hundiendo en la nieve. El 10 de diciembre, Stalin, embriagado por ese éxito, impone al GQG un mandato de un realismo insensato. Asigna al Ejército rojo la tarea de garantizar la derrota completa de las tropas hídéricas en 1942. También piensa en la depuración posterior: el 27 de diciembre, por decisión del Comité de defensa, crea unos campos especiales de infiltración de la NKVD para controlar a prisioneros y civiles.

Una semana antes, los días 16, 17 y 18 de diciembre, había recibido en cuatro ocasiones al ministro de Asuntos Exteriores británico, Anthony Eden, para proponerle dos tratados públicos y un acuerdo secreto que repetiría de un modo más ambicioso el protocolo secreto firmado en 1939 con la Alemania nazi. Invitaba a Inglaterra a recrear toda Europa al final de la guerra. Tocando y retocando a su arbitrio las fronteras, pretendía incluir Prusia oriental en Polonia, cuyos límites serán extendidos hacia el oeste, agrandar Checoslovaquia hacia el sur en detrimento de Hungría, restablecer las antiguas fronteras de Yugoslavia y ampliarla un poco hacia el

<sup>72</sup> W. ANDERS, *Mémoires*, op. cit., pp. 132-133.

oeste en detrimento de Italia (Trieste, Fiume, etc.). Ofrecería a Turquía las islas del Dodecaneso en detrimento de Bulgaria, y al sur, un extremo de Siria. Alemania debía ser dividida y reconocidas las fronteras de la URSS de 1941 (con la anexión de Polonia oriental, de los países bálticos y de la Bukovina del norte). Stalin propuso a Eden instalar bases militares en las costas francesas, «Boulogne, Dunkerke, etc.»<sup>73</sup>; Bélgica y Holanda deberían firmar una alianza militar con Inglaterra.

Para eludir esas insensatas sugerencias, Eden, desconcertado, se escuda en los Estados Unidos: en efecto, Roosevelt ha exigido que, sin consultarle previamente, no se tome ninguna decisión que afecte al destino de la Europa de posguerra. Esta exigencia preventiva del Tío Sam sobre una Europa en la que no lucha todavía irrita a Stalin, que insiste en vano para que Londres reconozca la anexión de los países bálticos. A raíz de la última conversación con Eden, que le responde cada vez con la misma negativa y las mismas excusas, Stalin no repara en medios: el gobierno británico había firmado una alianza con el gobierno zarista, que englobaba Finlandia y ¡más de la mitad de Polonia en las fronteras del imperio! Entonces, ¿por qué no reconocer las fronteras, más modestas, de 1941? Ante las reservas inglesas, renuncia a su proyecto de protocolo, a la exigencia de un segundo frente e incluso a un desembarco inglés en la región de Petsamo. Todas esas condiciones le parecen justificar en contrapartida, dice, el reconocimiento de las fronteras de 1941. Irónicamente, deja caer: «Me siento un poco sorprendido por la dependencia que del gobierno americano demuestra la política inglesa. Yo creía que Inglaterra disponía de mayor libertad de movimiento en sus relaciones con los demás países»<sup>74</sup>.

Su irritación le lleva a hacer unas declaraciones bravuconas: «El ejército alemán está agotado [...]. Nuestros contraataques se convierten en contraofensivas [...]. Atacamos y atacaremos en todos los frentes. Al fin y al cabo, el ejército alemán no es tan fuerte. Su reputación está sobrestimada»<sup>75</sup>. Acabará por creerse sus propias fanfarronerías, pues en enero de 1942 lanzará una contraofensiva chapucera. Poco dotado para las profecías, indica a Eden que «las fuerzas

<sup>73</sup> O. RJECHEVSKI, *Voïna i diplomatia 1941-1942*, pp. 15-43, párrafos citados, pp. 16-17.

<sup>74</sup> *Ibid.*, p. 19.

<sup>75</sup> *Ibid.*, pp. 24-25.

japonesas están absolutamente agotadas» y que no tienen más que para algunos meses<sup>76</sup>. Estas estériles conversaciones se cierran con un banquete que termina en la madrugada del 21 de diciembre, día de su cumpleaños, a las 5 de la mañana exactamente. En sus memorias, Eden se muestra extrañado por la abundancia de vodka y caviar «mientras que a su alrededor reinaban el hambre y la miseria».

El 4 de febrero de 1942, Stalin organiza el trabajo del Comité Central de la defensa: cada uno de sus miembros tiene el encargo de controlar un sector especial de la producción de armamento y su traslado a las unidades interesadas: Molotov los tanques, Malenkov y Beria los aviones, sus motores y los morteros, Voznessenski las municiones y la siderurgia, y Mikoian el avituallamiento del ejército. Y así funcionará, con algunas modificaciones de detalle, hasta el final de la guerra.

Stalin tiene en sus manos todos los hilos de la organización: el despacho del Comité de defensa es el despacho de Stalin; su aparato es el sector especial del Comité Central, es decir, el secretariado particular de Stalin; ni el Comité ni el GQG tienen secretariado y no levantarán actas de sus reuniones prácticamente hasta el final de la guerra; las comunicaciones del Comité con los mandos del frente se efectúan por el teléfono de Stalin; las reuniones no incluyen orden del día; el trabajo empieza cuando llega Stalin. En ese momento, Poskrebychev convoca inmediatamente, además de a todos los miembros del Comité Central, a las personas que figuran en la lista que le entrega. Stalin reparte a los presentes una serie de temas que solucionar, añade otros que se le ocurren a lo largo de la discusión y manda a Poskrebychev que haga acudir a la reunión a las personas que considera necesarias. El comandante de la retaguardia, Jrulev, califica este comportamiento de dictatorial y flexible al mismo tiempo: «Stalin concentraba todo en su persona. Él no iba nunca a ningún sitio [...]. En el Comité de defensa y en el GQG no había burocratismo de ningún género; eran organismos exclusivamente operativos. La dirección estaba concentrada en las manos de Stalin. Allí se adoptaban decenas de decisiones en una sesión»<sup>77</sup>. Stalin firma gran número de documentos sin leerlos, tal es su confianza en

<sup>76</sup> *Ibid.*, p. 36.

<sup>77</sup> G. KUMANIOV, *Riadom so Stalinym*, *op. cit.*, pp. 344-345. La entrevista con Jrulev fue publicada también en *Novaia i Noveichaia Istorija*, n.º 2, 1995.

el autor. En cuanto tenga la impresión de haber sido engañado o confundido, el responsable será castigado.

El 5 de enero, hace que el GQG dicte una directriz que concreta la enloquecida estrategia dictada el 10 de diciembre: los nueve frentes han de pasar al ataque, uno tras otro, a lo largo de una línea continua de 2.000 kilómetros, desde el lago Ladoga al mar Negro. Fija al Ejército rojo el quimérico objetivo de «no dejar respirar a los alemanes, empujarlos incesantemente hacia el oeste, obligarlos a agotar sus reservas antes de la primavera, cuando nosotros tendremos de nuevos efectivos importantes y ellos ya no los tendrán, ¡asegurando así el total aplastamiento de las tropas hitlerianas en 1942!»<sup>78</sup>. Ningún general se atreve a indicar que la tarea está por encima de las fuerzas del Ejército rojo.

Stalin sacrifica la población al improbable éxito de esta ofensiva preparada sin miramientos. Así, da la orden de apoderarse, después de destruirla, de Ryjev, una pequeña ciudad de 30.000 habitantes situada junto al Volga a 100 kilómetros de la capital: «Emplear las fuerzas de la artillería, los morteros, la aviación disponible en el sector y ahogar la ciudad de Ryjev en un diluvio de fuego, sin retroceder ante destrucciones considerables»<sup>79</sup>.

A finales de febrero, después de los primeros triunfos en el frente del centro, el Ejército se encuentra exhausto. Careciendo de municiones, ofrece el flanco a un contraataque relámpago de la Wehrmacht. A pesar de ello, el 2 de febrero de 1942, el general MacArthur telegrafía a Stalin: «Las esperanzas de la civilización descansan en las banderas del Ejército rojo». El 24 de febrero, Churchill felicita a Stalin por sus «ocho meses de una campaña que ha atestiguado la inmensa gloria de sus jefes»<sup>80</sup>. En Washington, Roosevelt promete a Molotov la apertura de su segundo frente en Europa en 1942. Entonces, Stalin decide sustituir la *Internacional*, himno de la Unión soviética (reservado al Partido desde ese momento), por un himno nacional cuya larguísima gestación sigue muy de cerca.

En febrero da luz verde a la creación de un Comité antifascista judío, tras haber descartado la idea de un comité internacional sugerida por los dos dirigentes del Bund polaco, Erlich y Alter, encar-

<sup>78</sup> *Velikaia, op. cit.*, t. I, p. 285.

<sup>79</sup> D. VOLKOGONOV, *Staline, op. cit.*, p. 380.

<sup>80</sup> *Correspondance secrète de Staline avec Churchill, Roosevelt, ..., op. cit.*, p. 44.

celados el 4 de diciembre de 1941 y fusilados después por culpa de esta idea demasiado internacionalista. El Comité, dirigido por Mijóels, el dinámico actor-director de cine y de escena del teatro yidish, debe desarrollar la propaganda a favor de la URSS y del Ejército rojo en los ambientes judíos del mundo entero. El objetivo se fija en mayo de 1942: obtener el dinero necesario para surtir al Ejército rojo de 1.000 tanques y 500 aviones.

Para responder al fracaso de su ofensiva suicida, Stalin reanuda la caza a los chivos expiatorios. Manda fusilar a siete oficiales superiores y retira el favor al mariscal Kulik, al que el 12 de noviembre había enviado a la península de Kertch en Crimea. Kulik se ve obligado a contar con un adjunto, Mejlis, vicecomisario de Defensa y jefe de la Dirección política del Ejército rojo, que se había hecho fotografiar en la postura de Napoleón, con la mano derecha dentro de la guerrera. Sus bravuconas instrucciones (no retroceder ni un palmo) habían permitido a la Wehrmacht cercar a 40.000 soldados soviéticos; sin órdenes de Stalin, Kulik había preparado un plan de evacuación, a pesar de la oposición de Mejlis, dispuesto a dejarlos morir. El 26 de enero de 1942, en una nota a Stalin, Beria acusa a Kulik de haber entregado al enemigo una plaza capital, «por culpa de su estado de ánimo derrotista». Kulik se defiende ante Stalin que, el 12 de febrero, manda expulsarlo del Comité Central por desobediencia, ebriedad, estado de ánimo derrotista y dilapidación de los bienes del Estado, una decisión que mandará avalar por el Comité Central en enero de 1944.

En 1942, Stalin hace fusilar en total a treinta generales, tenientes generales y generales de división. Su desconfianza es constante: a primeros de mayo le informan de que la 5ª división de carros blindados ya no tiene comandante. «¡Ah!, exclama riendo sarcásticamente, ¿Liziukov está con los alemanes? ¿Ha desertado?»<sup>81</sup>. En aquellos momentos había aparecido en su tanque el cadáver de Liziukov, un antiguo deportado, liberado al principio de la guerra. También su viejo amigo Vorochilov le sirve de chivo expiatorio: lo deja vivir, pero le atribuye la responsabilidad de una larga lista de catástrofes. En nombre del Politburó, el 1 de abril dirige a los miembros del Comité Central y de la comisión de Control un documento iracundo en contra de Vorochilov en el que da rienda suelta

<sup>81</sup> D. ORTENBERG, *God 1942* (El año 1942), Moscú, 1988, p. 171.

a su odio. Recordando el desastre de la guerra de Finlandia, hace una exposición de sus pruebas de ineptitud: «El Ejército rojo carecía de morteros y de armas automáticas, no tenía datos exactos sobre el número de aviones y tanques ni había previsto las ropas de invierno necesarias para los soldados». Alude a su responsabilidad en el bloqueo de Leningrado y subraya el hecho de que cuando fue asignado el frente de Voljovo, decisivo para la defensa de esa ciudad, «se negó a aceptar la responsabilidad escudándose en que se trataba de un frente difícil»<sup>82</sup>. En resumen, Vorochilov es incompetente, cobarde e irresponsable. Stalin lo destina a un trabajo militar en retaguardia. La sanción es mínima ante las acusaciones, pero Vorochilov queda descalificado para siempre.

Al mismo tiempo que hace fusilar a oficiales, Stalin halaga a ciertos generales jóvenes, como Vlassov, miembros de esa generación ascendente a la que desea promocionar. Recibe en dos ocasiones a ese gran rodrigón servil que, con aires cortesanos, relata entusiasmado a su mujer la primera entrevista y a su amante, la segunda. Describe así su felicidad a la primera: «Me ha convocado el más grande y principal jefe [...], hemos hablado durante toda una hora y media. [...]. Me ha preguntado dónde estaba mi mujer y se ha interesado por mi salud. Solo él es capaz de hacer eso, ÉL, que nos lleva de victoria en victoria. Con él, acabaremos con esa gentuza fascista»<sup>83</sup>. Después de la segunda entrevista comparte con su amante, en términos similares, la «gran felicidad» que siente. «Una vez más me ha mandado llamar al hombre más grande del mundo [...]. Me ha elogiado delante de todo el mundo. Y ahora, no sé cómo justificar la confianza que ÉL ha puesto en mí»<sup>84</sup>. En efecto, la carrera de Vlassov es ejemplar. Mientras Stalin liquidaba el cuerpo de oficiales surgidos de la revolución, Vlassov ascendía regularmente. En su expediente figura: «Trabaja mucho en la liquidación de los restos de sabotaje en las unidades». Eso significa que denunció y entregó a la NKVD a compañeros suyos. En junio de 1942, Vlassov, capturado por los alemanes, consideraría al Führer como su nuevo gran hombre, vestiría el uniforme de la Wehrmacht, formaría el Ejército llamado, en serio, de liberación rusa y expresaría su deseo de comba-

<sup>82</sup> *Istochnik*, n.º 5, 1995, p. 41.

<sup>83</sup> Cartas de A. Vlassov, *Istochnik*, n.º 4, 1998, p. 105.

<sup>84</sup> *Ibid.*, p. 106.

tir junto a la Wehrmacht para liquidar el bolchevismo. En su primera proclamación del Comité ruso, fundado por él, se propondrá «derribar a Stalin y a su camarilla».

La segunda ofensiva alemana, desencadenada en abril de 1942, está dirigida contra Baku y su petróleo. La Wehrmacht toma Jarkov, Sebastopol, Rostov, Kirtch, Crimea, llega al Cáucaso, penetra en Kalmukia, en Tchechenia, en Balkaria, y alcanza las estribaciones del Cáucaso. Stalin, angustiado, a finales de abril convoca a Baibakov, vicecomisario de Energía, y le plantea un ultimátum: «Hitler se abalanza hacia el Cáucaso. Ha declarado que, si no se apodera del petróleo del Cáucaso, perderá la guerra. [...] Te lo aviso: si los alemanes consiguen una sola gota de petróleo, te fusilaremos». Baibakov podría volarlo todo, pero Stalin le advierte: «Si destruyes las instalaciones y los alemanes no llegan hasta ellas, y nos quedamos sin carburante, te fusilaremos también»<sup>85</sup>. Los alemanes no tomaron Baku y Baibakov, que no había minado las instalaciones petrolíferas, salvó el pellejo.

A primeros de marzo, la Wehrmacht lanza un ataque a lo largo del golfo de Theodossia en Crimea oriental derrotando a las fuerzas soviéticas dos veces superiores en número. Tras haber despachado a Budionny a la península, envía precipitadamente a Mejlis que, después de un año de guerra y a pesar de ser un gran estratega, multiplica las denuncias. En cuanto llega a Crimea, abruma a Stalin con telegramas en los que denuncia la ineptitud del comandante del frente, Kozlov, aparentemente superado por los acontecimientos. Sus denuncias no frenan el avance alemán pero, por su cobarde impotencia, irritan a Stalin que le reprocha mantenerse «en la extraña actitud de un observador ajeno, que no se responsabiliza del problema del frente de Crimea. Es una actitud muy cómoda, pero completamente repugnante»<sup>86</sup>. Seis meses antes, Stalin no habría escrito esas líneas. La experiencia de la guerra ha modificado su comportamiento: considera la denuncia –en los otros– un medio demasiado fácil de eludir las responsabilidades. El 20 de mayo, al cabo de doce días, la Wehrmacht se apodera de Crimea: el Ejército rojo ha perdido 176.000 hombres, 347 tanques, 3.476 cañones y

<sup>85</sup> Troud, 23 de febrero de 1995.

<sup>86</sup> I. RUBTSOV, *Alter ego Stalina*, op. cit., pp. 226-227, en francés en D. VOLKOGONOV, *Staline*, op. cit., p. 353; G. JUKOV, *Vospominania i Razmyshlenia*, op. cit., t. 2, p. 85.

morteros y 400 aviones. Es el desastre. Stalin destituye a Mejlis, degradado al simple grado de comisario de cuerpo, así como, de golpe, a los cinco generales comandantes en jefe.

Aún no había tenido tiempo de reponerse, cuando una operación cuyas modalidades habían sido establecidas por él, resultó ser un fiasco: el 12 de mayo, los VI y LVII ejércitos lanzaron una ofensiva sobre Jarkov. Después de un breve éxito inicial, la frenó un contraataque alemán. Entonces, Timochenko propuso interrumpir una ofensiva tan mal planteada. Stalin se negó. Jruschov, comisario político del frente, le telefoneó para plantearle la misma posibilidad. Malenkov descolgó el auricular y Stalin se negó a hablar haciéndole contestar que no había ningún cambio. El 30 de mayo, los dos ejércitos soviéticos fueron rodeados y aniquilados: 230.000 soldados muertos o hechos prisioneros, 775 tanques destruidos y más de 500 piezas de artillería y de morteros cayeron en manos del enemigo. Stalin reacciona con una burda desinformación. El 31 de mayo, el Buró soviético de información anuncia que la ofensiva desencadenada en dirección a Jarkov no trataba de tomar la ciudad, sino de prevenir una ofensiva alemana y que «se había cumplido el propósito esencial fijado por el mando soviético». En el papel, transforma la derrota en victoria multiplicando por dos las pérdidas alemanas y dividiendo por dos las soviéticas.

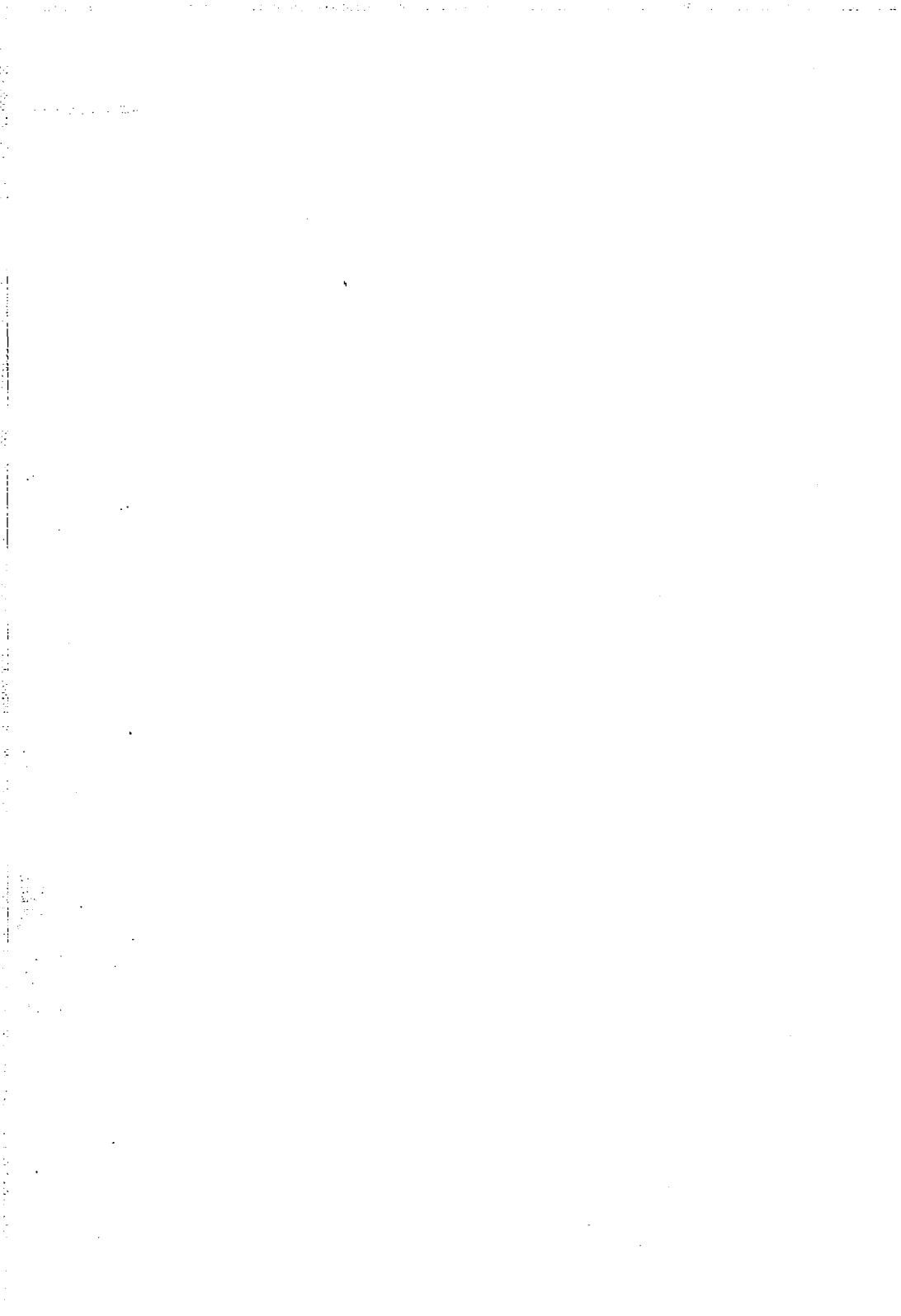
Estos repetidos desastres inducen a Stalin a endurecer aún más las medidas disciplinarias. El 28 de julio de 1942 firma la orden 227, leída pero no publicada, en todas las unidades del Ejército rojo. Ante el avance alemán, escribe Stalin, «una parte de las tropas del frente sur, arrastrada por los alarmistas, ha abandonado Rostov y Novotcherkassk sin una resistencia seria y sin órdenes de Moscú, cubriendo de vergüenza sus estandartes». Denuncia la política de la retirada estratégica y de la tierra quemada que atribuye a ciertos mandos del frente «unos incompetentes que se consuelan diciendo que podemos continuar retrocediendo hacia el este, pues somos dueños de un extenso territorio, mucho terreno, una población numerosa, y que siempre tendremos pan en abundancia. Semejantes planteamientos, falsos y engañosos, solo aprovechan a nuestros enemigos». Después de hacer la lista de las pérdidas en territorios y en recursos, Stalin termina: «Retroceder más lejos significa perecer uno mismo y hacer perecer a nuestra patria». Así pues, ordena: «¡Ni un paso atrás! ¡Esa ha de ser ahora nuestra consigna principal!».



Luego atribuye las retiradas a los «comandantes, comisarios e instructores políticos, cuyas unidades y formaciones abandonan sus posiciones [...] a los alarmistas [...] que inducen a los otros combatientes a retroceder y abrir el frente al enemigo», y termina: «Los alarmistas y los cobardes deben ser exterminados al momento»<sup>87</sup>. Stalin renueva su decisión de septiembre de 1941 sobre la formación de destacamentos de contención, colocados exactamente detrás de las unidades combatientes y cuya tarea, «en caso de pánico y de retirada desordenada de las unidades, consistirá en fusilar en el sitio a los alarmistas y a los cobardes» en cuestión.

---

<sup>87</sup> *Velikava, op. cit.*, pp. 505-507, extensos resúmenes en francés en D. VOLKOGONOV, *Staline, op. cit.*, pp. 386-387.



## Capítulo XXVII

### STALINGRADO

En el frente suroeste, bajo un cielo de fuego y en medio de un polvo acre, la Wehrmacht rechaza incesantemente al Ejército rojo hacia Stalingrado, la antigua Tsaristyn, una enorme ciudad de rápido crecimiento cuyas fábricas y barrios obreros se extienden a lo largo del Volga en más de 30 kilómetros. En *Las Trincheras de Stalingrado*, el ex-teniente Victor Nekrassov recuerda ese desastre que, en medio de los aullidos de los claxon, mezcla camiones y soldados medio desnudos entre las ruedas, radiadores, carrocerías, cadáveres de caballos hinchados, árboles tronchados y coches volcados. Un soldado, postrado, enumera las catástrofes: «Ya no hay Ucrania ni Duban, por lo tanto no hay trigo. Ya no hay Donbass, por lo tanto no hay carbón. Baku está cortado. ¿El Dniesperstroï? Volado. Miles de fábricas en manos de los alemanes [...]. La línea de comunicación con el Volga, prácticamente cortada. ¿Os dais cuenta del recorrido que tiene que hacer ahora el petróleo de Baku?»<sup>1</sup>.

Stalin pide ayuda a los aliados, que le inundan de buenas palabras. Se enfada y, el 23 de julio de 1942, sermonea a Churchill: «El gobierno soviético no puede aceptar la demora hasta 1943 de la apertura de un nuevo frente en Europa»<sup>2</sup>. En efecto, la situación del Ejército rojo, que retrocede en el Cáucaso y en el Volga, es desesperada, pero los aliados le dan largas y su tono «categórico» no influye en nada. Churchill llega a Moscú el 12 de agosto de 1942. Al entrar en el despacho de Stalin, Berejkov oye cómo le dice a Molotov: «De esta entrevista no hay que esperar nada bueno»<sup>3</sup>. De todos modos, Stalin despliega todos los recursos de seducción para uso externo. Brutal con los suyos, puede, según Berejkov, «desplegar un talento para la persuasión reservado a los

<sup>1</sup> V. NEKRASSOV, *Dans les tranchées de Stalingrad*, Paris, 1948, p. 105.

<sup>2</sup> *Correspondance secrète*, t. 1, p. 72.

<sup>3</sup> V. BEREJKOV, *Kak ja stal perevotchikom Stalina*, op. cit., p. 312.

extraños [...]. Era claramente un gran actor, capaz de fabricarse una imagen de persona encantadora, modesta, incluso un poco simple»<sup>4</sup>. Churchill le felicita por el brillante comportamiento del Ejército rojo. Stalin insiste en el carácter dramático de la situación y en que «no puede asegurarle que los rusos sean capaces de resistir una nueva presión de los alemanes». Churchill le tranquiliza: al carecer de una aviación poderosa, «los alemanes no podrán iniciar una nueva ofensiva sobre la línea de Voronej»<sup>5</sup>. Stalin se queja de que Hitler podrá intentar romper el frente a causa de su alargamiento.

Stalin ennegrece inútilmente la situación, pues el mismo Churchill aborda la posibilidad de un nuevo frente en Europa, aunque niega rotundamente que se pueda abrir en ese mismo año. Pero, dice, se puede abrir en otro punto, y alude a «los preparativos de una operación de gran envergadura en 1943», que será demorada una vez más. Y añade que las tropas inglesas no están preparadas para el combate. Un ejército solo se curte y se temple en la prueba de fuego, replica Stalin, que indica que Inglaterra no se ha movido para ayudar a Polonia ni ha reaccionado ante la anexión de Dinamarca y Noruega por parte de Hitler. El planteamiento de Churchill sobre el proyecto de desembarco de tropas americanas e inglesas en África del norte relaja un poco el ambiente. Stalin adivina incluso algunos aspectos positivos, pero la amargura engendrada por la negativa de un desembarco en Francia domina el final de la conversación<sup>6</sup>. Incluso el banquete que ofrece a Churchill —que desconfiadamente se había atiborrado de sándwiches británicos en el avión— no rompe la rigidez que reina entre ambos. Stalin reta a vino y a vodka al gran bebedor inglés. El mariscal del ejército del aire, Gologanov, asiste inquieto al encuentro. Al final del festín, cuando la delegación británica arrastra a Churchill a su habitación, Stalin se dirige a Gologanov refunfuñando: «¿Por qué me miras así? No tengas miedo, no voy a disolver Rusia en alcohol, pero mañana él se va a debatir como un diablo en agua bendita»<sup>7</sup>.

El 23 de agosto de 1942, mientras el Ejército rojo se retira hacia el Cáucaso, Beria creaba una red de campos especiales destinados a

<sup>4</sup> *Ibid.*, pp. 217-218.

<sup>5</sup> *Ibid.*, pp. 312-314.

<sup>6</sup> *Ibid.*

<sup>7</sup> *Slovo*, 1994, n° 9-10, pp. 50-51.

desenmascarar a los prisioneros «desertores, espías y otros elementos dudosos entre los soldados de las divisiones del Ejército rojo [...] que retrocedan [...], a detenerlos [...], a presentar en contra suya expediente reglamentario y transferirlos a la justicia». Todos los que retrocedieran eran sospechosos. Los soldados rehabilitados por la investigación volvían inmediatamente al frente. Por término medio, uno de cada tres era declarado culpable. A través de una nueva decisión del gobierno, el 24 de noviembre de 1944, Stalin confirmaría la existencia de aquellos campos especiales de infiltración a través de una nueva decisión del gobierno: dichos campos alojarían a todos los soldados soviéticos capturados por los alemanes donde serían sometidos a un estricto control, especialmente los oficiales y los suboficiales.

El 23 de agosto, los aviones de la Luftwaffe dejan caer sobre Stalingrado miles de bombas incendiarias en sucesivas oleadas que deshacen los muros de ladrillo y los tejados de las oficinas, hacen arder las casas de madera y revientan los inmuebles de hormigón. El incendio arrasa la ciudad, ahogada en nubes de polvo y cenizas. Stalin se niega a autorizar la evacuación de los miles de civiles, mujeres y niños refugiados en los sótanos y en los agujeros de las bombas o todavía apiñados, implorantes, en la orilla derecha del río: sería para él el primer acto de una capitulación inaceptable. El 3 de septiembre, los IV y VI ejércitos blindados de la Wehrmacht cierran el anillo en torno a Stalingrado, cercada así al norte, al oeste y al sur, y defendida por 40.000 soldados extenuados. Si cae Stalingrado, la ruta a Moscú queda abierta. Es el comienzo de un infierno de cinco meses, el primer acto de una refriega salvaje que los alemanes calificaron de «combate de las ratas». Stalin, amenazador, interpela por teléfono a Jruschov, comisario político del frente: «¿Qué significa el comienzo de evacuación de la ciudad?»<sup>8</sup>. Jruschov balbucea que la información es falsa: debe entablar batalla a cualquier precio.

El Volga está bajo el fuego de la artillería alemana. Entre dos salvvas de obuses, la Luftwaffe ametralla los transportes de tropas y de víveres y hunde la mayor parte de las balsas y las barcasas que tratan de cruzar el río. Los oficiales de la NKVD y los comisarios políticos lanzan a los soldados al asalto al grito de: «¡Por la Patria! ¡Por Sta-

<sup>8</sup> *Slovo*, 1994, n.º 9-10, pp. 50-51.

lin!». Un soldado poeta resume acertadamente sus sentimientos en un breve terceto:

*Para ser sincero, en las trincheras  
Lo último que teníamos en la cabeza  
Era a Stalin<sup>9</sup>.*

Las tropas especiales de la NKVD, apostadas detrás de los combatientes, abatían con ametralladora o con disparos de revólver a los soldados que retrocedían o evitaban el enfrentamiento, así como a los desertores, a los civiles que intentaban huir hacia las líneas alemanas e incluso a los niños sospechosos de llevar agua a los alemanes. El historiador inglés Anthony Beevor cita la cifra de 13.500 soldados soviéticos fusilados por esas tropas especiales. Pero el terror no basta, lejos de ello, para explicar el encarnizamiento de miles de oficiales y soldados para quienes Stalingrado es el combate de la última oportunidad y que tratan de detener a la Wehrmacht a cualquier precio en el campo de batalla en ruinas. Casi a diario, las tropas alemanas avanzan inexorablemente algunos metros hacia los objetivos vitales: la fábrica de tractores, la fábrica Barricadas, la fábrica Octubre rojo, la estación central, el silo de grano —en ruinas—, y la llamada colina Kurgan de Mamai, adosados al Volga. Stalin y Jukov exigen al general Ieremenko, comandante del frente, que desencadene un contraataque imposible. Ieremenko lanza a sus tropas, renovadas diariamente por los refuerzos que han sobrevivido a los obuses alemanes y a los ametrallamientos de los Messerschmitt, al asalto de las posiciones alemanas atrincheradas.

A partir de octubre, la Wehrmacht se encuentra solo a 150 metros del Volga, frente a esas fábricas reducidas a un tejido de armazones agujereados. Stalin autoriza a Ieremenko y a Jruschov a instalar el QG del frente en la orilla izquierda del Volga, mientras el general Tchuikov, comandante del LXII ejército soviético, permanece en la margen derecha frente a las líneas alemanas. El 2 de octubre, la Luftwaffe bombardea los depósitos de carburante del Ejército rojo; la explosión provoca un incendio gigantesco. En medio de un torbellino de humo, cenizas y polvo, los combatientes, atrincherados entre las ruinas, luchan con granadas, con bayonetas y con puñales en cada zanja, en cada palmo de ruinas, en los escom-

<sup>9</sup> N. JRUSCHOV, *Souvenirs, op. cit.*, p. 389.

bro donde se atascan los tanques... En aquel feroz cuerpo a cuerpo, los infantes soviéticos ametrallaron un día a sus propios pilotos, que habían saltado en paracaídas de sus bombarderos abatidos como en una exhibición por los cazas germanos. Los heridos, apilados precipitadamente en las orillas, agonizan entre estertores, sin agua, sin medicamentos, sin cuidados. Por la noche, las ratas roen los cadáveres que yacen entre las líneas, mientras que los civiles escondidos les disputan los restos de alimentos o buscan desesperadamente algo de agua contaminada. La orden, dada por Stalin el 5 de octubre, de recuperar las posiciones conquistadas por los alemanes a un paso del Volga es irrealizable, pero los soldados soviéticos se aferran desesperadamente a cada agujero y a cada montón de escombros para impedir que la Wehrmacht alcance el río.

Jukov y Vassilevski elaboran un plan de contraofensiva llamada operación Urano y aceptado por Stalin. En esta época, Vassilevski advierte el cambio que percibe en su comportamiento respecto a la guerra: Stalin ya no trata de verificar sistemáticamente cada detalle, de decidirlo todo y de pisotear a los generales. El 8 de noviembre, en su discurso anual en Munich, Hitler anuncia a un montón de entusiasmados dignatarios nazis que sus tropas han tomado una localidad que no nombra, situada «en un punto concreto del Volga, una ciudad determinada, equipada con un puerto gigantesco de transporte. Yo quería conseguirla y ¿sabéis?, ya la tenemos»<sup>10</sup>. El supersticioso Hitler acertó al no nombrar la ciudad. En efecto, el 22 de noviembre de 1942, el Ejército rojo rodea en Stalingrado a los 300.000 hombres de Von Paulus. Es el principio del fin. La Luftwaffe pretende alimentar a sus soldados por medio de un puente aéreo, pero la DCA soviética derriba sus aviones como si fueran gorriones: 264 en el mes de diciembre, prácticamente diez diarios de media. Los soldados alemanes hambrientos, comidos de piojos, sin refugios, sin leña para calentarse, sin botas y muy pronto sin armas, machacados por la artillería soviética, forman poco a poco un ejército de fantasmas a los que, entre sonoras arengas desde el interior de su bunker, Hitler invita al heroísmo y al sacrificio.

<sup>10</sup> Citado por Antony BEEVOR, *Stalingrad*, p. 178. Citemos que Stalin, en el compendio de poesía que debía aparecer en la primavera de 1943 y del que trataremos más adelante, hizo suprimir un poema titulado «Dos palabras» que terminaba con el eslogan «¡Por Stalin. Por la Patria!», «Stalin censor», *Literaturnaa Gazeta*, 19 de noviembre de 1997.

Las obligaciones militares no impiden a Stalin seguir hasta en sus menores detalles con mirada atenta, aunque intermitente, la política interior. Así, a mediados de enero de 1943 recibe un ejemplar de la *Poesía soviética rusa (antología 1917-1942)*. Después de examinarlo, ordena la destrucción de absolutamente todos los ejemplares. Stalin había tachado cuatro versos de un poema de Pasternak sobre Lenin y dos versos de «Rusia» de Selvinski: «¡Oh, Rusia, amo tus pájaros/tus grajos, razonables como lugareños»<sup>11</sup>.

Aparentemente, comparar con grajos a los campesinos soviéticos es un insulto. Stalin manda reeditar el volumen con los cortes adecuados. Desaparecen igualmente cuatro poemas, uno de ellos dedicado al eslogan: «¡Por la patria! ¡Por Stalin!», un canto de gloria en su honor, y el prólogo de la obra donde se citaba cuatro veces a Stalin y se le celebraba como tema poético<sup>12</sup>. Ese afán por el control absoluto de la vida intelectual soviética, subordinada por el momento a las exigencias de la guerra, alcanzará su apogeo a partir de 1946.

En la primavera de 1942, Stalin reflexiona ya sobre las medidas a favor de la casta militar. Manda llamar a Jrulev y le ordena que haga dibujar un boceto de uniforme especial para uso de los regimientos de la guardia que se propone reconstituir; ese uniforme lucirá charreteras. Un día se pregunta: ¿y qué aspecto tendrán los regimientos que no las luzcan? Durante toda la mitad del año 1942, Jrulev —el jefe del frente de retaguardia, es decir, de las tropas de reserva, encargado, pues, de múltiples tareas urgentes— elabora tres bocetos sucesivos de charreteras diferentes para los soldados rasos, los oficiales y los generales... ¡y adaptadas a los distintos tipos de ejército! Stalin introduce corrección tras corrección, hasta el punto de persuadir a Jrulev de que trata de diferir la decisión el mayor tiempo posible.

El 2 de octubre suprime el cuerpo de comisarios políticos, odia-do por los oficiales. En noviembre, crea para los oficiales las Órdenes de Sovorov, Kutuzov —famosos generales zaristas— y Alexandr Nevski. Para los oficiales ucranianos crea la Orden de Bogdan Jmel-

<sup>11</sup> G. BUCHHEIT, *Hitler, chef de guerre, op. cit.*, p. 260. Antony Beevor da una versión más evasiva de la frase de Hitler: «Yo quería tomar esta ciudad»... «y prácticamente es cosa hecha». «Ya no queda por tomar más que un trocito», *Stalingrad*, París, De Fallois, 1998, p. 217. Ian Kershaw da la misma versión que Pert Buchheit: «Yo quería tomarla [...] y no la tenemos», *Hitler*, París, Flammarion, 2000, t. 2: 1936-1945, p. 781.

<sup>12</sup> «Stalin-censor», art. cit., 19 de noviembre de 1997.



nitski, el antiguo atamán cosaco del siglo xvii, pro-ruso y gran verdugo de judíos. Crea nueve escuelas Suvorov de cadetes que copian las del Antiguo Régimen; allí aprenden los oficiales el culto del honor militar, los buenos modales e incluso la mazurca...

A primeros de enero, Jrulev insiste en recibir una respuesta a sus proyectos de charreteras y de uniformes. Stalin le manda llevar los modelos, los observa, llama a Kalinin y, para librarse de responsabilidades, se los muestra añadiendo: «Camarada Kalinin, Jrulev nos propone restaurar el Antiguo Régimen». Kalinin estudia los modelos, y luego se pronuncia a favor, siempre que ese uniforme complazca a los jóvenes. Aunque, dice, los hombres de su misma generación se acuerden del Antiguo Régimen, al que recuerda ese uniforme, «para muchas personas no significa nada». Stalin finge asombro: «¡Cómo, incluso tú, camarada Kalinin, estás por el Antiguo Régimen!»<sup>13</sup>. Kalinin se mantiene en su actitud. El 6 de enero, un decreto restablece las charreteras. Unos días después, Stalin invita a cenar a ambos en su apartamento del Kremlin. Durante la cena, Kalinin cuenta que, en el transcurso de la guerra civil, Lenin le había enviado a una región en la que los campesinos se negaban a entregar el trigo; dijeron que estarían dispuestos a hacerlo con la condición de que no se tocara a sus popes ni a sus iglesias. De regreso a Moscú, Kalinin contó la conversación a Lenin que le prometió «prohibir cerrar las iglesias y perseguir a los popes». La anécdota es dudosa, pero Stalin, que ha escuchado atentamente, comenta: «Este tema no ha perdido interés. Los izquierdistas nos han perjudicado mucho en las cuestiones religiosas. Solo se puede vencer a la religión con la educación de las gentes, y no con medidas administrativas; por eso, el tema de las iglesias sigue sin perder su importancia»<sup>14</sup>. Y lo demostrará muy pronto. A partir del 31 de julio, el Secretariado del Comité Central interrumpió «provisionalmente» (en realidad, definitivamente) la edición del periódico *El sin-Dios*, cuyo redactor-jefe, Ioroslavski, muere al comienzo de 1943<sup>15</sup>.

En Berlín, un oficial ruso del ejército Vlassov, el coronel Sajarov, percibe la importancia de ese cambio nacionalista. En febrero de 1943 dirige al Estado Mayor de la Wehrmacht un memorándum en

<sup>13</sup> *Ibid.*

<sup>14</sup> G. KUMANIOV, *Riadom so Stalinym*, op. cit., pp. 367-368.

<sup>15</sup> *Ibid.*, pp. 369-370.

el que afirma: Comprendiendo el desinterés de los rusos por la revolución mundial, Stalin ha reemplazado la propaganda revolucionaria por la idea nacional rusa, «ha dejado a los judíos en segundo plano», ha suprimido los comisarios políticos, ha restaurado los uniformes, las graduaciones y las antiguas órdenes históricas. Una vez logrado ese nacionalismo, escribe, el soldado soviético se sentirá impulsado a luchar «por su patria contra la ocupación extranjera»<sup>16</sup>. Sajarov olvida que la «propaganda revolucionaria» había desaparecido a partir de la firma del pacto germano-soviético. Por otra parte, sus observaciones subrayan la amplitud del giro nacionalista.

---

<sup>16</sup> CRCEDHC, fondos 17, inventario 116, acta n° 98 (reuniones del secretariado del 25 de junio al 13 de septiembre).

## Capítulo XXVIII

### LA OLA ROJA

El 9 de enero de 1943, durante una conferencia de instructores políticos, Mejlis resume el contenido de las directrices de la GQG para el año que comienza: «Siguiendo las indicaciones del camarada Stalin, el año 1943 debe ser el año de la derrota total de los invasores alemanes»<sup>1</sup>. Este optimismo aún es prematuro.

Roosevelt y Churchill se reúnen en Casablanca a mediados de enero de 1943. Stalin, invitado, se niega a acudir, poniendo como excusa la batalla que se desarrolla en Stalingrado. Le da miedo marchar tan lejos, al extranjero, y más todavía, viajar en avión. El 27, los dos políticos le informan de los resultados de la conferencia en la que han exigido la rendición incondicional de Alemania, cerrando así la puerta a cualquier eventual negociación por parte de Stalin. Al mismo tiempo le confirman la imposibilidad de abrir un segundo frente en Francia. A cambio, le aseguran su decisión de «no ahorrar esfuerzos para enviarle ayuda material»<sup>2</sup>, llevando hasta el límite la división del trabajo entre los proveedores de cañones y los proveedores de carne de cañón. Devuelven a Stalin su táctica de 1939, cuando esperaba que Alemania, Inglaterra y Francia se gastaran en una guerra de larga duración. Los aliados quieren ayudar a la URSS a vencer a la Alemania hitleriana permitiendo que esta desangre a su vencedor.

El 31 de enero de 1943 señala un giro decisivo en la guerra: von Paulus se rinde en Stalingrado con sus 91.000 supervivientes alemanes esqueléticos, con las manos, los pies o las narices congeladas. En noviembre de 1941, la batalla de Moscú había marcado el fracaso

---

<sup>1</sup> Mejlis repite una declaración de Stalin en la que a finales de diciembre invita a A. Chetchebakov, jefe de la Dirección política del ejército, a que explique a los soldados: «El año 1943 debe marcar el final de las canalladas fascistas». (Esas dos declaraciones en D. VOLKOV, *Staline, op. cit.*, t. 2, p. 307.)

<sup>2</sup> *Correspondance secrète, op. cit.*, t. 1, p. 126. Los dos hombres dan pruebas de idéntico optimismo que Stalin, pues escriben que las operaciones conjuntas de los aliados «muy bien podrían obligar a Alemania a rendirse en 1943» (*Ibid.*).

so de la *Blitzkrieg* y la batalla de Kursk, en 1943, marcará el final del reinado de los carros blindados alemanes, pero en la mente de millones de hombres es en esta ciudad en ruinas del Volga donde se anuncia la derrota definitiva de los ejércitos nazis.

Stalingrado servirá para crear la imagen de un Stalin poderoso estratega. Esta ciudad, que no visitó jamás en el transcurso de la guerra, desempeñará un papel tan decisivo en su carrera como cuando, veinticinco años antes, se llamaba Tsaritsyn. Allí aprendió Stalin a mandar, a exigir, a coaccionar, a amenazar, a castigar, a actuar como un jefe a pesar de sus fracasos. En 1943, Stalingrado le proporcionó el papel de señor de la guerra y la victoria le dio una seguridad nueva ante sus propios generales y ante los aliados. A partir de entonces, fue realmente el Comandante supremo. Y lo manifiesta con absoluta claridad: al día siguiente de la rendición de von Paulus hace público ese título mantenido en secreto hasta entonces. Y cinco semanas después, el 6 de marzo de 1943, se nombra mariscal. A partir de entonces, viste sistemáticamente el uniforme de mariscal que se hace confeccionar a medida.

Su biografía oficial da a esas cualidades de estrategia una descripción lírica, cuyo principal pasaje (en cursiva) añadió de propia mano: El camarada Stalin ha elaborado y llevado a cabo magistralmente una nueva táctica de maniobra, *una táctica de penetración coincidente del frente del adversario en distintos sectores destinada a impedir que el adversario reúna sus reservas en un solo punto, y la táctica de la penetración diferenciada del frente del adversario en varios sectores; las penetraciones se suceden una tras otra, obligando al adversario a perder tiempo y fuerza en el reagrupamiento de sus tropas [...]*. El camarada Stalin adivinaba y exponía los planes del enemigo con una perspicacia genial»<sup>3</sup>.

En un pasaje enteramente censurado en la época de Brezhnev, Jukov expresa un juicio mucho más severo, aunque ponderado, sobre el mando definido por Stalin. Indica que, hasta Stalingrado, Stalin ¡se orientaba con dificultad en el terreno de la estrategia militar, de la organización de sus ejércitos y de las operaciones en el frente! En resumen, el ámbito de su competencia era más que limitado. Su ignorancia tuvo unas consecuencias aún más dramáticas, pues al principio de la contienda basaba sus decisiones en la experiencia,

<sup>3</sup> *Izvestia TSK, KPSS*, nº 9, 1990, p. 126.

escasa por otra parte, de la guerra civil. Por ejemplo, se mostraba muy poco interesado en los reconocimientos aéreos. Durante todo el conflicto, la Unión soviética no dispuso jamás de una buena aviación de reconocimiento.

Así, a lo largo de los dieciocho primeros meses, su incompetencia, duplicada por una seguridad en sí mismo a toda prueba, costó muy cara a la Unión soviética y a su ejército. Hasta Stalingrado, continúa Jukov, no demostró más que un conocimiento superficial de la interacción de las diversas fuerzas armadas en la dirección de las operaciones, y por lo tanto fue incapaz de coordinar la actuación de la infantería, de la caballería, de los carros blindados y de la aviación, sin hablar de la marina. Y aún peor, ignorando al principio todas las complejas modalidades de la preparación de las operaciones en el frente, exigía frecuentemente «unos plazos de preparación y ejecución de las operaciones claramente irrealizables. A consecuencia de esas categóricas exigencias, aquellas operaciones solían estar mal preparadas e insuficientemente aseguradas; no solo no alcanzaban su objetivo, sino que acarreaban grandes pérdidas en hombres y en medios materiales»<sup>4</sup>. Su precipitación, su impaciencia, su desprecio de la vida humana le llevaba a sacrificar inútilmente divisiones enteras. Envía continuamente al fuego a las nuevas unidades recién movilizadas y sin preparación militar, y se encoleriza con los generales que intentan convencerle de que esos prematuros envíos al combate de unos soldados sin formación darán lugar a unas pérdidas superfluas; les reprende severamente: «Es inútil lloriquear... después de todo, es la guerra».

Su catastrófica dirección de las operaciones durante año y medio condujo al fracaso de las contraofensivas y provocó un derroche enorme de vidas humanas y de material valioso, lo que, en el primer año de la guerra, colocó a la URSS en situación de inferioridad. Por último, Stalin carecía de conocimientos vivos del frente y de los ejércitos en combate a los que no visitó jamás. «Adoptaba todas sus decisiones, dice Jukov, basándose en datos de sus suplentes, del Estado Mayor general, de los comandantes del frente y de los informes especializados»<sup>5</sup>. En cuatro años de guerra, Stalin hizo dos bre-

<sup>4</sup> G. JUKOV, *Vospominania i Razmychlenia*, op. cit., t. 2. El mariscal Voronov insiste, también él, en la brevedad de los plazos exigidos por Stalin (ver *Na sluzbe Voemoi*, Moscú, 1963, p. 175).

<sup>5</sup> *Ibid.*, t. 2, p. 113.

ves visitas al frente, unas visitas discretas e intrascendentes. La primera, a finales de octubre de 1941, cuando acudió de noche a la carretera de Volokolamsk, a unos veinte kilómetros al oeste de Moscú, donde se detuvo a varios kilómetros del frente, conversó con un comandante y regresó. Después de la guerra, a falta de fotografías, unas pinturas al óleo o unos montajes nos lo muestran frente a las líneas alemanas con los gemelos en la mano. Elabora, pues, unas estrategias de café. Clemenceau y Roosevelt tampoco visitaron jamás el frente, pero solo tomaban decisiones políticas.

¿Se explicaría su decisión de no visitar jamás ni una unidad en el frente por el temor a un atentado o a una bala perdida? Quizá, pero, en cualquier caso, Stalin no ve la utilidad de este género de visitas. Prolonga su comportamiento civil en el aspecto militar: a partir del 13 de febrero de 1928, no se ha desplazado por el país, excepto para disfrutar de sus vacaciones en Sotchi. Reina sobre una montaña burocrática de papeles, de informes y de denuncias, desde la que zanja, dicta resoluciones, exige, amenaza y sanciona. No le interesa la realidad viva; para él, solo cuenta su transcripción filtrada a través de los informes. Si se opone a sus órdenes, será por culpa de los saboteadores; si el Ejército rojo no obedece con éxito sus decisiones insensatas, será por incompetencia de los oficiales o por cobardía de la tropa. Actúa como piensa.

Por otra parte, Jukov atribuye a Stalin «el mérito de haber atendido a los consejos de los especialistas militares, completándolos, desarrollándolos y transmitiéndolos sin tardanza [...] a los ejércitos por medio de instrucciones, directrices y órdenes»<sup>6</sup>. El comisario de Marina, Kuznetsov, confirma que «al cabo de uno o dos años [...] estableció unos lazos más estrechos con los comandantes del frente. Escuchaba cada vez más sus opiniones»<sup>7</sup>. El mariscal Koniev subraya que, a partir de 1943, los planes de casi todas las operaciones se establecían en el frente, pero añade: «El Gran Cuartel General —es decir, Stalin— controlaba incluso el momento concreto en que debíamos dar a los tanques la orden de ataque. Evidentemente, de todo ello no salía nada bueno»<sup>8</sup>. El mariscal Bagramian hace una consta-

<sup>6</sup> *Ibid.*, p. 114.

<sup>7</sup> N. KUZNETSOV, «Antes de la guerra», art. cit., p. 153.

<sup>8</sup> I. KONIEV, «El año 1945», *Novy Mir*, n.º 5, 1965, p. 17. Esta frase no aparece en la edición de las memorias de Koniev en un volumen diferente (*Voennoe Isdatelstvo Ministretva Oborony*, Moscú, 1966). La idea subsiste solo en forma vaga.

tación casi idéntica, insistiendo en las cualidades demostradas por Stalin después de la batalla de Kursk. «No puedo por menos, dice, que recordar sus extraordinarias dotes de organizador, su memoria asombrosa, incluso fenomenal, su capacidad para captar rápidamente la esencia de tal o cual propuesta, de resumirla, generalizarla y sacar frecuentemente de ella unas decisiones correctas»<sup>9</sup>. Jukov insiste en sus grandes dotes de organizador<sup>10</sup>. El mariscal Vassilevski, jefe del Estado Mayor a partir de mayo de 1942 y vicecomisario de Defensa, se reuniría con Stalin más de doscientas veces durante la guerra. Subraya también sus grandes dotes de organizador, su enorme capacidad de trabajo y su excepcional memoria. También en su opinión, Stalin había cambiado a partir del otoño de 1942, pero en sus conversaciones con Simonov, Vassilevski afirma: «Captaba profundamente la esencia del problema y sabía sugerir una decisión militar [...]. Pero conmigo y con los demás era increíblemente grosero, insoportablemente grosero e injusto»<sup>11</sup>. Y Jukov añade que «montaba en cólera por simples detalles sin resolver»<sup>12</sup>. La humillación es su forma permanente de mandar.

La constatación es prácticamente general: al cabo de año y medio se ha producido en Stalin una transformación que le permite mejorar su modo de dirigir las operaciones, y que se traduce por un cambio en su comportamiento: se ha hecho más comedido, más tranquilo, más seguro de sí, menos irritable y menos colérico, a pesar de unos intermitentes accesos de ira. El aprendizaje ha sido costoso; han sido necesarios año y medio de reveses y de fracasos, y seis millones de muertos y de prisioneros para lograrlo. Además, el cambio no es completo: convencido poco a poco de que es preciso soltar las riendas a los jefes militares, controla todas las decisiones y convoca a cada paso a los mandos del frente, incluso en plena operación cuya dirección han asumido; el menor retraso le encoleriza. Jukov advierte otro rasgo del carácter de Stalin que resulta perjudicial ante la movilidad alemana: «No le gustaba modificar sus deci-

<sup>9</sup> *Ryadom so Stalinyu*, op. cit., p. 285.

<sup>10</sup> *Ogoniok*, nº 18, abril de 1988, p. 19. Jukov expresaba un juicio más severo en un discurso preparado para el pleno del Comité Central dedicado al culto a la personalidad de Stalin; el Comité no se reunió jamás. En aquel discurso no pronunciado afirmaba que «desgraciadamente» Stalin había organizado las operaciones militares (*Istochnik*, nº 2, 1995, pp. 143-156).

<sup>11</sup> G. KUMIANOV, *Ryadom so Stalinyu*, op. cit., p. 241; C. Simonov, «Glazami...», art. cit., pp. 83 y 85.

<sup>12</sup> G. JUKOV, *Vospominania i Razmyshlenia*, op. cit., t. 3, p. 247.

siones»<sup>13</sup>. Pero aquel «hombre de la espalda rígida» no está aquejado de rigidez física solamente. Caído en la trampa de su propio culto, admite difícilmente que se ha podido equivocar o que los acontecimientos desmienten sus pronósticos. Para que cambie, es preciso que le obliguen los hechos.

Siente un profundo respeto por el mariscal Chapochnikov, al que coloca a la cabeza del Gran Cuartel General en septiembre de 1941; es el único autorizado a fumar en su despacho. Esta complicidad se remonta a 1920, durante la guerra de Polonia; entonces, Chapochnikov había escrito contra «el jesuitismo de los polacos» en la revista militar que dirigía. Trotski, furioso ante su chovinismo, había suprimido la revista: dos razones para que Stalin lo apreciara. También estimaba a Vassilevski porque, en caso de desacuerdo, era capaz de exponer su propio punto de vista. Jukov enumera a otros diecisiete jefes militares, todos, en su opinión, estimados y respetados por el Comandante General. Pero esa lista es demasiado larga. Tito oyó un día a Stalin reprender groseramente por teléfono a uno de ellos, el mariscal Malinovski que, ante el estancamiento de sus tropas, reclamaba tanques: «Te duermes en tu rincón, te duermes [...]. Dices que no tienes tanques. Mi abuela no habría necesitado tanques para luchar. Ya es hora de que te muevas. ¿Has entendido?»<sup>14</sup>. Stalin maltrató en varias ocasiones a Vassilevski, que recuerda en sus Memorias un telegrama brutal fechado el 17 de agosto de 1943. Enfrascado en los duros combates del frente del Donbass, Vassilevski no había podido enviar antes de la media noche del 16 el informe cotidiano exigido al jefe de Estado Mayor. Stalin le dirigió el siguiente telegrama: «Ahora son las 3 h 30 del 17 de agosto, y no se ha tomado Vd. la molestia de enviar al GQG el informe sobre el resultado de la operación del 16 de agosto y sobre su apreciación de la situación [...]. Le prevengo de que si se permite Vd. olvidar una sola vez más su deber con el GQG, será cesado en sus funciones de jefe del Estado Mayor general y será excluido del frente»<sup>15</sup>. De este modo, ponía a dura prueba los nervios de todos sus colaboradores, subordinados, civiles y militares.

Disfruta maltratando a sus generales. Cuando, a pesar de sus brillantes servicios, releva del mando a Rokossovski, comandante

<sup>13</sup> *Ibid.*, t. 2, p. 291.

<sup>14</sup> V. DEDJER, *Tito parle*, París, Gallimard, 1953, p. 244.

<sup>15</sup> G. KUMIANOV, *Riadam so Stalnym*, p. 241, en francés D. VOLKOGONOV, *op. cit.*, p. 372.



del 1<sup>er</sup> frente bielorruso, no puede contener una risotada: «No somos niños de coro para las ofensas»<sup>16</sup>. Pero no tenía con ellos la misma actitud que con los «especialistas militares» de la guerra civil. Aquellos oficiales de 1941, sin pasado político, son sus subordinados y creación suya. Él había ascendido a aquellos jefes formados por su *Manual de historia* de 1938 y podía desplazarlos a su gusto. Además, traía al retortero a los titulares de los puestos de mando del mismo modo que movía a los secretarios de los comités regionales. Así, en cuatro años de guerra, cambió cuatro veces de jefe de Estado Mayor: Chapochnikov, Jukov, Vassilevski y Antonov. Y trasladó hasta diez veces a algunos mandos del frente y del ejército para castigar un fracaso, pero también para tenerlos en ascuas y recordarles sin cesar que es él quien manda. Acertadamente dice Volkogonov: «A menudo teníamos la impresión de que Stalin tomaba el teatro de las operaciones por un tablero de ajedrez en el que le resultaba muy grato desplazar continuamente las piezas y los peones»<sup>17</sup>.

A partir de la primavera de 1942, la despectiva brutalidad con la que los oficiales alemanes y las SS trataban a la población civil favoreció la aparición de un movimiento guerrillero en la retaguardia de la Wehrmacht, sobre todo, en Bielorrusia. En esta República asolada se reúnen en 1943 cerca de 350.000 hombres que sabotean los trenes y multiplican las incursiones contra la Wehrmacht inmovilizando varias de sus divisiones. Así controlan algunas zonas en las que crean un poder realmente soviético que descansa en la asamblea general de los habitantes. En el verano de 1943, Stalin pone orden, sometiendo el mando central de los partisanos instalado en Moscú al autoritario Ponomarenko, antiguo Primer Secretario del Partido en Bielorrusia.

La Wehrmacht retrocede en el frente del Cáucaso abandonándolo en la primavera. En marzo de 1943, Stalin exige la inmediata travesía de la Mancha, la llamada «Operación Overlord», vagamente prometida por la Gran Bretaña. El 6 de abril, Churchill le escribe: «Tengo plena conciencia de la pesada carga que soportan los ejércitos rusos»<sup>18</sup>, una carga que, desgraciadamente, le resulta im-

<sup>16</sup> G. JUKOV, *Vosminania i Razmyshlenia*, op. cit., t. 3, p. 175.

<sup>17</sup> VOLKOGONOV, *Staline*, op. cit., p. 374.

<sup>18</sup> *Correspondance secrète*, op. cit., t. 1, p. 161.

posible aliviar. El 5 de mayo, Roosevelt suspira: «Vds. están realizando un trabajo grandioso»<sup>19</sup>, al que no puede contribuir más que con el suministro de material. Los dos políticos acaban por prometerle, solo de palabra, la apertura de un segundo frente en Europa a lo largo del verano o del otoño de 1943; mientras tanto, Stalin siembra la investigación atómica americana de unos espías cuyos informes le dejan indiferente. Los aliados se limitarán a abrir el fantasma de un segundo frente desembarcando el 10 de julio en Sicilia, muy lejos de la frontera alemana. Churchill desea restablecer primero el control británico en el Mediterráneo.

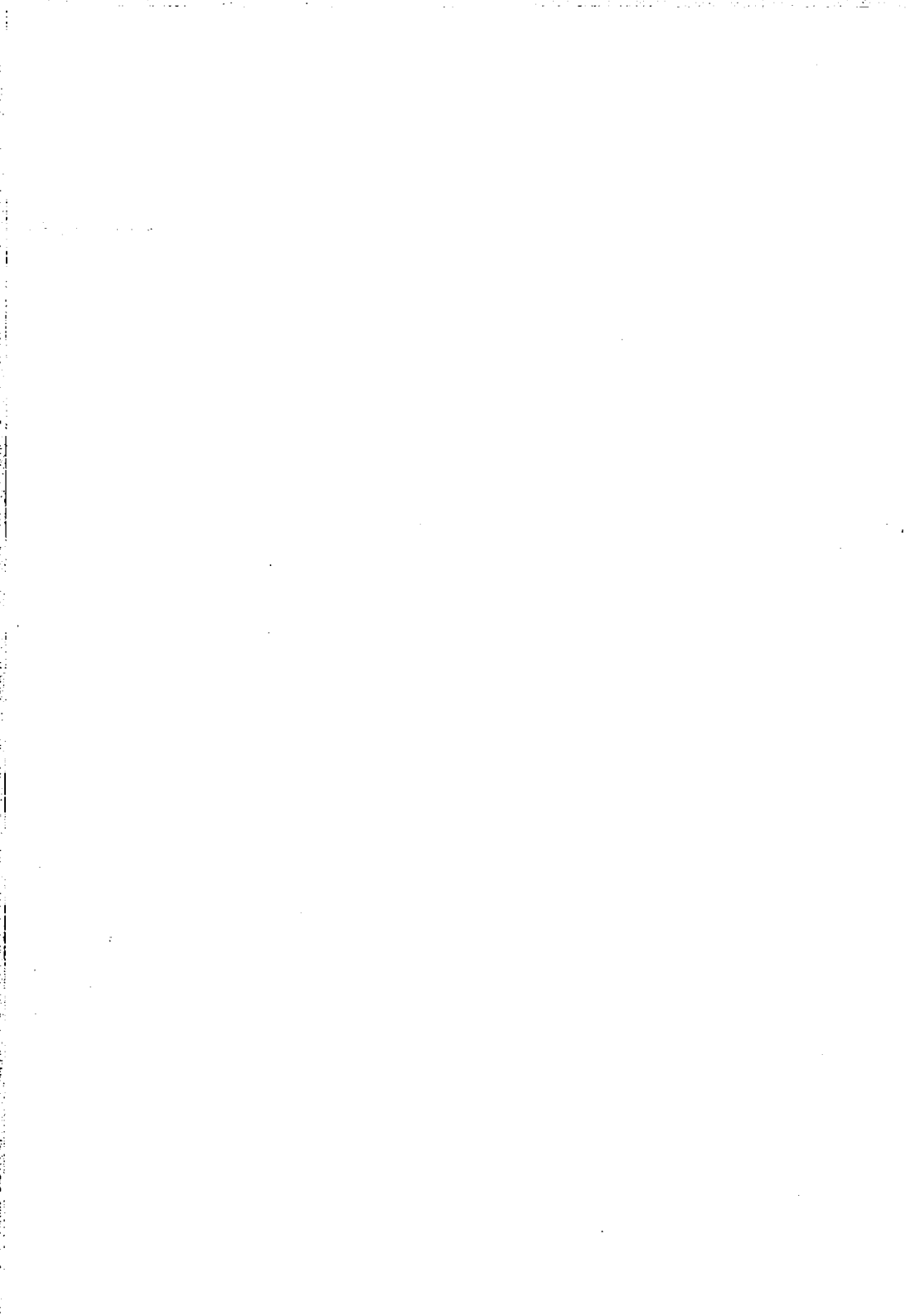
El 13 de abril de 1943, Radio Berlín transmite un descubrimiento sensacional: la carnicería de Katyn, donde yacen los cadáveres de los 4.500 oficiales polacos asesinados por la NKVD en 1940. Moscú lo niega y, contra toda evidencia, atribuye la masacre a la Wehrmacht. En una extraña coincidencia, el 14 de abril, Yakov Djugachvili, tras una increíble tentativa de fuga del campo de Sachsenhausen, cae abatido por los disparos de un guardián del campo, único testigo del hecho, detenido poco después por la Gestapo y enviado al frente ruso. En cuanto la noticia llega a Moscú, Stalin manda liberar a Iulia Meltzer, la mujer de su hijo, descargándola de toda responsabilidad en la «traición» de su marido. El intento de fuga y el asesinato de Yakov son inexplicables, hasta el punto de que un periodista ruso ha visto en ellos una puesta en escena para disimular el canje de Yakov por unos oficiales alemanes: ¡Stalin lo habría recibido una noche en el Kremlin y al día siguiente lo habría mandado matar! Si este folletín es increíble, no es menos enigmático el asesinato de Yakov, así como la fecha y la inmediata liberación de su esposa. Según la dirigente comunista española Dolores Ibarruri, llamada la Pasionaria, entonces refugiada en Moscú, en 1942, Stalin habría encargado a un español enviado al frente ruso, José Parra Moya –antiguo combatiente de la guerra de España infiltrado en la franquista División Azul–, la misión de organizar con un comando la liberación de Yakov<sup>20</sup>. Una sola cosa es segura: a la propuesta alemana de cambiar a su hijo por von Paulus, Stalin respondió que se negaba a canjear a un mariscal –sobre el que tenía proyectos políticos– por un simple capitán al que, además, no podía soportar. Cuando el gobierno po-

<sup>19</sup> *Ibid.*, p. 182.

<sup>20</sup> V. SACHONKO, «Una vergüenza indeleble», *Neva*, n.º 6, 1997, p. 1995.

laco emigrado en Londres protestó contra la matanza de Katyn, Stalin rompió las relaciones diplomáticas con él.

Aunque la Wehrmacht ocupa todavía una parte de la Rusia europea, Stalin piensa en los días siguientes a la victoria. Por un decreto del Presidium del Soviet Supremo de 22 de abril de 1943, crea un organismo represivo suplementario: el «presidio» (*katorjnye raboty*), un campo de trabajo especial de régimen particularmente severo destinado a los culpables de alta traición (colaboración activa con el ocupante) no condenados a muerte. Obligados a la extracción de carbón, de oro y de estaño en el Vorkutlag y el Usvitlag (al noreste) y condenados a diez, quince o veinte años de trabajos forzados en unas condiciones inhumanas (jornada de trabajo de doce horas, raciones reducidas, etcétera), les quedan pocas posibilidades de supervivencia.



## Capítulo XXIX

### DEL INTERNACIONALISMO AL PATRIARCADO

Para engatusar a Churchill y a Roosevelt, Stalin decide disolver el Komintern. El 8 de mayo, Molotov invita a Dimitrov, junto con Manuïlski, a redactar un borrador en el que se anuncia y justifica esta disolución realizada a paso de carga. El 11 de mayo, ambos remiten su proyecto a Stalin, que los recibe por la tarde y da el visto bueno al texto que, por otra parte, es también el suyo. Stalin les declara: «La experiencia me ha demostrado la imposibilidad de tener un centro dirigente internacional en todos los países»<sup>1</sup>. Sugiere que quizá se creen eventuales uniones regionales algún día. Desde 1941 pensaba en disolver el Komintern, pero en aquella época temía que pareciera ceder a Hitler. Es menos incómodo el regalo a los aliados.

La corta declaración repasa de cabo a rabo la historia del Komintern, de su fundación y de sus objetivos tal y como se definieron en 1919: el Komintern, explícitamente constituido entonces para derribar al capitalismo universal, habría tenido simplemente como objeto contribuir «a movilizar a las masas trabajadoras [...] para la lucha contra el fascismo y la guerra que se avecinaba, para ayudar a la Unión soviética [...] a desenmascarar incansablemente, mucho antes de la guerra, el abominable empeño de los hitlerianos en minar los fundamentos de los Estados extranjeros»<sup>2</sup>. El texto, absolutamente mudo sobre las aspiraciones a la independencia de los pueblos coloniales, tan desagradables para el aliado británico, insiste en la consolidación de la coalición antihitleriana y termina con la necesidad de que todos colaboren en su victoria militar. La biografía oficial de Stalin afirma: «En el transcurso de la Segunda Guerra Mundial, habiendo cumplido su misión histórica, la Internacional comunista ha dejado de existir»<sup>3</sup>, como si se tratara de una muerte

---

<sup>1</sup> G. DIMITROV, *Dnevnik*, op. cit., p. 372.

<sup>2</sup> *Cahiers Maurice Thorez*, nº 13, 1º trimestre de 1969, pp. 102-104.

<sup>3</sup> *Biographie de Staline*, op. cit., p. 205.

natural cuando su misión histórica inicial, la revolución socialista mundial, no se había producido.

Tres semanas después, la disolución, hecha pública el 15 de mayo, es una realidad. El 8 de junio quedan disueltos el Comité ejecutivo, el Secretariado y el Presidium del Komintern. *Pravda* lo anuncia triunfalmente el 10. El 12, Stalin reúne en su despacho del Kremlin a Molotov, Vorochilov, Beria, Malenkov, Mikoian, Chtcherbakov y Dimitrov, y decide la creación secreta de una Sección de información internacional del Comité Central del PC soviético dirigida por Dimitrov, pero presidida formalmente por Chtcherbakov, «con objeto, dice Stalin, de que nuestros enemigos no puedan utilizar el hecho de que Dimitrov dirige esta sección»<sup>4</sup>. Entonces, Stalin sugiere una operación de camuflaje. ¿Sería una razón para ver en todo ello un engaño tras el cual continuaba funcionando como siempre el Komintern? En realidad, la modificación de la estructura remata su marginación y su transformación en un simple apéndice del Kremlin. El cambio de las antiguas instancias del Komintern en sección del PC soviético, la designación de un miembro del Politburó a la cabeza y el nombramiento como adjuntos de dos antiguos dirigentes de la Internacional subrayan la subordinación directa a Moscú de cada partido comunista y la atribución a un pasado caduco de la idea de la revolución mundial. Además, en una entrevista a la Agencia Reuter, Stalin lo reconoce, insistiendo en que la disolución del Komintern trata de desenmascarar «la mentira de los hitlerianos que pretenden que Moscú tiene la intención de infiltrarse en la vida de los demás Estados para bolchevizarlos»<sup>5</sup>. Incluso ficticia, su existencia mantenía la idea de continuidad en los fines y la apariencia de igualdad entre los partidos constituyentes.

Consecuente con esta medida, en junio de 1943, Stalin suprime la revista mensual de los filósofos soviéticos *Bajo la bandera del marxismo*, que no reaparece hasta junio de 1947. Poco después, el Partido comunista americano se transforma en sociedad de propaganda filosófica del comunismo. Al mismo tiempo, Stalin continúa restableciendo las distinciones entre los cuerpos del Estado como en época zarista. El 28 de mayo de 1943, el personal de Asuntos Exte-

<sup>4</sup> G. ADIBEKOV, *Kominform i Poslevoionnaia Evropa* (El Kominform y Europa después de la guerra), Moscú, Molodaia Rossia, 1994, p. 9, y G. DIMITROV, *Dnevnik*, op. cit., p. 381.

<sup>5</sup> P. BROUÉ, *L'Internationale communiste*, op. cit., p. 797; G. DIMITROV, *Dnevnik*, op. cit.

riores queda distribuido en un escalafón indicado por unas hombreras de pasamanería tejida con hilos de plata que llevan unas insignias doradas representando dos palmas cruzadas, y por unos emblemas distintivos y unos uniformes cuya elegancia está jerarquizada en una sabia graduación, desde el tercer secretario hasta el embajador de primera clase. Restablece los grados, suprimidos al día siguiente de la revolución y sustituidos por una sencilla indicación de funciones: comandante de compañía, de regimiento, de división y de cuerpos del ejército.

En cierto momento, Roosevelt pensó en proponer a Stalin un encuentro bilateral en Alaska, sin Churchill. En efecto, el presidente americano estaba mucho más dispuesto a un próximo desembarco en Francia que Churchill, preocupado sobre todo por la defensa del Imperio británico y por el control del Mediterráneo. Con este objeto, a primeros de mes envió a la URSS al embajador americano John Davies, al que Stalin recibió a la mañana siguiente de su llegada a Moscú después de haber telefonado a Dimitrov instándole a acelerar la disolución real del Komintern: «¿Será imposible dar hoy a la prensa la decisión del Presidium? ¡Hay que publicarla rápidamente!». Así pretendía influir en la reunión angloamericana que se inaugura en Washington el 12 de mayo. Dimitrov se excusó: era preciso consultar el texto con los partidos, a los que no se había interrogado sobre la decisión final. El 21 de mayo se discutió en una reunión del Politburó. Kalinin expresó ciertas reservas sobre la decisión, unas reservas que Stalin barrería con un gesto de la mano. Pero mientras tanto, la conferencia de Washington, clausurada el 25 de mayo, había decidido no abrir un segundo frente en 1943 y esperar a la primavera de 1944. El 4 de junio, Roosevelt informó de ello a Stalin que, furioso y exasperado, recordó a Churchill en una carta del día 11 sus promesas del 26 de enero y del 12 de febrero sobre esta cuestión.

Sus hijos no le apartan de sus preocupaciones cotidianas. Apenas los ve durante la guerra, pero llegan a sus oídos las calaveradas del alcoholizado Vasili, ahora coronel, que multiplica juergas y borracheras. El 26 de mayo, tras enterarse del último escándalo, monta en cólera y lo destituye. En la torpe redacción de la orden al comandante de las fuerzas aéreas de la URSS se adivina el furor que le produce el descrédito que ha caído sobre su apellido. No contento de cesarlo en el mando de un regimiento de la aviación, ordena

«comunicar al regimiento y al antiguo comandante del regimiento que el coronel Stalin queda relevado de su cargo de comandante del regimiento por ebriedad y escándalos, y porque corrompe y degrada al regimiento»<sup>6</sup>.

Además de la disolución del Komintern, que clausura una época, el mes de junio de 1943 anuncia el segundo gran giro de la guerra. Hitler desea lanzar a la Wehrmacht sobre Kursk, en una ofensiva grandiosa llamada «Operación Ciudadela». A finales de mes, el Estado Mayor soviético pone punto final a la preparación de la contraofensiva sobre el saliente que forma allí la Wehrmacht. Stalin, tenso y presionado, acosa a los jefes militares a los que insulta continuamente. Jukov describe en esa ocasión uno de los rasgos de su comportamiento al adoptar decisiones en el aspecto militar: «Parecía un boxeador lleno de temperamento, se acaloraba con frecuencia y se obsesionaba por entrar en combate. Acalorado y obsesionado, Stalin no siempre tenía en cuenta el tiempo necesario para la completa preparación de una operación»<sup>7</sup>. En este sentido muestra un nerviosismo inquieto, opuesto a la sangre fría flemática—incluso la lentitud— que manifiesta en política.

El 5 de julio, los carros blindados alemanes atacan por centenares, pero se enfrentan a un diluvio de fuego. Los cañones y los «to-bruks» (torretas de tanques hundidas en bloques de hormigón) del Ejército rojo vierten millones de toneladas de obuses sobre ellos y sobre las líneas alemanas. El bombardeo dura una semana. Luego, el 12 de julio, la infantería y los carros se lanzan al asalto. La más gigantesca operación de la Segunda Guerra Mundial culmina el 23 de agosto con la liberación de Jarkov y con un desastre alemán. La Wehrmacht ha perdido medio millón de hombres, 1.500 tanques y 3.700 aviones. Pero, sobre todo, el Ejército rojo ha quebrado la espina dorsal de la Wehrmacht obligándola a una retirada permanente que, en el mejor de los casos, solamente podrá frenar o detener a pesar de los alaridos de Hitler en su búnker.

Jukov propone explotar este éxito rodeando a las unidades de la Wehrmacht para aniquilarlas, pero Stalin se niega: «Nuestra tarea es la de echar a los alemanes de nuestro territorio lo antes posible; ya los rodearemos cuando sean más débiles». Y lanza al Ejército rojo de

<sup>6</sup> *Iossiv Stalin v obnatiakh semii*, op. cit., pp. 91-92.

<sup>7</sup> G. JUKOV, *Vospominania i Razmyshlenia*, op. cit., t. 3, p. 59.



norte a sur en ofensivas frontales, muy costosas en hombres. Hasta comienzos de 1944 no dará su acuerdo para las maniobras de cerco.

Del 1 al 3 de agosto hace la segunda y última visita a los alrededores del frente. Un tren con pocos vagones, uno de ellos abierto y cargado con leña de calefacción para dar al convoy el aspecto de un inofensivo transporte de mercancías, lleva a Stalin y a Beria a Gjatsk, a 180 kilómetros al oeste de Moscú. Stalin se reúne allí con el mariscal Sokolovski, comandante del frente Oeste. Al día siguiente se dirige en automóvil a Jorochevo, 60 kilómetros más al norte, cerca de Rjev, se entrevista con el general Ieremenko y luego vuelve a Moscú. Volkogonov atribuye esta visita, bastante lejos de la línea del frente, a su afán por posar para la Historia. Pero su biografía oficial, publicada en 1948, no la cita. Le sirve, en efecto, para evitar el encuentro con Roosevelt y Churchill en la base aeronaval de Scapa Flow, y para impresionar a sus interlocutores adoptando la actitud de un señor de la guerra sobre el terreno. El mensaje que el 8 de agosto envía al primero se inicia con estas líneas: «Hasta hoy, a mi regreso del frente, no he podido responder a su mensaje del 16 de julio». El que dirige a Churchill al día siguiente comienza del mismo modo: «Acabo de volver del frente». Este detalle, magnificado fuera de toda medida, le lleva a insistir a continuación sobre la frecuencia (imaginaria) de esas visitas: «He de visitar muy a menudo los diferentes sectores del combate y me veo obligado a subordinar el resto a los intereses de las operaciones», escribe a Roosevelt. Aún alardea más delante de Churchill: «Me veo obligado, con más frecuencia de lo habitual, a dirigirme a los ejércitos en determinados sectores de nuestro frente». E insiste: «Lamentablemente, la situación militar [...] me impide ausentarme y abandonar el frente, incluso durante una semana». La conclusión cae por su peso: «En tales circunstancias, actualmente me es imposible realizar cualquier viaje largo», escribe a ambos, y luego a Churchill: «Esta situación me impide, pues, aceptar ahora una entrevista con Vd. y con el Presidente en Scapa Flow o en cualquier otro lugar alejado»<sup>8</sup>. Si quieren reunirse con ese gran capitán, tendrán que ser ellos los que se desplacen.

¿Pensaron entonces los servicios secretos de Hitler en asesinar a Stalin? A las seis de la mañana del 5 de septiembre, una patrulla de la NKVD, avisada del extraño robo de un avión alemán, intercepta

<sup>8</sup> Todas las citas en *Correspondance secrète, op. cit.*, pp. 207-208.

en un suburbio de Smolensko a un hombre y una mujer en motocicleta: se trata de Pior Tavrín, cargado de condecoraciones, que se presenta como teniente coronel del SMERCH (siglas de «Muerte a los espías»), y de Lidia Chilova, secretaria en el mismo servicio. La pareja tiene en su poder una suma enorme (428.400 rublos), siete pistolas, dos escopetas de caza, cinco granadas, varios cargadores de balas explosivas y envenenadas, una mina y un pequeño aparato que puede atravesar un blindaje de 45 milímetros llamado *Pantzerknacke*. Tras un intenso interrogatorio, la pareja confiesa haber sido enviada por el servicio de espionaje alemán Zeppelin para asesinar a Stalin. Pero la historia es rocambolesca: Tavrín tenía que cambiar de identidad en Moscú, alquilar un apartamento, registrarse oficialmente, establecer relaciones con miembros del personal técnico del Kremlin, informarse sobre los itinerarios de los desplazamientos de Stalin y sus colaboradores, hacerse invitar a las recepciones oficiales del gobierno, acercarse a Stalin ¡y matarlo! Es una misión imposible. Pero la NKVD, informada anticipadamente de la misión de la pareja de agentes nazis, les ha hecho confesar lo que ha querido para demostrar a Stalin la eficacia y rapidez de su intervención.

En el plano interior, Stalin refuerza la orientación nacionalista marcada por los temas patrióticos de su propaganda. En la noche del 4 al 5 de septiembre de 1943, acompañado de Molotov, recibe a los metropolitanos ortodoxos Serge, Alexis y Nicolás, les anuncia la reapertura de iglesias y les pide que le faciliten la lista de los sacerdotes en prisión para estudiar su rehabilitación y su eventual liberación. Los tres metropolitanos desconfían, temen una trampa y se guardan de entregar tal lista. La entrevista termina con la decisión de crear un Consejo de asuntos de la Iglesia ortodoxa, efectivamente formado un mes después, y culmina con la promesa, que se cumplirá, de autorizar la reunión de un concilio de obispos ortodoxos encargado de elegir al patriarca de todas las Rusias.

Al salir de la reunión, el metropolitano Nicolás, «emocionado y conmovido por la alegría», insiste en «el interés de Iosiv Visario-novitch por los asuntos de la Iglesia». En su entusiasmo, saluda en Stalin «al amado jefe de nuestro pueblo, al genial comandante en jefe de nuestros ejércitos, designado por Dios para servir gloriosamente a nuestra Patria en este año de pruebas». ¿Designado por Dios? ¡Pues sí! Nicolás insiste: «En el jefe supremo de nuestro país, los creyentes ven en él al padre de nuestro pueblo, concedido por

Dios»<sup>9</sup>. Stalin es, pues, un don de Dios. No todos los metropolitanos van tan lejos, pero abruman a Stalin con cumplidos ampulosos y con deseos de larga vida. En 1993, un sacerdote ortodoxo constatará decepcionado: «Si el Señor hubiera escuchado las plegarias de nuestros jerarcas, [...] la feroz dictadura estalinista habría durado hasta el Juicio final»<sup>10</sup>. A partir de entonces, al término de los banquetes que ponen punto final a sus reuniones, los dignatarios de la Iglesia brindan primero por Stalin y luego por el patriarca. En 1945, el metropolitano de Kiev afirmará incluso que Stalin «ha creado el Ejército rojo, y para él, una estrategia y una táctica en la que el espíritu ha primado sobre la materia»<sup>11</sup>. Stalin, en pos de su propósito de unión nacional rusa, prepara así su próximo encuentro con Roosevelt y Churchill en Teherán: después de disolver el Komintern, protege a la Iglesia. Y Roosevelt, el defensor de la fe, estará contento.

Georges Alexandrov, que en 1940 sustituyó a Ivanov a la cabeza del departamento de Agitación y Propaganda del Comité Central, intenta acentuar y formalizar la política nacionalista de Stalin. En agosto de 1942 redacta una nota para el Secretariado del Comité Central sobre la «deformación de la política del Partido en el nombramiento, promoción y formación de cuadros dirigentes de las instituciones artísticas»<sup>12</sup>. Dos aspectos ilustran su significado. El primero revela que, de las doce funciones dirigentes en el Bolchoi, diez están ocupadas por judíos. El segundo subraya el hecho de que los siete responsables de las firmas literarias y artísticas de los siete principales diarios son judíos. En esos sectores se multiplican los cambios, los traslados y los despidos, hasta el punto de que, el 13 de mayo de 1943, el anciano comunista Grinberg, en una carta a Stalin denuncia la política que lleva a los responsables del Partido a «plantear oficialmente el problema de la "contaminación" del aparato del Partido por los judíos» y, de hecho, a poner en práctica un *numerus clausus*. Pide a Stalin que «aclare personalmente»<sup>13</sup> el tema. Pero la carta no llega a su destino; la recibe Alexandrov, que se cuidará muy mucho de contestarla.

<sup>9</sup> V. STEPANOV, *Svidetelstvo Obvinienia* (El testigo de la acusación), Moscú, Russkoe, knigoizdatelskoe izdatelstvo, 1993, t. 3, pp 47-50.

<sup>10</sup> *Ibid.*, p. 51.

<sup>11</sup> *Ibid.*, p. 52.

<sup>12</sup> G. KOSTYRCHENKO, *Prisonniers du pharaon rouge*, Solim/Actes Sud, 1998, *op. cit.*, p. 19.

<sup>13</sup> *Ibid.*, p. 24.

Stalin, un apasionado del cine, desea que su giro nacionalista sea coronado por el séptimo arte. A primeros de septiembre recibe el guión de la primera parte de *Ivan el Terrible*, de Eisenstein. El 13 da a conocer su aprobación a través de una breve nota condescendiente, y exige que el rodaje del filme comience inmediatamente: «El argumento no es malo. El camarada Eisenstein [...] no presenta mal la figura de Ivan Grozny como una fuerza progresista de su tiempo, y a la *opríchnina* (la guardia personal de Iván) como un instrumento eficaz»<sup>14</sup>. Ivan el Terrible fue progresista por haber diezmado la casta nobiliaria de los boyardos, como Stalin diezmó la vieja guardia que obstaculizaba su poder. Era el reagrupador de las tierras rusas. Y la *opríchnina* anticipa modestamente a la NKVD, y Maliuta Skuratov a su jefe Beria.

Entonces, Stalin inicia el tercer acto de su giro nacionalista: la adopción del himno nacional soviético. Solicita unos proyectos y los poetas más conocidos escriben los textos: Simonov y Olga Bergoltz (los únicos que no citan el nombre de Stalin), Asseiev, Dolmatovski, Antokolski, Surkov, Demian Biedny, Issakovski y Tijonov. Hacia el 15 de octubre de 1943, muestra su preferencia por el proyecto de Mijalkov y El Registan. Por teléfono, les propone algunos arreglos en el vocabulario; los recibe personalmente y les asigna un despacho en el Kremlin para que revisen el texto corregido por él. Les hace sustituir dos versos: «El gran Lenin nos iluminó el camino/Stalin, el elegido del pueblo, nos ha educado», por «El gran Lenin nos iluminó el camino/Y Stalin nos educó en la fidelidad al pueblo».

Al día siguiente, los coros del Ejército rojo interpretan en la sala Beethoven del Bolchoi las piezas seleccionadas. Stalin se presenta luciendo el uniforme de mariscal. Allí están los mejores compositores: Chostakovitch, Prokofiev, Khatchaturian y otros menos conocidos. Los califica: da la máxima puntuación a Chostakovitch y a Khatchaturian, pero finalmente se decide por la pomposa orquestación de un tal Rogal-Levitski. El nuevo himno, que canta la grandeza de Rusia, entra en vigor el 1 de enero de 1944. Stalin invita al palco del gobierno a los premiados para «regar esto según la costumbre rusa».<sup>15</sup> El rego dura hasta las cinco de la mañana; úni-

<sup>14</sup> MARIAMOV, *Kremlenski Censor* (El censor del Kremlin), Moscú, 1991, p. 70, y E. GROMOV, *Stalin, Vlast i Iskusstvo*, op. cit., p. 373.

<sup>15</sup> E. GROMOV, *Stalin, Vlast i Iskusstvo*, op. cit., p. 343.

camente mantienen la conversación Stalin y los triunfadores. Los demás guardan silencio o se limitan a reír en el momento adecuado. De repente, sin una razón aparente, Stalin lanza: «No nos gustan los tímidos, pero tampoco nos gustan los sinvergüenzas»<sup>16</sup>. ¿Quiénes son los sinvergüenzas? Quizá los escritores soviéticos que se han tomado algunas libertades con la disciplina ideológica durante la guerra. Stalin apenas ha tenido tiempo para ocuparse de ellos. La victoria cercana le permitirá dedicar más tiempo al orden interior. Y el panorama que descubre le disgusta tanto que decide que en el año 1944 no se concederán los premios Stalin de arte y literatura.

El nacionalismo ruso y la liquidación del internacionalismo, ratificada por la disolución del Komintern, son las dos caras de una política de entendimiento con los Aliados que tropieza con graves dificultades en Yugoslavia. Al comienzo de la guerra, la radio soviética no hablaba más que de los *tchetniks*, un pequeño movimiento de resistencia monárquica dirigido por el general Mijailovic, mientras que los partisanos comunistas, dirigidos por Tito, reunieron muy pronto a su lado al grueso de la población. Bajo la presión de ese movimiento popular, los partisanos comunistas, reunidos en Jajce en octubre de 1943, elaboran un programa de socialización de la economía, proclaman la desaparición del gobierno monárquico, refugiado en Londres, y prohíben el regreso a Yugoslavia del rey Pedro II. Stalin, furioso, ordena a la estación de Radio Yugoslavia instalada en Moscú, que censure esas decisiones. Manuilski escribe a Tito: «El Patrón está muy descontento; dice que es una puñalada por la espalda a la Unión soviética y una maniobra contra la conferencia de Teherán», la primera de una serie de reuniones con los Aliados destinadas a organizar el mundo del mañana.

El 30 de octubre de 1943, después de la reunión de los tres ministros de Asuntos Exteriores soviético, inglés y americano, Stalin da un paso más en dirección a los americanos. Invita a cenar a los representantes de Estados Unidos y de Inglaterra. Entre dos de los innumerables brindis que alegran la velada, Stalin se inclina hacia su intérprete y le susurra al oído la orden de comunicar muy discretamente al ministro americano Hull, para que la transmita a Roosevelt, una información que todavía desea guardar en secreto: «El go-

<sup>16</sup> *Ibid.*

bierno soviético ha tomado la decisión de intervenir contra el Japón al final de la guerra de Europa, una vez que los Aliados hayan terminado con la Alemania hitleriana»<sup>17</sup>. Por lo tanto, cuanto antes desembarquen en Francia los Aliados, antes declarará la URSS la guerra al Japón.

El 6 de noviembre, el Ejército rojo libera Kiev. Veinte días después, Stalin viaja a Teherán para discutir con Roosevelt y Churchill la futura organización de Europa. Lleva consigo a Vorochilov y a Molotov. Hace meses que el rápido avance del Ejército rojo inquieta a los americanos. Y Harry Hopkins indica que, si Gran Bretaña y Estados Unidos no actúan inmediatamente en Europa, existe el enorme riesgo de que «Alemania llegue a ser comunista»<sup>18</sup>. Preocupado por este peligro, Roosevelt afirma: «Los Estados Unidos tienen que tomar Berlín»<sup>19</sup>. Pero las tropas aliadas, desembarcadas en Italia con el principal objetivo de ocupar los Balcanes, no lo consiguen: se lo impiden los Alpes. Por tanto, es preciso poner en marcha la Operación Overlord del desembarco en Francia.

La conferencia comienza el 28 de noviembre. Antes de la inauguración, Stalin cena con Roosevelt. Poco seguro de sí mismo realiza unos desacostumbrados esfuerzos de elegancia: la guerrera de mariscal y los pantalones con tiras rojas están cuidadosamente planchados, y relucen las flexibles botas caucasicas en las que suele introducir las perneras del pantalón; unos suplementos fijados bajo los tacones le hacen parecer más alto; según su intérprete, se las arregla para evitar que «su rostro picado por la varicela quede demasiado a la luz». Tras unos amables comentarios sobre la «famosa pipa de Stalin» y los perjuicios del tabaco, pasan a cosas más serias<sup>20</sup>. Aprovechando la ausencia de Churchill, Roosevelt aborda el tema del colonialismo, ya que los Estados Unidos y la Unión soviética no son potencias coloniales y, en su opinión, los imperios coloniales desaparecerán poco después de la guerra. Stalin muestra una prudente actitud evasiva, pero, ansioso por ver acabar lo más pronto posible una guerra que está desangrando a la URSS, propone a Roosevelt retirar la exigencia de rendición a las potencias del Eje que

<sup>17</sup> V. BEREJKOV, *Kak ja stal perevochikom Stalina*, op. cit., p. 280.

<sup>18</sup> R. SHERWOOD, *Roosevelt et Hopkins*, citado según la edición rusa, Moscú, 1958, t. 2, p. 385.

<sup>19</sup> *Foreign relations of the United States*, Diplomatic papers, The conferences of Cairo and Teheran, Washington, 1961, p. 259.

<sup>20</sup> V. BEREJKOV, *Kaj ja stal perevochikom Stalina*, op. cit., p. 252.

únicamente, dice, puede acrecentar su deseo de luchar. Mejor sería pedir indemnizaciones que, en caso de armisticio, se tradujeran en la entrega de armamento y medios de transporte. Roosevelt no responde a esta sugerencia: la guerra, que arruina a la URSS, refuerza el potencial económico de Estados Unidos.

Con la excusa de las condiciones de seguridad, Stalin convence a Roosevelt para que se aloje en los locales de la embajada soviética, dotada de un sistema de escuchas ultramoderno. Una joven agente de la NKVD, Irina Zarubina, se encarga de la intendencia. A lo largo de las conversaciones privadas con sus colaboradores, Roosevelt se vuelca en elogios hacia Stalin. Sin embargo, en las discusiones se muestra astuto. Stalin repite a Molotov que Roosevelt se burla de él y trata de engañarle apelando a que el Congreso le prohibiría cualquier concesión. «Simplemente él no quiere y se oculta detrás del Congreso. ¡Es una broma! Es el jefe militar, el comandante supremo. ¿Quién le iba a plantear objeciones? Es muy cómodo esconderse detrás del Congreso. Pero no me engaña»<sup>21</sup>...

Stalin insiste en siete ocasiones sobre la apertura de un segundo frente en Europa occidental. Las operaciones en Italia no son más que una caricatura, dice, pues los Alpes impiden que los ejércitos aliados ataquen Alemania. Por su parte, Churchill desea preparar un desembarco anglo-americano en los Balcanes para insertar una cuña entre el Ejército rojo, por una parte, y Rumanía, Hungría y Austria, por la otra. Como Roosevelt comentará a su hijo, Stalin captó claramente la intención de Churchill que, al mismo tiempo, se negaba a fijar una fecha para la Overlord. Además, insistía Roosevelt, partidario del desembarco en Francia, aún no estaba designado el comandante en jefe de la operación, y sin comandante en jefe, evidentemente no podía planificarse. Stalin terminó: «En ese caso, la operación Overlord no es más que un tema de conversación».

Pero es el principal tema de conversación en Teherán. Ante la obstrucción británica, el 30 de noviembre, Stalin desempeña una variante de su vieja comedia de la dimisión: se levanta bruscamente y dice a Molotov y a Vorochilov: «Tenemos demasiados asuntos que resolver en casa para estar perdiendo el tiempo aquí. Es patente que no se llegará a nada sensato». Ignorante de las reglas de la comedia estalinista y temiendo ver naufragar la conferencia, Churchill

<sup>21</sup> *Ibid.*, p. 254.

exclama inmediatamente: «El mariscal no me ha entendido bien. Podemos fijar la fecha exacta: mayo de 1944»<sup>22</sup>. Stalin se vuelve a sentar. Una declaración común de Churchill y Roosevelt confirma la fecha. A su regreso de Teherán, Stalin anuncia al Estado Mayor que Roosevelt y Churchill le han prometido firmemente que desembarcarán en Francia en 1944. «Yo creo, comenta, que mantendrán su palabra. Pero, si no lo hacen, nuestras propias fuerzas bastarán para derrotar a la Alemania hitleriana»<sup>23</sup>. Ese temor impulsará a los Aliados a desembarcar.

En noviembre de 1943, los soviéticos teleguiaron la creación en suelo americano de dos organizaciones fantasma, la Liga Kosciuszko en Detroit, dirigida por un sacerdote católico polaco, Stanislas Orlemanski, y el Congreso eslavo americano, encabezado por un emigrado polaco, ciudadano americano, Oskar Lange, profesor de economía en la Universidad de Chicago. Poco después, Stalin sugiere a un asombrado Averell Harriman, el embajador americano, que esos ciudadanos americanos entren a formar parte de un gobierno polaco en coalición. Invita a Orlemanski a la URSS y, el 28 de abril de 1944, *Pravda* lo muestra en una foto en primera página junto a Stalin y Molotov. Orlemanski anuncia en Radio Moscú que también sus tres hermanos son sacerdotes católicos en Estados Unidos. A la salida de una entrevista de dos horas con ambos dirigentes soviéticos, Orlemanski se extasia: «Stalin es el amigo de los polacos [...]». Stalin no pretende en absoluto intervenir en los asuntos internos de Polonia». Y al día siguiente encarece: «El futuro demostrará que Stalin es un amigo de la Iglesia católica romana». Después de su segunda reunión con los dos dirigentes, se inflama: «Mi segunda entrevista con Stalin y Molotov ha sobrepasado todas mis esperanzas». Los califica de «grandes hombres» y en un cumplido inesperado, da las gracias de todo corazón a «esos dos caballeros»<sup>24</sup>.

La operación Orlemanski resultó ser un fiasco. ¿Fue engañado Stalin en este asunto? Es improbable. La NKVD sabía muy bien que Orlemanski no representaba más que a sus tres hermanos y a él mismo. Pero Stalin, acostumbrado a fabricar complots y organizaciones imaginarias encerrado en su despacho de Moscú, había ponderado

<sup>22</sup> *Velikaja*, *op. cit.*, t. 2, p. 391.

<sup>23</sup> G. JUKOV, *Vospominania i Razmyshlenia*, *op. cit.*, t. 3, p. 95.

<sup>24</sup> A. WERTH, *La Russie en guerre*, *op. cit.*, p. 190.



mal la capacidad política de la Iglesia católica, cuyo representante en Moscú se alojaba en la embajada americana. Para intentar compensar el efecto desastroso de aquel grotesco asunto, Stalin hizo volver de Chicago a Oskar Lange y de nuevo se fotografió con él y con Molotov en *Pravda*. El futuro primer embajador de la Polonia popular en Washington solo se representaba a sí mismo. Fue una burda manipulación.

Fuera de estas maniobras internacionales, la proximidad de la derrota alemana llenó de alegría a los dirigentes del Comité antifascista judío. A comienzos de 1944, ante la inminencia de la liberación de la península, decidieron formalizar su idea de una masiva instalación de judíos soviéticos en Crimea y de la creación de una República judía apoyada económicamente por los judíos americanos. Mijoels y Fefer habían recordado esta idea durante un viaje a Estados Unidos con el presidente de la Jewish Russian War Relief y con los dirigentes del Joint Committe que en los años 1920 había financiado unas colonias agrícolas judías en Crimea. A su regreso, Fefer avisó a la Seguridad del Estado. En enero de 1944, Mijoels planteó esta idea —que el poeta yiddish Peretz Markich consideraría, acertadamente, como una provocación— a Molotov, que respondió con un evasivo «Ya veremos».

¿Quién sugirió a Mijoels que escribiera a Stalin? Lo ignoramos. Pero los otros firmantes de la carta enviada el 15 de febrero de 1944 (Fefer y Epstein) solicitando la instalación masiva de judíos en Crimea, de donde se dispone a deportar a los tártaros, son agentes de la NKVD. Stalin no respondió a la carta y la mandó incluir en sus archivos de donde salió cuatro años después. Stalin no tiene prisa. El comité antifascista judío puede servirle todavía, pero tiene los días contados. Stalin no puede consentir que ese comité reciba las quejas de centenares de judíos, víctimas del aparato y del antisemitismo, las coteje y las transmita a las autoridades pidiendo una respuesta, y que este organismo se transforme así en un instrumento de propaganda representante de los judíos. Si lo aceptaba para ellos, tendría que aceptarlo para otros en aquel imperio de más de 140 nacionalidades. No puede tolerar que en la URSS se haga sentir una peligrosa aspiración a unos cambios democráticos que afecten al monopolio del Partido.

La presión policial sobre la sociedad sigue siendo considerable. La NKVD ha depurado el Comité Central del movimiento de parti-

sanos, demasiado independientes. Ahora pasa por el tamiz a los territorios liberados. En un informe a Stalin, Beria le comunica que en 1943 las tropas de la NKVD encargadas de la protección de la retaguardia del Ejército rojo habían interrogado a 931.549 individuos «de los que 80.296 habían sido detenidos como espías, traidores, vendidos, verdugos, vagabundos o simples delincuentes». Según avanza el Ejército rojo, Beria, obedeciendo órdenes de Stalin, organiza desde noviembre de 1943 a mayo de 1944 la deportación de pueblos enteros acusados de traición: 69.000 karatchaís en noviembre de 1943, 80.000 kalmuks en enero de 1944, 309.000 chechenos y 81.000 inguches en febrero, 37.000 balkares en marzo, 200.00 tártaros de Crimea en mayo y 86.000 mesjetes en julio. Todos ellos trasladados en unos viajes asesinos de cuatro a cinco semanas hacia Siberia, Kirghizia, Uzbekistán y Kazajstán, en vagones de mercancías, los mismos vagones que son terriblemente necesarios para enviar al frente armas y materiales<sup>25</sup>.

Stalin firma los decretos y sigue de cerca las operaciones de redada y traslado de aquellas poblaciones esencialmente formadas por ancianos, mujeres y niños, pues los padres y los maridos están en el frente. Y pide a Beria y a sus ayudantes unos informes periódicos sobre su desarrollo; Beria, encargado de la dirección, envía regularmente unos boletines triunfantes. En los campamentos de infiltrados se agitan decenas de miles de soldados sospechosos: entre el 1 de enero y el 20 de octubre de 1944, han visto pasar entre sus alambradas a 354.590, dos tercios de los cuales han sido reenviados al frente, pero cerca de 12.000 expedidos al Gulag, así como una parte de 51.615 sometidos a una «comprobación» complementaria. En la misma época, la NKVD detuvo y deportó a 140.000 ucranianos, maquis nacionalistas y civiles sospechosos de simpatizar con ellos. En este asunto, Stalin dio pruebas de ceguera: al enviar a los campos de concentración a millares de suboficiales y de oficiales que han luchado contra la Wehrmacht y la muerte, estaba sembrando la semilla de la insubordinación e, incluso, la de la rebelión.

<sup>25</sup> D. VOLKOGONOV, *Staline, op. cit.*, p. 367. Sobre las deportaciones de pueblos y las actas de estas operaciones enviadas por Beria a Stalin, ver *Iosssif Stalin-Laurentiu Beria: «Ikh nado deportiravat»* (Josiv Stalin a Lavrenti Beria: «¡Hay que deportarlos!»), Moscú, Drujba Narodov, 1992, el capítulo 3 de N. BUGAJ y A. GONOV, *Kavkaz narody v echelonakh 20-60 gody* (Cáucaso, los pueblos en convoyes en los años 20-60), Moscú, Insan, 1998, y J.-J. MARIE, *Les Peuples déportés de l'Union soviétique*, Bruxelles, Complexe, 1995.

De momento, tiene unas preocupaciones más graves: la organización de Europa después de la guerra. La ofensiva soviética de la primavera de 1944, iniciada a primeros de marzo, libera todo el territorio de la URSS, libera Leningrado y lleva al Ejército rojo hasta la frontera rumana en abril, y hasta Bielorrusia, Lituania y la frontera polaca en julio. A final de julio entra en Lublin, donde está instalado un gobierno polaco a las órdenes de Moscú. El 17 de agosto roza la frontera alemana de Prusia Oriental. El 8 de julio, Stalin, de buen humor por una vez, recibe a Jukov y a Antonov y les comenta así la situación: «Hoy, ni Roosevelt ni Churchill firmarán un arreglo con Hitler»<sup>26</sup>.

A finales de julio, la vanguardia soviética llega al borde del Vístula, en los arrabales de Varsovia que se extiende hasta el otro lado del río. El 1 de agosto, el *Armia Krajowa*, un ejército de resistentes subordinado al gobierno de Londres, levanta Varsovia contra la Wehrmacht para colocar al Ejército rojo ante el hecho consumado de un gobierno polaco independiente en la capital liberada. Stalin, consciente del cálculo, considera con escepticismo esa insurrección de los habitantes, pocos y mal armados, contra los 16.000 hombres de la guarnición alemana que ocupa Varsovia. El 3 de agosto recibe en el Kremlin a una delegación polaca encabezada por el jefe del gobierno polaco en Londres, Mikolajczyk. Este le anuncia la inminente liberación de Varsovia y reclama el suministro de armas para los insurgentes. Stalin expresa sus dudas sobre el éxito de la empresa. En la guerra moderna, dice, un ejército equipado solamente con un armamento ligero insuficiente, sin artillería, sin tanques y sin aviación, no puede vencer a un enemigo que dispone de todo ello. Los rebeldes, pues, no serán capaces de expulsar a los alemanes de Varsovia. Y añade que no admitirá que el *Armia Krajowa* opere detrás de la retaguardia del Ejército rojo<sup>27</sup>.

A pesar de la llegada a Varsovia de importantes refuerzos alemanes, los rebeldes resisten. El 9 de agosto, Stalin recibe por segunda vez a Mikolajczyk, que le solicita la ayuda inmediata en armas a los insurrectos. Stalin no lo entretiene con promesas: «Todas esas acciones en Varsovia parecen irreales. Sería distinto si nuestras tropas hubieran llegado a las proximidades de Varsovia, pero la viva resis-

<sup>26</sup> G. JUKOV, *Vospominania i Razmyshlenia*, op. cit., t. 3, p. 150.

<sup>27</sup> *Istochnik*, nº 1, 1999, pp. 152-156.

tencia opuesta por los alemanes en los combates por la toma de los suburbios de Praga lo ha impedido». Necesita tiempo para reagrupar las fuerzas del Ejército rojo y proporcionar la artillería suplementaria. Además, por el aire solo puede lanzar fusiles y ametralladoras sobre una ciudad en la que los omnipresentes soldados alemanes pueden apoderarse de lo esencial. Por último, promete, hará lo posible: «Haremos todo lo que dependa de nosotros para ayudar a Varsovia»<sup>28</sup>. En realidad, se aprovecha de los vigorosos contraataques alemanes para sacar a las tropas soviéticas del Vístula. De este modo puede fingir la imposibilidad de apoyar a los insurrectos y responder con un cálculo político al cálculo político de los partisanos de Londres.

La resistencia polaca, que afirma estar condenada al fracaso, provoca finalmente la cólera de Stalin. El 14 de agosto, los Aliados le piden autorización para que los bombarderos americanos estacionados en Bari, al sur de Italia, aterricen en bases soviéticas. Negativa. El 16, escribe a Churchill: «La operación de Varsovia constituye una aventura insensata y horrible que cuesta numerosas pérdidas a la población». Es la primera vez que las víctimas civiles preocupan a Stalin, que añade que «el mando soviético [...] se ve obligado a desentenderse de la aventura varsoviana»<sup>29</sup>. El 20 de agosto, Roosevelt y Churchill renuevan su petición en una carta que Stalin responderá al día siguiente. Denuncia «al puñado de criminales que, para apoderarse del poder, han desencadenado la aventura de Varsovia»<sup>30</sup>. La respuesta es clara: el delito del *Ármita Krajowa* es el de haber pretendido instalar un gobierno independiente de Moscú, no el de haber desencadenado una insurrección aventurada. A continuación, Stalin autoriza a los aviones americanos a aterrizar en Poltava, lo que harán... el 18 de septiembre. La mayoría de los contenedores de armas ligeras, de alimentos y medicinas abandonados en la capital caen en manos de los alemanes, como había predicho un Stalin triunfante. El 2 de octubre, tras 62 días de combates encarnizados, capitulan los insurrectos, que han perdido 22.000 hombres. La ciudad no es más que un montón de ruinas; han perecido 180.000 civiles.

<sup>28</sup> *Russkii Arkhiv*, n° 14, 1994, pp. 220-221.

<sup>29</sup> *Correspondance secrète*, t. 2, p. 53.

<sup>30</sup> *Ibid.*, p. 55.

Los problemas polacos hacen más urgente un arreglo entre los Aliados. Ese fue el objeto del famoso encuentro del 9 de octubre de 1944 entre Churchill y Stalin solos con sus intérpretes. Stalin afirma estar dispuesto a discutir todo. Churchill esboza un reparto de Europa. Propone ceder Rumanía a la URSS y Grecia a los ingleses: «Gran Bretaña debe ser la potencia dominante en el Mediterráneo, y espero que el mariscal Stalin reconozca nuestro peso decisivo en Grecia, lo mismo que yo estoy dispuesto a reconocer el peso decisivo del mariscal Stalin en Rumanía». Stalin está de acuerdo: Gran Bretaña debe controlar el Mediterráneo. Churchill propone entonces «materializar las cosas en términos diplomáticos, evitando fórmulas sobre el reparto de las "esferas de influencia" que extrañarían a los americanos...». «Stalin le recuerda que, para Roosevelt, estas conversaciones tienen una función exclusivamente preparatoria. Churchill asiente, pero los dos pueden tener «conversaciones privadas». «Me parece, continúa Stalin, que los Estados Unidos pretenden obtener demasiados derechos importantes para ellos dejando a Gran Bretaña y a la Unión soviética unas posibilidades limitadas.» Entonces, Churchill saca del bolsillo una hoja de papel doblada en cuatro que califica de «documento dudoso», y tiende a Stalin su famosa propuesta de reparto de zonas de influencia. En Rumanía, Rusia el 90%, los demás países el 10%; en Grecia, Gran Bretaña el 90% (de acuerdo con Estados Unidos), Rusia el 10%; en Yugoslavia y Hungría 50% - 50%; en Bulgaria, Rusia el 75%, los otros el 25%. Stalin estudia las cifras, toma un lápiz, traza un pequeño guión azul y, sin decir palabra, lo devuelve a Churchill que se pregunta: «¿No será considerado como demasiado cínico el hecho de que decidamos tan sencillamente unas cuestiones que conciernen al destino de millones de hombres? Quememos este papel. -No, replica Stalin, guárdelo Vd.»<sup>31</sup>.

Al día siguiente, en su reunión con Eden, el ministro de Asuntos Exteriores británico, Molotov propone modificar esas cifras: en Hungría y en Yugoslavia, como en Bulgaria, 75% para Rusia y 25% para los demás. Eden protesta; Molotov propone entonces 90-10 para Bulgaria y un nuevo 50-50 para Yugoslavia. Eden rezonga; entonces Molotov propone 75-25 para Hungría y Bulgaria y 60-40 para Yu-

<sup>31</sup> CHURCHILL, *The Second World War*, op. cit., t. VI, p. 198; V. BEREJKOV, *Kaj ja stal perevochi kom Stalina*, op. cit., pp. 322-324.

goslavia, etc. Este mercadeo se inspira en las reglas establecidas por las grandes potencias a continuación de la Primera Guerra Mundial. Sin embargo, en 1944-1945, esas negociaciones se llevan a cabo entre unas potencias que tienen regímenes de propiedad radicalmente distintos; ahora bien, la liquidación soviética de la propiedad privada de los medios de producción, la instauración de la propiedad del Estado, con el monopolio del comercio exterior, impiden cualquier influencia política directa ligada materialmente a la propiedad privada y al libre cambio, incluso regulado. Aquel regateo daría a entender que Stalin mantiene la propiedad privada en todos esos países.

El 14 de octubre, Stalin y Churchill se reúnen por última vez para estudiar el tema polaco que, si no se soluciona, dice Churchill, será una llaga abierta en las relaciones entre la Unión soviética y los países anglosajones. «Los polacos, añade, están de acuerdo en reconocer a través de una declaración la línea Curzon como frontera [es decir, la cesión a la URSS de los territorios orientales conquistados en 1939], pero haciendo constar su protesta.» En resumen, están dispuestos a capitular, pero haciendo saber... que están descontentos. ¡No es problema, zanja Stalin! Churchill masculla que el Comité de Lublin está compuesto únicamente de comunistas, empezando por Bierut, lo cual es cierto. ¿Cómo?, se sorprende Stalin: Bierut abandonó el Partido comunista en 1937 o 1938. Y con razón, pues Stalin había disuelto su partido<sup>32</sup>. El ardid es burdo, pero Churchill lo ignora. No reacciona y suspira: no hablemos de esto en las tres semanas próximas para no obstaculizar la elección de Roosevelt, pero habrá que solucionarlo más adelante... esperando que los polacos no se obcequen.

Indica a Stalin que «los pequeños países europeos están enormemente asustados por la revolución bolchevique [pues], antes de la liquidación del Komintern, el gobierno soviético expresó su voluntad de proselitizar [*sic*] a todos los países europeos, y él, Churchill, recuerda hasta qué punto temblaba el mundo entero en 1919 y 1920 ante la amenaza de una revolución mundial». Stalin lo tranquiliza: «El mundo no temblará de miedo. La Unión soviética no tiene la intención de organizar revoluciones bolcheviques en Euro-

<sup>32</sup> *Istochnik*, n° 4, 1995, p. 145.

pa»<sup>33</sup>, lo que es perfectamente cierto, pero que no impide que Stalin desee meter la mano en Europa central.

El 3 de diciembre de 1944 se reúne a desayunar con el general De Gaulle que, en sus memorias, no menciona este frugal refrigerio ni la breve conversación en la que Stalin despliega una modestia desacostumbrada y un sentido del humor bastante grosero. Trabaja mucho, dice en dos ocasiones, por temor a equivocarse. La conversación termina con una broma de dudoso gusto. Los alemanes, dice Stalin, son unos adversarios tan tenaces que «a veces no basta con partirlas la columna vertebral, sino que además hay que mirar en el interior, pues después de eso un alemán puede seguir vivo. Entonces hay que cortarle las piernas y, si sigue vivo, la cabeza». Poniéndose al mismo nivel, De Gaulle afirma: «Si se quiere cortar una pierna, más valen dos cirujanos que cuatro o cinco». Stalin replica: «Depende de la operación». Y ahí termina la conversación entre los dos hombres de Estado<sup>34</sup>.

Se reanuda lánguidamente por la noche, durante un banquete en el Kremlin que deja atónito a De Gaulle por su «lujo inimaginable». «Sirvieron, comenta el General, una cena asombrosa, durante la que Stalin consume grandes tragos de vino de Crimea. Al acabar el banquete, se levanta unas treinta veces para beber a la salud de los presentes. Con objeto de demostrar la temerosa docilidad de sus subordinados, interrumpe bruscamente la conversación con una risotada: «¡Ah! ¡los diplomáticos! ¡Qué charlatanes! Para hacerlos callar no hay más que un medio: matarlos con ametralladora. ¡Bulgárin, ve a buscar una!». Al terminar la velada se dirige al intérprete Podzerov diciendo: «¡Tú, tú sabes demasiado. ¡Me entran ganas de enviarte a Siberia!». Al dejar la sala donde acaba de celebrarse tan fastuoso banquete, De Gaulle se da la vuelta: al quedarse solo, Stalin se había sentado de nuevo a la mesa e, inclinándose sobre ella, empezaba a comer con el ansia de un muerto de hambre»<sup>35</sup>...

En diciembre de 1944, los comunistas griegos, ampliamente mayoritarios en la resistencia anti-nazi, capitulan ante el gobierno monárquico de Papandreu apoyado por Churchill y los antiguos colaboradores pro-nazis, pero luego se rebelan, en contra de la voluntad

<sup>33</sup> *Ibid.*, p. 147.

<sup>34</sup> *Istochnik*, n° 5, 1996, p. 106.

<sup>35</sup> DE GAULLE, *Mémoires de guerre*, París, Pocket, 1999, t. 3: Le Salut, pp. 88, 90 y 95.

de Stalin, como reacción ante la represión que sufren. El 10 de enero de 1945, explica a Dimitrov: «He aconsejado que no comiencen [...] esta lucha en Grecia. Se lanzan a una empresa sin contar con las fuerzas suficientes». Y añade que el Ejército rojo no entrará en Grecia. Y termina: «Los griegos han hecho una tontería»<sup>36</sup>.

A mediados de diciembre, la Wehrmacht contraataca en las Ardenas belgas y hace retroceder a los anglo-americanos algunas decenas de kilómetros. El 6 de enero, Churchill informa a Stalin de que «la batalla es muy dura» y, para aliviar a los aliados, le pide que en enero desencadene «una gran ofensiva rusa a lo largo del Vístula o más allá». Stalin responde al día siguiente arguyendo unas condiciones meteorológicas desfavorables, pero asegura a su interlocutor que el GQG ha decidido acelerar la preparación de una ofensiva que «comenzará lo más tarde en la segunda mitad de enero»<sup>37</sup>. En realidad, la ofensiva del Ejército rojo se extenderá desde el 12 de enero a lo largo de los 700 o 1.000 kilómetros de frente y terminará el 2 de febrero. El Ejército rojo tomó Cracovia y Szczecin, llegó a las puertas de Koenisberg, liberó toda Silesia y penetró en Alemania llegando hasta 60 kilómetros de Berlín, cuya caída parece inminente a ojos de ciertos generales soviéticos. La presencia del Ejército rojo en todo el territorio polaco permitirá que, a partir del 4 de enero, Moscú reconozca el gobierno formado en Lublin por los comunistas y sus compañeros de viaje, que se instalan en Varsovia el 17 de enero siguiendo al Ejército rojo. De este modo, Stalin solucionó el problema polaco antes de la conferencia de Yalta. Con objeto de llegar a Berlín antes que los aliados, se hace cargo de la coordinación de los frentes 1º y 2º de Bielorrusia y del 1º frente ucraniano. Es preciso constatar que dicha coordinación es tan escasa que da la impresión de tratarse de una competición entre los ejércitos de Koeniev y de Jukov.

Mientras que a lo largo de las purgas se había suspendido y después limitado estrictamente la afiliación al Partido, Stalin continúa durante la guerra su obra de disolución total de un partido que ya no lo es: en 1942 recluta a 573.606 nuevos miembros, en 1943, 1.006.174, en 1944, 1.124.853 y en 1945, 765.606, incluso mientras en los años 1942-1943 una parte importante de la Rusia europea se

<sup>36</sup> G. DIMITROV, *Dnevnik*, *op. cit.*, p. 460.

<sup>37</sup> *Correspondance secrète de Staline avec Roosevelt, Churchill...*, *op. cit.*, pp. 117-118.



encontraba bajo la ocupación alemana. Stalin acentúa la difuminación del Partido convocando solamente en una ocasión al Comité Central durante la guerra, el 27 de enero de 1944, en una reunión sin acta, destinada a ratificar la liquidación del mariscal Kulik, acusado de la pérdida de la península de Kertch en 1942<sup>38</sup>. En el transcurso de la contienda no reunió ni una sola vez al Politburó, al que substituyó el «grupo de los cinco» (Stalin, Beria, Molotov, Malenkov y Mikoyan) miembros del Politburó, transformado por unos momentos en «grupo de los seis» con la inclusión de Vorochilov, que fue apartado a comienzos de 1944. No obstante, los archivos contienen legajos enteros de documentos de ese Politburó que no se reunió jamás: Malenkov formalizaba como decisiones procedentes de dicho organismo las que tomaba el grupo informal de los «cinco» o de los «seis».

En los países de Europa central y oriental se derrumban los Estados con gobiernos pro-nazis: Rumanía, Bulgaria, Hungría, Eslovaquia, países bálticos. En Yugoslavia llegan al poder los partisanos comunistas aupados por un auténtico movimiento de la resistencia popular. La guerra ha conmocionado el orden mundial anterior y la ola de la descolonización sacude a los antiguos imperios coloniales, reduciendo a Inglaterra y a Francia al rango de potencias secundarias. Los Estados francés e italiano, cuyos gobiernos colaboraron hasta el último momento, se desmembran, y Stalin responde a ese hundimiento tratando de consolidarlos. Cuando, en junio de 1943, Mussolini es destituido y el mariscal Badoglio, dignatario del Gran Consejo Fascista forma un gobierno de unión nacional, Stalin envía a Palmiro Togliatti para que ocupe un ministerio. Y da una justificación política a esta decisión: es partidario de una Italia fuerte en el Mediterráneo. El 19 de noviembre de 1944, en cuanto se produce la liberación de Francia, llama a Maurice Thorez, refugiado en Moscú desde el comienzo de la guerra, y le aconseja moderación y prudencia, invitándole a disolver las organizaciones comunistas armadas de la Resistencia. Le propone especialmente que

<sup>38</sup> *Istoricheski Arkhiv*, nº 1, 1992, pp. 61-65. Esta reunión del Comité Central prevista en principio para el 9 de octubre de 1941 había sido suspendida *sine die*. Convocada este 24 de enero, estuvo dedicada sobre todo a la exclusión del mariscal Kulik, al nombramiento de N. Chvernik vicepresidente del Presidium del Soviet Supremo de la URSS presidido por Kalinin, enfermo de cáncer, y a la adopción del nuevo himno de la Unión soviética. Los «debates» —si se puede calificar así a la simple confirmación de las decisiones adoptadas por Stalin y su entorno— no fueron mecanografiados.

los comunistas franceses participen en la construcción de un «movimiento para la reconstrucción de una Francia fuerte y para el refuerzo de la democracia». Insiste en la necesidad de «la restauración de las empresas industriales, sobre todo de las industrias de armamento», en resumen, sobre la necesidad de mantener, incluso de salvar, al Estado francés<sup>39</sup>. ¿Por qué? Delante de Thorez repite su ritornello sobre la debilidad de la clase obrera francesa y del partido comunista. Quiere ayudar, dice, a instaurar una Francia burguesa fuerte (y una Italia burguesa fuerte) con las que la URSS podría aliarse frente a los Estados Unidos. Al regreso de Thorez a Francia, el Partido comunista francés traducirá esta política de unión nacional por el eslogan: «Un solo Estado, un solo ejército, una sola policía», en cuyo nombre se disolverán las formaciones armadas del Partido comunista, francotiradores y partisanos, obligados a entregar sus armas a unos oficiales que en ocasiones habían colaborado hasta el extremo.

En cambio, Stalin no puede consentir la ingerencia anglo-americana en su terreno reservado. En una directriz de primeros de enero a los comandantes de los frentes de Hungría, Rumanía y Polonia denuncia la reciente multiplicación de los casos de aterrizaje de aviones aliados sobre el territorio ocupado por el Ejército rojo. «Una benevolencia perjudicial, una confianza superflua y la pérdida de la vigilancia [...] permiten que los elementos hostiles utilicen esos aterrizajes para enviar a Polonia terroristas, saboteadores y agentes del gobierno emigrado de Londres»<sup>40</sup>, que es el nudo del desacuerdo entre los Aliados.

La victoria le ha proporcionado una seguridad nueva que adquiere la forma de un cinismo tranquilo. En diciembre de 1944 declara a De Gaulle: «Conozco a Thorez; en mi opinión es un buen francés. Yo, en su lugar, no lo pondría en prisión... por lo menos no inmediatamente»<sup>41</sup>. Un poco después, indica a Tito, que se niega a reponer en el trono al rey Pedro II de Yugoslavia: «No tienes necesidad de restaurarlo para siempre. Hazlo de momento y en la primera ocasión le clavas tranquilamente un puñal en la espalda»<sup>42</sup>.

<sup>39</sup> *Cahiers d'Histoire*, n° 62, 1996, pp. 137-144; en anexo en G. SUBERVILLE, *L'Autre Résistance*, Saint-Etienne, Aïou, 1998, pp. 167-177.

<sup>40</sup> D. VOLKOGONOV, *Staline*, op. cit., t. 2, p. 398.

<sup>41</sup> DE GAULLE, *Mémoires*, op. cit., t. 3: *Le Salut*, p. 77.

<sup>42</sup> V. DEDJER, *Tito parle*, op. cit., p. 244.

Al acercarse el final de la guerra, Stalin y su entorno adoptan poco a poco un nuevo modo de vida que perdurará hasta su muerte en 1953. El ambiente del Kremlin es el de una corte triste donde, según el yugoslavo Milovan Djilas, que visitará Moscú en varias ocasiones entre 1944-1948, las comilonas constituyen «la distracción más frecuente y el único lujo en la vida de Stalin que, además, aparece enormemente aburrido y enormemente triste»<sup>43</sup>. Festines y borracheras alegran una existencia envuelta en un papeleo de informes y decretos. Durante una cena en compañía de los dirigentes comunistas yugoslavos, propone a sus invitados que adivinen la temperatura exterior: cada uno deberá beber un número de vasos de vodka que coincida más o menos con los grados del termómetro. Las competiciones alcohólicas le entusiasman, así como a su corte.

La bebida le agudiza la manía de humillar a sus allegados. A lo largo de esas francachelas, Stalin se burla de sus colaboradores con la brutalidad de un domador de osos. En un tono arrogante, cuando el anciano Kalinin, casi ciego y consumido por el cáncer, pide a Tito un cigarrillo yugoslavo, exclama de modo altanero: «¡No lo fumes, son cigarrillos capitalistas!». Kalinin, temblando, deja caer el cigarrillo. Stalin estalla en carcajadas<sup>44</sup>. Una noche, hablando con Tito señala con el dedo a sus propios ayudantes y se burla de su incapacidad: «Bulganin, ese loro, ese ridículo pisaverde vestido de uniforme, se toma por un militar, casi por un estratega. En realidad, no sabe más que arrastrarse por el parquet [...]. Molotov, con un cerebro tan inmovilizado como inexpresiva tiene la cara, no entiende en absoluto las cosas más sencillas, no es capaz de encontrar los Estados en el mapa y se mezcla en los Asuntos Exteriores [...]. Jruschov [...] ya ha sobrepasado sus limitadas capacidades»<sup>45</sup>. Disfruta humillando a Molotov y diciéndole en público: «Cuando estás borracho puedes decir cualquier cosa». Se da un aire «rústico» con los interlocutores extranjeros. De Gaulle anota: «Stalin [...] adoptaba un aire paleta, de una cultura rudimentaria, aplicando a los problemas más graves las opiniones de un zafio sentido común»<sup>46</sup>.

<sup>43</sup> M. DJILAS, *Conversations avec Staline*, París, Gallimard, 1962, p. 83.

<sup>44</sup> *Ibid.*, p. 117.

<sup>45</sup> B. SUVARINE, «La Folie de Stalin», *Est-Ouest*, 16-31 de julio de 1957, p. 27. El yugoslavo Dedijer, que se ha reunido con Stalin en varias ocasiones, anota en el mismo sentido: «En la conversación con su entorno, Stalin suele mostrarse brutal, grosero y susceptible» (V. DEDIJER, *Tito parle*, *op. cit.*, p. 243).

<sup>46</sup> DE GAULLE, *Mémoires*, *op. cit.*, p. 88.

Y las aplica en el control de la actividad intelectual del país, a la que se dedica plenamente de nuevo. Los interesados lo saben. Por ejemplo, el 1 de abril, la actriz de cine Kuzmina escribe a su «querido y amado Iosiv Visarionovitch» una carta desesperada: ella es la actriz protagonista del filme de Romm sobre la guerra *Matrícula 217*. Ahora bien, a pesar de la elevada opinión que del filme tienen los que lo han visto en la Casa del Cine, no está autorizado. «Eso es porque Vd., Iosiv Visarionovitch, no lo ha visto todavía. Yo quiero pensar que no ha tenido tiempo, pero desde que la película espera en las estanterías, Vd. ha visto ocho o nueve filmes diferentes, rodados después del nuestro y ni tan buenos ni tan necesarios como él»<sup>47</sup>. Le ruega que lo vea. Insiste dos veces con fuerza. No sabemos si lo vio, pero el caso es que, el año siguiente, el filme obtuvo un premio Stalin.

---

<sup>47</sup> *Istoria Sovietskoi Polítcheskoi Cenzury*, Moscú, Rosspen, 1997, pp. 504-505.

## Capítulo XXX

### LA ÉPOCA DEL GRAN REPARTO

Del 4 al 11 de febrero de 1945, Churchill, Roosevelt y Stalin se reúnen en Yalta, Crimea, para discutir el funcionamiento de la futura ONU, repartirse las zonas de influencia en Europa, regular el destino de una Alemania agonizante y organizar Europa central, cuyos antiguos regímenes monárquicos y fascistoides pro-nazis están en ruinas. Stalin instala a la delegación americana en el palacio Livadia, antigua residencia de los zares en la que se desarrollan las sesiones de las negociaciones, y a la numerosa delegación inglesa en el palacio de Alupka.

Para demostrar su fuerza, no recibe a sus huéspedes en el aeródromo pero, con el fin de halagar la vanidad de Roosevelt, le propone la presidencia de la conferencia. En el momento de la inauguración, el Ejército rojo controla Polonia, Rumanía, Bulgaria, las tres cuartas partes de Hungría, una pequeña zona de Alemania y, además, está en conexión con los comunistas yugoslavos que habían liberado por su cuenta las dos terceras partes de su país. Fortalecido por esas victorias, Stalin se siente en posición dominante; ese sentimiento le transforma físicamente. Se pasea en uniforme caqui de cuello alto y cerrado, adornado con una sola condecoración. El americano Stettinius se queda asombrado ante su apariencia: «A pesar de su corta estatura, por su poderosa cabeza y los hombros asentados sobre un cuerpo robusto, irradiaba del mariscal la sensación de una gran fuerza»<sup>1</sup>. Stalin actúa con cinismo. Así, entre risotadas, presenta a Beria como «nuestro Himmler» a un sorprendido Roosevelt<sup>2</sup>. Dos agentes de la NKVD lo acompañan continuamente. Al acabar la primera reunión se precipita hacia los lavabos; los guardias le pierden. La delegación soviética se angustia y corre vocife-

<sup>1</sup> E. STETTINIUS, *Yalta, Roosevelt et les Russes*, París, Gallimard, 1951, p. 99.

<sup>2</sup> Testimonio de Andrei Gromyko, el futuro ministro de Asuntos Exteriores de la URSS, en *Beria, Konets Carrieri*, Moscú, Izdatelstvo politicheskoi literatury, 1991, pp. 221-222.

rando por los pasillos hasta el momento en que el mariscal sale majestuosamente de los aseos.

Impone a su delegación un ritmo de trabajo infernal; siete días de siete; trabajo hasta las cinco de la mañana; cinco horas de sueño como máximo; vuelta al trabajo a las 10 de la mañana. A mediodía se reúnen los ministros de Asuntos Exteriores para preparar la sesión plenaria, que comienza a las cuatro de la tarde y termina a las ocho. No hay actas oficiales; cada delegación tiene la suya. Los intérpretes americanos y británicos traducen en ruso, y el intérprete ruso en inglés, lo que en ocasiones da lugar a algunos errores. La mayor parte de las sesiones terminan con un pequeño banquete precedido, al estilo ruso, por decenas de brindis con vodka y champán. En la noche del 8 de febrero se batieron todos los récords: la comida, que dura hasta medianoche, consta de veinte platos diferentes y acaba con cuarenta y cinco brindis. Sin embargo, Stalin no pierde la cabeza. Imitado por Vychinski, se bebe la mitad del vaso de vodka y, cuando cree que nadie le observa, lo llena de agua.

Después de romper amarras con el internacionalismo bolchevique y recuperar las tradiciones zaristas, el reparto se ha convertido en una de las constantes de su política: había propuesto dos a Hitler en agosto y en septiembre de 1939, y un tercero en 1940, otro a Eden en julio de 1941, y luego, en octubre de 1944 había discutido uno más con Churchill. Yalta es la culminación de esa política. Puede asentarse allí sobre unas bases que solamente cuentan con el asentimiento de Churchill, que ha informado vagamente a Roosevelt, convencido, como deja entender al cardenal americano Spellman, de que únicamente la URSS puede hacer reinar el orden en la mayor parte de Europa. Frente a un Roosevelt, agotado y consumido por la enfermedad, y un Churchill que, consciente de la inferioridad militar y económica de Inglaterra, se muestra unas veces bullicioso y otras taciturno, en ocasiones acomodaticio y en otras brutal, Stalin trata de dirigir el juego desde su posición de gran potencia, que define bruscamente cuando sus dos interlocutores plantean incluir a Francia: responde sonriendo: «Los Tres Grandes forman un club extremadamente cerrado, limitado a naciones con cinco millones de soldados»<sup>3</sup>. Esta actitud le hizo pro-

<sup>3</sup> E. STETTINIUS, *Yalta, Roosevelt et les Russes*, op. cit., p. 127.

nunciar, a propósito del Papa, la famosa pregunta, apócrifa: «El Papa, ¿cuántas divisiones?»<sup>4</sup>.

Maiski expone el plan soviético, aprobado por él, sobre las indemnizaciones de guerra, que desea fijar en 20.000 millones de dólares: 10.000 millones para la URSS pagados en especie (en industrias con su material), 8.000 millones para Estados Unidos e Inglaterra, y 2.000 millones para los demás países. Una comisión tripartita establecida en Moscú resolvería los detalles. Churchill apoya el traslado de fábricas y equipos alemanes a la URSS. Da una versión pragmática de la guerra a favor del derecho y la democracia declarando que en esos traslados solo ve beneficios para Inglaterra, que desea, «en cierto modo, ocupar el lugar de Alemania en Europa como productor de mercancías para los pequeños países europeos». Al carecer de fábricas, Alemania quedaría fuera de juego y Churchill termina: «Los intereses de Inglaterra y de la Unión soviética discurren en el mismo sentido», pero no hasta el final. Churchill, deseoso de eliminar del capital inglés a un competidor, no pretende arruinar a Alemania hasta el punto de crear una zona explosiva en el corazón de Europa<sup>5</sup>. Los americanos desean desmantelar la industria pesada alemana, fuente de su poderío militar, pero comparten la misma preocupación. Tras haber apoyado en septiembre de 1944 el plan de transformación de Alemania en zona agrícola, —elaborado por su ministro de Finanzas Morgenthau—, Roosevelt lo rechaza por la misma razón. Stalin no saldrá de Crimea sin una declaración de principios sobre las indemnizaciones de guerra cuyas modalidades serán establecidas por la comisión tripartita. Insiste en el desmembramiento de Alemania, a la que propone dividir en cinco porciones: el resto de Prusia, Hannover y el Noroeste, Sajonia y el territorio de Leipzig,

<sup>4</sup> J. F. BYRNES afirma que esa frase nunca se pronunció en Yalta, en *Cartes sur table*, París/Londres/New York, Morgan, 1947, p. 69. El intérprete Berejkov que traducía las conversaciones entre Churchill y Stalin afirma que Stalin planteó la cuestión a Churchill durante su entrevista de octubre de 1944, ver V. BEREJKOV, *Comment je suis devenu interprète de Staline*, op. cit., p. 329.

<sup>5</sup> Churchill había definido este punto de vista durante su encuentro con Stalin el 17 de octubre de 1944. Ver *Istochnik*, n.º 4, 1995, pp. 148-151. A esas declaraciones añadió otras en las que manifestaba que no deseaba que Alemania tuviera una «industria química, metalúrgica y electrotécnica altamente desarrollada» y se mostró partidario de la «destrucción de la industria alemana» (pp. 148-149). Stalin concreta: «Alemania no debe tener aviación militar ni civil», a lo que Churchill añade: «También será imposible autorizarla a utilizar navíos alemanes para navegar por mares y océanos» (*ibid.*, p. 151). La «guerra del derecho» concreta aquí muy claramente el objetivo de eliminar un competidor comercial.

Hesse y el sur del Rin, y por último, el Sur (Baviera, Baden y Wurtemberg), pero tropieza con las reservas británicas.

Durante la conferencia, Stalin despliega todos los recursos de su astucia. Aboga por la vuelta de la frontera polaca a la llamada línea Curzon, situada a 200 kilómetros más al oeste de la frontera de antes de la guerra, representando al mismo tiempo el papel de patriota ruso indignado y de elegido obligado a dar cuentas a sus mandatarios. No puede cubrirse de vergüenza. «¿Qué dirían los bielorrusos y los ucranianos? No podríamos volver a Moscú y ponernos delante del pueblo. Dirían: "Stalin y Molotov han defendido nuestros intereses con menos decisión que Clemenceau y Curzon". Me resulta imposible adoptar semejante postura si, cuando vuelva a Moscú, quiero mirar a la gente cara a cara»<sup>6</sup>.

Incluso insinúa que debe rendir cuentas a sus iguales, pues expone la situación militar de un modo que da al secretario de Estado americano, Stettinius, la impresión de que responde a las críticas del Politburó, que le reprocha que ceda ante Roosevelt y Churchill con excesiva frecuencia<sup>7</sup>. Sin embargo, la delegación soviética en la que figura Molotov, miembro del Politburó, se alinea celosamente con sus opiniones.

Maneja con soltura la ironía y el cinismo. Así, propone una declaración en la que los Tres Grandes «apoyarían a los jefes políticos que han tomado parte activa en la lucha contra los invasores germanos» en los distintos países europeos. Y como Churchill se apoya en Grecia en los colaboracionistas de los nazis en contra de los maquis, afirma sarcásticamente: «No tema Ud. que se aplique esta enmienda a Grecia»<sup>8</sup>. Cuando Churchill plantea la inmediata formación por parte de los Tres Grandes de un gobierno polaco de unidad, ironiza y califica la propuesta de «*lapsus linguae*». Se me tacha de dictador, dice, pero tengo el suficiente sentido democrático como para negarme a formar un gobierno polaco sin consultar a los polacos. Roosevelt y Churchill rechazan la representatividad del gobierno de Varsovia, formado en Lublin por los comunistas y sus satélites, e insisten en la del gobierno emigrado formado en Londres desde 1940. Stalin replica: «El gobierno de Varsovia tiene una base democrática

<sup>6</sup> J. F. BYRNES, *Cartes sur table*, op. cit., pp. 71-72.

<sup>7</sup> STETTINIUS, *Yalta, Roosevelt et les Russes*, op. cit., p. 107.

<sup>8</sup> *Ibid.*, p. 229.



igual, por lo menos, que la del gobierno de De Gaulle»<sup>9</sup>. Representa la comedia de la democracia. Así, el 6 de febrero, Roosevelt le propone invitar a Yalta a varias personalidades polacas de todos los colores «para formar con ellas un gobierno provisional en Polonia». Al día siguiente, Stalin lo esquiva: no ha podido conectar con las personas de Lublin cuya opinión deseaba conocer, pero muestra un desprecio férreo por las naciones pequeñas: «Yugoslavia, Albania y los pequeños países análogos no tienen derecho a sentarse a esta mesa»<sup>10</sup>. Declarándose partidario de la independencia de Indochina en un futuro lejano, propone colocarla de momento bajo el mandato de la ONU. No pretende alterar el orden colonial<sup>11</sup>.

Pero cede ante sus dos rivales en la mayoría de los puntos, excepto en el tema polaco. Stettinius afirma: «La Unión soviética hizo en Yalta mayores concesiones a Estados Unidos y a Gran Bretaña que las que se hicieron a los soviéticos. Los acuerdos [...] resultaron en conjunto un triunfo diplomático para Estados Unidos y Gran Bretaña»<sup>12</sup>. Se podría ver en ello una defensa *pro domo* del secretario de Estado americano, pero los hechos confirmarían su opinión.

Churchill le agradece también que «no haya prestado demasiado interés a los asuntos de Grecia»<sup>13</sup>. Efectivamente, Stalin deja las manos libres al gobierno Papandreu para aplastar la insurrección popular griega contra un régimen odiado. Stalin responde, o más bien repite: «No tengo la intención de juzgar las actuaciones británicas en Grecia»<sup>14</sup>. Dos meses después, el 24 de abril, escribirá a Churchill: «El gobierno soviético [...] comprende todo lo que representan Bélgica y Grecia para la seguridad de Gran Bretaña»<sup>15</sup>. Churchill se lo agradece cuatro días después: «Reconozco las atenciones que me demostró cuando nos vimos obligados a intervenir con unas considerables fuerzas armadas para romper el ataque del EAM-ELAS [organización militar del Partido comunista griego] contra la sede del gobierno en Atenas»<sup>16</sup>.

<sup>9</sup> *Ibid.*

<sup>10</sup> *Ibid.*, p. 111.

<sup>11</sup> Declara: «Indochina tendrá que ser independiente, pero aún no es capaz de gobernarse por sí misma», *ibid.*, p. 223.

<sup>12</sup> *Ibid.*, p. 275.

<sup>13</sup> *Ibid.*, p. 205.

<sup>14</sup> *Ibid.* Al mismo tiempo añade: «Los griegos no están acostumbrados todavía al empleo de la discusión y persisten en el de cortarse la cabeza unos a otros» (*ibid.*).

<sup>15</sup> *Correspondance secrète de Staline avec Roosevelt, Churchill...*, op. cit., t. II, p. 184.

<sup>16</sup> *Ibid.*, p. 200.

Exige tres escaños en la ONU, uno para Ucrania, a fin, dice, de aplacar un separatismo ucraniano amenazador, uno para Bielorrusia y uno para Lituania, para hacer avalar la conquista de los países bálticos. Lituania no lo obtendrá. Por fin obtiene tres escaños, uno para Rusia, otro para Ucrania y el tercero para Bielorrusia, pero ese éxito no significa nada. Se opone a que Francia reciba una zona de ocupación militar en Alemania y participe en el control de la ocupación. Finalmente cede, y solo consigue que la zona francesa salga de la americana y de la británica. Acepta las dos enmiendas británicas sobre Yugoslavia, donde solamente él es capaz de imponer respeto. Estas enmiendas prevén un gobierno de unificación entre comunistas y monárquicos, y piden que las leyes votadas por la Asamblea de liberación nacional sean sometidas a la ratificación de la Asamblea constituyente. El objeto es el de hacerle invalidar los decretos de socialización de la economía: es uno de los gérmenes del futuro conflicto entre Belgrado y Moscú.

Finalmente acepta una declaración sobre la Europa liberada que afirma la voluntad de los firmantes de solucionar por vía diplomática los urgentes problemas políticos y económicos de los pueblos europeos, y de establecer en ellos, a la mayor brevedad, unos gobiernos surgidos de elecciones libres. Molotov, inquieto, presenta el texto a Stalin mientras rezonga: «Parece un poco demasiado». Stalin, de acuerdo con su costumbre, explica: «No importa, no importa, adelante. Siempre podremos aplicarlo a nuestro modo. Todo depende de la relación de fuerzas»<sup>17</sup>. No tiene el menor interés en respetar ese principio, como tampoco piensan Roosevelt y Churchill en aplicarlo en España, Portugal o en las colonias. Pero se convertirá en una de las manzanas de la discordia entre los tres aliados.

La conferencia termina con un acuerdo entre los tres jefes de Estado, publicado el 11 de febrero en la prensa de cada país, en el que se anuncia la entrada en guerra de la URSS contra el Japón, «dos o tres meses después de la rendición de Alemania y al final de la guerra en Europa». En él se concreta que «serán restaurados los anteriores derechos de Rusia violados por el traidor ataque del Japón en 1904»<sup>18</sup>. Stalin se presenta aquí como el heredero de Nicolás II contra los revolucionarios de 1905, entre los que se encontra-

<sup>17</sup> F. TCHOUEV, *Conversations avec Molotov*, op. cit., p. 76.

<sup>18</sup> E. STETTINIUS, *Yalta, Roosevelt et les Russes*, op. cit., p. 320.

ba el joven Koba, favorables entonces a la derrota de la aborrecida monarquía rusa. La entrada en guerra contra el Japón permitirá a la URSS apoderarse de las islas Kuriles y de ocupar el norte de Corea. La acusación lanzada frecuentemente contra Roosevelt de haber cedido ante Stalin aceptando que el Ejército rojo tomara Berlín carece de fundamento. El Estado Mayor americano insistió en la entrada en guerra de la URSS por temor a que se eternizara la contienda en el Pacífico y, según Eisenhower, el jefe de ese mismo Estado Mayor americano, las tropas americanas no entraron en Berlín las primeras por motivos puramente militares. ¿Abandonó Yalta a Europa central en manos de Stalin definitivamente? Cuando se celebra la conferencia, el Ejército rojo ya se encuentra en ella y los partisanos comunistas yugoslavos habían liberado a la casi totalidad del país.

Apenas terminada la conferencia, los emisarios americanos e ingleses —entre ellos, el residente americano en Suiza Allen Dulles— se reúnen en Berna con el general de las SS Karl Wolf. Harriman no informa a Stalin hasta el 12 de marzo, es decir, un mes después. Stalin reacciona brutalmente ante esas negociaciones. Ve en ellas un intento de acuerdo separado entre los Aliados y los alemanes a espaldas de la URSS. Exige que esté presente un representante de la URSS, pero tropieza con una negativa. El 25 de marzo, Roosevelt lo tranquiliza: la única finalidad de esas entrevistas consiste en «apresurar la rendición de las fuerzas enemigas que se enfrentan a las fuerzas americanas»<sup>19</sup>. La fórmula permite predecir una paz separada y el envío de divisiones alemanas que operan en Italia al frente Este. El 29 de marzo, Stalin insiste sobre este punto ante Roosevelt: ciertamente es partidario de unas negociaciones con el enemigo que aboquen en la capitulación de las fuerzas enemigas en una parte del frente, pero «únicamente si no dan a los alemanes la posibilidad de maniobrar y utilizar esas negociaciones para trasladar sus tropas a otros sectores del frente, y en especial al frente soviético»<sup>20</sup>. Roosevelt le tranquiliza en un mensaje del 1 de abril, lamentando el ambiente de desconfianza que rodea esas discusiones... Muere doce días después.

<sup>19</sup> *Correspondance secrète de Stalin avec Roosevelt, Churchill...*, op. cit., p. 147.

<sup>20</sup> *Ibid.*, p. 150. Stalin se venga tres días más tarde. El 1 de abril, envía a Eisenhower un telegrama secreto en el que afirma que «Berlín ha perdido su significado estratégico y que, por lo tanto, el mando soviético no piensa enviar en dirección a Berlín más que fuerzas accesorias». Pura mentira (*Novata i novecháta istoria*, n.º 3, 2000, p. 181).

Stalin dedica la víspera de la victoria a las primeras operaciones de orden interno e ideológico. En abril manda expulsar del Partido a Kulik. Incluso antes de que haya acabado la guerra, es un primer aviso para la alta jerarquía militar. Lo hará detener en 1947, y en 1950, una vez restablecida la pena de muerte derogada en 1947, lo hará condenar a muerte y fusilar el 24 de agosto de 1950. Pero sobre todo, pone brutalmente el acento en el gran especialista de la propaganda anti-alemana en el transcurso de la guerra, el gran novelista Ilya Ehrenburg. El 14 de abril de 1945, *Pravda* publica un artículo de Alexandrov, responsable de la sección de Agitación y propaganda del Comité Central, inspirado o dictado por Stalin, y titulado: «El camarada Ehrenburg esquematiza». Denuncia un artículo del escritor publicado en *Pravda* del 9 de abril bajo el título «Ya basta» reproducido en *La Estrella Roja* (el órgano del ejército) y en *Moscú tarde* del 11 de abril. Acusa al escritor de llamar a la exterminación del pueblo alemán y termina: «Ehrenburg no refleja el espíritu de la opinión pública soviética. El pueblo soviético nunca ha identificado al pueblo alemán con los dirigentes de una banda criminal». El artículo trata de descalificar al escritor judío como portavoz del patriotismo soviético. En efecto, ese papel no es el adecuado para un judío. Al día siguiente, Ehrenburg protesta contra ese artículo en una carta a Stalin. Niega haber llamado a la exterminación del pueblo alemán y se queja «del ambiente de condena y aislamiento» que el artículo va a crear en torno a él<sup>21</sup>. El secretariado de Stalin registra la carta, pero él no responde a ella. Al no haber adivinado la identidad del socio comanditario, Ehrenburg protesta ante Alexandrov: la propaganda de Goebbels le acusa de desear la exterminación del pueblo alemán. Asimilar las frases de Stalin a los eructos de Goebbels es temerario. Stalin no reacciona, pero prohíbe que Ehrenburg acuda a Berlín a celebrar la victoria. Es la primera señal pública de la campaña antisemita que desarrollará a partir de 1948 bajo la bandera de la lucha contra el «cosmopolitismo».

El 16 de abril de 1945, el Ejército rojo inicia su ofensiva contra Berlín, cercado el 25 de abril y tomado por asalto el 2 de mayo. Seis semanas antes de la caída de la ciudad, Stalin esboza el cuadro de su política europea en presencia de los comunistas checos invitados a

<sup>21</sup> *Istochnik*, n° 2, 1997, pp. 116-117. L. MARCOU, *Ilya Ehrenbourg, op. cit.*, pp. 228-230, y E. BERRARD, *La Vie tumultueuse d'Ilya Ehrenbourg*, París, Ramsay, 1991, p. 259.

cenar el 28 de marzo de 1945. Pronuncia una serie de brindis, uno de ellos en honor del Ejército rojo, durante el que se excusa por el modo en que sus soldados «poco conscientes maltratan y ofenden a jóvenes y mujeres», un eufemismo para designar la ola de violaciones que acompañó a la liberación del país. Después pronuncia un extenso discurso, no hecho público, sobre los eslavófilos, esos nacionalistas rusos del siglo XIX que querían unir a los pueblos eslavos bajo la férula del zar y de la Iglesia ortodoxa frente al maldito Occidente. Esta repetición de la antigua propaganda monárquica le conduce a precisar: «Nosotros, los nuevos eslavófilos-leninistas, los eslavófilos-bolcheviques, los comunistas, somos partidarios no de la unificación, sino de la unión de los pueblos eslavos. Consideramos que, independientemente de las diferentes situaciones políticas y sociales, todos los eslavos deben estar unidos contra nuestro enemigo común: los alemanes».

Probablemente, Lenin se revolvería en su mausoleo al oír esas nuevas definiciones de «eslavófilos-leninistas», de «eslavófilos-bolcheviques», que ilustran el giro nacionalista radical que ha adoptado la política de Stalin. Y quedaría igualmente sorprendido al escuchar la segunda parte de su discurso. En efecto, según Stalin, las dos guerras mundiales habían sido provocadas «por el deseo de los alemanes de esclavizar a los eslavos» que son los que más han sufrido en estas guerras: «Rusia, Ucrania, los bielorrusos, los serbios, los checos, los eslovacos, los polacos...». Lenin y los bolcheviques habían cometido el error de ver en la derrota del Imperio ruso el mal menor para sus pueblos, y de denunciar el «social-patriotismo» y la unión sagrada. Pero ese revisionismo completo queda implícito.

Respecto a la guerra que llega a su fin, Stalin denuncia con desprecio la rendición de los franceses que «abrieron el frente a los alemanes»; de Bélgica y Holanda que «inmediatamente levantaron las patas y se tumbaron delante de los alemanes»; bromea sobre «las pequeñas destrucciones» sufridas por Inglaterra. Podríamos pensar, dice, que ha desaparecido la amenaza alemana. Es falso. «Odio a los alemanes, pero el odio no debe impedirnos juzgarlos objetivamente. Los alemanes son un gran pueblo» con el que, dice, los Aliados tratarán de entenderse. «Seremos implacables con los alemanes. [N]osotros, los eslavos, hemos de estar preparados para la posibilidad de verlos alzarse de nuevo y atacar a los eslavos» que, en consecuencia, deben permanecer unidos.

A continuación Stalin niega que la URSS pretenda imponer su sistema a los pueblos eslavos, incluso en una Bulgaria que, sin embargo, lo desea. «Queremos tener verdaderos gobiernos democráticos en los países eslavos amigos», nada más<sup>22</sup>. En este auténtico discurso-programa no destinado al público es sincero cuando afirma su negativa a expropiar el capital en esos países, pero omite precisar que, a sus ojos, un gobierno verdaderamente democrático es el que responde dócilmente a las exigencias políticas y diplomáticas de Moscú. Pero ¿cómo controlar políticamente a esos países si la propiedad privada de los medios de producción, masivamente rechazada por los masas obreras y por los míseros campesinos, subsiste en ellos y constituye el soporte material de un poder político independiente de Moscú?

La victoria del Ejército rojo relaciona, aún más que antes de la guerra, los problemas de orden internacional con los de orden interno en la URSS. La integración de Ucrania occidental arrebatada a Polonia en 1939, ocupada por la Wehrmacht durante dos años y medio y asolada por las bandas del nacionalista Stepan Bandera, empuja a Stalin a estrechar lazos con la Iglesia ortodoxa. En efecto, Ucrania occidental es el feudo de la Iglesia uniata, Iglesia de rito ortodoxo que acepta la autoridad del Papa. El 15 de marzo, Karpov, agente de la NKVD, colocado a la cabeza del Consejo de la Iglesia ortodoxa, a petición de Molotov, envía a Stalin una nota en la que afirma: «La Iglesia ortodoxa rusa, que en el pasado no dedicó suficientes esfuerzos en la lucha contra el catolicismo, puede y debe desempeñar hoy un papel significativo en la lucha contra la Iglesia católica romana (y contra la Iglesia uniata) que se ha encaminado por la vía del fascismo y trata de influir en la construcción del mundo después de la guerra». Stalin garabatea en la nota: «De acuerdo» con utilizar y apoyar a la Iglesia ortodoxa contra la Iglesia católica<sup>23</sup>.

El 1 de mayo por la noche, Jukov llama a Stalin a las 4 h 30 de la mañana: «Stalin acaba de meterse en la cama», le responde el general Vlassik. Jukov insiste en que le despierte: «El asunto es urgente y no puede esperar hasta mañana». Stalin toma el auricular. Jukov le da a conocer el suicidio de Hitler: «A ese canalla se le ha terminado

<sup>22</sup> «Journal de Malychev», *Istochnik*, n° 5, 1997, p. 128.

<sup>23</sup> *Istorichesli Arkhiv*, n° 4, 1994, pp. 93-94.

el juego. Lástima que no hayan podido cogerlo vivo»<sup>24</sup>... Una semana después, el 8, Truman interrumpe las entregas de préstamos, y los Aliados reciben la rendición de los alemanes en Reims sin la presencia de la URSS. Esa decisión encoleriza a Stalin: «El pueblo soviético se echó a las espaldas el fardo más pesado de la guerra, y la rendición ha de firmarse delante del mando supremo de todos los países de la coalición anti-hitleriana»<sup>25</sup>. El día 9, tiene lugar una nueva firma con la presencia del Estado Mayor soviético.

Preocupado por el frente interior, el 11 de mayo, Stalin firma con el jefe de Estado Mayor, Antonov, una orden destinada a los dirigentes de la NKVD y de la NKGB (Beria, Merkulov y Abakumov), a Juschov y a otros dos dirigentes, por la que se crean 100 campamentos de 10.000 plazas, para «organizar la acogida y el reagrupamiento de los antiguos prisioneros de guerra soviéticos, militares y civiles, liberados por los Aliados en el territorio de Alemania occidental»<sup>26</sup>. La orden planifica detalladamente el reparto de esos campamentos: 45 para los dos frentes de Bielorrusia, 55 para los cuatro frentes ucranianos, a fin de asegurar el control de los ex prisioneros soviéticos y de los civiles liberados. Para subrayar la importancia que concede a la represión, el 7 de julio asciende al grado de coronel general a los siete principales dirigentes de la NKVD y de la NKGB: Abakumov, Goglidzé, Pavlov y a los organizadores de la deportación de los pueblos del Cáucaso, Kruglov, Serov, Kobulov y Tchernikov.

Unos días después, Stalin convoca a Jukov en presencia de Molotov y de Vorochilov. Los Aliados, dice, mantienen a los soldados alemanes capturados en acción: «Creo que los ingleses conservan a las fuerzas alemanas para utilizarlas más adelante [...]. Yahora, después de la muerte de Roosevelt, Churchill va a entenderse rápidamente con Truman»<sup>27</sup>. En su visita a Moscú a finales de mayo, Hopkins confía a Jukov: «Yo respeto al viejo, pero es un hombre difícil. Franklin Roosevelt era el único que podía discutir fácilmente con él»<sup>28</sup>.

Dos historiadores se han hecho la siguiente pregunta: ¿El Gulag hizo ganar la guerra a la URSS? Durante los cuatro años de contienda, el Gulag puso a disposición del Ejército rojo un total de 975.000

<sup>24</sup> G. JUKOV, *Vospominania i Razmychlenia*, op. cit., t. 3, p. 270.

<sup>25</sup> *Ibid.*, p. 277.

<sup>26</sup> D. VOLKOGONOV, *Staline*, op. cit., pp. 402-403.

<sup>27</sup> G. JUKOV, *Vospominania i Razmychlenia*, op. cit., p. 313.

<sup>28</sup> *Ibid.*, p. 325.

detenidos y 93.000 guardianes, destinó a más de 1.900.000 deportados y 400.000 prisioneros de guerra a la construcción de vías férreas, aeródromos y carreteras, a cortar leña, a las canteras, las minas y las industrias metalúrgicas, y a los trabajos de fortificación y de defensa de las fronteras. De 1941 a 1945, el Gulag produjo millones de cartuchos, de granadas y de diferentes explosivos, minas de defensa, embalajes especiales para municiones, tejidos, uniformes y 100.000 bombas, pero no fabricó tanques, ni aviones, ni ametralladoras, ni cañones, ni navíos de guerra. Después de la ocupación del Donetz por parte de las tropas alemanas en 1942, las minas de Vorkuta fueron durante dieciocho meses el primer suministrador de carbón de la URSS<sup>29</sup>. Pero se trata de un caso excepcional. La población del Gulag constaba de un número creciente de mujeres y de deportados de edad avanzada, y no podían ser movilizados con la misma facilidad que los trabajadores libres. Las mujeres, que constituían el 7% en diciembre de 1940, representaban el 26% en julio de 1944. Empleadas en masa en las fábricas, el menor pretexto hacía caer sobre ellas el peso de la ley de agosto de 1940 y eran enviadas al Gulag. Los deportados más jóvenes y más robustos eran expedidos al frente. Bajo la férula de una administración que se reservaba las raciones de los detenidos, morían literalmente de hambre y solo sobrevivían buscando en la basura o comiendo raíces. La mortalidad alcanzó una progresión espantosa. Oficialmente, más de la mitad de los detenidos estaban incapacitados para trabajar (un 25% en 1942) o solamente eran aptos para un trabajo ligero (¡el 38,3% en 1942!). Es fácil imaginar el trabajo que podrían desarrollar.

Así pues, la aportación del Gulag, aunque real, es secundaria. No fue el Gulag el que hizo ganar la guerra a la URSS; fue su industria estatal, su planificación y sus soldados. A pesar de un desarrollo caótico y desordenado, a pesar de la penuria, la mediocre calidad de sus productos y del aislamiento de sus ramas, la industria soviética permitió que en cuatro años la URSS construyera 88.000 carros blindados (contra los 23.500 alemanes) y 106.000 vehículos blindados (contra 41.000 de los alemanes). Allí se fraguó la victoria, no en los campos de trabajo.

<sup>29</sup> El balance de la aportación del Gulag al esfuerzo militar soviético fue establecido por el jefe adjunto del Gulag, general Nassedkin, en un documento publicado primero en *Istoričeski Arkhiv*, n.º 3, 1994, pp. 60-86, y reproducido en *Gulag 1918-1960*, Moscú, Materik, 2000, pp. 272-296.



## Capítulo XXXI

### UNA RESTAURACIÓN FRUSTRADA

Al día siguiente de la guerra, la Rusia europea está en ruinas y la URSS, exangüe. Voznessenski, el jefe del Ministerio de la Planificación (el Gosplan) presenta un balance abrumador de los estragos de la guerra: 1.710 ciudades y pueblos importantes, 70.000 pueblos, 32.000 industrias y fábricas, 65.000 kilómetros de vías férreas, cerca de 100.000 sovjoses y koljoses (sobre algo más de 250.000) han sido destruidos. El balance no ofrece las pérdidas en hombres. Pero si la guerra arruinó la economía de la URSS, espoleó, por el contrario, la economía americana. Los Estados Unidos salieron de la guerra como la primera potencia mundial.

En 1946, Stalin avanza la cifra (verificada oficialmente durante mucho tiempo) de 7.500.000 muertos, víctimas de la guerra. Olvida deliberadamente a los prisioneros de guerra muertos en los campos de concentración donde los soviéticos, tratados como animales, sufrieron enormes pérdidas, así como a las decenas de miles de soldados fusilados como desertores, derrotistas o traidores a la patria, sin añadir los millones de civiles, gentes todas que no cuentan para él. Jruschov cita la cifra de 20 millones, cifra que los historiadores rusos corrigieron hasta 27 millones bajo Gorbatchov. *Ha sido roto el sello del secreto*, publicado en 1993, da la de 30.995.305 muertos y desaparecidos desde 1941 hasta 1945.

Veinticinco millones de hombres y de mujeres se alojan entre las ruinas o en los *zemlianki*, así como en chabolas y en tiendas de campaña, y con materiales de desecho reconstruyen las viviendas con sus propias manos. El campo ruso e incluso la ciudad están todavía en la era del trabajo manual. El pico, la pala y el arado ocupan casi generalmente el lugar de las máquinas.

Por otra parte, la victoria sobre la Alemania nazi otorga a la Unión soviética un peso internacional que refuerza el control de los partidos comunistas sobre unos países debilitados o desmembrados por la guerra. La decisiva aportación de la URSS a esta victoria lanza

a decenas de millones de obreros, campesinos e intelectuales de todo el mundo hacia los partidos comunistas que, en varios países europeos, organizan la mayoría de la población trabajadora. Esos partidos, controlados y financiados por Moscú, son los instrumentos de su diplomacia; en varios países europeos tropiezan con un profundo movimiento nacido del derrumbamiento del Estado que quiere transformar la liberación nacional en emancipación social. Así, en Francia, el periódico de los francotiradores y partisanos, controlado sin embargo por el PCF, proclama en la primera página de su número del 4 de agosto de 1945: «¡Abajo la unión sagrada con la burguesía! ¡Control obrero de la producción! ¡Viva la lucha de los pueblos coloniales por su emancipación! ¡Abajo el gobierno burgués, servidor de los trusts! ¡Viva el gobierno obrero y campesino!»<sup>1</sup>.

Stalin desca canalizar ese movimiento en todos los países, sobre todo en Europa central, donde la presencia del Ejército rojo le proporciona los medios para unas intervenciones poderosas. Así, el 12 de abril sermona a Dimitrov que, desde Moscú, dirige los asuntos de Bulgaria, y critica la «suficiencia» de los comunistas búlgaros, es decir, su prisa por apoderarse del poder. En nombre de la reconstrucción de una Francia fuerte, Thorez, llamado a capitular por Stalin, enriquece el marxismo al declarar en mayo de 1945, ante el movimiento de protesta de los mineros: «La huelga es un escándalo, una vergüenza»<sup>2</sup>. El 10 de julio, Stalin expresa a Dimitrov su oposición a la salida de Petkov y los agrarios del gobierno, pues eso sería considerado como un signo de sectarismo de los comunistas. No se trata de un gesto en dirección a los Aliados, que se han despedido de Bulgaria, sino de una política deliberada orientada a la reconstrucción del Estado. Por la misma razón, se opone durante largo tiempo al regreso a Bulgaria de Dimitrov, cuyo nombre simboliza al disuelto Komintern y sugeriría, pues, el deseo de instaurar allí un sistema «comunista». El 7 de agosto, Molotov comunica a Dimitrov que Stalin y él se oponen a su candidatura a la diputación en Bulgaria, pues él es ciudadano soviético y diputado en el Soviet supremo de la URSS. Dimitrov pretende renunciar a esta doble distinción, pero Stalin se hace el sordo y el 30 de agosto le prohíbe hacer cambio alguno en el gobierno búlgaro de coalición, donde los comunis-

<sup>1</sup> G. SUBERVILLE, *L'Autre résistance*, op. cit., p. 145.

<sup>2</sup> M. THOREZ, *Oeuvres complètes*, Editions Sociales, París, 1963, t. 21, pp. 168-169.

tas son minoría. El 2 de septiembre de 1946 afirmará a Dimitrov que es preciso fundar en Bulgaria un partido del trabajo: «Es inoportuno, le explica, tener un partido obrero y aún más que se llame comunista. Antes, los marxistas debían organizar a la clase obrera en un partido distinto; entonces estaban en la oposición. Ahora, estáis participando en el gobierno del país»<sup>3</sup>. Le sugiere, pues, la creación de un partido amplio sobre la base de un programa mínimo. Opina que la época del partido obrero ha terminado.

La represión sigue como una sombra a la victoria, y las puertas del Gulag se abren de nuevo de par en par: el 31 de diciembre de 1944 encierra a algo más de 1.400.000 deportados. El 1 de diciembre de 1946, esta cifra llega a 1.800.000. La derrota de Alemania, la liberación de la Rusia europea y de Ucrania, más la anexión de los países bálticos le han proporcionado nuevos contingentes: colaboracionistas, soldados del ejército Vlassov, auxiliares de la Wehrmacht enviados a la cárcel, nacionalistas bálticos y ucranianos, soldados y oficiales capturados por los alemanes y acusados sistemáticamente de cobardía o de traición y sometidos a la prueba de los campamentos de control... parte de todos ellos fueron enviados al Gulag. Estos deportados muestran unas disposiciones psicológicas distintas a las de las víctimas de las purgas de los años 1930, generalmente embrutecidas por la convicción de sufrir las consecuencias de un monstruoso error judicial. Al final de la guerra, los detenidos esperaban una medida de gracia. Pero la amnistía del 30 de diciembre de 1944 solo alcanza a los condenados a penas leves. La decepción y la amargura agitan a las masas de deportados del Gulag, defraudados en sus esperanzas.

Una semana después de la capitulación de la Alemania nazi, Stalin recibe a Jukov en el Kremlin y le anuncia su decisión de organizar a mediados de junio un grandioso desfile en la Plaza Roja para celebrar la victoria. No indica quién será el que pase revista a las tropas, pero solo puede ser él. Al no haber montado a caballo desde hace tiempo, decide entrenarse. Según el relato de su hijo Vasili a Jukov, «por culpa de un mal uso de las espuelas» (en una palabra, Stalin ha maltratado al caballo), el animal se desbocó; Stalin se aferró a las crines con ambas manos, pero cayó y se hirió en la espalda y en la cabeza. Se levantó, escupió y murmuró: «Que Jukov pase re-

<sup>3</sup> G. DIMITROV, *Dnevnik*, *op. cit.*, p. 533.

vista a las tropas, es un jinete experimentado»<sup>4</sup>. Pero la píldora amargaba.

El 24 de mayo, Stalin ofrece en el Kremlin un gran banquete en honor de los generales y almirantes soviéticos. Al final de la ceremonia, brinda por el pueblo ruso, «el más notable de todos los pueblos de la Unión soviética, la nación que se ha distinguido entre las demás por sus acertadas opiniones, su constancia y su firmeza de carácter». Esta manifestación de nacionalismo ruso en un país de cerca de 140 nacionalidades diferentes, donde ya se han tomado unas discretas, es decir, secretas medidas chovinistas, anuncia una vasta campaña nacionalista. Además, recuerda con cierto distanciamiento, como si no hubiera sido el jefe supremo y absoluto, la responsabilidad del gobierno al comienzo de la guerra: «Nuestro gobierno ha cometido más de un error; en 1941 y 1942 se produjeron unos momentos de desesperación cuando nuestro ejército se batía en retirada [...]. Otra nación habría dicho a su gobierno: no habéis justificado nuestras esperanzas, marchaos [...] pero el pueblo ruso no tomó ese camino»<sup>5</sup>.

La víspera del desfile del 24 de junio, recibe a Jukov y le comunica su decisión: «Soy demasiado viejo para pasar revista a las tropas. Tú, tú puedes, tú eres más joven»<sup>6</sup>; le aconseja que, para esa ocasión, monte un caballo blanco que le mostrará Budionny, el mismo caballo que lo arrojó al suelo. Pero Jukov se mantiene firme sobre los estribos. Su aparición, montado en un caballo blanco, dará lugar a acusaciones de bonapartismo. Por la noche, Stalin organiza un nuevo banquete para los oficiales superiores. Tras los brindis de rigor, recuerda que ya tiene sesenta y seis años y que no podrá enfrentarse durante mucho tiempo más a sus pesadas responsabilidades. «¡Aún puedo trabajar dos o tres años y después tendré que irme!» Tras unos instantes de un silencio sorprendido, surgen las exclamaciones: ¡no, vivirá y regirá el país durante mucho tiempo todavía! No obstante, el almirante Kuznetsov, que relata este incidente, añade: «Sin embargo, su marcha era extremadamente necesaria»<sup>7</sup>. Pero Stalin esperará hasta octubre de 1952 para renunciar únicamente al cargo de ministro de Defensa...

<sup>4</sup> G. JUKOV, *Vospominania i Raznychlenia*, op. cit., p. 308.

<sup>5</sup> J. STALIN, *Après la victoire, pour une paix durable*, recopilación de textos, Francia-URSS, pp. 9-10.

<sup>6</sup> G. JUKOV, *Vospominania i Raznychlenia*, op. cit., p. 308.

<sup>7</sup> N. KUZNETSOV, «En el Palacio Babelsberg», *Neva*, n.º 5, mayo 1965, p. 161.

Esas declaraciones son una provocación que repetirá en varias ocasiones, pero la realidad es que envejece rápidamente y que lo sabe. Cuando De Gaulle le invita a ir a París, replica: «¿Cómo hacerlo? Yo soy viejo y me moriré pronto»<sup>8</sup>. ¿Juego? ¿Coquetería? ¿Terror a tomar el avión? Jukov, que el 8 de marzo charla con él durante unas horas en Kuntsevo, lo encuentra muy envejecido: «En su aspecto exterior, en sus movimientos, en su conversación, se advertía un gran cansancio físico». A lo largo de los cuatro años de guerra, Stalin se había agotado. El sobresalto de la invasión y de la derrota inicial, el terror pánico de las primeras semanas, la agotadora tensión nerviosa, un estado de irritación casi permanente, la insuficiencia crónica de sueño y las noches en blanco habían arruinado su sistema nervioso y deteriorado su salud. Parecía invadido por un enorme cansancio. Sin embargo, Djilas, que lo vio unos meses después, lo encuentra «todavía ágil de mente, lleno de vida y dueño de un agudo sentido del humor. Pero eso sucedía durante la guerra, y parecía que ahora había llevado a cabo un último esfuerzo y alcanzado el límite»<sup>9</sup>. Todavía conserva la respuesta rápida y concreta, el humor brusco y ácido, pero la hipertensión y la angina de pecho que le torturan desde hace meses lo están agotando.

Las exigencias de la política internacional lo retienen durante algún tiempo al margen de los problemas internos. Los Tres Grandes han de reunirse de nuevo en Potsdam a mediados de julio para rematar los trabajos de Yalta. A causa del miedo, se niega a acudir en avión. El viaje en tren está rodeado de unas inauditas medidas de seguridad, a pesar de que Potsdam, en los alrededores de Berlín, está situada en zona soviética. La delegación soviética dispone de cincuenta y seis villas (más seis para los guardias) en torno al hotel particular del general Ludendorff, donde se aloja Stalin y de donde ha mandado retirar las alfombras y el mobiliario superfluo. Siete regimientos de la NKVD y 1.500 hombres de sus fuerzas especiales, en total cerca de 5.000 hombres, aseguran la protección de la delegación. Para mantenerlos, el 2 de julio, Beria escribe a Stalin: «Hemos previsto reservas de caza, de aves, de productos comestibles, de ultramarinos y de bebidas; a siete kilómetros de Potsdam hay tres explotaciones suplementarias con ganado, aves de corral y almacenes

<sup>8</sup> DE GAULLE, *Mémoires*, op. cit., p. 94.

<sup>9</sup> M. DJILAS, *Conversations avec Staline*, op. cit., pp. 167-168.

de verduras. Funcionan dos panaderías y hay dos aeropuertos preparados»<sup>10</sup>. En una Alemania hambrienta, muy cerca de una Unión soviética igualmente hambrienta, la delegación ha construido un islote de abundancia «socialista». El tren blindado que lleva a Stalin y a sus acompañantes ha de recorrer 1.923 kilómetros por un territorio enteramente controlado por el Ejército rojo. A pesar de ello, 18.515 hombres de la NKVD protegen la seguridad de las vías. Según Beria, «de seis a quince hombres vigilan la seguridad de cada kilómetro de vía», es decir, una media de un hombre cada cien metros. Ese lujo de precauciones inútiles es aún más gravoso que el derroche de vituallas...

Del 17 de julio al 2 de agosto se reúnen en conferencia Stalin, Truman —el sucesor de Roosevelt— y Churchill, al que después de su derrota en las elecciones sustituye el laborista Atlee. En 1905, Stalin se quejaba de que Lenin llegaba con retraso a las reuniones con objeto de hacerse notar; culmina esa debilidad acudiendo sistemáticamente tarde a las sesiones, donde lo espera todo el mundo que le ve llegar con un paso lento que pretende majestuoso. Es una de sus escasas satisfacciones en esa conferencia que discute en detalle el nuevo orden mundial.

Excepto en el caso de Polonia, Stalin había respetado hasta el momento el acuerdo pactado con Churchill y confirmado en Yalta, en especial a propósito de Grecia. La conferencia concluye con un acuerdo poco sólido sobre las indemnizaciones de guerra de Alemania. Cada uno se encargará de su zona de ocupación; la URSS obtiene, además, el 15% de la maquinaria industrial utilizable que no sea necesaria a la economía de paz alemana en las zonas occidentales... pero a condición de suministrar «un valor equivalente en productos alimenticios, en carbón, en potasa, en cinc, en madera, en alfarería [*sic!*], en petróleo y otros productos»<sup>11</sup>. En lo que se refiere a Polonia, acepta la formación de un gobierno provisional de unidad nacional que incluye a unos representantes del gobierno de Londres, pero se guarda en la manga todos los medios de imponer su voluntad.

Potsdam está marcada por la explosión de la primera bomba atómica, que se produce en la víspera de su inauguración. La bom-

<sup>10</sup> D. VOLKOGONOV, *Staline, op. cit.*, p. 412.

<sup>11</sup> E. STETTINIUS, *Yalta, Roosevelt et les Russes, op. cit.*, p. 330.

ba había sido probada el 16 de julio en Álamo Gordo. El 24, Truman anuncia a Stalin, al cabo de una semana de trabajos, que los americanos disponen de una bomba de enorme potencia, sin precisar la naturaleza. Según Truman, Stalin le declaró que «estaba contento de saberlo y que esperaba que los americanos la usaran acertadamente contra los japoneses»<sup>12</sup>. Pavlov, el intérprete del mariscal, asegura haber sido el único en haber asistido a la confidencia de Truman a Stalin, que, pretende, se limitó a hacer en silencio un gesto con la cabeza y luego volvió la espalda al atónito presidente americano. Según Anthony Eden, Stalin añadió a su gesto un cortés «gracias». En cualquier caso, al salir de la sesión, Stalin indica ante Molotov y Jukov: «Hay que discutir con Kurtchatov la aceleración de nuestros trabajos»<sup>13</sup>, y envía a Moscú un telegrama cifrado en ese sentido.

A pesar de estar al corriente del proyecto Manhattan desde 1943 gracias a sus servicios de información, tardó en captar la importancia de la bomba atómica. Beria y él concedían una confianza limitada a los informes procedentes de sus propios servicios en Estados Unidos. Persuadido de que los americanos se la habían inventado para empujar a la URSS a unos gastos inútiles, Beria, cuya actitud refleja servilmente la de Stalin, duda también de la información de su agente Kvasnikov, autor de un informe sobre los progresos en la puesta a punto de la bomba, y le amenaza con la prisión. Sin embargo, en mayo de 1945, el físico Kurtchatov y el comisario de la industria química Pervujin habían enviado una carta al «Politburó y al camarada Stalin» en la que llamaban su atención sobre la cuestión atómica y expresaban su inquietud ante la parsimonia con la que la dirección del país se ocupaba del tema. Stalin no contesta. Incluso no se inmuta cuando recibe un informe de Fuchs anunciándole el experimento de la bomba para el 10 de julio y su futura utilización en contra del Japón. Enterado del éxito del experimento por sus agentes, sabe que se trata de una bomba atómica, pero no aprecia su alcance hasta la mañana del día 6 y luego del 9 de agosto, tras la hecatombe de la población civil de Hiroshima y de Nagasaki, y sobre todo, después de la decisión, adoptada el 20 de agosto por los americanos, de crear un comité encargado de dirigir todas las inves-

<sup>12</sup> H. TRUMAN, *Memoirs, Years of Decision*, New York, 1965, p. 458.

<sup>13</sup> G. JUKOV, *Vospominania i Razmyshlenia*, op. cit., p. 336.

tigaciones sobre «el empleo de la energía atómica procedente del uranio».

Stalin esperó a la prueba de los hechos y perdió el tiempo. El historiador inglés David Holloway indica que no tomó en serio la bomba atómica hasta después de Hiroshima. La bomba atómica lo encontró desprevenido, a pesar de los detallados informes sobre el proyecto Manhattan que le proporcionaron sus servicios. Como en ocasión del ataque alemán, se queda ahí, otra vez, paralizado por una mezcla de rigidez y de sistemática desconfianza.

En cambio, reacciona a la primera respecto al Japón: el 7 de agosto, unas horas después de Hiroshima, a las 4 h 30 de la madrugada, firma con Antonov una orden para que el Ejército rojo ataque a las fuerzas japonesas en Manchuria. El 8 por la noche recibe a Averell Harriman y a George Kennan y les comunica que el Ejército rojo acaba de atravesar la frontera manchú: «Las cosas van mejor de lo que yo esperaba»<sup>14</sup>, les dice. En vena de una aparente sinceridad, les comenta que los sabios soviéticos han intentado en vano fabricar una bomba atómica como los sabios alemanes cuyo laboratorio había descubierto el Ejército rojo. Como de costumbre, tras haber dado largas y entretenerse, realiza un giro brutal y compensa el retraso acumulado con la prisa y la presión permanente. Crea una comisión atómica presidida por Beria —descargado de la dirección de la policía política—, flanqueado por Malenkov, secretario del Comité Central, Nicolás Voznessenski, presidente del Gosplan, de un trío de gestores económicos, Vannikov, Zaveguianin y Pervujin, de dos sabios, Kurtchatov y Kapitsa, y de un general de la NKVD, Majnev, encargado de vigilar y espiar a ese bonito mundo. La composición de la comisión mezcla el afán de eficacia y la combinación político-policial. Beria hace pesar sobre ella la presión constante de Stalin, al que debe presentar un informe semanal sobre el avance de los trabajos, cuyo ritmo no responde, evidentemente, a las exigencias semanales del jefe.

Beria crea un departamento especial, llamado «S», encargado de reunir informaciones en el extranjero, cuya responsabilidad confía a Pavel Sudoplatov, especialista en «asuntos sucios», es decir, en asesinatos políticos. Ese departamento reúne los datos que le transmiten desde hace ya tiempo los agentes soviéticos infiltrados en Los Álamos:

<sup>14</sup> D. HOLLOWAY, *Stalin and the bomb*, op. cit., p. 128.



Klaus Fuchs, llegado en diciembre de 1943, los comunistas americanos Theodor Hall, Julius Rosenberg, David Greenglass, y otra media docena de agentes en distintos niveles de la investigación atómica. La riqueza de las informaciones suministradas evita que los sabios soviéticos pierdan el tiempo y el dinero entreteniéndose en los distintos atolladeros ya tanteados por los sabios británicos y americanos. Sin embargo, al implicar al Partido comunista americano en el espionaje a favor de la URSS, en el que estuvieron complicados varios de sus dirigentes (el secretario Earl Browder, su hermana y su sucesor Eugene Dennis desde 1945 a 1959), esta actividad informativa permitió al FBI presentar al PC americano como una simple agencia extranjera y entregarlo, junto con sus simpatizantes, a la caza de brujas desencadenada por el senador McCarthy. Stalin, que no tiene el menor interés por los obreros americanos, se burla. Para él, el único interés de un partido comunista en Estados Unidos —que ya le ha proporcionado una docena de individuos para la preparación del asesinato de Trotski— es el de ser un anexo a sus servicios de la diplomacia y la información, capaz de proporcionarle agentes directos o con influencia en el aparato del Estado como Laughlin Currie en la administración presidencial, Harry White en Finanzas, Alger Hiss y Lawrence Duggan en Asuntos Exteriores, o Duncan Lee en el ejército.

El programa atómico es muy costoso y es preciso financiarlo. Ahora bien, el país está devastado y arruinado. Stalin decide, pues, esquilmar la zona alemana de ocupación soviética, el futuro «país hermano» de Alemania del Este. Malenkov organiza el saqueo de material alemán y manda desmontar y trasladar fábricas enteras hacia el este. Política a corto plazo: ese material, utilizado al máximo de sus posibilidades por los alemanes durante los cinco años de guerra, usado y envejecido, a veces bueno solo para el desguace, solo servirá durante unos años y tendrá como principal consecuencia el retraso en la modernización de la industria. Ese saqueo destructor, pero en definitiva poco rentable, no puede bastar: hay que sangrar brutalmente a la población.

Si la URSS está exangüe y arruinada, amplias capas de la población esperan unos cambios democráticos, confusos pero amenazadores para el poder. En efecto, la victoria sobre el nazismo ha dado a los supervivientes una independencia de criterio que detectan los informes de la Seguridad del Estado. Entre el 1 de octubre de 1946 y el 1 de octubre de 1947, durante la reelección de los secretarios de

más de 200.000 células del Partido, los candidatos propuestos por las instancias superiores no obtienen la mayoría en casi ninguna de las regiones del país. En el transcurso de unas reuniones tempestuosas, los supervivientes del frente no se privan de criticar abiertamente a los dirigentes locales, especialistas en gritos, insultos y ukases. Más de la mitad de los antiguos secretarios de célula serán sustituidos, y no siempre por decisión de la cumbre.

Además, se multiplican los pequeños grupos clandestinos: la Oposición obrera, la Obra auténtica de Lenin, la Unión de Jóvenes socialistas de Tcheliabinsk, el Partido comunista de la Juventud, etc. Ciertamente, se trata de grupos reducidos, limitados a una ciudad o a una facultad: el Partido comunista de la Juventud de Voronej, uno de los más numerosos, cuenta solamente con 58 miembros. Pero su simple existencia es peligrosa en un país hambriento donde millones de soldados regresan con moral de vencedores. Los Jóvenes revolucionarios de Saratov, un grupo formado en 1943, en plena guerra, por seis críos de 10 a 12 años, ¡había tenido la osadía de hacer una llamada para derribar a Stalin después de a Hitler!<sup>15</sup>. Las bandas nacionalistas que surcan Ucrania occidental, Lituania y Letonia se benefician del apoyo, al menos pasivo, de parte de la población.

Además, la guerra y la victoria han aflojado el torno del miedo. El pueblo, que había visto a la muerte cara a cara durante cuatro años, había dejado de temer. Por eso, como en 1937, era preciso atemorizarlo. Stalin se niega a ceder a la confusa aspiración a los cambios, expresada especialmente por los soldados victoriosos de regreso a sus koljoses o a sus fábricas, que amenaza a un régimen incapaz de cualquier reforma democrática. Y para obtener de una población diezmada por la guerra el dinero de la bomba soviética se dispone a golpear.

Esa necesidad le lleva a favorecer e incluso aprovechar la tensión internacional, pero excluye cualquier aventura militar. La URSS de Stalin es, pues, como indica el historiador Jean-Marie Gaillard, «el guardián vigilante del orden europeo surgido de la Segunda Guerra Mundial»<sup>16</sup>.

<sup>15</sup> Sobre estos grupos ver: A. JIGULIN, *Les Pierres noires*, Arles, Actes Sud; por el Partido comunista de la Juventud de Voronej, A. KURIONICHEV, «La Société des Jeunes révolutionnaires de Saratov», *Les Cahiers du mouvement ouvrier*, n° 5, marzo 1999, pp. 58-61, y *Komanda*, 3 de julio de 1992, L'Union des Jeunes socialistes de Tcheliabinsk, en francés, *Cahiers du mouvement ouvrier*, n° 6, junio de 1999, pp. 107-111.

<sup>16</sup> J.-M. GAILLARD, «Crónica de una revolución anunciada», *L'Histoire*, octubre 1999, p. 32.

Stalin vigila cuidadosamente y, por ello, debe subordinarse totalmente a los partidos comunistas de los países de Europa central, ya en el poder o a punto de acceder a él. Con este objeto trata de sembrar la cizaña, como hace con los mandos del partido soviético, entre los dirigentes excitados, incluso exaltados por su inesperada subida al poder. Así, cuando Tito propone integrar a Bulgaria en una Federación yugoslava que comprende siete repúblicas, los comunistas búlgaros protestan. Stalin los apoya y aprovecha para denunciar a los yugoslavos. El 10 de enero de 1945 declara a Dimitrov: «Los yugoslavos quieren apoderarse de la Macedonia griega. También quieren Albania e incluso parte de Hungría y de Austria. Es absurdo. No me gusta su comportamiento»<sup>17</sup>. Pero tiene un agente en el Politburó del PC yugoslavo y dice a Dimitrov: «Hebrang parece un hombre razonable y comprende lo que le he dicho, pero los demás de Belgrado no lo entienden»<sup>18</sup>. Y Stalin les ayudará a entender. Tito reclama Trieste, que considera tierra eslovena. Stalin apoya levemente su reivindicación, rechazada por el PC italiano. Tito protesta a través de un telegrama. Stalin se hace el muerto. Tendrá que imponerles su propia ley.

El 3 de octubre de 1945, extenuado, hace que el Politburó le conceda unas vacaciones, pero continúa recibiendo en el Kremlin hasta el 8. Unos días después, un primer ataque lo aparta de la política durante algo más de dos meses. No quiere ver a nadie. Svetlana sabe que está gravemente enfermo, pero no puede visitarlo ni hablarle por teléfono. Nadie puede hablar con él por teléfono, por supuesto. Entre el 8 de octubre y el 17 de diciembre no pone los pies en el Kremlin. Corre el rumor de que ha perdido el uso de la palabra, como una repetición de la enfermedad de Lenin veintitrés años después. Este rumor llega enseguida a las capitales occidentales, acompañado de unos comentarios, que le exasperan, sobre su posible separación de la dirección de los asuntos. En diciembre de 1945, la prensa francesa se hace eco de ellos. El embajador soviético, Bogomolov, protesta oficialmente; Stalin se encoleriza: «¿Con qué derecho habla Bogomolov con De Gaulle de los ataques contra Stalin por parte de la prensa francesa? [...] Bogomolov no es un embajador, sino un charlatán vacío que no sabe nada de política»<sup>19</sup>.

<sup>17</sup> G. DIMITROV, *Dnevnik*, op. cit., p. 460.

<sup>18</sup> *Ibid.*

<sup>19</sup> *Istochnik*, nº 3, 2000, p. 98.

Mientras descansa, sus lugartenientes, continuando con su política, estrechan en noviembre la alianza con el patriarcado ortodoxo, por otra parte sembrado de agentes de la NKGD; el Kremlin disuelve la Iglesia uniata ucraniana, que cuenta con cuatro millones de fieles y regala a la Iglesia ortodoxa, que las recibe satisfecha, cientos de iglesias uniatas. Esta alianza de una Iglesia ortodoxa con un nacionalismo mesiánico teñido de antisemitismo acentúa ambas tendencias. Poco después, Mijoels reunido con Jemtchujina, bien situada para conocer los humores del señor del Kremlin, le informa de las persecuciones antisemitas de las autoridades locales. ¿Con quién hay que hablar? ¿Con Idanov? ¿Con Malenkov? Jemtchujina responde: «Stalin concentra todo el poder y nadie tiene influencia sobre él. Os aconsejo que no le escribáis. No le gustan los judíos y no nos ayudará»<sup>20</sup>.

Desde el regreso a los asuntos de Estado, el 17 de diciembre, reanuda una intensa actividad para recuperar el tiempo perdido, pero suele llegar tarde al Kremlin, entre las 19 h y las 20 h e incluso más tarde. Este es el ritmo de trabajo que instaura a partir de ese momento: un día de cada tres por término medio recibe en el Kremlin de 20 h o 22 h hasta las 23 h o hasta la 1 de la mañana; cuando recibe más temprano, a las 16 h o 17 h, su jornada de trabajo se prolonga hasta las 20 h o 21 h, pero a continuación acostumbra a reunirse con sus lugartenientes en su villa. A pesar de este reducido empleo del tiempo, pretende controlar todos los aspectos de la vida política, social, intelectual, incluso si tiene que abandonar en manos de sus subordinados el trabajo cotidiano de la maquinaria del Partido. Tiene fija su atención en la política exterior y en la investigación atómica.

La bomba atómica ocupa el primer plano de sus preocupaciones. La cizaña que reina entre algunos sabios y ciertos burócratas alimenta su visceral desconfianza respecto a los «especialistas» y los sabios. El garrote y la investigación científica no hacen buena pareja. Desde primeros de octubre de 1945, Kapitsa, harto de la férula de Beria, había pedido permiso por carta a Stalin para abandonar los dos comités encargados de la bomba. Stalin no le respondió. Un mes después, Kapitsa volvió a la carga con una segunda carta en la que denunciaba la altanería de los «camaradas Beria, Malenkov y

<sup>20</sup> G. KOSTYRCHENKO, *Prisonniers du pharaon rouge*, op. cit., p. 73.

Voznessenski, que en el Comité especial se comportan como superhombres, en especial el camarada Beria. Por supuesto, es el que lleva la batuta [...]. Pero la debilidad fundamental del camarada Beria consiste en que un jefe de orquesta no solamente debe agitar la batuta; también ha de conocer la partitura. En este sentido, Beria es débil»<sup>21</sup>. En una palabra, que no sabe nada de física. Y a finales de diciembre, Kapitsa se retira de la comisión. Hablar de ese modo de los dirigentes, sobre todo de Beria, y abandonar el puesto es doblemente inaceptable. Beria pide a Stalin autorización para detener a Kapitsa y enviarlo a Siberia. Stalin se la niega: a diferencia de un secretario del Partido, un sabio siempre puede ser útil.

Al no poder resolver los problemas de la investigación atómica por medio de la cárcel o el Gulag, intenta engatusar a los sabios. El 24 de enero de 1946 recibe al físico Kurtchatov y le propone cubrir de privilegios a los hombres de ciencia: «Nuestros sabios, le dice, son muy modestos y a veces no perciben que viven pobremente... Ciertamente, es posible conseguir que unos miles de personas vivan muy bien y que algunos miles de personas vivan mejor que muy bien, con sus propias dachas en las que descansar y con sus propios automóviles». Pero Stalin no puede cambiar e interroga a Kurtchatov acerca de cuatro de los sabios: «¿Para qué trabajan y hacia qué fin encaminan su actividad: el bien de la Patria, sí o no?». En resumen, ¿son traidores en potencia? Sin embargo, Stalin no puede prescindir de ellos a causa de la bomba y promete a Kurtchatov las subvenciones necesarias: «Si un niño no llora, le dice, su madre no sabe lo que necesita. Pida Vd. lo que quiera. No tropezará con una negativa»<sup>22</sup>.

Al principio, la investigación avanza lentamente y Stalin finge desdeñar una bomba atómica de la que no dispone. El 17 de diciembre de 1946 declara al periodista Alexandr Perth que «la bomba atómica no es una fuerza tan grave como se inclinan a pensar algunos políticos. Las bombas atómicas están destinadas a intimidar a los que tienen los nervios débiles, pero no pueden decidir los resultados de una guerra porque son absolutamente inútiles para alcanzar ese objeto»<sup>23</sup>. El mensaje es claro: como no tiene los nervios débiles, no se dejará intimidar.

<sup>21</sup> *Ogoniok*, n.º 25, junio 1989, p. 19.

<sup>22</sup> D. HOLLOWAY, *Stalin and the bomb*, *op. cit.*, pp. 147-148.

<sup>23</sup> STALIN, *Après la victoire pour une paix durable*, *op. cit.*, p. 57.

El retraso en el terreno atómico se manifiesta también en otros ámbitos donde la investigación soviética, diezmada durante los años 1936-1937, había iniciado cierto número de prometedores trabajos: el radar, los misiles y los aviones a reacción. Desconfiando respecto a cualquier novedad, así como respecto a los sabios, Stalin adopta una actitud de espera frente a esos temas. Así lo indica de nuevo David Holloway, «las ideas soviéticas no lograban pleno apoyo si no estaban avaladas por la experiencia occidental»<sup>24</sup>. De este modo, Stalin condena a la Unión soviética, incluso en aquellos ámbitos en los que los sabios están a la cabeza, a copiar a los países occidentales avanzados, y para ello, a crear un sistema de espionaje gigantesco y gravoso. A partir de entonces, la URSS se implica en una carrera desenfrenada e imposible para «alcanzar y sobrepasar» a esos países. ¿Cómo sobrepasar al que se copia? Pues bien, el Stalin que espera la prueba de la validez de una innovación imaginada en su propio país por parte de los países capitalistas, es también el mismo que, por compensación, prepara el lanzamiento en todas direcciones de una vasta campaña contra la *intelligentzia* soviética que denuncie su «servilismo ante Occidente». Para combatirla, en febrero de 1940 hará que el Politburó prohíba los matrimonios entre ciudadanos soviéticos y extranjeros.

En el Kremlin se instaura un orden glacial, inmutable hasta la muerte de Stalin. Excepto Beria, que está instalado en la ciudad, la mayoría de los miembros del Politburó, Molotov, Kaganovitch, Vorochilov y Andreiev, viven en el interior de sus muros en unos apartamentos amplios pero deteriorados, calentados por unas inmensas estufas de leña: Mikoian y sus cinco hijos ocupan un apartamento de ocho habitaciones. También viven allí la viuda de Djerzinski, una mujer seria siempre vestida de negro, Zinaida Ordjonikidzé y Alliluieva, la suegra de Stalin que no quiere a su yerno. Stalin tiene un apartamento que no ocupa nunca; después de las reuniones, cada vez más escasas, del Politburó, vuelve a su villa de Kuntsevo, mínimamente decorada y de paredes casi desnudas.

Los habitantes del Kremlin deben mostrar su salvoconducto en el puesto de guardia de la entrada bajo el arco de la puerta Borovitski. Únicamente pueden entrar en automóvil sin detenerse los miembros del Politburó a condición de que vayan solos. En el caso

<sup>24</sup> D. HOLLOWAY, *Stalin and the bomb*, op. cit., p. 147.

de que les acompañe algún miembro de su familia son controlados en la entrada del Kremlin, y luego en la entrada de la escalera que conduce a los apartamentos. La guardia y la vigilancia están a cargo de agentes y oficiales de la novena dirección de la Seguridad del Estado.

Los desplazamientos de Stalin por los corredores del Kremlin obedecen a un ritual que dice mucho sobre su creciente desconfianza. Un guardia camina a veinte metros por delante de él. Dos más lo siguen a un par de metros de distancia. Cualquiera que se cruce con ese cuarteto debe adosarse a la pared, mantener las manos a la vista y esperar inmóvil el paso del Guía. En general, el interesado, intimidado, deja caer un «Buenos días, camarada Stalin»<sup>25</sup>. El mariscal responde con un gesto vago de la mano derecha y continúa en silencio su camino.

El Kremlin ofrece un conjunto de servicios, como peluquería y planchado de ropa, a cargo de hombres y mujeres bajo estatus militar. El Kremlin, prohibido a los visitantes, está desierto. A Nami, la joven nuera de Mikoian que llega en 1950, le recuerda el castillo de la Bella Durmiente hundido en un sueño eterno, entorpecido por «un ambiente de secreto y una tensión permanente» que crean un clima siniestro y opresor. Allí no se reúne con nadie, salvo en ocasiones con la viuda de Djerzinski, con la que da cortos paseos de un muro a otro. «La vida en el Kremlin, dice, parecía aislada de todo. Vivíamos como en una isla»<sup>26</sup>.

En este universo cerrado, Stalin cultiva con afán maniaco una ley del secreto al que nada escapa, en especial su propia vida. Y recibe mal todo lo que se enfrente vagamente a esta ley tácita. En 1946, Serge Alliluiev, su suegro, publica el primer tomo de sus memorias. En ese cuadro del movimiento obrero georgiano hasta la revolución de 1905, Koba ocupa muy poco espacio y su nombre solo figura en ciertos episodios, mientras que la leyenda le concede un papel protagonista. En este mismo año aparecen los recuerdos de la cuñada de Stalin, Anna Alliluieva, que lo describe durante los días de la revolución de 1917 con una familiaridad ingenua que le irrita.

<sup>25</sup> M. SMIRTIUKOV, «La espalda a la pared, las manos bien a la vista», *Kommersant*, 27-VI-2000, p. 44.

<sup>26</sup> N. MIKOIAN, *S ljuboviu i pečalju* (Con amor y dolor), Moscú, Terra, 1998, p. 107.

Si el país no obtiene gran cosa del saqueo de Alemania y de los demás países de Europa oriental, la casta dirigente se llena los bolsillos; imita las razzias nazis realizadas a través de toda la Europa oriental. Un organismo que lleva el hipócrita nombre de Dirección Principal de los Bienes Soviéticos en el extranjero (el Gussimz); dirigido por Dekanozov —un hombre de Beria, antiguo embajador soviético en Berlín—, organiza el saqueo sistemático y masivo de esculturas, cuadros, adornos, mobiliario, vajillas de lujo y diversos objetos de arte trasladados a Moscú por convoyes enteros, apiñados luego en los apartamentos de los altos dignatarios civiles y militares o almacenados en depósitos cerca de Moscú. El Alto Mando y la Seguridad del Estado rivalizan en eficacia en este saqueo sistemático. Las indagaciones realizadas sobre Jukov en 1946 ofrecen una lista de 7 páginas de objetos robados en Alemania. El jefe de la Seguridad del Estado, Abakumov, se apropió de alfombras, muebles y adornos que decoraron el lujoso apartamento de 300 metros cuadrados que compartió con su amante tras haber hecho expulsar a las dieciséis familias que ocupaban aquella vivienda, hasta entonces comunitaria. Algunos de aquellos trofeos adornaban también las cinco habitaciones de los 120 metros cuadrados que cedió a su mujer después del divorcio<sup>27</sup>. Cuando Stalin lo liquide en 1951, ese botón figurará en el expediente de Abakumov. Stalin, cuyo dormitorio no contenía más que reproducciones de cuadros de tres al cuarto, no se interesaba en objetos decorativos. Su único lujo era la serie de uniformes militares a los que se aficionó después de la guerra y que Legner, su sastre particular, le confeccionaba en su taller de la avenida Kutuzov.

La rivalidad entre los generales del ejército y los de la Seguridad multiplica las quejas y las denuncias que llegan al despacho de Stalin y nutren los dossiers que acumula contra ellos. En primer lugar se interesa por los generales del ejército. En efecto, ¿quién puede garantizar que estos últimos, habiendo regresado de la guerra con

<sup>27</sup> La lista de objetos robados en Alemania, guardados en 51 maletas y encontrados en casa de Jukov durante un registro efectuado en su villa el 8 de enero de 1948 por orden personal de Stalin fue publicada en *Voennye Arkhivy*, Moscú 1993, pp. 184-190; en ella aparecen, entre otros objetos, 44 alfombras y tapices, 323 pieles, 55 cuadros de firma, etc. Una auténtica cueva de Alí-Babá. En lo que se refiere a Abakumov, Stalin firmará personalmente los decretos 12537 de 25 de julio de 1951 y n° 12538 del 26 de julio por los que debe devolver al Estado esos dos apartamentos; cf. K. STOLJAROV, *Palachi i Jertvy, op. cit.*, p. 24. Los agentes de la Seguridad encontraron también en su casa 13 aparatos de radio, 30 relojes, un centenar de trajes y varios frigoríficos de marca extranjera.



la sensación de haberla ganado en el terreno, no estarán engreídos y con la cabeza llena de ambiciones? Además, dos días después de la recepción del 24 de junio en el Kremlin, Jukov había invitado a su dacha, sin autorización, a ocho generales y mariscales. Para Stalin, esta iniciativa olía a complot. Además, Jukov había mantenido en Berlín unas relaciones amistosas con el vicecomisario de la NKVD, Serov, entonces en misión en la capital alemana. Así pues, está tejiendo su tela. Y última prueba de sus sueños ambiciosos: como los barones napoleónicos, se había hecho pintar un retrato: un retrato en pie y, lo que es peor, se había hecho representar como un conquistador o un emperador, en su caballo blanco, encabritado, ante la puerta de Brandeburgo y la esvástica.

Stalin ve también una indudable muestra de independencia en la severidad con que los superiores jerárquicos se habían permitido juzgar a su hijo Vasili, nombrado por él comandante de división en mayo de 1944. En un atestado del 25 de enero de 1945, el teniente general Beletski escribe: «El coronel de la guardia Stalin Vasili muestra una serie de insuficiencias. Tiene un carácter vivo e impulsivo, carece de control y a veces ha llegado a las manos con sus subordinados [...]. En su vida privada se permite unos actos incompatibles con la función de un comandante de división, y en ocasiones ha llegado a comportarse con falta de tacto y grosería hacia ciertos oficiales durante las fiestas». A continuación, el general insiste en su mal estado de salud, «sobre todo del sistema nervioso», sobre «su extremada irritabilidad», sobre su desdén por el entrenamiento, y concluye que «todas esas insuficiencias reducen considerablemente su autoridad como comandante y, repite insistentemente, son incompatibles con las funciones de un comandante de división». El 11 de febrero, el general al mando del III ejército de aviación, general Papivin, confirma esas acusaciones<sup>28</sup>. Por lo tanto, el nombramiento de Vasili fue un error. Quizá Stalin comparte esta opinión en su fuero interno, pero proporcionará a su hijo una brillante carrera. En 1948, Vasili se convertirá en comandante de las fuerzas armadas aéreas del distrito de Moscú, y un decreto del Consejo de ministros del 11 de mayo, firmado Iosiv Stalin, le concede el grado de teniente general.

<sup>28</sup> *Moskovskaia Pravda*, 23 de octubre de 1988, p. 4.

Desde el final de la guerra, Stalin prepara también la depuración de la casta militar y la separación de sus principales jefes, empezando por Jukov. El ejército soviético sale de la guerra con 2.952 generales y un cuerpo de oficiales superiores de los que cerca de la mitad tienen menos de cuarenta años. Sin perder tiempo, Stalin les corta las alas. Apoyándose en los múltiples defectos de fabricación que perjudicaron a la aviación militar soviética, organiza en primer lugar el asunto de los «aviadores». A primeros de noviembre de 1945 convoca a Chajurin, comisario de la Industria aeronáutica, a casa de Kalinín en Sotchi, para celebrar el setenta cumpleaños de ese anciano casi ciego, consumido por el cáncer y cuya esposa está en el Gulag. Stalin rebosa amabilidad y los brindis se suceden. Pero la NKVD espera a Chajurin a su regreso a Moscú y lo acusa de «conducta deshonestas». Nada más cierto; dispone de ocho automóviles privados, algunos de ellos confiscados en Alemania. El 7 de enero de 1946 es destituido y después, en un aparente y efímero regreso al favor, nombrado vicepresidente del Consejo de ministros ruso el 9 de marzo y, por último, detenido el 27 con sus principales ayudantes.

A finales de enero de 1946, la NKVD arresta al mariscal Judiakov, comandante de la 12 escuadrilla. Bajo tortura, confiesa ser un espía inglés y denuncia a una veintena de personas que figuran en la lista preparada por Stalin, entre ellos el comandante en jefe de las fuerzas aéreas, mariscal Novikov, acusado de aceptar la entrega de aparatos defectuosos, de derrochar el dinero del Estado y de debilitar las fuerzas aéreas. Abakumov le interroga sobre sus encuentros con Jukov y Serov, y le pregunta si Malenkov estaba al tanto de los fraudes. En resumen, quiere hacerle confesar que esos tres pilares del aparato del ejército, del Partido y del Estado son sus cómplices. Únicamente Stalin podía dar la orden de comprometer a unos personajes de tan alto rango.

Parece dedicar gran parte de su tiempo a esta intriga sujeta a múltiples repercusiones. Su escasa e intermitente presencia en el Kremlin exige, pues, una redistribución de los papeles. Probablemente es la razón de la convocatoria, en marzo de 1946, de una reunión plenaria del Comité Central en el Kremlin que se celebra, por primera vez después de la guerra, los días 11, 14 y 18 de marzo y a cuyos problemas de organización dedica la mayor parte de su tiempo. Excluye de dicha reunión al ministro de Aviación Chajurin, a Ju-

kov, a Maiski, el embajador en Londres y a algunos otros. Cesa a Kálinin del cargo de presidente del Soviet Supremo porque «empieza a ver mal, incluso no puede escribir, no ve», y lo sustituye por su suplente Chverník «que goza de buena salud y ve bien»<sup>29</sup>, unas cualidades en apariencia suficientes para ocupar ese puesto, prestigioso pero sin auténtico poder. Jukov ha caído en desgracia. Por su parte, Maiski había considerado oportuno redactar en enero de 1944 un memorandum en el que proponía ¡la política que debía seguir la Unión soviética después de la guerra! Y definía como objetivo «el reforzamiento de las relaciones amistosas con Estados Unidos y con Inglaterra», unas perspectivas evidentemente superadas en la primavera de 1946.

Por último, Stalin transforma el Consejo de comisarios del pueblo en Consejo de ministros después de una breve explicación... seguida inmediatamente, sin debate, de la clausura de la sesión. «La palabra comisario, dice, refleja el sistema de una época todavía inestable, el período de la guerra civil, el período de la ruptura revolucionaria, etc. Ese período ha terminado. La guerra ha demostrado que nuestro sistema social está sólidamente instalado.» Es preciso, pues, abandonar un término ligado a un período de inestabilidad, «puesto que nuestro sistema social forma parte de las costumbres y se ha convertido en carne y sangre. Ha llegado el momento de pasar de la denominación de comisario del pueblo a la de ministro». Además, existen tantos comisariados que el pueblo se pierde. «Ahora habrá un ministro y el pueblo lo entenderá»<sup>30</sup>. Beria y Malenkov reciben el nombramiento de miembros titulares del Politburó, Bulganin y Kossiguin el de miembros suplentes. El Secretariado se compone de Stalin, Kuznetsov, Malenkov, Jdanov y Popov (primer secretario del PC de Moscú). El Buró de organización consta de quince miembros: los cinco miembros del Secretariado más otros diez, entre los que figuran Mejlis, Suslov y el dirigente de los komsomols Mi-jailov, un chovinista antisemita.

El Secretariado tiene que ocuparse del tema de los cuadros. Sigue siendo el encargado de preparar la lista de funciones llamadas de la nomenklatura, que se ha ampliado considerablemente a lo largo de los años: nombra o confirma a todos los secretarios del

<sup>29</sup> *Istoricheski Arkhiv*, n.º 5-6, 1997, p. 217.

<sup>30</sup> *Ibid.*, p. 218.

comité del Partido en todos los niveles (excepto a los primeros secretarios de los partidos comunistas de las Repúblicas designados por el Politburó, es decir, por el mismo Stalin), y procede a nombramientos en todos los puestos de responsabilidad en economía, ejército, universidad, función pública, diplomacia, flota marítima y fluvial. Designa también a los miembros de los comités de redacción de las revistas y diarios centrales, a los corresponsales de prensa en el país y en el extranjero, es decir, cerca de un millón de personas. Una única excepción: los presidentes de koljoz, teóricamente elegidos por los koljozianos. Al mismo tiempo, el Secretariado se ocupa de los mil y un problemas diferentes que van, por ejemplo, de «la autorización [*sic!*] de la publicación de las *Obras completas* de Stalin en inglés, alemán, francés, español y chino», hasta el desarrollo del fútbol en Moldavia, pasando por la tirada del periódico *La Cultura y la Vida*<sup>31</sup>...

Stalin no tiene tiempo ni interés para ocuparse de esas cuestiones. Apenas asiste a las reuniones del Secretariado y del Buró de organización ni tampoco a las del Politburó, al que convoca entre 16 y 4 veces por año desde 1946 a 1952, con una clara disminución del número de reuniones en los últimos años... Las sustituye por encuentros de grupos informales de cinco, seis, siete o nueve, según su capricho, la necesidad de asociar a alguno o de eliminar a algún otro. Las decisiones adoptadas se confirman a continuación por una simple consulta escrita. El sistema funciona del mismo modo de arriba abajo. Así, durante el primer semestre de 1946, 486 de las 499 decisiones adoptadas por el Politburó del PC ucraniano, dirigido entonces por Jruschov, lo son por consulta escrita, sin reunión ni debate. Además, cuando Stalin reúne al Politburó, no le plantea las grandes cuestiones nacionales, y menos aún los problemas internacionales, sino los dossiers relativos a la represión, preferentemente los asuntos de aspecto burocrático y los relativos a la represión política.

En la primera reunión de abril de 1946 se discute el reparto de tareas entre el Secretariado y el Buró de organización; en la de primeros de mayo, las medidas «para mejorar *Pravda*; en la de finales de mayo, una cortés preocupación inesperada hacia los pensionistas del Gulag, por los «modos incorrectos de dirigirse a los detenidos

<sup>31</sup> I. AXIONOV, «El apogeo del estalinismo», *Voprassy Istorii KPSS*, n° 11, noviembre 1990, p. 96. CRCEDHC, fondos 17, inventario 116, dossier 284.

en los campos de trabajos correctivos<sup>32</sup>. Tales órdenes del día demuestran que el Politburó ya no es un organismo fantasma.

El 11 de abril de 1946, Stalin dirige a todos los miembros del Politburó y a algunos jefes militares un escrito de acusación contra Chajurin y sus ayudantes, acusados de haberse puesto de acuerdo para entregar un pedido de «aviones de mala calidad haciéndolos pasar por aviones de buena calidad, engañar al gobierno y recibir recompensas para “ejecutar” y “rebasar el plan” que llevó a nuestros aviadores a la muerte»<sup>33</sup>. Novikov los había tapado y protegido imponiendo silencio a sus subordinados. Stalin transmite periódicamente las actas de los interrogatorios —que sigue muy de cerca— a los miembros del Politburó, como un modo de presionarlos. Los días 10 y 11 de mayo de 1946, el Colegio militar de la Corte Suprema condena a los acusados a una pena dictada por Stalin. Los declara convictos de haberse puesto de acuerdo para equipar masivamente a las fuerzas aéreas con «aviones y motores claramente defectuosos [...], lo que ha dado lugar a toda una serie de accidentes y catástrofes en las unidades de las fuerzas aéreas, causando la muerte de aviadores»<sup>34</sup>. Los hechos eran exactos, pero el único responsable fue Stalin: exigía unos plazos de entrega insostenibles que daban lugar a deficiencias en las operaciones de comprobación y control. Por ese sabotaje colectivo y asesino, los acusados fueron condenados a unas penas ligeras jerárquicamente decrecientes: Chajurin carga con siete años de cárcel; Novikov y sus ayudantes con seis, cinco, cuatro y tres años; ¡los dos últimos, con dos años! Resulta desacostumbradamente poco para unos delitos tan grandes. Los acusados no interesan a Stalin más que en la medida en que le permitan llegar a presas más elevadas. En su carta a Beria de abril de 1953, Novikov afirmaba que él no había firmado la declaración que le atribuían y que ignoraba quién era el autor. Solo pudo ser dictada por Stalin, que la utilizó inmediatamente contra Jukov.

Novikov acusaba a Jukov de haber querido relacionarse personalmente con determinados jefes militares, y de haberse esforzado, «de un modo muy astuto y prudente, por disminuir el papel dirigente del Comandante supremo durante la guerra»<sup>35</sup> (el nombre

<sup>32</sup> *Ibid.*, p. 100.

<sup>33</sup> R. PIKHOIA, *SSR, Historia Vlasti* (La URSS, historia del poder), Moscú, RCAF, 2000, p. 46.

<sup>34</sup> *Ibid.*, pp. 46-47.

<sup>35</sup> *Ibid.*, pp. 47-48.

de Stalin, como el de Dios, no podía pronunciarse), mientras exageraba el propio. Según esa acusación, Jukov se atribuía el mérito de las victorias de Stalingrado, de Leningrado, de Moscú, de Kursk y la toma de Berlín, hablaba con desprecio del Comandante supremo y criticaba algunas de sus decisiones. El 3 de junio, Jukov fue destituido de sus funciones de comandante en jefe de las fuerzas terrestres y del cargo de viceministro de Defensa de la URSS, y nombrado comandante del distrito militar de Odessa. Stalin prepara con Bulganin y Vassilevski una orden (secreta) del ministro de las Fuerzas armadas de la URSS, fechada el 9 de junio de 1946, que acusa a Jukov de «haber perdido toda modestia», haberse dejado «arrastrar por la ambición personal», de haberse «atribuido, en conversaciones con sus subordinados, la elaboración y la realización de todas las operaciones esenciales en la gran contienda patriótica incluidas aquellas en las que no ha participado»<sup>36</sup>, etc. Se percibe el rencor del hombre de oficina hacia el jefe militar cuyos laureles siempre serán inaccesibles para él.

La generalización del nacionalismo ruso —orquestado cuidadosamente durante la guerra— a todos los ámbitos de la existencia es una distracción, un camuflaje y un instrumento nuevo de depuración. Aparece el criterio de la «postura justa» en sustitución de los criterios políticos «bolcheviques» de antaño. Ese traspaso remata la transformación del Partido, de organismo político en aparato administrativo encargado de aplicar las decisiones que la cumbre adopta en secreto. Por este motivo, el 9 de febrero de 1946, Stalin hace esta declaración, sorprendente a primera vista, a los electores de la circunscripción de Moscú de la que es candidato a la diputación: «La única diferencia entre los sin-partido y los militantes del Partido radica en que unos son miembros del Partido y otros no, pero se trata solo de una diferencia formal»<sup>37</sup>. Por ese motivo olvida convocar un congreso de ese partido cuyos estatutos prevén una reunión anual. En efecto, ¿para qué?

La guerra, que llevó a los partidos comunistas al poder en media docena de países, enfrentó a Stalin con la necesidad de reorganizar el movimiento comunista internacional. Las relaciones bilaterales sometían directamente al Kremlin a los partidos comunistas, pero

<sup>36</sup> *Ibid.*

<sup>37</sup> STALIN, *Après la victoire pour une paix durable*, op. cit., p. 28.

hacían difícil la gestión del movimiento en su conjunto. La sección de política exterior del Comité Central del partido ruso, creada en diciembre de 1945 —e inicialmente dirigida por Dimitrov— para transformar la antigua sección de información internacional, fue refundida en abril de 1946. Al controlar muy de cerca la actuación de los partidos comunistas extranjeros y de los funcionarios soviéticos que trabajaban en el exterior, mezclaba íntimamente control político, vigilancia policial y actividades de información y espionaje. Pero tal dispositivo era insuficiente. En junio de 1946, durante una cena en su dacha con dirigentes soviéticos, yugoslavos y búlgaros, Stalin lanza la idea de un órgano europeo de información que se reuniría periódicamente para cambiar opiniones y propuestas. ¿En quién recaería la iniciativa? ¿En Dimitrov, en Tito, en el PC francés? Cada uno de los asistentes, poco entusiasta, propone al vecino...

El 25 de mayo de 1946, Stalin deroga la pena de muerte, reemplazándola con la pena máxima de 25 años de prisión. Se trata de un gesto de propaganda internacional, en un momento en que Stalin se dispone a realizar una sangría feroz sobre la población. En mayo de 1946 decreta un préstamo voluntario obligatorio de 20 mil millones de rublos, de los que 12,5 mil millones recaerán sobre la población de las ciudades y el resto, sobre los campesinos. En las fábricas, los secretarios del Partido o del sindicato convocan uno por uno a los trabajadores «para una conversación»: a la salida, el desdichado ha firmado un descuento de una, dos o tres semanas de su salario, incluso de un mes. ¡Algunos llegan a ceder hasta dos meses de salario! Resulta más difícil hacer pagar a los campesinos, cuyos rublos, procedentes del comercio libre durante la guerra, están cuidadosamente escondidos. Los campesinos franceses ocultan en las lavadoras los billetes obtenidos en el mercado negro y los campesinos soviéticos, más modestos, los guardan en agujeros cavados en el suelo.

Para afirmar su poder absoluto, Stalin multiplica las insidias destinadas a enfrentar a unos lugartenientes contra otros. Ese juego garantiza sin duda su propia seguridad política, pero debilita a un aparato hipertrofiado. El Politburó del 13 de abril de 1946 pone a un recién llegado, el leningradés Kuznetsov, a la cabeza de la Dirección de los cuadros del Comité Central y a la presidencia de las sesiones del Secretariado. Le confía la tutela de los cuadros de distintos ministerios, entre ellos el de Interior y el de Seguridad del

Estado, por donde pululan las criaturas de Beria. Esta responsabilidad está cargada de tensiones y conflictos entre los interesados. El 4 de mayo de 1946, el Politburó, por orden de Stalin, excluye a Malenkov del Secretariado del Comité Central, y sustituye a la cabeza de la Seguridad del Estado a Merkulov por Victor Abakumov (un hombre de Beria), antiguo jefe del SMERCH, un servicio encargado de la caza a los «espías» durante la guerra. Stalin enfrenta a Beria con ese joven policía engominado y perfumado, aún más inculto y más brutal que él. Jruschov afirmará que Abakumov no era más que un pelele manipulado por Beria, porque Stalin mandó fusilar a los dos. Sin embargo, el ayudante de Beria, Merkulov, declarará que su patrón tenía un terror pánico por aquel presumido satisfecho<sup>38</sup>. A lo largo de los dos años siguientes, Stalin despoja poco a poco a la NKVD (rebautizada MVD en marzo de 1946) en beneficio de la Seguridad del Estado: ya en febrero de 1946 había transferido de Interior a Seguridad el sector «S», encargado de los atentados y del sabotaje, dirigido por Sudoplatov y Eitíngon, los organizadores del asesinato de Trotski. En enero de 1947 transfiere las tropas especiales y la dirección de los transportes del ministerio del Interior (MVD) a la Seguridad, así como los servicios de enlace del gobierno. En octubre de 1949 transfiere también desde la MVD a la Seguridad las tropas de guardias fronterizos, y, más sorprendente todavía, la milicia, es decir, la policía. Al año siguiente, la balanza se mueve en sentido inverso.

Antes de salir de vacaciones, Stalin se dedica a poner al paso a la *intelligentzia* después de a los generales, una *intelligentzia* a la que la guerra, paradójicamente, ha proporcionado un nuevo espacio de libertad. Las veladas literarias donde algunos escritores mal vistos por el régimen, como Ajmatova, habían sido ovacionados, atestiguan —según el escritor Constantin Simonov— un soplo de libertad excesivo a ojos de Stalin: «Allí había algo de alboroto, un matiz de crítica fundados en una apreciación errónea de la situación y en la seguridad de que las fronteras de lo permitido se ampliarían silenciosamente, y que, al término de la guerra, retrocederían las de lo prohibido»<sup>39</sup>. Stalin no puede aceptar esa flexibilización, suscepti-

<sup>38</sup> Merkulov afirma: «Beria temía mortalmente a Abakumov», *Neizvestnaia Rossia*, op. cit., t. 3, p. 73.

<sup>39</sup> C. SIMONOV, «Glazami cheloveka moego pokolenia», art. cit., p. 50.



ble de transformarse en una herida abierta. Para impedirlo, estimula la energía, en su opinión desfalleciente, de Jdanov. El 9 de agosto, una reunión del Buró de organización a la que asiste Stalin prepara el decreto del 14 de agosto de 1946 que condena dos revistas (*Zvezda* y *Leningrado*) y a tres escritores (Ajmatova, Zochtchenko y Jazin) de esa capital del Norte a la que detesta porque fue el hogar de la revolución, y más tarde de una crítica, por supuesto intermitente, pero recurrente.

Stalin dirige la reunión; en ella denuncia violentamente a Zochtchenko, el autor de las *Aventuras de un mono*, una broma divertida sobre los apuros de la vida soviética que incitan a un mono escapado de un zoo a volver a su jaula, así como a Anna Ajmatova, cuya poesía lírica es fundamentalmente intimista. La acusación que lanza contra la redacción de las dos revistas esboza el futuro leitmotiv de la campaña anticosmopolita que va a dominar toda la vida cultural y política a partir del invierno de 1948-1949. Dirigiéndose al redactor-jefe de la revista *Leningrado*, Lijarev, que intenta defenderse, Stalin le reprocha su actitud obsequiosa hacia los escritores extranjeros, con los que se comporta como un alumno delante de los profesores, y le pregunta: «¿Acaso es digno que un ciudadano soviético ande de puntillas delante de un extranjero? Estimulas los sentimientos de servilismo. Es un gran pecado. Inoculas el gusto por un respeto exagerado hacia los extranjeros. Inoculas el sentimiento de que somos gente de segunda categoría y que, allí abajo, son gentes de primera categoría»<sup>40</sup>. La revista *Leningrado* queda suprimida. Un decreto del 14 de agosto condena a Zochtchenko y a Ajmatova, a la que Jdanov califica de fornicadora y de monja (poética) al mismo tiempo; poco después, ambos serán expulsados de la Unión de Escritores, y al mismo tiempo, con esta liquidación Stalin borra simbólicamente la referencia a la ciudad y a Lenin. Durante una reunión en Leningrado, Lijarev, para alabar estas decisiones, afirma que el día de la supresión de la revista ha sido el más feliz de su vida.

La segunda parte de la reunión del 9 está dedicada al cine. Jdanov, disgustado con la primera, denuncia el filme *Una gran vida*, dedicado a la reconstrucción del Donbass. Ha detallado el número de veces –escandaloso (siete)– en las que un personaje aparece bebien-

<sup>40</sup> *Literaturny Front* (El frente literario), Moscú, 1994, p. 200. *Vlast i Khudojstvennaia Intelligentsia*, op. cit., p. 568.

do. Al final de la reunión, los leningradeses se reúnen en el pasillo. Jdanov acude a su encuentro y trata de consolarlos. De repente, aparece Stalin, que pregunta con tono bromista: «¿Por qué hacen rancho aparte los leningradeses?»<sup>41</sup>. Hacer rancho aparte significa el principio de una fracción. Jdanov, aterrado, se aleja inmediatamente. Dos años más tarde, la frase de Stalin alcanzará todo su siniestro significado. La normalización se dirige a todos los ámbitos de la vida intelectual. El 26 de agosto, una nueva resolución del Comité Central denuncia las insuficiencias de repertorio de los teatros. Una tercera resolución del 4 de septiembre condena cuatro filmes soviéticos: *Una gran vida*, *El Almirante Najimov*, *Gente corriente* y la segunda parte de *Iván el Terrible*.

A últimos de agosto, Stalin toma de nuevo el camino de Sotchi. Antes de su llegada, Beria pide al responsable de la Seguridad del Estado de la región que tome las medidas oportunas, y este monta 180 puestos de vigilancia entre Sotchi y la dacha de Stalin. «Todo el camino está bajo protección», asegura. Además, ha «estudiado y vigilado atentamente a los elementos antisoviéticos registrados en la sección [de la Seguridad] de Sotchi». Por último, «las detenciones continúan su curso. El parque forestal [...] ha sido peinado. El régimen de tarjetas de identidad se ha endurecido y se ha hecho más sistemático el control automovilístico»<sup>42</sup>.

Stalin viaja hacia el sur en un Packard blindado. Pasa por Orel donde, en octubre de 1941, mandó fusilar a Rakovski, a Olga Bronstein-Kamenev y a María Spiridonova. La ciudad está en ruinas. Su vehículo se cruza con una mujer que lleva un cántaro de agua. Se detiene, baja y habla con ella. Y lo repite en Kursk. Los escasos viandantes a los que se dirige le agradecen la victoria, lloran y se asombran. ¿Es Stalin realmente? Reaccionan ante su presencia como el escritor leningradés Piotr Kapitsa que, en una reunión en junio, contempló con estupor al Guía supremo: envejecido, medio calvo, con aspecto cansado, la voz débil, el rostro picado, el color de papel maché, los dientes amarillentos, una caricatura de los triunfantes retratos del señor eterno<sup>43</sup>. Stalin no repetirá la decepcionante experiencia de esos tímidos baños de multitud.

<sup>41</sup> P. KAPITSA, «Así fue», *Neva*, nº 5, mayo 1988, p. 140.

<sup>42</sup> D. VOLKOGONOV, *Staline*, op. cit., p. 424.

<sup>43</sup> P. KAPITSA «Así fue», art. cit., p. 137.

De regreso a Moscú, se preocupa de su imagen. El 23 de octubre reúne a los dirigentes de Agit-prop para estudiar la redacción de su biografía. «Nadie en todo el mundo, dice, ha dirigido a unas masas tan enormes»<sup>44</sup>. Las dos algo diferentes versiones de esta reunión coinciden en dos puntos: Stalin insiste en la importancia de la biografía para popularizar el marxismo-leninismo. La lectura de las obras teóricas es cosa ardua. Las amplias capas de trabajadores, las gentes sencillas no pueden empezar a estudiar el marxismo-leninismo más que a través de los relatos de vidas. Una resolución del Secretariado decide publicar biografías de personalidades clásicas del marxismo, entre ellas la de Stalin. Uno de los presentes, Pospelov, sugiere para ella una tirada de 500.000 ejemplares. Stalin le corrige inmediatamente: la tirada será de 1 millón.

Para las gentes sencillas, la biografía desempeñará el papel que el *Compendio de historia* desempeña para los militantes. Será una versión hagiográfica que Stalin justificará por anticipado transformando el marxismo en «religión de la clase, en símbolo de su fe». La operación solo puede realizarse a través del individuo sacralizado, encarnación del Partido, que de instrumento de combate se transforma en un objeto trascendental: «Hay que enseñar el amor al Partido, que es inmortal»<sup>45</sup>, añade el Jefe, mal profeta. La distancia entre ese partido sublimado y el partido real es tan abismal como la que separa la vida real de Stalin de la que cuenta en su biografía autorizada. Pero lo real se venga: el colectivo de los ocho autores encargados de esta vida del Santo se revela incapaz de transformar su personaje en un héroe mítico. La larga cadena de epítetos pomposos y superlativos no puede dar cuerpo al oscuro lenguaje burocrático.

La redacción de esta biografía oficial, presentada como la revisión de un folleto de una treintena de páginas aparecido hasta entonces, resulta ser un empeño delicado. Una cohorte de historiadores y filósofos se aplican a ello y envían a Stalin un primer proyecto. El Jefe los convoca al momento y les increpa agriamente: «Es una ponencia medio socialista revolucionaria, subjetivista. Entonces, ¿qué escribís? Stalin hizo esto, Stalin hizo aquello, Stalin hizo casi todo. Y si muere Stalin ¿qué haréis?». Los autores responden: «To-

<sup>44</sup> CRCEDHC, fondo 629, inventario 1, dossier 54. Parcialmente en *Istochnik*, n° 3, 2000, p. 103.

<sup>45</sup> *Istochnik*, n° 3, 2000, p. 103.

maremos en cuenta sus comentarios y lo corregiremos». Stalin los envía a paseo: «No se sabe lo que vais a hacer. Lo voy a intentar yo mismo»<sup>46</sup>. Poco después reciben un texto muy corregido y enriquecido con unos elogios desmedidos. Stalin ha añadido de propia mano más de 300 correcciones, como la frase: «Stalin es el gran capitán de todos los tiempos y de todos los pueblos». Lo escrito no basta. Ahora hay que instalar en la cumbre del Elbruz (5.642 metros) una estatua en cuyo pedestal figura: «En la cumbre más alta de Europa hemos erigido el busto del hombre más grande de todos los tiempos».

Esta autodeificación exige una distancia entre él y el pueblo de los adoradores forzados. Raramente se presenta en público, aparte de algunas apariciones en el Mausoleo en las fiestas del 1 de mayo y del 7 de noviembre, donde agita dulcemente la mano en dirección a los manifestantes. Parece esconderse. A lo largo de cuatro años solamente escribe algunas felicitaciones de año nuevo y algunas lacónicas respuestas a periodistas. A pesar de las tensiones de la guerra fría, solo se entrevista cuatro veces en tres años con el embajador americano Bedell Smith. Esta desaparición da lugar a la circulación de leyendas incluso fuera de la URSS. Stalin supo siempre aparentar la reserva para imponer una imagen en las antípodas de la realidad. Antes de la guerra había recibido a media docena de escritores extranjeros en diez años: Barbusse, Ludwig, Wells, Romain Rolland, etc. Engañó a Wells que se las daba de fino psicólogo y que, en julio de 1934, trazó en Navidad el siguiente retrato de él: «Jamás he conocido a un hombre más sincero, más justo y más honesto, cualidades [...] a las que debe su extraordinario e indiscutible ascendente sobre Rusia». Como un auténtico experto en la desinformación, había logrado convencer a Roosevelt de que estaba sometido a la presión del ala dura del Politburó con la que debía transigir. Ciertamente Roosevelt, muy disminuido al final de su vida, pudo dejarse engañar fácilmente por las falsas confidencias de aquel al que llamaba Uncle Joe. Pero Bedell Smith, embajador americano en Moscú desde 1946 a 1949 y que se reunió con Stalin en cuatro ocasiones, se hizo cientos de veces, y muy seriamente según dice, esta pregunta en todas sus variantes: «¿Es Stalin un autócrata absoluto [...] res-

<sup>46</sup> P. FEDOSSEIEV, al término de una mesa redonda organizada en Moscú en 1998 y grabada por el autor.

ponsable de la política antiamericana de la Unión soviética [...]? O, por el contrario, ¿es el jefe de una minoría pro-occidental en el seno del Politburó, deseoso de llegar a un acuerdo favorable con nosotros, dispuesto a cumplirlo de buena fe para asegurar la futura paz del mundo, pero incapaz de hacerlo porque la mayoría de los votos pertenecen a la oligarquía que reina en el Kremlin?». Y Smith concluye: «No es ni un dictador absoluto ni un prisionero del Politburó»<sup>47</sup>. Todavía a comienzos de 1948, repitiendo las fantasías de Roosevelt, decía Truman: «Joe es un buen tipo, pero está prisionero del Politburó. Firmó algunos acuerdos, pero no puede respetarlos; no se lo permiten»<sup>48</sup>.

Por su deseo de mantener entre él y el «pueblo» la distancia que confirma su estatus de jefe supremo por encima del común de los mortales le resultan especialmente intolerables las confidencias sobre su vida privada. En 1946, su cuñada Anna Allilueiva publica sus *Recuerdos*. Ese libro apolítico abre al pueblo llano un tímido acceso a la familia del Jefe y a algunos de sus secretillos íntimos. Anna Allilueiva agrava el caso haciendo una gira para promocionar su obra. La reacción de Stalin, tardía, no puede ser más brutal. El 14 de mayo de 1947, *Pravda* publica un artículo titulado «Unas intenciones irresponsables» en el que acusa a Anna Allilueiva de haber «deformado la realidad histórica» atestiguada por el *Compendio* de 1938. Entonces, el hermano de Allilueiva comenta: «Se trata de una campaña contra los Allilueiv emprendida por orden de Stalin».

El año 1946 está marcado por una terrible sequía que se abate sobre toda la Rusia europea y por unas lluvias torrenciales en Siberia en la época de la siega. La cosecha de trigo, de 40 millones de toneladas, es la peor de toda la historia rusa. Las intemperies, unidas a la ruina de la guerra, provocan una nueva hambruna que afecta a regiones enteras, entre ellas a Ucrania de nuevo, así como a Moldavia. Millones de campesinos se alimentan de hierbas, corteza de árboles, cadáveres de caballos y sopa de ortigas. Jruschov, entonces Primer secretario del PC ucraniano, solicita la ayuda de Moscú, que por toda respuesta le exige la entrega al Estado de 400 millones de pouds de trigo. Pide por telegrama a Stalin, de vacaciones en Sotchi, alimentos y cartillas de abastecimiento. Stalin le responde con

<sup>47</sup> W. BEDELL SMITH, *Trois années à Moscou*, Plon, 1950, pp. 44-45.

<sup>48</sup> Discurso del 11 de junio de 1948, en *Facts on File*, Washington, 1948, t. VIII, p. 183.

un telegrama plagado de insultos en el que lo califica de «tipo sospechoso». A finales de septiembre regresa a Moscú y Jruschov, aterrizado, se abalanza al Kremlin. Stalin rechaza secamente todas sus peticiones.

De regreso a Kiev, Jruschov encuentra en su despacho numerosos informes sobre muertes por hambre o por canibalismo. Al visitar un koljoz, su ayudante Kiritchenko se encuentra con una mujer a punto de despedazar con un hacha el cadáver de su segundo hijo, que se dispone a salar tras haberse comido ya al primero. Jruschov informa por teléfono del suceso a Stalin, que replica con una risotada: «¡Te estás ablandando! Te engañan, esperan tocar tu fibra sensible contándote cosas semejantes. Te quieren obligar a distribuir todas tus reservas»<sup>49</sup>. El modo indiferenciado de hablar representa a esos enemigos indefinidos, ocultos por doquier, que Stalin puede descubrir en cualquier momento incluso bajo la máscara de sus colaboradores más cercanos.

La Seguridad del Estado fotografía y envía a Stalin centenares de cartas de hambrientos que repiten: «No hay pan, no hay patatas, comemos bellotas, empezamos a hincharnos por el hambre y vamos a morir. Los niños soportan el hambre pacientemente y, si no tienen que comer, se callan. Nos quedan pocos días de vida porque alimentándonos de agua no podemos mantenernos más de una semana. Ya hace una semana entera que no he comido nada»<sup>50</sup>. Stalin no responde, o más bien responde al hambre con la represión. A los hambrientos que birlan aquí y allí un par de huevos, un trozo de pan, tres espigas de trigo o unas patatas, dedica el decreto del 25 de octubre de 1946 titulado «Sobre la defensa de los cereales del Estado» que ordena al Ministerio de Justicia la estricta aplicación de la ley, caída en desuso, de las «cinco espigas» del 7 de agosto de 1932, que consistía en condenar a muerte, excepto en circunstancias atenuantes, cualquier atentado a la «propiedad del koljoz».

A últimos de diciembre de 1947, Stalin completa su brutal sangría a los campesinos decretando una reforma monetaria: el cambio de diez rublos antiguos por un rublo nuevo (salvo para las sumas depositadas en las cajas de ahorro). La medida arruina a los

<sup>49</sup> N. JRUSCHOV, *Memorias*, *op. cit.*, p. 227.

<sup>50</sup> Archivos del Presidente de la Federación rusa (APFR), fondos 3, inventario 30, dossier 349. Cf. anexo 7 en N. JRUSCHOV, *Vospominania*, *op. cit.*, t. 2, pp. 741-742.

campesinos que se habían enriquecido vendiendo sus productos personales durante la guerra y que, por desconfianza, habían guardado el dinero en su poder. También en Francia, la reforma monetaria había limpiado las famosas «lavadoras» campesinos.

Como ayer, el desencadenamiento de la represión exige la contrapartida del incremento del culto al Jefe, que toma una forma consumada. En 1946, el nuevo cineasta vedette del culto estalinista, Tchiaurelli, futuro director de *La Caída de Berlín*, ofrece una primera prueba, aún en estado de proyecto, de *El Juramento*. Hay una escena especialmente característica: Lenin acaba de morir, Stalin se dirige, solo en medio de la nieve, hacia el banco donde han mantenido sus últimas conversaciones. Se oye la tenue voz del difunto; Stalin alza los ojos al cielo, un rayo de sol atraviesa las ramas de los árboles y, en una imagen que recuerda los cuernos de fuego de Moisés, el elegido del Señor, llega a tocar su frente iluminándola con una gracia sobrenatural. En efecto, Stalin está dotado de poderes sobrehumanos, como ilustra maravillosamente otra de las escenas del filme: el primer tractor fabricado en la URSS llega a la plaza Roja. Allí sufre una avería. Entonces, el camarada Stalin, que pasa a pie por allí, interroga al conductor sobre el problema. Bujarin, riendo y con expresión burlona, susurra que mejor sería comprar buenos tractores en el extranjero que construir cacharros soviéticos. El indignado conductor critica ásperamente ese servilismo ante Occidente. Stalin se inclina sobre el motor, roza apenas las bujías y el tractor emite inmediatamente un ronquido entusiasta. Stalin sube al asiento, toma el volante, piensa en el futuro y, surgidos de la nada y de su genio, aparecen en sobreimpresión miles de tractores surcando los campos. Él es Dios todopoderoso y *La Caída de Berlín* refuerza esa imagen. Vestido enteramente de blanco, majestuoso y sereno, irradia al mismo tiempo fuerza y bondad.

La traducción ideológica del culto plantearía muchos más problemas que una proyección cinematográfica. ¡La publicación de las *Obras completas* de Stalin se convirtió en un verdadero rompecabezas! El 12 de junio de 1946, el Buró de organización «obligó [*¡sic!*] al Instituto del Marxismo-leninismo a preparar y a presentar para la aprobación una maqueta de los tomos 5 a 16 de las *Obras completas* de Stalin [*así como*] la maqueta de una segunda edición completada con la corta biografía de Stalin; y a las Ediciones Políticas del Estado [...] a la publicación en 1946 de los tomos 1 a 3 de las *Obras completas* de

Stalin; en 1947, de los tomos 4 a 10; y en 1948, de los tomos 11 a 16»<sup>51</sup>. Si hubo un terreno en el que no se alcanzaron los objetivos del plan –ni de lejos– fue este. En efecto, el tomo 12 no fue publicado hasta finales de 1949, y en los tres años siguientes solo salió a la luz el tomo 13 mientras se preparaba la maqueta del tomo 14 cuya publicación suspenderán los herederos *sine die*. Aquellos retrasos, sorprendentes en una publicación absolutamente prioritaria, se debieron a varias dificultades: era preciso establecer cuidadosamente la lista de los textos publicables, verificar y modificar el contenido con cortes o añadidos de los que Stalin era el único juez. Había que insertar en el primer tomo unos escritos que no eran suyos, cortar aquí, añadir allí, para adaptar los textos de ayer a las necesidades de hoy. Este delicado trabajo no soportaba la improvisación.

Un pequeño incidente subrayaría muy pronto, incluso en la misma cumbre, el carácter artificial del culto a Stalin. A finales de julio de 1947 sale de la imprenta el tomo 5 de sus obras completas. *Pravda* tarda en señalar el acontecimiento y solo lo hace después del semanario *Cultura y Vida* y de la revista *El Bolchevique*. Poskrevychev pide explicaciones al redactor-jefe Pospelov. En la nota de excusas apresuradas pero inconexas de este, Stalin escribe con rabia: «Es realmente extraño que *Cultura y vida* y *El Bolchevique* hayan anunciado hace tiempo la salida de la imprenta del 5º tomo, publicando además una recensión, y que *Pravda*, el principal órgano de prensa del Comité Central, no haya tenido tiempo de anunciar la salida del tomo 5º». Por supuesto, «*Pravda* [...] tan ocupada en asuntos más importantes»<sup>52</sup> podía no dedicarle una recensión, pero, por lo menos, no publicar la información después de los dos órganos citados. Bajo la ironía, se adivina la vanidad herida.

Para rematar su divinización, Stalin se esfuerza por modificar la imagen mitológica tradicional del dúo que forma con Lenin, tal como fue configurada al final de los años 20 y en los 30. Ni una sola vez cita el nombre de Lenin en su discurso al pueblo del 9 de mayo de 1945 en honor de la victoria, y tampoco en su segundo discurso tras la capitulación del Japón, ni en el discurso electoral del 9 de febrero de 1946. Tampoco lo hará en el que dirija al XIX Congreso del partido en octubre de 1952.

<sup>51</sup> CRCEDHC, fondos 17, inventario 117, dossier 611.

<sup>52</sup> *Istochnik*, nº 3, 2000, p. 102.



Ya no es el mejor discípulo y el mejor compañero de Lenin; está por encima de él y lo empuja hacia la sombra, como lo expresa en privado durante las comidas con los miembros del Politburó. «Stalin no evitaba el nombre de Lenin [...] en un círculo reducido, cuenta Jruschov, e intentaba hacer entender a su entorno que tenía de Lenin una idea distinta de la que expresaba en público. Sugería que él era el auténtico inspirador de las ideas que Lenin había repetido y manifestado en su propio nombre»<sup>53</sup>. Sobre todo, quiere ratificar la ruptura política con todo lo que Lenin simboliza. Los escritores y los artistas que no lo comprenden se atraen unos problemas cuyo origen desconocen. Así, en 1947, Iutkevitch rueda *La Luz sobre Rusia*, que trata de la electrificación de la URSS. Durante el estreno, Stalin, con aspecto sombrío, multiplica los gruñidos de desaprobación que Jdanov y un alto funcionario ministerial tratan de descifrar y traducir en instrucciones claras. Iutkevitch y el guionista retocan el filme; sabiendo confusamente dónde le aprieta el zapato, conceden un lugar más importante a Stalin que, a partir de entonces, aparece como igual a Lenin. El Politburó visiona el filme durante las vacaciones de Stalin en Sotchi y lo aprueba. A su regreso, Stalin lo manda prohibir. ¿Lenin su igual? Eso estaba bien ayer. El muy dócil dramaturgo Vsevolod Vichnievski no lo captó mejor que Iutkevitch. Hasta el momento de su muerte, Stalin le impone una reforma permanente de su filme *El Inolvidable año 1919* que, a pesar de la ampliación épica, muestra a un Stalin más o menos a la sombra política de Lenin. Stalin no puede soportarlo y en consecuencia prohíbe los dos únicos filmes dedicados a Lenin después de la guerra.

El astuto Jruschov percibió inmediatamente ese cambio. En diciembre de 1945 proponía que en Leipzig se imprimieran varias obras de Stalin en ucraniano con una tirada doble de la de Lenin. En este oscurecimiento de Lenin, Jruschov no ve más que la manifestación de la vanidad personal de Stalin, cuya actitud expresa en realidad el rechazo del internacionalismo y de la revolución mundial que simbolizaba Lenin; y los que sustituye por el nacionalismo ruso, conclusión lógica del «socialismo en un solo país» nacional y autárquico. Guennadi Ziuganov, el actual líder del muy nacionalista partido comunista de la Federación Rusa, atribuye a Stalin el mérito de haber restaurado una ideología patriótica nacionalista, reanu-

<sup>53</sup> N. JRUSCHOV, *Vospominania, op. cit.*, t. 2, p. 115.

dando con la antigua Rusia el lazo fundado en el culto al pasado ruso, especialmente al de Iván el Terrible, el zar agrupador de tierras y cortador de cabezas. En efecto, desde el comienzo de la guerra, Stalin inicia su rehabilitación: en 1940, encarga a Alexis Tolstoi una obra sobre el personaje, que se estrenará dos años después, pero la censura, mal informada o mal reeducada, prohíbe inmediatamente ese retrato de Iván como zar progresista. La disonancia entre la voluntad del jefe y su aparato es una de las constantes del sistema y uno de los factores de su creciente parálisis.

En ese momento aparece un *Ivan el Terrible* del novelista provinciano Vipper, al que Stalin hace entrar en la Academia. Y en 1942, el también provinciano Kostylev publica la primera parte de una trilogía que, dedicada al mismo héroe, en 1947 merecerá a su autor el premio Stalin. El año anterior, Jdanov encargó a Eisenstein un filme sobre el mismo tema, cuyo guión aprobó Stalin en 1943. En enero de 1946, Stalin concede el premio Stalin de primera categoría a la primera parte del filme, pero, cuando antes de salir de vacaciones en agosto de 1946 asiste a la proyección de la segunda parte, monta en cólera: «¡Eso no es un filme, sino una especie de pesadilla!» y mete ambas partes en el mismo saco: «¡Los dos filmes sobre Iván el Terrible son algo vergonzosos!». Eisenstein había deformado la historia, representando al ejército de Iván el Terrible, «los opritchniki, como una banda de idiotas y degenerados, una especie de Ku Klux Klan [...]. Iván el Terrible aparece como un Hamlet sin voluntad»<sup>54</sup>. En febrero de 1947 convoca a Eisenstein en presencia de Molotov y de Jdanov y le dicta sus consignas: «Se puede mostrar que Iván el Terrible era cruel, pero hay que demostrar por qué tuvo que ser cruel. Uno de los errores de Iván el Terrible fue el de no haber exterminado hasta el último miembro de las cinco grandes familias feudales [...]. Tuvo que haberse mostrado aún más resuelto»<sup>55</sup>, como Stalin frente a sus enemigos reales o potenciales. Considera las dudas y los problemas de conciencia que agitan al Iván el Terrible de Eisenstein como otros tantos atentados a la imagen de un jefe del que es la reencarnación moderna.

<sup>54</sup> P. KAPITSA, «Así fue», art. cit., p. 141. Estas formulaciones se repiten casi al pie de la letra en la resolución que Stalin promulga en nombre del Comité Central del PC sobre el filme *La Gran vida* y que incluye ese juicio sobre el filme de Eisenstein, *Vlast i Khudojstvennija Intelligentsia*, op. cit., p. 601.

<sup>55</sup> *Nouvelles de Moscou*, nº 32, 7 de agosto de 1988, p. 8.

En 1992, el escritor nacionalista Vladimir Soloujin, admirador crítico de Stalin, afirmará estar convencido de que Stalin pensaba en proclamarse emperador. «Comprendiendo desde hacía mucho tiempo que no se iba a producir revolución mundial alguna, había comenzado a consolidar el Estado apoyándose en la población autóctona.» Llama la atención del lector sobre las nueve decisiones que atestiguaban su deseo de restauración del pasado zarista: «Reintrodujo las charreteras, la guardia, la enseñanza separada (entre niños y niñas), el uniforme escolar, las escuelas Suvorov (para la Infantería) y Najimov (para la Marina); inició la reaparición, aunque progresiva, de la Iglesia y restableció el patriarcado. Introdujo o empezó a introducir los uniformes en casi todos los servicios del Estado: ferroviarios, juristas, diplomáticos, empleados de servicios financieros, todos tuvieron desde entonces sus uniformes y sus grados, es decir, sus jerarquías». Restableció los bailes de la época zarista (polonesas, minuetos, cotillones, polcas, mazurcas), resucitó el concepto del honor en el cuerpo de oficiales, abandonó el título de Secretario General, mandó entregar en el Kremlin emblemas con águilas reales y borró la diferencia entre un miembro del Partido y el que no lo es, lo que lleva en germen su disolución. Por último, introdujo los términos «padre», «padre del pueblo», «padre de los pueblos», conceptos típicamente monárquicos, no bolcheviques ni comunistas. A nadie se le habría ocurrido la idea de llamar «padre», «padre del pueblo» o «padre de los pueblos» a Lenin, Trotski, Sverdlov o Zinoviev. Y así era en realidad<sup>56</sup>.

Tales hechos son indiscutibles, así como la transformación, en marzo de 1946, del Consejo de comisarios del pueblo en Consejo de ministros. Sin embargo, suponiendo que Stalin hubiera pensado en ello, lo que es muy dudoso, la restauración zarista a la que alude Soloujin habría sido imposible de realizar. El bonapartismo estalinista, basado en una propiedad colectiva del Estado, nacida a su vez de una convulsión social que ha eliminado a la antigua clase propietaria y dirigente, es contradictorio con una restauración imperial; el conflicto entre ambos terminará, como lo demuestra la historia a finales de los años 80, con la desaparición del uno o de la otra.

<sup>56</sup> V. SOLOUJIN, «Kamenchki na ladoni» («Piedrecitas en el hueco de mi mano»), *Grani*, nº 163, 1992, pp. 52-54.

El intento de restauración nacionalista va acompañado lógicamente de una ampliación de la campaña contra la *intelligentzia*, acusada de arrodillarse ante Occidente. El 14 de mayo de 1947, Stalin convoca al Kremlin, en presencia de Molotov y de Jdanov, a los dirigentes de la Unión de Escritores Fadeiev, Simonov y Gorbatov, y les presenta un documento cuyas grandes líneas ha dibujado él mismo. Sin razón aparente, repite sus críticas contra el pro-occidental Pedro el Grande y los elogios hacia Iván el Terrible, el auténtico nacionalista ruso, críticas que ya había expresado cuatro meses antes ante Eisenstein. Inmediatamente, Fadeiev lanza en el pleno una ofensiva contra el servilismo ante Occidente de la Unión de Escritores de junio de 1947 sin precisar que actúa obedeciendo instrucciones de Stalin. La trampa es aún más difícil de detectar: Fadeiev acusa al comparatista Veselovski, muerto en 1912, y a su escuela, representada por él, de arrodillarse obsequiosamente ante Occidente en una obra sobre *Pushkin y la literatura mundial*, publicada en vida del autor.

Esta campaña de intimidación se completa con un curioso dispositivo institucional: el 28 de marzo de 1947, Stalin y Jdanov firman un decreto del Politburó creando unos tribunales de honor en ministerios e instituciones centrales. Con este sorprendente decreto, Stalin reconstituye, hasta en el menor detalle, una antigua institución del ejército zarista, cuyos tribunales de honor permitían que los pares juzgaran a los oficiales, sustrayéndolos así a la justicia civil. Dichos tribunales estaban formados por cinco o siete oficiales elegidos por un año, de abril a octubre de 1947, entre 82 ministerios y diversas instituciones. Tienen que servir para «educar a los cuadros de los organismos del Estado en el espíritu del patriotismo soviético» y para examinar todos los casos «de actuaciones y gestos antipatrióticos, antigubernamentales y antisociales» cometidos por cuadros dirigentes<sup>57</sup>. El 29 de septiembre de 1947 se convoca al aparato del Comité Central —que, según Stalin, debe dar ejemplo de autocrítica— para elegir a su tribunal de honor. El presidium está compuesto por una docena de miembros, entre los que figura Stalin supervisando la operación, junto a Jdanov, Poskrebychev y Kuznetsov, secretario del Comité Central. En un informe, previamente sometido a Stalin, Kuznetsov concreta: «Se trata de dar caza a los casos de

<sup>57</sup> *Istochnik*, nº 6, 1994, p. 71.

servilismo y de obsequiosidad ante el extranjero». Y amenaza: «Toda una serie de miembros del aparato del Comité Central cometen actos antipatrióticos, antigubernamentales y antisociales»<sup>58</sup>. La gangrena está, pues, en el corazón del Santo de los Santos al que Stalin desea someter a una presión permanente.

Para hacerlo, comienza por atacar a la intelligentsia. Las dos primeras víctimas de esos tribunales de honor son dos investigadores, Kliueva y Roskin, culpables de haber enviado a una revista americana un artículo en el que exponen el resultado de sus investigaciones sobre el tratamiento del cáncer, acompañado de diez ampollas del medicamento que han puesto a punto. Son, por lo tanto, unos servidores de Occidente. Kuznetsov denuncia también a un profesor, culpable de haber publicado en una revista americana un artículo sobre «la teoría de las chimeneas octogonales», muy importante para la construcción de vagones, y al director de una estación meteorológica que permitió a los agentes americanos e ingleses entrar en la estación y poner las manos en sus documentos meteorológicos ultrasecretos. Y hay más: un tercero es acusado de haber entregado a un occidental de paso por Moscú una planta de... alfalfa vivaz, y de haberle ofrecido ¡enviarle semillas de alfalfa simple!<sup>59</sup>. Todo el areópago está reunido para escuchar esas pamplinas y acusar a dos sabios y a tres funcionarios. El informe, que Stalin escucha sin decir palabra, da la impresión de un siniestro regreso a 1937. Casualmente, los dos primeros criados de Occidente acusados, Kliueva y Roskin, son judíos.

En 1947, por un juego pendular sutil pero ritual, que desconcierta a sus lugartenientes y al aparato, el Guía manda conceder el premio Stalin de literatura a la novela de Víctor Nekrasov, *Las Trincheras de Stalingrado*, en la que los soldados jamás se lanzan al asalto al grito mítico: «¡Por la Patria! ¡Por Stalin!». Solo en dos ocasiones aparece el nombre reverenciado, una para señalar su retrato en un QG, y otra brevemente, refiriendo la conversación entre dos soldados: «Tiene agallas [...] Stalin. Saber contener dos retiradas así. ¿Te das cuenta? En el 41 y ahora. Y conseguir echarlos de Moscú. Y

<sup>58</sup> *Ibid.*, p. 72. Stalin concede tal importancia a esta curiosa maquinación que, con fecha de 16 de junio de 1947, hace aceptar en el Politburó una «Carta confidencial del Comité Central sobre el tema de los profesores Kliueva y Roskin», que denuncia el servilismo y la obsequiosidad ante Occidente (CRCEDHC, fondo 17, inventario 121, dossier 258).

<sup>59</sup> *Ibid.*

aguantar aquí [...]. Tiene que pensar en todo [...]. Mantiene todo el frente [...]. Y nos llevará a la victoria, ¡ya lo verás!»<sup>60</sup>. Eso es todo. Ningún testimonio de admiración, ningún signo de veneración, ninguna alusión a su genio estratégico. Aún más: en 1948, Stalin hará adjudicar su premio a la novela de guerra *La Estrella*, del novelista judío Emmanuel Kazakievitch, en la que su nombre no aparece ni una sola vez.

En el otoño de 1947 marcha a descansar a Sotchi y pasa algún tiempo en su dacha cerca del lago de Ritza en Abjazia. Un día llama a Mikoian, que no pertenece a ninguno de los dos clanes en lucha por la sucesión, le representa la comedia del hombre cansado, al borde del agotamiento, y le susurra una falsa confidencia: está pensando en que Kuznetsov le suceda como Secretario general del Partido, y Voznessenski como presidente del Consejo de ministros. La confidencia, destinada a ser repetida para encender las discordias, parece confirmada por los ascensos de ambos. Después de nombrar a Kuznetsov para el Secretariado del Comité en marzo y abril de 1946, y dejar a un lado a Malenkov, enviado a provincias, el 26 de febrero de 1947, Stalin nombra miembro titular del Politburó a Voznessenski, presidente ya del Gosplan y vicepresidente del Consejo de ministros. A la sombra de Jdanov, el patrón de Leningrado y de la ideología, esos dos hombres aparecen como estrellas ascendentes.

Nicolás Voznessenski es la encarnación del dignatario estalinista de la generación de 1937-1938. Ese hijo de guarda forestal, nacido en 1903, huérfano a los 13 años, ha tenido que ganarse muy pronto la vida como aprendiz de cerrajero y, luego, como tipógrafo. Después del paso por la escuela de profesores rojos, y una vez terminada su formación en 1931, a partir de 1935 comienza una carrera fulgurante que en 1938 le lleva a la presidencia del Gosplan de la URSS, función que culmina en 1939 con la vicepresidencia del Consejo. Elegido para el Comité Central en marzo de 1939, es nombrado miembro suplente del Politburó en 1941 y titular en 1947. Alexandr Soloviev anota en su diario la ciega y entusiasta adoración por Stalin de este promocionado, que califica al Guía como «el mayor de los genios, un organizador insuperable, inspirador del Partido y del pueblo, y que jamás comete un error». Cuatro meses después, Voznessenski canta delante de él «el modo genial que tiene

<sup>60</sup> V. NEKRASOV, *Dans les tranchées de Stalingrad*, op. cit., pp. 255-256.

Stalin de dirigir el edificio socialista», y la riqueza de inventiva de sus eslóganes para movilizar a las masas. Seis meses después, insiste: «Stalin goza del profundo amor de su pueblo como jamás lo ha tenido jefe alguno»<sup>61</sup>. Es un fiel entre los fieles de la primera generación estalinista pero, a diferencia de Kuznetsov, un *apparatchik* simple, insustancial e incoloro, Voznessenski es un economista autodidacta pero cultivado; es también el único miembro del Politburó, junto con Molotov, que se atreve a expresar un pequeño desacuerdo o una leve divergencia con Stalin. Constantin Simonov fue tésigo de las reuniones del premio Stalin. Aun siendo tan tajante como ellos –incluso más con los subordinados–, Voznessenski está capacitado para escribir, a diferencia de los otros miembros del Politburó, aptos exclusivamente para proferir unos discursos vacíos. Así, a principios de 1947, publica una obra, *La Economía de guerra de la Unión soviética durante el período de la guerra patriótica*, cuyo manuscrito ha releído y corregido el Jefe, y que obtiene el premio Stalin. Voznessenski, en un gesto que el Jefe juzga quizá escandaloso, cede los 200.000 rublos del premio a una obra social. A continuación prepara un grueso volumen sobre *La Economía política del comunismo* que corre el riesgo de hacer sombra a la gloria del único «teórico marxista» vivo, Stalin.

Los últimos años del reino están marcados por una incesante remodelación del aparato del Estado, cuyas motivaciones son oscuras en algunas ocasiones. La simple enumeración de esas reformas da vértigo y aparece como el síntoma de un régimen que trata inútilmente de institucionalizarse. Algunas de esas remodelaciones reflejan la agria lucha de clanes que asola el aparato del Partido. Otras prolongan mecánicamente una evolución interior o reflejan el intento, continuamente recomenzado, de mejorar el funcionamiento de un pesado e ineficaz aparato del Partido y del Estado. Así, a pesar de la decisión adoptada en diciembre de 1945 de convocarlo dos veces al mes, el Politburó se reúne cada vez en menos ocasiones. Sin embargo, este eclipse no libera tampoco al aparato del Estado del puntilloso control que se ejerce sobre el del Partido. En septiembre de 1946, los ministerios se colocan bajo el control de ocho despachos del Consejo de ministros, creando un gran Buró del Consejo, que se reúne a intervalos irregulares presidido por Stalin, flanqueado por Molotov.

<sup>61</sup> *Neizvestnaja Rossia*, op. cit., 4, pp. 181, 182 y 187.

Esta reorganización, efectuada al regreso de las vacaciones de Stalin, coincide con el desencadenamiento de una ofensiva extremadamente brutal contra los campesinos. En pleno período de hambruna, un primer decreto del 16 de septiembre suprime las cartillas de racionamiento y aumenta de hecho el precio de los productos alimenticios del 200 al 300% (sin que, por otra parte, haya subido el que el Estado paga a los koljoses por las entregas obligatorias) y el de los salarios... en un 40%. Tres días después, un nuevo decreto confisca a los koljosiianos una parte de las parcelas que habían ampliado en detrimento de la propiedad koljosiiana durante la guerra, y una parte del ganado que habían adquirido. En tres años, el Estado se incauta así de cerca de 6 millones de hectáreas de los campesinos. El artículo 1º del tercer decreto exige de los koljoses la entrega completa de todos los encargos del Estado (pagados por este a unos precios irrisorios) y únicamente les concede el derecho de guardar en su poder semillas para su consumo y para la siembra del año siguiente, cuando las entregas obligatorias se efectúen al 100%. Eso significa condenar al campesinado a una semi-hambruna permanente.

A continuación, en 1946, Stalin convoca un Comité Central dedicado a la agricultura; encarga a Jruschov, que se niega, la presentación del informe previo, y entonces se lo confía al incoloro pero brutal Andreiev, el mejor especialista en materia de represión en la agricultura. Cuando este termina su texto sobre los decretos, Stalin interpela a Jruschov: «¿Y ahora? ¿Qué piensas?». Jruschov lo encuentra bien. Stalin insiste: «Pues yo te he estado observando y estabas sentado ahí, absolutamente indiferente»<sup>62</sup>. Esa es su ocupación esencial durante las reuniones: estudiar a sus lugartenientes con el rabillo del ojo para detectar cualquier signo de desacuerdo, de disimulo o de hostilidad. Tres meses después cesa a Jruschov y lo sustituye en Ucrania por Kaganovitch; Jruschov se derrumba y, a punto de morir, pasa varias semanas bajo una tienda de oxígeno...

La represión contra los campesinos va acompañada por un aumento de la represión política contra los oficiales de un ejército de agricultores. A principios de enero de 1947, Stalin manda arrestar al mariscal Kulik, su antiguo protegido, al general Gordov y al general de división Rybaltchenko. Los dos últimos, ignorando que su

<sup>62</sup> N. JRUSCHOV, *Memorias, op. cit.*, p. 229.



apartamento estaba sometido a escuchas, se desahogaron: «Los koljozianos odian a Stalin y esperan su fin, dijo Gordov. Creen que el final de Stalin será el final de los koljozes [...]. Ha arruinado a Rusia, Rusia ya no existe [...]. Es la inquisición generalizada y, simplemente, la gente se muere». En sus conversaciones, ambos generales afirman aspirar a una «auténtica democracia»<sup>63</sup>. Tras el restablecimiento de la pena capital, serán secretamente condenados a muerte junto con Kulik y ejecutados en agosto de 1950, acusados de traición a la patria, de preparación de atentados y de actividad antisoviética, acusaciones todas que ellos rechazarán hasta el final. La posguerra no parece favorable a los procesos públicos.

A través de unas etapas cuidadosamente espaciadas, Stalin prosigue sus operaciones contra los generales, y sobre todo contra Jukov. Se toma su tiempo. En el Comité Central de febrero de 1947 abandona sus funciones de ministro de Defensa, pero conserva las demás funciones gubernamentales. A primeros de noviembre comparecen ante un tribunal de honor cuatro almirantes, entre ellos el antiguo comisario de Marina Kuznetsov, acusados de haber transmitido a los ingleses durante la guerra unas informaciones secretas sobre un nuevo torpedo. Con enorme perjuicio para Stalin, este tribunal, formado por oficiales y reunido del 12 al 15 de enero, se niega a establecer la culpabilidad de los acusados; entonces son trasladados ante el colegio militar de la Corte suprema que, en febrero, condena a dos de ellos a diez años de prisión, al tercero a dos años y degrada al almirante Kuznetsov al rango de contra-almirante.

Un año después, el 20 de enero de 1948, el Comité Central avisa a Jukov. Le da «por última vez la posibilidad de corregirse y convertirse en un miembro honrado del Partido, digno de su función de comandante». Se multiplican las detenciones de sus parientes; Jukov sufre un infarto. Entonces, Stalin manda detener a dos generales, Teleguin y Kriutchkov, antiguo asistente de Jukov y marido de la célebre cantante Ruslanova. Kriutchkov es acusado de haber robado en Alemania todo tipo de objetos valiosos para sí y para Jukov que, hipócritamente, replica que los trofeos, efectivamente acumulados en su dacha, son propiedad del Estado. Esta es la situación de todos los burócratas: roban al Estado, pero el sistema les impide

<sup>63</sup> E. ZUBKOVA, *Obchestvo i Reformy* (La sociedad y las reformas), Moscú, Rossia Molodaia, 1993, p. 53.

transformar sus posesiones en propiedades duraderas. Tendrán que esperar a la caída de la URSS para hacer realidad ese sueño.

Stalin convoca un consejo militar para juzgar a Jukov. Abre la sesión releendo las declaraciones de Novikov sobre las ambiciones bonapartistas de Jukov y sus declaraciones de enemistad hacia el gobierno. Beria y Kaganovitch repiten sus acusaciones delante de Jukov, que palidece. Entonces, Stalin se dirige a los mariscales: «Y vosotros, ¿qué decís?». Koniev balbucea: «Sí; es difícil trabajar con Jukov: es tajante, intolerante, vanidoso, pero honesto y fiel al gobierno». Stalin ríe sarcásticamente: «¡Ah! ¿Eso dices? ¿Sabes que Jukov ha pretendido apropiarse de tu victoria en Korsun-Chevchenkovski? Ha dicho que fue el resultado de su actuación». Esta digresión no logra su objeto: «Yo no lo sabía», replica Koniev. Y Rybalko emplea unas frases similares. También Sokolovski toma la defensa de su antiguo jefe de Estado Mayor. Con ciertos matices, la mayoría de los jefes militares se solidariza con ellos. Perciben instintivamente que, si el antiguo jefe de Estado Mayor es condenado, mañana o pasado mañana les llegará su turno. Stalin termina la discusión con una actitud menos tajante. «Era patente, dirá Koniev, que al empezar tenía la intención de mandar detener a Jukov al salir del consejo militar. Pero, advirtiendo nuestra oposición interna, y no solo interna, y la solidaridad de los militares con Jukov [...], cambió de rumbo renunciando a su intención primera»<sup>64</sup>. Stalin ya no teme, como en 1937, una rebelión de los jefes militares. En cambio, tiene gran necesidad del Ejército rojo para controlar el orden en los países de Europa oriental. En ese caso, es mejor cuidar a sus mariscales.

Cada vez más desabrido y envidioso, su salud, afectada por un nuevo ataque en diciembre de 1947, se deteriora rápidamente. En 1948, a raíz de su última visita, Djilas lo encuentra considerablemente envejecido en relación con el último año de la guerra. Advierte «los signos patentes de su senilidad: una glotonería insaciable, el placer con que repite historias de su infancia, reales o imaginarias, y cómo se retuerce de risa ante unas fútiles necedades y bromas. Al final de la comida, tras iniciar unos pasos de baile, refunfuña con aire de resignación: «La edad está acabando lentamente conmigo, ya soy un viejo»<sup>65</sup>. Molotov se niega a la idea de que de-

<sup>64</sup> Relato de Koniev citado por C. SIMONOV, «El pesado caminar del triunfador», *Sovietskaia Kultura*, 28 de agosto de 1988.

<sup>65</sup> M. DJILAS, *Conversations avec Staline*, op. cit., p. 198.

bería haberse retirado después de la guerra, y añade: «Sin embargo, en mi opinión, estaba agotado. Hay quien ha querido apoyarse en eso [...]. Estaba cada vez menos capacitado para trabajar»<sup>66</sup>.

Presidente titular del Consejo de ministros, Stalin confía la presidencia efectiva a Nicolás Voznessenski hasta la primavera de 1949, y luego a Malenkov. Cuando asiste, sigue el desarrollo de los trabajos observando desconfiadamente a sus colaboradores a través de los párpados medio cerrados, siempre en busca de un gesto que justifique sus sospechas con respecto a ellos. Pero cada vez acude con menor frecuencia. Por otra parte, el Consejo adopta una media de cien decisiones por semana. Poskrebychev hace un paquete con ellas y las lleva a la firma en la dacha de Stalin. Según Molotov: «Aquellos paquetes permanecían sin abrir semanas y meses [...]. Un enorme montón que nadie tocaba [...]. Cuando llegaban a la dacha, los paquetes se apilaban durante un mes, hasta que se añadía un nuevo montón»<sup>67</sup>. Ciertamente, durante la comida pregunta a sus invitados sobre los temas que se han tratado ese día, pero esos datos siguen siendo superficiales. Como antes de la guerra, Stalin se concentra en la lucha política en la cumbre del Partido, que ya no es más que un gigantesco organismo burocrático, y deja que la parálisis invada poco a poco a todo el Estado.

Impone al aparato del Partido y del Estado un ritmo de trabajo y un empleo del tiempo aberrantes: se levanta a mediodía y se acuesta a las tres o las cuatro de la mañana. Angustiados ante la idea de recibir una llamada telefónica de Stalin, que quizá no se produzca jamás, e inmóviles en su puesto para responder a esa permanente eventualidad, los ministros y sus ayudantes, los jefes de servicio, los redactores-jefe de revistas y diarios, los secretarios del PC de las distintas Repúblicas y los secretarios de los comités regionales, territoriales y de distrito organizan su jornada con arreglo al mismo horario. Nadie vuelve a casa antes de las cuatro de la mañana. Después de cada reunión, Stalin invita gustoso a sus lugartenientes a Kuntsevo. Entonces asisten a la proyección de alguno de sus filmes preferidos, que él puede visionar e imponer a sus colaboradores hasta veinte veces seguidas. Luego cenan. Y Stalin discute con sus invitados, a los que obliga a beber sin tino, todos los temas que se le ocu-

<sup>66</sup> F. TCHUEV, *Conversations avec Molotov, op. cit.*, p. 230.

<sup>67</sup> *Ibid.*, p. 221.

ren y, en caso de necesidad, sin tener en cuenta la hora, hace llamar a las personas a las que considera indispensable consultar.

Chepilov, un ayudante de Jdanov, será testigo del agotamiento nervioso que esa manera de funcionar produce en los dirigentes del Partido y del Estado. Cuando una mañana, hacia el mediodía, Jdanov manda llamar a Chepilov, este advierte en su jefe los estragos de ese modo de vivir y de trabajar: «Tenía el rostro muy pálido y con expresión tremendamente cansada; le brillaban los ojos a causa del insomnio. Abría la boca espasmódicamente como para tomar el aire que parecía faltarle. Esas veladas en la dacha *Blijnaia* eran literalmente mortales para Jdanov, enfermo del corazón. Pero ni él ni ningún otro, incluso enfermo, quería faltar a aquellas reuniones: allí se hablaba, se discutía y a veces se resolvía absolutamente todo<sup>68</sup>. Los dirigentes del Kremlin discuten las cuestiones más candentes durante aquellas reuniones nocturnas de adultos juerguistas.

Además de ese calendario insensato del que depende todo el aparato, los altos dirigentes sufren el temor que les provoca la sola presencia de Stalin. Su mirada paraliza al interlocutor, que empieza a balbucear y a tartamudear. Trata siempre de humillar a sus colaboradores imponiéndoles unas tareas que les repugnan. En todo el aparato soviético e internacional del estalinismo, el dirigente más reticente respecto a una posición o a una decisión se ve obligado a defenderla públicamente.

Desconfiando de todos sus colaboradores y temiendo que se entiendan a sus espaldas, Stalin les prohíbe verse o reunirse fuera de su presencia. Si, en 1937, Molotov podía invitar a almorzar en su casa a algunos dirigentes, incluso al embajador americano, y charlar con ellos bebiendo, tales familiaridades ya no son oportunas y, aunque Stalin no las ha prohibido expresamente, todos lo han entendido. Por otra parte, cualquiera puede recibir una llamada del Kremlin o de Kuntsevo en no importa qué momento, para escuchar una reprimenda o recibir una orden.

Los recuerdos de los lugartenientes indican una creciente desconfianza que da lugar a una pesada atmósfera de sospecha. Un día, llega con los miembros del Politburó a la sala de proyección del Kremlin. El ministro del Cinema, Bolchakov, los espera en un rincón apartado. Stalin no lo reconoce y grita: «¿Quién eres? ¿Qué ha-

<sup>68</sup> D. CHEPILOV, «Vospominania», *Voprossy Istorii*, n° 5, mayo 1998, p. 13.

ces aquí?». Bolchakov se acerca: «¿Por qué te escondes?», le pregunta Stalin irritado<sup>69</sup>. Durante toda la semana siguiente, Bolchakov espera ser detenido de un momento a otro, pero nada sucede. La suspicacia no solo se debe a la edad; de hecho, todo parece apartarse de los deseos de Stalin. A pesar de haber salido de la guerra como vencedor y de creerse omnipotente, la economía se frena, se tensan las relaciones con los partidos hermanos de las democracias populares, los campesinos responden a la insoportable presión que se ejerce sobre ellos ocupándose únicamente de su pequeña parcela y Stalin se venga agobiándolos con impuestos. Y cree que los intelectuales, los artistas, los sabios, los escritores, los historiadores, los filósofos y los músicos, en su mayoría judíos, están indecisos, fascinados por Occidente.

La URSS recupera el nivel de producción de electricidad de 1940 a partir de 1946, la producción de acero, de cemento, de tractores y de vehículos automóviles a partir de 1948, la fundición, los ladrillos, el papel y la extracción de petróleo a partir de 1949 y la industria textil a partir de 1950. Esta fulgurante reconstrucción tiene un carácter ilusorio. La industria soviética ignora cualquier innovación. La comisión atómica de Beria responde a fines exclusivamente militares, sin repercusiones en el sector civil. La URSS sufre un gran retraso en materia de electrónica y de motores a reacción, un sector que no interesa a Stalin.

Lo único que progresa es el Gulag, que a lo largo de los años ve llegar una nueva riada de condenados, víctimas de una legislación represiva cada vez más salvaje. Después de la derogación provisional de la pena de muerte en mayo de 1947, el 4 de junio, Stalin publica un edicto que castiga todo «atentado a la propiedad estatal o koljoziana», es decir, cualquier robo de alimento, con penas que oscilan de cinco a veinticinco años, en función de las características del robo: individual o colectivo, con reincidencia o no. El robo colectivo con reincidencia se castiga con la pena máxima (veinticinco años de detención). La aplicación de este decreto da lugar a una auténtica avalancha de condenas y de deportaciones al Gulag: 380.000 entre el 5 de junio y el 31 de diciembre de 1947; 1.300.000 desde junio de 1947 hasta la muerte de Stalin. El contingente de condenados por robo representa casi el 40% del número total de deportados e

<sup>69</sup> M. SMIRTIUKOV, *Kommersant*, 21 de junio de 2000, p. 46.

incluye a numerosas mujeres, viudas de guerra, madres de familia con hijos pequeños, a las que la miseria ha reducido a la mendicidad o al latrocinio.

La creación de democracias populares, que el comunista húngaro Martin Horvat define como «la forma más progresista de la democracia burguesa, o más exactamente como la única forma progresista»<sup>70</sup>, es una empresa delicada. La democracia popular es un compromiso inestable entre la burguesía y los feudales pro-nazis desacreditados por la guerra, y las masas obreras y campesinas a las que el hundimiento del Estado, así como la presencia del Ejército rojo, impulsan a atacar al régimen social multiplicando los comités populares, de obreros, de fábricas y de barrios. Stalin es enemigo de esas organizaciones espontáneas e incontrolables: desea restablecer el Estado y su aparato con objeto de mantener el orden social existente, pero también privar de un poder político real a la burguesía nacional de esos países a los que trata de subordinar. Ahora bien, la única garantía de su dominio económico y político sobre ellos es el control por parte del partido comunista y de la Seguridad del Estado. Es preciso, pues, normalizar a los partidos comunistas y, sobre todo, a los de las «democracias populares», pero también a los grandes partidos occidentales.

En la primavera de 1947, Stalin sugiere a Gomulka la edición de una revista internacional a cargo de algunos partidos comunistas europeos y, con este objeto, convocar una conferencia de los países interesados. Posiblemente enterado de esta idea, en agosto de 1947, el secretario del PC húngaro, Rakosi, propone la celebración de una conferencia de partidos comunistas europeos de los países del Danubio a la que invita a los representantes soviéticos. Se hace re-prender ásperamente.

El 16 de julio, Gomulka invita a los representantes de los partidos comunistas francés, italiano, checoslovaco, yugoslavo, búlgaro, húngaro y rumano a una reunión para la creación de esta revista internacional, un punto de intercambios y de información, precisando que no se trata de crear un órgano más del movimiento obrero internacional. Al mismo tiempo, Dimitrov propone la creación de un comité internacional de lucha contra el peligro de la guerra y el

<sup>70</sup> Tarsadalmi Szemle, octubre 1946, citado por P. BARTON, en *Prague à l'Heure de Moscou*, París, Pierre Horay, 1949, p. 119.

fascismo, un proyecto que Stalin descarta también como un sucedáneo demasiado evidente de la Internacional. Tito sugiere invitar al partido comunista griego, entonces enfrascado en una guerra civil. Stalin se opone, «porque, dice, su participación será utilizada por sus enemigos para desacreditarlo como una agencia de los partidos comunistas de otros países, y dará a los adversarios la posibilidad de tratarlo como un partido que actúa por orden del exterior, violando así los intereses nacionales de Grecia»<sup>71</sup>. En realidad, esta invitación habría roto el acuerdo firmado con Churchill, un acuerdo que Stalin insiste en respetar a pesar del deterioro de sus relaciones con los antiguos aliados.

Jdanov, encargado del informe sobre la situación internacional en la reunión constitutiva, redacta un proyecto corregido por Stalin cuya segunda versión plantea la idea de «dos campos» enfrentados: un campo «imperialista antidemocrático» frente a un campo «anti-imperialista y democrático». Cualquier alusión al socialismo está cuidadosamente eliminada. Las fuerzas del segundo campo son los aliados y el apoyo al Estado soviético, y no es cuestión de una conmoción social en ellas.

Stalin hace añadir una extensa denuncia de los socialistas, especialmente franceses, acusados, entre otras cosas, de «liquidar la soberanía nacional». También manda suprimir íntegramente el párrafo en el que Jdanov critica a los dirigentes del partido comunista yugoslavo por sus «errores izquierdistas» y sus desmesuradas exigencias respecto a la Unión soviética. Stalin pretendía que los comunistas yugoslavos fueran los que denunciaran a los comunistas italianos y franceses. Para lograrlo, se olvida de los reproches a los primeros.

Sin embargo, hacía varios meses que habían surgido serios desacuerdos entre Tito y Stalin. En julio de 1946, durante la conferencia europea de París, Tito reprocha a Stalin en un telegrama el escaso apoyo que ha prestado a los intereses de los yugoslavos sobre Trieste, cuya posesión reivindican. Grecia es también una manzana de la discordia entre los partidos soviético y yugoslavo: Tito apoya a los partisanos griegos, a los que surte de armas, y sustenta su decisión de boicotear las elecciones legislativas en las que Stalin les anima a participar.

<sup>71</sup> G. ADIBEKOV, «Cómo se preparó la primera reunión del Kominform», en *Sovechania Cominforma*, Moscú, Rosspen, 1998, p. 6.

En febrero de 1947, los yugoslavos firman dos acuerdos para la creación de sociedades mixtas yugoslavo-soviéticas relativas al transporte aéreo y al transporte fluvial, cuyo control (y los beneficios) recae en los funcionarios soviéticos, como sucede en las demás «democracias populares». En marzo, los dirigentes yugoslavos se quejan de ello a Stalin, que les propone firmar otros acuerdos de este tipo a fin de hacerse con las materias primas del país. Stalin se muestra conciliador: «Esas sociedades mixtas están destinadas a Hungría, a Rumanía, a Bulgaria, así como a los otros Estados que colaboraron con Hitler y no a Yugoslavia; perjudicarían a un país aliado y amigo como Yugoslavia [...], perjudicarían a la independencia del país y se deteriorarían las relaciones amistosas. Estas sociedades son apropiadas en los países satélites»<sup>72</sup>, unos países a los que el mismo Stalin da este calificativo, que sus servicios denunciarán como una perversa invención de la propaganda burguesa.

Entonces, de París y Washington llegan dos señales de distinto valor, pero de la misma importancia. El 25 de abril empieza una huelga en Renault, feudo de la CGT y del PCF, en dos talleres de gran influencia trotskista. Los obreros exigen un aumento de diez francos por hora. El partido comunista tiene varios ministros en el gobierno, ese gobierno que bloquea los salarios, organiza la guerra en Indochina tras haber masacrado a los rebeldes malgaches en noviembre de 1947 y denuncia la huelga que, el 30 de abril, se extiende a todos los talleres. El presidente del Consejo, el socialista Paul Ramadier, se muestra intransigente: ¡los salarios deben quedar bloqueados! El presidente de la República, Vincent Auriol, pide a Maurice Thorez, vicepresidente del Consejo, que ponga todo su peso en la balanza para cortar la huelga. Thorez balbucea: «No puedo hacer nada. He hecho todo lo que he podido. Ya no sé qué decir»<sup>73</sup>. El 4 de mayo, para no perder el contacto con los obreros —dirá en septiembre Jacques Duclos—, los diputados comunistas niegan su confianza al gobierno, del que son excluidos inmediatamente a pesar de su deseo de mantenerse en él y de continuar apoyándolo. La víspera, el demócrata-cristiano De Gasperi, en Italia, cesa a los ministros comunistas de su propio gobierno. Stalin, partidario de mante-

<sup>72</sup> BORBA, 12 de agosto de 1989, y I. GIRENKO, *Staline-Tito*, Moscú, Izdatelstvo politiceskoï, Literaturny, 1991, pp. 302-303.

<sup>73</sup> P. ROBRIEUX, *Maurice Thorez*, París, Fayard, 1975, p. 349.



nerlos y de la ilusoria alianza antiamericana con la burguesía nacional, está descontento con la decisión que el partido comunista no ha discutido con Moscú. Informa de ello a Thorez, al que Jdanov, en nombre del Comité Central, reprocha el 2 de junio el no haber discutido con los soviéticos una táctica que ha sido la causa de su salida del gobierno.

Cuatro días después, Molotov envía una copia de la carta que los embajadores soviéticos en Estados Unidos, Bulgaria, Hungría, Rumanía, Checoslovaquia y Yugoslavia han de comunicar a los dirigentes de los partidos comunistas de esos países. A pesar de que el partido comunista americano no desempeña un papel significativo en la vida política nacional, la decisión de transmitirle la carta indica claramente que Stalin sigue tratando de mantener la alianza, aunque debilitada, con los americanos.

Ahora bien, la víspera misma del envío, el 5 de junio, el secretario de Estado americano, George Marshall, anunciaba su plan de ayuda financiera a la arruinada economía europea. El 28 de abril exponía los motivos políticos: «En Europa han salido a la luz unas fuerzas de disgregación». Y el 5 de junio subrayaba los riesgos del «desorden que la desesperación de los pueblos interesados lleva en germen, y las consecuencias de ese estado de cosas para los Estados Unidos»<sup>74</sup>. Hay que hacer lo posible para que Europa quede libre de las convulsiones sociales previsibles en ausencia de una recuperación económica. Su discurso sobre el mundo libre oculta escasamente el interés negociador. Stalin piensa sacar provecho para la URSS por medio de la obtención de préstamos. Ignora que el 28 de mayo, una semana antes del anuncio oficial, el departamento de Estado americano ha decidido que los países de Europa central, destinados en el plan Marshall a surtir a Europa occidental de materias primas, podrían beneficiarse del plan a condición de desatar sus lazos económicos (y por tanto, políticos) con la URSS. La dirección del partido comunista checoslovaco, que tiene las riendas del país, da a conocer el vivo interés que siente por el plan Marshall...

La víspera de la promulgación del plan, el presidente Harry Truman afirma el deseo de Estados Unidos de liquidar los controles de los gobiernos nacionales sobre el comercio. En efecto, el 6 de marzo de 1947 declara: «El sistema comercial menos favorable a la li-

<sup>74</sup> J.-P. WARBURG, *Pourquoi le Plan Marshall?*, París, Édition Self, 1948, anexo, p. 225.

bertad de empresa es aquel en el que los gobiernos son los que deciden». Y anuncia la próxima creación de la Organización Mundial del Comercio que «limitará la actual libertad de los gobiernos para imponer a su comercio internacional unas detalladas reglamentaciones administrativas». El objetivo expresado consiste en «limitar esos controles a casos excepcionales en un futuro inmediato y de renunciar totalmente a ellos en cuanto sea posible»<sup>75</sup>; en una palabra, abrir todas las fronteras al capital industrial y financiero americano. Los Estados Unidos, salidos de la guerra como la primera potencia económica mundial, quieren imponer así su dominio comercial a todo el mundo. La liquidación de reglamentos y controles gubernamentales significa dejar a un lado la soberanía de los Estados, de sus gobiernos y de las naciones, para imponer al mundo la ley de la economía americana. Y su meta principal es el monopolio del comercio exterior que ejercen la URSS y sus países satélites.

El 12 de marzo, seis días después, Truman anuncia al Congreso americano que, a partir del 31 de marzo, los Estados Unidos tomarán el relevo de Gran Bretaña para apoyar al gobierno griego frente a las «actividades terroristas de algunos miles de hombres armados, dirigidos por los comunistas», y expresa su voluntad de ayudar a Turquía. Ese apoyo, que transformará a Turquía en una fortaleza armada de Estados Unidos, refleja, según dice, la elección de cada nación «entre dos modos de vida»: una democrática, la otra «basada en la voluntad de una minoría, impuesta por la fuerza a la mayoría, que se apoya en el terror y la opresión, el control de la prensa y la radio, en las elecciones trucadas y en la supresión de las libertades individuales»<sup>76</sup>.

A finales de julio de 1947, Dimitrov se reúne en Bled con Tito. El 5 de julio, Stalin había dado a Dimitrov la orden de esperar a la consolidación del tratado de paz entre los Aliados y Bulgaria, firmado en febrero pero todavía sin ratificar, para anunciar una iniciativa conjunta entre los dos países. El 1 de agosto, a pesar de esa orden terminante, ambos firman un acuerdo de cooperación y ayuda mutua que anuncia la instauración de una aduana única, de una estrecha colaboración económica y la decisión de ayudar a los rebeldes griegos. El 12 de agosto, en un telegrama a Tito y a Dimitrov, Stalin

<sup>75</sup> *Ibid.*, pp. 174 y 176.

<sup>76</sup> *Ibid.*, pp. 182 y 186.

considera tal acuerdo como «precipitado» y condena la decisión de ayudar a los rebeldes que, dice, contribuirá al «refuerzo de la inge-rencia militar en los asuntos griegos y turcos en contra de Bulgaria y Yugoslavia»<sup>77</sup>. En este acuerdo ve el primer esbozo de una federación balcánica susceptible de adquirir cierta independencia respecto a Moscú. Dimitrov y Tito reconocen su error a regañadientes. Sin embargo, ese error precipita la convocatoria, en septiembre de 1947 en Polonia, exactamente en Skliarska-Poremba, de una reunión constitutiva del Kominform (o Buró de información de los partidos comunistas europeos) destinado a legitimar públicamente las decisiones de Moscú. Stalin descarta a la mayoría de los partidos comunistas europeos: no invita al partido griego, en plena rebelión, ni al partido albanés. No es ni siquiera un fantasma del Komintern, y además, el acuerdo sobre la fundación de dicho organismo está lejos de ser total. Gomulka manifiesta sus reticencias, deseando que Varsovia no sea la sede de una institución con resabios de Komintern que obstaculizaría la fusión preparada con el partido socialista polaco; le parecía suficiente la publicación de una revista.

El 17 de septiembre, Tito pide el orden del día de la reunión. Stalin firma una respuesta evasiva preparada por Jdanov, afirmando que será la propia reunión la que «definirá las cuestiones que deben ser llevadas a su orden del día. Cada delegación ha de sugerir los temas sobre los cuales desee ver establecerse «un intercambio de opiniones»<sup>78</sup>. Imposible mostrarse más suave. Los yugoslavos no se enterarán —y solo oralmente— del papel que les ha reservado el maestro de ceremonias hasta la inauguración de la conferencia. Los italianos y los franceses ignoran la andanada que les espera. Stalin prepara la reunión como una enorme conspiración: la delegación del partido ruso deja la URSS de incógnito, sin pasaporte ni visado, provista de dos aparatos de radio portátiles. Ni a la llegada ni a la salida se comprueban sus documentos en un aeropuerto desprovisto de viajeros. El acta de la reunión está redactada en ruso.

Terminados los debates, Jdanov y Malenkov, bajo los seudónimos de Sergueiev y Borissov, respectivamente, envían todas las noches un informe detallado a Stalin, alias Filippov. Para evitar repi-mendas, ambos hombres, aunque son rivales, se ponen de acuerdo

<sup>77</sup> G. DIMITROV, *Dnevnik*, op. cit., p. 556.

<sup>78</sup> *Sovetchania Kominforma*, op. cit., pp. 17-18.

para suavizar, atenuar e incluso embellecer sus comunicados. Resumidamente los informes de las delegaciones acompañados de comentarios: el informe del polaco Gomulka y el del yugoslavo Kardelj es consistente, el del búlgaro Tchervenkov es mediano, el del rumano Gheorghiu-Dej débil, el de Duclos malo, el del italiano Longo muy malo; los del checo Slanski y del húngaro Revai son buenos; los de los yugoslavos Kardelj y Djilas muy buenos, lo que demuestra a Stalin que sus lugartenientes no se plantean todavía la ruptura con ellos. Básicamente, todo va bien, le explican. El 22 de septiembre comunican a Stalin que «los delegados manifiestan su gran satisfacción por la convocatoria de la conferencia»<sup>79</sup>.

La política de los partidos comunistas francés e italiano, descrita en los informes de Duclos y Longo, suscita unas vivas críticas que los interesados no esperaban, en las que son acusados de oportunismo por haber aplicado la política dictada por Stalin. El vuelco es total: el 2 de junio, Stalin criticaba a Thorez por haber abandonado el gobierno; hoy, reprocha a los dirigentes franceses e italianos que hayan cedido ante su gobierno, un criado dócil de los americanos dispuestos a esclavizar a Europa. El 25, Stalin envía a Jdanov y a Malenkov un telegrama con sus comentarios sobre el informe de Duclos. Han de hacerle reconocer que el partido comunista francés ha cometido el error de no declarar su oposición al gobierno desde el momento en que fue excluido de él, y de haber continuado presentándose como «un partido del gobierno». Igualmente, han de consultarle sobre las lecciones que ha deducido de sus errores. Al día siguiente le informan de que Duclos ha hecho su autocrítica sobre ambos puntos y que Luigi Longo lo ha hecho aún mejor, pues «se ha solidarizado entera y totalmente con el informe» que lo destrozaba. Además, «todos los participantes se han solidarizado absolutamente con todos los puntos del informe»<sup>80</sup> cuyo análisis de la situación internacional y sus conclusiones servirán de base para la actuación de su partido.

El 27, Jdanov y Malenkov preguntan a Stalin si está de acuerdo con borrar las críticas contra los dos partidos en la resolución pública. Stalin lo confirma. Y por fin, el último día, los polacos informan a los dos rusos que «retiran todas las dudas y objeciones contra un

<sup>79</sup> *Ibid.*, p. 315.

<sup>80</sup> *Ibid.*, pp. 327-329.

Buró de información legal y su instalación en Varsovia»<sup>81</sup>. En resumen, Gomulka está desautorizado. Demasiado tarde: a propuesta de los yugoslavos, la reunión ha fijado su sede en Belgrado. El último mensaje a Filippov es un mensaje triunfal: «La reunión se ha desarrollado y ha concluido en un ambiente de gran entusiasmo y a completa satisfacción por los resultados manifestada por los participantes. Franceses e italianos agradecen profundamente la ayuda del PCR»<sup>82</sup>.

Así pues, todo parece funcionar de maravilla. Sin embargo, la sección de política extranjera del Comité Central, dirigida por Suslov, prepara ya una campaña contra Gomulka, culpable de «estrechez de miras nacional y de intento de disminuir el papel de la URSS y de su ejército en la liberación del pueblo polaco»<sup>83</sup>. Enfrenta a los demás miembros del Politburó polaco contra él. Un año después, Gomulka será cesado y después encarcelado. Antes, serán excomulgados los dirigentes yugoslavos. El informador checoslovaco, Slanski, secretario del partido comunista, será detenido en 1950 y, luego, ahorcado junto a otros diez dirigentes. La segunda delegada rumana, Anna Pauker, irá a prisión. Las primicias de su futura caída en desgracia se pueden detectar no en sus intervenciones personales, sino en las reticencias generales subyacentes que Stalin percibió a través de los informes color de rosa de Jdanov y Malenkov. Los participantes, a la cabeza de los Estados-nación históricos, rezongan por no ser más que los esbirros de Moscú. Stalin pudo imponerles ese estatus con la ayuda de unas purgas sangrientas cuando, refugiados en Moscú, dirigían unos minúsculos partidos comunistas ilegales, pero en 1947 las cosas son muy distintas.

Stalin sigue personalmente, y con la mayor atención, la puesta en marcha del Kominform, hasta entonces limitado casi exclusivamente a la instalación del comité de redacción de su órgano de prensa, cuyo interminable título ha elegido el mismo Stalin: *Por una paz duradera, por una democracia popular*. A primeros de octubre, Jdanov y el pseudo-filósofo Iudin, designado por Moscú como redactor jefe del diario, acuden a Sotchi para discutirlo con Stalin durante cinco días. Las decisiones adoptadas durante esas prolongadas con-

<sup>81</sup> *Ibid.*, p. 333.

<sup>82</sup> *Ibid.*, p. 334.

<sup>83</sup> *SSSR-Polcha 1944-1949, op. cit.*, pp. 230-231 (documento del 5 de abril de 1948).

versaciones se consignan en una resolución del Politburó del 16 de octubre sobre el programa y el sumario de los primeros números. Dos meses después, el 15 de diciembre, varios miembros del Politburó se reúnen en casa de Stalin con Iudin para una nueva discusión. La decisión aparece consignada en una nueva resolución del Politburó que obliga a Moscú a asumir los gastos de los cuatro primeros números del diario. Todos los jefes del servicio, excepto uno, son rusos. La resolución dicta también que el 50% de los gastos correrán por cuenta del partido soviético, y calcula que se producirá un gran déficit, pues los ingresos previstos solo cubrirán la cuarta parte de los gastos. Parece poco comprensible el interés que Stalin muestra por el Kominform –cuya actividad, reducida a algunos comunicados, está siempre en suspenso– así como por su periódico, ilegible y aburrido.

Mientras tanto, Stalin recibe al Secretario general y luego al Secretario general adjunto de los dos partidos comunistas occidentales, duramente criticados en Polonia. El 18 de noviembre de 1947 mantiene en secreto una larga conversación de dos horas y media con Thorez en presencia de Molotov. Una semana antes, había empezado en Marsella una huelga por un aumento de salario del 25%, que, a partir del 15 de noviembre, se extiende a la cuenca minera del norte, y el 17 a la metalurgia. Pierre Monatte bautiza entonces como «huelgas Molotov» a ese movimiento, al que Jacques Moch, ministro del Interior, atribuye unos propósitos rebeldes completamente ajenos a Stalin. De entrada, Thorez indica que desea «recibir las instrucciones y los consejos del camarada Stalin». En esa larga entrevista no se nombra la huelga más que brevemente. Stalin interroga a Thorez sobre el estado de la industria y del ejército franceses y, cuando Thorez le da a conocer la votación del comité confederal de la CGT contra el plan Marshall, aconseja prudencia: «No hay que ir demasiado lejos en la lucha contra el plan Marshall [...], los comunistas están por los préstamos, pero por unos préstamos que no afecten a la soberanía de Francia». Sin embargo, insiste en el antiamericanismo: el partido comunista debe ser el defensor de la independencia nacional en contra de la influencia americana, alternándose con los socialistas. Se muestra paternal con Thorez, solicita su opinión sobre varios dirigentes comunistas franceses y extranjeros y manifiesta su tradicional desconfianza: le pregunta si no hay «agentes enemigos» entre los dirigentes comunistas españoles

que asisten al Comité central del PCF<sup>84</sup>. Este dato sobre los cuadros le interesa bastante más que la huelga en Francia. Hace regresar a Thorez por el camino más largo, mientras que el movimiento se difumina. Haciéndose eco de Stalin, un mes después, Thorez criticará a la dirección de la CGT, que «ha montado una huelga antes de tener huelguistas»<sup>85</sup>, y a las direcciones que deciden por sí solas la huelga general. En esa ocasión, Stalin juega a los moderadores.

Un mes después y también en secreto, el 14 de diciembre recibe al Secretario general adjunto del PC italiano, Pietro Secchia. Cuando en Italia no existe ningún movimiento social de envergadura, anima a la firmeza al partido comunista. Después de que, en 1943, había empujado a los partidos comunistas italianos a apoyar al gobierno de unión nacional del mariscal fascista Badoglio, y a contener la ola revolucionaria que surgía en Italia cuyo Estado se desmembraba, de ahora en adelante los impulsará por la vía de la aventura. Sugiere «reforzar las organizaciones de partisanos italianos» (disueltas en 1945 por consejo suyo) y «de almacenar más armas» (devueltas en aquella época). ¿Con qué objeto? Stalin no lo concreta. Da libre curso a sus obsesiones: «El enemigo tiene espías en el partido comunista italiano. Por bueno que sea un partido, siempre tiene espías. En nuestro partido bolchevique había espías [...] hemos desenmascarado a muchos, pero creo que no a todos». La tarea no está, pues, acabada, pero no dice a quién se refiere. Al cabo de unos minutos, la conversación toma un giro cada vez más grotesco: cuando Secchia solicita una ayuda de 600.000 dólares para el PC italiano, Stalin se los concede inmediatamente y le propone que lleve esa suma con él, suma que cabe, dice, «en dos sacos que pesan cada uno 40 o 50 kilos». El italiano, desconcertado, considera difícil cruzar la frontera con semejante fardo. ¿Pasar por la embajada soviética en Roma? Una torpeza. Stalin enviará, pues, los dos sacos a la embajada soviética en Belgrado, donde irán a buscarlos los italianos. ¿Quiere Secchia los billetes de 25 dólares o de 200? Prudentemente, Secchia los pide de 100. Concedido: La entrevista termina con preguntas y con unos consejos enternecedores de Stalin sobre la salud de Togliatti: «Hay que procurar que Togliatti coma

<sup>84</sup> *Istochnik*, n.º 4, 1995, pp. 152-158; *Communisme*, n.º 45-46, 1996, pp. 22-29, y *Cahiers d'histoire*, n.º 62, 1996, pp. 137-144.

<sup>85</sup> R. MENCHERINI, *Guerre froide, Grèves rouges*, París, Syllepse, 1998, p. 236. La formulación de Thorez sigue casi al pie de la letra la de Stalin.

tres o cuatro veces al día y que duerma más. ¿Cómo está de los pulmones? ¿No tiene tuberculosis? –No, dice Secchia, de ningún modo, pero el corazón no va muy bien. –¡Ah!, el corazón, eso es peor, dice Stalin. El corazón es el motor [...]. ¿Puede volar un avión sin motor?»<sup>86</sup>.

Liberado de las oposiciones políticas, reales o potenciales, en el seno de un partido momificado y reducido a un aparato de ejecutores, ya no tiene que enfrentarse a «esas desviaciones de izquierda o de derecha». Continúan las luchas de clan y de camarillas que estimula, arbitra y sanciona a su gusto. De este modo trata de hacer desaparecer las menores disonancias y los signos de desobediencia, de independencia de espíritu, de protesta o de polémica. Esa aspiración totalitaria por controlar todos los aspectos de la existencia, hasta los deportes y las diversiones, se pierde en insignificancias.

Así, en la noche del 31 de diciembre de 1947 llama de repente a su despacho a Firiubin, adjunto del primer secretario del PC de Moscú, que acude con el «corazón oprimido, dándole vueltas la cabeza y con la espalda empapada en sudor». Poskrebychev lo introduce en el despacho de Stalin que, sin decir palabra, pasea de un lado a otro de la estancia. Firiubin aguarda en posición de firme. Stalin se vuelve bruscamente hacia él y gruñe: «¿Así que no tienes bastante poder, Firiubin? Hoy has conectado una iluminación en el Kremlin; mañana desconectarás la canalización. Y después cortarás el teléfono. ¿Así que no tienes bastante poder? ¡Vete!»<sup>87</sup>. El delito era muy leve: en septiembre, para celebrar el VIII centenario de Moscú, Firiubin, sin pedir permiso a Stalin, había preparado una modesta iluminación de la plaza Roja, la había mantenido para la ceremonia del aniversario de la revolución de octubre y luego para las festividades de año nuevo. Al no ser consultado, Stalin ve en ello un desafío a su poder. Firiubin fue destituido inmediatamente y solo encontró trabajo después de la muerte del Mariscal.

Esta vana tentativa de control total de la sociedad, apoyada en una multitud de organismos burocráticos expertos en prohibir, supone un poder efectivo sobre la vida intelectual, especialmente sobre el cine, el teatro y la literatura, una vida regida por la concesión de los premios Stalin. Por otra parte, se ha convertido en una de las

<sup>86</sup> *Istochnik*, n.º 5-6, 1993, pp. 124-126.

<sup>87</sup> N. CHMELEV, «Curriculum vitae», *Znamia*, n.º 9, septiembre 1998, pp. 151-152.



principales actividades del Politburó, que ya no discute sobre la política extranjera, sino sobre novelas y obras de teatro a las que hay que premiar. Las reuniones obedecen a un ritual inmutable. Stalin lee las propuestas de la Unión de Escritores en presencia de sus representantes: Fadeiev, Simonov y algunos otros invitados, que a veces toman la palabra; los miembros del Politburó, nunca o casi nunca. En algunas ocasiones se expresan los invitados del Secretariado, como Chepilov, responsable de Agit-prop a partir de 1948. Stalin, guiado por sus inquietudes políticas, envueltas o no en consideraciones moralizadoras, tiene una visión estrictamente utilitaria de la obra de arte, asemejándola a un ejército. Pero no polemiza jamás. Se discuten, por ejemplo, los méritos de *La tempestad*, de Ehrenburg: la cuestión está en saber si los franceses, como pretende Chepilov, están mejor representados que los rusos. Stalin lo zanja así: «Sería falso decir que, en la novela de Ehrenburg, los franceses aparecen más veces que los rusos»<sup>88</sup>. ¿Por qué? Nadie lo sabe, pero Ehrenburg se ha salvado. A propósito de otro escritor, Stalin afirma: «Sí, escribe bien, es un hombre capaz. Pero ¿nos es útil su libro hoy día?»<sup>89</sup>. Útil, ¿en qué? Nadie se atreve a plantearle la pregunta. Lo ha dicho Stalin: utilidad o inutilidad son tan evidentes que únicamente los ciegos son incapaces de distinguir una de otra.

En ocasiones, lo absurdo roza la tragedia. Al envejecer, Stalin tiene lagunas de memoria. Un día, propone conceder el premio de dramaturgia a los autores de una obra, uno de los cuales se encuentra en el Gulag. La asistencia se aterra. ¿Qué hacer? Callar significaría correr el riesgo de adoptar una decisión que, cuando se descubra la verdad, sería calificada de sabotaje. Intervenir significaría que el Guía carece de facultades. Cruel dilema. Finalmente, un osado balbucea: «Está en la cárcel, camarada Stalin». Sorprendido, Stalin pregunta: «¿Quién está en la cárcel? –Uno de los dos autores de la obra, Tchevtcherikov, está en prisión, camarada Stalin»<sup>90</sup>. Stalin finge no haber oído y cambia de tema.

Cuanto menos reúne a los organismos dirigentes y menos participa en sus reuniones, más quiere controlar la vida cotidiana hasta en sus menores detalles. No se puede decidir nada sin contar con

<sup>88</sup> C. SIMONOV, «Glazami cheloveka moego pokolenia», art. cit., pp. 58-59.

<sup>89</sup> *Ibid.*, p. 61.

<sup>90</sup> *Ibid.*, p. 62.

él, incluso cualquier insignificancia. Alexis Kuznetsov le envía unas notas periódicas sobre las que Stalin escribe sus comentarios y decisiones. Así, en noviembre de 1947, el equipo de fútbol de la Casa central del Ejército rojo pierde en Checoslovaquia. Stalin, indignado, exige explicaciones. Alexis Kuznetsov investiga, y, el 29 de noviembre, le envía un extenso informe: propone culpar a tres responsables y critica a Vorochilov, al que sabe en desgracia, por su excesiva confianza y su credulidad respecto a las informaciones proporcionadas por las instancias implicadas sobre el estado de preparación del equipo<sup>91</sup>. Llueven las sanciones. En presencia del interesado hace en julio de 1948 un retrato abrumador de Charapov, primer secretario del comité regional de Kurgansk, al que acusa de beber en casa, en la sede del comité regional y durante sus viajes oficiales, así como de acostarse con numerosas mujeres. Kuznetsov propone destituir a ese libertino. Stalin asiente y Charapov pierde el cargo<sup>92</sup>.

Vive en un círculo cada vez más reducido y cerrado. Raramente ve a su hija Svetlana y a su hijo Vasili, que no tienen permiso para visitarlo en Kuntsevo o en sus vacaciones, a no ser por una invitación personal, cada vez más escasa. Las relaciones con ellos son tensas: ha reprochado seriamente a Svetlana el que mantenga un flirt con el director judío Alexis Kapler, diez años mayor que ella y al que ha enviado a un campo de trabajo para provocar la ruptura. A primeros de noviembre de 1947, sus dos hijos obtienen autorización para visitarlo en Sotchi al día siguiente del desfile de Moscú, celebrado con motivo de las fiestas de la revolución. Al año siguiente, el 2 de noviembre de 1948, Svetlana le pide el mismo favor: «Mi querido papá: Vasía y yo queremos ir a verte para las fiestas como el año pasado. Podemos tomar el avión el 8, porque el 7 Vasía participa en el desfile aéreo sobre la plaza Roja. Te rogamos mucho, muchísimo, que nos lo permitas durante tres o cuatro días. Si es posible, que Vlassi nos lo haga saber por teléfono»<sup>93</sup>. De los ocho nietos que le dieron Vasili, Svetlana y Iakov —sin contar a los tres adoptados por Vasili— solamente verá a tres después de la guerra: a la hija de Iakov, Galia, y a los dos hijos de Svetlana, pero a ninguno de Vasili.

<sup>91</sup> *Istochnik*, n.º 3, 1996, pp. 97-98; sobre Vorochilov, ver p. 98.

<sup>92</sup> CRCEDHC, fondos 17, inventario 122, dossier 639.

<sup>93</sup> *Issiv Stalin v obiatiaxh semii*, op. cit., p. 101.

Este Vlasi, guardia de corps de Stalin a partir de 1931, convertido en un general de opereta, solo ha mandado a criados y a guardias de la Seguridad, jamás a soldados. Su enorme incultura, su grosería y estupidez no impiden que ese gran bebedor de coñac armenio dicte su ley a los artistas según los gustos del amo. Encargado de la custodia de Stalin, lo acompaña y comparte sus juegos durante las vacaciones; algunas veces, el triste Poskrebychev se reúne con ellos: nadie ha visto sonreír jamás al fiel secretario, hazmerreír de Stalin que, de vez en cuando, y para distraerse u olvidar sus cóleras, le toma por el cuello y le golpea la cabeza contra la mesa.

No soporta la vida disipada de Vasili, que pasa de una mujer a otra: se casa con Galina Burdonskaia; la abandona; se casa con Katia Timochenko, la hija del mariscal; la abandona a su vez dejándola con dos niños enfermos; y se casa con la célebre nadadora Kapitolina Vasilieva, comandante en jefe de las fuerzas aéreas del distrito de Moscú. Posee una dacha sobre el Moscova, cerca de Zubalovo, donde recibe a una numerosa compañía. Vasili come poco, pero bebe mucho y reparte bromas groseras y palabrotas a sus invitados, dispuestos a todo con tal de obtener o conservar sus privilegios.

El creciente repliegue sobre sí mismo impulsa a Stalin a liquidar sin remordimientos a su molesta familia política. El 10 de diciembre de 1947, la Seguridad del Estado detiene a la hermana mayor Evguenia Alliluieva, la indiscreta autora de memorias, a su hija Kira el 6 de abril, y a Ana el 29 de enero de 1948. Ana está acusada de «alimentar el rencor hacia el jefe del Partido y del gobierno soviético desde el arresto en 1938 de su marido Redens [fusilado dos años más tarde] y de haber hecho propaganda antisoviética hasta el día de su detención». Estupefacta, Svetlaná pregunta a su padre por el motivo de los arrestos de sus tías. «Han hablado demasiado. Sabían demasiadas cosas. Eso ayuda a nuestros enemigos»<sup>94</sup>, replica Stalin.

Evguenia Alliluieva, desconcertada por una detención insospechada, responde fácilmente a las preguntas del inquisidor. Y lo que cuenta traerá unas consecuencias inmediatas. Tiene un viejo amigo, Goldstein, que, dice, le hacía frecuentes preguntas sobre Stalin y su hija. Inmediatamente, la NKVD detiene a Goldstein, acusado de interesarse por la vida privada del jefe del Estado obedeciendo órdenes de los «servicios secretos extranjeros». De este modo comienza

<sup>94</sup> S. ALLILUEVA, *En une seule année, op. cit.*, p. 137.

a tramarse el trágico destino del Comité antifascista judío, que ya se anunciaba cuando Stalin se mostró contrario a la publicación del Libro Negro con los testimonios recopilados por Ilya Ehrenburg y Vasili Grossman sobre las atrocidades antisemitas cometidas por los nazis en la URSS.

A partir de entonces, Stalin dará a ese enemigo oculto, responsable de todas sus dificultades, un nuevo rostro: el del adorador servil de Occidente transformado en un cosmopolita sin patria con pronunciados rasgos judíos; y luego, en un monstruo de tres caras: sionista-titista-trotskista.

## Capítulo XXXII

### ¿EN 1948 COMO EN 1937?

El 27 de diciembre de 1947, Abakumov, acompañado de su viceministro Ogoltsov, entregaba a Stalin el acta de los interrogatorios de Goldstein. La entrevista duró hora y media. ¿Fue entonces cuando Stalin dio a ambos la orden concreta de liquidar a Mijoels, el presidente del Comité antifascista judío? ¿Lo hizo cuando recibió a Abakumov y a sus dos ayudantes?

Envía a Minsk a Mijoels acompañado de un crítico de teatro, agente de la Seguridad, con el pretexto de estudiar las candidaturas para la concesión del premio Stalin de arte dramático. Reciben por teléfono la invitación a una boda judía y, de camino, caen abatidos cerca de la villa del jefe de la Seguridad de Bielorrusia, Tsanava. Un camión aplasta sus cuerpos, que son trasladados seguidamente a una callejuela próxima a la estación de Minsk con objeto de hacer aparecer su muerte como un accidente. Un responsable de la Seguridad informa a Stalin por teléfono del éxito de la operación.

Stalin hace que Zbarski, el embalsamador de Lenin, embalsame el cadáver de Mijoels; manda publicar un artículo elogioso sobre él en *Pravda* del día 14, y organizar en su honor unos funerales solemnes el día 15 de enero. En la noche misma de la ceremonia, el poeta yiddish Peretz Markich, miembro del presidium del Comité antifascista judío, escribe una acusación poética y transparente («Avanzo, acuchillado, asesinado, ahogado mi último aliento/Igual que mi pueblo, guardo las huellas del crimen/ para que me reconozcas por estas heridas»)<sup>1</sup>.

Entre la *intelligentzia*, sobre todo entre la judía, corre el rumor de que Mijoels ha sido asesinado. Inmediatamente, Stalin contraataca: en enero-febrero concede a los judíos aproximadamente la cuarta parte de los 190 premios Stalin y da el nombre de Mijoels al Tea-

<sup>1</sup> G. KOSTYRCHENKO, *Prisonniers du pharaon rouge*, op. cit., pp. 123-124.

tro Judío. Mientras tanto, después de la literatura y la filosofía, la emprende con la música. Encarga a Jdanov la redacción de un informe contra la música moderna, llamada formalista. Jdanov redacta un informe general, pero ¡Stalin quiere culpables! En su informe, Jdanov, que tocaba el piano con un dedo, o quizá con dos, cita a los más grandes: Muradeli, Chostakovitch, Khatchaturian y Prokofiev. A Stalin no le interesa poner en la picota las ideas si no se encarnan en individuos entregados a la venganza pública del Jefe. A mediados de enero, un decreto del Comité Central condena explícitamente la música «formalista» a la que declara «totalmente falsa» por olvidar el viejo folclore nacional. Pero Stalin sabe manejar el palo y la zanahoria y, a fin de cuentas, esta condena no impedirá la concesión de cinco premios Stalin a Chostakovitch y seis a Prokofiev. A pesar de todo, son útiles al prestigio internacional de la URSS.

El decreto musical solo es un intermedio entre dos episodios del asunto del Comité antifascista judío. El 2 de abril de 1953, en una declaración a Beria que este transmite a Malenkov, Abakumov pretende que el mismo Stalin había preparado detalladamente el asesinato de Mijoels: «Stalin confió [a Abakumov] la misión urgente de organizar rápidamente la liquidación física de Mijoels». Al enterarse de que Mijoels se dirigía a Minsk «ordenó al momento que lo asesinaran simulando un accidente de automóvil». El antiguo ministro de la Seguridad de Bielorrusia, Tsanava, implicado en el asesinato, insiste también: Abakumov le había telefoneado pidiéndole que llevara a cabo una misión importante «por orden personal de Stalin». Al llegar a Minsk, Ogoltsov comunicó también la necesidad de liquidar a «Mijoels por decisión del gobierno y por orden personal de Stalin»<sup>2</sup>. Ese texto, que cita cinco veces el nombre de Stalin, resulta sospechoso. En efecto, a las cuatro semanas de la muerte del mariscal, Abakumov en la cárcel y dos generales de la Seguridad caídos en desgracia no podían acusar por su cuenta al Jefe difunto citando su nombre como el de un vulgar mortal cuando la Seguridad del Estado se limitaba siempre a la vaga denominación de «la Instancia». Únicamente podía ser Beria quien les sugiriera cargar a Stalin con aquel crimen. Pero, si efectivamente había llegado a discutir con Abakumov y sus ayudantes los detalles prácticos, las cosas habían su-

<sup>2</sup> A. BORCHTCHAGOVSKI, *L'Holocauste inachevé*, op. cit., pp. 9-12.

frido una notable transformación: hasta entonces se limitaba a señalar el objetivo y los esbirros se encargaban de las modalidades.

El recurso al asesinato se explica, ante todo, por el hecho de que Stalin no deseaba un proceso público del Comité antifascista judío, pues entonces estaba apoyando la creación del Estado de Israel. Un proceso público afectaría a su política extranjera, pero el asesinato permite desencadenar un proceso general. A mediados de marzo, Abakumov envía a Stalin una nota sobre la actividad antisoviética de una «red clandestina nacionalista judía en la URSS». Explica: desde 1943, a raíz de un viaje a Estados Unidos, Mijoels y Fefer se habían vendido a los americanos y habían prometido difundir el sionismo y luchar por la constitución de una República judía en Crimea, futuro «campo de operaciones de la camarilla militar americana». Algunos días después, Lev Cheinin, judío, director de la sección de investigaciones del Ministerio del Interior, antigua mano derecha de Vychinski y luego ayudante de Rudenko –principal acusador soviético en el proceso de Nuremberg–, marcha a Minsk para investigar la muerte de Mijoels. Con esta digresión, Stalin sugiere que esa muerte ha sido dudosa y que desea descubrir la verdad.

A continuación de la guerra, la re-estalinización de la URSS se extiende y se agrava en los países de Europa central y septentrional. Moscú ha impuesto en ellos unos gobiernos de coalición que, entre 1947-1948, se transformarán en gobiernos exclusivamente de partidos comunistas, que imponen la fusión a los partidos socialdemócratas para impedir a la clase obrera cualquier representación independiente de los PC y reducir a los demás al papel de valedores. La toma del poder por el partido comunista checoslovaco en Praga, el 20 de febrero de 1948, completa el proceso. Esas «democracias populares» están sometidas a un saqueo sistemático por parte de la URSS, que desde 1946 a 1953 obtiene, a través del canal de sociedades mixtas, el equivalente a 14.000 millones de dólares de la época.

A primeros de año, se producen en Belgrado y en Sofía dos acontecimientos que agravan la tensión existente con Moscú. El 22 de enero, Dimitrov protagoniza una conferencia de prensa de la que no ha dado cuenta a Stalin; en un comunicado, *Pravda* reproduce el contenido al día siguiente. En él, Dimitrov anuncia la próxima creación de una confederación balcánica, que una a todas las democracias populares y a Grecia donde, según él, se acerca la victoria de los partisanos. El 24 de enero, Stalin, furioso, le acusa en un

telegrama cifrado de haber tomado «una iniciativa dañina que perjudicará a los países de la nueva democracia y facilitará la lucha de los anglo-americanos contra esos países»<sup>3</sup>. Manda publicar en *Pravda* del día 28 una nota que califica esta federación de «problemática y traída por los pelos». Stalin está aún más furioso ante el hecho de que, en realidad, los yugoslavos ya han tomado sus decisiones en este sentido: a finales de 1947 han creado dos Uniones Balcánicas de los Sindicatos y la Juventud que reúnen a las organizaciones de esos países sin representación de la URSS. Ningún partido comunista implicado ha visto malicia en ello y todos han hecho adherirse a las organizaciones bajo su control. Dimitrov cede inmediatamente. Informa a Moscú, y a Stalin personalmente, de que reconoce su equivocación. Pero es la segunda vez en seis meses que este alumno, antiguamente dócil, desobedece a Stalin...

Desde octubre de 1947, el embajador soviético en Belgrado, Lavrentiev, acosaba a Mocú con cartas y telegramas en las que denunciaba el «nacionalismo local» y «la estrechez de miras nacional» de los dirigentes del PC yugoslavo. Stalin no había reaccionado durante varios meses. Sin embargo, el embajador no habría continuado bombardeando Moscú con semejantes cizañas si hubiera tenido la sensación de molestar. El 19 de enero, Tito, sin advertir a Stalin, solicita y obtiene el acuerdo del dirigente albanés Enver Hodja para enviar una división yugoslava a Albania con objeto de hacer frente a las amenazas de invasión griega. Stalin se entera por sus agentes y se encoleriza. Después de la federación balcánica, es la segunda iniciativa incontrolada. El 10 de febrero, llama a Moscú a los dirigentes yugoslavos y búlgaros. Le preocupan los signos de independencia de los dirigentes comunistas del Este: los polacos habían aprobado el proyecto de federación de Dimitrov y Tito, y solo se echaron atrás cuando Stalin lo denunció; su primera reacción indica el riesgo de contagio de las veleidades autonómicas.

El 10 de febrero, Stalin amonesta en el Kremlin a sus cuatro invitados y especialmente a Dimitrov, al que Molotov acusa de hacer el juego a ingleses y americanos ayudándoles a reforzar su intervención en Grecia. Critica el gusto de Dimitrov por las conferencias de prensa en las que «habla de todos esos temas sin que nadie se lo

<sup>3</sup> Texto íntegro en *Sovietskoe Slavjanoviedenie*, n.º 3, 1991, p. 15, resumen citado en *Sovietchania Cominforma, op. cit.*, p. 347.



mande»<sup>4</sup>. Dimitrov balbucea una excusa; Stalin lo interrumpe constantemente y se burla: «Los polacos y los checos se ríen de vuestra federación»<sup>5</sup>; luego enfría el entusiasmo de sus interlocutores sobre Grecia: «En los últimos tiempos empiezo a dudar de la victoria de los partisanos» y, atribuyéndoles sus propios pensamientos, añade: «Si no estáis seguros de la victoria de los partisanos, habrá que reducir el apoyo a su movimiento»<sup>6</sup>.

En lugar de una gran federación balcánica, propone, como una distracción, tres mini-federaciones orientales: una checo-polaca, una húngaro-rumana y una albanobúlgaro-yugoslava. Incluso finge animar a una rápida unión de las tres, pero, en cuanto Tito y Dimitrov se den la vuelta, instará al albanés Enver Hodja a que se oponga a ese proyecto. Para mostrar su flexibilidad de espíritu, hace su autocrítica sobre China: «También yo dudaba de que los chinos pudieran ganar y les aconsejé que se entendieran provisionalmente con Tchang Kai-shek. En la forma estuvieron de acuerdo con nosotros, y en los hechos continuaron con su política de movilizar a las fuerzas del pueblo chino [...]. Parecía que ellos tenían razón y que nosotros estábamos equivocados». Y luego añade como un gran señor: «Quizá aquí también se demuestre que estábamos equivocados»<sup>7</sup>. Tras haber abrumado literalmente a Dimitrov, aconseja a los yugoslavos que se hagan con Albania de un modo inteligente. Los búlgaros y los yugoslavos se comprometen por escrito a ponerse de acuerdo con los dirigentes soviéticos antes de cualquier iniciativa internacional. Dos días después, Tito hace saber que se propone ir a Moscú próximamente para discutir con Stalin los malentendidos respecto a Albania. Al día siguiente, Stalin le da a conocer su satisfacción.

Una vez que ha reprendido y tranquilizado al mismo tiempo a Dimitrov y a Tito, debe enfrentarlos uno a otro y meterlos en cintura. La urgencia es mayor puesto que el mismo dócil Rakosi le pide, el 19 de febrero, una reunión del Kominform para discutir la postura que ha de adoptar respecto a la federación balcánica. El 21 de febrero, Tito, Kardelj y Djilas reciben en Belgrado a dos dirigentes del partido comunista griego, les informan de la opinión de Stalin so-

<sup>4</sup> *Istoricheski Arhiv*, n° 4, 1997, p. 97.

<sup>5</sup> *Ibid.*, p. 98.

<sup>6</sup> *Ibid.*, p. 99.

<sup>7</sup> *Ibid.*, p. 101.

bre su carencia de futuro, pero les indican la necesidad de continuar la guerra de partisanos y les prometen la ayuda yugoslava. Dejando a Stalin con un palmo de narices, el Politburó del PC yugoslavo cruza el Rubicón el 1 de marzo: se muestra comedido sobre la sola federación con Bulgaria, temiendo que la estricta sumisión al Kremlin de sus dirigentes los transforme en instrumentos anti-yugoslavos. El ministro de Finanzas, Juyovitch, miembro del Politburó, entrega al embajador un informe de la reunión transmitido inmediatamente a Moscú. Una semana después, los dirigentes yugoslavos se niegan a entregar los datos cifrados sobre el estado de su economía a la misión comercial soviética. Lavrentiev informa de ello a Moscú.

Stalin lo convoca urgentemente y lo recibe el 12 de marzo en presencia de los demás miembros del Politburó. La reunión culmina con la decisión de acabar con las pretensiones yugoslavas a la autonomía. El 18 de marzo cae el rayo sobre Tito, en absoluto interesado en romper con Stalin y con sus camaradas. Un extenso telegrama de Molotov le anuncia, en efecto, una docena de pecados yugoslavos, entre ellos «la pretensión de un papel dirigente en los Balcanes y en los países del Danubio», y le informa de la retirada de los asesores económicos y militares soviéticos<sup>8</sup>. Stalin espera una capitulación que no llega. El 27 de marzo, aniversario de la revolución del 27 de marzo de 1941 contra el gobierno pro-nazi de Belgrado, Stalin dirige a la dirección del PC yugoslavo una carta secreta conminatoria, firmada por Molotov y por él, desarrollando el contenido del telegrama precedente. Le reprocha que profiera «acusaciones anti-soviéticas generalmente envueltas en una fraseología de izquierdas»; que declare, como antes Trotski, que «el PC ruso degenera» y cae en el chovinismo, y que se mofe de la democracia en el interior del partido comunista yugoslavo sometido al control de la Seguridad del Estado. Por último, la carta afirma que los dirigentes yugoslavos son «mencheviques» ¡y el viceministro yugoslavo de Asuntos Exteriores, un espía británico!<sup>9</sup>

Esta decisión tiene unas consecuencias literarias inesperadas. Cuatro días después se reúne la comisión para la concesión de los premios Stalin: para el premio de poesía, La Unión de Escritores

<sup>8</sup> *Voprossy Istorii*, nº 4-5, abril-mayo 1992, p. 125.

<sup>9</sup> *Ibid.*, pp. 128-129.

propone en primer lugar una obra del poeta yugoslavo Nicolás Tijonov que lleva el inoportuno título de *El Cuaderno Yugoslavo*. Es imposible concederle el premio, dice Stalin. Tijonov no conviene; recibirá el premio al año siguiente por otra obra (que tendrá que escribir), pero «el problema es que en los últimos días Tito se está portando mal». Se pasea y continúa: «Se porta mal. Muy mal» y, después de una pausa, añade: «Yo diría que se porta como un enemigo»<sup>10</sup>.

El Kremlin sospecha que los dirigentes de otros partidos comunistas del Este europeo se sienten tentados por las mismas veleidades de independencia de los yugoslavos. A finales de marzo, el sector de política exterior del Comité Central del PCUS, dirigido por Suslov, un protegido de Stalin —futura «eminencia gris» de la dirección del Partido bajo Brejnev—, redacta una nota sobre «las culpas nacionalistas de la dirección del partido comunista húngaro»<sup>11</sup>. El 5 de abril redacta otras dos, una sobre «las posiciones ideológicas anti-marxistas de la dirección del PC polaco», y la segunda «sobre algunas faltas del partido comunista de Checoslovaquia»<sup>12</sup>. El centro de la diana es el nacionalismo, es decir, la negativa a plegarse totalmente a los deseos de Moscú. Los servicios de Stalin constatan una extraña falta de diligencia por parte de los dirigentes de todos esos partidos, excepto los húngaros, para reaccionar ante la recepción de la carta que Stalin y Molotov envían el 27 de marzo a los dirigentes yugoslavos. Dimitrov somete a votación en su Politburó la solidaridad con la postura de los soviéticos, pero se olvida de avisarlos, mientras que informa a Tito de que desea verlo a su regreso de Checoslovaquia. Gomulka y Gheorgiu-Dej, el secretario del PC rumano, encuentran exagerada la acusación a los yugoslavos.

En aquellos momentos, el 14 de mayo de 1948, cesa el mandato británico en Palestina. El 15, Ben Gurion proclama el Estado de Israel. Inmediatamente comienza la guerra con los Estados árabes, que apoyan a los palestinos. Checoslovaquia hace entregas masivas de motores de avión, armas ligeras y municiones al ejército israelí; la mayor parte de sus cazas salen de las fábricas Skoda; los pilotos israelíes se entrenan en Checoslovaquia; entre Praga y Tel-Aviv fun-

<sup>10</sup> C. SIMONOV, «Glazami cheloveka moego pokolenia», art. cit., p. 64.

<sup>11</sup> *Sovietchania Cominforma*, op. cit., p. 367.

<sup>12</sup> *Ibid.*

ciona un puente aéreo. La docilidad hacia Moscú del Jefe del Estado Gottwald y del Secretario general del Partido, Slanski, impide pensar que Moscú no hubiera sido consultado sobre cada una de esas medidas que, indudablemente, Stalin avaló y estimuló. Numerosos judíos checoslovacos salen hacia Israel. Las oficinas del Joint Committe funcionan en Praga, en Bucarest y en Budapest. Muchos judíos parten de esos tres países y se enrolan en el ejército israelí. En Moscú, Stalin recibe centenares de cartas de entusiastas judíos soviéticos que solicitan marchar a Israel, e incluso crear una escuadrilla israelita con el nombre de Iosiv Stalin. El Kominform, su buró y su prensa guardan silencio sobre el tema...

El 24 de mayo hay organizada una gran velada en el viejo teatro Mijoels. Tras el homenaje al presidente asesinado, Stalin prepara la liquidación del comité antifascista judío, pero de momento se concentra en los yugoslavos. Se reúne periódicamente con el «grupo de los nueve» que adquiere el aspecto de una célula de crisis en esta cuestión y ocupa el lugar de un Politburó. El 8, y luego el 16 de junio, prepara la segunda reunión del Kominform del 19 al 23 de junio y redacta la resolución que condena a los yugoslavos. Este texto, presentado en la reunión de redactores del periódico del Kominform en Belgrado queda aprobado por unanimidad.

El Comité Central del PC yugoslavo, reunido los días 13 y 14 de abril, rechaza las acusaciones de Stalin que, el 4 de mayo, asesta un nuevo golpe. En una segunda carta, redactada en el tono de un padre severo que se dirigiera a unos niños que estuvieran jugando a adultos, critica «el exagerado orgullo de los líderes yugoslavos» que «han creído que el agua solo les llegaba a las rodillas». Y profetiza: «El orgullo provocará su caída». Este breve análisis psicológico es el leitmotiv de su carta. Stalin parece sentirse más afectado por el desafío a su autoridad que por las consecuencias políticas de ese mismo desafío: «Los líderes yugoslavos carecen de modestia y continúan impresionados por sus resultados, no tan grandes después de todo [...] con sus exagerada jactancia han dado la lata a todo el mundo»<sup>13</sup>. Esa llamada al orden, despectiva y cargada de ironía, traduce la certeza que invade a Stalin: los dirigentes yugoslavos se rendirán hoy o dentro de unas semanas. Ante su resistencia, Stalin y Molotov les envían dos nuevas cartas, el 4 y el 22 de

<sup>13</sup> *Voprossy Istorii*, nº 10, octubre 1992, pp. 150-151.

mayo, cuyas copias, como las de las precedentes, envían a todos los partidos del Kominform. Ocultan los auténticos motivos del conflicto (la federación balcánica, Albania, la ayuda a los partisanos griegos y el libre acceso de los consejeros soviéticos a los datos económicos y financieros) detrás de las acusaciones ideológicas, que solo son una tapadera.

Tito manda detener a los dos agentes de Stalin en la dirección de su partido, Juyovitch y Hebrang. Stalin finge creer que quiere liquidarlos, como él habría hecho en su lugar. El 9 de junio, Molotov, en nombre del Comité Central soviético (de Stalin, de hecho), acusa al Politburó yugoslavo de «querer liquidar físicamente» a los dos hombres, en cuyo caso, escribe Molotov, el Comité Central tendría que considerar a sus miembros como «criminales de derecho común»<sup>14</sup>. Exige que unos representantes soviéticos tomen parte en la investigación sobre la actuación de los acusados. Kardelj informa inmediatamente al embajador soviético de que no se trata en absoluto de liquidarlos, lo que no impide que, unos días después, sean expulsados del PC yugoslavo por formar un «grupo anti-Partido». Así, Stalin puede aparecer como el salvador de sus dos agentes censurados, pero, lejos de felicitarse por ello, en un nuevo telegrama del 19 de julio, califica al Politburó yugoslavo, en presente y no en futuro, de «criminal de derecho común»<sup>15</sup> por el solo hecho de negarse a aceptar que unos soviéticos participen en la investigación sobre Hebrang y Juyovitch. Negarse a obedecer un dictado de Stalin significa, pues, ser un «criminal de derecho común».

La segunda reunión del Kominform tiene lugar en Bucaret del 19 al 23 de junio de 1948, en unas circunstancias tan comprometedoras como en la primera. Los dirigentes yugoslavos, invitados, no se presentan. Según el comentario de uno de ellos, temen recibir una bala en la nuca. Stalin controla personalmente, y con más cuidado que en Polonia, el desarrollo de la reunión. Jdanov, disfrazado ahora de Juravlev, Malenkov de Maximov y Suslov de Sorokin, le envían diariamente un informe detallado que él exige más detallado todavía. La elección de unos seudónimos cuya primera letra coincide con la del patronímico puede ser debida a los crecientes fallos de memoria de Stalin, que sigue siendo Filippov. Antes de la apertura

<sup>14</sup> *Ibid.*, p. 156.

<sup>15</sup> *Ibid.*, p. 157.

ra de la sesión, los tres hombres le informan de las conversaciones de pasillo que pretenden ser tranquilizadoras: los cuatro delegados con los que se reúnen individualmente (Togliatti, Duclos, Gheorgiu-Dej y Rakosi) coinciden en que el partido yugoslavo está dirigido por agentes anglo-americanos; el partido polaco está representado por Berman y dos comparsas; Gomulka tiene los días contados: el dossier de sus desviaciones nacionalistas, inscrito en el orden del día del próximo Comité Central del partido polaco, a finales de agosto, está a punto de cerrarse. El trío envía por avión a Stalin el texto íntegro del discurso del búlgaro Kostov, que denuncia el deseo, atribuido a los yugoslavos, de apoderarse de Bulgaria a través del proyecto de federación balcánica.

Obedeciendo a sus instrucciones, el trío se dedica fervientemente a borrar al máximo la idea de un bloque socialista frente a un «bloque occidental» o americano. Pues bien, al día siguiente de la clausura de la conferencia del Kominform, Stalin toma una medida que precipita la confrontación. El 24 de julio decreta el bloqueo de Berlín, ciudad bajo el estatus de ocupación cuatripartita; la razón oficial de ese bloqueo, al que los occidentales responden con un puente aéreo diario, es la introducción de una nueva moneda, el marco alemán, que Moscú no reconoce. La reforma monetaria no es más que un pretexto: Stalin lo olvidará seis meses después cuando prepara su giro de 180°. Ese bloqueo facilita ahora el alineamiento con Moscú de los dirigentes de los distintos partidos comunistas, concentrados en la unión sagrada frente al imperialismo ante un rumor belicista. Y al contrario: el partido comunista yugoslavo, expulsado la víspera del Kominform, se ve empujado, a causa de esa misma expulsión, hacia el otro campo. Stalin se alegra. El 14 de julio responde por carta al dirigente checoslovaco Klement Gottwald, que le pide la ampliación de la denuncia contra los dirigentes yugoslavos: «En la primera etapa, nuestro objetivo ha sido aislar a los dirigentes yugoslavos de los demás partidos y de desenmascarar sus maquinaciones de tramposos. Y hemos logrado nuestro objetivo». Para conseguir la segunda etapa, el aislamiento de Tito y su camarilla en el seno de su propio partido, «es preciso tiempo y saber esperar». Pero se opone a la publicación de los documentos aprobados en la conferencia, de los que no sale a la luz más que un breve comunicado y la resolución sobre las bajezas del partido comunista yugoslavo. No desea, añade, «entrar en discusión con los acróbatas

políticos yugoslavos»<sup>16</sup>. ¿Acróbatas? Parece temer unas revelaciones desagradables. En todo caso, no cree en sus propias baladronadas para uso interno, pero se venga enviando al Gulag durante diez años a la primera esposa de Tito, Pelagueia Belusova, divorciada de él desde abril de 1936 y vuelta a casar con Piotr Rogullev, un fotógrafo soviético cuya existencia había borrado Tito de su memoria hacía mucho tiempo. Según el *New York Times* del 29 de junio, «los medios bien informados creen que el mariscal Tito se inclinará ante las exigencias del Kremlin o será sustituido». Pero los dirigentes yugoslavos, que han llegado al poder gracias a un movimiento popular, obligados a elegir entre el suicidio político y la resistencia, optan por la resistencia, provocando así la primera fisura en el imperio estalinista con pies de barro.

Tras el vocabulario triunfal de las mociones, los titubeos de los dirigentes de las democracias populares atestiguan lo pertinente de los temores de Stalin. Los yugoslavos habían invitado a asistir a su V Congreso, que se inauguraba el 21 de julio, a los dirigentes de todos los partidos del Kominform y a los de Albania, Grecia y Finlandia, deseosos de adherirse. Rakosi pretende dirigirse allí para intervenir e «influir en la situación en Yugoslavia»; pero quien dice intervención dice discusión, algo que Stalin no desea en modo alguno. Él no conoce más que la sumisión y la represión. Además, asistir a ese congreso de excomulgados sería reconocer la autoridad del partido hermano. Stalin convoca, pues, una reunión de urgencia del Secretariado del Kominform en Bucarest el 5 de julio. La prepara con Suslov, con el que se entrevista en el Kremlin durante cuatro días seguidos. La presencia en la delegación soviética de Suslov, la gris estrella burocrática ascendente, confirma que Jdanov, situado bajo su control, se desliza por la pendiente de la desgracia...

Con la caza a los «titistas», Stalin conjuga unas sordas intrigas de aparato cada vez más complejas y unas medidas de endurecimiento interno. Incluso cuando aleja a Jdanov, coloca una mina a los pies de Beria. En mayo de 1948, el Politburó georgiano denuncia a uno de sus secretarios, Charia, culpable de haber mandado imprimir y difundir, en 1943, 75 ejemplares de un poema dedicado a su hijo, muerto de tuberculosis. Cinco años después del suceso, el Buró destituye a Charia por «haber escrito en ocasión de la muerte de su hi-

<sup>16</sup> *Sovietchania Cominforma, op. cit.*, p. 398.

jo una obra en verso ideológicamente perjudicial, penetrada de un profundo pesimismo y marcada por unas actitudes místico-religiosas»<sup>17</sup>. El 31 de mayo de 1948, el Politburó del PCUS repetía palabra por palabra la crítica del Politburó georgiano, que había sido estudiada y revisada en Moscú, es decir, redactada por Stalin en persona. Charia no se limitaba a escribir versos. En 1945, Beria lo había enviado a París para hacer volver al país a los mencheviques georgianos exiliados. Aunque había fracasado, volvió con el sobrino de la mujer de Beria, Gueguetchkori, capturado por los alemanes durante la guerra y luego enrolado en la «legión georgiana» antibolchevique. El amenazado era Beria a través de Charia. Stalin esperará tres años para enviar a Charia a la cárcel e intentar arrancarle unas confesiones en contra de su jefe.

Al secretario-poeta siguen los campesinos: el 2 de junio de 1948, un decreto del Soviet supremo ordena la deportación de aquellos que se han «negado a cumplir el número mínimo de «jornadas-trabajo» [remuneradas de un modo puramente simbólico si se considera la pobreza de la mayoría de los koljozes] y llevan una existencia de parásitos». Una nueva oleada de campesinos hace su entrada en el Gulag<sup>18</sup>.

Después de los campesinos les llega el turno a los biólogos. Las posiciones del biólogo «proletario» Trofim Lysenko se han debilitado sensiblemente a continuación de la guerra, al haber tenido su hermano la fatal idea de pasarse a los ocupantes. Sin embargo, a pesar de ser partidario de la responsabilidad familiar, Stalin no parece haberlo tomado en cuenta. En noviembre de 1945, Lysenko anuncia a bombo y platillo un nuevo descubrimiento: Darwin se había equivocado al afirmar la coincidencia intraespecífica [entre miembros de la misma especie], base de la teoría de la evolución de las especies. Lysenko transforma en una ley biológica el dicho popular según el cual los lobos no se devoran unos a otros. Jactándose, a instancias de Stalin, de ser un técnico, y basándose en esta teoría, elabora un gran proyecto de plantación de árboles con objeto de crear amplias cortinas en las estepas que detendrán los vientos y protegerán los cultivos de la sequía. *Pravda*, entusiasmada, publica un dibujo que muestra a Stalin con la pipa en la mano, inclinado sobre un

<sup>17</sup> *Izvestia TSsK KPSS*, nº 1, enero 1991, pp. 168-169.

<sup>18</sup> N. WERTH, *Le livre noir du communisme*, París, Robert Laffont, 1987, p. 261.



mapa de la URSS, con el pie siguiente: «También venceremos a la sequía», es decir, después de haber vencido a la Wehrmacht. Los árboles, plantados en cientos de kilómetros, obedecen a Darwin y no a Lysenko y se asfixian unos a otros por falta de agua. El taumaturgo Lysenko jamás ha hecho crecer cosa alguna, si no es en las columnas de *Pravda* y de *L'Humanité*.

En una breve entrevista del 30 de diciembre de 1946, tras pretender haber descubierto nuevas especies, Lysenko muestra a Stalin algunas espigas de una especie llamada trigo ramificado procedente de Georgia, que el biólogo asegura estar adaptada a todos los climas y que promete unas cosechas grandiosas. En 1950, un gigantesco monumento de bronce situado en la plaza central de la ciudad de Ostrog representa a Lysenko sentado, ofreciendo a Stalin, también sentado, unas espigas ramificadas de un trigo conocido desde el antiguo Egipto, pobre en albumen, bastante frágil, de un incierto rendimiento y que exige unas siembras espaciadas. Las ricas cosechas que Lysenko había prometido a Stalin seguirán siendo virtuales, y el monumento de Ostrog será arrasado en 1961, después de la retirada del cadáver de Stalin del Mausoleo de Moscú.

El 10 de abril de 1948, Iuri el hijo de Andrei Jdanov y esposo de Svetlana y, por lo tanto, yerno de Stalin, pronuncia ante un auditorio de instructores del Partido un discurso moderadamente crítico —que presenta como una opinión personal— sobre Lysenko, ausente de la reunión pero presente en una sala contigua desde la que se entera de todo. Dos días después, Jdanov hijo y Chepilov son convocados al Politburó en el despacho de Stalin. Este, con aire enfurrñado, tiene en las manos el texto taquigrafiado del informe de Iuri Jdanov; pregunta si lo ha leído todo el mundo y luego se yergue contra la pretensión del joven Jdanov: «A espaldas del Comité Central, dice, ha expresado sus convicciones personales para desacreditar a Lysenko. Ahora bien, en el Partido no hay opiniones personales ni puntos de vista personales, solo las opiniones del Partido». Se indigna. «Es un asunto increíble [...]. Lysenko las ha tomado como las verdades del barquero. ¿Quién ha dado la autorización?» Todo el mundo calla. Chepilov termina por confesar que ha sido él. Stalin le dirige una severa mirada y pregunta: «¿No sabes que toda nuestra agricultura descansa en Lysenko?». Luego se encoleriza y amenaza: «Esto no puede quedar así. [...] Es preciso castigar de un modo ejemplar a los culpables, no a Iuri Jdanov: es joven todavía. Hay que

castigar a los «padres»: Jdanov y Chepilov... Hay que apoyar a Lysenko»<sup>19</sup>. Entonces nombra una comisión de investigación que presidirá Malenkov. Al día siguiente, Jdanov increpa a Chepilov por su imprudente conducta de la víspera: «Esto podía haber terminado de una forma trágica para ti, y quizá no solo para ti»<sup>20</sup>.

En julio, los adversarios de Lysenko, ignorando los últimos acontecimientos, lanzan una campaña en su contra. Cinco biólogos escriben a Malenkov denunciando su incompetencia; el 16 de julio, en una larga carta al Mariscal, Konstantinov, un académico agraciado con el premio Stalin, acusa a Lysenko de frenar el desarrollo de la genética, de la agricultura soviética y de la selección de semillas, y pide su destitución de la presidencia de la Academia de Ciencias Naturales. Desgraciadamente, en 1945, Jebriak, uno de los principales adversarios de Lysenko, había publicado un artículo en una revista científica americana: un hecho natural en 1945, criminal en 1948. En efecto, Stalin, a través de Jdanov, acaba de promocionar la teoría de las dos ciencias: una proletaria y la otra burguesa. Según ella, al estar el mundo dividido en dos campos en lucha en el plano económico, militar, político e ideológico, existen también dos ciencias de naturaleza antagónica, que expresan unos diferentes intereses de clase, los del proletariado, por una parte, y, por otra, los de la burguesía donde Stalin relega la cibernética, el psicoanálisis y la genética. Poco importaba que Jebriak tuviera razón. Stalin toma partido por Lysenko, lo apoya, lo anima y lo promociona.

El 23 de julio, Lysenko lanza por escrito una llamada de socorro a Stalin; Malenkov lleva a Kuntsevo —donde el Jefe está encerrado desde hace seis días a consecuencia de una enfermedad inexplicada— una carta y el proyecto de informe inaugural de la apertura de la próxima sesión anual de la Academia de Ciencias Naturales. Lysenko solicita modestamente los «comentarios» de Stalin, que corrige el informe y modifica (incluso reescribe) ciertos pasajes, hasta el punto de que resulta ser el auténtico coautor del texto. Suprime toda la segunda parte del borrador de Lysenko sobre «los engañosos fundamentos de la biología burguesa», añade párrafos enteros y cubre el margen de anotaciones. Por ejemplo, frente a la anotación ortodoxa de Lysenko: «Toda ciencia es una ciencia de clase», escri-

<sup>19</sup> *Voprossy Istorii*, n.º 6, junio 1998, p. 9.

<sup>20</sup> *Ibid.*, p. 10.

be: «¡Ja! ¡ja! ¡ja! ¿Y las matemáticas? ¿Y el darwinismo?». De este modo, él mismo se burla de la división entre ciencias burguesas y proletarias que está imponiendo entonces en la URSS y en todos los partidos comunistas... Una división en la que no cree. Añade un elogio de los discípulos del biólogo francés napoleónico Lamarck, partidario de la herencia de los caracteres adquiridos y, por lo tanto, de la transformación progresiva de los seres. Y acusa a los que afirman la existencia de los genes de haber «caído en la mística»<sup>21</sup>.

En la tarde del 27 de julio convoca a Lysenko y a Malenkov, explica al biólogo sus correcciones y le da las directrices sobre el mejor modo de presentar su informe. Una hora después llegan al despacho Beria, Bulganin, Mikoian, Voznessenski y Kaganovitch, para discutir ese importante asunto de Estado. Entonces Stalin aconseja a Lysenko que indique que su informe ha sido examinado y aprobado por el Comité Central. Fortalecido por esa autoridad, Lysenko abre la sesión de la Academia de Ciencias Naturales el 31 de julio, en un ambiente de pogrom. Su triunfo es absoluto. La sesión va seguida de una caza asesina de biólogos y genetistas: 3.000 de ellos son expulsados, destituidos, revocados, licenciados y algunos, encarcelados y deportados. La biología soviética tardará una generación en rehacerse. En Francia, la revista *Europe* dedica un triunfante número especial al acontecimiento (octubre 1948) prologado por el polivalente Aragón, que ve, sin reírse, «materia para soñar» en esa reunión: «En ningún momento de la historia ha habido país alguno en el que una discusión científica haya alcanzado semejante notoriedad»<sup>22</sup>. Y en un breve momento de lucidez, añade: «Esos debates [...] sobrepasan la biología». Sí: anuncian una caza de brujas generalizada.

Alemania, Yugoslavia y Lysenko juntos obligan a Stalin a retrasar sus vacaciones. Así, el 2 de agosto y luego el 23, recibe a los tres embajadores, americano, francés e inglés, para tratar el problema de Berlín y multiplicar las promesas de apaciguamiento... que Molotov olvida de poner sobre el papel al día siguiente. Esta operación de diversión, que obliga a cerrar filas a los partidos comunistas de Europa central, le resulta muy útil. Entonces circula el rumor, confirmado por muy serios kremlinólogos, de que Stalin está en minoría

<sup>21</sup> *Izvestia TsK KPSS*, nº 7, julio 1991, pp. 1-121.

<sup>22</sup> L. ARAGÓN, «Sobre la libre discusión de las ideas», *Europe*, octubre 1948, pp. 3 y 4.

en el Politburó, lo que no le impide marchar de vacaciones a finales de agosto.

El 7 de agosto, *Pravda* publica una carta autocrítica de Jdanov hijo enviada a Stalin en la que este, por uno de sus juegos de péndulo a los que es tan aficionado, manda insertar una advertencia a Lysenko. Ciertamente, Iuri Jdanov se reprocha su crítica brutal al biólogo, pero insiste, y no puede ser por propia iniciativa, en que «Lysenko solo ha creado especies de plantas agrícolas poco interesantes». Aunque políticamente tenga razón, no ha llegado a resultado alguno. Así que a Stalin no le ciega el bluff de Lysenko, al que solamente utiliza para fines políticos.

Consternado por la amenazadora caída en desgracia, Jdanov marcha a Valdai, cerca de Novgorod, a cuidar su salud en un confortable sanatorio para dirigentes situado en medio del bosque. El 1 de julio, Malenkov ha recuperado la dirección del Secretariado. Su solícito servilismo complace a Stalin: apenas le da una orden, Malenkov pone en marcha todos los recursos del aparato para obedecerla y en la siguiente reunión poder manifestar: «Camarada Stalin, tu orden ha sido ejecutada».

En Valdai, Jdanov sufre ataques de asma y de angina de pecho cada vez más frecuentes. El 28 de agosto, el Politburó le envía tres importantes doctores del Kremlin, Vinogradov, Iegorov y Vassilenko, y una ayudante, Lydia Timachuk. Después de un nuevo ataque, esta última le hace un electrocardiograma y detecta un infarto. Los mandamases rechazan el diagnóstico y autorizan al enfermo a levantarse y pasear. Al día siguiente, Jdanov sufre otra crisis. Timachuk repite el electrocardiograma que revela un nuevo infarto. Por segunda vez, las tres eminencias niegan la realidad. Ella se queja al comandante de la guardia de Jdanov, que le aconseja informar al general Vlasik, quien transmite a Stalin la carta de Timachuk. El Mariscal anota: «Para archivar». Vlasik la envía entonces a Victor Abakumov, que la clasifica sin saber que se trata de una auténtica bomba retardada, y entrega una copia a Iegorov. Al día siguiente, los médicos aconsejan a Jdanov que se dé un paseo. Jdanov se levanta, se afeita, lee los periódicos, abre el correo y muere fulminado por un último infarto.

El comunicado de los tres eminentes profesores recuerda que el enfermo padecía hipertensión arterial, arterioesclerosis, frecuentes crisis de angina de pecho, asma cardíaca, y atribuyen su muerte a

«una parada de su corazón gravemente deteriorado por la enfermedad y por la aparición de un edema pulmonar». Un rápido dictamen confirma el superficial diagnóstico de las tres notabilidades médicas. Iegorov manda llamar a Timachuk, la reprende secamente y la despide. Cuatro años después, Stalin desenterrará la carta archivada para montar el «asunto de las batas blancas» contra un grupo de médicos acusados del asesinato de Jdanov. Denunciada por Jruschov en 1956, Timachuk protesta en una carta al Comité Central: ¿cómo podía imaginar que sus cartas iban a servir, casi cinco años más tarde, para fabricar un «asunto» contra aquellos médicos a los que ni siquiera conocía?<sup>23</sup> En cualquier caso, una cosa es segura: su diagnóstico era acertado y el de la cumbre médica, equivocado. Vinogradov lo admitirá así después de su liberación...

¿Por qué persistieron en su error? ¿Fue liquidado Jdanov por orden de Stalin? En enero de 1948, Jdanov había comentado a Milovan Djilas, extrañado por verle beber a sorbos una naranjada y negarse a participar en las libaciones: «Soy cardíaco. Estoy amenazado de morir de repente en cualquier momento, pero todavía puedo vivir mucho tiempo». En efecto, los últimos años de su vida sufría de periódicas crisis cardíacas. La perspectiva de una inminente caída en desgracia podía agravar su estado. En tales condiciones, no merecía la pena acortar sus días. La ligereza de las tres eminencias se explica, sobre todo, por la inconsciencia y la altanería de los miembros de la elite, sabedores quizá de que la desgracia en la que había caído su cliente no exigía una atención demasiado vigilante por su parte.

Mientras mueve los peones del Politburó y del Secretariado, Stalin reafirma su función de defensor del aparato y sus privilegios por medio de un golpe fulgurante y brutal. A finales de mayo, Mejlis, ese instrumento ciego, responsable del Comité de Control del Estado, lanza una de sus operaciones de comprobación del aparato estatal. Así, en la primavera de 1947, sus servicios denunciaron los abu-

<sup>23</sup> *Istochnik*, nº 1, 1997, p. 8. Timachuk podía sentir un legítimo temor de verse acusada por haber emitido un diagnóstico equivocado en el caso de una investigación sobre la muerte de Jdanov, ya que por dos veces lo había enunciado correctamente. Sin duda, su carta era más una maniobra de autodefensa que una denuncia. En 1952, Stalin, que había mandado su carta «a los archivos», se lo agradecerá personalmente, pero ella escribe: «¿Cómo podía yo pensar que mis cartas [...] servirían cinco años después para montar un caso en contra de varios médicos a los que yo no conocía?», p. 8. En cartas posteriores repite esas palabras y en una de ellas añade: «Yo estaba desconcertada, pues no creía que los médicos que habían atendido a Jdanov fueran saboteadores», *ibid.*, p. 14. En efecto, esas palabras no figuraban en la carta de 1948.

sos de Malychev, ministro de la Construcción mecánica, que en un semestre había derrochado la suma de 1,8 millones de rublos en banquetes bien regados. Sin embargo, Stalin dejó en su puesto a aquel ministro censurado.

En la primavera de 1948, Mejlis envía a su gente al Azerbaiyán, donde un bestial mafioso del clan de Beria, Baguirov, dirige el Partido y el Estado. Los equipos descubren allí una amplia red de corrupción, de tráfico de influencias y de chantaje. El eco del resultado de esta encuesta conmociona a la población. En unos días, Emilianov, el enviado de Mejlis, recibe más de mil quejas por escrito y 2.000 peticiones de audiencia. Baguirov telegrafía a Stalin que los inspectores desautorizan a la dirección de la República. Stalin ordena que una comisión del Politburó, encabezada por Malenkov, ponga fin a la actuación de los investigadores. Dos resoluciones, de los días 30 de julio y 30 de agosto, denuncian las actividades del equipo de investigadores y retiran a Emelianov prohibiéndole trabajar en el Comité de Control. A pesar de su antigua fidelidad a Stalin, Mejlis debe hacer su autocrítica. El 26 de agosto, una orden del Consejo de ministros recorta los poderes del Comité y de sus inspectores, que deberán someter al gobierno cualquier propuesta de información y de intervención, único modo de presentar a los culpables ante la justicia. Al descubrir la corrupción y los trapicheos de la elite dirigente de Azerbaiyán, los inspectores de Mejlis habían movilizadoinvoluntariamente a la población en contra de ella. Era un precedente peligroso para toda la elite burocrática del país. Stalin la tranquiliza a través de las decisiones que manda adoptar, haciéndole comprender que los intereses de casta pasan por delante de los del Estado.

Si por una parte anima y protege la corrupción burocrática porque le garantiza la docilidad colectiva de sus beneficiarios, por la otra aplasta la menor veleidad de autonomía. Así, a finales de agosto inicia una nueva etapa de su lucha contra la de los comunistas de Europa central. El Comité Central del PC polaco destituye, por orden formal del Kremlin, a su Secretario general, Gomulka, por «desviación nacionalista de derechas». Acusa a Gomulka de promover una «vía polaca hacia el socialismo», de haber minusvalorado la aportación soviética en la liberación de Polonia y de haber tenido la intención, en 1944, de transferir el poder al gobierno emigrado de Londres «con objeto de instalar en el país un bosque de horcas para

los comunistas»<sup>24</sup>. Después de movilizar contra él a los judíos del Politburó (Minz, Berman, Zambroski), Stalin lo sustituye por Bierut. Debido al lugar que ocupan en una sociedad polaca históricamente marcada por el antisemitismo católico, se verán obligados a ser absolutamente dóciles a Moscú, garante de su poder.

Stalin sigue un juego complicado con Gomulka. El 9 de diciembre de 1948 le llama a Moscú y le invita a ser candidato al Politburó del Partido obrero polaco unificado, surgido de la fusión entre los partidos comunista y socialista polaco. La conversación tiene lugar en ruso y sin intérprete. Gomulka no acepta. Al volver a Varsovia escribe a Stalin una extensa carta en la que justifica su negativa, dedicando más de la mitad a tratar del excesivo número de judíos en las instancias dirigentes del Partido. Gomulka no se anda con chiquitas: «Una parte de los camaradas judíos no se sienten ligados al pueblo polaco con lazo alguno ni, por lo tanto, con la clase obrera polaca, y adoptan una actitud que se puede calificar de nihilismo nacional». No es el único, dice, en pensar así, pero, sobre todo después del pleno de agosto, nadie tiene el valor de sacar a la luz este tema «y el descontento se manifiesta en los pasillos». Considera «necesario [...] ir disminuyendo poco a poco el porcentaje de judíos en el aparato del Partido, especialmente en las escalas superiores»<sup>25</sup>. Al expresarse de este modo, Gomulka piensa complacer a Stalin, cuyos colaboradores han llevado y llevan en la URSS y en los partidos hermanos una política de números clausus oculta al gran público, pero conocida en el aparato. Ahora bien, Stalin se dispone a poner a punto la liquidación del Comité antifascista judío. A partir del 3 de febrero de 1948, el Secretariado había decidido disolver las asociaciones de escritores yiddish y suprimir los almanaques en yiddish<sup>26</sup>. El 20 de noviembre de 1948, Abakumov había enviado una carta sobre este asunto a Stalin que, aquella misma noche, hizo que el Politburó adoptara una resolución presentada como el cumplimiento de una decisión (fantasma) del Consejo de ministros que exige a la Seguridad del Estado «la disolución inmediata del Comité antifascista judío [...] centro de propaganda antisoviética al servicio de informaciones extranjeras [...], el cierre de los centros de im-

<sup>24</sup> M. DJILAS, *Conversations avec Staline*, op. cit., p. 171.

<sup>25</sup> SSSR-Polcha, *Mekhanizm Podchinienia 1944-1949* (URSS-Polonia los mecanismos de la subordinación 1944-49). Carta de Gomulka, pieza 50, p. 273.

<sup>26</sup> *Ibid.*, pp. 274-275.

presión de dicho comité y la confiscación inmediata de sus bienes». Pero recomienda «de momento, no detener a nadie»<sup>27</sup>. Al día siguiente, 21 de noviembre, queda disuelto el Comité, prohibidos *Einihait* y los demás diarios en yiddish, así como el ucraniano *Der Stern*, cerrada la editorial *Der Emes*, confiscado su material y destruidos los moldes del *Libro negro* sobre las atrocidades antisemitas de los nazis en la URSS. Los miembros del Comité aguardan la detención, pero la Seguridad les deja permanecer en la incertidumbre durante varias semanas. A los treinta y cinco días, Stalin lanza la campaña antisemita, llamada anticosmopolita. Gomulka desea hacer que todo el aparato del Partido sea ario, y en su carta a Stalin anuncia que, si sale elegido para el Politburó del partido unificado, ¡planteará personalmente la cuestión! Esta molesta franqueza resulta comprometedora. Stalin debe apartarlo. Así, deja a Gomulka en el banquillo, pero le ahorra el proceso y la horca.

Entonces, Stalin relanza el asunto Jemtchujina, abandonado en 1939: amplía la envergadura del complot nacionalista judío y ejerce una presión permanente sobre Molotov, amenazado de ver su nombre asociado al proyecto de una República judía de Crimea, de la que le habían hablado en febrero de 1944 los tres autores de la carta. A partir del 27 de diciembre, Abakumov carea a Jemtchujina con el secretario del Comité antifascista judío y agente de la Seguridad, Fefer. Fefer la ha visto entrar en la sinagoga, la ha oído criticar la actitud de Stalin sobre el problema judío y hablar de asesinato ante el féretro de Mijoels. Aunque lo negó todo, Jemtchujina fue expulsada del Partido. En la votación sobre esta cuestión en el Politburó, su marido, Molotov, se abstuvo e inmediatamente inició un proceso de divorcio de acuerdo con ella. El 20 de enero de 1949 dirigió a Stalin, disgustado por su abstención, una carta personal en la que condenaba como un error político su negativa a votar la expulsión de su mujer, una expulsión que actualmente consideraba justificada. Stalin le había exigido aquella humillante autocrítica escrita para poder utilizarla en caso de necesidad. Y además se vengaba de la obstinación de Jemtchujina.

Abakumov duda en torturar a la mujer de un miembro del Politburó sin una autorización expresa de Stalin, que no llega. Sin embargo, aficionado a las bromas de cuerpo de guardia, Stalin somete a la esposa reacia a una dolorosa prueba: la Seguridad obliga a

<sup>27</sup> R. PIKHOIA, *SSR Historia Vlasti*, op. cit., p. 75.



dos empleados de su ministerio a afirmar que se han acostado con ella. Durante el careo, ellos repiten unos detalles escabrosos, aprendidos de memoria, sobre las posturas preferidas de su presunta compañera de lecho. Jemtchujina, humillada, estalla en sollozos. El investigador de la Seguridad, que está presente, ríe: «¡Lo que van a disfrutar con esto en el Politburó!»<sup>28</sup>. Únicamente Stalin podía organizar una puesta en escena tan soez.

Unos días después, Jemtchujina es condenada a cinco años en un campo de trabajo, pena conmutada por el exilio. Negándose a confesar, Jemtchujina había protegido a su marido y a ella misma. En caso contrario, al estar preparando Stalin la liquidación de Molotov, en 1952, ella se habría sentado en el banquillo de los acusados junto a otros miembros del Comité.

Stalin organiza ahora en todas las democracias populares la caza a los titistas, es decir, a los dirigentes comunistas sospechosos de nacionalismo, dicho de otro modo, de independencia respecto a Moscú. En marzo de 1949, el secretario del PC búlgaro, Traicho Kostov, durante unas conversaciones celebradas en Moscú, prohíbe a sus colaboradores que, sin su permiso, den información a los soviéticos sobre la economía de Bulgaria. Stalin estalla: «¡Precisamente así empezó nuestro conflicto con Tito!»<sup>29</sup>. En septiembre de 1949 se abre en Budapest el proceso de Laszlo Rajk, antiguo ministro del Interior de Hungría. Tres meses antes, en junio, el Comité Central del Partido húngaro, tras la detención de Rajk, había decidido desenmascarar a «un grupo antisoviético, nacionalista trotskista», y enseguida titista, dice Són-Rajk. Rakosi, el secretario del PC húngaro, prepara el asunto con Stalin. Le entrega el acta de acusación que ha elaborado y que leen juntos página por página. Cuando Rakosi afirma que no es necesario condenar a muerte a los acusados, Stalin asiente. No obstante, el 22 de septiembre, dos días antes de la publicación de la sentencia, telegrafía a Rakosi para que cambie de opinión<sup>30</sup>. Ahora es partidario de la pena de muerte. Por supuesto, se trata de un consejo, no de una orden. Pero, si Rakosi no está de acuerdo, pronto llegará su turno. Lo sabe o lo presiente. Rajk es condenado a muerte y ahorcado.

<sup>28</sup> *Izvestia TsK KPSS*, nº 12, 1989, p. 37.

<sup>29</sup> K. STOLJAROV, *Palachi i Jertvy* (Verdugos y víctimas), *op. cit.*, p. 73.

<sup>30</sup> M. ISSUSOV, *Poslednata godina na Traicho Kostov* (El último año de Traicho Kostov), Sofia, 1990, p. 22.

Tres meses después se abre en Sofía el proceso de Traitcho Kostov, antiguo Secretario general del PC búlgaro y de diez de sus «cómplices». De entrada, todo está claro en este proceso seguido de unos «referentes» soviéticos; ya no es una cuestión de ideología como en la primavera de 1948 con Tito. Kostov se acusa de haber empleado unos «procedimientos de mercadeo en las relaciones comerciales con la Unión soviética» y se confiesa culpable de «desviaciones nacionalistas respecto a la URSS».

En la frontera de Siberia surgen unas dificultades mayores. Como Stalin decía a Dimitrov y a Kardelj, desde 1945, él había hecho todo lo posible para subordinar a los comunistas chinos a Tchang Kai-shek y a su régimen semi-feudal carcomido y corrupto. Y había fracasado. Una enorme oleada revolucionaria sacude el Estado chino. Empujado por el ansia inextinguible de tierras de los campesinos descalzos, esperado en las ciudades por los obreros que aborrecen a sus patronos medievales, el Ejército popular chino desciende del norte barriando al ejército del Kuomintang cuyos oficiales trafican con las armas que les entregan profusamente los americanos. A mediados de mayo, Stalin envía al noreste de China al sinólogo Kovaliov, diplomado en chino, acompañado por todo un grupo de expertos. En marzo de 1949, Kovaliov se instala con la dirección del PC chino en Pekín, ahora en manos del Ejército popular. Siguiendo su criterio, Stalin envía en abril un telegrama a Mao con la siguiente advertencia: el temor de los «anglo-franco-americanos» a que la proximidad de las tropas comunistas chinas cree una situación revolucionaria en los países fronterizos y pueda llevarles a decretar el bloqueo de China y a declararle la guerra.

Unos meses después, Kovaliov comunica a Stalin los planes de un guión para una tercera guerra mundial descubiertos en los documentos del Estado Mayor nacionalista. Stalin responde inmediatamente por telegrama. Tras haber frenado con todas sus fuerzas la revolución china durante cuatro años, ahora impulsa a los comunistas chinos a la aventura. Jugando a fierabrás, afirma que no cree ni en la bomba atómica ni en la guerra, «que no es beneficiosa para los imperialistas [...]». América está menos dispuesta a la agresión que la URSS a la respuesta<sup>31</sup>. El equilibrio de las fuerzas militares, pues, sería favorable al «campo socialista». La guerra de Corea no está lejos.

<sup>31</sup> *Istoricheski Arkhiv*, n° 3, 1997, p. 131.

## Capítulo XXXIII

### LA BATIDA FINAL

Una noche de 1948, un vehículo de la Seguridad recoge en su domicilio al poeta Arseni Tarkovski, padre del director de *Andrei Rublev*, y lo conduce a la sede del Comité Central. Allí, Alexander Chelepin, el secretario de las Juventudes Comunistas, futuro jefe de la KGB bajo Brejnev, le explica: con motivo de la celebración del 70 cumpleaños de Stalin, se ha tomado la decisión de publicar en ruso los poemas de su juventud escritos en georgiano, y le concede el gran honor de traducirlos. Le entrega una cartera de cuero que contiene los preciosos textos.

Al llegar la fecha prevista, Tarkovski no ha podido traducir más que los cuatro primeros versos del primer poema. Cuando vuelven a buscarlo está desesperado. Le introducen en el despacho de Chelepin, que le informa: «Con la modestia que le caracteriza, el camarada Stalin ha vetado nuestra decisión». Pagan una bonita suma por su pizca de traducción a Tarkovski que afirma: «Eran unos versos absolutamente aceptables, muy correctos. Inocentes. Nada de lucha de clases, nada de desigualdades sociales [...]. Hablaba de flores y de pajaritos»<sup>1</sup>. ¿Qué motivo impulsó a Stalin a prohibir la publicación de los versos de su juventud? Por supuesto, no había sido su «modestia» oficial: indudablemente temía avalar la poesía ajena en el «realismo socialista». Los versos de su juventud eran peligrosamente inofensivos...

Ese año se va más tarde de vacaciones. Al bajar a Sotchi en tren a primeros de septiembre, le pone furioso el espectáculo del trigo pudriéndose en los vagones sin techo detenidos en las vías muertas. «A lo largo de la ruta de Ucrania a Simferopol, escribe al Politburó, permanecen grandes cantidades de trigo almacenado al aire libre. Si llueve, el trigo se estropeará. Hay que acabar con este crimen»<sup>2</sup>.

<sup>1</sup> *Literaturnaia Gazeta*, 19 de noviembre de 1997.

<sup>2</sup> *Istochnik*, nº 3, 2000, p. 100.

Exige el castigo del ministro responsable de la recolección, Dvinski, destituido al momento. En su opinión, el escándalo se debe únicamente a un fallo individual; no se pregunta por la indiferencia de las autoridades locales, de los koljoses, de los ferroviarios y jefes de estación ni por los motivos. Por otra parte, el trigo continúa pudriéndose al aire libre.

Un mes después visita Sebastopol, devastada por los violentos combates de 1942 y 1944. La ciudad no es más que un campo de ruinas que desmiente los comunicados oficiales sobre la reconstrucción del país. Stalin informa al Politburó de su indignación ante la demoledora impresión que produce la ciudad, cuya recuperación se demora lamentablemente. «Sin la intervención de Moscú, la ciudad continuará en ruinas durante mucho tiempo, una demostración viviente de nuestra incuria, que se interpretará como una prueba de nuestra impotencia.» Y, haciendo alusión al reciente temblor de tierra que había medio destruido Achjabad, en el Turkemistán, se encoleriza: «¿Habrá que esperar un temblor de tierra en Sebastopol para ocuparse por fin de reconstruir la ciudad?». El Politburó nombra inmediatamente una comisión. El terremoto de Achjabad provoca también su cólera: varios miles de habitantes, sorprendidos por la catástrofe, han muerto aplastados bajo los escombros. Nadie les ha advertido. Stalin se indigna ante la imagen que esta ineptitud da del Estado. «Se podría pensar que somos como Etiopía»<sup>3</sup>. Es irritante, porque el Estado es él.

Su actitud en estos asuntos expresa la ambigua relación que le une a la clase burocrática que reina en el Estado. Defiende sus privilegios y multiplica las distinciones mientras la mantiene en un estado de tensión, de incertidumbre y de inquietud permanentes. A través de la historia, las distintas castas parasitarias, la nobleza, los clérigos de todas clases o la burocracia nazi han vivido en la seguridad, a veces engañosa pero interiorizada, de su presente y su futuro, por lo menos cercano. Su amo y protector podía ser brutal y caprichoso, pero, si lo era demasiado, sus protegidos se libraban de él: ese fue el destino de Calígula, Nerón, Domiciano, el zar Pablo I y muchos otros. Las desgracias individuales, más o menos numerosas, se derivaban de unos motivos localizables y, por lo tanto, evitables, y no hacían pesar, como en la Unión soviética, una amenaza perma-

<sup>3</sup> *Ibid.*

nente y difusa sobre la organización misma. En ese sentido, la desconfianza orgánica y el espionaje enfermizo de Stalin no lo explican todo. En realidad, la depuración permanente de la burocracia, aunque de ritmo variable, prohíbe la formación de clanes estables y duraderos, peligrosos para el poder personal de Stalin; y al crear un vacío en sus filas, permite absorber una parte de la creciente clase obrera hacia su seno. Contribuye así al equilibrio del poder burocrático mismo. La interrupción de ese proceso bajo Brejnev paralizará el sistema. Este «estancamiento», como se le calificará bajo Gorbachov, marcará una etapa decisiva de su crisis incurable.

El proceso repite, con menos brutalidad y más lentitud, el de los años 1936-1938. Al haber eliminado, diez años antes, a los antiguos cuadros bolcheviques y promocionado una nueva generación en el aparato, Stalin no tiene la intención ni los medios de renovarla de arriba abajo. Sobre todo quiere tenerla en ascuas y sustituye la purga sangrienta por un complejo movimiento pendular entre los diversos clanes, todos ignorantes de las intenciones reales del jefe. De 1945 a 1948, un día adelanta a Jdanov, al día siguiente a su adversario Malenkov; luego enfrenta a Beria con Kuznetsov, al que el 17 de septiembre de 1947 confía el control del aparato del Ministerio de la Seguridad del Estado... antes de preparar su caída en desgracia. Organiza también una competencia brutal entre los dos pilares del orden represivo: el MGB (Ministerio de la Seguridad del Estado), dirigido desde 1946 a julio de 1951 por Víctor Abakumov, antiguo jefe del SMERCH, y el MVD (Ministerio del Interior), dirigido por Serov. De un año para otro modifica las funciones atribuidas a cada uno de ellos y estimula la enemistad entre ambos ministros. Abakumov reúne un dossier contra Serov, quien lo denuncia a su vez en dos cartas a Stalin en las que se queja de la hostilidad «nunca vista» que reina entre los agentes de la Seguridad del Estado y los del Ministerio del Interior; y pide a Stalin —encantado de esta competitividad— una investigación sobre la Seguridad del Estado. Pero todavía no ha llegado el momento.

Stalin lleva a cabo el mismo juego pendular en todos los terrenos. Así, en el campo literario, tan pronto apoya al secretario general de la Unión de Escritores, Fadeiev, miembro del Comité Central —un bebedor inveterado que desaparece cuatro o cinco veces al año después de unas borracheras gigantescas—, y a su ayudante Constantín Simonov —más sobrio y más moderado—, como apoya al comité

de Agit-prop del Comité Central dirigido por Chepilov, el adjunto de Jdanov, un apparatchik que todavía no es miembro del Comité Central y que quiere jugar a los intelectuales. Los empuja a uno contra otro. Cada uno de los clanes sabe que no ha conquistado definitivamente su posición y se dirige a Stalin como árbitro de los conflictos.

La muerte de Jdanov, acaecida el 31 de agosto de 1948, abre un período de arreglo de cuentas en el entorno inmediato de Stalin. El Mariscal detestaba Leningrado. En 1926 había limpiado allí el aparato del Partido zinovievista, y por segunda vez, tras el asesinato de Kirov, había purgado la ciudad y el aparato del Partido en 1935. Después de la guerra, Leningrado aparecía como una ciudad mártir que se había liberado gracias a su propio esfuerzo. Los dirigentes del partido de la ciudad, Jdanov, Kutznetsov, Popkov y Lazutin, eran unos fieles estalinistas, pero faltaba muy poco para que Stalin sospechara que pretendían formar un clan.

De repente, Stalin encuentra tres pretextos para emprender la caza a los dirigentes y al aparato del Partido de Leningrado. Efectivamente, en diciembre de 1948 habían organizado en la ciudad una feria comercial para toda Rusia sin pedir la autorización previa del Politburó. A continuación, a raíz de la conferencia del Partido de Leningrado que termina el 25 de diciembre, en varios boletines electorales aparece tachado el nombre de determinados dirigentes (dos veces para uno, cuatro para otro, y quince veces para el peor elegido), pero el comunicado final los declara a todos elegidos por unanimidad. Unos días más tarde, la carta anónima de un miembro de la comisión de depuración denuncia el fraude al Comité Central y, aunque Stalin ha hecho lo mismo, considera intolerable este «atentado a la democracia». Por último, Popkov, el secretario del Partido de Leningrado, propone la creación de un partido comunista ruso dotado de un Comité Central, a imagen de las demás Repúblicas de la Unión. Lo que significaría alzar a un partido ruso contra el partido soviético...

Stalin percibe en todo ello el olor azufrado del «fraccionarismo». A finales de enero de 1949 crea una comisión de investigación sobre los dirigentes de Leningrado bajo la férula de Malenkov. La comisión da por terminado su trabajo a las dos semanas, y deposita en el despacho de Stalin un dossier en el que acusa a los leningradeses de formar una fracción clandestina deseosa de apoderarse del

Partido y del Estado. El 16 de enero de 1946, Kuznetsov había deseado que «Leningrado proporcionara cuadros nuevos a todo el país, hombres de ciencia dirigentes del Partido y del Estado»<sup>4</sup>. Este pérfido plan había sido puesto en marcha en la fatal conferencia de diciembre de 1948. En efecto, Popkov se había jactado en ella de que el Partido de Leningrado hubiera promovido a 800 militantes a cargos directivos «en las fronteras de la región». Es patente que existe un clan organizado que pretende controlar la URSS...

Antes de emprenderla con ellos, Stalin cierra la primera etapa del affaire del Comité antifascista judío. La Seguridad se dedica a ello durante todo el mes de enero de 1949. El 28 de diciembre había detenido en su lecho del hospital al nuevo director del Teatro Judío, Zuskin, ... antes de cerrar el establecimiento. El 13 de enero detiene a Jozef Iozefovitch y a Boris Chimeliovitch. El mismo día, Malenkov y Chkiriátov, presidente de la Comisión de control, convocan a Salomón Lozovski, le recuerdan que había colaborado en la redacción de la carta del 15 de febrero de 1943 —pidiendo la creación de una república judía en Crimea—, le invitan a reconocer el carácter criminal de sus actuaciones, y luego, en una nota a Stalin, piden que Lozovski sea expulsado del Comité Central. En efecto, el 18 de enero de 1949 es expulsado, y el 25 detenido. En los días siguientes, la Seguridad arresta a los escritores Leib Kvitko, David Bergelson, Peretz Markich, la académica Lina Stern y Salomón Bregman, viceministro del Control del Estado ruso. En total, unos cincuenta dirigentes y miembros del Comité se encuentran en chirona.

El 15 de febrero, Stalin hace que el Politburó condene las «actuaciones anti-Partido de Kuznetsov, Rodionov y Popkov», censurándolos y cesándolos en sus funciones únicamente. La resolución y las sanciones son secretas. Seis días más tarde, el asunto se agrava. Durante una reunión de mandos en Leningrado, Malenkov denuncia «su espíritu de grupo» y los acusa de haber seguido «el ejemplo de Zinoviev»<sup>5</sup>. La acusación identifica a los «culpables» con los fusilados de 1936. Kuznetsov es detenido el 13 de agosto. Voznessenski, unido al grupo, es expulsado del Politburó en marzo, cesado en todas sus

<sup>4</sup> V. DEMIZOV y V. KUTUZOV, *Leningradskoe Delo* (El affaire de Leningrado), Leningrado, Lenizdat, 1990, p. 39.

<sup>5</sup> *Ibid.*, p. 70.

funciones gubernamentales en septiembre y detenido el 27 de octubre, «por relación con el grupo anti-Partido de Leningrado»<sup>6</sup>.

La instrucción del caso constituye lo esencial de la actividad del Politburó que, interrumpiendo todos sus asuntos, le dedica diez de las dieciséis reuniones en 1949. De este modo, en plena guerra fría, el mismo año de la experimentación de la bomba atómica soviética, el Politburó de Stalin dedica más de la mitad de su tiempo ¡a la purga interna del aparato! Es la única razón del inesperado aumento del número de reuniones. En una nota a Stalin del 21 de julio de 1949, el ministro de la Seguridad, Abakumov, afirma que Kapustin, el segundo secretario del PC de Leningrado, es un antiguo agente del Intelligence Service. Los dirigentes de la seguridad del Estado de Leningrado, escribe, lo sabían hacía tiempo, pero su jefe Kubal-kin, hizo destruir hipócritamente el dossier, lo que impidió a Abakumov la comprobación. Indignado por esta doble perfidia, Stalin refrenda la decisión de detener a ambos. Abakumov y Malenkov intentan relacionar a las víctimas con la oposición del pasado, cuya imagen sigue obsesionando a Stalin. Así, acusa a María, la hermana de Voznessenski, de unas imaginarias simpatías por la Oposición obrera en 1921. Andrianov, el nuevo dirigente de Leningrado nombrado por Stalin, reprocha a los dirigentes caídos el haber «hecho pasar subrepticamente en los documentos que mandaban imprimir y publicar unos artículos de los peores enemigos del pueblo: Zinoviev, Kamenev, Trotski y otros»<sup>7</sup>. La increíble acusación es gravísima, incluso si los culpables han logrado ocultarla a la vigilancia de la censura.

En plena batida del Comité antifascista judío, y después de a los biólogos, Stalin piensa por unos momentos en dedicarse a la física y a los físicos. Manda que el presidente de la Academia de Ciencias y

<sup>6</sup> *Ibid.*, p. 118. La afirmación de este lazo con la oposición de 1926-1927 fue ampliamente utilizado en la depuración de Leningrado. Así, un profesor de la Universidad, Kornatovski, protesta contra la acusación lanzada contra él de haber efectuado «propaganda trotsko-zinovievista». Un grupo de estudiantes envía una petición a su favor (anónima, firmada «los autores») dirigida a Vorochilov y a Poskrebychev reclamando «una intervención personal de Stalin». CRCEDHC, fondos 17, inventario 1189, dossier 780.

<sup>7</sup> El lazo entre Voznesenski y el grupo de Leningrado se establece simplemente: la resolución del Secretariado del Comité Central del 3 de agosto de 1949 reprocha a los dirigentes de Leningrado el que hayan organizado seminarios para estudiar la obra de Voznessenski sobre la economía de la URSS durante la guerra. CRCEDHC, fondos 17, inventario 18, dossier 478. Stalin manda añadir el reproche dirigido a Voznessenski sobre el extravío de documentos secretos (РІКНОІА, *Istoria Vlasti*, op. cit., p. 69). Al ser secretos la gran mayoría de los documentos, la acusación es fácil de preparar. La volverá a emplear con Poskrebychev.



el ministro de Enseñanza superior firmen una carta solicitando la organización en Moscú de una conferencia de físicos y matemáticos para desenmascarar y aniquilar al «idealismo» y a su gemelo el «cosmopolitismo» en el ámbito de la física. Los autores denuncian las «conclusiones filosóficas idealistas deducidas de la física teórica contemporánea (mecánica cuántica y teoría de la relatividad)», su adopción por parte de algunos pedagogos y la abundancia de nombres extranjeros en los manuales. Un comité de organización, creado en diciembre, debe preparar la ejecución solemne. Del 30 de diciembre de 1948 al 16 de marzo de 1949 se reúne 42 veces y prepara un pogrom. «La física es una ciencia del Partido», afirma un profesor; «la lucha política, al reflejar la lucha de clases, se expresa de un modo cada vez más patente en la física», declara un segundo; un tercero estigmatiza a los sabios soviéticos que balbucean las teorías de los físicos idealistas burgueses tales como Frenkel, Ioffé, Fok, Tam, Landau, Guinzburg, Mandelstam, Papaleski; y otro acusa a los dos últimos de ser espías alemanes. La sala protesta...

El 16 de marzo, la última reunión del Comité de organización anuncia la apertura, el día 21, de una conferencia que no se celebrará jamás. Solo Stalin podía anular una puesta en escena preparada por el Secretariado tres meses antes. ¿A qué se debe ese viraje? Lysenko y la caza a los biólogos solo ponía en peligro la agricultura; la caza a los físicos pone en peligro la bomba atómica. Alguien debió de alertarle sobre las consecuencias prácticas del pogrom de los físicos soviéticos: probablemente Beria, que a comienzos de 1949, preguntó a Kurtchatov si había que abandonar la teoría de la relatividad y la mecánica cuántica por ser idealistas. Kurtchatov le responde que la fabricación de la bomba atómica descansa en la teoría de la relatividad y en la mecánica cuántica, y que renunciar a una y a otra es renunciar a la bomba<sup>8</sup>. Stalin prefiere desistir de sus acusaciones contra los físicos idealistas antes que de la bomba.

Se recupera desencadenando la campaña contra el cosmopolitismo que acompaña a la liquidación, mantenida en secreto, del Comité antifascista judío. Relanza y amplía la campaña contra el servi-

<sup>8</sup> A. SANIN, «Cómo la bomba salvó a los físicos», *Nouvelles de Moscou*, n° 12, 25 de marzo de 1990, p. 16, y «La reunión que no se celebró», *Priroda*, n° 3, 4 y 5 de marzo, abril-mayo 1990, pasajes citados, n° 4, p. 95, y n° 5, p. 99. (En las *Nouvelles de Moscou*, el nombre del autor aparece como Sanin, en *Priroda*, Sonin, la ortografía correcta del nombre del profesor de física que vivía en la famosa Casa sobre el Muelle al que conocí en 1990.)

lismo ante Occidente esbozada a partir de diciembre de 1946. Entonces había reunido a varios filósofos soviéticos y destruido en su presencia el libro del jefe del Agit-prop, Georges Alexandrov, *Historia de la Filosofía occidental*, propuesta, sin embargo, para un premio Stalin poco tiempo atrás. El único delito del libro era el de no poner en la picota al conjunto de la filosofía occidental. Al lanzar la campaña pública contra este libro, Jdanov indica que «ha sido necesaria la intervención del Comité Central, y personalmente del camarada Stalin, para desenmascarar los fallos»<sup>9</sup> del libro de Alexandrov. Ciertamente, el hecho de pasar a Stalin a primer término pone en evidencia la modestia de Jdanov, pero demuestra, sobre todo, un celo muy poco hábil.

Las campañas sucesivas repetirán el mismo argumento. Stalin se mantiene entre bastidores, como saben todos: es el impulsor y el director, pero no aparece nunca en público como tal. Cuanto más envejece, más disfruta actuando como un director de escena invisible y omnipotente, un papel que ya había representado durante el proceso de Moscú.

De este modo se comporta a lo largo de esta nueva campaña, que da al criado de Occidente los rasgos de un hombre sin patria, el apátrida, es decir, el judío innominado. Había encargado al Buró de organización un artículo contra la crítica teatral soviética sin más precisión. En una sesión extraordinaria, el 24 de enero, el Buró reúne a 42 personas, 12 de ellas miembros del Buró de organización del Secretariado, y toda una serie de responsables. Stalin no participa en ella. El Buró acepta un proyecto de artículo bastante anodino «contra la deformación estético-burguesa en la crítica teatral» redactado por Chepilov. El artículo aparece en nombre de la redacción en *Pravda* el 28 de enero de 1949, titulado: «Sobre un grupo antipatriótico de críticos de teatro», acusados de servilismo hacia Occidente, de desprecio por los dramaturgos soviéticos y de una tendencia hacia el formalismo decadente. Todos los críticos citados, excepto dos, son judíos (Iuzovski, Borchttagovski, Gurvitch, Varszavski, etc.). Una vez más, solo Stalin pudo modificar un texto precedente del Buró de organización, del que es miembro, pero al que no asiste jamás.

<sup>9</sup> A. JDANOV, *Sur la littérature, la philosophie et la musique*, Paris, Editions de la nouvelle critique, 1947, p. 57.

El 2 de febrero, Gamaleia, un microbiólogo miembro de la Academia de Ciencias Médicas de la URSS, de noventa años de edad, escribe a Stalin una carta de protesta contra «el renacimiento de un fenómeno tan vergonzoso como el antisemitismo que ha reaparecido en nuestro país desde hace algunos años», y recuerda que aquella plaga asoló la Rusia zarista. No es el único en pensar así, afirma, y denuncia sin ambages a los responsables: «El antisemitismo renaciente [...] está impulsado desde lo alto por una mano invisible. El antisemitismo viene hoy de personas en altos cargos que ocupan los órganos dirigentes del Partido y son responsables de la elección y nombramiento de los mandos», es decir, el Secretariado y el Buró de organización, de los que Stalin es miembro. La acusación es brutal. A continuación, Gamaleia enumera los signos públicos de este antisemitismo que confirman, según explica, que «procede de las altas instancias y está dirigido por una «mano importante»: eliminación sistemática de los judíos de las funciones gubernamentales, de los puestos de dirección y de todas las academias. Las «manos importantes» son escasas en la URSS estalinista. Si el culpable no es el mismo Stalin, forma parte de su guardia más cercana...

Dos semanas después, en su 90 cumpleaños, el 16 de febrero de 1949, el encolerizado sabio es condecorado con la Orden de Lenin. Este intento de calmarlo fracasa. Continúa, y en una segunda carta a Stalin, hace un vibrante elogio de Lina Stern, Boris Chimelióvitch y Yakov Parnass, miembros del Comité antifascista judío, detenidos recientemente. Acusa al ministro del Interior y exige la intervención personal de Stalin: «Su arresto es una manifestación de ese antisemitismo que, extrañamente, pero con gran auge, ha surgido en nuestro país desde hace unos años». Le pide que se ocupe personalmente del asunto para evitar «la arbitrariedad y la condena de inocentes»<sup>10</sup>. Tampoco responde Stalin a esta segunda carta, pero deja a su autor en paz.

El nombre de Stalin no se pronuncia a lo largo de la campaña emprendida, que se traduce por la caza a los seudónimos (detrás de Jolodov se oculta Mayeróvitch, detrás de Jasny, Finkelstein, detrás de Malniko, Melmann, etc.). Algunos de aquellos periodistas habían adoptado seudónimos rusos durante la guerra por petición ex-

<sup>10</sup> Estas dos cartas han sido publicadas en *Istochnik*, nº 3, 1998, pp. 119-120 y 122, y *Caliers du mouvement ouvrier*, nº 12, diciembre 2000-enero 2001, pp. 96-98.

presa del Buró de información soviético o de su redactor-jefe a fin de desmentir la propaganda nazi sobre el judeo-bolchevismo. La campaña duró tres meses, hasta un artículo de *Pravda* del 7 de abril que denunciaba en el cosmopolitismo «un instrumento ideológico de la reacción americana». Durante ese trimestre de caza de brujas, Stalin no intervino jamás en público en contra de las víctimas reducidas al paro (pero no al Gulag). A finales de febrero reunió a los redactores-jefe de los periódicos más importantes, y los sermoneó: «Es inadmisibile el hecho de denunciar los seudónimos literarios, eso tiene todo el aspecto de antisemitismo»<sup>11</sup>.

Viéndose obligado a dejar tranquilos a los físicos, Stalin piensa en desquitarse con los médicos. Un día del verano de 1949, mientras está de vacaciones en Sotchi, manda llamar al ministro de Sanidad, Efim Smirnov, y le pide que prepare un «debate» sobre fisiología, que pretende poner al día. Durante un paseo bajo los naranjos, se vuelve de repente a Smirnov y le pregunta: «¿Por qué trató el mismo médico a Jdanov y a Dimitrov [que acababa de morir en julio de 1949 en un hospital de Moscú]?». Smirnov le recuerda las causas de la muerte de ambos. «El mismo médico»<sup>12</sup>, repite pensativo Stalin, que acaba de encontrar el primer cabo de una intriga de complejas ramificaciones.

Es el comienzo de un entrelazado de cábalas que intentará relacionar entre sí en una única madeja: la batida del Comité antifascista, la liquidación de los dirigentes de Leningrado, la eliminación de sus últimos viejos lugartenientes, la acusación a la Seguridad del Estado y la preparación de un complot de médicos asesinos. En marzo de 1949 sustituye a Molotov —cuya mujer Jemtchujina había pertenecido al Comité antifascista judío— en el cargo de ministro de Asuntos Exteriores por Vychinski, un hombre al que aterroriza. Piensa también en Kaganovitch y en Mejlis. Abakumov pide a Fefer que le indique la actitud de Kaganovitch ante el problema judío, en especial sobre Crimea, y que le confirme si los americanos han invitado a Mejlis a Estados Unidos. Stalin está preparando los dossiers sobre los últimos judíos del Comité Central.

¿Se está planteando la preparación de un proceso público? Abakumov parece olfatearlo así. Y la instrucción trata de imputar a los

<sup>11</sup> I. EHRENBURG, «Liudy, Gody, Jizn», *Novo Mir*, nº 2, febrero 1965, p. 56.

<sup>12</sup> D. GAI, «El final del affaire de los médicos», *Les Nouvelles de Moscou*, nº 6, 1988, p. 16.

acusados un nacionalismo judío que desemboca en un espionaje sistemático. El resultado de la instrucción es lamentable. Todos los escritores son acusados de haber escrito en yiddish para conservar la lengua yiddish y afirmar así una conciencia judía. Reprocha a un periodista el que haya hecho público el número de judíos liquidados por los alemanes en Bielorrusia, especialmente en el ghetto de Minsk, unas informaciones que el juez instructor considera confidenciales y que competen al secreto militar y al secreto de Estado. Un escritor es convicto de haber transmitido a los americanos unas informaciones «relativas a las investigaciones sobre nuevos tratamientos de las enfermedades de estómago». Y la lista crece: un periodista es acusado de haber comunicado a los americanos el nombre del jefe, judío, del taller de herramientas de la fábrica de automóviles Stalin, y de haberles proporcionado datos confidenciales sobre Svetlana Stalin: «Los americanos querían conocer los cambios en su vida, sus ocupaciones anteriores a la guerra, sus aficiones... Les interesaban también sus actividades culturales durante la guerra; si asistía a la ópera y al ballet; deseaban conocer sus ilusiones personales, sus ambiciones, sus planes de futuro, su actitud respecto a América, su opinión sobre la situación de las mujeres y las razones que impulsaban a estas a luchar contra el fascismo». Así era como la CIA conspiraba contra la URSS. El instructor considera oportuno añadir: «Es inútil precisar la importancia de tales informaciones»<sup>13</sup>. Ciertamente, pero Stalin no parece convencido. ¿Cómo montar un proceso público basándose en tales bagatelas?

En cambio, la campaña antiyugoslava parece desarrollarse mejor. Del 16 al 19 de noviembre de 1949 se celebra en Hungría una tercera reunión del Kominform. Una semana antes, el Comité Central del partido polaco había expulsado de sus filas a Wladyslav Gomułka, al que la policía detendría el 31 de julio de 1951. Esta expulsión marcó la tónica de la reunión, que había sido preparada en las más estrictas condiciones conspiradoras: no se hicieron públicos el lugar ni la fecha del encuentro. Rakosi, encargado de la organización, no lo entiende, y veinte años después seguirá sin entender las razones de este secreto. «Pero, naturalmente, escribirá, si Stalin insistía en ello, nosotros lo apoyábamos»<sup>14</sup>. La reunión se celebra en

<sup>13</sup> A. BORCHTCHAGOVSKI, *L'Holocauste inachevé*, op. cit., pp. 186-187.

<sup>14</sup> *Istoricheski Arkhiv*, n° 3, 1997, p. 134.

el sanatorio de Gaiadete, cerrado con anterioridad, oficialmente por reparaciones. Los tres informes, obras maestras de la resaca, el de Suslov sobre la lucha por la paz y contra los promotores de la guerra, el de Togliatti sobre la unidad de las fuerzas democráticas, y el de Gheorghiu-Dej sobre el refuerzo de la lucha contra la camarilla de Tito, así como las resoluciones adoptadas, son muestras de la rutina burocrática. Las auténticas decisiones se toman en otro sitio.

Este afán por el secreto atestigua una desconfianza generalizada que radicaliza su envejecimiento acelerado. Así, cuando sale del Kremlin para volver a su villa en compañía de sus lugartenientes, Stalin dicta al chófer un itinerario complicado, que se dedica a variar cada noche para engañar a unos imaginarios enemigos emboscados. Jruschov, instalado en el automóvil que lo sigue, se extraña de estas fantasías que comenta con Beria y Malenkov, acompañantes habituales del Guía, y les pregunta el motivo de esos zigzagues por las callejuelas. «Nosotros no fijamos el itinerario. Stalin es quien decide las calles»<sup>15</sup>. En esa época hace construir una segunda tapia en su villa: los perros guardianes recorren el espacio entre la primera y la segunda. Al mismo tiempo, añade Jruschov, «le pesaba la soledad; no soportaba quedarse solo, necesitaba a la gente». En cuanto se levantaba, llamaba a un miembro del Politburó para hablar de cualquier cosa y buscaba todos los pretextos para alargar la discusión, incluso si se trataba de un tema que «se hubiera podido solucionar en dos minutos»<sup>16</sup>. Recordando su desaparición, Jruschov continúa: «Hacía tiempo que la muerte le seguía como una sombra», cada vez más acuciante, que se extendía en su entorno: «Todos los que rodeábamos a Stalin éramos como condenados con la sentencia en suspenso»<sup>17</sup>, añade. Dicho de otro modo, cuanto más hace el vacío a su alrededor, más sufre. Pero nada lo detiene.

A partir de esta época, relata su hija, «era agrio con todos, no confiaba en nadie». Incluso reacciona a algunas críticas bondadosas que ella se permite dedicarle, reprochándole emplear «expresiones antisoviéticas». Considerando inútil decirle cualquier cosa, Svetlana lo evita, y él, por su parte, no trata de verla; desde entonces, solo se reúnen dos, tres o cuatro veces al año; y el ambiente es tan irrespi-

<sup>15</sup> N. JRUSCHOV, *Souvenirs*, op. cit., p. 283.

<sup>16</sup> *Ibid.*

<sup>17</sup> *Ibid.*, p. 291.

nable, que añade: «cada vez que iba a su casa tenía ganas de salir corriendo»<sup>18</sup>. La atmósfera del Kremlin, al que Stalin ya no va nunca, es igualmente irrespirable, y en 1952 Svetlana se marcha de allí. Él no se hace ilusiones sobre nadie. En 1950, Rakosi, que lo ve todos los años, afirma que «Stalin todavía tenía la mente bastante lúcida»<sup>19</sup>. Pero el fiel Molotov hace un comentario compartido unánimemente: «En los últimos años, Stalin comenzó a deteriorarse [...], en Stalin, la esclerosis se notaba mucho; además, estaba muy nervioso y sospechaba de todo el mundo. En mi opinión, su última época fue muy peligrosa. Caía en ciertos excesos»<sup>20</sup>. Por lo menos. La memoria y la lucidez, cada vez más intermitentes, disminuían irremisiblemente. Un día de 1949 llama al despacho del Kremlin a algunos de sus colaboradores y afirma: «*Pravda* celebra sin prudencia el culto a la personalidad. ¡Hay que cambiar el comité de redacción!». Los asistentes, mudos, esperan. ¿Quién osaría confirmar la existencia de ese culto? Stalin deambula con paso lento y pesado desgranando los nombres de los «nuevos promovidos» al comité de redacción de *Pravda*, algunos de los cuales fueron fusilados hace tiempo. Suele ocurrir que, al envejecer, Stalin mezcla el presente y un pasado que le obsesiona, y recuerda a Zinoviev o a Bujarin como si todavía estuvieran vivos. Petrificadas, las personalidades presentes no dicen palabra. Afortunadamente, el redactor-jefe designado, Mijail Suslov, sigue vivo...

Esta esclerosis se manifiesta también en que concede a los detalles una creciente atención destinada a sugerir su preocupación por los problemas cotidianos de la gente. Así, el 1 de mayo de 1949, al recibir en su dacha a un grupo de cuadros del Partido, entre ellos el primer secretario del PC de Moscú, Popóv, brinda por él al final de la comida y luego le pregunta si es cierto que en Moscú han desaparecido los urinarios públicos. Si es así, dice, «hay que solucionar inmediatamente esta cuestión. Es preciso instalar en Moscú una cantidad suficiente de buenos urinarios. Hay que construir urinarios subterráneos en el centro de la ciudad [...] y también en la plaza Roja». No concreta si piensa en instalarlos frente al Mausoleo, pero, aludiendo al desfile del 1 de mayo, que moviliza durante horas a

<sup>18</sup> S. ALLILUIEVA, *En une seule année*, op. cit., pp. 137-138.

<sup>19</sup> *Istochnik*, n° 1, 1997, 132, y *Istoricheski Arkhiv*, 1997, n° 5-6, p. 45.

<sup>20</sup> F. TCHUEV, *Conversations avec Molotov*, op. cit., pp. 248-249.

centenares de miles de ciudadanos obligadamente entusiastas, se enternece sobre su suerte: «Mirad, hoy no es posible que la gente permanezca en pie seis o siete horas sin poder aliviarse. Es difícil». Y propone que, en las grandes fiestas, se instalen urinarios móviles montados en vehículos<sup>21</sup>.

Durante los meses del verano de 1949, solo el Ministerio de Asuntos Exteriores le presenta para su estudio los siguientes documentos: el proyecto de directrices para la delegación soviética en el primer congreso internacional de biólogos; la invitación de la URSS a los equipos de luchadores checoslovacos y finlandeses y al equipo húngaro de fútbol Vasas; el envío de los equipos soviéticos masculino y femenino de voley-ball al campeonato del mundo; la sustitución del exarca del patriarcado de Moscú en Europa occidental, y el nombramiento del administrador eclesiástico de las parroquias ortodoxas de Hungría. Esta hipercentralización puntillosa se realiza incluso en detrimento de los asuntos de Estado. El correo que diariamente recibe del Kremlin permanece sin abrir en el despacho de Kuntsevo durante semanas, incluso meses.

El 17 de diciembre se reúne un comité de 74 dirigentes y académicos encargado de preparar el 70 aniversario de Stalin, para concretar los festejos organizados previamente: una gran velada en el Bolchoi el 21 de diciembre; una recepción gubernamental en el Kremlin el 22 de diciembre a partir de las nueve de la noche, y la concesión de la Orden de Lenin a Stalin. El comité propone crear de cinco a diez premios Stalin internacionales «para el fortalecimiento de la paz entre los pueblos» (indudablemente, una idea de Stalin). En los debates, Molotov indica: «Las medidas propuestas se caracterizan por su gran modestia. Eso corresponde al carácter y los deseos del camarada Stalin»<sup>22</sup>. No es cuestión de oponerse y el Comité lo ratifica. Deciden que la entrega de los premios Stalin se celebre el 21 de diciembre de cada año; además de un diploma, los agraciados recibirán una medalla de oro con la efigie de Stalin y un

<sup>21</sup> *Istochnik*, n.º 5, 1997, p. 136. De vez en cuando manifestaba ese aparente interés por los pequeños problemas cotidianos de la gente para pescar en falta a sus colaboradores. Así, a últimos de 1933, Stalin llama a Jruschov y le comunica: «Según los rumores que han llegado a mis oídos, tú dejas que todo lo que concierne a los urinarios públicos se esté llevando a cabo de un modo muy desfavorable. Parece que las personas no consiguen encontrar un lugar para aliviarse. Los ciudadanos se encuentran en situaciones embarazosas. Haz algo por mejorar la situación» (Jruschov, *Souvenirs*, op. cit., 74). A pesar de aquella intermitente preocupación, nada había cambiado al cabo de quince años.

<sup>22</sup> *Istochnik*, 1996, n.º 5, pp. 76 y 79.



premio de 100.000 rublos (en aquella época, el salario medio mensual de un obrero era de 70 a 80 rublos). El primero de estos premios se entregó en 1950. Un cineasta propuso que se concediera al mismo Stalin. ¿Dar un premio Stalin a Stalin? Muy extraño... La idea fue rechazada.

La ceremonia se desarrolla en medio de un ambiente de fervor religioso. Stalin, medio adormilado y con la mirada perdida, parece vagamente ausente. Mathías Rakosi, en nombre del PC húngaro, saluda a «nuestro padre Stalin»<sup>23</sup>. Y todo lo que sigue es del mismo cariz... Este aniversario suscita un auténtico delirio organizado en el mundo entero por los partidos comunistas de los cinco continentes. Stalin es el sabio más grande y el genio mayor de la historia de la humanidad e incluso parece vencer al tiempo. Cuanto más se encoge y se arruga en la realidad, más rejuvenece en los retratos. *Pravda* del 21 de diciembre de 1949 publica un extenso artículo titulado «Nuestro Stalin bienamado», revisado por él mismo. Su mano se reconoce en los elogios ditirámicos y las metáforas de dudosa coherencia que dan la impresión de un pastiche: «El pueblo ve en el camarada Stalin un águila de las montañas» que, «como una antorcha brillante, ilumina el camino hacia las cumbres del comunismo. Ese nombre es la encarnación del valor, del heroísmo, de la gloria y de las grandes victorias de los trabajadores que viven en la época estalinista [...] y reúne los mejores rasgos de la humanidad obrera, sus esperanzas y sus ilusiones, su poderío y su gloria [...]. Sus planes geniales que ponen los cimientos de nuestro presente grandioso y de nuestro futuro más radiante aún [...] transforman a los trabajadores medios en combatientes, en héroes, y multiplican cada día unas hazañas sin precedentes». El águila se transforma más adelante en piloto que «supera todas las dificultades, soslaya los escollos, seguro de sí, con un sentido genial de la anticipación». El águila piloto es también un taumaturgo. *Pravda* del 17 de febrero de 1950 exhorta a sus lectores: «Si encontráis dificultades en el trabajo o si de repente dudáis de vuestra capacidad, pensad en él, pensad en Stalin [...]. Si en cierto momento os sentís cansados cuando no debíais estarlo, pensad en él, pensad en Stalin y vuestro trabajo acabará siendo per-

<sup>23</sup> *Istocelnik*, 1997, nº 1, p. 127. El 15 de abril de 1959 fueron enumerados 19.180 regalos y cerca de 1 millón de cartas, mociones y mensajes de felicitación. CRCEDHC, fondos 558, inventario 4, dossier 596.

fecto». El artículo no indica si la receta sirve también para los detenidos del Gulag. Lejos de las presiones moscovitas, Paul Eluard canta también al septuagenario:

*Para nosotros Stalin está presente en el mañana  
Y Stalin disipa hoy la desgracia,  
La confianza es el fruto de su cerebro de amor...  
Porque la vida y los hombres han elegido a Stalin  
Para representar en la tierra sus esperanzas sin límites<sup>24</sup>.*

Se supone que la naturaleza ha de obedecer sus leyes: así, decide invertir el curso de los ríos de Siberia haciendo fluir hacia el sur sus aguas absurdamente dirigidas hacia el Polo a través de la taiga y de la tundra desérticas; se propone rodear la Rusia central de un gigantesco cinturón forestal para detener los vientos que desecan el humus; los innumerables retratos que adornan los frontispicios de los palacios, las oficinas y los despachos atestiguan su juventud inalterada e inalterable; las estatuas sembradas por doquier, desde el monte Pamir al canal Volga-Don, de Budapest a Sofía, le confieren una eternidad que los emperadores romanos creyeron lograr en otro tiempo multiplicando sus efigies, destrozadas de ordinario al día siguiente de su muerte... En 1951 manda dedicar 33 toneladas de cobre a la construcción de una estatua colosal cerca de Stalingrado junto al canal Volga-Don. Este culto escandaloso oculta el endurecimiento de la represión que se observa a lo largo de todo 1949 y que anuncia un nuevo Terror. La Seguridad se lleva a todos los antiguos deportados liberados tras cumplir su condena en los años precedentes. Para romper la resistencia nacionalista, en marzo hace deportar a Siberia a 32.000 lituanos (que se añaden a los 40.000 deportados de 1948), 42.000 letones y 20.000 estonios. A lo largo del año son expedidos a Siberia cerca de 100.000 moldavos. Pero eso solo son naderías.

Los fracasos de su política exterior refuerzan la necesidad del terror interior. Después de la rebelión de los comunistas yugoslavos en 1948, 1949 es el año de su doloroso revés en China. Stalin apoyó a Tchang Kai-shek hasta el último momento. Para justificar ese apoyo ante su entorno, describe a Mao Tsé-tung como un rábano («rojo por fuera, blanco por dentro»). Es la versión legumbre del individuo tradicional de dos caras del que hay que desconfiar. En julio de

<sup>24</sup> *Les Cahiers du communisme*, enero 1950, p. 4.

1949, la Seguridad detiene a Mijail Borodin, un viejo bolchevique, consejero militar de Mao durante mucho tiempo. A pesar del apoyo militar y financiero americano, pero también del apoyo político de Stalin, el régimen de Tchang, que huye a Formosa con los restos de su ejército, se derrumba. En octubre de 1949, el Ejército popular chino se apodera de Cantón y queda proclamada la República popular china. Stalin, rencoroso, hará fusilar a Borodin en mayo de 1951.

La victoria de la revolución china acrecienta la desconfianza, si no la enemistad de Stalin respecto a los comunistas chinos. Siete años después, Mao Tsé-tung lo discutirá mucho tiempo con Iudin, el embajador soviético en Pekín, antiguo redactor-jefe del periódico del Kominform. Según Mao, el origen de esta desconfianza se explicaba por el temor a que China se convirtiera en una segunda Yugoslavia, un presentimiento que se haría realidad más tarde. Las mismas razones producen los mismos efectos: como los yugoslavos, los comunistas chinos habían llegado al poder a la cabeza de un profundo movimiento popular que barrió al antiguo Estado, a su aparato y a las relaciones sociales sobre las que reposaba, y existían todas las razones para pensar que aspirarían a la independencia completa. Entonces me calificaban, dice Mao, como el «Tito chino»<sup>25</sup>.

A mediados de diciembre de 1949, Mao Tsé-tung viaja a Moscú para discutir la firma de un tratado de colaboración y ayuda mutua entre China y la URSS, que reemplazaría al antiguo tratado firmado con el Kuomintang. Entonces, Stalin decide humillar al dirigente chino. Cuando el tren llega a Moscú, Mao invita a los dos miembros de la delegación soviética, Bulganin y Molotov, a degustar con él unas especialidades preparadas en su honor. Los dos hombres, prevenidos al efecto, se niegan. Es la primera ofensa. El 16 de diciembre, Stalin recibe brevemente en el Kremlin a Mao, que le pide que firme el tratado de colaboración. Stalin elude la cuestión y ataca a fondo: «América puede llamar a voces a la guerra, pero teme a la guerra más que a nada; Europa tiene miedo de la guerra; no hay nadie para luchar con China»<sup>26</sup>. Manda alojar a Mao en su villa de

<sup>25</sup> *Problemy Dalnego Vostoka*, n° 5, 1994, p. 105. Acta de los dos encuentros entre Stalin y Mao Tsé-tung. Ver ALEDOVSKI, «Las negociaciones entre Stalin y Mao Tsé-tung de diciembre de 1949-febrero de 1950», *Novaia i noveichaia istoria*, n° 1, 1997, pp. 23-47. *Cold War International History Project*, n° 6-7, pp. 5-9. Cf. Aledovski.

<sup>26</sup> *Ibid.*, *op. cit.*, p. 27. *Cold War International History Project*, *op. cit.*, p. 5. La frase sobre Chuen lai citada por Mao no figura en el acta de la conversación en la que Stalin dice solamente: «Chu puede ser necesario para otros temas».

Usovo, la más alejada de Moscú, que no visita jamás y donde lo olvida. Mao insiste y le propone hacer venir desde Pekín a su ministro de Asuntos Exteriores Chu En-lai, para firmarlo. Según Mao, Stalin se subleva: «¡Eso sería inoportuno; la prensa burguesa empezaría a gritar que todo el gobierno chino se encuentra en Moscú!». A continuación se niega a entrevistarse con Mao que, al cabo de unos días, le telefona. Le responden que Stalin no está y le proponen que hable con Mikoian. «Todo aquello me ofendió»<sup>27</sup>, dice Mao. «Mao estaba terriblemente ofendido», confirma el intérprete Kovaliov que, mandado por Stalin, propuso a Mao que hiciera turismo por el país. El dirigente chino rehusó y respondió que prefería descansar en la villa, donde se encerró.

Un mes después le enviaron el texto de una entrevista firmada por Stalin. Mao leyó con satisfacción el anuncio de que en Moscú habían empezado unas negociaciones —que en realidad aún no se habían abierto— dirigidas a la firma de un tratado de amistad entre la URSS y China. A primeros de enero de 1950, Inglaterra y la India habían reconocido a la China popular. Stalin no podía, pues, hacer menos. El 22 de enero de 1950 recibió a Mao y rubricó con él... un tratado de tipo colonial. Por iniciativa de Stalin, subraya Mao, Manchuria y Sin-kiang pasaron a ser zonas de influencia soviética y Port-Arthur, una base militar soviética. El tratado creaba cuatro sociedades mixtas que llevarían a cabo el saqueo de las riquezas chinas en provecho de Moscú.

Para preparar la nueva purga, Stalin ha de dar un rostro nuevo al enemigo del pueblo. Ayer era el trotskista, el titista lo es para las democracias populares, el judío no puede serlo proclamado públicamente... Y esto es lo que encuentra: hoy, el enemigo es el papanatas que no vigila, el «tonto útil». Ya partir del 30 de marzo de 1949, lo define durante una reunión en el Comité Central: «¿Dónde reside hoy el peligro principal? En los cretinos, en los tontos útiles. Nuestro país puede perecer a causa de esas personas honestas, pero ciegas [...]. Los enemigos llevan a cabo su política con la ayuda de esos imbéciles»<sup>28</sup>. El enemigo despierto manipula así al enemigo inconsciente, que lo toma y al que se toma por un amigo.

<sup>27</sup> *Ibid.*, p. 106, y *Komsomolskaia Pravda*, 10 de diciembre de 1991.

<sup>28</sup> CRCEDHC, fondos 629, inventario I, dossier 95 (2ª parte), *Istochnik*, n° 3, 2000, p. 102.

Cada vez más pendiente de su seguridad personal, aquel mismo año mandó construir en los talleres ZIS (Fábricas Stalin) un automóvil blindado especial. Aquel auténtico monstruo no se distinguía por su apariencia de los modelos Standard de los dirigentes, pero los cristales, de más de 8 milímetros, pesaban más de 100 kilos. El coche estaba dotado de doble techo y doble suelo. El peso total de aquel pequeño tanque era de 7,3 toneladas. La disposición interior era peculiar. El asiento delantero y el trasero estaban muy separados, y a la espalda del asiento derecho delantero va fijado un trasportín; el ocupante es apenas visible desde el exterior. En él, encogido entre los dos guardias cómodamente instalados, solía sentarse Stalin, obsesionado por la idea de un atentado... Entre 1949 y la primavera de 1953, Stalin manda construir treinta de esos automóviles. Veinte están estacionados en Moscú, dos en Leningrado, y los demás en Crimea, en Sotchi, en el Cáucaso, dispuestos en todo momento a acoger al Guía y a sus dos guardaespaldas. Después de su muerte, Jruschov mandará fundirlos. Solo uno escapará a la destrucción: se encuentra en el museo de automóviles de Riga...

En enero de 1950, Stalin restablece la pena de muerte. No obstante, sabe que no hay un buen terror sin una buena propaganda, y se dedica a solucionar la amenazadora crisis económica con una mezcla de desfachatez, de la que es una forma la bajada anual de precios, y con una brutalidad represiva. En diciembre de 1949 había decretado una disminución en los precios, renovada a lo largo de los tres años siguientes, de los tres principales artículos: el 10% en el pan, la manteca, el salchichón y la carne, y el 20% en el vodka y los objetos escasos (relojes) y escasísimos (los aparatos de televisión). La medida, económicamente impracticable, implica la bajada de los precios de compra a los campesinos —cada vez menos dispuestos a vender su producción personal—, y en consecuencia, las interrupciones cada vez más frecuentes en el abastecimiento. Así, la bajada de precio de un producto aumenta la dificultad de conseguirlo. La medida agrava los problemas económicos. Al haberse efectuado a la antigua, al margen de la división internacional del trabajo a comienzos de los años 50, la economía soviética acusa, en comparación con la de los países europeos y de los Estados Unidos, un creciente retraso que el saqueo de las democracias populares no soluciona. Siempre dando prioridad al carbón, Stalin se preocupa muy poco del petróleo y de una casi inexistente industria química.

La productividad en el trabajo es tres o cuatro veces inferior a la de los países capitalistas desarrollados. La agricultura no alimenta adecuadamente a los 180 millones de soviéticos.

Deja irse a pique la preparación del quinto plan quinquenal, que debía empezar en enero de 1950 y que se promulgará en agosto de 1951, es decir, con veinte meses de retraso. Desde 1947, Stalin no preside las sesiones del Consejo de ministros. A comienzos de agosto de 1951 se instala en el asiento del presidente, toma el dossier que contiene el proyecto del plan, lee un breve informe y se dirige a los ministros presentes: «Este es el plan. ¿Quién está en contra?». Nada en la actitud de Stalin sugiere que se opone a un proyecto que, según Jruschov, no ha leído. Los ministros se miran unos a otros y guardan silencio. Stalin pregunta: «¿Aceptado?». Un sí unánime le responde. El texto queda aceptado. En total, la sesión ha durado diez minutos. A la salida, Stalin invita a los miembros del Politburó presentes a ver una película. Una vez que entran en la sala de proyección, se vuelve hacia ellos y les dice: «Se la hemos jugado bien, ¿eh?»<sup>29</sup>.

La segunda respuesta al marasmo económico, más severa pero igualmente ineficaz, fue la ampliación del Gulag, al que, en los últimos meses de su reinado, Stalin concede cada vez más atención e interés.

A partir de 1948, manda crear unos «campos especiales» instalados en Kolyma, en el Gran Norte siberiano y en el Kazajstán, para internar en ellos, tras el cumplimiento de la pena, a «los espías, los saboteadores, los terroristas, los trotskistas, los derechistas, los mencheviques, los socialistas-revolucionarios, los anarquistas, los nacionalistas, los emigrados blancos, los miembros y grupos de otras organizaciones antisoviéticas, y las personas que supongan un peligro a causa de sus lazos antisoviéticos y de su actividad enemiga». Un decreto del Consejo de ministros del 1 de febrero de 1948 fija el objetivo en 180.000 detenidos políticos considerados especialmente peligrosos. En una instrucción del 2 de octubre de 1948 fija el «régimen severo» de esos detenidos, utilizados prioritariamente en «trabajos físicos penosos» y sometidos a «severas exigencias relacionadas con el cumplimiento de las normas de producción»<sup>30</sup>. La

<sup>29</sup> Discurso de N. Jruschov en el pleno del Comité Central del PCUS, *Literaturnaia Gazeta*, 9 de junio de 1963.

<sup>30</sup> Estos dos textos no figuran en el libro *Gulag 1918-1960*. Me han sido proporcionados por el historiador Alexander Podchtchekoldin.

jornada de trabajo queda fijada en diez horas. El 5 de marzo de 1950, el ministro del Interior, Kruglov, pide a Stalin que aumente el objetivo a 250.000 detenidos. Concedido. El 1 de enero de 1953, los diez campos existentes albergarán a 210.000 detenidos de los 2.700.000 del total del Gulag.

Cada campo, normal o especial, envía al ministro del Interior, sección del Gulag, un detallado informe mensual, trimestral y anual sobre el conjunto de su actividad. La sección operativa del Gulag redacta una síntesis de esos informes, que acaban en el despacho de Stalin. Este sigue igualmente de cerca el trabajo de la red de «charachkas», sistematizada por Beria: mini-campos científico-técnicos que reúnen a sabios, investigadores, ingenieros y técnicos para trabajos de investigación científica o técnica.

Stalin exige que el Ministerio del Interior dedique al Gulag lo esencial de su actividad. A primeros de 1949 le retira la gestión de la «milicia» (la policía) que transfiere al Ministerio de la Seguridad del Estado. La mayoría de los informes del Ministerio del Interior al Politburó versan sobre la actividad del Gulag. Un ejemplo: seis de cada diez en dos semanas en enero de 1950: sobre la situación del plan de los grandes trabajos en 1949; sobre la situación de la producción industrial en 1949; sobre la excavación del canal Volga-Don decidida en junio de 1946 y sobre la construcción de la carretera Moscú-Jarkov-Simferopol y de vías férreas en 1949. Es una preocupación que aumenta año tras año: los cuatro informes de enero de 1952 están dedicados a la producción del Gulag<sup>31</sup>. El Ministerio del Interior, convertido en ministerio del Gulag, aún así el terror político cada vez más impotente, y los trabajos forzados, cada vez más ineficaces. Las convulsiones que sacuden al sistema de los campos de trabajo, antes incluso de la muerte de Stalin, lo atestiguan claramente y reflejan una situación más general.

Durante mucho tiempo se ha atribuido al Gulag y a su mano de obra de esclavos un lugar preponderante, incluso central, en la economía de la URSS estalinista. Esta afirmación se basa en la organización del Gulag en ramas económicas y en un cálculo generoso del número de detenidos: el lugar atribuido a los trabajos forzados en la economía soviética es proporcional a esta evolución. El silencio del Kremlin ha favorecido durante mucho tiempo la publicación de

<sup>31</sup> *Arkhiv Novevechĭ Istorii Rossii, serie Catalogue, t. I, pp. 303-304 y 322.*

unas cifras astronómicas, que van de 5 a 17 y hasta 20 millones de detenidos; la apertura de los archivos del Ministerio del Interior ha solucionado la cuestión: en números redondos, al 1 de enero de 1950, 1951, 1952 y 1953, el Gulag encerraba de 2.500.000 a 2.760.000 detenidos<sup>32</sup>.

A la forzada mano de obra del Gulag se podría añadir, después de la guerra, la totalidad de los pueblos deportados (coreanos en 1937, alemanes soviéticos en 1941, pueblos del Cáucaso en 1943-44) o parte de ellos (moldavos, estonianos, lituanos, letones) en 1940-1941, 1944-1945 y en 1949: en total, 2.600.000 personas. No obstante, viviendo al aire libre, en tiendas, en chozas, en zemlianki, en lugares inhóspitos, esas poblaciones tratan de sobrevivir con todas sus fuerzas. Por ejemplo, la miseria de los kalmukos deportados era tan grande que Stalin, cuyo sentimentalismo no era su principal virtud, ¡los liberó en 1945 y 1946 de las entregas obligatorias al Estado, del impuesto agrícola especial y del impuesto sobre los ingresos!

El Gulag es una institución típicamente estalinista: sobre el papel, la lista de realizaciones es impresionante; la realidad (¡salvo para la represión!) es fantasmagórica. El Gulag edificó ciudades enteras, excavó canales, construyó doce vías férreas, dos carreteras, tres centrales hidro-eléctricas y cuatro complejos, explotó minas de carbón, de uranio, de cobre, de oro, taló bosques, etc. Los detenidos fabricaban de todo excepto, según Soljenitsyn, charcutería y confitería, y todo sin medios mecánicos, con pico y pala, con piqueta, frecuentemente sin guantes ni ropa de abrigo, en regiones inhóspitas en las que reinaba un frío glacial la mayor parte del año.

Pero la realidad es muy distinta de los resultados estadísticos. Soljenitsyn lo afirma sin ambages: todo lo que los detenidos fabricaban para su querido Estado no era más que trabajo, en último extremo, chapuceado<sup>33</sup>: los pozos de mina excavados en el suelo helado, rellenados y excavados de nuevo, las zanjas inútiles, los productos podridos o destruidos pero contabilizados, y así sucesivamente, son la mercancía del Gulag. Incluso es deficitaria la extracción de minerales (oro, cobre, níquel, cromo, hierro) y de carbón. Los recuerdos de los detenidos insisten en lo que llaman «el

<sup>32</sup> Sobre este punto, cf. la afirmación de Nicolás Werth basada en los documentos publicados en Rusia: «Las auténticas cifras del Gulag», *L' Histoire*, n° 169, pp. 38-51.

<sup>33</sup> A. SOLJENITSYN, *L'Archipel Goulag*, op. cit., t. 2, p. 437.



relleno»: los falsos inventarios, las relaciones fantásticas, los cargamentos invisibles, los productos deteriorados contabilizados como producción efectiva, los canales inutilizados como el Bielomorkanal, las líneas de ferrocarril inútiles para la circulación: así, la línea Salejard-Ingark, de una longitud de 1.200 kilómetros, construida en la tundra y cuyos raíles se alabean, o la línea Ussa-Vorkuta cuyas vías, montadas sobre la osamenta de miles de detenidos, «flotan», y sobre las cuales se bambolean la locomotora y los vagones, incluso después de la ejecución de los constructores fusilados por «sabotaje».

Según Zubtchaninov, deportado en Vorkuta, el carbón de Vorkuta resultaba dos veces más caro que el del Donetz. El transporte, el mantenimiento y la vigilancia de los detenidos, sus múltiples actividades no productivas y el gasto del aparato policial representan una parte considerable del precio de coste del carbón. En Vorkuta extraen carbón menos de la cuarta parte de los deportados. Soljenitsyn termina: «No solo no cubría gastos el Archipiélago, sino que el país estaba obligado a pagar muy caro el placer de poseerlo»<sup>34</sup>.

En efecto; si «todo» lo que los detenidos fabricaban en el Gulag era «chapucero» y por lo tanto inutilizable, el Gulag, costoso e improductivo, administrado por un enorme aparato policial saqueador, no era rentable. El detenido, mal alimentado, mal cuidado, mal vestido, mal alojado, mal calentado, aunque bien vigilado, era poco productivo. Los métodos de trabajo manual archiarcaicos, la coacción y la violencia omnipresente impedían que fuera de otro modo.

El zek (o deportado), hambriento pero gravoso, es un símbolo del desastre estalinista. Para reducir su coste, a partir de 1949, los campos pasan al régimen de autofinanciación. En este sentido, es la imagen misma de la economía estalinista. No obstante, nada cambia. Su función represiva domina y obstaculiza el cumplimiento de su función económica. Los trabajos forzados, lejos de ser el núcleo de la economía estalinista, son solo una función derivada y secundaria de un régimen de terror político y policial, de una importancia variable según los sectores y, en consecuencia, su valor económico global es secundario.

<sup>34</sup> *Ibid.*, p. 439.

Los últimos años de Stalin están marcados por la ampliación de un Gulag en el que se perciben las primeras grietas que anuncian su próximo derrumbamiento. La administración es impotente ante la lucha entre fracciones de derecho común rivales que extienden su influencia sobre el conjunto de los detenidos. Cada una controla su lugar de trabajo; los políticos se alían frecuentemente con ellas en contra de la administración, enfrentada a una coalición de fuerzas adversas hasta el momento. Como escribe Soljenitsyn, «a comienzos de los años 1950, el sistema estalinista de los campos, especialmente en los campos especiales, estaba maduro para la crisis. Incluso en vida del Todopoderoso, los indígenas ya habían empezado a romper sus cadenas»<sup>35</sup>.

El desorden del Gulag no es más que el reflejo exacerbado del que reina en el conjunto de la sociedad bajo la bota policial y tras la apariencia de un orden absoluto. Stalin intenta paliarlo a base de extender una uniformidad ideológica. Después de la literatura, el cine, la biología y la historia, la lingüística parecía preparada para sufrir la campaña de rectificación iniciada en 1946. La victoria de Lyssenko en 1948 da alas a los discípulos del lingüista proletario Marr, muerto en 1934. El 22 de octubre de 1948, el Consejo Científico del Instituto de la Lengua en Leningrado, en una disposición comunicada a Stalin, condena a ocho lingüistas acusados de «reflejar servilmente las teorías podridas del sossurianismo y del estructuralismo» y de «luchar contra la lingüística materialista soviética»; y pide «medidas concretas destinadas a aplastar la lingüística reaccionaria idealista»<sup>36</sup>.

Uno de los ocho lingüistas denunciados, el georgiano Tchikobava, había escrito a Stalin denunciando el destrozo de la lingüística soviética a manos de los marristas. En marzo de 1950, Stalin lo convoca a su villa. El 10 de abril le ordena que escriba un artículo que discute detalladamente. Tchikobava, sorprendido y encantado de ver «que se podía discutir con él», vuelve en dos ocasiones a la dacha de Stalin donde conversan extensamente sobre el texto definitivo. «Stalin no soportaba las oscuridades, dice, se interesaba por las cuestiones de lingüística, fundamentalmente respecto a la cuestión

<sup>35</sup> *Ibid.*, t. 3, p. 230.

<sup>36</sup> M. GORVANESKI, «Resumen a la moda del corifeo», *Literaturnaja Gazeta*, 25 de mayo de 1988. V. ALPATOV, *Istoria odnogo mifa* (Historia de un mito), Moscú, Nauka, 1991, pp. 148-149.

nacional»<sup>37</sup>, una preocupación política comprensible en un país de 140 nacionalidades sometidas por Stalin a una política de rusificación rampante.

El artículo de Tchikobava, publicado en *Pravda* del 9 de mayo de 1950, suscita una viva controversia en las columnas del diario hasta producir una auténtica tormenta. El 20 de junio, *Pravda* publica un artículo de Stalin, «A propósito del marxismo en lingüística», seguido muy pronto de «Algunas cuestiones de lingüística», y por último, el 2 de agosto, de una «Respuesta a los camaradas» (siguen cuatro nombres, entre ellos, el de un tal Jolopov, que había osado advertir a Stalin que en 1950 escribía lo contrario de lo que había escrito en 1930 sobre la fusión de las lenguas). Mientras tanto, *Pravda* publica unas autocríticas de marristas, convencidos de que el plan de aplastamiento de sus adversarios se volverá contra ellos. Así, Tchemodanov, se extasia flagelándose en *Pravda* del 23 de mayo: «El último genial trabajo del camarada Stalin es un giro en la evolución de las ciencias sociales [...], la exposición más notable, más completa y más sistemática del marxismo en el ámbito de la lingüística». Sin embargo, Stalin se había limitado a desgranar algunas perogrulladas y dos o tres sandeces, como la afirmación, que el mismo contradirá cinco semanas después, de que los dialectos y las jergas constituían ramificaciones de la lengua nacional común. Pero esas insignificancias apenas importan frente a lo esencial.

Fingiendo abrir una discusión libre sobre lingüística, persigue un doble objetivo: el primero es de fachada, el segundo más profundo. En primer lugar, reprocha a los lingüistas que no se hayan preocupado de elaborar una gramática, un diccionario y manuales de los que carecen las aproximadamente sesenta lenguas y dialectos hablados en la URSS, y al mismo tiempo, al no hacerlo, de no preparar las condiciones para hacer del ruso una lengua «zonal» domi-

<sup>37</sup> V. ALPATOV, *Istoria odnogo mifa*, op. cit., p. 182. Tchikobava, que redactó sus memorias tardíamente, afirma que, a lo largo del encuentro, Stalin criticó enérgicamente a Lysenko al que comparó con Marr. Si la memoria no confunde al anciano lingüista, eso significaría que Stalin solo había empleado a Lysenko para aterrorizar a la comunidad de biólogos soviéticos. Y es tanto más verosímil ante el hecho de que en mayo de 1950 la mano derecha de Lyssenko, Prezent, fue cesado en sus funciones en la universidad de Moscú tras una carta de seis páginas a Malenkov firmada por Suslov y otros cuatro dignatarios en la que acusaban a Prezent de ocho delitos diferentes, desde la relación con un grupo trotsko-terrorista-zinovievista en Odesa en 1938 a javeruras extraconyugales con sus estudiantes! (CRCEDHC, fondos 17, inventario 18, dossier 890). Ciertamente, Prezent era judío y caía, pues, bajo el golpe de la campaña anticosmopolita.

nante, en espera de ser la única en todo el territorio de la URSS. El debate sobre la lingüística es un elemento de la política de rusificación impulsada por Stalin desde 1945 a un ritmo incesantemente acelerado.

Persigue un objetivo aún más oscuro: Stalin avanza siempre disfrazado. En su último texto del 4 de agosto, afirma como de pasada: la tesis de Engels según la cual, «después de la victoria de la revolución socialista, el Estado ha de debilitarse», es falsa. Solo pueden creer en ella «los escolásticos y los talmudistas». ¿Por qué? «Como la revolución socialista ha triunfado solamente en un país y el capitalismo domina en todos los demás, si el país de la revolución victoriosa no quiere verse aplastado por el cerco capitalista, debe consolidar al máximo el Estado y su aparato, los servicios de información y el ejército». E insiste: «La fórmula de Engels [...] es inaplicable en el caso de que el socialismo triunfe en un solo país mientras el capitalismo domine en todos los demás»<sup>38</sup>. ¿En todos los demás? La fórmula es brutal: ¿las democracias populares y China, donde la revolución acaba de triunfar, son, pues, países capitalistas? A sus ojos socialistas, ¿el famoso «campo socialista» no lo sería más que a medias y estaría atestado de caballos de Troya burgueses?

Al actuar así, Stalin critica su propia teoría del «socialismo en un solo país»: si el aparato de coerción social, que quiere reforzar al máximo, es el reflejo de la violencia exterior sobre la sociedad soviética por parte de un imperialismo ávido de reconquistar un mercado perdido; si es capaz de imponer un enorme y gravoso desarrollo del aparato del Estado, la «sociedad socialista» autárquica sufre, pues, la imposición y la marca del mundo capitalista que la rodea. En él, la teoría siempre es la sirvienta de la práctica. La teoría del refuerzo creciente del Estado y de sus órganos coercitivos debe justificar el reforzamiento de la represión y anunciar una nueva etapa del Gran Terror. Y hacerlo en torno a una discusión libre sobre la lingüística es uno de los ardidés en los que Stalin se complace.

El proceso a puerta cerrada de los dirigentes de Leningrado se abre el 29 de septiembre de 1950. El 30 de enero, Stalin confirma las propuestas de condena que le ha presentado Abakumov. El proceso, llevado a paso de carga, dedica veinte minutos a cada víctima. Los acusados son convictos de haber constituido, a partir de 1938

<sup>38</sup> I. STALIN, *Le Marxisme et la Linguistique*, Moscú, p. 49.

(el año del tercer proceso de Moscú, el del «bloqueo de trotskistas y derechistas»), un grupo antisoviético, y de haber intentado rebelar al partido de Leningrado contra el Comité Central. La lectura del veredicto termina a la 1 de la madrugada del 30 de septiembre. Voznessenski, Kutnetsov y Popkov y otros tres dirigentes, condenados a muerte, son fusilados al momento. Otros procesos de leningradeses, arrancados de las cuatro esquinas de Rusia a finales de octubre y primeros de noviembre, concluyen delante del pelotón de ejecución.

El affaire del Comité antifascista judío parece llegar a su final antes del último acto de Leningrado. Jemtchujina figura en el acta de acusación establecida el 25 de marzo de 1950, y de la que ha desaparecido el nombre de Kaganovitch. Pero la debilidad de la argumentación irrita a Stalin. En un proceso a puerta cerrada manda juzgar y condenar a algunas víctimas de segunda categoría, pero suspende la instrucción del asunto. Este fracaso costará la carrera a Abakumov.

En septiembre de 1950, el affaire de Leningrado está cerrado. Como antes Iejov, se sabe que Abakumov está acabado y Stalin espera la ocasión de liquidarlo. Pero ahora no tiene tiempo de ocuparse de él: se va de vacaciones y recupera el aliento. Su despacho del Kremlin permanecerá vacío durante cinco meses. No recibe a nadie desde el 1 de agosto hasta el 22 de diciembre de 1950.

Tampoco se presenta en público, excepto en algunas apariciones rituales en el Mausoleo en las fiestas del 1 de mayo y el 7 de noviembre. Parece ocultarse. De 1946 a 1950, solo escribe felicitaciones de Año Nuevo y algunas lacónicas respuestas a los periodistas. A pesar de la tensión de la guerra fría no se reúne más que cuatro veces en tres años con el embajador americano Bedell Smith, pero, aunque parece borrarse, su culto adquiere dimensiones nuevas. Todas las capitales de Europa oriental, excepto Varsovia, erigen unas estatuas inmensas en su honor. Ese alboroto puebla el silencio enfermizo y suspicaz en el que se oculta.

Para paliar la parálisis del sistema, que amplifica con su ausencia, Stalin se dedica a unas reorganizaciones incesantes del Consejo de ministros, de sus despachos específicos de geometría variable y de su Buró general de oscuras prerrogativas. La esterilidad de sus esfuerzos le conduce a preparar una gran purga del tipo de la de 1937-1938, que había renovado completamente el aparato del Partido y del Estado y liquidado a unos molestos testigos de su pasado.

Ante esta perspectiva, intenta romper el monopolio de la Seguridad del Estado (MGB) desarrollando las funciones represivas del aparato del Partido mismo e instaurando una especie de seguridad de Estado del Partido cuya dirección confía a Malenkov y a Chkiriátov. Con este objeto, a primeros de 1950 crea una cárcel especial del Comité Central, colocada bajo la égida de la comisión de Control, que preside Chkiriátov.

Ese guardián de la moralidad del Partido anuncia ya las privatizaciones mafiosas de la era Eltsin. El 15 de mayo de 1949, Dekanozov, vicepresidente del Gusimz, informa a Beria de que Chkiriátov ha depositado 800.000 francos suizos en una cuenta secreta en Suiza, bajo el seudónimo de Vladlen Nikolaievitch Klimov. Beria lo notifica al Politburó. Stalin no se inmuta<sup>39</sup>.

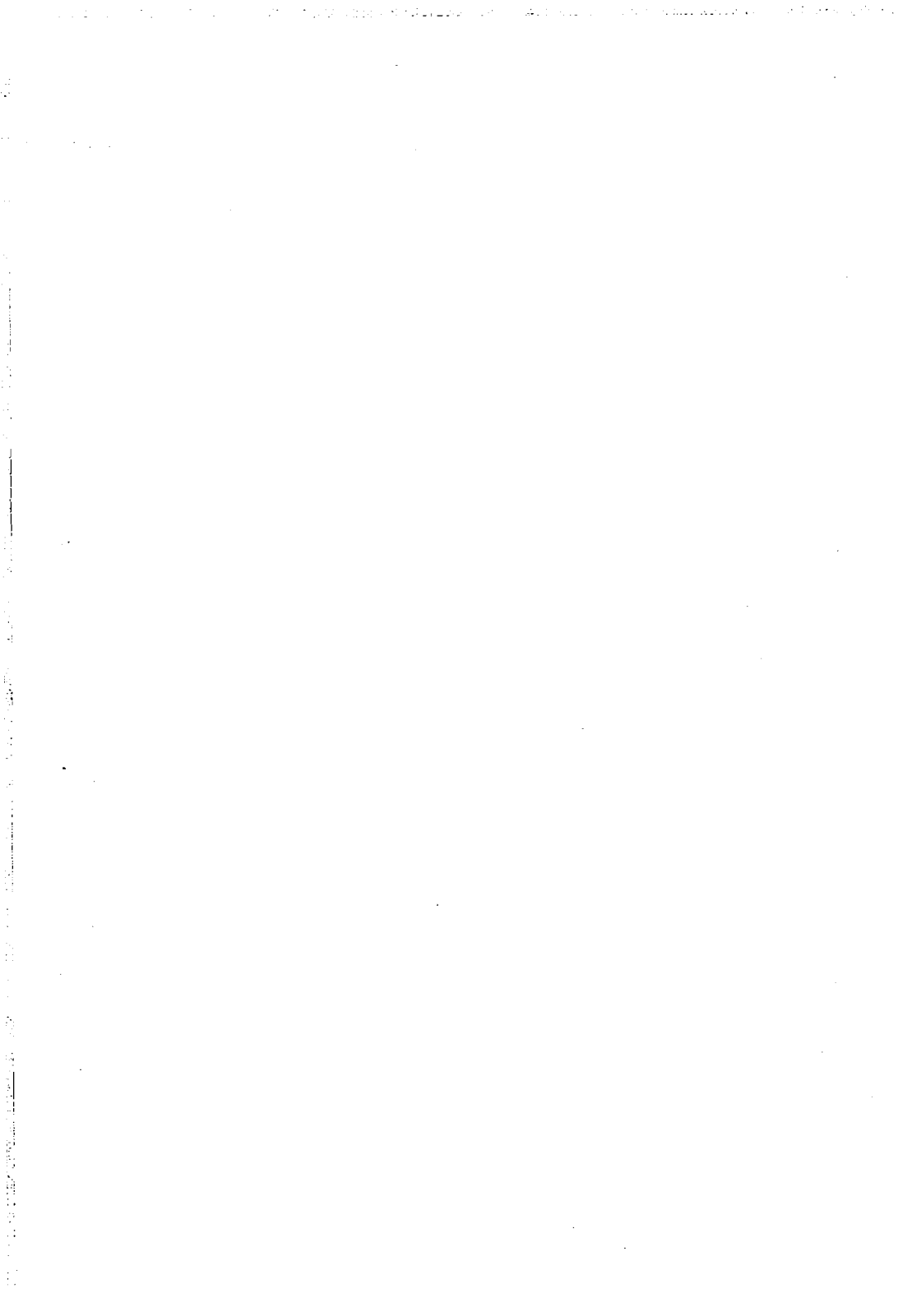
Malenkov supervisa la construcción de la cárcel que puede albergar hasta 40 detenidos. A ella van destinados un centenar de cuadros. Stalin había insistido en varias ocasiones en su necesidad, incluso había convocado a Beria, a Mikoian y a Bulganin para tomar la decisión de edificarla. Aunque está situada en el interior de la famosa prisión de la Seguridad del Estado, Matrosskaia Tichina (en ruso, «El silencio del marinero»), el bloque escapa a los Ministerios de la Seguridad y del Interior. Según Bulganin, aquella prisión especial estaba destinada a los «criminales del Partido», es decir, a los cuadros dirigentes cuya suerte quería decidir Stalin sin pasar por la Seguridad, quizá porque preveía utilizarla para algunos de ellos. «Así fue como Stalin planteó el tema [...]. Yo creo, añade Bulganin, que ni siquiera confiaba en la MGB», y trataba de «aislar a los órganos de la MGB»<sup>40</sup>, más exactamente, liberarse de un poder cuya amplitud amenazaba al suyo. El 28 de febrero de 1950, Stalin nombra un director y hace transferir allí las acusaciones del asunto de Leningrado y de ciertos dirigentes del Comité antifascista judío, así como de un oficial de su guardia personal, Fedosseiev. El 12 de junio de 1951, el sorprendido director de la cárcel recibe en ella al mismo ministro de la Seguridad, Abakumov, y al día siguiente, a sus principales colaboradores. Después de ello, el bloque quedará bajo el control del Ministerio del Interior. Así pues, estaba destinado a cazar a los jefes de la Seguridad.

<sup>39</sup> V. TORTCHINOV y A. LEONTIUK, *Vokrug Stalina*, op. cit., p. 547.

<sup>40</sup> R. PIKHOIA, *Istoria Vlasti*, op. cit., p. 80.

Como al comienzo de la gran purga de 1936-1938, Stalin envía paulatinamente a las vías muertas a cierto número de sus antiguos colaboradores relegados: a pesar de su notoria incultura, nombra a Vorochilov, tras haberle colocado a la cabeza de la comisión de Control en Hungría desde 1945 a 1947, para el insignificante puesto de presidente del Buró de cultura del Consejo de ministros, además de simple miembro del Consejo militar principal del ministerio de la Guerra. Sustituye a Kaganovitch por Jruschov, efímero Primer secretario del PC ucraniano de marzo a diciembre de 1947, y luego lo designa para la función subsidiaria de presidente del Comité nacional de abastecimiento. Vorochilov relatará más tarde a Vasili: «Durante sus últimos años, tu padre se comportaba de un modo excéntrico [...]. A veces, me preguntaba cómo iban mis asuntos con los ingleses e incluso me calificaba de espía inglés [...]. Yo he sobrevivido solo porque me conocía desde la época del frente de la guerra civil»<sup>41</sup>, en la que ambos vivieron uno junto a otro con sus mujeres. De entre los íntimos, Stalin sospecha que Molotov es un agente de la CIA. Indudablemente, eso lo dice al principio entre bromas para intimidar a sus viejos y dóciles camaradas, pero, a fuerza de repetirlas, Stalin les da consistencia a sus propios ojos. En cualquier caso, acaban provocando la desgracia de las víctimas: ya no invita a Vorochilov al Politburó ni a su dacha. Poco antes de su setenta cumpleaños hace detener a la mujer, judía, de su fiel secretario particular Poskebrychev que, después de tres años de instrucción, será fusilado por espionaje, así como a Dora Jozan, la esposa también judía del fiel Andreiev, a las tías y al primer marido, judío, de Svetlana, Grigori Morozov, y al padre de este.

<sup>41</sup> *Iossif Stalin v obiatakh semii, op. cit.*, p. 141.





## Capítulo XXXIV

### EL COMLOT PERMANENTE

Asustado ante el poderío americano, aunque pretenda lo contrario en las pocas entrevistas que concede, Stalin trata de neutralizar a los gobiernos europeos frente a los Estados Unidos. Con este objeto, utiliza a los partidos comunistas como a otras tantas agencias de su diplomacia y como medios de presión sobre ellos. Según el momento y la necesidad, la política de Moscú varía desde la colaboración franca a las huelgas-comandos. Para él, el modelo es Finlandia, cuyo gobierno actúa en el respeto a los intereses básicos de Moscú sin que la menor conmoción social modifique el régimen de propiedad.

En este sentido, la guerra de Corea se parece extraordinariamente a una operación de diversión y de una amplitud distinta al bloqueo de Berlín. En marzo de 1949, el dirigente de Corea del Norte, Kim Il-sung, sondea a Stalin sobre su propósito de invadir Corea del Sur para reunificar el país bajo su bota. Stalin, aunque está de acuerdo, le aconseja prudencia y manifiesta vagamente que «un asunto tan importante en relación con Corea del Sur [...] exige una gran preparación»<sup>1</sup>. Cuando a finales de marzo de 1950, un año después, el dirigente coreano vuelve a Moscú, Stalin ha cambiado de actitud: lo aprueba y le anima. Entre ambas fechas se ha producido un acontecimiento decisivo: la victoria de la revolución china, que Stalin ha intentado en vano detener, y la proclamación de la República popular china el 1 de octubre de 1949.

Al salir de Moscú, Kim Il-sung se dirige a Pekín, donde obtiene el apoyo ilimitado de Mao Tsé-tung. Stalin ordena que todas las peticiones de armamento para formar nuevas divisiones presentadas por Corea del Norte sean satisfechas al momento. En la noche del 24 al 25 de junio de 1950, los carros blindados norcoreanos cruzan el paralelo 38 que, desde 1945, separa Corea del Norte de Corea del

---

<sup>1</sup> *Cold War International History Project*, Woodrow Center for Scholars, Washington DC, 1995, p. 6.

Sur. La ONU vota una moción americana que exige la intervención. El Consejo de Seguridad, reunido el 25 de junio, por iniciativa de los americanos, decide el envío de tropas de la ONU, esencialmente americanas, en ayuda de Syngman Rhee, presidente de Corea del Sur. La URSS no puede utilizar su derecho de veto contra este envío por tener boicoteado el Consejo desde febrero en denuncia por la ocupación del escaño de China por el representante de Tchang Kai-shek en nombre de la isla de Formosa (Taiwan). Stalin hubiera podido suspender dicho boicot proclamado en nombre de la defensa de China, pero no lo hace. El 27 de junio, el Consejo de Seguridad vota una segunda resolución en la que pide a todos los países que ayuden a Corea del Sur. El representante de la URSS, Jacob Malik, nunca está presente. El Ministerio de Asuntos Exteriores soviético había propuesto que participara en esta reunión, pero Stalin se había opuesto ante la certeza de que esa negativa permitiría la aprobación por parte del Consejo.

En julio de 1950, las tropas norcoreanas ocupan el 90% del territorio del Sur. El físico Artsimovitch, apasionado del análisis militar y convencido de sus habilidades de estrategia a domicilio, afirma entonces a sus vecinos que el alargamiento de las líneas norcoreanas permitirá a los americanos partirlas en dos gracias a un desembarco en Pusan. Entonces, recibe una amenazadora llamada telefónica de Beria: «¿Qué estás charlotando? ¿Sabes QUIÉN planifica la operación? Cállate, si no, te va a ir mal»<sup>2</sup>. En efecto, Stalin sigue de cerca las operaciones militares en Corea, pero sobre todo pretende introducir en ellas a China.

Los americanos desembarcan en Pusan; su fulgurante contraofensiva da la vuelta a la situación. El 26 de octubre llegan por el río Ya-lu hasta la frontera de China. Poco antes, en una carta a Mao Tsé-tung, Stalin le incita a tomar parte en el conflicto, avisándole de la posibilidad de que los Estados Unidos se comprometan en la guerra, implicando «por lo tanto» en el conflicto a China y a la URSS, unidas por un pacto de ayuda mutua. «¿Hay que temerlo? No, en mi opinión, pues juntos somos más fuertes que Estados Unidos e Inglaterra [...]. Si la guerra es inevitable, más vale que empiece hoy»<sup>3</sup>.

<sup>2</sup> B. IOFFÉ, «Una tarea especialmente secreta», *Novy Mir*, n.º 5, mayo 1999, p. 145.

<sup>3</sup> D. VOLKOGONOV, *Sen Vojdei* (Siete guías), Moscú, 1997, Novosti, p. 296. *Cold War International History Project, op. cit.*, n.º 6-7, p. 89.

¿Se estaba preparando efectivamente para una tercera guerra mundial como afirman actualmente ciertos historiadores?

Unas semanas después, aconseja a Kim Il-sung que se refugie en las montañas. Olvidando su misiva belicista de primeros de mes, Stalin se retira: «¿Y entonces? Que los americanos sean nuestros vecinos en Extremo Oriente. Vendrán, pero no combatiremos. No estamos preparados para combatir»<sup>4</sup>. Entonces explica a Chu En-lai, con todo descaro, que, en caso de derrota norcoreana, Kim Il-sung podrá formar un gobierno en el exilio en el noreste de China. Su carta de octubre era una clara provocación contra los chinos. Dejado a su albedrío, Mao se compromete y, a partir del 20 de octubre, Pekín envía cerca de un millón de «voluntarios» que contraatacan por oleadas humanas lanzándose sobre los americanos a costa de enormes pérdidas.

Stalin se muestra reacio a proporcionar a los chinos, casi privados de aviación, una ayuda aérea de la que están realmente necesitados. Lamenta que la aviación soviética no esté preparada: le hace falta más tiempo. A primeros de diciembre, les cede unos aviones cuyos pilotos, con uniforme chino, se supone que pertenecen a la colonia rusa instalada desde hace tiempo en el norte de China. A finales de diciembre, las tropas chinas cruzan el paralelo 38. Su jefe de Estado Mayor, Peng De-huai, era contrario a ello. Stalin, deseando enfrentar a China con Estados Unidos, apoya la posición de Mao, favorable a la ofensiva. A primeros de enero de 1951, las tropas chinas invaden Seúl.

En marzo, una nueva contraofensiva americana devuelve la línea del frente al paralelo 38. El general MacArthur, comandante de las tropas americanas, propone a Truman el lanzamiento de la bomba atómica sobre China. Truman lo releva del cargo. En aquel momento, Stalin se preocupa de repente del deterioro de la flota de guerra soviética: el 13 de julio convoca una primera reunión del Consejo principal de la Marina militar. Encolerizado, explica a los presentes: el gobierno gasta miles de rublos en una flota de guerra inexistente. El jefe de Estado Mayor de la Marina y los comandantes de la flota se cubren la cabeza de cenizas: son responsables. Stalin convoca una segunda reunión el 16 de julio, en la que se repite la autoflagelación de los comandantes. Entonces, Stalin decide construir una

<sup>4</sup> *Cold War International History Project, op. cit.*, n° 5, p. 9.

flota de submarinos atómicos. Recomienda a Mao que se mantenga firme en Corea. El 19 de noviembre de 1951, le aconseja que «aplique una táctica flexible en las negociaciones», pero que «continúe siguiendo una línea de firmeza, sin mostrar prisa y sin manifestar el menor interés por una conclusión rápida de las negociaciones»<sup>5</sup>. Diez meses después, fingiendo olvidar que el ejército americano llega a la frontera de China, indica a Chu En-lai: «La guerra de Corea ha demostrado la fragilidad de América», ¡cuando los americanos están a diez kilómetros de la frontera china! «Ya hace dos años que los americanos no consiguen terminar con la pequeña Corea. ¿Y pretenden que son fuertes? No se gana la guerra con la bomba atómica»<sup>6</sup>, sobre todo si no se emplea...

Stalin hace pagar a Mao el precio de su independencia: fija un absceso en el flanco de la China popular y desvía hacia ella, lejos del campo europeo, la presión militar americana. Hace todo lo posible por prolongar la guerra, cuidando de no implicar a la URSS en ella.

La guerra de Corea le sirve también de apoyo a su propaganda pacifista. Lanza así una histérica campaña internacional contra la supuesta guerra bacteriológica que emplearían los Estados Unidos en Corea, denunciando como agentes americanos a los socialistas que se niegan a asociarse a ella. A consecuencia de este conflicto, que causó más de 2 millones de muertos, el presupuesto militar americano, que en 1948 había caído hasta alrededor de 10.000 millones de dólares (8 veces menos que en 1945) a costa de un fuerte crecimiento del paro y de una amenazadora crisis económica, asciende hasta 50.000 millones y ofrece a la siderurgia americana un segundo respiro que la continuación de la guerra fría le proporcionará.

Muy pronto, Stalin se encuentra en un impasse. El 17 de mayo de 1951, un corresponsal de *Pravda* le pregunta: «¿Cree Vd. inevitable una nueva guerra mundial?» Responde: «No, por lo menos no se la puede considerar inevitable en este momento». ¿Por qué? ¿Qué hay que hacer para que no lo sea? Misterio. Un año después, responde igualmente lacónico a «un grupo» indefinido, quizá imaginario, de redactores-jefe de diarios americanos que le preguntan:

<sup>5</sup> *Cold War International History Project, op. cit.*, nº 6-7, p. 72.

<sup>6</sup> N. JURUSCHOV, *Vospominania, op. cit.*, t. 2, p. 89. *Cold War International History Project, op. cit.*, nº 6-7, p. 13.

«¿Está más cercana una guerra mundial en el momento actual que hace dos o tres años? —No, no lo está». ¿Por qué? Lo ha dicho y basta. Otra pregunta: «¿Sería útil una conferencia de jefes de las grandes potencias». Réplica igualmente enigmática: «Es posible que fuera útil». Por último, el 21 de diciembre de 1952, a la pregunta del periodista americano James Reston sobre si está dispuesto a participar en una iniciativa para poner fin a la guerra de Corea, responde sí, sin precisar la naturaleza de la iniciativa en cuestión, la forma que podría tomar, etc. Este laconismo oculta mal su impotencia: no sabe qué hacer ni qué decir para salir de un doble atolladero en el plano internacional y en el interno.

En efecto, el lanzamiento de proyectos que no llegan a término atestiguan un creciente cansancio en todos los terrenos.

Así, a finales de 1950, intenta reforzar y ampliar las funciones del Kominform dando más poderes al secretariado. Una de sus reuniones, prevista para el 10 de octubre de 1950 en Bucarest, se retrasa a la segunda mitad de diciembre. El 28 de octubre manda que el Politburó la convoque y prepare una nueva conferencia del Kominform. Propone nombrar un Secretario general para la organización internacional y trata de convencer a Togliatti para que acepte el puesto, pálido reflejo del que ocupó anteriormente Dimitrov en el Komintern.

A primeros de diciembre, Togliatti viaja a la URSS para tratarse en el sanatorio del Comité Central en Barvija. El 24 de diciembre de 1950, Stalin le telefona para ofrecerle el cargo. Togliatti se resiste. La noche de fin de año, Stalin lo invita a su dacha y le renueva la propuesta. Togliatti continúa reacio a aceptar ese puesto honorífico que, en plena campaña de la democracia cristiana italiana contra «los agentes de Moscú», le quemaría en su país<sup>7</sup>. Para zanjar el tema, Stalin propone una reunión del Secretariado del Kominform el 25 de enero de 1951. Togliatti pone como excusa su estado de salud para pedir un aplazamiento y volver a Italia. El 18 de enero, el Politburó acepta una demora de dos a tres meses. Togliatti hace que su Politburó adopte una resolución que subraye los perjuicios que en su país ocasionaría su ausencia de las batallas electorales en curso.

<sup>7</sup> El 4 de enero de 1951, P. Togliatti, entonces en Moscú, escribe a Stalin una carta llena de confusión en la que rechaza el cargo de Secretario general del Kominform y afirma: «Lamento extraordinariamente expresar una opinión que no se corresponde con la suya», *Istoch-nik*, n° 3, 1995, pp. 149-152.

En resumen, Togliatti dice no. En la aparente cumbre de su poderío, Stalin se enfrenta a la resistencia de un dignatario comunista extranjero, un hecho que en 1936 o en 1947 sería impensable. La maquinaria estalinista se oxida.

Durante unos momentos, Stalin trata de convocar la cuarta reunión del Kominform en Bucarest en la primavera de 1951. Los servicios de Molotov elaboran varios borradores de orden del día; uno de ellos sugiere que, tras haber vilipendiado a los partidos comunistas francés e italiano en la primera reunión, y a los yugoslavos en la segunda y tercera, la siguiente debía estigmatizar a «ciertos partidos comunistas cuyo debilitamiento en la atención prestada al trabajo organizativo e ideológico ha dado paso a la penetración de elementos enemigos en los partidos comunistas». ¿Quiénes? A juzgar por la continuación, indudablemente, el partido checoslovaco<sup>8</sup>. Un Kominform presidido por un comunista italiano habría facilitado la excomunión de sus dirigentes. Pero esta cuarta reunión no se celebrará jamás: la de noviembre de 1950 es la última. El Secretariado ya no se volverá a reunir. Stalin deja morir a un órgano de excomunión que se ha vuelto inoperante. A partir de ese momento actuará de otro modo: en efecto, desde entonces elabora minuciosamente el plan más resonante de posguerra. Y tendrá lugar en Checoslovaquia.

El 8 de enero de 1951, siempre en el plano internacional, Stalin convocó en Moscú a todos los secretarios de los PC de Europa del Este y a los ministros de Defensa de las democracias populares junto al jefe de Estado Mayor general de la URSS, el general Chtemenko, y el mariscal Vassilevski. De esta reunión existen dos actas, una sensacional, procedente del ministro de Defensa checo, Cepicka, citada en 1979 por Karen Kaplan<sup>9</sup>, y la otra, redactada en las Memorias no destinadas a la publicación, por Mathias Rakosi, secretario del PC húngaro. Según Kaplan, Stalin —Mambrú se fue a la guerra— anuncia a sus interlocutores la preparación de un plan para la próxima invasión de Europa en la que ha de participar cada uno de los países. Según Rakosi, el objetivo era mucho más modesto. El mariscal Chtemenko insistió en la necesidad de

<sup>8</sup> I. ADIBEHOV, «Molotov y los intentos de reorganización del Kominform en los años 1950-1951», *Voprossy Istorii*, nº 7, julio 1999, pp. 151-152.

<sup>9</sup> K. KAPLAN, *Dans les archives du Comité Central*, Paris, Albin Michel, 1978, pp. 162-166, con el título «Stalin se preparaba para invadir Europa Occidental».

que las democracias populares prepararan ejércitos fuertes, y a continuación Stalin explicó: «A finales de 1953, la OTAN habrá terminado sus preparativos y, para equilibrarla, es indispensable desplegar convenientemente los ejércitos de los países socialistas»<sup>10</sup>. Detalló lo que debía ser el ejército de cada uno de los países a finales de 1953. La enormidad de los gastos que se producirían hizo temblar a los presentes, que manifestaron sus objeciones. Stalin prometió tenerlas en cuenta, pero Chtemenko mantuvo sus exigencias y Stalin se vuelve atrás en las concesiones prometidas. La comedia estaba preparada de antemano. Stalin juega a los conciliadores frente a los duros del Estado Mayor. Las decisiones que habría que adoptar para responder a la llamada política de «represión» de los Estados Unidos y de la OTAN desequilibrarían el presupuesto de las «democracias populares». Así, militarizaron su vida política interna en conexión con los procesos que se desencadenaron en esos países desde 1949.

El 31 de marzo de 1952, un decreto anuncia, a partir del 1 de abril, una nueva bajada de precios del 10 al 20% según los productos. El día 4, Ignatiev, ministro de la Seguridad del Estado, envía a Stalin un informe, basado en fotocopias de cartas de los soldados a sus padres o amigos o en conversaciones anotadas por agentes de la Seguridad, sobre las reacciones registradas como consecuencia de esta medida. Los autores de las cartas desbordan de entusiasmo, pero las conversaciones descubiertas manifiestan un escepticismo mucho mayor. Un asesor del tribunal de Moscú afirma brutalmente: «Es una completa ficción. En primer lugar, porque en ninguna parte hay ni habrá productos, y la venta de pan se lleva a cabo por listas. Y en segundo, porque la población no obtendrá provecho alguno pues, por cualquier medio y bajo no importa qué pretexto, de todos modos nos sacarán las sumas economizadas». No es el único en pensar así; otros prevén que el gobierno hará desaparecer los productos cuya baja ha sido anunciada y los reemplazará por otros declarados de calidad superior; bajará los salarios aumentando las normas y subirá el préstamo obligatorio. Un especialista cifra incluso el montante de la operación: «Este año, la economía lograda gracias a la bajada de precios representará 28.000 millones de rublos, mientras que la suscripción a los préstamos para 1952 representará

<sup>10</sup> *Istoricheski Arhiv*, n.º 5-6, 1997, pp. 7-8.

42.000 millones de rublos. A fin de cuentas, los trabajadores perderán 14.000 millones de rublos»<sup>11</sup>.

Como de costumbre, los fracasos de su política, tanto interior (la ineficacia de la bajada de precios) como exterior (la vigilancia del Kominform), coinciden con una suplementaria vuelta de tuerca de la represión.

En efecto, a partir de noviembre prepara una gigantesca provocación antisemita. Bien entendido, el antisemitismo estalinista, en contradicción con la tradición de la que el mismo Stalin alardea, no puede calificarse de tal. Por este motivo, avergonzado, se oculta desde el final de la guerra tras unas fórmulas dulzonas tales como «la incorrecta política de los cuadros», la «reglamentación nacional del reclutamiento», el «cosmopolitismo sin raíces», etc. En julio de 1949, el documento secreto del Tribunal Supremo, firmado por el ministro del Interior, Kruglov, condena a Achille Leviton y a Ilia Serman a veinticinco años de campo de trabajo, reprochándoles haber afirmado «la superioridad de una nación sobre las demás naciones de la Unión soviética»<sup>12</sup>. ¿Cuál? El tribunal no ha osado nombrarla. Cuando Abakumov envía una circular antisemita a sus subordinados, manda a su secretaria que deje en blanco los párrafos que indican la cualidad de judíos de las víctimas designadas y, una vez solo en su despacho, ¡los rellena con su propia mano! El jefe de la Seguridad del Estado, cuyo nombre aterroriza a las víctimas, ha de esconderse, pues, de su secretaria para poner por obra la política antisemítica de su amo.

En 1950, Ben Gurion, por una decisión ultrasecreta, manda crear en los países del Este, y especialmente en la Unión soviética, una red de espionaje, llamada Nativ. Stalin recibe inmediatamente la información, indudablemente a través de uno de los principales consejeros militares de Ben Gurion, Israel Beer, cronista militar habitual del diario obrero *Davar*, y agente secreto soviético. Fue detenido en 1961 y condenado a dieciocho años de prisión. La creación de Nativ y su actividad programada en una Unión soviética que cuenta con 3 millones de judíos estimulan ciertamente a Stalin a inventar un complot sionista destinado a apoderarse en la URSS, incluso de la misma Seguridad del Estado.

<sup>11</sup> *Neizvestnaia Rossia*, op. cit., t. 2, pp. 290-291.

<sup>12</sup> *Neva*, n.º 1, enero de 1990, pp. 183-184.



La caza de Stalin a los supuestos enemigos abre unas oportunidades enormes a los clanes en lucha y a los arribistas ávidos de promocionarse. En efecto, ha llegado el momento en el que los ayudantes no esperan órdenes para tomar las iniciativas. Después de la muerte de Stalin, Beria subrayará así la responsabilidad personal del Jefe en el asesinato de Mijoels, pero afirmará que la invención del «complot» por parte de los nacionalistas mingrelianos (del nombre del pueblo de Georgia del que es originario Beria), y luego de las Batas blancas, fue fruto de una iniciativa personal de un subordinado del ministro de la Seguridad de Georgia, Rujadzé, por un lado, y del teniente coronel de la Seguridad, Riumin, por otro.

Según una nota de Beria del 25 de junio de 1953<sup>13</sup>, Riumin, encargado de interrogar al médico Etinguer, detenido el 18 de noviembre de 1950 por sus conversaciones telefónicas en las que se extendía en unas críticas acerbas sobre el régimen y sobre Stalin, le arrancará la confesión de que había asesinado a Chtcherbakov en 1945. Llamado por Abakumov, Etinguer se retracta de sus confesiones, obtenidas, según dice, por medio de torturas. Riumin le hace arrepentirse de sus declaraciones a base de puñetazos y de puntapiés. Etinguer murió y Riumin fue censurado por no haber elaborado un acta con las declaraciones del médico. Notando que el suelo se hunde bajo sus pies, Riumin decide salvar el pellejo denunciando a Abakumov en una carta a Stalin, fechada el 2 de julio, en la que acusa a su jefe de haber frenado deliberadamente la investigación sobre «el médico nacionalista judío» Etinguer y de otros crímenes parecidos. Con objeto de probar lo acertado de su comportamiento en el asunto Etinguer, Riumin fabricó también el de los supuestos «médicos asesinos».

De nuevo según Beria, la invención del complot mingreliano recae en Rujadzé. Este «dio a Stalin unas informaciones falsas sobre la organización del partido georgiano» y le expuso las dificultades políticas y económicas «como resultado de una hostil actividad subterránea de un grupo de nacionalistas mingrelianos inventado por él. Iosiv Stalin [...] creyó a pies juntillas la provocativa información de Rujadzé»<sup>14</sup>.

<sup>13</sup> *Laurenti Beria-1953*, Moscú, Democracia, «Rossia-XX vek», 1999, pp. 64-66.

<sup>14</sup> Nota del 8 de abril, *ibid.*, p. 30. Su nota va seguida de una disposición del Presidium del Comité Central del 10 de abril «sobre la falsificación del asunto del supuesto grupo nacionalista migreliano» (*ibid.*, pp. 37-40). En ese caso como en el siguiente, Beria abreva al ministro de la Seguridad Ignatiev, que sucedió a Abakumov.

Si es cierta esta versión de los hechos, Stalin se habría convertido en el prisionero del sistema que él mismo había creado: incluso si la decisión definitiva o el arbitraje último recaen en él, y si deja definitivamente en el banquillo a sus hombres de confianza, los inspiradores de los complots imaginarios serían ellos y no él.

En este caso, Beria carga contra los hombres que Stalin pretende liquidar. El complot de los médicos asesinos fue la culminación lógica de la campaña anticosmopolita y de la liquidación del comité antifascista judío. Quizá Riumin, con su olfato de policía, llegó a percibirlo y sugirió la fabricación de ese complot cuyo interés detectó Stalin inmediatamente.

Con el propósito de liquidar a Abakumov, el 4 de julio, Stalin crea una comisión de investigación que enseguida pretende que Etinguer había confesado, «sin la menor presión», sus «propósitos terroristas», que le habían llevado a asesinar a Chtcherbakov cuando lo atendió en 1944-1945. Según la comisión, Abakumov había ocultado esas declaraciones, y había hecho perecer al cardíaco Etinguer arrojándole a una celda helada. Por último, tres dirigentes de una «organización juvenil judía antisoviética»<sup>15</sup>, detenidos, habían confesado a Abakumov su intención de asesinar a unos dirigentes, pero que él había desdeñado aquellas confesiones omitiéndolas en el acta de los interrogatorios. Así pues, habría protegido a unos terroristas en ciernes. El 5 de julio de 1951, Stalin lo recibe en plena noche. El 11 de julio hace dictar al Politburó, reunido para la ocasión, una resolución sobre «la nociva situación en el MGB de la URSS». El 12, Abakumov ingresa en la prisión especial de Matrosskaia Tichina. Stalin lo sustituye a la cabeza de la Seguridad por Simon Ignatiev, un oscuro apparatchik ajeno a este medio, a quien traslada el asunto del Comité antifascista.

A finales de agosto, Stalin marcha de vacaciones a Tsjaltubo. Entre dos siestas, pule su idea de un complot judeo-sionista. El 24 de agosto de 1951, Ignatiev comunica a Malenkov y a Beria que no existen documentos que confirmen las declaraciones de los inculcados. Se esfuman las posibilidades de un proceso público. Entonces, Stalin encarga al histérico Riumin la continuación de la «investigación», y con este objeto le envía un cuestionario, redactado cuidadosamente, en el que figura la lista de las preguntas que hay

<sup>15</sup> R. РИМОНА, *Istoria Vlasti*, op. cit., p. 82.

que plantear a los prisioneros. Los días 19 y 20 de octubre de 1951 manda detener a Andrei Sverlov, coronel de la Seguridad del Estado, en cuya casa encuentra la policía unas ampollas de un violento veneno y todo un arsenal, además de a media docena de otros mandos judíos de la Seguridad del Estado: Naum Eitington, el coorganizador del asesinato de Trotski, Leonid Raikhman, Lev Schwartzmann, el investigador y torturador en 1939 de Babel y Meyerhold, y Lev Cheinin, inspector de la Seguridad del Estado. Todos son acusados de haber creado una organización terrorista sionista destinada a tomar el control de la Seguridad del Estado bajo la dirección de Abakumov. La madre de Sverdlov solicita la intervención de Stalin y le recuerda que, ya en dos ocasiones, había mandado liberar a su hijo detenido en 1935 y en 1938<sup>16</sup>. Stalin no contesta. Aquel judío, hijo del antiguo revolucionario Jacob Sverdlov, entra con su arsenal en sus planes de complot.

El 26 de septiembre, Stalin cena con Vlasik, Poskrebychev y el ministro de la Seguridad de Georgia, Rujadzé. Ha invitado a ese alcohólico para montar una intriga contra Beria. Le interroga sobre las aventuras del sobrino de Beria en París. Rujadzé las ignora, pero Stalin sabe que ese sobrino, Evgueni Gueguetchkori, hecho prisionero desde julio de 1941, se había enrolado en la legión georgiana de la Wehrmacht antes de marchar a Francia donde había vestido el uniforme de las SS y participado en la ejecución de algunos resistentes. Había podido volver tranquilamente a la URSS gracias a la intervención de un agente de Beria, en Francia desde 1925, Gueguelia que, indudablemente, apoyado por el aparato clandestino del PCF, había transformado en resistente a aquel SS. Desde entonces, Gueguetchori pasaba tranquilamente el tiempo en Tiflis. En medio de la conversación, Stalin deja caer una frase sobre el amor excesivo de Beria por los mingrelianos... ¡Que Rujadzé lo interprete!

Le confía una doble operación, una de ellas rocambolesca: el secuestro de mencheviques georgianos refugiados en París desde hace treinta años; la otra delicada: la fabricación de un complot de nacionalistas mingrelianos acusados de querer entregar Georgia a los turcos.

<sup>16</sup> *Istochnik*, nº 6, 1995, pp. 126-127.

A primeros de noviembre, Stalin baja a Akhala-Aphonia, desde donde llama a Rujadzé y le pregunta si sabe que Baramia, el segundo secretario del PC georgiano, protege a Tchonia, un fiscal corrupto. Sí, lo sabe. Stalin regresa urgentemente a Moscú y, el 6 de noviembre, manda que el Politburó dicte una resolución «Sobre la corrupción en Georgia y sobre el grupo anti-Partido de Baramia», protegido de Beria. Al día siguiente, el Comité Central del PC georgiano denuncia un complot nacionalista mingreliano y las malversaciones financieras de la dirección. Los próximos a Beria: Rapava, Tchonia y Charia, su antiguo secretario, son todos detenidos en octubre de 1951, justamente después de los dirigentes judíos de la Seguridad del Estado, y acusados de complot sionista. Luego, Stalin se vuelca sobre Gueguelia; ordena por teléfono a Rujadzé: «¡Deténle, pégame, fusíle!» y afirma «Baramia es un auténtico espía»<sup>17</sup>.

Al comienzo de 1952, llega una carta de Georgia dirigida a toda la familia Stalin. Al enviarla a los dos hijos al mismo tiempo que al padre, el remitente ha querido evitar que el secretariado de Stalin o la guardia de Beria intercepten un mensaje que acusa de corrupción, tráfico de influencias y malversación a varios responsables del partido georgiano, amigos de Beria. Evidentemente, los autores de la carta conocen la aversión de Vasili por Beria. Al hacer de él uno de los destinatarios, tienen la seguridad de que el contenido llegará a su padre. El 27 de marzo, Stalin reúne por primera vez en el año al Politburó y le hace adoptar una resolución titulada «Sobre la situación en el partido comunista de Georgia» que critica agriamente a su primer secretario, Tcharkviani.

Stalin nombra a Beria, originario de Mingreli, a la cabeza de la comisión de investigación encargada de depurar el PC georgiano y de atacar a sus propios amigos. Beria destituye así al primer secretario del PC georgiano, su amigo Tcharkviani, y, obedeciendo a la decisión de Stalin, lo sustituye por Mgueladzé, cabeza de un clan anti-Beria en Georgia.

A mediados de febrero de 1952, Stalin nombra a Riumin viceministro de la Seguridad del Estado. Este acérrimo antisemita debe llevar a término el affaire del Comité antifascista judío y fabricar el complot de las Batas blancas destinado a rematar el edificio. A marchas forzadas, se aplica a demostrar que su predecesor, Abakumov,

<sup>17</sup> K. STOLIAROV, *Palatchi i Jertuy*, op. cit., p. 171.

jefe de un complot nacionalista judío en el centro mismo de la Seguridad, ha contratado a judíos en masa, y especialmente a mujeres judías, para tomar el control. Tcheptsov, el presidente del Tribunal militar, tiene el encargo de preparar una nueva instrucción del affaire del Comité antifascista judío. Recibe el expediente reunido por Riumin, acompañado de un comentario de Ignatiev, en el que considera que «el affaire [se] ha tratado negligentemente»<sup>18</sup>.

Tcheptsov, que considera «manifiestamente imposible dictar un veredicto en este affaire sobre la base de documentos dudosos y no confirmados», exige de Riumin unas «pruebas» imposibles e incluso pone en duda la validez de algunas declaraciones, como las de Fefer, arrancadas ante la «amenaza de una paliza». Es la confesión de un desconcierto y de un profundo disgusto. Con el dossier preparado por Riumin, Stalin no sabe cómo montar un proceso público antisemita. Hay que recomenzar de cero. Riumin amenaza al mismo Tcheptsov, insulta y golpea a los acusados pero, a pesar de los golpes y las torturas que les inflige, únicamente obtiene de ellos unas confesiones grotescas. Así por ejemplo, se conoce que esos «nacionalistas judíos» son partidarios de la enseñanza del yiddish. Nada del otro mundo... La mayor parte de los acusados del Comité antifascista judío se retracta de sus confesiones. Tcheptsov recibe el encargo de llevar a cabo una nueva instrucción del affaire del Comité. Por lo tanto, no hay nada hecho. Riumin, detenido después de la muerte de Stalin, fulminará en una carta a Malenkov: «¡Los judíos son más peligrosos que todas las bombas atómicas y de hidrógeno juntas! Si no se los detiene a tiempo, obligarán a escupir sangre a toda la humanidad!» Su arresto es su victoria: «Los Rothschild, los Rockefeller y los Ben Gurion de todas clases y de todas las variantes se frotan las manos con satisfacción porque prevén una rápida victoria de los judíos a escala internacional»<sup>19</sup>.

De momento, un Stalin furioso convoca a Ignatiev y le anuncia: «Si no desenmascaras a los terroristas, a los agentes americanos que se ocultan entre los médicos, irás a reunirme con Abakumov». Y añade: «Yo no vengo al MGB para pedir. Puedo romperte la cara si no satisfaces mis exigencias [...]. Te haremos caminar como a un rebaño de corderos». Ignatiev se apresura. El 13 de marzo inicia la ins-

<sup>18</sup> R. PIKHOIA, *Istoria Vlasti*, op. cit., p. 78.

<sup>19</sup> K. STOLIAKOV, *Golgotha*, Moscú, impreso por «Krasny Proletarii», 1991, p. 77.

trucción del expediente de 213 personalidades citadas a lo largo de los interrogatorios de los acusados. La Seguridad golpea con ganas. Por allí desfilan los escritores Ilya Ehrenburg, Vasili Grossman, Samuel Marchak, Boris Slutski, el pianista Mijail Blanter, el embalsamador de Lenin Boris Zbarski, el violinista Kheifetz, e incluso, el dócil Vergilis, hasta su muerte fiel cantor del régimen. Durante un momento, Stalin piensa en liquidar a toda la intelligentsia judía, incluida la mayoría completamente rusificada, a la que sería una torpeza acusar de nacionalismo judío... Ignatiev prepara a los grupos de investigadores de este gigantesco complot y, el 28 de marzo de 1952, cierra la instrucción del Comité antifascista judío. El 3 de abril, envía a Stalin el acta de acusación contra «los judíos nacionalistas y espías americanos, Lozovski, Fefer y otros», concluyendo su culpabilidad y proponiendo condenarlos a muerte, con la excepción de Lina Stern, a la que Stalin desea mantener en vida, sugiriendo condenarla a diez años de exilio. Stalin hace que el Politburó ratifique el acta de acusación, pero disminuye a cinco años la duración del exilio de Lina Stern. Sin embargo, ningún milagro ha conseguido proporcionarle los famosos documentos que faltan.

El 8 de mayo, en la sala Dzerjinski del Ministerio de la Seguridad se abre el proceso a puerta cerrada de catorce miembros del Comité antifascista judío, detenidos cuatro años antes. Después de una interrupción, se cierra el 18 de julio y ratifica las proposiciones de la instrucción: condena a muerte de trece acusados, y a Lina Stern a una pena de detención y cinco años de exilio. Lina, encarcelada desde el 28 de enero de 1949, parte directamente al Kazajstán. Sus investigaciones para retrasar el envejecimiento iban por buen camino: podría continuarlas y quizá permitir que Stalin prolongara su existencia. En cualquier caso, esperaba un servicio por parte de ella. Los otros trece, inútiles, fueron condenados a muerte y fusilados. El proceso, la sentencia y la ejecución permanecen en riguroso secreto. Nadie sabe todavía lo que fue de aquellos conocidos desaparecidos y sobre los cuales han circulado los más disparatados rumores durante años.

El fracaso de la primera campaña antisemita es patente. Denota la contradicción que el escritor Alexander Borchtchagovski indica de modo simplista en *El Holocausto inacabado*: «La historia había jugado una mala partida a Stalin haciendo de él el salvador de los judíos europeos, su bienhechor, su padre, mientras que algún otro

había tomado el papel que tanto habría deseado atribuirse»<sup>20</sup>. Pero Stalin jamás se comprometió en la vía de la «solución final».

Manda que, en noviembre de 1951 y en marzo de 1952, el Politburó dicte unas resoluciones denunciando ese complot. Rujadzé acusa en ellas a Beria de haber ocultado sus presuntos orígenes judíos. Jruschov afirmará que «la acusación de conspiración fue fabricada con objeto de desembarazarse de Beria», pero que «Stalin, viejo y enfermo, no llegó a la conclusión lógica de su plan»<sup>21</sup>. La vejez no es la única razón; está asimismo descontento de sus ejecutivos. Rujadzé alardea de sus conversaciones telefónicas y sus relaciones personales con Stalin, pero no consigue arrancar a los amigos de Beria las confesiones de un complot que éste hubiera montado. Stalin no perdona ni el fracaso ni las habladurías intempestivas, y, en julio de 1952, manda encarcelar a Rujadzé. La intriga contra Beria se queda en proyecto.

Aunque el Partido lleva más de doce años sin reunirse, Stalin ordena que el Politburó convoque el XIX Congreso del PCUS para el próximo año. El Comité Central había tomado ya la decisión en 1947, pero desde entonces nadie había osado hablar de ello ni debía de sentir su necesidad. Stalin tiene in mente un proyecto del que no habla a sus lugartenientes. Durante varios meses no vuelve a mencionarlo. ¿Cuál será el orden del día? ¿Quién será el ponente, si Stalin está demasiado débil para permanecer en pie durante horas en una tribuna? Nadie lo sabe. Un día de junio da a conocer sus decisiones: Malenkov presentará el informe de la actuación del Comité Central; Jruschov, el informe sobre la modificación de los estatutos; y Saburov, el presidente del Gosplan, el informe sobre el plan quinquenal.

En febrero de 1952, Svetlana se separa de su segundo marido, Juri Jdanov. Desamparada, quiere ver a su padre y le escribe: «Tengo grandes deseos de verte para contarte lo que estoy viviendo en este momento. Tengo gana de contarte todo eso de viva voz». Le relata brevemente algunos sucesos de su existencia e intenta en vano vencer su sombría indiferencia: «A pesar de todo, espero ansiosamente poder verte y te ruego que no te enfades por haberte informado de los hechos *post factum*, pues ya estabas al corriente de las

<sup>20</sup> A. BORCHTCHAGOVSKI, *L'Holocauste inachevé*, op. cit., p. 241.

<sup>21</sup> N. JRUSCHOV, *Souvenirs*, op. cit., p. 296.

cosas»<sup>22</sup>. La recibe a regañadientes. A los ocho meses repite la misma petición; el 28 de octubre le escribe: «Tengo grandes deseos de verte. No tengo ningún «affaire» ni ningún «problema», sencillamente es así. Si me lo permites y no te molesta, de ruego que me permitas pasar dos días en tu casa de Blijnaia, los días 8 y 9 de noviembre durante las fiestas. Si es posible, llevaré a mis dos nietos, mi hijo y mi hija. Para nosotros sería una verdadera fiesta»<sup>23</sup>. Pero no para él, que acepta de mala gana. Posteriormente, Svetlana culpará a Beria de las permanentes dificultades para ver a su padre. Es un error. Stalin vive como gobierna, cada vez más solitario, cada vez más ausente: a lo largo de 1950, el Politburó solo se ha reunido seis veces. Del 1 de agosto al 22 de diciembre Stalin no ha recibido visita alguna en su despacho del Kremlin.

---

<sup>22</sup> *Stalin v obitaiakh semii, op. cit.*, p. 103.

<sup>23</sup> *Ibid.*, p. 104.



## Capítulo XXXV

### LA MUERTE DE UN TIRANO

Por primera vez después de la guerra, Stalin no pasa sus vacaciones en Sotchi. Por otra parte, solo reúne al Politburó cuatro veces a lo largo del año. Está preparando la gran purga que se avecina, y son contadas las ocasiones en que recibe visitas en el Kremlin.

El año 1952 fue el año de unos fracasos simbólicos: la URSS solo produjo cinco filmes de ficción; Stalin supervisaba personalmente la producción cinematográfica y había firmado el decreto, adoptado en 1948 por el Consejo de ministros, sobre el plan de producción de películas artísticas y documentales. Dicho plan preveía la reducción de la cantidad en función de la mejora de la calidad. Pero cantidad y calidad descendieron bruscamente...

Stalin concede gran importancia a la reforma de los estatutos del Partido que debe plantearse en el próximo congreso. Según Jruschov, encargado de presentar el informe sobre la cuestión, Stalin había dictado «numerosas disposiciones» tendentes, dice, a «desarrollar la democracia en el Partido» y que ilustran, según él, los «momentos de lucidez en los que creaba cosas absolutamente serias»<sup>1</sup>. Se adivinan fácilmente los párrafos redactados por Stalin, pues ningún otro habría tenido la audacia de escribir unos artículos tan subversivos y fantásticos comparados con el monolitismo habitual. El artículo 21 alude a la «sumisión de la minoría a la mayoría», cuando desde el XVI Congreso de 1930 todas las decisiones se votaban por unanimidad, y hacía tiempo que había desaparecido cualquier minoría. El artículo 26 se refiere «al derecho ilimitado de rechazar o criticar a los candidatos». En el artículo 29 se llega a la cumbre de lo irreal, donde Stalin dibuja el cuadro de «una extensa discusión sobre los problemas de la política del Partido [que] debe estar organizado de modo que no pueda provocar los intentos de

---

<sup>1</sup> N. JRUSCHOV, «Stalin tenía momentos de lucidez», *Istochnik*, nº 2, 1994, p. 89.

una minoría insignificante [j] por imponer su voluntad a la mayoría del Partido». Alude también a las dos «condiciones de una amplia discusión»: en el caso, dice, en que «en el interior del Comité Central del PCUS no hubiera una mayoría claramente definida, o cuando, a pesar de la existencia de una mayoría claramente definida, el Comité considerase necesario verificar lo acertado de su política a través de una discusión en el Partido»<sup>2</sup>. Pero un Comité Central estalinista sin mayoría definida es una pura visión de la mente...

¿Por qué alude Stalin a una perspectiva tan increíble? En 1952 no hay quien tome en serio esta representación de un partido comunista soviético dividido entre una mayoría y una minoría que solucionen sus divergencias por medio de la discusión. Los más viejos recuerdan los años 1920, cuando los partidarios de la apertura de un debate habían sido considerados como partidarios de la división, de rompedores, de mencheviques, de burgueses y, finalmente, de enemigos de la URSS; los más jóvenes, por su parte, solo han aprendido a mandar y a obedecer. Sin embargo, Chepilov, que participa en el congreso por primera vez, se pregunta seriamente en sus memorias redactadas cuarenta años después del acontecimiento, si, al afirmar que la democracia era una exigencia del momento y condición de un desarrollo posterior de la URSS, Stalin había llegado a esa conclusión por análisis, o «si, con su instinto de viejo revolucionario, había presentido que era imposible continuar viviendo al estilo antiguo. En todo caso, en su canto de cisne recupera los temas de la democracia, de la libertad de la persona, de la soberanía nacional y de la independencia». Arrastrado por su ímpetu, Chepilov detecta los primeros signos de esa inquietud en ciertas medidas tomadas después del congreso, desgraciadamente equilibradas «por unos hechos de carácter directamente opuesto que reforzaban la dictadura personal y la arbitrariedad»<sup>3</sup>. Ve una contradicción donde, en realidad, hay un juego.

En efecto, bajo el chin chin de la democracia, Stalin prepara una maquinación. En realidad, durante unos momentos piensa en reagrupar a sus futuras víctimas en una supuesta minoría insignificante, atribuyéndoles un proyecto político y poniéndolas en la picota. Además, ningún orador alude jamás a la hipótesis de un eventual

<sup>2</sup> «El XIX Congreso del PCUS», *Cahiers du communisme*, noviembre 1952, pp. 242-243.

<sup>3</sup> D. CHEPILOV, «Vospominania» (Memorias), *Voprassy Istorii*, n<sup>o</sup> 7, julio 1998, p. 28.

desacuerdo que sea preciso discutir o solucionar. Al contrario, todos reafirman la unidad, la cohesión ideológica y de organización del Partido. Es Stalin, pues, el que quiere afirmar y sancionar un desacuerdo, quizá subyacente, pero que ninguno de sus pares se atrevería a manifestar en público.

Unos días antes de la inauguración del congreso, Stalin publica un folleto titulado *Problemas económicos del socialismo en la URSS*, en el que recopila una serie de notas y de artículos escritos entre el 1 de febrero y el 28 de septiembre de 1952. Según Molotov, había organizado una discusión en su dacha sobre la obra con «seis o siete principales miembros del Politburó». Les leyó el opúsculo y les preguntó si tenían cuestiones que plantear u observaciones que exponer, y les pidió su opinión. Cada uno de ellos balbuceó vagamente su admiración. «Yo hice algunas observaciones de ese estilo, tontearías»<sup>4</sup>, dice Molotov, que entonces no había advertido la importancia de aquella obra en la que Stalin afirmaba que «el mercado mundial se había escindido» en dos. Según él, existían dos mercados mundiales paralelos, el mercado capitalista y el mercado socialista, que se desarrollaban independientemente el uno del otro: el primero estaba en crisis, el segundo en expansión permanente. Stalin confirma las radiantes perspectivas del «mercado socialista» por la «constatación» de la continua disminución de la producción en el mercado capitalista.

Estos textos revelan unas incoherencias sorprendentes. Por ejemplo, el 1 de febrero, Stalin niega que el sostenimiento de la producción comercial (es decir, el flujo de mercancías en el mercado por el sesgo de la moneda) pueda conducir al restablecimiento del capitalismo, y afirma que la producción de los koljoses todavía tiene un gran futuro. Cuatro meses después, asegura estrictamente lo contrario. En efecto, el 22 de mayo reprocha al economista Iarochenko que no comprenda que «la circulación de mercancías [...] empieza a obstaculizar hoy el vigoroso desarrollo de nuestras fuerzas productoras, impidiendo al Estado la completa planificación de la economía nacional y especialmente la agricultura», y que, si sigue así, cada vez será peor. Considera, pues, necesario estatizar los koljoses y, en etapas sucesivas, «sustituir también el intercambio de productos por la circulación de mer-

<sup>4</sup> F. TCHUEV, *Conversations avec Malatai*, op. cit., p. 240.

cancias»<sup>5</sup>. En resumen, pretende reemplazar la compraventa por un sistema de trueque.

Insiste en esta idea en un texto del 28 de septiembre en el que recuerda que, según Engels, «la circulación de mercancías ha de conducir inevitablemente [...] al renacimiento del capitalismo». Es preciso, pues, que la producción de los koljoses, además de las entregas obligatorias al Estado, «sea eliminada de la circulación de mercancías e integrada en el sistema de intercambio de productos entre el Estado y los koljoses». Lo que propone Stalin es, ni más ni menos, que la vuelta al «comunismo de guerra», que esta vez no sería el resultado de la guerra civil, sino lo que la provocaría: una planificación más armoniosa de la penuria, la requisita y el intercambio centralizado expoliarían aún más al campesinado y tendrían como consecuencia un refuerzo del carácter policial del Estado y un crecimiento del Gulag.

En aquel verano de 1952, solamente las grandes capitales estaban abastecidas de carne, patatas y legumbres, que desaparecían a intervalos regulares por todas partes. Stalin discute el tema con Mikoian que, en junio de 1953, aludirá a un «déficit agudo» de esos productos<sup>6</sup> y dará una sencilla explicación: con el precio que el Estado paga a los koljoses por un kilo de patatas y de carne de vaca (el litro de gasolina, que en 1930 equivalía para el campesino a un kilo de carne, en 1952 equivale a cuatro kilos... o sea, ¡ocho veces más!), venderle las patatas o la carne significa tirarlas, y el campesino prefiere no vender y dejar pudrirse las patatas en los campos o morir las vacas en los koljoses. Pero, en 1952, Mikoian no se atrevió a explicar a Stalin que la bajada permanente del precio de la carne al por menor destinada a la propaganda (en 1952, el precio del kilo de carne representa el 42% de su precio en 1947) obliga al Estado a pagarla más barata cada año al campesino que, en respuesta a ese saqueo en regla, practica la huelga de brazos caídos. Mikoian opina que, para resolver el problema, habría que aumentar el precio de compra de la carne y la leche en los koljoses, pero no se atreve a decirselo a Stalin.

Este replantea una solución distinta, radical; elevar a 40.000 millones al año (Jruschov habla de 42) el montante de los impuestos

<sup>5</sup> STALIN, *Les problèmes économiques du socialisme en URSS*, Moscú, 1952, pp. 76-77.

<sup>6</sup> *Ibid.*, p. 104.

sobre los koljoses y los koljosenes, cuyos ingresos anuales eran entonces de... 42.000 millones de rublos. En julio de 1956, Jruschov expondrá a los atónitos dirigentes del Partido comunista italiano las declaraciones de Stalin: «El campesino vive bien, puede pagar los impuestos vendiendo una simple gallina»<sup>7</sup>. Es posible que Stalin se creyera este cuento: hacía mucho tiempo que no veía el auténtico campo soviético, que solo imaginaba a través de películas como *Los Cosacos de Kuban*, en las que los cosacos se atracaban de aves y de verduras, sentados delante de montañas de piezas de caza que él ignoraba que eran de cartón piedra.

A la salida del Politburó donde se debatió la cuestión, Beria, aterrado, advierte a Mikoian que la adopción de la propuesta de Stalin abocaría en la insurrección de los campesinos. Por otra parte, Stalin pone a punto una comisión, dirigida por Beria y Malenkov, encargada de trabajar sobre su propuesta. Al ser el temor la base de la sabiduría, la comisión rezonga ante la perspectiva de un nuevo conflicto con el campesinado y critica la propuesta de Stalin, que vocifera: «¡Sois todos unos socialistas revolucionarios, unos populistas!»<sup>8</sup>.

Este regreso al comunismo de guerra se colorea con tintes sangrientos cuando Stalin afirma que el economista Iarochenko, que discute todas sus ideas, «coincide en todos los puntos con Bujarin», el gran fusilado a raíz del proceso de Moscú; «pone cara de no estar absolutamente de acuerdo con Bujarin, pero eso no es más que una trampa, una trampa barata. En realidad, sigue los pasos de Bujarin»<sup>9</sup>. Iarochenko se enteró muy pronto del significado de aquella fórmula amenazadora: su mujer y su hermano, padre de tres hijos de corta edad, fueron despedidos; su hijo, tratado como un paria en la universidad, tuvo que abandonar los estudios. Una carta de Stalin en contra suya lo había puesto fuera de la ley, como escribe a Malenkov en abril de 1952: reconoce, un poco tarde, que había cometido «un craso error» al discutir una opinión de Stalin. «la opinión del camarada Stalin ha de ser ley, y ley absoluta, para cada miembro del Partido»<sup>10</sup>. Esta tardía toma de conciencia no salvaría a Iarochenko: en la mañana del 12 de enero de 1953 fue convo-

<sup>7</sup> *Istochnik*, n.º 2, 1994, p. 88. En este pasaje cita Jruschov la cifra de 42.000 millones. Durante un pleno del Comité Central de julio de 1957 citará la de 40.000 millones.

<sup>8</sup> *Ibid.*, p. 88.

<sup>9</sup> STALIN, *Les problèmes économiques du socialisme*, op. cit., pp. 105-106.

<sup>10</sup> I. AXIONOV, «El estalinismo de posguerra: un ataque a la inteligentzia», *Kentavr*, octubre-diciembre 1991, p. 88.

cado al Kremlin, de donde saldría para ingresar en la Lubianka hasta que lo liberó la muerte de Stalin. Sus desventuras hablan extensamente de la sinceridad de las reformas estatutarias «democráticas» propuestas por Stalin.

La inquietud de algunos cuadros ante la crisis que madura llega a expresarse en ocasiones durante la apresurada preparación del congreso del Partido. El 11 de septiembre, en la asamblea de militantes de una facultad de Derecho de Moscú, un encargado de curso, miembro del Partido desde 1919, denuncia las múltiples desviaciones de la línea general por parte de los cuadros y de las instituciones todas, unas perturbaciones que engendran «efervescencia, murmuraciones y un descontento sordo entre las masas que todavía no se ha transformado en sublevación, pero que está exactamente al borde...». Y el orador la toma con el «burocratismo»<sup>11</sup>. Esta intervención conmociona al comité del Partido de la universidad, que condena al hereje, y luego organiza precipitadamente una reunión de todos los secretarios de célula.

Stalin intenta crear unos lazos entre los diversos grupos víctima de su cólera con unos argumentos abracadabrantes de complejas ramificaciones que es incapaz de desembrollar: hace confesar a los médicos detenidos la formación de un grupo terrorista encabezado por Iegorov, que actuaba a las órdenes del antiguo dirigente de Leningrado Alexander Kuznetsov, ejecutado en septiembre de 1950, y acusado de haber pretendido apartar a Jdanov, su patrono y protector, y de haber favorecido a los judíos<sup>12</sup>. Abakumov y sus ayudantes que, como recordaremos, habían cubierto de golpes a los dirigentes de Leningrado para hacerles confesar unos delitos inventados por Stalin, fueron entonces acusados de haber ocultado los lazos de los fusilados con el Intelligence Service. Stalin había sugerido a Abakumov que hiciera de los dirigentes de Leningrado unos espías ingleses. Abakumov, temiendo no poder conseguirlo, había declarado poco creíble aquella acusación de espionaje contra unos dirigentes que, salvo uno, no se habían reunido con extranje-

<sup>11</sup> *Istochnik*, nº 1, 2000, p. 94.

<sup>12</sup> El 15 de mayo de 1949, Andrianov, enviado por Moscú para reemplazar al equipo de Kuznetsov-Popkov, denuncia en una carta a Malenkov la presencia de 32 jefes de servicio y jefes de clínica judíos en Leningrado (CRCEDHC, fondos 17, inventario 118, dossier 478). Poco antes, el mismo Andrianov había transmitido a Malenkov una carta del administrador de los bienes del PC de Leningrado en la que acusaba a Kuznetsov de haberse apropiado de unos automóviles extranjeros (*ibid.*).

ros. Stalin, que no le exigía nada creíble, ve en esta declaración de impotencia una manifestación de complicidad. Por último, Ignatiev comunica a Stalin que a finales de los años 1930 y principios de los 1940, los servicios de información ingleses habían recibido unos informes sobre los debates del Politburó que solo podían proceder de algunos de sus miembros. Esta acusación en blanco puede aplicarse a no importa quién y constituye una espada de Damocles sobre las cabezas de todos. Además, el antiguo investigador de la Seguridad, Schwartzmann, declara que Abakumov había proyectado un atentado contra Malenkov.

Este edificio policial es frágil. Con el fin de consolidarlo un poco, Stalin exhuma una carta que Timachuk había dirigido al general Vlassik cuatro años antes: un documento que demuestra que los médicos que trataron a Jdanov ignoraron deliberadamente el infarto del ideólogo-jefe del régimen; así pues, Jdanov y, en consecuencia, Chtcherbakov ¡fueron atendidos de forma criminal!

A finales de septiembre, poco antes de la inauguración del XIX Congreso, Riumin había enviado a Stalin un dossier contra nueve médicos acusados de haber asesinado a Chtchervakov y a Jdanov. El antisemita Riumin había comprendido la necesidad de camuflar que se trataba de un ataque antisemita, pues algunos de aquellos médicos no eran judíos. Stalin aguarda al final del congreso para desencadenar la primera oleada de detenciones masivas de Batas blancas. ¿Es quizá por dedicar lo esencial de sus fuerzas a ese complot y a arreglar cuentas políticas por lo que abandona el trabajo del Secretariado hasta el punto de ni siquiera revisar las decisiones, que desde entonces llevan la firma de Malenkov?

Stalin pide a la Seguridad que prepare un plan para asesinar al «renegado» Tito. En enero de 1953, Ignatiev le remite un proyecto digno de James Bond: el anciano agente Grigulevitch, alias Max (implicado en 1940 en el asesinato de Trotski), titular de un pasaporte costarricense, ha entablado una serie de cordiales relaciones en los medios diplomáticos yugoslavos. En Belgrado o con ocasión de su prevista visita a Inglaterra, ha de deslizarse cerca de Tito; previamente vacunado contra la peste pulmonar, deberá, gracias a un pulverizador escondido entre las ropas, regar a Tito y a sus acompañantes con los bacilos de la peste pulmonar, o lanzar gases lacrimógenos y abatirlo con un revólver camuflado como un objeto banal. Este plan abracadabrante, abandonado al final, denota la impoten-

cia de Stalin, su irritación ante un obstáculo que no consigue apartar y su creciente alejamiento de la realidad.

El XIX Congreso del Partido se inaugura el 5 de octubre de 1952. Ninguno de los acontecimientos acaecidos después del último, celebrado en marzo de 1939, ni la guerra, ni las tareas de reconstrucción del país, ni la creación del Kominform, ni la caza internacional al titismo, ni la liquidación de los cuadros del Partido de Leningrado habían impulsado a Stalin a convocar un congreso. ¿Qué motivo pudo obligarle a organizar este?

La reunión parece señalar cierta indefinición del Guía, casi mudo. Aludiendo a su estado de salud, había anunciado al Politburó que, por primera vez en treinta años, no presentaría el informe de actuación del Comité Central. Ha confiado esa responsabilidad a Malenkov. Varias señales indican que allí prepara la liquidación de su vieja guardia; así, cuando el abnegado Mejlis, víctima el 4 de diciembre de 1949 de un ataque, de un infarto después, y de baja y en tratamiento desde entonces, solicita participar en el congreso, que es un derecho de todo miembro del Comité Central saliente, Stalin no se molesta en contestarle. Su silencio desconcierta a Mejlis.

Durante la inauguración, Stalin se sitúa en un extremo de la mesa reservada a los miembros del Presidium: una silla vacía lo separa de su vecino Kaganovitch. Malenkov sube al estrado y con voz entrecortada despacha su informe a toda prisa. Stalin mira al vacío con aire indiferente. De vez en cuando, Malenkov dirige una mirada inquieta hacia el Amo, temiendo detectar en él algún signo de impaciencia, pero Stalin permanece impassible y Malenkov podrá llegar al final de su castigo. Sin embargo, al final de la discusión del informe de actuación se niega a responder a las numerosas preguntas de los asistentes, sin llegar a explicar el motivo de su silencio. Quizá teme endosarse la librea del presunto heredero demasiado apresurado...

Stalin no toma la palabra hasta la tarde de la última sesión del congreso, el 14 de octubre. Cuando el presidente de la sesión, Vorochilov, anuncia: «Tiene la palabra el camarada Stalin», toda la asistencia se pone en pie y prorrumpe en una enorme ovación. Stalin se dirige lentamente hasta la tribuna y observa a la vociferante sala con la misma mirada apagada e indiferente; se balancea de un pie a otro y se acaricia el bigote o la barbilla con el índice derecho. Por dos veces alza la mano invitando a la sala a interrumpir la ovación,



pero en ambas ocasiones los alaridos redoblan su intensidad. Por fin se hace el silencio. Con voz lenta y monocorde, Stalin pronuncia un discurso de siete minutos, entrecortado por unos aplausos prolongados que triplican su duración.

Su intervención, muda sobre los problemas interiores de la URSS, se resume en dos ideas: por una parte, la Unión soviética, profundamente apasionada por la paz, necesita el apoyo de todos los pueblos pacíficos que, al hacerlo, se apoyan a sí mismos; por otra, la burguesía, al capitular ante el imperialismo americano, ha abandonado la bandera de las libertades democráticas burguesas y la de la independencia y la soberanía nacionales. Los partidos comunistas han de enarbolar esas dos banderas «para convertirse en la fuerza dirigente de la nación», es decir, en la fuerza motriz de un reagrupamiento antiamericano al servicio de la política exterior de Moscú. Al no existir ya los mencheviques, el congreso suprime la palabra bolchevique de la denominación del partido, decide revisar su programa, y con este objeto nombra una comisión de once miembros en la que figuran Stalin, Beria, Kaganovitch, Malenkov y un desconocido, Dmitri Tchesnokov, el oscuro redactor-jefe de la revista *Voprossi Filosofii* que guardará silencio a lo largo de los debates. El congreso suprime el Buró de organización y confía el control de los cuadros a un Secretariado de diez miembros entre los cuales figuran Brejnev, Malenkov, Mijailov, Stalin, Suslov y Jruschov. Por último, la función de Secretario general —título que Stalin no mencionaba desde 1934 cuando firmaba los documentos— queda abolida.

La atmósfera que rodea al Comité Central los días 16 y 17 de octubre de 1952 es bien distinta. Stalin, que ha prohibido taquigrafar su discurso, abre la sesión con un informe de hora y media que pronuncia en pie, sin notas, fijando sus ojos entornados en una asistencia petrificada por el tono de su discurso y su modo de hablar. Molotov, Mikoian, Malenkov y Beria están situados a su espalda. Comienza hipócritamente por una solicitud de jubilación anticipada: se hace viejo, hay que tomar el relevo y asegurar la sustitución. Luego insiste: «La lucha contra el capitalismo va a ser aún más feroz. Ante el agravamiento patente de la situación, el mayor peligro es la tendencia a temblar, a tener miedo, a retroceder, a capitular». De repente, pone nombres a esta «tendencia»: el de Molotov, «la encarnación misma de la rendición ante el imperialismo», acusado

de «inestabilidad, de blandura», de «cobardía y capitulación»<sup>13</sup>, y luego el de Mikoian.

Al principio, el escritor Constantin Simonov, recién elegido, estupefacto, cree haber oído o haber entendido mal; pero Stalin blande la lista de las «capitulaciones» de Molotov desde el final de la guerra. Le acusa simplemente de «desviación de derechas». La prueba: en 1946, Molotov había propuesto aumentar de 10 a 15 kopecks el kilo el precio que se pagaba a los koljoses por el trigo incautado. Colocar a Molotov sobre las huellas del traidor Bujarin anuncia y justifica su futura liquidación.

Ahora llega el turno de Mikoian, abrumado por unas frases despectivas. En la sala reina un silencio de muerte. Los cuatro dignatarios del Politburó, sentado a espaldas de Stalin, están tan petrificados como el resto de la audiencia. La elección de estos dos hombres es lógica: Molotov es el esposo, a pesar de estar divorciado, de Paulina Jemtchujina, convicta de nacionalismo judío; Mikoian es el suegro de la hija del principal condenado por el affaire de Leningrado, Alexis Kuznetsov. Molotov y Mikoian, con una voz velada, niegan ante el tribunal haber capitulado ante el imperialismo. Muestran el pálido rostro de los condenados a muerte.

Stalin asesta un último golpe. Antes de la elección de los organismos del Comité Central (especialmente, los de su Presidium, que sustituye al antiguo Politburó), se levanta y repite: «Tengo demasiada edad; puedo continuar asumiendo mis responsabilidades de presidente del Consejo de comisarios del pueblo y dirigiendo las sesiones del Politburó, pero ya no puedo ser Secretario general y presidir con este título las reuniones del Secretariado del Comité Central. Liberadme, pues, de esta función». La trampa es burda, pero los recién elegidos corren el riesgo de no ver malicia alguna en ella y tomar al pie de la letra la petición de Stalin. Sentado a su espalda, Malenkov muestra el rostro torturado de un hombre que, como dice Simonov, «siente el peligro mortal que pende sobre las cabezas de todos y que los demás no han percibido». Con mímica y gestos trata de convencer a la asistencia de que hay que negarse a satisfacer la petición de Stalin. Un gesto de asentimiento, una sonrisa satisfecha, un movimiento de cabeza revelarían el complot preparado por el potencial «delfín», desenmascarado gracias a la astucia

<sup>13</sup> C. SIMONOV, «Glazami Cheloveka moego pokolenia», art. cit., p. 99.

del Secretario general. El instinto de conservación da alas a la inteligencia. Y los gritos se elevan: «¡No! ¡No! ¡Quédate! ¡Quédate!»<sup>14</sup>. Stalin cede...

Manda elegir un Presidium del Comité Central formado por veinticinco miembros y once suplentes, en el que no figura Andreiev, ayer todavía miembro del Politburó, y compuesto en su mayoría por nuevos personajes a los que no podía conocer en su mayor parte. Así observa por primera vez a Brejnev, designado sin embargo al Secretariado. No obstante, un hombre tan desconfiado y escrupuloso como Stalin no puede haber promocionado para funciones dirigentes a unos hombres por la simple lectura de sus expedientes o por una buena impresión momentánea. Necesariamente ha tenido que elaborar esta lista en compañía de una persona de confianza, buen conocedor del aparato. Pero ¿quién? Beria está amenazado. Molotov y Mikoian han caído en desgracia. Jruschov piensa en primer lugar en Malenkov, quien le jura que ha conocido la lista al mismo tiempo que él. Jaurès Medvedev ve en ella la mano de Suslov, el hombre de los bastidores, el típico *apparatchik*, oscuro, nombrado posteriormente «la eminencia gris», el hombre que en 1957 salvará a Jruschov, amenazado por el «grupo anti-partido» y luego tocará la llamada al ataque contra él en 1964 antes de ser, a espaldas de Brejnev, el auténtico Secretario general. Es posible, incluso probable...

Por último, Stalin crea un despacho restringido, no previsto en los estatutos que acaba de aceptar el congreso y que no ha discutido con ningún dirigente. Lo forman Stalin, Malenkov, Beria, Jruschov, Vorochilov, Kaganovitch, Bulganin y dos nuevos: Saburov y Pervujin. Este peculiar despacho, cuya existencia no se hace pública y que no se reúne apenas, incluye a un fantasma (Vorochilov), un hombre sin peso político (Bulganin) y un futuro depurado (Beria). Su presencia es un camuflaje. Stalin reparte los papeles entre los dirigentes para evitar cualquier concentración de poder en manos de uno de ellos: en su ausencia, tres hombres distintos para cada órgano presiden por turnos las sesiones del Presidium, del Consejo de ministros y del Secretariado del Comité Central, al que ya no asiste jamás.

Finalmente, Stalin informa al Comité Central del «complot de las Batas blancas», que no se hará público hasta tres meses después.

<sup>14</sup> *Ibid.*, y D. CHEPILOV, *Voprossy Istorii*, nº 6, junio 1998, p. 12 y nº 7, julio 1998, p. 32.

La culpabilidad de los médicos, dice, es indudable. Atónito, Chepilov, un recién elegido también, resume el discurso en pocas frases: «Los médicos mataron a Jdanov. Mataron a Chtcherbakov. Han querido acabar con nuestros mariscales. Mirad a Andreiev ahí sentado: pues bien, lo han dejado sordo deliberadamente. Ellos mismos lo han confesado. [...]. Sin embargo, entre nosotros aún hay quien duda»<sup>15</sup>. Ese «entre nosotros» quiere decir en la dirección, a la que hay que poner al paso. Menciona la ayuda proporcionada por Lidia Timachuk en el desenmascaramiento de los médicos, por supuesto sin citar sus cartas. La audiencia escucha en medio de un silencio pesado. En efecto, la acusación de que Jdanov ha sido asesinado por los médicos hace planear una amenaza sobre el clan de sus enemigos Malenkov y Beria.

Al día siguiente del Comité Central, Stalin exige que Molotov envíe a su secretario personal los originales del pacto Molotov-Ribbentrop, incluidos los protocolos secretos. Según el policía Sudoplatov, proyectaba acusar a Molotov de simpatías pro-germánicas y de servilismo ante Hitler. Sin embargo, tras reunir el Presidium inmediatamente después del Comité Central, solo plantea unos temas rutinarios sobre organización: «Sobre la creación de comisiones permanentes en el Politburó» y «Sobre el reparto de responsabilidades en el Buró del Presidium».

Tres días después convoca al Kremlin al Presidium entero, a los secretarios del Comité Central y a algunos responsables de las secciones ideológicas. Está descontento de la organización de la propaganda soviética. *Pravda* le parece especialmente mediocre y su director, Ilitchev, un timorato. Pide a los presentes que den nombres para sustituirlo. Nadie responde. En efecto, nadie sabe cómo reaccionará Stalin ante sus propuestas y es mejor callar. Stalin continúa: la gestión de la industria es mala, y la de la agricultura no es mejor. Los cuadros que existen son unos ignorantes. «Solo saben firmar papeles y por ahí arruinan el asunto»<sup>16</sup>. Ahora bien, dice, existen muchos jóvenes capaces a los que hay que promocionar. No llega hasta el punto de afirmar, como en 1937-1938, que es preciso instalarlos en los puestos de los antiguos, pero sugiere que, si los antiguos cuadros dirigentes son malos, hay que reemplazarlos.

<sup>15</sup> *Ibid.*

<sup>16</sup> *Istochnik*, n° 1, 1997, pp. 147-148.

Crea una comisión ideológica formada por Chepilov, como secretario, y Tchesnokov, Rumiantsev, Iudin y Suslov: tres nuevos y dos antiguos. Chepilov está instalado en la cuarta planta del inmueble del Comité Central y Staraiia Plochad, en el despacho que Stalin no ocupa desde hace varios años. Un mes después, Suslov comunica a Chepilov que ha sido nombrado redactor-jefe de *Pravda*. Halagado aunque inquieto, Chepilov se precipita a casa de Stalin e intenta librarse pretextando el enorme trabajo emprendido un año antes sobre el manual de economía, un encargo de Stalin, que le responde: Pues acumulas.

La crisis aflora a continuación del congreso. En él, Malenkov había anunciado que «el problema alimenticio [estaba] definitivamente resuelto en la URSS». Esta declaración pública suscita una avalancha de cartas al Comité Central en las que sus autores denuncian la falta de pan en la zona. Un campesino de la provincia de Kurgan se queja: «¿Cómo voy a educar a mis hijos? ¿Cómo voy a alimentarlos? No lo sé [...]. No se nos pagan los días de trabajo. [...] Nosotros producimos el pan y ¡no lo tenemos! Ya no hay pan para los niños». Desde Tchernigov, otro campesino escribe: «No tenemos pan. Hace dos meses que no lo venden en el bazar». Una campesina de Briansk se queja de la falta de pan, de manteca, de salchichón, etc. Stalin convoca al Secretariado. Y vocifera: «¡Destituid al secretariado del comité regional del Partido!». Aristov, enviado en comisión a la zona, comunica que Ucrania es un granero de trigo, pero que ¡los ucranianos carecen de pan blanco! Stalin zanja: «¡Que les den pan blanco!»<sup>17</sup>, y manda que el Consejo de ministros censure a Mikoian.

El 3 de noviembre de 1952, Riumin envía a Stalin un proyecto de acta de acusación contra Abakumov. Le reprocha que haya querido acceder al poder supremo, que haya creado un grupo de nacionalistas judíos en el Ministerio de la Seguridad del Estado, fabricado dossiers comprometedores sobre algunos dirigentes, intentado independizar la Seguridad del Estado y ¡sabotear el contraespionaje! El 11 de noviembre, una primera oleada de detenciones masivas arroja a docenas de médicos a la cárcel. Pero Stalin, descontento de las penosas declaraciones conseguidas por Riumin, el

<sup>17</sup> «Posledniaja antipartijanai grupa» (El último grupo antipartido), *Istoricheski Arkhiv*, n.º 4, 1993, p. 66.

14 de noviembre lo cesa en su cargo de viceministro de la Seguridad. Riumin intenta justificarse excusándose por su exceso de liberalismo a lo largo de la instrucción, y jura que, a partir de ese momento, «después de las indicaciones adecuadas, [ha] corregido su error».

El 22 de noviembre de 1952, se inicia en Praga el proceso de catorce dirigentes del partido comunista checoslovaco, entre ellos su Secretario general, Rudolf Slansky. Once de los catorce acusados son judíos, una cualidad ampliamente subrayada en el acta de acusación. El instructor Smola vocifera a Artur London: «No todo lo que hizo Hitler fue bueno, pero destruir a los judíos fue una cosa buena. Lo que él no terminó, lo acabaremos nosotros»<sup>18</sup>. Algunos acusados habían pertenecido a las Brigadas internacionales. Radio Praga presenta a Slansky como «un judío de lengua checa, de alta estatura y pelirrojo, cuyo nombre verdadero es Salzmann», y a André Simon como «un trotskista judío de nombre Otto Katz». Slansky está acusado de haber querido asesinar a Gottwald, el presidente del Estado checoslovaco, sobornando a su médico, el doctor Haskovec, que, aunque no es judío, es masón... El periódico del Kominform, que sale el 25 de noviembre, denuncia en pleno proceso «a los traidores [...] trotskistas-titistas-sionistas-nacionalistas burgueses al servicio de los imperialistas americanos». Once acusados serán condenados a muerte, y tres (entre ellos, Artur London, cuñado de Raymond Guyot, miembro del Politburó del PCF) a cadena perpetua.

En 1952, los judíos han de desempeñar el papel de los trotskistas en 1937, pero la empresa es más delicada: Stalin había aislado a Trotski y a los troskistas por medio de la calumnia, la intimidación y el asesinato; la caza a los judíos, una difícil operación después de la solución final nazi, demuestra ser demasiado compleja para el burdo Riumin. Así pues, el 15 de diciembre, Stalin lo sustituye por un hombre de confianza de Beria con el que posteriormente será fusilado en diciembre de 1953, Goglidzé, antiguo miembro de la NKVD de Georgia, encargado de cerrar el expediente de los «médicos asesinos». Siguiendo las instrucciones de Stalin, exige a sus subordinados que se comporten como «auténticos investigadores revolucionarios», en lenguaje llano, que golpeen con todas sus fuerzas. Entrega

<sup>18</sup> A. LONDON, *L'Aveu*, París, Gallimard, 1969, p. 33.

diariamente las actas de los interrogatorios a Stalin, que dirige por sí mismo el curso de la instrucción.

Así, el 18 de noviembre garantiza la vida a su antiguo médico Vinogradov, si «reconoce francamente todos sus crímenes y descubre completamente a todos sus cómplices». La nota que manda remitirle con ese mensaje termina con estas sorprendentes líneas: «El mundo entero sabe que nuestro jefe cumple siempre sus promesas». Vinogradov sabe justamente que no lo hace en absoluto. Como experto en el tercer proceso de Moscú (1938) en el curso del cual habían sido condenados tres médicos, se enteró de que, para destrozarse a un acusado reacio, Stalin solía prometer respetar la vida del acusado, de su mujer y de sus hijos, y luego los liquidaba a todos. Y se niega: «No tengo nada que decir. Yo no he servido a los extranjeros, nadie me ha manipulado y yo no he impulsado a nadie a cometer delitos»<sup>19</sup>. Para hacerle ceder, se ven obligados a carearlo con el doctor Maïorov que, vencido, le acusa. Luego lo muelen a golpes durante tres días.

Stalin hace el vacío en su entorno. El 15 de noviembre cesa a su secretario personal, Poskrebychev, a cuya mujer, judía, pariente lejána de Trotski, detenida tres años antes acusada de espionaje, acaba de mandar fusilar. Amenaza también a Poskrebychev por no haber vigilado, o incluso por ocultar las actividades de su esposa. El 16 de diciembre manda detener al jefe de sus guardias de corps, el general Vlasik. En el interrogatorio, Beria y sus ayudantes le acusan de haber «favorecido a los médicos envenenadores», dilapidar el dinero público para sus ambiciones personales y mantener tratos con un tal Stenberg, un espía dudoso, pero judío real; le exigen unas confesiones comprometedoras sobre Poskrebychev. Goglidzé logra que los médicos Vovsi y Kogan confiesen su proyecto de asesinar a Stalin, a Malenkov y a Beria en julio de 1952.

El 1 de diciembre de 1952, Stalin recibe en su dacha al cuarteto habitual (Beria, Jruschov, Malenkov y Bulganin) con Malychev, que percibe la reanudación del tema de 1937: «Cuanto mayor es nuestro éxito, más intentan sabotearnos nuestros enemigos. Influida por nuestros grandes triunfos, nuestra gente lo ha olvidado y ahora, entre nosotros reina la placidez, la inconsciencia y la vanidad». Pasa a continuación al complot de los médicos: «Entre ellos hay muchos

<sup>19</sup> G. KOSTYRCHENKO, *Prisonniers du pharaon rouge*, op. cit., p. 356-357.

nacionalistas judíos, y todo nacionalista judío es un agente de los servicios de información americanos». Luego expresa su desconfianza respecto a la Seguridad acusando así al aparato represivo, núcleo del Estado: «Las cosas van mal en la GPU, su vigilancia se ha embotado [...]. Hay que cuidar a la GPU [...], la GPU no está libre de la enfermedad que afecta a todos los organismos: la euforia, el vértigo del éxito [...] es preciso instaurar el control del Comité Central sobre el trabajo de la GPU. La indolencia, la desmoralización han afectado al MGB»<sup>20</sup>. Es necesario, pues, sacudir a los agentes y a otros con ellos, pues la enfermedad es universal. Esta «euforia», este «vértigo del éxito» que denuncia, son el reverso retórico de la «indolencia» y de la «pérdida de vigilancia». Ahora, la generación de jóvenes estalinistas de 1937-1938 puede preguntarse legítimamente si no va a revivir a sus expensas las situaciones de sus predecesores. Pero, ante la falta de candidatos al relevo, ¿en quién se va a apoyar esta vez Stalin?

Al día siguiente de la ejecución de los once condenados de Praga, el 4 de diciembre, Stalin manda que el Buró del Presidium adopte una resolución «Sobre la situación en el Ministerio de la Seguridad del Estado y sobre el sabotaje en el sistema de atención», elaborado, como dirá más tarde Malenkov eufemísticamente «con ayuda del camarada Stalin», que lo ha inspirado, revisado y corregido, es decir, dictado o redactado por él mismo. La resolución decide «poner radicalmente fin al carácter incontrolado de los organismos del Ministerio de la Seguridad del Estado»<sup>21</sup>, acusado de colocarse fuera –o por encima– del Partido, sometiéndolo, en todos los niveles, a las altas instancias. La advertencia es clara: si los médicos saboteadores han podido prosperar gracias a la inconsciencia o a la negligencia del ministerio, encargado de la vigilancia por definición, es que todo está podrido en el reino del socialismo alcanzado. La purga se extenderá, pues, a la Seguridad del Estado y a todo el aparato. El 15 de diciembre, Stalin celebra un gran consejo sobre el asunto de los médicos: recibe a Ignatiev, a su ayudante Goglidzé, a otros dos cuadros de la Seguridad y a siete dirigentes. El 18 de diciembre, Goglidzé redacta un informe sobre el estado del affaire de los médicos.

<sup>20</sup> Diario de V. Malychév, *Istochnik*, n° 5, 1997, pp. 140-141.

<sup>21</sup> *Izvestia, Ts K KPSS*, n° 1, enero 1991, p. 142.



¿Acaba Stalin por creerse los complots que se inventa continuamente? En cierta ocasión, invita a su dacha a Fadeiev, presidente de la Unión de Escritores. En medio de la conversación se queda mirándolo fijamente y le indica: «Los escritores sois buenas personas pero ayudáis poco al Comité Central. Cerca de ti, delante de tus narices, trabajan espías ingleses, Ehrenburg, Alexis Tolstoi y tu amigo Pavlenko; y no los descubres»<sup>22</sup>. Si Zelinski no se equivoca de fecha, estas frases demuestran el considerable deterioro del Guía: Alexis Tolstoi había muerto en 1945 y Pavlenko, en 1951.

El 21 de diciembre, Svetlana acude a verlo en su cumpleaños. El rostro de su padre, generalmente pálido, aparece enrojecido. Le atormenta la hipertensión. Le anuncia orgullosamente que ha dejado de fumar, como lo atestiguan su gordura y su permanente irritabilidad. En efecto, se muestra continuamente encolerizado con sus lugartenientes: Jruschov lo ilustra con una escena típica en un pasaje suprimido finalmente de su informe en el XX Congreso: «Poco antes de su muerte, Stalin convocó a varios de entre nosotros a su dacha [...]. Casualmente, entre él y yo se interponía un montón de expedientes que le impedían verme. Stalin, nervioso, empezó a gritar de repente: «¿Qué haces ahí sentado? ¿Tienes miedo de que mande fusilarte? No tengas miedo, no te haré fusilar. Siéntate más cerca»<sup>23</sup>.

En su primera reunión de Año Nuevo insiste en el asunto de los médicos. El 2 de enero, Goglidzé le entrega otro informe sobre el tema. La entrevista dura cuarenta minutos. Unos días después manda detener al general de la Seguridad del Estado Kuzmitchev, antiguo oficial de su guardia personal desde 1932 a 1950, un hombre próximo a Beria, su objetivo, y al que, al día siguiente de la muerte de Stalin, Beria sacará a toda prisa de su celda para colocarlo en el puesto clave de jefe de la Dirección de la guardia del Ministerio del Interior. El 9 de enero de 1953, Stalin convoca una reunión del Buró del Presidium (ocho miembros además de él) ampliado con los seis secretarios del Comité Central, con el presidente de la comisión de Control del Partido, Chkiriátov, el redactor-jefe de *Pravda*, Chépilov, y los dos ministros adjuntos a la Seguridad, Ogoltsov y Goglidzé; su superior, Ignatiev, al que Stalin considera demasiado blando

<sup>22</sup> K. ZELINSKI, «V Iune 1954», *Mimvichee*, n.º 5, 1998, p. 88.

<sup>23</sup> N. JRUSCHOV, *Vospominaniá, op. cit.*, t. 2, p. 782.

en este asunto, queda fuera de esta reunión del alto mando de la inminente campaña. Sin embargo, Stalin no acude a la reunión y hace que conste su ausencia en el acta. Los asistentes adoptan una resolución titulada «Aprobar el comunicado de prensa sobre el arresto de un grupo de médicos saboteadores y hacerlo aparecer al mismo tiempo que el artículo de *Pravda* sobre esta cuestión». El texto va firmado «Buró del Presidium del Comité Central del PCUS» y no, como de costumbre: «El Secretario del Comité Central: I. Stalin»<sup>24</sup>. ¿Hemos de ver, bajo la falaz apariencia de una dirección colectiva, tan cara a la propaganda oficial, el deseo de no dejar huellas o el primer indicio de una incertidumbre sobre el efecto de esta campaña?

El 13 de enero de 1953, *Pravda* publica un comunicado de prensa cuya gravedad encubre su aparición en cuarta página. El comunicado anuncia la «detención de un grupo de médicos saboteadores [...] que trataba acortar la vida de altos responsables de la Unión soviética a través de la administración de ciertos tratamientos nocivos». Los acusa de haber asesinado en otro tiempo a Jdanov y a Chtcherbakov y de preparar el asesinato de jefes militares soviéticos, entre los cuales hay cinco más nombrados que los demás: Vasilevski, Govorov, Koniev, Chtemenko y Levtschenko. El comunicado cita a nueve médicos, seis de ellos con nombres judíos: Vovsi, los dos hermanos Kogan, Feldman, Etinguer, Grinstein, y tres rusos, Vinogradov, Iegorov y Maiorov. Además, denuncia a otros dos judíos: Mijoels, asesinado exactamente cinco años antes, y al doctor Chimieliovitch, dirigente del Comité antifascista judío fusilado el 12 de agosto de 1952. El nombre de Stalin no figura en el comunicado. No desea ser una diana, ni siquiera imaginaria.

Entre esos nueve médicos asesinos, el comunicado distingue un grupo de cinco (Vovsi, Kogan el mayor, Feldman, Grinstein y Etinguer) «unidos a la organización nacionalista judía burguesa internacional Joint Commitee, creada por los servicios de espionaje americanos», y un grupo de tres (Vinogradov, Kogan el joven y Iegorov), agentes de los servicios de información británicos y sionistas. El autor, cansado o con prisas, ha olvidado, pues, a un médico, Maiorov del que se ignora a quién se había vendido. El comunicado acaba con una frase amenazadora pero vaga: «La

<sup>24</sup> G. KOSTYRICHENRO, *Prisonniers du pharaon rouge*, op. cit., p. 371.

instrucción debería terminar próximamente», y el proceso se iniciará enseguida.

En la tarde del 13 de enero, Stalin se reunió durante cinco minutos, ni uno más, con el cuarteto Beria, Bulganin, Malenkov y Jruschov. Este último no habló nunca de esta breve reunión del estado mayor en la que Stalin apenas pudo dar más que unas indicaciones generales. Y lo que es aún más extraño, una vez el asunto en marcha, Stalin no recibe ya a ninguno de los responsables de los interrogatorios, encargados de preparar el proceso anunciado para muy pronto. Ahora bien, el asunto no está cerrado: nuevas detenciones implican nuevos interrogatorios, pero el Jefe ya no da directrices. Parece apoderarse de él un cansancio insuperable, unido sin duda a una sensación de impotencia. Encima de la mesa del comedor continúan apilándose, sin abrir, los paquetes de correo que le son destinados o que están dirigidos al Politburó o al Secretariado, y que le llegan diariamente desde el Kremlin. Así lo observan un día Beria y Jruschov al pasar por delante de la puerta abierta; Beria se echa a reír y dirigiéndose a su acompañante dice: «Seguramente tu correo sigue ahí»<sup>25</sup>. Tras la muerte de Stalin, la guardia enviará esas cartas sin respuesta a sus remitentes. La parálisis política del Guía arrastra a la del Estado.

Mientras la nueva campaña, tan delicada, está en pleno apogeo, Stalin reúne cada vez menos a sus altos responsables. El 22 de enero agrupa por lo menos a catorce, entre ellos Beria padre y su hijo, ingeniero, para discutir unos vagos proyectos militares. Todavía mantiene unas breves conversaciones en su despacho los días 2 y 7 de febrero. El 16 recibe en una larga sesión a Malenkov, Beria y Bulganin. Mientras tanto, se arrastra indolentemente por Kuntsevo y cena con el cuarteto casi todas las noches.

El 17 de febrero recibe durante media hora, tiempo de traducción incluido, al embajador de la India, Krisna Menon. Durante la entrevista dibuja lobos en una hoja de papel. De repente, fija la mirada en el embajador y afirma: «El campesino ruso conoce bien a los lobos; son sus enemigos de siempre; sabe cómo matarlos, pero los lobos conocen también las trampas del campesino»<sup>26</sup>. Él también se prepara a desbaratar las trampas de los enemigos del inte-

<sup>25</sup> N. JRUSCHOV, *Vospominania, op. cit.*, t. 2, p. 127.

<sup>26</sup> HARRISON E., SALISBURY, en el *New York Times*, 22 de septiembre de 1954.

rior. Después de una larga entrevista de una hora con un médico, que le manifiesta su preocupación por su estado de salud, recibe durante una hora a Bulganin, Beria y Malenkov. Es la última vez que recibe a visitantes en el Kremlin.

El «complot» se enriquece cada día con nuevas ramificaciones. El 19 de febrero, la Seguridad detiene al viceministro de Asuntos Exteriores, Iván Maiski, antiguo embajador de la URSS en Londres cuando Molotov era ministro de Asuntos Exteriores; detiene también a su antiguo colaborador de la embajada británica, Simon Rostovski, más conocido como propagandista bajo el seudónimo de Ernst Henry. Los instructores tienen prisa; desde el 19 al 22 de febrero interrogan a diario a Maiski. Stalin trata de asentar su complot todavía mal anudado. Maiski, deseando evitar los golpes, confiesa ser agente de los servicios secretos británicos, reclutado por Winston Churchill y Anthony Eden en la época en la que dependía de Molotov. Su arresto apunta, pues, a este último y a su sucesor, Vy-chinski, que tiene que recurrir a su talento. El 21, Maiski acepta denunciar como agente inglés a la antigua dirigente de la Oposición obrera, Alexandra Kollontai, muerta unos meses antes, y por lo tanto incapaz de sentarse en el banquillo de los acusados.

La Seguridad redobra su celo por aplicar unas directrices exactamente antisemitas. El 22 de febrero, la circular secreta SS-17 llega a los diversos servicios del Ministerio de la Seguridad; ordena expulsar al momento a todos los judíos, independientemente de la edad o la categoría. Así en Tchita, el capitán Riva Rosenberg y el censor Leopold Abzever se ven despedidos tras un minuto de audiencia con su superior. La escena se repite ese día casi por todas partes. El 23 de febrero, los agentes judíos de todos los servicios devuelven dossiers, salvoconductos y uniformes. El motivo oficial: «Reducción de efectivos». La decisión parece sugerir su próximo arresto<sup>27</sup>.

A petición de Stalin, dos dóciles apparatchiks judíos, Mints y Javinson, proponen a ciertas personalidades judías un texto para su firma en el que sugieren el traslado de parte de la población hebrea soviética hacia el este, para protegerla del furor de unos rusos indignados tras del proceso de los «médicos asesinos». La autenticidad

<sup>27</sup> Más inquietante es la preocupación del joven agente de información Mijail Mazniker, expulsado de su escuela de formación «por tendencias sionistas» (*Literaturnaria Gazeta*, 21-27 de febrero del 2001, p. 7).

de esta petición es dudosa. La revista de archivos de la presidencia rusa *Istochnik* publica un texto anodino de la carta colectiva presentada a la firma de 58 personalidades judías. Al tiempo que denuncia las maniobras de los «imperialistas americanos e israelitas, que quieren transformar a los judíos rusos en espías y en enemigos del pueblo ruso», la carta afirma que una aplastante mayoría de judíos soviéticos son amigos del pueblo ruso, insiste en la necesidad de reforzar la amistad entre los pueblos y la unidad de los trabajadores de todo el mundo frente al imperialismo, y termina con la modesta propuesta de editar en Rusia un diario en yiddish, con objeto de reunir a todos los judíos progresistas del mundo<sup>28</sup>. Evidentemente, no se refería a esta misiva el pianista Blanter cuando declaró a uno de los médicos detenidos: «Yo abría *Pravda* todas las mañanas temblando por el temor de encontrar mi firma en ese infame documento»<sup>29</sup>. Ilya Ehrenburg habla también de otro texto, cuando recuerda en sus memorias sus «esfuerzos por impedir la publicación en la prensa de una carta colectiva. Afortunadamente, la idea, realmente insensata, no se tradujo en hechos»<sup>30</sup>. La propuesta de publicar un diario yiddish anti-imperialista no podría calificarse de «infame» ni de «insensata». La idea «realmente insensata», a saber, la construcción de ghettos en Extremo Oriente, remite, pues, a otro documento que ha permanecido oculto o cuidadosamente destruido. El escritor Benjamín Kaverin, a quien se le presentó el texto, vio en él la confirmación de los rumores sobre los barracones construidos en Extremo Oriente para instalar en ellos los futuros ghettos.

Según Poliakov, ayudante de Mijail Suslov, Stalin había creado una comisión encargada de preparar esta deportación, colocada bajo su dirección personal y presidida por Suslov. Los barracones ya habían sido construidos en Birobidjan, explica, para acoger en dos etapas a todos los judíos soviéticos. «Stalin había fijado tres fechas muy apremiantes. El proceso contra los médicos debía celebrarse del 5 al 7 de marzo y la ejecución tendría lugar los días 11 y 12»<sup>31</sup>.

<sup>28</sup> *Istochnik*, n.º 1, 1997, pp. 143-145.

<sup>29</sup> J. RAPPOPORT, *Na rubezhe dvukh epokh. Delo Vrachei 1953* (En la frontera de dos épocas. El affaire de los médicos 1953), Moscú, Kniga, 1989, p. 68.

<sup>30</sup> L. MARCOU, *Ilya Ehrenbourg. op. cit.*, p. 289. «Carta de Ehrenburg a Stalin», *Istochnik*, n.º 1, 1997, pp. 142-143.

<sup>31</sup> A. LUSTIGER, *Rotbuch, Stalin und die Juden*, Berlín, Aufbau-Verlag, 1998, p. 261. Si el libro de Arno Lustiger es muy serio y bien informado, el autor de este relato, Zinovi Cheinis, autor de varias «revelaciones» sobre el «complot de las Batas blancas», está demasiado sediento de sensacionalismo como para ser una fuente segura.

Este relato provoca bastantes dudas. La Seguridad no tenía medio de construir los barracones para acoger en Birobidjan a los tres millones de judíos soviéticos, una cifra superior a la población de todo el Gulag, a menos que hiciera perecer a la mayor parte que ya se encontraba en camino. El proyecto de deportación solo podía referirse a una fracción de judíos soviéticos con el único fin de aterrorizar al conjunto.

Guennadi Kostyrtchenko, autor de *Prisioneros del faraón rojo*, niega tajantemente la autenticidad de este proyecto que reduce a «unos rumores que circularon y circulan todavía en los ambientes judíos» (1), y en apoyo de su tesis expone tres argumentos: «La existencia de tales planes ha sido negada por personalidades muy al tanto de los secretos de la cocina política estalinista, como Sudoplatov y Kaganovitch»<sup>32</sup>. Pero el primero, responsable del sector de los asesinatos políticos de la NKVD, es tan poco digno de crédito como el segundo, un judío vergonzante, fiel compañero, cómplice y cantor de Stalin hasta su último suspiro. Kostyrtchenko expone como prueba fundamental el hecho de que Jruschov, «crítico encarnizado de los crímenes satalinistas, tampoco menciona [este proyecto] en sus Memorias». Pero Jruschov no lo dice todo, ¡ni mucho menos! Por ejemplo, reduce a cinco los quince pueblos deportados por Stalin, a los que posteriormente mantendrá en la misma situación. ¿Invalida esto la deportación de los que no se nombra? Kostyrtchenko insiste en un último argumento: Lo más importante es que no hubo una directriz oficial sancionando la deportación»<sup>33</sup>. Es el argumento tradicional de los «negativistas»: puesto que no hay documentación oficial sobre las cámaras de gas y la solución final, no existieron: no había directriz oficial de Stalin que ordenara el asesinato de Trotski y de muchos otros, y, sin embargo, los mandó matar.

Indudablemente, Stalin no quería (ni podía) deportar a todos los judíos al Birobidjan en el Altai, al Kazajstán o a Uzbekistán. Políticamente, la operación era mucho más delicada que la deportación de alemanes soviéticos en plena guerra con Alemania, o de pueblos del Cáucaso cuya suerte importaba muy poco a los gobiernos aliados. Pero hubiera podido deportar a una parte hacia el este después del previsto proceso de los «médicos asesinos». Así, en febrero

<sup>32</sup> G. KOSTYRTCHENKO, *Prisonniers du pharaon rouge*, op. cit., p. 371.

<sup>33</sup> *Ibid.*, p. 385.

de 1953, los habitantes del barrio judío de Tiflis se enteraron de su inminente traslado al Kazajstán<sup>34</sup>. ¿Llegó finalmente Stalin a poner por obra su decisión? Por supuesto, nadie puede decirlo. Bulganin, ministro de Defensa de la época, afirma en 1970 que, en febrero de 1953, recibió de Stalin la orden de preparar 800 convoyes para deportar a Siberia a los judíos, es decir, un traslado de un millón de hombres. Pues bien, durante las tres semanas siguientes, Stalin parece desaparecer, excepto para las visitas que recibe el 17 de febrero. La campaña de prensa en contra de los médicos asesinos fracasa por culpa de unas directrices concretas. Por orden de Stalin, Tchesnokov, enfermo al parecer en una villa del Comité Central, redacta un folleto para justificar la deportación de los judíos desde el punto de vista del marxismo-leninismo, pero nadie llegó a conocerlo. Si se escribió, nunca se publicó.

El sábado 28 de febrero de 1953, Beria, Malenkov, Bulganin y Jruschov se reúnen por la noche en la villa de Kuntsevo. Los cinco cenan tranquilamente y los invitados se marchan a las 5 de la mañana. Stalin se muestra de un humor excelente, bromea y luego se va a dormir. Lo sucedido a continuación ha sido objeto de numerosos relatos poco coincidentes: el primero, dudoso, de su antiguo guardia de corps, Rybín, ausente en el momento de la agonía, y luego los de los antiguos miembros del personal y el de Jruschov, que indudablemente tienen en común el deseo de ocultar ciertos aspectos delicados. En especial, existe un detalle intrigante: al día siguiente de la muerte de Stalin, Beria convoca a todo el personal de Kuntsevo (los criados, la guardia, los empleados) y les ordena dejar inmediatamente la villa y luego la ciudad. ¿Será porque sabían demasiado sobre lo ocurrido en las horas que siguieron?

Llega el mediodía del domingo 1 de marzo; el Jefe, que suele despertarse entre las 10 h y las 11 h, no ha dado aún señales de vida. Y aquel día, la fiel Istomina está ausente y no volverá hasta las 2 de la mañana. Pasan las horas y crece la inquietud de los guardias. Por fin, a las 18 h 30, se enciende la luz en el despacho y en el comedor, pero Stalin no aparece. No obstante, nadie puede penetrar en su apartamento a no ser que haya sido invitado. Hacia las 23 h, uno de los miembros del personal se decide a entrar. Según las fuentes, se trató de la anciana sirvienta Matrena Butusova o del ca-

<sup>34</sup> Entrevista de N. Djin, *Drujba Narodov*, n° 12, diciembre 1997, p. 213.

pitán Lozgathev, el encargado de llevar el correo del Kremlin. Uno de los dos descubre a Stalin caído en el suelo, inclinado sobre el brazo doblado, consciente, pero incapaz de hablar.

Primera curiosidad, subrayada por Jaurès Medvedev: por lo menos uno de los cuatro dirigentes había telefoneado a Stalin aquel día y, por lo tanto, debió tratar de averiguar las razones de aquel desacostumbrado silencio. Por su parte, Jruschov afirma en sus memorias que esperaba que Stalin lo llamara como todos los días «y por eso no comí en todo el día por si acaso nos llamaba antes [que de costumbre] [...]. Pero no se produjo ninguna llamada. No pensé que sacrificaría un día de fiesta en beneficio nuestro, eso no había ocurrido casi nunca»<sup>35</sup>. ¿Un hombre tan impaciente como Jruschov se habría limitado a esperar silenciosamente en su casa sin tratar de informarse? Parece poco creíble. El primero que telefonara, forzosamente debió de prevenir a su comparsa (Bulgánin a Jruschov, Malenkov a Beria), o incluso a los otros tres, del extraño silencio que reinaba en Kuntsevo.

A partir del descubrimiento del cuerpo de Stalin, la guardia avisa a Ignatiev. Este, un viejo burócrata que no domina el aparato policial y al que Stalin ha amenazado con cortar la cabeza si no hacía confesar a los médicos, telefona a Malenkov, que intenta ponerse en contacto con Beria. Inútil: Beria, al volver de no se sabe dónde, llama a las 00 h 30 al personal de Kuntsevo y les ordena no hablar con nadie de la enfermedad de Stalin ni de hacer llamadas telefónicas.

El día 1 de marzo acaba con un triunfo inútil para Stalin en las ocho circunscripciones en las que se había presentado para las elecciones a los soviets locales. Había sido elegido con el 100% de los votos en el mismo instante en que dejaba la vida. A las 2 de la mañana del 2 de marzo llegan en coche a la villa los invitados de la noche anterior. Según Jruschov, al dirigirse al puesto de vigilancia se enteran de que Stalin ha tenido un ataque y se ha orinado encima, y deciden no entrar a verlo en tan penoso estado. Una delicadeza sorprendente. Según Lozgathev y algunos otros, Beria y Malenkov pasaron al comedor donde yacía el enfermo. Malenkov, aterrado, se quita los zapatos, demasiado nuevos, que chirrían. Beria confunde con ronquidos los sordos lamentos de Stalin, le ve con aspecto tranquilo y riñe al intendente: «¿Qué haces sembrando el pánico? El pa-

<sup>35</sup> N. JRUSCHOV, *Vospominania*, op. cit., t. 2, p. 129.



trón está durmiendo profundamente». Ante la insistencia del otro, le ordena callar: «No siembres el pánico, déjanos tranquilos. ¡No molestes al camarada Stalin! ¡Déjalo en paz!»<sup>36</sup>. Si los dos hombres entraron realmente, si en efecto vieron a Stalin tendido, inconsciente, en medio de un charco de orina, y salieron sin llamar a los médicos, lo habían dejado morir deliberadamente. Sin embargo, ¿por qué Jruschov lo ocultaría afirmando que ninguno de ellos había entrado en la villa? ¿Por qué proteger a Beria, al que mandará fusilar, o a Malenkov, al que apartará del poder?

En la madrugada del 2 de marzo, Jruschov llega a la villa anunciando la próxima visita de cinco médicos, que se presentan a las 7 y, con manos temblorosas, reconocen al paciente, que ha permanecido catorce horas sin atención médica después de sufrir una congestión cerebral. Redactan un informe detallado: «el enfermo está tendido en un diván; yace de espaldas, con la cabeza dirigida a la izquierda y los ojos cerrados; sufre una hiperemia moderada del rostro; ha orinado involuntariamente (sus ropas están empapadas de orina) [...]. El pulso late a 78 pulsaciones por minuto, con escasas disminuciones. Los latidos del corazón son amortiguados. La presión sanguínea es de 190/110». Advierten las huellas de un golpe en la articulación del codo izquierdo: «El enfermo está inconsciente. [...] No hay movimiento en las extremidades de los miembros derechos, y en el lado izquierdo se producen unos estremecimientos agitados». Diagnostican: «Hipertensión, arterioesclerosis generalizada con deterioro de los vasos sanguíneos del cerebro, hemiplejía del lado derecho a consecuencia de una hemorragia en el sector de la arteria cervical media del lado izquierdo, cardioesclerosis arterioesclerótica, necroesclerosis. La situación del enfermo es extremadamente grave»<sup>37</sup>.

Convencidos de que Stalin está fuera de juego, los cuatro compadres se apresuran a tomar las primeras medidas para la sucesión. Ese 2 de marzo, a las 10 h 40 se reúnen brevemente en el Kremlin (sin Bulganin, que permanece de guardia cerca del moribundo) en el despacho de Stalin, con Vorochilov, Kaganovitch, Peruvujin, Saburov, Chvernik (presidente del Soviet supremo), Chkiriátov, Mikoian

<sup>36</sup> E. RADZINSKI, *Staline, op. cit.*, p. 617. E. Radzinski reproduce la grabación del relato de Lozgatchev. Existe una variante en el relato de Beria en V. VOLKOGONOV, *Staline*, París, Plon, 1995, p. 499.

<sup>37</sup> «Historia de la enfermedad de Stalin», *Nezavissimaia Gazeta*, 4 de marzo de 1993.

y Molotov. Al cabo de veinte minutos, el grupo de los cuatro, unidos durante unos breves momentos por la sucesión, informan de sus decisiones al resto. Esta reunión marca la muerte política de Stalin; en efecto, no reúnen al Presídium del Comité Central de veinticinco miembros creado por Stalin ni al Buró restringido que había formado al día siguiente del congreso, y asocian a Mikoian y a Molotov, a los que Stalin había apartado.

Los médicos ponen todo su empeño: le aplican ocho sanguijuelas detrás de las orejas, le colocan una bolsa de hielo en la cabeza, le retiran la dentadura, le hacen beber un vaso de una disolución de sulfato de magnesio. Se turnan para vigilarlo. A lo largo del día 2 no se aprecia mejoría en el estado de salud del paciente. Por la noche, los dirigentes, que se habían reunido por la mañana, se reencuentran durante una hora en el despacho de Stalin, excepto Jruschov, que ha sustituido a Bulganin a la cabecera del enfermo. Preparan la disolución de los organismos que él había creado. Ignatiev, ministro de la Seguridad del Estado, responsable de la custodia de la villa de Stalin, no ha sido convocado a esta reunión ni a la de la mañana.

El 3 de marzo por la tarde, Malenkov pide a Svetlana que acuda a Kuntsevo. Por supuesto, ella sospecha que ha ocurrido una desgracia. Jruschov y Bulganin la reciben entre lágrimas. En la villa, de ordinario silenciosa, reina una agitación desordenada. Alrededor del moribundo, los médicos parecen bailar un ballet aterrador. Vasili, ebrio como de costumbre, deambula por los pasillos gritando: «¡Lo han envenenado! ¡Lo han envenenado!». Unos especialistas, desconcertados ante el espectáculo, han llevado un enorme aparato de respiración artificial que no llega a usarse. «Todo el entorno, toda la casa, todo moría ya ante mis ojos», escribe Svetlana Alliluieva. Según ella, Beria «estaba extremadamente excitado» ante la perspectiva de acceder inmediatamente al poder<sup>38</sup>.

Aquel mismo día, dos jóvenes estudiantes búlgaros, el anarquista Gueorgui Gueorguiev y el socialdemócrata Dinev, destruyen con dinamita una estatua de Stalin en el centro de Sofía. Son condenados a muerte: algún tiempo después, la pena les será conmutada por veinte años de cárcel.

A las 6 h de la mañana del miércoles 4 de marzo, Radio Moscú interrumpe de golpe sus emisiones y a las 6 h 30 da lectura a un co-

<sup>38</sup> S. ALLILUIEVA, *Vingt lettres à un ami*, París, Le Seuil, 1967, pp. 20-21.

municado del Comité Central y del Consejo de ministros que anuncia la enfermedad de Stalin. Un primer parte médico indica que durante la noche del 1 de marzo ha sido víctima de un ataque que ha afectado a los centros vitales del cerebro, ha perdido el conocimiento y el uso de la palabra, sufre parálisis de la pierna y el brazo derechos y su corazón funciona irregularmente. El país retiene el aliento. En esa misma mañana hacen ir a Galina Tchesnokova, una joven médico militar, que siembra la confusión. Hace un electrocardiograma y pretende detectar un infarto de miocardio, en el que no habrían reparado las eminencias presentes. Los médicos, llenos de pánico ante la idea de que les puedan acusar de haber ocultado el auténtico diagnóstico, se apresuran a comprobarlo, se reúnen y rechazan unánimemente el imaginario infarto.

El jueves 5 de marzo a las 4 h 35, Radio Moscú da lectura a un segundo parte médico en el que comunica el retroceso en el estado de salud de Stalin. El editorial de *Pravda* del mismo día solamente menciona el nombre de un dirigente soviético, Malenkov. A las 6 h 30, un tercer parte médico indica fallos en el sistema cardiovascular y problemas respiratorios agudos. Por la mañana, el estado de Stalin se agrava bruscamente. La respiración es cada vez más irregular. A las 8 h, vomita un poco de sangre y luego es víctima de un colapso del que los médicos consiguen recuperarlo con grandes esfuerzos. A las 11 h, un electrocardiograma revela el fallo de una arteria coronaria. A las 11 h 30 se presentan nuevas convulsiones y vómitos, seguidos de otro colapso y abundante sudor. Entonces, los médicos administran alcanfor, cafeína, estrofantina, penicilina y glucosa al moribundo, que padece de hipo, tiene la piel pálida y los puños y los labios violáceos; los temblores le agitan la cabeza y el hipo reaparece. A las 20 h, el pulso late a 150 pulsaciones por minuto. La respiración no es más que un estertor ahogado, el cuerpo de Stalin está inundado de sudor y los médicos vuelven a inyectarle gluconato de calcio, cafeína y alcanfor.

Al mismo tiempo, exactamente a las 20 h, se abre una sesión común extraordinaria del Comité Central, del Consejo de ministros y del Presidium del Soviet Supremo. Preside Jruschov e informa Malenkov junto a Beria. En cuarenta minutos la reunión adopta por unanimidad diecisiete decisiones, elaboradas previamente por el Buró del Presidium que reorganizan el aparato dirigente del Estado y del Partido. La mayor parte de ellas anulan las decisiones tomadas

por Stalin durante los meses precedentes: Malenkov recibe el nombramiento de presidente del Consejo de ministros; cuenta con cuatro vicepresidentes, Beria, Molotov, Bulganin y Kaganovitch; desaparece el Buró del Presidium del Comité Central; el Presidium de veinticinco miembros titulares queda reducido a once (entre ellos Stalin más Molotov y Mikoian, a los que el Jefe había apartado); se refunde completamente el Secretariado del Comité Central y, bajo la dirección de Beria, se fusionan los Ministerios de la Seguridad y de Interior. Todas esas medidas tienden a apartar a los recién promocionados por Stalin y a reponer en sus puestos a los antiguos que él había alejado: se trata de un mini-golpe de Estado. Por último, la asamblea confía a una comisión compuesta por Beria, Malenkov y Jruschov la tarea de proceder a clasificar los papeles y los archivos de Stalin. La sesión termina a las 20 h 40. No hay preguntas. El voto es unánime. Han bastado cuarenta minutos para echar por tierra el edificio institucional que Stalin construyera a lo largo de los meses anteriores. Mientras tanto, el Guía agoniza...

A las 21 h 10, el rostro de Stalin adquiere un color violáceo, se producen unos sordos estertores y le inunda el sudor. El balón de oxígeno no le ayuda a mejorar. Los médicos intentan los masajes al corazón y la respiración boca a boca. Sin resultado. A las 21 h 40, le inyectan alcanfor, adrenalina y le practican la respiración artificial. Ante la mirada de un Jruschov atónito, un gigante amasa literalmente al moribundo con sus enormes manos. De repente, Stalin abre los ojos, dirige una mirada furiosa y terrible a los rostros inclinados sobre él, alza el brazo izquierdo hacia el techo, se ahoga y muere. Son las 21 h 50.

Por dos veces, Galina Tchesnokova trata en vano de cerrarle los ojos: están demasiado secos. De nuevo lo intenta hasta que finalmente consigue cerrarle los párpados. Hasta su muerte, en diciembre de 1999, Galina Tchesnokova repetirá a todo el que quiera oír-la: «¿Sabes con quién estás hablando? ¡No sabes con quién hablas!»<sup>39</sup>. Con la que cerró los ojos a su dios.

Entonces, Beria salta al pasillo lanzando a su chófer un grito que se ha hecho famoso: «¡Jrustaliov, mi coche!». Vorochilov, Kaganovitch, Malenkov, Molotov y Jruschov lo imitan y llegan al mismo tiempo que él al despacho del muerto en el Kremlin, exactamente a

<sup>39</sup> «La joven y el guía», *Literaturnaia Gazeta*, 1-7 de marzo 2000, p. 7.

las 22 h 25; a los diez o quince minutos aparecen media docena de miembros del Politburó (Suslov), del Secretariado (Ignatiev) y de los militares (Vassilevski). La reunión, que se prolonga hasta las 3 h 50 de la madrugada, pone en marcha todas las decisiones elaboradas la víspera. De momento, la sucesión se lleva a cabo sin enfrentamientos.

Los nueve médicos, que desde el 2 de marzo se habían estado turnando y que pasaron todo el día 5 a la cabecera del difunto, firman el certificado médico y el acta de defunción. La Seguridad llama al embalsamador Debov que, desde enero de 1952, había sustituido a Ilya Zbarski, al antiguo embalsamador de Lenin, y en uno de los vehículos blindados de Stalin lo trasladan al laboratorio especial de la calle Sadovo-Kudrinskaia cerca del Mausoleo. Bajo la estricta vigilancia de los oficiales de la Seguridad, una docena de médicos y de ayudantes de laboratorio se inclinan sobre el muerto. La autopsia descubre cavidades y quistes, especialmente en los lóbulos frontales, prueba de unas pequeñas hemorragias cerebrales, y de una arterioesclerosis del cerebro. Estos datos no figuran en el comunicado oficial de la autopsia.

La comisión de funerales, encabezada por Jruschov, decidió que el cadáver de Stalin, revestido con su uniforme de generalísimo, fuera colocado en un sarcófago. Para evitar el deterioro, los embalsamadores sustituyen los botones metálicos y las charreteras por botones y charreteras de oro, y mandan rehacer en platino el enmarcado de las condecoraciones. Pero tropiezan con un problema: durante el ataque, Stalin llevaba unos viejos botines de tacones gastados, que se negaba a reemplazar y que se armonizaban mal con el uniforme de generalísimo y la solemnidad del sarcófago. Piden un par nuevo, pero el Mariscal no lo tenía.

Los embalsamadores dan fin a su trabajo el 6 de marzo, viernes por la mañana, a la hora en que las emisiones de Radio Moscú comienzan con redobles de tambor seguidos del himno nacional y de la lectura de un comunicado oficial que anuncia la muerte de Stalin.

La noticia de su enfermedad hace nacer la esperanza en los deportados de Vorkuta, que rezan arrodillados: «Que el diablo se lleve hoy su alma». Reciben con alegría el anuncio de su muerte. «Gracias a Dios, el hombre de los bigotes se ha ido al infierno». Un antiguo periodista explica a sus vecinos: «En las alturas están contentos de que haya muerto el viejo. Trabajaban con él, pero los aterroriza-

ba y ellos le odiaban. Vivían bajo la amenaza de sufrir la suerte de Voznesenski, al que Stalin había liquidado por actuar de un modo demasiado independiente». En su exilio, Tatiana Smilga, a cuyos padres había ordenado fusilar Stalin, lloraba con una alegría mal disimulada. En la ciudad ucraniana de Hlybotchok, devastada por el hambre en 1932-1933, el hijo de la bibliotecaria vuelve llorando de la escuela: «¡El padrecito Stalin ha muerto!». Su abuelo alza los brazos al cielo y exclama: «¡Gracias, Señor, por haberme permitido vivir para ver morir a ese déspota!»<sup>40</sup>. ¿Cuántos supervivientes de la hambruna experimentaron esa amarga alegría? Sin embargo, un auténtico duelo afecta a una parte de la población. El anuncio de su muerte desconcierta por un instante a la arrogante pero insegura nomenclatura, que proyectaba en él su deseo de eterna estabilidad. Evguenia Guinzburg, deportada en Macadán, recuerda las crisis agudas de hipertensión y los infartos que la desaparición del Guía multiplicó entre los jefes del Gulag.

El 6 de marzo, Ignatiev envía a Beria, Malenkov, Bulganin y Jruschov una nota sobre el estado de la opinión pública, obtenido a partir de treinta y dos cuestionarios realizados los días 4 y 5 de abril (y cuyas dos terceras partes proceden de militares), justamente antes de la muerte del Guía. Hablan al mismo tiempo de la inquietud y la admiración por el moribundo, hacen prever un desencadenamiento del antisemitismo y expresan un descontento real. Una obrera se pregunta si los judíos habrán atentado contra su salud; otra afirma: «Esos médicos asesinos son responsables de la enfermedad del camarada Stalin. Ellos fueron quienes, visiblemente, dieron al camarada Stalin unos medicamentos envenenados de efecto retardado». Un aduanero del aeropuerto de Moscú comparte esta opinión: «esos innobles médicos asesinos», le han ayudado a morir. Un empleado del Kremlin añade: «Si eso se confirma, el pueblo estará aún más indignado con los judíos». Un cerrajero se pregunta si Stalin no habrá sido envenenado por «sus enemigos los judíos», y denuncia al mismo tiempo a los judíos y la falta de libertad: «Ahora, la vida es penosa, se persigue a todo el mundo, es imposible decir la verdad porque te meten en la cárcel y ahí te quedas [...]. Si Stalin no se restablece, seguramente los trabajadores harán un pogrom de tiendas y comercios judíos». Otros temen al futuro, opinan que habrá que

<sup>40</sup> *L'Année noire, op. cit.*, p. 175.

hacer concesiones en política exterior, temen a la lucha por el poder provocada por su enfermedad, e incluso, si muere, el desmembramiento de Rusia.

Son más escasos los comentarios hostiles, pero, en ese clima de terror, son especialmente significativos: Un artillero dice: «Se lo merecía»; otro insiste: «Es una buena cosa». Ignatiev manda detener a ambos. Un teniente coronel, inspector de una dirección política, se pregunta si vale la pena cuidarle. Un soldado de una unidad anticarro expresa con mayor claridad la esperanza de un cambio: «Stalin no aguantará mucho, y más vale. Ya veréis cómo todo cambiará de golpe»<sup>41</sup>.

Transportan el cadáver embalsamado para exponerlo en la sala de las Columnas, allí donde habían tenido lugar los tres procesos de Moscú. El ataúd queda situado sobre un pedestal; coronas de flores ocultan los famosos botines desgastados. En la cabecera, una débil luz lateral deja en penumbra el rostro picado de varicela y de unas pequeñas manchas rojizas. Jruschov se acerca a echar una mirada. La fiesta puede empezar. Los miembros del gobierno y del Presidium vienen a dar su adiós al difunto, y luego, a las 16 h, se abren las puertas al público, agolpado por cientos de miles en las calles adyacentes.

El 6 de marzo, Alexis Surkov, secretario de la Unión de Escritores, se informa ante el Secretariado del Comité Central del comportamiento que se ha de mostrar durante los funerales de Stalin: «Llorad, pero no demasiado»<sup>42</sup>, le aconsejan. La publicación de las *Obras completas* de Stalin queda inmediatamente suspendida *sine die*. Beria despide a todo el personal de la villa formado por agentes de la Seguridad, cuyas direcciones toma, y hace trasladar rápidamente el mobiliario, que se amontona en los almacenes de la Seguridad. Tres meses más tarde, después de la caída de Beria, los otros herederos, que habían tenido la idea —abandonada al momento— de abrir en Kuntsevo un museo de Stalin, mandan colocarlos en su sitio.

Los funerales de Stalin se celebran el 9 de marzo. La multitud, inquieta, apiñada en torno al palacio de los Sindicatos donde están expuestos los despojos, desborda los servicios de orden: cientos de

<sup>41</sup> «Poslednaia bolezn Stalina» (La última enfermedad de Stalin), en *Nezvestnaia Rossia*, Moscú, 1992, vol. II, pp. 254-258.

<sup>42</sup> B. SARNOV, «Cesad de asombraros», *Oktiabr*, n.º 3, marzo 1997, p. 114.

moscovitas mueren aplastados contra los camiones, ahogados o pisoteados por sus angustiados vecinos. Nicolás II empezó su reinado con los muertos de la Jodynka el día de su coronación: Stalin culmina el suyo de igual modo.

¿Hubo un complot contra Stalin? Esa es la tesis de su antiguo guardia de corps, Rybin, cuya capacidad de análisis es inversamente proporcional a la adoración que siente por su antiguo amo. Es también la del folletista Avtorjanov y del historiador ruso Antonov-Ovseenko. Según este último, las masivas detenciones de médicos en noviembre de 1952 habían privado a Stalin, enfermo, de una atención médica seria. La destitución de Poskrebychev, la detención de Vlasiuk y de su criado, convicto de espionaje, la inesperada muerte, a mediados de febrero, del comandante del Kremlin, Konyshin, le habían dejado aislado. Sin embargo, todas esas medidas se habían tomado con su aquiescencia, cuando no bajo sus órdenes. Año y medio antes, su médico, Vinogradov, al constatar el estado de las arterias de aquel gran fumador y gran bebedor, le había aconsejado suprimir toda actividad política so pena de pagar las consecuencias. Stalin había mandado a la cárcel al autor del diagnóstico y había dejado de fumar, pero demasiado tarde.

El viernes 7 de marzo de 1953, Jacques Duclos, en Gennevilliers, en medio de un prolongado sollozo, anuncia a un enlutado auditorio de militantes huérfanos que «el camarada Stalin ha muerto», pero les jura que el estalinismo es inmortal. No obstante, la Historia es un cementerio de dioses olvidados. En 1940, Trotski recordaba que las innumerables estatuas de Nerón habían sido derribadas y destrozadas al día siguiente de su suicidio forzado, y predecía la misma suerte a las del Secretario general. La realidad confirmaría muy pronto esta profecía.



## Capítulo XXXVI

### LA LIQUIDACIÓN DE LA HERENCIA

A la muerte de Stalin, escribe Jruschov, «el país estaba en la ruina [...]. Las cárceles superpobladas [...]. No se veía una situación internacional clara y la guerra fría llegaba a su apogeo. El peso de la prioridad de la industria de guerra sobre la población era increíble»<sup>1</sup>. Un impasse económico, una resistencia social masiva, aunque pasiva, una inseguridad general, complots permanentes, purgas sangrientas: ese es el balance del régimen policial terrorista. El aparato lo percibe. Para salvar el sistema estalinista, paralizado y en crisis, los herederos han de dismantelar lotes enteros de la herencia de Stalin. Ironías de la Historia: en tres años llevan sucesivamente a término este empeño el jefe de la policía Beria, luego, el *apparatchik* supremo Malenkov y, por último, aquel al que Litvinov consideraba como la mente más débil del Politburó, Jruschov. Como hemos visto, el 6 de marzo, Malenkov se convirtió en el presidente del Consejo de ministros, asistido por varios vicepresidentes, uno de ellos Beria, que a su vez dirige el Ministerio fusionado de la Seguridad e Interior.

Con el acuerdo de la mayoría de los miembros del Presidium, Beria propugna o adopta unas medidas que ponen los cimientos de una primera «perestroika». En efecto, la preocupación prioritaria de toda la clase burocrática es la de alcanzar la seguridad de vivir en paz. ¿De qué sirven los privilegios, incluso limitados, si el temor te impide disfrutarlos? En enero, el anuncio público del complot de las Batas blancas y su desarrollo posterior anunciaba una purga generalizada. De entrada, Beria se dedica al asunto. Encarga a sus hombres una comisión de investigación sobre el «complot», hace que el Presidium dicte una orden que detenga la instrucción, denuncie las falsificaciones y rehabilite a los «médicos asesinos».

<sup>1</sup> N. JRUSCHOV, *Vospominania*, *op. cit.*, t. 2, p. 159.

El 18 de marzo se retira al Ministerio del Interior la sección económica y se transfieren al de Justicia todas las instituciones penitenciarias, excepto los campos especiales. El 24 de marzo, Beria presenta al Presidium un documento que acredita que, de los 2.526.042 detenidos, el Gulag no cuenta más que con «221.435 criminales especialmente peligrosos para el Estado (espías, saboteadores, terroristas, trotskistas, socialistas-revolucionarios, nacionalistas y otros) detenidos en los campos especiales del Ministerio del Interior». Calculando en «1.241.919 detenidos» las víctimas de los decretos económicos de 1947 sobre los atentados a la propiedad koljoziana, decide enviar sin demora a sus hogares a estas personas entre las que se cuentan «238.000 de más de 50 años», de las cuales «aproximadamente 198.000 padecen graves enfermedades incurables y están absolutamente incapacitadas para el trabajo»<sup>2</sup>. El 27 de marzo, estas víctimas serán amnistiadas.

El 4 de abril, *Pravda* publica un comunicado del Ministerio del Interior que anuncia que nunca existió complot alguno de las Batas blancas, rehabilita a los acusados y denuncia los procedimientos ilegales empleados por la Seguridad del Estado para obtener sus confesiones. El reconocimiento público de una falsificación policial es una decisión sin precedentes en la historia de la URSS estalinista. El 7 de abril, *Pravda* anuncia la detención de Riumin y la destitución de Ignatiev del Secretariado del Comité Central. El 10 de abril, los *Izvestia* anuncian la próxima comparecencia de los investigadores del affaire ante los tribunales y, hecho inaudito, *Pravda* denuncia las «torturas» sufridas por los médicos.

El 27 de abril, Beria manda detener a Vasili, el hijo de Stalin, acusado de dilapidar los bienes del Estado. Siete semanas después de la muerte del antiguo dictador, su hijo se encuentra en prisión. Incluso si la decisión permanece en secreto, tiene todo el valor de un símbolo. A continuación, Beria sugiere abandonar Alemania del Este, cuya política hace desautorizar (lo que equivale a liquidar la propiedad del Estado), reunificar una Alemania neutralizada y desrusificar parcialmente la dirección de los partidos y de los gobiernos de las Repúblicas de la URSS. Con este propósito, trata de crear unos cuadros «nacionales», especialmente en Ucrania y en los paí-

<sup>2</sup> *Laurenti Beria 1953, op. cit.*, pp. 19-21, párrafos esenciales traducidos por J.-J. MARIE, *Le Goulag*, PUF, colección «Que sais-je?», París, 1998, pp. 117-119.

ses bálticos, amenazando así las posiciones conseguidas por el aparato ruso.

El 9 de mayo hace que el Presidium vote la supresión de los retratos de los dirigentes en las manifestaciones, una medida derogada al día siguiente de su detención. Afirma que el gobierno debe gobernar, y que el Comité Central solo ha de ocuparse de la ideología y de los cuadros del Partido, en otras palabras, pasar a segundo plano. El 16 de junio declara no rentables económicamente los trabajos forzados y propone dismantelar el Gulag. Intenta apartar a los dirigentes de la RDA (Otto Grotewohl y Walter Ulbricht) que acaban de decretar una subida de las normas de producción y, por tanto, la bajada de los salarios. Demasiado tarde. La huelga estalla en Berlín-Este y se generaliza el 16 de junio. Los carros soviéticos la aplastan, pero la noticia se ha extendido ya por los campos de trabajo. El 26 de junio, sus colegas, angustiados, detienen a Beria en el Kremlin con ayuda del Estado Mayor, que tiene antiguas cuentas que arreglar con la Seguridad. Pero, conscientes de que no pueden continuar por las vías de Stalin, llevan a cabo la política del detenido. Para tranquilizar al aparato del Partido, retrotraen la Seguridad del Estado, apartada del Ministerio del Interior, a la categoría de Comité (*Komitet* y ya no *Ministerstvo Gosudarstvennoi Bezopasnosti*). Jruschov, proclamado Primer secretario en septiembre, manda fusilar a unos cincuenta dirigentes de la Seguridad. La denuncia pública de los «crímenes de Beria» subleva a los detenidos del Gulag.

Constantin Simonov, redactor-jefe de *Novy Mir*, sufre en sus carnes el alcance de la revisión iniciada. Aunque la muerte de Stalin le había salvado la vida mandando al olvido el complot de las Batas blancas en las que estaba implicado, afirma en la *Literaturnaia Gazeta* que el deber sagrado de un escritor soviético es el de celebrar «al mayor genio de todos los pueblos, al inmortal Stalin»<sup>3</sup>. Jruschov exige su inmediata destitución.

Los herederos la emprenden enseguida con la política agrícola de Stalin. A su muerte, la agricultura soviética está en ruinas. En agosto de 1953, el gobierno, sin elevar los precios al detall, aumenta los de compra en las entregas obligatorias de la carne, la leche, las patatas y las legumbres y adquiere a mejores precios parte de la producción personal que comercializan los koljozes. A continuación re-

<sup>3</sup> C. SIMONOV, «Glazami cheloveka moego pokolenia», art. cit., p. 119.

duce las normas de entregas obligatorias en las parcelas privadas, disminuye a la mitad los impuestos por familia koljoziana y anula los atrasos de impuestos para 1952. Estas medidas significan una transferencia de 13.000 millones de rublos a los koljozes en 1953, y de 20.000 millones para 1954. Es el reverso de la política de saqueo del campesinado. La presión fiscal que pesa sobre la población en 1953 disminuye en 21.000 millones de rublos en relación con la de 1952.

El Comité Central del 3 al 7 de septiembre de 1953 duplica el precio de las entregas obligatorias al Estado. Naturalmente, estas concesiones a la población trabajadora suponen una disminución en los gastos militares. El 27 de julio se firma un armisticio en Panmunjon entre Corea del Norte y Corea del Sur. El 28 de abril de 1955, Jruschov viaja a Belgrado para reanudar las relaciones con Tito. El 15 de mayo de 1955, la URSS firma un tratado de paz con Austria, de la que retira sus tropas. El 17 de abril de 1956, Jruschov disuelve el Kominform cuya conservación daba pábulo a las campañas sobre el deseo de Moscú de «sovietizar» Europa. Y renuncia oficialmente a la política exterior de Stalin que se basaba en una tensión permanente.

Los nuevos dirigentes no saben qué hacer con Stalin y con su herencia ideológica. Vacilan. El 28 de abril de 1955, el Presidium nombra una comisión encargada de los archivos de Stalin, presidida por Jruschov secundado por Bulganin, Kaganovitch, Malenkov, Molotov, Pospelov y Suslov, que no se reunirá jamás. Las diversas medidas adoptadas desde hace dos años han disipado la atmósfera de terror, distendido las relaciones sociales e introducido lo que Ehrenburg llama un «deshielo». Pero falta un impulso: Jruschov intentará proporcionarlo en el XX Congreso del PCUS en febrero de 1956, cuando el último día, durante una sesión a puerta cerrada, lea su famoso informe secreto sobre los «crímenes» de Stalin.

La denuncia —incluso parcial— de esos crímenes conmueve al conjunto del PCUS, a las democracias populares y a todos los partidos comunistas. La lectura de un resumen del informe en las reuniones del PCUS provoca unas ásperas discusiones y unos debates desacostumbrados. Los retratos de Stalin se descuelgan de las oficinas y se apilan en sótanos y vertederos, y se ensucian, arrancan y destruyen los monumentos dedicados a su persona. Numerosas resoluciones piden que «Stalin sea declarado enemigo del pueblo y se

suprima todo lo que lleve el nombre de Stalin», e incluso que «se retire su cuerpo del Mausoleo».

A pesar de la tentativa desesperada por parte de numerosos dirigentes comunistas por negar la autenticidad del «informe atribuido a Jruschov», según las palabras de Maurice Thorez, la discusión que provoca desestabiliza Hungría y Polonia, ya al borde de la crisis. Los consejos obreros que se forman en ambos países en octubre-noviembre de 1956 exigen la liquidación del culto y la herencia de Stalin. En Budapest, los obreros y los estudiantes derriban y destruyen su gigantesca estatua calzada con botas, erigida en el centro de la capital y símbolo de la opresión nacional y social. En la URSS, decenas de miles de prisioneros políticos liberados del Gulag resucitan los fantasmas del pasado. En julio de 1957, la reacción de numerosos dirigentes, que se sienten amenazados, provoca en Moscú el intento, fracasado en último momento, de los nostálgicos Malenkov, Kaganovitch y Molotov de impedir el movimiento y derrocar a Jruschov. Son derrotados y a continuación expulsados del partido que tanto habían contribuido a moldear. Y si durante algún tiempo los dirigentes chinos hacen un uso ritual de Stalin para cubrir con un velo ideológico su conflicto con los dirigentes soviéticos, si un puñado de nostálgicos medievales mantienen el culto en Tirana en medio de la indiferencia general, y si bajo Brejnev se inician unos tímidos intentos de rehabilitación del Guía, el curso de la desestalinización es inexorable.

Un último signo de la fragilidad de su régimen y de lo artificioso de su culto fue el hecho de que sus mismos hijos renegaran de él. Informado en el fondo de su celda de Vladimir de la crítica pública expresada por Mikoian en el XX Congreso contra el «culto a la personalidad de Stalin», Vasili, en una carta a la dirección del partido comunista soviético, declara que se asocia a esa condena. Y no ha llegado a esta conclusión «de golpe, insiste, sino después de largas reflexiones [...] tras una prolongada lucha interior y contradicciones. Pero, por amarga que sea la verdad, vale más que un espejismo»<sup>4</sup>. Desautorizado así por su hijo a solo tres años de su muerte, a continuación lo será mucho más brutalmente por su hija, la única de los tres a la que ha querido. Después de su salida de la URSS, pu-

<sup>4</sup> «Vasili Stalin no quería responder por su padre», *Obchaja gazeta*, 15-21 de febrero de 1996.

blicará sucesivamente dos libros, en 1967 y 1969, en los que condena, especialmente en el segundo, la actuación de su padre.

Al intentar reformar el sistema, Jruschov lo derrumbó, pero en cuanto los sobresaltos de la reforma, necesarios para perpetuar el régimen, amenazaron su supervivencia, la protegió por la violencia. En 1956 reprimió la revolución húngara con extremada brutalidad. El régimen creado por Stalin, como la autocracia zarista, no puede ser reformado, ni mantenido como tal, sin que se destruyan sus cimientos.

El XXII congreso del PCUS, en octubre de 1961, ratifica una nueva etapa de la desacralización. El 30 de octubre, el secretario del Comité regional de Leningrado propone al congreso el desplazamiento de las cenizas de Stalin. En un bonito acuerdo, seis delegaciones apoyan su propuesta, adoptada por unanimidad tras una reunión del Comité Central el día 31 de octubre. La resolución borra del Mausoleo el nombre de Stalin y «juzga inoportuno» y luego «imposible continuar conservando en el Mausoleo el sarcófago que contiene el ataúd de Stalin». Para llevar a cabo la operación, realizada a escondidas, la milicia hace evacuar la Plaza Roja a las 18 h y cierra las salidas, explicando que se trata de un ensayo del desfile del 7 de noviembre. Cuando cae la noche, hacia las 21 h, los soldados, a la luz de un proyector, cavan una tumba detrás del Mausoleo, cerca de la muralla del Kremlin, y sacan a Stalin del sarcófago para instalarlo en un ataúd forrado de rojo. Antes de depositar su cadáver embalsamado, un oficial arranca los botones de oro del uniforme y los manda sustituir por botones de latón. A las 22 h llega la comisión del Comité Central dirigida por el antiguo estalinista Chvernik, que no parece apreciar demasiado semejante honor. No están presentes ninguno de los dos hijos de Stalin. En el momento de cerrar el ataúd, se dan cuenta de que no hay clavos. ¿Penuria? ¿Negligencia?

A las 22 h 15 se deposita el féretro en la tumba, sobre la que se coloca una gran plancha de granito que lleva su apellido, su nombre y las fechas del nacimiento y la muerte.

Un poco más tarde, detrás del Mausoleo se erigirá un busto de Stalin junto a los de otros secretarios generales. El sudario de púrpura en el que duermen los dioses muertos cubre muy pronto al Padre de los Pueblos.

## BIBLIOGRAFÍA

Esta bibliografía no incluye la lista de revistas rusas de historia, los documentos de archivo citados en las notas ni la totalidad de las obras consultadas también citadas en las notas. Solamente indica una lista de obras útiles o indispensables. Cuando la obra está publicada por un editor anterior al fin de la Unión soviética, únicamente se cita el lugar de la publicación.

En ocasiones, los títulos han sido traducidos y constan entre paréntesis.

### *OBRAS DE STALIN*

La lista (incompleta) figura en *Stalin's Works. An Annotated Bibliography Compiles* por Robert H. Mstanford University, 1967.

Desde 1946 hasta su muerte, fueron publicados trece volúmenes de los dieciséis previstos de sus *Obras completas*, sometidos a una vigilancia muy estricta y, por lo tanto, muy incompletos. Los cinco primeros fueron publicados en francés. Las notas remiten a esta edición rusa. En 1996, Richard Kossolapov publicó en Moscú algunos volúmenes, 14, 15 y 16, semejantes a los escritos de Stalin desde 1935 a 1953.

Desde entonces se han publicado:

*Pisma I. V. Stalina V. M. Molotovu*, Cartas de Stalin a Molotov, 1925-1936, Moscú, Rossia, Molodaia, 1995. Edición inglesa: *Stalin's Letters to Molotov, 1925-1936*, presentados por L. Lih, T. Naumnov y O. Khlevniuk, New Haven/London, University of Press of Yale, 1955.

Las cartas de Kaganovitch han aparecido en la revista *Voprossy Istorii* y en los *Cahiers du monde russe*, n<sup>o</sup> 38, julio-septiembre, 1997.

## BIOGRAFÍAS DE STALIN

- A. ANTONOV-OVSEENKO, *Stalin beze maska* (Stalin sin máscara), Moscú, Vsia Moska, 1990.
- A. BULLOCK, *Hitler-Stalin*, París, Albin Michel/Robert Laffont, 1994.
- H. CARRÈRE D'ENCAUSSE, *Staline ou l'ordre par la terreur*, París, Flammarion, 1976.
- R. CONQUEST, *Staline*, París, Odile Jacob, 1993.
- I. DUETSCHER, *Staline, biographie politique*, París, Gallimard, 1973.
- L. MARCOU, *Staline, vie privée*, París, Calmann-Levy, 1996.
- J.-J. MARIE, *La jeunesse de Staline*, París, Autrement, 1998.
- B. SOUVARINE, *Staline*, París, Plon, 1935, reed. Ediciones Gérard Lebovici, 1985.
- L. TROTSKI, *Staline*, París, Grasset, 1948, reed. 1979.
- R. TUCKER, *Staline révolutionnaire, 1878-1929*, París, Fayard, 1975.
- A. B. ULAM, *Staline*, París, Calmann-Levy/Gallimard, 1977, 2 vol.
- D. VOLKOGONOV, *Staline*, París, Flammarion, 1992.
- B. D. WOLFE, *Lénine, Staline et Trotski*, París, Calmann-Levy, 1951.
- Études soviétiques*, numéro Joseph Staline, n° 21, enero 1950; n° 70 aniversario, n° 61, abril 1953.

## ENTORNO FAMILIAR

- S. ALLILUIEV, *Proïdionny Put* (Le chemin parcouru), Moscú, 1946.
- A. ALLILUIEVA, *Vospominania* (Memorias), Moscú, 1946.
- V. ALLILUIEV, *Khronika odnoi semii* (Crónica de una familia), Moscú, Molodaia gvasdia, 1995.
- S. ALLILUIEVA, *Vingt lettres à un ami*, París, Seuil, 1967.  
— *En une seule année*, París, Robert Laffont, 1970.
- AL KOLESNIK, *Khronika jzni semii Stalina* (Crónica de la vida de la familia de Stalin), Moscú, R. Kharkov, 1990.
- Iossif Stali v obiatiakh semii* (En brazos de la familia, cartas de Stalin, de su esposa, de sus hijos, seguidas de amplios extractos de su cuñada María Svanidzé), Moscú, Q, 1993.
- V. POKHLEBKINE, *Viliki Pseudonym*, Moscú, Ludit, 1996.
- V. TORTCHINOV, A. LEONTIUK, *Vokroug Stalina* (En torno a Stalin), San Petersburgo, Filologicheskii fakultet Sankt Petersburgskogo gorudarstvennogo universiteta, 2000.



## LA REVOLUCIÓN

## a) de 1905

- F.-X. COQUIN, *1905, La révolution russe manquée*, Bruselas, Complexe, 1985.  
 — y GERVAIS-FRANCELE, *1905, La première révolution russe*, París, Institut d'Études slaves, 1986.  
 T. SHANIN, *Russia 1905-1907. Révolution as a Moment of Truth*, New Haven/London, University Press of Yale, 1985-1986, 2 vol.

## b) de 1917

- J. CARMICHAEL, *Histoire de la Révolution russe*, París, Gallimard, 1966.  
 E.-H. CARR, *La Révolution bolchevique, 1917-1923*, París, Minuit, 1969-1974.  
 F.-X. COQUIN, *La Révolution russe*, París, PUF, col. «Que sais-je?», 1962.  
 M. FERRO, *La Révolution russe*, París, Flammarion, 1976.  
 — *Histoire de la Révolution russe*, París, Aubier-Montaigne, t. 1: 1967, t. 2: 1976.  
 O. FIGES, *A People's Tragedy, The Russian Revolution 1891-1924*, Londres, Penguin, 1996.  
 V. LENIN, *Neizvestnye dokumenty, 1981-1922*, Moscú, Rosspen, 1999.  
 M. LIEBMAN, *La Révolution russe*, París, Marabout, 1967.  
 — *Le Leninisme sous Lenine*, París, Seuil, 1973, 2 vol.  
 V. SERGE, *L'An I de la Révolution*, París, Delphes, 1965, reed. La Découverte, 2000.  
 N. SOUKHANOV, *Zapiski o revolucji* (Notas sobre la revolución), Berlín/San Petersburgo/Moscú, Z. Grjebine, 1922-1923, 7 tomos.  
 L. TROTSKI, *Histoire de la Révolution russe*, París, Seuil, 1996, 2 vol.  
*The Trotsky's Papers*, París, Mouton, t. 1: 1964, t. 2: 1971.  
 I. TSERETELLI, *Vospominania o fevral'skoj revolucji*, París, Mouton, 1963, 2 vol.

## LA INTERNACIONAL COMUNISTA

- P. BROUÉ, *L'Internationale communiste*, París, Fayard, 1999.  
 — *Staline et la révolution. Le cas espagnol*, París, Fayard, 1999.  
 G. DIMITROV, *Dnevnik* (Diario), Sofía, Universitetsko izdatelstvo « Sv. Klement okhridski », 1999, Édition allemande: Aufbau Verlag, Berlín, 2000, introducción de Bernhard Bayerlein.

- *Stalin Letters, 1934-1943*, New Haven/London, Yale University Press, 2000.
- *Komintern i ideia mirovoi revoliutsii, dokumenty* (El Komintern y la idea de la revolución mundial, documentos), Moscú, Nauka, 1998.
- *Komintern protiv fascisma, dokumenty* (El Komintern contra el fascismo, documentos), Moscú, Nauka, 1999.
- *Komintern i vtoraiia mirovaia voïna* (El Komintern y la segunda guerra mundial), Moscú, Pamiatniki Istoricheskoi Misil, vol. 1: 1994; vol. 2: 1998.
- *Le Premier congrès de l'Internationale communiste*, París, EDI, 1974.
- *Les Quatre premiers mondiaux de l'Internationale communiste*, París, Librairie du Travail, 1930.
- L. TROTSKI, *L'Internationale communiste après Lénine*, París, 1930.
- A. VAKSBERG, *Hotel Lux*, París, Fayard, 1993.

*LA HISTORIA DE LA URSS  
Y DEL PARTIDO BOLCHEVIQUE HASTA 1953*

- Bolchevitskoe Rukovodstvo, perepiska 1912-1928*, Moscú, Rosspen, 1996.
- Bolchevitskoe Rukovodstvo, perepiska 1928-1941*, Moscú, Rosspen, 1999.
- P. BROUÉ, *Le Parti bolchevique*, París, Minuit, 1971.
- M. LARAN Y J.-L. VAN REGEMORTER, *Russie-URSS, 1870-1984*, Armand Colin, París, 1986, edición revisada, 1991.
- *La Russie et l'ex-URSS de 1914 à nos jours*, París, Armand Colin, 1996.
- L. SCHAPIRO, *De Lénine à Staline, Histoire du PCUS*, París, Gallimard, 1967.
- V. SERGE, *Mémoires d'un révolutionnaire*, París, Seuil, 1977.
- G. SOKOLOFF, *La Puissance pauvre*, París, Fayard, 1994.
- A. STANZIANI, *L'Économie en révolution. Le cas russe, 1870-1930*, París, Albin Michel, 1998.
- J.-L. VAN REGEMORTER, *D'une perestroïka à l'autre*, París, Sedes, 1990.
- *La Russie et le monde au XX siècle*, París, Masson, 1995.
- N. WERTH, *Histoire de l'Union soviétique*, París, PUF, 2001.
- y G. MOULLEC, *Rapports secrets soviétiques: la société russe dans le documents confidentiels, 1921-1991*, París, Gallimard, 1995.

## LOS AÑOS 1920 Y EL SURGIMIENTO DEL STALINISMO

- Y. BURANOV, *Lenin's Will* (El testamento de Lenin), New York, Prometheus Book, 1994.
- E.-H. CARR, *The Interregnum, 1922-23*, MacMillan, 1971.  
— *Socialism in one country*, Londres, MacMillan, 1972, 2 vol.
- R. V. DANIELS, *The Conscience of the Revolution*, Cambridge (Mass.), Harvard University Press, 1960.
- Golos Naroda* (La voz del pueblo), *Pisma et otkliki riadovykh sovetskikh grazhdan o sobytiakh 1918-932*. (Cartas y reacciones de los ciudadanos soviéticos de categoría ante los acontecimientos de los años 1918 a 1932), Moscú, Rosspen, 1997.
- V. KOUMANIOV Y I. KOULIKOVA, *Prostivostoianie*, Moscú, Nauta, 1994.
- M. LEWIN, *Le Dernier combat de Lénine*, París, Minuit, 1967.
- Pisma vo vlast* (Cartas al poder), 1917-1927, Moscú, Rosspen, 1998.
- V. ROGOVINE, *Byla-li alternativa stalinizmu? (¿Había alternativa al estalinismo?)*, Moscú, Terra, 1992.  
— *Vlast i Oppositsia* (El poder y la oposición), Moscú, Cooperativa de la revista *Tcatr*, 1994.  
— *Staline contre Trotski, 1924-1926: la révolution permanente et le socialisme dans un seul pays*, París, Maspero, 1965.
- J. ROKITANSKI Y R. MÜLLER, *Krasny dissident* (El disidente rojo), Moscú, Academia, 1996.
- Tainy nacionalnoi politiki TsK PKP* (Los secretos de la política nacional del CC y del PCR), Moscú, Insan, 1992.

## EL PERÍODO DE LA COLECTIVIZACIÓN Y DE LA INDUSTRIALIZACIÓN

- 1933, *L'Année noire, la famine en Ukraine*, prólogo de G. Sokoloff, París, Albin Michel, 2000.
- A. CILIGA, *Dix ans au pays du mensonge déconcertant*, París, Champ libre, 1977.
- R. V. DANIELS, *The Stalin Revolution*, Lexington (Mass.)/Toronto, D.C. Heath and Co, 1990.
- V. P. DANILOV, *Rural Russia under the New Regime*, Londres, 1988.
- M. FAINSDOD, *Smolensk à l'heure de Staline*, París, Fayard, 1967.

- S. FITZPARTICK, *Everyday Stalinism Ordinary Life in Extraordinary Times. Soviet Russia in the 1930s*, New York/London, Oxford University Press, 1996.
- A. GRAZIOSI, *The Great Soviet Peasant War, Bolcheviks and Peasants, 1917-1933*, Cambridge University Press, 1996.
- N. IVNITSKI, *Kollektivizacija i raskulachivanie-nachalo 30 kh godov* (La colectivización y la deskulakización, inicio de los años 30), Moscú, Magistr, 1996.
- O. KHLEVNIUK, *Stalin et Ordjonikidzé, konflikty v politbiouro v 30 e gody* (Stalin y Ordjonikidzé, conflictos en el Politburó en los años 30), Moscú, Rossia Molodaia, 1933.  
— *Le Cercle du Kremlin*, París, Seuil, 1996.
- A. KIRILLINA, *L'Assassinat de Kirov*, París, Seuil, 1995.
- H. KUROMIYA, *Stalin's Industrial Revolution, Politics and Workers*, Cambridge, Cambridge University Press, 1988.  
— *Freedom and Terror in the Donbass, 1870-1990*, Cambridge, Cambridge University Press, 1998.
- M. LEWIN, *La Formation du système soviétique*, París, Gallimard, 1987.  
— *La Paysannerie et le pouvoir soviétique*, París, Klincksieck, 1968.
- V. ROGOVINE, *Stalinski neonep* (La neonep de Stalin), Moscú, 1994.  
— *1937*, Moscú, Novosti, 1996.  
— *Partia Rasstreliannykh* (El Partido de los fusilados), Moscú, Ran, 1997.  
— *Mirovaia Revolioutsia i Mirovaia Voïna* (La revolución mundial y la guerra mundial), Moscú, 1998.
- Sovietskaia Derevnia Glazami Vetcheka-OGPU-NKVD* (La campaña soviética vista por la Tcheka-GPU-NKVD), t. 1: 1918-1922, 1988; t. 2: 1923-1929, Moscú, Rosspen, 1998 y 2000.
- V. DANILOV, R. MANNING y L. VIOLA (textos reunidos y presentados por), *Tragedia sovitskoi derievni. Kollektivizatsia i Rasskulachivanie. Dokumenty i Materialy, 1927-1939* (La Tragedia de la campaña soviética. Documentos y materiales), vol. 1: mayo 1917-noviembre 1929, Moscú, Rosspen, 1999, 5 vol.
- L. VIOLA, *Peasants Rebels under Stalin: Collectivization and the Culture of Peasant Resistance*, New York/Oxford, Oxford University Press, 1996.
- Dokumenty svidetelstvuiut. Iz istorii derevni nakanune i v khode kollektivizatsii, 1927-1932* (Los documentos atestiguan. La historia de la campaña en la víspera y a lo largo de la colectivización, 1927-

1932) documentos reunidos por V. Danilov y N. Ivnitiski, Moscú, Politizdat, 1989.

### LA GUERRA (1939-1945)

1941 god (El año 1941), 2 tomos, Moscú, democracia, «Rossia-XX vek», 1998, recopilación de documentos anotados.

A. BEEVOR, *Stalingrad*, París, De Fallois, 1998.

*Correspondance secrète de Stalin avec Roosevelt, Churchill, Truman et Attlee, 1941-1945*, París, Plon, 1959, 2 vol.

G. GORODETSKY, *Le grand jeu de dupes. Staline et l'invasion allemande*, París, Les Belles Lettres, 2000.

I. GORKOV, *Kreml, Stavka, Genchtab* (Le Kremlin, le GQG y el Estado Mayor general), Tver Rif LTD, 1995.

P. GRIGORENKO, *Staline et la Deuxième Guerre mondiale*, París, L'Herne, 1970.

G. JUKOV, *Vospominania i rasmychlienia*, (Recuerdos y reflexiones), Moscú, Novosti, 1992, 3 vol.

*Katyn*, Moscú, Democracia, «Rossia-XX vek», 1997.

J.-J. MARIE, *Les Peuples déporté de l'Union soviétique*, Bruxelles, Complexe, 1995.

A. MERTSALOV y L. MERTSALOVA, *Stalinism i Voïna* (El estalinismo y la guerra), Moscú, Terra, 1998.

A. NEKRITCH, *L'Armée rouge assassinée*, París, Grasset, 1969.

S. PONS, *Staline e la guerra inevitabile, 1936-1941*, Roma, Einaudi, 1995.

O. RJECHESKI, *Voïna i Diplomacia*, Moscú, Nauka, 1997.

A. E. TARAS, *Sovietsko-Finlandskaia Voïna*, Minsk, Kharvest, 1999.

*L'URSS dans la seconde guerre mondiale*, París, Témoignage- Edition-Diffusion, 1967, 5 tomos.

*Velikaia Otietchesviennaia Voïna 1941-1945*, (La Gran guerra patriótica), Moscú, Nauka, 1998, 4 vol.

N. VOZNESSENSKI, *L'Économie de guerre de l'URSS*, París, Librería Medicis, 1945.

*Zimnaia Voïna, 1939-1940*, vol. 2: *Stalin i Finskaia Kampania* (Stalin y la campaña de Finlandia), Moscú, Nauka, 1999, 2 vol.

A. WERTH, *La Russie en guerre*, París, Stock, 1965.

LA POSGUERRA

- G. ADIBEKOV, *Kominform i poslievoiennaia Ievropa* (El Kominform y la Europa de posguerra), Moscú, Rossia Molodaia, 1994.
- A. BORCHTCHAGOVSKI, *L'Holocauste inachevé*, París, J.-Cl. Lattès, 1995.
- V. DEDIJER, *Le Défi de Tito: Staline et la Yougoslavie*, París, Gallimard, 1970.
- F. FEIJO, *Histoire des démocraties populaires*, París, Seuil, 1971, 2 vol.  
Vol 1: *L'Ere de Staline*.
- A. FONTAINE, *Histoire de la guerre froide*, París, Fayard, 1966-1967, 2 vol.
- I. GUIRENKO, *Staline-Tito*, Moscú, Izdatelstvo Politicheskoi literatury, 1991.
- D. HOLLOWAY, *Stalin and the Bomb*, New Haven/London, Yale University Press, 1994.
- G. KOSTYRTCHENKO, *Prisonniers du pharaon rouge*, Arles, Solin/actes Sud, 1998.
- A. LUSTSIGER, *Rotbuch, Stalin und die Juden*, Berlín, Aufbau Verlag, 1998.
- J.-J. MARIE, *Les Derniers complots de Staline*, Bruselas, Complexe, 1993.
- R. PIKHOIA, *SSSR, Istoria vlasti* (La URSS, Historia del poder), 1945-1991, Moscú, RGAF, 1998.
- Soviechtchania Kominforma* (Las reuniones del Kominform), 1947, 1948, 1949), Moscú, Rosspen, 1998.
- A. O. TCHOUBARIAN (bajo la dirección de), *Stalin i Kholodniaia Voïna* (Stalin y la guerra fría), Moscú, Ran, 1998.
- E. A. ZOUBKOVA, *Obchtchestvo i reformy* (La sociedad y las reformas, 1945-1964), Moscú, Rossia Molodaia, 1993. Edición en lengua inglesa: *Russia After the War. Hopes, Illusions and Disappointments, 1945-1953*, New York, M. E. Sharpe, 1999.

GULAG, JUSTICIA, TERROR  
Y SEGURIDAD DEL ESTADO

- C. ANDREW-GORDIEVSKI, *Le KGB dans le monde, 1917-1990*, París, Fayard, 1990.
- C. ANDREW-MITROKHINE, *Le KGB contre l'Ouest, 1917-1991*, París, Fayard.

- E. BACON, *The Gulag at War: Stalin's Forced Labour System in The Light of the Archives*, Londres, 1994.
- P. BARTON, *L'Univers concentrationnaire en Russie, 1930-1937*, París, Plon, 1957.
- A. BROSSART, S. CORUBE y L. MOUKHINE, *Ozerlag, 1937-1964*, París, Autrement, 1991.
- P. BROUË, *Les Procès de Moscou*, París, Julliard, 1964.
- R. CONQUEST, *La Grande Terreur. Sanglantes moissons*, Robert Llafont, coll. «Bouquins», 1995.
- J. A. GETTY y R. MANNING, *Stalinist Terror. New Perspectives*, Cambridge, Cambridge University Press, 1993.
- J. A. GETTY y O. NAUMOV, *The Road to Terror: Stalin and the Self-Destruction of the Bolsheviks, 1932-1939*, New Haven/London Yale University Press, 1999.
- I. DOBROVOLSKI (bajo la dirección de), *Goulag: ego stroiteli, obitateli i gerói* (El Gulag, sus constructores, sus habitantes y sus héroes), Frankfurt-Moscú, 1999.
- N. IAKUPOV, *Tragedia polkovodtsev* (La tragedia de los capitanes), Moscú, Mysl, 1992.
- A. KOKOURINE y N. IETROV (bajo la dirección de), *Goulag, 1918-1960*, Moscú, Materik, 2000.
- J.-J. MARIE, *Le Goulag*, París, col. «Que sais-je?», 1999.
- V. NEKRASSOV, *Trinadsat jeleznykh narkomov* (Trece comisarios del pueblo de hierro), Moscú, Verty, 1995.
- J. ROSSI, *Le Manuel du Goulag*, París, Le Cherche-Midi, 1998.
- A. SOLJENITSYN, *L'Archipel Goulag, 1918-1956*, París, Seuil, 1974-1976.
- M. B. SMIRNOV, *Sistema Ispravitelno-trudovykh lagerei v SSSR* (El sistema de los campos de trabajo correctivos en la URSS, 1923-1960), Moscú, Zenia, 1998.
- N. MARIE-SCHWARTZENBERG, *Le KGB*, París, PUF, col. «Que sais-je?», 1993.
- Reabilitatsia: Politicheskie processy 30-50 godov* (Rehabilitación: los procesos políticos de los años 30-50), Moscú, Izdatelstvo Politicheskoi literatura, 1991).
- P. H. SOLOMON Jr., *Soviet criminal Justice under Stalin*, Cambridge, Cambridge University Press, 1996.
- P. SUDOPLATOV, *Missions spéciales*, París, Seuil, 1994.
- K. STOLIAROV, *Palatchi i Jertvy* (Verdugos y víctimas), Moscú, Olma Press, 1997.

- N. PETROV y V. SKORKINE, *Kto rukovodil NKVD (1934-1941) (¿Quién dirigía la NKVD?)*, Moscú, 1999.
- L. SEDOV, *Livre rouge sur le procès de Moscou*, reimpresso CERMTRI, 1997.
- L. TROTSKI, *Les Crimes de Staline*, París, Grasset, 1937.
- L. VASILIEVA, *Kremliovskye Jony* (Las esposas del Kremlin), Moscú, Vagrius, 1992. Edición en lengua inglesa: *Kremlin Wives*, New York, Arcade Publishing, 1994.

### TESTIMONIOS Y MEMORIAS

- B. BAJANOV, *Bajanov révèle Staline*, París, Gallimard, 1979.
- V. BEREJKOV, *Kaj ja stal perevodchikom Stalina* (Cómo llegué a ser intérprete de Stalin), Moscú, Dem, 1993.
- M. DJILAS, *Conversations avec Staline*, París, Gallimard, 1962.
- L. KAGANOVITCH, *Pamiatnye Zapiski* (Notas de memoria), Moscú, Vagrius, 1996.
- N. JURUSHOV, *Vospominania* (Memorias), Moscú, Moskovskic Novosti, 1999, 4 vol.  
 — *Souvenirs*, París, Robert Laffont, 1971.  
 — *Memorias inéditas*, París, Belfond, 1991.
- F. TCHUEV, *Conversations avec Molotov*, París, Albin Michel, 1995. La edición francesa no incluye la totalidad de los textos de la edición rusa: *Sto sorok bessed s Molotovim*, Moscú, Terra, 1991.

### BIOGRAFÍAS DE DIRIGENTES BOLCHEVIQUES

- P. BROUÉ, *Trotsky*, Fayard, París, 1988.  
 — *Racovski*, París, Fayard, 1995.
- H. CARRÈRE D'ENCAUSSE, *Lénine*, París, Fayard, 1999.
- S. COHEN, *Nicolas Boukharine, la vie d'un bolchevik*, París, Maspero, 1979.
- I. DEUTSCHER, *Trotsky*, París, Julliard, 1962, 1964, 1966, 3 vol.
- G. HAUPT y J.-J. MARIE, *Les Bolcheviks par eux-mêmes*, París, Maspero, 1969.
- F. RASKOLNIKOV, *Fiodor Rasholnikov o vremeni i o sebe* (Fiodor Raskolnikov sobre su época y sobre él mismo), Leningrado, 1989.



- J. ROKITIANSKI y R. MÜLLER, *Krasny dissident* (El disidente rojo, biografía de David Riazanov), Moscú, Academia, 1996.
- A. ULAM, *Les Bolcheviks*, París, Gallimard, 1973.
- A. VAKSBERG, *Alexandra Kollontai*, París, Fayard, 1996.
- D. VOLKOGONOV, *Le vrai Lénine*, París, Robert Laffont, 1995, traducción de la edición inglesa que solo representa la mitad de la edición rusa en 2 volúmenes enriquecidos con extensa documentación, Moscú, Novosti, 1994.  
— *Trotski*, Moscú, Novosti, 1992, 2 vol.

### LOS COLABORADORES DE STALIN

- B. BRIUKHANOV, E. CHOCHKOV, *Opravdaniu ne podlejit* (Inexcusable. Iejov y la Ievojchtchina ) 1936-1938, San Petersburgo, PF, 1998.
- A. KHNIGHT, *Beria*, París, Aubier, 1994.
- N. JRUSCHOV, *Khrouchtchev par Khrouchtchev*, París, Plon, 1990.
- I. ROUBTISOV, *Alter ego Stalina. Mekhlis*, Moscú, Zvonitsa-MG, 1999.
- A. VAKSBERG, *Vychinski, le procureur de Staline*, París, Albin Michel, 1991.

### STALIN Y EL ARTE

- D. L. BABICHENKO, *Pissateli i Censory* (Escritores y censores), Moscú, Rossia Molodaia, 1994.  
— *Literaturny Front* (recopilación de documentos establecida por D. L. Babichenko), Moscú, Enciclopedia rossiskikh deriven, 1994.
- V. CHENTALINSKI, *La Parole ressuscitée*, París, Robert Laffont, 1993.  
— *Les surprises de la Loubianka*, Paris, Robert laffont, 1996.
- H. ERMOLAEV, *Censorship os Soviet Literature, 1927-1991*, New York/Londres, Rowman and Littlefield, 1997.
- E. GROMOV, *Stalin, Vlast i Iskusstvo*, Moscú, Respublica, 1998.
- G. MARIAMOV, *Kremliousky Censor*, Moscú, Kinocent, 1992.  
*Vlast et Khoudojestvennaia Intelliencja* (El poder y la intelligenzia literaria), compendio de documentos del Comité Central y de la Tcheka-GPU-NKVD, Moscú, Democracia, «Rossia-XX vek», 1999.

## EL ESTALINISMO

- BOREV, *Staliniada*, Moscú, Khiga, 1991.
- A. IAKOULEV, *Gorkaia Tchacha* (La copa amarga), Iaroslavl, Verkhne-Voljskoe knijnie izdatelstvo, 1994.
- I. KERSHAW y M. LEWIN, *Stalinism and nazism: Dictatorships in Comparison*, Cambridge, Cambridge Unicersity Press, 1997.
- B. LAZITCH, *Le Rapport Khrouchtchev et son histoire*, París, Seuil, 1976.
- R. MEDVEDEV, *Le Stalinisme*, París, Seuil, 1972.
- A. MERTSALOV (bajo la dirección de), *Istoria i Stalinizm* (La historia y el stalinismo), Moscú, Izdatelstvo politicheskoi literatury, 1991.
- S. MIKHAILOV, *Stalinnistikijat totalitarisem* (El totalitarismo estalinista), Sofia, M.8.M 2000.
- Osmylit koulit Stalina* (Comprender el culto a Stalin), compendio colectivo, Moscú, Progress, 1989.
- H. ROUSSO (bajo la dirección de), *Stalinisme et nazisme*, compendio colectivo, Bruselas, Complexe, 2000.
- E. TRAVERSO, *Le Totalitarisme. Le XX siècle en débat*, París, Seuil, coll. «Points-Histoire», 2001.
- L. TROTSKI, *La lutte antibureaucratique en URSS*, París, UGE, col. «10/18», 1975, 2 vol.
- *L'Appareil policier du stalinisme*, París, UGE, col. « 10/18 », 1976.
- *La Révolution trahie*, París, UGE, col. «10/18», 1969.
- M. VOULENSKY, *La Nomenklatura en URSS*, París, Belfond, 1980.

## ALGUNAS BIOGRAFÍAS DE PERSONAJES CLAVE

### *BERIA, Laurenti Pavlovitch (1899-1953)*

Tras unos estudios de arquitectura, en 1919 comienza su carrera de militante en calidad de agente doble de la Tcheka en los servicios de información de los nacionalistas azeríes llamados «musavattistas». Vicepresidente de la GPU de Azerbaiyán en 1922, de Georgia en 1926, y luego de toda Transcaucasia en 1932. En 1931, primer secretario del PC georgiano; en 1932, primer secretario del PC de Transcaucasia. Elegido para el Comité central en 1934, fue uno de los organizadores del culto al Jefe por la autoría de una obra hagiográfica sobre la actividad de Stalin en el movimiento obrero caucásico. En julio de 1938 fue nombrado comisario del pueblo en Interior (NKVD) y, después, comisario de Interior en diciembre de 1938. Con este título dirige el Gulag. De 1941 a 1953, vicepresidente del Consejo de comisarios del pueblo (luego de ministros); de 1941 a 1945, miembro del Comité de Estado para la Defensa. Desde 1946 hasta 1953 dirige la Comisión atómica. En marzo de 1953 se convierte en primer vicepresidente del Consejo y ministro de Policía y Seguridad unificadas. Planteó y puso en marcha toda una serie de reformas para tratar de salvar el sistema. Detenido por sus pares en junio de 1953, y juzgado en diciembre de ese mismo año, fue condenado a muerte y fusilado junto a cinco de sus más cercanos colaboradores.

### *BUJARIN, Nicolás Ivanovitch (1888-1938)*

Estudiante de ciencias, se afilia al POSDR en 1906. Apasionado por la teoría, polemiza con Lenin sobre la cuestión nacional y sobre la naturaleza del imperialismo antes y después de la guerra. Elegido miembro del Comité central del partido bolchevique desde 1917 a

1934, fecha en la cual queda relegado a la categoría de suplente; miembro suplente del Politburó en 1919, pasa a ser titular desde 1919 a 1929; redactor-jefe de *Pravda* de diciembre de 1917 a abril de 1929 (con una interrupción de cuatro meses en 1918); de 1919 a 1929, miembro del Presidium y del Comité ejecutivo de la Internacional comunista (Komintern). En 1918 encabeza la oposición de los «comunistas de izquierda» en Brest-Litovsk; de 1927 a 1929 encabezó la oposición de «derecha». De 1934 a 1937 ocupó el cargo de dirección de *Izvestia*. Detenido en 1937, fue el principal acusado en el tercer proceso de Moscú (marzo de 1938) a lo largo del cual fue condenado a muerte y fusilado.

*DJERZINSKI, Félix Edmundovitch (1877-1926)*

De origen polaco, tras unos estudios en el liceo durante los cuales se plantea el sacerdocio, se afilia al partido socialdemócrata de Polonia y Lituania y luego, en 1920, al partido ruso. Miembro del Comité central del partido socialdemócrata ruso de 1906 a 1912, y luego desde 1917 hasta su muerte. Detenido en varias ocasiones entre 1900 y 1917, pasa más de diez años en prisión o en un severo exilio en Siberia. Presidente de la Tcheka y, luego, de la GPU desde diciembre de 1917 hasta su muerte. Comisario del pueblo en Interior de Rusia de 1919 a 1923 y comisario del pueblo en Transportes de 1921 a 1924. A partir de 1924, Presidente del Consejo superior de economía nacional y miembro suplente del Politburó a partir de 1924. Murió a causa de una crisis cardíaca.

*IEJOV, Nikolai Ivanovitch*

Aprendiz de ajustador a los 14 años, sirve en el Ejército rojo hasta 1922. Entonces entra en el aparato del Partido y desempeña las funciones de secretario de diversos comités regionales y provinciales, demostrando siempre una perfecta sumisión a las orientaciones de la dirección, pero, como indica el escritor Iuri Dombroski, sin mostrar unas especiales brutalidad ni crueldad. En 1927 pasa a ser adjunto al jefe de una sección del Comité central y en 1929-1930, vicecomisario del pueblo en Agricultura. En 1930 ocupa la dirección de la sección de destinos, de la sección de cuadros y de la sección

industrial del Comité central; en 1934 es nombrado vicepresidente y, luego, presidente en 1935 de la Comisión central de control, así como miembro del Secretariado del Comité central y del Comité ejecutivo del Komintern, y de septiembre de 1936 a diciembre de 1938, comisario del pueblo en Interior (NKVD). La expresión «las manoplas de Iejov», empleada entonces, simboliza la represión. Tras ser destituido, recibe el nombramiento de comisario de Transportes fluviales y es detenido el 10 de junio de 1939. Condenado a muerte y fusilado el 3 de febrero de 1940.

*JDANOV, Andrei Alexandrovitch (1896-1948)*

Al terminar sus estudios en la escuela real de Mariupol, en 1915 se afilia al partido comunista durante la guerra. Comisario político en el Ejército rojo de 1918 a 1920, pasa a ser miembro suplente del Comité Central en 1925 y titular en 1930. Sustituye a Kírov, asesinado, como primer secretario del PC de la región de Leningrado en diciembre de 1934, y ocupa este puesto hasta 1944; miembro suplente del Politburó en 1935, pasa a ser titular en 1940; miembro del Buró de organización y del Secretariado del Comité Central a partir de febrero de 1934. Gracias a estas funciones, después de la guerra controla la vida intelectual. Esta función de censor ideológico ha dado nombre de «jdanovismo» a la política de sumisión total de la vida intelectual y artística a las orientaciones y dictados del Partido.

*KIROV, Serguei Mironovitch (seudónimo de KOSTRIKOV, S.M.) (1886-1934)*

En 1904 termina sus estudios en el Instituto de técnica mecánica de Kazan y se afilia al POSDR. En 1934, primer secretario del PC de Azerbaiyán, elegido miembro suplente del Comité Central en 1921; miembro titular en 1923; primer secretario del PC de Leningrado, y miembro suplente del Politburó en 1926 y titular en 1930. En enero de 1934, con ocasión del XVII Congreso, afirma: «Stalin en el hombre más grande de todos los tiempos y de todos los pueblos». Al día siguiente del congreso es designado miembro del Secretariado del Comité Central. Asesinado el 1 de diciembre de 1934.

*KRUPSKAIA, Nadejda Konstantinova (1869-1939)*

Esposa y compañera de Lenin, es decir, su secretaria política. Durante un corto tiempo perteneció en 1926 a la Oposición unificada con la que rompió enseguida. Elegida para el Comité central en 1927, aunque carece de peso político, permanece en el puesto hasta su muerte.

*KAGANOVITCH, Lazare Moiseievitch (seudónimo de ROSENFELD, Lev) (1883-1936)*

Tras cinco años de estudios en el instituto de Tiflis, donde su padre era ingeniero de ferrocarriles, en 1902 se afilia al POSDR; participa en el congreso de 1903 y llega a ser diputado bolchevique en la Duma en 1912. Condenado y exiliado en Siberia por oponerse a la guerra y negarse a votar los préstamos de guerra, a finales de 1916 conoce a Stalin. En marzo de 1917 es elegido miembro del Comité Central en el que permanece hasta 1927 (con una interrupción de dos meses en octubre-noviembre de 1917 cuando dimite en protesta contra la insurrección y la formación de un gobierno puramente bolchevique); miembro titular del Politburó de 1919 a 1925, degradado al rango de suplente en 1926, y por fin, excluido definitivamente. Presidente del soviét de Moscú de 1919 a 1926; vicepresidente del Consejo de comisarios del pueblo de 1922 a 1926; director del Instituto Lenin a partir de 1923 y, por lo tanto, responsable de la primera edición de las *Obras completas* de Lenin, la llamada «amarilla», que Stalin mandará confiscar sistemáticamente a comienzos de los años 1930. Es uno de los dirigentes de la Oposición unificada creada en 1926; expulsado del partido bolchevique a finales de 1927, reintegrado en 1928, expulsado de nuevo en 1932, reintegrado en 1933, es uno de los principales acusados del primer proceso de Moscú durante el cual fue condenado a muerte y fusilado.

*JRUSCHOV, Nikita Sergueievitch (1894-1971)*

Después de cuatro años de escuela, a los 14 empieza a trabajar como pastor y luego como ajustador en el Donbass. En 1918 se une

al partido bolchevique durante la guerra civil. En 1923 vota a la Oposición de izquierdas y en 1924 accede a sus primeras responsabilidades en el Partido en Kiev; después sube a estudiar a la academia industrial de Moscú donde se relaciona con Nadejda Allehuieva, la mujer de Stalin. En 1932 es nombrado segundo secretario del comité de ciudad del Partido en Moscú; luego, en 1935, primer secretario, puesto que deja para convertirse en Primer secretario del PC ucraniano desde 1938 a marzo de 1947, y luego, de diciembre de 1947 a 1949. Mientras tanto, ha sido elegido para el Comité Central en 1934; miembro suplente del Politburó en 1938 y miembro titular en 1939. Durante la guerra, fue miembro del Consejo militar del frente de Stalingrado. Perdió un hijo en combate. En 1949 entra en el secretariado del Comité Central y llega a Primer secretario del comité regional de Moscú; en marzo de 1953, es nombrado Primer secretario del Comité Central, función que ocupa hasta su destitución en 1964 y que acumuló, a partir de 1958, con la de presidente del Consejo de ministros.

#### *LENIN, Vladimir Ilitch (1870-1924)*

Después de cursar estudios de derecho en la facultad de Kazan, en 1885 funda con Martov la Unión de lucha por la liberación de la clase obrera en San Petersburgo. Exiliado durante tres años en 1897, en 1900 emigra, funda *Iskra* con Plejanov y Martov a finales de ese mismo año, y en 1903 dirige la fracción bolchevique en el congreso de fundación efectiva del Partido obrero socialdemócrata ruso (POSDR). En 1915 y 1916 participa en las conferencias de Zimmerwald y de Kienthal contra la guerra. Presidente del Consejo de comisarios del pueblo desde su creación en octubre de 1917, y miembro del Politburó. Herido a raíz de un atentado el 30 de agosto de 1918; miembro del Comité ejecutivo del Komintern, dirige el gobierno y el partido hasta el ataque que lo paraliza y lo reduce al silencio el 9 de marzo de 1923. Muere el 21 de enero de 1924 y es embalsamado; reposa en el Mausoleo en la Plaza Roja, construido con este objeto después de su muerte. Poco después, Petrogrado es rebautizada como Leningrado.

*MALENKOV, Gueorgui Maximovitch (1901-1988)*

Movilizado en el Ejército rojo desde 1919, se afilia al partido bolchevique ese mismo año y luego estudia en el Instituto tecnológico superior desde 1921 a 1925. También en 1925 entra a formar parte del aparato del Comité central; en 1934 llega a jefe de la Sección de cuadros de los organismos dirigentes del Comité Central sin ser miembro de este último, en el que ingresa en 1939 y se convierte al mismo tiempo en miembro de su secretariado en el que permanece hasta 1946. Hasta esa misma fecha se hace cargo de la Dirección de cuadros del Comité Central. Durante la guerra pertenece al Comité del Estado de la Defensa; cesado en sus funciones en 1946 y enviado a provincias, se reintegra al Secretariado del Comité Central en 1946, donde permanece hasta el día siguiente de la muerte de Stalin; desde 1953 a 1955 preside el Consejo de ministros. Apartado de esta función en 1955, es excluido del Comité Central y de su Presidium en julio de 1957 por su pertenencia al grupo anti-Partido junto a Molotov y Kaganovitch. Expulsado del Partido en 1961. Al final de su vida se convirtió a la ortodoxia.

*MEJLIS, Lev Zajarovitch (1889-1953)*

Miembro de una organización sionista de 1914 a 1918; comisario político en el Ejército rojo, en 1921 entra en la Inspección obrera y campesina. De 1922 a 1926 ejerce su actividad en el aparato del Secretariado del Comité Central. En 1930, nombrado redactor-jefe de *Pravda*, y en 1934, miembro suplente del Comité Central y titular en 1937; desde 1937 a 1940 ocupa la Dirección principal de la propaganda política del Ejército rojo; en 1941-1942 es vicecomisario del pueblo en Defensa; miembro de numerosos consejos del frente a lo largo de la guerra. De 1946 a 1950, ministro del control del Estado, puesto del que es apartado por razones de salud (reales). Muere siete semanas antes que Stalin, olvidado de este y de todos.

*MIKOIAN, Anastas Ivanovitch (1895-1978)*

Nace en Armenia y realiza sus estudios en el seminario de Tiflis, del que sale en 1916 tras afiliarse al partido bolchevique; luego cur-



sa un año de estudios en el Instituto religioso. Miembro del Consejo de comisarios del pueblo de Baku en 1918, es detenido, encarcelado y luego liberado. Sube a Moscú. Elegido miembro suplente del Comité Central en 1922 y titular en 1923, donde permanecerá hasta 1976; en 1926, es nombrado miembro suplente del Politburó y comisario del pueblo en Comercio interior y exterior; en 1930, comisario de Abastecimientos; en 1934, comisario del pueblo en la Industria alimenticia; miembro titular del Politburó en 1935; de 1938 a 1949, comisario del pueblo y, después, ministro de Comercio exterior. De 1937 a 1955, vicepresidente del Consejo de los comisarios del pueblo (luego de ministros). En febrero de 1942, la Seguridad detiene a dos de sus hijos acusados de fascistas; seis meses después los pone en libertad. Otro de sus hijos muere en combate. En 1956 apoya a Jruschov a raíz de la denuncia que hace de determinados crímenes de Stalin. En 1956, Jruschov lo envía a Budapest durante la sublevación del país. Mikoian le apoya en 1957 contra el «grupo anti-Partido» de Molotov, Kaganovitch y Malenkov; en 1962 participa en la sangrienta represión de la manifestación obrera de Novotcherkassk contra el alza de precios.

*MOLOTOV, Viatcheslav Mijailovitch (1890-1988) seudónimo de SKRIABIN)*

Realiza sus estudios en la escuela real (es decir, moderna) considerada inferior al «gymnasium» (liceo) hasta 1908. En 1906 se afilia al POSDR; en 1912 dirige *Pravda* con Stalin durante un breve tiempo. Tras haber estado a la cabeza de varias instancias regionales del partido bolchevique, en 1920 es elegido secretario del Comité Central del PC ucraniano, al mismo tiempo que pasa a ser miembro suplente del Comité Central del PC ruso; en 1921 se convierte en miembro titular y miembro de su Secretariado, así como del Buró de organización. Incondicional de Stalin, es elegido también miembro suplente del Politburó en 1921 y titular en 1926; hasta 1930 continúa en el secretariado del Comité Central; en 1928-1929, primer secretario del comité del partido de Moscú; de 1930 a 1941, presidente del Consejo de comisarios del pueblo; de 1939 a 1949, comisario del pueblo (y luego ministro) de Asuntos Exteriores; en 1941-1942, y luego de 1946 a 1953, vicepresidente del Consejo de ministros y, luego, primer vice-

presidente hasta su destitución y su expulsión del Comité Central en 1957 como miembro del «grupo anti-partido» hostil a Jruschov. Expulsado del PCUS en marzo de 1962, es reintegrado por Tchernenko en 1984 después de múltiples peticiones.

*ORDJONIKIDZÉ, Grigori Konstantinovitch (1886-1937), llamado Sergo.*

Durante sus estudios en la escuela de ATS de Tiflis, se afilia al POSDR en 1903. Elegido para el Comité Central de Praga en 1912, permanece allí hasta 1917; reelegido en 1921; miembro suplente del Politburó en 1926 y titular en 1930. Desde 1926 a 1930 preside la Comisión central de control que organiza la expulsión de los contrincantes. Entonces pasa a ser comisario del pueblo en la Industria pesada, el comisariado central en la época de la industrialización. Se suicida en febrero de 1937 tras un desacuerdo con Stalin sobre un supuesto «sabotaje» del que sería el autor.

*RYKOV, Alexis Ivanovitch (1881-1938)*

Después de sus estudios de Derecho en la universidad de Kazán, se une al incipiente POSDR. Elegido al Comité Central del partido bolchevique en 1905 y reelegido en abril de 1917; primer y efímero comisario del pueblo en Interior, dimite por discrepancia con la política de Lenin; en 1918, presidente del Consejo superior de Economía nacional; desde 1920 a 1924, miembro del Buró de organización; en 1921, vicepresidente del Consejo de comisarios del pueblo, y presidente en 1924 al día siguiente de la muerte de Lenin en febrero de 1924. Miembro titular del Politburó en 1922; reelegido en el XVI Congreso en 1930 es apartado de sus funciones a finales de ese mismo año. Detenido en 1937, es, con Bujarin, uno de los principales acusados del tercer proceso de Moscú en marzo de 1938. Tras ser condenado a muerte, es fusilado.

*TROTSKI, León Davidovitch (seudónimo de BRONSTEIN, Lev) (1879-1940)*

Tras sus estudios en la escuela real de Nikolaiev, en 1917 organiza en esa ciudad una Unión obrera de la Rusia del sur que se des-

mantela en enero de 1898. Después de tres años de exilio, huye a Inglaterra; se asocia y, luego, rompe con Lenin, a raíz del congreso del POSDR de 1903; durante una semana dirige el soviét de San Petersburgo en noviembre-diciembre de 1905. Escribe una historia de la revolución vencida (1905); condenado al exilio a perpetuidad, elabora la teoría de la «revolución permanente»; Huye del exilio; entre 1907 y 1917 anima una política de unidad «sin fracciones» en la socialdemocracia rusa. Durante la guerra dirige en Francia un diario ruso antibelicista. Expulsado a Estados Unidos en 1916, vuelve a Rusia en abril de 1917; se afilia al partido bolchevique en julio; en agosto es elegido para el Comité Central; en septiembre-octubre de 1917, presidente del soviét supremo de Petrogrado; en octubre de 1917, comisario del pueblo en Asuntos Exteriores; de marzo de 1918 a enero de 1925, comisario del pueblo para la Guerra; miembro del Politburó, así como del Presidium y del Comité ejecutivo de la Internacional comunista desde 1919 hasta 1926. Activista en la Oposición de izquierdas (1923) y, luego, en la Oposición unificada (1926-1927), es expulsado del partido en noviembre de 1927; exiliado a Alma-Ata en enero de 1928; expulsado a Turquía en 1929; privado de la ciudadanía soviética en 1932. Anima una Oposición de izquierdas internacional. En 1933 denuncia la fragilidad de la Internacional comunista que ha facilitado la victoria de Hitler y afirma la necesidad de construir una IV Internacional, proclamada en septiembre de 1938. Refugiado en Francia y luego en Noruega, es acogido en Méjico en 1937, donde un agente de Stalin, Ramón Mercader, lo asesina el 20 de agosto de 1940. Por este hecho, Mercader recibe la Orden de Lenin.

### *VOROCHILOV, Clément Efremovitch (1881-1969)*

En su infancia, solamente asiste a la escuela durante dos años. A los 7 empieza a trabajar en la mina, y a los diez, como pastor. En 1903 se afilia al POSDR. En 1918-1919, comisario del pueblo en Interior del efímero gobierno ucraniano obrero y campesino; miembro del Comité militar revolucionario (CMR) del frente Sur y después miembro del CMR de la primera división de caballería; en 1924 manda el distrito militar de Moscú; de 1925 a 1940, comisario del pueblo en Asuntos militares (rebautizado como «Defensa» en

1934); nombrado mariscal de la Unión soviética en 1935; de 1940 a 1953 vicepresidente del Consejo de comisarios del pueblo (y de ministros); y de 1953 a 1960, presidente del Soviet supremo.

*ZINOVIEV, Grigori Evguenievitch (seudónimo de RADOMYLSKY)*

Comienza a trabajar como botones a los 15 años; milita desde los 17. Emigrado en 1902, vuelve a Rusia en 1905; emigra de nuevo en 1907. Miembro suplente del Comité central del POSDR en 1907; titular en 1912 hasta 1927 (con una breve dimisión en 1917); miembro suplente del Politburó en 1919; titular en 1921 hasta su destitución en 1926; presidente del soviét de Petrogrado (luego Leningrado) desde finales de 1917 a 1926, y de la Internacional comunista desde 1919 hasta 1926; miembro con Stalin y Kamenev de la «troika» constituida contra Trotski en 1922. Activista, con Kamenev y Trotski, de la Oposición unificada en 1926; expulsado del Partido en 1927, reintegrado en 1928; excluido de nuevo en 1932, reintegrado en 1933; excluido y luego detenido al día siguiente del asesinato de Kirov; condenado por primera vez en enero de 1935. Principal acusado con Kamenev en el primer proceso de Moscú (agosto de 1936) es condenado a muerte y fusilado.

## CRONOLOGÍA

**1878:** *6 de diciembre:* Iosiv Visarionovitch Djugachvili nace en Gori

**1881:** *1 de marzo:* asesinato de Alejandro II, acceso al trono de Alejandro III; promulgado el «estado de protección reforzada» (estado de excepción).

**1888:** *septiembre:* entrada en el seminario menor de Gori.

**1894:** *septiembre:* entrada en el seminario mayor de Tiflis.

**1894:** *noviembre:* muerte de Alejandro III; accede al trono Nicolás

### II.

**1899:** *mayo:* expulsión del seminario.

**1899:** *diciembre:* entrada de Iosiv Djugachvili en el Observatorio de Geofísica de Tiflis. A partir de 1898 adopta el seudónimo de Koba.

**1901:** *marzo:* Koba abandona el Observatorio y se convierte en revolucionario profesional.

**1901:** *diciembre:* Koba marcha a Batum.

**1901:** *abril:* arresto y encarcelamiento después de la manifestación de Batum.

**1903:** *agosto:* segundo congreso del POSDR que culmina en la escisión entre bolcheviques y mencheviques; fundación de la Unión por la Liberación (núcleo del futuro partido KD). Koba es exiliado a Siberia en noviembre por tres años. Huye y vuelve a Tiflis en enero de 1904.

**1904:** *febrero:* los japoneses atacan Port-Arthur. Comienzo de la guerra ruso-japonesa.

**1905:** «domingo rojo» (masacre de manifestantes ante el palacio imperial); tratado de Portsmouth que da fin a la guerra ruso-japonesa; manifiesto imperial por el que se crea una Duma; arresto de los dirigentes del soviét de San Petersburgo; rebelión obrera aplastada en Moscú. En diciembre, Stalin participa en la conferencia bolchevique de Tammerfors.

**1906:** muerte de Visarion Djugachvili, padre de Iosiv. Reunión de la primera Duma, disuelta muy pronto: promulgación de las Leyes fundamentales del imperio. Stolypin, primer ministro, promulga su primera ley agraria.

**1907:** reunión de la segunda Duma, disuelta inmediatamente, y luego de la tercera.

**1908:** Koba es detenido en marzo y encarcelado en Baku.

**1909:** *noviembre:* exilio de Koba en Solvytchegodsk en la provincia de Vologda, en la Rusia europea. Llega a su destino el 27 de febrero y huye el 24 de junio.

**1910:** nueva detención de Koba en Baku; reenviado a Solvytchegodsk. Al cumplir su pena (junio) parte a San Petersburgo donde es detenido en septiembre y enviado a Vologda.

**1911:** asesinato del Primer ministro Stolypin.

**1912:** *febrero:* los bolcheviques se declaran un partido distinto y publican en San Petersburgo un diario legal, *Pravda*. Reunión de la cuarta Duma. Koba, sustituto en el Comité Central del partido bolchevique. Detenido en abril; exiliado en Narym, cerca del círculo polar. Huye en septiembre. Participa en la redacción de *Pravda*. Adopta el seudónimo de Stalin.

**1913:** detenido en febrero en San Petersburgo, Stalin es exiliado a Turujansk (Siberia), donde permanece hasta diciembre de 1916.

**1914:** *agosto:* comienzo de la guerra entre las potencias centrales Alemania y Austria (a las que se une Turquía en octubre) y Francia, Inglaterra y Rusia.

**1915:** suspensión de las actividades de la Duma; conferencia socialista contra la guerra en Zimmerwald (Suiza), seguida en 1916 de una segunda en Kienthal (Suiza).

**1917:** *febrero:* huelga general en Petrogrado; caída de la monarquía; constitución del soviets de Petrogrado y del Gobierno provisional; liberado por la revolución, Stalin vuelve a Petrogrado y toma la dirección de *Pravda*. *Abril:* tesis de Lenin. *Julio:* manifestaciones armadas de soldados y obreros contra el Gobierno provisional. *Agosto:* VI Congreso del partido bolchevique co-dirigido por Stalin. Golpe de Estado fracasado de Kornilov. *Octubre:* el soviets de Petrogrado toma el poder, El II Congreso de los soviets vota dos decretos, sobre la Tierra y sobre la Paz, elige un nuevo Comité ejecutivo central y el Consejo de los comisarios del pueblo. *Octubre:* Stalin, comisario del

pueblo en las Nacionalidades. *Diciembre*: creación de la Tcheka; independencia de Finlandia.

**1918:** *enero*: reunión y disolución de la Asamblea constituyente; anulación de los préstamos efectuados por el antiguo régimen; separación de la Iglesia y el Estado. *Marzo*: Firma de la paz con Alemania y Austria en Brest-Litovsk; VII congreso del partido bolchevique que pasa a ser Partido comunista. *Abril*: monopolio estatal del comercio exterior. *Junio*: Stalin en Tsarytsin, nacionalización de la industria y los ferrocarriles.

**1919:** *enero*: aplastamiento de la sublevación espartakista en Alemania. *Marzo*: fundación de la Internacional comunista en Moscú, VII congreso del PC ruso. Stalin, miembro del Politburó del Partido bolchevique y, luego, Comisario del pueblo en la Inspección obrera y campesina.

**1920:** IX Congreso del PC ruso que adopta los «ejércitos del trabajo»; ofensiva polaca en Ucrania; contraofensiva del Ejército rojo rechazada delante de Varsovia.

**1921:** insurrección de los marinos-campesinos de Kronstadt; X congreso del partido comunista que anuncia la NEP y prohíbe provisionalmente las fracciones. *Marzo*: rebelión de los campesinos de Tambov y, luego, de Siberia occidental; los revoltosos son aplastados a comienzos del verano.

**1922:** confiscación de los bienes del clero; la GPU sustituye a la Tcheka; XI congreso del PC ruso; Stalin se convierte en Secretario general del Comité central el 4 de abril de 1922; proclamación de la URSS en diciembre.

**1923:** *enero*: el Testamento de Lenin contra Stalin. *Octubre*: creación de la Oposición de izquierdas.

**1924:** *enero*: muerte de Lenin. *Diciembre*: Stalin proclama la «construcción del socialismo en un solo país».

**1925:** *diciembre*: derrota de la nueva Oposición de Zinoviev y Kamenev en el XIV congreso del PC ruso. Tsarytsin pasa a ser Stalingrado.

**1926:** *abril*: formación de la Oposición unificada.

**1927:** Tchang Kai-shek aplasta la insurrección obrera de Shanghai. Trotski y Zinoviev son expulsados del PC ruso: manifestación de la Oposición; el 7, Trotski y Zinoviev expulsados del Partido. *Diciembre*: XV congreso del Partido comunista que excluye a Kamenev y a 75 dirigentes de la Oposición unificada.

**1928:** inicio del primer plan quinquenal (adoptado y promulgado a finales de abril de 1929).

**1929:** «Octubre negro»; crack bursátil en Nueva York: la crisis afecta a los grandes países industrializados, reduce la producción y acrecienta el paro. *Noviembre:* derrota de la «desviación de derechas» en el Comité central. *Diciembre:* Stalin decide la colectivización total y la «liquidación de los kulaks como clase». Comienzo del culto a Stalin con motivo de su cincuenta cumpleaños.

**1930:** *marzo:* Stalin denuncia el «vértigo del éxito» en la colectivización. Decenas de miles de campesinos abandonan los koljoses. *Junio:* XVI congreso del partido comunista. Creación de una administración especial en los campos de trabajo, llamada Gulag, en el seno de la NKVD.

**1931:** *junio:* carta de Stalin sobre la historia en la revista *Proletarskaja Revoliutsia*.

**1932:** *agosto:* promulgación de la ley llamada de las Cinco Espigas. *Septiembre:* detención de la Unión de marxistas-leninistas (Riutin). *Noviembre:* suicidio de Nadejda Allilúieva. *Diciembre:* restablecimiento del «pasaporte interior», suprimido en 1917. Invierno de 1932-1933: la hambruna mata a más de 4 millones de personas en Ucrania.

**1933:** *enero:* llegada de Hitler al poder. *Marzo:* disolución del PC alemán. Inicio del segundo plan quinquenal.

**1934:** *enero:* XVII Congreso del PC ruso. Stalin elegido, probablemente en último lugar, al Comité central. Congreso de fundación de la Unión de Escritores. *Diciembre:* asesinato de Kirov. Ley judicial de excepción.

**1935:** *abril:* la pena de muerte se extiende a los niños de doce años. *Julio-agosto:* VII y último Congreso de la Internacional comunista.

**1936:** *julio:* guerra civil en España. *Agosto:* primer proceso de Moscú. *Septiembre:* Iejov sustituye a Iagoda a la cabeza de la NKVD. *Diciembre:* promulgación de la nueva Constitución de la URSS llamada «stalinista» y calificada como «la más democrática del mundo».

**1937:** *enero:* segundo proceso de Moscú. *Febrero:* suicidio de Sergo Ordjonikidzé, el compañero de Stalin. *Junio:* condena a muerte de ocho jefes militares (proceso a puerta cerrada de Tujatchevski, Putna, Iakir, Primakov, etc.). *Julio:* muerte de la madre de Stalin.



**1938:** inicio del tercer plan quinquenal; tercer proceso de Moscú; Alemania invade y se anexiona Austria (*Anschluss*); acuerdo de Munich entre Alemania, Italia, Francia e Inglaterra sobre la fragmentación de Checoslovaquia.

**1938:** *diciembre:* Stalin reemplaza a Iejov –detenido poco después– por Beria a la cabeza de la NKVD.

**1939:** *marzo:* XVIII Congreso del PC soviético; XVIII Congreso del PC ruso; firma de un pacto de no-agresión, llamado pacto Stalin-Hitler, entre Alemania y la URSS, que incluye un protocolo secreto sobre el reparto del Estado polaco. *Septiembre:* el día 1, Alemania invade Polonia; el Ejército rojo, el día 17. *Noviembre:* la URSS ataca Finlandia.

**1940:** *marzo:* armisticio firmado con Finlandia. *Agosto:* un agente de Stalin asesina a Trotski en Méjico. Anexión de los tres países bálticos.

**1941:** *mayo:* Stalin, nombrado presidente del Consejo de los comisarios del pueblo. *22 de junio:* los ejércitos alemanes invaden la URSS; proclamación del Comité de Estado para la Defensa presidido por Stalin. *Agosto:* Stalin, comandante en jefe del Cuartel General y, luego, comisario del pueblo en Defensa. *Octubre-diciembre:* batalla de Moscú. La Wehrmacht obligada a retroceder.

**1942:** *mayo:* ofensiva alemana sobre el Cáucaso (Baku) y el Volga medio (Stalingrado).

**1943:** *enero:* capitulación de los ejércitos alemanes en Stalingrado. La Wehrmacht rechazada en el Cáucaso. *Mayo:* Stalin disuelve la Internacional comunista. *Julio:* los alemanes derrotados en la batalla con carros de combate en Kursk. *Noviembre:* conferencia en Teherán de los Tres grandes. Comienza la deportación de los pueblos del Cáucaso ordenada por Stalin.

**1944:** *enero a mayo:* deportación de los pueblos del Cáucaso –kalmuks, chechenios, inguches– y tártaros de Crimea. *Abril:* el Ejército rojo entra en Rumanía. *Julio:* el Ejército rojo entra en Polonia.

**1945:** *febrero:* conferencia de los Tres grandes en Yalta. *Mayo:* rendición de Alemania. *Julio-agosto:* conferencia de los Tres grandes en Potsdam. *Agosto:* bomba atómica sobre Hiroshima y Nagasaki. *Septiembre:* capitulación del Japón.

**1946:** cuarto plan quinquenal; confiscación parcial de las parcelas individuales de los kolkozianos. *Agosto:* decreto del Comité cen-

tral contra los escritores Zochtchenko, Ajmatova, Jazine y las revistas *Zvezda* y *Leningrado*.

**1947:** *septiembre:* creación del Kominform. *Diciembre:* reforma monetaria.

**1948:** *agosto:* Stalin relee y corrige el informe de Lyssenko para la Academia de Ciencias naturales que provoca la caza a los genetistas llamados «weismanniano-morganistas». Bloqueo de Berlín por la URSS: el Kominform condena al PC yugoslavo.

**1949:** *marzo:* Stalin manda comenzar la caza a los comunistas de Leningrado. Creación de la OTAN; explosión de la primera bomba atómica soviética. *Octubre:* proclamación de la República Popular china.

**1950:** quinto plan quinquenal; Corea del Norte invade Corea del Sur; ejecución secreta de los dirigentes del PC de Leningrado Kuznetsov y Voznessenski.

**1952:** *octubre:* XIX Congreso del PCUS; breve intervención de Stalin. *Noviembre:* proceso Slansky en Praga; 11 condenas a muerte.

**1953:** *13 de enero:* anuncio público del supuesto complot de los médicos, judíos en su mayoría. *5 de marzo:* muerte de Stalin. *Junio:* huelga general en Berlín-Este y en la RDA; detención de Beria. *Agosto:* explosión de la primera bomba termonuclear soviética. *Septiembre:* Jruschov, Primer secretario del Comité Central; medidas a favor de los koljoses. *Diciembre:* ejecución de Beria y de sus principales colaboradores.

**1956:** XX Congreso del PCUS; informe Jruschov sobre los crímenes de Stalin.

## ÍNDICE DE NOMBRES

### A

- ABAKUMOV**, Viktor Semionovitch (jefe del SMERTCH y, luego, de la Seguridad del Estado), 763, 780, 782, 788, 825, 827, 840, 843, 844, 849, 852, 856, 872-874, 884-886, 888-889, 898-899, 905  
**ABETZ**, Otto (embajador de Alemania en París), 616  
**ABZEVER**, Leopold (censor), 912  
**ADLER**, Friedrich (Secretario general de la II Internacional), 500  
**ADORATSKI**, Vladimir (director del Instituto Marx-Engels-Lenin), 500  
**ADVEENKO**, Alexandr (escritor), 12, 449, 522, 635, 637  
**ADVEIEVA**, Anna (empleada de hogar), 480  
**AGRANOV**, I. (vicepresidente de la GPU), 471, 480, 496, 505  
**AJMATOVA**, Anna (escritora), 597, 788-789, 958  
**AKULOV**, Ivan (vicepresidente de la GPU), 411, 533  
**ALBERTI**, Rafael (escritor), 543  
**ALEJANDRO I** Pavlovitch (zar desde 1801 a 1805), 16  
**ALEJANDRO II** Nikolaievitch (zar desde 1855 a 1881), 21-22, 473, 484-485, 953  
**ALEJANDRO III** Alexandrovitch (zar desde 1881 a 1894), 22-23, 33, 45, 81, 410, 953  
**ALEJANDRO MIJAILOVITCH**, gran duque, 114  
**ALEXANDROV**, Gueorgiu (responsable de la sección de Agit-prop del Comité Central), 735, 760, 854  
**ALEXEIEV**, Evgueni, almirante, 82-83  
**ALEXEIEV**, general (jefe del Ejército Blanco de voluntarios), 180, 203  
**ALEXEIEV**, Nikolai, ingeniero, 203  
**ALEXINSKI**, Gregori (bolchevique), 88, 160  
**ALEXIS** Alexandrovitch, gran duque (tío de Nicolás II), 82, 114  
**ALEXIS** Nikolavievitch, zarevitch, hijo de Nicolás II, 114  
**ALEXIS**, metropolitano ortodoxo, 734  
**ALI**, Rachid (jefe del gobierno de Irak), 650  
**ALLILUIEV**, Alexandr, 475  
**ALLILUIEV**, Feodor, 195, 203  
**ALLILUIEV**, los, 149, 159, 161, 393, 475, 793  
**ALLILUIEV**, Pavel, 388, 427, 582  
**ALLILUIEV**, Serge (suegro de Stalin), 65, 84, 116, 130, 132, 139, 162, 167, 189, 779, 932  
**ALLILUIEV**, Vladimir, 427, 493, 932  
**ALLILUIEVA**, Anna (cuñada de Stalin, esposa de Redens), 132, 779, 793, 823, 932  
**ALLILUIEVA**, Evguenia (mujer de Pavel, cuñada de Stalin), 823  
**ALLILUIEVA**, Kira (hija de Pavel Alliluiev), 823  
**ALLILUIEVA**, Nadejda (2ª esposa de Stalin), 27-28, 89, 130, 159, 189-190, 195, 203, 205, 227, 237, 271, 322, 332, 345, 378-379, 388, 392, 426-429, 562, 582, 595, 947, 956  
**ALLILUIEVA**, Olga (suegra de Stalin), 778  
**ALLILUIEVA**, Svetlana (hija de Stalin), 26, 28-30, 61-62, 151, 332, 427-431, 449, 494-495, 551, 596, 632-633, 775, 822-823, 837, 857, 859, 875, 891-892, 909, 918, 932

- ALTER, Víctor (dirigente del Bund polaco), 704
- AMUREDJIBI, Tchabua, 28
- ANDERS, Wladislaw, general polaco, 694, 700-701
- ANDREIEV, Nikolai (miembro del Politburó, jefe de la Comisión de Control), 19, 241, 248, 307, 315, 359, 390, 395, 475, 548, 558, 568, 578, 581, 596, 635, 645, 778, 804, 875, 903-904
- ANDRIANOV, V. (secretario del PC de Leningrado), 852, 898
- ANIKEIEV, los hermanos, 381-382, 389
- ANISSIMOV (dirigente del soviét), 161
- ANTIPOV (pope), 58
- ANTOKOLSKI, Pavel (poeta), 736
- ANTONOV, Alexis, general (jefe de Estado Mayor), 725, 763, 772
- ANTONOV, A.S. (militante SR), 235
- ANTONOV-OVSEENKO, Antón, 601, 924, 932
- ANTONOV-OVSEENKO, Vladimir (comandante en jefe del Ejército Rojo ucraniano, y después cónsul en Barcelona), 8, 212, 214, 245, 300, 542-543, 743
- ARAGÓN, Luis, 448, 839
- ARAKTCHIEV, Alexis (ministro zarista de Alejandro I), 421
- ARBUSOVA (obrera), 157
- ARJENUKJIN, F., general (jefe de la Academia militar de la Aviación), 666
- ARNOULD, Arthur, 106
- AROSSEV (literato), 500, 559
- ARSENIDZÉ, R., menchevique, 87-88, 117
- ARTIOM, Fiodor (camarada de Stalin en Tsaritsyn), 209
- ARTIUJOV (minero), 495
- ARTSIMOVITCH, Lev (físico), 878
- ARTSYBACHEV, Mijail Petrovitch, 113
- ASCHENBREBER, general (agregado del Aire alemán), 641
- ASSEIEV, Nikolai (poeta), 736
- ASTACHEF (comandante del yate imperial de Nicolás II), 114
- ASTAJOV, 613
- ASTROV (agente incitador de la NKVD), 529
- ATLEE, Clement Richard, primer conde (Primer ministro británico), 770
- AULARD, Alphonse, 140
- AURIOL, Vincent, 812
- AVERBAJ, Leopold (jefe de los escritores), 378, 424, 597
- AXELROD, Paul Borissovitch (dirigente menchevique), 88, 90
- AZEF, Yevno (agente de la Ojrana), 67
- B**
- BABEL, Isaac Emmanuelovitch, 377, 462, 592, 597, 887
- BADAIEV, Alexis, 133
- BADOGLIO, Pietro, mariscal italiano (jefe del gobierno), 749, 819
- BAGRAMIAN, Iván, mariscal, 722
- BAGROV, Morda (terrorista del Bund), 122
- BAGUIROV, Djafar (primer secretario del PC de Azerbaiyán, luego, ministro de la Policía y de la Seguridad), 445, 842
- BAIBAKOV (vicecomisario de la Energía), 707
- BAIDUKOV (aviador), 602
- BAIKALOV, 145
- BAITALSKI, Mijail (troskista), 8, 558
- BAJANOV, Boris (monárquico), 265
- BAKUNIN, Mijail Alexandrovitch, 154
- BALACHOV, Alexis (obrero bolchevique y, luego, secretario de Tovstujá), 8, 249, 264-266
- BALIKYNA, Olia (joven campesina), 453
- BALTRUSAITIS, Jurgis (poeta lituano), 592
- BANDERA, Stepan (nacionalista ucraniano), 762
- BARAMIA, M. (segundo secretario del PC georgiano), 888
- BARBUSSE, Henri, 74, 76, 142-143, 347, 792
- BAUER, Otto (socialdemócrata austríaco), 500
- BAUMAN, Kart (miembro titular del Secretariado), 389

- BEAVERBROOK, William, lord (ministro británico encargado de la intendencia), 691
- BECK, Joseph, coronel (ministro de Asuntos Exteriores polaco), 617
- BEDARIDA, François, 210-211
- BEDELL-SMITH, W. (embajador americano en Moscú), 792, 873
- BEDIA, E. (propagandista), 496
- BEER, Israel (consejero militar de Ben Gurión y agente secreto soviético), 884
- BEEVOR, Antony, 714-715
- BELIS, asunto, 126
- BEJTEREV, Vladimir (psiquiatra), 350
- BELETSKI, teniente general, 781
- BELIAKOV (aviador), 602
- BELOVOROD (comisario político), 300, 553-554
- BELUSOVA, Pelagueia (1ª mujer de Tito), 835
- BEN GURION, David, 831, 884, 889
- BENEDIKTOV, I. (ministro de Agricultura), 265
- BENES, Edgard, 537
- BEREJKOV, Valentín (intérprete), 489, 600, 615, 692-693, 711, 738, 745, 755
- BERGELSON, David (escritor), 851
- BERGERY, Gastón (embajador de Francia en Moscú), 658
- BERGOLTZ, Olga (poetisa), 736
- BERIA, Lavrenti Pavlovitch, 265, 408, 411, 426, 428, 445, 459, 475, 480, 496-497, 516-517, 526, 555, 558-559, 562-563, 576, 580, 588-589, 593-594, 605-606, 612, 624, 631, 633, 638, 658-659, 671-672, 689, 693-695, 697, 699-700, 703, 705, 712, 730, 733, 736, 742, 749, 753, 763, 769, 770-772, 776-778, 780, 783, 788, 790, 806, 809, 826, 835-836, 839, 842, 849, 853, 858, 867, 874, 878, 885-888, 891-892, 897, 901, 903-904, 906-907, 909, 911-912, 915-920, 922-923, 925-927, 943, 957-958
- BERIA, Sergo (hijo de Beria, ingeniero), 117
- BERMAN, Iakov (representante del PC polaco en la segunda reunión del Kominform), 834, 843
- «BESO», *ver* Djugachvili, Visarion Ivanovitch, llamado Beso (padre de Stalin), 25, 27-28
- BESOVICH (primer seudónimo de Stalin), 70, 104
- BESSOVICH (consejero de la embajada soviética en Berlín), 27
- BESSONOV (consejero de la embajada soviética en Berlín), 488
- BIEDNY, Demian (poeta cortesano), 160, 369, 406, 736
- BIELINSKI, Visarion Grigorievitch, 698
- BIERUT, Boleslaw, 746, 843
- BLANK, Alexandr Dimitrievitch (abuelo materno de Lenin), 406
- BLANTER, Mijail (pianista), 890, 913
- BLÚCHER, mariscal, 550, 571, 582
- BLUM, León, 543
- BODY, Marcel, 458
- BOGDANOV, Boris (menchevique), 161
- BOGDANOVITCH, la generala, 45, 114
- BOGOLEPOV, Nikolai (ministro de Educación de Nicolás II), 69
- BOGOMOLETZ, Alexandr (director del Instituto de fisiología de Kiev), 527
- BOGOMOLOV, Alexandr (embajador soviético en Francia), 658, 775
- BOLCHAKOV, Ivan (ministro del Cinema), 120, 808-809
- BOLDIN, I., general, 668
- BONAPARTE, Napoleón, 375
- BORCHTCHAGOVSKI, Alexandr (escritor), 826, 854, 857, 890-891, 938
- BORIS III, rey de Bulgaria (de 1918 a 1943), 639, 681
- BORISSOV (oficial de la NKVD), 469, 471, 815
- BORODIN, Mijail (consejero militar de Mao), 863
- BRANDLER, Heindrich (secretario del PC alemán), 297
- BRAUN (representante de la Iglesia católica en Moscú), 741
- BREDOW, general von, 466
- BREGMAN, Solomon (viceministro del Control del Estado ruso), 851
- BREJNEV, Leonid Ilitch, 15, 490, 599, 720, 831, 847, 901, 929

- BRETON, André, 531  
 BRIK, Lili, 496  
 BROCKDORFF-RANTZAU, conde von (embajador de Alemania en Moscú), 443  
 BRONSTEIN-KAMENEV, Olga (hermana de Trotski y esposa de León Kamenev), 790  
 BROWDER, Earl (líder comunista americano), 773  
 BUBNOV, André, 231  
 BUCHHEIT, Gert, 219, 221, 677  
 BUDIONNY, Srmion Mijailovitch, mariscal (comandante en jefe de la caballería), 199, 220, 231, 240, 537, 552-553, 570, 578, 673, 682, 689-690, 695, 768  
 BUJARIN, Sra. de, *ver* Larina, Ana, 573  
 BUJARIN, Nikolai Ivanovitch, 13, 53, 129, 182, 184, 188, 194, 212, 236, 247, 262, 274, 276, 279, 280-281, 283, 285, 294-297, 299-301, 304, 310, 315, 318-319, 322, 328, 332, 333-337, 339, 342, 345, 349-350, 356-363, 365-368, 374, 376, 389, 393, 400-401, 424, 426, 428, 454, 456-458, 461, 470, 485, 500-501, 504, 507, 510, 511, 513, 516, 522, 529, 531, 533-535, 544, 546-547, 554, 570, 573, 587, 592, 597, 795, 859, 863, 874, 897, 943, 950  
 BULANOV, Pavel (adjunto de Iagoda), 473  
 BULGAKOV, Mijail Afanasievitch, 14, 59, 368, 387, 388, 462, 597, 610  
 BULGANIN, Nikolai, mariscal, 189, 747, 751, 783, 786, 903, 907, 911-912, 915-918, 920, 922, 928  
 BURDONSKAIA, Galina (esposa de Vasili Djugachvili), 823  
 BUTUSOVA, Matrena (empleada de hogar de Stalin), 915  
 BYK, 300
- C**
- CAGLIOSTRO, José Bálsamo, llamado Alejandro, conde de, 421  
 CALÍGULA, 848
- CARRÈRE D'ENCAUSSE, Hélène, 135, 142, 940  
 CATALINA II, la Grande, 16, 20, 496, 689  
 «CAUCASIANO» (apodo con el que la policía conocía a Stalin), 120, 126  
 CEPICKA, Alexis (ministro de la Defensa checa), 882  
 CHAJURIN, Alexis (ministro de Aviación), 782, 784  
 CHALAMOV, Varlam (detenido en 1929, encarcelado en Butyrki), 365, 402  
 CHAMBERLAIN, Arthur Neville, 520, 543, 586, 612, 618, 622  
 CHAPLIN, sir Charles Spencer, llamado Charlot, 520  
 CHAPOCHNIKOV, Boris, mariscal (oficial zarista anexionado, jefe de Estado Mayor), 628, 634, 673, 686-687, 689, 691, 724-725  
 CHARAPOV (Primer secretario del comité regional de Kurgansk), 822  
 CHARIA, P. (secretario de Beria), 835-836, 888  
 CHATZKIN, Lázaro (secretario del Komintern de la Juventud), 367, 378, 506  
 CHAUMIAN, Lev, 458  
 CHAUMIAN, Stepan, llamado «el Lenin del Cáucaso», 114, 117, 168  
 CHEBOLDAIEV, Boris (secretario del Cáucaso del Norte; más tarde, secretario del Partido del territorio de Azov y del mar Negro), 457, 522, 527, 554  
 CHEININ, Lev (director de la sección de encuestas del Ministerio del Interior), 49, 827, 887  
 CHELEPIN, Alexandr Nikolaievitch (secretario de las Juventudes comunistas), 847  
 CHENDRIKOV, familia, 91-93  
 CHENDRIKOV, Claudia (esposa de Ilya), 91  
 CHENDRIKOV, Gleb, 91  
 CHENDRIKOV, Ilya, 91  
 CHENDRIKOV, Lev, 91, 93  
 CHEPILOV, Dmitri (adjunto de Jdanov, responsable de la Agit-prop), 8,

- 606, 808, 821, 837-838, 850, 854, 894, 903-905, 909
- CHILOVA, Lidia (agente nazi), 734
- CHIMELIOVITCH, Dr. Boris (miembro del comité antifascista judío), 851, 855, 910
- CHKIRIATOV, Matvei, *alias* Vladlen Nikolaievitch Klimov (bolchevique, presidente de la comisión de Control), 249, 534, 580-581, 874, 909, 917
- CHLIAPNIKOV, Alexandr Gavrilovitch (miembro del Comité Central, comisario de Trabajo), 19, 151, 194, 236, 242, 422
- CHNEIDEROVITCH, Dr. Miron (médico de Stalin desde 1930 hasta 1936), 407-408, 449-450
- CHOLOJOV, Mijail Aleksandrovitch, 375, 438-440, 579-580
- CHOSTAKOVITCH, Dmitri Dmitrievitch, 499, 736, 826
- CHITCHERBAKOV (agente de la GPU, presidente del Buró soviético de información), 346, 671, 684, 695, 719, 730, 885-886, 899, 904, 910
- CHTEMENKO, Serguei, mariscal (jefe del Estado Mayor general de la URSS), 882-883, 910
- CHTYKOV, T. (miembro del Comité Central), 600
- CHU En-lai o Zhu Enlai, 565, 659, 863-864, 879-880
- CHUMIATSKI, Boris (vecino de exilio de Stalin; más tarde, director del Goskino), 140, 539
- CHURCHILL, sir Winston Leonard Spencer, 210, 452, 611-612, 616-617, 649, 655, 687-688, 691-692, 704, 711-712, 719, 725-726, 729, 731, 733, 735, 738-740, 743-746, 748, 753-758, 763, 770, 811, 912
- CHVERNIK, Nikolai (Presidente del Soviet supremo a partir de 1946), 367, 749, 783, 917, 930
- CIANO, Galeazzo, conde de Cortellazzo (ministro de Asuntos Exteriores italiano), 622, 639
- CLEMENCEAU, Georges, 211, 722, 756
- COHEN (americano, pariente lejano de la mujer de Molotov), 12, 433-434, 489, 940
- CONQUEST, Robert, 110, 588, 932, 939
- CONSTANTIN Constantinovitch, gran duque (hermano de Nicolás II), 95
- CONSTANTINO, emperador de Bizancio, 16
- COULONDRE, Robert (embajador de Francia en Berlín), 612
- COURTOIS, Stéphane, 375
- CRIPPS, Stafford (embajador británico en Moscú), 650, 660
- CURRIE, Laughlin (agente americano de la NKVD), 773
- CURZON OF KEDLESTON, George Nathaniel, 1<sup>er</sup> marqués, lord, 224, 756

D

- DADIANI, CHALVU (dramaturgo georgiano), 76
- DALADIER, Edouard, 42, 536, 586, 617, 618
- DAN, Fiodor Gourvitch (dirigente menchevique), 88, 175, 500, 577
- DARWIN, Charles Robert, 53, 836-837
- DAVID (seudónimo de Stalin), 70
- DAVIES, Charles Robert (embajador americano), 598, 731
- DE GASPERI, Alcide (demócrata cristiano italiano, presidente del Consejo), 812
- DEAT, Marcel, 507
- DEBORIN, Abram Moisevitch, 400
- DEBOV (embalsamador de Stalin), 921
- DEKANOZOV, Vladimir Georgievitch (embajador soviético en Berlín), 633, 650-652, 658, 780, 874
- DEMTCHENKO, Nikolai (segundo secretario del PC ucraniano de 1933), 440
- DENIKIN, Antón Ivanovitch, general, 166, 180, 201-202, 218-220, 222, 529
- DENNIS, Eugene, 773
- DESSOV, 380
- DEUSCHER, Isaac, 27, 43, 110, 940
- DÍAZ, José, 565

- DIMITROV, Gueorgui (dirigente comunista búlgaro, Secretario general del Komintern), 8, 138, 266, 463-466, 492, 521, 528, 543, 561-562, 565-566, 594-595, 616-617, 619-620, 622-623, 627, 633-634, 638, 644, 648, 659, 665, 682, 697, 729-731, 748, 766.767, 775, 787, 810, 814-815, 827-829, 831, 846, 856, 933
- DIMITROVA, Paraskeva (madre de Gueorgui Dimitrov), 463
- DINEV (estudiante búlgaro socialdemócrata), 918
- DJAPARIDZĚ, Aliocha (agitador), 92, 112, 114, 198
- DJERZINSKI, Félix Edmundovitch (director de la Tchecha), 15, 210, 778-779, 944
- DJERZINSKI, Sra. de (viuda del anterior), 778
- DJIBLADZĚ, Sylvestre, 42, 69, 72, 80
- DJILAS, Milovan, 751, 769, 806, 816, 829, 841, 843
- DJUGACHVILI, Evgueni (hijo adulterino de Iakov), 15
- DJUGACHVILI, Galia (hija de Iakov), 18
- DJUGACHVILI Georgui Visarionovitch (hijo de Visarion Ivanovitch, muerto a temprana edad), 17
- DJUGACHVILI, Yakov (hijo de Stalin), 111-113, 259, 364, 429, 493, 549, 551, 596, 684-685, 726, 822
- DJUGACHVILI, Mijaíl Visarionovitch (otro hijo de Visarion Ivanovitch, muerto a temprana edad), 17
- DJUGACHVILI, Visarion Ivanovitch llamado Beso (padre de Stalin), 17, 31, 34, 37, 954
- DJUGACHVILI, Zoia (esposa de Yakov), 364
- DJUNKOVSKI (adjunto al ministro del Interior de Nicolás II), 134
- DOBROLIUBOV, Nikolai Alexandrovitch, 55
- DOLGORUKI, Iuri, príncipe (rey de Suzdal y de Rostov en el siglo XII), 409
- DOLMATOVSKI, Evgueni (poeta), 736
- DOMBROVSKI, Iuri (escritor), 944
- DOMICIANO, 848
- DORIOT, Jacques (presidente del PPF), 507
- DOSTOIEVSKI, Fiodor Mijailovitch, 41
- DRAULE, Milda (esposa de Nikolaiev y secretaria de Kirov), 469
- DROBNIS, Yakov (miembro del Comité Central), 19, 26, 368
- DUBROVINSKI (miembro del Comité Central bolchevique), 130, 132
- DUGLOS, Jacques, 565, 812, 816, 834, 924
- DUGGAN, Lawrence (agente americano de la NKVD), 773
- DULLES, Allen (residente americano en Suiza), 759
- DUMAS, Alejandro, 51
- DURANTY, Walter, 128
- DVINSKI (ministro responsable de la recogida del trigo), 848
- DYBENKO, Pavel Efimovitch, general (comisario del pueblo), 19, 550
- E
- EASTMAN, Max (comunista americano amigo de Trotski), 321-322
- EBERT, Friedrich (canciller del Reich), 208, 210
- E. ROBERT ANTHONY, primer conde de Avon (ministro de Asuntos Exteriores británico), 501, 701, 771, 912
- EFFEL, Jean, 12
- EGNATACHVILI, conde, 28
- EHRENBURG, Ilya, 463, 470, 592, 635, 637, 760, 821, 824, 856, 890, 909, 913, 928
- EHRlich, Henryk (dirigente del Bund polaco), 704
- EIDEMAN, general, 530, 548
- EIJE, Robert (comisario en Agricultura), 413, 546, 567, 573, 589
- EISENHOWER, Dwight David, general, 759
- EISENSTEIN, Serguei Mijailovitch Aizentchain, Serge, 538-539, 592, 736, 798, 800
- EISMONT (detenido en 1932), 423
- EITINGON, Naum, llamado Leonid (coorganizador del asesinato de Trotski), 594, 788, 887



- EL REGISTAN, G. (músico), 736  
 ELTSIN, Boris Nikolaievitch, 588  
 ELUARD, Eugène Grindel, llamado Paul, 862  
 EMELIANOV (enviado de Mejlis al Azerbaiyán), 842  
 ENGELS, Friedrich, 70, 106, 257, 319, 500, 602, 650, 872  
 ENUKIDZÉ, Abel (secretario del Comité ejecutivo central), 89, 237, 240, 247, 259, 427, 477, 481-482, 547-548  
 ENUKIDZÉ, Aveli S. (presidente del Comité ejecutivo central de los soviets), 89, 244, 475, 477  
 ENUKIDZÉ, hermanos, 114  
 EPSTEIN, Chajno (secretario del Comité antifascista judío), 741  
 EREMIN, coronel de la Ojrana, 66  
 EROSTRATOS, 421  
 ETINGUER, Dr. Yakov, 885-886, 910  
 EVDOKIMOV, G. E. (miembro del Secretariado del Comité Central, 508
- F**
- FADEIEV, Alexandr Alexandrovitch (escritor, presidente de la Unión de Escritores), 580, 591, 800, 801, 849, 909  
 FEDOROV (mayor en el ejército de Koltchak), 424  
 FEDOSSEIEV, P. (oficial de la guardia personal de Stalin), 792, 874  
 FEFER, Isaac o Izik (secretario del Comité antifascista judío y agente de la Seguridad), 744, 827, 844, 856, 889-890  
 FELDMAN, general, 548  
 FELDMAN, doctor, 910  
 FERRO, Marc, 45, 139, 142, 169, 933  
 FEUCHTWANGER, León, 539  
 FILIPPOV (seudónimo que Jdanov y Malenkov atribuyeron a Stalin), 815, 817, 833  
 FILITOV, I. (representante de la agencia Tass en Alemania), 655  
 FILOV, Bogdan (Primer ministro de Boris III de Bulgaria), 639  
 FINKELSTEIN, alias Jasny (periodista), 855  
 FIRUBIN (adjunto del Primer secretario del PC de Moscú), 820  
 FISCHMAN, J., 29  
 FITIN, Pavel (jefe de la primera dirección de la Seguridad del Estado), 657-658  
 FOERSTER, Dr. (médico de Lenin), 272  
 FOFANOVA (casera bolchevique de Stalin), 173  
 FOK, Vladimir (físico), 853  
 FORD, Henry, 489  
 FORSTER, general alemán (*Gauleiter* de Dantzig), 622, 677  
 FOTIEVA, Lydia A. (secretaria de Lenin, militante bolchevique), 205, 271, 275-277  
 FRANCO BAHAMONDE, Francisco, general, 518  
 FRENKEL, Yakov (físico), 853  
 FRENKEL, Neftali, 374  
 FRINOVSKI (adjunto de Iejov), 571  
 FRUMKIN, M. I. (militante bolchevique), 117  
 FRUNZÉ, Mijail Vasilievitch (comandante del ejército rojo; más tarde, comisario de la Guerra), 226, 231, 241, 246, 284, 294-295 305, 325-326  
 FUCHS, Klaus (físico), 771, 773
- G**
- GAIDAR, Egor (Primer ministro de Eltsin), 588  
 GAILLARD, Jean-Marie, 774  
 GALAKTIONOV, general de división, 676  
 GALITSYN, príncipe, 17  
 GAMALEIA (microbióloga), 855  
 GAMARNIK, Jan (miembro suplente del comité de defensa de la URSS), 537, 548  
 GAPON, Georgui, pope (confidente de la Ojrana), 81, 95  
 GAULLE, Charles de, general, 224, 747, 750-751, 757, 769, 775  
 GAUTIER, Iuri (universitario moscovita), 162  
 GENGIS KHAN, 511

- GEORGE VI, rey de Gran Bretaña e Irlanda, 614
- GERSCHENSON (literato), 284
- GEYER, general alemán, 677
- GHEORCHIU-DEJ (secretario del PC rumano), 816, 831, 834, 858
- GLASSER, M. I., 271, 274
- GLINKA, Mijail Ivanovitch, 604, 698
- GOEBBELS, Joseph Paul, 657, 760
- GOETHE, Johan Wolfgang von, 369
- GOGLIDZÉ, Serguei, general (jefe de la Seguridad de Georgia), 586, 655, 763, 906-909
- GOGOJIA (amigo de la infancia de Stalin), 41
- GOGOL, Nikolai Vasilievitch, 421
- GOGUA, Kalistrato (menchevique), 71
- GOLDSTEIN, I. (amigo de Evguenia Alliluieva), 823, 825
- GOLIKOV, Philippe (jefe de información soviético), 645
- GOLITSYN, Nikolai, príncipe (Primer ministro enero-marzo de 1917), 144
- GOLOGANOV, Alexandr, mariscal del ejército del Aire, 529, 712
- GOMULKA, Wladyslaw, 566, 810, 816-817, 831, 834, 842-844, 857
- GONTCHAROV, Leonid, general de división, 676
- GORBATCHOV, Mijail Serguievitch, 765, 849
- GORBATOV, Boris (escritor, dirigente de la Unión de Escritores), 800
- GORBMAN, Golda (esposa de Vorochilov), 596
- GORBUNOV, Nikolai, 257
- GORDOV, Vasili, general, 804-805
- GOERING, Hermann Wilhelm, 626
- GOERING (hermano pequeño del anterior), 520
- GORKI, Alexei Maximovitch Pechkov, llamado Máximo, 15, 65, 130, 159, 170, 280-281, 368, 400, 408, 424-425, 449, 461-462, 570, 698
- GORKIN, Alexandr (Secretario del Presidium del Soviet supremo), 664
- GOTTFWALD, Klement (jefe de Estado checo), 832, 834, 906
- GOTZ, Abraham (socialista-revolucionario), 162
- GOVOROV, Leonid, mariscal, 910
- GRASSKIN (ayudante de Stalin), 265
- GRAVILOVIC, Milan (agregado militar, representante del gobierno yugoslavo en el exilio), 646, 651
- GREENGLASS, David (comunista americano), 773
- GRIBOIEDOV, Alexandr Sergueievitch, 41
- GRICHA (camarada de infancia de Stalin), 36
- GRIGORJEV (comandante de las conexiones en el frente), 674-675
- GRIGULEVITCH, Iosiv Romualdovitch, *alias* Max (agente), 899
- GRINBERG, Yakov, 735
- GRINKO, Grigori (comisario del pueblo), 570
- GRINSTEIN, Dr., 910
- GROMAN, Vladimir (economista, detenido en 1931), 398, 404
- GROMYKO, Andrei Andreievitch, 599, 753
- GRONSKI, Iván (funcionario de las letras, redactor-jefe de *Novy Mir*), 420, 425
- GROSSMAN, Vasili, 824, 890
- GROTEWOHL, Otto, 927
- GUBERMAN (secretario de Kaganovitch), 554
- GUDERIAN, Heinz, general alemán, 677, 689, 697
- GUEGUELLA (agente de Beria), 887
- GUEGUETCHKORI, Evgueni (sobrino de la mujer de Beria), 836, 887
- GUEI, K. (Primer secretario del PC de Bielorrusia), 405
- GUELAZDÉ, Ekaterina Gueorguieva, llamada Keké (madre de Stalin), 18, 25, 28-29, 32-34, 37, 59, 71, 77, 462
- GUELADZÉ, familia, 25
- GUENZI, Josephine (espía), 548
- GUEORGUIEV, Gueorgui (estudiante búlgaro anarquista), 918
- GUESDE, Jules Bazile, llamado Jules, 141
- GUILLERMO II, rey de Prusia y emperador de Alemania, 208
- GUINZBURG, Vitali (físico), 853
- GUINZBURG, Evguenia, 421, 479, 922

- GURVITCH (crítico de teatro), 754  
 GUTCHKOV, Alexandr Ivanovitch (ministro de la Guerra del gobierno provisional), 156  
 GUYOT, Raymond (miembro del Politburó francés), 906
- H**
- HALDER, Franz, general alemán (oficial de la Wehrmacht), 219, 677  
 HALIFAX, Edward Frederik Lindley Word, Primer conde de (ministro de Asuntos Exteriores británico), 617  
 HALL, Theodor (comunista americano), 773  
 HARPE, general alemán, 677  
 HARRIMAN, William Averell (embajador americano en Moscú; más tarde, secretario de Estado en Asuntos Exteriores), 691, 759, 772  
 HASKOVEC, Dr., 906  
 HAUPT, Georges, 7, 26, 940  
 HEBRANG, Andrija (presidente de la Comisión del plan, agente de Stalin en el PC yugoslavo), 833  
 HEGEL, George Wilhelm Friedrich, 400  
 HEIM, general alemán, 677  
 HELDERS, 430  
 HELLER, Michel, 177, 677  
 HEMINGWAY, Ernest Miller, 590  
 HENRY, Ernst (seudónimo de Simón Rostovski), 912  
 HERRIOT, Edouard, 440  
 HERZL, Theodor, 81  
 HESS, Rudolf Walter Richard, 652, 654  
 HEYDRICH, Reynhard (oficial de las SS, jefe de la policía y de la Seguridad del Reich), 530  
 HILFERDING, Rudolf, 500  
 HILGER, Gustav (consejero de la embajada alemana), 615-616  
 HIMMLER, Heinrich, 616, 678, 753  
 HINDENBURG, Paul von Beneckendorff und von, 442  
 HISS, Alger (agente americano de la NKVD), 773  
 HITLER, Adolf, 144, 217, 246, 416, 431, 442-443, 451-452, 455, 465-466, 474, 487-489, 501-502, 507, 510, 520, 550, 567, 576, 586, 608, 611-612, 614-619, 621, 623-624, 626, 628-629, 631-635, 637-639, 641, 645-657, 660-661, 664-665, 676-678, 681, 691-692, 706-707, 712, 715, 729, 732, 743, 754, 762, 774, 812, 904, 906, 951, 956-957  
 HODJA, Enver, 828-829  
 HOEPNER, Erich, general alemán, 677  
 HOLLOWAY, David, 738, 772, 777-778,  
 HOLTZMANN (detenido en 1936), 504-505, 510  
 HOPKINS, Garry Lloyd (consejero personal de Roosevelt), 684, 738, 763  
 HORVAT, Martin (comunista húngaro), 810  
 HOWARD, Roy (periodista americano), 488  
 HOWSON, Gerald, 519  
 HUGO, Víctor, 50, 61  
 HULL, Cordell (ministro de Asuntos Exteriores americano), 737  
 HUTTON, J. B., 29
- I**
- IAGODA, Genrij H. (viceministro de la GPU, más tarde, jefe de la NKVD desde 1934 a 1936), 359, 377, 386, 400, 471, 473, 486, 502, 505, 513-514, 540, 545, 547, 956  
 IAKIR, Iona, general, 264, 535, 537, 544-545, 548, 572, 601, 956  
 IAKOVLEV, Alexandre, 164, 395, 444, 552, 605, 902  
 IAROSHENKO, L. (economista), 897  
 IAROSLAVSKI, Emelian (redactor-jefe de la revista *Los sin Dios*), 74, 115, 240, 270-271, 407, 485  
 IBARRURI, Dolores, llamada Pasionaria (dirigente comunista española), 726  
 IBRAIMOV, Vela (presidente de la República autónoma de Crimea), 353  
 I DJ-CHVILI (seudónimo de Stalin), 48, 49

- IEGOROV, A., general, 221, 224-427, 548
- IEGOROV, Dr. (médico del Kremlin), 840-841, 910
- IEGOROV, Olga (esposa del general Iegorov), 549
- IEJOV, Nicolai Ivanovitch (jefe de la NKVD, comisario del pueblo en Interior), 446, 459, 471, 478, 482, 487, 492, 496, 498, 505-506, 508, 512-513, 515, 518, 524, 526, 533-353, 537, 542, 546, 548, 551, 553-554, 557-558, 563-564, 570-572, 574-575, 579-581, 586-587, 589, 593, 597, 944-945, 957
- IEREMENKO, Andrei, general, 714, 733
- IGNATIEV, Semion (ministro de la Seguridad del Estado), 883, 886, 889, 890, 899, 908-909, 916, 918, 921-922, 926
- IGNATOV (dirigente de la Oposición obrera), 569
- IGNATOV, Nicolai, 238
- IKRAMOV, A. (dirigente uzbeko), 570
- ILITCHEV, Leonid (director de Pravda), 904
- IOFFÉ, Adolf Abramovitch (miembro del Comité Central, trotskista), 163, 228, 426, 853, 878
- IOZFOVITCH, Jozef, 851
- IRAKLI II, rey de Georgia, 16
- IREMACHVILI, Iosiv (camarada de la infancia de Stalin), 26-27, 36, 37, 41, 51-52, 56, 112
- ISKANDER, Fazil (escritor abjaso), 109
- ISSAKOVSKI, Mijail (poeta), 736
- ISTOMINA, Valentina (sirvienta de Stalin), 431
- IUDENITCH, general (zarista), 213, 216, 220
- IUDINE, Pavel (embajador soviético en Berlín), 905
- IUJAK (ayudante de Nazaretian), 301
- IURENIEV, Konstantin (miembro del llamado grupo de los Mejraionsky), 163
- IUTKEVITCH, Serguei (cineasta), 797
- IUZOVSKI (crítico de teatro), 854
- IVAN IV el Terrible (zar desde 1533 a 1584), 460, 736, 798, 800
- IVANOV (encargado de asuntos en la embajada soviética en París), 665, 735
- IVANOV, Vsevolod (escritor), 592
- IVANOVITCH (seudónimo de Stalin), 18, 70
- J**
- JAZIN (escritor), 789, 958
- JDANOV, Andrei Alexandrovitch, alias Sergueiv, Juravlev, 365, 462, 471-472, 484, 487, 492, 497, 510, 513-514, 518, 526, 546, 578, 581, 605, 652, 657, 697, 776, 783, 789-790, 797-798, 802, 808, 811, 813, 815-817, 826, 835, 837, 840-841, 850, 854, 856, 898-899, 904, 910, 945
- JDANOV, Iuri (hijo del anterior, esposo de Svetlana), 837-838, 891
- JEBRAK, A. (contrincante de Lisenko, economista), 838
- JELIABOV, Andrei Ivanovitch (revolucionario, jefe de la Voluntad del pueblo), 473, 484-485
- JEMTCHUJINA, Pauline (esposa de Molotov, comisaria de Pesca; comisaria de la Metalurgia pesada), 343, 427, 489, 572, 595, 644, 775, 844-845, 856, 873, 902
- JESUCRISTO, 117
- JLEVNIUK, Oleg, 380, 393, 398-399, 414, 514, 596
- JMELNITSKI, Bogdan (atamán cosaco del siglo XVII), orden de, 716
- JODJAEV, Faizul (dirigente uzbeko), 570
- JOLOPOV (lingüista), 871
- JORDANIA, Noe (presidente de la Georgia independiente menchevique), 57, 80
- JOZAN, Dora (esposa de Andreiev), 875
- JRULEV, Andrei (jefe de retaguardia), 683, 703, 716-717
- JRUSCHOV, Nikita Sergueievitch, 7-8, 26, 61, 131, 201, 317-318, 383, 435, 457, 459, 473, 532, 535, 538, 554-556, 569, 572, 590, 602, 605-606, 615, 619-620, 624-625, 631, 633,

- 635, 670, 678-679, 682, 697, 708, 713, 751, 763, 784, 788, 793-794, 797, 804, 841, 858, 860, 865-866, 875, 880, 891, 893, 896-897, 901, 903, 907, 909, 911, 914-923, 925, 927-930, 941, 946, 949-950, 958
- JRUSTALIOV, J. R. (chófer de Beria), 920
- JUDIAKOV, F., mariscal, 782
- JUKOV, Gueorgui Konstantinovich, mariscal (mariscal en 1943), 8, 15, 59, 472, 477, 481, 553, 641-644, 646, 649-650, 652, 654-657, 660, 663-664, 671, 680, 682-683, 686-687, 689, 692, 696, 714-715, 720-725, 732, 740, 743, 748, 762-763, 767-769, 771, 780-782, 784, 786, 805-806, 937
- JURAVLEV, Boris (agente-jefe de Lehmann, consejero en la embajada soviética en Alemania), 402, 658, 833
- JUYOVITICH, S. (ministro de Finanzas yugoslavo, agente de Stalin), 830, 833
- JVYLOVIY, M. (escritor comunista ucraniano), 405
- K**
- KAGAN, Pavel (director de la fábrica de tractores de Stalingrado), 366
- KACANOVITICH, Lazar Moiseievitch, 61, 249, 282, 307, 333-334, 359, 365, 367, 384, 389, 395, 408-409, 416-418, 420, 433-435, 444, 447, 454, 457, 464, 469, 480, 487, 501, 508, 510, 514-515, 525, 534, 546, 548, 554, 556, 572, 578, 581, 584, 603, 605-606, 622, 638, 642, 644-645, 676, 695, 778, 804, 806, 839, 856, 873, 875, 900, 901, 903, 914, 917, 920, 928-929, 931, 946, 947, 949
- KAGANOVITICH, María, 508
- KAKURIN, Nikolai (oficial zarista anexionado), 231, 399
- KALEDIN, Alexei Maximovich, general (jefe de los cosacos del Don), 181, 183
- KALININA, Catalina (esposa de Kalinin), 579
- KALININ, Mijail Ivanovitch (presidente del Soviet supremo), 19, 231, 257-258, 266-267, 276, 297, 328, 358, 371, 376, 390, 392, 395, 398, 401-402, 447, 475, 547, 579, 638, 643, 664, 667, 717, 731, 751, 782-783
- KAMENEV, Lev Borisovitch, Rosenfeld, llamado Lev Borisovitch, 15, 19, 71, 89-90, 96, 127-128, 145, 148-151, 153-155, 162-164, 167, 169-172, 175, 177, 212, 226, 231, 241, 244, 246-247, 250, 256, 258, 262-264, 267-269, 271-272, 280, 282-283, 285, 289, 294-296, 301, 304-305, 307-308, 310, 312-313, 316, 318-319, 321-323, 325-328, 333, 335, 348, 356, 359-360, 422, 447, 454, 456, 470, 472, 477-478, 481, 483, 491-492, 503, 506, 510-513, 546, 852, 952, 955
- KAMENEV, Nikolai (hermano menor del anterior), 87, 481
- KAMENEV, Olga, *ver* Bronstein-Kamenev, Olga, 145
- KAMINSKI, Grigori (antiguo comisario del pueblo en Sanidad), 34, 555
- KAMO, *ver* Ter-Petrosian, Simon, 109-111, 203
- KANDELAKI (obrero socialista), 75, 77-78
- KANDELAKI, David (agregado comercial), 488, 520
- KANNNER, Grigori (ayudante de Stalin), 265
- KAPITSA, Piotr Leonidovitch (físico), 578, 772, 776-777
- KAPITSA, Piotr (escritor), 790, 798
- KAPLAN, Fania (*o* Dora) Efimovna Rotman (socialista-revolucionaria), 202
- KAPLAN, Karen, 882
- KAPLER, Alexis (director judío), 196, 822
- KAPUSTIN, Yakov (Segundo secretario del PC de Leningrado), 852
- KARAJAN, llamado Lev Mijailovich Karajanien (miembro del llamado grupo de los Mejraiontsy), 163, 257, 547-548
- KARDELJ, Edward, 816, 829, 846
- KARELIN, Vladimir (socialista-revolucionario), 182

- KARPINSKI, A. (presidente de la Academia de Ciencias), 406
- KARPOV (agente de la NKVD), 590, 762
- KARTACHEV (ministro de Cultos en el gobierno Kerenski), 165
- KATAIEV, Valentín (escritor), 592
- KATO (seudónimo de Stalin), 70
- KAUFMAN, A. (dirigente KD), 165
- KAUTSKY, Karl, 57, 90, 319
- KAVERIN, Benjamín (escritor), 913
- KAZAKIEVITCH, Emmanuel (novelista judío), 802
- KAZAKOV, Dr., 570
- KAZBEGUI, Alexandr, 51-52
- KEITEL, Wilhelm, general alemán (jefe de Estado Mayor), 679
- KENNAN, George, 772
- KERENSKI, Alexandr Fedorovitch (1881-1970; ministro de Justicia del gobierno provisional del príncipe Lvov; más tarde, ministro de la Guerra y Primer ministro), 148, 151, 159, 161, 164-167, 170, 172, 183
- KETSKHOVELI, Lado, 43, 56, 89, 90
- KETSKHOVELI, Vado (compañero de estudios de Stalin), 43, 56
- KHEIFETZ, Iacha (violinista), 890
- KIM IL-sung (dirigente de Corea del Norte), 877, 879
- KINTO (sobrenombre dado a Stalin), 34
- KIPACHIDZÉ, Dr., 26
- KIRILLINA, Alla, 457, 471, 473, 936
- KIRILLOV, N., general, 688-689
- KIRITCHENKO (adjunto de Jruschov), 794
- KIROV, Serguei Mironovitch Kostrikov, llamado Kirov (jefe del PC de Adzerbaiján; más tarde, embajador soviético en Tiflis; jefe del PC de Leningrado y de la región), 7, 228-230, 241, 329-330, 333, 380, 409, 417, 455, 457-459, 462, 469, 471-475, 478-480, 486-487, 490-491, 495, 503, 506, 510, 525, 530, 596, 850, 945, 952, 956
- KIRPONOS, Mijail, general, 652, 654, 660, 670, 686-691
- KISSELEV, A. (presidente del sindicato de mineros), 236
- KISSINGER, Henry, 661
- KLEIMENOV (director del Instituto de Investigación de cohetes), 552
- KLEIST, Paul Ewald von, mariscal del Reich, 670, 678
- KLEMENT, Rudolf, 633
- KLIMOV, Vladlen Nikolaievitch (seudónimo de Matvei Chkiriátov), 874
- KLIMOVSKI, J. Vladimir (jefe de Estado Mayor del frente), 674
- KLITCH, N., teniente general (jefe de Artillería del frente), 674, 676
- KLIUEVA, N. (investigadora), 801
- KLIUTCHEVSKI, Vasili (historiador), 118
- KNICKERBOKER, Hubert (periodista americano), 29, 495
- KNORIN, Hugo Wilhelm, llamado (responsable del Komintern, adjunto de Piatski), 464, 467, 493, 554, 565, 583
- KOBA (seudónimo de Stalin), 39, 53, 57-61, 65-67, 69-80, 85-91, 93-94, 96-106, 108-129, 141, 247, 263, 269, 279, 367, 401, 421, 445, 507, 527, 544, 759, 779, 953-954
- KOBADES I, rey sasánida, 52-53
- KOBAJIDZÉ (miembro del Comité Central georgiano), 269
- KOBULOV, Amaik, general de división (residente de la NKVD en Berlín), 626, 658, 763
- KOCH, Erich (*Gauleiter* de Ucrania), 679
- KOEPFEN, Werner (dignatario nazi), 679
- KOESTLER, Arthur, 592
- KOGAN, Piotr, 121
- KOGAN, Dr. B., 907
- KOGAN, hermanos B. y M. (médicos), 910
- KOJEVNIKOV, Dr., 276
- KOLLONTAI, Alexandra, 154, 162, 236, 458, 565, 912
- KOLTCHAK, Alexandr Vasilievitch, almirante, 201-202, 207, 209-210, 218, 220, 223, 254, 289, 529
- KOLTSOV, Mijail (redactor de *Pravda*), 517-518, 589-592, 597, 600

- KONDRATIEV, Vadim (economista detenido en 1931), 398, 404
- KONIETS, I., general (comandante de la Aviación soviética en el frente), 667
- KONIEV, Ivan Stepanovitch, mariscal, 553, 692, 722, 748, 806, 910
- KONSTANTINOV, P. (académico y genetista), 838
- KONSTANTINOV, A. (periodista), 549, 838
- KONSYKIN (comandante del Kremlin), 924
- KORJAVIN, Naoum (poeta), 509
- KORK, general, 530, 548
- KORNILOV, Lavr Greorgievitch, general, 165-166, 178, 180, 954
- KOROBKOV (comandante del IV ejército), 674-675
- KOROLEV, Serguei Pavlovitch (ingeniero), 552, 578
- KOROTCHENKO, Demian (jefe del gobierno ucraniano), 605
- KOROVIN, Evgueni, 254
- KOSSAREV, Alexandr (secretario de las Juventudes comunistas ucranianas), 435, 471, 502-503, 532, 552, 567, 570-571
- KOSSAREV, Sra. de, 570, 581-582
- KOSSIGUIN, Alexei Nikolaievitch, 599, 783
- KOSSIOR, Benjamín (hermano menor de S. Kossior), 573
- KOSSIOR, Stanislas (Primer secretario del PC ucraniano), 19, 390, 397, 436, 454, 480, 510, 546, 567, 576
- KOSTIAEV, 214
- KOSTOV, Traitcho (secretario del PC búlgaro), 834, 845-846
- KOSTYLEV, Valentín (novelista de provincias), 798
- KOSTYRICHENKO, Guennadi, 735, 825, 907, 910, 914, 938
- KOT, Staliskas (representante del gobierno polaco en el exilio), 700
- KOTOLINOV (inculpado en el proceso por el asesinato de Kirov), 473
- KOVALIOV (redactor-jefe de *Pravda*), 379
- KOVALIOV, Iván (comisario de las vías de comunicación), 699
- KOVALIOV (sinólogo), 846
- KOZELEV, Boris (sindicalista), 367
- KOZLOV, D. (comandante en el frente), 707
- KRASNOV, Piotr Nikolaievitch, general, 176, 192, 197, 199, 203
- KRASIN, Leonid Borisovitch (ingeniero), 105, 232
- KRAVAL, Iván (jefe de la oficina de Estadística), 561
- KREBS, Hans, coronel (embajada alemana en Moscú), 647
- KRESTINSKI, Nikolai Nikolaievitch (Secretario del Comité Central), 212, 221, 240, 570
- KRIUTCHKOV, general, 805
- KROPOTKIN, Alexei Nikolaievitch, general, 106, 141
- KRUGLOV, Serguei Nikeforovitch, general de división (vice-comisario de Interior y, más tarde, ministro de Interior), 692, 867, 884
- KRUPSKAIA, Nadiejda Konstantinovna (esposa de Lenin), 89, 100, 125, 129, 143, 194, 243, 271-272, 278-280, 304, 306, 325-327, 333, 337, 459, 511, 574, 946
- KRYLENKO, Nikolai (comisario de Justicia, fiscal de la URSS), 418, 447, 574
- KSECHINSKAIA, Matilde (bailarina), 153
- KUBALKIN (jefe de la Seguridad del Estado en Leningrado), 852
- KUIBYCHEV, Valerian Vladimirovitch (Miembro titular del Secretariado), 241, 246, 248-249, 276, 295, 308, 321, 328, 336, 358, 389, 395, 408, 444, 457, 464, 486, 568-570, 695-697
- KUKUCHKIN (policía), 118
- KULIK, Grigori, mariscal, 599, 630, 643, 673, 705, 760, 804, 805
- KULIKOV, P., 525, 527
- KUN, Bela, 218, 493
- KUPALA, Ianka (escritor), 405
- KUPRIN, V. (escritor), 597
- KURASSOV, Vladimir, general, 553
- KURMAN, Mijail (jefe de la oficina de demografía), 561
- KUROMIYA, Hiroati, 423, 936

- KUROPATKIN, Alexis, general (ministro de la Guerra de 1898 a 1905), 83
- KURTCHATOV, Igor Vasilievitch (físico), 771-772, 777, 853
- KUTUZOV, Dmitri (periodista), 549, 716, 851
- KUTUZOV, Mijail (general zarista), Orden de, 698
- KUUSINEN, Otto (miembro del aparato dirigente del Komintern, presidente del gobierno popular de la República de Finlandia), 464, 625
- KUZAKOV, Konstantin, hijo natural de Stalin, 120
- KUZAKOVA, María, 119-120, 122
- KUZMINA, Elena (actriz), 752
- KUZMITCHEV (general de la Seguridad del Estado), 909
- KUZNETSOV, Alexis Alexandrovitch (jefe de la dirección de cuadros del Comité Central y presidente de sesiones del Secretariado), 629, 659-660, 668, 722, 768, 783, 787, 800-803, 822, 850-851, 873, 898, 902, 958
- KUZNETSOV, Nikolai, almirante (comisario de la Marina), 607, 654, 672, 805, 849
- KVASNIKOV, Leonid Romanovitch (responsable de la enseñanza científica), 771
- KVIRING, E. I. (secretario de los dirigentes del PC ucraniano), 310, 315
- KVITKO, Leib (escritor), 851
- L**
- LACHEVITCH, M. M. (miembro de la dirección política del ejército rojo), 298, 334
- LAFARGUE, Paul, 319
- LAGIACHVILI, Iosiv, 43
- LAKOBA, Néstor (presidente de la República autónoma de Abjazia), 73, 475, 555
- LAMARCK, Jean Baptiste Monet, caballero de, 121, 839
- LANDAU, Lev Davidovitch (físico, premio Nobel), 576, 578, 853
- LANGE, Oskar (emigrado polaco dirigente del Congreso eslavo americano), 741
- LARIN, Vitali (presidente del Comité territorial del Partido de la región, de Azov-mar Negro), 564
- LARINA, Anna (esposa de Bujarin), 13, 427, 485, 500-501, 512, 514, 517, 526, 533, 535, 579
- LAVAL, Pierre (presidente del Consejo), 488
- LAVRENTIEV, A. (embajador soviético en Belgrado), 828, 830
- LAVROV (escultor), 500
- LAZARENKO (comandante de la XLII división de Infantería), 674
- LAZURKINA (comunista deportada), 542
- LAZUTIN, P. (dirigente del PC de Leningrado), 850
- LEE, Duncan (agente americano de la NKVD), 773
- LEGNER (sastre particular de Stalin), 780
- LEHMANN, Willy (oficial SS de la Gestapo, agente de la NKVD, nombre de código Breitenbag), 658
- LENIN, Vladimir Ilitch Uliánov, llamado, 13, 19, 23, 47, 61, 63, 69, 71, 75, 80, 86-89, 92, 100-102, 104, 106, 108, 110, 113, 117-119, 123-130, 134, 137-138, 140-141, 143, 145, 150-151, 153-157, 161-162, 165-169, 171-173, 175, 177, 179, 181-182, 184-189, 194-199, 202-219, 221-232, 234, 236-237, 240-243, 245-248, 250-251, 255-259, 264, 266-284, 289, 292-293, 296, 298, 301-308, 311-313, 316, 319-321, 325, 327, 329, 333, 335-338, 348-350, 364-365, 367, 389, 402, 406, 425, 431, 443, 455-456, 458-460, 490, 511, 518, 535, 567, 570, 582, 602, 609, 624, 627, 633, 648, 671, 698, 716-717, 736, 761, 770, 774-775, 789, 795-797, 799, 825, 855, 860, 933, 943, 946-947, 950-951, 955
- Testamento de Lenin, 284, 321, 327, 333, 348-349, 365, 456, 458
- LEÓN, María Teresa (escritora española), 543



- LEONOV, Leonid (escritor), 592, 637  
 LERMONTOV, Mijail Iurevitch, 28  
 LEROY-BEAULIEU, Anatole, 42, 62, 253  
 LETOURNEAU, 50  
 LEVIN, Dr. Lev, 428  
 LEVITON, Achille, 884  
 LEVITSKAIA, E. (amiga de Cholojov, miembro del PC), 375-376  
 LEVTCHENKO, Gordei, almirante, 910  
 LIBER, M. (dirigente del soviet), 161  
 LIDIN, Vladimir, 592  
 LIEBKNECHT, Karl, 210, 377  
 LIJAREV, Boris (redactor-jefe de la revista *Leningrado*), 789  
 LINDEROT, Sven, 565  
 LIO Schao-chi, 565  
 LIUCHKOV, G., general (jefe de la NKVD para Extremo Oriente), 571  
 LIPSKI, León, 567  
 LISTE, general alemán, 677  
 LITVINOV, Maxim Maximovitch (comisario de Asuntos Exteriores), 110, 265, 489, 535-536, 565, 586, 600, 604-605, 612, 644, 699, 925  
 LIZIUKOV (comandante de la V división de carros blindados), 705  
 LOKTIONOV, Alexandr, general de división (vicecomisario de Defensa), 666  
 LOMINADZÉ, Beso (Primer secretario del PC de Transcaucasia), 8, 336, 349, 367, 378, 390, 394-395, 401, 512, 523, 674  
 LOMINADZÉ, Sergo (hijo del anterior), 674  
 LOMONOSOV, Mijail Vasilievitch,  
 LOMOV, G. I. (comunista de izquierdas), 188  
 LONDON, Arnur, 906  
 LONGO, Luigi (miembro del PC italiano), 816  
 LORDKIPANIDZÉ, T. (dirigente georgiano), 558  
 LORRAIN, Jean, 113  
 LOURIÉ, los hermanos (comunistas judíos alemanes), 508, 510  
 LOVESTONE, Jay (partidario americano de Bujarin), 376  
 LOZGATCHEV, G., capitán, 916-917  
 LOZOVSKI, Salomón Abramovitch Dridzo, llamado (presidente de la Internacional sindicalista roja), 19, 336, 851, 890  
 LUDENDORFF, Erch, general alemán, 655  
 LUDWIG, Emil Cohn, llamado Emil, 26, 55, 58, 110, 792  
 LUIS III de Wittelsbach, rey de Baviera, 208  
 LUIS XIV, 32  
 LUIS-FELIPE I, 51  
 LUKIANOV, Iván (intendente del Kremlin), 482  
 LUNATCHARSKI, Anatoli Vasilievitch (comisario en la Instrucción pública), 163, 246  
 LUTERO, Martín, 229  
 LUXEMBURGO, Rosa, 143, 179, 210, 319, 325, 377, 406  
 LVOV, Gueorgui Evguenievitch, príncipe (ministro de Asuntos Exteriores del gobierno provisional; más tarde, presidente del gobierno provisional y, luego, presidente del gobierno ruso en Extremo Oriente), 148, 150, 156, 192, 225-226  
 LYSENKO, Trofime (biólogo), 12, 121, 369, 483, 527, 836-840, 853, 870-871, 958
- M**
- MacARTHUR, Douglas, general americano, 704, 879  
 MACH, Ernst, 119  
 MAIAKOVSKI, Vladimir Vladimirovitch, 387, 496  
 MAIEVSKI, general, 220  
 MAIOROV, I. (marido de María Spiridonova), 564  
 MAIOROV, Dr. G., 907, 910  
 MAISKI, Iván (embajador en Londres; más tarde, viceministro de Asuntos Exteriores), 654, 755, 783  
 MAJNEV, V. (general de la NKVD), 772  
 MAJNO, Néstor (anarquista), 220-222  
 MAJOVER, 265  
 MAKLAKOV, Basil (monárquico, jefe de los KD), 141-142

- MALENKOV, Gueorgui Maximiliano-  
vitch, *alias* Borisov, Maximov, 349,  
526, 533, 538, 562-563, 567-568,  
572, 581, 589, 605-606, 635, 643,  
659, 664, 671-672, 676, 682, 688,  
698, 703, 708, 730, 749, 772-773,  
776, 782-783, 788, 802, 807, 815-  
817, 826, 833, 838-840, 842, 849-  
852, 858, 871, 874, 886, 889, 891,  
897, 899-905, 907-908, 911-912, 915-  
920, 922, 925, 928-929, 948-949
- MALIK, Yakov (representante de la  
URSS en el Consejo de Seguridad),  
878
- MALININ, Mijail, general, 553
- MALINOVSKY, Roman (miembro del  
Comité Central), 67, 123-124, 127,  
130, 132-134, 553, 724
- MALKOV, 76
- MALRAUX, 501, 590, 592
- MALYCHEV, Vladimir (ingeniero, mi-  
nistro de la Construcción mecáni-  
ca), 8, 602-603, 842, 907-908
- MANDELSTAM, Leonid (físico), 853
- MANNERHEIM, Carl Gustav Emil, ba-  
rón, general zarista, 187, 213
- MANTSEV, Vasili (presidente de la  
GPU de Ucrania), 255-256
- MANUILSKY, Dmitri Z (miembro del  
grupo llamado de los Mejraiontsy,  
responsable del Komintern), 163,  
292, 336, 464, 475, 492, 594-595,  
617, 620, 729, 737
- MAO Tse-tung o Mao Zhedong, 8, 32,  
565, 846, 862-864, 877-880
- MAQUIAVELO, Nicolás Maquiavelo,  
140
- MARCHAR, Samuel (escritor), 890
- MARKICH, Peretz (poeta yiddish), 741,  
825, 851
- MARKUS, María (esposa de Kirov), 596
- MARKYZOV, Ardan (Segundo secreta-  
rio del comité regional de la Repú-  
blica buriato-mongola), 499
- MARKYZOV, Engelsina (hija del ante-  
rior), 499-500
- MARR, Nikolai Iakovlevitch, 870-871
- MARSHALL, George Catlett (secreta-  
rio de Estado americano), 813
- PLAN, 818
- MARTOV, Iuli Ossipovitch Zeberbaum  
(dirigente menchevique), 69, 80,  
88, 102, 111, 947
- MARTY, André (denunciante, miem-  
bro del Comité ejecutivo del Kom-  
intern), 590
- MARX, Karl, 24, 42, 70, 98, 106, 115-  
116, 257, 319, 500, 602, 548
- MASLOV, Arkadi (comunista alemán  
de izquierda), 302
- MATSUOKA, Yosuke (ministro de  
Asuntos Exteriores japonés), 647
- MAX de Bade, Maximilian de Bade  
(canciller del Reich), 208
- MAYEROVITCH, *alias* Jolodov (perio-  
dista), 855
- MCCARTHY, Joseph Raymond, sena-  
dor, 773
- MECHIK (lugarteniente de la NKVD),  
588
- MEDVEDEV, Roy, 132, 198, 236, 422,  
483-484, 552, 942
- MEDVEDEV, S.P. (presidente del sindi-  
cato de metalúrgicos), 903, 916
- MEHRING, Franz, 118
- MEJLAUK, Valeri, 209, 409
- MELIJIANTS (seudónimo de Stalin),  
70
- MELMANN, *alias* Malniko (periodista),  
855
- MELTZER, Iulia (segunda esposa de  
Yakov Djugachvili), 493, 596, 685,  
726
- MENJINSKI, V. Rudolfovitch (presiden-  
te de la GPU), 348, 377, 393, 398-  
399, 401, 410, 570
- MENON, Krishna (embajador de la In-  
dia), 911
- MERCADER, Ramón, *alias* Jacques  
Mornard y Frank Jackson (agente  
de la NKVD, asesino de Trotski),  
633, 951
- MEREKALOV, A. (embajador soviético  
en Berlín), 611
- MERETZKOV, Kyrill, general (viceco-  
misario en Defensa, jefe de Estado  
Mayor), 553, 634-635, 642, 666-667,  
675
- MERJANOV, Miron (arquitecto), 609

- MERKULOV, Vsievold (comisario de la Seguridad del Estado, jefe de la NKVD), 658, 660, 685, 763, 788
- MEYERHOLD, Vsevolod Emilievitch (director de escena), 591-592, 597, 887
- MICHAKOVA (denunciante), 581
- MGUELADZÉ, A. (secretario del PC georgiano), 599, 888
- MIJAILOVIC, general yugoslavo (dirigente de los *tchetniks*), 114, 737
- MIJAILINA, Olga (ex compañera de Yakov Djugachvili), 493
- MIJAILOV, N. (nacionalista ruso antisemita, dirigente de los komсомоles), 240, 581-582, 783, 901
- MIJAILOVA, Olga (segunda esposa de Budionny), 493
- MIJALKOV, Serguei (poeta), 736
- MIJOELS, Salomón (director de escena, presidente del Comité antifascista judío), 592, 705, 741, 775, 825-827, 832, 844, 885, 910
- MIKOIAN, Anastas Ivanovitch, 198, 223, 243, 371, 395, 420, 445, 454, 475, 480, 489, 503, 534, 546, 598, 605, 645, 664, 671-672, 697, 703, 730, 749, 778-779, 802, 839, 874, 896-897, 901-903, 905, 917-918, 920, 929, 948-949
- MIKOIAN, Nami (nuera de Mikoian), 779
- MIKOLAJCZYK, Staliskas (jefe del gobierno polaco en Londres), 743
- MILIUKOV, Pavel Nikolaievitch (dirigente KD; más tarde, ministro de Asuntos Exteriores del gobierno provisional), 142, 155, 156, 165
- MILTCHAKOV, Alexandr (Secretario de las juventudes comunistas), 326, 588
- MININ (presidente del soviet de Tsaritsyn), 198, 204, 221
- MININ, Kuzma, 698
- MINTS, Isaac (historiador), 912
- MINZ, miembro del Politburó del PC polaco), 843
- MIRBACH, Wilhelm von, conde (embajador de Alemania), 192
- MIRIAN, rey de Georgia, 16
- MIRONOV, Philippe (cosaco ruso), 231
- MIRZOIAN, Levon, 460
- MITIN, Marc (redactor-jefe de *Bajo la bandera del marxismo*), 601-602
- MOCH, Jules (ministro de Interior), 818
- MOCHIACHVILI, Hanna, 32
- MOISÉS, 96, 795
- MOISSEIEV, Igor, 623
- MOLOTOV, Sra. de, *ver* Jemtchujina, Pauline
- MOLOTOV, Viatcheslav Mijailovitch Skriabin, llamado, 118, 126, 128, 131, 240, 243, 246, 248, 258, 266, 297, 305, 307, 313, 322-323, 329, 335, 337, 342, 344-346, 353, 357, 359, 371, 378, 389-392, 394-395, 398-399, 401, 408-409, 424, 426-427, 429, 433-435, 437, 442-444, 446-447, 457, 462-463, 471, 475, 477, 480, 487, 489, 497, 500, 532, 534, 536, 546, 548, 551, 554, 556, 559, 561, 570, 572-573, 575-576, 578, 181, 587-588, 594-597, 605-606, 612-613, 615-616, 620, 623, 625, 627, 638, 643-645, 650-651, 653, 659, 664-665, 671-672, 676, 688-689, 695, 697-698, 700, 703-704, 711, 729-730, 738-739, 741, 745, 749, 756, 758, 762-763, 766, 771, 778, 798, 803, 806-808, 813, 818, 828, 830-833, 839, 844-845, 856, 859-860, 863, 875, 882, 895, 9901-904, 912, 918, 920, 928-929, 931, 948-949
- MOLTCHANOV (ayudante de Iagoda), 505
- MONATTE, Pierre (sindicalista francés), 818
- MORGENTHAU, Henry (ministro de Finanzas de Roosevelt), 755
- MOROZOV, Grigori (primer marido de Svetlana), 596, 875
- MOROZOV, Pavlik (un niño campesino), 426, 538
- MOROZOV, Savva, 71
- MOSKVIN, Nikolai (detenido en 1937), 492, 549
- MOYA, José Parra, 726
- MRATCHKOVSKI, 510
- MUJANOVA (bibliotecaria), 481

- MURADELI, Vano (músico), 826  
 MURALOV, Nikolai Ivanovitch (bolchevique, amigo personal de Trotski), 8, 238, 305, 470, 503  
 MURANOV, Matvei (diputado), 149, 151  
 MURAVIEV, capitán (jefe de los batallones de la muerte), 165  
 MUNTERS (ministro Asuntos Exteriores letón), 622  
 MÜNZENBERG, Willi (propagandista internacional del Komintern), 415  
 MUSSOLINI, Arturo, 336  
 MUSSOLINI, Benito, 246, 336, 425, 507, 576, 586, 618, 626, 639, 641, 749
- N**
- NADEJNY, general, 214, 216  
 NANA, esposa de Mirian, 16  
 NANEICHVILI, Paul (cuñado de Kosarev), 502  
 NAPOLEÓN I, 143, 296, 407, 549, 602, 670, 705  
 NAZARETIAN, Amaiak (primer jefe de despacho del Secretariado del Comité Central), 263, 266, 269, 301-302  
 NAZAROV (miembro de la dirección de las Juventudes comunistas), 551  
 NEGRÍN, Juan (ministro de Finanzas español), 543  
 NEKRASOV, Víctor (escritor), 711, 801-802, 939  
 NEKRITCH, Alexandr, 177, 937  
 NEMIROVITCH-DANTCHENKO, Vladimir Ivanovitch (director de escena), 610  
 NEMTCHENKO, 423  
 NEMTCHENKO-GUINZBURG, grupo (detenido en 1933), 423  
 NEMOV, 369  
 NERÓN, 421, 848, 924  
 NEUMANN, Heinz, 349  
 NEURATH, Konstantin, barón von (ministro de Asuntos Exteriores del Reich), 489  
 NEVSKI, Vladimir, 80, 716  
 NIKOLAIENKO (militante, denunciante), 538, 547  
 NIKOLAIEV, Leonid Nikolaiev (asesino de Kirov), 469-474, 477, 950  
 NIKOLAIEVSKI, Boris (redactor-jefe de la revista menchevique *El mensajero socialista*), 458, 500  
 NICOLÁS, metropolitano ortodoxo, 734  
 NICOLÁS, san, 139  
 NICOLÁS II Alexandrovitch (zar desde 1894 a 1917), 21, 46, 82, 85, 94-95, 99-100, 104, 107, 127, 139, 141-142, 144, 147, 758, 924  
 NIJERADZÉ (seudónimo de Stalin), 70, 114  
 NINO, santa, 16  
 NIVELLE, Georges Robert, general, 218  
 NOGUIN, Víctor (militante bolchevique), 117, 167  
 NOSSOV (secretario del partido de Ivanovo), 576-577  
 NOSSOVITCH, A., general (oficial zarista anexionado), 199  
 NOVIKOV, Alexandr, mariscal (comandante en jefe de las fuerzas aéreas), 784, 806  
 NOVIKOV-PRIBOI, Alexis (escritor), 462  
 NOZDRIN, Avenir (obrero poeta), 97
- O**
- OBOTIN (comandante del 14 cuerpo de carros blindados), 674  
 OGOLTSOV, S. (ministro adjunto de la Seguridad), 825-826, 909  
 OKTIABRSKI, Philippe, almirante, 668  
 OKUDJAVA, Mijail (secretario del Comité Central georgiano), 269  
 OKULOV, A. (miembro del Consejo militar revolucionario del frente Oeste), 203, 206, 215-216  
 OLBORG, V., 510  
 OLECHA, Iuri, 462, 592  
 «ONCLE JOE» (Sobrenombre que Roosevelt daba a Stalin), 792

- ONUFRIEVA**, Pelagueia, o Pauline (llamada «la elegante» por la policía), 121-123  
**ORDJONIKIDZÉ**, Grigori Konstantinovich, llamado Sergo (responsable del Buró caucásico del PC; más tarde, director del comisariado de la Industria pesada), 8, 114, 119, 123-124, 195, 202, 229-231, 240, 249, 263, 266, 269, 273, 276-278, 294-295, 298, 317, 325, 328, 330, 334-335, 345-346, 353, 360, 378-380, 389, 392, 395, 399, 408-410, 434, 443-445, 454, 457, 459, 464, 471, 474-475, 480, 510, 512, 514, 516, 521-523, 526, 528, 531-532, 559, 950, 956  
**ORDJONIKIDZÉ**, Papulia (hermano menor del anterior), 516, 531  
**ORDJONIKIDZÉ**, Valiko (otro hermano de Ordjonikidzé), 522  
**ORDJONIKIDZÉ**, Zinaida (esposa de Sergo Ordjonikidzé), 334, 345, 532, 778  
**ORLEMANSKI**, Staliskas (sacerdote polaco católico, dirigente de la Liga Kosciuszko en Detroit), 740  
**ORLOV**, Alexandr (antiguo dirigente de la NKVD en España), 474  
**OSSINSKI**, 535  
**OSTEN**, María (agente secreto de los servicios de información alemanes), 591  
**OSTROUMOVA**, Valentina, 579  
**OSTROVSKI**, Alexandr Nikolaievitch, 41  
**OVANESSOV** (veterano bolchevique americano), 457
- P**
- «PADRE DE LOS PUEBLOS» (sobre nombre de Stalin), 27, 799  
**PANFEROV**, Fiodor (escritor), 368, 610  
**PANKRATOVA**, Anna (militante y académica), 574  
**PAPALEKSI**, Nikolai (físico), 853  
**PAPANDREU**, Giorgios (jefe del gobierno monárquico griego), 747, 757  
**PAPANIN**, Iván, 570  
**PAPIVIN**, general, 781  
**PARNASS**, Yakov (miembro del Comité antifascista judío), 855  
**PASTERNAK**, Boris Leodinovich, 462, 496, 592, 674, 716  
**PAUKER**, Anna (miembro del Politburó rumano), 817  
**PAUKER**, Karl (jefe de la sección operacional de la Dirección de la Seguridad de la NKVD, profesor de Vasili Stalin), 429  
**PAUL I** Petrovitch (zar desde 1796 a 1801), 848  
**PAULUS**, Friedrich von, mariscal alemán, 715, 720, 726  
**PAVLENKO**, Piotr (escritor), 909  
**PAVLOV**, V. (intérprete de Stalin), 626, 642, 654, 656, 663, 673, 675-676, 692, 698, 763, 771  
**PAVLOV**, Iván Petrovitch, 642, 654, 656, 663, 573, 675-676, 692, 698, 763, 771  
**PEDRO I** Alexeievitch, conocido como Pedro el Grande, 627, 800  
**PEDRO II**, rey de Yugoslavia, 737, 750  
**PENG** De-huai (jefe de Estado Mayor de las tropas chinas), 879  
**PEROVSKAIA**, Sophie (asesina de Alejandro II), 484-485  
**PERVUJIN**, Mijail (comisario de la Industria química), 771-772, 903, 917  
**PESKOV**, Mijail (niño campesino), 585  
**PESTKOVSKI**, G. I. (revolucionario polaco), 158, 178-179, 190, 493  
**PETAÏN**, Philippe, mariscal de Francia, 654  
**PETERE MURVANOS**, san, 16  
**PETERSON** (comandante del Kremlin), 481  
**PETKOV**, Nikolai, 766, 939  
**PETLIURA**, Semion Vasilievitch (nacionalista ucraniano), 224, 420  
**PETROVSKI**, Piotr, 133, 179-180, 241, 461  
**PIATAKOV**, Gueorgui Leonidovitch, llamado Kievski (presidente del gobierno ucraniano, vicecomisario de la Industria pesada), 209, 300-301, 308, 508, 512, 517, 524-526, 528, 531

- PIATNITSKI, Ossip A. Tarchis, llamado (miembro del aparato dirigente del Komintern), 302, 336, 464, 554, 565
- «PICADO» (seudónimo de Stalin en la policía), 79, 131
- PIECK, Wilhelm (miembro del Politburó del PC alemán y del Secretariado del Komintern), 377, 565, 620, 658
- PIKEL, 510
- PILNIAK, Boris Andreievitch Vogaw, llamado Boris, 326, 462, 597, 665
- PILSUDSKI, Josef, mariscal polaco, 224, 226
- PIROSMANI, Niko, 44
- PLATONOV, Serguei (historiador, detenido en 1931), 362, 406
- PLEHVE, Viatcheslav Constantinovitch, 81-82, 97
- PLEJANOV, Gueorgui Valentinovitch, 24, 42, 69, 90, 102, 118-119, 141, 319, 698, 947
- PLETNEV, Dr. (antiguo KD), 428, 559, 570
- PLEVITSKAIA (esposa de Skobline, agente doble), 530
- PLUNKETT-ERNLE-ERLE-DRAX, sir Reginald, admirante, 613
- POBEDONOSTSEV, Konstantin (procurador del Santo Sínodo), 22
- PODCHTCHEKOLDIN, Alexandr, 7, 866
- PODTSEROV (ayudante de Molotov), 613
- POINCARÉ, Raymond, 131, 137, 399
- POJARSKI, Dmitri, 698
- POJLEBKIN, William, 52-53, 128
- POKROVSKI, A., general, 553
- POKROVSKI, Mijail (historiador, miembro del grupo llamado de los Mejraiontsy, vicecomisario en Instrucción pública), 163
- POLIAKOV (ayudante de Suslov), 913
- POLLITT, Harry, 565
- PONEDLIN, Pavel, general, 688-689
- PONOMARENKO, Panteleimon (Primer secretario del PC de Bielorrusia), 656, 678
- PONOMAREV, Boris, 583
- POPKOV, Piotr (secretario del PC de Leningrado), 326, 463, 643, 783, 859
- POPOV, Blagoi (amigo de Dimitrov), 326, 463, 643, 783, 859
- POSKREBYCHEV, Alexandr (jefe de la Sección secreta y luego secretario de Stalin), 332, 392, 403, 453, 459, 475, 487, 501, 557, 580, 681, 703, 796, 800, 807, 820, 823, 852, 875, 887, 907, 924
- POSEPELOV, Piotr (redactor-jefe de *Pravda*), 791, 796, 928
- POSTYCHEV, Pavel (Primer secretario del PC ucraniano), 395, 420, 423-424, 435, 480, 497, 510, 534-535, 538, 568-569, 573, 596
- POTEMKIN, Vladimir (embajador soviético en París), 536
- PREOBRAJENSKI, Evgueni Alexandrovitch, 163, 238, 240, 294, 368, 455
- PREZENT (miembro de la GPU), 369, 871
- PRICHVIN, Mijail (escritor), 597
- PRIMAKOV, general, 529, 535, 956
- PRJEVALSKY, Nikolai Mijailovitch, general, 28
- PROCHIAN, Proch (socialista-revolucionario), 182
- PROKOFIEF, llamado Prokkonen (ministro encargado de Carelia), 625, 826
- PROKOFIEF, Serguei Sergueievitch, 12, 736
- PROTOPOPOV, Alexandr (ministro del Interior con Nicolás II), 165
- PUCHKIN, Alexandr Sergueievitch, 41, 58, 61, 159, 698
- PURICHKIEVITCH, Vladimir (monárquico), 183
- PUTNA, general, 529, 535, 546, 548, 956

R

- RADEK, Karl Bernardovitch Sobelsohn, llamado Karl, 161, 189, 224, 281, 283, 293, 313, 319, 368, 442, 461, 504, 511, 516, 522, 524, 531, 549, 591

- RADEK, Sra. de, 504
- RADZINSKI, Edouard (propagandista), 28, 32, 102, 120, 917
- RAJTMAN, Leonid, 887
- RAJK, Laszlo (ministro del Interior de Hungría), 845
- RAJIA, Erno (agente de contacto), 173
- RAKOSI, Mathias (miembro del Comité ejecutivo del Komintern; más tarde, secretario del PC húngaro), 8, 25, 246, 308, 634, 810, 829, 834-835, 845, 857, 859, 861, 882
- RAKOVSKI, Khristian Gueorguievitch (trotskista), 308, 337, 416, 790
- RAMADIER, Paul (presidente del Consejo), 812
- RAPAVA, Avksenti (cercano a Beria), 888
- RASKOLNIKOV, Fedor Fedorovitch, 153, 162, 238, 246, 305-306, 474, 487, 489, 940
- RASPUTÍN, Grigori Iefimovitch Novykh, llamado, 45, 114, 142, 183
- RASSOUL-ZADE (nacionalista azerí), 290
- REDENS, Stanislas (cuñado de Stalin), 562-563, 823
- REDENS, Anna Sergueievna, nacida Allilueva (cuñada de Stalin), 562-563, 779, 793, 823
- REDENS, los, 430, 475, 556, 823
- REED, John, 175
- REINGOLTZ, 510
- REINHARDT, general, 677
- REISNER, Larissa (esposa de Raskolnikov), 238
- REMBRANDT, Rembrandt Harmnenszoon Van Rijn, llamado, 76
- REPIN, Ilia Iefimovitch (pintor), 698
- RESTON, James (periodista americano), 881
- REVAI, Joseph (miembro del Politburó del PC húngaro), 816
- RIAZANOV, David Borissovitch Goldendach, llamado David, 247, 257, 274, 313
- RIBBENTROP, Joachim von (ministro de Asuntos Exteriores de Alemania), 614-616, 618, 620-621, 639, 641, 645, 664
- RIBBENTROP-MOLOTOV, pacto, 227, 904
- RICHELIEU, Armand Jean du Plessis, cardenal de, 661
- RITTER (experto económico del ministerio de Asuntos Exteriores alemán), 628
- RIUMIN, Martemian (teniente coronel de la Seguridad), 885-886, 888-889, 899, 905-906
- RIUTIN, Martemian (antiguo dirigente del soviet de Jarbin, más tarde miembro del Comité de Moscú), 246, 363-364, 369, 415, 421-423, 458, 516, 546, 956
- RIUTIN-SLEPKOV, grupo, 422, 461
- ROBESPIERRE, Maximilian Marie Isidoro de, 181, 370
- ROCKEFELLER, los, 889
- RODIONOV, Nikolai, 851
- ROEHM, Ernst (oficial alemán, jefe de las S.A.), 465, 474
- ROGAL-LEVITSKI, Dmitri, 736
- ROGOV, Fiodor (intendente del Kremlin), 585
- ROGOVIN, Vadim, 8, 62, 300, 436, 497, 518, 568, 579, 588, 608, 936
- ROGULLEV, Piotr (fotógrafo soviético), 835
- ROKOSOVSKI, Konstantin, mariscal, 653, 724
- ROLLAND, Romain, 490-491, 792
- ROMANOV, dinastía de los, 126
- ROMANOV, Miguel Alexandrovitch, gran duque (hermano de Nicolás II), 148
- ROMM, Mijail (director de cine), 752
- ROOSEVELT, Franklin Delano (Presidente de los Estados Unidos), 489, 669, 684, 687-688, 692, 699, 702, 704, 719, 722, 726-727, 731, 733, 735, 737-740, 743-746, 753-759, 763, 770, 792-793
- ROSENBERG, Julios (comunista americano), 773
- ROSENBERG, Riva, capitán, 912
- ROSENBLUM, Dr. (doctora jefe de la prisión de Lefortovo), 570
- ROSENFELD, León, *ver* Kamenev, 39, 128

- ROSENFELD, Nina (exmujer de Nikolai Kamenev), 481
- ROSENGOLTZ, Arkadi (comisario de Finanzas), 408, 570
- ROSKIN, Grigori (investigador), 801
- ROSTOVSKI, Simon, *alias* Ernst Henry, 911
- ROTHSCHILD, los, 887
- RUDENKO, Roman (principal acusador soviético en el proceso de Nürnberg), 827
- RUDNEV (alcalde de Moscú), 184
- RUDZUTAK, Jan E. (bolchevique), 249, 293, 295, 390, 395, 534, 545, 547-548, 573
- RUJADZÉ, Nikolai (ministro de la Seguridad), 885, 887-888, 890
- RUJIMOVITCH, 209
- RUMIANTSEV (niño campesino), 453
- RUMIANTSEV, 905
- RUNDSTEDT, Karl Rudolf Gerd von, general alemán, 677
- RUSLANOVA, Lidia (cantante, esposa del general Kriutchkov), 805
- RUSTAVELI, Chota, 22, 50
- RYBALKO, Pavel, mariscal, 668
- RYBALTCHENKO, Stepan, general, 804
- RYBIN (antiguo guardia de corps de Stalin), 915, 924
- RYKOV, Alexei Ivanovitch (presidente del Consejo de comisarios del pueblo), 8, 224, 248, 258, 262, 267, 277, 285, 297, 301, 304, 322, 328, 333-336, 356, 364-365, 367-368, 378, 389, 396, 398-399, 402, 408, 423, 457, 470, 500, 511-512, 515-516, 523-525, 528-529, 532, 534, 547, 570
- RYKOV, Sra. de, 950
- RYSKULOV, Tourar (dirigente Kazan), 432
- RYSSAKOV, 484
- RYTCHAGOV, Pavel, teniente general de aviación (jefe de la Dirección principal de las fuerzas aéreas), 646, 666-667, 676
- RYTCHAGOV, Vasili (piloto de cazas, hijo del anterior), 667
- S**
- SABUROV, Maxim (presidente del Gosplan), 890, 903, 917
- SACCO, Nicolás, 347
- SAFAROV, Gueorgui Ivanovitch, 310
- SAFONOVA (esposa de Ivan Smirnov), 506
- SAGUIDULIN (dirigente tártaro), 421
- SAJAROV, Igor, coronel, 717-718
- SAKRIER, I. (jefe adjunto de la Dirección de armamento de las fuerzas aéreas), 666
- SALIN (seudónimo de Salin), 70, 128
- SALTYKOV-CHTCHEDRINE, Mijail Ievgrafovitch Salykov, llamado, 41, 311
- SAMSONOV, Alexandr Vasilievitch, general de caballería (bajo Nicolás II), 139
- SARATOVAIA, Henriette (cineasta), 462
- SAVINKOV, Boris, 192, 195
- SAVTCHENKO, Georgui (jefe adjunto de la Dirección principal de artillería), 666
- SCHACHT, Dr. Halmar (ministro alemán de Economía), 488, 520
- SHELLENBERG, Walter (nazi), 537
- SCHLEICHER, Kurt von (antiguo canceller de Alemania), 466
- SCHMIDT, D., general, 536
- SCHMIDT, Oscar (académico), 592
- SCHULENBURG, Friedrich Werner, conde de (embajador de Alemania), 612-614, 621, 647, 650-654, 664
- SCHWARTZ, Leonid (ingeniero), 552
- SCHWARTZMANN, Lev (investigador de la Seguridad), 887, 899
- SCHWEITZER, Rosa (responsable del comité bolchevique de Rostov-nadonu), 125, 143
- SECCHIA, Pietro (secretario general adjunto del PC italiano), 819-820
- SEDOV, Lev (hijo mayor de Trotski), 364, 546, 632, 940
- SEDOV, Serguei (hijo menor de Trotski), 482, 513



- SEDOVA, Natalia Ivanova (compañera de Trotski y madre de sus dos hijos), 189, 631
- SEIFULINA, Lidia (escritora), 592
- SELIUNIN, V., 351
- SELVINSKI (poeta), 716
- SEMBAT, Marcel, 141
- SEMEIKO, 462
- SEMENOV, atamán, 207, 223
- SERAFIM, archimandrita, 40, 47
- SEREBRIAKOV, Leonid Petrovitch, 124, 209, 240, 368, 508, 524
- SEREBRIAKOVA, Zoria, 124
- SERGE o SERGUEI Alexandrovitch, gran duque (tío de Nicolás II, gobernador de Moscú), 46, 96
- SERGE, metropolitano ortodoxo, 734
- SERMAN, Ilia, 884
- SEROV, Ivan Alexandrovitch, coronel general (vicecomisario de la NKVD), 697, 763, 780, 782, 849
- SETCHENOV, Ivan Mijailovitch (fisiólogo y naturalista), 698
- SEVA, Lev, llamado Liulik (nieto de Trotski e hijo de Lev), 631
- SIDERIDIS (industrial), 74
- SIKORSKI, Wladislaw (representante del gobierno polaco en el exilio), 700-701
- SIMON, André, 906
- SIMONOV, Viril Mijailovitch, llamado Constantin (escritor, dirigente de la Unión de Escritores, redactor-jefe de *Novy Mir*), 245, 674, 723, 736, 788, 800, 803, 806, 821, 831, 902, 927
- SIPIAGUIN, Dmitri (ministro de Interior con Nicolás II desde 1899 a 1902), 69
- SIQUEIROS, David, 631
- SIROTKIN, Baldeen (historiador ruso), 349
- SKLIANSKI, Efraím, 305
- SKLIZKOV, S. (jefe de sección de la Dirección principal de la Artillería), 666
- SKOBLIN, Nikolai, general (emigrado, agente doble de la GPU y de la Gestapo), 530
- SKOROPADSKI, Pavel Petrovitch, atamán ucraniano, 193
- SKRYPNYK, Nicolai (Primer secretario del PC ucraniano), 405
- SKURATOV, Maliuta, 736
- SLANSKI, Rudolf (Secretario general del PC checo), 816-817, 832, 906, 958
- SLAVUTSKI (antiguo embajador en Japón), 632
- SLEPKOV, Alexandr, 422, 447
- SLOVATINSKAIA, Tatiana (militante bolchevique), 125, 132
- SLUTSKI, Boris (escritor), 890
- SMILGA, Ivar, 368, 592
- SMILGA, Tatiana (deportada), 922
- SMIRNOV, Alexandr (antiguo comisario de Agricultura detenido en 1932), 307, 423
- SMIRNOV, Efim (ministro de Sanidad), 856
- SMIRNOV, Iván, 247, 505-506, 510
- SMITH, Edward Ellis (agente de la CIA), 37, 66, 76, 103, 117
- SMOLA (investigador), 906
- SMUCHKEVITCH, Yakov, teniente general de aviación (adjunto a Volodin), 666-667, 676
- SNESAREV, general (oficial zarista anexionado), 195, 197-198, 200, 203
- SOKOLNIKOV, Grigori Iakovlevitch Brilliant, llamado, 171, 182, 310, 325, 327, 360, 507, 515, 524, 531
- SOKOLOVSKI, Vasili, mariscal, 733, 806
- SOLIN (seudónimo de Stalin), 70, 128
- SOLJENITSYN, Alexandr Issaievitch, 374, 868-870, 939
- SOLOMON, Gueorgui, 231-232, 939
- SOLOUJIN, Vladimir (escritor nacionalista), 799
- SOLOVIEV, Alexandr (profesor en la Academia roja), 381-382, 397, 574-576, 604, 802
- SOLZ, Aron (presidente de la Comisión de control), 125, 249, 277
- SORGE, Richard (agente soviético infiltrado en la embajada alemana en el Japón), 659
- SOROKIN (miembro de la Academia comunista), 402, 833
- SOSELO (seudónimo de Stalin), 48-49
- SOSNOVSKI, L. S. (trotskista), 416, 525

- «SOSO» (diminutivo de Iosiv Djudgachvili), 25-26, 28-29, 32-36, 39, 41-42, 47, 49, 52-53, 55, 66, 77, 263, 767
- SOURITZ, Yakov (embajador soviético en Alemania), 489, 520
- SOZELI (seudónimo de Stalin), 48-49
- SPANDARIAN, Suren (miembro del Comité central del partido bolchevique), 114, 124, 140-141, 143
- SPELLMAN, 754
- SPIEGELGLASS, 594
- SPIRIDONOVA, María (dirigente histórica de los SR de izquierda), 564, 790
- STAJANOV, Alexis, 495, 532
- STALIN (adopción del seudónimo), 7-9, 11-15, 17-19, 21, 24-35, 37-39, 47, 49-56, 59-63, 65-68, 71-73, 76, 79, 83, 85-88, 90, 93-98, 100, 102-105, 108, 110-112, 115, 117-120, 122-123, 127-134, 137-139, 142-143, 145, 148-164, 167-173, 175, 177-182, 184-190, 192-200, 202-207, 209-232, 234-238, 240-250, 253-340, 342-370, 373-385, 387-403, 405-411, 413-467, 469-537, 543, 545-639, 641-661, 663-672, 680-709, 711-727, 729-754, 756-763, 765-868, 870-875, 877-891, 893-932, 943, 945-958
- STALIN, Vasili (hijo de Stalin), 237, 259, 332, 408, 428-430, 449, 494, 551, 562-563, 596, 667, 731, 780, 822-823, 875, 888, 918
- STALINA, Nadejda (nieta de Stalin), 27, 28
- STALINSKI, E. (traductor y editor), 128
- STAMENOV (agente de la NKVD, embajador de Bulgaria en Moscú), 681
- STANKEVITCH (laboralista), 157
- STARCHINA (agente), 649
- STASSOVA, Helene (secretaria del Comité Central), 124, 212, 562
- STEIN, Boris (embajador soviético en Roma), 591
- STEN, Jan, 378, 422, 601
- STENBERG, 907
- STEPANOV (comisario militar), 696, 735
- STEPINE (seudónimo de Stalin), 70
- STERN, Griori, general de división (jefe de la Dirección de las fuerzas antiaéreas), 624, 666-667, 675
- STERN, Lina (académica, miembro del comité antifascista judío), 851, 855, 890
- STETTINIUS, E. (secretario de Estado americano), 753-754, 756-758, 770
- STOLYPIN, Piotr Arkadievitch (ministro del Interior y, después, Primer ministro de Nicolás II desde 1906 a 1911), 107, 122-123, 135, 954
- STOPANI, Alexandr (bolchevique), 90, 92
- STRASSER, Gregor, 466
- STRESEMANN, Gustav (Canciller de Alemania de septiembre a octubre de 1923), 297
- STÜRMER, Boris (Primer ministro y, después, ministro de Asuntos Exteriores), 142
- SUDOPLATOV, Pavel Anatolievitch (agente de la NKVD, coorganizador del asesinato de Trotski), 593-594, 632, 681, 772, 788, 914, 939
- SUJANOV, Nikolai Nikolaievitch Himmer, llamado (menchevique, economista, detenido en 1931), 157, 400, 404
- SUJOMLINOV, Vladimir (ministro de la Guerra con Nicolás II en 1915), 139
- SULTAN-CALIEV, Mirza (dirigente comunista tártaro), 283, 289-292
- SURIKOV, 698
- SURIN, 118
- SURKOV, Alexei Alexandrovitch, 736, 923
- SUSLOV, Alexis (secretario de la Unión de escritores), 599, 783, 817, 835, 858, 901, 903, 905, 921, 928
- SUSLOV, Mijail Andreievitch, alias Sorokin (redactor-jefe de *Pravda*), 831, 833, 859, 871, 913
- SUVARINE, Boris Lifshitz, llamado, 27, 79, 588, 751
- SUVENIROV, Oleg (historiador), 552
- SUVOROV, Alexandr (general zarista), 598, 717, 799
- Orden de, 716
- SVANIDZÉ, los, 393, 430, 475, 574

ÍNDICE DE NOMBRES

- SVANIDZÉ, Alexandr (hermano de Ekaterina), 573-574
- SVANIDZÉ, Ekaterina (primera esposa de Stalin), 88, 109, 112, 190, 227, 495, 573
- SVANIDZÉ, María (cuñada de Stalin, esposa de Alexandr Svanidzé), 449, 475, 479, 481, 497, 521, 544, 573
- SVANIDZÉ, María (hermana de Alexandr Svanidzé), 574
- SVANIDZÉ, Sachiko (cuñada de Stalin), 113
- SVERDLOV, Andrei (coronel de la Seguridad del Estado, hijo de Yakov Sverdlov), 349, 589, 887
- SVERDLOV, Yakov M. (secretario del Comité Central y adjunto gubernamental de Lenin), 128, 131, 134, 140, 149, 158, 162, 182, 187-188, 194, 205, 211, 302, 799
- SYNGMAN RHEE (Presidente de Corea del Sur), 878
- SYRTSOV, Serguei I. (Presidente del Consejo de comisarios del pueblo de Rusia, miembro suplente del Politburó), 390, 394, 401, 413, 422
- SYTIN, C.P., general, 204
- SZAMUELY, Tibor (dirigente comunista de Hungría), 218
- T**
- TABAKOV (director de Fábrica), 512
- TAIURSKI (comandante de las fuerzas aéreas del frente), 674
- TALBOT (periodista inglés), 515
- TALHEIMER, August (dirigente comunista alemán), 298
- TAM, Igor (físico), 853
- TANEV, Vasili (camarada de Dimitrov), 463
- TARKOSVSKI, Andrei, 847
- TARKOVSKI, Arseni Alexandrovitch, 49, 847
- TARLE, Eugene (historiador, KD, miembro de la Academia de Ciencias, arrestado en 1931), 406-407, 549
- TAVRIN, Piotr (agente nazi), 734
- TCHADAIEV (jefe del servicio administrativo del Consejo de comisarios del pueblo), 658-659, 668
- TCHAIANOV, Alexandr (economista arrestado en 1931), 398, 404
- TCHAIKOVSKI, Nikolai (socialista-popular), 192
- TCHAIKOVSKI, Piotr Ilitch, 698
- TCHANG Kai-shek, Jieshi Jiang, llamado (jefe del ejército del Komingtang), 339-340, 345, 571, 659, 829, 846, 862-863, 878, 955
- TCHANG, Hsueh-liang, general, 521
- TCHAPAIEV, Vasili, 698
- TCHARKVIANI, Kandida (primer secretario del PC georgiano), 888
- TCHARVIANI (pope), 33
- TCHEJOV, Antón Pavlovitch, 610, 698
- TCHEMODANOV, V. (adjunto de Kosarev), 503
- TCHEMODANOV, N. (lingüista), 871
- TCHEPTSOV, Alexandr (presidente del Tribunal militar), 889
- TCHERNOV, Víctor Mijailovitch (presidente de la Asamblea en 1917, comisario del pueblo), 184, 570
- TCHERNYCHEVSKI, Nikolai Gavrilo-vitch (escritor), 698
- TCHERNYCHOV, V., general de división, 698, 763
- TCHERNYJ (comandante de la IX división aérea), 674
- TCHERVENKOV, Velko (delegado búlgaro), 816
- TCHESNOKOV, Dmitri (redactor-jefe de *Voprossy Filosofii*), 901, 906, 915
- TCHESNOKOVA, Dra. Galina (médico militar), 919-920
- TCHEVTCHERKOV (dramaturgo), 821
- TCHIAURELLI, Mijail (cineasta del culto estalinista), 795
- TCHIJIKOV (seudónimo de Stalin), 70
- TCHIJIKOV, Piotr, 121-122
- TCHIJVADZÉ (comisario), 77, 80
- TCHITCHERIN, Georgui, 600
- TCHKALOV, Valeri (aviador), 602
- TCHKEIDZÉ, Nikolai Semionovitch (menchevique georgiano, presidente del soviet de Georgia), 133, 161

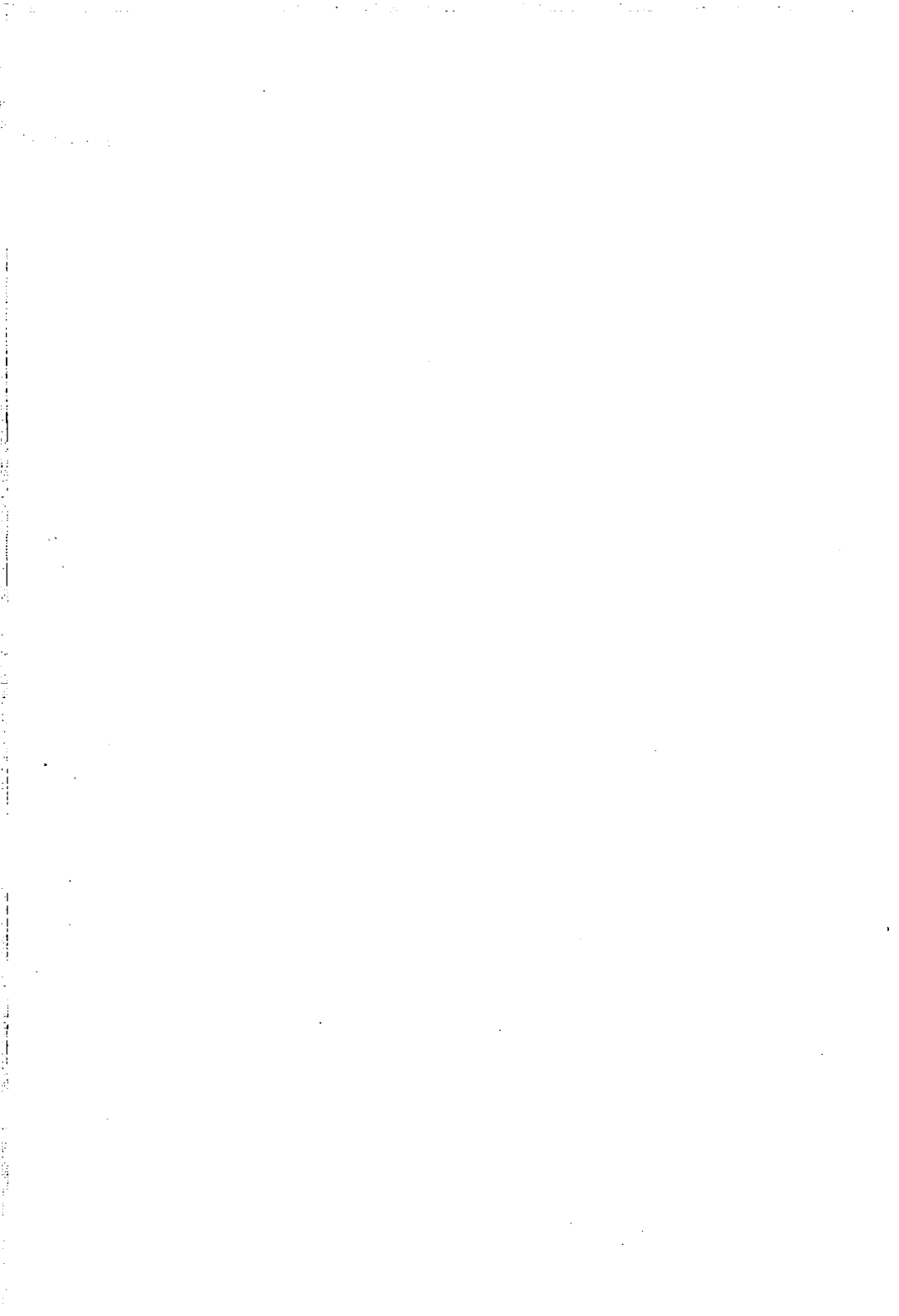
- TCHIKOBAVA, Arnol (lingüista), 870-871
- TCHONIA (fiscal), 888
- TCHUEV, Félix (periodista), 37, 118, 128, 314, 409, 426, 429-430, 458-459, 573, 387, 596, 612, 758, 807, 859, 895, 940
- TCHUBAR, Vlas (responsable del PC ucraniano en Harkov), 397, 475, 546, 567, 573, 589
- TCHUBIN (miembro del Comité Central), 606, 607
- TCHUIKOV, Vasili, general (comandante del XVII ejército soviético), 714
- TELEGUIN, Konstantin, general, 805
- TEREJOV (secretario regional de Harkov, miembro del secretariado del PC ucraniano), 435
- TER-PETROSSIAN, Semion Archakovitch, apodado «Kamo» (camarada del seminario de Stalin), 67
- TER-BAGANIAN, Bagarchak, 508
- THAELMANN, Ernst (presidente del PC alemán), 377, 618, 626
- THAELMANN, Rosa (esposa del anterior), 626-627
- THAMAR, reina de Georgia, 16
- THOREZ, Maurice (secretario general del PC francés), 377, 507, 648, 749-750, 766, 812-813, 816, 818-819, 929
- TIJON, patriarca, 185
- TIJONOV (poeta), 736, 831
- TIMACHUK, Lydia (asistente médico), 840-841, 899
- TIMOCHENKO, Katia (hija del mariscal y segunda esposa de Vasili Stalin), 631, 635, 641-643, 646, 652-657, 659, 663-664, 668, 671, 673, 680, 683, 689, 823
- TIMOCHENKO, Semion Konstantinovich, mariscal (comisario de Defensa), 536, 553, 708
- TITO, Yosiv Broz, llamado, 493, 724, 737, 750-751, 775, 787, 811, 814-815, 828-831, 834-835, 845-846, 858, 863, 899
- TTULENIEV, I. (comandante del frente Sur), 682
- TOGLIATTI, Palmiro (secretario general del PC italiano), 493, 507, 565, 648, 749, 819, 834, 858, 881-882
- TOGO, Chinegori (embajador del Japón en Moscú), 620
- TOLMATCHEV, Vladimir (comisario en Interior en Rusia, antiguo jefe de la NKVD de Rusia, arrestado en 1932), 380, 423, 798
- TOLSTOI, Alexei Nikolaievitch, conde, 597, 909
- TOLSTOI, León Nikolaievitch, 41, 698
- TOMSKI, Mijail Pavlovitch (secretario del Consejo central de los sindicatos), 248, 250, 258, 267, 297, 301, 304, 328, 334, 346, 356, 364-365, 367-368, 375, 389, 457, 511, 515
- TOTOMIANTS, Organ (seudónimo de Stalin), 116
- TOVSTUJA, Ivan (primer jefe de la Sección secreta, secretario personal de Stalin), 36, 249, 257, 260, 263, 312-313, 319, 331, 453, 459
- TREAND, Maurice, llamado Legros (miembro del Politburó del PCF), 616
- TREPOV, Alexandr (jefe de la Policía; más tarde, ministro de Asuntos Exteriores con Nicolás II), 21, 142, 144
- TRETIKOV (carpintero), 320
- TRIFINOV, Iuri (escritor), 126, 13, 571
- TRILISSER, Meir, *alias* Mikail Moksvin (adjunto de Iagoda; más tarde miembro del Presidium de la NKVD), 359, 492
- TROIANOVSKI, Alexandr (bolchevique), 129
- TROTSKI, Lev Davidovitch Bronstein, llamado León Davidovitch Trotski, 7, 15, 19, 34, 41, 52-53, 60-61, 71, 77, 80, 89, 98, 100-102, 108, 111-112, 116, 119, 129, 138, 145, 156, 162-163, 167, 169, 177-178, 181-182, 184, 186-189, 191-192, 194-195, 197-200, 205-207, 209-214, 216, 218-219, 221, 224, 227, 230-236, 240-241, 243-244, 246-247, 250, 256-258, 262, 266-268,, 270-277, 280-285, 289-292, 294, 297, 298-316, 318-319, 321-322, 325, 328, 332-335, 339,

- 342, 344-345, 347-349, 356, 360, 362, 364, 365, 370, 373, 376, 386, 406, 415, 426, 451, 455-456, 458, 470, 472, 480-482, 500, 503, 505-506, 508, 510-511, 513, 516, 526, 528, 534-535, 546-547, 550, 566, 587, 590-591, 593-594, 631-634, 638, 724, 773, 788, 799, 830, 852, 887, 899, 906-907, 914, 924, 932-934, 940, 942, 950, 952, 964, 957
- coalición anti-Trotsky, 325
- TRUBWTSKOI, teniente general, 676
- TRUMAN, Harry (Presidente de los Estados Unidos), 763, 770-771, 793, 813-814, 879
- TSANAVA, Lavrenti (jefe de la Seguridad de Bielorrusia), 825-826
- TSERETELLI, Irakli Gueorguievitch (dirigente menchevique), 157, 160, 932
- TSINTADZÉ, Koté (bolchevique), 80, 111
- TSIURUPA, Alexandr Dimitrievitch (comisario de Abastecimientos), 194, 267
- TSULUKIDZÉ (príncipe bolchevique), 97
- TSVETAIEVA, Marina, 180
- TUCKER, Robert, 27, 112, 932
- TUJATCHEVSKI, Mijail Nikolaievitch, mariscal (oficial zarista anexionado), 224-226, 399, 488, 511, 529-530, 536, 545, 547-548, 552-553, 674, 956
- TUPIKOV, V., general (agregado militar soviético en Berlín; después, jefe de Estado Mayor del frente), 640, 690
- TURGUENIEV, Ivan Sergueievitch, 41
- TVARDOVSKI, von (consejero de la embajada de Alemania), 443
- U**
- ULAM, Adam, 19, 110, 932, 941
- ULBRICHT, Walter, 656, 927
- ULRICH, Vasili (presidente del Tribunal durante el proceso de los «asesinos» de Kirov), 473
- UNGHERN, barón, 207
- URBSIS (ministro de Asuntos Exteriores de Lituania), 621
- V**
- VALEDINSKI, Dr. I. (médico de Stalin), 337, 345, 391, 450, 527, 557, 627
- VALIDOV, Zaka (dirigente nacionalista bachkir), 289-290
- VANDERVELDE, Emil, 141
- VAN MIN Tchen-mao (agente de Stalin en la dirección del PC chino), 521
- VANNIKOV (ex comisario de Armamento), 655, 666-667, 772
- VANZETTI, Bartolomeo, 347
- VARSZAVSKI (crítico de teatro), 854
- VASILIEV (seudónimo de Stalin), 70, 926, 929
- VASILIEVA, Kapitolina (tercera esposa de Vasili Stalin), 823
- VASSILENKO, Dr. (médico del Kremlin), 840
- VASSILEVSKI, Alexandr Mijailovitch, mariscal (jefe-adjunto de la dirección operacional del Estado Mayor; más tarde, jefe del Estado Mayor), 652, 689, 715, 723-725, 786, 882, 910, 921
- VATSETIS, I. I. (jefe de Estado Mayor), 205, 216, 231
- VATUTIN, Nikolai, General, 654, 669
- VERECHTCHAK, Simon (socialista-revolucionario), 115-116
- VERGILIS, 890
- VERNADSKI, Vladimir (fundador del partido KD y del Instituto del radio en Leningrado), 575, 597-598, 625
- VERPJADZÉ, 76, 100
- VESNIK (director de fábrica), 512
- VESELOVSKI, Nicolás (comparatista), 800
- VESSIOLY, Artem, 376
- VICHNIVIEVSKI, Vsevolod (dramaturgo), 683, 797, 827, 912
- VINOGRADOV, Dr. (médico de Stalin, detenido en 1952), 527, 840-841, 907, 910, 924
- VIPPER (novelista), 798

- VLASSIK, Nikolai, general (jefe de la guardia personal de Stalin), 474, 493, 609, 663, 762, 822-823, 840, 887, 899, 907, 924
- VLASSOV, André, general, 689, 706, 717, 767
- VOIKOV, Piotr (embajador soviético), 343, 347
- VOLKOGONOV, Dmitri, 36, 141, 150, 158, 171, 202, 214, 268, 406, 486, 552, 606, 615, 629, 668, 685, 688, 690-691, 695, 699, 700, 704, 707, 709, 719, 724-725, 733, 742, 750, 763, 770, 790, 878, 917, 932, 941
- VOLKOVA, M. (espía y denunciante), 471
- VOLODARSKI, Moisei Goldstein, llamado (dirigente bolchevique), 192
- VOLODITCHIEVA, M. (secretaria de Lenin), 270-272, 277-278
- VOLODIN, general de división (jefe de Estado Mayor de las fuerzas aéreas), 676
- VOROCHILOV, Kliment Efremovitch, mariscal, 114, 195, 198-200, 203-204, 206, 209, 223, 231, 240, 266, 276, 280, 294-295, 298, 305, 317, 327, 345, 365, 395, 399, 402, 408, 411-412, 424, 427, 429, 447, 457, 462, 470, 475, 479, 499, 510, 512, 517, 529-530, 534-537, 546, 552-554, 570-571, 594, 596, 598, 600, 604, 613, 615, 624-626, 628-631, 638, 645, 659, 661, 671-673, 676, 682, 689, 695, 697, 705-706, 738-739, 749, 763, 778, 822, 852, 875, 903, 917, 920, 951
- VOVSI, Dr. (acusado), 907, 910
- VOZNESENSKI, María (hermana de Nikolai), 852
- VOZNESENSKI, Nikolai Alexeivitch (jefe del Ministerio de la Planificación), 589, 659, 671, 703, 772, 776, 802-803, 807, 839, 851-852, 873, 922, 937, 958
- VRATCHEV junior (hermano del siguiente), 362
- VRATCHEV, Ivan (dirigente trotskista), 362, 370
- VUJOVIC, Voja (miembro del Comité ejecutivo del Komintern), 340, 347, 479
- VYCHINSKI, Andrei Ianuarevitch (jurista menchevique, después, fiscal de la URSS), 93, 115-116, 161, 443, 471, 502, 505, 508, 510-511, 528, 574, 579, 597-598, 601, 754, 856
- VYCHNEGRADSKI, Ivan (ministro de Finanzas desde 1887 a 1892), 38, 410
- VYUBOVA, Anna (dama de compañía de la zarina),
- W
- WANG Jin Wei (dirigente del Kuomintang de izquierda), 340
- WELLS, Herbert George, 792
- WENDA, coronel, 618
- WERTH Alexandr (periodista), 668, 740, 836, 868, 937
- WEYGAND, Maxim, general, 224
- WHITE, Harry Dexter (agente americano de la NKVD), 773
- WILSON, Horace (colaborador de Churchill), 586
- WITTE, Serguei Ulievitch, conde (ministro de Finanzas de Nicolás II desde 1892 a 1903; más tarde, Primer ministro en 1905), 46, 81, 98-99, 320
- WITTORE, John (Tesorero de la sección de Hamburgo), 377
- WOLF, Ernst, 632
- WOLF, Karl, general SS, 759
- WRANGEL, Piotr Nikolaievitch, conde de, general (ayudante y, luego, sucesor de Denikin), 218, 220, 224, 226
- Z
- ZAITSEV (biólogo), 483
- ZAJAROV, general, 553
- ZALKA, Mate, alias general Lukacs en España, 419
- ZAMBROVSKI (miembro del Politburó del PC polaco), 843
- ZAPOTOCKY, Antonin, 565

ÍNDICE DE NOMBRES

- ZAREMBA, Zydmunt (socialista polaco), 617-618
- ZARUBINA, Irina (agente de la NKVD), 739
- ZASSULITCH, Vera, 21, 91
- ZAVENIAGUIN, Vladimir (escritor), 772
- ZBARSKI, Boris (embalsamador de Lenin), 825, 889
- ZELENSKI (secretario del Buró de Asia central), 307, 909
- ZELLER, Fred, 503-504
- ZETKIN, Clara, 390
- ZINOVIEV, Grigori Evguenievitch Radomylaski, llamado, 19, 71, 132-133, 141, 155, 161, 167, 169-171, 177, 211-212, 214, 216-218, 236, 241, 243-244, 246-247, 250, 256, 258, 262, 271-272, 279-283, 289, 292-305, 307-310, 312-313, 315-316, 318-319, 321-323, 325-328, 330, 333-336, 339, 342, 346, 348, 356, 360, 376, 393, 422, 447, 454, 456, 470, 472-473, 477-478, 482-483, 491, 503, 506, 510, 513, 534, 799, 851-852, 859, 952, 955
- ZINOVIEV, Sra. de, 393
- ZIUGANOV, Gennadi (líder actual del PC de la Federación de Rusia), 797
- ZOCHTCHENKO, Mijail Mijailovitch (escritor), 789, 958
- ZUBALOV, 223
- ZUBATOV, Serguei (policía), 81
- ZUBTCHANINOV, Vladimir (deportado a Vorkuta), 387, 869
- ZUSKIN (director del Teatro Judío de Leningrado), 851





## ÍNDICE GENERAL

PREFACIO .....	7
I. EL HIJO DEL ZAPATERO .....	11
II. KOKBA EL REBELDE .....	39
III. EN LA AURORA DEL GRAN DÍA... ..	65
IV. EL TRANSEÚNTE DE 1905 .....	85
V. UN GEORGIANO MARAVILLOSO .....	107
VI. EN EL CORAZÓN DE LA TAIGA .....	137
VII. A LA SOMBRA DE LA REVOLUCIÓN .....	147
VIII. EN MEDIO DE LA TORMENTA .....	175
IX. EL COMISARIO CON BOTAS .....	191
X. LA RETIRADA .....	233
XI. SECRETARIO GENERAL .....	245
XII. EL ÚLTIMO COMBATE .....	255
XIII. EL SOCIALISMO DE UNA SOLA VÍA .....	289
XIV. PRIMUS INTER PARES .....	315
XV. EL GRAN GIRO .....	351
XVI. KULAK Y GULAG .....	373
XVII. EL AÑO NEGRO .....	413
XVIII. EL CONGRESO DE LAS ILUSIONES .....	451
XIX. PERO ¿QUIÉN MATÓ A KIROV? .....	469
XX. EL MATERIALISMO HISTÉRICO .....	477
XXI. EL TORBELLINO .....	499
XXII. 1937 .....	523
XXIII. EL AÑO I DE LA NOMENKLATURA .....	597
	989

---

XXIV.	PÓKER MENTIROSO .....	611
XXV.	EL GUÍA CIEGO .....	641
XXVI.	EL DESASTRE .....	663
XXVII.	STALINGRADO .....	711
XXVIII.	LA OLA ROJA .....	719
XXIX.	DEL INTERNACIONALISMO AL PATRIARCADO .....	729
XXX.	LA ÉPOCA DEL GRAN REPARTO .....	753
XXXI.	UNA RESTAURACIÓN FRUSTRADA .....	765
XXXII.	¿EN 1948 COMO EN 1937? .....	825
XXXIII.	LA BATIDA FINAL .....	847
XXXIV.	EL COMLOT PERMANENTE .....	877
XXXV.	LA MUERTE DE UN TIRANO .....	893
XXXVI.	LA LIQUIDACIÓN DE LA HERENCIA .....	925
	BIBLIOGRAFÍA .....	931
	ALGUNAS BIOGRAFÍAS DE PERSONAJES CLAVE.....	943
	CRONOLOGÍA .....	953
	ÍNDICE DE NOMBRES .....	959
	ÍNDICE GENERAL .....	995

**AYER Y HOY**  
**DE LA HISTORIA**

*Acontecimientos y personajes que han enriquecido la historia,  
abriendo nuevos rumbos a la cultura humana.  
Autores del máximo prestigio en su materia.*

**LA HORA DE TOMÁS MORO**

**Solo frente al poder**

Peter Berglar

3ª edición

**ISABEL DE ESPAÑA**

William Th. Walsh

2ª edición

**LA VIDA DE DISRAELI**

André Maurois

2ª edición

**LA MADRE TERESA**

Edward Le Joly

10ª edición aumentada

**TOMÁS BECKET**

Pierre Aubé

**BLANCA DE CASTILLA, MI ANTEPASADA**

Isabel, Condesa de París

**PABLO VI**

Carlo Cremona

**ISABEL II**

Carlos Cambronero

**EL PONTIFICADO ROMANO EN LA HISTORIA**

José Orlandis

2ª edición

**PABLO DE TARSO**

**Ciudadano del Imperio**

Paul Dreyfus

**PÍO XII**

**El Papa Rey**

Robert Serrou

**FERNANDO III**

**Rey de Castilla y León**

Francisco Ansón

**LA IGLESIA CATÓLICA EN LA  
SEGUNDA MITAD DEL SIGLO XX**

José Orlandis

**CATALINA DE ARAGÓN**

Garret Mattingly  
2ª edición

**RIESGO Y VENTURA DEL DUQUE DE OSUNA**

Antonio Marichalar

**VOLTAIRE**

Carlos Pujol

**JUANA LA LOCA**

Su vida, su tiempo, su culpa  
Ludwig Pfandl  
3ª edición

**CARLOS V**

Philippe Erlanger

**DESTINOS FABULOSOS**

Gandhi-Ibn Soud-Churchill  
El Zar Nicolás-Birger Dahlerous  
Stavisky  
Alain Decaux

**JUAN XXIII**

En el recuerdo de su Secretario  
Loris F. Capovila  
Entrevista de Marco Roncalli

**ROBERT SCHUMAN**

Padre de Europa (1886-1963)  
René Lejeune

**PERSECUCIONES RELIGIOSAS  
Y MÁRTIRES DEL SIGLO XX**

Vicente Cárcel

**BALDUINO, EL REY**

Robert Serrou

**ESPAÑOLAS,  
REINAS DE FRANCIA**

Emilio Beladiez

**LA EPOPEYA DE LAS CRUZADAS**

René Grousset  
2ª edición revisada y aumentada

**LA IGLESIA EN LA ESPAÑA CONTEMPORÁNEA**

Siglos XIX y XX  
Vicente Cárcel

**WELLINGTON**

Antoine d'Arjuzon

**PÍO IX**

Yvers Chiron

**STALIN**

Jean-Jacques Marie

